

# SCOTT FITZGERALD

## Cuentos completos



Introducción y traducción de Justo Navarro

Edición y prólogo de Matthew J. Bruccoli

ALFAGUARA

**INDICE**

Introducción de Justo Navarro. Un español en el mundo de Fitzgerald .....	4
Prólogo de Matthew J. Bruccoli .....	7
Cabeza y Hombros .....	12
Berenice se corta el pelo.....	27
El palacio de hielo .....	42
El pirata de la costa .....	57
Primero de Mayo (S.O.S.) .....	76
El Gominola .....	107
El extraño caso de Benjamin Button.....	119
El diamante tan grande como el Ritz .....	134
Sueños de invierno .....	157
Dados, nudillos de hierro y guitarra .....	170
Absolución.....	184
Rags Martin-Jones y el Pr-ncipe de G-les.....	193
Lo más sensato .....	204
Amor en la noche .....	213
El joven rico .....	223
La escala de Jacob .....	244
Corto viaje a casa .....	259
El estadio .....	271
La sombra atrapada .....	285
Basil y Cleopatra .....	298
La última belleza .....	310
Majestad .....	320
A tu edad.....	332

Los nadadores .....	341
Dos errores .....	353
La primera herida .....	365
Bancarrotas emocional.....	375
La boda .....	386
Un viaje al extranjero .....	397
La niña del hotel .....	411
Regreso a Babilonia.....	423
Vida nueva.....	436
El desprecio .....	445
Seis a uno.....	459
¡Qué hermosa pareja! .....	468
Domingo loco .....	481
Algo más que una casa .....	492
La tarde de un escritor .....	506
Financiando a Finnegan .....	510
La década perdida.....	516
Pongan agua a hervir, mucha, mucha.....	519
Último beso .....	523
Tiernamente adorables .....	534

## Introducción de Justo Navarro.

# Un español en el mundo de Fitzgerald

Hay niños que no creen ser hijos de sus padres, porque creen valer más que sus padres, niños que se avergüenzan de sus padres, es decir, de ser quienes son. Es el pecado del que se acusa en el confesionario Rudolph Miller, personaje de un cuento de Francis Scott Fitzgerald. El adolescente Miller, imagen joven del *gran Gatsby*, en lo más hondo de sí mismo sabe que no es Rudolph Miller, sino el héroe Blatchford Sarnemington, un triunfador que provoca admiración en las calles: ¡Es Blatchford Sarnemington! Dicen que Fitzgerald se avergonzaba de sus padres, y quiso ser un héroe, y, después de fracasar en el fútbol universitario y perder la ocasión memorable de la Primera Guerra Mundial, a la que no llegó a ir, oficial bailarín y enamoradizo en campamentos de Kansas, Kentucky, Georgia y Alabama, no le quedó más remedio que convertirse en el escritor famoso Francis Scott Fitzgerald.

En octubre de 1920 la novela más solicitada en las bibliotecas públicas de Estados Unidos era la primera novela de Fitzgerald, *A este lado del paraíso*. Fitzgerald tuvo veinte años en los años veinte, cuando fue, más que un famoso escritor de novelas, un famoso escritor de cuentos para las mejores revistas ilustradas, las de mayor difusión, que le pagaban precios fabulosos. Dicen que se hizo rico diciéndoles a sus lectores que sentía lo mismo que ellos. Quien leía sus cuentos oía dentro de sí una voz que podía ser su propia voz, pero era la voz de Fitzgerald, una voz que le contaba el mundo o el sueño del mundo en que vivía. Fitzgerald inventó una generación y una época: la era del jazz.

Contaba el fervor de vivir aquellos años: los campamentos de instrucción, los amores de muchachos pobres con niñas ricas que los rechazan, la pasión de las fiestas, la mercadería de las grandes ciudades en la euforia económica de 1920, Europa como estafa y paraíso infernal para americanos adinerados, el matrimonio y la infidelidad, la Depresión y la depresión, las clínicas suizas, la ruina, el alcohol y la locura, el manicomio, la pérdida del talento, Hollywood. Los cuentos copiaban la vida de Fitzgerald o, mejor, eran la vida de Fitzgerald, que tenía el genio de hacerle creer a quien lo leía que le estaba contando su propia vida: la vida del lector. Los cuentos de Fitzgerald se confundían con la memoria de sus lectores: a Fitzgerald le contaban sus cuentos como si fueran episodios de vidas reales, sin reparar en que le estaban contando un cuento de Fitzgerald.

Pero me parece que Fitzgerald nunca quería ser quien era: le dolía no tener éxito masivo como novelista y le dolía ser un cuentista de éxito; quería triunfar como escritor en el mundo de las películas, pero detestaba escribir para Hollywood. Y, siempre dolido o incómodo, presumía de poseer una excepcional facultad para ser feliz, tan anormal como el periodo de prosperidad que atravesó Estados Unidos en los años veinte; también era excepcional su capacidad para hundirse: tan anormal, decía Fitzgerald, como la desesperación que sepultó a Estados Unidos al final de los años de opulencia. Me da la impresión, mientras leo los relatos de Fitzgerald, de que el dolor de Fitzgerald fue siempre el dolor del tiempo. Hay en los cuentos una mezcla de descreimiento y emoción, como si la vida fuera una comedia de señoritas modernas que aspiran a ser mantenidas por caballeros modernos que tienen o aspiran a tener mayordomo y criado negro, pero una comedia que se representa por última vez mientras los operarios desmontan los decorados y el teatro.

La sensación del tiempo en fuga es pasión por el mundo, pasión por vivir. Vivir es una demolición, pero, mientras los martillos pegan y destruyen y pulverizan, toca la orquesta y resplandecen miles de luces, aunque sean luces de luminosos que se funden con los días. Tienen los mundos de Fitzgerald un temblor de inestabilidad, de felicidad que viene y va pero nunca vuelve. Es el placer y el dolor de la fugacidad de las cosas: qué se hizo de los héroes de la guerra, de las mejores fiestas, de las mujeres y sus trajes de noche, de la belleza y del amor, de las canciones de moda, de las casas y los hoteles de lujo, del dinero y su brillo. El dinero, esa fantasmagoría, moldeaba la realidad: la nieve de 1929 no era real, desaparecía si pagabas lo necesario. Así lo contó Fitzgerald en *Regreso a Babilonia*.

Hay una imagen fija y obsesiva en los cuentos de Fitzgerald: el fulgor. El fulgor es la luz, los neones de la publicidad, los luminosos de los hoteles y los bares, las gasolineras y los cines, los faros de los coches, la luz en la cabellera de las mujeres y en la pechera y las solapas del esmoquin, la luz en los cócteles de colores y la luna y el sol sobre piscinas y mares y copas de champán, la luz de las pistas de baile, el fulgor del dinero, el brillo, el resplandor, los destellos, una luz casi sonora, una luz que tintinea en el oro y las pulseras de las mujeres, la luz a punto de apagarse. Dicen que Fitzgerald copiaba sus luces de los anuncios de lámparas eléctricas, y yo me acuerdo de que cuando Juan Ramón Jiménez vio la luna de Nueva York en viaje de novios escribió en su diario: ¿Es la luna o es un anuncio de la luna?

Mientras leía a Fitzgerald de la manera más honda en que se puede leer un libro, traduciéndolo, me acordaba del mundo de los escritores españoles de los años de Fitzgerald, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Federico García Lorca, los poetas de la Modernidad, esa sensación de que lo de siempre se repite mortal en lo nuevo que pasa rapidísimo, como el cine, hecho de luz y pasar, según Gómez de la Serna. En 1934, el año de *Suave es la noche*, Ramón Gómez de la Serna publicó en la selecta revista *Cruz y raya* su *Ensayo sobre lo cursi*. Decía Gómez de la Serna que existe una mala cursilería: la de esos objetos lamentables que en sus conferencias en América rompía con un martillo para sacrificarle a Dios un cordero de cursilería. Quería que Dios lo librara del mal gusto y quería enseñarles a los niños lo que hay que romper, lección que nadie les da nunca. Pero, contra la cursilería maligna, propugnaba algo así como una cursilería provechosa: lo cursi que nace de la conformidad de vivir y morir en una setentena de años y por eso se agarra al alma humana y acierta con la intimidad que hay que dar a cada cosa. Y concluía Gómez de la Serna: sólo lo cursi de cada momento histórico se salvará.

Yo creo que el genio del mejor Fitzgerald consistía en esto: mostraba lo cursi, la intimidad de su época, y a la vez blandía el martillo que rompe la cursilería deleznable. El martillo tenía la liviandad y el peso del humor, porque, con el correr de los años, Fitzgerald se había fabricado, o así lo confesó un día, una sonrisa canalla y mundana de hotelero o modelo que posa desnuda, de ascensorista negro o director de escuela el día de los premios. Me acuerdo de una página de *El gran Gatsby*: el narrador, Nick Carraway, oye las novelorías que le cuenta Gatsby, héroe y millonario, imaginario sobrino del kaiser Guillermo, y sospecha que Gatsby repite lo que ha leído en alguno de los cuentos que publicaban esas revistas ilustradas donde Francis Scott Fitzgerald era el escritor estrella. Y me acuerdo de *La tarde de un escritor*, un cuento de 1936 que no le hubiera servido a Gatsby, porque Gatsby tenía otra manera de ver el mundo y además ya estaba muerto, un cuento donde el escritor inventa el cuento ideal para las revistas y las antologías, pero no ideal para el escritor, que, mirando el color de una casa, acaba de recordar una vieja capa de su madre, una capa que era de muchos colores y no era de ningún color: sólo reflejaba la luz.

Durante casi dos años he viajado por los cuentos de Fitzgerald, embebido en sus páginas, que he leído para volverlas a leer, los he pensado y les he dado mil vueltas, me los he dicho con las palabras de Fitzgerald para poder decírmelos luego con mis palabras. Traducir es tomar unas palabras y convertirlas en palabras absolutamente distintas que prodigiosamente han de decir lo mismo que las primeras. No era un viaje fácil: he recorrido un mundo extraño, los Estados Unidos y la Europa para americanos de la edad de Fitzgerald, incluso parte de África, ciudades desconocidas donde sonaban canciones desconocidas, se jugaba a raros deportes y se hablaba de personajes célebres pero remotos. Y, mientras traducía, procuraba no olvidar que no se trataba de cambiar unas palabras anglonorteamericanas por otras españolas, sino de construir un mundo hecho de voces: la voz de Fitzgerald. Mi propósito ha sido que quien lea estos cuentos traducidos por mí sienta la voz única de Francis Scott Fitzgerald.

P. S. No era fácil el viaje, y debo darles las gracias a cuantos me han ayudado a iniciarlo y concluirlo: a Juan Cruz, que me sugirió la idea de traducir a Fitzgerald y aguantó con paciencia mi lentitud y vacilaciones de traductor; a Ramón Buenaventura, que me animó metiéndome prisa amablemente; a Amaya Elezcano, por su amistosa paciencia; a Iñaki Abad, José Luis Manjón, Gustavo Martín Garzo e Ignacio Echevarría, que me prestaron anteriores traducciones al español de algunos de estos cuentos; a los autores de esas traducciones que pude consultar y comparar con la mía, en la complicidad del riesgo compartido: Mariano Antolín Rato, Marcelo Cohén, Poli Delano, Antonio Desmots, Ada Franzoni, Óscar Luis Molina y Rafael Ruiz de la Cuesta; a Antonio Muñoz Molina, que me ayudó a conocer el mundo de Fitzgerald; a Carmen Navarro, por estar cerca; a Lidia Taillefer de Haya, que más de una vez me sacó de dudas; a María Lourdes Navarro, por su amor

fraterno y su ingenio; a Juan Manuel Villalba, por su amistad y generosidad; y a Esther Morillas, pues sin ella esta traducción probablemente no existiría.

JUSTO NAVARRO

## Prólogo de Matthew J. Bruccoli

La mayoría de los escritores nos repetimos: es verdad. En nuestra vida tenemos dos o tres experiencias decisivas e impresionantes, experiencias tan decisivas e impresionantes que en ese momento nos parece imposible que nadie se haya sentido jamás tan afectado, hundido, deslumbrado, asombrado, vencido, roto, salvado, iluminado, recompensado y humillado.

Luego aprendemos el oficio, mejor o peor, y contamos dos o tres historias —cada vez disfrazadas de una manera— puede que diez veces, o cien, tantas como la gente quiera escucharlas.

«Cien salidas nulas», *Saturday Evening Post* (4 de marzo de 1933)

Los relatos siguen siendo un aspecto mal comprendido y poco valorado de la trayectoria de Francis Scott Fitzgerald. Han sido despreciados como trabajo de segunda categoría y condenados por entorpecer el desarrollo de su obra seria. Es cierto que son desiguales; pero los mejores cuentos de Fitzgerald están entre lo mejor de la literatura norteamericana<sup>1</sup>.

Los relatos de Fitzgerald exigen hoy dos aproximaciones. Cabría intentar leerlos como la primera vez que vieron la luz: por el placer de su estilo, ingenio, calidez y versatilidad. Y también podrían ser leídos por su lugar en la obra de un gran escritor. Fitzgerald sería en parte responsable por su incapacidad permanente para apreciar de forma adecuada sus relatos. Después de un periodo inicial de euforia, celebridad instantánea y dinero fácil, a Fitzgerald empezó a pesarle escribir cuentos, tanto por motivos económicos, como por la energía creativa que extraían de sus novelas. El menosprecio de Fitzgerald por sus cuentos ha persuadido a la crítica de que la mayoría de ellos merece la clasificación de literatura mediocre y fácil escrita para ganar dinero. Pero la amargura de Fitzgerald nació del esfuerzo —y no de la facilidad— de escribir ficción para las revistas de gran tirada. A mediados de los años treinta, cuando a Fitzgerald le costaba mucho satisfacer a este mercado, escribió en sus Cuadernos: «Les he pedido demasiado a mis emociones: ciento veinte cuentos. El precio era alto, como lo fue para Kipling, porque había una gota de algo que no era sangre, ni una lágrima, ni mi semilla, sino algo mío más íntimo que eso en cada cuento: algo "extra", que era mío. Ahora se ha ido y ya soy exactamente igual que todos»<sup>2</sup>. Durante este periodo de desaliento explicó a su agente, Harold Ober: «Concibo todos mis relatos como si fueran novelas; exigen una emoción especial, una experiencia especial: así que mis lectores, si los hay, saben que cada vez encontrarán algo nuevo, no en la forma, sino en la esencia (sería mejor para mí si pudiera escribir cuentos de acuerdo con un patrón convencional, pero el lápiz no me responde...)»<sup>3</sup>. Es significativo que Fitzgerald valorara su capacidad narrativa de acuerdo con las exigencias emocionales del relato.

Además de fácil, Fitzgerald fue tachado de trivial porque sus cuentos no se ajustaban a lo que los críticos —especialmente en los años treinta, década de conciencia social— consideraban significativo. Fitzgerald se quejaba en 1934 en su introducción a la reimpresión de *El gran Gatsby*, de la Modern Library: «Últimamente algunos críticos han pretendido hacerme creer sin demasiado

---

<sup>1</sup> El canon de la narrativa breve de Francis Scott Fitzgerald incluye unos 160 relatos publicados, contando sus escritos del periodo escolar. (Decimos «unos» por la confusa clasificación de los textos que están a caballo entre el ensayo y la ficción.) Se pueden dividir así: treinta y ocho cuentos publicados profesionalmente antes de *El gran Gatsby* (1925); cincuenta y cinco entre *Gatsby* y *Suave es la noche* (1934); sesenta y cuatro durante los años veinte; cincuenta y ocho en la década de los treinta.

<sup>2</sup> «Our April Letter», en *The Notebooks of F. Scott Fitzgerald*, ed. Matthew J. Bruccoli (Nueva York y Londres: Harcourt Brace Jovanovich/Bruccoli Clark, 1978), pág. 131.

<sup>3</sup> *As Ever, Scott Fitz...: Letters Between F. Scott Fitzgerald and His Literary Agent Harold Ober, 1919-1940*, ed. Matthew J. Bruccoli y Jennifer Atkinson (Filadelfia y Nueva York: Lippincott, 1972), pág. 221.

rigor que los materiales de mi obra eran absolutamente inservibles para tratar de personas maduras en un mundo maduro. Pero, Dios mío, eran los materiales de mi obra y era lo único de lo que podía tratar». No existen grados de valía literaria en los materiales de una obra. Un escritor es su material, y éste es tan literario como pueda hacerlo el escritor. Fitzgerald nunca intentó ni pretendió ser un escritor experimental ni de vanguardia.

Es necesario comprender la situación económica de Fitzgerald para valorar la influencia de sus cuentos en su trayectoria. No ganó una fortuna. El dinero de los cuentos debería haberle supuesto tiempo para escribir novelas, pero habitualmente vivía al día, cuento a cuento. Fitzgerald nunca tuvo una novela que fuera un éxito fulminante: ni siquiera *A este lado del paraíso*, que vendió 52.000 ejemplares en su día., y le proporcionó unos 15.000 dólares en derechos de autor. *Gatsby* y *Suave es la noche* fueron fracasos económicos. En 1929 ocho cuentos vendidos al *Post* le reportaron a Fitzgerald 30.000 dólares, mientras que los derechos de todos sus libros ascendieron a 31,77 dólares (incluyendo 5,10 dólares de *Gatsby*).

Pero es un error considerar los cuentos de Fitzgerald como meramente comerciales. Era un escritor profesional, y todo lo que cobra un profesional es trabajo comercial. Fitzgerald no era una excepción al combinar la literatura con los encargos que pagaban las revistas. Antes de la época de los anticipos suculentos y la venta de magníficos derechos secundarios, importantes novelistas completaban los ingresos de sus libros con el trabajo en revistas. Los escritores viven de vender palabras, y Fitzgerald compitió con éxito en el mercado literario más difícil de su tiempo: las revistas ilustradas y de gran difusión que pagaban muy bien. Se le asociaba con el *Saturday Evening Post*, en el que publicó 65 relatos —casi el cuarenta por ciento del total de su producción—, alcanzando su cotización más alta en 1929: 4.000 dólares<sup>4</sup>. Lectores para los que el antiguo *Post* ni siquiera es un recuerdo se sorprenderían con la lista de sus colaboradores, que incluía a Willa Cather, Edith Wharton, William Faulkner y Thomas Wolfe. El *Post* fue la revista más leída de Estados Unidos durante la década de los veinte (2.750.000 ejemplares a la semana), y bajo la dirección de George Horace Lorimer intentó plasmar la imagen que el país tenía de sí mismo<sup>5</sup>. Harold Ober colocó también la obra de Fitzgerald en la mayoría de las revistas de gran difusión de la competencia: *Red Book*, *Liberty*, *Collier's*, *Metropolitan* y *McCall's*. Durante su vida Fitzgerald fue mucho más conocido y leído como autor de cuentos que de novelas.

Todas estas revistas estaban dirigidas a un amplio público medio, pero no hay pruebas que apoyen la afirmación de Ernest Hemingway de que Fitzgerald reconoció haber echado a perder deliberadamente algunos cuentos para hacerlos vendibles. Aunque escribía sobre los temas que los directores de las revistas esperaban de él, sus cuentos rara vez obedecían a fórmulas fijas: «En cuanto me doy cuenta de que estoy escribiendo algo barato, mi pluma se detiene y mi talento se esfuma...»<sup>6</sup>. En su mejor momento era capaz de escribir cuentos populares que eran verdaderos cuentos de Fitzgerald. Los finales no eran necesariamente felices, y siempre encontraba la manera de incluir «un toque de desastre». A pesar de todo, dos obras maestras como *Primero de Mayo* (S.O.S.) y *El diamante tan grande como el Ritz* eran demasiado «realistas» o «difíciles» para las revistas ilustradas.

Muchos aspectos de la vida de Fitzgerald tienen estructura novelesca, como si el escritor estuviera viviendo una de sus propias historias. Su narrativa está obsesionada por el tiempo y resulta irónicamente apropiado que su carrera se desarrollara entre una década de confianza y una década de pérdida. Los cuentos de este volumen escritos después de 1929 muestran la creciente dificultad de Fitzgerald para provocar las respuestas emocionales que las revistas le exigían en una época de catástrofe personal y nacional. Aunque su producción fue disminuyendo año tras año a partir de 1932, se esforzó por continuar empañados cuentos al *Post* y a otras revistas semejantes, mientras experimentaba con formas nuevas y nuevo material para el *Esquire*. Los cuentos de Fitzgerald para el *Esquire* eran muy breves, incluso apuntes, sin el desarrollo de un cuento

<sup>4</sup> Para hacerse una idea del poder adquisitivo que tendría en 1989 tal cantidad, habría que multiplicarla al menos por siete.

<sup>5</sup> Véase Jan Cohn, *Creating America: George Horace Lorimer and the Saturday Evening Post* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1989).

<sup>6</sup> A Zelda Fitzgerald, 18 de mayo de 1940. *The Letters of F. Scott Fitzgerald*, ed. Andrew Turnbull (Nueva York: Scribner's, 1963), págs. 117-118.



convencional, y algunos difícilmente podían ser considerados cuentos. Fundada en 1934, *Esquire* era una revista mensual de difusión limitada, con ambiciones literarias y una línea editorial flexible; se vendía al prohibitivo precio de 50 centavos. Su director, Arnold Gingrich, admiraba la prosa de Fitzgerald y aceptó casi todo lo que les mandó: pero *Esquire* sólo le pagaba 250 dólares por colaboración. Fitzgerald colaboró con *Esquire* en cuarenta y cinco ocasiones, incluyendo los ensayos de *El crack-up*. A partir de 1937, año en que se trasladó a Hollywood, *Esquire* adquirió sólo cuentos de Fitzgerald fácilmente vendibles.

La etiqueta «un cuento típico de Fitzgerald» no sirve. Sus cuentos gozaron de popularidad en su época porque eran imaginativos y sorprendentes, no porque fueran predecibles. Si podemos afirmar que los pacientes que leían el *Post* en la sala de espera de un médico eran sensibles a la prosa brillante y al dominio de la narración, entonces eso es lo que convirtió a Fitzgerald en un famoso autor de cuentos para las revistas. Era un cuentista por naturaleza; sus relatos están contados por una voz narrativa que se gana la confianza del lector. Aunque la trama de sus cuentos sea artificiosa y a veces recurra a finales con truco, su principal función es crear un marco para los personajes. Fitzgerald creó una nueva figura americana: la mujer joven y decidida. No la chica moderna de los tebeos, sino la entusiasta, valiente, atractiva y castamente independiente joven que apuesta en la vida y en el amor por el mejor de los premios: su futuro. Fitzgerald trata a sus jóvenes ambiciosos, hombres y mujeres, con seriedad y los juzga con rigor. El didactismo de sus cuentos es sincero, no para comprar la benevolencia del mercado de las revistas ilustradas. En 1939 le confesaba a su hija, Scottie: «Algunas veces me gustaría ser uno de esos [autores de comedias musicales], pero me temo que en el fondo soy demasiado moralista y en realidad prefiero sermonear a la gente de una forma aceptable antes que entretenerla»<sup>7</sup>. Una de las estrategias favoritas de Fitzgerald era terminar los cuentos con un golpe de elocuencia o ingenio que volviera sobre los temas del relato y explicitara su intención.

Prueba del calibre de la prosa de Fitzgerald son las alabanzas que ha merecido de otros escritores que reconocían la dificultad de lo que Fitzgerald lograba que pareciera espontáneo. Raymond Chandler comentaba a propósito de la indefinible cualidad del encanto: «Tenía una de las más raras cualidades que pueden darse en cualquier tipo de literatura... la palabra es encanto: encanto en el sentido en que Keats hubiera utilizado el término. ¿Quién lo tiene hoy día? No se trata de escribir de un modo preciosista, o con un estilo sencillo. Es una especie de magia tenue, controlada y exquisita, algo así como lo que te ofrece un buen cuarteto de cuerda»<sup>8</sup>. Siempre podemos percibir gran literatura. Hay algo extraordinario —incluso milagroso— en la prosa de Fitzgerald, palabra por palabra. James Gould Cozzens fue el que más se aproximó a explicar este aspecto del genio de Fitzgerald: «Un talento para decir no sólo lo justo, lo exacto, lo vivo o lo emocionante, sino aquello que, poseyendo todas estas cualidades, trasciende de tal forma tus expectativas razonables que te das cuenta de que no es producto sólo de la inteligencia, el oficio o el esfuerzo, sino que, mucho más sencillo, ha surgido en una especie de triunfal destello más allá del proceso normal del pensamiento»<sup>9</sup>.

En cada cuento había palabras que lo marcaban como un cuento de Fitzgerald.

Fitzgerald no siguió dos trayectorias, mutuamente excluyentes, como colaborador en revistas y escritor de novelas. Se trataba de una única trayectoria, en la que se integraba toda su obra. Puesto que Fitzgerald se vio obligado a escribir cuentos mientras trabajaba en sus novelas, los cuentos relacionados con éstas introducen o experimentan temas, escenarios y situaciones que serían desarrollados en todas sus posibilidades en la novela. «Saqueaba» rutinariamente pasajes de un cuento para volver a usarlos en una novela. Entre los cuentos aquí recogidos, pertenecen claramente al grupo de *Gatsby*: «Sueños de invierno», «Dados, nudillos de hierro y guitarra», «Absolución», «Lo más sensato» y «El joven rico» (una obra posterior a *Gatsby*). Los relatos de este volumen que pertenecen a la gestación de *Suave es la noche* son los siguientes: «Un viaje al

<sup>7</sup> 4 de noviembre de 1939. *Letters*, pág. 63.

<sup>8</sup> *Selected Letters of Raymond Chandler*, ed. Frank MacShane (Nueva York: Columbia University Press, 1981), pág. 239.

<sup>9</sup> Matthew J. Bruccoli, *James Gould Cozzens: A Life Apart* (San Diego: Harcourt Bracejovanovich, 1983), pág. 129.

extranjero», «Regreso a Babilonia», «La boda», «Los nadadores», «La escala de Jacob» y «La niña del hotel».

Charles Scribner's Sons, la única editorial que Fitzgerald tuvo en vida, publicó después de cada novela un volumen de cuentos: *Flappers and Philosophers* (1920), *Tales of the jazz Age* (1922), *All the Sad Young Men* (1926) y *Taps at Reveille* (1935), un total de cuarenta y cinco cuentos, veintiuno de los cuales se incluyen aquí. Es evidente que estas cuatro recopilaciones representan la selección que el propio Fitzgerald hizo de sus mejores cuentos, pero su elección estuvo limitada por los relatos de los que disponía en aquel momento. No tenía suficientes narraciones de peso para *Cuentos de la era del jazz*, y tenía demasiadas para *Taps*. Por otra parte, a Fitzgerald le daba escrúpulo incluir en libro un cuento que ya había saqueado para alguna de sus novelas<sup>10</sup>. Distinguía entre publicar en una revista y en un libro, y se empeñaba en que el incluir un cuento en una de sus recopilaciones le otorgaba perdurabilidad y rango literario. Después de haber incorporado material de un cuento (frases o párrafos enteros) a una novela, renunciaba a volver a publicar ese cuento tal como había aparecido originariamente. O reescribía el pasaje saqueado o consideraba el cuento «enterrado», no publicable. (Pero véase «Corto viaje a casa» y «Regreso a Babilonia».) En ningún caso se limitaba a volver a publicar el texto tal como había aparecido en revistas.

Desde que Scribner's publicó en 1951 —año clave para la recuperación de Fitzgerald— la edición de Malcolm Cowley de *Los cuentos de F. Scott Fitzgerald*, ésta ha sido la recopilación modelo y ha influido en la valoración crítica de la obra breve de Fitzgerald, especialmente en las universidades. Dentro de la limitación que supone incluir sólo veintiocho cuentos, la selección de Cowley es espléndida. Desde entonces, el creciente interés por Fitzgerald ha dado lugar a cinco volúmenes de relatos que no habían sido recogidos en libros<sup>11</sup>. Era necesaria una recopilación más completa y representativa. Los cuarenta y tres relatos elegidos para este volumen reúnen los relatos clásicos y fundamentales de Fitzgerald con otros que rebasan el alcance del material que el escritor tenía entre manos. Así, la extraordinaria versatilidad y el dominio de Fitzgerald se ponen de manifiesto con brillantez en los relatos fantásticos no recogidos por Cowley: «El extraño caso de Benjamin Button» (admirado por William Faulkner), «Corto viaje a casa» (admirado por James Thurber) y «Un viaje al extranjero» (un relato esencial).

Esta recopilación podría estar ordenada temáticamente: amor y dinero, el Norte y el Sur, Norteamérica y Europa, idealismo y desilusión, éxito y fracaso, tiempo y mutabilidad. Rechazamos semejante proyecto porque los temas se superponen en los cuentos. El orden cronológico permite al lector seguir las colaboraciones de Fitzgerald en revistas desde los días de entusiasmo juvenil, a través de estados de ánimo cada vez más sombríos. Más provechoso es leer estos relatos en el orden en que fueron publicados, pues nos revela el delicado sentido histórico que poseía Fitzgerald cuando evoca los ritmos de la Era del Jazz y de la Depresión. No era un escritor testimonial; sin embargo, fue un brillante historiador de la vida social por su capacidad para expresar, gracias al estilo y al punto de vista, el sentido del tiempo y del espacio, la sensación de estar allí. Y, así, aconsejaba a Scottie: «Y cuando en un momento extraordinario quieras transmitir la verdad, no lo escandaloso, ni la estricta relación de los hechos, sino la esencia profunda de lo que sucedió en un baile de la universidad o después, quizá encuentres esa autenticidad, y entonces comprenderás hasta qué punto es posible lograr que incluso un triste lapón sienta la importancia de una escapada a Cartier»<sup>12</sup>.

Literatura es lo que permanece. La historia de la literatura demuestra que la recepción crítica es un mal pronóstico de valor perdurable. Los escritos que llegan a ser literatura son con frecuencia ignorados o atacados ferozmente en el momento de su publicación. En los años veinte la afirmación de que los cuentos de Fitzgerald podían convertirse en clásicos hubiera provocado incredulidad e hilaridad. El proceso por el que las obras literarias alcanzan al fin el rango que les corresponde es inexplicable. Los cuentos de Francis Scott Fitzgerald nos dan esta lección: todo lo que un genio

<sup>10</sup> Encontramos indicaciones al respecto en *The Notebooks of F. Scott Fitzgerald*.

<sup>11</sup> *Afternoon of an Author* (cuentos y ensayos, 1957); *The Pat Hobby Stories* (1962); *The Basil and Josephine Stories* (1973); *Bits of Paradise* (cuentos de F. Scott Fitzgerald y Zelda Fitzgerald, 1973); y *The Price Was High* (1979).

<sup>12</sup> Sin fecha. *The Letters of F. Scott Fitzgerald*, pág. 101.

escribe participa de su genio. Y esperemos que exista una lección más: el genio siempre acaba imponiendo el reconocimiento que le corresponde.

# Cabeza y Hombros

*Cabeza y Hombros fue el primer cuento de Fitzgerald que apareció en el Saturday Evening Post (21 de febrero de 1920), pero no fue el primero que consiguió vender: cinco cuentos para The Smart Set lo habían precedido. Más tarde le escribiría a su agente Harold Ober: « Yo tenía veintidós años [en realidad tenía veintitrés] cuando llegué a Nueva York y me enteré de que le había vendido Cabeza y Hombros al Post. Me hubiera gustado volver a sentir una emoción semejante, pero me figuro que una cosa así sólo se da una vez en la vida». Los cuatrocientos dólares que le pagaron suponían la décima parte de lo que el Post pagaría por un cuento de Fitzgerald en 1929.*

*Titulado en un principio Nest feathers, el cuento fue uno de los que Fitzgerald escribió en el otoño de 1919 después de que Scribner aceptara su primera novela, A este lado del paraíso. El relato de Fitzgerald anticipaba de manera curiosa su propia vida: si el matrimonio obliga a Horace a abandonar sus estudios y dedicarse al mundo del espectáculo, su matrimonio con Zelda Sayre, en abril de 1920, pronto obligaría al autor de Cabeza y Hombros a dedicarse a escribir y vender literatura de evasión.*

*Fitzgerald incluyó Cabeza y Hombros en Flappers y filósofos, su primer libro de cuentos, publicado en 1920.*

## I.

En 1915 Horace Tarbox tenía trece años. Por aquellas fechas hizo el examen de ingreso en la Universidad de Princeton y consiguió las más altas calificaciones en materias como César, Cicerón, Virgilio, Jenofonte, Hornero, Algebra, Geometría Plana, Geometría del Espacio y Química.

Dos años después, mientras George M. Cohan escribía Over There, Horace era, con diferencia, el primer estudiante de segundo curso y pergeñaba un estudio sobre *El silogismo: forma obsoleta de la Escolástica*; la batalla de Château-Thierry la pasó sentado a su escritorio, reflexionando sobre si debía esperar a cumplir los diecisiete para escribir su libro de ensayos sobre la influencia del pragmatismo en los nuevos realistas.

Entonces un vendedor de periódicos le dijo que la guerra había terminado, y Horace se alegró: aquello significaba que la editorial Peat Brothers publicaría una nueva edición del Tratado sobre la reforma del entendimiento de Spinoza. Las guerras tenían sus ventajas, pues les daban a los jóvenes seguridad en sí mismos o algo por el estilo, pero Horace intuía que jamás le perdonaría al rector haber autorizado que una banda de música se pasara toda la noche del falso armisticio tocando bajo su ventana: por culpa de la música olvidó incluir tres frases esenciales en su estudio sobre el idealismo alemán.

Al curso siguiente fue a Yale, a terminar Filosofía y Letras.

Acababa de cumplir diecisiete años, era alto, delgado y miope, con los ojos grises y un aire de no tener absolutamente nada que ver con la palabrería que brotaba de sus labios.

—Siempre me da la impresión de estar hablando con otro —se quejó el profesor Dillinger ante un colega comprensivo—. Es como si hablara con un representante o un apoderado suyo. Siempre espero que me diga: «Muy bien, hablaré conmigo y ya veremos».

Y entonces, como si Horace Tarbox fuera don Filete el carnicero o don Sombrero el sombrerero, con la misma indiferencia, la vida lo alcanzó, lo cogió, lo manoseó, lo estiró y desenrolló como a una pieza de encaje irlandés en las rebajas del sábado por la tarde.

Siguiendo la moda literaria, debería decir que todo sucedió porque, cuando en los lejanos días de la colonización los intrépidos pioneros llegaron a Connecticut, a un trozo de tierra pelada, se preguntaron: «¿Y qué podemos construir aquí?», y el más intrépido de todos contestó: «¡Construyamos una ciudad donde los empresarios teatrales puedan montar comedias musicales!». Como se fundó entonces, en aquella tierra, la Universidad de Yale, para montar comedias musicales, es una historia que todo el mundo conoce. El caso es que, cierto mes de diciembre, se estrenó

Home James en la sala Schubert, y todos los estudiantes pidieron a gritos que volviera a salir al escenario Marcia Meadow, que cantaba en el primer acto una canción sobre los putrefactos patrioteros, y en el último bailaba una danza cimbreante y estremecedora celebrada por todos.

Marcia tenía diecinueve años. No tenía alas, pero el público coincidía unánimemente en que no las necesitaba. Era rubia, sin tintes, y no usaba maquillaje cuando salía a la calle a plena luz del día. No era, por lo demás, mejor que el resto de las mujeres.

Fue Charlie Moon quien le prometió cinco mil Pall Malls si le hacía una visita a Horace Tarbox, prodigio extraordinario. Charlie estudiaba en Sheffield el último curso de la carrera, y era primo hermano de Horace. Se tenían aprecio y se tenían lástima.

Horace estaba especialmente ocupado aquella noche. La incapacidad del francés Laurier para valorar el significado de los nuevos realistas lo sacaba de quicio. Así que su única reacción al oír un golpe débil pero claro en la puerta de su estudio fue reflexionar sobre si un golpe tiene existencia real sin un oído que lo oiga. Se creía a un paso de caer en el pragmatismo. Pero, en aquel instante, aunque no lo supiera, estaba a un paso de caer con asombrosa celeridad en algo absolutamente diferente.

Se oyó el golpe y, tres segundos después, el golpe se repitió.

—Pase —refunfuñó Horace automáticamente.

Oyó cómo la puerta se abría y se cerraba, pero, sumergido en el libro y en el sillón, cerca de la estufa, no levantó la vista.

—Déjela sobre la cama de la otra habitación —dijo, abstraído.

—¿Qué tengo que dejar sobre la cama?

La voz de Marcia Meadow destacaba en sus canciones, pero, al hablar, sonaba como las cuerdas graves de un arpa.

—La ropa limpia.

—No puedo.

Horace se removió, incómodo, en su sillón.

—¿Por qué no puede?

—Porque no la he traído.

—Muy bien —respondió de mal humor—; pues vaya y tráigala.

Frente a la estufa, cerca de Horace, había otro sillón. Tenía la costumbre de sentarse allí por las tardes: por el gusto de cambiar y hacer un poco de ejercicio. A un sillón lo llamaba Berkeley, y al otro, Hume. De pronto oyó una especie de frufú que producía una diáfana figura al hundirse en Hume. Levantó la vista.

—Muy bien —dijo Marcia con la sonrisa empalagosa que utilizaba en el segundo acto («¡Ay, así que al duque le gusta cómo bailo! »)—(muy bien, Ornar Khayyam, aquí me tienes, a tu lado, cantando en el desierto.

Horace se quedó mirándola con la boca abierta, deslumhrado. Por un instante tuvo la sospecha de que sólo era un fantasma de su imaginación. Las mujeres no suelen entrar en las habitaciones de los hombres para sentarse en el Hume de los hombres. Las mujeres traen la ropa limpia, aceptan que les cedas el asiento en el autobús y se casan contigo cuando llegas a la edad de las cadenas.

Esta mujer se había materializado, no cabía duda, había nacido de Hume. ¡Incluso el vaporoso vestido de gasa dorada era una emanación de los brazos de piel de Hume! Si la miraba el tiempo suficiente, vería a Hume a través de ella y volvería a estar solo en la habitación. Se restregó los ojos. Tenía que volver al gimnasio y reanudar sus ejercicios en el trapecio.

—¡Deja de mirarme así, por Dios! —protestó la emanación, con simpatía—. Siento como si desde tu pedestal quisieras borrarame del mapa y no fuera a quedar de mí sino una sombra en tus ojos.

Horace tosió. Toser era uno de sus dos tics. Cuando hablaba, olvidabas que tenía cuerpo. Era como oír el disco de un cantante que hubiera muerto hace muchos años.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Quiero mis cartas —gimoteó Marcia melodramáticamente—, las cartas que usted le compró a mi abuelo en 1881.

Horace se quedó pensativo.

—No tengo tus cartas —dijo sin alterarse—. Sólo tengo diecisiete años. Mi padre nació el 3 de marzo de 1879. Es evidente que me has confundido con otro.

—¿Sólo tienes diecisiete años? —repitió Marcia con incredulidad.

—Sólo diecisiete.

—Yo conocía a una chica —dijo Marcia, como si estuviera recordando— que aparentaba veintiséis años y tenía dieciséis. Tenía la manía de decir que *sólo* tenía dieciséis y jamás decía que tenía dieciséis años sin añadir el *sólo*. La llamábamos Sólo Jessie. Y no cambió: sólo empeoró. Decir *sólo* es una mala costumbre, Omar. Suena a excusa.

—No me llamo Ornar.

—Ya lo sé —asintió Marcia—. Te llamas Horace. Te llamo Ornar por la marca de cigarrillos: me recuerdas una colilla.

—Y no tengo tus cartas. Dudo mucho haber conocido a tu abuelo. Y considero inverosímil que tú vivieras en 1881.

Marcia lo miró maravillada.

—¿Yo? ¿En 1881? ¡Claro que sí! Ya bailaba en los escenarios cuando el Sexteto Florodora todavía estaba con las monjas. Fui la enfermera de la señora de Sol Smith, Juliette. Yo, Ornar, cantaba en una cantina en la guerra de 1812.

Entonces la inteligencia de Horace hizo una pirueta afortunada, y Horace sonrió.

—¿Te ha mandado Charlie Moon?

Marcia lo miró, imperturbable.

—¿Quién es Charlie Moon?

—Es bajo..., tiene una buena nariz... y las orejas, grandes.

Marcia pareció crecer unos centímetros y bostezó.

—No tengo la costumbre de fijarme en la nariz de mis amigos.

—Así que ha sido Charlie, ¿eh?

Marcia se mordió los labios y volvió a bostezar.

—Vamos a cambiar de tema, Ornar. Estoy a punto de dormirme.

—Sí —respondió Horace, muy serio—. A Hume se le ha tildado muchas veces de soporífero.

—¿Quién es ése? ¿Un amigo? ¿Se está muriendo?

Entonces Horace Tarbox se levantó ágilmente y empezó a pasear por la habitación con las manos en los bolsillos. Este era su segundo tic.

—No me importa —dijo como si hablara consigo mismo—, en absoluto. No me preocupa que estés aquí, no. Eres preciosa, pero no me gusta que te haya mandado Charlie Moon. ¿Es que soy un caso de laboratorio con el que, no sólo los químicos, sino también los conserjes pueden hacer sus experimentos? ¿Es que mi desarrollo intelectual es divertido? ¿Me parezco a las caricaturas del típico jovencito de Boston que publican las revistas de humor? ¿Tiene derecho ese asno, ese niñato, Moon, que siempre está contando historias sobre la semana que pasó en París, tiene algún derecho a...?

—No —lo interrumpió Marcia categóricamente—. Eres encantador. Ven y dame un beso.

Horace se detuvo en seco.

—¿Por qué quieres que te dé un beso? —preguntó muy interesado—. ¿Vas por ahí repartiendo besos?

—Claro que sí —admitió Marcia, sin inmutarse—. Eso es la vida: ir por ahí repartiendo besos.

—Bien —replicó Horace categóricamente—. He de decirte que tus ideas son espantosamente limitadas y confusas. En primer lugar, la vida no es sólo eso, y, en segundo lugar, no quiero besarte. Podría convertirse en una costumbre, y soy incapaz de dejar mis costumbres. Este año he tomado la costumbre de quedarme en la cama hasta las siete y media.

Marcia asintió, comprensiva.

—¿Nunca sales a divertirme? —preguntó.

—¿Qué quieres decir con «divertirme»?

—Mírame —dijo Marcia terminantemente—. Me caes simpático, Ornar, pero me gustaría que siguieras el hilo de la conversación. Lo que dices me suena como si hicieras gárgaras con las

palabras y perdieras una apuesta cada vez que escupes unas pocas. Te he preguntado si nunca sales a divertirte.

—Quizá más adelante —respondió—. ¿Sabes? Soy un proyecto, un experimento. No te digo que algunas veces no me canse: me canso de ser un experimento. Pero... ¡No te lo puedo explicar! Y quizá no me divierta lo que os divierte a Charlie Moon y a ti.

—Explícate, por favor.

Horace la miraba fijamente. Empezó a hablar, pero, cambiando de idea, reemprendió su paseo por la habitación. Después de intentar averiguar infructuosamente si Horace la estaba mirando o no, Marcia le sonrió.

—Explícate, por favor.

Horace la miraba.

—Si te lo explico, ¿me prometes que le dirás a Charlie Moon que no me has encontrado?

—Hmmm.

—Muy bien, de acuerdo. Esta es mi historia: yo era un niño que preguntaba mucho: «¿por qué?», «¿por qué?». Quería saber cómo funcionaban las cosas. Mi padre era un joven profesor de Economía en Princeton. Me educó con un método: contestaba siempre, lo mejor que sabía, a cada una de mis preguntas. Mi reacción le sugirió la idea de hacer un experimento sobre precocidad. Por contribuir a la carnicería tuve problemas en el oído: siete operaciones entre los nueve y los doce años. Esto, por supuesto, me separó de los otros chicos y me hizo mayor. Y mientras mi generación se afanaba en los cuentos del tío Remus, yo disfrutaba sanamente de Catulo en latín. Aprobé el ingreso en la Facultad. Prefería relacionarme con los profesores, y cada vez me sentía más orgulloso, extraordinariamente orgulloso de tener una gran inteligencia, pues, a pesar de mis dotes excepcionales, era absolutamente normal. Cuando cumplí los dieciséis ya estaba cansado de ser un fenómeno; llegué a la conclusión de que alguien había cometido un terrible error. Pero, a aquellas alturas, pensé que lo mejor era terminar Filosofía. Lo que más me interesa en la vida es el estudio de la filosofía moderna. Soy un realista de la escuela de Antón Laurier, con reminiscencias bergsonianas, y cumpliré dieciocho años dentro de dos meses. Eso es todo.

—¡Vaya! —exclamó Marcia—. ¡Qué barbaridad! Eres un experto manejando las partes de la oración.

—¿Satisfecha?

—No, no me has dado un beso.

—No forma parte del programa —objetó Horace—. Entiende que no pretendo estar por encima de las cuestiones físicas. Tienen su sitio, pero...

—Por favor, no seas tan condenadamente razonable.

—No puedo evitarlo.

—Odio a esas personas que hablan como una máquina.

—Puedo asegurarte que yo... —comenzó Horace.

—¡Cállate ya!

—Mi propia racionalidad...

—No he dicho nada sobre tu nacionalidad. Eres el perfecto norteamericano, ¿no?

—Sí.

—Bueno, ya somos dos. Me gustaría verte hacer algo que no figure en tu programa intelectual. Quiero ver si un realista, o como se llame, con reminiscencias brasileñas —eso que tú dices que eres— puede ser un poco humano.

Horace volvió a negar con la cabeza.

—No quiero darte un beso.

—Mi vida es un desastre —murmuró Marcia trágicamente—. Soy una mujer destrozada. Iré por la vida sin saber lo que es un beso con reminiscencias brasileñas —suspiró—. ¿Y piensas ir a mi función, Ornar?

—¿Qué función?

—Soy actriz picante en *Home James*.

—¿Opereta?

—Exactamente. Uno de los personajes es un brasileño, el dueño de una plantación de arroz. Quizá te interese.

—Yo vi una vez *The Bohemian Girl* —reflexionó Horace en voz alta—. Me gustó... hasta cierto punto.

—Entonces ¿vendrás?

—Bueno, tengo... Tengo que...

—Sí, ya sé, te vas a Brasil a pasar el fin de semana.

—No, no. Me encantaría ir.

Marcia aplaudió.

—¡Será estupendo! Te mandaré la entrada por correo. ¿El jueves por la noche?

—Pues...

—¡Estupendo! El jueves por la noche —se levantó, se acercó a Horace y le puso las manos en los hombros—. Me gustas, Ornar. Perdona que haya intentado tomarte el pelo. Pensaba que serías una especie de témpano, pero eres un chico simpático.

Horace la miró burlonamente.

—Soy varios miles de generaciones mayor que tú.

—Te conservas muy bien.

Se estrecharon las manos solemnemente.

—Me llamo Marcia Meadow —dijo ella con énfasis—. Que no se te olvide: Marcia Meadow. Y no le diré a Charlie Moon que te he visto.

Un instante después, cuando bajaba de tres en tres el último tramo de escalera, oyó una voz que la llamaba desde arriba:

—¡Eh!

Marcia se detuvo y levantó la vista: distinguió una vaga forma que se asomaba a la baranda.

—¡Eh! —volvió a llamar el prodigio—. ¿Me oyes?

—Recibido, Ornar.

—Espero no haberte dado la impresión de que considero besarse algo intrínsecamente irracional.

—¿Impresión? ¡Si ni siquiera me has dado un beso! No te preocupes. Adiós.

Dos puertas se abrieron curiosas al oír una voz femenina. Una tos insegura se oyó en el piso de arriba. Recogiéndose la falda, Marcia saltó como una loca el último tramo de escaleras y desapareció en el oscuro aire de Connecticut.

En el piso de arriba, Horace se paseaba preocupado por la habitación. De vez en cuando le echaba una mirada a Berkeley, que seguía allí, esperando, con su suave respetabilidad color rojo oscuro y un libro abierto, sugerente, sobre los cojines. Y entonces se dio cuenta de que el paseo por la habitación lo acercaba cada vez más a Hume. Había algo en Hume que era extraña e inefablemente distinto. La figura diáfana aún parecía flotar en el aire, cerca, y si Horace se hubiera sentado, hubiera tenido la impresión de estar sentándose en el regazo de una mujer. Y, aunque Horace era incapaz de señalar cuál era la diferencia, alguna diferencia existía: casi intangible para una inteligencia especulativa, y, sin embargo, real. Hume irradiaba algo que en sus doscientos años de influencia no había irradiado nunca.

Hume irradiaba esencia de rosas.

## II.

El jueves por la noche Horace Tarbox se hallaba sentado en una butaca de pasillo en la quinta fila presenciando Home James. Con bastante extrañeza descubrió que se lo estaba pasando bien. Sus sonoros comentarios sobre chistes ya clásicos de la tradición de Hammerstein irritaban a los cínicos estudiantes que lo rodeaban. Pero Horace esperaba con ansiedad a que Marcia Meadow cantara su canción sobre una banda de jazz de putrefactos patrioterros. Cuando apareció, radiante, bajo un sombrero rebosante de flores, lo invadió una sensación de bienestar, y cuando acabó la canción ni siquiera pudo unirse al estallido de los aplausos. Se había quedado de piedra.



En el intermedio después del segundo acto, un acomodador se materializó a su lado, le preguntó si era el señor Tarbox y le entregó una nota escrita con una letra redonda y adolescente. Horace la leyó confundido, avergonzado, mientras, con irónica paciencia, el acomodador esperaba en el pasillo.

«Querido Ornar: Después de la función siempre me entra un hambre terrible. Si quieres satisfacerla en el Taft Grill, te agradecería que le comunicaras tu respuesta al fornido acomodador que te ha entregado esta nota.

Tu amiga,  
Marcia Meadow.»

—Dígale... —tosió—, dígame que sí, que la esperaré delante del teatro.

El fornido acomodador sonrió con arrogancia.

—Creo que ella preferiría que estuviera en la salida de artistas.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—Fuera. A la izquierda. En el callejón.

—¿Cómo?

—Fuera. ¡Torciendo a la izquierda! ¡Al fondo del callejón!

Aquel individuo arrogante se retiró. Un estudiante de primero se rió con disimulo.

Media hora más tarde, sentado en el restaurante frente a aquel cabello rubio auténtico, el prodigio decía estupideces.

—¿Tienes que hacer ese baile en el último acto? —le preguntaba muy serio—. ¿Te despedirían si te negaras a hacerlo?

Marcia sonrió burlona.

—Me divierto haciéndolo. Me gusta hacerlo.

Y entonces Horace dio un paso en falso.

—Creía que te resultaba insoportable —señaló escuetamente. La gente de la fila de atrás hacía comentarios sobre tus pechos.

Marcia se puso coloradísima.

—No puedo evitarlo —se apresuró a decir—. El baile para mí sólo es una especie de ejercicio acrobático. Dios mío, ¡es muy difícil! Todas las noches tengo que darme masaje con linimento en los hombros durante una hora.

—¿Te diviertes en el escenario?

—¡Claro! Estoy acostumbrada a que la gente me mire, Ornar, y me gusta.

—¡Hum! —Horace se hundió en negras cavilaciones.

—¿Y las reminiscencias brasileñas?

—¡Hum! —repitió Horace, y después de una pausa dijo—: ¿A qué ciudad vais cuando terminéis aquí?

—A Nueva York.

—¿Por cuánto tiempo?

—Depende. El invierno, quizá.

—Ah.

—Volviendo a mí, Ornar, ¿o no te interesa? ¿Es que no te sientes cómodo aquí, como en tu cuarto? Me gustaría estar allí ahora.

—Aquí me siento un imbécil —confesó Horace, mirando a su alrededor, nervioso.

—Es una pena. Empezábamos a congeniar.

En aquel instante la miró con tanta tristeza que Marcia cambió el tono de voz y le acarició la mano.

—¿Nunca habías invitado a cenar a una actriz?

—No —dijo Horace, muy triste—, y no volveré a hacerlo. No sé por qué he venido esta noche. Ahí, con todos esos focos y esa gente riendo y parlotando, me he sentido completamente fuera de mi mundo. No sé cómo explicártelo.

—Hablemos de mí. Ya hemos hablado bastante de ti.

—Muy bien.

—Bueno, mi verdadero apellido es Meadow, pero no me llamo Marcia: me llamo Verónica. Tengo diecinueve años. Pregunta: ¿Cómo saltó esta chica a las candilejas? Respuesta: nació en Passaic, Nueva Jersey, y hasta hace un año sobrevivía como camarera del Salón de Té Marcel, en Trenton. Empezó a salir con un tal Robins, un cantante del cabaré Trent House, y una tarde Robins la invitó a cantar y bailar con él. Un mes más tarde llenábamos la sala cada noche. Entonces nos fuimos a Nueva York con un saco de recomendaciones. Tardamos dos días en encontrar trabajo en el Divinerries', y un chico me enseñó a bailar el shimmy en el Palais Royal. Nos quedamos en el Divinerries' seis meses, hasta que una noche Peter Boyce Wendell, el columnista, fue a tomarse allí su vaso de leche. A la mañana siguiente un poema sobre la maravillosa Marcia apareció en su periódico, y tres días después teníamos tres ofertas para trabajar en el vodevil y una prueba en el Midnight Frolic. Le escribí a Wendell una carta de agradecimiento, y la reprodujo en su columna: dijo que el estilo recordaba al de Carlyle, aunque era más desigual, y que yo debería dejar el baile y dedicarme a la literatura norteamericana. Aquello me supuso dos nuevas ofertas para trabajar en el vodevil y la oportunidad de hacer el papel de ingenua en un espectáculo estable. La aproveché, y aquí estoy, Ornar.

Cuando acabó, se quedaron un momento en silencio, ella rebañando del tenedor las últimas hebras de un conejo de Gales y esperando a que Horace hablara.

—Vamonos —dijo Horace de pronto.

La mirada de Marcia se endureció.

—¿Qué pasa? ¿Te canso?

—No, pero no estoy a gusto. No me gusta estar aquí contigo.

Sin más palabras, Marcia le hizo una señal al camarero.

—¿Me da la cuenta? —pidió bruscamente—. Mi parte: el conejo y una gaseosa.

Horace la miraba atónito mientras el camarero hacía la cuenta.

—Pero... —empezó— me gustaría pagar también lo tuyo. Quiero invitarte.

Con un suspiro Marcia se levantó de la mesa y salió del salón. Horace, con la perplejidad pintada en el rostro, dejó un billete y la siguió por las escaleras, hasta el vestíbulo. La alcanzó en la puerta del ascensor.

—Oye —repitió—, quería invitarte. ¿He dicho algo que te haya molestado?

La mirada de Marcia se suavizó tras unos segundos de duda.

—Eres un maleducado —dijo despacio—. ¿No te habías dado cuenta?

—No puedo evitarlo —dijo Horace, con una franqueza que Marcia consideró conciliadora—. Sabes que me gustas.

—Has dicho que no te gustaba estar conmigo.

—No me gustaba.

—¿Porqué no?

Una llama brilló de repente en la espesura gris de sus ojos.

—Porque no. Me he acostumbrado a que me gustes. No puedo pensar en otra cosa desde hace dos días.

—Bueno, si tú...

—Espera un poco —la interrumpió—. Tengo que decirte una cosa. Es esto: dentro de un mes y medio cumpliré dieciocho años. Después de mi cumpleaños iré a Nueva York a verte. ¿Hay algún sitio en Nueva York adonde podamos ir y no haya una muchedumbre alrededor?

—¡Claro! —sonrió Marcia—. Puedes venir a mi apartamento. Y dormir en el sofá, si quieres.

—No puedo dormir en los sofás —dijo Horace secamente—. Pero quiero hablar contigo.

—¡Claro! —repitió Marcia—. Hablaremos en mi apartamento.

Horace, nervioso, se metió las manos en los bolsillos.

—Muy bien, si puedo verte a solas. Quiero hablar contigo como estuvimos hablando en mi habitación.

—¡Querido! —exclamó Marcia, riendo—, ¿es que quieres darme un beso?

—Sí —Horace casi gritó—, si tú quieres.

El ascensorista los miraba con ojos de reproche. Marcia se dirigió hacia la puerta del ascensor.

—Te mandaré una postal —dijo.

Los ojos de Horace echaban chispas.

—¡Mándame una postal! Yo iré a principios de enero. Ya tendré dieciocho años.

Y, mientras Marcia entraba en el ascensor, Horace tosió enigmáticamente, desafiante quizá, hacia el techo, y se fue a toda prisa.

### III.

Allí estaba de nuevo. Lo vio al echar el primer vistazo al infatigable público de Manhattan: abajo, en la primera fila, con la cabeza un poco adelantada y los ojos grises clavados en ella. Y se dio cuenta de que, para él, los dos estaban solos, juntos, en un mundo donde la fila de rostros maquilladísimos de las bailarinas y la queja a coro de los violines eran tan imperceptibles como el polvo sobre una Venus de mármol. Experimentó una sensación instintiva de rechazo.

—¡Tonto! —dijo entre dientes. Y aquel día no repitió su número.

—No sé qué quieren por cien dólares a la semana, ¿el movimiento perpetuo? —refunfuñó entre bastidores.

—¿Qué pasa, Marcia?

—Hay un tipo que no me gusta en la primera fila.

En el último acto, antes de su número especial, sufrió un misterioso ataque de miedo al público. Nunca le había mandado a Horace la postal prometida. La noche anterior había fingido no verlo: había salido corriendo del teatro inmediatamente después de su número de baile para pasar una noche sin dormir, en su apartamento, pensando —como había hecho tantas veces el mes anterior— en la palidez de su cara, casi absorta, en su cuerpo delgado de adolescente, y sobre todo en ese despiadado y poco realista ensimismamiento que a ella le encantaba.

Y ahora que él había venido se sentía vagamente preocupada: como si hubiera recaído sobre ella una inusitada responsabilidad.

—¡Niño prodigio! —dijo en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó un cómico negro que estaba a su lado.

—Nada, hablaba conmigo misma.

En el escenario se sintió mejor. Era su baile: siempre tenía la impresión de que aquella manera de moverse era tan indecente como, para ciertos hombres, cualquier chica bonita. Fue espectacular.

*Aquí y allí, por la ciudad, gelatina en una cuchara,  
después de la puesta del sol, tiembla bajo la luna.*

Ahora no la miraba. Se dio perfectamente cuenta. Miraba con mucha atención un castillo del telón de foro, y ponía la misma cara que había puesto en el restaurante. Una oleada de irritación la invadió: otra vez se atrevía a criticarla.

*Me estremece esta sensación,  
me gusta que me llene de pasión,  
aquí y allí, por la ciudad.*

Y entonces sufrió una transformación imprevista, invencible: de pronto fue plena y terriblemente consciente de su público, como no lo era desde la primera vez que subió a un escenario. ¿La miraba maliciosamente aquella cara pálida de la primera fila? ¿Tenían un rictus de

desagrado los labios de aquella chica? Y aquellos hombros, aquellos hombros que no paraban de moverse, ¿eran sus hombros? ¿Eran reales? ¡Pues no estaban hechos para aquello!

*Y os daréis cuenta al primer vistazo  
de que necesitaré enterradores con el baile de San Vito  
y el Día del Juicio me...*

El contrabajo y dos chelos desembocaron en el acorde final. Se mantuvo un instante en equilibrio sobre las puntas de los pies, con todos los músculos en tensión, mirando con ojos jóvenes y apagados al público, una mirada, según diría después una chica, «curiosa, confundida», y, luego, sin reverencias, salió corriendo del escenario. En el camerino, de prisa, se quitó un vestido y se puso otro, y en la calle cogió un taxi.

Su apartamento era muy acogedor: pequeño, sí, con una fila de cuadros convencionales y estantes con libros de Kipling y O. Henry que un día le compró a un vendedor de ojos azules, y que leía de vez en cuando. Y había varias sillas que hacían juego, aunque ninguna era cómoda, y una lámpara con la pantalla rosa y pájaros negros estampados, y una atmósfera más bien sofocante, rosa por todas partes. Había cosas bonitas: cosas bonitas que implacablemente se rechazaban entre sí, fruto de un gusto de segunda mano, impaciente, ejercido en los ratos perdidos. Lo peor de todo era un cuadro inmenso, con marco de roble de Passaic, un paisaje visto desde un tren de la Erie Railroad Company. Era, en conjunto, un intento desquiciado, estrafalariamente lujoso y estrafalariamente paupérrimo, de conseguir una habitación agradable. Marcia sabía que era un desastre.

En aquella habitación entró el prodigio y le cogió las manos torpemente.

—Esta vez te he seguido —dijo.

—Ah.

—Quiero casarme contigo —dijo.

Marcia lo abrazó. Lo besó en la boca con una especie de pasión saludable.

—¡Vaya!

—Te quiero —dijo Horace.

Volvió a besarlo y luego, con un suspiro, se dejó caer en un sillón y se medio tendió allí, sacudida por una risa absurda.

—¡Mi niño prodigio! —exclamó.

—Vale, llámame así si quieres. Una vez te dije que era diez mil años mayor que tú, y es verdad.

Marcia volvió a reírse.

—No me gusta que me critiquen.

—Nadie volverá a criticarte jamás.

—Ornar —preguntó—, ¿por qué quieres casarte conmigo?

El prodigio se levantó y se metió las manos en los bolsillos.

—Porque te quiero, Marcia Meadow.

Y, desde aquel momento, Marcia dejó de llamarle Ornar.

—Mi querido niño —le dijo—, sabes que yo también te quiero, a mi manera. Hay algo en ti... no puedo decir qué... que me encoge el corazón cada vez que estás cerca. Pero, cariño... —se interrumpió.

—¿Pero qué?

—Muchas cosas. Tú sólo tienes dieciocho años, y yo casi veinte.

—¡Tonterías! —la interrumpió Horace—. Míralo así: yo estoy viviendo el año diecinueve de mi vida y tú tienes diecinueve años. Eso nos acerca mucho, sin contar los diez mil años que te he dicho antes.

Marcia se echó a reír.

—Pero hay más peros. Tu familia...

—¡Mi familia! —exclamó el prodigio, muy irritado—. Mi familia quería convertirme en un monstruo —se había puesto escarlata ante la enormidad que iba a decir—. Mi familia puede volver la grupa y sentarse en...

—¡Dios mío! —exclamó Marcia, alarmada—. En un clavo, me imagino.

—Sí, en un clavo —asintió, furioso—, o donde quieran. Cada vez que pienso que querían convertirme en una pequeña momia reseca...

—¿Qué te ha hecho pensar así? ¿Yo?

—Sí. Desde que te conocí, siento celos de cada persona que me encuentro en la calle. Siento celos porque supieron antes que yo lo que era el amor. Yo lo llamaba el impulso sexual. ¡Dios mío!

—Hay más peros —dijo Marcia.

—¿Cuáles?

—¿De qué vamos a vivir?

—Yo me las arreglaré.

—Tú estás estudiando.

—¿Crees que lo único que me importa es el doctorado en Filosofía?

—Quieres ser doctor en mí, ¿eh?

—Sí. ¿Cómo? ¡Claro que no!

Marcia se rió y ágilmente se sentó en sus piernas. Horace la abrazó con fuerza y dejó el vestigio de un beso cerca de su cuello.

—Me sugieres blancura... —murmuró Marcia—, aunque no suene muy lógico.

—¡No seas tan condenadamente razonable!

—No puedo evitarlo —dijo Marcia.

—¡Odio a esa gente que habla como una máquina!

—Pero nosotros...

—¡Cállate ya!

Y, como Marcia no podía hablar por las orejas, tuvo que callar.

#### IV.

Horace y Marcia se casaron a principios de febrero. La impresión en los círculos académicos de Yale y Princeton fue tremenda. Horace Tarbox, que a los catorce años ya había dado guerra en las páginas dominicales de los periódicos de la ciudad, abandonaba su carrera, la oportunidad de ser una autoridad mundial en filosofía norteamericana, para casarse con una corista: consideraban a Marcia una corista. Pero, como todos los cuentos modernos, el asombro sólo duró dos días y medio.

Alquilaron un piso en Harlem. Tras dos semanas de búsqueda, durante las que se desvaneció sin piedad su idea sobre el valor del conocimiento académico, Horace encontró un empleo como oficinista en una compañía de exportaciones suramericana: alguien le había dicho que las exportaciones eran el negocio del futuro. Marcia seguiría trabajando en el teatro durante algunos meses, hasta que él se abriera camino. Ganaba, para empezar, ciento veinticinco dólares, y aunque, por supuesto, le dijeron que sólo en cuestión de meses ganaría el doble, Marcia no quiso ni plantearse renunciar a los ciento cincuenta dólares semanales que ganaba entonces.

—Nos llamaremos Cabeza y Hombros, querido —dijo dulcemente—, y los hombros tendrán que seguir moviéndose hasta que la cabeza empiece a funcionar.

—No me gusta —objetó, pesimista.

—Bueno —respondió Marcia, rotunda—, con tu sueldo ni siquiera podríamos pagar el alquiler. No creas que me gusta ser un espectáculo, no. Me gusta ser tuya. Pero sería tonta si me sentara en un cuarto a contar los girasoles del papel de la pared mientras te espero. Cuando ganes trescientos dólares al mes, dejaré el trabajo.

Y, por mucho que aquello hiriera su amor propio, Horace hubo de admitir que la opinión de Marcia era la más razonable.

Marzo se fue endulzando hasta convertirse en abril. Mayo impuso luminosamente la paz en los parques y fuentes de Manhattan, y Marcia y Horace fueron muy felices. Horace, que carecía de costumbres porque no tenía tiempo para adquirirlas, demostró ser el más adaptable de los maridos, y, como Marcia carecía por completo de opiniones sobre los asuntos que absorbían su atención, apenas había roces y encontronazos. Sus inteligencias se movían en esferas distintas. Marcia era el elemento práctico, y Horace vivía entre su extraño mundo de abstracciones y una especie de veneración y adoración triunfalmente terrenales por su mujer. Marcia era una continua fuente de sorpresas por la vivacidad y originalidad de su inteligencia, su fuerza, su serenidad y dinamismo, y su inagotable buen humor.

Y los compañeros de Marcia en la función de las nueve, a la que había trasladado sus atractivos, veían impresionados lo extraordinariamente orgullosa que estaba de las facultades mentales de su marido. El Horace que ellos conocían era sólo un joven muy delgado, hermético e inmaduro, que cada noche la esperaba para acompañarla a casa.

—Horace —le dijo Marcia una noche cuando se vieron a las once, como siempre—, pareces un fantasma, ahí, de pie, a la luz de las farolas. ¿Estás perdiendo peso?

Negó con la cabeza, sin mucha seguridad.

—No lo sé. Hoy me han subido el sueldo a ciento treinta y cinco dólares, y...

—No me importa —dijo Marcia, muy seria—. Te estás matando, quedándote a trabajar de noche. Lees esos librotos de economía...

—Economía política —puntualizó Horace.

—Bueno, te quedas leyendo hasta mucho después de que yo me duerma. Y otra vez estás empezando a andar encorvado, como antes de que nos casáramos.

—Pero, Marcia, tengo que...

—No, no tienes que hacer nada, querido. Creo que ahora llevo yo el negocio, y no permitiré que mi socio se arruine la salud y la vista. Deberías hacer ejercicio.

—Hago ejercicio. Todas las mañanas...

—Ya, lo sé. Pero esas pesas que usas ni siquiera le subirían la fiebre a un tísico. Yo digo ejercicio de verdad. Tienes que ir a un gimnasio. ¿Te acuerdas de que me contaste que eras un gimnasta tan endiablado que quisieron seleccionarte para el equipo de la universidad y no pudieron porque tenías un compromiso con un tal Herb Spencer?

—Me gustaba hacer gimnasia —rumió Horace—, pero me quitaría demasiado tiempo.

—Muy bien —dijo Marcia—, haré un trato contigo. Tú vas al gimnasio y yo leeré uno de esos libros que tienes en la estantería.

—¿El *Diario* de Samuel Pepys? Sí, te gustará. Es muy ameno.

—No creo: será como tragar vidrio. Pero me has dicho tantas veces que la lectura ampliaría mi visión de las cosas... Bueno, tú vas a un gimnasio tres noches a la semana y yo me tomaré una dosis gigante de Sammy.

Horace dudaba.

—Bueno...

—¡Vamos, ahora mismo! Darás algunas volteretas gigantes por mí y yo me dedicaré un poco a la cultura por ti.

Horace aceptó por fin, y durante un verano asfixiante pasó tres y a veces cuatro noches a la semana haciendo experimentos en el trapecio del gimnasio Skipper. En agosto le confesó a Marcia que la gimnasia nocturna aumentaba su capacidad para el trabajo intelectual durante el día.

—*Mens sana in corpore sano* —dijo.

—No creas en esas cosas —contestó Marcia—. Una vez probé una de esas recetas médicas y resultó una tomadura de pelo. Tú sigue con la gimnasia.

Una noche, a principios de septiembre, mientras se contorsionaba en las anillas del gimnasio casi desierto, se dirigió a él un hombre gordo y meditabundo que, según había advertido, lo llevaba observando varias noches.

—Oye, muchacho, ¿puedes repetir el ejercicio que hiciste anoche?

Horace sonrió desde su inestable posición.

—Lo he inventado yo —dijo—. Me dio la idea el cuarto postulado de Euclides.

—¿En qué circo trabajaba ése?

—Ha muerto.

—Sí, debió romperse el cuello ensayando ese ejercicio sensacional. Anoche, mientras te miraba, estaba seguro de que tú acabarías rompiéndotelo.

—¡Así! —dijo Horace, y, balanceándose en el trapecio, dio el salto acrobático.

—¿No te duelen el cuello y los músculos de los hombros?

—Al principio, sí, pero en menos de una semana llegué al quod erat demonstrandum del asunto.

—Hmmm.

Horace se balanceaba distraídamente en el trapecio.

—¿No has pensado nunca en dedicarte profesionalmente a la acrobacia? —preguntó el gordo.

—No.

—Podrías ganar mucho dinero con esos saltos.

—¡Otro! —gorjeó alegremente Horace, y al gordo se le abrió la boca de par en par cuando vio a aquel Prometeo en camiseta rosa que desafiaba de nuevo a los dioses y a Isaac Newton.

A la noche siguiente, cuando Horace volvió a casa después del trabajo, encontró a Marcia muy pálida, tendida en el sofá, esperándolo.

—Me he desmayado dos veces hoy —comenzó, sin más prolegómenos.

—¿Qué?

—Estoy embarazada de cuatro meses. El médico dice que debería haber dejado el baile hace dos semanas.

Horace se sentó y empezó a darle vueltas al asunto.

—Me alegro, claro —dijo—. Quiero decir que me alegro de que vayamos a tener un niño. Pero eso significa muchos gastos.

—Tengo doscientos cincuenta en el banco —dijo Marcia con ilusión—, y me deben dos semanas de sueldo.

Horace hizo cuentas rápidamente.

—Incluyendo mi sueldo, tenemos casi mil cuatrocientos dólares para los próximos seis meses.

Marcia parecía triste.

—¿Eso es todo? Claro que puedo conseguir este mes un trabajo de cantante en alguna parte, y puedo volver a trabajar en marzo.

—¡Nada de eso! —dijo Horace terminantemente—. Tú te quedas aquí. Veamos... Habrá que pagar la cuenta del médico y la enfermera, y una criada. Así que tenemos que conseguir más dinero.

—Bueno —dijo Marcia, cansada—, no sé de dónde va a salir. Ahora le toca a la cabeza: los hombros se han dado de baja.

Horace se levantó y se puso el abrigo.

—¿Adonde vas?

—Se me ha ocurrido una idea —contestó—. Volveré enseguida.

Diez minutos después, mientras bajaba la calle hacia el gimnasio Skipper, se asombraba, casi con humor, de lo que iba a hacer: semejante idea, hace un año, lo hubiera dejado boquiabierto. Hubiera dejado boquiabiertos a todos. Pero, cuando la vida llama a tu puerta y abres, dejas que entren muchas cosas.

El gimnasio tenía todas las luces encendidas, y cuando sus ojos se acostumbraron al resplandor, descubrió al gordo meditabundo sentado en un montón de colchonetas de lona y fumando un gran puro.

—Oiga —Horace fue al grano—, ¿anoche dijo en serio que podría ganar dinero con mis ejercicios en el trapecio?

—Pues claro —dijo el gordo, sorprendido.

—Bueno, he estado pensándolo, y creo que me gustaría intentarlo. Podría trabajar los sábados, tarde y noche, y con regularidad si me pagan lo suficiente.

El gordo miró el reloj.

—Muy bien —dijo—. Tenemos que ver a Charlie Paulson. Te contratará en cuanto te vea trabajar. No vendrá hoy, pero yo me ocuparé de que venga mañana por la noche.

El gordo cumplió su palabra. Charlie Paulson fue la noche siguiente y pasó una hora maravillosa viendo cómo el prodigio volaba por los aires en asombrosas parábolas, y al otro día, por la noche, llegó con dos hombres voluminosos que parecían haber nacido fumando puros y hablando de dinero en voz baja y apasionada. Y el sábado siguiente el torso de Horace Tarbox hizo su primera aparición profesional en una exhibición gimnástica en los Coleman Street Gardens. Y, a pesar de que el público casi alcanzaba la cifra de cinco mil personas, Horace no se puso nervioso. Desde niño había dado conferencias y había aprendido los trucos para distanciarse del público.

—Marcia —diría alegremente más tarde, aquella misma noche—, creo que hemos superado el bache. Paulson cree que puedo debutar en el Hipódromo, lo que significaría un contrato para todo el invierno. Ya sabes que el Hipódromo es el mayor...

—Sí, creo que he oído hablar del Hipódromo —lo interrumpió Marcia—, pero me gustaría saber más de esos ejercicios que haces. ¿No serán un suicidio espectacular, no?

—Son una tontería —dijo Horace tranquilamente—. Pero si se te ocurre una manera más agradable de matarse que arriesgándose por ti, dime la manera y así moriré.

Marcia se le acercó y lo abrazó con fuerza.

—Bésame —murmuró— y dime Corazón. Me gusta que me digas Corazón. Y dame un libro para leer mañana. Estoy harta de Sam Pepys: quiero algo insignificante y truculento. Me vuelvo loca sin hacer nada todo el día. Me gustaría escribir cartas, pero no tengo a quién escribirle.

—Escríbeme a mí—dijo Horace—. Leeré tus cartas.

—Ojalá pudiera —suspiró Marcia—. Si conociera las palabras suficientes, te escribiría la carta de amor más larga del mundo, y nunca me cansaría.

Y, durante los dos meses siguientes, Marcia se cansó mucho, y noche tras noche un atleta joven y angustiado y de aspecto abatido apareció ante el público del Hipódromo. Y dos días seguidos lo sustituyó un joven que vestía camiseta celeste en vez de blanca y consiguió muy pocos aplausos. Pero, pasados aquellos dos días, Horace reapareció, y quienes se sentaban cerca del escenario notaron una expresión de felicidad beatífica en la cara del joven acróbata, incluso cuando, jadeante, daba volteretas en el aire sin dejar de contorsionar los hombros de un modo original y sorprendente. Después de la actuación, dejó plantado al ascensorista, subió las escaleras de circo en cinco, y entró de puntillas, con mucho cuidado, en el dormitorio en silencio.

—Marcia —murmuró.

—¡Hola! —Marcia le sonreía tristemente—. Horace, quiero que me hagas un favor. Mira en el cajón superior de mi mesa y encontrarás un montón de folios. Es un libro, bueno, algo así, Horace. Lo he escrito durante estos tres meses mientras estaba en la cama. Quiero que se lo lleves a Peter Boyce Wendell, el periodista que publicó mi carta. Te dirá si es un buen libro. Lo he escrito como hablo, como escribí la carta que le mandé a Wendell. Sólo cuento muchas cosas que me han pasado. ¿Puedes llevárselo, Horace?

—Sí, cariño.

Se inclinó sobre la cama, hasta que su cabeza se apoyó en la almohada, junto a la cabeza de Marcia, y empezó a acariciar su pelo rubio.

—Queridísima Marcia —dijo con ternura.

—No —murmuró ella—, llámame como te he dicho que me llames.

—Corazón mío —susurró con pasión—, corazón mío, queridísimo corazón.

—¿Cómo la llamaremos?

—La llamaremos Marcia Hume Tarbox —dijo de un tirón.

—¿Por qué Hume?

—Porque es el amigo que nos presentó.

—¿Sí? —murmuró Marcia, sorprendida y soñolienta—. Creía que se llamaba Moon.



Se le cerraron los ojos, y, segundos después, el lento y profundo subir y bajar de las sábanas sobre su pecho mostraba que se había dormido.

Horace se acercó de puntillas a la mesa, abrió el cajón superior y encontró un montón de páginas apretadamente garabateadas a lápiz de arriba abajo. Leyó la primera página:

SANDRA PEPYS, SINCOPADA

Por Marcia Tarbox

Sonrió. Así que Samuel Pepys le había impresionado después de todo. Pasó la página y empezó a leer. Se agrandó su sonrisa. Siguió leyendo. Media hora después se dio cuenta de que Marcia se había despertado y lo miraba desde la cama.

—Cariño —le llegó el murmullo.

—¿Qué, Marcia?

—¿Te gusta?

Horace tosió.

—No puedo dejar de leerlo. Es estupendo.

—Llévaselo a Peter Boyce Wendell. Dile que obtuviste las máximas calificaciones en Princeton y que debes saber cuándo es bueno un libro. Dile que éste es una revolución.

—Muy bien, Marcia —dijo dulcemente. Volvió a cerrar los ojos y Horace se acercó y la besó en la frente, y se quedó mirándola un instante con piadosa ternura. Luego salió de la habitación.

Toda la noche bailaron ante sus ojos las letras desgarradas, la puntuación estrafalaria, un sinfín de errores gramaticales y faltas de ortografía. Se despertó varias veces de madrugada, lleno siempre de solidaridad, una solidaridad cada vez mayor, caótica, hacia este íntimo anhelo de Marcia de expresarse a través de las palabras. Para él había algo infinitamente patético en aquello, y por primera vez en muchos meses le volvieron a la cabeza sus propios sueños, casi olvidados.

Había pensado escribir varios libros de divulgación que popularizaran el nuevo realismo tal como Schopenhauer había popularizado el pesimismo y William James el pragmatismo.

Pero la vida había seguido otro camino. La vida agarra a la gente y la fuerza a hacer increíbles acrobacias. Se rió al recordar aquella llamada a la puerta, la diáfana sombra sobre Hume, la amenaza del beso de Marcia.

—Y sigo siendo el mismo —dijo en voz alta, en la cama, despierto y a oscuras—. Yo soy el mismo que se sentaba en Berkeley y temerariamente se preguntaba si aquella llamada tendría existencia real en el caso de que mi oído no hubiera estado allí para oírlo. Sigo siendo el mismo, el mismo individuo. Me podrían electrocutar por sus crímenes. Pobres almas vaporosas que intentamos expresarnos a través de algo tangible: Marcia, a través del libro que ha escrito; yo, a través de los libros que no he escrito. Intentamos elegir nuestros medios de expresión, y acabamos tomando los que encontramos, y quedamos contentos.

V.

*Sandra Pepys, sincopada*, con un prólogo del periodista Peter Boyce Wendell, apareció por entregas en *el Jordan's Magazine* y, como libro, en marzo. Desde la primera entrega atrajo la atención de todo el mundo. Un tema trillado —una chica de un pueblo de Nueva Jersey que llega a Nueva York para ser actriz de teatro—, tratado con sencillez, con un estilo vivísimo y singular y un cautivador poso de tristeza en la insuficiencia de su vocabulario, alcanzaba un encanto irresistible.

Peter Boyce Wendell, que abogaba en aquel tiempo por el enriquecimiento del idioma de Estados Unidos mediante la adopción inmediata de palabras vernáculas, vulgares y expresivas, fue su principal padrino e impuso atronadoramente su opinión por encima del manso bromuro de los críticos convencionales.

Marcia recibió trescientos dólares como anticipo, y el dinero llegó en el momento más oportuno, pues, aunque lo que ganaba mensualmente Horace en el Hipódromo superaba el sueldo más alto de Marcia, la joven Marcia lanzaba ya agudos chillidos que los padres interpretaron como una petición de aire puro. Así que, en los primeros días de abril, alquilaron un bungalow en

Westchester, con jardín, garaje y sitio para todo, incluido un inexpugnable estudio a prueba de ruidos, en el que Marcia prometió de buena fe al señor Jordán que, en cuanto su hija moderara sus exigencias, se encerraría a crear literatura inmortalmente iletrada.

«No está nada mal», pensaba Horace una noche mientras regresaba a casa desde la estación. Iba sopesando varias propuestas que había recibido, una oferta para actuar cuatro meses como estrella de un vodevil, y la posibilidad de volver a Princeton para dirigir el gimnasio. ¡Curioso! Había pensado volver para dirigir el departamento de Filosofía, y ahora ni siquiera lo había impresionado la llegada a Nueva York de Antón Laurier, su antiguo ídolo.

La grava crujía estrepitosamente bajo sus zapatos. Vio la luz en el cuarto de estar y vio un coche grande aparcado en la calle. Probablemente sería el señor Jordán, que había vuelto para convencer a Marcia de que se pusiera por fin a trabajar.

Marcia lo había oído llegar y su silueta se dibujaba en la puerta iluminada, como si hubiera salido a recibirlo.

—Ha venido un francés, está ahí —murmuró, nerviosa—. No sé cómo se pronuncia su nombre, pero suena terriblemente profundo. Tendrás que hablar con él.

—¿Un francés?

—No me preguntes más. Llegó hace una hora con el señor Jordán y dice que quería conocer a Sandra Pepys y no sé qué más cosas.

Dos hombres se levantaron cuando Marcia y Horace entraron en la casa.

—Hola, Tarbox —dijo Jordán—. Acabo de reunir a dos celebridades. He venido con el señor Laurier. Señor Laurier, me gustaría presentarle al señor Tarbox, el marido de la señora Tarbox.

—¡El señor Laurier! —exclamó Horacio.

—Pues sí. No podía dejar de venir. He leído el libro de su mujer, y me ha encantado —rebuscaba algo en el bolsillo—. Ah, y también he leído algo suyo. He leído su nombre en el periódico de hoy.

Finalmente consiguió sacar el recorte de una página de periódico.

—¡Léalo! —dijo impaciente—. Dice algo sobre usted también.

Los ojos de Horace brincaron por la página.

«Una inequívoca aportación a la literatura en inglés norteamericano», decía. «No busca el tono literario: ahí radica la verdadera calidad del libro, como en *Huckleberry Finn*.»

La mirada de Horace descendió hasta otro párrafo, que leyó deprisa, horrorizado:

«La relación de Marcia Tarbox con el mundo del espectáculo no es únicamente la de una espectadora: está casada con un artista. El año pasado se casó con Horace Tarbox, que cada tarde deleita a los niños en el Hipódromo con su maravilloso espectáculo de volatinerías. Se dice que la joven pareja se apodan a sí mismos Cabeza y Hombros, refiriéndose sin duda al hecho de que la señora Tarbox aporta las cualidades intelectuales y literarias, mientras los hombros flexibles y ágiles de su marido contribuyen equitativamente a la prosperidad familiar. La señora Tarbox parece merecer el tan manido título de prodigio. Con sólo veinte años...»

Horace dejó de leer y, con una expresión extraña en los ojos, miró fijamente a Antón Laurier.

—Me gustaría darle un consejo —empezó, con voz ronca.

—¿Cuál?

—Sobre las llamadas a la puerta. ¡No responda! No les haga caso. Ponga una puerta acolchada.

## Berenice se corta el pelo

*Berenice se corta el pelo fue el cuarto cuento que Fitzgerald publicó en el Saturday Evening Post (1 de mayo de 1920) y proporcionó el motivo para la ilustración de la cubierta cuando fue incluido en Flappers y filósofos. Ocupa una posición importante en el canon de Fitzgerald como temprano e ingenioso tratamiento de un tema característico sobre el que Fitzgerald volvería más tarde en un tono más serio: la lucha por el éxito en sociedad y la determinación con que sus personajes —en especial, las jóvenes— se entregan a ella. El cuento se basa en el detallado memorándum que Fitzgerald le envió a su hermana, Annabel, aconsejándole cómo conquistar la admiración de los chicos: «Cultiva un deliberado encanto físico». (La carta completa se puede leer en Correspondence of F. Scott Fitzgerald, págs. 15-18.) Fitzgerald tuvo algunas dificultades para darle a Berenice una forma vendible; cortó unas trescientas palabras y volvió a escribir el cuento para «intensificar el climax».*

### I.

Los sábados, cuando se hacía de noche, desde el primer tee del campo de golf veías las ventanas del club de campo como una línea amarilla sobre un océano negrísimo y ondulante. Las olas de ese océano, por así decirlo, eran las cabezas de una multitud de *caddies* curiosos, de algunos de los chóferes más ingeniosos y de la hermana sorda del instructor del campo de golf. Y solía haber algunas olas despistadas y tímidas, que, si hubieran querido, hubieran podido entrar en el club. Eran la galería.

Los palcos estaban dentro. Eran la fila de sillas de mimbre que se alineaban a lo largo de la pared de la sala de reuniones y el salón de baile. En aquellos bailes de las noches del sábado predominaba el público femenino; un inmenso babel de señoras maduras con ojos impúdicos y el corazón de hielo tras los impertinentes y la pechera voluminosa. La función principal de los palcos era criticar. Alguna vez mostraban una admiración pesarosa, pero jamás aprobación, pues es bien sabido entre las señoras de más de treinta y cinco años que cuando en el verano los jóvenes organizan un baile lo hacen con las peores intenciones del mundo, y, si no fuese por el bombardeo de miradas glaciales, alguna pareja perdida bailarían misteriosos y bárbaros interludios por los rincones, y las chicas más solicitadas y peligrosas se dejarían besar en los coches del aparcamiento, propiedad de ricas viudas que nunca sospechan nada.

Pero, al fin y al cabo, el círculo de señoras aficionadas a la crítica no estaba tan cerca del escenario como para ver las caras de los actores y captar los apartes más sutiles. No podían hacer otra cosa que fruncir el entrecejo y alargar el cuello, y preguntar y extraer conclusiones satisfactorias de su bagaje de prejuicios, como aquel que dice que la vida de un joven con patrimonio es semejante a la de una perdiz acosada por los cazadores. No entenderán nunca el drama del mundo de la adolescencia, movedizo y casi cruel. No. Los palcos, la orquesta, los actores principales y los comparsas, todo se resume en la turbamulta de rostros y voces que giran al quejumbroso ritmo africano de Dyer y su orquesta de baile.

Desde Otis Ormonde, de dieciséis años, a quien le esperan dos años más en el instituto, a G. Reece Stoddard, que tiene colgado en casa, sobre su escritorio, el título de licenciado en Derecho por Harvard; desde la pequeña Madeleine Hogue, peinada con un moño raro y aparentemente incomodísimo, a Bessie MacRae, que ha sido el alma de las fiestas durante un periodo de tiempo quizá demasiado largo —más de diez años—, la turbamulta no sólo es el centro del escenario, sino que contiene a las únicas personas capaces de tener una visión completa del conjunto.

Entonces, con un toque de trompeta y un acorde seco y final, cesa la música. Las parejas intercambian sonrisas artificiales y desenvueltas, y repiten chistosamente «la-di-da-da-dum-dum», e inmediatamente el estruendo de las voces jóvenes, femeninas, se impone sobre la salva de aplausos.

Algunos, solos y desilusionados, sorprendidos en medio de la pista cuando estaban a punto de invitar a alguna de las chicas que bailaban, volvían lánguidamente a su sitio junto a la pared. No eran estas fiestas como los bulliciosos bailes de Navidad: estas juergas veraniegas sólo eran agradablemente cálidas y emocionantes, e incluso los matrimonios más jóvenes se atrevían a bailar antiguos valeses y fox-trots terroríficos, entre el regocijo condescendiente de sus hermanos y hermanas más jóvenes.

Warren McIntyre, que estudiaba en Yale sin tomárselo muy en serio, era uno de aquellos solitarios infelices. Buscó un cigarrillo en el bolsillo del esmoquin y salió a la amplia terraza medio a oscuras, donde las parejas que se dispersaban por las mesas llenaban la noche, a la luz de los farolillos, de palabras vagas y risas confusas. Saludó con la cabeza aquí y allá a los menos ensimismados y, al pasar junto a cada pareja, le volvía a la memoria algún fragmento ya casi olvidado de una historia, porque la ciudad no era grande y todos conocían a la perfección el pasado de los otros. Allí estaban, por ejemplo, Jim Strain y Ethel Demorest, que, desde hacía tres años, eran novios no oficiales. Todos sabían que en cuanto Jim lograra conservar un trabajo ella se casaría con él. Pero qué aburridos parecían los dos, y con qué hastío miraba Ethel a Jim algunas veces, como si se preguntara por qué había dejado crecer la vid de su cariño sobre aquel álamo zarandeado por el viento.

Warren tenía diecinueve años y casi le daban pena sus amigos que no habían ido a alguna universidad del Este. Pero, como la mayoría de los jóvenes, presumía exageradamente de las chicas de su ciudad cuando estaba fuera: chicas como Genevieve Ormonde, que regularmente asistía a todos los bailes, fiestas familiares y partidos de fútbol en Princeton, Yale, Williams y Cornell; como Roberta Dillon, de ojos negros, tan célebre entre su generación como Hiram Johnson o Ty Cobb; y, desde luego, como Marjorie Harvey, que además de tener cara de hada y una labia deslumbrante y desconcertante era ya merecidamente famosa por haber conseguido dar cinco volteretas seguidas en el baile de New Haven.

Warren, que había crecido en la misma calle que Marjorie, en la casa de enfrente, llevaba mucho tiempo «loco por ella». Y, aunque Marjorie algunas veces parecía responder a sus sentimientos con una leve gratitud, lo había sometido a su particular prueba infalible y, con la mayor seriedad, le había informado que no lo quería. La prueba era ésta: cuando estaba lejos de él, lo olvidaba y tenía aventuras con otros chicos. Y Warren se descorazonaba, porque Marjorie llevaba haciendo pequeños viajes todo el verano, y, a la vuelta, durante los dos o tres primeros días, Warren veía montañas de cartas en la mesa del recibidor de los Harvey, cartas dirigidas a Marjorie, con distintas caligrafías masculinas. Para empeorar la situación, durante todo el mes de agosto tenía como invitada a su prima Berenice, de Eau Claire, y parecía imposible verla a solas. Siempre había que buscar y encontrar a alguien que quisiera ocuparse de Berenice. Y, conforme agosto pasaba, aquello era cada vez más difícil.

Por mucho que Warren adorara a Marjorie, tenía que admitir que la prima Berenice era más bien sosa. Era bonita, con el pelo negro y buen color, pero no era divertida en las fiestas. Cada sábado, por obligación, bailaba con ella una interminable pieza para complacer a Marjorie, pero lo único que conseguía era aburrirse.

—Warren —una voz suave, muy cerca, interrumpió sus pensamientos, y Warren se volvió y vio a Marjorie, ruborizada y radiante como siempre. Marjorie le puso la mano en el hombro y una grata calidez lo envolvió casi imperceptiblemente.

—Warren —murmuró—, hazme un favor: baila con Berenice. Lleva pegada al pequeño Otis Ormonde desde hace casi una hora.

Warren sintió que la calidez se desvanecía.

—Ah... sí—respondió sin mucho entusiasmo.

—No te importa, ¿verdad? Procuraré que tú tampoco tengas que aguantar demasiado.

—Vale, vale.

Marjorie sonrió: bastaba aquella sonrisa para darle las gracias.

—Eres un ángel, y te lo deberé siempre.

Con un suspiro el ángel miró hacia la terraza, pero no vio a Berenice y a Otis. Regresó al salón y allí, frente al lavabo de señoras, encontró a Otis en el centro de un grupo de muchachos que se morían de risa. Otis blandía un palo que había cogido de algún sitio y parloteaba con energía.

—Ha ido a arreglarse el pelo —anunció furibundo—. La estoy esperando para bailar con ella otra hora.

Volvieron a reírse a carcajadas.

—Cuando haya cambio de pareja, ¿no podría alguno de vosotros quitármela de encima? —se lamentó Otis con resentimiento—. A ella le gustaría más variedad.

—¿Por qué, Otis? —sugirió un amigo—. Ahora que te estás acostumbrando a ella...

—¿Y ese bastón de golf, Otis? —preguntó Warren, sonriendo.

—¿El bastón? Ah, ¿esto? Es el bastón adecuado. En cuanto salga, le doy en la cabeza y la meto otra vez en el agujero.

Warren se dejó caer en un sofá, dando alaridos, con un ataque de risa.

—No te preocupes, Otis —consiguió decir por fin—. Yo te sustituyo ahora.

Otis simuló un repentino desvanecimiento y le entregó el palo a Warren.

—Por si lo necesitas, viejo —dijo con voz ronca.

Por bella y brillante que sea una chica, la fama de que, en los cambios de pareja, nadie te la quita de los brazos mientras baila contigo arruina su cotización en las fiestas. Los chicos quizá prefieran su compañía a la de las mariposillas con las que bailan una docena de veces en una noche, pero los jóvenes de esta generación alimentada por el jazz son inquietos por temperamento, y la idea de bailar más de un fox-trot entero con la misma chica les resulta desagradable, por no decir odiosa. Y, si la cosa dura unos cuantos bailes y varios intervalos entre canción y canción, la chica puede estar segura de que el joven, una vez libre, no volverá a pisarle los dichosos pies.

Warren bailó toda la pieza siguiente con Berenice, y por fin, aprovechando una pausa, la acompañó a una mesa en la terraza. Hubo un instante de silencio mientras ella movía estúpidamente el abanico.

—Hace aquí más calor que en Eau Claire —dijo Berenice.

Warren sofocó un suspiro y bostezó. Seguramente fuera cierto; ni lo sabía ni le importaba. Se preguntó distraído si Berenice tenía poca conversación porque nadie le hacía caso, o si nadie le hacía caso porque tenía poca conversación.

—¿Vas a estar aquí mucho tiempo? —le preguntó, y enseguida se puso colorado. Berenice podía sospechar las razones de su pregunta.

—Una semana más —respondió, y lo miró como esperando abalanzarse sobre la siguiente frase en cuanto saliese de sus labios.

Warren empezó a ponerse nervioso. Entonces, con un impulso inesperado y caritativo, decidió probar con Berenice una de sus especialidades. La miró a los ojos.

—Tienes una boca terriblemente besable —murmuró.

Era una frase que a veces decía a las chicas en los bailes de la universidad cuando charlaban así, a media luz. Berenice se sobresaltó visiblemente. Enrojeció de un modo muy poco elegante y agitó con torpeza el abanico. Nadie le había dicho jamás una frase como aquella.

¡Fresco! —la palabra se le había escapado sin darse cuenta;

se mordió el labio. Demasiado tarde, decidió ser simpática y le dedicó una sonrisa nerviosa.

Warren estaba enfadado. Aunque habitualmente nadie se la tomaba en serio, aquella frase provocaba normalmente una carcajada o una parrafada de tonterías sentimentales. Y odiaba que le llamaran fresco, si no era en tono de broma. El impulso caritativo se desvaneció y Warren cambió de tema.

Jim Strain y Ethel Demorest siguen juntos, como siempre —comentó.

Eso estaba más en su línea, pero Berenice sintió que una sombra de dolor se mezclaba con el alivio de cambiar de tema. Los hombres no hablaban de bocas besables con ella, pero ella sabía que les decían cosas así a las otras chicas.

—Ah, sí —dijo Berenice, y se rió—. He oído que llevan años perdiendo el tiempo, sin un céntimo. ¿No es una imbecilidad?

La antipatía de Warren aumentó. Jim Strain era buen amigo de su hermano, y, en cualquier caso, consideraba de pésimo gusto burlarse de la gente por no tener dinero. Pero Berenice no tenía intención de burlarse de nadie. Sólo estaba nerviosa.

## II.

Eran más de las doce cuando Marjorie y Berenice llegaron a casa y se desearon buenas noches en el rellano de la escalera. Aunque primas, no eran amigas íntimas. En realidad, Marjorie no tenía amigas íntimas: consideraba idiotas a las chicas. Berenice, por el contrario, durante aquella visita organizada por los padres, había deseado intercambiar esas confidencias sazonadas con risillas y lágrimas que consideraba un factor indispensable en cualquier relación entre mujeres. Pero, a este respecto, encontraba a Marjorie más bien fría; cuando hablaba con ella, encontraba la misma dificultad que cuando hablaba con los hombres. A Marjorie nunca se le escapaba la risa tonta, jamás se sobresaltaba, pocas cosas le daban vergüenza, y, de hecho, poseía muy pocas de las cualidades que Berenice consideraba adecuada y felizmente femeninas.

Aquella noche, ocupada con el cepillo de dientes y el dentífrico, Berenice se preguntó por centésima vez por qué nadie le hacía caso cuando estaba lejos de casa. Nunca se le ocurrió pensar que, en su pueblo, los motivos de su éxito en sociedad obedecieran a que su familia era la más rica de Eau Claire, a que su madre no parara de invitar a gente y dar meriendas-cenas en honor de su hija antes de cada baile y a que le hubiera comprado un coche para que diera vueltas por ahí. Como casi todas las chicas, había crecido con la leche caliente de Annie Fellows Johnston y esas novelas en las que la mujer es amada por ciertas virtudes femeninas, misteriosas, siempre mencionadas pero nunca explicadas con detalle.

Le dolía un poco no tener más éxito. No sabía que, de no ser por las maniobras de Marjorie, hubiera bailado toda la noche con el mismo; pero sí sabía que, incluso en Eau Claire, otras chicas con peor posición social y menos belleza estaban mucho más solicitadas. Berenice lo atribuía a que aquellas chicas, de cierta manera sutil, no tenían escrúpulos. Nunca le había dado mayor importancia al asunto, pero, si se la hubiera dado, su madre le habría asegurado que las otras chicas no se valoraban a sí mismas y que los hombres respetaban a las chicas como Berenice.

Apagó la luz del cuarto de baño y, de pronto, decidió ir a charlar un rato con su tía Josephine, que aún tenía la luz encendida. Las blandas zapatillas la llevaron sin ruido sobre la alfombra del corredor, pero, al sentir voces en la habitación, se detuvo ante la puerta entreabierta. Entonces oyó su propio nombre y, sin una intención clara de escuchar a escondidas, se quedó allí, indecisa, mientras el hilo de la conversación atravesaba su conciencia como enhebrado en una aguja.

—¡Es un caso perdido! —era la voz de Marjorie—. Sé lo que vas a decir: ¡Cuánta gente te ha dicho lo guapa y dulce que es, y lo bien que guisa! Vale, ¿y qué? Se aburre como nadie. No les gusta a los hombres.

—¿Y qué importancia tiene una pizca de éxito barato?

La señora Harvey parecía enfadada.

—Es lo más importante cuando tienes dieciocho años —respondió Marjorie con énfasis—. Yo he hecho cuanto he podido. He sido amable y he convencido a unos cuantos para que bailen con ella, pero no tienen ningún interés en aburrirse. ¡Cuando pienso en un cutis tan maravilloso desperdiciado en semejante tonta, y pienso cómo lo aprovecharía Martha Carey...!

—Ya no hay cortesía.

La voz de la señora Harvey dejó entrever que las situaciones modernas eran demasiado para ella. Cuando ella era joven, todas las señoritas de buena familia se lo pasaban divinamente.

—Bueno —dijo Marjorie—, ninguna chica puede ayudar permanentemente a una invitada patosa, porque en estos tiempos cada una se vale por sí misma. Incluso le he soltado alguna indirecta sobre la ropa y esas cosas, y se ha puesto furiosa. Me ha echado cada mirada... Tiene la suficiente sensibilidad como para darse cuenta de que no le va demasiado bien, pero apuesto a que se consuela pensando que es virtuosa, y que yo soy demasiado alegre y voluble y que voy a acabar mal. Así piensan todas las chicas a las que nadie hace caso. ¡Las uvas están verdes! ¡Sarah Hopkins dice que Genevieve, Roberta y yo somos chicas gardenia, adorno de un día! Apuesto a que daría diez años de su vida y su educación europea por ser una chica gardenia y tener a tres o cuatro locos por ella, y que se la arrebataran unos a otros de lo brazos a los pocos pasos de baile.

—Creo —la interrumpió la señora Harvey con tono de empezar a cansarse de la conversación— que deberías ayudar un poco a Berenice. Ya sé que no es demasiado espabilada.

Marjorie gimió.

—¡Espabilada! ¡Dios mío! Jamás le he oído decirle nada a un chico como no sea que hace calor, o que hay mucha gente bailando, o que el año que viene se irá a estudiar a Nueva York. A veces les pregunta qué coche tienen y les dice la marca del suyo. ¡Apasionante!

Hubo un instante de silencio. Y entonces la señora Harvey volvió a la misma canción:

—Lo único que sé es que otras chicas, ni la mitad de simpáticas y guapas que ella, encuentran acompañantes. Martha Carey, por ejemplo, es gorda y maleducada, y tiene una madre inconfundiblemente vulgar. Roberta Dillon está tan delgada este año como para recomendarle que pase una temporada en Arizona. Y baila hasta caerse muerta.

—Pero, mamá —objetó Marjorie con impaciencia—, Martha es alegre y terriblemente ingeniosa, y es terriblemente seductora, y Roberta baila de maravilla. ¡Todos las admiran desde hace siglos!

La señora Harvey bostezó.

—Creo que la culpa de todo la tiene esa disparatada sangre india que lleva Berenice en las venas —continuó Marjorie—. Quizá se deba a una regresión a los orígenes. Las indias están siempre sentadas y nunca dicen una palabra.

—Vete a la cama, tontina —rió la señora Harvey—. Si llego a saber que ibas a andar recordándolo, no te lo hubiera dicho. Y pienso que casi todas tus ideas son una absoluta tontería —concluyó, con sueño.

Hubo otro instante de silencio: Marjorie se preguntaba si valía la pena convencer a su madre. Es casi imposible convencer de nada a una persona que ha cumplido los cuarenta. A los dieciocho años las convicciones son montañas desde las que miramos; a los cuarenta y cinco son cavernas en las que nos escondemos.

Habiendo llegado a esa conclusión, Marjorie le dio las buenas noches a su madre. Cuando salió de la habitación el pasillo estaba vacío.

### III.

A la mañana siguiente, un poco tarde, Marjorie estaba desayunando y Berenice entró en la habitación con un buenos días más bien frío, se sentó frente a Marjorie, la miró fijamente y se humedeció un poco los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marjorie, desconcertada.

Berenice calló un momento antes de lanzar la bomba.

—Oí lo que anoche hablaste de mí con tu madre.

Marjorie se sorprendió, pero apenas si se puso colorada y, cuando habló, su voz no temblaba.

—¿Dónde estabas?

—En el pasillo. No quería escuchar... al principio.

Después de una involuntaria mirada de desprecio, Marjorie bajó la mirada y demostró verdadero interés en hacer equilibrios con un copo de maíz sobre el dedo.

—Creo que sería mejor que volviera a Eau Claire, si tanto te molesto —el labio inferior le temblaba con violencia, y Berenice prosiguió con voz indecisa—: He intentado ser amable, y primero nadie me ha hecho caso, y luego me han insultado. Nunca he tratado así a mis invitadas.

Marjorie callaba.

—Pero te fastidio, lo sé. Soy un peso para ti. No les gusto a tus amigos —hizo una pausa, y enseguida recordó un nuevo agravio recibido—. Claro que me enfadé cuando me insinuaste que aquel vestido me sentaba mal. ¿Crees que no sé vestirme sin ayuda de nadie?

—No —murmuró Marjorie, menos que a media voz.

—¿Qué?

—Yo no te insinué nada —dijo Marjorie escuetamente—. Dije, si no recuerdo mal, que era preferible ponerse tres veces un vestido que cae bien que alternarlo con dos adefesios.

—¿Crees que es agradable decir una cosa así?

—No quería ser agradable —y, después de una pausa, añadió—: ¿Cuándo quieres irte?

Berenice suspiró violentamente.

—¡Ah! —fue casi un sollozo.

Marjorie levantó los ojos, sorprendida.

—¿No me has dicho que te ibas?

—Sí, pero...

—Ah, ¡sólo estabas faroleando!

Se miraron fijamente a través de la mesa del desayuno. Olas de niebla pasaban ante los ojos de Berenice mientras la cara de Marjorie mostraba aquella expresión de cierta dureza que solía tener cuando los estudiantes de primero, un poco borrachos, tonteaban con ella.

—Así que estabas faroleando —repitió, como si fuera lo que ya se esperaba.

Berenice lo confesó y se echó a llorar. Los ojos de Marjorie tenían una expresión de aburrimiento.

—Eres mi prima —sollozó Berenice—. Soy tu invitada. Iba a quedarme un mes, y si vuelvo a casa mi madre sabrá que algo ha pasado y me... me preguntará.

Marjorie esperó a que el torrente de palabras entrecortadas se disolviera en pequeños sorbetes.

—Te daré el dinero que me dan cada mes —dijo fríamente—, para que pases la semana que falta donde quieras. Hay un hotel muy agradable...

Los sollozos de Berenice se elevaron hasta alcanzar una nota aflautada, y entonces se levantó y salió corriendo del cuarto.

Una hora más tarde, mientras Marjorie estaba en la biblioteca, absorta en la redacción de una de esas cartas maravillosamente evasivas y nada comprometedoras que sólo una adolescente es capaz de escribir, Berenice volvió a aparecer, con los ojos verdaderamente enrojecidos y calculadoramente tranquila. Ni siquiera miró a Marjorie: cogió al azar un libro de la biblioteca y se sentó como si estuviera leyendo. Marjorie parecía absorta en su carta y siguió escribiendo. Cuando dieron las doce, Berenice cerró el libro con violencia.

—Creo que debería ir a la estación a sacar el billete.

No era ése el principio del discurso que había preparado en el piso de arriba, pero, ya que Marjorie no le hacía caso y no le decía que pensara mejor las cosas, que todo había sido un malentendido, ése era el mejor principio que se le ocurría.

—Espera a que termine esta carta —dijo Marjorie sin levantar la vista—. Quiero que salga en el próximo correo.

Después de un minuto inacabable, en el que se oía el arañar afanoso de la pluma, Marjorie levantó la vista con el aire relajado de quien dice: «Estoy a tu disposición». Berenice tuvo que volver a hablar.

—¿Quieres que me vaya?

—Bueno —dijo Marjorie, reflexionando—, supongo que, si no te lo pasas bien, sería mejor que te fueras. Para qué vas a ser infeliz...

—¿No crees que la más elemental consideración...?

—Ah, por favor, no cites Mujercitas —gritó Marjorie con impaciencia—. No está de moda.

—¿Tú crees?

—Por Dios, ¡sí! ¿Qué chica moderna podría vivir como aquellas necias?

—Fueron los modelos de nuestras madres.

Marjorie soltó una carcajada.

—¡No lo fueron jamás! Además, nuestras madres fueron perfectas a su manera, pero entienden poquísimos los problemas de sus hijas.

Berenice se irguió.

—No hables de mi madre, por favor.

Marjorie se echó a reír.

—No creo haberla mencionado.

Berenice se dio cuenta de que estaban alejándose del tema.

—¿Crees que me has tratado bien?

—He hecho todo lo posible. Tú eres un material bastante difícil.



Los bordes de los párpados de Berenice enrojecieron.

—Tú sí que eres difícil, dura y egoísta. Creo que no tienes ninguna cualidad femenina.

—¡Por Dios! —exclamó Marjorie, desesperada—. Eres una idiota ridícula. Las chicas como tú tienen la culpa de todos esos matrimonios aburridos e insípidos, de todas esas horribles taras que pasan por cualidades femeninas. Qué golpe debe de ser para un hombre imaginativo casarse con un maravilloso montón de vestidos en torno al cual ha estado construyendo ideales y descubrir que su mujer es sólo una débil, llorona y cobarde montaña de remilgos.

Berenice estaba boquiabierta.

—¡La mujer femenina! —continuó Marjorie—. Desperdicia la juventud lloriqueando y criticando a las chicas como yo, que saben divertirse de verdad.

La mandíbula de Berenice bajaba tanto como la voz de Marjorie subía.

—Las chicas feas que lloriquean tienen alguna excusa. Si yo fuese irremediamente fea, nunca les hubiera perdonado a mis padres que me hubieran traído al mundo. Pero tú no tienes ninguna desventaja —el pequeño puño de Marjorie se cerró—. Si esperas que me ponga a llorar contigo, te llevarás una desilusión. Quédate o vete, haz lo que te dé la gana —y, cogiendo sus cartas, salió de la biblioteca.

Berenice pretextó un dolor de cabeza y no apareció a la hora de comer. Estaban invitadas a una fiesta aquella tarde, pero, como el dolor de cabeza continuaba, Marjorie tuvo que dar explicaciones a un chico no demasiado abatido. Sin embargo, cuando volvió a última hora de la tarde, encontró a Berenice esperándola en su dormitorio con una expresión extrañamente decidida.

—He pensado —dijo Berenice sin mayores preliminares— que puede que tengas razón o puede que no. Pero si me dices por qué a tus amigos no... no les intereso, a lo mejor hago lo que tú quieras. Marjorie estaba ante el espejo, cepillándose el pelo. —¿Estás hablando en serio? —Sí.

—¿Sin reservas mentales? ¿Harías exactamente lo que yo dijera? —Bueno, yo...

—¡Nada de tonterías! ¿Harás exactamente lo que yo te diga? —Si se trata de cosas razonables. —¡No lo son! Tú ya no estás para cosas razonables... —¿Me harás...? ¿Me aconsejarás...?

—Sí, todo. Si te aconsejo que aprendas a boxear, me obedecerás. Escribe a casa y dile a tu madre que te vas a quedar dos semanas más. —Vamos, dime...

—Muy bien. Te pondré, por el momento, algunos ejemplos. Primero, te falta naturalidad. ¿Por qué? Porque no estás segura de tu aspecto. Cuando una chica sabe que está perfectamente arreglada y vestida, puede olvidarse de su aspecto. Eso es encanto, gracia. Cuantas más partes de ti puedes olvidar, más encanto tienes. —¿No voy bien?

—No. Por ejemplo, nunca te preocupas de tus cejas. Son negras y lustrosas, pero, si te las dejas crecer como salen, son un defecto. Serían bellísimas si te las cuidases la décima parte del tiempo que pierdes en no hacer nada. Debes peinártelas para que crezcan bien. Berenice enarcó las cejas en cuestión. —¿Quieres decir que los hombres se fijan en las cejas? —Sí, inconscientemente. Y, cuando vuelvas a casa, debes hacer que te enderecen un poco los dientes. Es casi imperceptible, pero... —Pero yo creía —la interrumpió Berenice, perpleja— que tú despreciabas esas pequeñas delicadezas femeninas.

—Odio las mentes delicadas —contestó Marjorie—. Pero una chica debe ser la delicadeza en persona. Si resplandece como un millón de dólares, puede hablar de Rusia, de ping-pong o de la Sociedad de Naciones, y quedar estupendamente. —¿Hay más cosas?

—Ah, sólo estoy empezando. Está tu manera de bailar. —¿No bailo bien?

—No, claro que no: te apoyas en los hombres; sí, así es, aunque no se note casi. Me di cuenta ayer, cuando bailamos juntas. Y además bailas muy erguida, en vez de pegarte un poco. Seguramente alguna vieja señora muy puesta en su sitio te haya dicho que así pareces mucho más digna. Pero, a no ser que seas una chica baja, bailar así cansa mucho más al hombre, y el hombre es lo único que cuenta.

—Sigue, sigue —a Berenice le daba vueltas la cabeza.

—Vale. Debes aprender a ser simpática con los pájaros solitarios. Parece como si te hubieran insultado cuando te saca a bailar alguien que no sea uno de los chicos de moda. ¿Por qué, Berenice, en cuanto empiezo a bailar vienen a arrancarme de los brazos de mi pareja? ¿Y quién viene casi siempre? Pues uno de esos pájaros solitarios. Ninguna chica puede permitirse el lujo de despreciarlos. Son mayoría en la fiesta. Los chicos más tímidos, a quienes les da miedo hablar, son

la mejor práctica para la conversación. Los chicos torpes son la mejor práctica para el baile. Si consigues llevarles la corriente y parecer encantadora es que puedes seguir a un tanque a través de una alambrada más alta que un rascacielos.

Berenice suspiró profundamente, pero Marjorie no había terminado.

—Si vas a una fiesta y se lo pasan bien contigo, digamos, tres de esos pájaros solitarios; si sabes darles conversación para que olviden que quizá llevan demasiado rato bailando contigo, habrás conseguido algo: volverán la próxima vez, y poco a poco tantos pájaros solitarios bailarán contigo que los chicos atractivos no tendrán miedo de tener que pasarse la noche cargando contigo, y entonces te sacarán a bailar.

—Sí —asintió Berenice, con voz apenas perceptible—. Creo que estoy empezando a comprender.

—Y, al final —concluyó Marjorie—, naturalidad y fascinación vendrán solas. Te despertarás una mañana dándote cuenta de que las has conquistado, y también se darán cuenta los hombres.

Berenice se puso de pie.

—Has sido infinitamente amable, pero nadie me había hablado antes así y estoy un poco asustada.

Marjorie no respondió: observaba pensativamente su propia imagen en el espejo.

—Eres un tesoro, ayudándome.

Marjorie tampoco le respondió, y Berenice pensó que estaba mostrando demasiado agradecimiento.

—Sé que no te gustan los sentimentalismos —dijo tímidamente.

Marjorie la miró de pronto.

—Ah, no pensaba en eso. Estaba pensando si no sería mejor que te cortáramos el pelo como un chico.

Berenice se desplomó de espaldas en la cama.

#### IV.

La tarde del miércoles siguiente había una fiesta en el club de campo. Cuando entraron los invitados, Berenice descubrió con fastidio el sitio donde estaba la tarjeta con su nombre. Aunque a su derecha se sentaba G. Reece Stoddard, distinguido joven sin compromiso, muy deseable, el importantísimo puesto a su izquierda estaba reservado a Charley Paulson. Charley no era ni alto ni guapo ni brillante en sociedad, y, a la luz de sus nuevos conocimientos, Berenice se dijo que su único mérito para ser su pareja era que nunca la había sacado a bailar. Pero el fastidio desapareció con la sopa y recordó las detalladas instrucciones de Marjorie. Tragándose el orgullo, se volvió hacia Charley Paulson y se lanzó en plancha.

—¿Cree que debería cortarme el pelo como un chico, señor Charley Paulson?

Charley levantó los ojos sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque lo estoy pensando. Es una manera segura y fácil de llamar la atención.

Charley sonrió, complacido. No podía imaginarse que todo había sido premeditado y ensayado. Contestó que no sabía nada sobre cortes de pelo. Pero Berenice estaba allí para informarle.

—Quiero ser una vampiresa de la alta sociedad, ¿sabes? —anunció Berenice fríamente, y continuó informándolo de que el corte de pelo era el prelude necesario. Añadió que quería pedirle su opinión, porque le habían dicho que era muy exigente en lo que respecta a las chicas.

Charley, que sabía tanto de psicología de las mujeres como de los estados mentales de los monjes budistas, se sintió vagamente halagado.

—Así que he decidido —continuó Berenice, alzando un poco la voz— que a principios de la próxima semana iré a la barbería del Hotel Sevier, me sentaré en el primer sillón y me cortaré el pelo como un chico.

Titubeó al notar que la gente que estaba cerca había dejado de hablar para oírla, pero, tras un instante de confusión, recordó los consejos de Marjorie y acabó la frase dirigiéndose a todos los que podían oírla.

—Cobro la entrada, desde luego, pero si queréis venir a animarme, os conseguiré pases para la primera fila.

Hubo unas cuantas risas de aprobación, y, a su amparo, G. Reece Stoddard se inclinó rápidamente y le dijo al oído:

—Reservo un palco ahora mismo.

Berenice lo miró a los ojos y sonrió como si hubiera dicho algo excepcionalmente brillante.

—¿Estás de acuerdo con los pelados a lo chico? —le preguntó G. Reece, siempre en voz baja.

—Creo que son una inmoralidad —afirmó Berenice, muy seria—. Pero, claro, la gente espera que la entretengas, le des de comer o la escandalices.

Marjorie había copiado la frase de Oscar Wilde. Los hombres la recibieron con risas y las chicas con miradas rápidas y penetrantes. Y enseguida, como si no hubiese dicho nada ingenioso ni extraordinario, Berenice se volvió de nuevo hacia Charley y le habló confidencialmente al oído. — Quiero saber tu opinión sobre algunas personas. Creo que eres un maravilloso juez de caracteres.

Charley se estremeció ligeramente, y le dedicó un sutil cumplido: derramó un vaso de agua.

Dos horas después, Warren McIntyre miraba desde fuera de la pista a los que bailaban, y, mientras se preguntaba hacia dónde y con quién había desaparecido Marjorie, poco a poco, de modo inconexo, empezó a tomar conciencia: conciencia de que Berenice, la prima de Marjorie, en los últimos cinco minutos había cambiado de pareja otras tantas veces. Cerró los ojos, los abrió y volvió a mirar. Minutos antes, Berenice había bailado con un chico que estaba de paso en la ciudad, algo fácilmente explicable: un chico de paso no conocía nada mejor. Pero ahora bailaba con otro, y Charley iba ya en su busca con una entusiasta determinación en la mirada. Era curioso: Charley rara vez bailaba en una fiesta con más de tres chicas.

Warren estaba evidentemente sorprendido: el cambio de pareja acababa de realizarse, y el bailarín sustituido resultó ser, nada más y nada menos, el propio G. Reece Stoddard. Y G. Reece no parecía en absoluto contento de que lo hubieran relevado. Cuando Berenice pasó cerca, bailando, Warren la observó atentamente. Sí, era guapa, verdaderamente guapa; y aquella noche estaba francamente radiante. Tenía esa expresión que ninguna mujer, aunque sea una excelente actriz, puede fingir con éxito: parecía estar divirtiéndose. A Warren le gustaba cómo se había peinado; se preguntaba si el cabello brillaba así por la brillantina. Y el vestido le sentaba muy bien: un rojo oscuro que resaltaba el buen color de la piel y las sombras de los ojos. Recordó que le había parecido guapa cuando llegó a la ciudad, antes de darse cuenta de que era un aburrimiento. Qué pena que fuera aburrida: las chicas aburridas son insoportables. Pero, sí, era guapa.

Y su pensamiento volvió, zigzagueando, a Marjorie. Aquella desaparición sería como otras desapariciones. Cuando reapareciera, le preguntaría dónde había estado, y ella le respondería terminantemente que no era asunto suyo. Era una lástima que estuviera tan segura de que lo tenía en su poder. Marjorie disfrutaba pensando que a él no le interesaba ninguna otra chica de la ciudad; lo desafiaba a enamorarse de Genevieve o Roberta.

Warren suspiró. El camino hacia el corazón de Marjorie era, desde luego, un laberinto. Levantó la vista. Berenice bailaba otra vez con el chico que estaba de paso. Casi inconscientemente, se apartó de la fila de los que no bailaban, en dirección a Berenice. Entonces titubeó, y se dijo a sí mismo que sólo lo hacía por caridad. Cuando avanzaba hacia ella, tropezó de pronto con G. Reece Stoddard.

—Perdona —dijo Warren.

Pero G. Reece no perdió el tiempo en disculpas: ya bailaba otra vez con Berenice.

Aquella noche, a la una, Marjorie, con una mano en el interruptor de la lámpara del recibidor, se volvió para mirar por última vez los ojos resplandecientes de Berenice.

—Así que funcionó, ¿no?

—Sí, Marjorie, ¡sí! —exclamó Berenice.

—He visto que te lo pasabas estupendamente.

—¡Es verdad! El único problema ha sido que a medianoche casi me he quedado sin temas de conversación. He tenido que repetirme, con chicos distintos, claro. Espero que no comparen sus apuntes.

—Los chicos no suelen hacerlo —dijo Marjorie, bostezando—, y daría lo mismo, si lo hicieran: te encontrarían aún más interesante.

Apagó la luz y, mientras subían las escaleras, Berenice se apoyó con alivio en el pasamanos. Era la primera vez en su vida que estaba cansada de tanto bailar.

—Ya has visto —dijo Marjorie—, si un hombre ve que otro te invita a bailar mientras aún estás bailando con él, piensa que tienes que tener algo especial. Bueno, estudiaremos otros sistemas. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mientras se deshacía el peinado, pasó revista a aquella noche. Había seguido las instrucciones al pie de la letra. Incluso cuando Charley Paulson la invitó a bailar por octava vez, simuló placer, mostrándose a la vez interesada y halagada. No había hablado del tiempo, ni de Eau Claire, ni de coches, ni de los estudios, sino que se había ceñido a tres temas de conversación: yo, tú, nosotros.

Y, pocos minutos antes de dormirse, una idea rebelde le había pasado soñolientamente por la cabeza: después de todo, el mérito era suyo. Marjorie, es verdad, le había sugerido los temas de conversación, pero Marjorie extraía sus temas de conversación de lo que leía. Ella, Berenice, había comprado el traje rojo, aunque no le gustara demasiado antes de que Marjorie lo descolgara de la percha... Y ella, con su voz, había pronunciado las palabras, y había sonreído con sus labios, y había bailado con sus pies. Marjorie era simpática... pero presumida... Simpática noche... Chicos simpáticos... Como Warren... Warren... Warren... cómo se llamaba... Warren...

Se quedó dormida.

V.

La semana siguiente fue una revelación para Berenice. A la sensación de que la gente disfrutaba mirándola y escuchándola, siguió el fundamento de la confianza en sí misma. Al principio, desde luego, cometió numerosos errores. No sabía, por ejemplo, que Draycott Deyo era seminarista; no sabía que la había invitado a bailar porque la creía una chica discreta y reservada. Si lo hubiese sabido, no hubiera aplicado la táctica de empezar con un «¡Hola, bombazo!», ni hubiera seguido con la historia de la bañera: «No sabes el trabajo que me cuesta peinarme en verano: tengo el pelo muy largo; así que primero me peino, luego me maquillo y me pongo el sombrero, después me meto en la bañera, y por fin me visto. ¿No te parece el mejor sistema?».

Aunque Draycott Deyo estaba sufriendo todas las angustias de un bautismo por inmersión, y podía haber encontrado alguna lógica en aquellas palabras, hay que admitir que no la encontró. Consideraba el baño femenino como un asunto inmoral, y le expuso a Berenice algunas de sus ideas sobre la depravación de la sociedad moderna.

Pero, compensando aquel desafortunado episodio, Berenice logró numerosos y señalados éxitos que aumentaron su fama. El pequeño Otis Ormonde renunció a un viaje al Este para seguirla con devoción de cachorro, para diversión de sus amigos e irritación de G. Reece Stoddard: Otis arruinaba sus visitas vespertinas con la ternura nauseabunda de las miradas que dirigía a Berenice. Incluso le contó a Berenice la historia del palo y el vestuario para explicarle cómo, al principio, se habían equivocado espantosamente él y todos al juzgarla. Berenice se tomó a risa el incidente, con una sombra de abatimiento.

Quizá el más conocido y universalmente celebrado entre los temas de los que hablaba Berenice era el asunto del corte de pelo.

—Berenice, ¿cuándo te vas a pelar como un chico?

—Pasado mañana, quizá —contestaba, riéndose—. ¿Irás a verme? Ya sabes que cuento contigo.

—¡Claro que sí! A ver si te decides de una vez.

Berenice, cuyas intenciones peluqueras eran rigurosamente deshonorosas, volvía a reírse.

—Ya falta poco. Os llevaréis una sorpresa.

Pero quizá el más significativo símbolo de su éxito fue el coche gris del hipercrítico Warren McIntyre, que aparcaba todos los días frente a la casa de la familia Harvey. Al principio, la criada se quedó realmente perpleja cuando Warren preguntó por Berenice en lugar de por Marjorie; una semana después, le dijo a la cocinera que Berenice le había birlado a Marjorie su mejor pretendiente.

Y Berenice lo había hecho. Quizá todo empezó porque Warren quería darle celos a Marjorie; quizá tuvo la culpa el sello familiar, aunque irreconocible, que el estilo de Marjorie había dejado en las conversaciones de Berenice; quizá fueron ambas cosas y un poco de mutua y sincera simpatía. Pero, de cualquier modo, era opinión general entre los más jóvenes, una semana más tarde, que el más constante entre los pretendientes de Marjorie había sufrido un cambio imprevisible y se lanzaba al asalto de la invitada de Marjorie. Warren llamaba por teléfono a Berenice dos veces al día, le mandaba cartitas, y se les veía frecuentemente en el descapotable, empeñados en una de esas tensas, importantísimas conversaciones sobre si Warren era sincero.

Marjorie, cuando le tomaban el pelo, se limitaba a reír. Decía que estaba contentísima de que Warren hubiese encontrado por fin a alguien capaz de comprenderlo. Así que los más jóvenes también se reían, y creyeron que a Marjorie no le importaba el asunto, y dejaron de darle vueltas.

Una tarde, cuando sólo faltaban tres días para que volviera a casa, Berenice esperaba en el recibidor a Warren, con quien iba a ir a jugar al bridge. Estaba de un humor estupendo, y, cuando Marjorie —invitada también al bridge— apareció y, a su lado, empezó a arreglarse con indiferencia el sombrero ante el espejo, Berenice no estaba preparada para una pelea. Marjorie, con absoluta frialdad y concisión, sólo dijo tres frases.

—Ya puedes quitarte a Warren de la cabeza —dijo fríamente.

—¿Qué? —Berenice estaba completamente estupefacta.

—Ya está bien de que hagas el ridículo con Warren McIntyre. No le importas un pimiento.

Durante un momento de tensión se miraron: Marjorie, desdeñosa y distante; Berenice, estupefacta, entre la irritación y el miedo. Entonces dos coches se detuvieron frente a la casa con gran estruendo de bocinas. Las dos se sobresaltaron, dieron la vuelta y salieron de prisa, juntas.

Mientras jugaba al bridge, Berenice luchó en vano por dominar una creciente inquietud. Había ofendido a Marjorie, la esfinge de las esfinges. Con las intenciones más honestas e inocentes del mundo, había robado algo que pertenecía a Marjorie. Se sintió repentina y horriblemente culpable. Después de la partida, cuando charlaban entre amigos y todos participaban en la conversación, la tormenta se fue acercando poco a poco. El pequeño Otis Ormonde la precipitó sin darse cuenta.

—¿Cuándo vuelves al jardín de la infancia, Otis? —le había preguntado alguien.

—¿Yo? El día que Berenice se corte el pelo.

—Entonces ya has terminado los estudios —dijo Marjorie rápidamente—. Sólo era un farol de los suyos. Creía que te habías dado cuenta.

—¿Es verdad? —preguntó Otis, dedicándole a Berenice una mirada llena de reproches.

A Berenice le ardían las orejas mientras buscaba una respuesta eficaz. Pero aquel ataque directo había paralizado su imaginación.

—Los faroles abundan en el mundo —continuó Marjorie, disfrutando como nunca—. Creía que ya tenías edad para saberlo, Otis.

—Bueno —dijo Otis—, quizá sea así, pero, ¡caramba!, con lo divertida que es Berenice...

—¿Seguro? —bostezó Marjorie—. ¿Cuál es su último chiste?

Nadie parecía saberlo. Y, en realidad, entretenida con el pretendiente de su musa, últimamente no había dicho nada memorable.

—¿De verdad era todo una broma? —pregunto Roberta con curiosidad.

Berenice titubeó. Sabía que todos esperaban un golpe de ingenio, pero, bajo la mirada repentinamente fría de su prima, se sentía absolutamente incapaz.

—No lo sé —evitó contestar directamente.

—¡Pamplinas! —dijo Marjorie—. ¡Confiesa!

Berenice se dio cuenta de que Warren había dejado de prestar atención al ukelele con el que había estado jugueteando y la miraba interrogativamente.

—¡No lo sé! —repitió. Tenía las mejillas encendidas.

—¡Pamplinas! —subrayó Marjorie.

—Vamos, Berenice —la animó Otis—. Cállale la boca.

Berenice volvió a mirar alrededor: parecía incapaz de evitar la mirada de Warren.

—Me gusta el pelo cortado como un chico —se apresuró a decir, como si le hubieran hecho una pregunta— y así me lo pienso cortar.

—¿Cuándo? —preguntó Marjorie.

—Cualquier día.

—Hoy es el mejor día —sugirió Roberta.

Otis pegó un brinco.

—¡Estupendo! —exclamó—. Vamos a organizar la fiesta del corte de pelo. En la barbería del Hotel Sevier, creo que dijiste.

Todos se habían puesto de pie. El corazón de Berenice latía con violencia.

—¿Qué? —balbuceó.

Del grupo salió la voz de Marjorie, muy clara y despectiva.

—No os preocupéis: ya se está echando atrás.

—¡Adelante, Berenice! —exclamó Otis, dirigiéndose hacia la puerta.

Cuatro ojos —los de Warren y los de Marjorie— la miraban fijamente, la juzgaban, la desafiaban. Titubeó, espantada, un segundo más.

—Venga —dijo de pronto—, me importa un bledo.

Al anochecer, una eternidad de minutos más tarde, camino del centro en el coche de Warren, al que seguía el coche de Roberta con todo el grupo, Berenice experimentó las mismas sensaciones que María Antonieta cuando la llevaban en un carro a la guillotina. Se preguntaba confusamente por qué no gritaba que todo era una equivocación. Apenas si era capaz de dominarse: le costaba no llevarse las manos al pelo para defenderlo de aquel mundo repentinamente hostil. No lo hizo. Ni siquiera el recuerdo de su madre podía ya detenerla. Ésta era la prueba suprema de su deportividad: así conquistaba su derecho indiscutible a pisar el paraíso estrellado de las chicas admiradas por todos.

Warren callaba, de mal humor, y, cuando llegaron al hotel, frenó junto el bordillo y con un gesto de la cabeza invitó a Berenice a que lo precediera. El coche de Roberta descargó una multitud carcajeante en la barbería, que tenía dos espléndidos escaparates.

Berenice, parada en el bordillo, miraba el rótulo de la Barbería Sevier. Sí, era la guillotina, y el verdugo era el dueño de la barbería, que, con bata blanca y fumando un cigarrillo, se apoyaba indolentemente en el primer sillón. Debía de haber oído hablar de Berenice; debía de llevar esperándola toda la semana, fumando eternos cigarrillos junto a aquel portentoso, demasiadas veces nombrado, sillón. ¿Le vendaría los ojos? No, pero le pondría una toalla blanca alrededor del cuello para que la sangre —qué tonterías, el pelo— no le cayera en el vestido.

—Ánimo, Berenice —dijo Warren.

Alzando el mentón, atravesó la acera, empujó la puerta batiente y, sin mirar a la turba bulliciosa, escandalosa, que ocupaba el banco de espera, se acercó al barbero.

—Quiero cortarme el pelo como un chico.

Al barbero se le abrió poco a poco la boca. El cigarrillo se le cayó al suelo.

—¿Eh?

—¡Que me corte el pelo como un chico!

Harta de preámbulos, Berenice se subió al sillón. Un tipo que ocupaba el sillón de al lado se volvió hacia ella y le echó un vistazo, entre la espuma y el estupor. Un barbero se estremeció y arruinó el corte de pelo mensual del pequeño Willy Schuneman. El señor O'Reilly, en el último sillón, gruñó y maldijo musicalmente en antiguo gaélico, mientras la navaja se hundía en su mejilla. Dos limpiabotas abrieron los ojos de par en par y se lanzaron hacia los zapatos de Berenice. No, Berenice no quería que se los limpiaran.

En la calle un transeúnte se detuvo a mirar, asombrado; una pareja lo imitó; media docena de narices de chico se pegaron de pronto al cristal; fragmentos de conversación llegaban a la barbería arrastrados por la brisa veraniega.

—¡Mirad, un chico con el pelo largo!

—¿Qué es esa cosa? Acaban de afeitar a una mujer barbuda.

Pero Berenice no veía nada, no oía nada. El único sentido que todavía le funcionaba le decía que el hombre de la bata blanca había cogido un peine de carey y luego otro; que sus dedos enredaban torpemente entre horquillas poco familiares; que estaba a punto de perder aquel pelo, aquel pelo maravilloso: no volvería a sentir el peso voluptuoso y largo cuando le caía por la espalda en un resplandor castaño oscuro. Estuvo a punto de rendirse, pero inmediata y mecánicamente la imagen que tenía ante sí volvió a aclararse: la boca de Marjorie curvándose en una leve sonrisa irónica, como si dijera:

—¡Ríndete y baja del sillón! Has querido jugármela y yo he descubierto tu engaño. Ya ves que no tienes nada que hacer.

Y una última reserva de energía brotó en Berenice, que apretó los puños bajo la toalla blanca mientras sus ojos se entrecerraban de una manera rara, de la que Marjorie hablaría mucho tiempo.

Veinte minutos después, el barbero giró el sillón hacia el espejo, y Berenice se estremeció al ver el desastre en toda su amplitud. Su pelo ya no era rizado: ahora caía en bloques lacios y sin vida a ambos lados de la cara, pálida de repente. Era una cara fea como el pecado. Ya lo sabía ella: que iba a estar fea, más fea que el pecado. El mayor atractivo de aquella cara había sido una sencillez de Virgen María. Ahora que la sencillez había desaparecido, Berenice era... Bueno... Terriblemente mediocre. Ni siquiera teatral, sólo ridícula: como un intelectual del Greenwich Village que se hubiese olvidado las gafas en casa.

Cuando se bajaba del sillón intentó sonreír, y fracasó miserablemente. Vio cómo dos de las chicas intercambiaban miradas; notó que los labios de Marjorie se curvaban en un gesto de burla reprimida, que los ojos de Warren de repente eran muy fríos.

—Ya lo veis —sus palabras cayeron en un silencio incómodo—, lo he hecho.

—Sí, lo has... hecho —admitió Warren.

—¿No os gusta?

Hubo dos o tres voces que de mala gana soltaron un «claro que sí», y otro silencio incómodo, y entonces Marjorie se volvió hacia Warren, rápida y tensa como una serpiente.

—¿Me acompañas a la tintorería? —preguntó—. No tengo más remedio que recoger un vestido antes de la cena. Roberta, que vuelve a casa, puede llevar a los otros.

Warren miró absorto un punto en el infinito a través del escaparate. Luego, apenas un instante, sus ojos se detuvieron fríamente en Berenice antes de volverse hacia Marjorie.

—Encantado —dijo lentamente.

## VI.

Berenice no se dio cuenta de la perversidad de la trampa que le habían tendido hasta que no vio la mirada estupefacta de su tía antes de la cena.

—¡Berenice! ¡Por Dios!

—Me he pelado como un chico, tía Josephine.

—Pero, hija mía...

—¿No te gusta?

—¡Por Dios, Berenice!

—Creo que te he impresionado.

—No. Pero ¿qué va a pensar mañana por la noche la señora Deyo? Berenice, deberías haber esperado hasta después de la fiesta de los Deyo. Deberías haber esperado, si querías hacer una cosa así.

—Se me ocurrió de pronto, tía Josephine. Y, además, ¿por qué iba a importarle especialmente a la señora Deyo?

—¿Por qué, hija mía? —exclamó la señora Harvey—. En la charla sobre *Las debilidades de la nueva generación* que dio en la última reunión del Club de los Martes les dedicó quince minutos a las

chicas que se cortan el pelo como un chico. Son su abominación preferida. ¡Y el baile es en tu honor y en honor de Marjorie! —Lo siento.

—Ay, Berenice, ¿qué dirá tu madre? Pensará que yo te he dado permiso.

—Lo siento.

La cena fue una tortura. Había hecho un desesperado intento con las tenacillas de rizar, y se había quemado los dedos y un buen puñado de pelo. Se daba cuenta de que su tía estaba preocupada y apenada a la vez, y de que su tío no dejaba de repetir «¡Condenación!» una vez y otra vez, en, un tono ofendido y levemente hostil. Y Marjorie, muy tranquila, se atrincheraba tras una vaga sonrisa, una sonrisa vagamente burlona.

Pero la cena acabó. Tres chicos se presentaron; Marjorie desapareció con uno de ellos, y Berenice, después de intentar sin gana ni éxito entretener a los otros dos, suspiró de alivio cuando a las diez y media subió las escaleras, hacia su dormitorio. ¡Vaya día!

Cuando ya se había desnudado para acostarse, la puerta se abrió y entró Marjorie.

—Berenice —dijo—, siento mucho lo de la fiesta de los Deyo. Te prometo que se me había olvidado por completo.

—No importa —fue lo único que respondió Berenice. De pie ante el espejo, se pasaba lentamente el peine por el pelo corto.

—Mañana te acompaño al centro —continuó Marjorie—, y en la peluquería te lo arreglarán. No creía que llegaras hasta el final. Lo siento muchísimo, de verdad.

—¡No importa!

—Bueno, será tu última noche aquí, así que no creo que importe mucho.

Entonces Berenice hizo una mueca de dolor, porque Marjorie balanceaba los cabellos sobre sus hombros y los anudaba muy despacio en dos largas trenzas rubias, hasta que, vestida con una combinación color crema, le recordó el retrato delicado de una princesa sajona. Fascinada, Berenice observaba cómo crecían las trenzas. Eran pesadas, opulentas, y se movían entre los ágiles dedos como serpientes, y a Berenice apenas le quedaban unas reliquias, y las tenacillas de rizar, y todas las miradas que la acecharían en el futuro. Ya se imaginaba cómo G. Reece Stoddard, a quien le gustaba, le decía con modales de Harvard a su vecina de mesa que a Berenice no le deberían haber permitido ver tantas películas; se imaginaba a Draycott Deyo intercambiando miradas con su madre y mostrándose luego concienzudamente caritativo con ella. Pero quizá para mañana las noticias ya habrían llegado a la señora Deyo, que mandaría una fría notita rogándole que no se presentara en la fiesta. Y todos se reirían a sus espaldas y sabrían que Marjorie le había tomado el pelo; que sus posibilidades de ser una belleza habían sido sacrificadas al capricho celoso de una chica egoísta. Se sentó ante el espejo, mordiéndose el interior de las mejillas.

—Me gusta el pelo así —dijo con esfuerzo—. Creo que me sienta bien.

Marjorie sonrió.

—Está muy bien. Por Dios, no te preocupes más.

—No me preocupo.

—Buenas noches, Berenice.

Pero, mientras la puerta se cerraba, algo estalló dentro de Berenice. Se puso en pie de un salto, retorciéndose las manos, y, rápida y silenciosa, fue y sacó de debajo de la cama la maleta. Guardó algunos artículos de tocador y una muda. Luego vació en el baúl dos cajones de ropa interior y vestidos de verano. Se movía sin prisa, pero con absoluta eficacia, y, tres cuartos de hora después, el baúl tenía la llave echada y la correa atada, y Berenice vestía el traje de viaje que Marjorie le había ayudado a elegir.

Sentada al escritorio, escribió una nota para la señora Harvey en la que brevemente le explicaba los motivos de su partida. Cerró el sobre, escribió el nombre de la destinataria y lo dejó sobre la almohada. Miró el reloj. El tren salía a la una, y sabía que, andando hasta el Hotel *Marborough*, a dos manzanas de distancia, encontraría fácilmente un taxi.

De pronto, aspiró con fuerza una bocanada de aire y le relampagueó en los ojos una expresión que un experto en temperamentos habría relacionado vagamente con el gesto de obstinación inflexible que había mostrado en el sillón del barbero: quizá era una fase más desarrollada de aquel gesto. Berenice nunca había mirado así, y aquella mirada había de traer consecuencias.



Se acercó sigilosamente al escritorio, cogió algo que había allí, y, apagando todas las luces, permaneció inmóvil hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad. Abrió con suavidad la puerta del dormitorio de Marjorie. Oía la respiración tranquila y regular de quien duerme con la conciencia tranquila.

Ya estaba junto a la cabecera de la cama, muy decidida, tranquila. Actuó con rapidez. Inclinandose, tocó una de las trenzas de Marjorie, la siguió con la mano hasta llegar a la cabeza y luego, despacio, para que la durmiente no sintiera el tirón, preparó las tijeras y cortó. Con la trenza en la mano, contuvo la respiración. Marjorie había murmurado algo en sueños. Berenice amputó hábilmente la otra trenza, esperó un instante y volvió, rápida y silenciosa, a su dormitorio.

Una vez abajo, abrió la gran puerta principal, la cerró con cuidado a sus espaldas y, sintiéndose extrañamente feliz y eufórica, salió del portal, a la luz de la luna, balanceando la pesada maleta como si fuera la bolsa de la compra. Cuando llevaba andando un minuto, se dio cuenta de que todavía llevaba en la mano izquierda las dos trenzas rubias. Se echó a reír inesperadamente. Hubo de cerrar bien la boca para aguantar un escandaloso ataque de risa. En aquel momento pasaba por la casa de Warren, e impulsivamente dejó el equipaje en el suelo y, balanceando las trenzas como trozos de cuerda, las lanzó hacia el porche de madera, donde aterrizaron con un leve ruido sordo. Volvió a reírse, sin aguantarse más.

—¡Hau! —rió frenéticamente—. Yo arrancar cuero cabelludo a esa cosa egoísta.

Luego cogió la maleta y bajó casi corriendo la calle iluminada por la luna.

## El palacio de hielo

El palacio de hielo *apareció el 22 de mayo de 1920 en el Saturday Evening Post y fue incluido en Flappers y filósofos. Fue el primero de una serie de relatos en los que Fitzgerald consideraba las diferencias, tanto culturales como sociales, entre el Norte y el Sur. «El Sur es grotescamente pintoresco, tal como pude comprobar hace muchos años, y tal como el señor Faulkner ha demostrado hasta la saciedad», comentó en 1940. Fitzgerald era especialmente consciente de la influencia del Sur sobre sus heroínas, reforzada por su matrimonio con una belleza de Alabama.*

I.

La luz del sol se derramaba sobre la casa como pintura dorada sobre un jarrón artístico, y las manchas de sombra aquí y allá sólo intensificaban el rigor del baño de luz. Las casas de los Butterworth y de los Larkin, colindantes, se atrincheraban tras árboles grandes y pesados; sólo la casa de los Happer recibía el sol de lleno, y durante todo el día miraba hacia la calle polvorienta con paciencia tolerante y amable. Era una tarde de septiembre en la ciudad de Tarleton, en el extremo más meridional de Georgia.

En la ventana de su dormitorio, Sally Carrol Happer apoyó la joven barbilla de diecinueve años en el viejo alféizar de cincuenta y dos años y observó cómo el viejo Ford de Clark Darrow doblaba la esquina. El coche estaba ardiendo, porque al ser, en parte, de metal, retenía todo el calor que absorbía y producía, y Clark Darrow, sentado rígido al volante, tenía una expresión dolorida y tensa, como si se considerara a sí mismo una pieza más con bastantes posibilidades de sufrir una avería. Superó con dificultad dos baches polvorientos y, entre los chirridos de las ruedas indignadas por el tropezón, con una mueca terrorífica dio un último y violento volantazo y dejó al coche y a sí mismo aproximadamente frente a las escaleras de los Happer. Se oyó un rugido lastimero y agónico, un estertor de muerte, seguido por un breve silencio, y entonces un silbido sobrecogedor rasgó el aire.

Sally Carrol miraba con ojos de sueño. Empezó a bostezar, pero, dándose cuenta de que era absolutamente imposible a menos que levantara la barbilla del alféizar, cambió de idea y siguió mirando en silencio el coche, donde el propietario seguía sentado con rigidez militar, tan brillante como rutinaria, en espera de una respuesta a su señal. Un instante después, el silbido volvió a herir el aire polvoriento.

—Buenos días.

Con esfuerzo, Clark giró su largo cuerpo y miró de reojo por la ventanilla.

—Ya es por la tarde, Sally Carrol.

—¿De verdad? ¿Estás seguro?

—¿Qué haces?

—Me estoy comiendo una manzana.

—¿Te vienes a nadar?

—Creo que sí.

—¿Puedes darte un poco de prisa?

—Claro.

Sally Carrol lanzó un enorme suspiro y, superando una inercia casi invencible, se levantó del suelo, donde había pasado el rato deshaciendo en pedazos una manzana y pintando muñecas de papel para su hermana pequeña. Se acercó a un espejo, observó su aspecto con satisfecha y agradable languidez, se dio dos toques de carmín en los labios y una pizca de polvos en la nariz, y se cubrió con un sombrero atestado de rosas el pelo corto, de chico, color maíz. Luego les dio una patada a las acuarelas, dijo «Maldita sea» y, sin recoger las pinturas, salió.

—¿Qué tal, Clark? —preguntaba un minuto después, mientras se subía ágilmente al coche.

—Mejor que bien, Sally Carrol.

—¿Adonde vamos a nadar?

—A la piscina Walley. Le he dicho a Marilyn que iríamos a recogerlos a Joe Ewing y a ella.

Clark era moreno y delgado, y tendía a andar encorvado. Sus ojos eran malignos y había algo de insolencia en su expresión, salvo cuando los iluminaba por sorpresa una de sus frecuentes sonrisas. A Clark le habían quedado unas rentas —apenas suficientes para sobrevivir sin dificultad y echarle gasolina al coche— y había pasado aquellos dos años, desde que se diplomó en la Escuela Técnica de Georgia, vagando por las dormidas calles de su ciudad natal y hablando de la mejor manera de invertir su capital para hacerse rico inmediatamente.

No era difícil dar vueltas sin hacer nada; multitud de chiquillas se habían hecho maravillosamente mujeres, la sorprendente Sally Carrol mejor que ninguna, y todas eran felices si las invitabas a bailar y bailar y jugar al amor en las tardes veraniegas llenas de flores, y a todas les gustaba Clark inmensamente. Y cuando empezabas a cansarte de la compañía femenina, había siempre media docena de muchachos dispuestos a hacer cualquier cosa, y siempre prontos a hacer con Clark unos hoyos de golf, o a jugar una partida de billar, o a beberse medio litro de whisky. De vez en cuando uno de estos coetáneos hacía una visita de despedida antes de irse a Nueva York o Filadelfia o Pittsburgh, para entrar en el mundo de los negocios; pero, en su mayoría, se contentaban con aquel lánguido paraíso de cielos de ensueño, noches de luciérnagas, ferias ruidosas llenas de negros y, sobre todo, de chicas preciosas de voz suave, educadas con recuerdos más que con dinero.

Tras infundirle al Ford un soplo de vida resentida y turbulenta, Clark y Sally Carrol bajaron con gran estrépito por Valley Avenue hasta Jefferson Street, donde el polvo de la calle se convirtió en asfalto; a través de la narcotizada Millicent Place, donde había media docena de mansiones prósperas e imponentes, desembocaron por fin en el centro de la ciudad. Allí conducir se volvía peligroso, porque era la hora de la compra: la gente vagaba sin meta por las calles y una manada de bueyes que mugían mansamente se resistía a dejarle el camino libre a un plácido tranvía; incluso las tiendas parecían abrir sus puertas en un bostezo y parpadear con sus escaparates frente a la luz del sol antes de hundirse en un absoluto y definitivo estado de coma.

—Sally Carrol —dijo Clark de pronto—, ¿es verdad que tienes novio?

Sally lo miró fugazmente.

—¿Dónde has oído eso?

—Es verdad, ¿no? ¿Tienes novio?

—¡Bonita pregunta!

—Una chica me ha dicho que tienes novio, un yanki que conociste en Asheville el verano pasado.

Sally Carrol suspiró.

—No he visto un pueblo más cotilla que éste.

—No te cases con un yanki, Sally Carrol. Te necesitamos aquí.

Sally Carrol guardó silencio un momento.

—Clark —preguntó de repente—, ¿con quién, Dios mío, podría casarme?

—Yo te ofrezco mis servicios.

—Cariño, tú no puedes mantener a una esposa —respondió alegremente—. Además, te conozco demasiado bien para enamorarme de ti.

—Eso no significa que tengas que casarte con un yanki —insistió.

—¿Y si me hubiera enamorado?

Clark negó con la cabeza.

—No. Tiene que ser totalmente distinto de nosotros, en todos los sentidos.

Se interrumpió. Había parado el coche ante una casa destartada y en ruinas: Marilyn Wade y Joe Ewing aparecieron en la puerta.

—Hola, Sally Carrol.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Sally Carrol —preguntó Marilyn en cuanto volvieron a ponerse en marcha—, ¿es verdad que tienes novio?

—Santo Dios, ¿de dónde ha salido esa historia? ¿No puedo mirar a un hombre sin que digan que es mi novio?

Clark miraba al frente, los ojos fijos en un tornillo del estridente parabrisas.

—Sally Carrol —dijo con curiosa intensidad—, ¿te caemos bien?

—¿Cómo?

—Sí, nosotros, los de por aquí.

—Tú sabes que sí, Clark. Os adoro a todos.

—Entonces, ¿por qué te has echado un novio yanqui?

—Clark, no lo sé. No sé lo que haré, pero... Sí, quiero viajar y conocer gente. Quiero desarrollar mi inteligencia. Quiero vivir donde rodo sucede a gran escala.

—¿Qué quieres decir?

—Ay, Clark, te quiero, y quiero a nuestro Joe, y a Ben Arrot, y a todos vosotros, pero todos seréis... todos seréis...

—¿Todos seremos un fracaso?

—Sí. Y no digo sólo un fracaso en lo que se refiere al dinero, sino algo más, algo torpe y triste, y... Ay, ¿cómo podría explicártelo?

—¿Lo dices porque vivimos aquí, en Tarleton?

—Sí, Clark; y porque os gusta vivir así y jamás querréis cambiar las cosas, ni pensar en ello, ni mejorar.

Clark asintió, y Sally le cogió la mano.

—Clark —dijo con ternura—, no te cambiaría por nadie en el mundo. Eres un encanto tal como eres. Y amaré siempre las cosas que hacen que fracases: vivir en el pasado, tus noches y días de pereza, y toda tu despreocupación y generosidad.

—Pero ¿te vas?

—Sí, porque nunca podría casarme contigo. Ocupas un lugar en mi corazón que no ocupará nadie, pero si me quedara aquí perdería la cabeza. Me sentiría... desperdiciada. En mí hay dos aspectos, ¿sabes? El pasado soñoliento que a ti te gusta tanto, y una especie de energía... un estado de ánimo que me obliga a hacer las cosas más disparatadas. Esta es la parte de mí que me servirá en cualquier parte, y que durará incluso cuando yo ya no sea guapa.

Calló de repente, con su brusquedad característica, suspiró: «¡Ay, cariño!», y ya había cambiado de estado de ánimo.

Con los ojos entrecerrados, echando hacia atrás la cabeza, hasta apoyarla en el respaldo del asiento, dejó que el aire áspero le diera en los ojos y le enredara los bucles de pelo corto y encrespado. Habían llegado al campo y atravesaban un bosquecillo de vegetación verde y brillante, entre pastos y altos árboles que derramaban follaje sobre la carretera y les ofrecían una fresca bienvenida. De vez en cuando pasaban ante alguna maltrecha cabana de negros, y el más viejo de sus habitantes, con el pelo ya blanco, fumaba a la puerta una pipa hecha con una mazorca de maíz, y enfrente, entre hierbajos, media docena de chiquillos mal vestidos enseñaban osrenrosamente unos muñecos andrajosos. A lo lejos se extendían adormilados campos de algodón donde hasta los braceros parecían sombras inrangibles añadidas por el sol a la tierra, no para que se fatigaran, sino para que cumplieran apaciblemente alguna tradición antigua en los dorados campos de septiembre. Y, en torno a aquel paisaje ointoresco y amodorrado, sobre los árboles y las chozas y los ríos fangosos, fluía el calor, nunca hostil, sólo reconfortante, como un seno grande, tibio y nutritivo para la párvula tierra.

—Sally Carrol, ¡ya hemos llegado!

—La pobre duerme como un tronco.

—Cariño, ¿te has muerto por fin de pura pereza?

—¡Agua, Sally Carrol! ¡El agua fresca te está esperando!

Los ojos se le abrieron soñolientamente.

—¡Ah! —murmuró, sonriendo.

II.

En noviembre Harry Bellamy, alto, fuerte y dinámico, del Norte, llegó de su ciudad para pasar cuatro días. Tenía la intención de resolver un asunto que había quedado pendiente desde que Sally Carrol y él se conocieron en Asheville, en Carolina del Norte, en verano. Para resolverlo bastaron una tarde tranquila y una noche frente a la chimenea, porque Harry tenía todo lo que Sally Carrol deseaba; y además Sally lo quería: lo quería con esa parte de sí misma que reservaba especialmente para el amor. Sally Carrol estaba dividida en partes perfectamente definidas.

Paseaban durante su última tarde juntos, y ella se dio cuenta de que, casi inconscientemente, dirigía sus pasos hacia uno de sus refugios preferidos, el cementerio. Cuando estuvo ante sus ojos, blanco grisáceo y verde dorado bajo el alegre sol poniente, Sally se detuvo, indecisa, ante la cancela.

—¿Eres una persona triste, Harry? —preguntó con una sombra de sonrisa.

—¿Triste? Claro que no.

—Entremos entonces. Este sitio deprime a mucha gente, pero a mí me gusta.

Cruzaron la verja y siguieron un sendero que corría a través de un ondulado valle de tumbas: tumbas grises de polvo y moho para los muertos de los años cincuenta; esculpidas caprichosamente con motivos florales y ánforas para los muertos de los setenta; excesivamente adornadas, horribles, para los muertos de los años noventa, con gordos querubines de mármol sumergidos en un sueño profundo sobre cojines de piedra, y una exuberante e imposible vegetación de anónimas flores de granito. De vez en cuando veían una figura arrodillada que dejaba una ofrenda de flores, pero sobre la mayoría de las tumbas sólo había silencio y hojas secas, y sólo la fragancia que sus oscuros recuerdos podían despertar en la imaginación de los vivos.

Alcanzaron la cima de una colina y se encontraron frente a un lápida alta y redonda, picoteada por manchas oscuras de humedad y casi cubierta de hiedra.

—«Margery Lee» —leyó Sally—, «1844-1873». Tuvo que ser bonita, ¿verdad? Murió a los veintinueve años. Querida Margery Lee —añadió en voz baja—. ¿Te la puedes imaginar, Harry?

—Sí, Sally Carrol.

Harry sintió una mano pequeña que se metía dentro de la suya. —Era morena, me parece; y llevaba siempre un lazo en el pelo y maravillosas faldas en forma de campana, celestes y rosa.

—Sí.

—¡Era tan dulce, Harry! Y era de esas chicas que nacieron para esperar a los invitados en un porche inmenso, con columnas. Me parece que muchos hombres se fueron a la guerra pensando volver junto a ella, y quizá ninguno volvió.

Harry se acercó a la lápida, para buscar una fecha de matrimonio.

—Aquí no dice nada.

—Claro que no. ¿Qué podría ser más elocuente que el nombre, Margery Lee, y la fecha?

Se acercó a Harry y él sintió un inesperado nudo en la garganta cuando ella le rozó la mejilla con su pelo rubio.

—La estás viendo, ¿verdad, Harry?

—La estoy viendo —asintió con ternura—. La veo a través de tus ojos preciosos. Estás maravillosa ahora mismo: así tuvo que ser ella.

Estaban de pie, juntos y en silencio, y Harry sentía cómo temblaban un poco los hombros de Sally. Un airecillo barrió la colina y agitó el ala de la pamelita de Sally.

—¡Bajemos!

Sally Carrol señalaba con el dedo una llanura al otro lado de la colina: mil cruces blancas, grisáceas, se extendían sobre la hierba verde en ordenadas filas interminables, como los fusiles de un batallón.

—Son los confederados muertos —dijo Sally escuetamente.

Iban paseando y leyendo las inscripciones, siempre un nombre y una fecha, a veces casi indescifrables.

—La última fila es la más triste... Mira, en aquella zona. Cada cruz sólo lleva una fecha y una palabra: «Desconocido».

Lo miró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No puedo explicarte lo real que todo esto es para mí, querido..., si ya no lo sabes.

—Para mí es maravilloso lo que sientes.

—No, no, no se trata de mí, sino de ellos, de aquel tiempo pasado que yo intento mantener vivo dentro de mí. Fueron sólo hombres, sin importancia evidentemente, o no serían «desconocidos»; pero murieron por lo más maravilloso del mundo: por el muerto Sur. Ya sabes —añadió con la voz aún velada y los ojos brillantes de lágrimas—, la gente tiene sueños que la ligan a las cosas, y yo he crecido con este sueño. Ha sido fácil, porque son cosas muertas que no podían desilusionarme. Creo que he intentado vivir, según los criterios de *noblesse oblige* del pasado, pero sólo quedan los últimos vestigios, ya sabes, como las rosas de un antiguo jardín que murieran a nuestro alrededor: el atisbo en algún chico de una cortesía y una caballerosidad extraordinarias, las historias que me contaron muchas veces algunos negros muy viejos y un soldado confederado que vivía junto a mi casa. Ay, Harry, ¡había algo verdadero en todo eso! Nunca he sabido explicártelo bien, pero había algo verdadero.

—Te entiendo —volvió a asegurarle dulcemente.

Sally Carrol sonrió y se secó las lágrimas con el pico del pañuelo que asomaba del bolsillo superior de Harry.

—No estás triste, ¿verdad, amor mío? Hasta cuando lloro, soy feliz aquí: me da una especie de fuerza.

Dieron la vuelta y, de la mano, se alejaron despacio. Encontraron hierba blanda, y Sally hizo que Harry se sentara a su lado, con la espalda apoyada en lo que quedaba de un bajo muro en ruinas.

—Me gustaría que aquellas tres viejas se largaran —se quejó Harry—. Quiero besarte, Sally Carrol.

—Yo también.

Esperaron impacientes a que las tres figuras encorvadas se alejaran, y entonces Sally lo besó hasta que el cielo pareció apagarse poco a poco, y todas sus sonrisas y lágrimas se desvanecieron en el éxtasis de un minuto eterno.

Luego regresaron lentamente, mientras en las esquinas de la calle el crepúsculo jugaba a las damas soñolientamente, negras contra blancas, con el final del día.

—Tienes que ir al Norte a mediados de enero —dijo Harry—, y quedarte un mes por lo menos. Será magnífico. Es el carnaval de invierno, y, si no has visto nunca la nieve, será como si estuvieras en el país de las hadas. Habrá patinaje y esquí, y toboganes y trineos, y desfiles y cabalgatas a la luz de las antorchas con raquetas para andar por la nieve. Hace años que no se celebra el carnaval de invierno, así que quieren montar lo nunca visto.

—¿Pasaré frío, Harry? —preguntó Sally de pronto.

—Claro que no. Quizá se te congele la nariz, pero no tiritarás de frío. Es un frío seco, ¿sabes?

—Creo que estoy hecha para el verano. Jamás me ha gustado el frío.

Calló, y guardaron silencio un instante.

—Sally Carrol —dijo Harry muy despacio—, ¿qué te parecería marzo?

—Digo que te quiero.

—¿Marzo?

—Marzo, Harry.

III.

En el coche-cama hizo mucho frío toda la noche. Sally llamó al revisor para pedirle otra manta y, como no se la pudieron dar, intentó en vano, acurrucándose en el fondo de su litera y doblando las mantas, dormir por lo menos unas horas: quería estar resplandeciente por la mañana.

Se levantó a las seis y, después de vestirse con dificultad, fue dando traspies al vagón restaurante, a tomar un café. La nieve se había filtrado en los pasillos y cubría el suelo con una capa resbaladiza. Era un misterio este frío que invadía todos los rincones. El aliento de Sally era perfectamente visible, y lo lanzaba al aire con ingenuo placer. Sentada en el vagón restaurante, miraba a través de la ventanilla colinas blancas y valles y pinos en los que cada rama era una fuente verde para un frío banquete de nieve. De vez en cuando una granja solitaria pasaba rapidísima, fea, inhóspita y desolada en la tierra blanca y baldía; y cada casa le provocaba un escalofrío de compasión por las criaturas que, encerradas allí, esperaban la primavera.

Cuando dejó el vagón restaurante y, tambaleándose, volvió al coche-cama, sintió una oleada de energía y se preguntó si aquella era la sensación del aire vivificador del que Harry le había hablado. Aquél era el Norte, el Norte: ahora era su tierra.

—*¡Soplen los vientos, evohé! / Vagabunda seré*—cantó exultante entre dientes.

—¿Cómo ha dicho?—preguntó educadamente el mozo.

—He dicho: «Déjeme en paz».

Los largos cables del telégrafo se duplicaron. Dos railes corrían junto al tren, luego tres, cuatro... Siguió una sucesión de casas con el tejado blanco, entre las que aparecía y desaparecía un tranvía con las ventanas empañadas, y calles, y más calles: la ciudad.

Se quedó inmóvil y aturdida un momento, de pie en la estación cubierta de escarcha, antes de ver a tres figuras cubiertas de pieles que se le acercaban.

—¡Allí está!

—¡Eh, Sally Carrol!

Sally Carrol dejó caer la maleta.

—¡Eh, hola!

Un rostro vagamente familiar y frío como el hielo la besó, y se vio de pronto entre un grupo de caras que parecían arrojar grandes nubes de humo pesado. Estrechaba manos. Eran Gordon, un hombre bajo y entusiasta, de unos treinta años, que parecía una copia torpe e imperfecta de Harry; y su mujer, Myra, una señora lánguida con el pelo muy rubio bajo una gorra de piel, de automovilista. Casi inmediatamente Sally Carrol pensó que tenía rasgos vagamente escandinavos. Un alegre chófer se hizo cargo de su maleta, y entre un ir y venir de frases a medio terminar, exclamaciones y superficiales y lánguidos «querida mía» de Myra, se fueron empujando unos a otros hacia la salida de la estación.

Y ya atravesaban en coche una tortuosa sucesión de calles nevadas en las que docenas de chiquillos ataban trineos a los coches y a las furgonetas de reparto.

—¡Oh!—exclamó Sally Carrol—. Yo también quiero hacerlo. ¿Podemos, Harry?

—Eso es cosa de niños. Pero podríamos...

—Esto parece un circo—dijo con pena.

La casa era una construcción irregular sobre un lecho de nieve, y allí conoció a un hombre grande, de cabellos blancos, que le cayó bien, y a una señora que parecía un huevo, y que la besó: eran los padres de Harry. Luego transcurrió una hora indescriptible y sin respiro, llena de frases a medias, agua caliente, huevos con beicon y confusión; y después se quedó sola con Harry en la biblioteca, y le preguntó si podía fumar.

Era una amplia habitación con una Virgen sobre la chimenea y filas y filas de libros encuadernados en oro y oro viejo y rojo brillante. Todas las sillas tenían piezas de encaje sobre las que apoyar la cabeza, y el sofá apenas si era cómodo, y algunos libros, sólo algunos, parecían haber sido leídos: Sally Carrol volvió a ver por un instante la vieja y maltrecha biblioteca de su casa, con los enormes tomos sobre medicina de su padre, y los retratos al óleo de sus tres tías abuelas, y el viejo sofá que llevaba aguantando con remiendos desde hacía cuarenta y cinco años y seguía siendo una maravilla para soñar echada en él. De pronto le pareció que aquella habitación no era ni agradable ni nada en particular. Sólo era una habitación con un montón de cosas caras que parecían tener menos de quince años.

—¿Qué te parece todo esto? —preguntó Harry con ansiedad—. ¿Te has llevado una sorpresa? Quiero decir si era lo que esperabas.

—Tú eres lo que yo esperaba, Harry —respondió apaciblemente, y le tendió los brazos.

Después de un beso breve, Harry se empeñó en sacarle a la fuerza una muestra de entusiasmo.

—La ciudad, digo. ¿No te gusta? ¿No sientes la energía en el aire?

—Ay, Harry —se rió—, dame tiempo. No puedes acibillarme a preguntas.

Aspiró el humo del cigarrillo con un suspiro de satisfacción.

—Sólo quiero decirte una cosa —comenzó él, casi con tono de excusa—: vosotros, los del Sur, ponéis mucho énfasis en la familia y en todas esas cosas... No es que eso esté mal, pero aquí encontrarás una pequeña diferencia. Quiero decir que... descubrirás un montón de cosas que te parecerán al principio un alarde de vulgaridad, Sally Carrol; pero recuerda que ésta es una ciudad de sólo tres generaciones. Todos tienen padre, y la mitad más o menos tenemos abuelo. Pero no vamos más allá.

—Por supuesto —murmuró Sally.

—Verás, nuestros abuelos fundaron la ciudad y muchos de ellos hubieron de adaptarse a los trabajos más insólitos mientras la fundaban. Hay, por ejemplo, una mujer que es el modelo de buenas maneras para todos, y su padre fue el primer basurero que tuvo la ciudad... Cosas así pasan.

—Pero ¿cómo has creído —preguntó Sally Carrol, perpleja— que yo iba a andar por ahí criticando a la gente?

—No es eso —interrumpió Harry—; ni estoy defendiendo a nadie. Sólo es que... Bueno, el verano pasado vino una chica del Sur y dijo algunas cosas poco agradables, y... Bueno... sólo quería decírtelo.

Sally Carrol se sintió de repente indignada —como si hubiera sido injustamente abofeteada—, pero evidentemente Harry consideraba terminado el asunto, pues continuaba con el mayor entusiasmo:

—Estamos en carnaval, ya sabes: el primero desde hace diez años. Y están levantando un palacio de hielo, el primero desde 1885. Lo están construyendo con los bloques de hielo más transparentes que han encontrado, y es enorme.

Sally se levantó, se acercó a la ventana, apartó los pesados cortinones y miró a la calle.

—¡ Ah! —exclamó de repente—. ¡Hay dos niños haciendo un muñeco de nieve! Harry, ¿puedo salir a ayudarles?

—¡Estás soñando! Ven y dame un beso.

Se apartó de la ventana a regañadientes.

—No creo que este clima sea el mejor para besarse, ¿no te parece? Vaya, que no tienes ninguna gana de quedarte quieto, sin hacer nada, ¿no?

—No vamos a quedarnos quietos. Tengo libre la primera semana que vas a pasar aquí, y esta noche vamos a ir a cenar y a bailar.

—Ay, Harry —confesó, sentándose a medias en sus piernas y en los cojines—, me siento confundida, de verdad. No tengo la menor idea de si me gustará este sitio, y no sé lo que la gente espera de mí, ni nada de nada. Tienes que ayudarme, querido.

—Te ayudaré —dijo con ternura—, si me dices que estás contenta de haber venido.

—Claro que estoy contenta, ¡terriblemente contenta! —murmuró Sally, introduciéndose entre sus brazos como ella sólo sabía hacerlo—. Donde tú estás, está mi casa, Harry.

Y, cuando lo dijo, tuvo la sensación, quizá por primera vez en su vida, de que estaba representando un papel.

Aquella noche, a la luz de los candelabros, en una cena en la que los hombres parecían llevar el peso de la conversación, mientras las chicas mantenían una arrogante frialdad, ni siquiera la presencia de Harry, sentado a su izquierda, consiguió que se sintiera cómoda.

—Buena gente, ¿no te parece? —le preguntó Harry—. Mira a tu alrededor: aquél es Spud Hubbard, defensa del equipo de Princeton el curso pasado, y aquel es Junie Morton: el pelirrojo que está a su lado y él han sido capitanes del equipo de hockey de Yale; Junie es de mi promoción. Sí,



los mejores atletas del mundo son de los Estados de por aquí. Es una tierra de hombres, te lo digo yo. ¡Acuérdate de JohnJ. Fishburn!

—¿De quién? —preguntó Sally Carrol inocentemente. —¿No lo conoces? —Lo he oído nombrar.

—Es el mayor productor de trigo del Noroeste y uno de los hombres de negocios más importantes del país.

Sally se volvió de repente hacia una voz que le hablaba a su derecha.

—Creo que han olvidado presentarnos. Soy Roger Patton. —Yo soy Sally Carrol Happer —respondió, con simpatía. —Sí, lo sé. Harry me dijo que ibas a venir. —¿Eres pariente suyo? —No, soy su profesor. —Ah —se rió.

—En la universidad. Tú eres del Sur, ¿no? —Sí, de Tarleton, en Georgia.

Le gustaba: bigote entre castaño y pelirrojo, y ojos celestes y húmedos que tenían algo que les faltaba a otros ojos: capacidad para apreciar las cosas. Durante la cena intercambiaron de vez en cuando alguna frase, y Sally se propuso volver a verlo.

Después del café le presentaron a muchos jóvenes bien parecidos que bailaban con consciente afectación y parecían dar por supuesto que ella no quería hablar de otra cosa que no fuera Harry.

«¡Dios mío! —pensó—, me tratan como si el hecho de que tenga novio me hiciera mayor que ellos, ¡como si fuera a contarles a sus madres lo que me dicen!»

En el Sur una chica con novio, incluso una joven casada, espera las mismas bromas y los mismos cumplidos cariñosos que una debutante en sociedad, pero allí eso parecía estar prohibido. Un joven, que había empezado a tomar los ojos de Sally como tema de conversación, diciendo que lo habían fascinado desde que llegó, pareció terriblemente confundido en cuanto supo que estaba invitada en casa de los Bellamy y era la novia de Harry. Parecía tener la sensación de haber incurrido en una metedura de pata soez e imperdonable, y adoptó inmediatamente una actitud ceremoniosa y estirada, y, a la primera oportunidad, la dejó sola.

Sally se sintió feliz cuando, en uno de los cambios de pareja, mientras bailaba con otro, Roger Patton le sugirió que descansaran un rato.

—Bueno —preguntó con un alegre guiño—, ¿qué tal está nuestra Carmen del Sur?

—Mejor que bien. ¿Y qué tal... qué tal está Dangerous Dan McGrew? Lo siento, pero es el único nordista del que sé algo.

Roger parecía divertido.

—Desde luego —confesó—, como profesor de literatura no debería haber leído nada de Dangerous Dan McGrew.

—¿Eres de aquí?

—No, soy de Filadelfia. Importado de Harvard para enseñar francés. Pero llevo aquí diez años.

—Nueve años y trescientos sesenta y cuatro días más que yo.

—¿Te gusta el Norte?

—Pues... ¡Claro que sí!

—¿De verdad?

—Bueno, ¿por qué no? ¿No tengo cara de estar pasándomelo bien?

—Te he visto mirar por la ventana hace un minuto: estabas temblando.

—Sólo es mi imaginación —se rió Sally Carrol—. Estoy acostumbrada a ver que nada se mueve, y, a veces, cuando miro por la ventana y veo los copos de nieve, me parece como si algo muerto se estuviera moviendo.

Él asintió, como si la entendiera.

—¿Nunca habías estado en el Norte?

—He pasado dos veces el mes de julio en Asheville, en Carolina del Norte.

—Es gente agradable, ¿no? —sugirió Patton, señalando hacia el remolino de la pista de baile.

Sally Carrol dudó. Era lo mismo que Harry había dicho.

—¡Claro que sí! Son... caninos.

—¿Cómo?

Sally enrojeció.

—Perdona; lo que he dicho suena peor de lo que yo quería. ¿Sabes? Cuando pienso en las personas, las divido en felinos y caninos, con independencia de su sexo.

—¿Tú qué eres?

—Yo soy felina. Y tú también. Así son la mayoría de los hombres del Sur y la mayoría de esas chicas.

—¿Y Harry qué es?

—Harry es inconfundiblemente canino. Todos los hombres que he conocido esta noche parecen caninos.

—¿Qué implica ser canino? ¿Cierta masculinidad deliberada, opuesta a la sutileza?

—Puede que sí. Nunca lo he analizado a fondo. Yo sólo observo a las personas y digo de golpe: canino o felino. Me figuro que es totalmente absurdo.

—En absoluto. Me interesa. Yo tenía una teoría sobre esta gente. Me parece que están helándose.

—¿Qué?

—Creo que se están convirtiendo en suecos... Ya sabes... ibsenianos. Poco a poco se están volviendo pesimistas y melancólicos. Es por estos inviernos tan largos. ¿Nunca has leído a Ibsen?

Sally negó con la cabeza.

—Bueno, sus personajes tienen cierta severidad taciturna. Son virtuosos, intolerantes, sombríos, sin demasiada capacidad para grandes dolores ni grandes alegrías.

—¿Sin sonrisas ni lágrimas?

—Exactamente. Ésa es mi teoría. Aquí, sabes, hay miles de suecos. Me figuro que vienen porque el clima es muy similar al suyo, y poco a poco se van mezclando con los otros. Es probable que esta noche, aquí, no lleguen a la media docena, pero... Hemos tenido cuatro gobernadores suecos. ¿Te aburro?

—Me interesa mucho.

—Tu futura cuñada es medio sueca. Personalmente, me cae bien, pero tengo la teoría de que los suecos, en general, ejercen una influencia negativa sobre nosotros. Los escandinavos, no sé si lo sabes, poseen el mayor porcentaje de suicidios del mundo.

—¿Por qué vives aquí si es tan deprimente el lugar?

—Ah, no me afecta. Llevo una vida de ermitaño, y creo que los libros significan para mí más que la gente.

—Pero todos los escritores dicen que el Sur es trágico. Ya sabes: *señoritas* españolas, pelo negro, puñales y músicas embrujadoras.

Él negó con la cabeza.

—No, las razas nórdicas son las razas trágicas: no se permiten el lujo consolador de las lágrimas.

Sally Carrol se acordó del cementerio: pensó que aquello era vagamente lo que ella quería expresar cuando decía que no la ponía triste.

Los italianos quizá sean el pueblo más alegre del mundo...

Pero, bueno, es un tema aburrido —se interrumpió—. De todas maneras, quiero decirte que vas a casarte con un hombre estupendo.

Sally Carrol sintió la tentación de hacer confidencias.

Lo sé. Soy de esas personas que necesitan que las cuiden un poco, y estoy segura de que me van a cuidar.

—¿Baillamos? Es estimulante —continuó mientras se ponían de pie— encontrar a una chica que sabe por qué se casa. Nueve de cada diez imagina el matrimonio como una especie de crepuscular paseo de película.

Sally se rió: lo encontraba tremendamente simpático.

Dos horas después, camino de casa, en el coche, se acurrucó junto a Harry en el asiento de atrás.

—Ah, Harry —murmuró—, ¡qué frío hace!

—Pero aquí estamos calientes, cariño.

—Pero afuera hace frío; y, ay, ese rugido del viento...

Sumergió la cara profundamente en el abrigo de piel de Harry y, sin querer, tembló cuando los labios fríos le besaron el lóbulo de la oreja.

#### IV.

La primera semana de su visita pasó como un torbellino. Un frío atardecer de enero dio el paseo en trineo, tirado por un coche, que le habían prometido. Envuelta en pieles, pasó una mañana lanzándose en trineo por la colina del club de campo; incluso se empeñó, mientras esquiaba, en flotar en el aire durante un instante glorioso antes de aterrizar, fardo risueño y revuelto, sobre un blando montón de nieve. Todos los deportes de invierno le gustaron, excepto una tarde que pasó en un llano deslumbrador, sobre raquetas de nieve, bajo un sol amarillo pálido. Pero pronto se dio cuenta de que estas cosas eran para niños: que la mimaban para complacerla, y que la alegría que la rodeaba era sólo un reflejo de la suya.

Al principio la familia Bellamy la desconcertaba. Los hombres eran leales y le gustaban; el señor Bellamy, especialmente, con su pelo color de acero y su dignidad llena de energía: Sally le tomó cariño inmediatamente cuando supo que había nacido en Kentucky; este detalle lo convirtió en un vínculo entre la antigua vida y la nueva. Pero hacia las mujeres sentía una clara hostilidad. Myra, su futura cuñada, parecía la esencia del convencionalismo sin alma. Su conversación estaba tan desprovista de personalidad que Sally Carrol, que venía de una tierra en la que cierto encanto y cierta desenvoltura casi se les suponía a las mujeres, más bien la despreciaba.

«Si estas mujeres no fueran guapas —pensaba—, no serían nada. Se desvanecen cuando las miras. Son como criadas presuntuosas. Los hombres son el centro de todas las reuniones.»

Estaba, por fin, la señora Bellamy, a quien Sally Carrol detestaba. La impresión del primer día, la impresión de haber visto un huevo, había sido confirmada: un huevo de voz cascada e insidiosa y andares de culibaja regordeta y sin gracia que le hacían pensar a Sally Carrol que, si alguna vez se cayera, terminaría hecha una tortilla. Además, la señora Bellamy parecía personificar la hostilidad de la ciudad hacia los forasteros. Llamaba «Sally» a Sally Carrol, y no hubo manera de convencerla de que el nombre compuesto era algo más que un apodo ridículo y fastidioso. Para Sally Carrol, abreviar su nombre era como presentarla medio desnuda ante la gente. «Sally Carrol» le gustaba; «Sally» le parecía detestable. Sabía también que la madre de Harry desaprobaba que tuviera cortado el pelo como un chico; y no se había atrevido a fumar en la planta principal desde el primer día, en que la señora Bellamy había entrado en la biblioteca olfateando agresivamente.

De todos los hombres que había conocido prefería a Roger Patton, que visitaba con frecuencia la casa. Nunca volvió a aludir a las tendencias ibsenianas del populacho, pero, cuando un día entró y la encontró leyendo *Peer Gynt*, se echó a reír y le dijo que olvidara lo que le había dicho: sólo eran tonterías.

Y, entonces, una tarde de la segunda semana, Harry y ella bordearon peligrosamente el filo de una arriscada bronca. Sally Carrol consideraba que Harry tenía toda la culpa, aunque Serbia había sido, en aquella ocasión, un desconocido que no se había planchado los pantalones.

Volvían a casa entre montañas de nieve y bajo un sol que Sally Carrol apenas reconocía. Dejaron atrás a una chiquilla tan envuelta en lana gris que parecía un osito de peluche, y Sally Carrol no pudo reprimir un comentario maternal.

—¡Mira, Harry!

—¿Qué?

—Esa chica... ¿Le has visto la cara?

—Sí, ¿por qué?

—La tenía roja como una fresa. ¡Qué linda!

—¿Sí? Pues tú tienes la cara casi igual de roja. Aquí todos están sanos. Nos da el aire frío en cuanto empezamos a andar. ¡Un clima maravilloso!

Lo miró y tuvo que darle la razón. Parecía completamente sano: como su hermano. Y aquella misma mañana se había dado cuenta del nuevo color de sus mejillas.

Algo atrajo sus miradas de pronto, y por un instante fijaron la vista en la esquina de la calle: allí parado, había un hombre con las rodillas flexionadas y los ojos vueltos hacia arriba con una expresión tensa, como si estuviera a punto de saltar hacia el cielo helado. Y entonces los dos estallaron en un ataque de risa porque, al acercarse más, descubrieron que se había tratado de una absurda y momentánea ilusión óptica producida por la exagerada holgura de los pantalones abolsados del hombre.

—¡Vaya tipo! —rió Sally.

—Debe de ser del Sur, a juzgar por sus pantalones —insinuó Harry con malicia.

—¡Oye, Harry!

La mirada sorprendida de Sally pareció irritarlo.

—¡Estos malditos sudistas!

Los ojos de Sally Carrol chispearon.

—¡No los llames así!

—Lo siento, querida —dijo Harry, disculpándose, pero con malicia—, tú ya sabes lo que pienso de ellos. Son una especie de... de degenerados: no tienen nada que ver con los antiguos sudistas. Han vivido tanto tiempo allí abajo, con todos esos negros, que se han vuelto perezosos e inútiles.

—¡Cierra la boca, Harry! —gritó Sally, furiosa—. No son así. Quizá sean perezosos..., cualquiera lo sería en aquel clima, pero son mis mejores amigos y no soporto que los critiquen así, tan tajantemente. Algunos son los mejores hombres del mundo.

—Sí, lo sé. Son perfectos cuando estudian en las universidades del Norte, pero, de todos los individuos mezquinos, mal vestidos y sucios que he conocido en mi vida, los peores eran una pandilla de pueblerinos del Sur.

Sally Carrol había cerrado los puños enguantados y se mordía furiosamente el labio.

—¡Cómo! —continuó Harry—. Había uno en mi curso, en New Haven. Todos creíamos haber encontrado por fin un auténtico representante de la aristocracia del Sur, pero resultó que no era ni mucho menos un aristócrata: sólo era el hijo de un politicastro del Norte, dueño de casi todo el algodón de Mobile y sus alrededores.

—Un hombre del Sur no hablaría como tú estás hablando ahora —dijo Sally sin alterarse.

—¡Le faltaría el coraje suficiente!

—U otra cosa.

—Lo siento, Sally Carrol, pero tú misma has dicho que no te casarías con uno del Sur...

—Eso es completamente distinto. Yo te he dicho que no uniría mi vida a ninguno de los chicos que dan vueltas por Tarleton, pero nunca he hecho generalizaciones tan tajantes.

Siguieron paseando en silencio.

—Quizá haya cargado demasiado las tintas, Sally Carrol. Lo siento.

Asintió, pero no contestó. Cinco minutos más tarde, ya en el recibidor de la casa, de repente lo abrazó.

—Ay, Harry —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas—, casémonos la semana que viene. Me dan miedo estas peleas. Estoy asustada, Harry. Sería distinto si estuviéramos casados.

Pero Harry, que tenía la culpa de la discusión, todavía estaba enfadado.

—Sería una idiotez. Hemos decidido que sea en marzo.

Las lágrimas desaparecieron de los ojos de Sally; su expresión se endureció levemente.

—Muy bien; supongo que no debería haber dicho nada.

Harry se enterneció.

—¡Mi niña tonta! Ven, dame un beso, y no le demos más vueltas.

Aquella misma noche, al final de un espectáculo de variedades, la orquesta tocó *Dixie* y Sally Carrol sintió muy adentro algo más fuerte y perdurable que las lágrimas y sonrisas de aquel día. Se inclinó hacia delante, agarrándose a los brazos del sillón con tal fuerza que su cara se puso escarlata.

—¿Te has emocionado, querida? —murmuró Harry.

Pero no lo oyó. Al vibrante brío de los violines y al redoblar excitante de los timbales desfilaban en la oscuridad sus viejos fantasmas, y, mientras los pífanos murmuraban y suspiraban, parecían tan próximos, casi visibles, que hubiera podido decirles adiós con la mano.

*¡Adelante, adelante,  
adelante, hacia el Sur, a Dixie!  
¡Adelante, adelante,  
adelante, hacia el Sur, a Dixie!*

V.

Era una noche especialmente fría. El día anterior un deshielo imprevisto casi había despejado las calles, pero ahora volvía a invadirlas un polvoriento fantasma de nieve que avanzaba en líneas onduladas a los pies del viento y llenaba las capas de aire más bajas de una niebla de partículas impalpables. No había cielo: sólo una carpa oscura y amenazadora que se cernía sobre las calles y que, en realidad, era un inmenso ejército de copos de nieve en marcha, mientras, por todas partes, helando el reconfortante fulgor dorado y verde de las ventanas iluminadas, y amortiguando el trote uniforme del caballo que tiraba del trineo, el viento del norte soplaba interminablemente. La ciudad era tétrica, pensaba Sally Carrol: tétrica.

A veces, durante la noche, había tenido la impresión de que nadie la habitaba: todos se habían ido hacia mucho, dejando que las casas iluminadas fueran cubiertas, al pasar el tiempo, por sepulcrales montañas de nieve. ¡Ah, si la nieve cubriera su tumba! Permanecer bajo montañas de nieve todo el invierno, donde su lápida sería una sombra clara entre sombras claras. Su tumba: una tumba que debería estar llena de flores, lavada por el sol y la lluvia.

Volvía a pensar en las granjas aisladas que el tren había dejado atrás, en cómo sería la vida allí durante el largo invierno: mirar interminablemente por la ventana, la costra de hielo sobre los blandos montones de nieve, y, por fin, el lento deshielo sin alegría y la áspera primavera de la que le había hablado Roger Patton. Su primavera... Perder su primavera para siempre, con sus lilas y la dulzura perezosa, que le encendía el corazón. Estaba renunciando a aquella primavera, y más tarde tendría que renunciar a aquella dulzura.

Con una intensidad creciente, la tormenta se fue desatando. Sally Carrol sentía cómo una película de copos de nieve se disolvía rápidamente sobre sus cejas, y Harry alargó el brazo cubierto de piel y le bajó la complicada capucha de franela. Y entonces los copos pequeños iniciaron una nueva escaramuza y el caballo inclinó pacientemente el cuello mientras una capa transparente, blanca, aparecía fugazmente sobre su manta.

—Tiene frío, Harry —dijo Sally Carrol de pronto.

—¿Quién? ¿El caballo? No, no. ¡Le gusta!

Diez minutos después doblaron una esquina y avistaron su destino. Sobre una alta colina que se dibujaba en un verde intenso y deslumbrante contra el cielo invernal, se alzaba el palacio de hielo. Tenía tres pisos, con almenas y troneras y estrechas ventanas de las que coleaban carámbanos, y las innumerables lámparas eléctricas del interior le daban al gran salón central una transparencia maravillosa. Sally Carrol apretó la mano de Harry bajo la manta de piel.

—¡Es extraordinario! —exclamó Harry con entusiasmo—. ¡Caramba! ¡Es espléndido! ¡No construían uno igual desde 1885!

Inexplicablemente, la idea de que no hubiera existido otro igual desde 1885 le pareció angustiada a Sally. El hielo era un fantasma, y aquella mansión de hielo estaría habitada seguramente por los espectros del siglo pasado: rostros lívidos y borrosas cabelleras de nieve.

—Vamos, querida—dijo Harry.

Salió tras él de mala gana y esperó a que Harry atara el caballo. Un grupo de cuatro personas —Gordon, Myra, Roger Patton y otra chica— se detuvo junto a ellos con un terrible tintinear de campanillas. Se había ido congregando una verdadera multitud, envuelta en pieles o zamarras, que gritaba y voceaba mientras avanzaba entre la nieve, tan espesa ya que la gente apenas se distinguía a pocos metros de distancia.

—¡Mide cincuenta metros de alto! —le decía Harry a una figura embozada que caminaba penosamente a su lado hacia la entrada—; ocupa una superficie de cinco mil quinientos metros cuadrados.

Sally captaba fragmentos de conversación: «Un salón principal...» «Muros de medio metro o un metro de espesor...» «Y la gruta de hielo tiene casi kilómetro y medio de...» «El canadiense que lo ha construido...»

Encontraron la entrada, y, deslumbrada por la magia de los grandes muros de cristal, Sally Carrol se sorprendió repitiendo una y otra vez unos versos de *Kubla Khan*:

*Era un milagro de raro artificio,  
una cúpula de placer,  
iluminada por el sol y con grutas de hielo.*

En la grande y resplandeciente caverna, que negaba las tinieblas del exterior, se sentó en un banco, y la angustia de la noche se disipó. Harry tenía razón: era precioso; y su mirada recorrió la superficie suave de los muros, los bloques de hielo elegidos por su pureza y claridad con el fin de obtener aquel efecto de opalescencia translúcida.

—¡Mira! ¡Allá vamos, chicos! —gritó Harry.

Una banda de música, en la esquina más lejana, entonó «¡Bienvenidos, bienvenidos, la banda ya está aquí!», y los ecos de la música llegaron hasta ellos frenética y confusamente, y entonces se apagaron las luces: el silencio parecía fluir por las paredes heladas y derramarse sobre ellos. Sally Carrol aún veía su aliento blanco en la oscuridad, y, frente a ella, una fila difuminada de rostros lívidos.

La música disminuyó hasta ser un suspiro y una queja disuelta en los cantos atronadores que llegaban del exterior: el canto de los clubes que desfilaban. Se fue haciendo más poderoso, como el himno de una tribu vikinga que atravesara un antigua tierra virgen. Aumentó: se estaban acercando. Entonces surgió una fila de antorchas, y otra y otra y otra, y, marcando el paso, una larga columna calzada con mocasines y envuelta en capotes grises, con raquetas de nieve a la espalda, entró en la caverna, y las antorchas ardían y las llamas se elevaban y parpadeaban mientras las voces ascendían por las paredes altas.

La columna gris terminó, y otra la siguió, y ahora la luz fluía misteriosamente sobre capuchas rojas de esquíador y llameantes capotes escarlata, y los recién llegados se sumaron a la canción; entonces apareció un regimiento con uniformes de color azul, verde, blanco, marrón y amarillo.

—Los de blanco son el Club Wacouta —murmuró Harry, emocionado—; son los hombres que has ido conociendo en las fiestas.

Crecía el volumen de las voces; la gran cueva era una fantasmagoría de antorchas ondulantes como lenguas de fuego, de colores, al ritmo suave de los pasos. La columna de cabeza giró y se detuvo, pelotón frente a pelotón, hasta que la procesión entera compuso una extraordinaria bandera de llamas, y entonces de millares de gargantas surgió un grito poderoso que llenó el aire como el fragor de un trueno e hizo temblar el fuego de las antorchas. Era magnífico, formidable. Era como si el Norte, pensaba Sally Carrol, ofreciera un sacrificio sobre un inmenso altar al Dios de la Nieve, gris y pagano. Mientras el grito se apagaba, la banda volvió a tocar, y se sucedieron las canciones y los resonantes vítores de los clubes. Sally Carrol permanecía inmóvil, a la escucha, mientras los gritos intermitentes rompían el silencio; y entonces se sobresaltó, porque se produjo una lluvia de explosiones y grandes nubes de humo inundaron la cueva: las luces de magnesio de los fotógrafos en plena tarea. Y la ceremonia terminó. Con la banda a la cabeza, los clubes, en formación, reanudaron los cantos y desfilaron hacia la salida.

—¡Vamos! —gritó Harry—. Tenemos que ver el laberinto subterráneo antes de que apaguen las luces.

Se levantaron y se pusieron en marcha hacia la rampa. Harry y Sally Carrol iban en cabeza: la pequeña manopla de Sally se hundía en el gran guante de piel de Harry. Al final de la rampa había una inmensa y vacía sala de hielo con el techo tan bajo que tenían que agacharse. Entonces sus manos se separaron. Antes de que Sally se diera cuenta de lo que él pensaba hacer, Harry se había lanzado hacia uno de los seis corredores resplandecientes que partían de la sala y sólo era un mancha vaga y huidiza contra el trémulo fulgor verde.

—¡Harry! —lo llamó.

—¡Vamos! —le contestó él.

Sally Carrol miró a su alrededor en la sala vacía; era evidente que el resto del grupo había decidido volver a casa: ya estaría fuera, deslizándose por la nieve. Titubeó un instante y echó a correr tras Harry.

—¡Harry! —gritó.

Corrió nueve metros y llegó a una encrucijada; le pareció que alguien respondía, una voz apagada, casi imperceptible, lejos, a la izquierda, y, aguijoneada por el pánico, huyó en aquella dirección, y pasó otra encrucijada, otros dos largos corredores.

—¡Harry!

No hubo respuesta. Echó a correr hacia delante, pero inmediatamente, como un rayo, dio media vuelta y se lanzó en la misma dirección por donde había venido, dominada por un terror súbito y helado.

Alcanzó un recodo —¿era allí?—, siguió a la izquierda y llegó a lo que debería de haber sido la salida a la sala grande y baja, pero sólo era otro corredor reluciente que terminaba en la oscuridad. Gritó otra vez, pero las paredes le devolvieron un eco plano, sin vida, sin resonancia. Volviendo sobre sus pasos, dobló otra esquina y se adentró en un ancho pasillo: era como cruzar el pasadizo verde que abrieron las aguas divididas del mar Rojo, como una húmeda cripta que comunicara tumbas vacías.

Empezaba a resbalarse al andar, por el hielo que se había formado en la suela de los chanclos; tenía que apoyar la mano enguantada en la superficie resbaladiza y viscosa de las paredes para mantener el equilibrio.

—¡Harry!

Tampoco respondió nadie. Su voz rebotó burlescamente al fondo del corredor.

Un instante después, las luces se apagaron y se quedó en la más completa oscuridad. Se le escapó un gemido asustado, y se dejó caer sobre un frío montón de hielo. Se dio cuenta de que al caer se había hecho algo en la rodilla izquierda, pero apenas lo notó, porque la invadía un terror profundo, mucho más grande que el miedo a haberse perdido. Estaba a solas con esa presencia que emanaba del Norte, la triste soledad que se alzaba de los balleneros atrapados en los hielos del océano Ártico, de las extensiones baldías, sin una hoguera ni una huella, donde yacen diseminados los blanqueados huesos de la aventura. Soplaban el helado aliento de la muerte; venía hacia ella, bajo tierra, para atraparla.

Con un ímpetu frenético y desesperado, volvió a levantarse y se adentró a ciegas en la oscuridad. Tenía que salir. Podía perderse, estar perdida durante días, morir congelada, y permanecer en el hielo como esos cadáveres que, según había leído, se conservaban perfectamente hasta que se derretía un glaciar. Harry seguramente creería que había salido con los otros; seguramente se había ido ya. Nadie sabría nada hasta el día siguiente. Tocó lastimosamente la pared: medio metro de espesor, le habían dicho. ¡Medio metro de espesor!

—¡Ay!

A ambos lados, por las paredes, sentía cosas que se arrastraban, húmedas almas que habitaban aquel palacio, aquella ciudad, aquel Norte.

—¡Aquí! ¡Que venga alguien! —gritó.

Clark Darrow se hubiera dado cuenta de lo que pasaba; o Joe Ewing; no la hubieran dejado allí, perdida para siempre, hasta que se le congelaran el corazón, el cuerpo y el alma. A ella, a Sally Carrol, que era una criatura feliz, una chiquilla alegre a la que le gustaban el calor, el verano y el Sur. ¡Qué extraño era todo, qué extraño!

«No llores —algo le hablaba en voz alta—. No vuelvas a llorar. Tus lágrimas se congelarán; ¡aquí se congelan todas las lágrimas!»

Se derrumbó sobre el hielo.

—¡Ay, Dios mío! —se le quebró la voz.

Pasaron, largos, los minutos, y, muy cansada, sintió que los ojos se le cerraban. Entonces tuvo la sensación de que alguien se sentaba a su lado y con manos cálidas y dulces le cogía la cara. Levantó los ojos con gratitud.

—Ah, es Margery Lee —canturreó en voz baja—. Sabía que vendrías.

Era verdad: era Margery Lee, tal y como Sally Carrol había adivinado que era, con una frente blanca y joven, y ojos grandes y cariñosos, y una falda con mucho vuelo, de un tejido suave sobre el que daba gusto descansar.

—Margery Lee.

Todo se oscurecía, se oscurecía. Todas aquellas tumbas necesitaban una mano de pintura, claro que sí, pero la pintura nueva las estropearía, sí. Aunque, ¿sabes?, tendrías que verlas.

Y entonces, después de que los minutos se sucedieran, primero con rapidez y luego con lentitud, para disolverse por fin en una multitud de rayos borrosos que convergían en un sol amarillo pálido, oyó un gran estrépito que rompió la tranquilidad recién encontrada.

Había sol, había luz: una antorcha, y otra, y voces; una cara se materializó bajo la antorcha, brazos fuertes la levantaban, y sintió algo en la mejilla... algo húmedo. Alguien la había cogido y le frotaba la cara con nieve. ¡Qué ridículo! ¡Con nieve!

—¡Sally Carrol! ¡Sally Carrol!

Era Dangerous Dan McGrew; y dos rostros desconocidos.

—¡Chica, chica! ¡Te llevamos buscando dos horas! ¡Harry está medio loco!

Las cosas recuperaron su lugar inmediatamente: las canciones, las antorchas, el clamor de los clubes en marcha. Sally Carrol se revolvió en los brazos de Patton y emitió un gemido bajo y prolongado.

—¡Quiero irme de aquí! ¡Quiero volver al Sur! —su voz se elevó, se convirtió en un grito que heló el corazón de Harry, que llegaba a todo correr por el pasillo vecino—. ¡Mañana! —gritó Sally con pasión desenfundada, delirando—. ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana!

## VI.

La luz del sol, abundante y dorada, derramaba un calor enervante, aunque singularmente confortador, sobre la casa que todo el día miraba hacia el camino polvoriento. Dos pájaros armaban un tremendo alboroto en un rincón fresco que habían encontrado entre las ramas del árbol más cercano a la puerta, y calle abajo una negra pregonaba fresas melodiosamente. Era una tarde de abril.

Sally Carrol Happer, sentada con la barbilla en el brazo, y el brazo en el marco de la ventana vieja, miraba soñolientamente entre el polvo de lentejuelas brillantes del que, por primera vez en aquella primavera, se desprendía una oleada de calor. Miraba cómo un Ford viejísimo tomaba una curva peligrosa entre traqueteos y quejidos y se detenía con una sacudida al final de la calle. No dijo nada, y un momento después un silbido estridente y familiar atravesó el aire. Sally Carrol sonrió y parpadeó.

—Buenos días.

Una cabeza surgió tortuosamente bajo la capota del automóvil.

—Ya es por la tarde, Sally Carrol.

—¿Seguro? —dijo Sally con afectada sorpresa—. Ya me lo parecía a mí.

—¿Qué haces?

—Me estoy comiendo un melocotón verde. Creo que me moriré dentro de un minuto.

Clark hizo una última contorsión imposible para poder verle la cara.

—El agua está caliente como si hirviera en una olla. ¿Te vienes a nadar?

—Odio moverme —suspiró Sally Carrol con pereza—, pero creo que iré.



## El pirata de la costa

El pirata de la costa (29 de mayo de 1920) fue el tercer cuento que Fitzgerald publicó en el *Saturday Evening Post* durante ese mes y demuestra sus rápidos progresos como versátil narrador. Es el primer relato en el que se desarrolla el tema, recurrente en la obra de Fitzgerald, de una heroína conquistada por la extraordinaria hazaña de su enamorado.

El cuento terminaba, en un principio, con la explicación poco convincente de que se trataba de un sueño de Ardita. Fitzgerald volvió a escribir el final para subrayar la ficción de la narración: «La última frase convenció al señor Lorimer. Es una de las mejores frases que he escrito en mi vida». El pirata de la costa fue incluido en el volumen *Flappers y filósofos*.

### I.

Esta historia inverosímil empieza en un mar que era como un sueño azul, de un color tan vivo como el de unas medias de seda azul, y bajo un cielo tan azul como el iris de los ojos de los niños. Desde la mitad oeste del cielo el sol lanzaba pequeños discos dorados sobre el mar: si mirabas con suficiente atención, podías ver cómo saltaban de ola en ola para unirse en un largo collar de monedas de oro que confluían a un kilómetro de distancia antes de convertirse en un crepúsculo deslumbrante. Entre la costa de Florida y el collar de oro, fondeaba un flamante y airoso yate blanco, y bajo la toldilla de popa azul y blanca, tendida en una tumbona de mimbre, una joven rubia leía *La rebelión de los ángeles* de Anatole France.

Tendría unos diecinueve años, y era delgada y flexible, con seductores labios de niña mimada y vivaces ojos grises llenos de radiante curiosidad. Sin calcetines, con un par de zapatillas de raso azul que le servían más de adorno que de calzado y le pendían descuidadamente de la punta de los dedos, apoyaba los pies en el brazo del sillón vacío que tenía más cerca. Mientras leía, se deleitaba de vez en cuando pasándose por la lengua medio limón que tenía en la mano. El otro medio, chupado y seco, yacía en cubierta, a sus pies, meciéndose suavemente de acá para allá al ritmo casi imperceptible de la marea.

La segunda mitad del limón estaba casi exprimida y el collar de oro se había dilatado asombrosamente, cuando, de pronto, un rumor de pesadas pisadas rompió el silencio soñoliento que envolvía al yate, y un hombre maduro, coronado por una cabellera gris y bien cortada, que vestía un traje de franela blanca, apareció por la escalera que llevaba a los camarotes. Se detuvo un momento, hasta que sus ojos se acostumbraron al sol, y, cuando vio a la chica bajo la toldilla, lanzó un largo gruñido recriminatorio.

Si había querido producir algún tipo de sobresalto, estaba condenado a la decepción. La chica, sin inmutarse, pasó dos páginas, retrocedió una, levantó el limón mecánicamente a la distancia requerida para saborearlo, y luego, muy débilmente pero de modo inconfundible, bostezó.

—¡Ardita! —dijo enfadado el hombre del pelo gris.

Ardita emitió un ruidito que no significaba nada.

—¡Ardita! —repitió—. ¡Ardita!

Ardita levantó lánguidamente el limón y dejó que dos palabras se le escaparan antes de lamerlo.

—Ay, cállate.

—¡Ardita!

—¿Qué?

—¿Quieres escucharme, o tengo que llamar a un criado para que te sujete mientras hablo contigo?

El limón descendió lenta y desdeñosamente.

—Dímelo por escrito.

—¿Puedes tener la amabilidad de cerrar ese libro abominable y dejar ese repugnante limón un par de minutos?

—¿Puedes dejarme en paz un segundo?

—Ardita, acabo de recibir una llamada de la costa...

—¿Una llamada? —por primera vez mostraba un leve interés.

—Sí, era...

—¿Quieres decir —lo interrumpió, sorprendida— que han llamado desde la costa?

—Sí, y precisamente ahora...

—¿Y los otros barcos también han captado la llamada?

—No. Es una línea submarina. Hace cinco minutos...

—¡Qué barbaridad! La ciencia es oro, o algo por el estilo, ¿no?

—¿Quieres dejar que termine?

—¡Suéltalo!

—Bien, parece... He subido porque... —hizo una pausa y tragó saliva varias veces, como un loco—. Ah, sí. Jovencita, el coronel Moreland ha llamado otra vez para preguntarme si era seguro que te llevaría a cenar. Su hijo Toby ha venido desde Nueva York para conocerte y ha invitado a otros jóvenes. Por última vez, ¿quieres...?

—No —cortó Ardita—. No quiero. He venido a esta maldita travesía con la única idea de ir a Palm Beach, y tú lo sabes, y me niego terminantemente a ver a ningún maldito coronel ni a ningún maldito muchacho, se llame Toby o como se llame, y a poner el pie en alguna otra maldita ciudad de este Estado de locos. Así que, o me llevas a Palm Beach, o te callas y te vas.

—Muy bien. ¡Es el colmo! Encaprichándote de ese hombre, un hombre famoso por sus excesos, un hombre al que tu padre ni siquiera le hubiera permitido pronunciar tu nombre, te has dejado llevar por la mundanería de medio pelo más que por los ambientes en los que cabe presumir que has crecido. Desde ahora...

—Ya lo sé —lo interrumpió Ardita con ironía—. Desde ahora tú seguirás tu camino y yo el mío. Ya he oído ese cuento. Y sabes que es lo que más me gustaría.

—De ahora en adelante —anunció solemnemente— no eres mi sobrina. Yo...

—¡Ahhhh! —el grito surgió de Ardita con la agonía de un alma en pena—. ¿Por qué no dejas de darme la lata? ¿Por qué no te vas? ¡Salta por la borda y ahógate! ¿Quieres que te tire el libro a la cabeza?

—¡Si te atreves a...!

¡Zas! *La rebelión de los ángeles* surcó los aires, erró el blanco por un pelo y se estrelló alegremente en cubierta.

El hombre del pelo blanco dio instintivamente un paso atrás y luego dos pasos adelante con cautela. Ardita se irguió sobre su metro setenta de estatura y lo miró desafiante, echando chispas por sus ojos grises.

—¡Lárgate!

—¿Cómo te atreves?

—¡Porque me da la gana!

—¡Te has vuelto insoportable! Tienes un carácter...

—¡Vosotros me habéis hecho así! Ningún niño tiene mal carácter si no es por culpa de su familia. Si soy así, es culpa vuestra.

Murmurando algo entre dientes, su tío dio media vuelta, avanzó unos pasos y ordenó a voces que sirvieran el almuerzo. Luego volvió a la toldilla, donde Ardita se había sentado de nuevo para concentrarse en su limón.

—Voy a desembarcar —dijo el tío lentamente—. Volveré esta noche, a las nueve, y regresaremos a Nueva York. Te devolveré a tu tía para que sigas tu vida normal, o más bien anormal.

Calló un instante y la miró, y de repente algo en el puro infantilismo de su belleza pareció atravesar su rabia como se pincha un neumático, y lo dejó sin defensa, dubitativo, completamente atontado.

—Ardita —dijo no sin amabilidad—, no estoy loco. Sé lo que digo. Conozco a los hombres, y, chiquilla, los libertinos recalcitrantes no se reforman hasta que se cansan, y entonces ya no son ellos mismos, sino una sombra de lo que fueron.

La miró como si esperara un signo de asentimiento, pero, al no recibir ni una mirada ni una palabra, prosiguió:

—Puede que ese hombre te quiera, es posible. Ha querido a muchas mujeres y querrá a muchas más. Hace menos de un mes, un mes, Ardita, mantenía una escandalosa relación con esa pelirroja, Mimi Merrill; le prometió que le iba a regalar la pulsera que el zar de Rusia le regaló a su madre. Ya sabes... lees los periódicos.

—«Espeluznantes escándalos de un tío angustiado» —bostezó Ardita—. Haz una película. Depravado hombre de mundo intenta seducir a una virtuosa chica moderna. Chica moderna y virtuosa engatusada completamente por el terrible pasado de un hombre de mundo. Cita en Palm Beach. El tío angustiado frustra los planes.

—¿Puedes decirme por qué demonios quieres casarte con él?

—Estoy segura de que no sabría decírtelo —atajó Ardita—. Quizá porque es el único hombre que conozco, bueno o malo, que tiene imaginación y el valor de mantener sus convicciones. Quizá sea para escapar de esos niñatos idiotas que malgastan su tiempo libre en perseguirme por todo el país. En cuanto a la famosa pulsera rusa, puedes estar tranquilo: me la regalará a mí en Palm Beach, si demuestras un poco de inteligencia.

—¿Y la pelirroja?

—Hace seis meses que no la ve —dijo con rabia—. ¿Crees que no tengo el orgullo suficiente como para preocuparme de esas cosas? ¿No te has dado cuenta de que puedo hacer lo que me dé la gana con el hombre que me dé la gana?

Alzó la barbilla al aire como la estatua de la libertad y estropeó un poco la pose cuando volvió a levantar el limón.

—¿Es la pulsera rusa lo que te fascina?

—No, sólo estoy intentando darte el tipo de explicaciones que convienen a tu inteligencia. Y quiero que te largues —dijo otra vez de mal humor—. Sabes que nunca cambio de opinión. Llevas fastidiándome tres días y me vas a volver loca. ¡No quiero desembarcar! ¡No quiero! ¿Me has oído? ¡No quiero!

—Muy bien —dijo él—, tampoco irás a Palm Beach. De todas las chicas egoístas, mimadas, caprichosas, imposibles y desagradables que he...

¡Paf! La mitad del limón le dio en el cuello. Al mismo tiempo se oyó una voz:

—La mesa está servida, señor Farnam.

Muy enfadado y con tantas cosas que decir que no podía articular palabra, el señor Farnam fulminó con la mirada a su sobrina y, dando media vuelta, desapareció rápidamente por la escala.

## II.

Las cinco de la tarde cayeron desde el sol y se hundieron silenciosamente en el mar. El collar dorado creció hasta ser una isla resplandeciente, y de repente una canción llenó la débil brisa que había estado jugueteando con los bordes de la toldilla y balanceando una de las zapatillas azules que colgaban de la punta de los pies. Era un coro de hombres en completa armonía y perfectamente acompañados con el sonido de los remos que surcaban las aguas azules. Ardita levantó la cabeza y escuchó:

*Zanahorias y guisantes,  
judías en las rodillas,  
cerdos en los mares,  
¡camaradas felices!*

*Moved la brisa,  
moved la brisa,  
moved la brisa  
con vuestro rugido.*

Las cejas de Ardita se fruncieron de asombro. Se sentó y, muy quieta, escuchó atentamente cuando el coro empezó la segunda estrofa.

*Cebollas y judías,  
Mariscales y Deanes  
Goldbergs y Greens  
y Costellos.  
Moved la brisa,  
moved la brisa,  
moved la brisa  
con vuestro rugido.*

Con una exclamación tiró el libro en cubierta, donde rodó y se quedó abierto, y corriendo se asomó por la borda. A veinte metros de distancia se acercaba un gran bote de remos con siete hombres: seis remaban y uno, de pie en la popa, marcaba el compás de la canción con una batuta de director de orquesta.

*Ostras y rocas,  
serrín y puñetazos,  
¿quién puede hacer relojes  
con violonchelos?*

Los ojos del jefe se clavaron de repente en Ardita, que se inclinaba sobre la borda hechizada por la curiosidad. El jefe hizo un rápido movimiento con la batuta y la canción cesó instantáneamente. Era el único blanco en la barca: los seis remeros eran negros.

—¡Ah del barco! ¡Ah del *Narciso*! —llamó según las normas.

—¿A qué se debe toda esta barahúnda? —preguntó Ardita alegremente—. ¿Sois el equipo de remo del manicomio local?

La barca rozaba ya el costado de yate y un hombretón negro en la proa se agarró a la escala de cuerda. Inmediatamente, el jefe abandonó su posición en la popa y, antes de que Ardita se diera cuenta de sus intenciones, había subido por la escala y se había plantado, jadeante, en cubierta.

—¡Perdonaremos a las mujeres y a los niños! —dijo enérgicamente—. ¡Ahogad sin contemplaciones a los niños que lloren y echad dobles cadenas a los hombres!

Hundiendo las manos en los bolsillos de su vestido, Ardita lo miraba fijamente. El asombro la había dejado sin habla.

Era un joven con un gesto de desdén en los labios y, en el rostro atezado y atractivo, los ojos azules y vivos de un niño saludable. Tenía el pelo negro como la pez, mojado y ensortijado: el pelo de una estatua griega que se hubiera bronceado al sol. Tenía una constitución armoniosa, iba armoniosamente vestido y era garboso y ágil como un futbolista.

—¡Seré pasada por las armas! —dijo atónita.

Se miraban fríamente.

—¿Rindes el barco?

—¿Es un golpe de ingenio? —preguntó Ardita—. ¿Eres idiota o estás haciendo las pruebas de ingreso en alguna hermandad de estudiantes?

—Te he preguntado si rindes el barco.

—Creía que la bebida estaba prohibida por la ley —dijo Ardita con desdén—. ¿Has estado bebiendo esmalte de uñas? Será mejor que te largues del yate.

—¿Cómo? —la voz del joven mostraba incredulidad.

—¡Fuera del yate! ¡Ya me has oído!

La miró un instante como si estuviera meditando lo que había dicho.

—No —dijo lentamente con aquella expresión de desdén—; no, no me iré del yate. Vete tú, si quieres.

Desde la barandilla dio una orden seca e inmediatamente la tripulación de la barca subió por la escalerilla y se alineó frente a él; un negro negro como el carbón y corpulento en un extremo, y en el otro un mulato minúsculo de metro y medio de estatura. Parecían llevar uniforme, una especie de traje azul adornado con polvo y barro, hecho jirones; llevaban al hombro una pequeña bolsa blanca que parecía pesada y bajo el brazo grandes estuches negros con aspecto de contener instrumentos musicales.

—¡Firmes! —ordenó el joven, entrechocando secamente los talones—. ¡Un paso al frente, Babe!

El negro más pequeño dio un paso al frente y saludó.

—¡Sí, señor!

—Toma el mando, baja a la cabina, haz prisionera a la tripulación y átalos a todos menos al maquinista. Tráemelo. Ah, y amontona las bolsas junto a la borda.

—¡Sí, señor!

Babe volvió a saludar y dio media vuelta empujado por los otros cinco que se apiñaban a su alrededor. Luego, después de un breve murmullo de consulta, enfilaron ruidosamente el camino de los camarotes.

—Ahora —dijo el joven alegremente a Ardita, que había presenciado esta última escena en un silencio desdeñoso—, si juras por tu honor de *flapper* o chica a la moda (lo que seguramente no vale mucho) que mantendrás cerrada esa boquita de niña mimada durante las próximas cuarenta y ocho horas, te dejaremos que remes hasta la costa en nuestro bote.

—¿Y si no?

—Si no, tendrás que navegar.

Con un pequeño suspiro, como si acabara de superar un mal momento, el joven se acomodó en la silla que Ardita acababa de dejar vacía y estiró los brazos perezosamente. Las comisuras de sus labios se aflojaron de manera visible cuando miró a su alrededor y vio la rica toldilla a rayas, el bruñido bronce y el lujoso equipamiento de cubierta. Entonces vio el libro y el limón exprimido.

—Humm —dijo—, Stonewall Jackson asegura que el zumo de limón le aclara las ideas. ¿Tienes tus preciosas ideas claras?

Ardita no se dignó contestar.

—Porque dentro de cinco minutos tendrás que decidir si te vas o te quedas.

Cogió el libro y lo abrió con curiosidad.

—*La rebelión de los ángeles*. Suena de maravilla. Francés, ¿no? —ahora la miraba con un nuevo interés—. ¿Eres francesa?

—No.

—¿Cómo te llamas?

—Farnam.

—¿Farnam qué?

—Ardita Farnam.

—Muy bien, Ardita, no tienes por qué quedarte ahí de pie, mordiéndote los carrillos. Deberías terminar con esas costumbres nerviosas ahora que todavía eres joven. Ven aquí y siéntate.

Ardita sacó del bolsillo una pitillera de jade tallado, extrajo un cigarrillo y lo encendió con estudiada frialdad, aunque sabía que le temblaba un poco la mano; luego se acercó con sus andares flexibles, contoneándose, y se sentó en la otra tumbona lanzando una bocanada de humo hacia la toldilla.

—Tú no puedes echarme de este yate —dijo con serenidad—; y no debes de ser muy inteligente si piensas que vas a llegar lejos con él. Mi tío lleva enviando mensajes radiofónicos desde las seis y media a todos los puntos del océano.

—Hum.

Ardita lo miró rápidamente a la cara y captó un signo de ansiedad en la curva de los labios, claramente más pronunciada.

—Me da lo mismo —dijo, encogiéndose de hombros—. El yate no es mío. No me importa hacer una travesía de dos horas. Incluso puedo prestarte el libro para que tengas algo que leer en el barco que te lleve a Sing Sing. Se rió, desdeñoso.

—Te podías haber ahorrado el consejo. Ni siquiera sabía que existía este yate cuando preparé este plan. Si no hubiera sido éste, hubiera sido el siguiente que encontráramos anclado cerca de la costa.

—¿Quién eres? —preguntó Ardita de repente—. ¿A qué te dedicas?

—¿Has decidido no desembarcar?

—Ni siquiera se me ha ocurrido.

—Se nos conoce habitualmente —dijo—, a los siete, como Curtis Carlyle y sus Seis Compadres Negros, hasta hace poco en el Winter Garden y el Midnight Frolic.

—¿Sois cantantes?

—Lo éramos hasta hoy. En este momento, por esas bolsas blancas que ves ahí, somos fugitivos de la justicia, y si la recompensa que ofrecen por nuestra captura no ha alcanzado ya los veinte mil dólares es que he perdido la intuición.

—¿Qué hay en las bolsas? —preguntó Ardita con curiosidad.

—Bueno, por el momento diremos que... arena..., arena de Florida.

### III.

Diez minutos después, tras la conversación de Curtis Carlyle con un aterrorizado maquinista, el yate *Narciso* navegaba hacia el sur, en un atardecer tropical y balsámico. El pequeño mulato, Babe, que parecía gozar de la absoluta confianza de Carlyle, había tomado el mando. El criado y el cocinero del señor Farnam, los únicos miembros de la tripulación que, además del maquinista, se encontraban a bordo, después de haber opuesto resistencia meditaban ahora, bien amarrados en sus literas. Trombón Mose, el negro más grande, se dedicaba con una lata de pintura a borrar del casco el nombre *Narciso*, sustituyéndolo por el nombre *Hula Hula*, y los demás, reunidos en la popa, jugaban a los dados con un interés cada vez mayor.

Tras ordenar que prepararan y sirvieran la cena en cubierta a las siete y media, Carlyle se reunió con Ardita y, repantingándose en la tumbona, entrecerró los ojos y cayó en un estado de profundo ensimismamiento.

Ardita lo observó con atención y lo clasificó inmediatamente como personaje romántico. Aparentaba una imponente confianza en sí mismo, cimentada sobre una base endeble: bajo la superficie de cada una de sus decisiones, Ardita descubría una vacilación que estaba en acusado contraste con el arrogante frunce de sus labios.

«No es como yo», pensaba. «Hay alguna diferencia.»

Al ser una completa egoísta, Ardita pensaba con frecuencia en sí misma; como nadie le había recriminado su egoísmo, lo consideraba algo completamente natural, que no disminuía su indiscutible encanto. Aunque tenía ya diecinueve años, daba la impresión de ser una niña precoz y animosa, y en el presente esplendor de su juventud y belleza todos los hombres y mujeres que había conocido no eran sino maderas a la deriva en la corriente de su carácter. Había conocido a otros egoístas —y de hecho consideraba a los egoístas mucho menos aburridos que a quienes no lo eran—, pero hasta entonces no había habido ninguno que con el tiempo no hubiera caído rendido a sus pies.

Pero, aunque reconocía a un egoísta en la tumbona de al lado, no sentía en la cabeza el acostumbrado cierre de compuertas que significaba zafarrancho de combate; por el contrario, su instinto le decía que aquel hombre era absolutamente vulnerable e inofensivo. Si Ardita desafiaba

las convenciones —y últimamente éste había sido su principal entretenimiento— era porque deseaba intensamente ser ella misma, y tenía la sensación de que a aquel hombre, por el contrario, sólo le preocupaba el desafío consigo mismo.

Estaba mucho más interesada por él que por su propia situación, que la afectaba de la manera que afecta a una niña de diez años la perspectiva de ir al cine. Tenía una confianza absoluta en su capacidad para cuidar de sí misma en cualquier circunstancia.

La noche se hizo más cerrada. Una pálida luna nueva sonreía sobre el mar con los ojos húmedos, y, mientras la costa se desvanecía y nubes negras volaban como hojarasca en el lejano horizonte, una gran neblina de luz lunar inundó de repente el yate y, a su paso veloz, desplegó una avenida de malla fulgurante. De vez en cuando brillaba la llamarada de un fósforo cuando uno de los dos encendía un cigarrillo, pero, salvo el ruido de fondo de las máquinas vibrantes y el chapoteo imperturbable de las olas en la popa, el yate estaba en silencio, como un barco que navegara en un sueño a través de los cielos, rumbo a una estrella. En torno a ellos fluía el olor del mar nocturno, que traía consigo una languidez infinita.

Carlyle rompió el silencio por fin.

—Eres una chica con suerte —suspiró—; siempre he querido ser rico para comprar toda esta belleza.

Ardita bostezó.

—Yo preferiría ser tú —dijo con franqueza.

—Te gustaría... un día. Aunque parece que tienes demasiado temperamento para ser una *flapper*, una chica a la moda.

—No me gusta que me llames así.

—Perdona.

—En cuanto a temperamento —continuó despacio—, es la única cualidad que tengo. No le temo a nada, ni en el cielo ni en la tierra.

—Hum, yo sí.

—Para tener miedo —dijo Ardita—, tienes que ser o muy grande y fuerte, o un cobarde. Yo no soy ninguna de esas cosas —se detuvo un momento, y la impaciencia se insinuó en el tono de su voz—. Pero me gustaría hablar de ti. ¿Qué diablos has hecho? ¿Y cómo lo hiciste?

—¿Por qué? —preguntó cínicamente—. ¿Vas a escribir un guión de cine sobre mí?

—Adelante —lo animó Ardita—. Cuéntame mentiras a la luz de la luna. Invéntate una historia fabulosa.

Apareció un negro, encendió algunas luces tenues bajo la toldilla y empezó a poner la mesa para la cena. Y, mientras cenaban pollo frío, ensalada, alcachofas y mermelada de fresas de la nutrida despensa del yate, Carlyle empezó a hablar, vacilante al principio, pero con ilusión cuando se dio cuenta de que Ardita lo seguía con interés. Ardita apenas probó la comida mirando aquella cara joven y morena, hermosa, irónica, sin afectación. Había sido un niño pobre en un pueblo de Tennessee, le contó, tan pobre que su familia era la única familia blanca de su calle. No recordaba a ningún niño blanco, pero había habido una pandilla de niños negros que inevitablemente seguían su estela, admiradores apasionados que él llevaba a remolque por la viveza de su imaginación y la cantidad de líos en los que siempre estaba metiéndolos y de los que siempre los sacaba. Y parece que estas amistades encauzaron por un camino inusual unas dotes musicales fuera de lo común.

Había habido una mujer negra, llamada Belle Pope Calhoun, que tocaba el piano en las fiestas de los niños blancos, simpáticos niños blancos que hubieran acuchillado a Curtis Carlyle. Pero el harapiento «pobretón blanco» solía sentarse junto al piano de Belle una hora y se empeñaba en introducir un solo de saxo con uno de esos kazoos con los que los chicos tararean las canciones. Antes de los trece años se ganaba la vida extrayendo *ragtimes* de un astroso violín en los cafetuchos de los alrededores de Nashville. Ocho años después la locura del *ragtime* se apoderó del país, y Carlyle contrató a seis negros para hacer una gira por salas de fiestas. Cinco de aquellos negros eran chicos con los que había crecido; el sexto era el pequeño mulato, Babe Divine, que trabajaba en los muelles de Nueva York, y mucho tiempo antes había sido bracero en una plantación de las Bermudas, hasta que clavó un cuchillo de veinte centímetros en la espalda de su amo. Casi antes de darse cuenta de su buena suerte, Carlyle estaba en Broadway con contratos de todas clases y más dinero del que había soñado nunca.

Y entonces se empezó a operar un cambio radical en su actitud, un cambio más bien curioso, amargo. Fue cuando se dio cuenta de que estaba dilapidando los mejores años de su vida farfullando en los escenarios con un puñado de negros. Su espectáculo era bueno dentro del género —tres trombones, tres saxofones y la flauta de Carlyle—, y su propio y peculiar sentido del ritmo marcaba la diferencia; pero empezó a volverse extremadamente susceptible respecto a su trabajo, empezó a aborrecer la idea de tener que aparecer en el escenario y a temerlo cada día más.

Estaban ganando dinero —y cada contrato que firmaba era más alto—, pero, cuando les dijo a los empresarios que quería separarse del sexteto y continuar su carrera como pianista, se rieron en su cara y le dijeron que estaba loco: aquello supondría un suicidio artístico. Algún tiempo después se reiría de aquella expresión: suicidio artístico. Todos los empresarios la usaban.

Tocaron unas cuantas veces en bailes, a tres mil dólares la noche, y parecía como si en aquellas actuaciones cristalizara toda su aversión por aquel modo de vida. Tocaban en clubes y casas en los que no lo hubieran dejado entrar de día. Después de todo, sólo representaba el papel del eterno mono de la fiesta, una especie de cabaretero sublimado. Lo ponía enfermo el olor de los teatros, el olor a colorete y lápiz de labios, el chismorreo de lús camerinos y el aplauso condescendiente de los palcos. Ya no tenía fe en lo que estaba haciendo. La idea de una lenta aproximación al lujo del ocio lo volvía loco. Se iba acercando a eso, desde luego, pero, como un niño, se comía el helado tan despacio que no podía cogerle el gusto.

Quería tener montones de dinero y mucho tiempo libre, la oportunidad de leer y divertirse, y vivir como los hombres y mujeres que lo rodeaban, esos que, si hubieran pensado en él, lo hubieran considerado despreciable; en una palabra, deseaba todas aquellas cosas que había empezado a agrupar bajo el genérico rótulo de aristocracia, una aristocracia que, según parecía, no podía comprarse con dinero, a no ser que fuera con dinero ganado como él lo ganaba. Tenía entonces veinticinco años, y no tenía familia, ni estudios, ni posibilidad de abrirse camino en el mundo de los negocios. Empezó a invertir en especulaciones disparatadas, y en tres semanas había perdido todo el dinero que había ahorrado.

Entonces estalló la guerra. Se fue a Plattsburg, pero incluso hasta allí lo persiguió su profesión. Un teniente coronel lo llamó a su despacho y le dijo que podría servir mejor a su país como director de una orquesta de baile. Así que se pasó la guerra entreteniéndolo a celebridades tras la línea de combate con una orquesta del cuartel general. No era tan malo, pero cuando la infantería volvía sin fuerzas de las trincheras, quería ser uno de aquellos soldados. El sudor y el barro que los envolvía parecían uno de aquellos inefables símbolos de aristocracia que siempre estaban escapándosele.

—Pero fueron los bailes en casas particulares los que lo consiguieron. Cuando volví de la guerra, otra vez empezó la rutina de siempre. Teníamos una oferta de una cadena de hoteles en Florida. Sólo era cuestión de tiempo.

Se interrumpió y Ardita lo miró expectante, pero entonces hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No —dijo—, no voy a seguir contándotelo. Me lo estoy pasando demasiado bien, y temo perder un poco de esta alegría si la comparto con alguien más. Quiero conservar estos instantes heroicos, emocionantes, en que he llegado a estar por encima de todos ellos, y les he hecho saber que era más que un maldito payaso que graznaba y bailaba.

Desde proa les llegó de pronto el runruneo de un canto. Los negros se habían agrupado en cubierta y sus voces se elevaban al unísono en una melodía embrujada que ascendía hacia la luna, armónica y conmovedora. Y Ardita escuchaba, como bajo el influjo de un encantamiento.

*Al Sur...*

*al Sur.*

*Mami me quiere llevar al Sur, por la Vía Láctea.*

*Al Sur...*

*al Sur.*

*Papi dice: mañana;*

*pero mami dice: hoy.*

*Sí, mami dice: hoy.*



Carlyle suspiró, y durante un momento se quedó en silencio, mirando la multitud de estrellas que titilaban como arcos voltaicos en el cielo templado. El canto de los negros se había apagado hasta ser un quejumbroso tarareo y parecía como si minuto a minuto el fulgor y el silencio inmenso fueran aumentando, hasta que casi llegó a oír cómo se arreglaban a medianoche las sirenas, cuando se peinan los chorreantes cabellos de plata a la luz de la luna y cuchichean sobre los restos de los naufragios que habitan en las verdes y opalescentes avenidas de las profundidades.

—Sí —dijo Carlyle en un susurro—, ésta es la belleza que deseo. La belleza debe ser asombrosa, sorprendente. Debe arder dentro de ti como un sueño, como los ojos preciosos de una chica.

Se volvió hacia Ardita, que callaba.

—Lo entiendes, ¿verdad, Ardita? ¿Verdad, Ardita?

No le contestó. Se había quedado dormida.

#### IV.

En la tarde espesa e inundada de sol del día siguiente, una lejana mancha en el mar fue convirtiéndose en un islote verde y gris, aparentemente formado por un gran acantilado de granito en su extremo norte, que declinaba hacia el sur a través de poco más de un kilómetro de vivo bosquecillo y prado hasta una playa arenosa que se perdía perezosamente entre las olas. Cuando Ardita, que leía en su tumbona preferida, llegó a la última página de *La rebelión de los ángeles*, cerró el libro ruidosamente, alzó la vista y vio el paisaje, lanzó un grito de placer y llamó a Carlyle, que estaba apoyado melancólicamente en la baranda.

—¿Es ahí? ¿Es ahí adonde vamos?

Carlyle se encogió de hombros con indiferencia.

—Me coges en blanco —dijo, y alzando la voz llamó al capitán en funciones—: Eh, Babe, ¿es ésa tu isla?

La minúscula cabeza del mulato apareció en cubierta.

—Sí, señor; ésa es.

Carlyle se acercó a Ardita.

—Parece una buena playa, ¿no?

—Sí —asintió ella—; pero no parece lo bastante grande para ser un buen escondite.

—¿Sigues confiando en esos mensajes por radio que tu tío se dedicó a mandar?

—No —dijo Ardita con franqueza—. Estoy de tu parte. Me gustaría mucho ver cómo te escapas.

Carlyle se echó a reír.

—Tú eres nuestra Señora de la Suerte. Me temo que, por el momento, tendrás que quedarte con nosotros, así que serás nuestra mascota.

—No te atreverías a pedirme que volviera a nado —dijo Ardita con frialdad—. Si lo hicieras, empezaría a escribir novelas baratas basadas en la interminable historia de tu vida que me contaste anoche.

Carlyle se sonrojó: se había puesto serio.

—Siento mucho que te aburrieras.

—No, no me aburrí... Hasta que, al final, empezaste a contarme la rabia que te daba no poder bailar con las señoras para las que tocabas.

Se levantó, enfadado.

—Menuda lengüecita.

—Perdona —dijo, muerta de risa—, pero no estoy acostumbrada a que los hombres me entretengan contándome las ambiciones de su vida: especialmente si es una vida tan mortalmente platónica.

—¿Por qué? ¿Qué te cuentan los hombres?

—Ah, me hablan de mí —bostezó—. Me dicen que soy la quintaesencia de la juventud y la belleza.

—¿Y tú qué les dices?

—Les doy la razón.

—¿Todos los hombres que has conocido se te han declarado?

Ardita asintió.

—¿Y por qué no iban a declararse? Toda la vida consiste en acercarse y alejarse de una sola frase: Te quiero.

Carlyle se echó a reír y se sentó.

—Es verdad. No está mal, no. ¿Se te ha ocurrido a ti?

—Sí... O a lo mejor lo leí en algún sitio. No significa nada en especial. Sólo es una frase inteligente.

—Es el tipo de comentario —dijo muy serio— propio de tu clase.

—Ah —lo interrumpió, impaciente—, no empieces otra vez con esa perorata sobre la aristocracia. No me fío de la gente que puede ser profunda a esta hora de la mañana. Es una variedad benigna de la locura, una especie de resaca. La mañana es para dormir, nadar y no preocuparse de nada.

Diez minutos más tarde habían cambiado de rumbo, trazando un amplio círculo, como si se acercaran a la isla por el norte.

«Aquí hay gato encerrado», observó Ardita, pensativamente; «no puede pretender fondear al pie del acantilado».

Ahora se dirigían directamente a las rocas, que debían de alcanzar más de treinta metros de altura, y, hasta que no estuvieron a unos cincuenta metros, Ardita no descubrió el lugar hacia donde se dirigían. Entonces aplaudió, alegre. Había una abertura en el acantilado completamente oculta por un extraño pliegue de la roca, y a través de esta abertura penetró el yate, y muy lentamente atravesó un estrecho canal de aguas cristalinas entre altas paredes grises. Y luego echaron el ancla en un mundo diminuto de oro y vegetación, una bahía dorada, lisa como cristal y rodeada de palmeras enanas. Parecía uno de esos mundos que los niños construyen con montones de arena, espejos que son lagos y ramitas que son árboles.

—¡No está mal, maldita sea! —exclamó Carlyle, entusiasmado—. Creo que ese negro sabe por dónde se anda en esta zona del Atlántico.

Su euforia era contagiosa, y Ardita también estaba exultante.

—¡Es un escondite absolutamente seguro!

—¡Sí, por Dios! Es una isla de las que salen en los cuentos.

Echaron el bote al lago dorado y remarón hasta la costa.

—Adelante —dijo Carlyle cuando desembarcaron en la arena blanda—, vamos a explorar.

La franja de palmeras estaba rodeada por un kilómetro y medio de territorio plano y arenoso. La siguieron hacia el sur y, dejando atrás una zona de vegetación tropical, llegaron a una playa virgen, gris perla, donde Ardita se quitó las zapatillas de golf marrones —parecía haber abandonado los calcetines para siempre— y se mojó los pies. Luego volvieron paseando hasta el yate, donde el infatigable Babe ya les tenía preparada la comida. Había apostado un vigía en lo alto del acantilado, hacia el norte, para que oteara el mar en todas las direcciones, aunque dudaba que la entrada a través del acantilado fuera conocida: nunca había visto un mapa en el que la isla estuviera señalada.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ardita—. La isla, ¿cómo se llama?

—No tiene nombre —masculló Babe con una risilla—. A lo mejor se llama simplemente isla, ¿no?

A la caída de la tarde se sentaron en la parte más alta del acantilado, con la espalda apoyada en grandes peñascos, y Carlyle resumió sus confusos planes. Estaba seguro de que en aquellos instantes lo estaban buscando. El producto total del golpe que había dado, y sobre el que se negaba a informar a Ardita, lo estimaba en algo menos de un millón de dólares. Pensaba quedarse en la isla varias semanas y después partir hacia el sur, evitando las rutas habituales, bordeando el cabo de Hornos, rumbo al Callao, en Perú. Los detalles del aprovisionamiento de víveres y combustible quedaban enteramente en manos de Babe, que, según parecía, había navegado por aquellos mares desempeñando los más diversos menesteres, desde grumete en un barco cafetero hasta primer oficial sin serlo de un barco pirata brasileño, a cuyo capitán habían ahorcado hacía mucho tiempo.

—Si Babe hubiera sido blanco, sería hace mucho rey del sur de América —dijo Carlyle categóricamente—. En lo que se refiere a inteligencia, a su lado Booker T. Washington es un imbécil. Posee la astucia de todas las razas y nacionalidades de las que lleva sangre en las venas, y, o yo soy un embustero, o llegan a media docena. Me adora porque soy el único que toca el *ragtime* mejor que él. Nos sentábamos juntos en la dársena del puerto de Nueva York, él con un fagot y yo con un oboe, y mezclábamos en tono menor milenarias melodías africanas hasta que las ratas escalaban los postes y se reunían a nuestro alrededor gimiendo y chillando como perros frente a un gramófono.

Ardita rugió.

—¿Cómo puedes contar esas cosas?

Carlyle sonrió.

—Te juro que...

—¿Qué vas a hacer cuando llegues al Callao? —lo interrumpió.

—Me embarcaré rumbo a la India. Quiero ser un raja. Lo digo en serio. Mi plan es llegar a Afganistán, comprar un palacio y una reputación, y dentro de cinco años aparecer en Inglaterra con acento extranjero y un misterioso pasado. Pero primero iré a la India. Ya sabes lo que dicen: que todo el oro del mundo va a parar poco a poco a la India. Es una historia fascinante. Y quiero tener tiempo para leer, mucho, mucho.

—¿Y después?

—Después —respondió, desafiante— viene la aristocracia. Ríete si quieres, pero, por lo menos, tendrás que admitir que sé lo que quiero, así que, me imagino, ya sé más que tú.

—Al contrario —lo contradujo Ardita, mientras buscaba en el bolsillo la pitillera—. Cuando nos conocimos, tenía absolutamente escandalizados a mis amigos y parientes porque sabía muy bien lo que quería.

—¿Qué era?

—Un hombre.

Carlyle se sobresaltó.

—¿Es que tienes novio?

—En cierto modo. Si no hubieras subido a bordo, me habría escapado ayer por la tarde..., parece que ha pasado tanto tiempo..., y me habría encontrado con él en Palm Beach. Me está esperando con una pulsera que perteneció a Catalina de Rusia. Y no vayas ahora a refunfuñar cualquier cosa sobre la aristocracia —añadió rápidamente—. Simplemente me gustaba porque tenía imaginación y un coraje total para mantener sus convicciones.

—Pero tu familia no está de acuerdo, ¿no?

—Mi familia son un tío tonto y una tía aún más tonta. Parece que tuvo un lío escandaloso con una pelirroja que se llama Mimi no sé qué. Pero me ha dicho que han exagerado espantosamente el asunto, y a mí los hombres no me mienten: y, además, no me importaría que fuera verdad. Lo único que cuenta es el futuro. Y del futuro me encargo yo. Cuando un hombre se enamora de mí, se olvida de otros entretenimientos. Le dije que la soltara, como si fuera una patata caliente, y lo hizo.

—Estoy un poco celoso —dijo Carlyle, frunciendo el ceño, y se echó a reír—. Creo que te quedarás con nosotros hasta que lleguemos a Callao. Entonces te daré el dinero necesario para que vuelvas a Estados Unidos. Así tendrás tiempo para pensarte un poco más lo de ese hombre.

—¡No me hables así! —se enfureció Ardita—. ¡No le tolero a nadie que se ponga paternalista! ¿Entendido?

Se le escapó una risilla, pero se contuvo, avergonzado: la cortante irritación de Ardita parecía haberle caído como un jarro de agua fría.

—Lo siento —dijo, indeciso.

—¡No pidas perdón! No soporto a los hombres que piden perdón con ese tono viril y reservado. ¡Cállate de una vez!

Se produjo un instante de silencio, un silencio que a Carlyle le resultó bastante violento, pero que Ardita parecía no advertir mientras disfrutaba alegremente de su cigarrillo y miraba el mar resplandeciente. Y entonces avanzó a gatas por la roca, se tendió y, con la cara en el filo, se asomó al fondo del acantilado. Carlyle, observándola, pensó que parecía imposible que Ardita adoptara una postura que no fuera airosa.

—¡Mira! —gritó—. ¡Hay arrecifes! ¡Grandes! ¡De todos los tamaños!

Carlyle se acercó, y juntos se asomaron a la vertiginosa altura. —¡Podemos ir a nadar esta noche! —dijo Ardita, entusiasmada—. ¡A la luz de la luna!

—¿No prefieres ir a la otra playa?

—No, no. Me gusta bucear. Puedes usar el bañador de mi tío, aunque te sentará como un saco, porque mi tío es un hombre muy gordo. Mi bañador es todo un acontecimiento, tiene conmocionados a los nativos de la costa del Atlántico desde Biddeford Pool hasta San Agustín.

—Imagino que nadarás como un tiburón. —Sí, soy una maravilla. Y estoy estupenda. Un escultor de Rye me dijo el verano pasado que mis pantorrillas valían quinientos dólares.

No había nada que alegrar, así que Carlyle guardó silencio y sólo se permitió una discreta sonrisa interior.

V.

Cuando la noche se insinuaba azul y plata, se abrieron paso por el espejeante canal en el bote, ataron el bote a una roca y comenzaron a escalar el acantilado. El primer saliente estaba a unos tres metros de altura, era ancho y servía de trampolín natural. Y allí, a la brillante luz de la luna, se sentaron a mirar el movimiento incesante y suave de las olas casi inmóviles en la marea baja.

—¿Eres feliz? —preguntó Carlyle de repente.

Ardita asintió.

—Siempre soy feliz junto al mar. ¿Sabes? —continuó—, he estado pensando todo el día que somos un poco diferentes. Los dos somos rebeldes, pero por diferentes razones. Hace dos años, cuando yo tenía dieciocho y tú...

—Veinticinco.

—Sí... Hace dos años los dos éramos dos triunfadores convencionales. Yo era una chica absolutamente irresistible que acababa de presentarse en sociedad y tú eras un músico de éxito al servicio del ejército...

—Caballero por decisión del Congreso —añadió con ironía.

—Bueno, en cualquier caso, los dos encajábamos. Si nuestros polos no estaban desgastados por el uso, al menos se atraían. Pero, muy dentro de nosotros, había algo que nos obligaba a pedir más felicidad. Yo no sabía lo que quería. Iba de hombre en hombre, incansable, impaciente, y pasaban los meses y cada día me sentía menos conforme y más insatisfecha. Me pasaba las horas mordiéndome los carrillos: creía que me estaba volviendo loca. Tenía una espantosa sensación de que el tiempo se me escapaba. Quería las cosas ya, al momento, lo más rápido posible. Yo era... preciosa. Lo soy, ¿no?

—Sí—asintió Carlyle, sin mucha seguridad.

Ardita se levantó de repente.

—Espera un segundo. Quiero probar el agua: parece que está estupenda.

Caminó hasta el filo del saliente y saltó al mar, doblándose en el aire para enderezarse luego y penetrar en el agua como la hoja de un cuchillo en un perfecto salto de carpa.

Y un minuto después Carlyle oía su voz.

—¿Sabes? Me pasaba los días leyendo, y las noches, casi. Empezó a molestarme la vida en sociedad.

—Sube —la interrumpió—. ¿Qué haces ahí?

—Estoy haciendo el muerto. Tardo un minuto. Te voy a decir una cosa. Lo único que me divertía era escandalizar a la gente: ponerme el traje más imposible y elegante para una fiesta de disfraces, salir con los hombres más atrevidos de Nueva York y meterme en los líos más terribles que te puedas imaginar.

El chapoteo se mezclaba con sus palabras, y luego Carlyle oyó su respiración agitada mientras escalaba la roca.

—¡Tírate! —gritó.

Se levantó y saltó, obediente. Cuando volvió a la superficie, chorreando, y empezó a subir, descubrió que Ardita no estaba ya en el saliente, pero, después de un instante de preocupación, oyó su risa luminosa en otra roca, tres metros más arriba. Se reunió con ella y se sentaron juntos, con los brazos alrededor de las rodillas, jadeando un poco después de la escalada.

—Mi familia estaba como loca —dijo de pronto—. Intentaron casarme. Y, cuando empezaba a pensar que la vida no valía la pena, descubrí algo —elevó los ojos al cielo jubilosamente—: ¡Descubrí algo!

Carlyle esperó y las palabras de Ardita cayeron como un torrente.

—Coraje: eso es; coraje como regla de vida, algo a lo que hay que mantenerse fiel siempre. Empecé a construir esta enorme fe en mí misma. Empecé a darme cuenta de que, en todos mis ídolos del pasado, lo que inconscientemente me había atraído era alguna prueba de coraje. Empecé a separar el coraje de las otras cosas de la vida. Todos los tipos de coraje: el boxeador golpeado, ensangrentado, que se levanta para seguir recibiendo golpes... Solía pedirles a los hombres que me llevaran al boxeo; la mujer en desgracia que se pasea entre una carnada de gatos y los mira como si fueran el barro que pisa; disfrutar de lo que siempre te ha gustado; el desprecio absoluto de las opiniones ajenas: vivir como quiero y morir a mi manera... ¿Has traído tabaco?

Le dio un cigarrillo y encendió un fósforo sin decir una palabra. —Pero los hombres —continuó Ardita— seguían persiguiéndome, viejos y jóvenes, y la mayoría eran menos inteligentes y menos fuertes que yo, y todos se volvían locos por conquistarme, por robarme la fama de orgullo imponente que me había labrado. ¿Me entiendes?

—Más o menos. ¿Nunca te han hecho daño ni has tenido que pedir perdón?

—¡Nunca!

Se acercó al borde de la roca, extendió los brazos y, durante un instante, pareció un crucificado contra el cielo; luego, describiendo una inesperada parábola, se hundió sin salpicar entre dos ondas plateadas siete metros más abajo.

Carlyle volvió a oír la voz de Ardita.

—Y coraje significa sumergirme en esa niebla gris y sucia que cubre la vida, desdeñando no sólo a la gente y a las circunstancias, sino también a la desolación de vivir: una especie de insistencia en el valor de la vida y en el precio de las cosas transitorias.

Otra vez escalaba las rocas, y, mientras pronunciaba la última frase, su cabeza apareció a la altura de Carlyle, el pelo rubio y mojado, perfectamente liso, hacia atrás.

—Todo eso está muy bien —objetó Carlyle—. Le puedes llamar coraje, pero tu coraje sólo es orgullo de familia. Te han educado para que tengas esa actitud desafiante. En mi vida gris incluso el coraje es una de las cosas que son grises y sin fuerza.

Ardita se había sentado muy cerca del borde, con los brazos alrededor de las rodillas, y miraba ensimismada la luna blanca; Carlyle estaba detrás, lejos, cobijado como un dios ridículo en un nicho de rocas.

—No quiero parecerte Pollyanna —empezó—, pero todavía no me has entendido. Mi coraje es fe, fe en mi inagotable capacidad de adaptación: fe en que la alegría volverá, y la esperanza y la espontaneidad. Y creo que, mientras me dure, tengo que mantener la boca cerrada y la cabeza bien alta y los ojos bien abiertos, y las sonrisas tontas sobran. Sí, también he bajado al infierno sin una lágrima muchas veces. Y el infierno de las mujeres es mucho más terrible que el de los hombres.

—¿Y si todo se acaba —sugirió Carlyle— antes de que vuelvan la alegría, la esperanza y la espontaneidad?

Ardita se levantó y escaló con alguna dificultad la roca, hasta alcanzar otro saliente, tres o cuatro metros más arriba.

—Pues entonces —exclamó— habré ganado.

Carlyle se asomó a la roca, hasta que pudo ver a Ardita.

—¡No saltes desde ahí! Te vas a matar —se apresuró a decir.

Ardita se rió.

—¡Yo, no!

Abrió los brazos con lentitud, y se quedó quieta: parecía un cisne, y su juventud perfecta irradiaba un orgullo que encendió un cálido resplandor en el corazón de Carlyle.

—Atravesaremos el aire tenebroso con los brazos abiertos —gritó— y los pies extendidos como colas de delfines, y creeremos que nunca llegaremos al agua hasta que de repente nos rodee la tibieza y las olas nos besen y acaricien.

Entonces saltó, y Carlyle, en un acto reflejo, contuvo la respiración. No se había dado cuenta de que era un salto de más de quince metros. Pareció transcurrir una eternidad antes de que oyera el ruido breve y brusco que se produjo cuando Ardita llegó al agua.

Y con un alegre suspiro de alivio cuando su risa luminosa y húmeda llegó por el acantilado a sus oídos angustiados, se dio cuenta de que la quería.

## VI.

El tiempo, perdido el eje sobre el que gira rutinariamente, derramó sobre ellos tres días de atardeceres. Cuando el sol iluminaba la portilla del camarote de Ardita, una hora después del alba, se levantaba feliz, se ponía el bañador y subía a cubierta. Los negros dejaban el trabajo cuando la veían y, riendo entre dientes y murmurando, se apelotonaban en la baranda mientras Ardita nadaba y buceaba en el agua clara como un ágil pececillo de estanque. Y por la tarde, cuando refrescara, volvería a nadar, a tumbarse y a fumar con Carlyle en el acantilado; o se tumbarían en la arena de la playa del sur, casi sin hablar, mirando sólo cómo el día, multicolor y trágico, se disolvía en la infinita languidez de una noche tropical.

Y, a medida que pasaban las largas horas de sol, Ardita dejó poco a poco de concebirlas como un episodio accidental, atolondrado, un brote de amor en un desierto de realidad. Le daba miedo el instante en que reemprendieran camino hacia el sur; le daban miedo todas las posibilidades que tenía ante sí; pensar era una molestia y tomar decisiones resultaba odioso. Si rezar hubiera ocupado algún espacio en los rituales paganos de su alma, sólo le hubiera pedido a la vida que la dejaran tranquila un tiempo, entregada perezosamente a las ingenuas e ingeniosas ocurrencias de Carlyle, a la viveza de su imaginación adolescente, y a la veta de monomanía que parecía recorrer todo su carácter y dar color a cada uno de sus actos.

Pero ésta no es la historia de una pareja en una isla, ni tiene como tema principal el amor que nace de la soledad. Sólo es la presentación de dos temperamentos, y su idílica localización entre las palmeras de la Corriente del Golfo es puramente accidental. Casi todos nos contentamos con existir y reproducirnos, y luchar por el derecho a hacer ambas cosas, pero la idea esencial, el intento condenado al fracaso de controlar el propio destino, está reservada a unos pocos afortunados o desgraciados. Lo que más me interesa de Ardita es el coraje, el coraje que se empañará a la par que su juventud y su belleza.

—Llévame contigo —dijo una noche, echados perezosamente en la hierba bajo las palmeras abiertas como abanicos oscuros. Los negros habían desembarcado sus instrumentos, y la música del *ragtime* se propagaba suavemente con la brisa templada de la noche—. Me gustaría volver a aparecer dentro de diez años transformada en una fabulosa y riquísima princesa india.

Carlyle se apresuró a contestar.

—Ya sabes que puedes.

Ella se rió.

—¿Es una proposición de matrimonio? ¡Edición especial! Ardita Farnam se casa con un pirata. Chica de la alta sociedad raptada por un jazzista atracador de bancos.

—No fue un banco.

—¿Qué fue? ¿Por qué no me lo cuentas?

—No quiero desilusionarte.

—Querido amigo, yo no me hago ninguna ilusión contigo.

—Me refiero a las ilusiones que te haces sobre ti misma.

Lo miró sorprendida.

—¡Sobre mí! ¿Qué diablos tengo yo que ver con tus crímenes?

—Eso habría que verlo. Ardita se le acercó y le acarició la mano. —Querido señor Curtis Carlyle —murmuró—, ¿estás enamorado de mí?

—Como si eso te importara.

—Claro que me importa: creo que me he enamorado de ti. La miró con ironía.

—Así la cuenta total de enero asciende a media docena —sugirió—. ¿Te imaginas que me tomara en serio el farol y te pidiera que te vinieras conmigo a la India? —¿Y si me fuera? Carlyle se encogió de hombros. —Nos casaríamos en Callao.

—¿Qué vida puedes ofrecerme? No quiero molestarte, pero te lo pregunto en serio: ¿Qué será de mí si te coge esa gente que quiere la recompensa de veinte mil dólares? —Creía que no tenías miedo.

—Nunca tengo miedo. Pero no voy a arruinar mi vida sólo por demostrarle a un hombre que no tengo miedo.

—Ojalá hubieras sido pobre: sólo una chica pobre que sueña sentada en una cerca en una calurosa tierra de vacas. —¿Te hubiera gustado?

—He sido feliz asombrándote, viendo cómo se te abrían los ojos ante las cosas. ¡Si pudieras desear las cosas! ¿Te das cuenta?

—Sí, te endiendo. Como las chicas que miran embobadas los escaparates de las joyerías.

—Sí... Y quieren el reloj ovalado de platino ribeteado de diamantes. Entonces tú decidirías que es demasiado caro y elegirías uno de oro blanco que vale cien dólares. Y yo diría: ¿Caro? No me lo parece, Y entraríamos en la joyería, e inmediatamente el reloj de platino estaría brillando en tu muñeca.

—Suenan muy agradable y muy vulgar, y divertido, ¿no?, murmuró Ardita.

—¿A que sí? ¿Nos imaginas viajando por el mundo, gastando dinero a manos llenas, venerados por porteros y camareros? Ah, bienaventurados sean los ricos puros, porque ellos poseerán la tierra.

—Sinceramente: me gustaría que las cosas fueran así.

—Te quiero, Ardita —dijo Carlyle con ternura.

La cara de Ardita perdió su expresión infantil un instante y se puso extraordinariamente seria.

—Me gusta estar contigo —dijo—, más que con ningún otro hombre de los que he conocido. Y me gusta cómo me miras y tu pelo negro, y cómo te asomas por la borda cuando vamos a la playa. La verdad es, Curtis Carlyle, que me gusta todo lo que haces cuando te comportas con absoluta naturalidad. Creo que tienes temperamento, y ya conoces mis ideas sobre el asunto. Algunas veces, cuando te tengo cerca, me dan ganas de besarte de pronto y decirte que sólo eres un chico idealista con un montón de tonterías inocentes en la cabeza. A lo mejor, si yo fuera un poco mayor y estuviera más aburrída, me iría contigo. Tal como son las cosas, creo que volveré y me casaré... con el otro.

En el lago plateado las siluetas de los negros se retorcieron y contorsionaban a la luz de la luna, como acróbatas que, después de pasar un largo periodo de inactividad, necesitaran derrochar en sus volatinerías un exceso de energías. Avanzaban en fila india, en círculos concéntricos, echando la cabeza hacia atrás o inclinándose sobre sus instrumentos como faunos sobre sus caramillos. Y del trombón y el saxofón se derramaba sin cesar una melodía armoniosa, a ratos alegre y desenfrenada, y a ratos lastimera y obsesionante como una danza de la muerte en el corazón del Congo.

—¡Bailemos! —gritó Ardita—. No me puedo estar quieta mientras suena este jazz tan estupendo.

La cogió de la mano y la llevó hasta una amplia extensión de arena endurecida que la luna inundaba de esplendor. Flotaban como mariposas que se dejaban llevar por la intensa nube de luz, y, mientras la sinfonía fantástica gemía y ascendía y se debilitaba y desaparecía, Ardita perdió el poco sentido de la realidad que le quedaba y abandono su imaginación al perfume de ensueño de las flores tropicales y a los aéreos e infinitos espacios estrellados, y tenía la impresión de que si abría los ojos se encontraría bailando con un fantasma en un país creado por su fantasía.

—Esto es lo que yo llamaría una fiesta selecta y privada —murmuró Carlyle.

—Creo que me he vuelto loca... deliciosamente loca.

—Nos han hechizado. Las sombras de innumerables generaciones de caníbales nos vigilan desde la cima de ese acantilado.

—Y apuesto lo que quieras a que las caníbales están diciendo que bailamos demasiado pegados, y que es una vergüenza que no me haya puesto el anillo en la nariz.

Se reían suavemente, y de pronto las risas se apagaron porque, en la otra orilla del lago, habían callado los trombones en mitad de un compás, y los saxofones emitían un gemido asustado y dejaban poco a poco de oírse.

—¿Qué pasa? —gritó Carlyle.

Después de un instante de silencio distinguieron la silueta oscura de un hombre que rodeaba el lago corriendo. Cuando estuvo más cerca, vieron que era Babe en un estado de nerviosismo insólito. Se acercó y les contó las nuevas noticias, sofocado, comiéndose las palabras.

—Un barco, un barco a menos de un kilómetro, señor. Dios bendito, nos vigila y ha echado el ancla.

—¿Un barco? ¿Qué tipo de barco? —preguntó Carlyle angustiado.

Su voz denotaba inquietud, y a Ardita se le encogió el corazón de repente cuando le vio la cara desencajada.

—No lo sé, señor.

—¿Han mandado un bote?

—No, señor.

—Vamos —dijo Carlyle.

Subieron la colina en silencio, la mano de Ardita aún en la de Carlyle, como cuando dejaron de bailar. Sentía cómo él cerraba la mano de vez en cuando, nervioso, como si no fuera consciente del contacto, pero, aunque le hacía daño, no intentó soltarse. Pareció transcurrir una hora antes de que alcanzaran la cima y reptaran sigilosamente hasta el borde del acantilado. Tras una breve ojeada, Carlyle sofocó un grito involuntario. Se trataba de un guardacostas con cañones de seis pulgadas colocados de popa a proa.

—¡Nos han descubierto! —dijo con un suspiro—. ¡Nos han descubierto! Han debido encontrar nuestro rastro en algún sitio.

—¿Estás seguro de que han descubierto el canal? Quizá sólo esperan para echar un vistazo a la isla por la mañana. Desde donde están no pueden ver la abertura en el acantilado.

—Pueden verlo con los prismáticos —dijo, sin esperanza. Miro el reloj—. Ya casi son las dos. No podrán hacer nada hasta que amanezca, eso está claro. Y siempre existe la remota posibilidad de que sólo estén esperando a otro barco, o combustible.

—Creo que nosotros podemos también quedarnos aquí.

Las horas pasaban. Estaban tumbados, en silencio, juntos, las manos en la mejilla, como niños que durmieran. Detrás de ellos, encogidos, los negros, pacientes, resignados, conformes, proclamaban con sus sonoros ronquidos que ni siquiera la presencia del peligro podía domeñar su invencible ansia africana de sueño.

Poco antes de las cinco de la mañana Babe se acercó a Carlyle y le dijo que había media docena de fusiles en el Narciso. ¿Había decidido no ofrecer resistencia? Babe creía que podían montar una buena batalla si lo planeaban bien.

Carlyle se echó a reír y negó con la cabeza.

—Esto no es una película, Babe. Es un guardacostas lo que nos espera. Sería como enfrentarse con arco y flechas a una ametralladora. Si quieres enterrar las bolsas en alguna parte, para poder recuperarlas más tarde, hazlo. Pero será inútil: excavarán la isla de punta a punta. Es una batalla perdida, Babe.

Babe agachó la cabeza en silencio y se fue, y la voz de Carlyle era más ronca cuando le dijo a Ardita:

—Es el mejor amigo que he tenido. Daría la vida por mí, y estaría orgulloso de poder hacerlo, si yo se lo pidiera.

—¿Te das por vencido?

—No tengo otra posibilidad. Es verdad que siempre hay una salida, la más segura, pero puede esperar. No pienso perder la cabeza. No me perdería mi propio juicio por nada del mundo: así viviré la interesante experiencia de ser famoso. «La señorita Farnam declara que el comportamiento del pirata fue en todo momento propio de un caballero.»

—¡Cállate! Me da una pena horrible.



Cuando el color se diluyó en el cielo y el azul apagado se convirtió en un gris de plomo, percibieron un gran tumulto en la cubierta del barco y divisaron a un grupo de oficiales en uniforme blanco reunidos junto a la borda. Tenían prismáticos y examinaban el islote con atención.

—Se acabó —sentenció Carlyle, inexorable.

—¡Maldita sea! —dijo Ardita entre dientes. Sentía cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Volveremos al yate —dijo Carlyle—. Prefiero que me encuentren allí a ser cazado como una alimaña.

Abandonaron la cima y descendieron por la colina, y, cuando llegaron al lago, los remeros negros, silenciosos, los llevaron al yate. Entonces, pálidos y abatidos, se echaron en las tumbonas, a esperar.

Media hora después, bajo la débil luz gris, la proa del guardacostas apareció en el canal y se detuvo: era evidente que temían que la bahía fuera demasiado poco profunda. Por la apacible apariencia del yate, el hombre y la chica en las tumbonas, y los negros apoyados con curiosidad en la barandilla, habían deducido que no encontrarían resistencia, y lanzaron dos botes: en uno iban un oficial y seis policías, y en el otro cuatro remeros y, a popa, dos hombres canosos con ropa deportiva. Ardita y Carlyle se levantaron y, casi sin pensarlo, se miraron a los ojos. Entonces Carlyle se metió la mano en el bolsillo y sacó un objeto circular, fulgurante, y se lo dio.

—¿Qué es esto? —pregunto, maravillada.

—No estoy muy seguro, pero, por las palabras rusas que lleva grabadas en el interior, creo que es la célebre pulsera que te habían prometido.

—Pero... Pero... ¿De dónde diablos...?

—Estaba en una de las bolsas. Ya sabes: Curtís Carlyle y sus Seis Compadres Negros, en plena actuación en el salón de té de un hotel de Palm Beach, cambiaron sus instrumentos por pistolas automáticas y atracaron al público. Yo le quité esta pulsera a una preciosa pelirroja con demasiado maquillaje encima.

Ardita frunció las cejas y sonrió.

—¡Así que eso fue lo que hiciste! Sí, tienes temperamento.

Carlyle hizo una reverencia.

—Una conocida cualidad burguesa.

Entonces el amanecer avanzó intrépidamente por la cubierta y obligó a las sombras a retroceder hasta sus esquinas grises. El rocío se evaporaba, volviéndose niebla dorada, sutil como un sueño, y los envolvía, y parecían de gasa, vestigios de la noche, infinitamente fugaces, a punto de disolverse. Durante un instante mar y cielo dejaron de respirar, y la aurora de dedos rosados tocó los jóvenes labios de la vida... Luego, de más allá del lago, llegó el quejido de un bote y el crujir de los remos.

De pronto, recortándose contra el horno de oro que nacía en el este, dos gráciles siluetas se fundieron en una y él besó sus labios de niña mimada.

—Es como estar en la gloria —murmuró Carlyle.

Ardita le sonrió.

—¿Eres feliz?

Suspiró, y aquel suspiro era una bendición: la seguridad encantada de que en aquel momento era más joven y bella que nunca. Y la vida volvió a ser radiante, y el tiempo era un fantasma, y sus fuerzas eran eternas. Entonces hubo una sacudida y un crujido al rozar el bote el casco del yate.

Por la escalerilla subieron los dos hombres de pelo gris, el oficial y dos marineros que empuñaban revólveres. El señor Farnam cruzó los brazos y miró a su sobrina.

—Muy bien —dijo, asintiendo con la cabeza lentamente. Ardita suspiró, dejó de abrazar a Carlyle, y sus ojos, transfigurados y ausentes, se posaron en el pelotón de abordaje. Su tío observaba cómo su labio superior poco a poco se alzaba, en ese orgulloso puchero que él conocía tan bien.

—Muy bien —repitió, furioso—. Así que ésta es la idea que tienes del amor: fugarte con un pirata.

Ardita lo miró con indiferencia.

—¡Qué tonto eres! —dijo, muy tranquila.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre decir?

—No —dijo, como si estuviera reflexionando—. No, hay algo más: esa frase que conoces tan bien, con la que he terminado la mayoría de nuestras conversaciones de los últimos años. ¡Cállate!

Y, dicho esto, les dedicó a los dos vejestorios, al oficial y a los dos marineros una breve mirada de desprecio, dio media vuelta y desapareció orgullosamente por la escotilla que llevaba a los camarotes.

Pero, si hubiera esperado un poco, hubiera oído algo bastante infrecuente en las conversaciones con su tío: su tío había estallado en carcajadas incontrolables, a las que se había unido el otro vejestorio.

Este último se dirigió con energía a Carlyle, que había estado observando la escena con un aire de misterioso regocijo.

—Bien, Toby —dijo afablemente—, caradura incurable, romántico perseguidor de arcoiris, ¿has encontrado por fin la mujer que buscabas?

Carlyle sonrió, muy seguro.

—Por supuesto —dijo—. Sabía que sería así desde la primera vez que oí hablar de sus correrías disparatadas. Por eso le ordené a Babe que lanzara el cohete de señales anoche.

—Me alegro —dijo el coronel Moreland, serio—. Os seguíamos de cerca por si teníais algún problema con estos seis negros tan raros, pero no esperábamos encontraros a los dos en una situación tan comprometida —suspiró—. Bueno, ¡manda a un loco a cazar a un loco!

—Tu padre y yo —dijo el señor Farnam— pasamos la noche en vela esperando lo mejor, que quizá sea lo peor. Bien sabe Dios que le has gustado a Ardita, hijo mío. Me estaba volviendo loco. ¿Le diste la pulsera rusa que el detective que contraté consiguió de esa tal Mimi?

Carlyle asintió.

—¡Shhh! —dijo—. Viene Ardita.

Ardita apareció en la escalerilla de los camarotes, y los ojos se le fueron involuntariamente a las muñecas de Carlyle. Una expresión de perplejidad se dibujó en su cara. Los negros empezaron a cantar en la popa, y el lago, frío con el fresco del amanecer, devolvía serenamente el eco de sus voces profundas.

—Ardita —dijo Carlyle, tímidamente.

Ardita se acercó más.

—Ardita —repitió, con la respiración entrecortada—. Tengo que decirte... la verdad. Todo ha sido una trampa, Ardita. No me llamo Carlyle. Me llamo Moreland, Toby Moreland. Toda la historia ha sido un invento, Ardita, fruto del clima de Florida.

Lo miró fijamente: el asombro, la perplejidad, la incredulidad y la rabia se reflejaban sucesivamente en su cara. Ninguno de los tres hombres se atrevía a respirar. El señor Moreland dio un paso hacia Ardita. La boca del señor Farnam empezó a curvarse tristemente, a la espera, presa del pánico, del previsible estallido.

Pero no llegó. La cara de Ardita se iluminó de repente, y con una risilla se acercó de un salto al joven Moreland y lo miró sin rastro de rabia en los ojos grises.

—¿Me juras —dijo dulcemente— que todo ha sido sólo producto de tu imaginación?

—Lo juro —dijo el joven Moreland, anhelante.

Ella atrajo su rostro y lo besó suavemente.

—¡Qué imaginación! —dijo con ternura y casi con envidia—. Quiero que me mientas toda mi vida, con toda la dulzura de que eres capaz.

Las voces de los negros llegaban soñolientas desde la popa, mezcladas con una melodía que Ardita ya les había oído cantar:

*El tiempo es un ladrón;  
alegrías y penas  
se van con las hojas  
en otoño...*

—¿Qué había en las bolsas? —preguntó en voz baja.

—Arena de Florida. Es una de las dos verdades que te he dicho.

—Tal vez yo pueda adivinar la otra —dijo Ardita. Y, poniéndose de puntillas, lo besó dulcemente... en la ilustración.

## Primero de Mayo (S.O.S.)

Primero de Mayo (S.O.S.), la primera gran novela corta de Fitzgerald, publicada durante su primer año de escritor profesional, apareció en julio de 1920. Es probable que Fitzgerald se la vendiera a los directores literarios de *Smart Set*, H. L. Mencken y Georgejean Nathan, sin ofrecérsela antes al *Post* ni a ninguna otra revista, porque el material era demasiado realista y fuerte. Primero de Mayo (S.O.S.) fue la obra de mayor éxito entre las que inspiró el interés ocasional de Fitzgerald por la escuela de narrativa naturalista y determinista. Aunque fue leída por el público al que Fitzgerald quería llegar, *Smart Set* sólo le pagó 200 dólares por esta obra maestra.

Primero de Mayo (S.O.S.) se inspiró en la sensación de fracaso de Fitzgerald durante la primavera de 1919, cuando trabajaba en una agencia de publicidad de Nueva York. Fitzgerald hizo este comentario cuando el relato fue incluido en *Cuentos de la era del jazz* (1922):

«Este relato es un tanto desagradable... Cuenta una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en la primavera del año pasado. Los tres acontecimientos me causaron una gran impresión. No tuvieron relación entre sí en la vida real, excepto por la histeria general de aquella primavera que inauguró la Era del Jazz, pero en mi relato he intentado, me temo que sin éxito, darles forma unitaria: una forma que reprodujera el efecto de aquellos meses en Nueva York, tal como los vio un miembro de la que entonces era la generación más joven.»

Había habido una guerra, librada y ganada, y arcos triunfales atravesaban la gran ciudad de los vencedores, impresionante, llena de flores blancas, rojas y rosas que arrojaba la multitud. Durante aquellos largos días de primavera, los soldados que regresaban desfilaban por las calles principales precedidos por el retumbar de los tambores y el alegre y resonante resoplar de la trompetería, mientras los comerciantes y los oficinistas abandonaban sus discusiones y sus cuentas y, agolpándose muy serios en las ventanas, volvían hacia los batallones que desfilaban un ramillete de caras blancas.

Jamás había habido en la gran ciudad tanto esplendor, porque la guerra victoriosa había traído consigo la abundancia, y los comerciantes habían acudido en tropel con sus familias desde el Sur y el Oeste para disfrutar de los suculentos banquetes y asistir a las fastuosas diversiones programadas, y para comprarles a sus esposas abrigos de piel para el próximo invierno, y bolsos de malla de oro, y zapatos de baile de seda y plata, y raso rosa, y telas doradas.

Los escritorzuelos y los poetas del pueblo vencedor cantaban tan feliz y ruidosamente la paz y la prosperidad inminentes, que los derrochadores de todas las provincias acudían en número cada vez mayor a beber el vino del entusiasmo, y los comerciantes vendían cada vez con mayor rapidez sus baratijas y sus zapatos de baile, hasta que reclamaron a gritos más baratijas y más zapatos para poder seguir liquidándolos, de acuerdo con las exigencias del público. Algunos alzaban en vano los brazos al cielo y gritaban:

—¡Ay! ¡No me quedan zapatos! ¡Ni baratijas! ¡Ayúdame, Dios mío, que no sé qué hacer!

Pero nadie atendió sus quejas, porque las multitudes tenían demasiadas cosas que hacer. Día tras día, la infantería desfilaba alegremente por la avenida, y todos se regocijaban porque los jóvenes que regresaban eran puros y valientes, de dientes sanos y sonrosadas mejillas, y las jóvenes del país eran vírgenes, y hermosas de cara y cuerpo.

De modo que, en aquel tiempo, sucedieron muchas aventuras en la gran ciudad, y, de aquellas aventuras, algunas —o acaso una sola— se consignan aquí.

I.

A las nueve de la mañana del 1 de mayo de 1919 un joven se dirigió al conserje del Hotel Biltmore y le preguntó si el señor Philip Dean estaba registrado en el hotel y, en caso de que así fuera, si podría llamar por teléfono a su habitación. El joven vestía un traje de buen corte, ya raído. Era bajo, delgado, de una belleza oscura; enmarcaban sus ojos unas pestañas excepcionalmente largas y el semicírculo azulado de la mala salud: este último efecto era intensificado por un brillo poco natural que coloreaba su rostro como una febrícula persistente.

El señor Dean estaba en el hotel. Le señalaron un teléfono al joven.

Descolgaron un segundo después; en algún sitio de los pisos superiores una voz soñolienta dijo: «Diga».

—¿El señor Dean? —inquirió con verdadera ansiedad—. Soy Gordon, Phil. Gordon Sterrett. Estoy en la recepción. He sabido que estabas en Nueva York y me he imaginado que te encontraría aquí.

La voz soñolienta se fue llenando de entusiasmo. Bueno, ¿cómo estaba Gordy, el querido y viejo amigo Gordy? ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría! Que subiera inmediatamente, ¡por todos los diablos!

Minutos después Philip Dean, en pijama de seda azul, abrió la puerta de la habitación y los dos jóvenes se saludaban con una euforia un poco embarazosa. Tenían los dos 24 años y eran licenciados por Yale desde el año anterior a la guerra, pero aquí terminaba bruscamente el parecido. Dean era rubio, rubicundo y fuerte bajo el pijama de tela fina. Irradiaba de pies a cabeza buena salud, una perfecta forma física. Sonreía con frecuencia, mostrando una dentadura grande y prominente.

—Iba a llamarte —exclamó con entusiasmo—. Me estoy tomando un par de semanas de vacaciones. Siéntate un momento, si no te importa, y enseguida estoy contigo. Iba a ducharme.

Mientras desaparecía en el cuarto de baño, los ojos oscuros del visitante vagaron por la habitación, deteniéndose un instante en una gran bolsa de viaje inglesa que había en un rincón, y en un juego de camisas de seda esparcidas por las sillas entre corbatas impresionantes y suaves calcetines de lana.

Gordon se levantó, cogió una de las camisas y la examinó minuciosamente. Era de seda pura, amarilla, con finas rayas celestes: había casi una docena iguales. Gordon miró involuntariamente los puños de su camisa: tenían los bordes rotos y deshilaclados, grises de suciedad. Soltó la camisa de seda y, sujetándose las mangas de la chaqueta, se subió los puños deshilachados de la camisa hasta que no se vieron. Luego se acercó al espejo y se miró con una curiosidad desgana y triste. Su corbata, que había conocido tiempos mejores, estaba descolorida y arrugada: ya no escondía los ojales desgastados del cuello. Pensó, sin ninguna alegría, que sólo tres años antes había sido elegido por amplia mayoría, en las elecciones de los estudiantes veteranos de la universidad, el alumno más elegante de su promoción.

Dean salió del baño frotándose el cuerpo.

—Anoche vi a una vieja amiga tuya —le comentó—. Me crucé con ella en recepción y no pude acordarme del nombre. Aquella chica con la que salías durante el último curso en New Haven.

Gordon se sobresaltó.

—¿Edith Bradin? ¿Te refieres a ella?

—Exactamente. Menuda belleza. Todavía parece una muñequita... Ya sabes lo que quiero decir: como si fueras a mancharla con sólo tocarla.

Observó en el espejo, con placer, su magnífica imagen, sonrió levemente y dejó ver una parte de la dentadura.

—Debe de tener ya veintitrés años —siguió hablando.

—Cumplió veintidós el mes pasado —dijo Gordon, distraído.

—¿Qué? Ah, sí, el mes pasado. Bueno, me figuro que habrá venido para el baile del club Gamma Psi, el de las estudiantes de Yale. ¿Sabes que esta noche organizan un baile en el Hotel Delmonico? Tienes que venir, Gordy. Medio New Haven estará allí. Te puedo conseguir una invitación.

Después de ponerse con desgana ropa interior limpia, Dean encendió un cigarro, se sentó junto a la ventana abierta y se examinó los tobillos y las rodillas a la luz del sol matutino que inundaba la habitación.

—Siéntate, Gordon —dijo—, y cuéntame todo lo que has hecho, y lo que estás haciendo ahora, y todo eso.

Gordon se desplomó inesperadamente en la cama: se quedó inmóvil, inerte. Su boca, que se le abría un poco cuando tenía la cara relajada, adquirió de pronto una expresión indefensa y patética.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Dean enseguida.

—¡Dios mío!

—¿Qué te pasa?

—Lo más desastroso del mundo —dijo rotundamente—. Estoy absolutamente hecho pedazos, Phil. No puedo más.

—¿Cómo?

—No puedo más —le temblaba la voz.

Dean lo observó con mayor atención, escrutándolo con sus ojos azules.

—Parece que estás mal de verdad.

—Lo estoy. He arruinado mi vida —hizo una pausa—... Pero sería mejor empezar por el principio... ¿O te aburro?

—En absoluto, cuéntame —lo dijo, sin embargo, con cierto titubeo. Había planeado el viaje al Este como unas vacaciones, y encontrarse con Gordon Sterrett lleno de problemas lo exasperaba un poco—... Cuéntame —repitió, y añadió entre dientes—: Acabemos ya. —Bueno —comenzó Gordon, inseguro—, volví de Francia en febrero, estuve un mes en casa, en Harrisburg, y me vine a Nueva York a buscar trabajo. Conseguí un empleo en una empresa de exportaciones. Me echaron ayer.

—¿Te echaron?

—Ahora te lo explico, Phil. Quiero hablarte con toda franqueza. Creo que eres la única persona a la que puedo recurrir en una situación como ésta. No te molesta que te hable con franqueza, ¿verdad?

Dean se puso un poco más tenso. Los golpecitos que se daba en las rodillas se convirtieron en automáticos. Tenía la vaga sensación de que lo obligaban injustamente a cargar con el peso de una responsabilidad; no estaba seguro, ni mucho menos, de desear que Gordon le contara nada. Aunque nunca le había sorprendido encontrarlo en dificultades de poca monta, había algo en la actual desesperación de Gordon que le repugnaba y lo volvía cruel, aunque despertara su curiosidad.

—Cuéntame.

—Se trata de una chica.

—Vaya... —Dean decidió en aquel momento que nada iba a estropearle las vacaciones. Si Gordon iba a ser tan deprimente, lo mejor sería verlo lo menos posible.

—Se llama Jewel Hudson —prosiguió la afligida voz desde la cama—. Creo que fue «pura» hasta hace más o menos un año. Vivía aquí, en Nueva York; su familia era pobre. Sus padres han muerto y ahora vive con una tía mayor. Sabes, la época en que la conocí fue cuando todos empezaron a volver de Francia en oleadas, y yo no hacía otra cosa que ir a recibir a los recién llegados y participar en las fiestas en su honor. Así comenzó todo, Phil, sólo porque yo me alegraba de volver a ver a la gente y ellos de verme a mí.

—Deberías haber tenido más sentido común.

—Lo sé —Gordon hizo una pausa y luego continuó sin mucho interés—. Ahora vivo solo, soy independiente, ya sabes, Phil, y no soporto la pobreza. Entonces apareció esa maldita chica. Se enamoró de mí, a su manera, por un tiempo, y, aunque nunca tuve intención de complicarme la vida con ella, me la encontraba en todas partes. Puedes imaginarte el tipo de trabajo que hacía para aquellos exportadores. Claro que siempre he pensado dedicarme al dibujo, hacer ilustraciones para las revistas. Da bastante dinero.

—¿Por qué no lo haces? Tienes que ponerte a trabajar en serio, si quieres salir adelante —le dijo Dean con frío formalismo.

—Algo he intentado, pero mis dibujos son torpes. Tengo talento, Phil, pero no conozco la técnica. Debería ir a alguna academia, pero no puedo permitírmelo. Bueno, las cosas alcanzaron un punto crítico hace más o menos una semana. Justo cuando me estaba quedando sin un dólar, esa chica empezó a fastidiarme. Quiere dinero; dice que puede causarme problemas si no se lo doy.

—¿Puede?

—Me temo que sí. Ésa es una de las razones por las que he perdido mi trabajo: empezó a llamar a la oficina a todas horas, y ésa ha sido la gota que ha colmado el vaso. Ha escrito una carta para mandársela a mi familia. Me tiene bien cogido, está claro. Tengo que encontrar dinero para dárselo.

Hubo un silencio embarazoso. Gordon permanecía inmóvil, con los puños apretados.

—No puedo más —continuó con voz temblorosa—. Me estoy volviendo loco, Phil. Creo que, si no me hubiera enterado de que venías al Este, me hubiera matado. Necesito que me prestes 300 dólares.

Las manos de Dean, que habían estado acariciando sus rodillas, se detuvieron de repente... y la curiosa incertidumbre que había flotado entre los dos hombres se convirtió en tensión, en tirantez.

Un segundo después Gordon continuó:

—He sangrado tanto a mi familia, que me daría vergüenza pedirles un solo céntimo más.

Dean siguió sin contestar.

—Jewel me ha dicho que quiere doscientos dólares.

—Ya sabes adonde tienes que mandarla.

—Sí, suena fácil, pero tiene un par de cartas que le escribí estando borracho. Y desgraciadamente no es el tipo de mujer débil que uno se imagina.

Dean hizo una mueca de repugnancia.

—No soporto a las mujeres así. Tendrías que haberte mantenido a distancia.

—Lo sé —admitió Gordon con tono de cansancio.

—Hay que aceptar las cosas como son. Si no tienes dinero, tienes que trabajar y no andar con mujeres.

—Para ti es fácil decirlo —comenzó Gordon, entrecerrando los ojos—. Tienes dinero a espuestas.

—En absoluto. Mi familia controla rigurosamente mis gastos. Precisamente porque tengo cierta libertad para gastar, tengo que tener un cuidado especial para no abusar de ella —levantó la persiana y entró un nuevo torrente de sol—. No soy mojigato, bien lo sabe Dios —continuó con decisión—. Me gusta divertirme... Mucho más en vacaciones, como ahora. Pero tienes... tienes una pinta horrible. Nunca te había oído hablar así. Parece que estás en bancarrota... moral y económica.

—¿No van siempre juntas?

Dean movió la cabeza con impaciencia.

—Tienes un halo permanente que no puedo explicarme: es una especie de maleficio.

—Es el halo de las preocupaciones, la pobreza y las noches sin dormir —dijo Gordon, casi desafiante.

—No lo sé.

—Sí, admito que soy deprimente. Me deprimó a mí mismo. Pero, Dios mío, Phil, una semana de descanso, un traje nuevo y algunos billetes en el bolsillo, y volvería... volvería a ser el que fui. Phil, dibujo con facilidad, y lo sabes. Pero no he tenido casi nunca el dinero suficiente para comprar materiales de buena calidad, y además no puedo dibujar si estoy cansado, desanimado, acabado. Con un poco de dinero podría descansar unas semanas y empezar a funcionar.

—¿Quién me dice que no te lo gastarás con otra mujer?

—¿Hay que seguir machacando con eso? —dijo Gordon en voz baja.

—No estoy machacando. Lamento verte así.

—¿Me prestas el dinero, Phil?

—No puedo decidirlo inmediatamente. Se trata de mucho dinero y para mí va a ser un verdadero sacrificio.

—Si no me lo prestas, me hundes. Sé que estoy en plan llorón, y que todo es culpa mía, pero eso no cambia las cosas.

—¿Cuándo podrías devolvérmelo?

Esas palabras eran esperanzadoras. Gordon reflexionó. Quizá lo más prudente era ser sincero.

—Podría prometerte, claro, que te lo devolveré el mes que viene, pero... será mejor decir tres meses. En cuanto empiece a vender dibujos.

—¿Y cómo sé que vas a vender algún dibujo?

Aquella nueva severidad en la voz de Dean le provocó a Gordon un leve estremecimiento de duda. ¿Era todavía posible que no consiguiera el dinero?

—Creía que confiabas un poco en mí.

—Y confiaba. Pero, cuando te veo en ese estado, empiezo a dudar.

—¿Crees que si no estuviera en las últimas hubiera acudido a ti en este estado? ¿Crees que me resulta agradable? —se interrumpió y se mordió el labio, sintiendo que hubiese sido mejor dominar la irritación creciente en su tono de voz. A fin de cuentas, era él el pedigüeño.

—Parece que te las ingenias muy bien —dijo Dean irritado—. Has conseguido ponerme en una situación en la que, si no te presto el dinero, soy un sinvergüenza. Sí, no digas que no. Y, permite que te lo diga, no me es nada fácil conseguir trescientos dólares. Mis ingresos no son tan importantes como para no notar semejante tajada.

Se levantó y empezó a vestirse, eligiendo con cuidado la ropa. Gordon alargó los brazos y se agarró a los bordes de la cama, aguantándose las ganas de llorar. La cabeza le dolía terriblemente y le zumbaba, tenía la boca seca y amarga y podía sentir la fiebre en la sangre resolviéndose en cifras constantes e innumerables como el lento gotear de un tejado.

Dean se hizo el nudo de la corbata con precisión, se peinó las cejas y se quitó solemnemente de los dientes una brizna de tabaco. A continuación llenó la pitillera, lanzó pensativamente el paquete vacío a la papelera y se metió el estuche en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Has desayunado? —preguntó.

—No, nunca desayuno.

—Bueno, vamos afuera a tomar algo. Luego decidiremos sobre el dinero. Estoy cansado del asunto. He venido al Este a divertirme. Vamos al club de Yale —continuó, de mal humor. Y añadió con un reproche implícito—: Has dejado el trabajo. No tienes nada que hacer.

—Tendría muchas cosas que hacer si dispusiera de algún dinero —dijo Gordon intencionadamente.

—¡Por amor de Dios! ¿No puedes hablar de otra cosa durante un minuto? No vas a amargarme todas las vacaciones. Aquí tienes, aquí tienes algún dinero.

Sacó del monedero un billete de cinco dólares y se lo arrojó a Gordon, que lo dobló con cuidado y se lo guardó en el bolsillo. Tenía un poco de color en las mejillas, un nuevo brillo que no se debía a la fiebre. Por un instante, antes de salir, las miradas de los dos amigos se encontraron, y en ese instante descubrieron algo que los indujo a bajar rápidamente la vista. En aquel instante se odiaron rotunda y definitivamente.

## II.

La Quinta Avenida y la calle 44 eran un hervidero de gente al mediodía. El sol opulento y feliz resplandecía como oro fugaz a través de las gruesas cristaleras de las tiendas de lujo, iluminando bolsos de malla, monederos y collares de perlas en estuches de terciopelo gris, multicolores y llamativos abanicos de plumas, encajes y sedas de vestidos caros, malos cuadros y delicados muebles antiguos en las refinadas exposiciones de los decoradores.

Jóvenes empleadas, en parejas, grupos y enjambres, perdían el tiempo ante aquellos escaparates, eligiendo su futuro ajuar entre un surtido resplandeciente que hasta incluía un pijama de hombre, de seda, colocado hogareñamente sobre la cama. Se detenían frente a las joyerías y elegían sus anillos de compromiso, y las alianzas, y los relojes de platino, y luego se dejaban arrastrar hacia los abanicos de plumas y las capas para la ópera, mientras digerían los bocadillos y helados del almuerzo.

Aquí y allá, entre la multitud, había hombres de uniforme, marineros de la gran flota anclada en el Hudson, soldados con insignias de las divisiones estacionadas desde Massachussetts a California, que deseaban febrilmente llamar la atención y encontraban a la gran ciudad



absolutamente harta de soldados, a no ser que estuvieran agrupados en bellas formaciones, incómodos bajo el peso de la mochila y el fusil.

Dean y Gordon vagabundeaban entre aquella mezcolanza: Dean, interesado y entusiasmado por el espectáculo de una humanidad en el colmo de su superficialidad y garrulería; Gordon, acordándose de cuántas veces había formado parte de la multitud, cansado, mal alimentado, agotado por el trabajo, disoluto. Para Dean la lucha era importante, joven, alegre; para Gordon era triste, sin sentido ni fin.

En el club de Yale encontraron a un grupo de compañeros de curso que acogieron la llegada de Dean clamorosamente. Sentados en semicírculo en sofás y sillones, bebieron whisky con hielo y soda.

A Gordon la conversación le pareció aburrida e interminable. Comieron juntos, en masse, templados por el alcohol cuando apenas empezaba la tarde. Todos iban a ir aquella noche al baile del club de estudiantes Gamma Psi: prometía ser la mejor fiesta desde que acabó la guerra.

—Estará Edith Bradin —le dijo alguien a Gordon—. ¿No fue tu novia un tiempo? Los dos sois de Harrisburg, ¿no?

—Sí —trató de cambiar de tema—. Veo a su hermano de vez en cuando. Es una especie de socialista fanático. Dirige un periódico o algo así, aquí, en Nueva York.

—No se parece en nada a su hermana, tan alegre, ¿verdad? —continuó el vehemente informador—. Bueno, Edith va al baile de esta noche con un estudiante de primero o segundo que se llama Peter Himmel.

Gordon se había citado con Jewel Hudson a las ocho: le había prometido llevarle algún dinero. Miró varias veces, nervioso, el reloj. A las cuatro, para alivio suyo, Dean se levantó y anunció que iba a Rivers Brothers a comprar cuellos y corbatas. Pero, cuando salían del club, uno del grupo se les unió, y Gordon se sintió consternado. Dean estaba ahora de muy buen humor, jovial, feliz, esperando la fiesta de aquella noche, casi eufórico. En Rivers compró una docena de corbatas, eligiéndolas una a una después de largas consultas con el otro amigo. ¿Creía que habían vuelto a ponerse de moda las corbatas estrechas? ¿No era una pena que en Rivers ya no hubiera cuellos Welsh Margotson? No existían cuellos que pudieran compararse a los Covington.

Gordon empezaba a sentir pánico. Necesitaba el dinero en el acto. Y le tentaba la idea de asistir al baile del club de estudiantes Gamma Psi. Quería ver a Edith: Edith, a la que no veía desde aquella noche romántica en el club de campo de Harrisburg, poco antes de irse a Francia. El idilio se había extinguido, ahogado en el tumulto de la guerra y completamente olvidado en el arabesco de aquellos tres meses, pero una imagen de Edith, intensa, elegante, inmersa en su charlatanería sin importancia, le volvió a la mente de improviso y trajo mil recuerdos con ella. Era el rostro de Edith que él había apreciado en la universidad con una especie de admiración distanciada y afectuosa. Le gustaba dibujarla: en las paredes de su habitación había una docena de bocetos de ella, mientras jugaba al golf, mientras nadaba... y podía dibujar con los ojos cerrados su airoso y llamativo perfil.

Salieron de Rivers a las cinco y media y se detuvieron un instante en la acera.

—Bueno —dijo Dean afablemente—, ya he terminado. Creo que volveré al hotel, a que me afeiten, me pelen y me den un masaje.

—Excelente —dijo el otro—. Creo que iré contigo.

Gordon se preguntaba si después de todo iba a salir derrotado. Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no gritarle al acompañante imprevisto: «¡Vete de una vez, maldito seas!». Sospechaba, desesperado, que Dean había hablado con él y le había pedido que se quedara para evitar una discusión sobre el dinero.

Entraron en el Biltmore, un Biltmore rebosante de muchachas, la mayoría del Oeste y del Sur, debutantes estelares de muchas ciudades, reunidas allí para el baile de una famosa asociación de una universidad famosa. Pero para Gordon eran como rostros vistos en un sueño. Reunió todas sus fuerzas para una última súplica; ya iba a decir algo, no sabía qué, cuando Dean, de pronto, le pidió disculpas al otro y, tomando a Gordon por el brazo, se lo llevó aparte.

—Gordy —dijo rápidamente—, he estado pensando detenidamente en ese asunto, y he decidido que no te puedo prestar esa cantidad. Me gustaría hacerte ese favor, pero no puedo. Me costaría un mes de estrecheces.

Gordon, mirándolo sombríamente, se preguntó cómo no se había dado cuenta antes de cómo sobresalían los dientes superiores de Dean.

—Lo siento muchísimo, Gordon —continuó Dean—, pero las cosas son así —sacó la billetera y contó pausadamente setenta y cinco dólares en billetes—. Aquí tienes —le dijo, ofreciéndoselos—. Aquí hay setenta y cinco; eso hace ochenta dólares en total. Es todo lo que llevo en efectivo, además de lo que tengo para los gastos de viaje.

Gordon levantó con gesto automático la mano cerrada, la abrió como si fuera unas tenazas y volvió a cerrarla en torno al dinero.

—Te veré en el baile —añadió Dean—. Tengo que ir a la barbería.

—Adiós —dijo Gordon, con voz forzada y ronca.

—Adiós.

Dean empezó a sonreír, pero pareció cambiar de idea. Incluyó enérgicamente la cabeza y desapareció.

Gordon, en cambio, se quedó allí quieto, su agradable semblante demudado por la angustia, el fajo de billetes apretado con fuerza en el puño. Luego, cegado por repentinas lágrimas, bajó torpemente las escaleras del Biltmore.

### III.

Hacia las nueve de aquella misma noche dos seres humanos salieron de un restaurante barato de la Sexta Avenida. Eran feos, estaban mal alimentados, sólo poseían una inteligencia primaria y ni siquiera tenían esa exuberancia animal que por sí sola le da color a la vida; habían sido, hacía poco, atacados por los parásitos, el hambre y el frío en una sucia ciudad de un país extranjero; eran pobres, no tenían amigos; habían sido zarandeados como madera a la deriva desde su nacimiento y así seguirían hasta la muerte. Vestían el uniforme de la Marina de Estados Unidos, y en el hombro llevaban la insignia de una división de Nueva Jersey que había desembarcado tres días antes.

El más alto de los dos se llamaba Carrol Key: el nombre insinuaba que por sus venas, aunque ligeramente diluida por generaciones de degeneración, corría sangre de cierta valía. Pero uno podía escrutar hasta el infinito aquel rostro alargado, de mentón huidizo, aquellos ojos apagados y húmedos y los pómulos pronunciados, sin encontrar ni una sombra de valor ancestral o de ingenio innato.

Su compañero era moreno, con las piernas arqueadas, ojos de rata y una nariz ganchuda y partida más de una vez. Su aire de desafío era obviamente un fraude, un arma de defensa cogida prestada de aquel mundo de gruñidos y grescas, de fanfarronadas y amenazas físicas, en el que siempre había vivido. Se llamaba Gus Rose.

Salieron del restaurante y pasaron tranquilamente por la Sexta Avenida, empuñando los palillos de dientes con verdadero entusiasmo y absoluta desenvoltura.

—¿Adonde vamos? —preguntó Rose, y el tono daba a entender que no se sorprendería si Key sugería las islas de los Mares del Sur.

—¿Que te parecería conseguir algo de beber?

Todavía no existía la Ley Seca. Pero una ley que prohibía la venta de alcohol a los soldados hacía audaz la propuesta.

Rose aceptó con entusiasmo.

—Tengo una idea —continuó Key después de pensar un momento—; tengo un hermano que anda por aquí.

—¿Por Nueva York?

—Sí, un viejo —quería decir que era mayor que él—. Es camarero en una casa de comidas.

—Tal vez pueda conseguirnos algo.

—¡Ya lo creo!

—Puedes creerme, mañana mismo me quito de encima este maldito uniforme. No pienso volver a ponérmelo nunca más. Voy a conseguirme ropa como debe ser.

—¡Eh!, ¿y yo qué?

Como sus fondos en común no llegaban ni a cinco dólares, tal propósito podía ser considerado en gran medida como un divertido juego de palabras, inofensivo y consolador. Pareció gustarles a

ambos porque lo reforzaron con risillas y citas de personajes importantes en los ambientes bíblicos, acompañadas de exclamaciones como «¡Vaya, vaya!», «¡Caramba!», «¡Ya lo creo!», repetidas una y otra vez.

Todo el repertorio intelectual de aquellos dos hombres consistía en comentarios nasales y resentidos, ampliados en el curso de los años, contra aquellas instituciones —el Ejército, la fábrica o el asilo— que les daban de comer, y contra su inmediato superior en la institución. Hasta aquella misma mañana la institución había sido el Gobierno y el superior inmediato había sido el capitán; de los dos se habían liberado y se encontraban ahora en esa fase un poco incómoda que precedía a una nueva esclavitud. Estaban resentidos, inseguros, disgustados. Lo ocultaban fingiendo un enorme alivio por haber sido licenciados, y asegurándose mutuamente que la disciplina militar jamás volvería a regir sus voluntades inquebrantables, amantes de la independencia. Pero, en realidad, se hubieran sentido mucho más tranquilos en la cárcel que en esta recobrada e incuestionable libertad.

De repente Key apretó el paso. Rose, levantando los ojos y siguiendo la dirección de su mirada, descubrió una muchedumbre que se estaba congregando en mitad de la calle, a cincuenta metros de distancia. Key soltó una risilla y empezó a correr hacia la multitud; Rose también se rió, y sus piernas cortas y en arco se movieron al ritmo de las zancadas largas y torpes de su compañero.

Llegaron hasta donde empezaba la multitud e inmediatamente se convirtieron en parte indistinguible de un gentío formado por andrajosos civiles algo ebrios y por soldados que representaban a muchas divisiones y muchos estados de la sobriedad, todos apiñados alrededor de un pequeño judío gesticulante de grandes bigotes negros, que agitaba los brazos mientras pronunciaba una encendida pero escueta arenga. Key y Rose, después de colarse hasta la primera fila, lo escrutaron con viva sospecha mientras las palabras penetraban en su pobre sentido común.

—¿Qué habéis sacado de la guerra? —gritaba con furia—. ¡Mirad a vuestro alrededor! ¡Mirad! ¿Sois ricos? ¿Os han ofrecido grandes sumas de dinero? No. Tenéis suerte si conserváis la vida y las dos piernas; tenéis suerte si habéis vuelto y habéis encontrado que vuestra mujer no se ha ido con uno que tenía dinero suficiente para comprar que no lo mandaran a la guerra. ¡Ésa es vuestra suerte! ¿Quiénes han sacado algo, que no sean J. P. Morgan y John D. Rockefeller?

En este punto el discurso del pequeño judío fue interrumpido por el impacto hostil de un puñetazo en su mentón con perilla y retrocedió tambaleándose hasta quedar tumbado sobre la acera.

—¡Dios maldiga a los bolcheviques! —exclamó el enorme soldado-herrero que había lanzado el golpe. Hubo un murmullo de aprobación y la muchedumbre se hizo más compacta.

El judío se levantó haciendo eses, e inmediatamente volvió a caer, golpeado por cinco o seis puños. Esta vez permaneció tumbado, respirando pesadamente, sangrando por el labio partido.

Estalló un tumulto de voces, y un minuto después Rose y Key se encontraban Sexta Avenida abajo, arrastrados por la abigarrada multitud, bajo el liderazgo de un civil delgado que llevaba sombrero y del musculoso soldado que tan sumariamente había puesto fin al discurso. La multitud había aumentado formidablemente hasta alcanzar proporciones asombrosas, y un río de ciudadanos menos dispuestos a comprometerse la seguía desde las aceras prestando su apoyo moral con intermitentes gritos de ánimo.

—¿Adonde vamos? —le gritó Key al hombre que tenía más cerca.

Su vecino señaló al líder del sombrero.

—¡Ése sabe dónde hay más, muchos más! ¡Vamos a darles una lección!

—¡Vamos a darles una lección! —le susurró gozoso Key a Rose, y Rose, entusiasmado, le repitió la frase al hombre que tenía al lado.

La procesión avanzaba por la Sexta Avenida, y aquí y allá se le unían soldados y *marines*, y, de vez en cuando, civiles que se sumaban al grito inevitable de que también ellos acababan de licenciarse, y era como si presentaran la solicitud de ingreso en un club social y deportivo recién fundado.

La manifestación se desvió bruscamente por una calle transversal y se dirigió hacia la Quinta Avenida, y entre sus componentes corrió la voz de que se dirigían a una reunión comunista en el Tolliver Hall.

—¿Dónde está eso?

La pregunta llegó hasta la cabeza de la manifestación y un momento después la respuesta se propagaba, hacia atrás, por todas las filas. El Tolliver estaba en la calle 10. ¡Otro grupo de soldados dispuestos a disolver la reunión ya se encontraba allí!

Pero la calle 10 parecía muy lejana, y al oír la noticia una queja general se elevó de la multitud y una veintena de personas se separó de la manifestación. Entre ellas se encontraban Rose y Key, que disminuyeron plácidamente el paso y dejaron que los más entusiastas los adelantaran en su avance inexorable.

—Preferiría encontrar algo de beber —dijo Key nada más detenerse, antes de dirigirse a la acera entre gritos de «¡traidores!», «¡desertores!».

—¿Tu hermano trabaja por aquí? —preguntó Rose, con el aire de quien pasa de los asuntos superficiales a los eternos.

—Debería —respondió Key—. No lo veo desde hace un par de años, desde que me fui a Pensilvania. Y a lo mejor ya no trabaja en el turno de noche. Es por aquí. Seguro que nos consigue algo si no se ha ido.

Encontraron el local después de patrullar durante algunos minutos por la calle: era un mísero restaurante de medio pelo entre la Quinta Avenida y Broadway. Key entró a preguntar por su hermano George, mientras Rose esperaba en la acera.

—Ya no trabaja aquí —dijo Key al salir—. Ahora es camarero en el Delmonico.

Rose asintió con aire de sabiduría, como si ya lo hubiera previsto. No es de extrañar que un hombre capaz cambie de trabajo de vez en cuando. Una vez conoció a un camarero... Mientras proseguían su camino, empezaron una larga discusión sobre si los camareros ganaban más con la paga o con las propinas, y decidieron que dependía del tono más o menos elegante del local donde trabajaran. Después de intercambiar gráficas descripciones de millonarios que cenaban en el Delmonico y arrojaban billetes de cincuenta dólares tras la primera botella de champán, los dos hombres meditaron muy en secreto la posibilidad de hacerse camareros. La estrecha frente de Key ya escondía la resolución de pedirle a su hermano que le buscara trabajo.

—Un camarero puede beberse todo el champán que esos tipos dejan en las botellas —sugirió Rose, casi paladeando el sabor, y añadió como si se le hubiera ocurrido de pronto—: ¡Vaya, vaya!

Cuando llegaron al Delmonico eran ya las diez y media, y se asombraron de ver la larga fila de taxis que, uno detrás de otro, se detenían ante la entrada para que descendieran maravillosas señoritas sin sombrero, acompañada cada una por un estirado caballere en traje de etiqueta.

—Hay una fiesta —dijo Rose, con cierto temor reverencial—. Quizá sea mejor que no entremos. Tendrá mucho trabajo.

—No, no. Se pondrá contento.

Después de algunas dudas, entraron por la puerta que les pareció menos ostentosa y, dominados repentinamente por la indecisión, se detuvieron nerviosos en una esquina apenas visible del pequeño comedor en el que se encontraban. Se quitaron las gorras y permanecieron con ellas en la mano. Una sombra de tristeza los invadió, y se sobresaltaron cuando una puerta se abrió de repente en el extremo opuesto del comedor para dejar pasar a un camarero raudo como un cometa que atravesó la sala y desapareció por otra puerta.

Tres veces se repitieron estas apariciones relámpago, antes de que los dos espectadores alcanzaran el grado de lucidez necesario para dirigirse a un camarero. Se volvió, los miró con suspicacia, y luego se les acercó con pasos suaves de gato, como si estuviera preparado para, en cualquier momento, dar media vuelta y huir.

—Oiga —empezó Key—, oiga, ¿conoce a mi hermano? Trabaja de camarero aquí.

—Se apellida Key —añadió Rose.

Sí, el camarero conocía a Key. Creía que estaba arriba. Había una gran fiesta en el salón principal. Le avisaría.

Diez minutos más tarde George Key apareció y saludó a su hermano con el mayor recelo; lo primero y más natural que se le ocurrió fue que venía a pedirle dinero.

George era alto, con el mentón poco pronunciado, pero ahí terminaba el parecido con su hermano. Los ojos del camarero no eran apagados, sino despiertos y chispeantes, y sus modales eran suaves, educados, con un leve aire de superioridad. Intercambiaron los saludos de costumbre.

George estaba casado y tenía tres hijos. Parecía interesarle bastante la noticia de que Carrol había estado en el extranjero, en la Marina, aunque no le impresionaba. Carrol se sintió desilusionado.

—George —dijo el hermano menor en cuanto terminaron las formalidades—, queremos comprar bebida, pero nadie quiere vendérsela. ¿Podrías conseguirnos algo?

George reflexionó.

—Claro. Es posible. Aunque puede llevar media hora.

—No importa —aceptó Carrol—, esperaremos.

Entonces Rose fue a sentarse en una cómoda silla, pero un grito de George, indignado, lo obligó a quedarse de pie.

—¡Eh! ¡Ten cuidado! ¡No te puedes sentar ahí! Esta sala está preparada para un banquete que hay a las doce.

—No la iba a estropear —dijo Rose con resentimiento—; me han despiojado.

—No importa —dijo George terminantemente—. Si el camarero mayor me viera aquí de charla, se iba a divertir mucho conmigo.

—Ah.

La mención del camarero mayor fue una explicación más que suficiente para los otros dos; manoseaban la gorra nerviosos y esperaban que George les sugiriera algo.

—Oídme —dijo George tras un breve silencio—, hay un sitio en el que podríais esperarme. Venid conmigo.

Lo siguieron por la puerta más lejana, atravesaron una despensa desierta, subieron un par de oscuras escaleras de caracol y llegaron por fin a un cuartucho amueblado principalmente con montones de cubos y cepillos, iluminado por una única y sombría bombilla. Allí los dejó George, después de pedirles dos dólares y haber prometido que volvería dentro de media hora con una botella de whisky.

—Juraría que George está ganando dinero —dijo Key melancólicamente mientras se sentaba en un cubo invertido—. Juraría que gana cincuenta dólares a la semana.

Rose asintió y escupió.

—Yo también lo juraría.

—¿Quién dijo que daba el baile?

—Unas estudiantes, de la Universidad de Yale.

Los dos asintieron con solemnidad.

—¿Adonde habrán ido a parar todos aquellos soldados de la manifestación?

—No lo sé. Sólo sé que era una caminata larguísima, demasiado larga para mí.

—Y para mí. A mí no me cogen para andar tanto. Diez minutos después empezaron a impacientarse. —Voy a ver lo que hay por ahí —dijo Rose, dirigiéndose con cautela a la otra puerta.

Era una puerta batiente, tapizada de paño verde, y la empujó hasta abrirla unos prudentes centímetros.

—¿Ves algo?

Como respuesta Rose aspiró con fuerza.

—¡Maldición! ¡Aquí tiene que haber bebida!

—¿Bebida?

Ya estaba Key en la puerta, con Rose, y miraba con avidez.

—Hay licor, seguro —dijo después de un instante de examen concentrado.

Era una habitación que doblaba en tamaño a la habitación donde se encontraban, y alguien había preparado allí un maravilloso festín alcohólico. Sobre dos mesas de blancos manteles se elevaban dos altas paredes de botellas variadas: whisky, ginebra, coñac, vermut francés e italiano, y zumo de naranja, para no hablar de una colección imponente de sifones y de dos grandes recipientes vacíos para el ponche. En la habitación aún no había nadie.

—Es para el baile que acaba de empezar —murmuró Key—. ¿Oyes los violines? Oye, no me importaría pegarme un baile.

Cerraron la puerta sin hacer ruido e intercambiaron una mirada de mutuo entendimiento. No necesitaban adivinarse las intenciones.

—Me gustaría echarle el guante a un par de botellas —dijo Rose con decisión.

—Y a mí.

—¿Tú crees que se darían cuenta?

Key reflexionó.

—Puede que sea mejor esperar a que empiecen a bebérselas. Las botellas están en orden, y las habrán contado.

Discutieron sobre este punto unos minutos. Rose quería echarle el guante a una botella inmediatamente y escondérsela bajo la chaqueta antes de que llegara nadie. Pero Key aconsejaba prudencia. Temía causarle problemas a su hermano. Si esperaban a que abrieran algunas botellas, podrían coger una sin ningún peligro, y todos pensarían que había sido alguno de la universidad.

Mientras seguían discutiendo, George Key atravesó el cuarto apresuradamente y, dedicándoles apenas un gruñido, desapareció por la puerta de paño verde. Un minuto después oyeron saltar algunos corchos, y luego el sonido del hielo picado y el correr del líquido. George estaba preparando el ponche.

Los soldados intercambiaron sonrisas de placer.

—¡Ah, chico! —murmuró Rose.

George volvió a aparecer.

—Un poco de paciencia, muchachos —dijo, hablando de prisa—. Tendré listo lo vuestro en cinco minutos.

Y desapareció por la puerta por donde había llegado.

Tan pronto como sus pisadas se perdieron escaleras abajo, Rose, después de una ojeada precavida, se precipitó en la habitación de las delicias y reapareció con una botella en la mano.

—Esto es lo que yo digo —dijo, mientras digerían, sentados y dichosos, el primer trago—. Esperaremos a que vuelva y le preguntaremos si podemos quedarnos aquí, a bebemos lo que nos traiga, ¿entiendes? Le diremos que no tenemos un sitio donde beber, ¿entiendes? Luego podemos colarnos ahí cuando no haya nadie y escondernos una botella bajo la chaqueta. Tendremos por lo menos para un par de días, ¿entiendes?

—Claro que sí—asintió Rose con entusiasmo—. ¡Ah, chico! Y, si quisiéramos, podríamos venderles alguna botella a los soldados.

Callaron un instante mientras le daban vueltas a esta idea prometedora. Luego Key se llevó la mano al cuello de la guerrera y se la desabrochó.

—Hace calor aquí, ¿no?

Rose asintió muy serio.

—Como en el infierno.

#### IV.

Seguía bastante enfadada cuando salió del tocador y atravesó el salón interior que daba al vestíbulo: enfadada no tanto por lo que había ocurrido —que sólo era, a fin de cuentas, un simple lugar común en su vida social—, sino por el hecho de que hubiera ocurrido precisamente aquella noche. No estaba disgustada consigo misma. Se había comportado con aquella justa mezcla de dignidad y reticente compasión que empleaba siempre. Lo había rechazado sucinta y hábilmente.

Había sucedido cuando salían del Biltmore en un taxi y aún no se habían alejado ni media manzana. El había levantado torpemente el brazo derecho —ella estaba sentada a su derecha— y había intentado apoyarlo cómodamente sobre la capa escarlata ribeteada en piel que ella llevaba. Esto ya constituía un error. Era de todo punto más elegante, para un joven que deseara abrazar a una señorita de cuyo consentimiento no estuviera seguro, intentar primero rodearla con el brazo más alejado de ella. Así se evita el desmañado gesto de levantar el brazo más próximo.

El segundo *faux pas* había sido inconsciente. Ella había pasado la tarde en la peluquería. La idea de que pudiera ocurrirle alguna calamidad a su pelo le resultaba sumamente repugnante, y

Peter, al hacer su desgraciada tentativa, le había rozado levemente el peinado con el codo. Este había sido su segundo *faux pas*. Dos ya eran suficientes.

Peter había empezado a murmurarle algo. Al primer susurro, ella ya había resuelto que no era más que un simple estudiante. Edith tenía veintidós años, pero, no obstante, aquel baile, el primero de ese tipo que se celebraba después de la guerra, le recordaba, con imágenes que se sucedían a ritmo creciente, otra cosa... otro baile y otro hombre, un hombre por el que había sentido poco más que una ternura adolescente de miradas tristes. Edith Bradin se estaba enamorando del recuerdo de Gordon Sterrett.

Así que salió del tocador del Delmonico y permaneció un instante en la puerta mirando por encima de los hombros de un traje negro que se interpuso en su camino a los grupos de alumnos de Yale que revoloteaban como majestuosas polillas negras en las escaleras. La habitación de la que había salido emanaba la pesada fragancia que dejaba el ir y venir de muchas jóvenes bellezas perfumadas: esencias empalagosas y una vaga y evocadora nube de fragantes polvos de tocador. Este olor, derramándose, absorbía el sabor fuerte y picante del humo de los cigarrillos en el vestíbulo, y bajaba sensualmente las escaleras e impregnaba por fin la sala donde iba a tener lugar el baile de la asociación Gamma Psi. Era un olor que Edith conocía bien, excitante, estimulante, inquietantemente dulce: el olor de un baile a la moda.

Pensó en su propio aspecto. Se había empolvado los brazos y los hombros desnudos: blanco crema. Sabía que parecían muy suaves y que brillarían como leche contra el fondo de chaquetas negras que aquella noche enmarcaría su silueta. El peinado era un logro: la masa de cabellos rojos había sido cardada, moldeada, ondulada, hasta convertirse en una arrogante maravilla de móviles curvas. Se había pintado los labios primorosamente con carmín oscuro; el iris de sus ojos era de un azul frágil y delicado, como de ojos de porcelana. Era una criatura de absoluta belleza, una belleza infinitamente delicada, perfecta, que fluía armónicamente desde el complicado peinado hasta los pies pequeños y finos.

Pensaba en lo que diría aquella noche de fiesta, ya vagamente encantada por los ecos de risas altas y sofocadas, el rumor de pasos furtivos y el ajetreo de parejas escaleras arriba y abajo. Hablaría como lo llevaba haciendo desde hacía años —su especialidad: una mezcla de frases hechas y jerga periodística y estudiantil, una mezcolanza muy personal, algo descuidada, levemente provocativa, delicadamente sentimental—. Esbozó una sonrisa al oír que una muchacha, sentada en las escaleras, a su lado, decía:

—No te has enterado ni de la mitad, querida.

Y, mientras sonreía, el enfado desapareció por un instante, y, cerrando los ojos, aspiró una profunda bocanada de placer. Dejó caer los brazos hasta rozar apenas la vaina lisa y brillante que protegía e insinuaba su figura. No había sentido nunca con tanta intensidad su propia tersura, ni había disfrutado tanto con la blancura de sus propios brazos. «Huelo bien —se dijo candorosamente, y entonces tuvo otra idea—: He nacido para el amor».

Le gustó cómo sonaban estas palabras y volvió a decirlas para sí; y entonces, consecuencia inevitable, se dejó llevar por las recientes fantasías sobre Gordon. Aquel capricho de la imaginación que, dos horas antes, le había revelado un deseo imprevisto de volverlo a ver, parecía haberla conducido hasta este baile, a esta hora.

A pesar de su resplandeciente belleza, Edith era una chica seria y reflexiva. Tenía algo de aquel deseo de pensar las cosas, de aquel idealismo adolescente que había convertido a su hermano en socialista y pacifista. Henry Bradin había abandonado Cornell, donde había sido profesor de Economía, y se había ido a Nueva York para recomendar efusivamente la ultimísima panacea para males incurables desde las columnas de un semanario radical.

Edith, menos fatua, se hubiera contentado con curar a Gordon Sterrett. Tenía Gordon cierta debilidad de carácter de la que ella quería ocuparse; existía en él cierta indefensión, y ella quería protegerlo. Necesitaba además a alguien que la conociese desde hacía tiempo, alguien que la quisiera desde hacía mucho. Estaba un poco cansada; quería casarse. De un paquete de cartas, de una docena de fotografías, de otros tantos recuerdos y de su cansancio había surgido la decisión de que la próxima vez que viera a Gordon sus relaciones iban a cambiar. Diría cualquier cosa con tal de cambiarlas. Ahora tenía ante sí aquella noche. Era su noche. Todas las noches eran suyas.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un solemne estudiante de primero que, con aire ofendido, nervioso y formal, se presentó ante Edith y la saludó con insólita y excesiva reverencia. Era el hombre con el que había venido al baile, Peter Himmel. Alto, divertido, con gafas de carey y

un aire de atractiva extravagancia. De repente se dio cuenta de que aquel hombre no le gustaba, quizá porque no había conseguido besarla.

—Bueno —comenzó Edith—, ¿todavía estás enfadado conmigo?

—En absoluto.

Dio un paso y lo cogió del brazo.

—Lo siento —dijo con dulzura—. No sé por qué te rechacé de esa manera. Estoy de muy mal humor esta noche, no sé por qué extraña razón. Lo siento.

—Vale —masculló—, no hablemos más del asunto.

Se sentía desagradablemente incómodo. ¿Le estaba restregando Edith su reciente fracaso?

—Ha sido un error —continuó Edith, siempre en aquel tono deliberadamente dulce—. Los dos debemos olvidarlo.

Peter la odió.

Minutos después se deslizaban sobre la pista mientras, entre suspiros y balanceos, los doce músicos de la orquesta de jazz especialmente contratada para la ocasión hacían saber a la atestada sala de baile que «si un saxofón y yo nos quedamos solos, no importa: dos son compañía».

Un hombre con bigote relevó a su pareja.

—Hola —saludó con tono de reproche—. ¿No te acuerdas de mí?

—No puedo acordarme de tu nombre —dijo Edith con desenvoltura—, pero te conozco perfectamente.

—Te conocí en... —su voz se apagó desconsolada cuando un hombre muy rubio se la arrebató de los brazos. Edith murmuró un convencional «gracias, luego bailamos otra vez» a aquel inconnu.

El hombre muy rubio insistió en que se estrecharan la mano con entusiasmo. Ella lo catalogó como uno de los muchos Jim que conocía, el apellido era un misterio. Recordó incluso que bailaba con un ritmo particular y, mientras daban los primeros pasos, comprobó que tenía razón.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo? —le susurró, confidencial.

Ella se separó un poco y lo miró.

—Un par de semanas.

—¿Dónde te alojas?

—En el Biltmore. Llámame algún día.

—Por supuesto —le aseguró—. Te llamaré. Iremos a merendar.

—Estupendo... Llámame.

Un hombre moreno la invitaba ahora con suma formalidad.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —dijo gravemente.

—Yo diría que sí. Te llamas Harlan.

—No, no. Barlow.

—Bueno, sabía que era un apellido de dos sílabas. Eres el chico que tocó tan bien el ukelele en la fiesta de Howard Marshall.

—Yo tocaba, pero no...

Lo relevó un hombre de prominente dentadura. Edith inhaló una ligera nube de whisky. Le gustaba que los hombres hubieran bebido: entonces eran mucho más alegres, más atentos y lisonjeros, y era más fácil hablar con ellos.

—Me llamo Dean, Philip Dean —dijo alegremente—. Sé que no te acuerdas de mí, pero venías mucho a New Haven con mi compañero de habitación en el último curso, Gordon Sterrett. Edith alzó rápidamente los ojos.

—Sí, lo acompañé dos veces..., al gran baile de los veteranos y al baile de los novatos.

—Lo has visto, ¿no? —dijo Dean despreocupadamente—. Está aquí esta noche. Lo he visto hace un minuto.

Edith se sobresaltó, aunque sabía perfectamente que Gordon estaría allí.

—No, no lo he visto...

Un pelirrojo gordo se la quitó de los brazos a Dean.



—Hola, Edith —comenzó.

—Ah, sí, hola...

Edith resbaló, dio un ligero traspié.

—Lo siento, querido —murmuró mecánicamente.

Había visto a Gordon, un Gordon muy pálido, indiferente, apoyado en el quicio de la puerta, fumando y mirando hacia la sala de baile. Edith pudo observar que tenía el rostro afilado y pálido, que le temblaba la mano con que se llevaba el cigarrillo a los labios. Ahora bailaban muy cerca de él.

—Invitan a tantos que no son compañeros, que ya no sabes... —estaba diciendo aquel retaco.

—Hola, Gordon —saludó Edith por encima del hombro de su pareja. El corazón le latía con violencia.

Los grandes ojos negros de Gordon estaban fijos en ella. Él dio un paso en su dirección, pero en ese momento su pareja la obligó a girar y Edith volvió a escuchar su tono quejumbroso.

—Aunque la mitad no tiene pareja y beben de más y se van pronto, así que...

Y entonces oyeron una voz, muy baja, a su lado: —¿Me permites, por favor?

De pronto estaba bailando con Gordon: la rodeaba con un brazo; sentía cómo la estrechaba espasmódicamente; sentía en la espalda la mano abierta de Gordon. La otra mano apretaba su mano, que sostenía el pañuelo de encaje. —Ah, Gordon. —Hola, Edith.

Volvió a resbalar, y al intentar bruscamente mantener el equilibrio su cara rozó el tejido negro del esmoquin de Gordon. Lo quería, sabía que lo quería. Luego callaron durante un minuto, y una extraña sensación de inquietud la invadió. Algo no iba bien.

De repente el corazón le dio un vuelco: se dio cuenta de lo que sucedía. Gordon daba lástima, estaba triste, algo borracho y terriblemente cansado.

—Oh... —gimió Edith involuntariamente. Notó, mientras Gordon la miraba, que tenía los ojos inyectados en sangre, desorbitados.

—Gordon —murmuró—, deberíamos sentarnos; quiero sentarme.

Estaban casi en el centro de la pista, pero había visto a dos hombres que se le acercaban desde puntos opuestos de la sala, así que se detuvo, cogió la mano sin vida de Gordon y lo guió a trompicones a través de la multitud, apretando fuerte los labios, pálida bajo el maquillaje, los ojos temblorosos de lágrimas.

Encontró un sitio en lo más alto de las escaleras alfombradas, y Gordon se sentó pesadamente a su lado.

—Bueno —empezó, mirándola con ojos inseguros—, me alegro mucho de verte, Edith.

Lo miró sin responderle. El efecto que le producía aquello era inconmensurable. A lo largo de los años había visto a hombres en distintos grados de embriaguez, desde familiares honorables a chóferes, y sus sentimientos habían variado desde la risa a la repugnancia, pero ahora, por primera vez, experimentaba una emoción nueva: un horror indescriptible.

—Gordon —dijo con tono acusador, casi llorando—, tienes una pinta horrorosa.

Gordon asintió.

—He tenido problemas, Edith.

—¿Problemas?

—Problemas de todas clases. No le cuentes nada a mi familia, pero estoy hecho pedazos. Soy un desastre.

Le colgaba el labio inferior. Parecía no verla.

—¿No puedes...? ¿No puedes...? —Edith titubeaba—. ¿No puedes contarme lo que te pasa, Gordon? Siempre me he interesado por ti.

Se mordió el labio. Había intentado decirle algo más profundo, pero descubrió que no podía.

Gordon movió la cabeza desmañadamente.

—No te lo puedo contar. Tú eres buena. No le puedo contar lo que ha pasado a una mujer buena.

—Tonterías —dijo Edith, desafiante—. Considero un perfecto insulto llamar a alguien mujer buena de ese modo. Es una ofensa. Gordon, has estado bebiendo.

—Gracias —inclinó la cabeza solemnemente—. Gracias por la información.

—¿Por qué bebes?

—Porque me siento totalmente infeliz.

—¿Y piensas que bebiendo van a ir mejor las cosas?

—¿Qué estás haciendo? ¿Intentando reformarme?

—No; estoy intentando ayudarte, Gordon. ¿No puedes contarme lo que te pasa?

—Me he metido en un lío horrible. Lo mejor para ti es hacer como si no me conocieras.

—¿Por qué, Gordon?

—Siento haberte sacado a bailar. Ha sido una deslealtad. Tú eres pura y todo eso... Bueno, voy a buscar a alguno que baile contigo.

Se puso de pie con dificultad, pero Edith alargó la mano y lo obligó a sentarse de nuevo a su lado en las escaleras.

—Quédate aquí, Gordon, no seas ridículo. Me estás haciendo daño. Te comportas como... como un loco.

—Estoy de acuerdo. Soy un loco. Tengo algo que no funciona, Edith. Hay algo que he perdido. No importa.

—Sí que importa. Cuéntamelo.

—Sólo es eso. Siempre he sido raro, un poco diferente de los otros chicos. En la universidad todo iba bien, pero ahora no. Algo se ha ido desprendiendo dentro de mí desde hace cuatro meses, como los broches de un vestido, y está a punto de caerse en cuanto se suelten unos broches más. Me estoy volviendo loco.

La miró a los ojos y se echó a reír, y Edith se separó de él.

—¿Cuál es el problema?

—Soy yo —repitió—. Me estoy volviendo loco. Es como si estuviera soñando que estoy aquí: en el Delmonico...

Mientras hablaba, Edith se dio cuenta de que había cambiado por completo. Ya no era ingenioso, alegre, despreocupado: estaba aletargado, dominado por la apatía y el desaliento. Sintió repugnancia seguida por una vaga y sorprendente impresión de aburrimiento. La voz de Gordon parecía surgir de un vacío inmenso.

—Edith —decía—, yo me creía inteligente, con talento, un artista. Ahora sé que no soy nada. No sé dibujar, Edith. No sé por qué te cuento esto.

Edith asintió, ausente.

—No sé dibujar, no sé hacer nada. Soy más pobre que las ratas —se reía con fuerza y amargura—. Me he convertido en un maldito mendigo, una sanguijuela para mis amigos. Soy un fracaso, pobre como el demonio.

El asco de Edith iba en aumento. Apenas si asintió esta vez, esperando la primera ocasión para levantarse.

De pronto los ojos de Gordon se llenaron de lágrimas. —Edith —dijo, volviéndose hacia ella y haciendo todo lo posible por dominarse—, no sabes lo que significa para mí saber que hay alguien a quien todavía le intereso.

Fue a acariciarle la mano, pero Edith la retiró sin querer. —Es muy noble de tu parte —insistió Gordon. —Bueno —dijo Edith lentamente, mirándolo a los ojos—, es agradable encontrarse con un viejo amigo, pero me duele verte en este estado, Gordon.

Hubo un silencio mientras se miraban, y la momentánea ilusión se esfumó de los ojos de Gordon. Edith se levantó y siguió mirándolo, sin expresión alguna en el rostro.

—¿Bailamos? —sugirió fríamente.

«El amor es frágil —estaba pensando Edith—, pero quizá se salvan los pedazos, las cosas que se quedan en los labios, que hubieran podido ser dichas. Las nuevas palabras de amor, la ternura que hemos aprendido, son tesoros para el próximo amante».

V.

Peter Himmel, el acompañante de la encantadora Edith, no estaba acostumbrado a los desaires; si alguien lo despreciaba, se sentía dolido y desconcertado, y avergonzado de sí mismo. Hacía un par de meses que mantenía una relación muy especial con Edith Bradin, y, sabiendo que la única excusa y razón para ese tipo de relaciones es su futura cotización como relación sentimental, se había sentido totalmente seguro del terreno que pisaba. En vano buscaba el motivo de por qué Edith había reaccionado de aquella manera por culpa de un simple beso.

Así que cuando, mientras bailaban, el tipb del bigote le quitó a Edith de los brazos, Peter salió al vestíbulo y, formulando una frase, se la repitió a sí mismo varias veces. Considerablemente censurada,

decía así:

«Bueno, si alguna vez ha existido una chica que le haya ido dando esperanzas a un hombre para luego quitárselo de encima, ésa es Edith, así que no se quejará mucho si me largo y cojo una buena borrachera.»

Atravesó el comedor y entró en una sala contigua que había descubierto al principio de la noche. En aquella habitación había varias soperas para el ponche flanqueadas por muchas botellas. Se sentó junto a la mesa de las botellas.

Después del segundo whisky con soda, el aburrimiento, el asco, la monotonía del tiempo, la turbiedad de los acontecimientos, todo se hundió en un confuso trasfondo ante el que brillaban telarañas. Las cosas, reconciliadas consigo mismas, permanecían tranquilas en los estantes; los problemas de aquel día se alinearon en perfecta formación y, obedeciendo una brusca orden de Peter, rompieron filas y desaparecieron. Y con el alejamiento de las preocupaciones se impuso una simbología luminosa y cautivadora. Edith se convirtió en una chica caprichosa, insignificante, a quien no valía la pena tomarse en serio; daba risa. Se adaptó, como una imagen de su sueño, al mundo superficial que se había formado a su alrededor. Y él mismo se convirtió en un símbolo, una especie de juerguista virtuoso, el brillante soñador en acción.

Cuando se disolvió el estado de ánimo simbólico, mientras se bebía el tercer whisky con soda, su imaginación se dejó llevar por aquel bienestar cálido: se sentía como el que se hace el muerto en aguas tranquilas. Fue entonces cuando advirtió que, muy cerca, una puerta tapizada de verde se abría unos centímetros, y que a través de la rendija lo miraban fijamente unos ojos.

—Humm —murmuró Peter plácidamente.

La puerta verde se cerró, luego volvió a abrirse: no más de dos centímetros y medio esta vez.

—Cucú, cucú —murmuró Peter.

La puerta no se movió, y Peter empezó a oír una serie de entrecortados e intermitentes cuchicheos.

—Hay un tío.

—¿Qué hace?

—Nos está mirando.

—Pues sería mejor que se largara. Tenemos que conseguir otra botellita.

Peter escuchaba mientras las palabras calaban en su conciencia.

«Qué cosas más extrañas», pensaba.

Estaba animado. Estaba exultante. Era como si hubiera descubierto un misterio. Fingiendo una calculada indiferencia, se levantó, dio una vuelta a la mesa y, girando rápidamente, abrió de improviso la puerta verde, y el soldado Rose se precipitó en la habitación.

Peter lo saludó con mucha cortesía.

—¿Cómo está usted? —dijo.

El soldado Rose adelantó una pierna, listo para pelear, huir o llegar a un arreglo.

—¿Cómo está usted? —repitió Peter amablemente.

—Muy bien.

—¿Quiere beber algo?

El soldado Rose lo observó con perspicacia, sospechando un posible sarcasmo.

—Estupendo —dijo por fin.

Peter le señaló una silla.

—Siéntese.

—Estoy con un amigo —dijo Rose—; está ahí —señalaba hacia la puerta verde.

—Pues que venga, ¡claro que sí!

Peter atravesó la habitación, abrió la puerta y le dio la bienvenida al soldado Key, que entró receloso, indeciso y con aire de culpa.

Cogieron sillas y se sentaron alrededor del recipiente del ponche. Peter le dio a cada uno un whisky con soda y les ofreció un cigarrillo. Aceptaron con cierta timidez.

—Ahora —continuó Peter con desenvoltura—, ¿puedo preguntarles, señores, por qué prefieren pasar su tiempo libre en un cuarto que, por lo que puedo ver, sólo está amueblado con escobas? Y, dado que la raza humana ha progresado hasta el punto de fabricar 17.000 sillas al día, excepto los domingos... —se interrumpió un instante. Rose y Key lo miraban boquiabiertos—. ¿Les importaría decirme —continuó Peter— por qué han decidido sentarse sobre objetos que tienen como fin el transporte de agua de un lugar a otro?

En este punto Rose contribuyó a la conversación con un gruñido.

—Y, por último —concluyó Peter—, ¿podrían decirme por qué, si se encuentran en un edificio extraordinariamente engalanado con enormes candelabros, prefieren pasar las horas de la noche a la luz de una anémica bombilla?

Rose miró a Key; Key miró a Rose. Se echaron a reír, se morían de risa: descubrieron que era imposible mirarse sin reír. Pero no se reían con aquel hombre, se reían de él. Creían que un hombre que hablaba de aquella manera sólo podía estar furiosamente borracho o ser un loco furioso.

—Vosotros habéis estudiado en Yale, supongo —dijo Peter, bebiéndose el whisky y preparándose otro.

Volvieron a reír a carcajadas.

—¡Ca!

—¿No? Creía que habíais estudiado en la sección inferior de la universidad, en la Escuela Técnica Sheffield.

—¡Ca!

—Bueno, es una lástima. Seguro que sois estudiantes de Harvard que queréis manteneros de incógnito en este paraíso azul violeta, como dicen los periódicos.

—¡Ca! —dijo Key desdeñosamente—. Sólo estábamos aquí esperando a uno.

—¡Ah! —exclamó Peter, levantándose y llenándoles las copas—. Muy interesante. Tenéis una cita con una limpiadora, ¿no?

Lo negaron indignados.

—Vale, vale —los tranquilizó Peter—, no os disculpéis. Una limpiadora vale tanto como cualquier mujer. Kipling lo dice: cualquier dama es igual que Judy O'Grady bajo la piel.

—Evidentemente —dijo Key, guiñándole el ojo a Rose sin disimulo.

—Mi caso, por ejemplo —continuó Peter, vaciando el vaso—. Tengo arriba una amiga que es una consentida. La chica más consentida que conozco. No quiere darme un beso, quién sabe por qué. Ha hecho lo posible por hacerme creer que le encantaría que la besara, y luego... ¡zas! Me ha dejado. ¿Adonde va a ir a parar la nueva generación?

—Eso es mala suerte —dijo Key—, una mala suerte terrible.

—¡Vaya, vaya! —dijo Rose.

—¿Otra copa? —dijo Peter.

—Nos metimos en una especie de pelea —dijo Key después de un momento de silencio—, pero había que ir muy lejos.

—¿Una pelea? ¡Eso está bien! —dijo Peter, y volvió a sentarse tambaleándose—. ¡Hay que pegarles a todos! He estado en el ejército —Era con un bolchevique.

—¡Eso está bien! —exclamó Peter entusiasmado—. ¡Eso es lo que yo digo! ¡Hay que matar a los bolcheviques! ¡Exterminarlos!

—¡Somos americanos! —dijo Rose, con vigoroso y desafiante patriotismo.

—Desde luego —dijo Peter—. La mejor raza del mundo ¡Todos somos americanos! Tomemos otra copa.

Se la tomaron.

VI.

A la una, una orquesta especial, especial incluso en una noche de orquestas especiales, llegó al Delmonico, y sus miembros, sentándose arrogantemente alrededor del piano, asumieron la tarea de abastecer de música al club de estudiantes Gamma Psi. Estaban dirigidos por un famoso flautista, célebre en toda Nueva York por la proeza de bailar el shimmy cabeza abajo, marcando el ritmo con los hombros, mientras tocaba el jazz más de moda con la flauta. Durante su actuación apagaban las luces, exceptuando un foco que iluminaba al flautista y un haz de luz móvil que proyectaba sombras parpadeantes y colores cambiantes y caleidoscópicos sobre la multitud de bailarines.

Edith había bailado hasta caer en ese estado de cansancio y ensueño típico de las debutantes en sociedad, un estado equivalente a la sensación de bienestar de un alma noble después de algunos whiskys con soda. Sus pensamientos se dejaban llevar por el calor de la música; sus compañeros de baile se alternaban con una irrealidad de fantasmas bajo la oscuridad moviediza y llena de color, y en el estado de coma en que se encontraba parecía que habían pasado días y días desde el inicio del baile. Había hablado de muchas cosas fragmentarias con muchos hombres. La habían besado una vez y se le habían declarado seis veces. En las primeras horas de la fiesta algunos estudiantes de los primeros cursos habían bailado con ella, pero ahora, como todas las chicas más admiradas del baile, tenía su propio círculo, es decir, media docena de jóvenes galantes que bailaban sólo con ella o alternaban sus encantos con los de alguna otra belleza escogida. Se la quitaban de los brazos unos a otros constante e inevitablemente.

Había visto a Gordon varias veces: había permanecido sentado mucho rato en la escalera con la cabeza entre las manos, los ojos vacíos y fijos en un punto indeterminado de la pista de baile. Parecía muy triste y muy borracho. Pero Edith se apresuraba a mirar a otra parte. Parecía que todo había pasado hacía mucho; ahora su mente estaba inactiva, sus sentidos se arrullaban en un trance parecido al sueño; sólo bailaban sus pies, y su voz continuaba diciendo cosas sin importancia, brumosa y sentimental.

Pero Edith no estaba tan cansada como para ser incapaz de sentir indignación moral cuando Peter Himmel le pidió a su pareja que se la cediera, sublime y felizmente borracho. Lo miró y exclamó con asombro.

—¡Pero Peter!

—Estoy un poco bebido, Edith.

—Eres un encanto, Peter, de verdad. ¿No te parece un modo repugnante de comportarte cuando estás conmigo?

Entonces no tuvo más remedio que sonreír, porque Peter la miraba con un sentimentalismo solemne que alternaba con sonrisas tontas y espasmódicas.

—Querida Edith —comenzó con la mayor seriedad—, sabes que te quiero, ¿verdad?

—Suená bien.

—Te quiero, y sólo quisiera que me besaras —añadió con tristeza.

Su turbación, su vergüenza, habían desaparecido. Edith era la muchacha más bella del mundo. La de ojos más bellos, como las estrellas del cielo. Quería pedirle perdón —primero, por haber intentado besarla; segundo, por haber bebido—, pero se había echado atrás al pensar que Edith estaba enfadada con él.

El gordo pelirrojo los separó, y le dedicó a Edith una sonrisa radiante.

—¿Has venido con alguien? —le preguntó Edith.

No. El gordo pelirrojo no tenía pareja.

—Bien... ¿Te molestaría...? ¿No sería un fastidio demasiado grande para ti... acompañarme a casa esta noche? —esta extrema timidez era una afectación encantadora por parte de Edith: sabía que el gordo pelirrojo se derretiría inmediatamente en un paroxismo de placer.

—¿Molestarme? Dios mío, será un placer. Lo sabes, será un auténtico placer.

—¡Millones de gracias! Eres verdaderamente amable.

Miró rápidamente el reloj. Era la una y media. Y, mientras se decía «la una y media», le vino vagamente a la memoria que su hermano le había dicho en la comida que trabajaba en el periódico hasta la una y media cada noche.

Edith se volvió hacia su pareja ocasional.

—¿A qué calle da el Delmonico?

—¿Calle? A la Quinta Avenida, claro.

—Quiero decir a qué calle transversal.

—Ah, sí, un momento... A la calle 44.

Era tal como había pensado. El periódico de Henry debía de estar al otro lado de la calle, a la vuelta de la esquina, y se le ocurrió inmediatamente que podría hacer una escapada y sorprenderlo, aparecérselo de pronto, trémula maravilla en su nueva capa escarlata, y alegrarle un poco la noche. Era exactamente el tipo de cosas que a Edith le divertía hacer, algo desenfadado y original. La idea cuajó y absorbió su imaginación, y, tras un instante de duda, Edith se decidió.

—Mi peinado está a punto de desmoronarse —dijo amable mente a su pareja—. ¿Te importaría que fuera a arreglarme un poco?

—En absoluto.

—Eres un encanto.

Pocos minutos después, envuelta en la capa de seda escarlata, Edith bajaba volando por la escalera de servicio, con las mejillas encendidas por el nerviosismo de la pequeña aventura. Pasó junto a una pareja parada en la puerta —un camarero de mentón huidizo y una joven demasiado maquillada, que discutían acaloradamente— y abriendo la puerta de la calle se adentró en la cálida noche de mayo.

## VII.

La joven que usaba demasiado maquillaje la siguió con una mirada fugaz y resentida; luego se volvió hacia el camarero de mentón huidizo y siguió discutiendo.

—Debería subir y avisarle de que estoy aquí —dijo en tono de desafío—; si no, subiré yo misma.

—¡Usted no sube! —dijo George con dureza.

La muchacha sonrió con aire burlón.

—¿Que no? ¿Que no subo? Déjeme que le diga: conozco a muchos estudiantes, y muchos más de los que usted ha visto en su vida me conocen a mí, y todos estarían contentísimos de acompañarme a una fiesta.

—Puede ser...

—Puede ser... —lo interrumpió—. Todo es perfecto para las que son como esa que acaba de salir corriendo, sabe Dios adonde; para esas que están invitadas y pueden entrar y salir cuando les dé la gana; pero si yo quiero hablar con un amigo, entonces mandan a un camarero de tres al cuarto, que lo mismo corta jamón que te sirve un bollo, para que no me deje entrar.

—Oiga —dijo el mayor de los Key con indignación—, puedo perder mi trabajo. Puede que ese tipo del que usted habla no quiera verla.

—Claro que quiere verme.

—Además, ¿cómo podría yo encontrarlo entre tanta gente?

—Lo encontrará —le aseguró, llena de confianza—. Sólo tiene que preguntarle a cualquiera por Gordon Sterrett, y le dirán quién es. Esos tipos se conocen todos entre sí —abrió el bolso, sacó un dólar y se lo dio a George—. Aquí tiene —dijo—, una propina. Búsquelo y déle mi recado. Dígame que si no está aquí dentro de cinco minutos subiré yo.

George movió la cabeza con pesimismo, reflexionó un momento sobre el asunto, titubeó, desesperado, y se fue.

Antes de que terminara el plazo fijado, Gordon bajaba las escaleras. Estaba más borracho que al principio de la fiesta, y de un modo distinto. El alcohol parecía haberse solidificado a su alrededor como una costra. Se movía pesadamente, tambaleándose, y hablaba con poca coherencia.

—Hola, Jewel —dijo con voz espesa—. He venido rápido. Jewel, no he conseguido el dinero. He hecho lo que he podido.

—¡Nada de dinero! —soltó bruscamente—. No te has acercado a mí desde hace diez días. ¿Qué pasa?

Gordon movió la cabeza lentamente.

—He estado muy deprimido, Jewel. Enfermo.

—¿Por qué no me lo dijiste, si estabas malo? Ese dinero no me importa tanto. No empecé a fastidiarte con eso hasta que tú empezaste a darme de lado.

Movió de nuevo la cabeza.

—No te he dado de lado, jamás.

—¡No me has dado de lado! No te acercas a mí desde hace tres semanas, a no ser que estuvieras tan borracho como para no saber lo que hacías.

—He estado enfermo, Jewel —repitió mirándola con ojos cansados.

—Estás lo bastante bien para venir a divertirme con tus amigos de la alta sociedad. Me dijiste que nos veríamos para cenar, que tendrías algún dinero para mí. Ni siquiera te has molestado en llamarme por teléfono.

—No pude conseguir el dinero.

—¿No te he dicho que eso no importa? Yo quería verte, Gordon, pero parece que tú prefieres a otra.

Lo negó con amargura.

—Entonces coge tu sombrero y vente conmigo —le propuso Jewel.

Gordon titubeó, pero Jewel se le acercó de repente y le rodeó el cuello con los brazos.

—Vente conmigo, Gordon —dijo, casi en un susurro—. Vamos a beber algo al Devineries, y luego podemos subir a mi apartamento.

—No puedo, Jewel...

—Claro que puedes —dijo Jewel con ardor.

—¡Estoy peor que un perro!

—Bueno, entonces no puedes quedarte aquí a bailar.

Miró a su alrededor con una mezcla de alivio y desesperación, titubeando; entonces, de pronto, Jewel lo atrajo hacia sí y lo besó con labios suaves, carnosos.

—Vale —dijo de mala gana—, voy por mi sombrero.

## VIII.

Cuando Edith salió al azul claro de la noche de mayo encontró la avenida desierta. Los escaparates de los grandes almacenes estaban apagados; cubrían las puertas grandes máscaras de hierro que las convertían en tumbas tenebrosas para el esplendor de la última luz del día. Mirando hacia la calle 42 vio el multicolor contorno difuminado de los anuncios luminosos de los restaurantes abiertos durante toda la noche. Sobre la Sexta Avenida el ferrocarril elevado, una llamarada, atravesó la calle entre los haces de luz paralelos de la estación y se perdió en la fría oscuridad. Pero en la calle 44 reinaba el silencio.

Abrigándose con la capa, Edith cruzó corriendo la avenida. Se estremeció espantada cuando un hombre solo pasó a su lado y le dijo en un susurro ronco: «¿Adonde corres, niña?». Le recordó una noche de su niñez en que había dado un paseo en pijama cerca de casa y un perro le había aullado desde un patio trasero grande y misterioso.

Un minuto después había alcanzado su destino, un edificio de dos pisos, relativamente viejo, en la calle 44: en las ventanas superiores detectó con alivio un destello de luz. Había suficiente luz en la calle para que pudiera leer el anuncio de la ventana: el *New York Trumpet*. Se adentró en un oscuro vestíbulo y un segundo después vio las escaleras en un rincón.

Ahora estaba en una habitación amplia y baja, amueblada con escritorios, de cuyas paredes colgaban páginas de periódico. Sólo había dos personas. Estaban sentadas en extremos opuestos de la habitación: llevaban visera verde y escribían a la luz de una solitaria lámpara de mesa.

Se quedó un momento indecisa en la entrada, y luego los dos hombres se volvieron simultáneamente y Edith reconoció a su hermano. —¡Edith!

Se levantó inmediatamente y se acercó a ella sorprendido, quitándose la visera. Era alto, delgado y moreno, con ojos negros y penetrantes detrás de unas gafas muy gruesas, unos ojos extraviados que parecían siempre fijos sobre la cabeza de la persona con quien estaba hablando.

Le puso las manos en los brazos y la besó en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, un poco alarmado.

—Estaba en un baile aquí enfrente, en el Delmonico, Henry —dijo, exaltada—, y no he podido resistir la tentación de escaparme un momento y venir a verte.

—Me alegra que lo hayas hecho —la alarma dejó paso enseguida a su habitual aire distraído—. Pero no deberías andar por ahí sola de noche, ¿no?

El hombre que había en el otro extremo de la habitación los había estado mirando con curiosidad, y se acercó cuando Henry le hizo una señal. Era gordo y fofo, con ojillos risueños, y, después de quitarse el cuello de la camisa y la corbata, daba la impresión de ser un agricultor del Medio Oeste un domingo por la tarde.

—Te presento a mi hermana —dijo Henry—. Ha venido a hacerme una visita.

—Encantado —dijo el gordo, sonriendo—. Mi nombre es Bartholomew, señorita Bradin. Sé que su hermano lo olvidó hace tiempo.

Edith rió por cortesía.

—Bueno —continuó—, no tenemos precisamente unas instalaciones maravillosas, ¿no?

Edith observó la habitación.

—Parecen muy agradables —contestó—. ¿Dónde guardan las bombas?

—¿Las bombas? —repitió Bartholomew, riendo—. Tiene gracia... las bombas. ¿La has oído, Henry? Quiere saber dónde guardamos las bombas. Oye, tiene gracia.

Edith se sentó sobre un escritorio vacío balanceando las piernas. Su hermano cogió una silla, a su lado.

—Bueno —le preguntó con aire distraído—, ¿qué te ha parecido Nueva York esta vez?

—No está mal. Me quedaré en el Biltmore con los Hoyt hasta el domingo. ¿Te vienes a comer mañana?

Henry lo pensó un momento.

—Tengo muchas cosas que hacer —objetó—, y no soporto las reuniones de mujeres.

—Vale —asintió Edith, sin enfadarse—, podemos comer juntos, los dos.

—Muy bien.

—Te recogeré a las doce.

Bartholomew quería evidentemente volver a su mesa, pero, al parecer, consideraba poco correcto irse sin una despedida ingeniosa.

—Bueno... —empezó a decir, torpemente.

Los dos se volvieron hacia él.

—Bueno, decía que... hemos pasado un rato emocionante esta tarde.

Los dos hombres se miraron.

—Debería haber venido un poco antes —prosiguió Bartholomew, más animado—. Hemos tenido un auténtico vodevil.

—¿De verdad?

—Una serenata —dijo Henry—. Un montón de soldados se ha congregado en la calle y ha comenzado a gritar contra el periódico.

—¿Por qué? —preguntó Edith.

—Sólo era una masa —dijo Henry, ensimismado—. Las masas tienen que gritar. Es evidente que no los dirigía nadie con un poco de iniciativa, si no, con toda probabilidad, hubieran entrado aquí por ía fuerza y hubieran roto algo.

—Sí —dijo Bartholomew, volviéndose hacia Edith—, debería haber estado aquí.



Pareció pensar que esta intervención valía como despedida, ya que dio bruscamente media vuelta y volvió a su escritorio.

—¿Los soldados están de verdad en contra de los socialistas? —preguntó Edith a su hermano—. Quiero decir si os atacan con violencia y esas cosas.

Henry volvió a ponerse la visera verde y bostezó.

—La humanidad ha progresado mucho —dijo con indiferencia—, pero la mayoría somos salvajes; los soldados no saben lo que quieren, ni lo que odian, ni lo que aprecian. Están acostumbrados a actuar colectivamente, en gran número, y parecen tener que hacer alguna demostración de vez en cuando. Por eso nos han atacado. Ha habido desórdenes en toda la ciudad esta noche. Ya sabes que es Primero de Mayo.

—El alboroto de aquí ¿ha sido algo serio?

—No, nada —dijo con sarcasmo—. Unos veinticinco soldados se pararon en la calle a eso de las nueve, y empezaron a aullarle a la luna.

—Ah —Edith cambió de tema—. ¿Te da alegría verme, Henry?

—Desde luego.

—No lo parece.

—Pues me da alegría.

—Me figuro que piensas que soy una... una fresca. Una especie de mariposona, la peor del mundo.

Henry se rió.

—Nada de eso. Diviértete mientras seas joven. Pero... ¿Es que tengo cara de ser el típico joven serio y mojigato?

—No... —Edith calló un momento—. Pero, no sé por qué, he pensado qué distinta es la fiesta en la que estaba de... de todos tus objetivos. Parece algo... algo incongruente, ¿no? Yo en un baile como ése, y tú, aquí, trabajando por algo que volvería imposibles para siempre ese tipo de fiestas, si tus ideas triunfaran.

—Yo no pienso así. Eres joven, te comportas como te han enseñado a comportarte. Venga... diviértete.

Los pies de Edith, que habían estado balanceándose perezosamente, se detuvieron y su voz bajó un tono.

—Me gustaría... me gustaría que volvieras a Harrisburg, que tú también te divirtieras. ¿Estás seguro de haber elegido bien?

—Las medias que llevas son preciosas —la interrumpió Henry—. ¿De qué diablos están hechas?

—Son bordadas —respondió Edith, bajando la vista—. ¿No son preciosas? —se levantó la falda y descubrió los tobillos delgados y enfundados en seda—. ¿O desapruebas las medias de seda?

Henry pareció perder un poco la paciencia. La miró penetrantemente con sus ojos negros.

—¿Estás sugiriendo que sólo pienso en criticarte, Edith?

—No, claro que no.

Edith calló un momento. A Bartholomew se le había escapado un gruñido. Se volvió y vio que había abandonado su mesa y que estaba junto a la ventana.

—¿Qué pasa? —preguntó Henry.

—Hay gente —dijo Bartholomew, y añadió enseguida—: A montones. Vienen de la Sexta Avenida.

—¿Gente?

El gordo pegó la nariz al cristal.

—¡Soldados, por Dios! —dijo en tono enérgico—. Ya me imaginaba que volverían.

Edith saltó al suelo y fue corriendo a la ventana donde estaba Bartholomew.

—¡Hay muchos! —exclamó, excitada—. ¡Ven, Henry!

Henry se ajustó la visera, pero siguió sentado.

—¿No es mejor que apaguemos la luz? —sugirió Bartholomew.

—No. Se irán dentro de un minuto.

—No se irán —dijo Edith, asomándose a la ventana—. Ni siquiera piensan en la posibilidad de irse. Están llegando más. Mira: una verdadera multitud está doblando la esquina de la Sexta Avenida.

Al resplandor amarillo y entre las sombras azules de las farolas de la calle podía ver que la acera se había llenado de hombres. La mayoría llevaba uniforme: algunos no habían bebido, otros iban entusiastamente borrachos, y sobre todos se extendía un clamor incoherente, un griterío.

Henry se levantó y, al acercarse a la ventana, a la luz de las lámparas de mesa, su sombra se proyectó como una larga silueta. Inmediatamente el clamor se convirtió en un aullido inacabable, y una ruidosa descarga de pequeños proyectiles, pastillas de tabaco, paquetes de cigarrillos, e incluso monedas, cayó contra la ventana. La barahúnda empezó a ascender por las escaleras a medida que iban abriendo las puertas.

—¡Están subiendo! —gritó Bartholomew.

Edith se volvió angustiada hacia Henry.

—¡Están subiendo, Henry!

Los gritos que llegaban del portal se oían ya con claridad.

—¡Malditos socialistas!

—¡Proalemanes! ¡Amigos de los boches!

—¡Al segundo piso! ¡Venga!

—¡Vamos a cargarnos a esos hijos de...!

Los cinco minutos siguientes pasaron como en un sueño. Edith recordaba que el clamor había estallado de golpe sobre los tres como una nube cargada de lluvia, que había un estruendo de muchos pies en las escaleras, que Henry la había cogido del brazo y la había arrastrado al fondo de la oficina. Después la puerta se abrió y una avalancha de hombres irrumpió en la habitación: no los dirigentes, sino sencillamente aquellos que por casualidad ocupaban las primeras filas.

—¡Muy buenas!

—Trabajáis hasta muy tarde, ¿no?

—Tú y tu novia, ¿eh, capullos?

Edith reparó en que dos soldados muy borrachos habían sido arrastrados hasta la primera fila, donde se tambaleaban estúpidamente: uno de ellos era moreno y de baja estatura, el otro era alto, de mentón huidizo.

Henry dio un paso al frente y levantó la mano.

—¡Amigos! —dijo.

El clamor se disolvió en una momentánea tranquilidad, interrumpida por algunos murmullos.

—¡Amigos! —repitió, y sus ojos extraviados miraban más allá de las cabezas de la multitud—. Sólo os hacéis daño a vosotros mismos invadiendo este local esta noche. ¿Tenemos pinta de ser ricos? ¿Parecemos alemanes? Os pido en nombre de la justicia...

—¡Cállate!

—¡Tienes pinta de alemán rico!

—Oye, ¿nos presentas a tu novia, compadre?

Un hombre sin uniforme, que había estado revolviendo los papeles de una mesa, alzó de pronto un periódico.

—¡Aquí está! —gritó—. ¡Quieren que los alemanes ganen la guerra!

Un nuevo tropel empujaba desde las escaleras y de repente la habitación se llenó de hombres que rodeaban al pálido trío, que permanecía al fondo del cuarto. Edith vio que el soldado alto, de mentón huidizo aguantaba en primera fila. El soldado bajo y moreno había desaparecido.

Edith retrocedió un poco, y se detuvo junto a la ventana abierta, por la que entraba el sople limpio del aire frío de la noche.

Entonces la habitación se convirtió en un caos. Se dio cuenta de que los soldados se lanzaban hacia delante, y vio al hombre gordo que blandía una silla sobre la cabeza. De repente la luz se fue, y sintió la presión de cuerpos calientes bajo ropas ásperas, y sus oídos se llenaron de gritos, pisadas y respiraciones agitadas.

Una figura pasó como un rayo junto a ella, como salida de ninguna parte, se tambaleó, se abrió paso de lado, y de repente desapareció irremediablemente por la ventana abierta con un grito aterrorizado y entrecortado que murió *staccato* entre el clamor. A la débil luz de las ventanas encendidas en el edificio de enfrente, Edith tuvo la fugaz impresión de que se trataba del soldado alto, de mentón huidizo.

La ira la invadió de improviso. Agitó los brazos frenéticamente y se abrió paso a ciegas hacia donde la refriega era más reñida. Oía gruñidos, maldiciones, el impacto sordo de los puñetazos.

—¡Henry! —gritó furiosa—. ¡Henry!

Luego, minutos más tarde, tuvo la sensación de que había entrado en la oficina más gente. Oyó una voz profunda, intimidatoria, autoritaria; vio haces de luz amarilla que barrían aquí y allá entre la gresca. Los gritos se hicieron más espaciados. La refriega creció y al poco cesó.

De repente las luces se encendieron: la habitación estaba llena de policías que aporreaban a diestra y siniestra. La voz profunda bramó:

—¡Vamos! ¡Desfilando!

La habitación parecía vaciarse como un fregadero. Un policía, que tenía en un rincón bien agarrada a su presa, la arrojó sobre su adversario, un soldado, y, de un empujón, lo lanzó contra la puerta. La voz profunda insistía. Edith descubrió que provenía de un capitán de la policía con cuello de toro que estaba cerca de la puerta.

—¡Desfilando! ¡Éstas no son maneras! A uno de vuestros camaradas lo han tirado por la ventana, y se ha matado.

—¡Henry! —llamó Edith—. ¡Henry!

Golpeó furiosamente con los puños en la espalda del hombre que tenía delante; se escurrió entre otros dos; peleó, chilló y, a golpes, se abrió paso hasta una figura muy pálida sentada en el suelo junto a un escritorio.

—¡Henry! —exclamó con pasión—. ¿Qué te pasa? ¿Qué te pasa? ¿Te han herido?

Henry tenía los ojos cerrados. Gimió, levantó la vista y dijo con asco:

—Me han roto la pierna. ¡Dios mío! ¡Qué imbéciles!

—¡Desfilando! —gritaba el capitán de policía—. ¡Desfilando!

## IX.

El restaurante Child, en la calle 59, a las ocho de cualquier mañana ni siquiera se diferencia de sus hermanos por el espesor del mármol de las mesas o el grado de limpieza de las sartenes. Veréis allí a una muchedumbre de pobres con los ojos llenos de sueño, intentando clavar la mirada en el plato de comida para no ver a los otros pobres. Pero el Child de la calle 59, cuatro horas antes, es completamente distinto de cualquier otro restaurante Child, desde Portland, en Oregón, a Portland, en Maine. Entre sus paredes descoloridas pero higiénicas, uno encuentra un ruidoso revoltijo de bailarinas, estudiantes de universidad, debutantes en sociedad, calaveras y *filles de joie*: una mezcla no poco representativa de la gente más alegre de Broadway, e incluso de la Quinta Avenida.

En las primeras horas de la mañana del 2 de mayo el restaurante estaba más lleno que de costumbre. Sobre las mesas de mármol se inclinaban las caras excitadas de las chicas a la moda, las *flappers*, hijas de los dueños de las grandes mansiones. Devoraban con avidez y placer galletas y huevos revueltos, hazaña que de ninguna manera hubieran sido capaces de repetir cuatro horas más tarde en el mismo local.

Casi toda la clientela venía del baile de estudiantes del club Gamma Psi en el Delmonico, excepto algunas coristas de una revista nocturna que, sentadas en una mesa lateral, desearían haberse quitado un poco más de maquillaje después de la función. Aquí y allá, una figura triste, como una rata, desesperadamente fuera de lugar, miraba a tanta mariposa con una curiosidad cansada y desconcertada. Pero la figura triste era una excepción. Era la mañana que seguía al Primero de Mayo, y todavía duraba el aire de fiesta.

Gus Rose, sobrio ya, pero aún un poco aturdido, debe ser considerado una de esas figuras tristes. Apenas si podía recordar cómo había llegado desde la calle 44 a la 59 después de la manifestación. Había visto cómo una ambulancia se llevaba el cadáver de Carrol Key, y se había encaminado hacia el centro con otros dos o tres soldados. En algún sitio, entre la calle 44 y la 59,

los otros soldados habían encontrado a unas mujeres y habían desaparecido. Rose había vagabundado hasta Columbus Circle y elegido las luces resplandecientes del Child para satisfacer su apetito de café y rosquillas. Entró y se sentó.

A su alrededor flotaban un parloteo insustancial e intrascendente y risas chillonas. Al principio no conseguía entender nada, pero, después de cinco minutos de confusión, se dio cuenta de que aquéllas eran las secuelas de alguna alegre fiesta. De vez en cuando un joven inquieto y divertido deambulaba fraternal y familiarmente entre las mesas, estrechando manos indiscriminadamente y parándose de vez en cuando para soltar algo chistoso, mientras los camareros, irritados, llevando en alto galletas y huevos, lo maldecían entre dientes y lo empujaban para quitárselo de enmedio. A Rose, sentado a la mesa menos visible y más vacía, la escena le parecía un pintoresco circo de belleza y placeres desenfrenados.

Poco a poco, pasados los primeros momentos, se fue dando cuenta de que la pareja que se sentaba diagonalmente frente a él, de espaldas a todos, no era la menos interesante del local. El hombre estaba borracho. Llevaba esmoquin, la corbata torcida y la camisa arrugada y desarreglada, con salpicaduras de vino y agua. Los ojos, turbios e inyectados en sangre, se movían sin parar de forma antinatural. Le faltaba el aire.

«Ése ha estado de juerga», pensó Rose.

La mujer no había bebido, o casi. Era guapa, con los ojos negros y un intenso color febril en las mejillas, y mantenía los ojos vigilantes y fijos en su pareja, alerta como un halcón. De vez en cuando, se le acercaba y le murmuraba algo con mucha concentración, y el hombre contestaba con una pesada inclinación de cabeza o un guiño singularmente diabólico y repugnante.

Rose los observó detenidamente, atontado, durante algunos minutos, hasta que la mujer le echó una mirada ofendida; dirigió entonces la vista a dos de los noctámbulos que llamaban más la atención por su alegría, que peregrinaban sin fin de mesa en mesa. Sorprendido, reconoció en uno de ellos al joven que tanto, y de manera tan ridícula, le había hecho reír en el Delmonico. Y entonces se acordó de Key con cierto sentimentalismo no exento de respeto y temor. Key estaba muerto. Se había caído desde una altura de nueve metros y se había partido la cabeza como un coco.

«Era un tipo auténtico —pensó Rose funeralmente—. Era un tipo auténtico, sí. Qué mala suerte ha tenido.»

Los dos noctámbulos se acercaron y, entre la mesa de Rose y la de al lado, empezaron a hablarles a amigos y extraños con jovial familiaridad. De pronto Rose vio como el joven rubio de dentadura prominente miraba tambaleándose al hombre y a la chica que tenía enfrente, y empezaba a mover la cabeza con rotundo aire de desaprobación.

El hombre de los ojos inyectados en sangre lo miró.

—Gordy —dijo el noctámbulo de prominente dentadura—, Gordy.

—Hola —dijo con voz espesa el hombre de la camisa manchada de vino.

Dentadura Prominente movió el dedo con aire pesimista frente a la pareja y le echó a la mujer una fría mirada de condena.

—¿Qué te había dicho, Gordy?

Gordon se estremeció en la silla.

—¡Vete al infierno! —dijo.

Dean seguía allí quieto, moviendo el dedo. La mujer empezó a ponerse furiosa.

—¡Lárgate! —gritó, muy irritada—. ¡Estás borracho, borracho perdido!

—Y él —indicó Dean, que seguía moviendo el dedo y ahora señalaba a Gordon.

Peter Himmel se acercó muy despacio, solemne como un buho y proclive a la retórica.

—Vamos a ver —empezó a decir, como si lo hubieran llamado para poner paz en una insignificante pelea de niños—, ¿qué pasa aquí?

—Llévate a tu amigo —dijo Jewel con aspereza—. Nos está molestando.

—¿Cómo dice?

—¡Ya me has oído! —respondió con voz chillona—. He dicho que te llesves al borracho de tu amigo.

Su voz estridente resonó entre el ruido y la confusión del restaurante, y un camarero se acercó corriendo.

—¡Hablen más bajo, oiga!

—Ese tío está borracho —exclamó Jewel—. Nos está insultando.

—Ay, ay, Gordy —insistió el acusado—. ¿Qué te había dicho? —se volvió al camarero—. Gordy y yo somos amigos. He intentado ayudarle, ¿no es así, Gordy?

—¿Ayudarme? ¡Un cuerno!

Jewel se levantó de repente y, cogiendo a Gordon del brazo, lo ayudó a ponerse de pie.

—Vamos, Gordy —dijo, acercándose a él y hablándole casi en un susurro—. Vamonos de aquí. Este está borracho de verdad.

Gordon dejó que le ayudaran a ponerse de pie y se dirigió a la salida. Jewel se volvió un instante y se dirigió al que los obligaba a levantar el vuelo.

—¡Lo sé todo sobre ti! —dijo con fiereza—. ¡Buen amigo estás tú hecho! Gordon me lo ha contado todo.

Entonces se agarró al brazo de Gordon, y juntos se abrieron paso entre los curiosos, pagaron la cuenta y se fueron.

—Tiene que sentarse —le dijo el camarero a Peter en cuanto hubieron salido.

—¿Cómo? ¿Sentarme?

—Sí, o vayase.

Peter se volvió hacia Dean.

—Venga —le propuso—, vamos a darle una paliza a este camarero.

—Eso está hecho.

Avanzaron hacia él con expresión amenazadora. El camarero retrocedió.

De pronto, Peter echó mano a un plato que había en la mesa más próxima, cogió un puñado de albóndigas y las arrojó al aire. Las albóndigas cayeron formando una lánguida parábola, como copos de nieve, sobre la cabeza de los que estaban cerca.

—¡Oiga! ¡Tenga cuidado!

—¡Fuera, fuera!

—¡Siéntate, Peter!

—¡Ya está bien!

Peter, riéndose a carcajadas, hizo una reverencia.

—Gracias por sus amables aplausos, damas y caballeros. Si alguien me da algunas albóndigas más y un sombrero de copa, continuaremos el espectáculo.

El forzudo encargado de la seguridad del local llegó a toda prisa.

—¡Será mejor que se vaya! —le dijo a Peter.

—¡Y un cuerno!

—¡Es mi amigo! —terció Dean, indignado.

Se había congregado un grupo de camareros.

—¡A la calle con él!

—Es mejor que nos vayamos, Peter.

Hubo un forcejeo y los dos fueron arrastrados a empujones hasta la puerta.

—¡Tengo ahí el sombrero y el abrigo! —gritó Peter.

—Venga, vaya a buscarlos, rápido.

El forzudo soltó a Peter, y éste, asumiendo una ridícula expresión de astucia extraordinaria, corrió inmediatamente dos mesas más allá, estalló en carcajadas y les hizo un corte de mangas a los exasperados camareros.

—Creo que me voy a quedar un poco más —anunció.

Comenzó la persecución. Los camareros se dividieron: cuatro por un lado y cuatro por el otro. Dean agarró a dos por la chaqueta, y otra vez forcejearon antes de reemprender la caza de Peter; por fin lo atraparon, después de que hubiera derramado un azucarero y varias tazas de café. Hubo

una nueva discusión en la caja, donde Peter quería que le vendieran una ración de albóndigas para lanzárselas a los policías.

Pero la conmoción de su salida fue inmediatamente empequeñecida por otro fenómeno que provocó miradas de admiración y un largo e involuntario «¡O-o-o-h-h!» en todos los presentes.

La gran cristalera del local era ahora azul, un azul profundo y cremoso, como un claro de luna pintado por Maxfield Parrish: un azul que parecía hacer presión sobre el cristal para penetrar a la fuerza en el restaurante. Despuntaba el alba en Columbus Circle, un alba mágica, llena de expectación, que perfilaba la gran estatua del inmortal Cristóbal, y se confundía, misteriosa y extraña, con las luces eléctricas amarillas del interior, cada vez más tenues.

X.

El señor Entrada y el señor Salida no están en las listas del censo. Los buscaréis en vano en el registro civil, entre las partidas de nacimiento, matrimonio y defunción, y tampoco los encontraréis en la libreta donde lleva las cuentas el tendero. El olvido se los ha tragado y los testimonios sobre su existencia son vagos, inconsistentes, inadmisibles para los tribunales. Sin embargo, sé de buena fuente que durante un breve periodo de tiempo el señor Entrada y el señor Salida vivieron, respiraron, respondieron por su nombre e irradiaron el vivísimo encanto de su personalidad.

Durante el breve curso de su existencia, recorrieron con sus peculiares atuendos la gran autopista de la gran nación: se rieron de ellos, los maldijeron, los persiguieron. Después desaparecieron y de ellos nunca más se supo.

Iban tomando vagamente forma cuando un taxi con la capota bajada atravesó despreocupadamente Broadway a la luz muy suave del amanecer de mayo. En ese coche viajaban las almas del señor Entrada y del señor Salida, comentando con estupor la luz azul que tan bruscamente había coloreado el cielo tras la estatua de Cristóbal Colón, comentando con perplejidad las caras avejentadas y grises de los primeros madrugadores que apenas rozaban la calle como papelillos al aire sobre un lago gris. Estaban de acuerdo en todo: desde lo absurdo del forzudo del Child hasta lo absurdo del oficio de vivir. Los mareaba la extrema y sensiblera felicidad que la mañana había despertado en sus almas entusiastas. Y tan nuevo e intenso era su placer de vivir que sentían necesidad de expresarlo con fuertes gritos.

—¡Hiuuuuu! —ululó Peter, formando un megáfono con las manos, y Dean se unió a él con un grito que, aun siendo tan significativo y simbólico como el otro, debía su resonancia a su absoluta falta de articulación.

—¡Yuhuuuu! ¡Yu-baba!

La calle 53 fue un autobús que transportaba a una belleza morena con el pelo cortado como un chico; la calle 52 fue un barrendero que los esquivó, escapó por los pelos y lanzó un alarido: «¡Mira por donde vas!», con voz dolorida y acongojada. En la calle 50 un grupo de hombres sobre una acera blanquísima, ante un blanquísimo edificio, se volvió hacia ellos y gritó:

—¡Menuda fiesta, chicos!

En la calle 49 Peter le dijo a Dean en tono solemne, entornando sus ojos de buho:

—Espléndida mañana.

—Seguramente.

—¿Desayunamos algo?

Dean estaba de acuerdo, aunque con algún añadido.

—Desayuno y copa.

—Desayuno y copa —repitió Peter, y se miraron, asintiendo—. Es lógico.

Y estallaron en grandes carcajadas.

—¡Desayuno y copa! ¡Cielo santo!

—No existe tal cosa —anunció Peter.

—¿No sirven una cosa así? No importa. Los obligaremos a que nos la sirvan. Recurriremos a la fuerza.

—Recurriremos a la lógica.

El taxi abandonó Broadway de improviso, se adentró en una calle transversal y se detuvo en la Quinta Avenida, ante un edificio que parecía un mausoleo.

—¿Qué pasa?

El taxista los informó de que aquello era el Delmonico.

Era incomprensible. Tuvieron que concentrarse intensamente durante unos minutos, pues si le habían dado aquella dirección al taxista, algún motivo debía de existir.

—Algo de un abrigo... —sugirió el taxista.

Eso era. El abrigo y el sombrero de Peter. Se los había dejado en el Delmonico. Después de haber llegado a tal conclusión, desembarcaron del taxi y se encaminaron tranquilamente hacia la entrada cogidos del brazo.

—¡Eh! —dijo el taxista.

—¿Eh?

—Tienen que pagarme.

Negaron con la cabeza, escandalizados.

—Más tarde; ahora, no. Las órdenes las damos nosotros. Espere.

El taxista protestó: quería su dinero inmediatamente. Con el desdén y la condescendencia de los hombres que ejercen un tremendo esfuerzo para dominarse, le pagaron.

Luego, a tientas, Peter buscó en vano su abrigo y su sombrero en el oscuro y desierto guardarropa del Delmonico.

—Me temo que han volado. Los habrán robado.

—Algún estudiante de Sheffield.

—Con toda probabilidad.

—No importa —dijo Dean con generosidad—. Dejo yo mi abrigo y mi sombrero, y así iremos vestidos igual.

Se quitó el abrigo y el sombrero e iba a dejarlos en la percha cuando dos grandes rectángulos de cartón, colgados de las dos puertas del guardarropa, atraparon y atrajeron su mirada como un imán. El de la puerta de la izquierda lucía, en grandes letras negras, la palabra «Entrada»; y el de la puerta de la derecha ostentaba la no menos contundente «Salida».

—¡Mira! —exclamó lleno de felicidad.

Los ojos de Peter siguieron la dirección que les señalaba el dedo de Dean.

—¿Qué?

—Mira esos carteles. Vamos a cogerlos.

—Buena idea.

—Seguro que, juntos, resultan rarísimos y valiosos. Pueden servirnos.

Peter descolgó el cartel de la izquierda e intentó escondérselo en alguna parte: el asunto entrañaba cierta dificultad porque el cartel era de considerables proporciones. Entonces se le ocurrió una idea, y con aire solemne y misterioso se volvió de espaldas. Al cabo de un instante giró sobre los talones teatralmente y, extendiendo los brazos, se exhibió ante el admirado Dean. Se había prendido el cartel en el chaleco, cubriendo por completo la pechera de la camisa. Era como si la palabra «Entrada» hubiera sido pintada sobre la camisa con grandes letras negras.

—¡Yuhuuu! —gritó con entusiasmo Dean—. El señor Entrada.

Acto seguido, se colgó el cartel de la misma manera.

—¡El señor Salida! —anunció triunfalmente—. El señor Entrada tiene el gusto de conocer al señor Salida.

Dieron un paso al frente y se estrecharon las manos.

Y otra vez se retorcían espasmódicamente vencidos por un ataque de risa.

—¡Yuhuuu!

—Ahora vamos a pegarnos un buen desayuno.

—Venga, vamos, al Commodore.

Cogidos del brazo salieron del Delmonico con pasos decididos, doblaron hacia el este en la calle 44 y se dirigieron hacia el Commodore.

Cuando salían, un soldado bajo y moreno, muy pálido y muy cansado, que deambulaba apáticamente arriba y abajo por la acera, se volvió para mirarlos.

Hizo ademán de dirigirles la palabra, pero, como lo fulminaron inmediatamente con la mirada que se dirige a los desconocidos, esperó a que se alejaran con pasos inseguros calle abajo y los siguió a unos veinte metros de distancia, riéndose para sus adentros y repitiendo a media voz: «¡Vaya, vaya!», con plácida expectación.

El señor Entrada y el señor Salida intercambiaban chistes sobre sus futuros proyectos.

—Queremos una copa; queremos desayunar. No vale una cosa sin la otra. Una e indivisible.

—¡Queremos las dos!

—¡Las dos!

Ya era completamente de día, y los transeúntes empezaban a observar con curiosidad a la pareja. Era evidente que debatían asuntos que los divertían enormemente, pues de cuando en cuando los sacudía un ataque de risa tan violento que, siempre cogidos del brazo, se retorcían entre carcajadas.

Al llegar al Commodore intercambiaron algunos epigramas picantes con el portero, que tenía ojos de sueño, navegaron con algún problema a través de la puerta giratoria y luego cruzaron el vestíbulo, entre un público escaso y sorprendido, hasta el comedor, donde un camarero perplejo les señaló una oscura mesa en un rincón. Estudiaron la carta sin entender absolutamente nada, leyéndose uno al otro los nombres de los platos con un murmullo de perplejidad.

—¿No hay licores? —dijo Peter en tono de reproche. El camarero dejó oír su voz, pero era ininteligible. —Le repito —continuó Peter con paciente tolerancia— que en la carta parece haber una inexplicable y absolutamente repugnante ausencia de licores.

—Oye —le dijo Dean, muy seguro de sí mismo—, deja que yo me ocupe —ahora se dirigía al camarero—: Traiga... Tráiganos... —examinaba la carta con ansiedad—. Tráiganos una botella de champán y... podría ser... un bocadillo de jamón. El camarero parecía titubear.

—¡Sírvanos! —rugieron al unísono el señor Entrada y el señor Salida.

El camarero tosió y desapareció. Mientras esperaban, sin que se dieran cuenta, el camarero mayor los sometía a un atento examen. Entonces llegó el champán y, en cuanto lo vieron, el señor Entrada y el señor Salida se sintieron llenos de júbilo.

—¿Te imaginas que se hubieran negado a servirnos champán para desayunar? ¿Te lo imaginas?

Intentaron imaginarse una posibilidad tan espantosa, pero la hazaña era excesiva para ellos. Era imposible, aunque sumaran su poder de imaginación, concebir un mundo en el que estuviera prohibido desayunar champán. El camarero descorchó la botella con un enorme estruendo y en las copas inmediatamente burbujeó la espuma pálida y dorada.

—A su salud, señor Entrada.

—A la suya, señor Salida.

El camarero se retiró, los minutos pasaron; el nivel del champán bajaba en la botella.

—Es humillante —dijo Dean de repente.

—¿Qué es humillante?

—La idea de que pudieran prohibirnos desayunar champán.

—¿Humillante? —reflexionó Peter—. Sí, ¡ésa es la palabra! Humillante.

Otra vez se morían de risa, ululaban, se tronchaban de risa, se agitaban en sus sillas, repetían la palabra «humillante» una vez y otra vez, y cada repetición parecía volverla más genial, clamorosamente absurda.

Después de aquellos minutos de diversión, decidieron pedir otra botella. El camarero, angustiado, lo consultó a su inmediato superior, y este juicioso personaje dio órdenes terminantes de que no se sirviera más champán. Les llevaron la cuenta.

Cinco minutos después, cogidos del brazo, abandonaban el Commodore y proseguían su camino entre la multitud, que los observaba con curiosidad, por la calle 42 y la avenida Vanderbilt, hasta el Hotel Biltmore. Allí, con inesperada astucia, se pusieron a la altura de las circunstancias y atravesaron el vestíbulo a paso rápido y ceremoniosamente erguidos.



Pero, ya en el comedor, repitieron su actuación. Alternaban risotadas intermitentes y convulsas con repentinas e imprevisibles discusiones sobre política, la universidad y su radiante estado de ánimo. Según sus relojes eran las nueve, y empezó a ocurrírseles la vaga idea de que estaban en una fiesta memorable, una fiesta que recordarían siempre. No se dieron prisa con la segunda botella. Bastaba la sola mención de la palabra «humillante» para que los asfixiaran las carcajadas. El comedor zumbaba y parecía moverse; una curiosa claridad impregnaba y enrarecía el aire pesado.

Pagaron la cuenta y volvieron al vestíbulo.

En aquel preciso momento la puerta principal del hotel giró por enésima vez aquella mañana, dejando entrar a una joven muy pálida, una belleza con ojeras y un vestido de noche muy arrugado. La acompañaba un hombre obeso y vulgar, que evidentemente no era el acompañante adecuado.

Esta pareja se encontró al final de las escaleras con el señor Entrada y el señor Salida.

—Edith —dijo el señor Entrada, acercándosele lleno de alegría y dedicándole una profunda reverencia—. Buenos días, corazón.

El hombre obeso le echó a Edith una mirada interrogativa, como si, pura y simplemente, le pidiera permiso para quitar de en medio sumariamente a aquel individuo.

—Perdona el exceso de confianza —añadió Peter, como si lo hubiera pensado mejor—. Buenos días, Edith.

Cogiéndolo por el codo, obligó a Dean a acercarse.

—Te presento al señor Entrada, Edith: mi mejor amigo. Somos inseparables: el señor Entrada y el señor Salida.

El señor Salida dio un paso al frente e hizo una reverencia: fue tan largo el paso y tan profunda la reverencia que estuvo a punto de acabar en el suelo, y, para mantener el equilibrio, hubo de apoyarse ligeramente en el hombro de Edith.

—Soy el señor Salida, Edith —murmuró muy amable—; el señor Entrada y el señor Salida.

—El Señor Salidentrada —dijo Peter con orgullo.

Pero Edith no los veía, miraba más allá, fijos los ojos en algún punto de la galería superior. Le hizo una señal con la cabeza al hombre obeso, que avanzó como un toro y, con un gesto enérgico y brusco, apartó al señor Entrada y al señor Salida, y Edith y él pasaron por el espacio abierto entre los dos.

Pero diez pasos más allá Edith volvió a detenerse: se detuvo y apuntó con el dedo a un soldado moreno, bajo, que miraba detenidamente a todo el mundo, y, muy en particular, la escena del señor Entrada y el señor Salida, con una especie de terror asombrado y hechizado.

—¡Allí! —exclamó Edith—. ¡Allí está!

Su voz subió de tono y se volvió algo chillona. El dedo acusador temblaba un poco.

—Es el soldado que le ha roto la pierna a mi hermano. Hubo algunas exclamaciones. Un empleado con chaqué abandonó su puesto en el mostrador de recepción y avanzó en estado de alarma; el hombre obeso se lanzó como un rayo contra el soldado bajo y moreno, y todos los que se hallaban en el vestíbulo rodearon al grupo, impidiéndoles la visión al señor Entrada y el señor Salida.

Pero para el señor Entrada y el señor Salida este incidente sólo era un segmento especialmente iridiscente de un mundo zumbante y giratorio.

Oyeron gritos, vieron cómo saltaba el gordo, y de repente la escena se volvió borrosa.

Poco después se encontraban en un ascensor rumbo al cielo.

—¿A qué piso, por favor? —dijo el ascensorista.

—A cualquiera —dijo el señor Entrada.

—Al último piso —dijo el señor Salida.

—Éste es el último piso —dijo el ascensorista.

—Que pongan otro —dijo el señor Salida.

—Más alto —dijo el señor Entrada.

—Al cielo —dijo el señor Salida.

## XI.

En la habitación de un pequeño hotel a pocos pasos de la Sexta Avenida Gordon Sterrett se despertó con la nuca dolorida y sintiendo en cada vena el pulso de la fiebre. Observó las sombras grises y crepusculares en los rincones de la habitación y un agujero en un gran sillón de piel que llevaba en aquella esquina mucho tiempo. Miró la ropa, revuelta, arrugada y tirada en el suelo, y aspiró el olor rancio del humo de los cigarrillos y el olor rancio del alcohol. Las ventanas estaban herméticamente cerradas. El sol, resplandeciente, proyectaba un rayo de luz polvoriento más allá del alféizar de la ventana, un rayo que se partía en la cabecera de la gran cama de madera donde había dormido. Estaba inmóvil, casi en coma, drogado, con los ojos desmesuradamente abiertos, con la mente golpeteando frenéticamente como una máquina sin engrasar.

Debían de haber pasado treinta segundos desde que percibió el rayo de sol polvoriento y el agujero en el sillón de piel, cuando tuvo la sensación de que había algo vivo a su lado; y otros treinta segundos pasaron antes de que se diera cuenta de que estaba casado irrevocablemente con Jewel Hudson.

Salió media hora después y compró un revólver en una tienda de artículos de deporte. Luego fue en taxi a la habitación de la calle 27 Este donde había vivido hasta entonces, y, apoyándose en la mesa sobre la que estaban sus materiales de dibujo, se pegó un tiro en la cabeza justo detrás de la sien.

## El Gominola

*El Gominola fue escrito como continuación de El palacio de hielo. Cuando el Post lo rechazó, Fitzgerald cambió los nombres, pero se negó a darle un final feliz. El cuento apareció en 1920 en el número de octubre del Metropolitan Magazine, como parte de un acuerdo para publicar seis relatos que elevó la cotización de Fitzgerald de 500 a 900 dólares por cuento.*

*Fitzgerald añadió este comentario cuando incluyó El Gominola en Cuentos de la era del jazz:*

*«Ésta es una historia del Sur, que se desarrolla en la pequeña ciudad de Tarleton, en Georgia. Siento un gran afecto por Tarleton, pero, no sé por qué, cada vez que escribo un cuento sobre Tarleton, recibo cartas de todos los puntos del Sur criticándome abiertamente. El Gominola también mereció una buena dosis de cartas reprobatorias.*

*»Este cuento lo escribí en circunstancias extrañas poco después de que se publicara mi primera novela y fue el primer cuento para el que conté con un colaborador. Como vi que no era capaz de resolver el episodio de los dados, se lo pasea mi mujer, quien, como sureña, era presumiblemente una experta en la técnica y la terminología de ese gran pasatiempo de la región.»*

Jim Powell era un gominola. Por mucho que yo quiera convertirlo en un personaje atractivo, creo que sería poco escrupuloso engañaros sobre este punto. Testarudo, gominola de pura cepa en un noventa y nueve y tres cuartos por ciento, había crecido perezosamente durante la estación de los gominolas, que es cada estación, allá en el país de los gominolas, muy al sur de la línea Mason-Dixon.

Hoy día, si llamas gominola a un hombre de Memphis, seguramente se sacará del bolsillo posterior de los pantalones una cuerda larga y resistente para ahorcarte en el palo de telégrafo más próximo. Si llamas gominola a un hombre de Nueva Orleans, puede que sonría burlón y te pregunte quién va a llevar a tu chica al baile del Mardi Gras. El trozo de tierra, tierra de gominolas, que dio a luz al protagonista de esta historia está situado más o menos entre esas dos ciudades: una pequeña ciudad de cuarenta mil habitantes, que dormita profundamente desde hace cuarenta mil años en el sur de Georgia, agitándose entre sueños y murmurando algo sobre una guerra que tuvo lugar una vez, en algún lugar, y que todo el mundo ha olvidado hace ya mucho tiempo.

Jim era un gominola. Lo escribo otra vez porque suena bien, casi como el principio de un cuento de hadas, como si Jim fuera encantador. En cierto modo, la palabra me da su retrato: cara redondeada y apetitosa, de caramelo con forma de alubia, y hojas y verduras que le rebosan fuera de la gorra. Pero Jim era alto y delgado, y andaba inclinado hacia delante, de tanto inclinarse sobre las mesas de billar; y era lo que en el Norte igualitario llamarían un gandul de esquina. Gominola es el nombre que se da en toda la irredenta Confederación a quien pasa la vida conjugando el verbo haraganear en primera persona del singular: yo haraganeó, yo he haraganeado, yo haraganearé.

Jim había nacido en una casa blanca de una esquina verde. Tenía en la fachada cuatro columnas deterioradas por las inclemencias del tiempo, y en la parte posterior, celosías y parras que tejían un alegre fondo para un florido césped bañado de sol. Originariamente, los habitantes de la casa blanca habían sido los propietarios del terreno colindante, y del terreno que colindaba con el colindante, y del terreno de más allá, pero hacía tanto tiempo que incluso el padre de Jim apenas si se acordaba. De hecho, consideraba aquello un asunto de tan mínima importancia que, cuando se estaba muriendo, herido de bala en una pelea, se olvidó incluso de recordárselo al pequeño Jim, que tenía cinco años y estaba terriblemente asustado. La casa blanca se convirtió en una pensión regida por una impenetrable señora de Macón, a quien Jim llamaba tía Mamie y odiaba con toda el alma.

A los quince años, Jim fue al instituto; llevaba el pelo negro desgreñado y le daban miedo las chicas. Detestaba su casa, donde cuatro mujeres y un viejo prolongaban, de un verano a otro, una interminable charla acerca de los terrenos que en sus orígenes formaron la propiedad de los Powell, o sobre de qué tipo de flores era el tiempo. De vez en cuando los padres de las chicas de la ciudad, acordándose de la madre de Jim e imaginando un parecido en los ojos y el pelo, lo invitaban a fiestas, pero en las fiestas descubría su timidez, y prefería sentarse sobre el eje de un coche en el

garaje de Tilly, meciendo el esqueleto o explorándose interminablemente la boca con una largo palillo. Para conseguir algún dinero hacía trabajos esporádicos, y éste fue el motivo de que dejara de ir a las fiestas. En la tercera fiesta la pequeña Marjorie Haight había murmurado indiscretamente, al alcance de sus oídos, que Jim era el chico que a veces traía las verduras. Así que, en vez del *two-step* y la polca, Jim había aprendido a lanzar los dados y conseguir el número que quisiera, y conocía sabrosas historias de todos los jugadores de la región en los últimos cincuenta años.

Cumplió los dieciocho. Estalló la guerra, se alistó en la Marina y limpió barcos en el arsenal de Charleston durante un año. Después, por variar, se fue al Norte y limpió barcos en el arsenal de Brooklyn durante un año.

Quando la guerra terminó, volvió a casa. Tenía veintiún años, los pantalones le quedaban demasiado cortos y demasiado estrechos. Sus botines eran largos y puntiagudos. Su corbata era una alarmante conspiración de púrpura y rosa maravillosamente combinados, y, rematándolo todo, había dos ojos azules desvaídos como trozos de algún viejo tejido de buena calidad expuesto al sol durante mucho tiempo.

Cierta tarde de abril, al anochecer, cuando un gris suave se había derramado sobre los campos de algodón y sobre la ciudad sofocante, Jim era una figura borrosa, apoyada contra una empalizada, silbando y contemplando el halo de la luna sobre las farolas de Jackson Street. Su mente se afanaba obstinadamente en un problema que ocupaba su atención desde hacía una hora. El Gominola había sido invitado a una fiesta.

A la edad en que todos los chicos odiaban a todas las chicas, Clark Darrow y Jim se sentaban juntos en la escuela. Pero, mientras las aspiraciones sociales de Jim se habían extinguido en el aire aceitoso del garaje, Clark se había enamorado y desenamorado, había ido a la Universidad, se había dado a la bebida y la había dejado, y, para no extendernos mucho, se había convertido en uno de los galanes más solicitados en la ciudad. No obstante, Clark y Jim habían conservado una amistad que, aunque se vieran poco, estaba fuera de toda duda. Aquella tarde el viejo Ford de Clark había aminorado su marcha al pasar junto a Jim, que estaba en la acera, y allí, en la calle, Clark lo había invitado a una fiesta en el club de campo. El impulso que lo había movido a hacerlo no fue menos extraño que el que movió a Jim a aceptar la invitación. En el caso de este último, probablemente fue un inconsciente aburrimiento, un tímido espíritu de aventura. Y ahora Jim reflexionaba seriamente sobre el asunto.

Empezó a cantar, zapateando perezosamente con su largo pie sobre un adoquín de la acera, hasta que el adoquín se balanceó al ritmo de la grave y ronca tonada:

*A un kilómetro de casa en la ciudad de los gominolas*

*Vive Jeanne, la reina de los gominolas.*

*Jeanne ama sus dados y sabe tratarlos;*

*no hay dado que le lleve la contraria.*

Jim calló de repente y alborotó la acera con un agitado galope.

—¡Rayos! —dijo entre dientes.

Estarían todos... Toda aquella gente, la gente de toda la vida, a la que, por la casa blanca, vendida hacía mucho tiempo, y el retrato del oficial en uniforme gris sobre la repisa de la chimenea, Jim debería haber pertenecido. Pero aquella gente había crecido junta, en un grupo reducido que se había ido cerrando a medida que las faldas de las chicas se alargaban centímetro a centímetro y los pantalones de los chicos descendían repentinamente hasta los tobillos. Y, para aquella sociedad de mortecinos noviazgos juveniles, en la que todos se llamaban por su nombre de pila, Jim era un intruso, uno que destacaba entre los blancos que no tenían dinero. Casi todos los hombres lo conocían, y lo miraban con aire de superioridad; Jim se llevaba una mano al sombrero para saludar a tres o cuatro chicas. Eso era todo.

Quando el crepúsculo se adensó hasta convertirse en un telón azul para la luna, Jim atravesó la ciudad calurosa, agradablemente acre, hacia Jackson Street. Las tiendas estaban cerrando y los últimos compradores volvían a sus casas, como arrastrados en la rotación de un lento tiovivo soñado. Más lejos, una feria ambulante formaba un luminoso callejón de barracas multicolores y ponía música variada a la noche: una danza oriental brotaba de una flauta, una corneta melancólica

gemía ante la barraca de los monstruos, un organillo interpretaba una alegre versión de *Back Home in Tennessee*.

El Gominola se paró en una tienda y compró un cuello duro. Y luego se fue dando un paseo hasta el bar de Sam, donde encontró aparcados los sempiternos tres o cuatro coches de las tardes de verano y los niños negros de siempre, correteando con helados de frutas y limonadas.

—¡Hola, Jim!

La voz sonó a su lado: Joe Ewing, al volante de un coche, con Marilyn Wade. Nancy Lámar y un desconocido ocupaban el asiento de atrás.

El Gominola se apresuró a tocarse el sombrero.

—¡Hola!... —y luego, tras una pausa casi imperceptible —¿Qué tal?

No se detuvo. Caminó sin prisa hasta el garaje, donde tenía una habitación en el piso de arriba. Le había dicho «¿Qué tal?» a Nancy Lámar, con quien no hablaba desde hacía quince años.

Nancy tenía una boca como el recuerdo de un beso y ojos oscuros y pelo negro azulado que había heredado de su madre, nacida en Budapest. Jim se la cruzaba a menudo por la calle: Nancy andaba con las manos en los bolsillos, como un chico, y Jim sabía que, en compañía de su inseparable Sally Carrol Hopper, había dejado una estela de corazones destrozados desde Atlanta hasta Nueva Orleans.

Por un instante, Jim deseó saber bailar. Luego se echó a reír y, cuando llegó a su puerta, empezó a canturrear entre dientes:

*Lanza los dados y te parte el alma,  
sus ojos son grandes y marrones,  
es la reina de las reinas de los gominolas,  
mi Jeanne de la ciudad de los gominolas.*

II.

A las nueve y media Jim y Clark se encontraron frente al bar de Sam y se encaminaron hacia el club de campo en el Ford de Clark.

—Jim —preguntó Clark con tono indiferente, mientras traqueteaban a través de la noche perfumada de jazmín—, ¿cómo te las arreglas para vivir?

El Gominola lo pensó, antes de responder.

—Bueno —dijo por fin—, tengo una habitación encima del garaje de Tilly. Por las tardes le ayudo algo con los coches, y él me la deja gratis. A veces conduzco uno de sus taxis y gano algo. Me estoy hartando de hacer siempre lo mismo.

—¿Eso es todo?

—Bueno, cuando hay demasiado trabajo le ayudo... los sábados, generalmente... Y luego tengo una fuente principal de ingresos de la que no suelo hablar. Quizá no te acuerdes de que soy algo así como el campeón de los jugadores de dados de la ciudad. Ahora me obligan a lanzarlos con un cubilete, porque en cuanto toco un par de dados, los dados me obedecen.

Clark sonrió con admiración.

—Yo nunca he podido aprender a lanzarlos para que hagan lo que yo quiero. Me gustaría verte jugar con Nancy Lámar algún día y desplumarla. Juega a los dados con los chicos y pierde más de lo que su padre puede darle. Me he enterado de que el mes pasado vendió un anillo para pagar una deuda de juego.

El Gominola no hizo ningún comentario.

—¿La casa blanca de Elm Street sigue siendo tuya?

Jim negó con la cabeza.

—Vendida. A bastante buen precio, si consideramos que ya no está en un buen sitio de la ciudad. El abogado me dijo que invirtiera el dinero en deuda pública. Pero la tía Mamie ha perdido la cabeza, y todos los intereses se van en pagar el sanatorio de Great Farms.

—Ah.

—Tengo un tío en el norte del Estado, y me figuro que podría irme con él si las cosas fueran muy mal. Tiene una bonita granja, pero no los suficientes negros para trabajarla. Me ha pedido que vaya y le ayude, pero no creo que me guste aquello. Demasiado aislado... —calló de repente—. Clark, quiero decirte que te agradezco tu invitación, pero que preferiría que pararas ahora mismo el coche y me dejaras volver a pie a la ciudad.

—¡Mierda! —gruñó Clark—. ¿Por qué te quieres ir? Piénsalo, hombre. No tienes que bailar..., sólo moverte un poco.

—¡Espera! —exclamó Jim, incómodo—. No vayas a presentarme a una chica y dejarme luego allí, solo, para que tenga que bailar con ella.

Clark se echó a reír.

—Porque —continuó Jim, desesperado—, si no me juras que no lo harás, me bajo aquí mismo, y que mis buenas piernas me lleven de vuelta a Jackson Street.

Después de discutir un rato, llegaron al acuerdo de que Jim, lejos de las mujeres, vería el espectáculo desde un sofá, en el rincón más apartado, donde Clark se reuniría con él entre baile y baile.

Así que, a las diez en punto, allí estaba el Gominola: con una pierna encima de la otra y los brazos prudentemente cruzados, intentando aparentar que se encontraba a sus anchas y que, educadamente, los que bailaban no le interesaban lo más mínimo. En el fondo, se debatía dolorosamente entre una arrolladura timidez y una intensa curiosidad por todo lo que sucedía a su alrededor. Vio a las chicas salir una a una de los lavabos de señoras, peinándose y atusándose las plumas como pájaros llamativos, sonriendo por encima del hombro empolvado a sus insoportables madres y tías, lanzando rápidas miradas que abarcaban todo el salón y, al mismo tiempo, captaban la reacción del salón ante su entrada, para inmediatamente, pájaros de nuevo, posarse y anidar en los brazos seguros de sus pacientes acompañantes. Sally Carrol Hopper, rubia de ojos lánguidos, apareció vestida de su rosa preferido, parpadeando como una rosa que acabara de despertarse. Marjorie Haight, Marilyn Wade, Harriet Cary, todas las chicas que había visto perder el tiempo por Jackson Street al mediodía, ahora, con el pelo rizado, un toque de brillantina y delicadamente teñidas por la luz de las lámparas, eran raras y prodigiosas figurillas de porcelana rosa y azul y roja y oro, recién salidas del almacén sin haberse acabado de secar.

Jim llevaba media hora en el sofá, indiferente a las joviales visitas de Clark, siempre acompañadas de un «Qué, amigo, ¿cómo va eso?» y una palmada en la rodilla. Una docena de chicos había hablado con él o se había parado un instante a su lado, pero Jim sabía que se sorprendían de encontrarlo allí, e incluso se le antojó que uno o dos se sentían ligeramente molestos. Pero, a las diez y media, la vergüenza y el ensimismamiento desaparecieron de repente. Lo que veía le cortó la respiración: Nancy Lámar había salido del lavabo de señoras.

Llevaba un vestido amarillo de organdí, lleno de curvas y descaro, con tres filas de volantes y un gran lazo a la espalda: irradiaba un fulgor negro y amarillo, una especie de resplandor fosforescente. Los ojos del Gominola se abrieron de par en par y se le hizo un nudo en la garganta. Nancy permaneció unos segundos en la puerta hasta que su pareja se acercó de prisa. Jim lo reconoció: era el desconocido que la acompañaba aquella tarde en el coche de Joe Ewing. La vio poner los brazos en jarras y murmurar algo, y reírse. El hombre rió también y Jim sintió una punzada rápida, una clase nueva, extraña, de dolor. Algo luminoso brotaba entre la pareja, un rayo de belleza que procedía de aquel sol que, un momento antes, había calentado a Jim. El Gominola se sintió de pronto como mala hierba a la sombra.

Entonces Clark se le acercó, con ojos brillantes, encendidos.

—Qué, amigo —gritó con cierta falta de originalidad—. ¿Cómo va eso?

Jim respondió que como era de esperar.

—Ven conmigo —ordenó Clark—. Tengo algo que calentará la noche.

Jim lo siguió torpemente a través del salón y subió hasta la despensa, donde Clark le enseñó una botella, sin marca, llena de un líquido amarillo.

—Auténtico whisky.

El *ginger ale* llegó en bandeja. Aquel potente néctar, al que llamaban «auténtico whisky», necesitaba algún disfraz más fuerte que el agua de Seltz.

—Dime, chico —exclamó Clark sin aliento—, ¿no te parece guapa Nancy Lámar?

Jim asintió con la cabeza.

—Terriblemente guapa.

—Está toda emperifollada para pasarlo en grande esta noche. ¿Te has fijado en el tipo que está con ella?

—¿El grandullón de los pantalones blancos?

—Aja. Bueno, ése es Ogden Merritt, de Savannah. Su padre fabrica las cuchillas de afeitar Merritt. Ese tipo ha perdido la cabeza por Nancy. Lleva persiguiéndola todo el año... Está loca — continuó Clark—, pero me gusta. Les gusta a todos. Es verdad que hace locuras. Suele escapar con vida, pero, después de tantas aventuras, tiene la reputación llena de cicatrices.

—¿Sí? —Jim le tendió el vaso—. Es buen whisky.

—No está mal... Sí, está loca. ¡No veas cómo tira los dados, chico! ¡Y cómo le pega al whisky con soda! Le he prometido uno.

—¿Y está enamorada de ese... Merritt?

—Te juro que no tengo ni idea. Parece como si las mejores chicas de por aquí tuvieran que casarse con tipos así y marcharse a otra parte.

Se sirvió otro vaso y, meticulosamente, le puso el corcho a la botella.

—Oye, Jim, voy a bailar. Te estaría muy agradecido si te metieras el whisky en el bolsillo mientras no bailas. Si se dan cuenta de que he echado un trago, vendrán y me pedirán, y antes de que me dé cuenta, el whisky se habrá evaporado y alguno estará pasándoselo bien a mi costa.

Así que Nancy Lámar iba a casarse. La chica más celebrada de la ciudad se iba a convertir en propiedad privada de un individuo con pantalones blancos, y todo porque el padre del individuo con pantalones blancos había fabricado una cuchilla de afeitar mejor que la del vecino: a Jim le pareció una idea inexplicablemente deprimente mientras bajaba las escaleras. Por primera vez en su vida sintió un vago y romántico anhelo. Una imagen iba tomando forma en su imaginación: Nancy caminaba con aires de chico por la calle, aceptaba una naranja que, como un diezmo, le ofrecía un devoto vendedor de frutas y luego cargaba en su mítica cuenta del bar de Sam alguna bebida prohibida antes de reunir una escolta de pretendientes y alejarse triunfalmente en coche hacia una noche de música y despilfarro.

El Gominola salió al porche y eligió una esquina desierta, a oscuras entre la luna sobre el césped y la única puerta iluminada del salón de baile. Encontró una silla y, tras encender un cigarrillo, se abandonó a sus ensoñaciones habituales. Ahora era una ensoñación sensual: la hacían sensual la noche y el perfume cálido de las borlas de polvos de tocador, húmedas, escondidas bajo los grandes escotes de los vestidos, destilando un millar de perfumes finísimos que flotaban a través de la puerta abierta. Y la música, ensombrecida por las notas graves del trombón, se iba volviendo tibia y oscura, en lánguida armonía con el roce de muchos zapatos de fiesta.

De repente una oscura figura ensombreció el rectángulo de luz amarilla de la puerta. Una chica había salido de los lavabos de señoras y estaba en el porche, a tres metros de distancia. Jim oyó susurrar la palabra «maldición», como un suspiro; luego la chica se giró y lo vio. Era Nancy Lámar.

Jim enrojeció de pies a cabeza.

—¿Qué tal?

—Hola... —se detuvo, dudó y luego se acercó—. ¡Ah, eres... Jim Powell!

Jim hizo una leve inclinación, pensando qué decir.

—¿Tú crees que...? —se le adelantó Nancy—. Quiero decir... ¿Tú sabes algo de chicle?

—¿Qué?

—Tengo un chicle pegado en el zapato. Algún redomado imbécil ha tirado el chicle al suelo y, claro, lo he pisado yo.

Jim se sonrojó, inoportunamente.

—¿Sabes cómo quitarlo? —preguntó ella de mal humor—. He probado con un cuchillo. He probado con todo lo que he encontrado en los lavabos. He probado con jabón y agua... e incluso con perfume, y me he cargado mi borla para los polvos intentando que se pegara al chicle.

Jim, algo nervioso, estudió el asunto.

—Bueno... Quizá con gasolina.

Las palabras acababan de salir de su boca cuando Nancy lo cogió de la mano y lo arrastró, corriendo, fuera de la terraza, pisando las flores, al galope, hacia los coches aparcados a la luz de la luna cerca del primer hoyo del campo de golf.

—Abre el depósito de gasolina —le ordenó, sin aliento.

—¿Qué?

—Para el chicle. Tengo que quitármelo. No puedo bailar con un chicle pegado en el zapato.

Jim, obediente, se acercó a los coches y empezó a inspeccionarlos para ver cómo conseguir el deseado disolvente. Si Nancy le hubiera pedido un cilindro, hubiera hecho todo lo posible por arrancarlo.

—Aquí —dijo después de buscar un momento—. Aquí hay uno que es fácil. ¿Tienes un pañuelo?

—Está arriba, mojado. Lo usé para el jabón y el agua.

Jim exploró laboriosamente sus bolsillos.

—Creo que yo no tengo.

—¡Maldita sea! Bueno, podemos abrirlo y dejar que la gasolina se derrame.

Jim abrió el conducto; la gasolina empezó a gotear.

—¡Más!

Lo abrió por completo. El goteo se convirtió en un chorro y formó un charco aceitoso, reluciente, palpitante, que reflejaba una docena de lunas trémulas.

—Ah —suspiró con satisfacción—. Deja que salga toda la gasolina. Lo único que puedo hacer es pisotearla.

Desesperado, Jim abrió completamente el conducto y el charco se volvió más profundo, esparciendo chorros y ríos minúsculos en todas las direcciones.

—Así está bien. Es lo que quería.

Levantándose la falda, lo pisoteó con garbo.

—Sé que esto me quitará el chicle —murmuró Nancy.

Jim sonrió.

—Hay muchos coches más.

Nancy salió delicadamente de la gasolina y empezó a restregar los zapatos, por el borde y la suela, en el estribo del automóvil. El Gominola no pudo contenerse más. Lanzó una carcajada explosiva: se partía de risa. Y Nancy se unió a las carcajadas.

—Has venido con Clark Darrow, ¿verdad? —preguntó cuando volvían a la terraza.

—Sí.

—¿Sabes dónde está?

—Imagino que bailando.

—¡Demonios! Me prometió un whisky.

—Bueno —dijo Jim—, me figuro que estará de acuerdo. Tengo su botella justamente en el bolsillo.

Nancy le sonrió radiante.

—Supongo que querrás *ginger ale* —añadió él.

—Yo, no. Sólo la botella.

—¿Seguro?

Ella rió desdeñosamente.

—Ponme a prueba. Puedo beber lo mismo que un hombre, cualquier cosa. Vamos a sentarnos.

Nancy Lámar se encaramó en el borde de una mesa y Jim se dejó caer en una de las sillas de mimbre. Nancy descorchó la botella y, apoyándola en los labios, dio un gran trago. Jim la miraba fascinado.

—¿Te gusta?

Nancy Lámar negó con la cabeza, sin respiración.



—No, pero me gusta cómo me siento después de beber. Creo que eso es lo que le gusta a mucha gente.

Jim asintió.

—A mi padre le gustaba muchísimo. Se envició.

—Los norteamericanos —dijo Nancy, muy seria— no saben beber.

—¿Qué? —dijo Jim sorprendido.

—En realidad —continuó, con despreocupación—, no saben hacer nada a derechas. Lo único que lamento en mi vida es no haber nacido en Inglaterra.

—¿En Inglaterra?

—Sí. Es lo único que lamento: no haber nacido allí.

—¿Te gusta Inglaterra?

—Sí. Una barbaridad. Nunca he estado en Inglaterra, pero he conocido a muchos ingleses que estuvieron por aquí cuando la guerra, en el ejército, hombres de Oxford y Cambridge, ya sabes, como aquí Sewanee y la Universidad de Georgia, y, claro, he leído montones de novelas inglesas.

Jim estaba interesado, atónito.

—¿Has oído alguna vez hablar de lady Diana Manners? —le preguntó Nancy con la mayor seriedad.

No, Jim no había oído hablar de lady Diana.

—Bueno, me gustaría ser como ella. Morena, ya sabes, como yo, y más loca que un pecado. Es la chica que subió a caballo las escaleras de una catedral o una iglesia o algo por el estilo, y todos los novelistas hacen que sus heroínas lo repitan.

Jim asintió con la cabeza, por educación. Ya no pisaba terreno conocido.

—Pasa la botella —propuso Nancy—. Voy a beber otro poco. Un traguito no le haría daño ni a un niño... Verás —continuó, otra vez sin respiración, después de dar un trago—, la gente de allí tiene estilo. Aquí nadie tiene estilo. Quiero decir que no vale la pena arreglarse o hacer algo sensacional por los chicos de aquí. ¿No crees?

—Supongo que sí... Es decir, supongo que no —murmuró Jim.

—Y me gustaría hacer algo sensacional. La verdad es que soy la única chica de la ciudad que tiene estilo —Nancy estiró los brazos y bostezó con mucho encanto—. Bonita noche.

—Sí que lo es —corroboró Jim.

—Me gustaría tener un barco —dijo ella soñadoramente—. Me gustaría navegar en un lago plateado, el Támesis, por ejemplo. Y habría champán y canapés de caviar. Seríamos unas ocho personas. Y, para amenizar la fiesta, uno de los hombres saltaría por la borda y se ahogaría, como hizo una vez uno de los acompañantes de lady Diana Manners.

—¿Lo hizo para complacerla?

—No quiero decir que se ahogara para complacerla. Sólo quería saltar por la borda y hacer reír a todos.

—Imagino que se murieron de risa cuando se ahogó.

—Sí, supongo que se reirían un poco —admitió Nancy—. Imagino que ella se rió, por lo menos. Me figuro que lady Diana es bastante dura, como yo.

—¿Tú eres dura?

—Como el acero —Nancy volvió a bostezar y añadió—: Dame un poco más de esa botella.

Jim dudó, pero ella alargó la mano, desafiante.

—No me trates como a una chica —le advirtió—. Yo no soy como las chicas que conoces... —reflexionó—. Bueno, quizá tengas razón. Tienes... tienes una cabeza vieja sobre hombros jóvenes.

Nancy Lámar se puso en pie de un salto y se dirigió hacia la puerta. El Gominola se levantó también.

—¡Adiós! —dijo amablemente—, adiós. Gracias, Gominola.

Y Nancy Lámar entró en la casa y dejó a Jim en el porche, pasmado.

III.

A las doce una procesión de capas salió en fila de a uno del tocador de señoras, se fue emparejando cada una con un galán en esmoquin, como bailarines componiendo una figura de cotillón, y se deslizaron hacia la puerta entre alegres risas soñolientas, y, más allá de la puerta, hacia la oscuridad, donde los coches daban marcha atrás y resoplaban, y los distintos grupos se llamaban a voces y se reunían en torno al depósito de agua.

Jim, sentado en la esquina, se levantó para buscar a Clark. Lo había visto a las once; luego Clark se había ido a bailar. Así, buscándolo, dando vueltas, Jim se acercó al puesto de refrescos, que en otro tiempo había sido un bar. La sala estaba desierta, exceptuando a un negro soñoliento que dormitaba tras la barra y dos chicos que manoseaban perezosamente un par de dados en una de las mesas. Jim estaba a punto de irse cuando vio entrar a Clark. En ese mismo instante Clark levantó los ojos.

—¡Eh, Jim! —dijo, como quien da una orden—. Ven y ayúdanos a terminar la botella. Me temo que no queda mucho, pero seguro que hay para otro brindis.

Nancy, el hombre de Savannah, Marilyn Wade y Joe Ewing se reían a la entrada, recostados en la pared con indolencia. Nancy cruzó una mirada con Jim y le guiñó un ojo, divertida.

Como a la deriva, llegaron hasta una mesa y se sentaron, a la espera de que el camarero les trajera *ginger ale*. Jim, un poco incómodo, miraba a Nancy, que había ido a jugar una partida de dados con los dos chicos de la mesa vecina, con apuestas de cinco centavos. —Diles que se vengan aquí —dijo Clark. Joe miró a su alrededor.

—No hace falta atraer a una multitud. Va contra las reglas del club.

—Aquí no hay nadie —insistió Clark—, excepto el señor Taylor. Está dando vueltas como un loco, tratando de descubrir quién le ha vaciado la gasolina del coche.

Se produjo una carcajada general.

—Apuesto un millón de dólares a que a Nancy se le ha vuelto a pegar algo en los zapatos. No puedes aparcar cuando ella está cerca.

—¡Eh, Nancy, el señor Taylor te está buscando!

Las mejillas de Nancy ardían con la excitación del juego.

—Hace dos semanas que no he visto su ridículo coche.

Jim notó el silencio repentino. Se volvió: en la puerta había un señor de mediana edad.

La voz de Clark acentuó la violencia de la situación.

—¿Quiere sentarse con nosotros, señor Taylor?

—Gracias.

El señor Taylor derramó sobre una silla su molesta presencia.

—Me figuro que no tengo más remedio. Estoy esperando a que me traigan un poco de gasolina. Alguien se ha estado divirtiendo con mi coche.

Entrecerró los ojos y los miró uno por uno rápidamente. Jim se preguntó qué habría oído desde la puerta, e intentó recordar lo que habían dicho.

—¡Estoy en forma esta noche! —gritó Nancy—. Y pongo un dólar en la mesa.

—¡Acepto la apuesta! —saltó el señor Taylor de improviso.

—¡Vaya, señor Taylor, no sabía que jugara a los dados!

Nancy se alegró muchísimo al ver que el señor Taylor se sentaba y cubría inmediatamente la apuesta. Se tenían una manifiesta antipatía desde la noche en que Nancy acabó definitivamente con una serie de insinuaciones más bien atrevidas.

—¡Muy bien, pequeños, hacedlo por vuestra mamaíta: sólo un siete, un siete!

Nancy estaba arrullando los dados. Los agitó con un gesto hábil y poco limpio, y los hizo rodar encima de la mesa.

—¡Ah, me lo imaginaba! Y ahora pongo otro dólar.

Cinco manos a favor de Nancy revelaron que Taylor era un mal perdedor. Ella se tomaba la partida como una cuestión personal, y, tras cada éxito, Jim veía cómo el triunfo revoloteaba por su cara. Nancy doblaba la apuesta en cada tirada: era difícil que tanta suerte pudiera durarle.

—Tómatelo con calma —le aconsejó Jim tímidamente.

—¡Eh, mira esto! —murmuró ella. Había un ocho sobre la mesa, y Nancy anunció su número.

—Pequeña Ada, esta vez nos vamos al Sur.

Ada de Decatur rodó sobre la mesa. Nancy estaba encendida, casi histérica, pero su suerte se mantenía. Agitaba el cubilete una y otra vez, incansable. Taylor tamborileaba con los dedos sobre la mesa, pero estaba decidido a seguir.

Entonces Nancy intentó sacar un diez, y perdió los dados. Taylor los cogió con avidez. Lanzaba sin decir palabra, y, en el silencio de la emoción, el ruido de los dados rodando sobre la mesa era lo único que se oía.

Nancy había recuperado los dados, pero no la suerte. Pasó una hora. Ganaban y perdían. Taylor recuperaba los dados una y otra vez. Iban empatados y, por fin, Nancy perdió sus últimos cinco dólares.

—¿Me acepta un cheque —se apresuró a decir— de cincuenta dólares, y nos lo jugamos todo?

La voz no era firme, y le temblaba la mano que sostenía el cheque.

Clark intercambió una mirada de incertidumbre y preocupación con Joe Ewing. Taylor volvió a lanzar. El cheque de Nancy fue suyo. —¿Y otro cheque? —dijo Nancy, frenética—. Cualquier banco lo hará efectivo sin problemas.

Jim comprendió: era el «auténtico whisky» que él le había ofrecido, y el «auténtico whisky» que ella había bebido por su cuenta. Deseó tener coraje para intervenir: una chica de su edad y de su posición difícilmente tendría dos cuentas bancarias. Cuando el reloj dio dos campanadas, no pudo contenerse más.

—¿Podría...? ¿Me dejas que los tire por ti? —propuso, con aquella voz grave, perezosa, un poco forzada.

Repentinamente soñolienta y apática, Nancy le arrojó los dados. —¡De acuerdo, chico! Como diría lady Diana Manners: «Lánzalos, Gominola... La suerte me ha abandonado».

—Señor Taylor —dijo Jim, con despreocupación—, nos jugaremos uno de estos cheques contra todo el dinero.

Media hora más tarde Nancy, a punto de caerse de la silla, le daba palmadas en la espalda.

—Me has robado la suerte —asintió sabiamente con la cabeza. Jim recogió el último cheque y, juntándolo con los otros, los rompió en mil pedazos y los esparció, como confetis, por el suelo. Alguien empezó a cantar, y Nancy, apartando de una patada la silla, se puso en pie de un salto.

—Señoras y señores —anunció—. Lo de señoras va por ti, Marilyn... Quiero anunciar al mundo entero que el señor Jim Powell, conocido gominola de esta ciudad, es una excepción a la gran regla «afortunado en el juego, desafortunado en amores». Jim es extraordinariamente afortunado en el juego y yo... yo lo quiero. Señoras y señores, yo, Nancy Lámar, célebre belleza morena, presentada con frecuencia en el *Herald* como uno de los miembros más populares entre lo más joven de la alta sociedad, como suele ser normal en estos casos... yo deseo anunciar... deseo anunciar, señores...

De repente se tambaleó. Clark la sujetó y la ayudó a recuperar el equilibrio.

—Ha sido culpa mía —prosiguió Nancy, riendo—. Es que una tiene tendencia a... tendencia a... De cualquier modo... brindemos por el Gominola... por el señor Jim Powell, rey de los gominolas.

Minutos después, mientras Jim esperaba a Clark con el sombrero en la mano en la oscuridad del porche, en la misma esquina donde la había encontrado cuando andaba buscando gasolina, Nancy apareció a su lado.

—Gominola —dijo—, ¿estás aquí, Gominola? Creo que...

Su ligera inestabilidad parecía parte de un sueño encantado—. Creo que mereces uno de mis besos más dulces por lo que has hecho, Gominola.

Durante unos segundos le rodeó el cuello con los brazos y sus labios apretaron la boca de Jim.

—En este mundo soy una pieza desquiciada, Gominola, pero has hecho una buena jugada por mí.

Salió del porche y se alejó por el césped ruidoso de grillos. Jim vio cómo Merritt salía por la puerta principal y le decía algo a Nancy con rabia. La vio reír, volverle la espalda y encaminarse hacia el coche de Merritt, evitando mirar a nadie. Marilyn y Joe los seguían, canturreando una soñolienta canción que hablaba de una niña apasionada por el jazz.

Clark salió y alcanzó a Jim en la escalera.

—Un buen lío, sospecho —bostezó—. Merritt está de un humor terrible. Seguro que ha discutido con Nancy.

Por el este, a lo largo del campo de golf, una imprecisa alfombra gris se extendió a los pies de la noche. La gente del coche empezó a entonar el estribillo mientras se calentaba el motor.

—¡Buenas noches a todos! —gritó Clark.

—Buenas noches, Clark.

—Buenas noches.

Hubo un silencio, y después una voz dulce y alegre añadió:

—Buenas noches, Gominola.

El coche partió entre un frenesí de canciones. Un gallo quejumbroso y solitario cantó desde una granja al otro lado de la calle y, a sus espaldas, un último camarero negro apagó las luces del porche. Jim y Clark se encaminaron al Ford. Sus zapatos rechinaban estridentes en la gravilla.

—¡Chico! —suspiró Clark—. ¡Cómo lanzas los dados!

Había todavía demasiada oscuridad para que pudiera ver el rubor de las enjutas mejillas de Jim, o para que pudiera darse cuenta de que el rubor se debía a una vergüenza a la que Jim no estaba acostumbrado.

#### IV.

El ruido y los bufidos del piso de abajo y las canciones de los negros que en la calle lavaban coches con una manguera resonaban todo el día en el inhóspito cuarto que había encima del garaje de Tilly. Era un espacio sombrío y cuadrado, ocupado por una cama y una mesa maltrecha sobre la que había desparramados unos cuantos libros: *Slow Train thru Arkansas*, de Joe Miller; *Lucille*, en una vieja edición llena de anotaciones en una caligrafía anticuada; *The Eyes of the World*, de Harold Bell Wright, y un vetusto libro de rezos de la Iglesia anglicana, con el nombre de Alice Powell y la fecha de 1831 escritos en el forro.

El este, gris cuando el Gominola entró en el garaje, adquirió un azul brillante e intenso cuando encendió la única bombilla. La volvió a apagar, se acercó a la ventana, apoyó los codos en el alféizar y se quedó contemplando cómo se ahondaba la mañana. Se habían despertado sus emociones, y su primera percepción fue una sensación de futilidad, un dolor sordo por la mediocridad absoluta de su vida. Un muro había crecido de golpe a su alrededor, encerrándolo, un muro tangible, tan real como las paredes blancas y desnudas de su habitación. Y, al percibir ese muro, todo lo que había hecho que su vida pareciera novelesca, el azar, la alegre despreocupación, la milagrosa generosidad de su existencia, se desvaneció. El Gominola que vagabundeaba por Jackson Street tarareando perezosamente una cancioncilla, conocido en todas las tiendas y todos los puestos callejeros, regalando saludos y anécdotas ingeniosas, triste a veces sólo por el melancólico paso del tiempo... ese Gominola se había desvanecido de repente. Su mismo nombre era ya un reproche, una vulgaridad. Y entonces comprendió que Merritt lo despreciaba, que hasta el beso de Nancy al amanecer no habría despertado celos, sino sólo desprecio hacia Nancy, que se había rebajado tanto. Y, por su parte, el Gominola se había servido, para ayudarla, de un sucio subterfugio aprendido en el garaje. Le había servido a Nancy de lavandería moral; pero las manchas eran suyas, de Jim.

Cuando el gris se volvía azul, iluminando e inundando el cuarto, fue hasta la cama y se arrojó sobre ella, agarrando los bordes con fuerza.

—¡La quiero! —gritó—. ¡Dios mío!

Y, con el grito, algo se abrió paso en su interior, como un nudo que se deshiciera en su garganta. El aire se hizo transparente y resplandeció con el alba, y Jim, aplastando la cara contra la almohada, empezó a sollozar.

Bajo el sol de las tres de la tarde, Clark Darrow, que avanzaba lenta y penosamente por Jackson Street, vio cómo lo saludaba el Gominola desde la acera, con los dedos en el bolsillo del chaleco.

—¡Hola! —exclamó Clark, parando el Ford a su lado con precisión pasmosa—. ¿Te acabas de levantar?

El Gominola negó con la cabeza.

—No me he acostado. Sentía una especie de desasosiego, así que esta mañana me he ido a dar un largo paseo por el campo. Acabo de volver a la ciudad.

—Comprendo que estuvieras nervioso. Yo también he estado así todo el día...

—Estoy pensando en irme —continuó el Gominola, absorto en sus pensamientos—. He estado pensando en irme a la granja y ayudarle un poco al tío Dun. Me temo que he hecho el vago demasiado tiempo.

Clark guardó silencio y el Gominola continuó:

—Estoy pensando que, cuando se muera mi tía Mamie, podría invertir mi dinero en la granja y sacar algún provecho. Mi familia • procede de allí, del norte del Estado. Tenía bastantes tierras.

Clark lo miró con curiosidad.

—Tiene gracia —dijo—. Ese desasosiego... Yo también he sentido desasosiego.

El Gominola dudó.

—No sé —comenzó lentamente—, pero algo... algo de lo que anoche dijo aquella chica sobre una señora que se llamaba Diana Manners, una dama inglesa, me ha hecho pensar —se irguió y miró a Clark de una manera extraña—. Una vez tuve una familia —dijo desafiante.

Clark asintió.

—Lo sé.

—Y yo soy el último de ellos —continuó el Gominola, levantando levemente la voz—, y no valgo un pimiento. El apodo con que me llaman lo dice todo: algo blandengue, flojo. Gente que no era nadie cuando mi familia lo era todo arrugan la nariz si se cruzan conmigo por la calle.

De nuevo Clark guardó silencio.

—Así que abandono. Me voy hoy mismo. Y, cuando regrese a esta ciudad, seré un caballero.

Clark se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la frente.

—Diría que no eres el único impresionado por el asunto —admitió lúgubrememente—. Se tiene que acabar ya eso de que las chicas se larguen por ahí como vienen haciéndolo. Es terrible, y todo el mundo debería verlo así.

—¿Quieres decir —preguntó Jim asombrado— que se ha sabido lo de anoche?

—¿Que si se ha sabido? ¿Cómo demonios quieres que lo mantuvieran en secreto? Lo publicarán los periódicos esta noche. El doctor Lámar tiene que salvar su reputación de alguna forma.

Jim se apoyó en el coche y apretó sus largos dedos contra la carrocería.

—¿Quieres decir que Taylor ha investigado los cheques?

Esta vez fue Clark quien se sorprendió.

—Pero ¿no sabes lo que ha pasado?

Los ojos asombrados de Jim eran suficiente respuesta.

—Bueno —dijo Clark teatralmente—, esos cuatro consiguieron otra botella de whisky, se emborracharon y decidieron escandalizar a la ciudad... Así que Nancy y ese Merritt se han casado en Rockville esta mañana a las siete.

Una muesca minúscula apareció en la carrocería bajo los dedos de el Gominola.

—¿Se han casado?

—¡Como te lo digo! A Nancy se le pasó la borrachera y volvió corriendo a la ciudad, llorando y muerta de miedo... Decía que todo era una equivocación. Al principio el doctor Lámar se puso furioso, y quería matar a Merritt, pero al final han llegado a un arreglo, no sé cómo, y Nancy y Merritt han salido para Savannah en el tren de las dos y media.

Jim cerró los ojos, y con un esfuerzo superó un repentino malestar.

—Es terrible —dijo Clark filosóficamente—. No el asunto de la boda... Me figuro que no está mal, aunque no creo que a Nancy le interese nada ese Merritt. Pero es un crimen que una chica guapa le haga daño a su familia de esa forma.

El Gominola se separó del coche. Se iba. Le pasaba algo extraño, muy adentro, como una inexplicable reacción química.

—¿Adonde vas? —le preguntó Clark, desde lejos.

El Gominola se volvió: miraba a Clark con ojos apagados, por encima del hombro.

—Tengo que irme —murmuró—. Llevo mucho rato de pie. Me encuentro mal.

—¡Ah!

Hacía mucho calor a las tres de la tarde, y hacía mucho más calor a las cuatro; el polvo de abril parecía atrapar al sol en una red, y soltarlo, y atraparlo de nuevo, en una broma antigua como el mundo, repetida por siempre en una eternidad de tardes. Pero, a las cuatro y media, la tranquilidad empezó a asentarse, y las sombras se alargaron bajo los toldos y el espeso follaje de los árboles. En aquel calor nada tenía importancia. Toda la vida era clima: esperar, bajo aquel calor en el que los hechos no tenían sentido, a que volviera el frescor, acariciador y suave como una mano de mujer sobre una frente cansada. Allá en el Sur, en Georgia, existe la convicción, quizá inconsciente, de que ésta es la gran sabiduría del Sur. Y así, un rato después, el Gominola llegó a Jackson Street y entró en la sala de billar, seguro de que encontraría a gente como él, que repetiría las mismas bromas de siempre, las que él conocía.

## El extraño caso de Benjamin Button

*Fue difícil vender El extraño caso de Benjamin Button (aparecido en la revista Collier el 21 de mayo de 1922). Fitzgerald le escribiría más tarde a su agente Harold Ober: «Ya sé que las revistas sólo quieren mis relatos sobre chicas a la moda; los problemas que has tenido para vender Benjamin Button y Un diamante tan grande como el Ritz lo demuestran».*

*Benjamin Button fue su segundo relato (le había precedido The Cut-Glass Bowl en 1920) de corte fantástico o superreal, un estilo en el que escribió algunos de sus cuentos más brillantes y que quizá le atraía por su tensión entre romanticismo y realismo, por el desafío que la fantasía plantea: convertir lo imposible en verosímil. Fitzgerald explicó la génesis de Benjamín Button cuando lo incluyó en sus Cuentos de la era del jazz:*

*«Me inspiró el cuento un comentario de Mark Twain: era una lástima que el mejor tramo de nuestra vida estuviera al principio y el peor al final. He intentado demostrar su tesis, haciendo un experimento con un hombre inserto en un ambiente absolutamente normal. Semanas después de terminar el relato, descubrí un argumento casi idéntico en los cuadernos de Samuel Butler.»*

I.

Hasta 1860 lo correcto era nacer en tu propia casa. Hoy, según me dicen, los grandes dioses de la medicina han establecido que los primeros llantos del recién nacido deben ser emitidos en la atmósfera aséptica de un hospital, preferiblemente en un hospital elegante. Así que el señor y la señora Button se adelantaron cincuenta años a la moda cuando decidieron, un día de verano de 1860, que su primer hijo nacería en un hospital. Nunca sabremos si este anacronismo tuvo alguna influencia en la asombrosa historia que estoy a punto de referirles.

Les contaré lo que ocurrió, y dejaré que juzguen por sí mismos.

Los Button gozaban de una posición envidiable, tanto social como económica, en el Baltimore de antes de la guerra. Estaban emparentados con Esta o Aquella Familia, lo que, como todo sureño sabía, les daba el derecho a formar parte de la inmensa aristocracia que habitaba la Confederación. Era su primera experiencia en lo que atañe a la antigua y encantadora costumbre de tener hijos: naturalmente, el señor Button estaba nervioso. Confiaba en que fuera un niño, para poder mandarlo a la Universidad de Yale, en Connecticut, institución en la que el propio señor Button había sido conocido durante cuatro años con el apodo, más bien obvio, de Cuello Duro.

La mañana de septiembre consagrada al extraordinario acontecimiento se levantó muy nervioso a las seis, se vistió, se anudó una impecable corbata y corrió por las calles de Baltimore hasta el hospital, donde averiguaría si la oscuridad de la noche había traído en su seno una nueva vida.

A unos cien metros de la Clínica Maryland para Damas y Caballeros vio al doctor Keene, el médico de cabecera, que bajaba por la escalera principal restregándose las manos como si se las lavara —como todos los médicos están obligados a hacer, de acuerdo con los principios éticos, nunca escritos, de la profesión.

El señor Roger Button, presidente de Roger Button & Company, Ferreteros Mayoristas, echó a correr hacia el doctor Keene con mucha menos dignidad de lo que se esperaba de un caballero del Sur, hijo de aquella época pintoresca.

—Doctor Keene —llamó—. ¡Eh, doctor Keene!

El doctor lo oyó, se volvió y se paró a esperarlo, mientras una expresión extraña se iba dibujando en su severa cara de médico a medida que el señor Button se acercaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el señor Button, respirando con dificultad después de su carrera—. ¿Cómo ha ido todo? ¿Cómo está mi mujer? ¿Es un niño? ¿Qué ha sido? ¿Qué...?

—Serénese —dijo el doctor Keene ásperamente. Parecía algo irritado.

—¿Ha nacido el niño? —preguntó suplicante el señor Button.

El doctor Keene frunció el entrecejo.

—Diantre, sí, supongo... en cierto modo —y volvió a lanzarle una extraña mirada al señor Button.

—¿Mi mujer está bien?

—Sí.

—¿Es niño o niña?

—¡Y dale! —gritó el doctor Keene en el colmo de su irritación—. Le ruego que lo vea usted mismo. ¡Es indignante! —la última palabra cupo casi en una sola sílaba. Luego el doctor Keene murmuró—: ¿Usted cree que un caso como éste mejorará mi reputación profesional? Otro caso así sería mi ruina... la ruina de cualquiera.

—¿Qué pasa? —preguntó el señor Button, aterrado—. ¿Trillizos?

—¡No, nada de trillizos! —respondió el doctor, cortante—. Puede ir a verlo usted mismo. Y buscarse otro médico. Yo lo traje a usted al mundo, joven, y he sido el médico de su familia durante cuarenta años, pero he terminado con usted. ¡No quiero verle ni a usted ni a nadie de su familia nunca más! ¡Adiós!

Se volvió bruscamente y, sin añadir palabra, subió a su faetón, que lo esperaba en la calzada, y se alejó muy serio.

El señor Button se quedó en la acera, estupefacto y temblando de pies a cabeza. ¿Qué horrible desgracia había ocurrido? De repente había perdido el más mínimo deseo de entrar en la Clínica Maryland para Damas y Caballeros. Pero, un instante después, haciendo un terrible esfuerzo, se obligó a subir las escaleras y cruzó la puerta principal.

Había una enfermera sentada tras una mesa en la penumbra opaca del vestíbulo. Venciendo su vergüenza, el señor Button se le acercó.

—Buenos días —saludó la enfermera, mirándolo con amabilidad.

—Buenos días. Soy... Soy el señor Button.

Una expresión de horror se adueñó del rostro de la chica, que se puso en pie de un salto y pareció a punto de salir volando del vestíbulo: se dominaba gracias a un esfuerzo ímprobo y evidente.

—Quiero ver a mi hijo —dijo el señor Button.

La enfermera lanzó un débil grito.

—¡Por supuesto! —gritó históricamente—. Arriba. Al final de las escaleras. ¡Suba!

Le señaló la dirección con el dedo, y el señor Button, bañado en sudor frío, dio media vuelta, vacilante, y empezó a subir las escaleras. En el vestíbulo de arriba se dirigió a otra enfermera que se le acercó con una palangana en la mano.

—Soy el señor Button —consiguió articular—. Quiero ver a mi...

¡Clanc! La palangana se estrelló contra el suelo y rodó hacia las escaleras. ¡Clanc! ¡Clanc! Empezó un metódico descenso, como si participara en el terror general que había desatado aquel caballero.

—¡Quiero ver a mi hijo! —el señor Button casi gritaba. Estaba a punto de sufrir un ataque.

¡Clanc! La palangana había llegado a la planta baja. La enfermera recuperó el control de sí misma y lanzó al señor Button una mirada de auténtico desprecio.

—De acuerdo, señor Button —concedió con voz sumisa—. Muy bien. ¡Pero si usted supiera cómo estábamos todos esta mañana! ¡Es algo sencillamente indignante! Esta clínica no conservará ni sombra de su reputación después de...

—¡Rápido! —gritó el señor Button, con voz ronca—. ¡No puedo soportar más esta situación!

—Venga entonces por aquí, señor Button. Se arrastró penosamente tras ella. Al final de un largo pasillo llegaron a una sala de la que salía un coro de aullidos, una sala que, de hecho, sería conocida en el futuro como la «sala de los lloros». Entraron. Alineadas a lo largo de las paredes había media docena de cunas con ruedas, esmaltadas de blanco, cada una con una etiqueta pegada en la cabecera.

—Bueno —resopló el señor Button—. ¿Cuál es el mío?



—Aquél —dijo la enfermera.

Los ojos del señor Button siguieron la dirección que señalaba el dedo de la enfermera, y esto es lo que vieron: envuelto en una voluminosa manta blanca, casi saliéndose de la cuna, había sentado un anciano que aparentaba unos setenta años. Sus escasos cabellos eran casi blancos, y del mentón le caía una larga barba color humo que ondeaba absurdamente de acá para allá, abanicada por la brisa que entraba por la ventana. El anciano miró al señor Button con ojos desvaídos y marchitos, en los que acechaba una interrogación que no hallaba respuesta.

—¿Estoy loco? —tronó el señor Button, transformando su miedo en rabia—. ¿O la clínica quiere gastarme una broma de mal gusto?

—A nosotros no nos parece ninguna broma —replicó la enfermera severamente—. Y no sé si usted está loco o no, pero lo que es absolutamente seguro es que ése es su hijo.

El sudor frío se duplicó en la frente del señor Button. Cerró los ojos, y volvió a abrirlos, y miró. No era un error: veía a un hombre de setenta años, un *recién nacido* de setenta años, un recién nacido al que las piernas se le salían de la cuna en la que descansaba.

El anciano miró plácidamente al caballero y a la enfermera durante un instante, y de repente habló con voz cascada y vieja:

—¿Eres mi padre? —preguntó.

El señor Button y la enfermera se llevaron un terrible susto.

—Porque, si lo eres —prosiguió el anciano quejumbrosamente—, me gustaría que me sacaras de este sitio, o, al menos, que hicieras que me trajeran una mecedora cómoda.

—Pero, en nombre de Dios, ¿de dónde has salido? ¿Quién eres tú? —estalló el señor Button exasperado.

—No te puedo decir *exactamente* quién soy —replicó la voz quejumbrosa—, porque sólo hace unas cuantas horas que he nacido. Pero mi apellido es Button, no hay duda.

—¡Mientes! ¡Eres un impostor!

El anciano se volvió cansinamente hacia la enfermera.

—Bonito modo de recibir a un hijo recién nacido —se lamentó con voz débil—. Dígame que se equivoca, ¿quiere?

—Se equivoca, señor Button —dijo severamente la enfermera—. Este es su hijo. Debería asumir la situación de la mejor manera posible. Nos vemos en la obligación de pedirle que se lo lleve a casa cuanto antes: hoy, por ejemplo.

—¿A casa? —repitió el señor Button con voz incrédula.

—Sí, no podemos tenerlo aquí. No podemos, de verdad. ¿Comprende?

—Yo me alegraría mucho —se quejó el anciano—. ¡Menudo sitio! Vamos, el sitio ideal para albergar a un joven de gustos tranquilos. Con todos estos chillidos y llantos, no he podido pegar ojo. He pedido algo de comer —aquí su voz alcanzó una aguda nota de protesta— ¡y me han traído una botella de leche!

El señor Button se dejó caer en un sillón junto a su hijo y escondió la cara entre las manos.

—¡Dios mío! —murmuró, aterrorizado—. ¿Qué va a decir la gente? ¿Qué voy a hacer?

—Tiene que llevárselo a casa —insistió la enfermera—. ¡Inmediatamente!

Una imagen grotesca se materializó con tremenda nitidez ante los ojos del hombre atormentado: una imagen de sí mismo paseando por las abarrotadas calles de la ciudad con aquella espantosa aparición renqueando a su lado.

—No puedo hacerlo, no puedo —gimió.

La gente se pararía a preguntarle, y ¿qué iba a decirles? Tendría que presentar a ese... a ese septuagenario: «Éste es mi hijo, ha nacido esta mañana temprano». Y el anciano se acurrucaría bajo la manta y seguirían su camino penosamente, pasando por delante de las tiendas atestadas y el mercado de esclavos (durante un oscuro instante, el señor Button deseó fervientemente que su hijo fuera negro), por delante de las lujosas casas de los barrios residenciales y el asilo de ancianos...

—¡Vamos! ¡Cálmese! —ordenó la enfermera.

—Mire —anunció de repente el anciano—, si cree usted que me voy a ir casa con esta manta, se equivoca de medio a medio.

—Los niños pequeños siempre llevan mantas.

Con una risa maliciosa el anciano sacó un pañal blanco.

—¡Mire! —dijo con voz temblorosa—. Mire lo que me han preparado.

—Los niños pequeños siempre llevan eso —dijo la enfermera remilgadamente.

—Bueno —dijo el anciano—. Pues este niño no va a llevar nada puesto dentro de dos minutos. Esta manta pica. Me podrían haber dado por los menos una sábana.

—¡Déjatala! ¡Déjatala! —se apresuró a decir el señor Button. Se volvió hacia la enfermera—. ¿Qué hago?

—Vaya al centro y cómprele a su hijo algo de ropa.

La voz del anciano siguió al señor Button hasta el vestíbulo:

—Y un bastón, papá. Quiero un bastón.

El señor Button salió dando un terrible portazo.

## II.

—Buenos días —dijo el señor Button, nervioso, al dependiente de la mercería Chesapeake—. Quisiera comprar ropa para mi hijo.

—¿Qué edad tiene su hijo, señor?

—Seis horas —respondió el señor Button, sin pensárselo dos veces.

—La sección de bebés está en la parte de atrás. —Bueno, no creo... No estoy seguro de lo que busco. Es... es un niño extraordinariamente grande. Excepcionalmente... excepcionalmente grande.

—Allí puede encontrar tallas grandes para bebés. —¿Dónde está la sección de chicos? —preguntó el señor Button, cambiando desesperadamente de tema. Tenía la impresión de que el dependiente se había olido ya su vergonzoso secreto. —Aquí mismo.

—Bueno... —el señor Button dudó. Le repugnaba la idea de vestir a su hijo con ropa de hombre. Si, por ejemplo, pudiera encontrar un traje de chico grande, muy grande, podría cortar aquella larga y horrible barba y teñir las canas: así conseguiría disimular los peores detalles, y conservar algo de su dignidad, por no mencionar su posición social en Baltimore.

Pero la búsqueda afanosa por la sección de chicos fue inútil: no encontró ropa adecuada para el Button que acababa de nacer. Roger Button le echaba la culpa a la tienda, claro está... En semejantes casos lo apropiado es echarle la culpa a la tienda.

—¿Qué edad me ha dicho que tiene su hijo? —preguntó el dependiente con curiosidad.

—Tiene... dieciséis años.

—Ah, perdone. Había entendido seis horas. Encontraré la sección de jóvenes en el siguiente pasillo.

El señor Button se alejó con aire triste. De repente se paró, radiante, y señaló con el dedo hacia un maniquí del escaparate.

—¡Aquél! —exclamó—. Me llevo ese traje, el que lleva el maniquí.

El dependiente lo miró asombrado.

—Pero, hombre —protestó—, ése no es un traje para chicos. Podría ponérselo un chico, sí, pero es un disfraz. ¡También se lo podría poner usted!

—Envuélvame —insistió el cliente, nervioso—. Es lo que buscaba.

El sorprendido dependiente obedeció.

De vuelta en la clínica, el señor Button entró en la sala de los recién nacidos y casi le lanzó el paquete a su hijo.

—Aquí tienes la ropa —le espetó.

El anciano desenvolvió el paquete y examinó su contenido con mirada burlona.

—Me parece un poco ridículo —se quejó—. No quiero que me conviertan en un mono de...

—¡Tú sí que me has convertido en un mono! —estalló el señor Button, feroz—. Es mejor que no pienses en lo ridículo que pareces. Ponte la ropa... o... o te pegaré.

Le costó pronunciar la última palabra, aunque consideraba que era lo que debía decir.

—De acuerdo, padre —era una grotesca simulación de respeto filial—. Tú has vivido más, tú sabes más. Como tú digas.

Como antes, el sonido de la palabra «padre» estremeció violentamente al señor Button. —Y date prisa.

—Me estoy dando prisa, padre.

Cuando su hijo acabó de vestirse, el señor Button lo miró desolado. El traje se componía de calcecines de lunares, leotardos rosa y una blusa con cintutón y un amplio cuello blanco. Sobre el cuello ondeaba la larga barba blanca, que casi llegaba a la cintura. No producía buen efecto.

—¡Espera!

El señor Button empuñó unas tijeras de quirófano y con tres rápidos tijeretazos cercenó gran parte de la barba. Pero, a pesar de la mejora, el conjunto distaba mucho de la perfección. La greña enmarañada que aún quedaba, los ojos acuosos, los dientes de viejo, producían un raro contraste con aquel traje tan alegre. El señor Button, sin embargo, era obstinado. Alargó una mano.

—¡Vamos! —dijo con severidad.

Su hijo le cogió de la mano confiadamente.

—¿Cómo me vas a llamar, papi? —preguntó con voz temblorosa cuando salían de la sala de los recién nacidos—. ¿Nene, a secas, hasta que pienses un nombre mejor?

El señor Button gruñó.

—No sé —respondió agriamente—. Creo que te llamaremos Matusalén.

### III.

Incluso después de que al nuevo miembro de la familia Button le cortaran el pelo y se lo tiñeran de un negro desvaído y artificial, y lo afeitaran hasta el punto de que le resplandeciera la cara, y lo equiparan con ropa de muchachito hecha a la medida por un sastre estupefacto, era imposible que el señor Button olvidara que su hijo era un triste remedo de primogénito. Aunque encorvado por la edad, Benjamín Button —pues este nombre le pusieron, en vez del más apropiado, aunque demasiado pretencioso, de Matusalén— medía un metro y setenta y cinco centímetros. La ropa no disimulaba la estatura, ni la depilación y el tinte de las cejas ocultaban el hecho de que los ojos que había debajo estaban apagados, húmedos y cansados. Y, en cuanto vio al recién nacido, la niñera que los Button habían contratado abandonó la casa, sensiblemente indignada.

Pero el señor Button persistió en su propósito inamovible. Benjamin era un niño, y como un niño había que tratarlo. Al principio sentenció que, si a Benjamín no le gustaba la leche templada, se quedaría sin comer, pero, por fin, cedió y dio permiso para que su hijo tomara pan y mantequilla, e incluso, tras un pacto, harina de avena. Un día llevó a casa un sonajero y, dándoselo a Benjamín, insistió, en términos que no admitían réplica, en que debía jugar con él; el anciano cogió el sonajero con expresión de cansancio, y todo el día pudieron oír cómo lo agitaba de vez en cuando obedientemente.

Pero no había duda de que el sonajero lo aburría, y de que disfrutaba de otras diversiones más reconfortantes cuando estaba solo. Por ejemplo, un día el señor Button descubrió que la semana anterior había fumado muchos más puros de los que acostumbraba, fenómeno que se aclaró días después cuando, al entrar inesperadamente en el cuarto del niño, lo encontró inmerso en una vaga humareda azulada, mientras Benjamín, con expresión culpable, trataba de esconder los restos de un habano. Aquello exigía, como es natural, una buena paliza, pero el señor Button no se sintió con fuerzas para administrarla. Se limitó a advertirle a su hijo que el humo *frenaba el crecimiento*.

El señor Button, a pesar de todo, persistió en su actitud. Llevó a casa soldaditos de plomo, llevó trenes de juguete, llevó grandes y preciosos animales de trapo y, para darle veracidad a la ilusión que estaba creando —al menos para sí mismo—, preguntó con vehemencia al dependiente de la juguetería si el pato rosa desteñiría si el niño se lo metía en la boca. Pero, a pesar de los esfuerzos paternos, a Benjamín nada de aquello le interesaba. Se escabullía por las escaleras de servicio y volvía a su habitación con un volumen de la *Enciclopedia Británica*, ante el que podía

pasar absorto una tarde entera, mientras las vacas de trapo y el arca de Noé yacían abandonadas en el suelo. Contra una tozudez semejante, los esfuerzos del señor Button sirvieron de poco.

Fue enorme la sensación que, en un primer momento, causó en Baltimore. Lo que aquella desgracia podría haberles costado a los Button y a sus parientes no podemos calcularlo, porque el estallido de la Guerra Civil dirigió la atención de los ciudadanos hacia otros asuntos. Hubo quienes, irreprochablemente corteses, se devanaron los sesos para felicitar a los padres; y al fin se les ocurrió la ingeniosa estratagema de decir que el niño se parecía a su abuelo, lo que, dadas las condiciones de normal decadencia comunes a todos los hombres de setenta años, resultaba innegable. A Roger Button y su esposa no les agradó, y el abuelo de Benjamín se sintió terriblemente ofendido.

Benjamín, en cuanto salió de la clínica, se tomó la vida como venía. Invitaron a algunos niños para que jugaran con él, y pasó una tarde agotadora intentando encontrarles algún interés al trompo y las canicas. Incluso se las arregló para romper, casi sin querer, una ventana de la cocina con un tirachinas, hazaña que complació secretamente a su padre. Desde entonces Benjamín se las ingeniaba para romper algo todos los días, pero hacía cosas así porque era lo que esperaban de él, y porque era servicial por naturaleza.

Cuando la hostilidad inicial de su abuelo desapareció, Benjamín y aquel caballero encontraron un enorme placer en su mutua compañía. Tan alejados en edad y experiencia, podían pasarse horas y horas sentados, discutiendo como viejos compinches, con monotonía incansable, los lentos acontecimientos de la jornada. Benjamín se sentía más a sus anchas con su abuelo que con sus padres, que parecían tenerle una especie de temor invencible y reverencial, y, a pesar de la autoridad dictatorial que ejercían, a menudo le trataban de usted.

Benjamín estaba tan asombrado como cualquiera por la avanzada edad física y mental que aparentaba al nacer. Leyó revistas de medicina, pero, por lo que pudo ver, no se conocía ningún caso semejante al suyo. Ante la insistencia de su padre, hizo sinceros esfuerzos por jugar con otros niños, y a menudo participó en los juegos más pacíficos: el fútbol lo trastornaba demasiado, y temía que, en caso de fractura, sus huesos de viejo se negaran a soldarse.

Cuando cumplió cinco años lo mandaron al parvulario, donde lo iniciaron en el arte de pegar papel verde sobre papel naranja, de hacer mantelitos de colores y construir infinitas cenefas. Tenía propensión a adormilarse, e incluso a dormirse, en mitad de esas tareas, costumbre que irritaba y asustaba a su joven profesora. Para su alivio, la profesora se quejó a sus padres y éstos lo sacaron del colegio. Los Button dijeron a sus amigos que el niño era demasiado pequeño.

Cuando cumplió doce años los padres ya se habían habituado a su hijo. La fuerza de la costumbre es tan poderosa que ya no se daban cuenta de que era diferente a todos los niños, salvo cuando alguna anomalía curiosa les recordaba el hecho. Pero un día, pocas semanas después de su duodécimo cumpleaños, mientras se miraba al espejo, Benjamin hizo, o creyó hacer, un asombroso descubrimiento. ¿Lo engañaba la vista, o le había cambiado el pelo, del blanco a un gris acero, bajo el tinte, en sus doce años de vida? ¿Era ahora menos pronunciada la red de arrugas de su cara? ¿Tenía la piel más saludable y firme, incluso con algo del buen color que da el invierno? No podía decirlo. Sabía que ya no andaba encorvado y que sus condiciones físicas habían mejorado desde sus primeros días de vida.

—¿Será que...? —pensó en lo más hondo, o, más bien, apenas se atrevió a pensar.

Fue a hablar con su padre.

—Ya soy mayor —anunció con determinación—. Quiero ponerme pantalones largos.

Su padre dudó.

—Bueno —dijo por fin—, no sé. Catorce años es la edad adecuada para ponerse pantalones largos, y tú sólo tienes doce.

—Pero tienes que admitir —protestó Benjamin— que estoy muy grande para la edad que tengo.

Su padre lo miró, fingiendo entregarse a laboriosos cálculos.

—Ah, no estoy muy seguro de eso —dijo—. Yo era tan grande como tú a los doce años.

No era verdad: aquella afirmación formaba parte del pacto secreto que Roger Button había hecho consigo mismo para creer en la normalidad de su hijo.

Llegaron por fin a un acuerdo. Benjamin continuaría tiñéndose el pelo, pondría más empeño en jugar con los chicos de su edad y no usaría las gafas ni llevaría bastón por la calle. A cambio de tales concesiones, recibió permiso para su primer traje de pantalones largos.

## IV.

No me extenderé demasiado sobre la vida de Benjamin Button entre los doce y los veinte años. Baste recordar que fueron años de normal decrecimiento. Cuando Benjamin cumplió los dieciocho estaba tan derecho como un hombre de cincuenta; tenía más pelo, gris oscuro; su paso era firme, su voz había perdido el temblor cascado: ahora era más baja, la voz de un saludable barítono. Así que su padre lo mandó a Connecticut para que hiciera el examen de ingreso en la Universidad de Yale. Benjamin superó el examen y se convirtió en alumno de primer curso.

Tres días después de matricularse recibió una notificación del señor Hart, secretario de la Universidad, que lo citaba en su despacho para establecer el plan de estudios. Benjamin se miró al espejo: necesitaba volver a tintarse el pelo. Pero, después de buscar angustiosamente en el cajón de la cómoda, descubrió que no estaba la botella de tinte marrón. Se acordó entonces: se le había terminado el día anterior y la había tirado.

Estaba en apuros. Tenía que presentarse en el despacho del secretario dentro de cinco minutos. No había solución: tenía que ir tal y como estaba. Y fue.

—Buenos días —dijo el secretario educadamente—. Habrá venido para interesarse por su hijo.

—Bueno, la verdad es que soy Button —empezó a decir Benjamin, pero el señor Hart lo interrumpió.

—Encantando de conocerle, señor Button. Estoy esperando a su hijo de un momento a otro.

—¡Soy yo! —explotó Benjamin—. Soy alumno de primer curso.

—¿Cómo?

—Soy alumno de primero.

—Bromea usted, claro.

—En absoluto.

El secretario frunció el entrecejo y echó una ojeada a una ficha que tenía delante.

—Bueno, según mis datos, el señor Benjamin Button tiene dieciocho años.

—Esa edad tengo —corroboró Benjamin, enrojeciendo un poco.

El secretario lo miró con un gesto de fastidio.

—No esperará que me lo crea, ¿no?

Benjamin sonrió con un gesto de fastidio.

—Tengo dieciocho años —repitió.

El secretario señaló con determinación la puerta.

—Fuera —dijo—. Vayase de la universidad y de la ciudad. Es usted un lunático peligroso.

—Tengo dieciocho años.

El señor Hart abrió la puerta.

—¡Qué ocurrencia! —gritó—. Un hombre de su edad intentando matricularse en primero. Tiene dieciocho años, ¿no? Muy bien le doy dieciocho minutos para que abandone la ciudad.

Benjamin Button salió con dignidad del despacho, y media docena de estudiantes que esperaban en el vestíbulo lo siguieron intrigados con la mirada. Cuando hubo recorrido unos metros, se volvió y, enfrentándose al enfurecido secretario, que aún permanecía en la puerta, repitió con voz firme:

—Tengo dieciocho años.

Entre un coro de risas disimuladas, procedente del grupo de estudiantes, Benjamin salió.

Pero no quería el destino que escapara con tanta facilidad. En su melancólico paseo hacia la estación de ferrocarril se dio cuenta de que lo seguía un grupo, luego un tropel y por fin una muchedumbre de estudiantes. Se había corrido la voz de que un lunático había aprobado el examen de ingreso en Yale y pretendía hacerse pasar por un joven de dieciocho años. Una excitación febril

se apoderó de la universidad. Hombres sin sombrero se precipitaban fuera de las aulas, el equipo de fútbol abandonó el entrenamiento y se unió a la multitud, las esposas de los profesores, con la cofia torcida y el polisón mal puesto, corrían y gritaban tras la comitiva, de la que procedía una serie incesante de comentarios dirigidos a los delicados sentimientos de Benjamin Button.

—¡Debe ser el Judío Errante!

—¡A su edad debería ir al instituto!

—¡Mirad al niño prodigio!

—¡Creería que esto era un asilo de ancianos!

—¡Que se vaya a Harvard!

Benjamin aceleró el paso y pronto echó a correr. ¡Ya les enseñaría! ¡Iría a Harvard, y se arrepentirían de aquellas burlas irreflexivas!

A salvo en el tren de Baltimore, sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Os arrepentiréis! —gritó.

—Ja, ja! —rieron los estudiantes—. Ja, ja, ja!

Fue el mayor error que la Universidad de Yale haya cometido en su historia.

V.

En 1880 Benjamin Button tenía veinte años, y celebró su cumpleaños comenzando a trabajar en la empresa de su padre, Roger Button & Company, Ferreteros Mayoristas. Aquel año también empezó a alternar en sociedad: es decir, su padre se empeñó en llevarlo a algunos bailes elegantes. Roger Button tenía entonces cincuenta años, y él y su hijo se entendían cada vez mejor. De hecho, desde que Benjamin había dejado de tintarse el pelo, todavía canoso, parecían más o menos de la misma edad, y podrían haber pasado por hermanos.

Una noche de agosto salieron en el faetón vestidos de etiqueta, camino de un baile en la casa de campo de los Shevlin, justo a la salida de Baltimore. Era una noche magnífica. La luna llena bañaba la carretera con un apagado color platino, y, en el aire inmóvil, la cosecha de flores tardías exhalaba aromas que eran como risas suaves, con sordina. Los campos, alfombrados de trigo reluciente, brillaban como si fuera de día. Era casi imposible no emocionarse ante la belleza del cielo, casi imposible.

—El negocio de la mercería tiene un gran futuro —estaba diciendo Roger Button. No era un hombre espiritual: su sentido de la estética era rudimentario—. Los viejos ya tenemos poco que aprender —observó profundamente—. Sois vosotros, los jóvenes con energía y vitalidad, los que tenéis un gran futuro por delante.

Las luces de la casa de campo de los Shevlin surgieron al final del camino. Ahora les llegaba un rumor, como un suspiro inacabable: podía ser la queja de los violines o el susurro del trigo plateado bajo la luna.

Se detuvieron tras un distinguido carruaje cuyos pasajeros se apeaban ante la puerta. Bajó una dama, la siguió un caballero de mediana edad, y por fin apareció otra dama, una joven bella como el pecado. Benjamin se sobresaltó: fue como si una transformación química disolviera y recompusiera cada partícula de su cuerpo. Se apoderó de él cierta rigidez, la sangre le afluyó a las mejillas y a la frente, y sintió en los oídos el palpar constante de la sangre. Era el primer amor.

La chica era frágil y delgada, de cabellos cenicientos a la luz de la luna y color miel bajo las chisporroteantes lámparas del pórtico. Llevaba echada sobre los hombros una mantilla española del amarillo más pálido, con bordados en negro; sus pies eran relucientes capullos que asomaban bajo el traje con polisón.

Roger Button se acercó confidencialmente a su hijo.

—Ésa —dijo— es la joven Hildegarde Moncrief, la hija del general Moncrief.

Benjamin asintió con frialdad.

—Una criatura preciosa —dijo con indiferencia. Pero, en cuanto el criado negro se hubo llevado el carruaje, añadió—: Podrías presentármela, papá.

Se acercaron a un grupo en el que la señorita Moncrief era el centro. Educada según las viejas tradiciones, se inclinó ante Benjamin. Sí, le concedería un baile. Benjamín le dio las gracias y se alejó. Se alejó tambaleándose.

La espera hasta que llegara su turno se hizo interminablemente larga. Benjamin se quedó cerca de la pared, callado, inescrutable, mirando con ojos asesinos a los aristocráticos jóvenes de Baltimore que mariposeaban alrededor de Hildegarde Moncrief con caras de apasionada admiración. ¡Qué detestables le parecían a Benjamin; qué intolerablemente sonrosados! Aquellas barbas morenas y rizadas le provocaban una sensación parecida a la indigestión.

Pero cuando llegó su turno, y se deslizaba con ella por la movediza pista de baile al compás del último vals de París, la angustia y los celos se derritieron como un manto de nieve. Ciego de placer, hechizado, sintió que la vida acababa de empezar.

—Usted y su hermano llegaron cuando llegábamos nosotros, ¿verdad? —preguntó Hildegarde, mirándolo con ojos que brillaban como esmalte azul.

Benjamin dudó. Si Hildegarde lo tomaba por el hermano de su padre, ¿debía aclarar la confusión? Recordó su experiencia en Yale, y decidió no hacerlo. Sería una descortesía contradecir a una dama; sería un crimen echar a perder aquella exquisita oportunidad con la grotesca historia de su nacimiento. Más tarde, quizá. Así que asintió, sonrió, escuchó, fue feliz.

—Me gustan los hombres de su edad —decía Hildegarde—. Los jóvenes son tan tontos... Me cuentan cuánto champán bebieron en la universidad, y cuánto dinero perdieron jugando a las cartas. Los hombres de su edad saben apreciar a las mujeres.

Benjamin sintió que estaba a punto de declararse. Dominó la tentación con esfuerzo.

—Usted está en la edad romántica —continuó Hildegarde—. Cincuenta años. A los veinticinco los hombres son demasiado mundanos; a los treinta están atosigados por el exceso de trabajo. Los cuarenta son la edad de las historias largas: para contarlas se necesita un puro entero; los sesenta... Ah, los sesenta están demasiado cerca de los setenta, pero los cincuenta son la edad de la madurez. Me encantan los cincuenta.

Los cincuenta le parecieron a Benjamin una edad gloriosa. Deseó apasionadamente tener cincuenta años.

—Siempre lo he dicho —continuó Hildegarde—: prefiero casarme con un hombre de cincuenta años y que me cuide, a casarme con uno de treinta y cuidar de él.

Para Benjamin el resto de la velada estuvo bañado por una neblina color miel. Hildegarde le concedió dos bailes más, y descubrieron que estaban maravillosamente de acuerdo en todos los temas de actualidad. Darían un paseo en calesa el domingo, y hablarían más detenidamente.

Volviendo a casa en el faetón, justo antes de romper el alba, cuando empezaban a zumbar las primeras abejas y la luna consumida brillaba débilmente en la niebla fría, Benjamin se dio cuenta vagamente de que su padre estaba hablando de ferretería al por mayor.

—¿Qué asunto propones que tratemos, además de los clavos y los martillos? —decía el señor Button.

—Los besos —respondió Benjamin, distraído.

—¿Los pesos? —exclamó Roger Button—. ¡Pero si acabo de hablar de pesos y básculas!

Benjamin lo miró aturdido, y el cielo, hacia el este, reventó de luz, y una oropéndola bostezó entre los árboles que pasaban veloces...

## VI.

Cuando, seis meses después, se supo la noticia del enlace entre la señorita Hildegarde Moncrief y el señor Benjamín Button (y digo «se supo la noticia» porque el general Moncrief declaró que prefería arrojarla sobre su espada antes que anunciarlo), la conmoción de la alta sociedad de Baltimore alcanzó niveles febriles. La casi olvidada historia del nacimiento de Benjamín fue recordada y propalada escandalosamente a los cuatro vientos de los modos más picarescos e increíbles. Se dijo que, en realidad, Benjamin era el padre de Roger Button, que era un hermano que había pasado cuarenta años en la cárcel, que era el mismísimo John Wilkes Booth disfrazado... y que dos cuernecillos despuntaban en su cabeza.

Los suplementos dominicales de los periódicos de Nueva York explotaron el caso con fascinantes ilustraciones que mostraban la cabeza de Benjamin Button acoplada al cuerpo de un pez o de una serpiente, o rematando una estatua de bronce. Llegó a ser conocido en el mundo periodístico como El Misterioso Hombre de Maryland. Pero la verdadera historia, como suele ser normal, apenas tuvo difusión.

Como quiera que fuera, todos coincidieron con el general Moncrief: era un crimen que una chica encantadora, que podía haberse casado con el mejor galán de Baltimore, se arrojara en brazos de un hombre que tenía por lo menos cincuenta años. Fue inútil que el señor Roger Button publicara el certificado de nacimiento de su hijo en grandes caracteres en el *Blaze* de Baltimore. Nadie lo creyó. Bastaba tener ojos en la cara y mirar a Benjamin.

Por lo que se refiere a las dos personas a quienes más concernía el asunto, no hubo vacilación alguna. Circulaban tantas historias falsas acerca de su prometido, que Hildegarde se negó terminantemente a creer la verdadera. Fue inútil que el general Moncrief le señalara el alto índice de mortalidad entre los hombres de cincuenta años, o, al menos, entre los hombres que aparentaban cincuenta años; e inútil que le hablara de la inestabilidad del negocio de la ferretería al por mayor. Hildegarde eligió casarse con la madurez... y se casó.

## VII.

En una cosa, al menos, los amigos de Hildegarde Moncrief se equivocaron. El negocio de ferretería al por mayor prosperó de manera asombrosa. En los quince años que transcurrieron entre la boda de Benjamin Button, en 1880, y la jubilación de su padre, en 1895, la fortuna familiar se había duplicado, gracias en gran medida al miembro más joven de la firma.

No hay que decir que Baltimore acabó acogiendo a la pareja en su seno. Incluso el anciano general Moncrief llegó a reconciliarse con su yerno cuando Benjamin le dio el dinero necesario para sacar a la luz su *Historia de la Guerra Civil* en treinta volúmenes, que había sido rechazada por nueve destacados editores.

Quince años provocaron muchos cambios en el propio Benjamin. Le parecía que la sangre le corría con nuevo vigor por las venas. Empezó a gustarle levantarse por la mañana, caminar con paso enérgico por la calle concurrida y soleada, trabajar incansablemente en sus envíos de martillos y sus cargamentos de clavos. Fue en 1890 cuando logró su mayor éxito en los negocios: lanzó la famosa idea de que *todos los clavos usados para clavar cajas destinadas al transporte de clavos son propiedad del transportista*, propuesta que, con rango de proyecto de ley, fue aprobada por el presidente del Tribunal Supremo, el señor Fossile, y ahorró a Roger Button & Company, Ferreteros Mayoristas, más de *seiscientos clavos anuales*.

Y Benjamin descubrió que lo atraía cada vez más el lado alegre de la vida. Típico de su creciente entusiasmo por el placer fue el hecho de que se convirtiera en el primer hombre de la ciudad de Baltimore que poseyó y condujo un automóvil. Cuando se lo encontraban por la calle, sus coetáneos lo miraban con envidia, tal era su imagen de salud y vitalidad.

—Parece que está más joven cada día —observaban. Y, si el viejo Roger Button, ahora de sesenta y cinco años, no había sabido darle a su hijo una bienvenida adecuada, acabó reparando su falta colmándolo de atenciones que rozaban la adulación.

Llegamos a un asunto desagradable sobre el que pasaremos lo más rápidamente posible. Sólo una cosa preocupaba a Benjamin Button: su mujer había dejado de atraerle.

En aquel tiempo Hildegarde era una mujer de treinta y cinco años, con un hijo, Roscoe, de catorce. En los primeros días de su matrimonio Benjamín había sentido adoración por ella. Pero, con los años su cabellera color miel se volvió castaña, vulgar, y el esmalte azul de sus ojos adquirió el aspecto de la loza barata. Además, y por encima de todo, Hildegarde había ido moderando sus costumbres, demasiado plácida, demasiado satisfecha, demasiado anémica en sus manifestaciones de entusiasmo: sus gustos eran demasiado sobrios. Cuando eran novios ella era la que arrastraba a Benjamín a bailes y cenas; pero ahora era al contrario. Hildegarde lo acompañaba siempre en sociedad, pero sin entusiasmo, consumida ya por esa sempiterna inercia que viene a vivir un día con nosotros y se queda a nuestro lado hasta el final.

La insatisfacción de Benjamín se hizo cada vez más profunda. Cuando estalló la Guerra Hispano-Norteamericana en 1898, su casa le ofrecía tan pocos atractivos que decidió alistarse en el



ejército. Gracias a su influencia en el campo de los negocios, obtuvo el grado de capitán, y demostró tanta eficacia que fue ascendido a mayor y por fin a teniente coronel, justo a tiempo para participar en la famosa carga contra la colina de San Juan. Fue herido levemente y mereció una medalla.

Benjamin estaba tan apegado a las actividades y las emociones del ejército, que lamentó tener que licenciarse, pero los negocios exigían su atención, así que renunció a los galones y volvió a su ciudad. Una banda de música lo recibió en la estación y lo escoltó hasta su casa.

## VIII.

Hildegarde, ondeando una gran bandera de seda, lo recibió en el porche, y en el momento preciso de besarla Benjamin sintió que el corazón le daba un vuelco: aquellos tres años habían tenido un precio. Hildegarde era ahora una mujer de cuarenta años, y una tenue sombra gris se insinuaba ya en su pelo. El descubrimiento lo entristeció.

Cuando llegó a su habitación, se miró en el espejo: se acercó más y examinó su cara con ansiedad, comparándola con una foto en la que aparecía en uniforme, una foto de antes de la guerra.

—¡Dios santo! —dijo en voz alta. El proceso continuaba. No había la más mínima duda: ahora aparentaba tener treinta años. En vez de alegrarse, se preocupó: estaba rejuveneciendo. Hasta entonces había creído que, cuando alcanzara una edad corporal equivalente a su edad en años, cesaría el fenómeno grotesco que había caracterizado su nacimiento. Se estremeció. Su destino le pareció horrible, increíble.

Volvió a la planta principal. Hildegarde lo estaba esperando: parecía enfadada, y Benjamin se preguntó si habría descubierto al fin que pasaba algo malo. E, intentado aliviar la tensión, abordó el asunto durante la comida, de la manera más delicada que se le ocurrió.

—Bueno —observó en tono desenfadado—, todos dicen que parezco más joven que nunca.

Hildegarde lo miró con desdén. Y sollozó.

—¿Y te parece algo de lo que presumir?

—No estoy presumiendo —aseguró Benjamin, incómodo.

Ella volvió a sollozar.

—Vaya idea —dijo, y agregó un instante después—: Creía que tendrías el suficiente amor propio como para acabar con esto.

—¿Y cómo? —preguntó Benjamin.

—No voy a discutir contigo —replicó su mujer—. Pero hay una manera apropiada de hacer las cosas y una manera equivocada. Si tú has decidido ser distinto a todos, me figuro que no puedo impedírtelo, pero la verdad es que no me parece muy considerado por tu parte.

—Pero, Hildegarde, ¡yo no puedo hacer nada!

—Sí que puedes. Pero eres un cabezón, sólo eso. Estás convencido de que tienes que ser distinto. Has sido siempre así y lo seguiras siendo. Pero piensa, sólo un momento, qué pasaría si todos compartieran tu manera de ver las cosas... ¿Cómo sería el mundo?

Se trababa de una discusión estéril, sin solución, así que Benjamin no contestó, y desde aquel instante un abismo comenzó a abrirse entre ellos. Y Benjamin se preguntaba qué fascinación podía haber ejercido Hildegarde sobre él en otro tiempo.

Y, para ahondar la brecha, Benjamin se dio cuenta de que, a medida que el nuevo siglo avanzaba, se fortalecía su sed de diversiones. No había fiesta en Baltimore en la que no se le viera bailar con las casadas más hermosas y charlar con las debutantes más solicitadas, disfrutando de los encantos de su compañía, mientras su mujer, como una viuda de mal agüero, se sentaba entre las madres y las tías vigilantes, para observarlo con altiva desaprobación, o seguirlo con ojos solemnes, perplejos y acusadores.

—¡Mira! —comentaba la gente—. ¡Qué lástima! Un joven de esa edad casado con una mujer de cuarenta y cinco años. Debe de tener por lo menos veinte años menos que su mujer.

Habían olvidado —porque la gente olvida inevitablemente— que ya en 1880 sus papas y mamas también habían hecho comentarios sobre aquel matrimonio mal emparejado.

Pero la gran variedad de sus nuevas aficiones compensaba la creciente infelicidad hogareña de Benjamín. Descubrió el golf, y obtuvo grandes éxitos. Se entregó al baile: en 1906 era un experto en el *boston*, y en 1908 era considerado un experto del *maxixe*, mientras que en 1909 su *castle walk* fue la envidia de todos los jóvenes de la ciudad.

Su vida social, naturalmente, se mezcló hasta cierto punto con sus negocios, pero ya llevaba veinticinco años dedicado en cuerpo y alma a la ferretería al por mayor y pensó que iba siendo hora de que se hiciera cargo del negocio su hijo Roscoe, que había terminado sus estudios en Harvard.

Y, de hecho, a menudo confundían a Benjamín con su hijo. Semejante confusión agradaba a Benjamín, que olvidó pronto el miedo insidioso que lo había invadido a su regreso de la Guerra Hispano-Norteamericana: su aspecto le producía ahora un placer ingenuo. Sólo tenía una contraindicación aquel delicioso unguento: detestaba aparecer en público con su mujer. Hildegarde tenía casi cincuenta años, y, cuando la veía, se sentía completamente absurdo.

## IX.

Un día de septiembre de 1910 —pocos años después de que el joven Roscoe Button se hiciera cargo de la Roger Button & Company, Ferreteros Mayoristas— un hombre que aparentaba unos veinte años se matriculó como alumno de primer curso en la Universidad de Harvard, en Cambridge. No cometió el error de anunciar que nunca volvería a cumplir los cincuenta, ni mencionó el hecho de que su hijo había obtenido su licenciatura en la misma institución diez años antes.

Fue admitido, y, casi desde el primer día, alcanzó una relevante posición en su curso, en parte porque parecía un poco mayor que los otros estudiantes de primero, cuya media de edad rondaba los dieciocho años.

Pero su éxito se debió fundamentalmente al hecho de que en el partido de fútbol contra Yale jugó de forma tan brillante, con tanto brío y tanta furia fría e implacable, que marcó siete *touchdowns* y catorce goles de campo a favor de Harvard, y consiguió que los once hombres de Yale fueran sacados uno a uno del campo, inconscientes. Se convirtió en el hombre más célebre de la universidad.

Aunque parezca raro, en tercer curso apenas si fue capaz de formar parte del equipo. Los entrenadores dijeron que había perdido peso, y los más observadores repararon en que no era tan alto como antes. Ya no marcaba *touchdowns*. Lo mantenían en el equipo con la esperanza de que su enorme reputación sembrara el terror y la desorganización en el equipo de Yale.

En el último curso, ni siquiera lo incluyeron en el equipo. Se había vuelto tan delgado y frágil que un día unos estudiantes de segundo lo confundieron con un novato, incidente que lo humilló profundamente. Empezó a ser conocido como una especie de prodigio —un alumno de los últimos cursos que quizá no tenía más de dieciséis años— y a menudo lo escandalizaba la mundanería de algunos de sus compañeros. Los estudios le parecían más difíciles, demasiado avanzados. Había oído a sus compañeros hablar del San Midas, famoso colegio preuniversitario, en el que muchos de ellos se habían preparado para la Universidad, y decidió que, cuando acabara la licenciatura, se matricularía en el San Midas, donde, entre chicos de su complexión, estaría más protegido y la vida sería más agradable.

Terminó los estudios en 1914 y volvió a su casa, a Baltimore, con el título de Harvard en el bolsillo. Hildegarde residía ahora en Italia, así que Benjamin se fue a vivir con su hijo, Roscoe. Pero, aunque fue recibido como de costumbre, era evidente que el afecto de su hijo se había enfriado: incluso manifestaba cierta tendencia a considerar un estorbo a Benjamin, cuando vagaba por la casa presa de melancolías de adolescente. Roscoe se había casado, ocupaba un lugar prominente en la vida social de Baltimore, y no deseaba que en torno a su familia se suscitara el menor escándalo.

Benjamin ya no era persona grata entre las debutantes y los universitarios más jóvenes, y se sentía abandonado, muy solo, con la única compañía de tres o cuatro chicos de la vecindad, de catorce o quince años. Recordó el proyecto de ir al colegio de San Midas.

—Oye —le dijo a Roscoe un día—, ¿cuántas veces tengo que decirte que quiero ir al colegio?

—Bueno, pues ve, entonces —abrevió Roscoe. El asunto le desagradaba, y deseaba evitar la discusión.

—No puedo ir solo —dijo Benjamin, vulnerable—. Tienes que matricularme y llevarme tú.

—No tengo tiempo —declaró Roscoe con brusquedad. Entrecerró los ojos y miró preocupado a su padre—. El caso es —añadió— que ya está bien: podrías pararte ya, ¿no? Sería mejor... —se interrumpió, y su cara se volvió roja mientras buscaba las palabras—. Tienes que dar un giro de ciento ochenta grados: empezar de nuevo, pero en dirección contraria. Esto ya ha ido demasiado lejos para ser una broma. Ya no tiene gracia. Tú... ¡Ya es hora de que te portes bien!

Benjamin lo miró, al borde de las lágrimas.

—Y otra cosa —continuó Roscoe—: cuando haya visitas en casa, quiero que me llames tío, no Roscoe, sino tío, ¿comprendes? Parece absurdo que un niño de quince años me llame por mi nombre de pila. Quizá harías bien en llamarme tío *siempre*, así te acostumbrarías.

Después de mirar severamente a su padre, Roscoe le dio la espalda.

X.

Cuando terminó esta discusión, Benjamin, muy triste, subió a su dormitorio y se miró al espejo. No se afeitaba desde hacía tres meses, pero apenas si se descubría en la cara una pelusilla incolora, que no valía la pena tocar. La primera vez que, en vacaciones, volvió de Harvard, Roscoe se había atrevido a sugerirle que debería llevar gafas y una barba postiza pegada a las mejillas: por un momento pareció que iba a repetirse la farsa de sus primeros años. Pero la barba le picaba, y le daba vergüenza. Benjamin lloró, y Roscoe había acabado cediendo a regañadientes.

Benjamin abrió un libro de cuentos para niños, *Los boy scouts en la bahía de Bimini*, y comenzó a leer. Pero no podía quitarse de la cabeza la guerra. Hacía un mes que Estados Unidos se había unido a la causa aliada, y Benjamin quería alistarse, pero, ay, dieciséis años eran la edad mínima, y Benjamin no parecía tenerlos. De cualquier modo, su verdadera edad, cincuenta y cinco años, también lo inhabilitaba para el ejército.

Llamaron a la puerta y el mayordomo apareció con una carta con gran membrete oficial en una esquina, dirigida al señor Benjamin Button. Benjamin la abrió, rasgando el sobre con impaciencia, y leyó la misiva con deleite: muchos militares de alta graduación, actualmente en la reserva, que habían prestado servicio durante la guerra con España, estaban siendo llamados al servicio con un rango superior. Con la carta se adjuntaba su nombramiento como general de brigada del ejército de Estados Unidos y la orden de incorporarse inmediatamente.

Benjamin se puso en pie de un salto, casi temblando de entusiasmo. Aquello era lo que había deseado. Cogió su gorra y diez minutos después entraba en una gran sastrería de Charles Street y, con insegura voz de tiple, ordenaba que le tomaran medidas para el uniforme.

—¿Quieres jugar a los soldados, niño? —preguntó un dependiente, con indiferencia.

Benjamin enrojeció.

—¡Oiga! ¡A usted no le importa lo que yo quiera! —replicó con rabia—. Me llamo Button y vivo en la Mt. Vernon Place, así que ya sabe quién soy.

—Bueno —admitió el dependiente, titubeando—, por lo menos sé quién es su padre.

Le tomaron las medidas, y una semana después estuvo listo el uniforme. Tuvo algunos problemas para conseguir los galones e insignias de general porque el comerciante insistía en que una bonita insignia de la Asociación de Jóvenes Cristianas quedaría igual de bien y sería mucho mejor para jugar.

Sin decirle nada a Roscoe, Benjamin salió de casa una noche y se trasladó en tren a Camp Mosby, en Carolina del Sur, donde debía asumir el mando de una brigada de infantería. En un sofocante día de abril Benjamin llegó a las puertas del campamento, pagó el taxi que lo había llevado hasta allí desde la estación y se dirigió al centinela de guardia.

—¡Que alguien recoja mi equipaje! —dijo enérgicamente.

El centinela lo miró con mala cara.

—Dime —observó—, ¿adonde vas disfrazado de general, niño?

Benjamin, veterano de la Guerra Hispano-Norteamericana, se volvió hacia el soldado echando chispas por los ojos, pero, por desgracia, con voz aguda e insegura.

—¡Cuádrese! —intentó decir con voz de trueno; hizo una pausa para recobrar el aliento, e inmediatamente vio cómo el centinela entrechocaba los talones y presentaba armas. Benjamin

disimuló una sonrisa de satisfacción, pero cuando miró a su alrededor la sonrisa se le heló en los labios. No había sido él la causa de aquel gesto de obediencia, sino un imponente coronel de artillería que se acercaba a caballo.

—¡Coronel! —llamó Benjamin con voz aguda.

El coronel se acercó, tiró de las riendas y lo miró fríamente desde lo alto, con un extraño centelleo en los ojos.

—¿Quién eres, niño? ¿Quién es tu padre? —preguntó afectuosamente.

—Ya le enseñaré yo quién soy —contestó Benjamin con voz fiera—. ¡Baje inmediatamente del caballo!

El coronel se rió a carcajadas.

—Quieres mi caballo, ¿eh, general?

—¡Tenga! —gritó Benjamin exasperado—. ¡Lea esto! —y tendió su nombramiento al coronel.

El coronel lo leyó y los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Dónde lo has conseguido? —preguntó, metiéndose el documento en su bolsillo.

—¡Me lo ha mandado el Gobierno, como usted descubrirá enseguida!

—¡Acompáñame! —dijo el coronel, con una mirada extraña—. Vamos al puesto de mando, allí hablaremos. Venga, vamos.

El coronel dirigió su caballo, al paso, hacia el puesto de mando. Y Benjamin no tuvo más remedio que seguirlo con toda la dignidad de la que era capaz: prometiéndose, mientras tanto, una dura venganza.

Pero la venganza no llegó a materializarse. Se materializó, Hos días después, su hijo Roscoe, que llegó de Baltimore, acalorado y de mal humor por el viaje inesperado, y escoltó al lloroso general, sans uniforme, de vuelta a casa.

## XI.

En 1920 nació el primer hijo de Roscoe Button. Durante las fiestas de rigor, a nadie se le ocurrió mencionar que el chiquillo mugriento que aparentaba unos diez años de edad y jugueteaba por la casa con soldaditos de plomo y un circo en miniatura era el mismísimo abuelo del recién nacido.

A nadie molestaba aquel chiquillo de cara fresca y alegre en la que a veces se adivinaba una sombra de tristeza, pero para Roscoe Button su presencia era una fuente de preocupaciones. En el idioma de su generación, Roscoe no consideraba que el asunto reportara la menor utilidad. Le parecía que su padre, negándose a parecer un anciano de sesenta años, no se comportaba como un «hombre de pelo en pecho» —ésta era la expresión preferida de Roscoe—, sino de un modo perverso y estrafalario. Pensar en aquel asunto más de media hora lo ponía al borde de la locura. Roscoe creía que los «hombres con nervios de acero» debían mantenerse jóvenes, pero llevar las cosas a tal extremo... no reportaba ninguna utilidad. Y en este punto Roscoe interrumpía sus pensamientos.

Cinco años más tarde, el hijo de Roscoe había crecido lo suficiente para jugar con el pequeño Benjamín bajo la supervisión de la misma niñera. Roscoe los llevó a los dos al parvulario el mismo día y Benjamín descubrió que jugar con tiras de papel de colores, y hacer mantelitos y cenefas y curiosos y bonitos dibujos, era el juego más fascinante del mundo. Una vez se portó mal y tuvo que quedarse en un rincón, y lloró, pero casi siempre las horas transcurrían felices en aquella habitación alegre, donde la luz del sol entraba por las ventanas y la amable mano de la señorita Bailey de vez en cuando se posaba sobre su pelo despeinado.

Un año después el hijo de Roscoe pasó a primer grado, pero Benjamín siguió en el parvulario. Era muy feliz. Algunas veces, cuando otros niños hablaban de lo que harían cuando fueran mayores, una sombra cruzaba su carita como si de un modo vago, pueril, se diera cuenta de que eran cosas que él nunca compartiría.

Los días pasaban con alegre monotonía. Volvió por tercer año al parvulario, pero ya era demasiado pequeño para entender para qué servían las brillantes y llamativas tiras de papel.

Lloraba porque los otros niños eran mayores y le daban miedo. La maestra habló con él, pero, aunque intentó comprender, no comprendió nada.

Lo sacaron del parvulario. Su niñera, Nana, con su uniforme almidonado, pasó a ser el centro de su minúsculo mundo. Los días de sol iban de paseo al parque; Nana le señalaba con el dedo un gran monstruo gris y decía «elefante», y Benjamín debía repetir la palabra, y aquella noche, mientras lo desnudaban para acostarlo, la repetiría una y otra vez en voz alta: «leíante, lefante, leíante». Algunas veces Nana le permitía saltar en la cama, y entonces se lo pasaba muy bien, porque, si te sentabas exactamente como debías, rebotabas, y si decías «ah» durante mucho tiempo mientras dabas saltos, conseguías un efecto vocal intermitente muy agradable.

Le gustaba mucho coger del perchero un gran bastón y andar de acá para allá golpeando sillas y mesas, y diciendo: «Pelea, pelea, pelea». Si había visita, las señoras mayores chasqueaban la lengua a su paso, lo que le llamaba la atención, y las jóvenes intentaban besarlo, a lo que él se sometía con un ligero fastidio. Y, cuando el largo día acababa, a las cinco en punto, Nana lo llevaba arriba y le daba a cucharadas harina de avena y unas papillas estupendas.

No había malos recuerdos en su sueño infantil: no le quedaban recuerdos de sus magníficos días universitarios ni de los años espléndidos en que rompía el corazón de tantas chicas. Sólo existían las blancas, seguras paredes de su cuna, y Nana y un hombre que venía a verlo de vez en cuando, y una inmensa esfera anaranjada, que Nana le señalaba un segundo antes del crepúsculo y la hora de dormir, a la que Nana llamaba el sol. Cuando el sol desaparecía, los ojos de Benjamin se cerraban, soñolientos... Y no había sueños, ningún sueño venía a perturbarlo.

El pasado: la salvaje carga al frente de sus hombres contra la colina de San Juan; los primeros años de su matrimonio, cuando se quedaba trabajando hasta muy tarde en los anocheceres veraniegos de la ciudad presurosa, trabajando por la joven Hildegarde, a la que quería; y, antes, aquellos días en que se sentaba a fumar con su abuelo hasta bien entrada la noche en la vieja y lóbrega casa de los Button, en Monroe Street... Todo se había desvanecido como un sueño inconsistente, pura imaginación, como si nunca hubiera existido.

No se acordaba de nada. No recordaba con claridad si la leche de su última comida estaba templada o fría; ni el paso de los días... Sólo existían su cuna y la presencia familiar de Nana. Y, aparte de eso, no se acordaba de nada. Cuando tenía hambre lloraba, eso era todo. Durante las tardes y las noches respiraba, y lo envolvían suaves murmullos y susurros que apenas oía, y olores casi indistinguibles, y luz y oscuridad.

Luego fue todo oscuridad, y su blanca cuna y los rostros confusos que se movían por encima de él, y el tibio y dulce aroma de la leche, acabaron de desvanecerse.

## El diamante tan grande como el Ritz

El diamante tan grande como el Ritz apareció por primera vez en la revista *The Smart Set*, en junio de 1922. Titulado primero *El diamante en el cielo*, este clásico de la novela breve fue rechazado por el *Post* y por otras revistas de gran circulación, incluso después de que Fitzgerald eliminara entre cuatro y cinco mil palabras. (Los fragmentos eliminados se han perdido.) Comprimiría aún más el relato, suprimiendo ochocientas palabras más, al corregirlo para su publicación en el volumen *Cuentos de la era del jazz*. Los responsables de las revistas consideraron el cuento incomprensible, blasfemo, o una desagradable sátira contra los ricos. *The Smart Set* sólo le pagó a Fitzgerald 300 dólares, aunque entonces su cotización en el *Post* ascendía a 1.500 dólares por un relato largo. Fitzgerald se desanimó por la reacción de las revistas ante su cuento, «en el que he invertido tres semanas de verdadero entusiasmo... Pero, por Dios y Lorimer, me haré rico a pesar de los pesares». Cuando lo incluyó en *Cuentos de la era del jazz*, Fitzgerald explicó que *El diamante*...

«... lo escribí exclusivamente para mi propio placer. Mi estado de ánimo se caracterizaba entonces por una absoluta ansia de lujo, y el relato se me ocurrió como un intento de saciar aquella ansia con manjares imaginarios.

» Un conocido crítico ha tenido el gusto de considerar esta extravagancia lo mejor que he escrito. Yo prefiero *El pirata de la costa*.»

### I.

John T. Unger descendía de una familia notable, desde hacía varias generaciones, en Hades, pequeña ciudad en la ribera del Misisipí. El padre de John había conservado el título de campeón de golf aficionado en numerosas y reñidas competiciones; la señora Unger era conocida en los antros del vicio y la corrupción, como decían en el pueblo, por sus arengas políticas; y el joven John T. Unger, que apenas había cumplido los dieciséis años, sabía bailar todos los bailes a la moda de Nueva York antes de ponerse pantalones largos. Ahora tenía que pasar algún tiempo lejos de casa. El respeto por la educación impartida en Nueva Inglaterra, verdadero azote de todas las ciudades de provincia, a las que arrebató cada año los jóvenes más prometedores, había alcanzado a sus padres. Lo único que podía satisfacerlos era que estudiara en el colegio de San Midas, cerca de Boston. Hades era demasiado pequeña para su querido e inteligente hijo.

Pero en Hades —como bien sabe cualquiera que haya estado allí— los nombres de los más elegantes colegios preuniversitarios y las más elegantes universidades significan muy poco. Sus habitantes llevan tanto tiempo alejados del mundo que, aunque presumen de estar al día en moda, costumbres y literatura, dependen en gran medida de lo que les llega de oídas, y una ceremonia que en Hades se consideraría perfecta sería juzgada «quizá un poco cursi» por la hija del rey de las carnicerías de Chicago.

Era la víspera de la partida de John T. Unger. Mientras la señora Unger, con maternal fatuidad, le llenaba las maletas de trajes de lino y ventiladores eléctricos, el señor Unger le regaló a su hijo una billetera de asbesto atiborrada de dinero.

—Acuérdate de que aquí siempre serás bien recibido —le dijo—. Puedes estar seguro, hijo, de que mantendremos viva la llama del hogar.

—Lo sé —contestó John con voz ronca.

—No olvides quién eres y de dónde vienes —continuó su padre con orgullo—, y no hagas nada de lo que te puedas avergonzar. Eres un Unger... de Hades.

Y el viejo y el joven se estrecharon la mano, y John se alejó llorando a mares. Diez minutos después, en cuanto cruzó los límites de la ciudad, se detuvo para mirarla por última vez. El anticuado lema Victoriano inscrito sobre las puertas le pareció extrañamente atractivo. Su padre había intentado muchas veces cambiarlo por algo con más garra y brío, aleo como «Hades: tu

oportunidad», o incluso un simple «Bienvenidos» estampado sobre un caluroso apretón de manos dibujado con luces eléctricas. El viejo lema era un poco deprimente, pero en aquel momento...

Así que John miró por última vez la ciudad y luego, con resolución, se encaró a su destino. Y, mientras se alejaba, las luces de Hades contra el cielo parecían llenas de una cálida y apasionada belleza.

El Colegio Preuniversitario de San Midas está a media hora de Boston en un automóvil Rolls-Pierce. Nunca se sabrá la distancia real, porque nadie, excepto John T. Unger, ha llegado hasta allí como no sea en un Rolls-Pierce, y probablemente un caso como el de Unger no volverá a repetirse. San Midas es el colegio preuniversitario masculino más caro y selecto del mundo.

Los dos primeros cursos transcurrieron apaciblemente. Todos los alumnos eran hijos de reyes de las altas finanzas, y John pasó los dos veranos invitado en alguna playa de moda. Aunque apreciaba mucho a los amigos que lo invitaban, los padres le sorprendían porque todos parecían cortados por el mismo patrón, y, desde su juvenil punto de vista, a veces se maravillaba de su excesiva similitud. Cuando les decía dónde vivía, le preguntaban despreocupadamente: «Hace calor allí, ¿no?», y John se veía obligado a añadirle a la respuesta una débil sonrisa: «Desde luego que sí». Habría respondido con mayor cordialidad si todos no repitieran siempre el mismo chiste, a veces con una variante que no le parecía menos odiosa: «Allí no te quejarás del frío, ¿no?».

A mediados del segundo curso, pusieron en la clase de John a un chico tranquilo y atractivo que se llamaba Percy Washington. El recién llegado tenía modales agradables y vestía extraordinariamente bien, incluso para San Midas, pero, a pesar de todo, quién sabe por qué, se mantenía al margen de los otros chicos. El único con quien hizo amistad fue John T. Unger, pero ni siquiera con John hablaba abiertamente de su casa y su familia. No había ninguna duda de que era rico, pero, aparte de lo poco que podía deducir, John no sabía casi nada de su amigo, así que, cuando Percy lo invitó a pasar el verano en su casa del Este, fue como si le prometieran un banquete para saciar su curiosidad. Aceptó sin vacilar.

Ya en el tren, Percy se volvió, por primera vez, más comunicativo. Y un día, mientras comían en el vagón-restaurante y hablaban de los defectos de algunos de sus compañeros de colegio, Percy cambió de repente de tono e hizo una observación inesperada:

—Mi padre —dijo— es, con mucho, el hombre más rico del mundo.

—Ah —respondió John cortésmente. No sabía qué contestar a semejante confidencia. Pensó contestar: «Es magnífico», pero le sonaba a hueco; y estuvo a punto de decir: «¿De verdad?», pero se contuvo, porque hubiera parecido que dudaba de la afirmación de Percy. Y una afirmación tan asombrosa como aquella no admitía dudas.

—El más rico, con mucho —repitió Percy.

—He leído en el *Almanaque Mundial* —empezó a decir John— que en Estados Unidos hay uno que gana más de cinco millones al año, y cuatro que ganan más de tres millones, y...

—Ah, eso no es nada —la boca de Percy se curvó en una mueca de desprecio—. Capitalistas de cuatro cuartos, financieros de poca monta, pequeños comerciantes y prestamistas. Mi padre podría comprarles todo lo que tienen y ni siquiera lo notaría.

—Pero ¿cómo...?

—¿Que cómo no figura en las listas de Hacienda? Porque no paga impuestos. Si acaso, paga un poco, pero no de acuerdo con sus ingresos reales.

—Debe de ser muy rico —se limitó a decir John—. Me alegro. Me gusta la gente muy rica. Cuanto más rica es la gente, más me gusta —había un brillo de apasionada franqueza en su cara morena—. En Semana Santa me invitaron los Schnlitzer-Murphy. Vivian Schnlitzer-Murphy tenía rubíes tan grandes como huevos, y zafiros que parecían bombillas encendidas.

—Me encantan las joyas —asintió Percy con entusiasmo—. Prefiero que en el colegio nadie lo sepa, claro, pero yo tengo una buena colección. Colecciono joyas como otros coleccionan sellos.

—Y diamantes —dijo John con pasión—. Los Schnlitzer-Murphy tenían diamantes como nueces...

—Eso no es nada —Percy se le acercó y bajó la voz, que ahora sólo era un susurro—. Eso no es nada. Mi padre tiene un diamante más grande que el Hotel Ritz-Carlton.

## II.

El crepúsculo de Montana se extendía entre dos montañas como una moradura gigantesca de la que se derramaran sobre un cielo envenenado arterias oscuras. A una distancia inmensa, bajo el cielo, se agazapaba la aldea de Fish, diminuta, tétrica y olvidada. Vivían doce hombres, o eso se decía, en la aldea de Fish, doce almas sombrías e inexplicables que mamaban la leche escasa de las rocas casi literalmente desnudas sobre las que los había engendrado una misteriosa energía repobladora. Se habían convertido en una raza aparte, estos doce hombres de Fish, como una de esas especies surgidas de un remoto capricho de la naturaleza: una naturaleza que, tras pensárselo dos veces, los hubiera abandonado a la lucha y al exterminio.

Más allá de la moradura azul y negra, en la distancia, se deslizaba por la desolación del paisaje una larga fila de luces en movimiento, y los doce hombres de Fish se reunieron como espectros en la mísera estación para ver pasar el tren de las siete, el Expreso Transcontinental de Chicago. Seis veces al año, más o menos, el Expreso Transcontinental, por orden de alguna autoridad inconcebible, paraba en la aldea de Fish; cuando esto sucedía, descendían del tren uno o dos bultos, montaban en una calesa que siempre surgía del ocaso y se alejaban hacia el crepúsculo amoratado. La observación de este fenómeno ridículo y absurdo se había convertido en una especie de rito entre los hombres de Fish. Observar: eso era todo. No quedaba en ellos nada de esa cualidad vital que es la ilusión, necesaria para sorprenderse o pensar; si algo hubiera quedado, aquellas visitas misteriosas hubieran podido dar lugar a una religión. Pero los hombres de Fish estaban por encima de toda religión —los más descarnados y salvajes dogmas del cristianismo no hubieran podido arraigar en aquella roca estéril—, y en Fish no existían altar, sacerdote ni sacrificio; sólo, a las siete de la tarde, la reunión silenciosa en la estación miserable, una congregación de la que se elevaba una oración de tenue y anémica maravilla.

Aquella tarde de junio, el Gran Encargado de los Frenos, a quien, en caso de haber deificado a alguien, los hombres de Fish podrían haber elegido perfectamente su héroe celeste, había ordenado que el tren de las siete dejara en Fish su carga humana (o inhumana). A las siete y dos minutos Percy Washington y John T. Unger descendieron del expreso, pasaron de prisa ante los ojos embelesados, desmesurados, espantosos, de los doce hombres de Fish, montaron en una calesa que evidentemente había surgido de la nada y se alejaron.

Media hora más tarde, cuando el crepúsculo se coagulaba en la oscuridad, el negro silencioso que conducía la calesa gritó en dirección a un cuerpo opaco que les había salido al paso en las tinieblas. En respuesta al grito, proyectaron sobre ellos un disco luminoso que los miraba como un ojo maligno desde la noche insondable. Cuando estuvieron más cerca, John vio que era la luz trasera de un automóvil inmenso, el más grande y magnífico que había visto en su vida. La carrocería era de metal resplandeciente, más brillante que el níquel y más rutilante que la plata, y los tapacubos de las ruedas estaban adornados con figuras geométricas, iridiscentes, amarillas y verdes: John no se atrevió a preguntarse si eran de cristal o de piedras preciosas.

Dos negros, con libreas relucientes como las que se ven en los cortejos reales londinenses de las películas, esperaban firmes junto al coche, y, cuando los jóvenes bajaron de la calesa, los saludaron en una lengua que el invitado no pudo entender, pero que parecía ser una degeneración extrema del dialecto de los negros del Sur.

—Ven —le dijo Percy a su amigo, mientras colocaban las maletas en el techo de ébano de la limusina—. Siento que hayas tenido que hacer un viaje tan largo en la calesa, pero es preferible que no vean este coche los viajeros del tren y esos tipos de Fish dejados de la mano de Dios.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué coche!

Esta exclamación fue provocada por el interior del vehículo. John vio que la tapicería estaba formada por mil minúsculas piezas de seda, entretejidas con piedras preciosas y bordados, y montadas sobre un paño de oro. Los brazos de los asientos en los que los chicos se habían hundido voluptuosamente estaban cubiertos por una tela semejante al terciopelo, pero que parecía fabricada en los innumerables colores del extremo de las plumas de las avestruces.

—¡Vaya coche! —exclamó John una vez más, maravillado.

—¿Qué? ¿Esto? —Percy se echó a reír—. Pero si es sólo un trasto viejo que usamos como furgoneta.

Se deslizaban silenciosamente a través de la oscuridad hacia una abertura entre las dos montañas.



—Llegaremos dentro de hora y media —dijo Percy, mirando el reloj—. Será mejor que te diga que vas a ver cosas que no has visto nunca.

Si el coche era un indicio de lo que John iba a ver, estaba preparado para maravillarse. El primer mandamiento de la sencilla religión que impera en Hades ordena adorar y venerar las riquezas: si John no hubiera sentido ante ellas una radiante humildad, sus padres hubieran vuelto la cara, horrorizados por la blasfemia.

Habían llegado al paso entre las dos montañas, y en cuanto empezaron a atravesarlo el camino se hizo mucho más escabroso.

—Si la luz de la luna llegara hasta aquí, verías que estamos en un gran barranco —dijo Percy, intentado ver algo por la ventanilla. Dijo unas palabras por el teléfono interior e inmediatamente el lacayo encendió un reflector y recorrió las colinas con un inmenso haz de luz.

—Rocas, ya ves. Un coche normal se haría pedazos en media hora. La verdad es que se necesitaría un tanque para viajar por aquí, si no conoces el camino. Habrás notado que vamos cuesta arriba.

Estaban subiendo, sí, y pocos minutos después el coche coronó una cima, desde donde vislumbraron a lo lejos una luna pálida que acababa de salir. El coche se paró de repente y, a su alrededor, tomaron forma numerosas figuras que salían de la oscuridad: también eran negros. Volvieron a saludar a los jóvenes en el mismo dialecto vagamente reconocible. Entonces los negros se pusieron manos a la obra: engancharon cuatro inmensos cables que caían de lo alto a los tapacubos de las ruedas llenos de joyas. Y, a la voz resonante de «¡Hey-yah!», John notó que el coche se elevaba del suelo, más y más, por encima de las rocas que lo flanqueaban, más y más alto, hasta que pudo divisar un valle ondulado, a la luz de la luna, que se extendía ante él en neto contraste con el tremedal de rocas que acababan de abandonar. Sólo a uno de los lados se veían aún rocas, y enseguida, de repente, no quedaron rocas, ni cerca de ellos ni en ninguna otra parte.

Era evidente que habían superado un inmenso saliente de piedra, como cortada a cuchillo, perpendicular en el aire. Y entonces empezaron a descender y por fin, con un choque suave, se posaron sobre un terreno llano.

—Lo peor ya ha pasado —dijo Percy, echando un vistazo por la ventana—. Sólo faltan ocho kilómetros, por nuestra carretera: es como una tapicería de adoquines. Todo es nuestro. Mi padre dice que aquí termina Estados Unidos.

—¿Estamos en Canadá?

—No. Estamos en las Montañas Rocosas. Pero estás ahora mismo en los únicos ocho kilómetros cuadrados del país que no aparecen en ningún registro.

—¿Por qué? ¿Se les ha olvidado?

—No —dijo Percy, sonriendo—. Han intentado hacerlo tres veces. La primera vez mi abuelo corrompió a un departamento completo del Registro Oficial de la Propiedad; la segunda, consiguió que cambiaran los mapas oficiales de Estados Unidos... Así retrasó quince años el asunto. La última vez fue más difícil. Mi padre se las arregló para que sus brújulas se encontraran en el mayor campo magnético que jamás ha sido creado artificialmente. Consiguió un equipo completo de instrumentos de planimetría y topografía levemente defectuosos, incapaces de registrar este territorio, y los sustituyó por los que iban a ser usados. Luego desvió un río y construyó en la ribera una aldea ficticia, para que la vieran y la confundieran con un pueblo del valle, quince kilómetros más arriba. Mi padre sólo le teme a una cosa —concluyó—: el único medio en el mundo capaz de descubrirnos.

—¿Cuál es?

Percy bajó la voz: su voz se convirtió en un murmullo.

—Los aviones —susurró—. Tenemos media docena de cañones antiaéreos, y nos los vamos arreglando; pero ya ha habido algunas muertes y muchos prisioneros. No es que eso nos preocupe a mi padre y a mí, ya sabes, pero mi madre y las chicas se asustan, y existe la posibilidad de que alguna vez no podamos solucionar el problema.

Fragmentos y jirones de chinchilla, nubes galantes en el cielo de verde luna, pasaban ante la luna como preciosos tejidos de Oriente exhibidos ante los ojos de algún kan tártaro. A John le parecía que era de día, y que veía aviadores que navegaban por el aire y dejaban caer una lluvia de folletos publicitarios y prospectos medicinales con mensajes de esperanza para los desesperados caseríos perdidos en la montaña. Le parecía que miraban a través de las nubes y veían... veían todo lo que había que ver allí adonde él se dirigía. ¿Qué pasaría entonces? Serían obligados a aterrizar

por algún artefacto maligno, y encerrados entre muros lejos de los prospectos medicinales y publicitarios hasta el día del Juicio; o, en caso de burlar la trampa, los derribaría una rápida humareda y la terrible onda expansiva de la explosión de una granada, que asustaría a la madre y las hermanas de Percy. John negó con la cabeza y el fantasma de una sonrisa irónica se insinuó en sus labios entreabiertos. ¿Qué negocio desesperado se escondía en aquel lugar? ¿Qué astucia moral de algún excéntrico Creso? ¿Qué misterio dorado y terrible?

Las nubes de chinchilla se amontonaban a lo lejos y, fuera del automóvil, la noche de Montana era clara como el día. Aquella carretera que era como una alfombra de adoquines pasaba suavemente bajo los grandes neumáticos mientras bordeaban un lago tranquilo e iluminado por la luna; atravesaron una zona de oscuridad durante un instante, un bosque de pinos aromático y fresco, y desembocaron en una amplia avenida de césped, y la exclamación de placer de John coincidió con las palabras taciturnas de Percy:

—Hemos llegado a casa.

Magnífico a la luz de las estrellas, un primoroso castillo se levantaba a orillas del lago, irguiéndose con el esplendor de sus mármoles hasta la mitad de la altura de un monte vecino, para fundirse al fin, con simetría perfecta y transparente languidez femenina, con las densas tinieblas de un bosque de pinos. Las torres innumerables, las esbeltas tracerías de los parapetos inclinados, el cincelado prodigioso de un millar de ventanas amarillas, con sus rectángulos, octógonos y triángulos de luz dorada, la pasmosa suavidad con que se cruzaban el resplandor de las estrellas y las sombras azules, vibraron en el alma de John como la cuerda de un instrumento musical. En la cima de una de las torres, la más alta, la que tenía la base más negra, un juego de luces exteriores creaba una especie de país de ensueño flotante. Y cuando John miraba hacia arriba en un estado de encantamiento entusiasta, un tenue y amortiguado sonido de violines descendió y lo envolvió en una armonía rococó nunca jamás oída. Y, casi inmediatamente, el automóvil se detuvo ante una escalinata de mármol, ancha y alta, a la que el aire de la noche llevaba la fragancia de millares de flores. Al final de la escalinata dos grandes puertas se abrieron silenciosas y una luz ambarina se derramó en la oscuridad, perfilando la figura de una dama elegantísima, de cabellos negros, con un alto peinado, una dama que les tendía los brazos.

—Madre —estaba diciendo Percy—, éste es mi amigo John Unger, de Hades.

Más tarde John recordaría aquella primera noche como un deslumbramiento de muchos colores, sensaciones fugaces, música dulce como una voz enamorada: deslumbramiento ante la belleza de las cosas, luces y sombras, gestos y rostros. Había un hombre con el pelo blanco que, de pie, bebía un licor de múltiples matices en una copa de cristal con el pie de oro. Había una chica, con la cara como una flor, vestida como Titania, con sartas de zafiros entre el pelo. Había una habitación en la que el oro macizo y suave de las paredes cedía a la presión de la mano, y otra habitación que era como la idea platónica del prisma definitivo<sup>13</sup>: estaba, del techo al suelo, recubierta por una masa inagotable de diamantes, diamantes de todas las formas y tamaños, de tal manera que, iluminada desde los ángulos por altas lámparas violáceas, deslumbraba con una claridad que sólo en sí misma podía encontrar parangón, más allá de los deseos o los sueños humanos.

Los dos chicos vagabundearon por aquel laberinto de habitaciones. A veces el suelo que pisaban llameaba con brillantes dibujos de fulgor interior, dibujos de colores mezclados en bárbaros contrastes, o dibujos que tenían la delicadeza del pastel, o el blancor más puro, o mosaicos sutiles y complejos, procedentes sin duda de alguna mezquita del mar Adriático. A veces, bajo losas de espeso cristal, John veía un torbellino de aguas celestes o verdes, pobladas de peces exóticos y una vegetación que mezclaba todos los colores del arco iris. Y pudieron andar sobre pieles de todas las texturas y colores, o a través de corredores del más pálido marfil, inacabables, como si hubieran sido excavados en los gigantescos colmillos de los dinosaurios extinguidos antes de la era del hombre.

Hay luego un intervalo confuso en la memoria, y ya estaban cenando: cada plato estaba hecho con dos capas casi indistinguibles de puro diamante entre las que habían insertado con extraña labor una filigrana de esmeraldas, casi filamentos de puro aire, verdes e intangibles. Una música

---

<sup>13</sup> En su copia de *Tales of the Jazz Age* Fitzgerald corrigió y substituyó «prison» [prisión] por «prisym». (N. delT.)

quejumbrosa y discreta fluía a través de lejanos corredores: la silla, de plumas e insidiosamente curvada en torno a su espalda, parecía tragárselo y aprisionarlo mientras se bebía la primera copa de oporto. Intentó soñolientamente contestar a una pregunta que acababan de hacerle, pero el lujo melífluo que oprimía su cuerpo intensificó el espejismo del sueño: joyas, tejidos, vinos y metales se desdibujaban ante sus ojos en una dulce niebla...

—Sí —contestó con esfuerzo, por cortesía—, allí paso calor de sobra.

Consiguió añadir a sus palabras una risa espectral; luego, sin un movimiento, sin ofrecer resistencia, le pareció flotar a la deriva, alejarse flotando, dejando atrás el postre, un helado que era rosa como un sueño... Se durmió.

Cuando despertó, supo que habían pasado horas. Estaba en una habitación grande y silenciosa, con paredes de ébano y una iluminación desvaída, demasiado débil, demasiado sutil para poder ser llamada luz. Su joven anfitrión se inclinaba sobre él.

—Te has quedado dormido mientras cenábamos —le decía Percy—. Yo estuve a punto de dormirme también: era tan agradable sentirse cómodo después de un año de colegio. Los criados te han desnudado y lavado mientras dormías.

—¿Esto es una cama o una nube? —suspiró John—. Percy, Percy, antes de que te vayas, quisiera pedirte perdón.

—¿Por qué?

—Por haber dudado de ti cuando dijiste que tenías un diamante tan grande como el Hotel Ritz-Carlton.

Percy sonrió.

—Sabía que no me creías. Es esta montaña, ¿sabes?

—¿Qué montaña?

—La montaña sobre la que está construido el castillo. No es demasiado alta para ser una montaña. Pero, aparte de unos quince metros de hierba y grava, es un diamante puro. Un diamante único en el mundo, un diamante de unos 1.500 metros cúbicos, sin un solo defecto. ¿Me estás escuchando? Oye...

Pero John T. Unger había vuelto a quedarse dormido.

### III.

Era por la mañana. Mientras se despertaba, percibió entre sueños que la habitación se iba llenando de luz solar. Los paneles de ébano de una de las paredes, deslizándose por una especie de raíles, habían entreabierto la habitación para que entrara la luz del día. Un negro voluminoso, en uniforme blanco, estaba de pie junto a la cama.

—Buenas noches —murmuró John, ordenándole a su propia mente que volviera de las regiones de la insensatez.

—Buenos días, señor. ¿Desea darse un baño, señor? Por favor, no se levante. Yo lo llevaré. Basta con que se desabotone el pijama... así. Gracias, señor.

John permaneció tranquilamente en la cama mientras le quitaban el pijama: aquello le divertía y le gustaba. Esperaba que lo cogieran como a un niño los brazos de aquel negro Gargantúa que lo atendía, pero no sucedió nada parecido; sintió que la cama se inclinaba hacia un lado, y John empezó a desplazarse, sorprendido al principio, hacia la pared, pero, cuando iba a tocarla, las cortinas se abrieron y, deslizándose por un blando plano inclinado que no llegaba a los dos metros de longitud, se hundió suavemente en agua que estaba a la misma temperatura que su cuerpo.

Miró alrededor. La pasarela o el tobogán que lo había conducido al agua se había plegado lenta y automáticamente. Había sido proyectado a otra habitación y estaba sentado en una bañera empotrada en el suelo: su cabeza quedaba exactamente por encima del nivel del suelo. Todo a su alrededor, las paredes de la habitación y el fondo de la bañera, formaba parte de un acuario azul, y, mirando a través de la superficie de cristal en la que estaba sentado, podía ver cómo nadaban los peces entre luces ambarinas, deslizándose sin ninguna curiosidad junto a los dedos de sus pies, separados sólo por la espesura del cristal. Desde lo alto, la luz del sol se filtraba a través de un vidrio verdemar.

—He pensado, señor, que esta mañana preferiría agua de rosas caliente con espuma de jabón y, para terminar, quizá agua salada fría.

El negro seguía a su lado.

—Sí —asintió John, sonriendo como un tonto—. Como usted quiera.

La sola idea de ordenar aquel baño hubiera resultado, de acuerdo con su pobre nivel de vida, presuntuosa e incluso perversa.

El negro apretó un botón y una ducha templada empezó a caer, en apariencia desde arriba, pero en realidad, según pudo descubrir John muy pronto, de una especie de fuente que había junto a la bañera. El agua tomó un color rosa pálido, y chorros de jabón líquido brotaron de cuatro cabezas de morsa en miniatura situadas en los ángulos de la bañera. Y, en un instante, doce minúsculas ruedas hidráulicas, fijadas a los lados, habían agitado y convertido la mezcla en un radiante arco iris de espuma rosa que envolvía a John en una delicia de suavidad y ligereza y estallaba a su alrededor por todas partes en burbujas resplandecientes y rosa.

—¿Conecto el proyector de cine, señor? —sugirió el negro respetuosamente—. Hoy hay preparada una buena comedia de un solo rollo, pero puedo poner una película más seria, si así lo prefiere.

—No, gracias —contestó John con educación y firmeza. Disfrutaba demasiado del baño como para desear otra distracción. Pero llegó la distracción: ahora oía, procedente del exterior, una música de flautas, flautas que derramaban una melodía semejante a una cascada, tan fresca y verde como aquella habitación, y acompañaban a un volátil octavín, más frágil que el encaje de espuma que lo envolvía y fascinaba.

Tras una ducha de agua salada y fría, salió de la bañera en un albornoz con tacto de lana y, sobre un diván tapizado con el mismo tejido, recibió un masaje de aceite, alcohol y perfumes. Luego se sentó en una voluptuosa silla para que lo afeitaran y le recortaran un poco el pelo.

—El señor Percy lo espera en su salón —dijo el negro, cuando acabaron estas operaciones—. Me llamo Gygsum, señor Unger. Todas las mañanas estaré al servicio del señor Unger.

John encontró lleno de sol el cuarto de estar, donde el desayuno lo esperaba, y a Percy, resplandeciente en pantalones de golf blancos de piel de cabra, fumando cómodamente sentado.

#### IV.

Ésta es la historia de la familia Washington, tal como Percy se la resumió a John durante el desayuno.

El padre del actual señor Washington había nacido en Virginia, descendiente directo de George Washington y lord Baltimore. Cuando terminó la Guerra Civil era un coronel de veinticinco años, propietario de una plantación destruida y unos mil dólares de oro.

Fitz-Norman Culpepper Washington, pues ése era el nombre del joven coronel, decidió regalarle a su hermano menor la propiedad de Virginia e irse al Oeste. Eligió a veinticuatro de sus negros más fieles, que, por supuesto, lo adoraban, y compró veinticinco billetes de tren para el Oeste, donde pensaba obtener concesiones de tierra a nombre de los veinticinco y montar un rancho de ovejas y vacas.

Cuando llevaba en Montana menos de un mes y las cosas le iban verdaderamente mal, se topó con su extraordinario descubrimiento. Se había perdido cabalgando por las colinas, y después de un día sin comer, empezó a sentir hambre. Como no tenía rifle, se vio forzado a perseguir a una ardilla, y en el curso de la persecución se dio cuenta de que la ardilla llevaba algo brillante en la boca. Cuando ya desaparecía en su madriguera —la Providencia no quiso que aquella ardilla aplacase el hambre de Fitz-Norman Washington—, el animal soltó su carga. Al sentarse para considerar la situación, Fitz-Norman vislumbró un fulgor entre la hierba, muy cerca. Diez segundos después, había perdido completamente el apetito y ganado cien mil dólares. La ardilla, que había evitado con irritante obstinación convertirse en comida, le había regalado un diamante perfecto y descomunal.

Más tarde, aquella misma noche, Washington encontró el camino hasta el campamento, y doce horas después todos sus negros de sexo masculino ocupaban los alrededores de la madriguera de la ardilla y cavaban con furia en la falda de la montaña. Les dijo que había descubierto una mina de cuarzo y, dado que sólo uno o dos negros habían visto antes algo parecido a un diamante, lo

creyeron sin ningún género de dudas. Cuando estuvo seguro de la magnitud de su descubrimiento, se encontró en un verdadero aprieto. Toda la montaña era un diamante: sólo era, literalmente, un diamante puro. Llenó cuatro sacos de muestras rutilantes y partió a lomos de su caballo hacia Saint Paul; allí consiguió vender media docena de piedras pequeñas. Cuando intentó vender una piedra más grande, un tendero se desmayó y Fitz-Norman fue detenido por escándalo público. Se escapó de la cárcel y tomó el tren de Nueva York, donde vendió algunos diamantes de tamaño mediano y recibió a cambio doscientos mil dólares de oro. Pero no se atrevió a mostrar ninguna gema excepcional. Y, de hecho, abandonó Nueva York en el momento oportuno. Una tremenda conmoción se había producido en los ambientes próximos a los joyeros, no tanto por el tamaño de los diamantes, como por su aparición en la ciudad, sin que nadie conociera su misteriosa procedencia. Empezaron a correr estafalarios rumores de que la mina había sido descubierta en los montes Catskill, en la costa de Jersey, en Long Island, bajo Washington Square. Trenes especiales, llenos de hombres con picos y palas, empezaron a salir de Nueva York rumbo a distintos y cercanos Eldorados. Pero, para entonces, el joven Fitz-Norman viajaba ya camino de Montana.

Quince días después, había calculado que el diamante de la montaña equivalía aproximadamente a todos los diamantes que, por lo que se sabe, existen en el mundo. No habría sido posible, sin embargo, valorarlo con exactitud, pues se trataba de un único diamante purísimo, y si hubiese sido puesto a la venta, no sólo hubiese provocado el hundimiento del mercado, sino que, si, de acuerdo con la costumbre, el valor varía según el tamaño en progresión aritmética, no hubiera habido oro en el mundo para comprar la décima parte. Y, además, ¿qué se podía hacer con un diamante de semejantes dimensiones?

Era una situación difícil y extraordinaria. Era, en cierto sentido, el hombre más rico de todos los tiempos, pero ¿le valía de algo? Si su secreto llegaba a saberse, quién sabe a qué medidas tendría que recurrir el Gobierno para evitar el pánico, tanto en el mercado del oro como en el de las piedras preciosas. Incluso podrían expropiar el diamante y crear un monopolio.

No le cabía otra alternativa: tenía que explotar la montaña en secreto. Fitz-Norman recurrió a su hermano menor, que se encontraba en el Sur, y le confió el mando de su séquito de negros, pobres negros que no se habían dado cuenta de que la esclavitud había sido abolida. Para mayor seguridad, les leyó una proclama que él mismo había redactado, en la que se anunciaba que el general Forrest había reorganizado los destrozados ejércitos del Sur y derrotado a los nordistas en una batalla campal. Los negros lo creyeron sin reservas, e inmediatamente lo celebraron con alegría y ceremonias religiosas.

Fitz-Norman partió hacia países extranjeros con cien mil dólares y dos baúles llenos de diamantes sin pulir de todos los tamaños. Navegó rumbo a Rusia en un junco chino, y, seis meses después de salir de Montana, llegó a San Petersburgo. Encontró un oscuro alojamiento y fue a ver al joyero de la Corte para anunciarle que tenía un diamante para el zar. Se quedó en San Petersburgo dos semanas, en constante peligro de ser asesinado, cambiando sin cesar de alojamiento, con miedo de abrir más de tres o cuatro veces sus baúles durante aquellos quince días.

Después de prometer que volvería un año más tarde con piedras más grandes y más bellas, recibió permiso para zarpar rumbo a la India. Pero, antes de que partiera, los tesoreros de la Corte le habían depositado en bancos americanos, en cuentas abiertas bajo cuatro diferentes nombres supuestos, la suma de quince millones de dólares.

Volvió a Estados Unidos en 1868, después de una ausencia de algo más de dos años. Había visitado las capitales de veintidós países y hablado con cinco emperadores, once reyes, tres príncipes, un sah, un kan y un sultán. En aquel momento Fitz-Norman calculaba su fortuna en mil millones de dólares. Un factor contribuía decisivamente al mantenimiento del secreto: ninguno de sus diamantes de mayor tamaño permanecía a la vista del público más de una semana sin que inmediatamente le atribuyeran una historia tan rica en desgracias, amores, revoluciones y guerras, que forzosamente había de remontarse a los días del primer imperio babilonio.

Desde 1870 hasta su muerte en 1900, la historia de Fitz-Norman Washington fue una larga epopeya del oro. Hubo también asuntos secundarios, claro: consiguió eludir a los registradores de la propiedad, se casó con una dama de Virginia, de la que tuvo un único hijo, y se vio obligado, por una serie de desafortunadas complicaciones, a matar a su hermano, que tenía la desdichada costumbre de emborracharse hasta caer en un estupor indiscreto que muchas veces había puesto en peligro la seguridad de todos. Pero pocos asesinatos más turbaron aquellos felices años de progreso y expansión.

No mucho antes de morir, adoptó una nueva política, e invirtiendo sólo algunos millones de dólares de su patrimonio líquido, adquirió grandes cantidades de metales preciosos y los depositó en las cámaras acorazadas de bancos de todo el mundo como si fueran antigüedades. Su hijo, Braddock Tarleton Washington, siguió, a escala aún mayor, la misma política. Los metales preciosos fueron sustituidos por el más raro de todos los elementos, el radio: el equivalente en radio a mil millones de dólares de oro cabe en un recipiente no más grande que una caja de puros.

Tres días después de la muerte de Fitz-Norman, su hijo Braddock decidió que los negocios habían ido demasiado lejos. La cuantía de las riquezas que su padre y él habían extraído de la montaña estaba por encima de todo cálculo. Registró en un dietario, en clave, la cantidad aproximada de radio depositada en cada uno de los mil bancos de los que era cliente, y los nombres falsos que poseían la titularidad de w cuentas. Luego hizo una cosa muy sencilla: cerró la mina.

Cerró la mina. Lo que ya habían extraído mantendría, con lujo sin precedentes, durante generaciones, a todos los Washington que pudieran nacer. Su única preocupación sería guardar el secreto, para Le el previsible pánico que causaría su revelación no lo redujera a la Aseria absoluta, junto con todos los capitalistas del mundo.

Aquella era la familia con la que se encontraba John T. Unger. Ésta fue la historia que le contaron en el cuarto de estar de paredes de plata la mañana después de su llegada.

## V.

Después del desayuno, John se dirigió hacia la gran entrada de mármol, desde donde contempló con curiosidad el panorama que se ofrecía a su vista. Todo el valle, desde la montaña de diamante hasta el abrupto precipicio de granito ocho kilómetros más allá, aún despedía un hálito dorado que flotaba perezosamente sobre la magnífica extensión de prados, lagos y jardines. Aquí y allí, grupos de olmos formaban delicados bosquecillos de sombra, en extraño contraste con las duras masas de los pinos que se agarraban a las colinas como puños de un verde azulado y oscuro. Vio a tres cervatos que, con pasos ligeros, salieron en fila de entre unas matas, a menos de un kilómetro de distancia, y desaparecieron con desmañada vivacidad en la penumbra veteada de negro de otras matas. John no se hubiera sorprendido si hubiera visto a un fauno tocar la flauta a su paso entre los árboles, o si hubiera vislumbrado una piel rosa de ninfa y una cabellera rubia flotando al viento entre las más verdes de las hojas verdes.

Con aquella remota esperanza descendió los peldaños de mármol, perturbando ligeramente el sueño de dos sedosos perros lobos rusos al pie de la escalinata, y se puso en camino a través de un paseo de losas azules y blancas que parecía no llevar a ningún sitio preciso.

Disfrutaba cuanto podía. La felicidad de la juventud, así como su insuficiencia, estriba en que los jóvenes no pueden vivir en el presente, sino que siempre deben comparar el día que pasa con el futuro, imaginado con esplendor: flores y oro, chicas y estrellas, sólo son premoniciones y profecías del incomparable e inalcanzable sueño juvenil.

John siguió una suave curva donde los macizos de rosas llenaban el aire de intensos aromas y, a través de un parque, se dirigió hacia un claro de musgo a la sombra de unos árboles. Nunca se había tendido sobre el musgo y quería comprobar si de verdad era tan blando como para justificar que su nombre fuera utilizado para designar la blandura. Entonces vio a una chica que se acercaba por el prado. Era la criatura más bella que había visto en su vida.

Vestía una falda corta, blanca, que apenas le tapaba las rodillas, y le ceñía el pelo una guirnalda de resedas unidas con pasadores de zafiros azules. Sus desnudos pies rosados salpicaban rocío conforme se iba acercando. Era más joven que John: no tenía más de dieciséis años.

—Hola —exclamó con voz suave—, soy Kismine.

Ya era, para John, mucho más. Avanzó hacia la chica, y, cuando estuvo más cerca, casi ni se atrevía a dar un paso, por temor a pisarle los pies desnudos.

—No nos conocíamos —dijo con aquella voz suave. Y sus ojos azules añadieron: «¡Y te has perdido muchísimo!»—. Anoche conociste a mi hermana Jasmine. Yo estaba mala: me había sentido mal la lechuga —prosiguió la voz suave, y los ojos añadieron: «Y soy muy dulce cuando estoy mala... Y cuando estoy bien».

«Me has causado una enorme impresión», dijeron los ojos de John, «y yo no soy tan fácil». —¿Cómo estás? —dijo su voz—. Espero que te encuentres mejor esta mañana —y sus ojos añadieron, tímidos: «Querida».

John se dio cuenta de que estaban paseando por el prado. Kismine propuso que se sentaran en el musgo: John había olvidado probar su blandura.

Era muy exigente con las mujeres. Un simple defecto —unos tobillos gruesos, una voz ronca, una mirada fría— bastaba para que dejaran de interesarle. Y he aquí que, por primera vez en su vida, estaba con una chica que le parecía la encarnación de la perfección física.

—¿Eres del Este? —le preguntó Kismine con un interés encantador.

—No —respondió John con sencillez—. Soy de Hades.

O nunca había oído hablar de Hades, o no se le ocurrió ningún comentario amable, porque no volvió a nombrar aquel sitio.

—Este otoño voy a ir a un colegio del Este —dijo Kismine—. ¿Crees que me lo pasaré bien? Iré a Nueva York, al colegio de la señorita Bulge. Es un colegio muy severo, pero, ¿sabes?, los fines de semana los pasaré con mi familia en nuestra casa de Nueva York, porque papá se ha enterado de que las alumnas tienen que pasear de dos en dos, en fila.

—Tu padre quiere que tengas orgullo —observó John.

—Somos orgullosas —contestó, y los ojos le brillaban de dignidad—. Jamás nos han castigado. Papá dice que jamás debemos ser castigadas. Una vez, mi hermana Jasmine, cuando era pequeña, lo empujó escaleras abajo, y papá sólo se levantó y se fue cojeando... Mamá se quedó... —continuó Kismine—, bueno, un poco sorprendida cuando oyó que eras de..., ya sabes, de ese sitio de donde eres. Dice que, cuando era joven... Pero es que, ya sabes, es española y anticuada.

—¿Pasas mucho tiempo aquí? —preguntó John, para disimular que aquellas palabras lo habían molestado. Parecían una alusión poco amable a su provincianismo.

—Percy, Jasmine y yo venimos todos los veranos, pero el verano que viene Jasmine irá a Newport. El año que viene irá a Londres para ser presentada en sociedad ante la Corte.

—¿Sabes —comenzó John indeciso— que eres mucho más sofisticada de lo que me había imaginado al verte?

—No, no, qué va —se apresuró a responder Kismine—. Kft pensarlo. Creo que los jóvenes que son sofisticados son terriblemente vulgares, ¿no te parece? Yo no lo soy, en absoluto, de verdad. Si me dices que soy sofisticada, me echaré a llorar.

Estaba tan dolida que le temblaba el labio. John se vio obligado a declarar:

—No creo que seas sofisticada; sólo lo he dicho para hacerte rabiar.

—Porque, si lo fuese, no me importaría —insistía ella—, pero no lo soy. Soy muy inocente y muy niña. Nunca fumo ni bebo y sólo leo poesías. Casi no sé nada de matemáticas o química. Me visto con mucha sencillez. La verdad es que casi no me visto. Lo último que puedes decir de mí es que soy sofisticada. Creo que las chicas deben disfrutar la juventud de un modo saludable.

—Yo también lo creo —dijo John sinceramente.

Kismine estaba otra vez alegre. Le sonreía, y una lágrima que nacía sin vida se escurrió por la comisura de un ojo azul.

—Me caes simpático —le murmuró en tono íntimo—. ¿Vas a pasar todo el tiempo con Percy mientras estés aquí, o serás simpático conmigo? Piénsalo... Soy un territorio absolutamente virgen. Nunca he tenido novio. Nunca me han dejado estar sola con chicos... salvo con Percy. He venido al bosque porque quería verte sin tener a toda la familia alrededor.

Profundamente halagado, John hizo una reverencia, tal como le habían enseñado en la academia de baile de Hades.

—Es mejor que nos vayamos —dijo Kismine con dulzura—. He quedado con mamá a las once. Todavía no me has pedido que te dé un beso. Creía que era lo que hacían los chicos de hoy.

John hinchó el pecho, lleno de orgullo.

—Algunos lo hacen —contestó—, pero yo no. Las chicas no hacen esas cosas... en Hades.

Volvieron juntos a la casa.

## VI.

John estaba frente al señor Braddock Washington, a pleno sol. Era un hombre de unos cuarenta años, con un semblante orgulloso e inexpresivo, mirada inteligente y complexión robusta. Por la mañana le gustaban los caballos, los mejores caballos. Se apoyaba en un sencillo bastón de paseo, de abedul, con un gran ópalo en el puño. Le enseñaba, con Percy, el lugar a John.

—Las viviendas de los esclavos están allí —el bastón de paseo señalaba, a la izquierda, un claustro de mármol que, con la gracia del estilo gótico, se extendía al pie de la montaña—. Cuando yo era joven, un periodo de absurdo idealismo me apartó de la vida real. Durante aquel tiempo, los esclavos vivieron en el lujo. Por ejemplo, hice que cada uno tuviera baño en sus habitaciones.

—Me figuro —se aventuró a decir John, con una sonrisa zalamera— que usarían las bañeras para guardar el carbón. El señor Schnlitzer-Murphy me contó que una vez...

—Las opiniones del señor Schnlitzer-Murphy no deben de tener demasiada importancia —lo interrumpió Braddock Washington con frialdad—. Mis esclavos no usaban las bañeras como carboneras. Tenían órdenes de bañarse cada día, y obedecían. Si no lo hubieran hecho, yo hubiera podido ordenar que se lavaran la cabeza con ácido sulfúrico. Interrumpí los baños por otra razón. Varios se resfriaron y murieron. El agua no es buena para ciertas razas, si no es para beber.

John se rió, e inmediatamente decidió limitarse a asentir escuetamente con la cabeza. Braddock Washington lo hacía sentirse incómodo.

—Todos esos negros son descendientes de los que mi padre se trajo del Norte. Ahora debe de haber unos doscientos cincuenta. Te habrás dado cuenta de que han vivido tanto tiempo al margen del mundo que su dialecto nativo se ha convertido en una jerga casi ininteligible. A algunos les hemos enseñado a hablar inglés: a mi secretario y a dos o tres criados de la casa. Éste es el campo de golf—continuó, mientras paseaban por el césped verde, invernal—. Ya ves que todo lo ocupa el *green*: aquí no hay *fairway*, ni *rough*, ni riesgos.

Le sonreía cordialmente a John.

—¿Hay muchos hombres en la jaula, padre?

Braddock Washington tropezó, y se le escapó una maldición.

—Uno menos de los que debería haber —exclamó sombríamente, y añadió un instante después—: Hemos tenido problemas.

—Mamá me lo había dicho —exclamó Percy—; aquel profesor italiano...

—Un terrible error —dijo Braddock Washington, muy enfadado—. Pero, desde luego, hay muchas posibilidades de que lo encontremos. Puede que haya caído en alguna parte del bosque, o que se haya precipitado por un barranco. Y siempre existirá la posibilidad de que, si consigue huir, nadie crea su historia. De cualquier modo, he mandado dos docenas de hombres para que lo busquen por las aldeas de los alrededores.

—¿Y no ha habido resultados?

—Alguno. Catorce hombres le han dicho a mi agente que habían matado a un individuo que respondía a la descripción, pero puede ser, desde luego, que sólo quisieran cobrar la recompensa.

Se interrumpió. Se habían acercado a una gran cavidad en el suelo, un círculo más o menos del tamaño de un tiiovivo, cubierto por una fuerte reja de acero. Braddock Washington le hizo señas a John y apuntó el bastón hacia la profundidad, a través de la reja. John se acercó al agujero y miró, y de repente le hirió los oídos una desenfundada gritería que surgía de las profundidades.

—¡Baja al infierno!

—¡Eh, chico! ¿Cómo es el aire ahí arriba?

—¡Eh, échanos una cuerda!

—¿No tendrás un bollo duro, hijo, o un par de bocadillos de segunda mano?

—Oye, amigo, si le empujas al tipo ese que está contigo, te haremos una demostración del arte de la desaparición súbita.

—Dale una paliza de mi parte, ¿vale?

Había demasiada oscuridad para ver con claridad en el interior del foso, pero, por el rudo optimismo y la brava vitalidad de aquellas frases y voces, John hubiera dicho que pertenecían a



norteamericanos de clase media y del tipo más atrevido. Entonces el señor Washington alargó el bastón y oprimió un botón que había entre la hierba, y el foso se iluminó de repente.

—Son marineros, aventureros que han tenido la desgracia de encontrar Eldorado —señaló.

Había aparecido a sus pies, en la tierra, un gran agujero que tenía la forma del interior de un tazón. Las paredes eran empinadas, y parecían de vidrio pulido, y sobre el fondo ligeramente cóncavo había, de pie, dos docenas de hombres en uniforme de aviador, mezclando ropa militar y civil. Sus rostros, vueltos hacia arriba, encendidos por la cólera, el rencor, la desesperación, el cinismo, estaban cubiertos por largas barbas, pero, excepto unos pocos que se consumían a ojos vistas, parecían bien alimentados, sanos.

Braddock Washington acercó una silla de jardín al filo del foso y se sentó.

—Bueno, ¿cómo estáis, muchachos? —preguntó afablemente.

Un coro de abominaciones, en el que participaron todos, menos los que estaban demasiado abatidos para gritar, se elevó hasta el aire soleado, pero Braddock Washington lo oyó con imperturbable serenidad. Cuando el último eco se apagó, habló de nuevo.

—¿Habéis encontrado alguna salida para vuestros problemas?

De aquí y allá brotaron algunas respuestas.

—¡Hemos decidido quedarnos aquí por gusto!

—¡Súbenos y verás qué pronto encontramos la salida!

Braddock Washington esperó a que volvieran a callar. Entonces dijo:

—Ya os he explicado la situación. No quisiera que estuvierais aquí. Le pido a Dios no haberos visto nunca. Vuestra propia curiosidad os trajo aquí, y en cuanto se os ocurra una salida que nos salvaguarde a mí y a mis intereses, estaré encantado de tomarla en consideración. Pero mientras limitéis vuestro esfuerzos a excavar túneles —sí, ya estoy al corriente del último que habéis empezado— no llegaréis muy lejos. Esto no es tan duro como queréis hacer creer, con todos vuestros alaridos, a los seres queridos de mi casa. Si hubierais sido el tipo de personas que se preocupa por los seres queridos, jamás os hubierais dedicado a la aviación.

Un hombre alto se separó de los demás y levantó una mano para llamar la atención.

—¡Permítame hacerle algunas preguntas! —gritó—. Usted pretende ser un hombre equitativo.

—Qué absurdo. ¿Cómo puede un hombre de mi posición ser equitativo con vosotros? ¿Por qué no pides que un perro cazador sea equitativo con un pedazo de carne?

Ante esta observación despiadada, las caras de las dos docenas de pedazos de carne acusaron el golpe, pero el hombre alto continuó:

—¡Muy bien! —gritó—. Ya hemos discutido antes estas cosas. Usted no es humanitario, ni equitativo, pero es humano, o al menos dice serlo, y será capaz de ponerse en nuestro lugar y entender hasta qué punto... Hasta qué punto...

—¿Hasta qué punto, qué? —preguntó Washington fríamente.

—Hasta qué punto es innecesario...

—Para mí, no.

—Bueno, hasta qué punto es cruel...

—Eso ya lo hemos hablado. No existe crueldad cuando está en juego la propia conservación. Habéis sido soldados, lo sabéis. Busca otro argumento.

—Bueno, entonces, hasta qué punto es una estupidez.

—Bien —admitió Washington—, eso lo reconozco. Pero intentad pensar una alternativa. Me he ofrecido a ejecutaros sin dolor a todos, o a quien quiera, cuando lo deseéis. Me he ofrecido a secuestrar a vuestras mujeres, novias, hijos y madres, para traéroslos hasta aquí. Ampliaremos vuestro alojamiento en la fosa, y os alimentaremos y vestiremos durante el resto de vuestras vidas. Si hubiera algún método que produjera amnesia permanente, os lo hubiera aplicado a todos y os hubiera liberado de inmediato, lejos de mis propiedades. Pero no se me ocurre otra cosa.

—¿Y si te fiaras de que no te íbamos a delatar? —gritó alguien.

—No lo dices en serio —dijo Washington con sarcasmo—. Dejé salir a uno para que le enseñara italiano a mi hija. Huyó la semana pasada.

Un grito salvaje de júbilo salió de repente de dos docenas de gargantas y le siguió un estallido de alegría. Los prisioneros bailaron y aplaudieron con entusiasmo, cantaron a la tirolesa y lucharon entre sí en un repentino e increíble ataque de optimismo animal. Incluso treparon por las paredes de vidrio del agujero, hasta donde pudieron, y resbalaron otra vez hasta el fondo, sobre el cojín natural de sus cuerpos. El hombre alto empezó una canción que todos corearon:

*Sí, colgaremos al Kaiser  
de un manzano ácido.*

Braddock Washington guardó un silencio inescrutable hasta que la canción terminó.

—Ya veis —observó, en cuanto consiguió un mínimo de atención—. No os guardo rencor. No me gusta veros tristes. Por eso no os había contado todo de golpe. Ese tipo... ¿Cómo se llamaba? ¿Crichtichiello? Uno de mis agentes le disparó y acertó en catorce puntos distintos.

Los prisioneros no sospechaban que los puntos a los que se refería eran catorce ciudades diferentes: las ruidosas manifestaciones de alegría cesaron inmediatamente.

—De todas maneras —exclamó Washington con cierta rabia—, intentó huir. ¿Pretendéis que vuelva a arriesgarme con vosotros después de una experiencia semejante?

Se repitieron las imprecaciones y los gritos.

—¡Claro!

—¿Quiere aprender chino tu hija?

—¡Eh! ¡Yo hablo italiano! Mi madre era italiana.

—¡Lo mismo quiere aprender a hablar como en Nueva York!

—¡Si es la chica de los ojos azules, puedo enseñarle cosas mucho mejores que hablar italiano!

—Yo sé canciones irlandesas, y, si hace falta, sé batir el cobre.

El señor Washington alargó repentinamente el bastón y pulsó el botón entre la hierba, y la escena del foso desapareció al instante y sólo quedó la gran boca oscura, cubierta tristemente por los dientes negros de la reja.

—¡Eh! —gritó una voz desde el fondo—, ¿te vas a ir sin bendecirnos?

Pero el señor Washington, seguido por los dos chicos, se encaminaba ya a grandes pasos hacia el agujero número nueve del campo, como si el foso y todo lo que contenía sólo fuera un obstáculo más que hubiera superado con facilidad su hábil palo de golf.

## VII.

Julio, al abrigo de la montaña de diamante, fue un mes de noches frescas y días cálidos, esplendorosos. John y Kismine estaban enamorados. John no sabía que el pequeño balón de fútbol de oro (con la inscripción *Pro deo et patria et St. Mida*) que le había regalado a Kismine descansaba sobre el pecho de la chica, colgado de una cadena de platino. Pero así era. Y Kismine no sabía que John guardaba con ternura en su joyero un gran zafiro que un día se había desprendido de su sencillo peinado.

Una tarde, cuando reinaba el silencio en la sala de música de rubíes y armiño, pasaron una hora juntos. John le cogió la mano y Kismine lo miró de tal manera que él murmuró su nombre. Kismine se inclinó hacia él y luego titubeó.

—¿Has dicho Kismine? —preguntó suavemente—. O...

Quería estar segura. Pensaba que quizá se estaba equivocando.

Ninguno de los dos sabía lo que era un beso, pero una hora después parece que las cosas eran un poco diferentes.

Se fue yendo la tarde. Aquella noche, cuando un último soplo de música descendió desde la torre más alta, soñaban despiertos con cada uno de los minutos del día. Habían decidido casarse tan pronto como fuera posible.

## VIII.

Todos los días el señor Washington y los dos jóvenes iban a cazar o a pescar a lo más hondo del bosque, o a jugar al golf en el campo soñoliento —partidas en las que diplomáticamente John dejaba ganar a su anfitrión—, o a nadar en la fresca montaña del lago. El señor Washington le parecía a John un hombre de carácter un tanto riguroso: indiferente por completo a otras ideas y opiniones que no fueran las suyas. La señora Washington era siempre distante y reservada. Parecía despreocuparse absolutamente de sus dos hijas y dedicarse por completo a su hijo Percy, con quien mantenía durante la comida conversaciones interminables en un español fluido.

Jasmine, la hija mayor, se parecía a Kismine a primera vista —salvo que tenía las piernas un poco arqueadas, y las manos y los pies demasiado grandes—, pero poseía un temperamento completamente distinto. Sus libros preferidos trataban de chicas pobres que cuidaban la casa de su padre viudo. Kismine le contó a John que Jasmine no se había podido recuperar del impacto y la decepción producidos por el fin de la guerra mundial, cuando estaba a punto de partir hacia Europa para servir en las cantinas militares. Incluso había pasado algún tiempo muy triste, y Braddock Washington había dado algunos pasos para provocar una nueva guerra en los Balcanes, pero Jasmine vio la foto de unos soldados serbios heridos y perdió el interés por todo lo que se refiriera a aquel asunto. Sin embargo, Percy y Kismine parecían haber heredado la arrogancia de su padre, en toda su cruel magnificencia. Un egoísmo casto y consecuente moldeaba todas y cada una de sus ideas.

A John le encantaban las maravillas del castillo y del valle. Braddock Washington, según le contó Percy, había mandado secuestrar a un diseñador de jardines, un arquitecto, un escenógrafo y un poeta del decadentismo francés superviviente del siglo pasado. Puso a su disposición toda la fuerza de sus negros y les procuró los materiales más preciosos y raros que existen en el mundo, dejándoles libertad para que llevaran a cabo algunas de sus ideas. Pero uno tras otro habían demostrado su incapacidad. El poeta decadentista enseguida empezó a quejarse de estar lejos de los bulevares en primavera: hizo algunas vagas observaciones sobre especias, monos y marfiles, pero no dijo nada que tuviese valor práctico. El escenógrafo, por su parte, quería convertir el valle en una sucesión de trucos y efectos sensacionales: algo de lo que los Washington se hubieran cansado pronto. En cuanto al arquitecto y al diseñador de jardines, sólo pensaban en términos convencionales. Querían hacer esto según este modelo, y aquello según aquel otro.

Pero por lo menos resolvieron el problema de lo que cabía hacer con ellos: enloquecieron una mañana temprano, después de pasar toda la noche reunidos, intentando ponerse de acuerdo sobre dónde colocar una fuente, y ahora estaban internados cómodamente en un manicomio de Westport, en Connecticut.

—Pero —preguntó John con curiosidad— ¿quién proyectó vuestros maravillosos salones, los vestíbulos, los accesos al castillo y los cuartos de baño?

—Bueno —contestó Percy—, me da vergüenza decírtelo, pero fue uno que hace películas, la única persona que encontramos acostumbrada a manejar cantidades ilimitadas de dinero, aunque comía vorazmente con la servilleta atada al cuello y no sabía leer ni escribir.

Agosto se acababa, y John empezó a sentir pena: pronto debería volver al colegio. Kismine y él habían decidido fugarse juntos en junio del año siguiente.

—Sería más bonito casarnos aquí —confesó Kismine—, pero la verdad es que mi padre no me daría nunca permiso para casarme contigo. Y, además, prefiero la fuga. Es terrible para los ricos casarse en Estados Unidos en estos tiempos: tienen que mandar comunicados a la prensa anunciando que la boda se celebrará con sobras, cuando lo que quieren decir es que se casarán con un puñado de perlas de segunda mano y algún encaje que una vez llevó la emperatriz Eugenia.

—Lo sé —asintió John vehementemente—. Cuando fui a casa de los Schnlitzer-Murphy, la hija mayor, Gwendolyn, se casó con el hijo del dueño de media Virginia. Escribió a casa diciendo lo difícil que era arreglárselas con el sueldo del marido, empleado de banco. Y terminaba diciendo: «Gracias a Dios, tengo cuatro criadas, y eso me ayuda un poco».

—Es absurdo —comentó Kismine—. Creo que hay millones y millones de personas, trabajadores y gente así, que se las arreglan con sólo dos criadas.

Una tarde de finales de agosto, unas palabras casuales de Kismine cambiaron la situación por completo y sumieron a John en un estado de terror.

Estaban en su bosquecillo preferido, y entre besos John se abandonaba a románticos presentimientos que creía que añadían patetismo a sus relaciones.

—A veces pienso que nunca nos casaremos —dijo con tristeza—. Tú eres demasiado rica, demasiado suntuosa. Una persona tan rica como tú no puede ser como las otras chicas. Tendré que casarme con la hija de cualquier acomodado ferretero al por mayor de Omaha o Sioux City, y contentarme con medio millón de dólares de dote.

—Yo conocí una vez a la hija de un ferretero —señaló Kismine—. No creo que te hubieses sentido a gusto con ella. Era amiga de mi hermana. Estuvo aquí.

—Ah, ¿habéis tenido otros invitados? —exclamó John sorprendido.

Kismine pareció arrepentirse de lo que había dicho.

—Bueno, sí —se apresuró a decir—; hemos tenido algunos.

—Pero... ¿No temíais...? ¿No temía tu padre que lo contaran todo cuando se fueran?

—Hasta cierto punto, ¿no? Hasta cierto punto —contestó—. ¿Por qué no hablamos de algo más agradable?

Pero aquello había despertado la curiosidad de John.

—¡Algo más agradable! —exclamó—. ¿Es que esto no es agradable? ¿No eran simpáticas aquellas chicas?

Para su gran sorpresa, Kismine se echó a llorar.

—Sí... Y ése... Ése es precisamente el problema. Me había hecho muy amiga de algunas. Y Jasmine, también, pero seguía invitando a otras. No puedo entenderlo.

Una oscura sospecha nació en el corazón de John.

—¿Quieres decir que hablaron y que tu padre las... eliminó?

—Peor —murmuró Kismine, y se le quebraba la voz—. Mi padre no corrió ningún riesgo. Y Jasmine seguía escribiéndoles para que vinieran... ¡Y se lo pasaban tan bien!

Kismine estaba deshecha de dolor.

Perplejo por el horror de esta revelación, John la miraba con la boca abierta, sintiendo los nervios agitarse como si muchos gorriones se hubieran posado en su espina dorsal.

—Ya te lo he dicho, y no debería haberlo hecho —dijo Kismine, tranquilizándose de golpe y secándose sus ojos azul oscuro.

—¿Quieres decir que tu padre las asesinó antes de que se fueran?

Kismine asintió.

—Normalmente en agosto, o a principios de septiembre. Es natural que antes quisiéramos disfrutar de su compañía todo lo que pudiéramos.

—¡Es abominable! Dios mío, debo de estar volviéndome loco. ¿Has dicho en serio que...?

—Sí —lo interrumpió Kismine, encogiéndose de hombros—. No podíamos encerrarlas como a los aviadores: nos hubiera estado remordiéndome la conciencia todo el día. Y siempre han tenido cuidado de que a Jasmine y a mí no nos resultara muy difícil: papá daba la orden antes de lo que esperábamos. Así evitábamos las escenas de despedida...

—¡Así que las asesinasteis! —gritó John.

—Fue de una manera muy agradable. Las drogaron mientras dormían. Y a las familias les dijimos que habían muerto de escarlatina en Butte.

—Pero... ¡No entiendo cómo seguisteis invitando a otras!

—Yo, no —estalló Kismine—. Yo nunca he invitado a nadie. Fue Jasmine. Y siempre se lo han pasado muy bien. En los últimos días Jasmine les hacía los regalos más maravillosos. Seguramente yo también invitaré a alguna amiga. Me acostumbraré a esas cosas. No permitiremos que algo tan inevitable como la muerte nos impida disfrutar la vida mientras podamos. Piensa qué solo estaría el castillo si nunca pudiéramos invitar a nadie. Y papá y mamá han sacrificado a algunos de sus mejores amigos, como nosotros.

—Y así... —exclamó John acusadoramente—. Así has dejado que me enamorara de ti y has fingido que me correspondías, hablando de matrimonio y sabiendo perfectamente que nunca iba a salir vivo de aquí...

—No —protesto Kismine con pasión—. Ya, no; sólo al principio. Estabas aquí. No podía evitarlo, y pensé que tus últimos días podían ser agradables para los dos. Pero me enamoré de ti y... Ahora siento sinceramente que tengas que... desaparecer. Aunque prefiero que desaparezcas a que alguna vez beses a otra chica.

—¿Sí? ¿Lo prefieres? —gritó John ferozmente.

—Desde luego que sí. Además, siempre he oído que las chicas se lo pasan mejor con los hombres con los que saben que no se casarán nunca. Ay, ¿por qué te lo he contado? Seguramente te he echado a perder los buenos ratos que nos quedaban: lo hemos pasado verdaderamente bien cuando no sabías nada. Ya sabía yo que te ibas a deprimir un poco.

—¿Lo sabías? ¿De verdad lo sabías? —la voz de John temblaba de ira—. Ya he oído bastante. Si tienes tan poco orgullo y tan poca decencia como para flirtear con alguien que sabes que es poco más que un cadáver, no quiero tener nada que ver contigo.

—¡Tú no eres un cadáver! —protestó horrorizada—. No eres un cadáver. ¡No quiero que digas que he besado a un cadáver!

—¡No he dicho nada parecido!

—¡Sí! ¡Has dicho que he besado a un cadáver!

—¡No!

Las voces habían ido elevándose, pero una imprevista irrupción los obligó a callar en el acto. Unas pisadas se acercaban por el sendero, y un instante después las ramas del rosal se abrieron y apareció Braddock Washington: sus inteligentes ojos, engastados en un rostro hermoso e inexpresivo, estudiaban a John y a Kismine.

—¿Quién ha besado a un cadáver? —preguntó con evidente disgusto.

—Nadie —contestó Kismine rápidamente—. Estábamos bromeando.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó de mal humor—. Kismine, tendrías que estar leyendo o jugando al golf con tu hermana. Vamos, ¡a leer! ¡A jugar al golf! ¡No quiero encontrarte aquí cuando vuelva!

Después saludó cortésmente a John con la cabeza y siguió su paseo.

—¿Has visto? —dijo Kismine, enfadada, cuando ya no podía oírla—. Lo has estropeado todo. No podremos vernos nunca más. Mi padre no me dejará verte. Mandaría envenenarte si supiera que estamos enamorados.

—¡Ya no estamos enamorados! —exclamó John con rabia—. Tu padre puede estar tranquilo. Y no te creas que voy a quedarme aquí. Dentro de seis horas habré cruzado las montañas y estaré camino del Este, aunque tenga que cavar un túnel con los dientes.

Se habían puesto de pie y, tras estas palabras, Kismine se le acercó y lo cogió del brazo.

—Yo también voy.

—Debes de haberte vuelto loca...

—Ya lo creo que voy —lo interrumpió con impaciencia.

—Desde luego que no. Tú...

—Muy bien —dijo con calma—. Buscaremos a mi padre y hablaremos con él.

Derrotado, John consiguió esbozar una sonrisa forzada.

—Muy bien, amor mío —asintió, con apagada y poco convincente ternura—; iremos juntos.

El amor por Kismine volvía a asentarse plácidamente en su corazón. Kismine era suya... Lo acompañaría y correría los mismos peligros que él. La abrazó y la besó con pasión. A pesar de todo, Kismine lo quería. En realidad, lo había salvado.

Hablando de la fuga, volvieron despacio al castillo. Decidieron que, puesto que Braddock Washington los había visto juntos, sería mejor huir aquella misma noche. Pero, a la hora de la cena, John tenía la boca insólitamente seca y, nervioso, tragó de tal manera una gran cucharada de consomé de pavo real que acabó en su pulmón izquierdo. Lo tuvieron que llevar a la sala de juego decorada con turquesas y pieles de marta, para que uno de los ayudantes del mayordomo le golpeará en la espalda. A Percy le divirtió mucho la escena.

## IX.

Mucho después de medianoche, un estremecimiento nervioso recorrió el cuerpo de John, que se irguió de golpe, sentándose muy derecho en la cama, mirando a través de los velos de somnolencia que tapizaban la habitación. Por los rectángulos de tiniebla azul que eran las ventanas abiertas, había oído un sonido débil y lejano que murió bajo un capa de viento antes de que su memoria lo reconociera entre nubarrones de malos sueños. Pero el ruido penetrante había continuado, se acercaba, estaba ya al otro lado de las paredes de su habitación: el sonido del picaporte de una puerta, un paso, un murmullo, no sabría decir qué; sentía un pellizco en la boca del estómago y le dolía todo el cuerpo en el esfuerzo desesperado para oír. Entonces uno de los velos pareció disolverse y vio una figura confusa junto a la puerta, de pie, una figura esbozada y esculpida débilmente en la oscuridad, confundida de tal manera con los pliegues de las cortinas que parecía deformada, como un reflejo sobre un cristal empañado.

Con un movimiento imprevisto de miedo o de resolución, John oprimió el botón que había junto a la cama y, en un segundo, estaba sentado en la bañera de la habitación vecina, bien despierto, gracias al choque del agua fría.

Saltó afuera y, con el pijama mojado que dejaba un rastro de agua tras sus pasos, corrió hacia la puerta de aguamarina que, como sabía, daba al vestíbulo de marfil del segundo piso. La puerta se abrió sin ruido. Una sola lámpara escarlata, que ardía en la gran cúpula, iluminaba con profunda belleza la magnífica curva de la escalinata esculpida. Durante un instante John titubeó, aterrado por el inmenso y silencioso esplendor que lo rodeaba como si quisiera envolver entre sus pliegues gigantescos a la figurilla solitaria y empapada que tiritaba en el vestíbulo de marfil. Entonces sucedieron dos cosas a un mismo tiempo. La puerta de su propio salón se abrió y tres negros desnudos se precipitaron en el pasillo, y, cuando John se lanzaba loco de terror hacia las escaleras, otra puerta se abrió en la pared, en el otro extremo del pasillo, y John vio a Braddock Washington, de pie en el ascensor iluminado, con una pelliza y botas de montar que le llegaban a las rodillas y relucían sobre el brillo de un pijama rosa.

En aquel instante, los tres negros —John no los había visto antes y le pasó por la cabeza, como un rayo, la idea de que debían de ser verdugos profesionales— dejaron de correr hacia él y se volvieron expectantes hacia el hombre del ascensor, que lanzó una orden imperiosa:

—¡Aquí, adentro! ¡Los tres! ¡Rápidos como el demonio!

Entonces los tres negros salieron disparados hacia el ascensor, el rectángulo de luz desapareció mientras las puertas del ascensor se cerraban suavemente, y John se quedó solo en el vestíbulo. Se dejó caer sin fuerzas en un peldaño de marfil.

Era evidente que algo portentoso había ocurrido, algo que, por el momento al menos, había aplazado su propio e insignificante desastre. ¿Qué había sucedido? ¿Se habían rebelado los negros?

¿Los aviadores habían forzado los barrotes de hierro de sus rejas? ¿O los hombres de Fish se habían abierto paso, torpe, ciegamente, a través de las montañas y contemplaban con ojos desesperanzados y sin alegría el valle espectacular? John no lo sabía. Oía un tenue zumbido de aire mientras el ascensor volvía a subir y, poco después, mientras descendía. Era probable que Percy se hubiera apresurado a ayudar a su padre, y se le ocurrió a John que aquélla era la ocasión para reunirse con Kismine y planear una fuga inmediata. Esperó hasta que el ascensor permaneció en silencio unos minutos; tiritando un poco, porque sentía el frío de la noche a través del pijama mojado, volvió a su habitación y se vistió de prisa. Luego subió un largo tramo de escaleras y siguió el pasillo alfombrado con piel de marta rusa que llevaba a las habitaciones de Kismine.

La puerta del salón de Kismine estaba abierta y las lámparas encendidas. Kismine, en kimono de angora, estaba levantada, cerca de la ventana, como a la escucha, y, cuando John entró silenciosamente, se volvió hacia él.

—¡ Ah, eres tú! —murmuró, mientras cruzaba la habitación—. ¿Lo has oído?

—He oído que los esclavos de tu padre entraban en mi...

—No —lo interrumpió nerviosa—. ¡Aviones!

—¿Aviones? Quizá fuera eso el ruido que me despertó.

—Había por lo menos una docena. He visto uno, hace unos minutos, exactamente delante de la luna. El centinela del desfiladero disparó su fusil y eso es lo que ha despertado a papá. Abriremos fuego inmediatamente contra ellos.

—¿Han venido a propósito?

—Sí. Ha sido ese italiano que se escapó...

Al tiempo que pronunciaba la última palabra, una sucesión de explosiones secas penetró en la habitación a través de la ventana abierta. Kismine sofocó un grito, con dedos temblorosos cogió una moneda de una caja que había sobre el tocador, y se acercó corriendo a una de las lámparas eléctricas. En un instante todo el castillo estaba a oscuras: Kismine había hecho saltar los fusibles.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Vamos a la azotea a ver los aviones desde allí!

Se echó una capa, le cogió la mano y salieron a tientas. Sólo un paso los separaba del ascensor de la torre, y, cuando Kismine apretó el botón para que subiera, John la abrazó en la oscuridad y la besó en la boca. Por fin John Unger estaba viviendo una aventura de novela romántica. Un minuto después salieron a la terraza blanca. Arriba, bajo la luna brumosa, entrando y saliendo a través de las manchas de niebla que se arremolinaban bajo la luna, en incesante trayectoria circular flotaban una docena de negras máquinas aladas. Aquí y allá, en el valle, ráfagas de fuego ascendían hacia los aeroplanos, seguidas por secas detonaciones. Kismine aplaudió con alegría, una alegría que, un instante después, se convertía en desesperación cuando los aviones, a una señal convenida, comenzaron a lanzar sus bombas y todo el valle se transformó en un paisaje de estallidos resonantes y espeluznantes llamaradas.

Pronto la puntería de los atacantes se concentró sobre los puntos donde estaban situadas las baterías antiaéreas, y uno de los cañones fue casi inmediatamente convertido en un ascua gigantesca que se consumía despacio sobre un jardín de rosas.

—Kismine —dijo John—, te alegrará saber que el ataque ha empezado un momento antes de mi asesinato. Si no hubiese oído el disparo del centinela, ahora estaría muerto...

—¡No te oigo! —gritó Kismine, atenta a lo que ocurría ante sus ojos—. ¡Habla más fuerte!

—¡Sólo he dicho —gritó John— que sería mejor que saliéramos antes de que empiecen a bombardear el castillo!

De repente el pórtico de las viviendas de los negros saltó hecho pedazos, un geiser de llamas entró en erupción bajo las columnas y grandes fragmentos de mármol triturado fueron lanzados a tanta distancia que alcanzaron las orillas del lago.

—Ahí van cincuenta mil dólares en esclavos —exclamó Kismine— según los precios de antes de la guerra. Muy pocos norteamericanos respetan la propiedad privada.

John renovó sus esfuerzos para convencerla de que debían salir. La puntería de los aviones se volvía cada vez más precisa, y sólo dos antiaéreos seguían respondiendo al ataque. Parecía evidente que la guarnición, sitiada por el fuego, no podría resistir mucho tiempo.

—¡Vamos! —gritó John, tirando del brazo de Kismine—. Tenemos que irnos. ¿No te das cuenta de que los aviadores te matarían sin dudar si te encontraran?

Kismine cedió de mala gana.

—¡Tenemos que despertar a Jasmine! —dijo, y corrieron hacia el ascensor. Y Kismine añadió con una especie de felicidad infantil—: Vamos a ser pobres, ¿verdad? Como los personajes de los libros. Seré huérfana y completamente libre. ¡Libre y pobre! ¡Qué divertido!

Se detuvo y unió sus labios a los de John en un beso feliz.

—Es imposible ser las dos cosas a la vez —dijo John con crudeza.—. La gente se ha dado cuenta. Y yo, entre las dos cosas, elegiría ser libre. Como precaución extra, sería mejor que te echaras al bolsillo lo que tengas en el joyero.

Diez minutos después, las dos chicas se reunieron con John en el pasillo oscuro y bajaron al piso principal del castillo. Recorrieron por última vez la suntuosidad de los espléndidos salones, y salieron un instante a la terraza para ver cómo ardían las viviendas de los negros y las ascuas llameantes de dos aviones que habían caído al otro lado del lago. Un solitario cañón antiaéreo aún resistía con tenaces detonaciones, y los atacantes parecían tener miedo de descender más y seguían lanzando estruendosos fuegos de artificio, hasta que una bomba aniquiló a la dotación etíope del cañón antiaéreo.

John y las dos hermanas bajaron la escalinata de mármol, giraron abruptamente a la izquierda y empezaron a ascender por un estrecho sendero que rodeaba como una cinta la montaña de diamante. Kismine conocía una zona muy boscosa a medio camino, donde podrían esconderse y descansar mientras veían la terrible noche en el valle... Y, cuando fuera necesario, podrían huir por fin a través de un camino secreto, entre las rocas de un barranco.

X.

Eran las tres de la mañana cuando llegaron a su destino. La amable y flemática Jasmine se quedó dormida inmediatamente, apoyada en el tronco de un gran árbol; John y Kismine se sentaron, abrazados, a mirar el desesperado flujo y reflujo de la batalla, que agonizaba entre las ruinas de aquel paisaje que, hasta aquella misma mañana, había sido un vergel. Poco después de las cuatro, un estruendo metálico surgió del último cañón que seguía disparando: quedó fuera de servicio entre una repentina lengua de humo rojo. Aunque la luna estaba muy baja, vieron cómo las máquinas voladoras giraban cada vez más cerca de tierra. Cuando estuvieran seguros de que los sitiados habían agotado sus recursos, los aviones aterrizarían y habría concluido el oscuro y esplendoroso reinado de los Washington.

Con el cese del fuego, el valle quedó en silencio. Las cenizas de los dos aviones derribados fulguraban como los ojos de un monstruo acurrucado en la hierba. El castillo se elevaba silencioso en la tiniebla, bello sin luz como bello había sido bajo el sol, mientras las carracas de Némesis llenaban el aire con un lamento que iba expandiéndose y disminuyendo. Entonces John se dio cuenta de que Kismine, como su hermana, se había quedado dormida.

Eran más de las cuatro cuando oyó pasos en el sendero que acababan de recorrer, y esperó, aguantando la respiración, sin hacer ruido, a que los dueños de aquellas pisadas dejaran atrás el lugar estratégico donde se encontraba. Algo flotaba en el aire, algo que no era de origen humano, y el rocío era frío; John pensó que pronto amanecería. Esperó a que los pasos estuvieran a una distancia segura, montaña arriba, y dejaron de oírse. Entonces los siguió. A medio camino de aquella cumbre, los árboles desaparecían y un abrupto collado de roca se extendía sobre el diamante enterrado. Poco antes de alcanzar este punto, John disminuyó el paso: un instinto animal le había advertido que algo vivo le precedía, muy cerca. Cuando llegó a una gran piedra, levantó poco a poco la vista sobre el borde. Su curiosidad quedó satisfecha. He aquí lo que vio:

Allí estaba Braddock Washington, de pie, inmóvil, perfilado contra el cielo gris, silencioso, sin un signo de vida. El amanecer, que desde el este le daba a la tierra un matiz verde y frío, hacía que la figura solitaria pareciera insignificante a la luz del nuevo día.

Mientras John lo observaba, su anfitrión permaneció un instante absorto en insondables meditaciones; luego les hizo una señal a dos negros acurrucados a sus pies para que cogieran el fardo que se encontraba entre ellos. Mientras se levantaban trabajosamente, el primer rayo de sol amarillo se refractó en los prismas innumerables de un inmenso diamante exquisitamente tallado, y un resplandor blanco fulguró en el aire como un fragmento del lucero del alba. Los portadores se tambalearon un instante bajo su peso; luego, sus músculos vibrantes se tensaron y endurecieron



bajo el brillo húmedo de la piel y las tres figuras volvieron a inmovilizarse en un gesto de desafiante impotencia frente a los cielos.

Un instante después, el hombre blanco levantó la cabeza y lentamente alzó los brazos para reclamar atención, como quien exige ser oído por una gran muchedumbre: pero no había ninguna muchedumbre, sólo el vasto silencio de la montaña y el cielo, roto por el tenue canto de los pájaros en los árboles. La figura, sobre la roca, empezó a hablar, enfáticamente, con un inextinguible orgullo.

—¡Eh, tú! —gritó con voz temblorosa—. ¡Eh, tú, ahí!

Calló, con los brazos todavía extendidos hacia lo alto, la cabeza levantada, a la escucha, como si esperara respuesta. John aguzó la vista para ver si alguien bajaba de la montaña, pero en la montaña no había rastro de vida humana: sólo el cielo y el silbido burlón del viento entre las copas de los árboles. ¿Estaría rezando Washington? John se lo preguntó un instante. Pero la ilusión duró poco: en la actitud de aquel hombre había algo que era la antítesis de una plegaria.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Ahí, arriba!

La voz era ahora más fuerte, más segura. No se trataba de una súplica desesperada. Si algo caracterizaba a aquella voz, era un tono de monstruosa condescendencia.

Las palabras, pronunciadas con demasiada rapidez para ser comprendidas, se disolvían unas en otras. John escuchaba aguantando la respiración, captando alguna frase suelta, mientras la voz se interrumpía, volvía a empezar y volvía a interrumpirse, ahora fuerte y porfiada, ahora coloreada por una impaciencia asombrada y contenida. Y entonces el único que la oía empezó a comprender, y mientras la certeza lo invadía, la sangre fluyó más rápida por sus venas. ¡Braddock Washington estaba tratando de sobornar a Dios!

Se trataba de eso: no había duda. El diamante que sostenían sus esclavos sólo era una muestra, una promesa de lo que vendría después.

John comprendió por fin que aquél era el hilo conductor de las frases. Prometeo Enriquecido invocaba el testimonio de antiguos sacrificios olvidados, ritos olvidados, plegarias obsoletas desde antes del nacimiento de Cristo. De repente su discurso tomó la forma de un recordatorio: le recordaba a Dios esta o aquella ofrenda que la divinidad se había dignado aceptar de los hombres: grandes iglesias si había salvado ciudades de la peste, ofrendas de oro, incienso y mirra, vidas humanas y bellas mujeres y ejércitos prisioneros, niños y reinas, animales del bosque y del campo, ovejas y cabras, cosechas y ciudades, territorios conquistados, ofrendados con codicia y derramamiento de sangre para aplacar a Dios, para comprar el apaciguamiento de la ira divina. Y ahora, Braddock Washington, Emperador de los Diamantes, rey y sacerdote de la edad de oro, árbitro del esplendor y el lujo, iba a ofrendarle un tesoro que ninguno de los príncipes que lo habían precedido hubiera podido soñar, y no lo ofrecía suplicante, sino con orgullo.

Le daría a Dios, continuó, descendiendo a los detalles, el mayor diamante del mundo. Ese diamante sería tallado con miles y miles de facetas, muchas más de cuantas hojas tiene un árbol, y, sin embargo, tendría la perfección de una piedra no mayor que una mosca. Muchos hombres lo pulirían durante muchos años. Sería montado en una gran cúpula de oro maravillosamente labrada, con puertas de ópalo e incrustaciones de zafiro. En su centro sería excavada una capilla presidida por un altar de radio iridiscente, desintegrándose, siempre cambiante, capaz de quemar los ojos de cualquier fiel que levantara la cabeza durante la oración. Y sobre este altar, para Su regocijo, se inmolaría a la víctima que el Divino Benefactor eligiera, aunque fuera el hombre más grande y poderoso de la tierra.

A cambio sólo pedía una cosa, una cosa que para Dios sería absurdamente fácil: sólo pedía que la situación volviera a ser como el día antes a la misma hora, y que así se quedase para siempre. ¡Era extraordinariamente fácil! Que abriera los cielos, para que se tragarán a aquellos hombres y aquellos aviones, y los cerrara de nuevo. Que le devolviera a sus esclavos, vivos, sanos y salvos.

Jamás había necesitado tratar o pactar con ningún otro ser.

Sólo tenía una duda: si el soborno que ofrecía era lo suficientemente grande. Dios tenía Su precio, desde luego. Dios estaba hecho a imagen del hombre, así estaba escrito: tenía un precio, podía ser comprado. Y el precio había de ser excepcional: ninguna catedral edificada a lo largo de muchos años, ninguna pirámide construida por diez mil esclavos, podrían igualar a esta catedral y esta pirámide.

Calló un instante. Ésta era su propuesta. Todo se llevaría a cabo según su descripción, y no había nada caprichoso en su afirmación de que pedía muy poco a cambio. Estaba dando a entender que la Providencia podía tomarlo o dejarlo.

Sus frases, conforme terminaba de hablar, se volvieron entrecortadas, breves y confusas, y su cuerpo pareció ponerse en tensión, como si se esforzara para captar en el aire el más leve contacto o rumor que transmitiera un signo de vida. El pelo se le había ido poniendo blanco mientras hablaba, y ahora elevaba la cabeza hacia el cielo como un antiguo profeta, majestuosamente loco.

Entonces, mientras lo miraba con obnubilada fascinación, a John le pareció que un fenómeno curioso tenía lugar a su alrededor. Era como si el cielo se hubiera oscurecido un instante, como si se hubiera oído un murmullo imprevisto en una ráfaga de viento, un sonido de trompetas lejanas, un suspiro semejante al frufú de una inmensa túnica de seda; durante un instante la naturaleza entera participó de esta oscuridad: el canto de los pájaros cesó; las ramas de los árboles permanecieron inmóviles, y a lo lejos, en las montañas, retumbó un trueno sordo y amenazante.

Y nada más. El viento se extinguió sobre las hierbas altas del valle. El amanecer y el día recuperaron su lugar en el tiempo, y el sol naciente irradió cálidas ondas de niebla amarilla que iban iluminándole su propio camino. Las hojas reían al sol, y su risa agitó los árboles, hasta que cada rama pareció un colegio de niñas en el país de las hadas. Dios había rechazado el soborno.

John contempló el triunfo del día unos segundos más. Luego, al volverse, vio un dorado aleteo junto al lago, y otro aleteo, y otro más, como una danza de ángeles de oro que descendieran de las nubes. Los aviones habían aterrizado.

Se deslizó resbalando por la roca y corrió por la ladera de la montaña hacia la arboleda donde las dos chicas se habían despertado y lo esperaban. Kismine se levantó de un salto, con las joyas tintineando en sus bolsillos y una pregunta en sus labios entrabiertos, pero el instinto le dijo a John que no había tiempo para palabras. Debían abandonar la montaña sin perder un minuto. Les dio la mano a las chicas y, en silencio, se abrieron paso entre los árboles, bañados ahora por la luz y la niebla que se iba levantando. Ningún ruido llegaba del valle, a sus espaldas, salvo el lejano lamento de los pavos reales y el murmurar suave de la mañana.

Cuando llevaban recorrido casi un kilómetro, evitaron los jardines y siguieron un estrecho sendero que conducía a la elevación de terreno más cercana. En el punto más alto se detuvieron y volvieron la vista atrás. Sus ojos se posaron en la ladera que habían abandonado. Los oprimía la sensación de una oscura y trágica amenaza.

Perfilado nítidamente contra el cielo, un hombre abatido, con el pelo blanco, descendía despacio la ladera escarpada, seguido por dos negros gigantes e impasibles, cargados con un bulto que aún resplandecía y fulguraba al sol. A mitad de la cuesta, otras dos figuras se les unieron: John pudo ver que eran la señora Washington y su hijo, en cuyo brazo se apoyaba. Los aviadores habían descendido de sus máquinas en el majestuoso prado que había ante el castillo y, en patruillas, empuñando sus armas, empezaban a ascender por la montaña de diamante.

Pero el reducido grupo de cinco personas que se había formado en la ladera y sobre el que se concentraba la atención de todos se había detenido sobre un saliente de la roca. Los negros se agacharon y abrieron lo que parecía ser una trampilla en la falda de la montaña. Por allí desaparecieron, el hombre de pelo blanco en primer lugar, y luego su mujer y su hijo, y por fin los dos negros: las relucientes puntas de sus gorros enjoyados reflejaron el sol un segundo, antes de que la trampilla descendiera y se los tragara a todos.

Kismine apretó el brazo de John.

—Ah —exclamó con desesperación—, ¿adonde vamos? ¿Qué vamos a hacer?

—Debe de haber algún túnel por donde podamos escapar...

Los gritos de las dos chicas interrumpieron su frase.

—¿No te has dado cuenta? —exclamó Kismine, histérica—. La montaña está electrificada.

Mientras hablaba, John se llevó la mano a los ojos para protegerlos. La superficie de la montaña había virado de improvisa a un amarillo deslumbrador e incandescente, que resaltaba a través de la capa de hierba como la luz a través de la mano de un hombre. El insoportable resplandor duró un instante y, luego, como un filamento que se apaga, desapareció, revelando un negro yermo del que surgía un humo lento y azul, que arrastraba consigo cuanto quedaba de vegetación y carne humana. De los aviadores no quedó ni sangre ni huesos: fueron consumidos completamente, como las cinco criaturas que habían desaparecido en el interior de la montaña.

Simultáneamente, y con inmensa conmoción, el castillo saltó literalmente por los aires, estalló en encendidos fragmentos mientras se elevaba, y luego cayó sobre sí mismo en una imponente masa humeante que sobresalía entre las aguas del lago. No hubo fuego: el humo se disipó, mezclándose con la luz del sol, y durante algunos minutos una nube de polvo de mármol se elevó de la masa informe que había sido la mansión de las joyas. No se oía nada y los tres jóvenes estaban solos en el valle.

## XI.

Al atardecer, John y sus dos compañeras alcanzaron la cumbre del desfiladero que había señalado los confines de los dominios de los Washington, y, volviéndose a mirar atrás, encontraron el valle hermoso y apacible a la luz del crepúsculo. Se sentaron a terminar la comida que Jasmine llevaba en una cesta.

—¡Aquí! —dijo. Y extendió el mantel y colocó los bocadoillos en un pulcro montón—. ¿No tienen buena pinta? Siempre he pensado que la comida sabe mejor al aire libre.

—Con esta frase —señaló Kismine— Jasmine acaba de ingresar en la clase media.

—Y ahora —dijo John impaciente— vacía los bolsillos y enséñanos qué joyas te has traído. Si has hecho una buena selección, los tres podremos vivir cómodamente el resto de nuestras vidas.

Obedientemente, Kismine metió la mano en el bolsillo y esparció ante John dos puñados de piedras resplandecientes.

—No está mal —exclamó John con entusiasmo—. No son muy grandes, pero... ¡Eh!

Su expresión cambió mientras exponía una de las piedras a la luz del sol poniente.

—¡No son diamantes! ¡Ha tenido que pasar algo!

—¡Dios mío! —exclamó Kismine, con ojos espantados—. ¡Qué idiota soy!

—¡Son bisutería! —gritó John.

—Lo sé —se echó a reír—. Me he equivocado de cajón. Eran del vestido de una de las invitadas de Jasmine. Se las cambié por diamantes. Yo sólo había visto piedras preciosas.

—¿Y esto es lo que te has traído?

—Me temo que sí —removió con un dedo, pensativamente, los diamantes falsos—. Creo que prefiero éstos. Estoy un poco cansada de diamantes.

—Muy bien —dijo John con tristeza—. Tendremos que vivir en Hades. Y envejecerás contándoles a mujeres incrédulas que te equivocaste de cajón. Por desgracia, los talonarios de cheques de tu padre se han consumido con él.

—Bueno, ¿qué tiene de malo Hades?

—Si a mi edad vuelvo a casa casado, es muy fácil que mi padre me desherede y me deje un poco de carbón caliente, como dicen allí en el Sur.

Jasmine se animó a hablar.

—A mí me gusta lavar la ropa —dijo en voz baja—. Siempre me he lavado mis pañuelos. Lavaré ropa para la calle y os mantendré a los dos.

—¿Hay lavanderas en Hades? —preguntó Kismine inocentemente.

—Claro que sí —respondió John—. Como en cualquier parte.

—Yo pensaba que hacía demasiado calor y la gente no llevaba ropa.

John se rió.

—Prueba tú —le sugirió—. Echarán a correr detrás de ti antes de que empieces a desnudarte.

—¿Estará allí papá? —preguntó Kismine.

John la miró asombrado.

—Tu padre ha muerto —contestó sombríamente—. ¿Por qué iba a ir a Hades? Has confundido Hades con otro lugar clausurado hace mucho tiempo.

Después de cenar, recogieron el mantel y extendieron las mantas para pasar la noche.

—Qué sueño tan raro —suspiró Kismine, mirando las estrellas—. ¡Qué extraño me resulta estar aquí con un solo vestido y un novio sin dinero...! Bajo las estrellas —repitió—: Nunca me había

fijado en las estrellas. Siempre me las he imaginado como grandes diamantes que tenían un dueño. Ahora me dan miedo. Me dan la sensación de que todo ha sido un sueño, toda mi juventud.

—Ha sido un sueño —dijo John en voz baja—. La juventud siempre es un sueño, una forma de locura química.

—¡Pues es agradable estar loco!

—Eso me han dicho —murmuró John con tristeza ; y no sé mucho más. Pero podemos querernos algún tiempo, tú y yo, un año o así. Es una forma de embriaguez divina al alcance de cualquiera. Sólo hay diamantes en el mundo, diamantes y quizá el miserable don de la desilusión. Bueno, yo lo tengo ya, pero, como es normal, no sabré aprovecharlo —se estremeció. Y añadió—: Álzate el cuello del abrigo, chiquilla, la noche es fría y vas a pillar una pulmonía. Quien descubrió la consciencia cometió un pecado mortal. Perdámosla unas horas.

Se envolvió en su manta y se durmió.

## Sueños de invierno

Sueños de invierno apareció por primera vez en *Metropolitan Magazine* (diciembre de 1922) y fue incluido en *All the Sad Young Men* (1926). Escrito mientras Fitzgerald ideaba su tercera novela, *El gran Gatsby*, es el más convincente de los cuentos que guardan relación con el mundo de *Gatsby*. Trata, como la novela, de un joven cuyas ambiciones acaban identificándose con la conquista de una muchacha rica y egoísta. Es evidente que Fitzgerald eliminó del cuento publicado en la revista la reacción de Dexter Green ante la casa de Judy Jones para incluirla en la novela convertida en la reacción de Gatsby ante la casa de Daisy Fay.

Los cuatro últimos párrafos del relato destacan por la compleja explicación que Fitzgerald ofrece sobre la sensación de transitoriedad de Dexter, que se duele por haber perdido la capacidad de sentir dolor.

### I.

Algunos de los *caddies* del campo de golf eran más pobres que las ratas y vivían en casas de una sola habitación con una vaca neurasténica en el patio, pero el padre de Dexter Green era el dueño de la segunda droguería de Black Bear —la mejor era El Cubo, que contaba entre sus clientes a los más ricos de Sherry Island—, y Dexter era *caddie* sólo por ganar algún dinero para sus gastos.

En otoño, cuando los días se volvían crudos y grises, y el largo invierno de Minnesota caía como la blanca tapadera de una caja, los esquís de Dexter se deslizaban sobre la nieve que ocultaba las calles del campo de golf. En días así el campo le producía una sensación de profunda melancolía: le dolía que los campos se vieran condenados al abandono, invadidos durante la larga estación por gorriones harapientos. Y era triste que en los tees, donde en verano ondeaban los alegres colores de las banderolas, sólo hubiera ahora desolados cajones de arena medio incrustados en el hielo. Cuando Dexter cruzaba las colinas el viento soplaba helado como la desdicha, y, si brillaba el sol, Dexter caminaba y entrecerraba los ojos frente a aquel resplandor duro y desmesurado.

En abril el invierno acababa de repente. La nieve se derretía y fluía hacia el lago Black Bear, sin esperar apenas a que los primeros jugadores de golf desafiaran a la estación con pelotas rojas y negras. Sin alegría, sin un instante intermedio de húmeda gloria, el frío se iba.

Dexter adivinaba algo lúgubre en aquella primavera nórdica, como intuía en el otoño algo maravilloso. El otoño lo obligaba a frotarse las manos, a tiritar, a repetirse a sí mismo frases estúpidas, a dirigir bruscos y enérgicos ademanes de mando a públicos y ejércitos imaginarios. Octubre lo colmaba de esperanzas que noviembre elevaba a una especie de éxtasis y triunfo, y, en aquel estado de ánimo, se alimentaba de las efímeras y brillantes impresiones del verano en Sherry Island. Conquistaba el campeonato de golf y derrotaba al señor T. A. Hedrick en una magnífica partida jugada cien veces en los campos de golf de su imaginación, una partida de la que Dexter cambiaba los detalles sin cansarse nunca: a veces vencía con una facilidad casi ridícula, a veces remontaba una desventaja extraordinaria. Y, apeándose de un automóvil Pierce-Arrow, como el señor Mortimer Jones, entraba glacialmente en los salones del Club de Golf de Sherry Island, o quizá, rodeado por una multitud de admiradores, ofrecía una exhibición de fantásticos saltos de trampolín en la piscina del club. Entre quienes lo miraban boquiabiertos y maravillados estaba el señor Mortimer Jones.

Y sucedió un buen día que el señor Jones —el mismísimo señor Jones y no su sombra— se acercó a Dexter con lágrimas en los ojos y le dijo que Dexter era, maldita sea, el mejor *caddie* del club, y seguro que no le importaba seguir siéndolo si el señor Jones le pagaba como se merecía, porque todos los *caddies* del club, sin excepción, maldita sea, le perdían una pelota en cada agujero.

—No, señor —respondió Dexter con decisión—. No quiero seguir siendo *caddie* —y añadió tras un instante de silencio—: Ya soy demasiado mayor.

—Sólo tienes catorce años. ¿Por qué diablos has decidido precisamente esta mañana que te quieres ir? Habías prometido que la semana próxima me acompañarías al torneo del Estado.

—He pensado que ya soy demasiado mayor.

Dexter devolvió su insignia de *caddie* de primera categoría, recibió del jefe de *caddies* el dinero que le debían y regresó andando a su casa, en Black Bear.

—¡El mejor *caddie* que he visto en mi vida, maldita sea! —gritaba aquella tarde el señor Mortimer Jones mientras se tomaba una copa—. Jamás perdía una pelota! ¡Voluntarioso! ¡Inteligente! ¡Tranquilo! ¡Honrado! ¡Agradecido!

La responsable de todo era una chica de once años: era maravillosamente fea, como suelen serlo todas las chiquillas destinadas a ser, pocos años después, indeciblemente bellas, y a causar desdichas sin fin a un número incontable de hombres. Pero la chispa ya era perceptible. Había algo pecaminoso en el modo en que descendían las comisuras de sus labios cuando sonreía, y —¡Dios nos asista!— en el brillo, casi apasionado, de sus ojos. La vitalidad nace antes en este tipo de mujeres. Ya era evidente: fulguraba a través de su cuerpo delgado como una especie de resplandor.

Había llegado impaciente al campo a las nueve con una niñera de uniforme blanco y cinco pequeños bastones de golf en una bolsa de lona blanca que llevaba la niñera. Dexter la vio por primera vez cerca del vestuario de los *caddies*; estaba nerviosa e intentaba disimularlo manteniendo con la niñera una conversación evidentemente poco espontánea, que aderezaba con muecas sorprendentes que no venían a cuento.

—Bueno, hace un día verdaderamente espléndido, Hilda —la oyó decir Dexter. Descendieron las comisuras de sus labios, sonrió, miró furtivamente a su alrededor, y la mirada, de paso, se detuvo un instante en Dexter.

Entonces dijo a la niñera:

—Bueno, me temo que no hay mucha gente esta mañana.

Y volvió a sonreír: la misma sonrisa, radiante, descaradamente artificial, convincente.

—No sé qué vamos a hacer —dijo la niñera sin mirar hacia ningún sitio en particular.

—Ah, no te preocupes. Ya decidiré yo.

Dexter permanecía absolutamente inmóvil, con la boca entreabierta. Sabía que si daba un paso adelante ella se daría cuenta de cómo la miraba, y si retrocedía dejaría de verle la cara. No se había dado cuenta inmediatamente de lo joven que era la chica. Ahora se acordaba de que la había visto varias veces el año anterior: llevaba pantalones.

De pronto, sin querer, Dexter se rió —una risa breve y brusca—, y luego, sorprendiéndose a sí mismo, dio media vuelta y empezó a alejarse de prisa.

—¡Chico!

Dexter se detuvo.

—¡Chico!

No había duda: lo estaba llamando. Y no era sólo eso: le dedicaba aquella absurda sonrisa, aquella sonrisa insensata que muchos hombres recordarían cuando dejaran de ser jóvenes.

—Chico, ¿sabes dónde está el profesor de golf?

—Está dando clase.

—¿Sabes dónde está el *caddie* mayor?

—No ha venido esta mañana.

—Ah —aquella noticia pareció desconcertarla. Se apoyaba alternativamente en el pie derecho y en el pie izquierdo.

—Nos gustaría conseguir un *caddie* —dijo la niñera—. La señora de Mortimer Jones nos ha mandado a jugar al golf, y no sabemos cómo vamos a jugar si no encontramos un *caddie*.

La interrumpió una mirada ominosa de la señorita Jones, a la que siguió inmediatamente una sonrisa.

—El único *caddie* que hay soy yo —dijo Dexter a la niñera—, y no puedo moverme de aquí hasta que no vuelva el jefe.

—Ah.

La señorita Jones y su séquito se alejaron entonces, y, cuando estuvieron a una distancia conveniente de Dexter, se enredaron en una acalorada conversación que terminó cuando la señorita Jones empuñó uno de los palos de golf y golpeó el suelo con violencia. Para poner más énfasis, volvió a empuñarlo, y estaba a punto de descargarlo sobre el pecho de la niñera, cuando la niñera agarró el palo y se lo quitó de las manos.

—¡Maldito vejestorio asqueroso! —gritó la señorita Jones con rabia.

Se desató una nueva discusión. Dexter, que apreciaba los aspectos cómicos de la escena, estuvo varias veces a punto de echarse a reír, pero aguantó las carcajadas antes de que llegaran a ser audibles. No podía resistirse al convencimiento monstruoso de que la chiquilla tenía motivos para pegarle a la niñera.

La aparición fortuita del *caddie* mayor resolvió la situación: la niñera lo llamó inmediatamente.

—La señorita Jones necesita un *caddie*, y ese muchacho dice que no puede acompañarnos.

—El señor McKenna me dijo que esperara aquí hasta que usted llegara —se apresuró a decir Dexter.

—Pues ya ha llegado —la señorita Jones sonrió alegremente al jefe de los *caddies*, dejó caer la bolsa y se dirigió con pasos remilgados y arrogantes hacia el primer tee.

—¿Y bien? —el jefe de los *caddies* se volvió hacia Dexter—. ¿Qué haces ahí parado como un maniquí? Coge los palos de la señorita.

—Me parece que hoy no voy a trabajar.

—¿Cómo?

—Creo que voy a dejar el trabajo.

La enormidad de la decisión lo asustó. Era uno de los *caddies* preferidos por los jugadores, y en ningún otro sitio de la zona del lago conseguiría los treinta dólares mensuales que ganaba durante el verano. Pero había sufrido un choque emocional demasiado fuerte, y estaba tan perturbado que necesitaba desahogarse violenta e inmediatamente.

Y había algo más. Como tantas veces ocurriría en el futuro, Dexter se había dejado llevar inconscientemente por sus sueños de invierno.

## II.

Con el tiempo, como es natural, variaron las características y la intensidad de aquellos sueños invernales, pero no cambió su esencia. Algunos años más tarde, los sueños convencieron a Dexter para que renunciara a un curso de Economía en la universidad del Estado su padre, que había prosperado, le habría pagado los estudios—, a cambio de la dudosa ventaja de estudiar en una universidad del Este, más antigua y famosa, donde pasó verdaderos apuros con el dinero. Pero no hay que ceder a la impresión de que, puesto que sus primeros sueños invernales solían girar en torno a los ricos, el muchacho era un vulgar caso de esnobismo. No deseaba relacionarse con cosas fulgurantes y personas fulgurantes: deseaba el fulgor. A menudo perseguía lo mejor sin saber por qué, y a veces tropezaba con las misteriosas negativas y prohibiciones que la vida se permite. De una de aquellas negativas, y no de la carrera de Dexter, trata esta historia.

Ganó dinero: de un modo asombroso. Cuando terminó los estudios universitarios, se fue a la ciudad de donde procedían los ricos clientes del lago Black Bear. Sólo tenía veintitrés años y sólo llevaba en la ciudad dos, y ya les gustaba decir a algunos: «Este chico sí que vale». A su alrededor los hijos de los ricos jugaban a la bolsa precariamente, o invertían precariamente sus patrimonios, o perseveraban en los innumerables volúmenes del *Curso Comercial George Washington*, pero Dexter, con el aval de su título universitario y de su labia segura de sí misma, consiguió un préstamo de mil dólares y compró una participación en una lavandería.

Era una lavandería pequeña cuando entró en el negocio, pero Dexter se especializó en aprender cómo los ingleses lavaban los calcetines de golf sin que encogieran, y un año después ofrecía sus servicios a los usuarios de prendas deportivas. Los hombres exigían que llevaran sus calcetines y jerséis de lana a la lavandería de Dexter, como habían exigido un *caddie* capaz de encontrar las pelotas. Y no tardó mucho en ocuparse también de la lencería de sus mujeres y abrir cinco sucursales en diferentes puntos de la ciudad. Antes de cumplir veintisiete años poseía la más importante cadena de lavanderías de la región. Fue entonces cuando lo vendió todo y se fue a

Nueva York. Pero la parte de la historia que nos interesa se remonta a los días en que Dexter logró su primer gran éxito.

Cuando tenía veintitrés años, el señor Hart —uno de aquellos señores de pelo cano a quienes gustaba decir: «Este chico sí que vale»— lo invitó a pasar un fin de semana en el Club de Golf de Sherry Island. Así que una mañana estampó su firma en el registro y pasó la tarde jugando al golf por parejas con los señores Hart, Sandwood y T. A. Hedrick. No le pareció necesario comentar que una vez, en aquel mismo campo de golf, le había llevado los palos al señor Hart, y que conocía cada dificultad y cada pendiente con los ojos cerrados, pero se sorprendió observando de reojo a los cuatro *caddies* que los seguían, intentando descubrir una mirada o un gesto que le recordara a sí mismo y disminuyera el vacío que se extendía entre el presente y el pasado.

Fue un día raro, salpicado de impresiones inesperadas, huidizas, familiares. De pronto tenía la sensación de ser un intruso, y, apenas unos segundos después, se sentía infinitamente superior al aburrido señor T. A. Hedrick, que además no sabía jugar al golf.

Entonces el señor Hart perdió una pelota cerca del green número diecisiete y sucedió algo extraordinario. Mientras buscaban entre la hierba áspera del *rough*, oyeron gritar con claridad, desde una colina a sus espaldas: «¡Cuidado!». Y cuando, interrumpiendo bruscamente la búsqueda, los cuatro se volvían, salió disparada de la colina una pelota nueva y reluciente que golpeó al señor T. A. Hedrick en el abdomen.

—¡Dios santo! —gritó el señor T. A. Hedrick—. ¡Deberían expulsar a todas esas locas del campo! Es una vergüenza.

Una cabeza y una voz surgieron en la colina.

—¿Les importa que continuemos?

—¡Me ha golpeado en el estómago! —protestó el señor Hedrick, furioso.

—¿De verdad? —la joven se acercó al grupo—. Lo siento. He gritado «Cuidado».

Fue mirando, con indiferencia, a cada uno de los hombres. Luego escudriñó la calle, buscando la pelota.

—¿Ha caído entre malas hierbas?

Era imposible saber si la pregunta era ingenua o maliciosa. Pero inmediatamente la joven resolvió todas las dudas, porque, al aparecer su compañera de juego en la colina, gritó alegremente:

—¡Estoy aquí! Iba directa al green si no hubiera tropezado con algo.

Mientras la joven se disponía a golpear la pelota con el hierro número cinco, Dexter la miró con atención. Llevaba un vestido de algodón azul, con un ribete blanco en el cuello y en las mangas cortas que acentuaba su bronceado. Ya no existía aquel rasgo de exageración, de delgadez, que a los once años volvía absurdos los ojos apasionados y la curva descendente de los labios. Era impresionantemente bella. El color de las mejillas era perfecto, como el color de un cuadro: no un color subido, sino una especie de calidez flucruante y febril, un color tan esfumado que se diría que en cualquier momento iba a disminuir, a desaparecer. Este color y la movilidad de la boca daban una sensación incesante de cambio continuo, de vida intensa, de apasionada vitalidad, equilibrada sólo en parte por el fulgor triste de los ojos.

Impaciente, sin interés, blandió el hierro número cinco y lanzó la pelota a la fosa de arena, más allá del green. Y, con una sonrisa rápida y falsa y un despreocupado «Gracias», la siguió.

—¡Esta Judy Jones! —observó el señor Hedrick en el siguiente tee, mientras esperaban a que la joven se alejara—. Lo único que necesita es que le estén dando azotazos en el culo seis meses y luego la casen con un capitán de caballería de los de antes.

—Dios mío, ¡es guapísima! —dijo el señor Sandwood, que apenas tenía treinta años.

—¡Guapísima! —exclamó el señor Hedrick con desprecio—. ¡Parece como si siempre estuviera deseando que la besaran, encandilando con ojos de vaca a cualquier ternero de la ciudad!

Era dudoso que el señor Hedrick se refiriera al instinto maternal.

—Si se lo propusiera, jugaría muy bien al golf—dijo el señor Sandwood.

—No tiene estilo —dijo el señor Hedrick solemnemente.

—Tiene un tipo precioso —dijo el señor Sandwood.



—Agradecémosle a Dios que no golpee la pelota con más fuerza —dijo el señor Hart, guiñándole un ojo a Dexter.

Aquella tarde el sol se puso entre un bullicioso torbellino de oro y azules y escarlatas, y le sucedió la seca, susurrante noche de los veranos occidentales. Dexter miraba desde la terraza del club de golf, miraba cómo la brisa rizaba las aguas, melaza de plata bajo la luna llena. Y entonces la luna se llevó un dedo a los labios y el lago se transformó en una piscina clara, pálida y tranquila. Dexter se puso el bañador y nadó hasta el trampolín más lejano, y allí se tendió, goteando, sobre la lona mojada de la palanca.

Saltaba un pez y una estrella brillaba y resplandecían las luces alrededor del lago. Lejos, en una oscura península, un piano tocaba las canciones del último verano y de los veranos recientes, canciones de comedias musicales como *Chin-chin*, *El conde de Luxemburgo* y *El soldado de chocolate*, y, porque el sonido de un piano resonando en una superficie de agua siempre le había parecido maravilloso, Dexter permaneció absolutamente inmóvil, a la escucha.

La melodía que el piano estaba tocando había sido alegre y nueva cinco años antes, cuando Dexter estudiaba segundo curso en la universidad. La habían tocado una vez en uno de los bailes que organizaban en el gimnasio, cuando no podía permitirse el lujo de los bailes, y se había quedado fuera de la fiesta, oyendo. La melodía le provocaba una especie de éxtasis, y en aquel éxtasis veía lo que le estaba sucediendo en aquel instante: era un estado de percepción intensísima, la sensación de hallarse, por una vez, en extraordinaria armonía con la vida, la sensación de que todo irradiaba a su alrededor una claridad y un esplendor que jamás volvería a conocer.

Una forma baja, alargada, pálida, surgió de repente de la oscuridad de la isla, escupiendo el reverberante sonido del motor de una lancha de carreras. Tras la barca se desplegaron dos serpentinas blancas de agua hendida y, casi al instante, la barca estuvo junto a él, sofocando los cálidos acordes del piano con el zumbido monótono de su espuma. Dexter se levantó un poco, apoyándose en los brazos, y vislumbró una figura en el timón, dos ojos oscuros que lo miraban por encima de la superficie, cada vez más extensa, de agua. La lancha se había alejado y trazaba un inmenso e inútil círculo de espuma en el centro del lago. Apartándose uniformemente del centro, uno de los círculos se dilató, dirigiéndose hacia el trampolín.

—¿Quién está ahí? —gritó una joven, apagando el motor. Estaba tan cerca ahora, que Dexter podía adivinar un bañador rosa.

La proa de la lancha chocó contra el trampolín, que se inclinó peligrosamente: Dexter se precipitó hacia la muchacha. Se reconocieron, con diferente grado de interés.

—¿No eres uno de los que jugaban al golf esta tarde? —le preguntó.

Lo era.

—Bueno, ¿sabes pilotar una lancha? Es que me gustaría coger la tabla de surf. Soy Judy Jones —le dedicó una absurda sonrisa o, mejor, lo que intentaba ser una sonrisa: con la boca exageradamente torcida, no era grotesca, sino simplemente bella—, y vivo en una casa en la Isla, y en esa casa me está esperando un hombre. En cuanto su coche ha llegado a la puerta, he cogido la lancha y me he ido, porque dice que soy su mujer ideal.

Saltaba un pez y una estrella brillaba y resplandecían las luces alrededor del lago. Dexter se sentó junto a Judy Jones, que le explicó cómo se conducía la lancha. Y al poco estaba Judy en el agua, nadando hacia la tabla de surf con un sinuoso estilo crol. Los ojos no se cansaban de mirarla: era como mirar una rama que tiembla al viento o una gaviota que vuela. Sus brazos, bronceados, color de aceite de nueces, se movían sinuosamente entre las ondas de platino apagado, el codo aparecía primero al echar hacia atrás el antebrazo con un ritmo de agua que cae, extendiéndose y recogiendo, como sables que fueran abriendo camino.

Se dirigieron al centro del lago; volviéndose, Dexter vio que se había arrodillado en la parte posterior de la tabla inclinada.

—Acelera —grito—, acelera todo lo que puedas.

Dexter, obediente, movió la palanca y la espuma alcanzó la altura de la proa. Cuando volvió a mirarla, la chica estaba de pie sobre la tabla en movimiento, a la máxima velocidad, con los brazos extendidos al aire, mirando a la luna.

—¡Qué frío más espantoso! —gritó—. ¿Cómo te llamas?

Se lo dijo.

—Bueno, ¿por qué no vienes a cenar mañana?

El corazón de Dexter giró como el volante de la lancha y, por segunda vez, un capricho de Judy cambió el rumbo de su vida.

## III.

La tarde siguiente, mientras esperaba a que Judy bajara, Dexter imaginó el porche, la galena y el gran recibidor invadidos por todos los hombres que habían querido a Judy Jones. Sabía qué tipo de hombres eran: los mismos que, cuando empezó a ir a la universidad, habían llegado de los grandes colegios privados con trajes elegantes y el bronceado profundo de los veranos saludables. Se había dado cuenta de que, en cierto sentido, él era mejor que aquellos hombres. Era más nuevo, más fuerte. Aunque se confesara a sí mismo que deseaba que sus hijos fueran como ellos, reconocía que él era el sólido material en bruto del que ellos surgirían eternamente.

Cuando le llegó el momento de vestir buenos trajes, sabía quiénes eran los mejores sastres de Estados Unidos, y los mejores sastres de Estados Unidos habían hecho el traje que llevaba aquella tarde. Había adquirido esa escrupulosa circunspección típica de su universidad, que tanto la distinguía de las demás universidades. Se daba cuenta de la importancia de aquel peculiar amaneramiento y lo había hecho suyo; sabía que el descuido en las maneras y el vestir exigía mayor confianza en uno mismo que el ser cuidadoso. Sus hijos podrían permitirse ser descuidados. El apellido de su madre había sido Krimlich. Era una campesina de Bohemia que sólo había chapurreado el inglés hasta el fin de sus días. Su hijo debía atenerse a inflexibles modelos de comportamiento.

Judy Jones bajó poco después de las siete. Llevaba un sencillo vestido de seda azul, y Dexter se sintió desilusionado porque no se hubiera puesto algo más elegante. Esta sensación se acentuó cuando, después de un breve saludo, Judy se acercó a la puerta de la cocina y, abriéndola, dijo: «Puedes servir la cena, Martha». Dexter esperaba que un mayordomo anunciara la cena, que hubieran tomado un cóctel. Pero olvidó estas reflexiones cuando se sentaron en un sofá y se miraron.

—Papá y mamá no están en casa —dijo, pensativa.

Dexter recordaba la última vez que había visto al padre de Judy, y se alegraba de que los padres no estuvieran en casa aquella noche: se hubieran preguntado quién era aquel Dexter. Había nacido en Keeble, una aldea de Minnesota ochenta kilómetros más al norte, y siempre decía que había vivido en Keeble, y no en Black Bear. Los pueblos del interior quedaban muy bien como lugar de procedencia, siempre que no fueran demasiado conocidos y usados como apeadero próximo a algún lago de moda.

Hablaron de la universidad donde Dexter había estudiado, y que Judy había visitado con frecuencia durante los dos últimos años; y hablaron de la ciudad vecina, que abastecía a Sherry Island de clientes, y donde al día siguiente esperaban a Dexter sus prósperas lavanderías.

Durante la cena Judy fue cayendo en una especie de abatimiento que le hacía sentirse incómodo. Le molestaban las impertinencias que Judy soltaba con su voz ronca. Y, aunque Judy sonriera —a él, a un higadillo de pollo, a nada—, lo turbaba que aquella sonrisa no hundiera sus raíces en la alegría, o, por lo menos, en algún instante de diversión. Cuando las comisuras escarlata de sus labios se curvaban hacia abajo, era menos una sonrisa que una invitación a los besos.

Después de la cena, lo llevó a la galería en penumbra y deliberadamente cambió la atmósfera.

—¿Te importa que lllore un poco? —dijo.

—Temo que te estoy aburriendo —respondió Dexter.

—No. Me caes simpático. Pero ha sido una tarde terrible. Me interesaba un hombre, y esta tarde me ha dicho de buenas a primeras que es pobre como una rata. Antes ni siquiera me lo había insinuado. ¿No te parece horriblemente vulgar?

—Le daría miedo decírtelo.

—Eso me figuro —contestó—. No lo hizo bien desde el principio. Mira, si yo hubiera sabido que era pobre... He perdido la cabeza por montones de hombres pobres y siempre he tenido la intención de casarme con ellos. Pero, en este caso, no se me había ocurrido una cosa así, y mi interés no era tan fuerte como para sobrevivir al golpe. Es como si una chica le dijera tranquilamente a su chico que era viuda. No es que el chico tuviera nada contra las viudas, pero... Vamos a empezar bien las cosas —se interrumpió de pronto—. ¿Tú qué eres?

Dexter titubeó un instante. Luego dijo:

—No soy nadie. Mi carrera es, en gran medida, cuestión de futuro.

—¿Eres pobre?

—No —dijo francamente—. Posiblemente estoy ganando más dinero que cualquiera de mi edad en el Noroeste. Sé que es una afirmación despreciable, pero me has aconsejado que empiece bien las cosas.

Callaron un instante. Luego Judy sonrió y las comisuras de sus labios se curvaron y un balanceo casi imperceptible la acercó a Dexter. Lo miraba a los ojos. Dexter sentía un nudo en la garganta y esperó, aguantando la respiración, el experimento: probar el compuesto imprevisible formado misteriosamente con los elementos de los labios de Judy. Y lo probó. Judy le transmitía su excitación, pródigamente, profundamente, con besos que no eran una promesa, sino un cumplimento. No le provocaban una ansiosa necesidad de renovarlos, sino una saciedad que exigía más saciedad: besos que, como la caridad, producían deseo porque no obtenían nada a cambio.

No necesitó muchas horas para admitir que deseaba a Judy Jones desde que era un chiquillo orgulloso y ambicioso.

#### IV.

Así empezó, y así continuó, con distintos grados de intensidad, en el mismo tono, hasta el desenlace. Dexter entregó una parte de sí mismo a la persona más abierta y con menos principios que jamás había conocido. Judy conseguía, gracias al poder de su encanto, cualquier cosa que pudiera desear. Y no recurría a distintas estrategias y maniobras para conseguir posiciones o efectos premeditados: en sus asuntos amorosos contaba muy poco el aspecto racional. Sólo se preocupaba de que los hombres fueran conscientes del alto grado de su belleza física. Dexter no quería que Judy cambiara. Una energía apasionada superaba todos sus defectos, trascendiéndolos y justificándolos.

Cuando, apoyando la cabeza en el hombro de Dexter, aquella primera noche murmuró: «No sé qué me pasa. Anoche creía que estaba enamorada de un hombre y esta noche creo que estoy enamorada de ti», a él le parecieron palabras hermosas y románticas. Dexter aún podía dominar aquella emotividad deliciosa. Pero una semana después no tuvo más remedio que mirar de manera distinta la misma cualidad. Judy lo llevó en su descapotable a una comida en el campo, y después de la comida desapareció con otro en el mismo descapotable. Dexter, de muy mal humor, apenas si fue capaz de tratar con un mínimo de educación a los demás invitados. Y, cuando Judy le aseguró que no había besado al otro, supo que mentía, pero le alegró que se molestara en mentirle.

Era, como descubrió antes de que el verano acabara, uno de los muchos que daban vueltas alrededor de Judy. Todos habían sido alguna vez el favorito, y la mitad todavía se consolaba con ocasionales renacimientos sentimentales. Si alguno daba señales de retirarse tras un largo periodo de indiferencia, Judy le dedicaba una hora escasa de ternura que lo animaba a resistir un año o mucho más. Semejantes incursiones contra los indefensos y derrotados las emprendía sin malicia y, desde luego, sin apenas darse cuenta de que había algo perverso en lo que hacía.

Cuando aparecía en la ciudad un hombre nuevo, se olvidaba de todos: todas las citas eran canceladas automáticamente.

Era inútil pretender hacer algo al respecto, porque Judy lo hacía todo. No era una chica que pudiera ser conquistada, en el sentido cinético del término: estaba hecha a prueba de astucias y hechizos; si alguno se lanzaba al asalto con demasiado ímpetu, Judy resolvía inmediatamente el asunto en el plano físico, y bajo la magia de su esplendor físico tanto los impetuosos como los avispados acababan aceptando plenamente su juego. Sólo se divertía satisfaciendo sus deseos y ejercitando sus encantos. Puede que, asediada por tanto amor juvenil y tantos jóvenes enamorados, hubiera terminado, en defensa propia, alimentándose exclusivamente de sí misma.

A la euforia inicial de Dexter siguieron el desasosiego y el disgusto. El éxtasis, irremediable, de perderse en Judy era más un opiáceo que un tónico. Fue una suerte para su trabajo durante el invierno que fueran raros aquellos momentos de éxtasis. Cuando se conocieron, en los primeros días, parecía existir una profunda atracción recíproca: aquel primer agosto, por ejemplo, tres días de largos anocheceres en la terraza, a oscuras, y aquellos besos tristes y extraños, a la caída de la tarde, en rincones sombríos, o en el jardín, tras el emparrado del cenador, y mañanas en las que era fresca como un sueño y casi tímida, cuando se encontraban en la claridad del nuevo día. Vivían

el éxtasis de un noviazgo, un éxtasis fortalecido por la consciencia de que no era un noviazgo. Por primera vez, durante aquellos tres días, Dexter le pidió que se casara con él. Ella dijo: «Quizá algún día», ella dijo: «Bésame», ella dijo: «Me gustaría casarme contigo», ella dijo: «Te quiero»..., ella dijo... nada.

Aquellos tres días fueron interrumpidos por la llegada de un tipo de Nueva York, invitado a pasar la mitad de septiembre en casa de Judy. Corrió el rumor de que eran novios, para dolor de Dexter. Era el hijo del presidente de una gran empresa. Pero a final de mes se decía que Judy bostezaba. En un baile pasó la noche sentada en una motora con un galán local, mientras el neoyorquino la buscaba frenéticamente por el club. Judy le dijo al galán local que su invitado la aburría, y dos días después el invitado se fue. Los vieron juntos en la estación, y se decía que el neoyorquino tenía un aspecto verdaderamente lastimoso.

Así acabó el verano. Dexter tenía veinticuatro años y cada vez se sentía más capaz de conseguir todo lo que se propusiera. Se había hecho socio de dos clubes de la ciudad y vivía en uno de ellos. Aunque no formaba parte de los grupos de hombres sin pareja, procuraba asistir a los bailes en los que era probable que apareciera Judy Jones. Hubiera podido brillar en sociedad cuanto hubiera querido: ya era un soltero cotizado y apreciado por los padres de las mejores familias de la ciudad. Su confesada devoción por Judy Jones había contribuido a solidificar su posición. Pero no tenía aspiraciones sociales y despreciaba a los fanáticos del baile, siempre listos para la fiesta del jueves y el sábado, y para llenar un hueco en las cenas con las parejas más jóvenes de recién casados. Le estaba dando vueltas a la idea de irse al Este o a Nueva York. Y quería llevarse a Judy Jones. Ninguna desilusión procedente del mundo en el que Judy había crecido podría curarle la ilusión que le causaba su atractivo.

Conviene recordarlo, porque sólo a esta luz es comprensible lo que hizo por ella.

Dieciocho meses después de haber conocido a Judy Jones, se comprometió con otra chica. Se llamaba Irene Sheerer, y su padre era de los que siempre habían creído en Dexter. Irene tenía el pelo claro y era dulce y honesta, y un poco gorda, y tenía dos pretendientes a los que delicadamente abandonó cuando Dexter le pidió formalmente que se casara con él.

Un verano, un otoño, un invierno, una primavera, otro verano y otro otoño: así de grande era el trozo de vida plena que había entregado a los incorregibles labios de Judy Jones. Judy lo había tratado con interés, aprobación, malicia, indiferencia, desprecio. Le había infligido los innumerables desaires y afrentas que suelen darse en semejantes casos: como si quisiera vengarse de haberle tenido cariño. Lo había atraído, se había aburrido, lo había vuelto a atraer, y Dexter, muchas veces, había respondido con amargura y malas caras. Judy le había dado una arrebatada felicidad y una angustia intolerable. Había sido causa de molestias indecibles y de no pocos problemas. Lo había insultado y pisoteado, había contrapuesto el interés por ella al interés por su trabajo sólo por divertirse. Le había hecho todo tipo de cosas, excepto hablar mal de él —nunca lo hizo—, porque, según Dexter, aquello hubiera manchado la absoluta indiferencia que le demostraba y que sinceramente sentía.

Cuando pasó el segundo otoño, Dexter reconoció que jamás conquistaría a Judy Jones. Tuvo que metérselo a la fuerza en la cabeza, pero por fin acabó convenciéndose. Una noche, antes de dormirse, reflexionó. Recordó los problemas y el dolor que le había causado, y enumeró sus evidentes defectos como esposa. Luego se dijo que la quería, y se durmió. Durante una semana, para no imaginarse su voz ronca al teléfono o sus ojos frente a él mientras comían juntos, trabajó mucho, hasta muy tarde, y de noche iba a su despacho y planeaba el futuro.

Y, cuando llegó el fin de semana, fue a una fiesta y la invitó a bailar cuando hubo cambio de pareja. Puede que fuera la primera vez desde que se conocían que no le pidió que salieran a la terraza ni le dijo que estaba preciosa. Le dolió que Judy ni se diera cuenta, pero no sintió nada más. No se puso celoso cuando vio que aquella noche iba con un nuevo acompañante. Hacía tiempo que era inmune a los celos.

Se quedó en el baile hasta muy tarde. Pasó una hora con Irene Sheerer, hablando de libros y música. Dexter entendía poco de esas cosas. Pero ahora empezaba a ser dueño de su tiempo, y se le ocurrió la idea, un poco pedante, de que él —el joven y ya fabulosamente próspero Dexter Green— debería entender un poco de semejantes asuntos.

Fue en octubre, cuando tenía veinticinco años. En enero Dexter e Irene se hicieron novios. El compromiso se haría público en junio, y tres meses después se casarían.

El invierno de Minnesota se alargó interminablemente, y casi era mayo cuando por fin los vientos se apaciguaron y la nieve se derritió en el lago Black Bear. Por primera vez, desde hacía más de un año, Dexter disfrutaba de cierta paz de espíritu. Judy Jones había estado en Florida, y en Hot Springs, y en algún sitio se había prometido, y en algún sitio había roto el compromiso. Al principio, cuando había renunciado definitivamente a ella, lo entristecía que la gente creyera que todavía estaban enamorados y le preguntara por Judy, pero, cuando empezaron a sentarlo en las comidas junto a Irene, dejaron de preguntarle por Judy: ahora le contaban cosas de Judy. Dexter había, dejado de ser una autoridad en la materia.

Y llegó mayo. Dexter paseaba de noche por las calles, cuando la oscuridad era húmeda como la lluvia, maravillándose de que una pasión tan grande lo hubiera abandonado tan pronto, sin demasiado esfuerzo. Mayo, el año anterior; había estado marcado por la turbulencia arrebatadora, inolvidable pero olvidada, de Judy: había sido uno de esos raros periodos en que Judy imaginaba que podía quererlo. Dexter había cambiado aquellas monedas de felicidad pasada por un poco de paz. Sabía que Irene sólo sería unos visillos que se cierran, una mano que se mueve entre relucientes tazas de té, una voz que llama a los niños: la pasión y la belleza se habían ido para siempre, la magia de las noches y la maravilla incesante de las horas y las estaciones. Labios suaves, curvados, posándose en sus labios y transportándolo al paraíso de las miradas: todo lo llevaba muy adentro. Y Dexter era demasiado fuerte y estaba demasiado vivo para que aquello muriera sin más.

A mediados de mayo, cuando el clima se estabilizó durante unos días en el puente inconsistente que conducía al corazón del verano, Dexter llegó una noche a casa de Irene. Su compromiso sería anunciado dentro de una semana, y no sorprendería a nadie. Aquella noche, sentados juntos en el salón del Club Universitario, pasarían una hora mirando a las parejas que bailaban. Estar con Irene le daba una sensación de solidez: todos la admiraban tanto, era tan intensamente grande.

Subió las escaleras de la casa de piedra oscura y entró.

—Irene —llamó.

La señora Sheerer salió del cuarto de estar para recibirlo.

—Dexter —dijo—, Irene se ha subido a su cuarto con un dolor de cabeza terrible. Quería salir contigo, pero la he mandado a la cama.

—Espero que no sea nada importante...

—Claro que no. Mañana jugaréis al golf. Puedes pasar sin ella una noche, ¿no, Dexter?

Su sonrisa era agradable. Se tenían simpatía. Charlaron un rato en la sala de estar antes de que Dexter se despidiera.

Volvió al Club Universitario, donde tenía un apartamento, y se entretuvo un rato en la entrada, mirando a las parejas que bailaban. Se apoyó en el quicio de la puerta, saludó con la cabeza a un par de conocidos, bostezó.

—Hola, querido.

La voz familiar, a su lado, lo sobresaltó. Judy Jones había dejado a su acompañante y había atravesado el salón para acercarse a Dexter: Judy Jones, delgada muñeca de porcelana vestida de oro: dorada la cinta del pelo, dorados los zapatos que asomaban bajo el traje de noche. El fulgor frágil de su cara pareció alcanzar la plenitud cuando le sonrió a Dexter. Una brisa cálida y luminosa sopló en el salón de baile. Las manos de Dexter se cerraron espasmódicamente en el bolsillo del esmoquin. Se había emocionado de repente.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó con naturalidad.

—Ven y te lo diré.

La siguió. Había estado lejos: Dexter tenía ganas de llorar por la maravilla de que hubiera regresado. Había recorrido calles encantadas, había hecho cosas que eran como una música excitante. Todo misterio y toda esperanza renovadora y vivificante se habían ido con ella, y con ella acababan de volver.

Se detuvo a la salida.

—¿Tienes aquí el coche? Si no, yo he traído el mío —dijo Judy.

—Tengo el descapotable.

Subió al coche con un frufú de tela dorada. Dexter cerró la puerta. A cuántos coches habría subido... como éste... como ahora... la espalda contra el cuero... así... el codo descansando en la puerta... a la espera. Hacía mucho que estaría manchada si algo que no fuera ella misma hubiera podido mancharla, pero aquellos gestos sólo eran una efusiva manifestación de su personalidad.

Con esfuerzo, se obligó a arrancar el coche y salir del aparcamiento. Debía recordar que aquello no significaba nada. Judy ya había hecho lo mismo otras veces, pero Dexter no se lo tenía en cuenta, como si hubiera tachado un error en sus libros de contabilidad.

Condujo hacia el centro, despacio, y, haciéndose el distraído, atravesó las calles desiertas de los barrios comerciales: había gente que salía de un cine, jóvenes tísicos o fuertes como boxeadores perdían el tiempo ante las salas de billar. El tintineo de los vasos y el ruido de las palmadas sobre el mostrador escapaba de los bares, claustros de vidrio esmerilado y luz amarilla y sucia.

Judy lo miraba con atención y el silencio era embarazoso, pero Dexter no logró encontrar una sola palabra que profanara aquel instante. Dio la vuelta donde pudo, en un zigzag, para volver al Club Universitario.

—¿Me has echado de menos? —preguntó Judy de pronto. —Todos te hemos echado de menos.

Dexter se preguntó si conocía a Irene Sheerer. Había vuelto hacía apenas un día: su ausencia casi había coincidido con su noviazgo. —¡Vaya respuesta! —Judy reía tristemente, pero sin melancolía. Lo miraba con ojos escrutadores. Dexter se concentró en el cuadro de mandos.

—Estás más guapo que antes —dijo pensativamente—. Dexter, tienes unos ojos inolvidables.

Dexter se podría haber echado a reír, pero no se rió: cosas así les decían a los alumnos de segundo. Fue como una puñalada.

—Estoy terriblemente cansada de todo, querido —les llamaba *querido* a todos, repartiendo la palabra cariñosa con camaradería despreocupada, muy personal—. Quiero que te cases conmigo.

Tanta franqueza lo desarmó. Tendría que haberle dicho que iba a casarse con otra, pero no fue capaz. Y hubiera podido jurar, con la misma facilidad, que no la había querido nunca.

—Creo que no nos llevaríamos mal —continuó Judy en el mismo tono—, aunque quizá me hayas olvidado y te hayas enamorado de otra.

Su seguridad era, evidentemente, extraordinaria. Había dicho, en realidad, que le parecía increíble una cosa así, y que, si fuera verdad, Dexter había cometido una imprudencia infantil, probablemente por despecho. Lo perdonaría, porque sólo habría sido un desliz, al que no había que darle la menor importancia.

—Claro que no podrías querer a nadie sino a mí —continuó—. Me gusta cómo me quieres. Ay, Dexter, ¿ya no te acuerdas del año pasado?

—Sí, me acuerdo.

—¡Yo también me acuerdo!

¿Estaba verdaderamente conmovida... o se dejaba llevar por la fuerza de su interpretación?

—Me gustaría que todo volviera a ser igual —dijo, y Dexter se vio obligado a contestar:

—No creo que sea posible.

—Me lo figuro... Me han dicho que te dedicas a perseguir a Irene Sheerer.

Pronunció el nombre de Irene sin el menor énfasis, pero Dexter sintió vergüenza de repente.

—¡Llévame a casa! —exclamó Judy de improviso—. No quiero volver a ese baile idiota, con esos niños.

Y entonces, mientras enfilaban la calle que subía hasta el barrio residencial, Judy empezó a llorar, tranquila, en silencio, para sí misma. Nunca la había visto llorar.

La calle oscura se iluminó: las casas de los ricos surgieron a su alrededor, y Dexter detuvo el descapotable frente a la casa, blanca e inmensa, de Mortimer Jones, soñolienta, suntuosa, sumergida en la claridad húmeda de la luna llena. Lo sorprendió su solidez. Los muros consistentes, el acero de las vigas, su magnitud, fortaleza y magnificencia sólo servían para resaltar el contraste con la belleza juvenil que tenía al lado. Y era difícil subrayar su fragilidad: como lo hubiera sido señalar qué corriente de aire generaría el ala de una mariposa.

Dexter permanecía completamente inmóvil en su asiento, con los nervios crispados, temiendo que, si se movía, se la encontraría irresistiblemente entre los brazos. Dos lágrimas habían resbalado por la cara de Judy y le temblaban en el labio superior.

—Soy más guapa que nadie —dijo de repente—. ¿Por qué no puedo ser feliz? —sus ojos húmedos quebrantaban la firmeza de Dexter; una tristeza honda le curvaba poco a poco los labios— : Me gustaría casarme contigo si me quisieras, Dexter. Me figuro que no me consideras digna, pero por ti sería la más bella, Dexter.

Un millón de frases de indignación, orgullo, pasión, odio y ternura pugnaron por salir de los labios de Dexter. Y entonces lo atravesó una oleada de emoción, que arrastró un sedimento de sabiduría, convenciones, dudas y sentido del honor. Era su chica la que le hablaba, toda suya, su belleza, su orgullo.

—¿No quieres entrar?

A Dexter le pareció percibir un sollozo.

Ella estaba esperando.

—De acuerdo —le temblaba la voz—, entraré.

V.

Fue extraño: Dexter nunca se arrepintió de aquella noche, ni cuando todo acabó, ni mucho tiempo después. Viendo las cosas desde la perspectiva que dan diez años, parecía insignificante que el arrebató que Judy sintió por él apenas durara un mes. Tampoco importaba que con su docilidad se hubiera infligido a sí mismo el más profundo dolor y hubiera ofendido gravemente a Irene Sheerer y a sus padres, que le habían ofrecido su afecto. No había habido detalles suficientemente gráficos en la aflicción de Irene para que se le grabaran en la memoria.

Dexter era en el fondo testarudo. La actitud de la ciudad ante su acción no le importaba, y no porque pensara irse de la ciudad, sino porque cualquier actitud ajena sobre la situación parecía superficial. La opinión pública le era indiferente por completo. Ni siquiera cuando se dio cuenta de que todo era inútil, que de que no poseía la fuerza suficiente para conmover de verdad a Judy Jones, para retenerla, le guardó rencor. La quería, y la hubiera querido hasta el día en que fuese demasiado viejo para querer, pero no podía poseerla. Así saboreó el dolor profundo que está reservado a los fuertes, como había saboreado por un momento la más profunda felicidad.

Ni siquiera la falsedad absoluta de los motivos por los que Judy acabó con el noviazgo, porque «no quería quitárselo a Irene» —Judy, que no había deseado otra cosa—, le pareció repugnante. Estaba más allá de toda repulsión y de toda burla.

Se fue al Este en febrero con la intención de vender las lavanderías y establecerse en Nueva York, pero Estados Unidos entró en la guerra en marzo y cambiaron todos sus proyectos. Volvió al Oeste, le confió la dirección de los negocios a su socio, y a finales de abril ingresó en el primer campo de instrucción para oficiales. Fue uno de los miles de jóvenes que recibieron la guerra con cierto alivio, agradeciendo que los liberara de las telarañas de los sentimientos enmarañados.

VI.

Conviene recordar que esta historia no es su biografía, aunque en ella se deslicen anécdotas que no tienen nada que ver con sus sueños juveniles. Y poco queda que contar de Dexter y sus sueños: apenas un episodio que sucedió siete años después.

Tuvo lugar en Nueva York, donde a Dexter le iba bien, tan bien que para él no existían barreras demasiado altas. Había cumplido treinta y dos años, y, con excepción de un viaje en avión recién acabada la guerra, hacía siete años que no había vuelto al Oeste. Un tal Devlin, de Detroit, lo visitó en su despacho por asuntos de negocios, y allí y entonces ocurrió el episodio que cerró, por así decirlo, este capítulo de su vida.

—Así que eres del Medio Oeste —dijo el tal Devlin con despreocupada curiosidad—. Tiene gracia: creía que los hombres como tú sólo podían nacer y crecer en Wall Street. ¿Sabes? La mujer de uno de mis mejores amigos de Detroit es de tu ciudad. Fui testigo en la boda.

Dexter esperó, sin ponerse en guardia, lo que venía a continuación.

—Judy Simms —dijo Devlin sin especial interés—; de soltera se llamaba Judy Jones.

—Sí, la conocí.

Una impaciencia subterránea se iba apoderando de Dexter. Ya sabía, desde luego, que se había casado, pero, quizá deliberadamente, no había llegado a saber más.

—Una chica terriblemente simpática —meditó Devlin en voz alta, irreflexivamente—. Me da un poco de pena.

—¿Por qué? —algo en Dexter se había despertado, alerta, receptivo.

—Ah, yo diría que Lud Simms no va por muy buen camino. No digo que la trate mal, pero bebe y sale mucho.

—¿Ella no sale?

—No. Se queda en casa con los niños.

—Ah.

—Quizá sea demasiado mayor para él —dijo Devlin.

—¡Demasiado mayor! —exclamó Dexter—. Pero, hombre, sólo tiene veintisiete años.

Sentía un deseo intensísimo de correr a tomar el tren a Detroit. No pudo dominarse: se puso de pie.

—Me figuro que estás ocupado —se disculpó Devlin—. No me había dado cuenta...

—No, no estoy ocupado —dijo Dexter, intentando mantener firme la voz—. No tengo absolutamente nada que hacer. Nada. ¿Has dicho que tenía... veintisiete años? No. Lo he dicho yo.

—Sí, has sido tú —asintió Devlin, cortante.

—Sigue, entonces. Sigue.

—¿Cómo?

—Sigue hablándome de Judy Jones.

Devlin lo miró indeciso.

—Bueno, es... No hay mucho más que decir. La trata fatal. No, no se divorciarán ni nada por el estilo. Cuando Lud es especialmente aborrecible, Judy lo perdona. La verdad es que me inclino a pensar que lo quiere. Era mona cuando llegó a Detroit.

¡Mona! A Dexter la expresión le pareció ridícula.

—¿Ya no es... mona?

—Ah, no está mal.

—Mira —dijo Dexter, sentándose de pronto—, no te entiendo. Has dicho que era mona y ahora dices que no está mal. No te entiendo: Judy Jones no era mona, en absoluto. Era una belleza. Yo la conocí, la conocí. Era...

Devlin se echó a reír amablemente.

—No quiero llevarte la contraria —dijo—. Creo que Judy es simpática, y la aprecio. No puedo entender cómo un hombre como Lud Simms pudo enamorarse perdidamente de ella, pero así fue —y añadió—: Le cae simpática a casi todas las mujeres.

Dexter miró fijamente a Devlin, pensando, insensatamente, que debía de tener alguna razón para hablar de aquella manera, una insensibilidad innata o algún rencor secreto.

—Montones de mujeres se marchitan así —Devlin chasqueó los dedos—. Tú mismo lo habrás comprobado. Tal vez he olvidado lo guapa que estaba en la boda. Después la he visto demasiado, ¿sabes? Tiene los ojos bonitos.

Una especie de torpeza, de flojedad, envolvía a Dexter. Por primera vez en su vida le entraron ganas de emborracharse de verdad. Se dio cuenta de que se reía a carcajadas de algo que Devlin había dicho, pero no sabía qué había dicho ni por qué tenía tanta gracia. Cuando, minutos después, Devlin se fue, se echó en el diván y contempló a través de la ventana el horizonte de los edificios de Nueva York, donde el sol se hundía entre pálidas, hermosas tonalidades rosa y oro.

Había creído que, al no quedarle nada más que perder, por fin era invulnerable: pero ahora sabía que acababa de perder algo más, tan cierto como si se hubiera casado con Judy Jones y la hubiera visto marchitarse día a día.

El sueño había terminado. Algo le había sido arrebatado. Con algo parecido al pánico se apretó los ojos con las manos e intentó rescatar una imagen de las aguas que lamían Sherry Island, y la terraza a la luz de la luna, y los trajes de algodón en los campos de golf, y el sol árido y el color dorado de la delicada nuca de Judy. Y los labios de Judy húmedos de sus besos, y sus ojos doloridos



de melancolía, y su frescor, por la mañana, como de sábanas de lino finas y nuevas. ¡Todo aquello ya no formaba parte del mundo! Había existido y ya no existía.

Por primera vez en muchos años se le saltaban las lágrimas. Pero ahora lloraba por él. No le importaban los labios, los ojos, las manos que acarician. Quería que le importaran, pero no le importaban. Porque se había ido de aquel mundo, y no podría volver jamás. Las puertas se habían cerrado, el sol se había puesto, y la única belleza que quedaba era la belleza gris del acero que resiste al tiempo. Incluso el dolor que podía haber sentido había quedado atrás, en el país de las ilusiones, de la juventud, de la plenitud de la vida, donde habían florecido sus sueños de invierno.

—Hace mucho, mucho tiempo —dijo—, existía algo en mí, y ahora eso ha desaparecido. Ahora eso ha desaparecido, eso ha desaparecido. No puedo llorar. No puedo lamentarlo. Ha desaparecido y no volverá nunca.

## Dados, nudillos de hierro y guitarra

*Dados, nudillos de hierro y guitarra apareció en la revista Hearst's International, en mayo de 1923, y fue el primer cuento de Fitzgerald que contrataron las revistas de Hearst. Dados... es evidentemente uno de los cuentos en los que Fitzgerald experimentó con ideas que desarrollaría con mayor profundidad en El gran Gatsby. Aquí el tema de la insensibilidad de los ricos es tratado en clave de humor, pero la declaración de Amanthis al forastero indeseable —«Tú eres mejor que todos esos juntos, Jim»— anticipa el juicio de Nick Carraway sobre Gatsby, que es «mejor que toda esa maldita pandilla junta». Dados... expresa, también desde un punto de vista humorístico, las impresiones de Fitzgerald sobre las diferencias culturales y sociales entre el Sur y el Norte.*

Zonas enteras de Nueva Jersey, como todo el mundo sabe, se encuentran bajo el agua, y otras se encuentran bajo la vigilancia permanente de las autoridades. Pero aún sobreviven, desperdigadas aquí y allá, extensiones de huertos salpicadas de anticuadas casonas con amplias galerías sombrías y un columpio rojo en el jardín. Y quizá, en la galería más sombría y más amplia, haya incluso una hamaca abandonada desde los días de las hamacas, meciéndose suavemente al viento Victoriano de hace medio siglo.

Cuando los turistas llegan a tales hitos del pasado paran sus coches, miran un rato y enseguida murmuran: «Bueno, gracias a Dios, nuestra época tiene antecedentes»; o dicen: «Bueno, es verdad que en esta casa sólo hay salones inmensos, cientos de ratas y un solo baño, pero hay también cierta atmósfera...».

El turista no se queda mucho tiempo. Dirige su coche a su villa isabelina de cartón piedra, a su carnicería normanda y antigua o a su palomar medieval e italiano, porque éste es el siglo XX y las casas victorianas están tan pasadas de moda como las novelas de la señora Humphry Ward.

No puede ver la hamaca desde la carretera, pero algunas veces en la hamaca hay una chica. Aquella tarde había una. Estaba dormida y no parecía darse cuenta de los horrores estéticos que la rodeaban, la estatua de piedra de Diana, por ejemplo, que en el jardín, a la luz del sol, sonreía como una estúpida.

Todo era extraordinariamente amarillo: aquella luz del sol, por ejemplo, era amarilla, y la hamaca era de ese detestable color amarillo que sólo poseen las hamacas, y el pelo rubio de la chica se desparramaba sobre la hamaca en una especie de comparación envidiosa.

Dormía con la boca cerrada y las manos unidas bajo la cabeza, como suelen dormir los jóvenes. Su pecho subía y bajaba suavemente, sin mayor énfasis que el balanceo de la hamaca.

Su nombre, Amanthis, estaba tan pasado de moda como la casa donde vivía. Lamento decir que sus raíces victorianas se interrumpían tajantemente en este punto.

Ahora, si esto fuera una película (como, por supuesto, espero que lo sea algún día), rodaría de la chica tantos miles de metros de celuloide como me permitieran, y acercaría la cámara y mostraría el amarillo de su nuca, donde el pelo termina, y el color cálido de sus mejillas y brazos, porque me gusta imaginármela mientras duerme en la hamaca, como cualquiera habrá dormido alguna vez cuando era joven. Luego contrataría a un tal Israel Glucosa para que escribiera alguna frase de transición, alguna tontería, y empalmaría con otra escena que sucedería lejos, en algún lugar de la carretera.

En un impresionante automóvil viajaba con su criado un caballero del Sur. Podríamos decir que se dirigía a Nueva York, pero tenía un pequeño problema: la parte superior y la parte inferior del automóvil no coincidían exactamente. De hecho, de vez en cuando, los dos viajeros se apeaban del coche, arrimaban el hombro al chasis, hacían coincidir esquina con esquina, y proseguían su camino, vibrando levemente en involuntaria armonía con el motor.

El coche, al que le faltaba la puerta trasera, podía haber sido construido en los inicios de la era mecánica. Lo cubría el barro de ocho Estados, y, en la parte delantera, un taxímetro enorme y difunto le servía de adorno; en la parte de atrás ondeaba un roñoso banderín con la inscripción

«Tarleton, Georgia». En el pasado ignoto alguien había empezado a pintar el capó de amarillo, pero por desgracia, a mitad de la faena, había tenido que atender otros asuntos.

Cuando el caballero y su criado pasaban frente a la casa donde Amanthis dormía maravillosamente en la hamaca, sucedió un imprevisto: se desprendió la carrocería del coche. Sólo tengo una disculpa para decirlo tan bruscamente: sucedió bruscamente. Cuando el estruendo se apagó y el polvo se disipó, amo y criado se apearon e inspeccionaron las dos mitades.

—Fíjate —dijo el caballero, de mal humor—, el maldito trasto se ha dividido esta vez por completo.

—Se ha partido en dos —asintió el criado.

—Hugo —dijo el caballero después de reflexionar—, tenemos que conseguir martillo y clavos, y clavarlo.

Contemplaron la mansión victoriana. La rodeaban campos ligeramente irregulares que se perdían en un horizonte desolado y ligeramente irregular. No había elección, así que el negro Hugo abrió la cancela y siguió a su amo por el camino de grava, y apenas si echó un vistazo, con ojos resabiados de inveterado viajero, al columpio rojo y a la estatua de Diana, que les lanzó una mirada de loca furiosa.

En el momento preciso en que llegaron al porche, Amanthis se despertó, se incorporó en la hamaca y los miró de arriba abajo.

El caballero era joven, quizá tuviera veinticuatro años. Se llamaba Jim Powell. Llevaba un traje barato, polvoriento y estrecho, y era evidente que temía que el traje se le escapara en el momento menos pensado: iba cerrado por una hilera de seis botones ridículos.

También en las mangas abundaban los botones inútiles, y Amanthis no pudo evitarlo: comprobó si también llevaban botones las perneras del pantalón. Pero los pantalones sólo se distinguían por su forma: eran acampanados. El corte del chaleco, muy bajo, apenas impedía que la asombrosa corbata ondeara al viento.

El caballero hizo una reverencia, sacudiéndose el polvo de las rodillas con un sombrero de paja, y simultáneamente sonrió, entornando los ojos azules, de un azul desvaído, y exhibiendo una dentadura blanca y perfectamente simétrica.

—Muy buenas —dijo con descuidado acento de Georgia—. Mi coche ha sufrido un accidente poco más allá de su puerta. No sé si sería mucho pedir que me prestara un momento un martillo y unas cuantas tachuelas... Algunos clavos.

Amanthis se echó a reír. No podía parar de reír, y el señor Jim Powell rió también con educación y agradecimiento. Sólo el criado, sumido en su angustia de adolescente negro, conservó una solemne gravedad.

—Quizá sea mejor que me presente —dijo el forastero—. Me llamo Powell. Vivo en Tarleton, Georgia. El negro es Hugo, mi chico.

—¡Es su hijo! —la joven miró a uno y a otro con exagerada fascinación.

—No, es mi chico, mi criado. Allí llamamos chicos a los negros.

Ante esta referencia a las mejores costumbres de su tierra natal, el chico, Hugo, cruzó las manos a la espalda y miró misteriosamente la hierba con aire de suficiencia.

—Sí, señora —murmuró—, soy un criado.

—¿Adonde iban en el coche? —preguntó Amanthis.

—Vamos al Norte, a pasar el verano.

—¿Adonde?

El turista movió la mano en el aire despreocupadamente, como señalando los montes Adirondacks, las Mil Islas o Newport, pero dijo:

—Queremos llegar a Nueva York.

—¿Lo conoce?

—No, no he ido nunca. Pero he estado muchas veces en Atlanta. Y en este viaje hemos pasado por toda clase de ciudades. ¡Dios mío!

Silbó para expresar la extraordinaria espectacularidad de sus últimos viajes.

—Oiga —dijo Amanthis muy decidida—, deberían comer algo. Dígale a su... a su criado que vaya a la puerta de servicio y le pida a la cocinera que nos traiga bocadillos y limonada. O tal vez usted no beba limonada... Ya no la bebe casi nadie.

Con un dedo, trazando un círculo, el señor Powell mandó a Hugo a cumplir la misión. Luego se sentó con mucho tiento en una mecedora y empezó a darle vueltas rápidamente al sombrero de paja.

—De verdad que es usted muy amable —dijo—. Y, si quisiera algo más fuerte que la limonada, llevo en el coche una buena botella de whisky de maíz. Me la he traído porque me imaginaba que el whisky de por aquí sería imbebible.

—Oiga —dijo Amanthis—, yo también me llamo Powell. Amanthis Powell.

—¿De verdad? —se rió, admirado—. A lo mejor somos parientes. Yo procedo de muy buena familia —continuó—, aunque pobre. Tengo algún dinero que mi tía destinaba a pagar los gastos del sanatorio donde vivió hasta su muerte —calló unos segundos, presumiblemente por consideración hacia su tía difunta, y concluyó con llamativa indiferencia—: No me ha tocado la parte principal, pero recibí de golpe una buena cantidad de dinero y se me ocurrió pasar el verano en el Norte.

Hugo volvió a aparecer entonces en los escalones del porche y dejó oír su voz:

—La señora blanca de la puerta de atrás me ha preguntado si yo también quiero comer algo. ¿Qué le digo?

—Dile: «Sí, señora, si es usted tan amable» —ordenó el amo; y, cuando Hugo se fue, le habló a Amanthis con absoluta confianza—: Ese chico no es muy listo, no. No da un paso sin que yo le dé permiso. Yo lo he educado —añadió, no sin orgullo.

Cuando llegaron los bocadillos, el señor Powell se levantó. No estaba acostumbrado a ver criados blancos y evidentemente esperaba que se los presentaran.

—¿Está usted casada? —le preguntó a Amanthis cuando la criada se fue.

—No —contestó, y añadió con la seguridad de sus dieciocho años—: Soy una vieja solterona.

El señor Powell volvió a reírse muy educadamente.

—Quiere decir que es una señorita de la alta sociedad.

Negó con la cabeza. El señor Powell advirtió con turbación y entusiasmo el especial tono amarillo de su pelo rubio.

—¿Esta casa vieja tiene pinta de eso? —dijo alegremente Amanthis—. Tiene usted delante a una auténtica campesina. Color de la piel: cien por cien natural las veinticuatro horas del día. Pretendientes: barberos del pueblo vecino, jóvenes y prometedores, con pelos del último cliente en la manga.

—Su padre no debería dejarla salir con barberos de pueblo —protestó el turista. Y añadió con aire meditabundo—: Usted debería ser una chica de la alta sociedad de Nueva York.

—No —Amanthis, triste, negaba con la cabeza—. Soy demasiado guapa. Para ser una chica de la alta sociedad de Nueva York hay que tener una nariz larga, dientes prominentes y vestir como las actrices vestían hace tres años.

Jim empezó a golpear rítmicamente el suelo del porche con el pie, e inmediatamente Amanthis se dio cuenta de que, sin querer, estaba haciendo lo mismo.

—¡Pare! —ordenó—. No me haga hacer esto.

Jim se miró el pie.

—Perdone —dijo con humildad—. No sé... Tengo esa costumbre.

Esta interesante discusión fue interrumpida por la aparición de Hugo en la escalera, con un martillo y un puñado de clavos.

El señor Powell se levantó de mala gana y miró su reloj.

—Maldita sea, tenemos que irnos —dijo frunciendo el entrecejo—. Oiga, ¿le gustaría ser una chica de la alta sociedad de Nueva York e ir a todos esos bailes que salen en las revistas, donde lanzan monedas de oro?

Lo miró con expresión de curiosidad.

—¿Su familia no conoce a nadie de la alta sociedad? —continuó el señor Powell.

—Sólo tengo a papá. Y es juez, ¿sabe?

—Eso sí que es una pena.

Amanthis se levantó como pudo de la hamaca y, juntos, se dirigieron a la carretera.

—Bueno, estaré atento y ya le haré saber —insistió Jim—. Una chica tan guapa como usted debería entrar en sociedad. A lo mejor somos parientes, ¿sabe? Los Powell debemos mantenernos unidos.

—¿Qué va a hacer usted en Nueva York?

Estaban llegando a la cancela y el turista señaló con el dedo a las dos tristes partes de su automóvil.

—Seré taxista. Aquí lo tiene: éste es mi taxi. El único problema es que no para de partirse por la mitad.

—¿Y va a conducir ese trasto en Nueva York?

Jim la miró confundido. Una chica tan guapa debería controlar la costumbre de decir no con la cabeza continuamente, sin motivo.

—Sí, señora —dijo con dignidad.

Amanthis observó cómo colocaban la parte superior del coche sobre la inferior y la clavaban con fuerza. Entonces el señor Powell empuñó el volante y su criado se sentó junto a él.

—Verdaderamente le estoy muy agradecido por su hospitalidad. Presente mis respetos a su padre.

—De su parte —le garantizó Amanthis—. Vuelva a verme, si no le importa que haya barberos en la casa.

Jim Powell espantó tan desagradable idea con un gesto.

—Su compañía será siempre un placer —arrancó el coche, quizá para sofocar la temeridad de su frase de despedida—: Es usted la muchacha más guapa que he visto en el Norte. Con mucho.

Y el señor Powell, del sur de Georgia, entre crujidos y traqueteos, en su propio coche y con su criado personal y sus propias ambiciones y su propia y personal nube de polvo, continuó su viaje hacia el Norte, a pasar el verano.

Amanthis pensó que no volvería a verlo. Tumbada en la hamaca, delgada y preciosa, abrió un poco el ojo izquierdo para ver cómo se presentaba junio, y de nuevo se refugió en sus sueños.

Pero un día, cuando las parras del verano habían trepado por el precario columpio rojo del jardín, el señor Jim Powell, de Tarleton, Georgia, volvió a entrar vibrantemente en su vida. Se sentaron en la amplia galería, como la primera vez.

—Tengo un gran proyecto —dijo.

—¿Condujo su taxi, tal como decía?

—Sí, señora, pero el negocio no fue muy bien. Esperaba a las puertas de los hoteles y teatros, pero no se subía nadie.

—¿Nadie?

—Bueno, una noche se subieron unos borrachos, pero el coche se partió por la mitad cuando estaba arrancándolo. Y otra noche estaba lloviendo, y no había otro taxi, y una señora se subió porque decía que tenía que ir lejísimos. Pero antes de que llegáramos me ordenó parar y se bajó. Parecía una loca: se fue andando bajo la lluvia. Nueva York está llena de gente demasiado orgullosa.

—Así que vuelve usted a casa, ¿eh? —dijo Amanthis, compasiva.

—No, señora. Tengo una idea —entornó los ojos azules—. ¿Ha venido por aquí el barbero... el de los pelos en la manga?

—No. Se ha ido de la ciudad.

—Bien, entonces, en primer lugar, me gustaría dejarle el coche aquí, si le parece bien. No está pintado como debería estarlo un taxi. A cambio, me gustaría que lo usara usted siempre que quiera. No le pasará nada malo, si tiene a mano martillo y clavos.

—Yo cuidaré el coche —lo interrumpió Amanthis—. Pero ¿adonde va usted?

—A Southampton. Es uno de los abrevaderos..., perdón, de los balnearios más aristocráticos que hay por aquí. Así que allí voy.

Amanthis se incorporó, estupefacta. —¿Y qué va a hacer allí? —Oiga —se le acercó con aire confidencial—, ¿me dijo en serio que le gustaría ser una chica de la alta sociedad neoyorquina?

—Absolutamente en serio.

—Eso es todo lo que quería saber —dijo Jim enigmáticamente—. Espere en este porche un par de semanas y... duerma. Y si algún barbero con pelos en la manga viene a verla, dígame que tiene demasiado sueño para atenderlo.

—¿Y después?

—Tendrá noticias mías. Dígame a su papá que puede celebrar todos los juicios que quiera, pero que usted se va a bailar un poco. Señora —prosiguió con decisión—, ¡habla usted de la alta sociedad! Antes de que pase un mes, yo la introduciré en la más alta sociedad que pueda imaginarse.

Y no dijo más. Su modo de comportarse sugería que arrastraría a Amanthis al filo de una piscina de diversiones y la empujaría con violencia mientras le preguntaba: «¿Se divierte, señora? ¿Desea la señora un poco más de emoción?».

—Bueno —respondió por fin Amanthis, perezosamente—, hay muy pocas cosas por las que renunciaría al lujo de pasar durmiendo julio y agosto, pero si me escribe, iré... Iré corriendo a Southampton.

Jim chasqueó los dedos entusiasmado.

—La más alta sociedad que pueda imaginarse.

Tres días después, un joven con un sombrero que podría haber sido cortado del techo de paja de una casita de campo inglesa llamaba a la puerta de la enorme y maravillosa mansión de Madison Harlan, en Southampton. Preguntó al mayordomo si había alguien en la casa entre los dieciséis y los veinte años. Se le contestó que la señorita Genevieve Harlan y el señor Ronald Harlan respondían a tal descripción y, acto seguido, el joven del sombrero entregó al mayordomo una tarjeta muy particular y le rogó con seductor acento georgiano que la sometiera a la atención del señor y la señorita.

De suerte que pasó cerca de una hora encerrado con el señor Ronald Harlan (alumno del colegio Hillkiss) y la señorita Genevieve Harlan (que no era precisamente una desconocida en los bailes de Southampton). Cuando se fue, llevaba una nota de puño y letra de la señorita Harlan que presentó, junto con su tarjeta, tan particular, en la mansión vecina. Resultó ser la de Clifton Garneus, donde, como por arte de magia, se le concedió la misma audiencia.

No descansó. Era un día caluroso, y algunos hombres que ya se habían rendido iban por la carretera con la chaqueta al hombro, pero Jim, natural del Sur más profundo, de Georgia, estaba tan fresco como al principio cuando llegó a la última casa. Aquel día visitó diez casas. Si alguien lo hubiera seguido en su recorrido, hubiera podido tomarlo por un vendedor de libros excepcionalmente eficaz y con codiciados volúmenes en su catálogo.

Había algo en su inesperada pregunta sobre los miembros adolescentes de la familia que hacía que los inflexibles mayordomos perdieran su perspicacia. Un observador atento hubiera podido advertir que, cuando abandonaba una casa, miradas de fascinación lo seguían hasta la puerta y voces nerviosas cuchicheaban acerca de un próximo encuentro.

El segundo día visitó doce casas. Southampton había crecido extraordinariamente —Jim Powell podría haber prolongado su gira una semana sin ver dos veces al mismo mayordomo—, pero sólo le interesaban las casas suntuosas, las mansiones deslumbrantes.

El tercer día hizo algo que a muchos ha sido aconsejado, pero que pocos han hecho: alquiló una sala. Quizá se lo habían sugerido los chicos entre dieciséis y veinte años de las casas inmensas. La sala que alquiló había sido en otro tiempo el Gimnasio Privado para Caballeros del Señor Snorkey. Estaba situada sobre un garaje en el extremo sur de Southampton y en los días de prosperidad había sido, lamento decirlo, un lugar donde los caballeros podían, bajo la dirección del señor Snorkey, aliviar los efectos de la noche anterior. Ahora estaba abandonada: el señor Snorkey se había rendido, se había ido y se había muerto.

Ahora nos saltaremos tres semanas durante las que suponemos que siguió adelante el proyecto relacionado con el alquiler de la sala y la visita a las casas más imponentes de Southampton.

Saltaremos al día de julio en que el señor James Powell envió un telegrama a la señorita Amanthis Powell para decirle que, si todavía aspiraba a los placeres de la más alta sociedad, tomara el primer tren para Southampton. Iría a esperarla a la estación.

Jim no era ya un hombre con tiempo libre, así que se preocupó cuando Amanthis no llegó a la hora que le había prometido en un telegrama. Se figuró que llegaría en el siguiente tren y, cuando volvía a su... a su proyecto, se la encontró en la calle, a la entrada de la estación. —Pero... ¿Cómo...?

—Ah —dijo Amanthis—, he llegado esta mañana y no quería molestarle, así que me he buscado una pensión respetable, por no decir aburrida, en el paseo marítimo.

Le pareció muy distinta a la Amanthis indolente de la hamaca en el porche. Llevaba un traje azul claro y un sombrero elegante y juvenil con una pluma rizada: vestía igual que las señoritas entre dieciséis y veinte años que últimamente acaparaban la atención de Jim Powell. Sí, no desentonaba en absoluto.

Jim hizo una profunda reverencia al abrirle el taxi y se sentó a su lado.

—¿No es hora de que me cuente su proyecto? —sugirió Amanthis.

—Bueno, tiene que ver con las chicas de la alta sociedad de aquí —agitó la mano en el aire como quitándole importancia al asunto—. Las conozco a todas.

—¿Dónde están?

—Precisamente, en este momento, están con Hugo. Recordará que es mi criado.

—¡Con Hugo! —Amanthis abrió mucho los ojos—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Bueno, he montado una especie de academia, creo que se le puede llamar así.

—¿Una academia?

—Es una especie de academia. Y yo soy el director. Es una idea mía.

De repente sacó de su maletín una tarjeta con el gesto con que se baja un termómetro.

—Mire.

Amanthis cogió la tarjeta. En grandes letras anunciaba:

JAMES POWELL, P.J.

*Dados, nudillos de hierro y guitarra*

Lo miraba con asombro.

—¿Dados, nudillos de hierro y guitarra? —repitió con respeto y temor.

—Sí, señora.

—¿Qué quiere decir? ¿Los vende usted?

—No, señora, doy clases. Es una profesión como otra cualquiera.

—¿Dados, nudillos de hierro y guitarra? ¿Y qué significa P. J.?

—Profesor de Jazz.

—Pero ¿qué es eso? ¿En qué consiste?

—Bueno, mire, se trata más o menos de lo siguiente. Una noche, en Nueva York, entablé conversación con un borracho, un cliente del taxi. Había llevado a no sé dónde a una chica de la alta sociedad y la había perdido.

—¿La había perdido?

—Sí, señora. Me figuro que se le olvidó en algún sitio. Y estaba muy preocupado. Bueno, me puse a pensar que estas chicas de hoy día, las chicas de la alta sociedad, llevan una vida bastante peligrosa, y mi curso les ofrece métodos de protección contra semejantes peligros.

—¿Usted les enseña a usar los nudillos de hierro?

—Sí, señora, cuando es necesario. Fíjese. Figúrese que una chica entra en un café poco conveniente. Pues bien, su acompañante bebe demasiado, se duerme, y entonces llega otro y le dice: «Hola, encanto», o lo que digan esos moscones del Norte. ¿Qué hace la chica? No puede gritar, porque ninguna señora de verdad gritaría hoy día. No. Sólo busca en el bolsillo, mete los dedos en los Nudillos de Hierro Powell, Especiales para Defensa, talla de debutante en sociedad, ejecuta lo que yo llamo un Gancho Alta Sociedad, y, ¡zas!, el matón va a parar a la bodega.

—Sí, sí. ¿Y para qué sirve la guitarra? —murmuró Amanthis, asustada—. ¿Tienen que darle a alguien un guitarrazo?

—¡No, señora! —exclamó Jim, horrorizado—. No, señora. En mi curso jamás enseñaría a ninguna dama a levantar una guitarra contra nadie. Les enseño a tocar. ¡Dios bendito! Debería oírlas. En cuanto les doy dos clases, algunas parecen negras.

—¿Y los dados?

—¿Los dados? Los llevo en la sangre. Mi abuelo fue jugador. Las preparo para que los dados las obedezcan. Protejo al bolsillo y al individuo.

—¿Tiene... tiene muchas alumnas?

—Señora, tengo a toda la gente rica y simpática de la ciudad. Y no le he contado todo. Les enseño muchas cosas. Les enseño los nuevos ritmos, el Jellyroll y el Mississippi Sunrise. Y una chica me pidió que le enseñara a chasquear los dedos. Quiero decir a chasquear los dedos como Dios manda. Me dijo que siempre, desde pequeña, había querido aprender a chasquear los dedos. Le di dos clases y... ¡zas! Su padre dice que se va a ir de casa.

—¿Cuándo son las clases? —preguntó Amanthis, pasmada y rendida.

—Tres veces a la semana. Ahora vamos hacia allí.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—Será una alumna más. He dicho que proviene de una familia muy distinguida de Nueva Jersey. No les he contado que su padre es juez. Les he dicho que es el dueño de la patente de los terrones de azúcar.

Amanthis sofocó un grito de asombro.

—Lo único que tiene que hacer —continuó Jim— es aparentar que nunca ha visto a un barbero.

Habían llegado al extremo sur de la ciudad y Amanthis vio una fila de coches aparcados ante un edificio de dos plantas. Todos los coches eran bajos, largos, elegantes, de colores vivos. Era el tipo de coches que se fabrican para resolver el problema de los millonarios el día en que sus hijos cumplen dieciocho años.

Y ahora Amanthis subía la estrecha escalera que conducía a la segunda planta. Allí, en una puerta a través de la que se oía música y risas, estaban escritas las siguientes palabras:

JAMES POWELL, P.J.

*Dados, nudillos de hierro y guitarra*

Lunes-Miércoles-Viernes

De 3 a 5 de la tarde

—Y ahora, si es tan amable de pasar... —dijo el director abriendo la puerta.

Amanthis se encontró en una sala amplia y luminosa, llena de chicas y chicos aproximadamente de su edad. La escena le pareció al principio una especie de merienda muy animada, pero muy pronto empezó a percibir, aquí y allá, que los movimientos obedecían a ciertas pautas y razones.

Los alumnos estaban divididos en grupos, sentados, de rodillas y de pie, pero todos prestaban una ávida atención a sus asignaturas. De un círculo de seis señoritas reunidas alrededor de unos objetos indistinguibles surgía una mezcla de gritos e imprecaciones: quejumbrosas, suplicantes, implorantes y lastimeras, las voces destacaban como una voz tenor sobre un fondo de misteriosos martillazos.

Cerca de este grupo, cuatro jóvenes rodeaban a un adolescente negro que resultó ser el mismísimo criado del señor Powell. Los jóvenes le gritaban a Hugo frases aparentemente inconexas, que expresaban una amplia gama de emociones. Las voces se elevaban hasta convertirse en una especie de clamor, e inmediatamente sonaban suaves y amables, dulcemente cómplices. Hugo les respondía de vez en cuando con palabras de aprobación, o corrigiendo o señalando algún error.

—¿Qué están haciendo? —le susurró Amanthis a Jim.

—Un curso de acento sureño. Muchos jóvenes de aquí quieren aprender a hablar con acento del Sur, el acento de Georgia, Florida, Alabama, la Costa Este y el virginiano antiguo. Nosotros les enseñamos. Algunos quieren aprender el auténtico acento negro, para dedicarse a la canción.



Paseaban entre los grupos. Unas chicas, con nudillos de hierro, golpeaban con furia dos sacos de pugilista en los que habían pintado la cara impúdica de un moscón que les guiñaba un ojo. Chicos y chicas, al ritmo de tantán de un banjo, tocaban armónicos acordes a la guitarra. Había parejas que bailaban torpemente en un rincón al compás de un disco de la Rastus Muldoon's Savannah Band. Y había parejas que ensayaban solemnemente los pasos de un lentoailable de Chicago a la manera del *sideswoop* de Memphis.

—¿Hay reglas?

Jim reflexionó un instante.

—Bueno —respondió por fin—. Sólo pueden fumar los mayores de dieciséis años, los alumnos no pueden usar dados cargados y está prohibido traer bebidas alcohólicas a la academia.

—Ya.

—Y ahora, señorita Powell, si está preparada, le pediría que se quitara el sombrero y se uniera a la señorita Genevieve Harlan en el saco de arena de aquella esquina —alzó la voz—: Hugo —llamó— acaba de llegar una nueva alumna. Dale un par de Nudillos de Hierro Powell, Especiales para Defensa, talla de debutante en sociedad.

Lamento decir que nunca vi en acción a la famosa Academia de Jazz de Jim Powell ni emprendí, bajo su guía personal, el viaje a través de los misterios de los dados, los nudillos de hierro y la guitarra. Así que sólo puedo darles algunos detalles tal como me los reveló uno de sus entusiastas alumnos. A pesar de todas las polémicas, nadie negó su enorme éxito y ningún alumno lamentó haber recibido su título de Diplomado en Jazz.

Los padres imaginaron inocentemente que era una especie de academia de música y baile, pero la agencia de noticias subterránea que une a la llamada nueva generación difundió su verdadero plan de estudios desde Santa Bárbara a Biddeford Pool. Las invitaciones para visitar Southampton eran muy solicitadas, aunque para los jóvenes Southampton resulte casi tan aburrido como Newport.

Una reducida pero exquisita orquesta de jazz ensanchó el campo de operaciones de la academia.

—No me atrevo a decirlo —le confesó Jim a Amanthis—, pero me gustaría traer de Savannah a la Rastus Muldoon's Band. Es la orquesta que siempre he deseado dirigir.

Estaba ganando dinero. Sus precios no eran exorbitantes —sus alumnos, por regla general, no nadaban en la abundancia—, pero pudo dejar la pensión y mudarse a una suite del Hotel Casino, donde Hugo le servía el desayuno en la cama.

La aceptación de Amanthis entre los jóvenes de la alta sociedad de Southampton fue más fácil de lo que Jim esperaba. Antes de que acabara la semana, todos la conocían por su nombre. La señorita Genevieve Harlan le tomó tanto cariño que la invitó a un baile para chicas que todavía no se habían vestido de largo. El baile fue en casa de los Harlan, y es evidente que Amanthis se portó con discreción, pues desde entonces la invitaron a casi todas las fiestas de Southampton.

Jim la veía menos de lo que le hubiera gustado. No es que Amanthis hubiera cambiado —estaba siempre dispuesta a oír sus proyectos, y paseaban juntos por la mañana—, pero desde que la absorbía la gente elegante, sus noches parecían haber sido monopolizadas. Varias veces fue a buscarla a la pensión y se la encontró sin aliento, como si acabara de llegar corriendo de alguna fiesta a la que él no había sido invitado.

Así que, conforme se acababa el verano, se dio cuenta de que le faltaba algo para culminar el éxito de su empresa. A pesar de la hospitalidad con que habían acogido a Amanthis, las puertas de Southampton se habían cerrado ante él. Por amables o, más bien, fascinados que se mostraran sus alumnos de tres a cinco de la tarde, pasada esa hora penetraban en otro mundo.

Estaba en la misma situación que el profesor de golf que, aunque puede confraternizar con los jugadores e incluso darles órdenes, al ponerse el sol pierde sus privilegios. Puede mirar por la ventana del club, pero no puede bailar. Del mismo modo, a Jim no le estaba permitido ver los resultados de sus enseñanzas. Podía oír los chismorreos de la mañana siguiente. Nada más.

Pero, mientras el profesor de golf se siente, por ser inglés, orgullosamente por encima de sus jefes, Jim Powell, «que venía de una excelente pero pobre familia de por allí abajo», pasaba muchas noches despierto, oyendo en la cama del hotel la música que entraba por la ventana, desde la casa de los Katzby o el Club Marítimo, y daba vueltas y más vueltas entre las sábanas, y se preguntaba qué era lo que fallaba. En sus primeros días de éxito se había comprado un esmoquin, pensando que

muy pronto tendría oportunidad de ponérselo, pero el esmoquin seguía intacto en la caja de la sastrería.

Quizá, pensaba, existía una distancia real que lo separaba de los demás. Aquello le preocupaba. Un chico en especial, Martin van Vleck, hijo del famoso Van Vleck rey de los cubos de basura, le hizo tomar conciencia de esa distancia. Van Vleck tenía veintiún años, y, típico producto de colegios de pago, todavía esperaba que lo admitieran en Yale. Jim había podido oír más de una vez sus comentarios en voz baja: sobre el traje de muchos botones o sobre la puntera de los zapatos de Jim. Jim no le había hecho caso.

Sabía que Van Vleck frecuentaba la academia principalmente para monopolizar el tiempo de la pequeña Martha Katzby, que sólo tenía dieciséis años y era demasiado joven para hacerle caso a un chico de veintiuno, especialmente a un chico como Van Vleck, que estaba tan agotado y vacío a causa de sus fracasos en los estudios que pretendía aprovecharse de la inocencia de los dieciséis años, todavía por agotar.

Terminaba septiembre, y faltaban dos días para la fiesta en casa de los Harlan, que sería la última y la más importante del verano para aquellos jóvenes. A Jim, como de costumbre, no lo habían invitado. Tenía esperanza de que lo invitaran. Los hermanos Harlan, Ronald y Genevieve, habían sido sus primeros clientes cuando llegó a Southampton, y Genevieve le había tomado mucho cariño a Amanthis. Asistir a aquella fiesta —la más fantástica de todas las fiestas— hubiera culminado y confirmado el éxito del verano que acababa.

Sus alumnos, reunidos aquella tarde, vivían ya por anticipado ruidosamente, el jolgorio del día siguiente, sin prestarle a Jim mayor atención que al mayordomo de la familia. Hugo, a su lado, se echó a reír de repente y señaló:

—Mire a ese Van Vleck. No puede dar un paso. Lleva bebiendo whisky del bueno toda la tarde.

Jim se volvió y miró con atención a Van Vleck, que había cogido del brazo a la pequeña Martha Katzby y le decía algo al oído. Jim se dio cuenta de que Martha intentaba apartarse.

Se llevó el silbato a los labios y sopló.

—Muy bien —gritó—. ¡Vamos! El grupo uno, a lanzar las baquetas bien alto y en zigzag; grupo dos, a ensayar con las armónicas el Riverfront Shuffle. ¡Que resulte meloso! ¡Aquí, el pelotón de los torpes! ¡Que la orquesta toque el Florida Drag-Out a ritmo de marcha fúnebre! Había en su voz una aspereza inusitada y los ejercicios empezaron con un murmullo de divertida protesta.

Quemándole dentro la irritación contra Van Vleck, Jim iba de aquí para allá, de un grupo a otro, cuando Hugo le tocó de repente el brazo. Miró alrededor. Dos alumnos se habían apartado del conjunto de armónicas: uno era Van Vleck, y le estaba ofreciendo un trago de su petaca a Ronald Harlan, que tenía quince años.

Jim atravesó la sala a grandes zancadas. Van Vleck se volvió desafiante, esperándolo.

—Muy bien —dijo Jim, temblando de rabia—, ya conoces las reglas. ¡Fuera de aquí!

La música se apagó despacio y enseguida la gente se fue acercando a la pelea. Alguien se rió con disimulo. Se había creado instantáneamente una atmósfera de expectación. A pesar de que todos apreciaban a Jim, las simpatías estaban divididas: Van Vleck era uno de los suyos.

—¡Vete! —repitió Jim, ya más tranquilo.

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó fríamente Van Vleck.

—Sí.

—Entonces será mejor que me llames «señor».

—Jamás llamaré «señor» a alguien que le da whisky a un chiquillo.

—¡Hombre! —dijo Van Vleck, furioso—. Ahora sí que te estás metiendo en lo que no te importa. Conozco a Ronald desde que tenía dos años. Pregúntale si quiere que le digas lo que debe hacer.

Ronald Harlan, herido en su dignidad, creció de repente dos años y miró a Jim con arrogancia.

—¡Métete en tus cosas! —dijo insolentemente, aunque con algo de culpabilidad.

—¿Te has enterado? —preguntó Van Vleck—. Pero, Dios mío, ¿no te das cuenta de que sólo eres un criado? Ronald te invitaría a su fiesta tanto como invitaría al que le vende el whisky de contrabando.

—¡Largo de aquí! —gritó Jim. No le salían las palabras.

Van Vleck no se movió. Jim se le echó encima de repente, le agarró la muñeca, le torció el brazo detrás de la espalda, hasta que Van Vleck se dobló de dolor. Jim se agachó y con la mano libre recogió del suelo la petaca de whisky. Luego le hizo a Hugo una señal para que abriera la puerta, profirió un abrupto «¡Andando!», arrastró a su indefenso prisionero hasta el vestíbulo y, literalmente, lo lanzó de cabeza escaleras abajo, un ovillo que rebotaba en la pared y la baranda. Y tras él lanzó la petaca.

Cuando volvió a entrar en la academia, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.

—Hay... Hay una regla que dice que en esta academia no se bebe.

Hizo una pausa, y fue mirándolos a todos a la cara, y encontró simpatía, miedo, desaprobación, sentimientos contradictorios. Estaban muy nerviosos. Creyó ver en los ojos de Amanthis una señal casi imperceptible de aliento y, casi con esfuerzo, continuó:

—Sabéis que no he tenido más remedio que echar a ese individuo —y mostró por fin, aunque era evidente que fingía, un desprecio absoluto hacia aquel asunto sin importancia—. ¡Muy bien, adelante! ¡Orquesta!

Pero nadie tenía precisamente ganas de seguir. La espontaneidad de los ensayos había sido violentamente dañada. Alguien tocó unos acordes a la guitarra y varias chicas empezaron a golpear ruidosamente sobre la sonrisa maliciosa pintada en los sacos de arena, pero Ronald Harlan y otros dos chicos cogieron sus sombreros y se fueron en silencio.

Jim y Hugo paseaban entre los grupos como de costumbre, y consiguieron restablecer algo de la rutina de todos los días, pero el entusiasmo era irrecuperable y Jim, nervioso y desanimado, pensó en suspender las clases aquel día. Pero no se atrevió. Si se iban a casa en aquel estado de ánimo, lo más seguro es que no volvieran. Aquel negocio dependía del estado de ánimo. Debía volver a crear el estado de ánimo adecuado, pensó frenéticamente: ahora mismo, ya.

Pero, aunque lo intentó en la medida de sus posibilidades, apenas halló respuesta. Ni siquiera él estaba contento, así que no podía transmitirles su alegría a los alumnos: observaban sus esfuerzos con indiferencia y —pensó Jim— con un cierto desprecio.

Entonces la tensión estalló: la puerta se abrió de repente e irrumpieron en la sala dos señoras hechas un basilisco. Nadie mayor de veintiún años había entrado antes en la academia, pero Van Vleck había recurrido directamente al Alto Mando. Aquellas mujeres eran la señora de Clifton Garneau y la señora de Poindexter Katzby, dos de las mujeres más elegantes y, en aquel momento, más irritadas de Southampton. Iban a buscar a sus hijas, como en nuestros días hacen tantas madres.

El asunto acabó en tres minutos.

—Y, en cuanto a usted —grito la señora de Clifton Garneau con una voz que daba miedo—, ¡se le ha ocurrido montar un bar y un fumadero de opio infantil! Es usted maligno, horrible, incalificable. ¡Puedo oler los vapores de la morfina! Y no me diga que no huelo los vapores de la morfina. ¡Huelo los vapores de la morfina!

—Y —prosiguió la señora de Poindexter Katzby— se junta con negros. ¡Tiene chicas negras escondidas! ¡Voy a llamar a la policía!

No contentas con llevarse a sus hijas como si fueran ovejas, se empeñaron en provocar el éxodo de las amigas de sus hijas. Jim ni siquiera se emocionó cuando algunas —incluida la pequeña Martha Katzby, antes de ser secuestrada por su madre— se le acercaron y le estrecharon la mano. Pero todas se fueron, con arrogancia o pesar, o entre murmullos avergonzados de disculpa.

—Adiós —les dijo con tristeza—. Mañana por la mañana os devolveré el dinero que os debo.

Y, después de todo, no les daba pena irse. En la calle, el ruido de los motores al arrancar, el triunfante rugido de los tubos de escape que taladraba el aire templado de septiembre, era un ruido de alegría: ruido de juventud y esperanzas tan altas como el sol. Corrían hacia el mar, hacia las olas, para olvidarse de él y del malestar de haber presenciado su humillación.

Se fueron, y se quedó solo, con Hugo. Se sentó de pronto, con la cara entre las manos.

—Hugo —dijo con voz ronca—, no nos quieren aquí.

—No te preocupes —dijo una voz.

Levantó la vista y vio a Amanthis, de pie, a su lado.

—Es mejor que se vaya con ellos —dijo Jim—. Es mejor que no la vean conmigo.

—¿Por qué?

—Porque ahora pertenece a la alta sociedad, y para esa gente yo no valgo más que un criado. Usted forma parte de la alta sociedad: ése era mi plan. Es mejor que se vaya, o no la invitarán a sus fiestas.

—No iban a invitarme, Jim —dijo Amanthis con ternura—. No me han invitado a la fiesta de mañana.

Jim la miró indignado.

—¿No la han invitado?

Amanthis negó con la cabeza.

—¡Los obligaré! —dijo Jim, furioso—. ¡Les diré que la inviten! Les... Les...

Se le acercó. Le brillaban los ojos.

—No te preocupes, Jim —lo tranquilizó—. No te preocupes. No me importan. Mañana celebraremos una fiesta, tú y yo, solos.

—Soy de buena familia —dijo Jim, desafiante—, aunque pobre.

Amanthis le apoyó suavemente la mano en el hombro.

—Te entiendo. Eres mejor que todos ellos juntos, Jim.

Jim se levantó, se acercó a la ventana y miró tristemente la caída de la tarde.

—Creo que debería haber dejado que siguieras durmiendo en aquella hamaca.

Amanthis se echó a reír.

—Estoy contentísima de que no lo hicieras.

Jim se volvió y miró la sala, y se le ensombreció el semblante.

—Barre y cierra, Hugo —dijo; la voz le temblaba—. Se acabó el verano y nos vamos a casa.

El otoño había llegado pronto. Cuando Jim Powell se despertó a la mañana siguiente encontró fría la habitación, y el fenómeno de su aliento helado en septiembre absorbió su atención un instante, borrando el día anterior. Y entonces la desdicha le deformó la cara, porque recordó la humillación que había puesto fin al alegre esplendor del verano. Lo único que le quedaba era volver a donde lo conocían, donde a los blancos no les decían por las buenas cosas como las que a él le habían dicho allí.

Después del desayuno recuperó algo de su chispeante buen humor. Era un hijo del Sur: obsesionarse con un problema era impropio de su temperamento. Sólo podía recordar una ofensa un número limitado de veces antes de que se disolviera en el gran vacío del pasado.

Pero cuando, por la fuerza de la costumbre, se dirigió a su negocio inexistente, ya tan obsoleto como el desaparecido gimnasio de Snorkey, el corazón volvió a llenarse de melancolía. Allí estaba Hugo, espectro de la desesperación, sumido en la pena negra, a la sombra de las esperanzas rotas de su amo.

Normalmente unas palabras de Jim bastaban para provocarle un arrebató inexplicable, pero aquella mañana no había palabras que decir. Durante los dos últimos meses Hugo había vivido en una cima hasta entonces imposible de imaginar. Había disfrutado de un trabajo apasionante y sencillo: llegaba antes de hora a la academia y, cuando salían los alumnos del señor Powell, nunca se decidía a irse.

El día se transformaba muy despacio en una noche no demasiado halagüeña. Amanthis no apareció y Jim se preguntó, con sensación de desamparo, si no se habría arrepentido de cenar con él aquella noche. Quizá sería mejor que no los vieran juntos. Pero, reflexionó con tristeza, era imposible que los vieran: todos iban al gran baile en casa de los Harlan.

Cuando el crepúsculo llenó de sombras insoportables la academia, cerró por última vez, quitó el cartel de «James Powell, P. J., Dados, Nudillos de Hierro y Guitarra» y volvió al hotel. Al repasar sus cuentas descubrió entre garabatos y borrones que debía un mes de alquiler y algunas facturas de ventanas rotas y los materiales que apenas había usado. Jim había vivido lujosamente, y ahora advertía que, desde el punto de vista de las finanzas, no iba a sacarle provecho alguno al verano.

Cuando terminó, desempaquetó el esmoquin y lo examinó, pasando la mano por el satén de las solapas y el forro. El traje, por lo menos, era suyo, y quizá en Tarleton lo invitaran a alguna fiesta donde poder lucirlo.

—¡Dios bendito! —dijo con sorna—. A fin de cuentas, sólo era un desastre de academia y un mal negocio. Cualquiera de esos chicos que rondan por el garaje de casa se las hubiera apañado mejor que yo.

Silbando *Jeanne de la ciudad de los gominolas* con un ritmo más bien animado, Jim se puso el primer esmoquin de su vida y se dirigió al centro del pueblo.

—Orquídeas —dijo al dependiente. Examinó su compra con orgullo. Sabía que ninguna chica en el baile de los Harlan luciría algo más hermoso que aquellas flores exóticas que languidecían sobre helechos verdes.

Fue a la pensión de Amanthis en un taxi cuidadosamente elegido para que pareciera un coche particular. Amanthis bajó con un traje de noche rosa en el que las orquídeas se fundieron como los colores de un atardecer.

—Creo que podríamos ir al Hotel Casino —sugirió Jim—; a menos que prefieras otro sitio.

En la mesa, mirando el mar oscuro, empezó a sentir una tristeza contenida. El frío había obligado a cerrar las ventanas, pero la orquesta tocaba *Kalula y Luna de los mares del Sur*, y, por un instante, ante la belleza juvenil de Amanthis, tuvo la sensación de ser un personaje romántico de la vida que lo rodeaba. No bailaron, y lo prefería así: se hubiera acordado de otra fiesta más alegre y animada, a la que no estaban invitados.

Después de cenar, tomaron un taxi y durante una hora recorrieron los caminos de arena, mirando a través de los árboles el mar estrellado.

Quiero darte las gracias —dijo Amanthis— por todo lo que has hecho por mí, Jim.

—No hay de qué: los Powell debemos estar unidos.

—¿Qué piensas hacer?

—Mañana me voy a Tarleton.

—Lo siento —dijo en voz baja—. ¿Vas en coche?

—Sí. Tengo que ir en mi coche porque, si lo vendiera, no me pagarían lo que vale. No estarás pensando en que lo hayan robado de tu granero, ¿verdad? —preguntó, alarmado de repente.

Amanthis reprimió una sonrisa.

—No.

—Siento mucho todo esto... por ti —continuó Jim, con voz ronca—. Y... me hubiera gustado ir a una sola de sus fiestas. No deberías haberte quedado conmigo ayer: quizá por eso no te han invitado.

—Jim —sugirió con ilusión—, vamos a oír la música desde fuera de la casa.

—Saldrán —objetó él.

—No, hace demasiado frío. Y, además, no pueden hacerte más de lo que ya te han hecho.

Amanthis le dio al taxista la dirección y, minutos después, se detuvieron frente a la adusta belleza decimonónica de la mansión de los Harlan: se derramaba su alegría por las ventanas, manchando de luz el césped. Se oían risas dentro de la casa, y el sonido quejumbroso de los modernos instrumentos de viento, y el incesante, lento y misterioso roce de los pasos de baile.

—Vamos a acercarnos —murmuró Amanthis, extasiada—. Quiero oír.

Caminaron hacia la casa, a la sombra de los grandes árboles. Jim avanzaba con miedo. De repente se detuvo y cogió a Amanthis del brazo.

—¡Dios mío! —exclamó, con un susurro emocionado—. ¿Sabes qué es eso?

—¿El vigilante nocturno? —Amanthis lanzó a su alrededor una mirada asustada.

—¡Es la Rastus Muldoon's Band, de Savannah! Los oí una vez, y los conozco. ¡Es la Rastus Muldoon's Band!

Se acercaron más, hasta que pudieron ver, primero, peinados a la Pompadour, y, luego, descollantes cabezas masculinas, y altos moños, y hasta cabezas de chicas peladas como chicos, apoyadas en la pechera de un esmoquin, bajo pajaritas negras. Podían distinguir conversaciones entre las risas inacabables. Dos siluetas aparecieron en el porche, bebieron rápidamente un trago de sus petacas y volvieron al interior. Pero la música había embrujado a Jim Powell. Tenía la mirada fija y movía los pies como un ciego.

Apretados, muy juntos, detrás de unos arbustos oscuros, escuchaban. La canción acabó. Soplaban una brisa marina y Jim se estremeció. Entonces murmuró con tristeza:

—Siempre he querido dirigir esa orquesta, aunque sólo fuera una vez —su voz se apagó—. Venga, vamos. Sé que aquí estoy de sobra.

Le tendió la mano, pero Amanthis, en lugar de tomarla, salió de repente de los arbustos, a la luz que se derramaba por las ventanas.

—Vamos, Jim —dijo de pronto—. Vamos a entrar.

—¿Cómo?

Lo cogió del brazo y, aunque retrocedía, horrorizado y estupefacto ante su audacia, Amanthis insistió, lo empujó hacia la gran puerta principal.

—¡Ten cuidado! —dijo con voz entrecortada—. Van a salir de la casa y nos van a ver.

—No, Jim —dijo Amanthis con firmeza—. Nadie va a salir de la casa, pero dos personas van a entrar.

—¿Por qué? —preguntó aterrorizado, a la luz deslumbradora de las lámparas de la entrada—. ¿Por qué?

—¿Por qué? —se burló Amanthis—. Pues porque este baile es en mi honor.

Jim pensó que se había vuelto loca.

—Vamos a casa antes de que nos vean —le suplicó.

Las grandes puertas se abrieron y un caballero apareció en el porche. Jim, horrorizado, reconoció a Madison Harlan. Hizo un movimiento que sugería que iba a echar a correr y emprender la huida. Pero el hombre bajó las escaleras y tendió los brazos a Amanthis.

—Bienvenida, por fin —exclamó—. ¿Dónde diablos os habíais metido? Prima Amanthis... —la besó y se dirigió amablemente a Jim—. En cuanto a usted, señor Powell —continuó—, tendrá que prometernos, por haber llegado tarde, que dirigirá una canción de la orquesta.

Hacía buen tiempo en Nueva Jersey, excepto en las zonas que cubría el agua, cuestión que sólo incumbe a los peces. Los turistas que recorrían kilómetros y kilómetros de verdor detenían sus coches frente a una gran casa de campo destartada y anticuada, y miraban el columpio rojo en el jardín y el porche amplio y sombrío, y suspiraban y continuaban su camino, desviándose un poco para no atrepellar a un criado negro como el azabache. El criado, en la carretera, se afanaba con martillo y clavos en un armatoste destrozado que ostentaba en la parte trasera la leyenda «Tarleton, Georgia».

Una chica rubia, con la piel tostada, estaba tumbada en una hamaca, como si fuera a quedarse dormida en cualquier momento. A su lado se sentaba un caballero que vestía un traje extraordinariamente estrecho. El día antes habían vuelto juntos de las playas de moda de Southampton.

—Cuando apareciste por primera vez —explicaba la chica—, creí que no volvería a verte, así que me inventé la historia del barbero y todo eso. La verdad es que nunca he salido mucho, con o sin nudillos de hierro. Este otoño saldré.

—Reconozco que tengo mucho que aprender.

—¿Sabes? —continuó Amanthis, mirándolo un poco nerviosa—, Mis primos me habían invitado a ir a Southampton, y, cuando me dijiste que ibas allí, sentí curiosidad. Siempre duermo en casa de los Harlan, pero alquilé una habitación en la pensión para que no me descubrieras. No llegué en el tren que te había dicho porque salí antes para advertirles a todos que fingieran no conocerme.

Jim se levantó. Asentía con la cabeza en señal de comprensión.

—Creo que es mejor que Hugo y yo nos vayamos ya. Tengo que llegar a Baltimore esta noche.

—Está lejos.

—Esta noche quiero dormir en el Sur —se limitó a decir.

Recorrieron juntos el sendero y pasaron frente la estúpida estatua de Diana.

—¿Sabes? —dijo Amanthis con ternura—. No hay que ser más rico que en Georgia para... para andar por aquí —se interrumpió de repente—. ¿Volverás el año que viene para montar otra academia?

—No, señora, no. Ese señor Harlan me dijo que siguiera con la que tenía y le dije que no.

—¿Tienes...? ¿Has ganado dinero?

—No, señora —contestó—. Todavía me queda algo de lo que tenía, lo suficiente para volver a casa. Ni siquiera recuperaré lo que invertí. Llegó a sobrarme el dinero, pero vivía a lo grande, y tenía que pagar el alquiler y los instrumentos y los músicos, y además tuve que devolverles a los alumnos lo que me habían adelantado por las clases.

—¡No tenías por qué hacerlo! —exclamó Amanthis, indignada.

—No querían aceptar el dinero, pero los obligué a aceptarlo.

No consideró necesario mencionar que el señor Harlan había intentado darle un cheque.

Llegaron al coche cuando Hugo clavaba el último clavo. Jim sacó de la guantera una botella sin etiqueta que contenía un líquido entre amarillo y blancuzco.

—Me gustaría hacerle un regalo —dijo tímidamente, pero se me acabó el dinero antes de comprarlo, así que ya le mandaré algo desde Georgia. Esto es sólo un recuerdo personal. No es para que se lo beba, pero, cuando se vista usted de largo, quizá pueda enseñar

les a esos chicos cómo sabe el auténtico whisky.

Amanthis cogió la botella.

—Gracias, Jim.

—No hay de qué —se volvió hacia Hugo—. Creo que nos vamos ya. Devuélvele a la señora el martillo.

—Ah, puedes quedarte el martillo —dijo Amanthis, llorando—. ¿Me prometes que volverás?

—Algún día, quizá.

Miró un instante el pelo rubio y los ojos azules nublados de sueño y lágrimas. Entonces subió al coche y, cuando los pies encontraron los pedales, su comportamiento cambió de repente.

—Debo decirle adiós, señora —anunció con impresionante dignidad—. Nos vamos a pasar el invierno al Sur.

Su sombrero de paja apuntaba hacia Palm Beach, San Agustín, Miami. El criado giró la manivela de arranque, ocupó su asiento y se integró en la intensa vibración que sacudió al automóvil.

—A pasar el invierno al Sur —repitió Jim, y añadió dulcemente—: Eres la chica más bonita que he conocido. Vuelve a tu hamaca, y duerme, duerme...

Era casi una nana, tal como pronunciaba las palabras. Se inclinó ante Amanthis, solemne, profundamente, y todo el Norte participó del esplendor de su reverencia.

Y se fueron carretera abajo entre una ridícula nube de polvo. Antes de que llegaran a la primera curva Amanthis los vio frenar en seco, apearse y clavar la parte de arriba en la parte de abajo del coche. Volvieron a sus asientos sin mirar a su alrededor. Luego tomaron la curva y se perdieron de vista, dejando, como única señal de su paso, una neblina dorada.

# Absolución

*Absolución apareció en junio de 1924 en la nueva revista de H. L. Mencken, The American Mercury, y fue recogido en All the Sad Young Men. Se ha especulado sin fundamento sobre su relación con El gran Gatsby. Escrito en junio de 1923, Absolución formaba parte de un primer borrador perdido de la novela, pero no figuraba en la última versión manuscrita de Gatsby. Fitzgerald se lo explicó así a Maxwell Perkins, director de la editorial Scribner: «Como sabes, tenía que haber sido el prólogo de la novela, pero rompía la armonía del proyecto». Rudolph Miller debe ser considerado como una prefiguración del personaje que se transformaría en James Gatz, y no del joven Gatsby.*

I.

Érase una vez un sacerdote de ojos fríos y húmedos que, en el silencio de la noche, derramaba frías lágrimas. Lloraba porque las tardes eran cálidas y largas y era incapaz de conseguir una absoluta unión mística con Nuestro Señor. A veces, hacia las cuatro, bajo su ventana, se oía un rumor de chicas suecas en el sendero, y en sus risas estridentes descubría una terrible disonancia que lo empujaba a rezar en voz alta para que cayera pronto la tarde. Al atardecer las risas y las voces se apaciguaban, pero más de una vez había pasado por la tienda de Romberg cuando ya era casi de noche y las luces amarillas brillaban en el interior y resplandecían los grifos de níquel del agua de Seltz, y el perfume en el aire del jabón de tocador barato le había parecido desesperadamente dulce. Pasaba por allí cuando volvía de confesar a los fieles los sábados por la tarde, hasta que tomó la precaución de cruzar a la otra acera de la calle, para que el perfume del jabón se disolviera en el aire, flotando como incienso hacia la luna de verano, antes de llegarle a la nariz.

Pero era imposible eludir la vehemente locura de las cuatro de la tarde. Desde la ventana, hasta donde alcanzaba a ver, el trigo de Dakota cubría el valle del río Rojo. Era terrible la visión del trigo, y el dibujo de la alfombra, a la que, angustiado, bajaba los ojos, transportaba su imaginación melancólica a través de laberintos grotescos, siempre abiertos al sol inevitable.

Una tarde, cuando había llegado al punto en que la mente se para como un reloj viejo, el ama de llaves acompañó a su estudio a un hermoso y perspicaz chico de once años llamado Rudolph Miller. El chiquillo se sentó en una mancha de sol, y el sacerdote, en su escritorio de nogal, fingió estar muy ocupado: quería disimular el alivio de que alguien entrara en su habitación embrujada.

Cuando se volvió, se sorprendió al clavar la vista en aquellos dos ojos enormes, un poco separados, iluminados por chispas de luz color cobalto. Aquella mirada lo asustó al principio, pero enseguida se dio cuenta de que su visitante tenía miedo, un miedo abyecto.

—Te tiemblan los labios —dijo el padre Schwartz con voz cansada.

El niño se tapó con la mano la boca temblorosa.

—¿Te ha pasado algo? —preguntó el padre Schwartz con brusquedad—. Quitate la mano de la boca y cuéntame qué te pasa.

El chico —el padre Schwartz lo reconoció entonces: era el hijo de uno de sus feligreses, el señor Miller, el transportista— se quitó de mala gana la mano de la boca y empezó a hablar, con un murmullo desesperado.

—Padre Schwartz, he cometido un pecado terrible.

—¿ Un pecado contra la pureza?

—No, padre... Peor.

El padre Schwartz se estremeció visiblemente.

—¿Has matado a alguien?

—No, pero tengo miedo de que... —la voz subió hasta convertirse en un gemido agudo.



—¿Quieres confesarte?

El niño, apesadumbrado, negó con la cabeza. El padre Schwartz se aclaró la garganta para que la voz sonara dulce cuando dijera algo agradable y consolador. En aquel instante debía olvidar su propio dolor e intentar actuar como Dios. Repitió mentalmente una jaculatoria, esperando que, en correspondencia, Dios lo ayudara a comportarse como debía.

—Cuéntame lo que has hecho —dijo con su nueva y dulce voz.

El niño lo miró a través de las lágrimas, reconfortado por la impresión de flexibilidad moral que había conseguido transmitirle el turbado sacerdote. Poniéndose, cuanto era capaz, en manos de aquel hombre, Rudolph Miller empezó a contar su historia.

—El sábado, hace tres días, mi padre me dijo que tenía que confesarme porque llevaba un mes sin hacerlo, y mi familia se confiesa todas las semanas, y yo no me había confesado. Pero yo no fui a confesarme, me daba lo mismo. Lo dejé para después de cenar porque estaba jugando con mis amigos, y mi padre me preguntó si había ido, y le dije que no, y me cogió por el cuello y me dijo que fuera inmediatamente, y yo le dije que muy bien, y fui a la iglesia. Y mi padre me gritó: «No vuelvas hasta que no te hayas confesado»...

II.

El sábado, tres días antes

Volvieron a caer los pliegues tenebrosos de la cortina del confesionario, dejando sólo a la vista la suela del zapato viejo de un hombre viejo. Detrás de la cortina, un alma inmortal estaba a solas con Dios y con el reverendo Adolphus Schwartz, el párroco. Empezó a oírse un bisbiseo laborioso, sibilante y discreto, interrumpido de vez en cuando por la voz del sacerdote, que hacía preguntas perfectamente audibles.

Rudolph Miller se arrodilló en el reclinatorio, junto al confesionario, y esperó, nervioso, esforzándose en escuchar, y también en no escuchar, lo que se decía en el confesionario. El hecho de que la voz del sacerdote fuera audible lo alarmó. Llegaba su turno, y las tres o cuatro personas que esperaban podrían oír sin ningún escrúpulo cómo admitía haber violado el sexto y el noveno mandamientos.

Rudolph nunca había cometido adulterio, ni había deseado a la mujer del prójimo, pero le resultaba particularmente difícil confesar otros pecados más o menos relacionados con aquéllos. Saboreaba, por contraste, las faltas menos vergonzosas: formaban un fondo gris que atenuaba la marca de ébano que los pecados sexuales imprimían en su alma.

Se tapaba los oídos con las manos, con la esperanza de que los demás notaran su negativa a oír y, por cortesía, hicieran con él lo mismo, cuando un brusco movimiento del penitente en el confesionario lo empujó a esconder precipitadamente la cara en el hueco del brazo. El miedo tomó una forma sólida, acomodándose a la fuerza entre su corazón y sus pulmones. Ahora ponía los cinco sentidos en arrepentirse de sus pecados, no porque tuviera miedo, sino porque había ofendido a Dios. Debía convencer a Dios de que estaba arrepentido y, para conseguirlo, primero debería convencerse a sí mismo. Después de una violenta lucha con sus emociones, llegó a sentir una tímida compasión de sí mismo y decidió que ya estaba preparado. Si impedía que cualquier otro pensamiento penetrara en su mente, y conseguía conservar intacta aquella emoción hasta el momento de entrar en el gran ataúd vertical, habría sobrevivido a una nueva crisis de su vida religiosa.

Por un instante, sin embargo, una idea diabólica casi se apoderó de él. Podría volver a casa ahora, antes de que le tocara el turno, y decirle a su madre que había llegado demasiado tarde, cuando el sacerdote ya se había ido. Una cosa así implicaba, por desgracia, el riesgo de que descubrieran la mentira. También podía decir, y era otra alternativa que se había confesado, pero, en tal caso, hubiera tenido que evitar comulgar al día siguiente, porque la hostia consagrada, recibida por un alma impura, se hubiera convertido en veneno en su boca y él se hubiera desplomado en el comulgatorio, exánime y condenado para siempre.

Otra vez se oía la voz del padre Schwartz:

—Y por los tuyos...

Las palabras se confundieron en un ronco murmullo, y Rudolph, nervioso, se puso de pie. Le parecía imposible confesarse aquella tarde. Estaba indeciso, tenso. Entonces brotaron del confesionario un golpe seco, un crujido y un frufú sostenido. La celosía se abrió y la cortina tembló: la tentación había llegado demasiado tarde.

—Ave María Purísima. Déme su bendición, padre, porque he pecado... Yo, pecador, me confieso a Dios todopoderoso y a usted, padre, porque he pecado... Hace un mes y tres días que me confesé por última vez... Me acuso de... de haber tomado el nombre de Dios en vano...

Este era un pecado venial. Sus blasfemias sólo habían sido fanfarronerías, y confesarlas era poco menos que una bravata.

—... de haberme portado mal con una anciana.

La sombra triste se movió ligeramente al otro lado de la celosía.

—¿Cómo, hijo mío?

—Fue la señora Swenson —el murmullo de Rudolph se elevó con júbilo—. Nos había quitado la pelota de béisbol porque había golpeado en su ventana, y no quería devolvérsela, y entonces estuvimos gritándole toda la tarde: «Fuera, fuera». Y, a eso de las cinco, le dio un ataque y tuvieron que llevarla al médico.

—Sigue, hijo mío.

—Me acuso de no creer que soy hijo de mis padres.

—¿Cómo? —la pregunta demostraba verdadera perplejidad.

—De no creer que soy hijo de mis padres.

—¿Porqué?

—Ah, por orgullo nada más —respondió el penitente sin darle importancia al asunto.

—¿Quieres decir que piensas que eres demasiado bueno para ser hijo de tus padres?

—Sí, padre —las palabras sonaban ahora con menos júbilo.

—Sigue.

—Me acuso de ser desobediente y de ponerle motes a mi madre. De hablar mal de la gente. De haber fumado...

Ya se le habían acabado los pecados veniales y se estaba acercando a los pecados que le dolía confesar. Se oprimía la cara con los dedos, como si fueran rejas entre las que debía exprimir la vergüenza de su corazón.

—De decir palabras feas y tener malos pensamientos y deseos impuros —musitó en voz muy baja.

—¿Cuántas veces?

—No lo sé.

—¿Una vez a la semana? ¿Dos veces?

—Dos veces a la semana.

—¿Has cedido a esos deseos?

—No, padre.

—¿Estabas solo cuando los tuviste?

—No, padre. Estaba con dos chicos y una chica.

—¿No sabes, hijo mío, que debes evitar las ocasiones de pecado tanto como el pecado mismo? Las malas compañías conducen a los deseos impuros; y los deseos impuros, a las acciones impuras. ¿Dónde estabas?

—En un granero detrás de...

—No quiero oír nombres —lo interrumpió bruscamente el sacerdote.

—Bueno, estábamos en el pajar, y esta chica y..., bueno, un amigo, decían cosas... cosas impuras... Y yo me quedé.

—Deberías haberte ido... Deberías haberle dicho a la chica que se fuera.

¡Debería haberse ido! No podía contarle al padre Schwartz cómo le había latido el pulso, qué rara y romántica excitación lo había poseído al oír aquellas cosas extrañas. Quizá en los

reformatorios, entre las chicas incorregibles de mirada dura e idiotizada, se encuentran aquéllas por las que ha ardidido el fuego más puro.

—¿Tienes algo más que contarme?

—Creo que no, padre.

Rudolph sintió un gran alivio. Le sudaban las manos, entrelazadas con fuerza.

—¿No has dicho mentiras?

La pregunta lo sobresaltó. Como todos los que mienten por costumbre e instinto, sentía un respeto inmenso, un temor reverencial por la verdad. Algo casi ajeno a él le dictó una respuesta rápida y ofendida.

—No, no, padre. Jamás digo mentiras.

Durante unos segundos, como el plebeyo en el trono del rey, saboreó con orgullo la situación. Y entonces, mientras el sacerdote empezaba a murmurar convencionales consejos, se dio cuenta de que, al negar heroicamente haber dicho mentiras, había cometido un pecado terrible: había mentido bajo confesión.

Obedeciendo automáticamente al padre Schwartz, que le pedía que se arrepintiera de sus pecados, empezó a rezar en voz alta sin darse mucha cuenta de lo que decía:

—Señor mío y Dios mío, me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido...

Tenía que arreglar aquello inmediatamente: era un pecado grave; pero, mientras sus labios se cerraban tras las últimas palabras de la oración, se oyó un golpe sordo. La rejilla del confesionario también se había cerrado.

Un instante después, a la luz del crepúsculo, el alivio de salir de la iglesia bochornosa y respirar el aire libre del mundo de trigo y cielo aplazó la plena conciencia de lo que había hecho. En lugar de preocuparse, aspiró profundamente el aire vigorizante y repitió entre dientes una y otra vez las palabras «¡Blatchford Sarnemington! ¡Blatchford Sarnemington!».

Blatchford Sarnemington era él mismo, y aquellas palabras eran como un poema o una canción. Cuando se convertía en Blatchford Sarnemington emanaba de él una amable nobleza. Blatchford Sarnemington vivía de triunfo en triunfo, triunfos extraordinarios y dramáticos. Cuando Rudolph entornaba los ojos significaba que Blatchford se había apoderado de él, y a su paso se oían murmullos de envidia: «¡Blatchford Sarnemington! ¡Por ahí va Blatchford Sarnemington!».

Ahora, por un instante, era Blatchford, mientras volvía a casa por el camino lleno de baches, pero cuando el camino se cubrió de asfalto y se convirtió en la calle principal de Ludwig, la euforia de Rudolph se desvaneció: tenía la cabeza fría, le horrorizaba su mentira. Dios, por supuesto, ya la conocía. Pero Rudolph se reservaba un rincón de su mente donde estaba a salvo de Dios, donde planeaba los subterfugios con los que a menudo engañaba a Dios. Escondido en aquel rincón, ahora reflexionaba sobre la mejor manera de evitar las consecuencias de su mentira.

Tenía que arreglárselas como fuera para no comulgar al día siguiente. Era demasiado grande el riesgo de ofender a Dios hasta tal punto. Podría beber agua *por descuido* a la mañana siguiente, y así, de acuerdo con las leyes de la Iglesia, no podría comulgar aquel día. A pesar de su poca consistencia, éste fue el subterfugio más factible que se le ocurrió. Tras reconocer los riesgos que implicaba, se estaba concentrando en la mejor manera de llevarlo a la práctica, cuando dobló la esquina de la tienda de Romberg y apareció la casa de su padre.

### III.

El padre de Rudolph, el transportista local, había llegado con la segunda oleada de emigrantes alemanes e irlandeses a la región de Minnesota y Dakota. En teoría, en aquel tiempo y lugar un joven emprendedor disponía de grandes oportunidades, pero Carl Miller había sido incapaz de labrarse, entre sus superiores y subalternos, la reputación de casi absoluta imperturbabilidad que es esencial para tener éxito en los negocios basados en la jerarquía. Aunque algo tosco, no era, sin embargo, lo suficientemente testarudo, ni sabía aceptar como indiscutibles ciertas relaciones fundamentales, y esta incapacidad lo hacía ser desconfiado y estar permanentemente inquieto y descontento.

Manténía dos vínculos con la alegría de vivir: su fe en la Iglesia católica romana y una veneración mística por James J. Hill, constructor del Empire. Hill era la apoteosis de aquella cualidad

que le faltaba a Miller: el sentido de la realidad, la intuición, la capacidad de presentir la lluvia en el aire que te da en la cara. La inteligencia de Miller se malgastaba en decisiones que ya habían tomado otros, y nunca en su vida tuvo la sensación de que de sus manos dependía el equilibrio de algo, aunque fuera la cosa más simple. Su cuerpo cansado, lleno aún de energía, más pequeño de lo normal, envejecía a la sombra gigantesca de Hill. Llevaba veinte años viviendo en el nombre de Hill y Dios.

Nada mancillaba la paz de aquel domingo cuando Carl Miller se despertó a las seis de la mañana. Arrodillado junto a la cama, inclinó sobre la almohada la cabeza canosa y amarillenta y los bigotes de color indefinido, y rezó unos minutos. Luego se quitó el camisón —como todos los de su generación, nunca había soportado los pijamas— y embutió su cuerpo delgado, pálido, sin vello, en la ropa interior de lana.

Se afeitó. Silencio en el dormitorio donde su mujer dormía inquieta; silencio en el rincón del pasillo donde, aislada por una cortina, estaba la cama de su hijo y donde su hijo dormía entre los libros de Alger, su colección de vitolas de puro, sus banderines apolillados —«Cornell», «Hamlin», «Recuerdos de Pueblo, Nuevo México»— y otros tesoros de su vida privada. Miller podía oír los pájaros que chillaban fuera de la casa, el revolotear de las gallinas y, como ruido de fondo, débil, acercándose, más fuerte, el traqueteo del tren de las seis y cuarto, directo a Montana y las verdes costas. Entonces, mientras el agua fría goteaba de la toalla que tenía en la mano, levantó la cabeza de repente: había oído un ruido furtivo, abajo, en la cocina.

Secó rápidamente la navaja de afeitar, se puso los tirantes y cuchó. Alguien andaba por la cocina y, por las pisadas ligeras, adivia que no era su mujer. Con la boca entreabierta, bajó corriendo las escaleras y abrió la puerta de la cocina.

En el fregadero, con una mano en el grifo que todavía goteaba y un vaso de agua en la otra, estaba su hijo. Los ojos del chico, todavía bajo el peso del sueño, de una belleza asustada y llena de reproches, se encontraron con los del padre. El chico estaba descalzo, y se había remangado la camisa y los pantalones del pijama.

Se quedaron inmóviles un instante: las cejas de Carl Miller bajaron, y se alzaron las de su hijo, como si quisieran encontrar un equilibrio entre las emociones opuestas que los embargaban. Entonces el bigote del padre descendió portentosamente hasta ensombrecerle la boca. El padre echó un vistazo alrededor para comprobar si todo seguía en su sitio.

La luz del sol aureolaba la cocina, se estrellaba en las cacerolas y daba a la madera lisa del suelo y a la mesa un color amarillo y limpio, de trigo. La cocina era el centro de la casa, con el fuego encendido y los cazos encajados en cazos como si fueran juguetes, y el silbido permanente del vapor, y una suave tonalidad pastel. Nada había sido cambiado de sitio, no habían tocado nada, excepto el grifo en el que seguían formándose gotas de agua que caían en la pila con un instantáneo fulgor blanco.

—¿Qué haces?

—Tenía mucha sed y se me ha ocurrido bajar a...

—Creía que ibas a comulgar.

Una expresión de vehemente asombro se dibujó en la cara de su hijo.

—Se me había olvidado.

—¿Has bebido agua?

—No...

En el mismo instante en que la palabra se le escapó de los labios Rudolph se dio cuenta de que se había equivocado al responder, pero los ojos apagados e indignados que lo miraban habían dictado la verdad antes de que interviniera la voluntad del chico. Ahora comprendía además que ni siquiera tendría que haber bajado a la cocina; por una vaga necesidad de verosimilitud había querido dejar un vaso mojado, como prueba, en el fregadero. Lo había traicionado la honradez de su imaginación.

—¡Tira el agua! —ordenó el padre.

Rudolph volcó el vaso con desesperación.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Miller, de mal humor.

—Nada.

—¿Fuiste ayer a confesarte?

—Sí.

—¿Por qué ibas a beber agua entonces?

—No lo sé. Se me había olvidado.

—Puede que te importe más pasar un poco de sed que tu religión.

—Se me había olvidado —Rudolph sentía cómo se le saltaban las lágrimas.

—Ésa no es manera de responder.

—Bueno, es lo que me ha pasado.

—¡Pues ten más cuidado! —la voz del padre era aguda, insistente, inquisitiva—: Si eres tan desmemoriado que hasta puedes olvidar tu religión, habrá que tomar medidas.

Rudolph llenó un opresivo instante de silencio diciendo:

—La recuerdo perfectamente.

—Primero descuidas tu religión —gritó su padre, atizando su propia rabia—, luego empiezas a mentir y a robar, y el siguiente paso es el reformatorio.

Ni siquiera esta amenaza, ya familiar, hizo más hondo el abismo que Rudolph veía ante sí. O lo confesaba todo inmediatamente, exponiéndose a que, con toda seguridad, su cuerpo recibiera una paliza feroz, o atraía sobre sí los truenos del infierno al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo con un sacrilegio en el alma. Y, de las dos posibilidades, la primera le parecía más terrible: no temía tanto a los golpes como a la rabia salvaje, desahogo de hombre inútil, que se escondía tras ellos.

—¡Deja ese vaso, sube y vístete! —ordenó el padre—. Y cuando vayamos a la iglesia, antes de comulgar, deberías arrodillarte para pedirle a Dios perdón por tu descuido.

Cierto énfasis involuntario en las palabras del padre actuó como catalizador sobre la confusión y el miedo de Rudolph. Una furia incontrolada y orgullosa se apoderó de él, y arrojó con rabia el vaso al fregadero.

Su padre emitió un ruido ronco, forzado, y se lanzó sobre él. Rudolph lo esquivó, tropezó con una silla y trató de pasar al otro lado de la mesa. Gritó cuando una mano le agarró el pijama, por el hombro, y sintió el impacto seco de un puño en la sien, y golpes de refilón en el pecho y la espalda. Mientras intentaba ponerse fuera del alcance de su padre, que lo arrastraba por el suelo o lo levantaba cuando instintivamente le sujetaba el brazo, Rudolph, consciente de la humillación y de los golpes, no abrió la boca, excepto para reírse históricamente alguna vez. Entonces, en menos de un minuto, las bofetadas cesaron de repente. El padre agarraba a Rudolph con fuerza, y padre e hijo temblaban y farfullaban, comiéndose la mitad de las sílabas, palabras sin sentido, hasta que Carl Miller obligó a su hijo a subir las escaleras entre empujones y amenazas.

—¡Vístete!

Rudolph estaba histérico y helado. Le dolía la cabeza, y tenía en el cuello un arañazo largo y superficial, una marca de las uñas del padre, y sollozaba y temblaba mientras se vestía. Sabía que su madre esperaba en la puerta, en bata, arrugando la cara arrugada, que se comprimía y se deformaba, y del cuello a la frente se cubría de un remolino de arrugas nuevas. Despreciando la impotencia asustada de la madre, y rechazándola sin miramientos cuando intentó untarle una pomada en el cuello, se lavó de prisa, entre sollozos. Luego salió de casa con su padre, camino de la iglesia católica.

#### IV.

Andaban sin hablar, salvo cuando Carl Miller reconocía maquinalmente a aquellos con quienes se cruzaban. Sólo la respiración entrecortada de Rudolph rompía el silencio cálido del domingo.

El padre se detuvo con resolución ante la puerta de la iglesia.

—He decidido que lo mejor es que vuelvas a confesarte. Dile al padre Schwartz lo que has hecho y pídele perdón a Dios.

—¡Tú también has perdido los nervios! —se apresuró a contestar Rudolph.

Carl Miller dio un paso hacia su hijo, que, prudentemente, retrocedió.

—Vale, me confesaré.

—¿Vas a hacer lo que te he dicho? —preguntó el padre con un murmullo ronco.

—Sí, sí.

Rudolph entró en la iglesia y, por segunda vez en dos días, se acercó al confesionario y se arrodilló. La celosía se abrió casi instantáneamente.

—Me acuso de no haber rezado al despertarme.

—¿Nada más?

—Nada más.

Sintió júbilo y ganas de llorar. Nunca más volvería a anteponer con tanta facilidad una abstracción a las necesidades de su tranquilidad y su orgullo. Había traspasado una línea invisible: era plenamente consciente de su soledad, consciente de que la soledad afectaba a los momentos en que era Blatchford Sarnemington, pero también a toda su vida íntima. Hasta entonces, fenómenos como sus ambiciones disparatadas y su mezquina timidez y sus miedos mezquinos sólo habían sido rincones privados, secretos, no reconocidos ante el trono de su alma oficial. Ahora sabía, inconscientemente, que aquellos rincones privados eran su propio yo, él mismo, y que todo lo demás era una fachada vistosa y una bandera convencional. La presión del ambiente lo había empujado al camino secreto y solitario de la adolescencia.

Se arrodilló en el banco, al lado de su padre. Empezó la misa. Mantenía la espalda erguida — cuando estaba solo, apoyaba el trasero en el banco— y saboreaba la idea de venganza, una venganza dolorosa y sutil. A su lado, su padre le pedía a Dios que perdonara a Rudolph, y también pedía perdón por su arrebatado de ira. Miró de reojo a su hijo, y se sintió más tranquilo al ver que ya no tenía la cara tensa, de rabia, y que había dejado de sollozar. La gracia de Dios, inherente al Sacramento, haría el resto, y quizá, después de la misa, todo iría mejor. En su corazón estaba orgulloso de Rudolph, y empezaba a sentirse sinceramente arrepentido, no sólo formalmente, de lo que había hecho.

Habitualmente el paso de la bandeja para la colecta era para Rudolph un momento muy importante de la misa. Si, como sucedía a menudo, no tenía dinero, se sentía avergonzado e irritado, e inclinaba la cabeza y fingía no ver la bandeja, para que Jeanne Brady, en el banco vecino, no se diera cuenta y no sospechara un caso grave de indigencia familiar. Pero aquel día miró fríamente la bandeja mientras pasaba ante sus ojos, casi rozándolo, y advirtió con momentáneo interés que contenía muchísimas monedas.

Pero, cuando tintineó la campanilla para la comunión, se estremeció. No existía ningún motivo para que Dios no le parara el corazón. Durante las últimas doce horas había cometido una serie de pecados mortales, a cual más grave, y ahora iba a rematar la serie con un sacrilegio blasfemo.

—Domine, non sum dignum; ut interés sub tectum rneum; sed tantum dic verbum, et sanabitur anima mea.

Hubo un rumor, movimiento en los bancos, y los comulgantes desfilaban hacia el altar con los ojos bajos y las manos juntas. Los más piadosos unían las puntas de los dedos para formar pequeñas cúpulas. Entre ellos estaba Carl Miller. Rudolph lo siguió hasta el comulgatorio y se arrodilló, apoyando, sin darse cuenta, la barbilla en el mantel blanco. La campanilla tintineó con fuerza y el sacerdote se volvió hacia los comulgantes sosteniendo la Hostia blanca sobre el copón:

—*Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam.*

Un sudor frío cubrió la frente de Rudolph cuando empezó la comunión. El padre Schwartz avanzaba por la fila, y Rudolph, que cada vez tenía más ganas de vomitar, sintió cómo las válvulas de su corazón desfallecían por voluntad de Dios. Le pareció que la iglesia se oscurecía y que la cubría un gran silencio, roto sólo por el confuso murmullo que anunciaba que se iba acercando el Creador del Cielo y de la Tierra. Hundió la cabeza entre los hombros y esperó el golpe.

Entonces sintió un fuerte codazo en el costado. Su padre le daba con el codo para que se mantuviera derecho y no se apoyara en el comulgatorio; faltaban dos personas para que llegara el sacerdote.

—*Corpus Domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam.*

Rudolph abrió la boca. Sintió sobre la lengua el pegajoso sabor a cera de la hostia. Permaneció inmóvil durante un periodo de tiempo le pareció interminable, con la cara todavía levantada y la Hostia intacta en la boca, sin disolverse. Y otra vez lo espabiló el codo de su paje y vio que la gente se alejaba del altar, como hojarasca, y, con los ojos bajos, sin mirar a ninguna parte, volvía a los bancos, a solas con Dios.

Rudolph estaba a solas consigo mismo, empapado en sudor, hundido en el pecado mortal. Mientras volvía a su sitio, sus pezuñas de demonio resonaron con fuerza contra el suelo de la iglesia, y supo que llevaba en el corazón un veneno negro.

V.

Sagitta Volante in Dei

El precioso chiquillo de ojos como piedras azules y pestañas que se abrían como pétalos había terminado de confesarle al padre Schwartz su pecado, y el rectángulo de sol en el que se sentaba había recorrido en la habitación el espacio de media hora. Ya estaba menos asustado: se había librado del peso de su historia, y lo notaba. Sabía que mientras estuviera en aquella habitación, con aquel sacerdote, Dios no le pararía el corazón, así que suspiró y permaneció sentado, en silencio, a la espera de que el sacerdote hablara.

Los ojos fríos y húmedos del padre Schwartz seguían fijos en los dibujos de la alfombra, donde el sol resaltaba las esvásticas y los pámpanos muertos y estériles y la pálida copia de unas flores. El tictac del reloj del recibidor sonaba con insistencia camino del atardecer, y la habitación oscurecida y la tarde tras los cristales traían una monotonía irremediable, rota de vez en cuando por los golpes lejanos de un martillo, que resonaban en el aire seco. Los nervios del sacerdote estaban tensos, a punto de saltar, y las cuentas de su rosario se arrastraban y retorcían como serpientes sobre el paño verde del escritorio. No recordaba lo que tenía que decir.

Más allá de cuanto existía en aquella perdida ciudad sueca, era consciente de los ojos de aquel chiquillo: unos ojos preciosos, de pestañas que parecían nacer sin ganas, curvándose hacia atrás como si quisieran volver a los ojos.

El silencio persistía, y Rudolph esperaba, y el sacerdote se esforzaba en recordar algo que se le iba, se le iba cada vez más lejos, y el tictac del reloj resonaba en la casa triste. Entonces el padre Schwartz miró fijamente al chico y, con una voz rara, dijo:

—Cuando mucha gente se reúne en los sitios mejores, las cosas resplandecen.

Rudolph se sobresaltó y miró al padre Schwartz.

—Digo que... —empezó a hablar el sacerdote, y se interrumpió para escuchar algo—. ¿Oyes el martillo y el tictac del reloj y las abejas? Bueno, eso no significa nada. Lo importante es reunir a mucha gente en el centro del mundo, dondequiera que esté el centro del mundo. Entonces —y sus ojos húmedos se dilataron maliciosamente— las cosas resplandecen.

—Sí, padre —asintió Rudolph, sintiendo un poco de miedo.

—¿Qué vas a ser cuando seas mayor?

—Bueno, antes quería ser jugador de béisbol —respondió Rudolph, nervioso—, pero no creo que eso sea demasiado ambicioso, así que quiero ser actor u oficial de marina.

El sacerdote volvía a mirarlo fijamente.

—Sé exactamente lo que quieres decir —dijo con aire feroz.

Rudolph no quería decir nada en particular y las palabras del sacerdote lo hicieron sentirse más incómodo.

«Este hombre está loco», pensó, «y me da miedo. Quiere que lo ayude, no sé cómo, pero yo no quiero».

—Por tu aspecto, se diría que las cosas relucen —exclamó el padre Schwartz incoherentemente—. ¿Has ido alguna vez a una fiesta?

—Sí, padre.

—¿Te diste cuenta de que todo el mundo iba bien vestido? Eso es lo que quiero decir. Cuando llegaste a la fiesta, seguro que todos iban bien vestidos. Y a lo mejor dos niñas esperaban en la puerta y algunos chicos se apoyaban en el pasamanos de la escalera, y había jarrones llenos de flores.

—He ido a muchas fiestas —dijo Rudolph, aliviado por el rumbo que tomaba la conversación.

—Claro que sí —continuó el padre Schwartz con aire triunfal—. Sé que estás de acuerdo conmigo. Pero mi teoría es que, cuando mucha gente coincide en los sitios mejores, las cosas resplandecen sin cesar.

Rudolph se dio cuenta de que estaba pensando en Blatchford Sarnemington.

—Por favor, ¡escúchame! —ordenó el sacerdote con impaciencia—. Deja de preocuparte por lo que pasó el sábado. Sólo en el supuesto de que existiera una fe absoluta, la apostasía implicaría la absoluta condenación. ¿Está claro?

Rudolph no tenía la menor idea de lo que el padre Schwartz quería decir, pero asintió, y el sacerdote asintió también y volvió a su misteriosa preocupación.

—Sí —exclamó—, hoy existen luminosos tan grandes como las estrellas, ¿te das cuenta? Me han contado que en París, o en otro sitio, hay un luminoso tan grande como una estrella. Lo ha visto mucha gente, mucha gente feliz. Hoy día hay cosas que ni siquiera has soñado. Mira —se acercó más a Rudolph, pero el chico retrocedió, y el padre Schwartz volvió a retrepase en su sillón, con los ojos secos y ardientes—. ¿Has visto alguna vez un parque de atracciones?

—No, padre.

—Bueno, ve a ver un parque de atracciones —el sacerdote movió vagamente la mano—. Es parecido a una feria, sólo que con muchas más luces. Ve de noche a un parque de atracciones y obsérvalo a distancia desde la oscuridad, bajo los árboles oscuros. Verás una gran rueda hecha de luces que gira en el aire, y un tobogán inmenso por donde se deslizan barcas hasta el agua. Y en algún sitio está tocando una orquesta, y hay un olor a almendras garrapiñadas... Y todo brilla. Y, ¿sabes?, no te recordará a nada. Flotará en la noche como un globo de colores, como un gran farol amarillo colgado de un mástil.

El padre Schwartz frunció el entrecejo mientras, de repente, se le ocurría algo.

—Pero no te acerques demasiado —le advirtió—, porque, si te acercas demasiado, sólo sentirás el calor, el sudor y la vida.

Todas aquellas palabras le parecían a Rudolph extraordinariamente raras y terribles porque aquel hombre era un sacerdote. Allí estaba, sentado, medio muerto de miedo, mirando fijamente con los ojos muy abiertos, preciosos, al padre Schwartz. Pero, bajo el miedo, sentía que sus más íntimas convicciones habían sido confirmadas. En alguna parte existía algo inefablemente maravilloso que no tenía nada que ver con Dios. Ya no creía que Dios estuviera disgustado con él por su primera mentira, porque Dios habría comprendido que Rudolph había mentado para hacer la confesión más interesante, añadiendo a la nimiedad de sus pecados algo radiante, un poco de orgullo. Y, en el preciso instante en que proclamaba su honor inmaculado, un estandarte de plata ondeaba al viento en algún sitio, entre el crujir del cuero y el fulgor de las espuelas de plata, y una tropa de caballeros esperaba el amanecer en una colina verde. El sol encendía estrellas de luz en sus armaduras como en el cuadro de los coraceros alemanes en Sedán que había en su casa.

Pero ahora el sacerdote murmuraba palabras ininteligibles, doloridas, y el chico empezó a sentir un miedo incontrolable. El miedo entró de pronto por la ventana abierta y la atmósfera de la habitación cambió. El padre Schwartz cayó bruscamente de rodillas, desplomado, y ahora apoyaba la espalda contra una silla.

—Dios mío —gritó, con una voz extraña, antes de derrumbarse.

Y de las ropas gastadas del sacerdote se desprendió una opresión humana, y se mezcló con el leve olor de la comida que se pudría en los rincones. Rudolph lanzó un grito y abandonó el lugar corriendo, aterrorizado, mientras el hombre yacía inmóvil, llenando la sala, llenándola de voces y rostros, una multitud de voces, pura ecolalia, hasta que estalló una carcajada aguda e inacabable.

Al otro lado de la ventana el siroco azul temblaba sobre el trigo, y chicas rubias paseaban sensualmente por los caminos que unían los campos, gritándoles frases inocentes y excitantes a los muchachos que trabajaban en los trigales. Bajo los vestidos de algodón se adivinaba la forma de las piernas, y el borde de los escotes estaba tibio y húmedo. Hacía ya cinco horas que la vida fértil y caliente ardía en la tarde. Dentro de tres horas sería de noche, y en toda la región aquellas rubias nórdicas y aquellos altos muchachos de las granjas se tenderían junto al trigo, bajo la luna.



# Rags Martin-Jones y el Prncipe de G-les

Rags Martin-Jones y el Prncipe de G-les fue publicado en *Mc-Call's* (julio de 1924) e incluido en *All the Sad Young Man*. Aparte de su calidad como relato, es interesante como recreación de *El pirata de la costa*. Ambos relatos tratan en clave humorística un tema central en la obra de Fitzgerald: la capacidad de la imaginación para transformar la realidad.

I.

El *Majestic* entró suave y silenciosamente en el puerto de Nueva York una mañana de abril. Despreció a los remolcadores y a los transbordadores lentos como tortugas, hizo un guiño a una pequeña embarcación joven y llamativa, y apartó de su camino a un barco de ganado con el estridente silbido de un chorro de vapor. Luego atracó en su dársena particular con los aspavientos de una señora gorda al sentarse y anunció complacido que acababa de llegar de Cherburgo y Southampton con los pasajeros más distinguidos del mundo.

Los pasajeros más distinguidos del mundo permanecían en cubierta y saludaban estúpidamente con la mano a los pobres familiares que esperaban en el muelle unos guantes traídos de París. Hacía mucho que una gran pasarela había conectado el *Majestic* con Norteamérica cuando el transatlántico empezó a vomitar a los pasajeros más distinguidos del mundo, que resultaron ser Gloria Swanson, dos empleados del departamento de compras de Lord & Taylor, el ministro de Hacienda de Graustark con una propuesta para financiar la deuda, y un rey africano que llevaba todo el invierno intentando desembarcar en algún sitio y sentía un mareo horroroso.

Los fotógrafos trabajaban febrilmente mientras el río de pasajeros desembocaba en el muelle. Se produjo un estallido de aplausos y vítores cuando aparecieron en sendas camillas dos individuos del Medio Oeste que la noche anterior habían estado bebiendo hasta perder el sentido.

Poco a poco el muelle se fue quedando vacío, pero, cuando la última botella de Benedictine alcanzó la orilla, los fotógrafos aún permanecían en sus puestos. Y el oficial encargado del desembarco seguía al pie de la pasarela, y consultaba su reloj y echaba un vistazo a cubierta como si una parte importante del pasaje continuara a bordo. Por fin los mirones del muelle lanzaron una interminable exclamación de asombro cuando un numeroso séquito empezó a descender de la cubierta B.

Abrían la marcha dos criadas francesas que llevaban en brazos dos perritos pelirrojos, seguidas por un regimiento de mozos, ciegos e invisibles bajo innumerables ramos de flores, otra criada con un huerfanito de ojos tristes al gusto francés y, pegado a sus talones, el segundo oficial arrastrando tres perros lobos neurasténicos con gran desgana de unos y otro.

Una pausa. Y entonces el capitán, sir Howard George Witchcraft, apareció en la borda, acompañado de lo que bien podía ser un montón de magníficas pieles de zorro plateado.

¡Rags Martin-Jones, después de cinco años en las capitales de Europa, volvía a su tierra natal!

Rags Martin-Jones no era un perro. Era una mezcla de chica y flor, y, al estrechar la mano del capitán sir Howard George Witchcraft, sonrió como si acabaran de contarle el más reciente y picante chiste del mundo. La gente que aún no había abandonado el muelle sintió el temblor de aquella sonrisa en el aire de abril y se volvió a mirarla.

Descendió despacio por la pasarela. Llevaba el sombrero, un experimento caro e incomprensible, aplastado bajo el brazo, así que su corto pelo de chico, pelo de presidiaria, intentaba en vano ondear al viento del puerto. Su cara era como una mañana de boda, salvo por un detalle: un ridículo monóculo le cubría un ojo claro, azul, infantil. A cada paso las pestañas, muy largas, le arrancaban el monóculo, y ella reía, con una risa feliz y aburrida, y se ponía el monóculo arrogante en el otro ojo.

¡Top! Sus cuarenta y siete kilos de peso llegaron al muelle, que pareció tambalearse e inclinarse ante la impresión de su belleza. Algunos estibadores perdieron el conocimiento. Un tiburón

grande y sentimental que había seguido al transatlántico saltó desesperado para volver a verla antes de zambullirse con el corazón roto, de retorno a las profundidades marinas. Rags Martin-Jones acababa de regresar a casa.

Ningún miembro de su familia había ido a esperarla, por la sencilla razón de que ella era el único miembro de su familia que seguía vivo. En 1913 sus padres habían preferido hundirse juntos en el *Titanic* antes que separarse, y una niña de diez años había heredado el patrimonio de los Martin-Jones. Fue lo que se dice una pena.

A Rags Martin-Jones (todo el mundo había olvidado su verdadero nombre hacía años) la estaban fotografiando ahora desde todos los ángulos. El monóculo insistía en caérsele, y ella seguía riendo y bostezando y poniéndose otra vez el monóculo, así que era imposible obtener una imagen clara, excepto las que filmaba una cámara de cine. Entre los fotógrafos había un joven guapo y despistado, con la llama casi voraz del amor ardiéndole en los ojos, que había ido a esperarla al muelle. Se llamaba John M. Chestnut, ya había escrito la historia de su triunfo en los negocios para el *American Magazine*, y estaba enamorado sin esperanza de Rags desde los días en que ella, como las mareas, había caído bajo la influencia de la luna de verano.

Cuando por fin Rags se dio cuenta de su presencia, camino de la salida del puerto, lo miró sin inmutarse, como si no lo hubiera visto en su vida.

—Rags —empezó él—, Rags...

—¿Eres John M. Chestnut? —preguntó, examinándolo con gran interés.

—¡Por supuesto! —exclamó, enfadado—. ¿Estás intentando aparentar que no me conoces? ¿No me has escrito para pedirme que venga a esperarte?

Ella se echó a reír. Un chófer había aparecido a su lado, y Rags se quitaba el abrigo entre contorsiones, dejando al descubierto un vestido a cuadros grandes y llamativos, azules y grises. Se agitó como un pájaro mojado.

—Tengo un montón de porquerías que declarar —comentó distraídamente.

—Yo, también —dijo Chestnut, angustiado—, y lo primero que quiero declarar es que te he querido, Rags, cada minuto desde que te fuiste.

Rags lo detuvo con un gruñido.

—¡Por favor! Había algunos chicos norteamericanos en el barco. Ese tema ya me aburre.

—¡Dios mío! —exclamó Chestnut—. ¿Quieres decir que le das a mi amor la misma importancia que a lo que te hayan podido decir en un barco?

Había elevado la voz, y alguna gente se volvió para mirar.

—Shhh —le regañó ella—. No quiero montar un espectáculo. Si quieres que salga contigo mientras esté aquí, tendrás que ser menos violento.

Pero John M. Chestnut parecía incapaz de controlar su voz.

—¿Quieres decir —la voz le temblaba, y seguía elevándose— que has olvidado lo que me dijiste en este mismo muelle un jueves, hace exactamente cinco años?

La mitad de los pasajeros del transatlántico miraba ahora la escena en el muelle, y otro pequeño remolino de curiosos se asomaba a la puerta de la aduana.

—John —su indignación iba en aumento—, si vuelves a levantarme la voz, me ocuparé de que no te falten oportunidades de enfriar tu ánimo. Voy al Hotel Ritz. Recógeme allí esta tarde.

—Pero... ¡Rags! —protestó con la voz quebrada—. ¡Escucha! Hace cinco años...

Entonces los mirones del muelle tuvieron el gusto de presenciar un curioso espectáculo: una dama bellísima, con un vestido a cuadros grises y azules, dio un decidido paso al frente para agarrar a un joven muy nervioso que tenía al alcance de la mano.

El joven emprendió la retirada y buscó instintivamente donde apoyar el pie, pero, encontrando el vacío, descendió apaciblemente los diez metros de altura del dique y se hundió con estruendo, no sin dar una voltereta poco airosa, en las aguas del río Hudson.

Sonó un grito de alarma, y hubo un tumulto en el muelle hasta que su cabeza salió a flote. Nadaba con facilidad, y, dándose cuenta de esto, la joven que, al parecer, había sido la causa del accidente se inclinó sobre la dársena y formó un megáfono con las manos.

—Estaré en el hotel a las cuatro y media —gritó.

Y con un alegre movimiento de la mano, que el caballero hundido no pudo devolver, se ajustó el monóculo, lanzó una mirada arrogante a la multitud y abandonó el lugar de los hechos con absoluta tranquilidad.

## II.

Los cinco perros, las tres criadas y el huérfano francés estaban instalados en la mayor *suite* del Ritz, y Rags retozaba perezosamente en una bañera vaporosa, fragante de hierbas, donde dormitó casi una hora. Acabada aquella tarea, celebró varias entrevistas de negocios: recibió al masajista, a la manicura y a un peluquero de París que le devolvió al corte de pelo su longitud propia de criminales. Cuando John M. Chestnut llegó a las cuatro se encontró con media docena de abogados y banqueros, los administradores del fideicomiso de los Martin-Jones, que esperaban en el vestíbulo. Llevaban allí desde la una y media, y habían alcanzado un estado de nerviosismo evidente.

Tras ser sometido a un riguroso examen por una de las criadas, quizá para asegurarse de que estaba absolutamente sobrio, John fue conducido inmediatamente a presencia de *mademoiselle*. *Mademoiselle* estaba en su dormitorio, tumbada en la *chaise-longue* entre dos docenas de almohadones de seda que la acompañaban a todas partes. John entró en la habitación algo cohibido y la saludó con una ceremoniosa reverencia.

—Tienes mejor aspecto —dijo Rags, incorporándose entre los almohadones y observándolo con ojos escrutadores—. Has recuperado el color.

John le agradeció fríamente el cumplido.

—Deberías salir todas las mañanas... —y luego, intempestivamente, anunció—: Mañana vuelvo a París.

John Chestnut respiraba con dificultad.

—Ya te escribí que no pensaba quedarme en ningún caso más de una semana —añadió.

—Pero, Rags...

—¿Y por qué iba a quedarme? En Nueva York no conozco a nadie que sea divertido.

—Pero, Rags, ¿no puedes darme una oportunidad? ¿No te podrías quedar... diez días, por ejemplo, para conocerme un poco?

—¡Conocerte! —su tono daba a entender que John era ya un libro abierto y muy manoseado—. Me gustaría encontrar un hombre capaz de tener un gesto de valor, de galantería.

—¿Quieres decir que te gustaría que me convirtiera en una pantomima?

Rags dejó escapar un suspiro de disgusto.

—Quiero decir que no tienes ni chispa de imaginación —Je explicó con paciencia—. Los norteamericanos no tienen imaginación París es la única gran ciudad donde puede respirar una mujer civilizada.

—¿No me tienes ningún cariño?

—No hubiera atravesado el Atlántico para verte si no te lo tuviera. Pero en cuanto les eché un vistazo a los norteamericanos que viajaban en el barco, me di cuenta de que no podría casarme con un norteamericano. Acabaría detestándote, John, y la única alegría que encontraría en el matrimonio sería la alegría de destrozarte el corazón.

Empezó a serpentear entre los cojines hasta casi desaparecer de su vista.

—He perdido el monóculo —explicó.

Después de buscar infructuosamente en las profundidades de seda, descubrió el cristal fugitivo, colgándole del cuello, a su espalda.

—Quisiera querer a alguien, estar enamorada —continuó, volviéndose a colocar el monóculo en el ojo de niña—. En Sorrento, la primavera pasada, estuve a punto de fugarme con un raja indio, pero era demasiado moreno, y una de sus otras mujeres me caía terriblemente antipática.

—¡No digas más tonterías! —gritó John, ocultando la cara entre las manos.

—Bueno, no me casé con él —protestó Rags—. Pero tenía mucho que ofrecerme. Era la tercera fortuna del Imperio Británico. Por cierto, ¿eres rico?

—No tan rico como tú.

—Eso es verdad. ¿Qué puedes ofrecerme?

—Amor.

—¡Amor! —volvió a desaparecer entre los cojines—. Mira, John, para mí la vida es una serie de tiendas resplandecientes con un vendedor a la puerta frotándose las manos y diciendo: «Utilice nuestros servicios. Somos la mejor tienda del mundo». Y yo entro a comprar con mi monedero lleno de belleza, dinero y juventud. «¿Qué vende usted?», le pregunto, y el comerciante se frota las manos y dice: «Bueno, *mademoiselle*, hoy tenemos un amor absolutamente maravilloso». A veces no le queda en el almacén, pero, en cuanto se da cuenta de que me sobra el dinero, manda a buscarlo a donde sea. Ah, siempre me da amor antes de que me vaya, y gratis. Ésa es mi única venganza.

John Chestnut se levantó desesperado y dio un paso hacia la ventana.

—No te tires —exclamó Rags inmediatamente.

—Como quieras —lanzó el cigarrillo a la avenida Madison.

—Tú no tienes la culpa —dijo Rags con voz más dulce—. Aunque seas aburrido y soso, te tengo más cariño del que me gusta reconocer. Pero la vida sigue. Y nunca pasa nada.

—Pasan muchas cosas —insistió John—. Hoy se ha producido un asesinato intelectual en Hoboken y un suicidio por poderes en Maine. El Congreso debate una ley para esterilizar a los agnósticos...

—El humor no me interesa —respondió Rags—, pero por el amor y las aventuras siento una predilección casi atávica. Mira, John, el mes pasado, durante una cena, en mi misma mesa, dos hombres se jugaron a cara o cruz el reino de Schwartzberg-Rhineminster. En París conocí a un tal Blutchdak que había sido el auténtico provocador de la guerra mundial y tenía planeada otra para dentro de dos años.

—Bueno, aunque sólo sea para darte un respiro, sal conmigo esta noche —dijo John, tenaz.

—¿Adonde? —preguntó Rags con desdén—. ¿Crees que todavía me hacen ilusión una sala de fiestas y una botella de algún licor azucarado? Prefiero mis propios sueños en colores.

—Te llevaré al sitio más excitante de la ciudad.

—¿Sí? ¿Qué tiene de especial? Dime qué tiene de especial.

Entonces John Chestnut expulsó una gran bocanada de aire y miró con cautela a su alrededor, como si temiera que pudiesen oírlo.

—Bueno, para serte sincero —dijo en voz baja, preocupado—, si alguien se enterara, podría ocurrirme algo terrible.

Rags se incorporó y los almohadones cayeron a su alrededor como hojas.

—¿Estás insinuando que hay algo turbio en tu vida? —exclamó, a punto de echarse a reír—. ¿Esperas que me lo crea? No, John, diviértete tú haciendo siempre las mismas cosas trilladas, siempre las mismas.

Su boca, una rosa insolente y pequeña, dejó caer las palabras como si fueran espinas. John cogió de la silla el sombrero, el abrigo y el bastón.

—Por última vez, ¿quieres salir conmigo esta noche y ver... lo que haya que ver?

—¿Qué voy a ver? ¿A quién hay que ver? ¿Hay alguien en este país a quien merezca la pena ver?

—Bueno —dijo flemáticamente—, por ejemplo, al príncipe de Gales.

—¿Ha vuelto a Nueva York? —abandonó de un salto la *chaise-longue*.

—Llega esta noche. ¿Te gustaría verlo?

—¿Que si me gustaría? Nunca lo he visto. No he coincidido con él en ningún sitio. Daría un año de mi vida por verlo una hora —le temblaba la voz de emoción.

—Ha estado en Canadá. Llega de incógnito esta tarde para asistir al gran campeonato de boxeo. Y resulta que sé adonde va a ir esta noche.

Rags lanzó un grito agudo, arrebatado:

—¡Dominic! ¡Louise! ¡Germaine!

Las tres criadas entraron a la carrera. La habitación se llenó de pronto de vibraciones de una luz exagerada y frenética.

—¡Dominic, el coche! —gritó Rags en francés—. Perfume Saint Raphael, y mi vestido dorado y los zapatos con los tacones de oro auténtico. También las perlas grandes, todas las perlas, y ese diamante que es como un huevo, y las medias con bordados de zafiros. Germaine, llama al salón de belleza inmediatamente. Preparad el baño otra vez, más frío que el hielo y con mucha leche de almendras. Dominic, vuela a Tiffany, como un rayo, antes de que cierren. Búscame un prendedor, un medallón, una diadema, cualquier cosa, lo que sea, con el escudo de armas de los Windsor.

Manoseaba torpemente los botones del vestido, que le resbaló por los hombros en el instante en que John daba rápidamente media vuelta, camino de la salida.

—¡Orquídeas! —exclamó Rags—. ¡Orquídeas, por amor de Dios! Cuatro docenas, para que pueda elegir cuatro.

Y las criadas revoloteaban por la habitación como pájaros asustados.

—Perfume, Saint Raphael, abre la maleta de los perfumes; trae mis martas rosa, y mis ligas de diamantes, y el aceite de oliva para las manos. Dame eso. ¡Eso también, y eso, ah, y eso!

Digno y pudoroso, John Chestnut cerró la puerta a sus espaldas. Los seis fideicomisarios aún atestaban el recibidor, adoptando distintas posturas de cansancio, aburrimiento, resignación y desesperación.

—Caballeros —anunció John Chestnut—, me temo que la señorita Martin-Jones está demasiado cansada después del viaje para hablar con ustedes esta tarde.

### III.

—Este lugar se llama, por ninguna razón especial, el Agujero del Cielo.

Rags miró a su alrededor. Estaban en una terraza completamente abierta a la noche de abril. Sobre sus cabezas titilaban heladas las auténticas estrellas y, a occidente, la luna era una astilla de hielo en la oscuridad. Pero hacía tanto calor como en junio, y las parejas cenaban o bailaban sobre la pista de cristal opaco indiferentes a las inclemencias del cielo.

—¿Por qué hace calor? —murmuró Rags, camino de una mesa.

—Es un invento nuevo para mantener el aire caliente. No sé cómo lo consiguen, pero me consta que mantienen la misma temperatura que ahora incluso en pleno invierno.

—¿Dónde está el príncipe de Gales? —preguntó, inquieta.

John miró alrededor.

—No ha llegado todavía. Llegará dentro de una media hora.

Rags suspiró profundamente.

—Es la primera vez que me pongo nerviosa desde hace cuatro años.

Cuatro años: un año menos que el tiempo que él llevaba queriéndola. John se preguntaba si Rags, a los dieciséis años, una niña preciosa y alocada que pasaba las noches en restaurantes con oficiales que tenían que partir hacia Brest al día siguiente, perdiendo el hechizo de la vida demasiado pronto en los viejos, tristes y patéticos días de la guerra, había sido tan adorable como en aquel momento, bajo aquellas luces ambarinas y aquel cielo oscuro. Desde los ojos expectantes a los tacones de sus minúsculos zapatos, adornados con tiras de plata y oro de ley, era como uno de esos transatlánticos maravillosos que se construyen pieza a pieza dentro de una botella. Había sido acabada con el mismo cuidado, como si un especialista de la fragilidad hubiera dedicado su vida a construirla. John Chestnut quería cogerla, tenerla en la mano, darle vueltas, examinar la punta de un zapato o el filo de una oreja o mirar de cerca el material mágico con el que habían sido hechas sus pestañas.

—¿Quién es ése? —Rags señaló con el dedo a un apuesto latino que ocupaba una de las mesas.

—Es Roderigo Minerlino, la estrella de cine, el de los anuncios de crema facial. Quizá baile luego un rato.

Rags advirtió de repente el sonido de los violines y los tambores, pero la música parecía venir de muy lejos: parecía flotar sobre la noche vigorizante y sobre la pista, lejana como un sueño.

—La orquesta toca en otra terraza —explicó John—. Es una idea nueva. Mira, empieza el espectáculo.

Por una entrada oculta, una chica negra, delgada como un junco, emergió de repente en un círculo de luz barbárica y chillona: descendió sobrecogedoramente la música a un enloquecido tono menor, y la chica empezó a cantar una canción rítmica y trágica. Su cuerpo de junco pareció quebrarse bruscamente, e inició unos pasos de baile lentos e inacabables, sin destino y sin esperanza, como el fracaso de un sueño salvaje y desbaratado. Había perdido a Papa Jack, se quejaba y quejaba con histérica monotonía, desconsolada pero sin resignación. Uno por uno, los estrepitosos instrumentos de metal intentaban arrancarla del persistente ritmo de locura, pero sólo oía el rumor de los tambores que la aislaban en algún lugar perdido en el tiempo, entre miles de años olvidados. Cuando cesó el flautín, volvió a reducirse a una finísima línea morena, gimió con terrible y cortante intensidad, y se desvaneció en la oscuridad súbita.

—Si vivieras en Nueva York, sabrías perfectamente quién es —dijo John cuando volvió a brillar la luz ambarina—. Ahora actúa Sheik B. Smith, uno de esos humoristas necios y charlatanes que...

Calló. En el instante en que las luces se desvanecían para el segundo número, Rags había suspirado profundamente, inclinándose hacia delante en su silla. Sus ojos estaban inmóviles como los de un pointer, y John comprobó que se habían fijado en un grupo que acababa de entrar por una puerta lateral y elegía una mesa en la penumbra.

Las palmeras resguardaban la mesa, y al principio Rags sólo vislumbró tres formas confusas. Luego distinguió una cuarta figura que parecía estar situada a propósito tras las otras tres: el óvalo pálido de un rostro coronado por un tenue resplandor de pelo rubio.

—¡Mira! —exclamó John—. Ahí está Su Majestad.

La respiración de Rags pareció extinguirse en la garganta con un susurro. Apenas si veía al humorista que, en un fulgor de luz blanca en la pista de baile, acababa de hablar; apenas si oía el constante rumor de risas que llenaba el aire. Pero sus ojos continuaban inmóviles, encantados. Había visto cómo uno de los miembros del grupo se inclinaba y murmuraba algo a otro, y, tras el humilde resplandor de una cerilla, el ascua de un cigarrillo brilló en la penumbra, al fondo. Perdió la noción del tiempo. Entonces algo se interpuso ante sus ojos, algo blanco, algo terriblemente urgente, y fue como si la sacudieran, y bruscamente se encontró bajo la luz de un foco, en el centro de un reducido círculo de luz. Empezó a ser consciente de que le hablaban desde alguna parte, de que una rápida estela de risas se extendía por la terraza, pero la luz la cegaba, e instintivamente hizo ademán de levantarse de la silla.

—Quédate sentada —le cuchicheó John a través de la mesa .. Eligen a alguien cada noche para este número.

Entonces se dio cuenta: era el humorista, Sheik B. Smith. Le hablaba, le explicaba algo que parecía increíblemente gracioso a todo el mundo, pero que para sus oídos sólo era un rumor impreciso, confuso. Instintivamente había controlado la expresión de su cara al primer impacto de la luz y ahora sonreía: era una demostración de su extraordinario dominio de sí misma. Insinuaba con aquella sonrisa una enorme indiferencia, como si no tuviera conciencia de la luz ni de los esfuerzos del humorista por aprovecharse de su belleza, pero como si se riera de ese individuo, infinitamente lejano, que con el mismo éxito podría haber lanzado sus dardos a la luna. Ya no era una dama: una dama hubiera reaccionado de manera violenta, lamentable o ridícula; Rags se limitó a ser absolutamente consciente de su propia belleza impenetrable, sentada allí, resplandeciente, hasta que el cómico empezó a sentirse solo, más solo que nunca. Hizo una señal y el foco se apagó de repente. El instante había acabado.

El instante había acabado. El cómico abandonó la pista y volvió la música lejana. John se inclinó hacia ella.

—Lo siento. No se podía hacer nada. Has estado maravillosa.

Rags dio por concluido el incidente con una risa despreocupada, y de pronto se sobresaltó: ahora sólo había dos hombres sentados a la mesa del otro lado de la pista.

—¡Se ha ido! —exclamó, con repentina angustia.

—No te preocupes: volverá. Tiene que ser terriblemente precavido, ya sabes, seguramente estará esperando fuera con alguno de sus asistentes hasta que vuelvan a apagar las luces.

—¿Por qué tiene que ser precavido?

—Porque nadie sabe que está en Nueva York. Incluso utiliza los apellidos de una rama poco conocida de la familia.

Otra vez las luces se hicieron más tenues, y casi inmediatamente un hombre alto surgió de la oscuridad y se acercó a la mesa.

—¿Permiten que me presente? —se dirigió a John con un arrogante acento británico—. Lord Charles Este, del séquito del barón Marchbank.

Miró atentamente a John, como si quisiera cerciorarse de que apreciaba en su justo valor lo que significaba aquel nombre.

John asintió.

—Es confidencial, ya me entiende.

—Por supuesto.

Rags buscó a tientas su copa de champán, intacta, y la vació de un trago.

—El barón Marchbank solicita que su acompañante se sume a su séquito durante el próximo número.

Los dos hombres miraron a Rags. Hubo un instante de silencio.

—Muy bien —dijo ella, y lanzó una mirada interrogativa a John, que volvió a asentir. Se levantó y, con el corazón latiéndole con fuerza, se abrió paso entre las mesas de la sala; luego se esfumó, delgada figura trémula de oro, entre las mesas en penumbra.

#### IV.

El número se acercaba a su fin, y John Chestnut, solo en su mesa, agitaba la copa de champán en busca de nuevas burbujas. Y entonces, un segundo antes de que se encendieran las luces, se oyó un suave frufrú de ropa dorada, y Rags, ruborizada, respirando con dificultad, se sentó a su lado. Las lágrimas le brillaban en los ojos.

John la miró melancólicamente.

—Bueno, ¿qué ha dicho?

—Estaba muy callado.

—¿No ha dicho una palabra?

A Rags le temblaba la mano cuando cogió la copa de champán.

—Sólo me miraba en la oscuridad. Y ha dicho unas cuantas cosas convencionales. Era como sale en las fotos, pero parece muy aburrido y cansado. Ni siquiera me ha preguntado mi nombre.

—¿Se va de Nueva York esta noche?

—Dentro de media hora. Los está esperando un coche a la puerta, y esperan cruzar la frontera antes de que amanezca.

—¿Te ha parecido... fascinante?

Dudó unos segundos; luego, despacio, asintió con la cabeza.

—Es lo que dice todo el mundo —admitió John, taciturno—. ¿Esperan que vuelvas?

—No lo sé.

Miró indecisa a través de la pista, pero el célebre personaje había vuelto a abandonar su mesa, hacia algún refugio en el exterior. Dejó de mirar, y entonces un desconocido que llevaba un rato en la entrada principal se les acercó. Era un individuo mortalmente pálido, con un traje arrugado y poco apropiado. Apoyó una mano temblorosa en el hombro de John Chestnut.

—¡Monte! —exclamó John, y se incorporó tan bruscamente que derramó su champán—. ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—¡Han encontrado pruebas! —dijo el joven en un susurro inquietante. Miró alrededor—. Tengo que hablar contigo a solas.

John Chestnut se puso en pie de un salto, y Rags notó que tenía la cara blanca como la servilleta que llevaba en la mano. Se disculpó y se retiraron a una mesa vacía, a un metro de distancia. Rags los miró con curiosidad un instante, y luego siguió vigilando la mesa del otro lado de la pista. ¿Le habían pedido que esperara? El príncipe sólo se había levantado, había hecho una reverencia y se había ido. Quizá debería haber esperado hasta su regreso, pero, aunque seguía algo tensa por la emoción, había vuelto a ser, en gran medida, Rags Martin-Jones. Había satisfecho su

curiosidad, y no tenía ningún otro deseo. Se preguntaba si lo que ella había sentido era una verdadera atracción, y se preguntaba especialmente si el príncipe había sido sensible a su belleza.

El individuo pálido que se llamaba Monte desapareció y John volvió a la mesa. Rags se asustó al descubrir que había sufrido un cambio extraordinario. Se derrumbó en la silla como un borracho. —John! ¿Qué pasa?

En vez de responder, buscó la botella de champán, pero la mano le temblaba de tal manera que el líquido derramado formó un círculo húmedo y amarillo alrededor de la copa. —¿Estás bien?

—Rags —dijo, titubeante—, estoy completamente acabado. —¿Qué quieres decir?

. —Te digo que estoy completamente acabado —se empeñó en sonreír de un modo enfermizo—. Se ha dictado una orden de busca y captura contra mí hace una hora.

—¿Qué has hecho? —preguntó con miedo en la voz—. ¿Por qué han dictado una orden de busca y captura?

Las luces se apagaron para el siguiente número, y John se derrumbó sobre la mesa.

—¿Por qué? —insistía ella, cada vez más preocupada mientras se inclinaba hacia John, que respondió con palabras apenas inteligibles—... ¿Asesinato? —Rags sentía cómo se iba quedando helada como la nieve.

John asintió. Rags lo cogió por los brazos e intentó reanimarlo, sacudiéndolo como si fuera una chaqueta. A John los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Es verdad? ¿Tienen pruebas? Volvió a asentir con gestos de borracho. —¡Entonces tienes que salir del país inmediatamente! ¿Entiendes, John? Tienes que irte inmediatamente, antes de que vengan a buscarte —lanzó hacia la entrada una enloquecida mirada de terror—. ¡Dios mío! —exclamó—. ¿Por qué no haces algo? —miraba a todas partes con desesperación, y de repente clavó la mirada en un punto. Tomó aire, indecisa, y luego murmuró al oído de John febrilmente—: Si yo lo arreglo, ¿te irás a Canadá esta noche?

—¿Cómo?

—Yo lo arreglaré, si te tranquilizas un poco. Te lo dice Rags. De acuerdo, John? Quiero que te quedes ahí sentado y no te muevas hasta que yo vuelva.

Un minuto después cruzaba la sala al amparo de la oscuridad.

—Barón Marchbank —murmuró suavemente, de pie detrás de una silla.

El barón le indicó con la mano que se sentara.

—¿Hay sitio en su coche para dos pasajeros más?

Uno de sus hombres de confianza reaccionó inmediatamente.

—El coche de Su Señoría está lleno —dijo escuetamente.

—Es muy urgente —a Rags le temblaba la voz.

—Bueno, no sé... —dijo el príncipe, dubitativo.

Lord Charles Este miró al príncipe y negó con la cabeza.

—No lo considero prudente. Se trata, en cualquier caso, de un asunto delicado, y tenemos órdenes en sentido contrario. Estábamos de acuerdo, como sabéis perfectamente, en que evitaríamos complicaciones.

El príncipe frunció el entrecejo.

—No es ninguna complicación —objetó.

Este se dirigió a Rags sin rodeos.

—¿Por qué es urgente?

Rags titubeó.

—¿Por qué? —se ruborizó—. Es una fuga, una boda secreta.

El príncipe se echó a reír.

—¡Dios mío! —exclamó—. No hay más que decir. Este se limita a cumplir con su deber. Vaya a buscar a su amigo, deprisa. Salimos inmediatamente, ¿no es así?

Este miró su reloj.

—¡Ahora mismo!



Rags salió como un rayo. Quería que el grupo abandonara la terraza mientras las luces seguían apagadas.

—¡Deprisa! —dijo al oído de John—. Vamos a cruzar la frontera... con el príncipe de Gales. Por la mañana estarás a salvo.

John la miró con ojos deslumbrados. Rags pagó la cuenta a toda prisa y, cogiéndolo del brazo, lo guió con la mayor discreción posible a la otra mesa, donde lo presentó con pocas palabras. El príncipe reconoció su presencia con un apretón de manos. Sus hombres de confianza inclinaron la cabeza, disimulando a duras penas su disgusto.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Este, mirando con impaciencia el reloj.

Se estaban levantando, cuando, de pronto, se produjo una exclamación general: dos policías y un hombre pelirrojo, de paisano, acababan de aparecer en la puerta principal.

—Salgamos —dijo en voz baja Este, empujando al grupo hacia una salida lateral—. Parece que aquí va a haber jaleo.

Blasfemó: otros dos policías vigilaban aquella puerta. Se detuvieron indecisos. El hombre de paisano había empezado una cuidadosa inspección del público de las mesas.

Este miró severamente a Rags y luego a John, que buscaban la protección de las palmeras.

—¿Ese tipo los está buscando a ustedes? —preguntó Este.

—No —murmuró Rags—. Va a haber problemas. ¿No podemos salir por aquella puerta?

El príncipe, con creciente impaciencia, volvió a sentarse.

—Avisadme cuando estéis preparados para partir —le sonrió a Rags—: Creo que todos nos hemos metido en problemas por culpa de su cara bonita.

Entonces se encendieron todas las luces. El hombre de paisano, que no paraba de dar vueltas, saltó al centro de la pista de baile.

—¡Que nadie abandone la sala! —gritó—. ¡Que se siente aquel grupo que está detrás de las palmeras! ¿Está en la sala John M. Chestnut?

A Rags se le escapó un grito.

—Allí —ordenó el inspector al policía de uniforme que lo seguía—. Échele una ojeada a aquella alegre pandilla. ¡Manos arriba! ¡Vamos!

—¡Dios mío! —murmuró Este—. ¡Tenemos que salir de aquí! —se volvió hacia el príncipe—. Es intolerable, Ted. No es conveniente que te vean aquí. Los entretendré mientras llegas al coche.

Dio un paso hacia la puerta lateral.

—¡Manos arriba! —gritó el hombre de paisano—. Y cuando digo manos arriba, lo digo en serio. ¿Quién de ustedes es Chesnuts?

—¡Usted ha perdido la cabeza! —exclamó Este—. Somos subditos británicos. No tenemos nada que ver con este asunto.

Una mujer gritó en algún sitio, y hubo un movimiento general hacia el ascensor, un movimiento que se detuvo en seco ante las bocas de dos pistolas automáticas. Una chica se derrumbó sin sentido en la pista de baile, muy cerca de Rags, y en aquel preciso momento la música empezó a sonar en otra terraza.

—¡Que pare la música! —vociferó el hombre de paisano—• ¡Y, rápido, ponedle las esposas a toda esa pandilla!

Dos policías avanzaron hacia el grupo y, al mismo tiempo, Este y los hombres del séquito del príncipe sacaron sus revólveres, y, protegiendo al príncipe como mejor pudieron, comenzaron a abrirse paso poco a poco hacia uno de los lados de la sala. Sonó un disparo, y luego otro, seguidos por un estruendo de plata y porcelana rota: media docena de comensales habían volcado sus mesas para agazaparse rápidamente tras ellas.

Cundió el pánico. Se sucedieron tres disparos, e inmediatamente estalló una descarga cerrada. Rags vio cómo Este disparaba fríamente sobre las ocho luces amarillas del techo. Una densa humareda gris empezó a llenar el aire. Como una extraña y suave música de fondo para los disparos y los gritos, se oía el clamor incesante de la lejana orquesta de jazz.

Entonces, en un minuto, todo acabó. Un silbido agudo sonó en la terraza, y a través del humo Rags vio a John Chestnut que avanzaba hacia el hombre de paisano, con los brazos extendidos en señal de rendición. Hubo un último grito, nervioso, un estruendo escalofriante como si alguien

caminara por descuido sobre un montón de platos, y luego un pesado silencio se apoderó de la terraza, e incluso la música de la orquesta pareció desvanecerse.

—¡Todo ha terminado! —la voz de John Chestnut resonó con fuerza en el aire de la noche—. La fiesta ha terminado. ¡Todo aquel que quiera, puede irse a casa!

Continuaba el silencio. Rags pensó que era el silencio del miedo. El peso de la culpa había enloquecido a John Chestnut.

—Ha sido un gran espectáculo —gritaba—. Quiero daros las gracias a todos. Si podéis encontrar alguna mesa que siga en pie, se os servirá todo el champán que seáis capaces de beberos.

A Rags le pareció que la terraza y las altas estrellas empezaban de repente a girar y girar. Vio cómo John cogía la mano del inspector de policía y la estrechaba con fuerza, y vio cómo el inspector sonreía y se guardaba la pistola en el bolsillo. Volvía a sonar la música, y la chica que se había desmayado bailaba ahora con lord Charles Este en una esquina. John corría de un lado para otro dándole palmadas en la espalda a la gente, riendo y estrechando manos. Luego se acercó a Rags, alegre e inocente como un niño.

—¿No ha sido maravilloso? —exclamó.

Rags sintió que la abandonaban las fuerzas. Buscaba a tuestas, a su espalda, una silla.

—¿Qué ha sido todo esto? —exclamó, aturdida—. ¿Estoy soñando?

—¡Ni mucho menos! Estás completamente despierta. Lo he organizado yo, Rags, ¿no te das cuenta? ¡Me lo he inventado yo! Lo único real era mi nombre.

Rags se derrumbó sobre John, aferrándose a las solapas de su chaqueta, y se hubiera caído al suelo si John no la hubiera cogido rápidamente entre sus brazos.

—¡Champán, rápido! —pidió, y luego le gritó al príncipe de Gales, que estaba cerca—: ¡Pide mi coche! La señorita Martin-Jones se ha desmayado de la emoción.

## V.

El rascacielos se alzaba voluminosamente a lo largo de treinta pisos de ventanas antes de estrecharse en un airoso pan de azúcar de resplandeciente blancura. Luego seguía ascendiendo treinta metros más transformándose, para su última y frágil ascensión hacia el cielo, en una sencilla torre afilada. En la más alta de sus altas ventanas Rags Martin-Jones se exponía a la fuerte brisa mientras contemplaba la ciudad. —El señor Chestnut la espera en su despacho. Obedientemente, sus pequeños pies atravesaron la alfombra de una habitación fría y alta que dominaba el puerto y el ancho mar.

John Chestnut esperaba, sentado a su escritorio, y Rags se acercó a él y le echó el brazo por encima del hombros.

—¿Estás seguro de que eres real? —preguntó, anhelante—. ¿Estás completamente seguro?

—Sólo me escribiste una semana antes de llegar —protestó John humildemente—; si hubiera tenido más tiempo, habría montado una revolución.

—¿Todo aquello era sólo por mí? —preguntó Rags—. Todo aquel montaje absolutamente inútil, maravilloso, ¿fue sólo por mí?

—¿Inútil? —meditó John—. Bueno, al principio sí. A última hora invité al dueño de un gran restaurante, y mientras tú estabas en la mesa del príncipe le vendí la idea de la sala de fiestas. John miró su reloj.

—Resuelvo un último asunto... y luego tendremos el tiempo justo para casarnos antes de comer —descolgó el teléfono—. ¿Jackson? Manda un telegrama por triplicado a París, Berlín y Budapest: que localicen en la frontera polaca a los dos duques falsos que se jugaban a cara o cruz el reino de Swartzberg-Rhineminster. Ah, si no baja la cotización, rebaja el tipo de cambio al triple cero dos. Otra cosa, ese idiota de Blutchdak está otra vez en los Balcanes, intentando desencadenar una nueva guerra. Dile que tome el primer barco que salga para Nueva York o enciérralo en una cárcel griega.

Colgó y se volvió hacia la sorprendida cosmopolita con una carcajada.

—La próxima parada es en el Ayuntamiento. Luego, si quieres, nos vamos a París.

—John —preguntó Rags con interés—, ¿quién era el príncipe de Gales?

John esperó a estar en el ascensor, descendiendo veinte pisos de golpe. Entonces tocó al ascensorista en el hombro.

—No tan rápido, Cedric. La señora no está acostumbrada a descender de las alturas.

El ascensorista se volvió, sonriendo. Su cara era pálida, ovalada, enmarcada en pelo rubio. A Rags se le encendió el rostro.

—Cedric es de Wessex —explicó John—. El parecido es, sin exagerar, asombroso. Los príncipes no son precisamente discretos, y sospecho que Cedric pertenece a alguna rama morganática de la familia real.

Rags se quitó el monóculo del cuello y pasó el cordón por la cabeza de Cedric.

—Gracias —dijo Rags— por la segunda mayor emoción de mi vida.

John Chestnut empezó a frotarse las manos con ademanes de comerciante.

—Utilice nuestros servicios, señora —le suplicaba a Rags—. ¡Somos la mejor tienda de la ciudad!

—¿Qué vende usted?

—Bueno, *mademoiselle*, hoy tenemos amor, un amor maravilloso, maravilloso.

—Envuélvame, señor comerciante —exclamó Rags Martin-Jones—. Me parece una ganga.

## Lo más sensato

*Lo más sensato fue publicado en Liberty el 15 de julio de 1924 y recogido en All the Sad Young Men. Durante 1923 y 1924 Harold Ober había estado ofreciendo los cuentos de Fitzgerald a distintas revistas de gran difusión con el fin de elevar la cotización del escritor. Lo más sensato alcanzó una cotización de 1.750 dólares. Se trata de un cuento extraordinariamente logrado perteneciente al grupo de Gatsby; su tema es el amor y su pérdida. George O'Kelly recupera a su amada; pero el relato termina con la aceptación de que el amor es irrepetible, a diferencia de la creencia de Jay Gatsby de que podría repetir el pasado. (Los personajes masculinos de Fitzgerald son más fieles que los objetos de su devoción.) Como en muchos cuentos de Fitzgerald —Sueños de invierno, por ejemplo—, en Lo más sensato sucede un rápido cambio de fortuna que refleja las experiencias de Fitzgerald entre 1919 y 1920, cuando consiguió sus primeros éxitos y reconquistó a Zelda.*

### I.

A la hora de la comida, Hora Fundamental en Estados Unidos, el joven George O'Kelly ordenó su escritorio pausadamente y con fingido aire de interés. Nadie en la oficina debía notar que tenía prisa, porque el éxito es cuestión de atmósfera y no conviene airear que tienes la cabeza a mil kilómetros de tu trabajo.

Pero, en cuanto salió del edificio, apretó los dientes y echó a correr, lanzando una mirada, de vez en cuando y el alegre mediodía que anunciaba ya la primavera en Times Square, suspendido a menos de tres metros por encima de la multitud. La multitud alzaba un poco la vista y respiraba profundamente el aire de marzo, y el sol los deslumbraba, así que apenas si podían verse unos a otros: sólo veían su reflejo en el cielo.

George O'Kelly, con la imaginación a más de mil kilómetros de distancia, pensó que era horrible cuanto había bajo el sol. Se precipitó hacia el metro, y durante noventa y cinco calles mantuvo la mirada perdida en un cartel publicitario que mostraba con la mayor crudeza que sólo existía una posibilidad entre cinco de que conservara la dentadura diez años. En la calle 137 interrumpió su estudio del arte publicitario, salió del metro y echó a correr de nuevo. Empezó una carrera incansable, angustiada, que lo condujo esta vez a su casa: una única habitación en un alto y horrible edificio de apartamentos en el centro de la nada.

Allí estaba, sobre el escritorio, la carta, escrita con tinta sagrada sobre papel bendito: en toda la ciudad, la gente, de haber prestado atención, hubiera podido oír los latidos del corazón de George O'Kelly. Leyó las comas, los borrones y la huella sucia de un dedo en el margen: entonces se arrojó desesperado sobre la cama.

Estaba en un aprieto, uno de esos terroríficos problemas que son acontecimientos normales en la vida de los pobres, que siguen a la pobreza como aves de rapiña. Los pobres salen a flote o se hunden, acaban mal o incluso se las apañan como pueden, siempre a la manera de los pobres, pero George O'Kelly tenía tan poca experiencia en la pobreza que si alguien le hubiera dicho que su caso no era único, se hubiera quedado estupefacto.

Hacía menos de dos años que había terminado sus estudios con las máximas calificaciones en el Instituto de Tecnología de Massachusetts y había encontrado empleo en una empresa del ramo de la construcción del sur de Tennessee. Durante toda su vida había pensado en términos de túneles, rascacielos, grandes diques y altos puentes de tres torres como una fila de bailarinas cogidas de la mano, con las faldas de cable de acero y la cabeza tan alta como una ciudad. A George O'Kelly le parecía romántico cambiar el curso de los ríos y la forma de las montañas para que la vida floreciera en las malas tierras del mundo donde jamás había arraigado nada. Amaba el acero, y soñaba con el acero acero fundido, acero en lingotes, y en bloques, y en vigas, y en informes masas plásticas,

esperándolo, como si fuera óleo y lienzo para la mano de un pintor: acero inagotable, para que el fuego de su imaginación lo convirtiera en austera belleza.

Ahora trabajaba como empleado en una agencia de seguros, por cuarenta dólares a la semana, y sus sueños iban quedando vertiginosamente atrás. La chica morena que lo había metido en aquel aprieto, aquel terrible e intolerable aprieto, esperaba en una ciudad de Tennessee a que George O'Kelly la llamara a su lado.

Un cuarto de hora más tarde, la mujer que le había realquilado la habitación llamó a la puerta y le preguntó con desesperante cortesía si, ya que estaba en casa, comería alguna cosa. George O'Kelly negó con la cabeza, pero aquella interrupción lo espabiló, y, levantándose de la cama, redactó un telegrama: «Carta deprimente. Has perdido los nervios. Estás loca y trastornada al pensar en romper sólo porque no me puedo casar inmediatamente. Seguro que podremos arreglarlo todo...».

Titubeó un minuto, un minuto de desesperación, y luego añadió con una letra que nadie reconocería como suya: «En cualquier caso llegaré mañana a las seis».

Cuando acabó, salió corriendo del apartamento, hacia la oficina de telégrafos que había junto a la parada del metro. Sólo tenía cien dólares, pero la carta decía que ella estaba «nerviosa» y no le quedaba por tanto otra elección. Sabía lo que significaba «nerviosa»: que estaba deprimida, que la perspectiva de casarse para llevar una vida de pobreza y lucha sometía a su amor a una presión demasiado fuerte.

George O'Kelly llegó a la agencia de seguros corriendo como siempre: correr sin parar se había convertido en su segunda naturaleza, y parecía la mejor expresión de la tensión bajo la que vivía. Fue directamente al despacho del director.

—Quisiera hablar con usted, señor Chambers —anunció sin aliento.

—¿Sí? —dos ojos, dos ojos como dos ventanas en invierno, lo miraron sin piedad, indiferentes.

—Necesito cuatro días de permiso.

—¿Cómo! ¡Pidió permiso hace dos semanas! —dijo el señor Chambers, sorprendido.

—Es verdad —admitió el joven, desencajado—, pero necesito otro.

—¿Adonde fue la otra vez? ¿A su casa?

—No, fui a... a una ciudad de Tennessee.

—Bueno, ¿adonde necesita ir ahora?

—Necesito ir a... a una ciudad de Tennessee.

—Por lo menos, es usted consecuente —dijo el director, muy seco—. Pero no sabía que lo hubiéramos contratado como viajante.

—No, no —exclamó George con desesperación—, pero tengo que ir.

—Estupendo —asintió el señor Chambers—, pero no vuelva. ¡No se le ocurra volver!

—No volveré.

Y con no menos sorpresa para él mismo que para el propio señor Chambers, George enrojeció de alegría. Se sentía feliz, exultante: por primera vez en seis meses era completamente libre. Lágrimas de agradecimiento le vinieron a los ojos, y le estrechó la mano al señor Chambers calurosamente.

—Muchas gracias —dijo en un arrebatado de emoción—. No pienso volver. Creo que hubiera perdido la cabeza si llega a decirme que podía volver. ¿Sabe? No tenía valor para despedirme yo, así que le agradezco que me haya despedido.

Saludó con la mano, magnánimo, y gritó:

—¡Me debe el salario de tres días, pero puede quedárselo!

Salió corriendo del despacho. El señor Chambers llamó a su secretaria y le preguntó si O'Kelly había mostrado signos de locura en los últimos tiempos. Había despedido a mucha gente a lo largo de su vida profesional, y se lo habían tomado de mil formas distintas, pero aquella era la primera vez que le daban las gracias.

Se llamaba Jonquil Cary, y George O'Kelly jamás había visto nada tan fresco y pálido como su cara cuando lo vio y corrió a su encuentro, ilusionada, en el andén de la estación. Ya había tendido los brazos hacia George, había entreabierto la boca para el beso, cuando de repente lo detuvo con apenas un gesto y, un poco turbada, volvió la cabeza. Dos chicos, algo más jóvenes que George, se mantenían en segundo plano.

—El señor Craddock y el señor Holt —anunció alegremente—. Ya los conociste cuando estuviste aquí.

Preocupado por la manera en que el beso se había convertido en una presentación, y con la sospecha de que aquello tuviera algún significado oculto, George se sintió aún más confundido cuando se dio cuenta de que el coche que los iba a llevar a casa de Jonquil pertenecía a uno de los dos jóvenes: le pareció que aquel detalle lo ponía en desventaja. Durante el trayecto Jonquil animó la conversación entre los asientos delantero y trasero, y cuando George, al amparo del crepúsculo, intentó pasarle el brazo por los hombros, lo obligó con un rápido movimiento a que se contentara con cogerle la mano.

—¿Por aquí se va a tu casa? —murmuró George—. No reconozco la calle.

—Es la avenida nueva. Jerry estrena coche y quería probarlo conmigo antes de llevarnos a casa.

Cuando, veinte minutos después, se apearon en casa de Jonquil, George sintió que la intrusión del paseo en coche había disipado la primera felicidad del encuentro, la alegría, que con tanta seguridad había reconocido en los ojos de Jonquil en la estación. Algo en lo que había pensado con verdadera ilusión se había perdido casi con indiferencia, y a esto le daba vueltas melancólicamente cuando se despidió con frialdad de los dos jóvenes. Luego su mal humor se fue desvaneciendo mientras Jonquil lo abrazaba como siempre en el recibidor a media luz y le decía de diez maneras distintas, y la mejor era sin palabras, cuánto lo había echado de menos. La emoción de Jonquil le devolvió la seguridad: le prometía al corazón angustiado que todo iría bien.

Se sentaron juntos en el sofá, rendidos los dos ante la presencia del otro, lejos de todo, menos de su ternura vacilante. A la hora de la cena aparecieron los padres de Jonquil: se alegraban de ver a George. Lo querían y habían seguido con interés su carrera de ingeniero cuando llegó a Tennessee hacía más de un año. Habían sentido mucho que renunciara a su carrera y se fuera a Nueva York en busca de otro trabajo más provechoso a corto plazo; pero, aunque lamentaban que hubiera abandonado su carrera, lo comprendían y estaban dispuestos a aceptar el compromiso con su hija. Durante la cena le preguntaron cómo le iban las cosas en Nueva York.

—Muy bien —dijo con entusiasmo—. Me han ascendido. Gano más.

Se sintió despreciable al pronunciar aquellas palabras, pero los veía tan contentos...

—Seguro que te aprecian —dijo la señora Cary—, seguro, o no te hubieran dado dos permisos en tres semanas.

—Les he dicho que tenían que darme permiso —se apresuró a explicar George—. Les he dicho que, si no me lo daban, no volvería a trabajar para ellos.

—Pero deberías ahorrar —le regañó cariñosamente la señora Cary—, y no gastarte todo el dinero en estos viajes tan caros.

Acabó la cena. Jonquil y George estaban otra vez solos, abrazándose.

—Qué contenta estoy de que hayas venido —suspiró Jonquil—. Me gustaría que no te fueras nunca, cariño.

—¿Me has echado de menos?

—Mucho, mucho.

—¿Vienen a verte otros a menudo, como esos dos chicos?

La pregunta la sorprendió. Los ojos negros, aterciopelados, lo miraban fijamente.

—Pues claro que vienen. Todos los días. Te lo he contado en las cartas, cariño.

Era verdad. Cuando se fue a Nueva York ya la rondaban una docena de chicos que respondían a su fragilidad singular con adoración de adolescentes, pero sólo unos pocos se daban cuenta de que sus hermosos ojos eran también comprensivos y bondadosos.

—¿Qué quieres? ¿Que no salga? —preguntó Jonquil, retrepándose en los cojines del sofá hasta que pareció que lo miraba a muchos kilómetros de distancia—. ¿Que me quede sentada aquí, cruzada de brazos, para siempre?

—¿Qué quieres decir? —estalló George, presa del pánico—. ¿Qué nunca tendré bastante dinero para casarme contigo?

—No saques conclusiones apresuradas, George.

—No estoy sacando conclusiones. Es lo que tú has dicho.

Entonces George se dio cuenta de que estaba pisando terreno peligroso. No deseaba que la noche se estropeará. Intentó volver a abrazarla, pero Jonquil se resistió inesperadamente, diciendo:

—Hace calor. Voy a poner el ventilador.

Puso el ventilador, y volvieron a sentarse juntos, pero George estaba muy susceptible y, sin querer, se adentró en el terreno que había querido evitar.

—¿Cuándo vas a casarte conmigo?

—¿Puedes casarte conmigo?

Entonces perdió los nervios y se levantó de un salto.

—Apaga ese maldito ventilador —gritó—. Va a volverme loco. Es como el tictac de un reloj que no para de sonar todo el tiempo que estoy contigo. He venido para ser feliz y olvidarme de Nueva York y del tiempo.

Volvió a sentarse en el sofá tan repentinamente como se había levantado. Jonquil apagó el ventilador y, apoyando la cabeza de George en su regazo, empezó a acariciarle el pelo.

—Quedémonos así —dijo con ternura—, así, callados; yo te dormiré. Estás muy cansado, y nervioso, y tu amor te va a cuidar.

—Pero yo no quiero quedarme así —protestó George, levantándose de repente—. No quiero quedarme así, de ninguna manera. Quiero besarte. Eso es lo único que me descansa. Y no estoy nervioso... Tú eres la que está nerviosa. Yo no estoy nervioso, en absoluto.

Para demostrar que no estaba nervioso, se levantó del sofá y se dejó caer pesadamente en una silla en la otra punta de la habitación.

—Precisamente cuando puedo casarme contigo, me escribes cartas nerviosísimas, como si tú ya no quisieras casarte, y tengo que venir corriendo...

—No tienes que venir si no quieres.

—¡Pero yo quiero! —insistió George.

Le parecía que estaba comportándose de una manera perfectamente fría y razonable, y que era ella la que lo empujaba deliberadamente a la discusión. Cada palabra los separaba más y más, pero era incapaz de detenerse, incapaz de que la preocupación y el sufrimiento no se transparentaran en su voz.

Y, un minuto después, Jonquil empezó a llorar con verdadera pena, y George volvió al sofá y la abrazó. Ahora tenía que consolarla, la hacía apoyar la cabeza en su hombro, susurrándole palabras repetidas muchas veces, hasta que se tranquilizó y sólo temblaba de vez en cuando, y se estremecía, en sus brazos. Una hora permanecieron así, mientras los pianos del atardecer derramaban en la calle sus últimos compases. George no se movía, ni pensaba, ni esperaba nada, adormecido e insensibilizado por el presentimiento del desastre. El tictac del reloj continuaría sonando hasta después de las once, hasta después de las doce y entonces la señora Cary les avisaría cariñosamente desde la baranda de la escalera; fuera de eso, sólo veía el mañana y la desesperación.

### III.

La ruptura tuvo lugar a la hora más calurosa del día siguiente. Los dos habían adivinado toda la verdad sobre el otro, pero, de los dos, Jonquil era la más decidida a reconocer la situación.

—Es inútil seguir —dijo, abatida—, sabes que detestas la compañía de seguros y que nunca llegarás a nada.

—No es eso —insistió George, tercamente—; no soporto seguir solo. Si te casaras conmigo, y te vinieras conmigo, y te arriesgaras conmigo, podría salir adelante en lo que fuera, pero no puedo si tengo que preocuparme de lo que tú estarás haciendo aquí.

Jonquil guardó un largo silencio antes de contestar; no estaba pensando —porque ya conocía la conclusión—, sólo esperaba. Sabía que cada palabra sería más cruel que la anterior. Habló por fin:

—George, te quiero con toda mi alma y no me imagino queriendo a otro. Si hace dos meses hubieras estado dispuesto, me hubiera casado contigo. Ahora no puedo, porque no me parece lo más sensato.

George hizo acusaciones disparatadas: había otro, le estaba ocultando algo.

—No, no hay otro.

Era verdad. Pero, como reacción a las tensiones de su relación con George, había encontrado alivio en la compañía de jóvenes como Jerry Holt, que tenía la ventaja de que no significaba absolutamente nada en su vida.

George no supo afrontar la situación. La abrazó e intentó, literalmente a fuerza de besos, convencerla de que se casaran inmediatamente. Cuando fracasó en su intento, se enfrascó en un largo monólogo que rebosaba lástima de sí mismo y sólo acabó cuando se dio cuenta de que se estaba mostrando despreciable a los ojos de Jonquil. Amenazó con irse, aunque no tenía ninguna intención de hacerlo, y se negó a irse cuando Jonquil le dijo que, dadas las circunstancias, era mejor que se fuera.

Al principio estaba dolida, luego sólo trataba de ser amable. —Es mejor que te vayas —gritó por fin, tan alto que la señora Cary bajó las escaleras asustada. —¿Ha pasado algo?

—Me voy, señora Cary —dijo George, con palabras entrecortadas. Jonquil había salido de la habitación.

—No te lo tomes así, George —la señora Cary le hacía un gesto de inútil solidaridad: lamentaba lo ocurrido y, a la vez, se alegraba de que aquella pequeña tragedia casi hubiera terminado—. Si yo fuera tú, iría a pasar una semana con mi madre. Quizá, después de todo, sea lo más sensato.

—Por favor, ¡calle! —gritó—. ¡No me diga nada!

Jonquil entró de nuevo en la habitación: había escondido el dolor y el nerviosismo bajo pintura de labios, maquillaje y un sombrero.

—He llamado a un taxi —dijo con voz impersonal—. Podemos dar un paseo hasta que salga el tren.

Y ya estaba Jonquil en el porche. George se puso el abrigo y el sombrero y permaneció un instante, como si estuviera muy cansado, en el recibidor: apenas había comido un bocado desde que salió de Nueva York. La señora Cary se acercó, lo obligó a bajar la cabeza y lo besó en la mejilla, y George se sintió absolutamente ridículo y poco convincente porque sabía que la escena había sido ridícula y poco convincente. Si se hubiera ido la noche antes, se hubiera despedido por última vez con un mínimo de orgullo.

El taxi había llegado, y durante una hora aquellos dos que habían sido novios atravesaron las calles menos frecuentadas. George le había cogido la mano a Jonquil y, a la luz del sol, se tranquilizó un poco. Se daba cuenta demasiado tarde de que no había nada más que decir o hacer.

—Volveré —dijo.

—Sé que volverás —contestó Jonquil, esforzándose para que su voz sonara confiada y alegre—. Y nos escribiremos de vez en cuando.

—No. No nos escribiremos. No lo soportaría. Algún día volveré.

—Nunca te olvidaré, George.

Llegaron a la estación, y Jonquil lo acompañó a comprar el billete.

—¡Mira! ¡George O'Kelly y Jonquil Cary!

Era una pareja a la que George había conocido cuando trabajaba en la ciudad, y Jonquil pareció recibir su presencia con alivio. Durante cinco interminables minutos estuvieron charlando; luego el tren empezó a rugir en la estación y, con cara de sufrimiento mal disimulado, George le tendió los brazos a Jonquil. Ella dio un paso indeciso hacia él, dudó y le estrechó rápidamente la mano, como si se despidiera de un amigo ocasional.

—Adiós, George —le decía—. Que tengas buen viaje.

—Adiós, George. Nos veremos de nuevo cuando regreses.



Mudo, casi cegado por el dolor, cogió la maleta y, aturdido, consiguió subir al tren.

Cruzaron traqueteantes pasos a nivel, ganando velocidad a través de interminables zonas suburbanas, hacia el ocaso. Quizá también ella mirara el ocaso, quizá se hubiera detenido un momento, recordando, antes de que él, con la noche y el sueño, se desvaneciera en el pasado. La oscuridad de aquella noche había cubierto para siempre el sol, los árboles, las flores y las risas de la juventud.

#### IV.

Una tarde húmeda de septiembre, un año después, se apeó del tren en una ciudad de Tennessee un joven con el rostro tan quemado por el sol que parecía tener un brillo de cobre. Miró alrededor con impaciencia y pareció aliviado cuando comprobó que nadie lo esperaba. Un taxi lo llevó al mejor hotel de la ciudad, donde, con cierta satisfacción, se presentó como George O'Kelly, de Cuzco, Perú.

En su habitación se sentó unos minutos a mirar por la ventana aquellas calles familiares. Luego, con un leve temblor en la mano, descolgó el teléfono y pidió a la telefonista que lo pusiera con un número de la ciudad.

—¿Está la señorita Jonquil?

—Soy yo.

—Ah... —la voz estuvo a punto de quebrársele, pero superó aquel brevísimo instante y continuó con amigable formalidad—. Soy George O'Kelly. ¿Has recibido mi carta?

—Sí. Creía que llegabas hoy.

Su voz, fría e impasible, lo turbó, pero no tanto como esperaba. Era la voz de una extraña, indiferente, que amablemente se alegraba de oírlo: nada más. Le hubiera gustado colgar el teléfono y recuperar el aliento.

—No te veo desde hace... mucho tiempo —consiguió que la frase pareciera improvisada—. Más de un año.

Sabía exactamente desde cuándo: había contado los días.

—Me encantará volver a charlar contigo.

—Estaré allí dentro de una hora.

Colgó. Durante cuatro largas estaciones, la esperanza de llegar a aquel momento había colmado cada una de sus horas de descanso, y por fin el momento había llegado. Había pensado que la encontraría casada, prometida, enamorada: pero jamás había pensado que su regreso pudiera dejarla indiferente.

Sabía que no volvería a vivir diez meses como los que acababa de dejar atrás. Había obtenido un reconocido éxito, más notable por ser un ingeniero joven: se le habían presentado dos oportunidades excepcionales, una en Perú, de donde acababa de regresar, y otra, consecuencia de la primera, en Nueva York, adonde se dirigía. En aquel breve espacio de tiempo había pasado de la pobreza a una posición que le ofrecía posibilidades ilimitadas.

Se miró en el espejo del lavabo. Estaba casi negro, muy bronceado, pero era un bronceado romántico que, según había descubierto en los últimos días, cuando había tenido tiempo para pensar en cosas así, le gustaba. También apreció con una especie de fascinación la fortaleza de su cuerpo. Había perdido en algún sitio parte de una ceja, y todavía llevaba una venda elástica en la rodilla, pero era demasiado joven para no haberse dado cuenta de cómo muchas mujeres lo miraban en el barco con admiración e inusitado interés.

El traje, por supuesto, era horrible. Se lo había hecho en dos días un sastre griego de Lima. Era también lo bastante joven para haberle explicado a Jonquil este problema de vestuario en una nota, por otra parte, lacónica. El único detalle que añadía era el ruego de que no se le ocurriera ir a esperarlo a la estación.

George O'Kelly, de Cuzco, Perú, esperó en el hotel una hora y media, hasta que el sol recorrió en el cielo, para ser exactos, la mitad de su camino. Entonces, recién afeitado, después de que los polvos de talco le dieran un color de piel más caucásico, porque en el último instante la vanidad se había impuesto sobre el romanticismo, llamó a un taxi y se dirigió a la casa que conocía tan bien.

Le costaba respirar, y se dio cuenta, pero se dijo que era nerviosismo, no emoción. Había vuelto; ella no se había casado: con esto le bastaba. Ni siquiera estaba seguro de lo que iba a decirle. Pero tenía la sensación de que éste era el momento más imprescindible de su vida. A fin de cuentas, no existía el triunfo sin una mujer, y, si no ponía sus tesoros a los pies de Jonquil, podría al menos ponerlos ante sus ojos un instante fugaz.

La casa apareció de repente, y lo primero que pensó fue que se había vuelto extrañamente irreal. Nada había cambiado, pero había cambiado todo. Era más pequeña y parecía más pobre y descuidada que antes: ninguna nube mágica flotaba sobre el tejado ni salía de las ventanas del último piso. Tocó al timbre y abrió una criada negra que no conocía. La señorita Jonquil bajaría enseguida. Se humedeció los labios, nervioso, y paseó por el cuarto de estar, y la sensación de irrealidad aumentó. Sólo era, a pesar de todo, una habitación, y no la cámara encantada donde había pasado horas conmovedoras. Se sentó en una silla, asombrado de que sólo fuera una silla: se daba cuenta de que su imaginación había distorsionado y coloreado aquellos sencillos objetos familiares.

Entonces se abrió la puerta y entró Jonquil: fue como si todo se nublara de repente ante sus ojos. No recordaba lo hermosa que era, y sentía cómo se le iba el color y la voz le fallaba y se convertía en un pobre suspiro.

Llevaba un vestido verde pálido, y un lazo dorado le recogía como una corona el pelo negro y liso. Los ojos aterciopelados, que conocía tan bien, se clavaron en sus ojos cuando cruzó la puerta, y lo traspasó un estremecimiento de miedo ante el poder de infligir dolor que tenía su belleza.

George dijo «Hola», y se acercaron unos pasos y se estrecharon la mano. Luego se sentaron, muy separados, y se miraron a través de la habitación.

—Has vuelto —dijo ella.

Y George contestó una trivialidad:

—Pasaba por aquí y se me ha ocurrido parar un momento a verte.

Intentó neutralizar el temblor de la voz, mirando a cualquier parte que no fuera la cara de Jonquil. Era suya la responsabilidad de mantener la conversación, pero, a no ser que empezara a vanagloriarse de sus éxitos, parecía que no había nada que decir. Su antigua relación nunca había caído en la banalidad, y parecía imposible que dos personas en su situación hablaran del tiempo.

—Es ridículo —estalló de repente George, desconcertado—. No sé qué hacer. ¿Te molesta que haya venido?

—No —la respuesta era reticente y, a la vez, impersonalmente triste. Lo desanimaba.

—¿Tienes novio?

—No.

—¿Estás enamorada?

Negó con la cabeza.

—Ah —se retrepó en la silla.

Ya habían agotado otro tema de conversación: la entrevista no seguía el curso que había previsto.

—Jonquil —comenzó, ahora en un tono más suave—, después de todo lo que nos ha pasado, quería volver y verte. Haga lo que haga en el futuro, nunca querré a nadie como te he querido a ti.

Era una de las frases que llevaba preparadas. En el barco le había parecido que la frase tenía el tono adecuado: una alusión a la ternura que siempre había sentido por ella, combinada con una muestra poco comprometora de su actual estado de ánimo. En aquella habitación, con el pasado a su alrededor, cerca, el pasado que cada vez pesaba más en la atmósfera, la frase le pareció teatral y rancia.

Jonquil no contestó, inmóvil en su silla, mirándolo con una expresión que podía significar todo o nada.

—Ya no me quieres, ¿verdad? —preguntó George, con voz segura.

—No.

Cuando un minuto después entró la señora Cary y comentó su éxito —el periódico local había publicado media columna al respecto—, George experimentó una mezcla de emociones: ya sabía

que aún deseaba a aquella chica, y también sabía que algunas veces el pa sado vuelve. Eso era todo. Por lo demás, debía ser fuerte y estar en guardia, a la expectativa.

—Y ahora —decía la señora Cary— me gustaría que fuerais a visitar a la señora de los crisantemos. Me ha dicho que quiere conocerte porque ha leído lo que publica el periódico sobre ti.

Fueron a ver a la señora de los crisantemos. Iban andando por la calle, y George recordó con una especie de emoción que los pasos de Jonquil, más cortos, se cruzaban siempre con los suyos. La señora se desvivió por ser amable y los crisantemos eran enormes y extraordinariamente hermosos. Los jardines de la señora estaban llenos de crisantemos, blancos, rosa y amarillos: estar entre aquellas flores era como haber vuelto al corazón del verano. Había dos jardines llenos, separados por una verja. Y la señora fue la primera en atravesarla cuando entraban en el segundo jardín.

Entonces sucedió algo raro. George se apartó para que Jonquil pasara, pero Jonquil, en vez de entrar, se quedó inmóvil, mirándolo fijamente: no fue tanto la expresión, que no era una sonrisa, como el instante de silencio. Se vieron en los ojos del otro, y aspiraron una breve y apresurada bocanada de aire, y entraron en el segundo jardín, y nada más.

La tarde declinó. Le dieron las gracias a la señora y volvieron a casa despacio, pensativos, juntos. También durante la cena permanecieron en silencio. George le contó al señor Cary algo de lo ocurrido en América del Sur y se las arregló para dejar claro que en el futuro todo le seguiría yendo viento en popa.

Entonces terminó la cena, y Jonquil y George se quedaron solos en la habitación donde su amor había empezado y había acabado. A George le parecía que todo había sucedido hacía mucho tiempo, que todo era indeciblemente triste. Nunca se había sentido tan débil, tan cansado, tan infeliz, tan pobre. Porque sabía que aquel chico de hacía quince meses tenía algo, confianza, afecto, que se había ido para siempre. Lo más sensato: habían hecho lo más sensato. Había canjeado su primera juventud por fortaleza, y la desesperación había sido el material con que había construido su éxito. Y con la juventud la vida se había llevado la frescura de su amor.

—No quieres casarte conmigo, ¿verdad? —dijo, tranquilo.

Jonquil negó con la cabeza.

—No pienso casarme —contestó.

George asintió.

—Mañana por la mañana me voy a Washington —dijo.

—Ah...

—Me tengo que ir. Tengo que estar en Nueva York a primeros de mes y quiero pasar por Washington.

—¡Negocios!

—No —dijo, como sin ganas—. Me gustaría ver a alguien que se portó bien conmigo cuando yo estaba tan... tan hundido.

Se lo estaba inventando. No tenía que ver a nadie en Washington, pero observaba a Jonquil con toda la atención de que era capaz, y estaba seguro de que se había estremecido, había cerrado los ojos y los había vuelto a abrir desmesuradamente.

—Pero me gustaría antes de irme, contarte todo lo que ha pasado desde que te vi por última vez, y, como quizá no volvamos a vernos, me pregunto si... si no te gustaría sentarte en mi regazo como hacíamos entonces. No te lo pediría si no estuviéramos solos, pero, bueno... Quizá sea una tontería.

Jonquil asintió y se sentó en su regazo como tantas veces en aquella primavera perdida. La sensación de su cabeza en el hombro, de su cuerpo bien conocido, lo emocionó. Los brazos querían estrecharla, y George se retrepó en la silla y, meditabundo, empezó a hablarle al aire.

Le contaba las dos semanas de desesperación en Nueva York, que acabaron con un interesante, aunque poco lucrativo, trabajo en una obra de Jersey City. Cuando se le presentó la oportunidad de trabajar en Perú, no parecía nada extraordinario: era un puesto de tercer ayudante del ingeniero de la expedición. Pero sólo diez estadounidenses, entre ellos ocho topógrafos, habían llegado a Cuzco. Diez días más tarde el jefe de la expedición moría de fiebre amarilla. Y así se le había presentado su oportunidad, una oportunidad que incluso un tonto hubiera aprovechado, una oportunidad maravillosa.

—¿Un tonto? —lo interrumpió Jonquil inocentemente.

—Incluso un tonto —continuó—. Era maravilloso. Entonces mandé un telegrama a Nueva York...

—Y entonces... —volvió a interrumpirlo—, ¿te contestaron que podías aprovechar la oportunidad?

—¿Que podía? —exclamó, apoyándose en el respaldo de la silla—. ¡Que tenía que hacerlo! No había tiempo...

—¿Ni siquiera un minuto?

—Ni un minuto.

—Ni siquiera un minuto para... —calló.

—¿Para qué?

—Mira.

George inclinó la cabeza de repente, y en el mismo instante Jonquil se le acercó, los labios entreabiertos como una flor.

—Sí —le susurraba George en la boca—. Todo el tiempo del mundo...

Todo el tiempo del mundo: la vida de él y la vida de ella Pero, por un momento, mientras la besaba, comprendió que, aunque buscara durante toda la eternidad, nunca encontraría aquel abril perdido. Podía abrazarla hasta que le dolieran los músculos: Jonquil era algo extraño, deseable, por lo que había luchado, que le había pertenecido, pero nunca volvería a ser un susurro intangible en la oscuridad, en la brisa nocturna...

«Bueno, se acabó», pensaba. «Se acabó abril, se acabó. Existen en el mundo amores de todas las clases, pero nunca el mismo amor dos veces».

## Amor en la noche

*Amor en la noche* apareció en el *Saturday Evening Post* el 14 de marzo de 1925. Escrito en la Riviera en noviembre de 1924, después de entregar *El gran Gatsby* a Scribner, es el primer cuento de Fitzgerald cuya acción transcurre en el extranjero. *Amor en la noche* es el primero de un grupo de relatos en los que Fitzgerald compara Estados Unidos y Europa. Parte del material que se refiere a la Riviera en este cuento —por ejemplo, la evocación de la colonia rusa prerrevolucionaria— sería recuperado en *Suave es la noche*.

I.

Aquellas palabras conmovieron a Val. Le habían venido a la cabeza de pronto, aquella tarde de abril fresca y dorada, y se las repetía una y otra vez: «Amor en la noche; amor en la noche». Las pronunció en tres idiomas —ruso, francés e inglés—, y decidió que sonaban mejor en inglés. En cada idioma significaban un tipo diferente de amor y un tipo diferente de noche: la noche inglesa parecía la más cálida y suave, con la lluvia de estrellas más diáfana y cristalina. El amor inglés parecía el más frágil y romántico: un vestido blanco y una cara en penumbra y unos ojos que eran remansos de luz. Y, si añado que en realidad Val pensaba en una noche francesa, comprendo que debo retroceder y empezar desde el principio.

Val era mitad ruso y mitad norteamericano. Su madre era hija de aquel Morris Hasyilton que fue uno de los patrocinadores de la Feria Internacional de Chicago de 1892, y su padre —véase el Almanaque de Gotha, edición de 1910— era el príncipe Pablo Sergio Boris Rostoff, hijo del príncipe Vladimir Rostoff, nieto de un gran duque —conocido como Sergio el Charlatán—, y primo tercero y distanciado del zar. Era, como se ve, impresionante: casa en San Petersburgo, un pabellón de caza cerca de Riga, y una lujosísima villa, más bien un palacio, con vistas al Mediterráneo. En aquella villa de Cannes pasaban el invierno los Rostoff, y lo último que se le podía recordar a la princesa Rostoff era que aquella villa de la Riviera, desde la fuente de mármol —estilo Bernini— hasta las doradas copas de licor —estilo sobremesa—, había sido pagada con oro americano.

Los rusos, por supuesto, vivían alegres en Europa en los días festivos de antes de la guerra. De las tres razas que usaban el mediodía francés como parque de atracciones eran, con mucho, los más distinguidos. Los ingleses eran demasiado pragmáticos, y los americanos, aunque gastaran con generosidad, no tenían una tradición de comportamiento romántico. Pero los rusos... Eran tan galantes como los latinos y además eran ricos. Cuando los Rostoff llegaban a Cannes a finales de enero, los dueños de restaurantes telegrafaban al norte para que pegaran en las botellas de champán las etiquetas de las marcas favoritas del príncipe, y los joyeros apartaban las piezas más increíbles y maravillosas para mostrárselas al príncipe —pero no a la princesa—, y barrían y adornaban la iglesia rusa por si al príncipe se le ocurría pedir ortodoxamente perdón por sus pecados. Y hasta el Mediterráneo tomaba en su honor un intenso color de vino en las tardes de primavera, y los barcos de pesca, con las velas hinchadas como el pecho de un petirrojo holgazaneaban primorosamente a poca distancia de la costa.

El joven Val se daba cuenta vagamente de que todo aquello se organizaba en beneficio suyo y de su familia. Aquella ciudad pequeña y blanca, a orillas del mar, era un privilegio y un paraíso donde tenía libertad para hacer lo que quisiera porque era rico y joven y la sangre de Pedro el Grande corría azul por sus venas. Sólo tenía diecisiete años en 1914, cuando comienza esta historia, aunque ya se había batido en duelo con un joven cuatro años mayor que él, y, como prueba, tenía una pequeña cicatriz sin pelo en su preciosa coronilla.

Pero el asunto del amor en la noche era lo que más le llegaba al corazón. Era un sueño vago y agradable, algo que le sucedería alguna vez, único e incomparable. Lo único que podía decir sobre aquel asunto era que aparecería una chica maravillosa y desconocida y que tendría lugar bajo la luna de la Riviera.

Lo raro no fue que abrigara aquella esperanza amorosa, desbordante y a la vez casi espiritual, pues todos los chicos con algo de imaginación abrigan esperanzas semejantes: lo raro fue que se cumpliera. Y, cuando aquello sucedió, sucedió de improviso: fue tal la confusión de sensaciones y emociones, de frases sorprendentes que acudían a sus labios, de visiones y ruidos, de momentos que llegaban, y se perdían, y ya eran pasado, que apenas enendió nada. Y quizá la misma inmaterialidad de aquellos instantes los grabó para siempre en su corazón y su memoria.

Aquella primavera el amor estaba en el aire, a su alrededor: los amoríos de su padre, por ejemplo, que eran muchos e indiscretos, y de los que Val se fue enterando poco a poco por los chismorreos de los criados, y definitivamente cuando una tarde descubrió a su madre, la americana, tronando históricamente contra el retrato de su padre que presidía el salón. En el cuadro su padre vestía uniforme blanco con dolmán de piel y miraba impasible a su mujer como si dijera: «¿Creías, querida, que te habías casado para formar parte de una familia de clérigos?»

Val se alejó de puntillas, sorprendido, confuso y turbado. No se escandalizó, como se hubiera escandalizado un chico norteamericano de su edad. Sabía, desde hacía años, cómo era la vida de los europeos ricos, y lo único que le censuraba a su padre era que hiciera llorar a su madre.

El amor lo envolvía: el amor sin tacha y el amor ilícito. Deambulando por el paseo marítimo, a las nueve de la noche, cuando brillaban tanto las estrellas que rivalizaban con las farolas eléctricas, adivinaba el amor en todas partes. De las terrazas de los cafés, animadas por los vestidos a la última moda de París, llegaba un olor dulce y picante a flores y chartreuse, a café recién hecho y cigarrillos, y entremezclado con aquel olor percibía otro aroma, el aroma misterioso y excitante del amor. Manos acariciaban manos rutilantes de joyas sobre las mesas blancas. Los alegres vestidos y las pecheras blancas de las camisas vibraban al unísono, y las llamas de los fósforos temblaban un poco, antes de encender lenramente los cigarrillos. Al otro lado del bulevar, enamorados menos elegantes, jóvenes franceses que trabajaban en las tiendas de Cannes, paseaban con sus novias a la sombra de los árboles, pero los ojos jóvenes de Val rara vez miraban hacia allí. El esplendor de la música y los colores vivos y las palabras en voz baja eran su sueño. Eran, en esencia, las galas del amor en la noche.

Aunque adoptaba, en la medida de sus posibilidades, la expresión feroz propia de un joven caballero ruso que recorre solo las calles, Val empezaba a sentirse desgraciado. El crepúsculo de abril había sucedido al crepúsculo de marzo, la primavera casi había terminado, y aún no había descubierto qué hacer en las tardes cálidas de primavera. Las chicas de dieciséis y diecisiete años que conocía estaban perfectamente vigiladas por sus madres y parientes desde que anochece hasta que se iban a la cama —recordad que era antes de la guerra—, y las que hubieran paseado gustosamente con él ofendían su deseo romántico. Y así pasaba abril: una, dos, tres semanas...

Había estado jugando al tenis hasta las siete, y se quedó vagabundeando por las pisras otra hora, así que eran las ocho y media cuando el cansado caballo del coche de alquiler llegó a la cima de la colina sobre la que resplandecía la fachada de la villa de los Rostoff. Los faros de la limusina de su madre brillaban amarillos en el camino, y la princesa, abotonándose los guantes, cruzaba en aquel momento la cancela reluciente. Val le lanzó dos francos al cochero y fue a besar a su madre.

—No me toques —se apresuró a decir la madre—. Has estado tocando dinero.

—Pero no con la boca, madre —protestó, en tono festivo.

La princesa lo miró con impaciencia.

—Estoy de mal humor —dijo—. ¿Precisamente tenías que llegar tarde esta noche? Estamos invitados a cenar en un yate, y tú tenías que venir.

—¿Un yate?

—Sí, de unos americanos —siempre había en su voz una sutil ironía cuando mencionaba su tierra natal. Su América era el Chicago de los años noventa, que todavía imaginaba como la inmensa escalera de una carnicería. Ni siquiera los despropósitos del príncipe Pablo eran un precio demasiado alto para su fuga.

—Dos yates —prosiguió—. La verdad es que no sabemos muy bien qué yate es. La nota era poco precisa, muy poco formal.

Americanos. La madre de Val le había enseñado a mirar por encima del hombro a los americanos, pero no había conseguido que 1 desagradaran. Los americanos se daban cuenta de que existías, aunque tuvieras diecisiete años. Los americanos le caían simpáticos. Era totalmente ruso,

pero no era inmaculadamente ruso: la proporción exacta como la de un jabón famoso, era de un noventa y nueve y tres cuartos por ciento.

—Quiero ir —dijo—. Me daré prisa, madre, me daré... —Ya es tarde —la princesa se volvió cuando su marido apareció en la cancela—. Val dice ahora que quiere venir.

—Pues no puede —dijo el príncipe Pablo, tajante—. Ha llegado escandalosamente tarde.

Val asintió. Los aristócratas rusos, por indulgentes que fueran consigo mismos, siempre eran admirablemente espartanos con sus hijos. Era imposible discutir. —Lo siento —dijo.

El príncipe Pablo gruñó. El lacayo, de librea roja y plata, abrió la puerta de la limusina. Pero el gruñido había decidido la cuestión a favor de Val, porque la princesa Rostoff, en aquel día y hora precisos, tenía ciertas quejas contra su marido que le daban el dominio de la situación doméstica.

—Lo he pensado mejor: es mejor que vengas, Val —anunció la princesa con poco entusiasmo—. Ya es tarde, pero ven después de la cena. El yate es el *Minnehaha* o el *Privateer* —entró en la limusina—. El que esté más animado. Me figuro que el yate de los Jackson...

—Encontrar requiere sentido común —murmuró el príncipe crípticamente, dando a entender que Val encontraría el yate si tenía algún sentido común—. Que mi ayuda de cámara te eche un vistazo antes de salir. Ponte una corbata mía en lugar de ese escandaloso lazo que llevabas en Viena. Ya es hora de que te portes como un hombre.

Mientras la limusina se arrastraba crepitando por el camino de grava, la cara de Val ardía.

## II.

Había oscurecido en el puerto de Cannes, o parecía a oscuras tras el esplendor del paseo que Val acababa de dejar atrás. Tres faros mortecinos y débiles rutilaban en la dársena sobre los innumerables barcos de pesca que se amontonaban como conchas en la playa. En el agua, más lejos, había más luces, allí donde una flota de yates esbeltos surcaba la corriente con lenta dignidad, y, más lejos aún, una luna llena y en su punto convertía la superficie del agua en una brillante pista de baile. De vez en cuando se oía un crujido, un chirrido, un gotear, cuando un bote de remos avanzaba por las aguas poco profundas y su silueta borrosa atravesaba el laberinto oscilante de lanchas y barcas de pesca. Val, que descendía por la aterciopelada pendiente de arena, tropezó con un marinero dormido y percibió un olor rancio a ajo y vino barato. Cogió al hombre por los hombros y el hombre abrió los ojos, asustado.

—¿Sabe dónde están fondeados el *Minnehaha* y el *Privateer*?

Mientras se deslizaban por la bahía se tumbó en la popa: miraba con algo parecido a la insatisfacción la luna de la Riviera. No había duda: era la luna ideal, perfecta. Frecuentemente, cinco de cada siete noches, la luna era la ideal. Y la brisa era suave, tan encantadora que hacía daño, y sonaba la música, acordes mezclados de muchas orquestas, la música que venía de la playa. Hacia el este se extendía el oscuro cabo de Antibes, y Niza, y más allá Montecarlo, donde la noche tintineaba rebosante de oro. Algún día disfrutaría de todo aquello, conocería sus placeres y triunfos: cuando fuera demasiado viejo y juicioso para que le importara.

Pero aquella noche... aquella noche, la corriente de plata que se rizaba como un gran tirabuzón hacia la luna, las luces tenues y románticas de Cannes a su espalda, el amor en el aire, irresistible e inefable..., aquella noche, todo aquello, iba a desperdiciarse para siempre.

—¿Cuál es? —preguntó de pronto el barquero.

—¿Qué? —preguntó Val, levantándose.

—¿Cuál es el barco?

Señaló con el dedo. Val se volvió. Por encima de él se levantaba la proa gris de un yate, como una espada. En el espacio de tiempo que había durado el ansia insistente de su deseo habían recorrido casi un kilómetro.

Leyó las letras de bronce, sobre su cabeza. Era el *Privateer*, pero sólo había a bordo luces débiles, ni música ni voces, sólo el murmullo, el chapoteo intermitente de las olas mansas que lamían los costados del yate.

—El otro —dijo Val—, el *Minnehaha*.

—No os vayáis todavía.

Val se asustó. La voz, baja y suave, descendía desde las tinieblas de cubierta.

—¿Es que tenéis prisa? —dijo la voz suave—. Había creído que alguien venía a verme y he sufrido una desilusión terrible.

El barquero levantó los remos y miró, indeciso, a Val. Pero Val callaba, así que el hombre hundió los remos en el agua y dirigió majestuosamente la barca hacia la luz de la luna.

—¡Espere un momento! —gritó Val entonces.

—Adiós —dijo la voz—. Volved cuando os podáis quedar más tiempo.

—Me quedo ahora —contestó Val, jadeante.

Dio las órdenes precisas y la barca viró y volvió al pie de la escala de cuerda. Alguien joven, alguien con un vestido blanco y vaporoso, alguien que hablaba en voz baja, con una voz preciosa, lo llamaba desde la oscuridad de terciopelo. «¡Si le viera los ojos!», se dijo. Le gustaba el sonido romántico de aquellas palabras y las repitió con un suspiro: «¡Si le viera los ojos!».

—¿Quién eres? —ahora estaba cerca, sobre él. Lo miraba desde cubierta y Val la miraba desde la escala, mientras subía, y, cuando sus ojos se encontraron, los dos se echaron a reír.

Era muy joven, delgada, casi frágil, y el vestido, sencillo y blanco, acentuaba su juventud. Dos manchas oscuras y tenues en las mejillas señalaban dónde brillaba el color a la luz del día.

—¿Quién eres? —repitió, retrocediendo y riendo de nuevo cuando la cabeza de Val apareció en cubierta—. Tengo miedo y quiero saber quién eres.

—Soy un caballero —dijo Val, e hizo una reverencia. —¿Qué clase de caballero? Hay muchas clases de caballeros. Había un... un caballero negro en la mesa de al lado en París, así que... —se interrumpió de pronto—. No eres americano, ¿verdad?

—Soy ruso —dijo Val, como hubiera anunciado que era un arcángel. Y, sin pensarlo demasiado, añadió—: Y soy el más afortunado de los rusos. Todo el día, toda la primavera, he estado soñando con enamorarme en una noche así, y ahora el cielo te ha enviado.

—¡Un momento! —dijo ella, dominándose para no gritar—Ahora estoy segura de que esta visita es una equivocación. No estoy para cosas así. ¡Por favor!

—Te ruego que me perdones —la miró perplejo, sin darse cuenta de que había dado por sentadas demasiadas cosas. Y se puso muy derecho, ceremoniosamente—. Me he equivocado. Si me lo permite, me retiraré.

Dio media vuelta. Tenía la mano en la barandilla.

—Espera —dijo ella, apartándose de los ojos un mechón de pelo descontrolado—. Pensándolo mejor, puedes decir todas las tonterías que quieras, pero no te vayas. Estoy muy triste y no me quiero quedar sola.

Val titubeó; había algo que no acababa de entender. Había dado por supuesto que si una chica llamaba a un desconocido de noche, aunque fuera desde la cubierta de un yate, era que, sin duda alguna, estaba abierta al amor. Y deseaba con todas sus fuerzas quedarse. Entonces recordó que aquél era uno de los dos yates que había estado buscando.

—Me figuro que la cena será en el otro barco —dijo.

—¿La cena? Ah, sí, es en el *Minnehaha*. ¿Ibas allí?

—Iba allí... hace mucho.

—¿Cómo te llamas?

Estaba a punto de decírselo, pero hizo una pregunta.

—¿Y tú? ¿Por qué no has ido a la fiesta?

—Porque he preferido quedarme aquí. La señora Jackson dijo que iban a ir rusos... Me imagino que lo diría por ti —lo miraba con interés—. Eres muy joven, ¿no?

—Soy bastante mayor de lo que parezco —dijo Val, muy estirado—. La gente siempre lo comenta. Es algo extraordinario.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno —mintió.

Ella se echó a reír.

—¡Qué tontería! No tienes más de diecinueve.

El disgusto de Val era tan evidente que la chica se apresuró a tranquilizarlo.



—¡Ánimate! Yo sólo tengo diecisiete. Hubiera ido a la fiesta si hubiera sabido que iba a ir alguien con menos de cincuenta años.

Val se alegró de que cambiara de conversación.

—Prefieres quedarte aquí, a soñar a la luz de la luna.

—He estado pensando en las equivocaciones —se sentaron juntos, en sillas de lona—. Es un tema muy absorbente, el tema de las equivocaciones. Las mujeres piensan poco en las equivocaciones. Tienen más ansia de olvidar que los hombres. Pero cuando se obsesionan...

—¿Has cometido alguna equivocación? —preguntó Val.

Asintió.

—¿No tiene arreglo?

—Creo que no —respondió—. No estoy segura. En eso pensaba cuando llegaste.

—Quizá yo pueda ayudarte en algo —dijo Val—. Quizá no sea una equivocación irreparable.

—No puedes ayudarme —dijo, triste—. Así que no le demos más vueltas. Estoy harta de mi equivocación y me gustaría que me contaras las cosas alegres y divertidas que están pasando en Cannes esta noche.

Miraban hacia la línea de luces misteriosas y fascinantes de la costa, los grandes bloques de juguete con velas encendidas que eran en realidad los grandes hoteles de moda, el reloj iluminado de la ciudad vieja, el fulgor empañado del Café de París, y, como alfilerazos de luz, las ventanas de las villas que ascendían por colinas suaves hacia la negrura del cielo.

—¿Qué hace allí todo el mundo? —murmuró la chica. Parece que está sucediendo algo maravilloso, pero no sabría decir qué.

—Allí todo el mundo hace el amor —dijo Val, en voz baja.

—¿Eso? —lo miró un instante muy largo, con una expresión extraña en los ojos—. Entonces quiero volver a Estados Unidos —dijo—. Aquí hay demasiado amor. Quiero volver a casa mañana.

—¿Tienes miedo de enamorarte?

Negó con la cabeza.

—No es eso. Es que aquí... yo no tengo amor.

—Yo, tampoco —añadió Val en un susurro—. Es triste que estemos en un sitio tan adorable, en una noche tan adorable, y no tengamos... nada.

Se acercaba a ella, con ojos románticos, ojos inspirados y castos, y ella se apartaba.

—Habíame más de ti —se apresuró a preguntarle—. Si eres ruso, ¿dónde has aprendido a hablar inglés tan bien?

—Mi madre es norteamericana —reconoció—. Mi abuelo también era norteamericano, así que mi madre no tuvo elección.

—¡Entonces tú también eres norteamericano!

—Yo soy ruso —dijo Val con orgullo.

Lo miró a los ojos, sonrió y no quiso discutir.

—Bueno, entonces —dijo con diplomacia—, me figuro que tendrás un nombre ruso.

Pero Val no tenía intención de decirle su nombre todavía. Un nombre, incluso el apellido de los Rostoff, hubiera profanado la noche. Eran dos voces que hablaban muy bajo, dos caras blancas, y era bastante. Estaba seguro, sin ninguna razón para estar seguro, sólo por instinto, una especie de instinto que susurraba triunfalmente en su interior, estaba seguro de que en un instante, un minuto o una hora, iba a conocer por fin la vida del amor. Su nombre no existía, en comparación con lo que se agitaba en su corazón.

—Eres preciosa —dijo de repente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la luz de la luna es la luz más cruel para las mujeres.

—¿Soy guapa a la luz de la luna?

—Eres lo más precioso que he visto en mi vida.

—Ah —reflexionaba sobre aquellas palabras—. No pensaba dejarte subir a bordo. Debería haber imaginado de qué íbamos a hablar con esta luna. Pero no puedo quedarme aquí toda la vida, mirando a la costa. Soy demasiado joven, ¿no te parece?

—Demasiado joven —asintió Val solemnemente.

Y de pronto oyeron una música nueva, cerca, al alcance de la mano, una música que parecía surgir del agua, a menos de cien metros de distancia.

—¡Escucha! —exclamó ella—. Es en el Minnehaha. Han acabado de cenar.

Escuchaban en silencio.

—Gracias —dijo Val de pronto.

—¿Por qué?

Casi ni se había dado cuenta de que había hablado. Les daba las gracias a los instrumentos de metal por sonar en la brisa, bajos y profundos; al mar por su murmullo cálido y quejumbroso contra la proa; a la luz débil y lechosa de las estrellas por derramarse sobre ellos y bañarlos, hasta que sintió que flotaba en una sustancia más densa que el aire.

—Es precioso —murmuró ella.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¿Tenemos que hacer algo? Podríamos quedarnos aquí y disfrutar...

—No, no piensas eso —la interrumpió Val, a media voz—. Sabes que hay algo que debemos hacer. Voy a ofrecerte mi amor, y te alegrarás.

—No puedo —dijo ella con un hilo de voz. Quería reírse, decir algo insustancial y gracioso, algo que devolviera la situación a las aguas seguras de un coqueteo sin importancia. Pero ya era demasiado tarde. Val sabía que la música había completado lo que había empezado la luna.

—Te diré la verdad —dijo—. Eres mi primer amor. Sólo tengo diecisiete años, como tú.

Había algo absolutamente encantador en el hecho de que tuvieran la misma edad, algo que la desarmaba ante el destino que los había reunido. Las sillas crujieron y Val tuvo conciencia de un débil perfume, irreal, mientras caían, de repente, como niños, el uno en brazos del otro.

### III.

No podría recordar más tarde si la besó una o varias veces aunque quizá pasaran una hora allí sentados, muy juntos y cogidos de la mano. Lo que más le sorprendió del amor fue que no parecía contener ninguno de los elementos de la pasión desaforada —remordimiento, deseo y desesperación—, sino una delirante promesa de felicidad, para la vida, para el mundo, como no había conocido nunca. El primer amor: ¡sólo era el primer amor! ¡Qué sería el amor en toda su plenitud, en toda su perfección! No sabía que lo que estaba experimentando entonces, aquella mezcla irreal de paz y éxtasis, limpia de deseo, era irrecuperable para siempre.

Hacia un rato que la música había cesado, cuando el ruido de una barca de remos rompió aquel silencio lleno de murmullos, perturbando las aguas tranquilas. Ella se levantó de un salto y miró hacia la bahía como un centinela.

—¡Oye! —dijo deprisa—. Quiero que me digas tu nombre.

—No.

—Por favor —le rogó—. Me voy mañana.

Val no contestó.

—No quiero que me olvides —dijo ella—. Me llamo...

—No te olvidaré. Te prometo que te recordaré siempre. A quienquiera que ame siempre la compararé contigo, mi primer amor. Mientras viva, siempre conservarás la misma lozanía en mi corazón.

—Quiero que te acuerdes de mí —murmuró con palabras entrecortadas—. Ay, esto ha significado para mí más que para ti, mucho más.

Estaba tan cerca que Val sentía su respiración joven y cálida en la cara. Volvieron a abrazarse. Val apretaba sus manos, sus muñecas, entre las suyas, como parecía que había que hacer, y le besó los labios. Era el beso ideal, pensó, el beso romántico: ni muy corto ni muy largo. Pero contenía una

especie de promesa, promesa de otros besos que podría haber gozado, y, con un leve peso en el corazón, oyó cómo se acercaba la barca al yate, y comprendió que había vuelto la familia de la chica. Había acabado la noche.

«Y esto es sólo el principio», se dijo. «Toda mi vida será como esta noche».

Ella le decía algo en voz baja, de prisa, y él escuchaba en tensión.

—Quiero que sepas una cosa: estoy casada. Desde hace tres meses. Ésa era la equivocación en que estaba pensando cuando apareciste a la luz de la luna. Enseguida lo entenderás.

Calló de repente cuando la barca chocó contra la escala y una voz de hombre surgió de la oscuridad.

—¿Eres tú, querida?

—Sí.

—Hay un bote de remos esperando. ¿A quién espera?

—Uno de los invitados del señor Jackson ha venido por equivocación y le he pedido que se quedara y me hiciera compañía un rato.

Y el pelo escaso y canoso y la cara cansada de un hombre de sesenta años apareció en cubierta. Y Val se dio cuenta demasiado tarde de cuánto le afectaba aquello.

#### IV.

En mayo, cuando terminó la temporada en la Riviera, los Rostoff y el resto de los rusos cerraron sus villas y se fueron al norte a pasar el verano. Y cerraron la iglesia ortodoxa rusa y los barriles de los vinos más selectos, y guardaron en el trastero, por decirlo así, para otro año la elegante luz de la luna primaveral, en espera de su regreso.

—Volveremos la temporada que viene —repitieron como todos los años.

Pero se apresuraron al decirlo, porque no volverían jamás. Los pocos que volvieron a dispersarse por el sur después de cinco años de tragedia se alegraban de encontrar trabajo como camareras y *valets de chambre* en los grandes hoteles donde habían comido en otro tiempo. Muchos, por supuesto, murieron en la guerra o en la revolución, y muchos desaparecieron en las grandes ciudades, convertidos en sablistas o timadores, y no pocos acabaron sus vidas en la desesperación y el embrutecimiento.

Cuando el gobierno de Kerensky cayó en 1917, Val era teniente en el frente oriental, e intentaba desesperadamente que su compañía acatara una autoridad de la que, desde hacía mucho, ya no quedaba ni el menor vestigio. Aún lo estaba intentando cuando el príncipe Pablo Rostoff y su esposa ofrendaron sus vidas una mañana de lluvia para expiar las meteduras de pata de los Romanoff: la envidiable carrera de la hija de Morris Hasyilton acabó en una ciudad que se parecía a una carnicería mucho más incluso que el Chicago de 1892.

Y Val combatió en el ejército de Denikin hasta que se dio cuenta de que estaba participando en una farsa: la gloria de la Rusia imperial había terminado. Entonces se fue a Francia, donde inmediatamente hubo de enfrentarse al increíble problema de cómo mantener unidos el cuerpo y el alma.

Era perfectamente natural que pensara en irse a Estados Unidos. Dos tías lejanas, con quienes su madre se había peleado hacía muchos años, seguían viviendo allí con cierto lujo. Pero la idea repugnaba a los prejuicios que su madre le había inculcado y además no le quedaba dinero para pagar el pasaje. Tendría que ganarse la vida en Francia como pudiera hasta que una posible contrarrevolución le restituyera las propiedades rusas de los Rostoff.

Así que se fue a la ciudad que mejor conocía. Se fue a Cannes. Compró un billete de tercera con sus últimos trescientos francos y, cuando llegó, entregó el esmoquin a una sociedad benéfica que se ocupaba de semejantes asuntos y recibió a cambio dinero para comida y alojamiento. Más tarde se arrepentiría de haber vendido el esmoquin, porque podría haberle ayudado a conseguir un puesto de camarero. Pero encontró trabajo como taxista, y se sintió igual de feliz o, mejor, igual de desgraciado.

A veces llevaba a norteamericanos a ver villas en alquiler, y, cuando estaba abierto el cristal que separaba el asiento del chófer alcanzaba a oír curiosos fragmentos de conversación.

—Me han dicho que ese tipo era un príncipe ruso... Calla... No, ése, el chófer... ¡Calla, Esther! —y aguantaban la risa.

Cuando el coche se detenía, los pasajeros lo rodeaban para mirarlo. Al principio se sentía desesperadamente desdichado si lo miraban las chicas, pero luego dejó de importarle. Una vez un americano alegremente borracho le preguntó si aquella historia era verdad y lo invitó a comer, y otra vez una mujer ya mayor le cogió la mano al bajar del taxi, la apretó con violencia y lo obligó a coger un billete de cien francos.

—Bueno, Florence, ya puedo contar, cuando vuelva a casa, que le he dado la mano a un príncipe ruso.

El americano ebrio que lo invitó a comer creía al principio que Val era hijo del zar, y Val tuvo que explicarle que ser príncipe en Rusia sólo era como ser lord en Inglaterra. Pero no acababa de entender el norteamericano cómo un hombre con la personalidad de Val no se dedicaba a ganar dinero de verdad.

—Esto es Europa —dijo Val muy serio—. Aquí no se gana el dinero. Aquí se hereda, o se ahorra lentamente durante largos años, y a lo mejor al cabo de tres generaciones una familia puede mejorar su posición social.

—Piense en algo que necesite la gente, como hacemos nosotros.

—Eso es porque en Estados Unidos hay más dinero para necesidades. Todo lo que necesita la gente de aquí lleva pensado mucho tiempo.

Pero, un año después, gracias a la ayuda de un joven inglés con quien había jugado al tenis antes de la guerra, Val consiguió un empleo en la sucursal en Cannes de un banco inglés. Se encargaba del correo, compraba billetes de tren y organizaba excursiones para turistas impacientes. Algunas veces una cara familiar se acercaba a su ventanilla; si reconocía a Val, se estrechaban la mano; si no, Val callaba. Y, dos años más tarde, ni siquiera lo señalaban con el dedo por haber sido príncipe: los rusos eran ya una vieja historia. El esplendor de los Rostoff y compañía estaba olvidado.

Se mezclaba muy poco con la gente. Daba un paseo por las tardes, se bebía una lenta cerveza en un café y se acostaba temprano. Casi nunca lo invitaban a ningún sitio porque consideraban que su ex presión triste y ensimismada era deprimente, y, si lo invitaban, jamás aceptaba una invitación. Vestía trajes franceses y baratos en vez de las franelas caras e inglesas que encargaba con su padre. En cuanto a las mujeres, no conocía a ninguna. A los diecisiete años había estado seguro de muchas cosas, y de lo que había estado más seguro había sido de esto: habría muchos amores en su vida. Ahora, ocho años después, sabía que no era así. Nunca había tenido tiempo para el amor: la guerra la revolución y ahora la pobreza habían conspirado contra su corazón lleno de ilusiones. El manantial de emoción que brotó por primera vez una noche de abril se había secado inmediatamente y ahora sólo manaba gota a gota.

Su juventud feliz había acabado antes de empezar. Ya se veía cada día más viejo y más pobre, viviendo siempre, más y más, de los recuerdos de la adolescencia maravillosa. Se volvería ridículo: sacaría un viejo reloj, una reliquia de familia, y se lo enseñaría a los compañeros de la oficina, que, divertidos, oirían entre guiños sus historias sobre el apellido Rostoff.

Sumido en estos pensamientos tristes paseaba a orillas del mar una noche de abril de 1922 y contemplaba la magia inalterable del despertar de las luces eléctricas. Aquella magia ya no estaba a su disposición, pero seguía existiendo, y Val se alegraba de que fuera así. Al día siguiente se iría de vacaciones a un hotel barato de la costa donde podría bañarse, descansar y leer, y luego volvería a la ciudad y al trabajo. Todos los años, desde hacía tres, se iba de vacaciones las dos últimas semanas de abril, quizá porque entonces sentía mayor necesidad de recordar. Fue en abril cuando lo que estaba destinado a ser lo mejor de su vida había alcanzado su punto culminante a la romántica luz de la luna. Aquello era sagrado para él: lo que había creído una iniciación y un principio había resultado ser el final.

Se detuvo un instante frente al Café des Étrangers, e inmediatamente, como arrastrado por un impulso, cruzó la calle y bajó a la playa. Una docena de yates, que viraban hacia un precioso color plata, fondeaban en la bahía. Los había visto aquella tarde y, por costumbre, había leído los nombres pintados en la proa. Llevaba haciéndolo tres años, y ya era casi una función natural de sus ojos.

—*Un beau soir* —comentaron a su lado, en francés. Era un barquero, que muchas veces había visto a Val por allí—. ¿A monsieur le parece hermoso el mar?

—Muy hermoso.

—A mí, también. Pero, fuera de temporada, deja poco para vivir. Menos mal que la semana que viene tengo un encargo especial. Me pagan por quedarme aquí, esperando, sin hacer otra cosa, desde las ocho de la tarde hasta medianoche.

—Es estupendo —dijo Val, por cortesía.

Es una señora viuda, muy guapa, una americana. Su yate siempre fondea en el puerto las dos últimas semanas de abril. Este año será el tercero, si el *Privateer* llega mañana.

V.

Val no pegó un ojo en toda la noche, no porque se preguntara qué debía hacer, sino porque sus emociones, adormecidas durante mucho tiempo, de repente despertaron y revivieron. Estaba claro que no debía verla —él, un pobre fracasado, con un apellido que ya sólo era una sombra—, pero siempre lo haría un poco más feliz saber que ella lo recordaba. Aquello añadía una nueva dimensión a sus propios recuerdos: los resaltaba, como esas lentes estereoscópicas que, sobre un papel liso, dan fondo y relieve a las imágenes. Le hacía sentirse seguro de que no se había engañado: una vez había sido encantador con una mujer preciosa, y ella no lo olvidaba.

Al día siguiente, una hora antes de la salida del tren, ya estaba en la estación con su equipaje: quería evitar cualquier posibilidad de un encuentro en la calle. Buscó un asiento en el vagón de tercera clase.

Y, en cuanto se sentó, empezó a ver la vida de manera diferente: con una especie de esperanza, débil e ilusoria, desconocida veinticuatro horas antes. Quizá existiera algún modo de que volvieran a encontrarse en los próximos años: si trabajaba de verdad, aprovechando con pasión cualquier oportunidad que se le presentara. Sabía de dos rusos que vivían en Cannes, que habían vuelto a empezar desde cero, sólo con buena educación e ingenio, a quienes ahora les iba sorprendentemente bien. La sangre de Morris Hasyilton comenzaba a latir débilmente en las sienes de Val para recordarle algo que nunca había querido recordar: Morris Hasyilton, que había construido un palacio en San Petersburgo para su hija, había empezado desde la más absoluta miseria.

Y otra emoción, simultánea, se apoderó de él, menos extraña, menos dinámica, pero también americana: la emoción de la curiosidad. En el caso de que volviera a... Bueno, en el caso de que la vida hiciera posible que volviera a encontrar a la chica, por lo menos se enteraría de su nombre.

Se puso en pie de un salto, consiguió abrir con mucha torpeza, muy nervioso, la puerta del vagón y saltó del tren. Y, tras lanzar la maleta a la consigna, echó a correr hacia el consulado de Estados Unidos.

—Esta mañana ha llegado un yate —dijo con prisa al funcionario—, un yate norteamericano, el *Privateer*. Quisiera saber quién es el dueño.

—Espere un momento —dijo el funcionario, mirándolo con curiosidad—. Voy a ver si puedo informarme...

Volvió al cabo de lo que a Val le pareció un espacio de tiempo interminable.

—Espere un momento, por favor —repitió, inseguro—. ai... Parece que vamos a poder informarnos...

—¿Ha llegado el yate?

Ah, sí, perfectamente. O eso creo yo. Siéntese un momento, por favor.

Diez minutos después, Val miró su reloj, impaciente. Si no se daban prisa, perdería el tren. Hizo un gesto nervioso, como si fuera a levantarse de la silla.

—¡Estése quieto, por favor! —dijo el funcionario, echándole una ojeada desde el escritorio—. Se lo ruego, siéntese.

Val lo miraba fijamente. ¿Qué podía importarle al funcionario que esperara o no esperara?

—Voy a perder el tren —dijo con impaciencia—. Siento haberle molestado.

—¡Por favor, quédese donde está! Nos alegraría mucho quitarnos este asunto de encima. ¿Sabe? Llevamos esperando su pregunta... tres años.

Val se levantó de un salto y se encasquetó el sombrero.

—¿Por qué no me lo ha dicho? —preguntó de mal humor.

—Porque teníamos que avisar a... a nuestro cliente. No se vaya, por favor. Es... Es demasiado tarde.

Val dio media vuelta. Un criatura delicada y radiante, de ojos negros y asustados, se perfilaba contra la luz del sol, en la puerta.

—Cómo...

Los labios de Val se entabrieron, pero no le salieron las palabras. Ella dio un paso hacia él.

—Yo... —lo miraba a través de las lágrimas, desvalida—. Sólo quería saludarte —murmuró—. He vuelto tres años seguidos porque quería saludarte.

Val callaba.

—Podrías contestar —dijo con impaciencia—. Podrías contestar... Ya pensaba que habías muerto en la guerra —entonces se dirigió al funcionario—: Por favor, preséntenos —exclamó—. ¿Sabe? No puedo saludarlo porque ni siquiera sabemos cómo nos llamamos.

Es cierto que se suele desconfiar de estos matrimonios internacionales. Según la tradición norteamericana siempre acaban mal, y estamos acostumbrados a titulares como éstos: «Cambiaría el título por un verdadero amor americano, dice la duquesa» o «El conde Mendicant torturaba a su esposa». Nunca aparecen titulares que digan: «El castillo joven rico es un nido de amor, afirma una antigua belleza de Georgia» o «El duque y la hija del empaquetador celebran sus bodas de oro».

Hasta el momento los jóvenes Rostoff no han aparecido en ningún titular. El príncipe Val está demasiado ocupado en la cadena de taxis color azul claro de luna que dirige con inusitada eficacia, y no concede entrevistas. El príncipe y su esposa sólo abandonan Nueva York una vez al año, y todavía existe un barquero que se alegra cuando el *Privateer* entra en el puerto de Cannes una noche de mediados de abril.

## El joven rico

El joven rico es la novela corta de Fitzgerald más importante y contiene su frase más errónea y promiscuamente citada: «Son diferentes de nosotros». La escribió en Capri, dividida en tres partes, mientras esperaba la publicación de *El gran Gatsby*, y la revisó en París, dividiéndola en dos partes que aparecieron en *Red Book* (enero y febrero de 1926).

El personaje de Anson Hunter está basado en Ludlow Fowler, amigo de Fitzgerald desde los años del colegio:

«He escrito un relato de quince mil palabras sobre ti llamado *El joven rico*: está todo tan disfrazado que nadie, excepto tú y yo y quizá dos de las chicas implicadas, podría reconocerte, a menos que tú lo contaras, pero se trata en gran medida de la historia de tu vida, retocada aquí y allá y simplificada. Y hay bastantes partes que son fruto de mi imaginación. Es franco, generoso pero comprensivo, y creo que te gustará. Es de lo mejor que he escrito.»

Dos anécdotas sobre Hunter, que aparecían en la versión publicada en revista, fueron suprimidas a petición de Fowler cuando *El joven rico* fue incluido en el volumen *All the sad young men*. Recuperamos entre corchetes esos fragmentos.

A Fitzgerald le preocupaba la afirmación de su amigo Ring Lardner de que podría haber alargado *El joven rico* hasta convertirlo en una novela; él mismo explicó a Maxwell Perkins: «Me habría sido absolutamente imposible estirar *El joven rico* más allá de la extensión de una novela corta».

### I.

Empieza con un individuo y, antes de que te des cuenta, te encontrarás con que has creado un tipo; empieza con un tipo y te encontrarás con que has creado... nada, absolutamente nada. Y es que todos somos bichos raros, mucho más raros tras nuestras caras y nuestras voces que lo que dejamos que los otros adivinen, o de lo que nosotros mismos sabemos. Cuando oigo a uno que se proclama a sí mismo «un hombre normal, leal y honrado» estoy completamente seguro de que padece alguna precisa y quizá terrible anormalidad que intenta disimular, y que su declaración de que es normal, leal y honrado es una manera de recordarse a sí mismo sus imperfecciones.

No existen tipos, ni identidades colectivas. Existe un joven rico, y ésta es su historia, no la de sus iguales. Toda mi vida he vivido entre sus iguales, pero éste ha sido mi amigo. Y, si yo escribiera sobre sus iguales, debería empezar rebatiendo todas las mentiras que los pobres han dicho sobre los ricos y que los ricos han dicho sobre sí mismos: es tan disparatada la estructura que han erigido que, cuando abrimos un libro sobre los ricos, algún instinto nos predispone a la irrealidad. Incluso inteligentes y desapasionados cronistas de sociedad han convertido el país de los ricos en algo tan irreal como el país de las hadas.

Permitidme que os hable de quienes son riquísimos. Son diferentes a nosotros. Poseen y disfrutan desde sus primeros años, y esto influye en su carácter: los hace blandos cuando nosotros somos duros, cínicos cuando somos crédulos, de manera que, a no ser que hayas nacido rico, es difícil que los comprendas. Piensan, en lo más profundo de sus corazones, que son mejores que nosotros, porque nosotros hemos tenido que descubrir por nuestra cuenta las recompensas y artimañas de la vida. Incluso cuando penetran en lo más hondo de nuestro mundo, o caen más bajo que nosotros, siguen pensando que son mejores. Son diferentes. El único modo para lograr describir al joven Anson Hunter será acercarme a él como si fuera un extraño y aferrarme tenazmente a mi punto de vista. Si aceptara el suyo un solo instante estaría perdido: sólo conseguiría una película absurda.

### II.

Anson era el, mayor de seis hermanos que algún día se repartirían un patrimonio de quince millones de dólares y habían alcanzado el uso de razón —¿se alcanza a los siete años?— a principios de siglo cuando ya se deslizaban por la Quinta Avenida chicas audaces en vehículos eléctricos. En aquellos días Anson y su hermano tenían una institutriz inglesa que hablaba el idioma a la perfección, con claridad y concisión, así que los dos chicos aprendieron a hablar como ella: sus palabras y frases eran concisas y claras, jamás confusas y atropelladas como las nuestras. No hablaban exactamente como los niños ingleses, pero adquirieron ese acento que es característico de la gente distinguida de Nueva York.

En verano los seis niños dejaban la casa de la calle 71 y se mudaban a una gran finca al norte de Connecticut. No era una localidad de moda: el padre de Anson quería que sus hijos conocieran lo más tarde posible la vida de la gente distinguida. Era un hombre por encima de su clase —la alta sociedad de Nueva York— y su época —la Edad de Oro de la vulgaridad esnob y etiquetera—, y quería que sus hijos cultivaran la inteligencia, y crecieran sanos y fuertes, y se convirtieran en honrados hombres prósperos. Su mujer y él procuraron no quitarles un ojo de encima hasta que los dos mayores empezaron a ir al colegio, pero una cosa así es difícil en las casas inmensas: era mucho más sencillo en aquellas casas pequeñas o medianas en las que transcurrió mi juventud. Nunca estuve fuera del alcance de la voz de mi madre, o de la sensación de su presencia, su aprobación o desaprobación.

Anson empezó a tomar conciencia de su superioridad cuando se dio cuenta de la deferencia desganada, típica de los americanos, con que lo trataban en aquella aldea de Connecticut. Los padres de los chicos con quienes jugaba siempre le preguntaban por sus padres, y parecían vagamente nerviosos cuando invitaban a sus hijos a que fueran a casa de los Hunter. Anson aceptaba este estado de cosas como natural, y durante toda su vida conservó una especie de impaciencia hacia aquellos grupos en los que no era el centro, por su dinero, su posición social y su autoridad. No se dignaba luchar con otros chicos por sobresalir: esperaba que su supremacía fuese reconocida libremente, y, si no era así, se refugiaba en su familia. Le bastaba su familia, porque en el Este el dinero es todavía algo feudal, algo que forma clanes. En el vanidoso Oeste el dinero divide a las familias en camarillas.

A los dieciocho años, cuando se trasladó a New Haven, Anson era alto y fuerte, de cutis limpio y color saludable gracias a la vida ordenada que había llevado en el colegio. El pelo rubio le crecía de una manera cómica, y tenía la nariz aguileña —estos dos detalles le impedían ser guapo—, pero era encantador, y estaba seguro de serlo, y tenía estilo, cierta elegancia brusca, y las personas de elevada condición social con las que coincidía se daban cuenta inmediatamente, sin que nadie les dijera nada, de que era un joven rico educado en los mejores colegios. Sin embargo, su propia superioridad le impedía tener éxito en la universidad: su independencia fue tomada por egocentrismo, y su negativa a aceptar las reglas de Yale con el adecuado respeto reverencial parecía empequeñecer a quienes las acataban. Así, mucho antes de terminar sus estudios, empezó a hacer de Nueva York el centro de su vida.

En Nueva York se sentía a sus anchas: en Nueva York tenía una casa con «el tipo de servidumbre que hoy ya no se encuentra»; en Nueva York vivía su familia, de la que, gracias a su buen humor y cierta habilidad para conseguir que las cosas funcionaran, rápidamente se estaba convirtiendo en el centro; en Nueva York se celebraban las fiestas de presentación en sociedad, y Nueva York le ofrecía el viril y correcto mundo de los clubes reservados a los hombres, y las juergas desaforadas y ocasionales con chicas galantes que en New Haven sólo veías desde la fila quinta. Sus aspiraciones eran bastante convencionales: hasta incluían la irreprochable sombra de una futura esposa, pero diferían de las aspiraciones de la mayoría de los jóvenes en que no las empañaba ninguna nube, ninguna de esas cualidades a las que se suele conocer por idealismo o ilusión. Anson aceptaba sin reservas el mundo de las altas finanzas y de la extrema extravagancia, del divorcio y la disolución, del esnobismo y los privilegios. Nuestras vidas suelen terminar en un compromiso: la suya empezó con un compromiso.

Nos conocimos al final del verano de 1917, cuando Anson acababa de salir de Yale y, como todos, estaba a punto de dejarse arrastrar por el bien urdido histerismo de la guerra. Con el uniforme azul verdoso de los aviadores de la Marina llegó a Pensacola, donde las orquestas de los hoteles interpretaban *Lo siento, querida*, y nosotros, jóvenes oficiales, bailábamos con las chicas. A todos les caía bien, y, aunque andaba con bebedores y no era precisamente un buen piloto, incluso los instructores lo trataban con cierto respeto. Solía mantener largas y frecuentes conversaciones con ellos, con aquella voz lógica y segura de sí misma: conversaciones que terminaban cuando



conseguía resolver algún problema acuciante, suyo o, con mayor frecuencia, de otro oficial. Era sociable, picante, insaciablemente ávido de placeres, y nos sorprendió a todos cuando se enamoró de una chica convencional y un tanto relamida.

Se llamaba Paula Legendre, una belleza morena, seria, de no sé qué lugar de California. Su familia pasaba los inviernos en una casa muy próxima a la ciudad, y, a pesar de su gazmoñería, Paula tenía muchísimo éxito con los chicos: existe cierta clase de hombres, muy numerosa, cuyo egocentrismo no soporta que una mujer tenga sentido del humor. Pero Anson no era de éstos, y no consigo explicarme la atracción que la «sinceridad» —ésta era la cualidad que podía reconocérsele— de Paula ejerció sobre una inteligencia aguda e irónica como la suya.

Pero se enamoraron, y según las condiciones que imponía Paula. Anson dejó de frecuentar las reuniones en el Bar De Sota a la caída de la tarde, y siempre que se les veía juntos estaban enfrascados en un largo y serio diálogo que se prolongaba durante semanas. Mucho después me contaría que aquellas conversaciones no trataban de nada en especial, sino que, por ambas partes, se alimentaban de frases inmaduras e incluso sin sentido: el contenido emotivo que poco a poco iba llenando la conversación no nacía de las palabras, sino de la extraordinaria seriedad con que eran pronunciadas. Era una especie de hipnosis. A veces se interrumpía, cediendo su lugar a ese humorismo castrado al que llamamos bromear; cuando estaban solos volvía a empezar, solemne, como un bajo, afinado para darles una sensación de armonía de sentimientos y pensamientos. Se enfadaban si los interrumpían, acabaron por ser insensibles a los chistes sobre la vida, e incluso al cinismo amable de sus contemporáneos. Sólo eran felices cuando el diálogo se reanudaba, cuando la seriedad los bañaba como el resplandor ámbar de una hoguera. Hacia el final, hubo una interrupción que no les molestó: la pasión empezó a interrumpir el diálogo.

Aunque parezca extraño, Anson estaba tan absorto en aquellas conversaciones como Paula, y tan profundamente afectado, pero al mismo tiempo era consciente de que, por su parte, había mucho de insinceridad, como, por parte de Paula, había mucho de simple ingenuidad. Al principio, despreciaba la ingenuidad emotiva de Paula, pero, gracias a su amor, el carácter de Paula se hizo más profundo y maduró: ya no podía despreciarla. Sentía que sería feliz si lograba entrar en la cálida y protegida existencia de Paula. Aquellas largas conversaciones allanaron el camino, derribaron todos los obstáculos: Anson le enseñó algo de lo que había aprendido con mujeres más atrevidas, y Paula respondió con una intensidad arrebatada y sagrada. Una noche, después de un baile, decidieron casarse, y Anson le escribió a su madre una larga carta sobre Paula. Al día siguiente Paula le dijo que era rica, que su patrimonio personal ascendía a casi un millón de dólares.

### III.

Era exactamente como si hubieran podido decir: «Ninguno de los dos tiene nada: compartiremos nuestra pobreza». Compartir la riqueza era igual de maravilloso: les daba la misma sensación de compartir una aventura. Pero, cuando en abril Anson consiguió un permiso, y Paula y su madre lo acompañaron al Norte, la posición social de su familia y su tren de vida en Nueva York impresionaron a Paula. Cuando por primera vez se quedó sola con Anson en la habitación donde había jugado cuando era un muchacho sintió que la embargaba una emoción agradable, como si verdaderamente estuviera segura y protegida. Las fotos de Anson con la gorra de su primer colegio, de Anson a caballo con la novia de un verano misterioso y olvidado, de Anson entre un alegre grupo de damas de honor y testigos de una boda, le hicieron sentir celos de su vida pasada, lejos de ella; y con tal grado de perfección parecía la figura autoritaria de Anson resumir y simbolizar todas aquellas antiguas posesiones, que, en un momento de inspiración, se le ocurrió casarse inmediatamente y volver a Pensacola convertida en su mujer.

Pero nadie había hablado de la posibilidad de una boda inmediata, e incluso el compromiso se guardaba en secreto hasta que acabara la guerra. Cuando Paula se dio cuenta de que a Anson sólo le quedaban dos días de permiso, su descontento cristalizó en la intención de conseguir que él tampoco quisiera esperar. Estaban invitados a cenar en el campo, y Paula decidió forzar una decisión aquella noche.

Estaba con ellos en el Ritz una prima de Paula, una chica seca y resentida que quería a Paula, pero un poco celosa de aquel impresionante compromiso matrimonial, y, mientras Paula acababa de vestirse, la prima, que no iba a la cena, recibió a Anson en el vestíbulo de la suite.

Anson se había encontrado con algunos amigos a las cinco y con ellos había estado bebiendo sin medida ni discreción durante una hora. Había abandonado el Club de Yale a la hora conveniente, y había ordenado al chófer de su madre que lo llevara al Ritz, pero no estaba en la plenitud de sus facultades y la calefacción del salón le provocó un mareo repentino. Al notarlo, se sintió alegre y arrepentido a la vez.

La prima de Paula tenía veinticinco años, pero era excepcionalmente ingenua, y al principio no se dio cuenta de lo que sucedía. Era la primera vez que veía a Anson, y se sorprendió cuando masculló alguna frase sin sentido y estuvo a punto de caerse de la silla, pero hasta que apareció Paula no se le ocurrió que lo que había tomado por el olor de un uniforme recién salido de la tintorería era en realidad olor a whisky. Paula se dio cuenta inmediatamente, y su único pensamiento fue quitar de enmedio a Anson antes de que su madre lo viera y, por su mirada, su prima comprendió lo que pasaba.

Cuando Paula y Anson bajaron, encontraron dentro del coche a dos hombres dormidos; eran los amigos con quienes Anson había estado bebiendo en el Club de Yale, invitados también a la cena. Anson había olvidado por completo que estaban en el coche. Se despertaron camino de Hempstead y se pusieron a cantar. Eran picantes algunas de sus canciones, y Paula, aunque intentaba resignarse al hecho de que Anson tuviera pocas inhibiciones verbales, apretó los labios avergonzada y disgustada.

Y en el hotel la prima, confundida y nerviosa, tras reflexionar sobre el incidente, entró en la habitación de la señora Legendre y le dijo:

—¿No es gracioso?

—¿Quién es gracioso?

—¿Quién? El señor Hunter. Me ha parecido muy gracioso.

La señora Legendre la miró con severidad.

—¿Por qué es gracioso?

—Me ha dicho que es francés. No sabía que era francés.

—Es absurdo. Seguro que no has entendido bien —sonrió—. Te ha tomado el pelo.

La prima negó con la cabeza, obstinada.

—No, me ha dicho que se ha criado en Francia. Ha dicho que no sabía inglés y que no podía hablar conmigo. ¡Y es verdad que no podía hablar!

La señora Legendre desvió la mirada con impaciencia en el preciso instante en que la prima, saliendo de la habitación, añadía:

—Sería por lo borracho que estaba.

El extraño episodio era verdad. Anson, advirtiendo que la lengua se le trababa sin remedio, había recurrido a un subterfugio insólito: había dicho que no sabía inglés. Años después solía contar la anécdota, e invariablemente contagiaba a todos la risa incontenible que le provocaba aquel recuerdo.

En la hora siguiente, cinco veces intentó la señora Legendre hablar por teléfono con Hempstead. Cuando por fin lo consiguió, hubo de esperar diez minutos más antes de oír la voz de Paula en el auricular.

—La prima Jo me ha dicho que Anson estaba borracho.

—Ah, no...

—Ah, sí. La prima Jo dice que estaba borracho. Le dijo que era francés, y se cayó de la silla y se portó como si estuviera muy borracho. No quiero que vuelvas aquí con él.

—¡Mamá! Está perfectamente. No te preocupes, por favor...

—Pues claro que me preocupo. ¡Qué horror! Quiero que me prometas que no volverás con él...

—Eso es cosa mía, mamá...

—No quiero que vuelvas con él.

—Muy bien, mamá. Adiós.

—Recuerda lo que te he dicho, Paula. Pídele a alguien que te acompañe.

Paula retiró muy decidida el auricular de su oído y colgó. Estaba roja de irritación e impotencia. Anson dormía a pierna suelta en un dormitorio del piso de arriba, y abajo la cena se acercaba penosamente al final.

El viaje en coche, que duró una hora, lo había espabilado un poco —la llegada sólo fue motivo de risas—, y Paula tenía la esperanza de que, a pesar de todo, no se estropeará la noche, pero dos imprudentes cócteles antes de la cena completaron el desastre. Anson se dirigió a los invitados ruidosamente, un poco agresivo, durante quince minutos y luego se desplomó silenciosamente bajo la mesa, como en un grabado antiguo, pero, a diferencia del grabado antiguo, la escena resultó espantosa sin ser en absoluto pintoresca. Ninguna de las jóvenes presentes comentó el incidente: parecía merecer únicamente silencio. Su tío y dos más lo subieron por las escaleras, e inmediatamente después Paula había hablado por teléfono con su madre.

Una hora más tarde Anson se despertó entre nubes de dolor y angustia, y entre nubes distinguió al cabo de unos segundos la figura de su tío Robert junto a la puerta.

—Digo que si te sientes mejor.

—¿Cómo?

—¿Te sientes mejor, amigo?

—Fatal —dijo Anson.

—Voy a darte otro calmante. Te ayudará a dormir, si no lo vomitas.

Con esfuerzo, Anson apoyó los pies en el suelo y se levantó.

—Estoy perfectamente —dijo con voz apagada.

—Espacio, espacio.

—Creo que si me das una copa de coñac podré bajar las escaleras.

—Ah, no.

—Sí, es lo único que necesito. Ya estoy bien. Me figuro que me estarán poniendo verde.

—Saben que te has pasado un poco de rosca —dijo el tío con desaprobación—. Pero no te preocupes. Schuyler ni siquiera ha podido venir. Perdió el conocimiento en el vestuario del club de golf.

Indiferente a todas las opiniones, excepto a la de Paula, Anson estaba decidido a salvar lo que pudiera entre los escombros de la noche, pero, cuando, después de un baño frío, apareció, casi todos los invitados se habían ido. Paula se levantó inmediatamente para volver al hotel.

En el coche reanudaron el diálogo serio y antiguo. Paula sabía que le gustaba beber, pero nunca se hubiera imaginado algo como aquello: tenía la impresión de que quizá, después de todo, no estaban hechos el uno para el otro. Sus ideas sobre la vida eran demasiado diferentes, y así sucesivamente. Cuando acabó de hablar, Anson tomó la palabra, absolutamente sobrio. Luego Paula dijo que tenía que pensarlo, que no podía tomar una decisión aquella noche; no estaba enfadada, sino terriblemente dolida. Ni siquiera le dejó entrar en el hotel con ella, pero cuando salía del coche se inclinó y le dio un beso triste en la mejilla.

La tarde siguiente Anson mantuvo una larga conversación con la señora Legendre mientras Paula escuchaba en silencio. Llegaron al acuerdo de que Paula meditaría sobre el incidente durante un periodo razonable y que luego, si madre e hija lo consideraban oportuno, se reunirían con Anson en Pensacola. Anson, por su parte, pidió perdón con sinceridad y dignidad: eso fue todo. Con todas las cartas a su favor, la señora Legendre fue incapaz de obtener ninguna ventaja sobre Anson. Anson no prometió nada, no demostró ninguna humildad, y se limitó a hacer algún sensato comentario sobre la vida, que al final le dio cierto aire de superioridad moral. Cuando regresaron al Sur tres semanas después, ni Anson, satisfecho, ni Paula, aliviada porque volvían a encontrarse, se dieron cuenta de que el momento psicológico había pasado para siempre.

#### IV.

Anson la dominaba y atraía, y al mismo tiempo la llenaba de angustia. Confundida por aquella mezcla de fortaleza y disipación, de sensibilidad y cinismo —incongruencias que su mentalidad tradicional era incapaz de entender—, Paula empezó a pensar que Anson tenía dos personalidades que se alternaban. Cuando se veían a solas o en una fiesta, o, por casualidad, en compañía de

alguien inferior a él, se sentía verdaderamente orgullosa de su fuerte y atractiva personalidad, de su gran inteligencia, paternal y comprensiva. Pero en compañía de otros se sentía incómoda cuando lo que había sido una refinada impermeabilidad al simple formalismo de las buenas maneras mostraba su otra cara. La otra cara era ordinaria, burlona, indiferente a todo lo que no fuera diversión. Entonces, por un tiempo, trataba de quitarse a Anson de la cabeza, e incluso emprendió un breve y furtivo experimento con un antiguo admirador, pero fue inútil: después de cuatro meses bajo la influencia de la envolvente vitalidad de Anson, todos los hombres le parecían de una palidez anémica.

En julio Anson fue destinado al extranjero. La ternura y el deseo aumentaron. Paula pensó en un matrimonio de última hora, y se arrepintió porque Anson siempre olía a cóctel, pero la despedida la puso enferma, físicamente enferma de tristeza. Tras la partida le escribió largas cartas, doliéndose por los días de amor que, esperando, habían perdido. En agosto el avión de Anson cayó al mar del Norte. Fue rescatado por un destructor después de pasar una noche en el agua y fue internado en un hospital, con pulmonía. El armisticio se firmó antes de que Anson fuera repatriado por fin.

Entonces, cuando volvían a presentárseles todas las oportunidades, sin ningún obstáculo material que superar, los secretos velos de sus temperamentos se interpusieron entre ellos: secaron sus besos y sus lágrimas, hicieron que sus voces se apagaran entre sí, sofocaron la conversación íntima de sus corazones hasta que la antigua comunicación sólo fue posible por carta, a distancia. Una tarde un periodista, cronista de sociedad, esperó dos horas en casa de los Hunter la confirmación de su compromiso. Anson desmintió la noticia, a pesar de que una edición anterior la había publicado con grandes titulares: se les había visto «constantemente juntos en Southampton, Hot Springs y Tuxedo Park». Pero el diálogo serio y antiguo había desembocado de repente en una pelea interminable, y el amor se acababa. Anson se emborrachó escandalosamente y no acudió a una cita, y Paula le reprochó su comportamiento. La desesperación cedió ante su orgullo y su dominio de sí mismo: el compromiso se rompió definitivamente.

«Corazón mío», decían entonces las cartas de Anson y Paula «corazón, corazón mío, cuando me despierto a medianoche y pienso en lo que, después de todo, nunca será, me dan ganas de morirme. No puedo seguir viviendo. Quizá cuando nos veamos este verano podamos hablar más despacio y decidir otra cosa. Estábamos tan nerviosos y tan tristes aquel día... Sé que no podré vivir la vida entera sin ti. Hablas de otras personas. ¿No sabes que no existe nadie para mí, que sólo existes tú?»

Y, aunque alguna vez Paula, en sus vagabundeos por el Este con ánimo de llamar su atención mencionara lo mucho que se divertía, Anson era demasiado perspicaz para inquietarse. Cuando en sus cartas encontraba el nombre de algún hombre se sentía más seguro que nunca de los sentimientos de Paula y un poco desdeñoso: siempre había estado por encima de aquellas cosas. Pero seguía teniendo esperanzas: algún día se casarían.

Y, mientras, se sumergió de lleno en el tumulto y el esplendor del Nueva York de después de la guerra, empezó a trabajar en la Bolsa, se hizo socio de media docena de clubes, bailaba hasta muy tarde y vivía en tres mundos diferentes: su propio mundo, el mundo de los jóvenes licenciados de Yale y esa zona del submundo que tiene una de sus fronteras en Broadway. Pero siempre respetó ocho horas completas e intocables que dedicaba a su trabajo en Wall Street, donde la combinación de sus influyentes contactos familiares, su aguda inteligencia y su exuberante energía física lo llevaron casi inmediatamente a lo más alto. Poseía una de esas inteligencias, incalculablemente valiosas, que se dividen en compartimentos. Alguna vez apareció en su despacho después de dormir menos de una hora, pero no era un caso frecuente. Así que, ya en 1920, sus ingresos, entre sueldo y comisiones, superaban los doce mil dólares.

A medida que la tradición de Yale se perdía en el pasado, en Nueva York Anson se iba convirtiendo en una figura cada vez más conocida y admirada entre sus compañeros de curso, mucho más de lo que lo había sido en la universidad. Vivía en una casa suntuosa, y contaba con los medios necesarios para introducir a los jóvenes en otras casas suntuosas. Parecía, además, tener la vida asegurada, mientras que los demás, en su mayoría, sólo habían llegado a un nuevo y precario punto de partida. Empezaron a tomarlo como referencia para sus diversiones y escapadas, y Anson siempre respondía de buena gana, y disfrutaba ayudando a la gente y resolviéndole sus asuntos.

Ya no hablaban de hombres las cartas de Paula: ahora resonaba en ellas una nota de ternura que antes no existía. Por diversas fuentes sabía que tenía un pretendiente fijo, Lowell Thayer, un bostoniano rico y de alta posición social, y, aunque estaba seguro de que aún lo quería, le

inquietaba pensar que, a pesar de todo, podía perderla. Salvo un día, que fue una desilusión, Paula llevaba casi cinco meses sin aparecer por Nueva York, y, a medida que los rumores aumentaban, sentía más ganas de verla. En febrero se tomó unas vacaciones y fue a Florida.

Palm Beach se extendía saludable y opulenta entre el zafiro rutilante del lago Worth, manchado aquí y allá por los yates anclados, y la inmensa franja celeste del océano Atlántico. Las moles imponentes del Hotel Breakers y del Hotel Royal Ponciana se erguían como dos panzas gemelas sobre la luminosa línea de arena, y alrededor se arracimaban el Dancing Glade, el casino y una docena de tiendas de modas tres veces más caras que las tiendas de Nueva York. En la terraza del Hotel Breakers doscientas mujeres daban un paso a la derecha, un paso a la izquierda, giraban y se entregaban a la célebre gimnasia conocida como *double-shuffle*, mientras, a contratiempo, doscientas pulseras tintineaban, arriba y abajo, en doscientos brazos.

En el Club Everglades, ya de noche, Paula, Lowell Thayer, Anson y un cuarto jugador ocasional jugaban al bridge con buenas cartas. La cara de Paula, seria y agradable, le parecía a Anson pálida y cansada: Paula llevaba dando vueltas cuatro, cinco años. Hacía tres años que la conocía.

—Dos picas.

—¿Un cigarrillo? Ah, perdón. Me toca a mí.

—Doblaré tres picas.

Había una docena de mesas de juego en la sala, que iba llenándose de humo. Los ojos de Anson y Paula se encontraron, se miraron con insistencia, incluso cuando la mirada de Thayer se interpuso.

—¿Cuál es la apuesta? —preguntó Thayer, distraído.

Rosa de Washington Square

—cantaban los más jóvenes en un rincón—

*Me estoy marchitando*

*en este aire de sótano...*

El humo se espesaba como niebla y, al abrirse una puerta, la corriente de aire llenó la habitación de remolinos de ectoplasma. Ojitos Brillantes pasó como un rayo entre las mesas buscando al señor Conan Doyle entre los ingleses que en el vestíbulo del hotel representaban el papel de ingleses.

—Se podría cortar con un cuchillo.

—... cortar con un cuchillo.

—... con un cuchillo.

Cuando acabó la partida, Paula se levantó de repente y le dijo algo a Anson, en voz baja, nerviosa. Casi sin dignarse mirar a Lowell Thayer, cruzaron la puerta y bajaron una larga escalera de peldaños de piedra, y pronto paseaban por la playa, cogidos de la mano, a la luz de la luna.

—Corazón, corazón...

Se abrazaban en las sombras, con pasión, imprudentemente. Entonces Paula separó la cara para que los labios de Anson pudieran decir lo que quería oír: sentía cómo las palabras iban formándose mientras se besaban de nuevo... De nuevo se separó, a la escucha, pero, mientras Anson volvía a acercársele, se dio cuenta de que no había dicho nada, sólo «Corazón, corazón...», con aquel susurro profundo, triste, que siempre la había hecho llorar. Humildemente, obedientemente, sus sentimientos se rendían ante él, y las lágrimas le corrían por la cara, pero el corazón seguía exclamando: «Pídemelo, Anson, amor mío, pídemelo».

—Paula... Paula...

Las palabras le oprimían el corazón como unas manos, y Anson, al sentirla temblar, supo que aquella emoción ya era bastante. No era necesario que dijera nada más, que hiciera depender sus destinos de un enigma poco práctico. ¿Para qué iba a hacerlo, si podía tenerla así, mientras ganaba tiempo, otro año, siempre? Pensaba en los dos, y más en ella que en sí mismo. Por un instante,

cuando Paula dijo de repente que debía volver al hotel, dudó, y pensó primero: «Ha llegado el momento», e inmediatamente: «No. Esperaremos. Es mía».

Olvidaba que las tensiones de aquellos tres años también habían consumido íntimamente a Paula: los sentimientos de Paula cambiaron para siempre aquella noche.

A la mañana siguiente Anson volvió a Nueva York, nervioso e insatisfecho. [Coincidió en el tren con una preciosa debutante y comieron juntos un par de días. Al principio le contó algo de Paula e inventó una misteriosa incompatibilidad que los separaba irremediablemente. La chica tenía un temperamento impulsivo, desenfrenado, y las confidencias de Anson la halagaron. Como el soldado de Kipling, Anson podría haber conseguido lo mejor de ella antes de llegar a Nueva York, pero por fortuna estaba sobrio y se dominó.] A finales de abril, sin previo aviso, recibió un telegrama desde Bar Harbor en el que Paula le decía que se había prometido con Lowell Thayer y que se casarían inmediatamente en Boston. Lo que jamás había creído que pudiera suceder, por fin había sucedido.

Aquella mañana se empapó de whisky, se fue al despacho trabajó sin descanso, como si temiera que pasara algo si se detenía. Al atardecer salió como siempre, sin decir una palabra sobre lo ocurrido. Parecía afectuoso, de buen humor, atento. Pero había algo que no podía evitar: durante tres días, donde estuviera y con quien estuviera, de repente hundía la cabeza entre las manos y se echaba a llorar como un niño.

## V.

En 1922, cuando Anson acompañó al extranjero al socio menos antiguo de la empresa para estudiar ciertos créditos en Londres, el viaje fue un signo de que iba a ser aceptado como socio en la empresa. Ya tenía veintisiete años y había ganado peso, aunque no era gordo, y se comportaba como si tuviera más edad. Viejos y jóvenes lo apreciaban y confiaban en él, y las madres se sentían tranquilas cuando le encomendaban a sus hijas, porque tenía un modo muy particular, cuando entraba en un salón, de ponerse a la altura de las personas de más edad y más conservadoras. «Ustedes y yo», parecía decir, «somos personas sólidas. Entendemos el mundo.»

Tenía un conocimiento instintivo y piadoso de las debilidades de hombres y mujeres y, como un sacerdote, por esta circunstancia, se preocupaba mucho de respetar las apariencias. Solía dar clases de catequesis los domingos por la mañana en una conocida iglesia episcopal, aunque sólo una ducha fría y un rápido cambio de chaqueta lo separaba de una noche desenfrenada. [Un día, como obedeciendo a un impulso compartido, algunos chicos se levantaron de la primera fila y se pasaron a la última. Contaba con frecuencia esta anécdota, que usualmente era recibida con alegres carcajadas.]

Después de la muerte de su padre, se había convertido en cabeza de familia, y, en efecto, dirigía los destinos de los hijos más jóvenes. A causa de una complicación legal, su autoridad no alcanzaba al patrimonio paterno, administrado por el tío Robert, el miembro de la familia aficionado a los caballos, hombre bueno, excelente bebedor, miembro de la camarilla que tiene su centro en Wheatley Hills.

El tío Robert y su mujer, Edna, habían sido grandes amigos del joven Anson, y el tío se sintió desilusionado cuando la superioridad del sobrino no desembocó en un gusto por las carreras de caballos parecido al suyo. Lo avaló para que ingresara en un club de la ciudad, el club de América donde el ingreso era más difícil, abierto sólo a miembros de las familias que hubieran contribuido a construir Nueva York (o, con otras palabras, que fueran ricas antes de 1880), y cuando Anson, tras ser aceptado en el club, renunció para darse de alta en el Club de Yale, el no Robert le dijo algunas palabras sobre el asunto. Y, cuando, como remate, Anson renunció a ser socio de la agencia de Bolsa de Robert Hunter, agencia conservadora y algo abandonada, la relación terminó de enfriarse. Como un maestro de escuela que ha enseñado todo lo que sabe, el tío Robert desapareció de la vida de Anson.

Había tantos amigos en la vida de Anson... Y era difícil hablar de uno solo al que no le hubiese hecho algún favor extraordinario, o al que no hubiera puesto alguna vez en apuros con sus ordinarietes o con su costumbre de emborracharse donde y como quisiera. No soportaba que los demás metieran la pata, pero sus patochadas siempre le divertían. Le sucedían las cosas más extrañas, y luego las contaba entre carcajadas contagiosas.

Yo trabajaba en Nueva York aquella primavera y solía comer con él en el Club de Yale, porque nuestra universidad usaba sus instalaciones mientras terminaban nuestro local. Yo había leído la

noticia del matrimonio de Paula y una tarde, cuando le hablé de ella, algo lo empujó a contarme la historia. A partir de entonces me invitó a cenar frecuentemente en su casa y se comportó como si entre nosotros existiera una relación especial, como si, con sus confidencias, me hubiera traspasado una parte de aquellos recuerdos obsesivos.

Me di cuenta de que, a pesar de la confianza de las madres, su actitud con las jóvenes no era indiscriminadamente protectora. Dependía de la chica: si mostraba cierta inclinación a la vida fácil, era mejor que se cuidara de sí misma, incluso con Anson.

—La vida —me explicaría alguna vez— me ha vuelto un cínico.

Cuando decía la vida, quería decir Paula. A veces, sobre todo cuando bebía, perdía un poco la cabeza, y pensaba que Paula lo había abandonado cruelmente.

El «cinismo», o, mejor, la constatación de que no valía la pena dejar escapar a las chicas ligeras por naturaleza, lo condujo a su relación con Dolly Karger. No fue la única relación que mantuvo en aquel tiempo, pero estuvo a punto de afectarle profundamente y ejerció una influencia trascendental en su actitud hacia la vida.

Dolly era la hija de un conocido publicista que se había casado con una representante de la alta sociedad. Se había educado en los mejores colegios, había sido presentada en sociedad en el Hotel Plaza y frecuentaba el Assembly; y sólo unas pocas familias antiguas, como los Hunter, podían discutir que perteneciera a su mundo, pues su fotografía aparecía frecuentemente en los periódicos y recibía una atención envidiable, más atención que muchas chicas sobre las que no cabía discusión posible. Tenía el pelo oscuro, labios de carmín y un cutis perfecto, encendido, que, durante el año siguiente a su puesta de largo, escondió bajo polvos de una tonalidad gris y rosa, porque no estaba de moda aquel color encendido: se llevaba una palidez decimonónica. Vestía de negro, con estilo severo, y, de pie, se metía las manos en los bolsillos, inclinándose un poco hacia adelante con una cómica expresión de desprecio de sí misma. Bailaba primorosamente: bailar era lo que más le gustaba, si exceptuamos flirtear. Desde que tenía diez años había estado enamorada, casi siempre de algún chico que no quería saber nada de ella. Quienes se enamoraban de ella—y eran muchos— la aburrían desde el primer encuentro, pero reservaba para sus fracasos el fuego más cálido de su corazón, y, cuando volvía a encontrarlos siempre lo intentaba de nuevo: alguna vez tuvo éxito, pero fracasaba casi siempre.

Jamás se le pasó por la cabeza a esta gitana de lo inalcanzable que aquéllos que se negaban a quererla tenían cierto rasgo en común: compartían una aguda intuición que descubría la falta de carácter de Dolly no para los sentimientos, sino para encauzar su vida. Anson lo notó el mismo día que la conoció, menos de un mes después de la boda de Paula. Entonces estaba bebiendo mucho y durante una semana simuló que se estaba enamorando de ella. Y luego la abandonó de repente y la olvidó: inmediatamente Anson alcanzó la posición dominante en su corazón.

Como muchas de las chicas de aquel tiempo, Dolly era poco seria e indiscretamente rebelde. La falta de convencionalismo de la generación anterior sólo había sido uno de los aspectos del movimiento de posguerra empeñado en desacreditar costumbres anticuadas: la falta de convencionalismo de Dolly era a la vez más vieja y más pobre, y hallaba en Anson los dos extremos que atraen a las mujeres incapaces de sentir emociones verdaderas: cierto abandono o complacencia indulgente que alternaba con su fuerza protectora. Descubría en el carácter de Anson al sibarita y a la roca firme, y los dos rasgos satisfacían todo lo que su naturaleza necesitaba.

Dolly presentía que la relación iba a ser difícil, pero se equivocaba en los motivos: creía que Anson y su familia esperaban una boda más espectacular, pero intuyó inmediatamente que la tendencia de Anson a beber demasiado le concedía alguna ventaja.

Se veían en las grandes fiestas de presentación en sociedad, y, conforme crecía el encaprichamiento de Dolly, procuraron encontrarse cada vez con mayor frecuencia. Como la mayoría de las madres, la señora Karger creía que Anson era excepcionalmente digno de la máxima confianza, así que le permitía a Dolly acompañarlo a lejanos clubes de campo y a casas de las afueras sin preguntar demasiado y sin dudar de las explicaciones de su hija cuando llegaban tarde. Al principio tales explicaciones quizá fueran verdad, pero los mundanos planes de Dolly para conquistar a Anson pronto cedieron ante la creciente marea de los sentimientos. Los besos en coche y en el asiento trasero de los taxis ya no bastaban, y entonces dieron un paso inesperado.

Durante cierto tiempo abandonaron su mundo y se crearon otro un poco inferior en el que se notaran y comentaran menos las borracheras de Anson y los horarios irregulares de Dolly. Formaban este mundo varios elementos: algunos amigos de los tiempos de Yale y sus mujeres, dos

o tres jóvenes corredores y agentes de Bolsa y un puñado de jóvenes sin compromiso, recién salidos de la universidad, con dinero y propensos a la disipación. Lo mezquino y mediocre de este mundo les concedía, en compensación, una libertad que ni siquiera se permitía a sí mismo. Y además giraba a su alrededor, y le permitía a Dolly el placer de una leve condescendencia, un placer que Anson no podía compartir, pues su vida entera, desde la niñez sin incertidumbres, estaba hecha de condescendencia.

No estaba enamorado de Dolly, y en el invierno largo y febril que duró su relación se lo dijo muchas veces. En primavera estaba cansado: necesitaba renovar su vida, beber de otras fuentes, y comprendió que o rompía inmediatamente con ella o aceptaba la responsabilidad de una seducción definitiva. La actitud alentadora de la familia de Dolly precipitó su decisión: una noche, cuando el señor Karger llamó discretamente a la puerta de la biblioteca para decirle que había dejado una botella de buen brandy en el comedor, Anson sintió que la vida lo estaba acorralando. Aquella misma noche escribió una breve carta a Dolly en la que le decía que se iba de vacaciones y que, dadas las circunstancias, sería mejor que no volvieran a verse.

Era el mes de junio. Como su familia había cerrado la casa y se había ido al campo, Anson vivía transitoriamente en el Club de Yale. Me había mantenido al día de sus relaciones con Dolly — me contaba aquello con humor, porque despreciaba a las mujeres inestables y no les concedía ningún lugar en el edificio social en el que creía—, y, cuando aquella noche me contó que se había peleado definitivamente con ella, me alegré. Yo había visto a Dolly algunas veces, y siempre me había dado lástima su empeño inútil, y me había dado vergüenza saber, sin ningún derecho, tantas cosas sobre ella. Era eso que llaman una criatura preciosa, pero demostraba cierta temeridad que me fascinaba. Su dedicación a la diosa de la disipación hubiera sido menos evidente si Dolly hubiera sido menos animosa: seguramente acabaría dilapidándose a sí misma, así que me alegró saber que yo no sería testigo del sacrificio.

Anson iba a dejar la carta de despedida en la casa de Dolly a la mañana siguiente. Era una de las pocas casas que permanecían abiertas en la zona de la Quinta Avenida, y sabía que la familia Karger, siguiendo las informaciones equivocadas de Dolly, había suspendido un viaje al extranjero para facilitarle las cosas a su hija. Cuando salía del Club de Yale camino de la avenida Madison, Anson vio llegar al cartero y lo siguió. La primera carta que había atraído su mirada llevaba en el sobre la letra de Dolly.

Se imaginaba la carta: un monólogo ensimismado y trágico lleno de los reproches que ya conocía, de recuerdos de recuerdos, de «¿Vfefe pregunto si...», de todas las intimidades inmemoriales que él mismo va le había escrito a Paula Legendre en lo que parecía ser otra época. Apartó algunos sobres con facturas y abrió la carta de Dolly. Para su sorpresa era una nota breve, más bien protocolaria, que decía que Dolly no podía acompañarlo a pasar el fin de semana en el campo porque Perry Hull de Chicago, había llegado inesperadamente a la ciudad. La carta añadía que Anson se lo había merecido: «Si supiera que me quieres como yo, me iría contigo a cualquier sitio y en cualquier momento, pero Perry es tan simpático y tiene tantas ganas de que me case con él...»

Anson sonrió con desprecio: ya tenía experiencia en este tipo de cartas mentirosas. Sabía además que Dolly habría preparado su plan cuidadosamente, y habría llamado seguramente al fiel Perry, calculando la hora de su llegada; sabía que habría pensado mucho la carta, para que lo pusiera celoso sin espantarlo. Como la mayoría de las soluciones intermedias, la carta no expresaba ni fuerza ni vitalidad, sólo miedo y desesperación.

Se había puesto de mal humor. Se sentó en el vestíbulo y volvió a leer la carta. Luego llamó a Dolly por teléfono y le dijo con voz clara y autoritaria que había recibido su nota y que la recogería a las cinco como habían planeado. Casi ni se entretuvo en oír la fingida incertidumbre de su respuesta: «A lo mejor puedo estar contigo una hora». Colgó y se fue al despacho. Por la calle rompió su carta de despedida, y fue tirando al suelo los pedazos.

No estaba celoso —Dolly no significaba nada—, pero, ante aquella patética artimaña, salieron a flote todo su orgullo y cabezonería. No podía pasar por alto la arrogancia de alguien inferior en inteligencia. Si Dolly quería saber a quién pertenecía, iba a enterarse.

A las cinco y cuarto estaba en la puerta de la casa. Dolly se había arreglado para salir, y Anson oyó en silencio la frase que ella había empezado a decirle por teléfono: «Sólo puedo estar contigo una hora».

—Ponte el sombrero, Dolly —dijo—. Vamos a dar un paseo. Paseaban por la avenida Madison y la Quinta Avenida, mientras la camisa se empapaba de sudor sobre el cuerpo ancho de Anson: hacía mucho calor. Anson habló poco, regañándole, sin palabras de amor, y, antes de dejar atrás seis



manzanas de casas, otra vez era suya. Se disculpaba por la carta: prometía, como penitencia, no ver a Perry. Le daría lo que quisiera. Creía que había venido porque había empezado a quererla.

—Tengo calor —dijo Anson cuando llegaron a la calle 71—. Llevo un traje de invierno. ¿Te importaría esperarme un momento si voy a casa a cambiarme? Sólo tardaré un minuto.

Dolly era feliz: la intimidad de que tuviera calor, como cualquier aspecto físico de Anson, la excitaba. Cuando llegaron a la cancela y Anson sacó la llave sintió una especie de placer.

La planta principal estaba a oscuras y, mientras Anson subía en el ascensor, Dolly recorrió una cortina y miró a través de visillos opacos las casas de enfrente. Oyó cómo se detenía el ascensor y, con la idea de gastarle una broma a Anson, apretó el botón para que volviera a bajar. Entonces, obedeciendo a algo que era más que un impulso, entró en el ascensor y subió al piso que pensaba que era el de Anson.

—Anson —llamó, riéndose un poco.

—Un momento —contestó desde el dormitorio. Y un instante después—: Ya puedes entrar.

Se había cambiado y estaba abotonándose el chaleco.

—Ésta es mi habitación —dijo despreocupadamente—. ¿Te gusta?

Dolly vio la foto de Paula en la pared y la miró fascinada, como Paula, cinco años antes, había mirado las fotos de las novias infantiles de Anson. Sabía algo de Paula: lo poco que sabía la había atormentado más de una vez.

De repente se acercó a Anson, tendiéndole los brazos. Se abrazaron. En la ventana temblaba ya el crepúsculo, artificial y suave, aunque el sol aún lucía sobre el tejado de enfrente. Dentro de media hora la habitación estaría completamente a oscuras. La ocasión imprevista les turbaba, les cortaba la respiración: se abrazaron con más fuerza. Era inminente, inevitable. Abrazándose todavía, levantaron la cabeza, y sus miradas se posaron juntas sobre la foto de Paula, que los observaba desde la pared.

Entonces Anson dejó caer los brazos y, sentándose al escritorio, trató de abrir el cajón con un manojo de llaves.

—¿Quieres beber algo? —preguntó con voz ronca.

—No, Anson.

Se llenó medio vaso de whisky, se lo bebió y abrió la puerta que daba al pasillo.

—Vamos —dijo.

Dolly dudó.

—Anson... He decidido que me voy al campo contigo esta noche. ¿Lo entiendes?

—Claro que sí —respondió con brusquedad.

Se dirigieron a Long Island en el coche de Dolly, más unidos sentimentalmente que nunca. Sabían qué iba a suceder, sin la cara de Paula recordándoles que faltaba algo: nada les importaría cuando estuvieran solos en la tranquila y calurosa noche de Long Island.

La casa de Port Washington donde pensaban pasar el fin de semana era de una prima de Anson que se había casado con un comisionista del cobre de Montana. En la casa del guarda empezaba un camino interminable que serpenteaba bajo álamos recién trasplantado hasta llegar a una villa de estilo español, enorme y rosa. Anson la visitaba con frecuencia.

Después de cenar fueron a bailar al Club Linx. Poco después de medianoche Anson se aseguró de que sus primos no volverían antes de las dos. Entonces dijo que Dolly estaba cansada, que iba a llevarla a la casa y que después volvería al club. Casi temblando de excitación se fueron en un coche prestado, camino de Port Washington. Cuando llegaron a la casa del guarda, Anson paró y habló con el vigilante nocturno.

—¿Cuándo haces la próxima ronda, Cari?

—Ahora.

—¿Te quedarás hasta que vuelvan todos?

—Sí, señor.

—Estupendo. Oye, si algún coche, sea el que sea, se dirige a la casa, llama por teléfono inmediatamente —puso un billete de cinco dólares en la mano de Cari—. ¿Está claro?

—Sí, señor Anson —natural del Viejo Continente, no hizo ningún guiño ni sonrió. Mientras, Dolly miraba hacia otra parte.

Anson tenía llave. Dentro de la casa, preparó unas bebidas —Dolly no tocó la suya—, comprobó dónde estaba el teléfono y se aseguró de que podía oírlo desde sus habitaciones, que estaban en el primer piso.

Cinco minutos más tarde llamó a la puerta de la habitación de Dolly.

—¿Anson?

Entró y cerró la puerta. Dolly estaba acostada, esperando nerviosa, con los codos en la almohada. Se sentó a su lado y la abrazó.

—Anson, querido.

No respondió.

—Anson... Anson... Te quiero. Dime que me quieres. Dímelo ahora. ¿No puedes? ¿Aunque no sea verdad?

No la escuchaba. Mirando por encima de su cabeza, le pareció ver el retrato de Paula colgado en la pared.

Se levantó y se acercó: el marco resplandecía débilmente con el triple reflejo de la luz de la luna: enmarcaba la vaga sombra de una cara que no conocía. Casi sollozando, se volvió y miró fijamente, con odio, a la figurilla que estaba en la cama.

—Esto es absurdo —dijo con voz apagada—. No sé en que estaba pensando. No te quiero: es mejor que esperes a otro que te quiera. Yo no te quiero ni poco ni mucho, ¿no lo entiendes?

Se le quebró la voz, y salió rápidamente. Bebía una copa en el salón, le temblaba la mano, cuando la puerta de la casa se abrió de repente y entró su prima.

—Ah, me he enterado de que Dolly se sentía mal —dijo con preocupación—. Me he enterado de que se sentía mal...

—No es nada —la interrumpió, elevando la voz para que también se oyera en la habitación de Dolly—. Estaba un poco cansada. Se ha acostado.

Desde entonces, durante mucho tiempo, Anson creyó que un Dios protector interviene algunas veces en los asuntos humanos. Pero Dolly Karger, que no podía dormirse, con los ojos fijos en el techo, no volvió a creer en nada.

## VI.

Cuando Dolly se casó durante el otoño siguiente, Anson estaba en Londres en viaje de negocios. Como la boda de Paula, fue algo imprevisto, pero le afectó de otra manera. Al principio le pareció gracioso, y le daban ganas de reír cuando se acordaba. Pero luego empezó a desanimarse: la noticia le hacía sentirse viejo.

Parecía que las cosas se repetían, aunque Paula y Dolly pertenecían a generaciones distintas. Tuvo un anticipo de la sensación de un hombre de cuarenta años que se entera de la boda de la hija de un antiguo amor. Mandó un telegrama de felicitación y, no como en el caso de Paula, el telegrama era sincero: jamás había creído de verdad que Paula pudiera ser feliz.

Cuando volvió a Nueva York se convirtió en socio de la empresa donde trabajaba, y, conforme aumentaban sus responsabilidades, le fue quedando menos tiempo libre. La negativa de una compañía de seguros a hacerle un seguro de vida le impresionó tanto que dejó de beber un año, y presumía de sentirse mucho mejor físicamente, aunque yo creo que echaba de menos contar alegremente aquellas aventuras cellinianas que, en los primeros años de la veintena, habían ocupado una parte muy importante de su vida. Pero nunca abandonó el Club de Yale. Era una figura en el club, una personalidad, y la tendencia de sus antiguos compañeros de curso —ya hacía siete años que habían dejado la universidad— a frecuentar lugares más serios era frenada por su presencia.

Nunca tenía la agenda demasiado llena, ni la mente demasiado cansada para prestarle ayuda a quien se la pidiera. Lo que al principio hacía por orgullo y por convicción de su propia superioridad, se había convertido en costumbre y pasión. Y siempre había algo: uno de sus hermanos menores con problemas en New Haven; un amigo que se había peleado con la mujer y quería arreglarlo;

conseguirle trabajo a uno y aconsejarle a otro cierta inversión. Pero la especialidad de Anson era resolver los problemas de los matrimonios jóvenes. Los matrimonios jóvenes lo fascinaban, sus apartamentos le parecían casi sagrados: conocía la historia de sus noviazgos, les aconsejaba dónde y cómo vivir, y recordaba el nombre de sus hijos. Hacia las jóvenes esposas mantenía una actitud circunspecta: jamás se aprovechaba de la confianza que sus maridos depositaban en él, algo verdaderamente extraño si se tienen en cuenta sus confesadas aventuras.

Llegó a sentir como suyos los placeres de los matrimonios felices, y una agradable melancolía cuando alguno se estropeaba. No había temporada en que no le tocara ser testigo del fracaso de una unión que quizá él mismo había apadrinado. Cuando Paula se divorció y casi inmediatamente volvió a casarse con otro de Boston pasó una tarde entera hablándome de ella. Nunca quiso a nadie como había querido a Paula, pero insistía en que le era indiferente desde hacía mucho tiempo.

—Jamás me casaré —llegó a decir—. He visto muchas bodas, y sé que un matrimonio feliz es una cosa rarísima. Y ya soy demasiado viejo.

Pero creía en el matrimonio. Como todos los nacidos de un matrimonio afortunado y feliz creía apasionadamente en el matrimonio, y como, viera lo que viera, nada podía minar su fe, su cinismo se disolvía como humo. Pero creía de verdad que era demasiado viejo. A los veintiocho años empezó a admitir con ecuanimidad la perspectiva de un matrimonio sin amor; eligió a una joven de Nueva York perteneciente a su misma clase social, una chica agradable, inteligente, compatible con él, irreprochable, e hizo lo posible por enamorarse. Las cosas que le había dicho a Paula con sinceridad, y con elegancia a las demás, ya no sabía decirlas sin una sonrisa, ni con el calor necesario para que resultaran convincentes.

—A los cuarenta años —dijo a sus amigos— alcanzaré la madurez. Me enamoraré de alguna corista, como todos.

Pero perseveró en su intento. Su madre quería verlo casado, y Anson podía permitirse sin problemas una boda: era agente de Bolsa y ganaba 25.000 dólares al año. La idea era agradable: cuando sus amigos —pasaba casi todo su tiempo con el grupo que se había creado alrededor de Dolly y él— se encerraban por la noche tras las paredes del hogar, Anson no conseguía disfrutar de la libertad. Y llegaba a preguntarse si no debería haberse casado con Dolly. Ni siquiera Paula lo había querido más que ella, y empezaba a darse cuenta de lo raro que resulta encontrar, en el transcurso de una vida, emociones sinceras.

Empezaba a dejarse dominar por aquel estado de ánimo, cuando llegó a sus oídos una historia inquietante. Su tía Edna, que ya había cumplido los cuarenta, mantenía sin esconderse una aventura con un joven disoluto y bebedor llamado Cary Sloane. Todo el mundo lo sabía, menos el tío de Anson, Robert, que, seguro de la fidelidad de su mujer, fanfarroneaba en todos los clubes desde hacía quince años.

Anson oyó la historia una y otra vez con creciente irritación. Recuperó algo del viejo afecto que había sentido por su tío, un sentimiento que rebasaba lo estrictamente personal: era un salto atrás una vuelta a la solidaridad familiar en la que se basaba su orgullo. Su intuición supo distinguir el elemento esencial del problema: que su tío no sufriera. Era su primera experiencia en un caso en el que nadie había pedido su intervención, pero, conociendo el carácter de Edna creía que podía ocuparse del asunto mejor que su tío y mejor que un juez.

Su tío estaba en Hot Springs. Anson investigó y comprobó las fuentes del escándalo para que no existiera posibilidad de error llamó a Edna y la invitó a comer en el Plaza al día siguiente. Algo en el tono de su voz debió de asustarla, y se mostró poco dispuesta a aceptar, pero Anson insistió, proponiendo retrasar la cita, hasta que no le quedaron excusas.

Se encontraron a la hora fijada en el vestíbulo del Plaza: era una rubia de ojos grises, encantadora, marchita, con un abrigo de marta rusa. Cinco enormes anillos, fríos de diamantes y esmeraldas, brillaban en sus manos finísimas. Se le ocurrió a Anson que la inteligencia de su padre, y no la de su tío, había ganado lo necesario para pagar las pieles y las piedras preciosas, el rico fulgor que mantenía a flote la perdida belleza de Edna.

Aunque Edna percibía la hostilidad de Anson, no se esperaba la franqueza con que abordó la cuestión.

—Edna, me sorprende lo que estás haciendo —le dijo con voz firme—. Al principio, no podía creerlo.

—¿Crear qué? —preguntó con aspereza.

—No hace falta que finjas, Edna. Te estoy hablando de Cary Sloane. Al margen de otras consideraciones, no creía que pudieras tratar a tío Robert...

—Oye, Anson —empezó a decir, irritada, pero la voz perentoria de Anson se impuso.

—... ni a tus hijos de esa manera. Llevas casada dieciocho años y tienes ya edad para saber mejor lo que haces.

—¡No tienes derecho a hablarme así! Tú...

—Sí, tengo derecho. Tío Robert ha sido siempre mi mejor amigo.

Estaba muy emocionado. Sentía verdadera pena por su tío y sus tres primos.

Edna se levantó. No había probado el cóctel de mariscos.

—Esto es lo más ridículo...

—Muy bien, si no quieres escucharme le contaré a tío Robert toda la historia. Tarde o temprano se va a enterar. Y luego iré a ver al viejo Moses Sloane.

Edna se derrumbó en su silla.

—No hables tan alto —le rogó. Las lágrimas le empañaban los ojos—. No sabes cómo suena tu voz. Deberías haber elegido un lugar más reservado para hacerme todas esas acusaciones disparatadas.

Anson no respondió.

—Sí, nunca te he caído bien, lo sé —continuó—. Aprovechas cualquier chisme ridículo para intentar romper la única amistad interesante que he tenido. ¿Qué te he hecho yo para que me aborrezcas así?

Anson siguió esperando, en silencio. Ahora Edna apelaría a su caballerosidad, a su compasión y, por fin, a su elegante superioridad, y cuando Anson se hubiera abierto paso a empujones entre esas tres barreras vendrían las confesiones y habría de luchar a brazo partido con ella. Callando, impenetrable, volviendo constantemente a su mejor arma, que eran sus sentimientos, la intimidó, la sacó de quicio, la fue desesperando conforme pasaba la hora de la comida. A las dos Edna sacó un espejo y un pañuelo, borró la huella de sus lágrimas y se empolvó los pliegues delicados donde se habían depositado. Estaba de acuerdo: esperaría a Anson a las cinco en su casa.

Cuando Anson llegó, estaba tendida en un diván, cubierto por la cretona de los veranos, y las lágrimas que Anson había provocado durante la comida parecían seguir en sus ojos. Entonces advirtió la presencia sombría y angustiada de Cary Sloane junto a la chimenea apagada.

—¿Qué es lo que quieres? —estalló Sloane inmediatamente—. Tengo entendido que invitaste a Edna a comer y la amenazaste fundándote en calumnias vulgares.

Anson se sentó.

—No tengo razones para pensar que sean calumnias.

—He oído que vas a ir con el cuento a Robert Hunter y a mi padre.

Anson asintió.

—O acabáis con esto, o lo haré yo —dijo.

—¿Y a ti qué mierda te importa, Hunter?

—No pierdas el control, Cary —dijo Edna, nerviosa—. Sólo se trata de demostrarle lo absurdo que...

—En primer lugar, está en juego mi apellido —interrumpió Anson—. Eso es lo único que tienes que tener en cuenta, Cary.

—Edna no pertenece a tu familia.

—¡Claro que sí! —su indignación aumentó—. ¡Pero si le debe esta casa y los anillos que lleva a la inteligencia de mi padre! Cuando se casó con tío Robert no tenía ni un céntimo.

Todos miraron los anillos como si tuvieran una importancia decisiva en la situación. Edna hizo ademán de quitárselos.

—Me figuro que no son los únicos anillos que existen en el mundo —dijo Sloane.

—Ah, es absurdo —exclamó Edna—. Anson, ¿puedes escucharme? He descubierto cómo han empezado todos estos chismes. Ha sido una criada a la que despedí, contratada por los Chilicheff: todos estos rusos les tiran de la lengua a las criadas, y luego no entienden bien lo que les han dicho —dio un puñetazo en la mesa, con rabia.

Y eso que Robert les prestó la limusina un mes entero cuando nos fuimos al Sur el invierno pasado.

—¿Te das cuenta? —se apresuró a intervenir Sloane—. Esa criada ha causado todo el equívoco. Sabía que Edna y yo éramos amigos, y ha ido con el cuento a los Chilicheff. En Rusia dan por supuesto que si un hombre y una mujer...

Convirtió el asunto en una larga disquisición sobre las relaciones sociales en el Cáucaso.

—Si se trata de eso, es mejor que tío Robert se entere —dijo Anson, seco—; así, cuando le lleguen los rumores, sabrá que son mentira.

Adoptando el método que había utilizado con Edna durante el almuerzo dejó que siguieran dándole explicaciones. Sabía que eran culpables y que muy pronto cruzarían el límite entre las explicaciones y las justificaciones para condenarse a sí mismos mucho más terminantemente de lo que él hubiera sido capaz. A las siete tomaron la desesperada decisión de decirle la verdad: la indiferencia de Robert Hunter, la vida vacía de Edna, el flirteo sin trascendencia que había encendido la pasión. Pero, como tantas historias verdaderas, su historia tenía la desgracia de sonar a vieja, y su débil argumentación se estrelló contra la armadura de la voluntad de Anson. La amenaza de recurrir al padre de Sloane acabó de sumirlos en la impotencia, porque el señor Sloane, comisionista de algodón en Alabama, ya retirado de los negocios, era un conocido fundamentalista que dominaba a su hijo asignándole una estricta cantidad mensual fija y asegurándole que, a la próxima extravagancia, la paga se acabaría para siempre.

Cenaron en un pequeño restaurante francés, y la discusión continuó. En cierto momento Sloane recurrió a las amenazas físicas, pero, unos minutos después, la pareja suplicaba a Anson que les concediera un poco de tiempo. Anson fue inflexible. Se había dado cuenta de que Edna empezaba a derrumbarse, de que no convenía ofrecerle la oportunidad de recuperar el ánimo gracias a un renacimiento de la pasión.

A las dos de la mañana, en un pequeño club nocturno de la calle 53, Edna perdió los nervios y pidió que la llevaran a casa. Sloane no había dejado de beber en toda la noche, y estaba a punto de deshacerse en lágrimas: se apoyaba en la mesa y lloriqueaba con la cara entre las manos. Anson aprovechó para imponerles sus condiciones. Sloane pasaría seis meses fuera de la ciudad, que abandonaría en un plazo de cuarenta y ocho horas. Cuando volviera, la relación no sería reanudada, pero, dentro de un año, Edna, si así lo deseaba, podría decirle a Robert Hunter que quería divorciarse e iniciar los trámites necesarios.

Anson se interrumpió un momento, pero la expresión de sus caras lo animó a pronunciar la última palabra.

—Ah, hay otra cosa que podríais hacer —dijo lentamente—: si Edna quiere abandonar a sus hijos, no puedo impedirlos que os escapéis juntos.

—¡Quiero volver a casa! —repitió Edna—. ¿No te parece que ya es bastante por hoy?

Era una noche oscura, aunque desde el fondo de la calle llegaba el resplandor borroso de la Sexta Avenida. A aquella luz, los dos que habían sido amantes se miraron por última vez, y vieron en sus caras trágicas que entre los dos no reunían la juventud ni la fuerza suficientes para impedir la separación eterna. Entonces Sloane se perdió calle abajo y Anson golpeó el brazo de un taxista medio dormido.

Eran casi las cuatro. El agua de las bocas de riego fluía pacientemente por las aceras fantasmales de la Quinta Avenida y las sombras de dos mujeres de la noche aparecieron y desaparecieron en la fachada oscura de la iglesia de Santo Tomás. Y surgieron los desolados arbustos de Central Park, donde Anson había jugado tantas veces cuando era un niño, y los números cada vez más altos, significativos como nombres, de las calles que atravesaban. Esta era su ciudad, pensaba, donde su apellido había sido lucido con orgullo a lo largo de cinco generaciones. Ningún cambio podría alterar la solidez de su posición en la ciudad, porque el cambio era el sustrato esencial sobre el que él y los que llevaban su apellido se identificaban con el espíritu de Nueva York. La capacidad de iniciativa y el poder de la voluntad —pues sus amenazas, en manos más débiles, hubieran sido menos que nada— habían limpiado el polvo que se acumulaba sobre el nombre de su tío, el nombre de la familia e incluso el nombre de la figura temblorosa que iba sentada a su lado, en el taxi.

El cadáver de Cary Sloane fue encontrado a la mañana siguiente al pie de uno de los pilares del puente de Queensboro. En la oscuridad, en su estado nervioso, Cary había pensado que el agua corría a sus pies, pero, apenas un segundo después, la diferencia resultó insignificante, a no ser que

Cary hubiera planeado dedicarle un último pensamiento a Edna y repetir su nombre mientras se debatía débilmente en el agua.

## VII.

Anson nunca sintió remordimientos por su intervención en este asunto: no era responsable de la situación que la había provocado Pero el justo sufre por el injusto, y se encontró con que su amistad más antigua y, en cierta manera, más preciosa, había terminado. Jamás llegaron a sus oídos las falsedades que fue contando Edna, pero su tío no volvió a recibirlo en su casa.

Poco antes de Navidad la señora Hunter se retiró al más distinguido de los cielos episcopalianos, y Anson se convirtió oficialmente en el cabeza de familia. Una tía soltera que desde hacía muchos años vivía con ellos llevaba la casa e intentaba con lamentable ineficacia proteger y vigilar a las chicas más jóvenes. Todos los Hunter tenían menos confianza en sí mismos que Anson, y eran más convencionales tanto en lo que se refiere a las virtudes como a los defectos. La muerte de la señora Hunter había aplazado la presentación en sociedad de una de las hijas y la boda de otra, y les había arrebatado a todos algo absolutamente esencial, porque con su desaparición llegó a su fin la discreta y costosa superioridad de los Hunter.

En primer lugar, el patrimonio familiar, considerablemente disminuido por los impuestos de sucesión y destinado a ser dividido entre seis hijos, no era ninguna fortuna considerable. Anson se dio cuenta de que sus hermanas pequeñas solían hablar con bastante respeto de familias que ni siquiera existían hacía veinte años. Su sentido de preeminencia no encontraba eco en sus hermanas, que, a lo sumo, a veces eran convencionalmente esnobs. En segundo lugar, aquél era el último verano que pasarían en la casa de Connecticut. El clamor contra la casa había crecido demasiado: ¿quién quería perder los mejores meses del año encerrado en aquel pueblo sin vida? Anson cedió de mala gana: la casa sería puesta a la venta en otoño, y en el próximo verano alquilarían una casa más pequeña en el condado de Westchester. Significaba descender un peldaño de la costosa sencillez que su padre había concebido y, aunque comprendía la rebelión, no podía evitar sentirse disgustado. En vida de su madre no pasaba más de un fin de semana sin ir a la casa, incluso en los veranos más animados.

También a él le afectaba aquel cambio, y, gracias a su extraordinario instinto vital, no se había sumado, cuando tenía poco más de veinte años, a las exequias vanas de aquella clase malograda y ociosa, pero no era plenamente consciente: aún creía que existía una norma, un modelo de sociedad, aunque no existiera ninguna norma, y era dudoso que hubiera existido alguna vez en Nueva York. Los pocos que todavía pagaban y luchaban por entrar en un grupo restringido cuando lo conseguían se encontraban con que no funcionaba como sociedad, o con que, y eso era aún más alarmante, la Bohemia de la que habían huido se sentaba a la mesa con ellos, pero en mejor sitio.

A los veintinueve años la principal preocupación de Anson era su soledad, cada vez mayor. Era evidente que nunca se casaría. Eran incontables las bodas a las que había asistido como testigo o invitado: tenía en su casa un cajón rebosante de corbatas usadas en tal o cual fiesta nupcial, corbatas que simbolizaban amores que ni siquiera habían durado un año, parejas que habían desaparecido completamente de su vida. Pillacorbatas, portaminas de oro, gemelos, regalos de una generación entera de novios habían pasado por su joyero y se habían perdido, y en cada ceremonia nupcial cada vez era menos capaz de imaginarse en el lugar del novio. La felicidad que había deseado de corazón a todos aquellos matrimonios ocultaba la desesperación por su matrimonio nunca celebrado.

Y, cerca de la treintena, empezaron a dolerle las bajas que el matrimonio, especialmente en los últimos tiempos, causaba entre sus amistades. Los grupos de amigos tenían una desconcertante tendencia a disolverse y desaparecer. Sus antiguos compañeros de universidad —a quienes precisamente había dedicado la mayor parte de su tiempo y afecto— eran los más esquivos de todos. La mayoría se había retirado a lo más profundo del ambiente hogareño, dos habían muerto, uno vivía en el extranjero y otro estaba en Hollywood y escribía guiones de películas que Anson iba a ver fielmente.

Casi todos, sin embargo, estaban en permanente viaje de las afueras al centro, con una complicada vida de familia centrada en algún lejano club de campo: este distanciamiento era el que más le dolía.

En los primeros tiempos de su vida matrimonial todos lo habían necesitado. Les había aconsejado sobre su frágil situación económica, como un adivino exorcizaba dudas sobre la oportunidad de traer al mundo un niño en dos habitaciones con baño, y sobre todo era el representante del mundo ancho y ajeno. Pero ahora los problemas económicos pertenecían al pasado y el niño esperado con temor se había convertido en una familia absorbente. Siempre se alegraban de ver a su viejo amigo Anson, pero se ponían para recibirlo el traje de los domingos, intentaban impresionarlo con su nueva relevancia social, y ya no le contaban sus problemas. Ya no lo necesitaban.

Pocas semanas antes de cumplir treinta años se casó el último de sus más viejos e íntimos amigos. Anson desempeñó su acostumbrado papel de padrino, le regaló el acostumbrado juego de té de plata y fue a despedir a los novios, que se iban de viaje en el barco acostumbrado. Era una tarde calurosa de mayo, un viernes, y cuando se alejaba del puerto recordó que había empezado el fin de semana y no tenía nada que hacer hasta la mañana del lunes.

«¿Adonde puedo ir?», se preguntó a sí mismo. Al Club de Yale, naturalmente: bridge hasta la hora de la cena, cuatro o cinco cócteles secos en la habitación de algún conocido y una noche agradable y confusa. Lamentaba que no pudiera acompañarlo el recién casado: siempre habían sabido aprovechar al máximo noches como aquella. Conocían el modo de conquistar a las mujeres y el modo de desembarazarse de ellas, sabían la cantidad exacta de atención que su inteligente hedonismo debía prestarle a una chica. Una fiesta era algo perfectamente organizado: llevabas a ciertas chicas a ciertos locales, gastabas exactamente lo que merecían que gastaras para que se lo pasaran bien; bebías un poco más, no mucho, de lo debido, y, por la mañana, a la hora exacta, te levantabas y decías que te ibas a casa. Evitabas a los estudiantes, a los gorriones, los compromisos para el futuro, las peleas, el sentimentalismo y las indiscreciones. Así era como debía ser. Lo demás era disipación.

A la mañana siguiente nunca te sentías profundamente arrepentido: no habías tomado decisiones irreversibles, pero si habías exagerado y se resentía el corazón, dejabas de beber unos días sin decírselo a nadie y esperabas hasta que la acumulación de aburrimiento te arrastrara a otra fiesta.

El vestíbulo del Club de Yale estaba vacío. En el bar tres estudiantes muy jóvenes lo miraron un segundo, sin curiosidad.

—Hola, Oscar —le dijo al camarero—. ¿Ha venido el señor Cahill esta tarde?

—El señor Cahill ha ido a New Haven.

—¿Y eso?

—Ha ido al fútbol. Ha ido mucha gente.

Anson echó otra ojeada al vestíbulo, se quedó pensativo un momento y se dirigió a la Quinta Avenida. Desde el ventanal de uno de los clubes a los que pertenecía —un club en el que quizá no entraba desde hacía cinco años— lo miró un hombre de cabellos grises y ojos húmedos. Anson miró a otra parte: aquella figura, sumida en una resignación vacía, en una arrogante soledad, le parecía deprimente. Se detuvo y, volviendo sobre sus pasos, atravesó la calle 47, hacia el apartamento de Teak Warden. Teak y su mujer habían sido sus amigos más íntimos: Dolly Karger y Anson solían ir a su casa cuando salían juntos. Pero Teak se había aficionado a la bebida y su mujer había comentado públicamente que Anson era una mala compañía para su marido. El comentario había llegado, muy exagerado, a oídos de Anson, y; cuando por fin se aclararon las cosas, el hechizo de la intimidad se había roto para siempre y sin remedio.

—¿Está el señor Warden? —preguntó.

—Se han ido al campo.

La noticia le dolió de manera inesperada. Se habían ido al campo y él no lo sabía. Dos años antes hubiera sabido la fecha, la hora, les hubiera hecho una visita en el último momento para beber la última copa, y hubieran planeado la próxima cita. Ahora se habían ido sin decirle una palabra.

Anson miró su reloj y pensó en la posibilidad de pasar el fin de semana con su familia, pero el único tren era un tren de cercanías, tres horas de traqueteo y calor agobiante. Y tendría que pasar el sábado en el campo, y el domingo: no estaba de humor para jugar al bridge en la terraza con educados estudiantes de último curso, ni para bailar después de la cena en un hotel de carretera, una caricatura de la alegría que tanto había apreciado su padre.

«No», se dijo. «No.»

Era un hombre serio, imponente, joven, un poco gordo ya, pero, por lo demás, sin ningún signo de disipación. Hubiera podido ser tomado por el pilar de algo —en ciertos momentos se tenía la certeza de que no podía tratarse de la sociedad; en otros, de que no podía tratarse de otra cosa—, el pilar de la ley o de la Iglesia. Durante unos instantes permaneció inmóvil en la acera, ante un edificio de apartamentos de la calle 47: quizá era la primera vez en su vida que no tenía absolutamente nada que hacer.

Entonces echó a andar rápidamente por la Quinta Avenida, como si acabara de recordar una cita importante. La necesidad de disimular es una de las pocas características que tenemos en común con los perros, y me imagino a Anson, aquel día, como un perro de raza bien adiestrado que ha visto cómo le cerraban sin motivo una puerta conocida. Anson iba a ver a Nick, barman de moda en otro tiempo, solicitadísimo en todas las fiestas privadas, empleado ahora en las bodegas laberínticas del Hotel Plaza, donde se ocupaba de que se mantuviera frío el champán sin alcohol.

—Nick —dijo—, ¿qué ha pasado con todo?

—Está muerto —dijo Nick.

—Prepárame un whisky con limón —Anson le pasó una botella de medio litro por encima del mostrador—. Nick, las mujeres han cambiado; tenía una novia en Brooklyn y se casó la semana pasada sin decirme una palabra.

—¿En serio? ¡Ja, ja, ja! —respondió Nick con diplomacia—. Pues le ha jugado una mala pasada.

—Absolutamente —dijo Anson—. Y habíamos salido juntos la noche antes.

—Ja, ja, ja! —respondió Nick—. ¡Ja, ja, ja!

—¿Te acuerdas, Nick, de aquella boda en Hot Springs, cuando les obligué a cantar a los camareros y a la orquesta *Dios salve al rey*?

—¿Dónde fue aquello, señor Hunter? —Nick se concentraba, dubitativo—. Si no me equivoco, fue en...

—En la boda siguiente quisieron repetir, y empecé a preguntarme cuánto les había pagado la vez anterior —prosiguió Anson.

—Me parece que fue en la boda del señor Trenholm.

—No conozco a ése —dijo Anson, muy decidido. Le ofendía que un nombre extraño se entrometiera en sus recuerdos. Nick lo notó.

—No, no —admitió—. No sé cómo he podido equivocarme. Era uno del grupo de ustedes... Brakins... Baker...

—Bicker Baker —dijo Anson con entusiasmo—. Me montaron en un coche fúnebre, me cubrieron de flores y me sacaron de la boda.

—Ja, ja, ja —respondió Nick—. Ja, ja, ja.

Fue perdiendo fuerza la actuación de Nick en el papel de viejo criado de la familia, y Anson subió al vestíbulo. Miró alrededor: su mirada se cruzó con la mirada del recepcionista, a quien no conocía, se posó en una flor de la boda que se había celebrado por la mañana, una flor en el filo de una escupidera de bronce, a punto de caer dentro. Salió del hotel y siguió la dirección del sol, rojo de sangre, por Columbus Circle. Y de pronto volvió sobre sus pasos, otra vez hacia el Plaza, y se encerró en una cabina telefónica.

Luego me contaría que me había llamado tres veces aquella tarde, y que había llamado a todos los que podían estar en Nueva York: hombres y mujeres a quienes no veía desde hacía años; una modelo de los tiempos de la universidad cuyo número todavía estaba, borroso, en su agenda, aunque en la central telefónica le dijeron que ni siquiera existía la línea desde hacía años. Por fin la búsqueda se dirigió hacia el campo, y mantuvo breves conversaciones decepcionantes con criadas y mayordomos presuntuosos. Fulano no estaba en casa, estaba montando a caballo, nadando, jugando al golf, había zarpado hacia Europa la semana pasada. ¿De parte de quién?

Era intolerable tener que pasar la noche solo: el tiempo libre que planeas dedicar a estar a solas contigo mismo pierde todo su atractivo cuando la soledad es forzosa. Siempre puedes recurrir a ciertas mujeres, pero las que conocía parecían haberse evaporado, y ni se le ocurrió pagar por una noche en Nueva York en compañía de una extraña: le hubiera parecido algo vergonzoso y clandestino, la diversión de un viajante de comercio de paso por una ciudad desconocida.



Anson abonó las llamadas —la telefonista intentó en vano bromear sobre el importe desmesurado— y por segunda vez aquella tarde se dispuso a salir del Hotel Plaza para ir a no sabía dónde. Junto a la puerta giratoria la silueta de una mujer, evidentemente encinta, se perfilaba contra la luz: un ligero echarpe ocre le temblaba en los hombros cuando la puerta giraba, y entonces ella miraba con impaciencia hacia la puerta, como si estuviera cansada de esperar. En cuanto la vio se apoderó de él una violenta y nerviosa sensación de familiaridad, pero hasta que no la tuvo a un metro de distancia no se dio cuenta de que era Paula.

—¡Pero si es Anson Hunter!

Le dio un vuelco el corazón.

—Paula...

—Es maravilloso. No me lo puedo creer, Anson.

Paula le cogió las manos, y la libertad de aquel gesto le hizo comprender que Paula podía recordarlo sin angustia. Pero a él no le ocurría lo mismo: sentía cómo lo iba dominando aquel bien conocido estado de ánimo que Paula le provocaba, aquella dulzura con la que siempre había acogido el optimismo de Paula, como si temiera empañarlo.

—Estamos pasando el verano en Rye. Pete tenía que venir al Este en viaje de negocios... Sabrás, claro, que me casé con Peter Hagerty... Así que hemos alquilado una casa y nos hemos traído a los niños. Tienes que venir a vernos.

—¿Cuándo te parece? —preguntó sin rodeos.

—Cuando quieras. Ahí está Pete.

La puerta volvió a girar y entró un hombre alto y agradable, de unos treinta años, con la cara bronceada y un bigote bien cuidado. Su impecable forma física contrastaba con el creciente volumen de Anson, evidente bajo un traje ligeramente entallado.

—No deberías estar de pie —dijo Hagerty a su mujer—. ¿Por qué no nos sentamos ahí?

Señalaba las sillas del vestíbulo, pero Paula no parecía muy decidida.

—Tengo que volver pronto a casa —dijo—. Anson, ¿por qué no te vienes y cenas con nosotros esta noche? Todavía está todo un poco desordenado, pero si no te importa...

Hagerty reiteró la invitación con cordialidad.

—Sí, ven y quédate a dormir en casa.

El coche los estaba esperando ante el hotel, y Paula, con gesto cansado, se echó en unos cojines de seda.

—Me gustaría contarte tantas cosas —dijo—. Me va a ser imposible.

—Quiero que me hables de ti. Estoy deseando saber cómo te va —Ay —le sonrió a Hagerty—, eso también me llevaría mucho tiempo. Tengo tres hijos de mi primer matrimonio. Tienen cinco, cuatro y tres años —volvió a sonreír—. No he perdido el tiempo, ¿verdad?

—¿Son niños?

—Un niño y dos niñas. Y han ocurrido un sinfín de cosas y hace un año me divorcié en París y me casé con Pete. Y nada más aparte de que soy inmensamente feliz.

En Rye se detuvieron ante una gran casa cerca del Club Marítimo, de la que surgieron de repente tres niños delgados, de pelo oscuro, que se escaparon de su niñera inglesa y se acercaron entre gritos esotéricos.

Como distraída, con trabajo, Paula los fue cogiendo en brazos, caricia que los niños aceptaban con cierta rigidez, porque evidentemente les habían dicho que tuvieran cuidado de no darle un golpe a mamá. Ni siquiera junto a sus caras frescas el cutis de Paula revelaba el paso del tiempo: a pesar del cansancio, parecía más joven que la última vez que Anson la había visto, hacía siete años, en Palm Beach.

Parecía, durante la cena, preocupada por algo, y después, mientras rendían homenaje a la radio, se echó en el sofá con los ojos cerrados, y Anson llegó a preguntarse si su presencia en aquel momento no sería una molestia. Pero a las nueve, cuando Hagerty se levantó y dijo amablemente que iba a dejarlos solos un rato, Paula empezó a hablar despacio, a hablar de sí misma y del pasado.

—La primera niña —dijo—, la que llamamos Darling, la mayor... Quería morirme cuando supe que me había quedado embarazada, porque Lowell era como un desconocido. No podía creer que la niña pudiera ser mía. Te escribí una carta, pero la rompí. Ay, qué mal te portaste conmigo, Anson.

Era el diálogo, que volvía a empezar, con sus claroscuros y altibajos. Anson sintió cómo revivían los recuerdos.

—Estuviste a punto de casarte, ¿no? —le preguntó Paula—. ¿Con una tal Dolly?

—Nunca he estado a punto de casarme. Lo he intentado, pero nunca he querido a nadie, excepto a ti.

—Ah —dijo. Y un segundo después—: El niño que estoy esperando es el primero que deseo de verdad. Ya ves, ahora estoy enamorada, por fin.

Anson no contestó, dolorido por la traición que suponían aquellas palabras. Y Paula debió de darse cuenta de que aquel «por fin» le había hecho daño, porque añadió:

—Estaba loca por ti, Anson: podrías haber conseguido lo que hubieras querido. Pero no hubiéramos sido felices. No soy suficientemente inteligente para ti. No me gustan las cosas complicadas como a ti —hizo una pausa—. Tú eres incapaz de casarte.

La frase fue como un golpe a traición: quizá era la única acusación que nunca había merecido.

—Me casaría si las mujeres fueran diferentes —dijo—. Si no las conociera demasiado, si las mujeres no lo dejaran a uno inservible para el resto de las mujeres, si tuvieran un poco de orgullo. ¡Si pudiera dormirme un instante y despertarme en un hogar que fuera realmente mío! Porque es para lo que estoy hecho, Paula, y es exactamente eso lo que las mujeres ven, lo que les gusta de mí. Lo único que pasa es que no soporto los requisitos previos que hay que cumplir.

Hagerty volvió poco antes de las once; después de beber un whisky, Paula se levantó y anunció que se iba a la cama. Se acercó a su marido.

—¿Dónde has estado, querido? —preguntó.

—He estado tomando una copa con Ed Saunders.

—Estaba preocupada. Ya creía que me habías abandonado —apoyó la cabeza en el pecho de Hagerty—. Es maravilloso, ¿verdad, Anson? —preguntó.

—¡Desde luego! —dijo Anson, echándose a reír.

Paula levantó la cara hacia su marido.

—Bueno, estoy lista —dijo. Se volvió hacia Anson—: ¿Quieres ver las acrobacias gimnásticas de la familia?

—Sí —dijo con curiosidad.

—Muy bien. ¡Adelante!

Hagerty la cogió en brazos sin esfuerzo.

—Éstas son las acrobacias gimnásticas de la familia —dijo Paula—. Me sube en brazos las escaleras. ¿No es maravilloso?

—Sí —dijo Anson.

Hagerty inclinó la cabeza, y su cara rozó la de Paula.

—Y lo quiero —dijo Paula—. Ya te lo había dicho, ¿no, Anson?

—Sí.

—Es el ser más adorable del mundo, ¿verdad, mi vida? Venga, buenas noches. Allá vamos. Tiene fuerza, ¿eh?

—Sí —dijo Anson.

—Encima de la cama tienes un pijama de Pete. Que duermas bien. Nos veremos en el desayuno.

—Sí —dijo Anson.

VIII.

Los socios más antiguos de la empresa se empeñaron en que Anson pasara el verano en el extranjero. Decían que llevaba casi siete años sin vacaciones. Estaba cansado y necesitaba cambiar de aires Anson se resistía.

—Si me voy —dijo—, no volveré.

—Es absurdo, hombre. Volverás dentro de tres meses y habrás olvidado todos los problemas. Estarás como nuevo.

—No —negó con la cabeza, testarudo—. Si lo dejo, no volveré al trabajo. Si lo dejo, significa que me he rendido: se acabó.

—Estamos dispuestos a correr ese riesgo. Quédate fuera seis meses, si quieres. No tememos que nos abandones. Te sentirías un desgraciado si no trabajaras.

Le reservaron el pasaje. Querían a Anson —todos querían a Anson— y el cambio que había sufrido había caído como una mortaja sobre el despacho. El entusiasmo que siempre había caracterizado su trabajo, el respeto hacia iguales e inferiores, su vitalidad y energía: en los últimos cuatro meses un intenso agotamiento nervioso había transformado todas aquellas cualidades en el quisquilloso pesimismo de un hombre de cuarenta años. En todos los asuntos en los que intervenía resultaba un peso muerto y un obstáculo.

—Si me voy, no vuelvo —decía.

Tres días antes de zarpar, supo que Paula Legendre Hagerty había muerto al dar a luz. En aquella época pasábamos mucho tiempo juntos, porque íbamos a viajar juntos, pero, por primera vez desde que nos conocíamos, no me dijo ni una palabra sobre sus sentimientos, ni vi el menor signo de emoción. Su mayor preocupación era que ya había cumplido los treinta: siempre llevaba la conversación hasta el punto en que podía recordártelo y luego se sumía en el silencio, como si estuviera convencido de que aquella afirmación podía desencadenar una serie de pensamientos autosuficientes. Me sorprendía, como a sus socios, el cambio que había experimentado, y me alegré cuando nuestro barco, el París, se adentró en el húmedo espacio que separa dos mundos, dejando atrás el reino de Anson.

—¿Tomamos una copa? —sugirió.

Entramos en el bar con ese estado de ánimo desafiante que caracteriza el día de la partida y pedimos cuatro martinis. Tras el primer cóctel cambió de repente: se echó hacia delante y me palmeó la rodilla, el primer gesto alegre que le había visto desde hacía meses.

—¿Has visto a la chica de la boina roja? —pregunte)—. ¿Esa muy maquillada que se trajo a dos perros policías para que la despidieran?

—Es guapa —admití.

—Me he informado en la oficina del barco: viaja sola. Voy a hablar con el camarero. Esta noche cenaremos con ella.

Y se fue, y una hora después paseaba con ella, arriba y abajo, por la cubierta, hablándole con su voz clara y potente. La boina roja destacaba como una mancha brillante de color sobre el verde metálico del mar, y de vez en cuando la muchacha levantaba la vista con una relampagueante sacudida de la cabeza y sonreía divertida, interesada, curiosa. Bebimos champán en la cena, y estábamos verdaderamente alegres, y Anson jugó al billar con un entusiasmo contagioso, y varias personas que me habían visto con él me preguntaron quién era. Y Anson y la joven charlaban y reían juntos en un sofá del bar cuando me fui a la cama.

Durante el viaje lo vi menos de lo que me esperaba. Incluso me buscó pareja, pero no había nadie disponible, y sólo lo veía en las comidas. A veces iba al bar, a beber un cóctel, y me hablaba de la chica de la boina roja y de sus aventuras con ella, describiéndolas siempre, como sólo él sabía hacerlo, de manera extravagante y divertida, y me alegró que volviera a ser el de antes o, al menos, aquél que yo había conocido y con el que me sentía cómodo. No creo que pudiera ser feliz a menos que alguna mujer estuviera enamorada de él, obediéndolo como las limaduras de hierro obedecen al imán, ayudándolo a entenderse a sí mismo, prometiéndole alguna cosa. No sé qué. Quizá le prometieran que habría siempre mujeres en el mundo que perderían sus horas más brillantes, vivas y extraordinarias acunando y protegiendo aquella superioridad que abrigaba en su corazón.

## La escala de Jacob

La escala de Jacob apareció en el *Saturday Evening Post* el 20 de agosto de 1927 y entusiasmó a la dirección de la revista: alcanzó una cotiza aon de 3.000 dólares. El relato guarda estrechos vínculos con *Suave es la noche*, pues tanto la relación entre Jacob y Jenny, como la de Dick y Rosemary, se basaban en el interés de Fitzgerald por Lois Moran, la joven actriz de cine a la que había conocido en 1927. Parte de *La escala de Jacob* sería incorporada a *Suave es la noche*.

I.

Era un juicio por asesinato, un juicio sórdido y vil, y Jacob Booth, sentado entre el público, sufriendo en silencio, sentía que, como un niño, había devorado ávidamente algo sin tener hambre, sólo porque estaba al alcance de la mano. Los periódicos habían humanizado el caso, convirtiendo en un barato e ingenioso drama de tesis lo que no era sino un asunto propio de la jungla, así que era difícil conseguir un pase para entrar en la sala del juzgado. La noche anterior le habían ofrecido uno.

Jacob miraba hacia la entrada, donde un centenar de personas, inhalando y exhalando aire con dificultad, generaban un clima de emoción con la impaciencia y el ansia de huir de sus propias vidas. Hacía calor, y el sudor empapaba a la muchedumbre, un sudor visible, grandes gotas como de rocío que caerían sobre Jacob si se abría paso hasta la salida. Alguien, detrás de él, aventuró que el jurado no tardaría ni media hora en volver a la sala con un veredicto.

Con la inevitabilidad de una brújula giró la cabeza hacia la mesa de la acusada y volvió a mirar fijamente la cara enorme e inexpresiva de la asesina, adornada por unos ojos que parecían dos botones rojos. Era la señora Choynski, de soltera Delehanty, y el destino había dispuesto que un día agarrara un hacha de carnicero y partiera en dos a su amante, un marinero. Las manos hinchadas que habían blandido el arma no dejaban de darle vueltas a un tintero; varias veces miró hacia el público con una sonrisa nerviosa.

Jacob frunció el entrecejo y echó un vistazo a su alrededor: había encontrado una cara que le gustaba, pero había vuelto a perderla. La cara se había colado de refilón en su conciencia, mientras se concentraba en una imagen mental de la señora Choynski en acción; ahora había vuelto a desvanecerse en el anonimato de la multitud. Era la cara de una santa morena, de ojos dulces y luminosos, con el cutis pálido y perfecto. La buscó dos veces por la sala, antes de olvidarla, mientras esperaba sentado, rígido e incómodo.

El jurado pronunció un veredicto de asesinato en primer grado; la señora Choynski chilló: «¡Dios mío!». La sentencia fue aplazada hasta el día siguiente. Balanceándose lenta y rítmicamente, el público salió a empujones a la tarde de agosto.

Jacob volvió a ver la cara, y comprendió por qué no la había visto antes. Pertenecía a una joven que estaba junto a la mesa de la acusada: la había tapado la cabeza, de luna llena de la señora Choynski. Ahora los ojos claros y luminosos brillaban llenos de lágrimas, y un joven impaciente con la nariz aplastada intentaba llamar su atención tocándole el hombro.

—¡Váyase! —dijo la chica, perdiendo la paciencia, quitándose la mano de encima—. ¿Quiere dejarme en paz? Mierda, déjeme en paz.

El hombre suspiró profundamente y retrocedió. La chica se abrazó a la aturdida señora Choynski, y un individuo que tampoco terminaba de irse le comentó a Jacob que eran hermanas. Entonces sacaron a la señora Choynski de la sala —su expresión sugería absurdamente que acudía a una cita importante— y la chica se sentó a la mesa de los acusados y empezó a empolvase la cara. Jacob esperaba; y esperaba el joven de la nariz aplastada. El oficial del juzgado apareció con cara de pocos amigos y Jacob le dio cinco dólares.

—¡Mierda! —gritó la chica al joven—. ¿No me puede dejar en paz? —se levantó. Su presencia, las vibraciones oscuras de su exasperación, llenaban el juzgado—. ¡Todos los días lo mismo!

Jacob se acercó. El otro hombre hablaba muy deprisa:

—Señorita Delehanty, hemos sido más que generosos con usted y su hermana y sólo le pido que cumpla su parte en el contrato. Nuestro periódico entra en prensa a las...

La señorita Delehanty se volvió desesperada hacia Jacob.

—¿No es increíble? —preguntó—. Ahora quiere una foto de mi madre y mi hermana cuando era niña.

—Su madre no saldrá en el periódico.

—Quiero la foto de mi madre. Es la única que tengo.

—Le prometo que le devolveré la foto mañana.

—Ah, me pone mala todo esto —volvía a hablar con Jacob, pero sólo lo veía como parte del público indistinto y omnipresente—. ¡Es insoportable!

Chasqueó la lengua, y en aquel ruido se concentró la esencia del desprecio humano.

—Tengo el coche fuera, señorita Delehanty —dijo Jacob inesperadamente—. ¿Quiere que la acompañe a casa?

—Muy bien —respondió con indiferencia.

El periodista imaginó que ya se conocían; empezó a decir algo entre dientes mientras los tres se dirigían a la salida.

—¡Todos los días es igual! —dijo la señorita Delehanty con amargura—. ¡Estos periodistas!

En la calle Jacob le hizo una seña al chófer para que acercara el coche, un descapotable grande y reluciente. Y, mientras el chófer saltaba del descapotable y abría la puerta, el periodista, a punto de echarse a llorar, veía cómo se quedaba sin foto y soltaba una letanía de súplicas.

—¡Tírate al río! —dijo la señorita Delehanty, sentándose en el coche de Jacob—. ¡Tírate-al-río!

Era tan extraordinaria la fuerza de su consejo, que Jacob lamentó que su vocabulario fuera tan limitado. Aquellas palabras no sólo sugerían una imagen del pobre periodista lanzándose al Hudson, sino que convencieron a Jacob de que aquélla era la única manera adecuada y digna de deshacerse de aquel individuo. Dejándolo a merced de su destino acuoso, el coche se alejó calle abajo.

—Usted sabe perfectamente cómo tratar a ese hombre —dijo Jacob.

—No faltaba más —admitió—. Me enfado enseguida y entonces sé cómo tratar a quien se me ponga delante, sea quien sea. ¿Cuántos años me echa usted?

—¿Cuántos tiene?

—Dieciséis.

Lo miraba muy seria, esperando su sorpresa. Su cara, la cara de una santa, una pequeña Virgen ardiente, se elevaba frágilmente sobre el polvo mortal de la tarde. La respiración no alteraba la línea pura de sus labios, y Jacob nunca había visto una textura tan pálida e inmaculada como su piel, nada tan vivo y luminoso como sus ojos. Su propio aspecto, muy cuidado siempre, por primera vez en su vida le parecía vulgar y pobre mientras caía de rodillas ante el corazón de la lozanía.

—¿Dónde vive? —preguntó Jacob. En el Bronx, tal vez en Yonkers, en Albany, o en Baffin's Bay... No le hubiera importado dar la vuelta al mundo, viajar eternamente.

Aquel instante se desvaneció en un segundo, porque la joven empezó a hablar. Las palabras sin importancia cobraban vida en su voz.

—En la calle 133 Este. Vivo con una amiga.

Esperaban a que cambiara el semáforo, y la chica intercambió una mirada arrogante con un individuo que asomaba la cara colorada por la ventanilla de un taxi. El hombre se quitó el sombrero alegremente.

—Debe de ser la secretaria —exclamó—. ¡Menuda secretaria!

Un brazo y una mano aparecieron en la ventanilla del taxi y lo devolvieron a la oscuridad del vehículo.

La señorita Delehanty miró a Jacob: una arruga se insinuaba entre sus cejas, como la sombra de un cabello.

—Me conoce mucha gente —dijo—. Hemos salido mucho en los periódicos.

—Lamento que las cosas hayan ido tan mal.

Parecía que, por primera vez desde hacía media hora, la chica recordaba lo que había pasado aquella tarde.

—Era su destino, señor. Jamás tuvo una oportunidad. Pero nunca han mandado a una mujer a la silla eléctrica en el estado de Nueva York.

—No; eso es verdad.

—Se salvará.

Era como si hablara otra persona: su expresión de tranquilidad conseguía que las palabras, tan pronto como las pronunciaba, asumieran una existencia propia, al margen de ella.

—¿Vivían juntas?

—¿Yo? ¡Oiga, lea los periódicos! Ni siquiera sabía que era mi hermana hasta que me lo dijeron. No la veía desde niña —de pronto señaló hacia uno de los mayores grandes almacenes del mundo—. Ahí trabajo. Pasado mañana vuelvo a coger el pico y la pala.

—Va a hacer calor esta noche —dijo Jacob—. ¿Por qué no vamos a cenar al campo?

La joven lo miró. Su mirada era educada y amable.

—Estupendo —dijo.

Jacob tenía treinta y tres años. Había poseído una prometedor voz de tenor, pero, hacía diez años, una laringitis se la había quitado en una semana de fiebre. En un estado de desesperación bajo el que se ocultaba cierto alivio compró una finca en Florida e invirtió cinco años en convertirla en un campo de golf. Cuando en 1924 subió escandalosamente el precio de los terrenos vendió su propiedad por ochocientos mil dólares.

Las cosas, como a tantos americanos, le interesaban menos que el valor de las cosas. Su apatía no era miedo a la vida ni afectación: era la violencia de su raza, pero exhausta. Era una apatía cómica. Aunque no necesitaba dinero, durante un año y medio había puesto todo su empeño, todo, en casarse con una de las mujeres más ricas de Estados Unidos. Si la hubiera querido, o hubiera fingido quererla, podría haberse casado; pero nunca había sido capaz de sentir la menor emoción, de ir más allá de las mentiras protocolarias.

Era bajo, elegante y guapo. Y, salvo cuando sufría un terrible ataque de apatía, era extraordinariamente encantador. Salía con un grupo de amigos que estaban seguros de ser los mejores de Nueva York y los que mejor se lo pasaban. Durante sus terribles ataques de apatía era como un pajarraco malhumorado, con las plumas de punta, fastidiado, y despreciaba al género humano con todas sus fuerzas.

Apreciaba al género humano aquella noche, a la luz de la luna, en los jardines Borghese. La luna era un huevo radiante, suave y luminoso como la cara de Jenny Delehanty, al otro lado de la mesa. Un airecillo salobre soplaba sobre las grandes casas y recogía en los jardines los aromas de las flores para llevarlos a la terraza del hotel de carretera. Los camareros saltaban de un sitio a otro como duendes en la noche de verano: sus espaldas negras desaparecían en las sombras y sus pecheras blancas brillaban llamativamente cuando surgían de la oscuridad inexplorada.

Bebieron champán, y Jacob le contó a Jenny Delehanty una historia.

—Eres lo más precioso que he visto en mi vida —dijo—, pero resulta que no eres mi tipo, así que no me mueve ningún interés oculto. Pero no puedes volver a los grandes almacenes. Mañana te voy a concertar una cita con Billy Farrelly, que está dirigiendo una película en Long Island. No sé si sabrá apreciar lo maravillosa que eres, porque nunca le he presentado a nadie antes.

La expresión de Jenny permaneció inmutable, aunque una sombra de ironía cruzó por sus ojos. Ya le habían dicho cosas parecidas, pero el director de cine nunca había podido recibirla al día siguiente. O ella había sido lo suficientemente discreta para no recordarles a los hombres lo que le habían prometido la noche anterior.

—No sólo eres maravillosa —continuó Jacob—; eres algo fuera de lo común, superior. Todo lo que haces... sí, coger la copa, fingir ser tímida o fingir que no te fías de mí... surte efecto. Si alguien es lo bastante inteligente para darse cuenta quizá llegues a ser actriz.

—Mi preferida es Norma Shearer.

En el coche, en el viaje de regreso a través de la noche suave, ella ofreció la cara en silencio para ser besada. Reteniéndola en el hueco de su brazo, Jacob rozó su mejilla contra la suavidad de la mejilla de Jenny y luego la miró un largo instante.

—Qué criatura tan hermosa —dijo muy serio.

Jenny le sonrió. Sus manos jugaban convencionalmente con las solapas de su chaqueta.

—Me lo he pasado maravillosamente —murmuró—. ¡Mierda! Espero no tener que volver nunca más al juzgado.

—Espero que no.

—¿Vas a darme un beso de buenas noches?

—Estamos pasando por Great Neck. Muchas estrellas de cine viven aquí.

—Tienes gracia, guapo.

—¿Por qué?

Jenny negaba con la cabeza y sonreía.

—Tienes gracia.

Se había dado cuenta de que Jacob no era como la gente que había conocido. Y a Jacob, sin sentirse halagado, le sorprendía que lo considerara gracioso. Jenny se daba cuenta de que, fueran cuales fueran sus intenciones finales, en aquel momento no quería nada de él. Jenny Delehanty aprendía deprisa. Dejó que la noche le contagiara su solemnidad, dulzura y quietud, y, cuando entraron en la ciudad por el puente de Queensboro, iba medio dormida, echada en el hombro de Jacob.

## II.

Llamó a Billy Farrelly al día siguiente.

—Quiero verte —le dijo—. He descubierto a una chica y me gustaría que le echaras un vistazo.

—¡Santo Dios! —dijo Farrelly—. Eres el tercero que me llama hoy.

—Pero no el tercero que te ofrece lo mismo.

—Muy bien. Si es blanca, puede ser la protagonista de la película que empiezo el viernes.

—Bromas aparte, ¿puedes hacerle una prueba?

—No estoy bromeando. Puede ser la protagonista, ya te lo he dicho. Estoy harto de estas horribles actrices. Me voy a California el mes que viene. Prefiero ser el botones de Constance Talmadge que el dueño de la mayoría de estas jóvenes... —el mal humor irlandés le daba un tono de amargura a su voz—. Sí, Jake, tráemela. Le echaré un vistazo.

Cuatro días después, mientras la señora Choynski, acompañada por dos ayudantes del sheriff, se iba a pasar el resto de su vida a la cárcel de Auburn, Jenny cruzaba, en el coche de Jacob, el puente que lleva a Astoria, en Long Island.

—Tienes que cambiarte el nombre —dijo Jacob—; y recuerda que nunca has tenido una hermana.

—Ya lo había pensado —contestó—. Y también había pensado un nombre: Tootsie Defoe.

—Es malísimo —Jacob se reía—, malísimo.

—Bueno, piensa tú uno, ya que eres tan listo.

—Algo como... Jenny... Jenny... Vamos a ver... ¿Jenny Prince?

—Estupendo, guapo.

Jenny Prince subió las escaleras de los estudios cinematográficos, y Billy Farrelly, con su mal humor irlandés, harto de sí mismo y de su profesión, la contrató para uno de los tres papeles principales de la película.

—Todas son iguales —le dijo a Jacob—. ¡Qué mierda! Las sacas del arroyo hoy y mañana quieren una vajilla de oro. Prefiero ser el botones de Constance Talmadge antes que el dueño de un harén de actrices así.

—¿Te gusta la chica?

—Está bien. Tiene un buen perfil. Pero todas son iguales.

Jacob le compró a Jenny un traje de noche de ciento ochenta dólares y la llevó aquella noche al Lido. Estaba satisfecho de sí mismo y emocionado. Se rieron mucho. Estaban contentos.

—¿Puedes creer que vas a hacer una película? —preguntó.

—Lo más seguro es que mañana me echen a patadas. Ha sido demasiado fácil.

—No, no ha sido fácil. Hemos aprovechado un buen momento psicológico: el humor de Billy Farrelly era exactamente...

—Me cae simpático.

—No es mala persona —coincidió Jacob. Pero se estaba acordando de que ya había otro que también ayudaba a Jenny a abrir las puertas del éxito—. Es un irlandés disparatado, ten cuidado.

—Ya lo sé. Una sabe cuándo un tipo se la quiere llevar a la cama.

—¿Cómo?

—No digo que me quiera llevar a la cama, guapo, pero tiene toda la pinta, ¿entiendes lo que te digo? —una sonrisa de sabelotodo le deformó la cara preciosa—. Le gusta eso; se le nota a primera vista.

Bebían una botella de zumo de uva altamente alcohólico.

El jefe de camareros se acercó a la mesa.

—Te presento a la señorita Jenny Prince —dijo Jacob—. La vas a ver con mucha frecuencia, Lorenzo, porque acaba de firmar un importante contrato para rodar películas. Trátala siempre con el mayor respeto.

Cuando Lorenzo se fue, Jenny dijo:

—Tienes los ojos más bonitos que he visto —le costaba decir aquello, lo mejor que podía ocurrírsele. Estaba seria, triste—. De verdad —murmuró—, los ojos más bonitos que he visto. A cualquier chica le gustaría tener unos ojos así.

Jacob se rió, pero estaba conmovido. Apoyó suavemente la mano en el brazo de Jenny.

—Trabaja de verdad y estaré orgulloso de ti, y juntos lo pasaremos bien de vez en cuando.

—Siempre me lo paso bien contigo —sus ojos se habían clavado en él, se agarraban a él como manos—. De verdad, no bromeo con tus ojos. Siempre crees que estoy de broma. Quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mí.

—No he hecho nada, estás loca. Vi tu cara y... me encantó. Le encantaría a cualquiera.

Apareció la orquesta y los ojos de Jenny, ávidos, se alejaron de Jacob.

Era tan joven... Jacob nunca se había dado cuenta, como en aquel instante, de lo que era la juventud. Siempre se había considerado joven, hasta aquella noche.

Poco después, en la gruta oscura del taxi, entre la fragancia del perfume que le había comprado aquella tarde, Jenny se acercó, se aferró a Jacob. La besó sin placer. No había ni sombra de pasión en los ojos de Jenny, ni en sus labios; el aliento le olía débilmente a champán. Se abrazó con más fuerza, desesperadamente, y Jacob le cogió las manos. Las puso en el regazo de Jenny.

Jenny se separó, ofendida.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto?

—No debería haberte dejado beber tanto champán.

—¿Por qué no? Estoy acostumbrada a beber. Una vez me emborraché.

—Debería darte vergüenza. Y, si me entero de que vuelves a beber, me vas a oír.

—Te crees muy duro, ¿no?

—¿Qué pretendes? ¿Que cualquier camarero del café de la esquina te ponga como un trapo siempre que quiera?

—¡Cállate!

Se quedaron en silencio durante un instante. Y entonces la mano de Jenny se deslizó poco a poco hasta encontrar la de Jacob.

—Me gustas más que todos los tipos que he conocido, y no puedo evitarlo, no puedo.

—Querida, pequeña Jenny —volvió a abrazarla.

Indeciso, inseguro, la besó, y volvió a dejarlo helado la inocencia con que besaba, los ojos que en el momento del contacto parecían mirar más allá, hacia la oscuridad de la noche, hacia la oscuridad del mundo. Jenny no sabía aún que el esplendor está en el corazón; cuando se diera cuenta y se dejara arrastrar por la pasión del universo, podría hacerla suya sin dudas ni remordimientos.



—Te aprecio mucho —dijo—, más que a nadie. Y te repito lo que te he dicho sobre la bebida. No debes beber.

—Haré todo lo que tú quieras —dijo Jenny, y lo repitió mirándolo a los ojos—. Todo.

El coche se detuvo ante el edificio donde vivía Jenny, y Jacob le dio un beso de buenas noches.

Se alejó exultante, viviendo la juventud y el futuro de Jenny con la intensidad con que no vivía su propia vida desde hacía años. Así, apoyándose un poco en el bastón, rico, joven y feliz, se perdió en las calles oscuras, deprisa, hacia un futuro impredecible.

### III.

Un mes después, una noche, Jacob y Farrelly tomaban un taxi juntos. Jacob le dio al taxista la dirección del cineasta.

—Así que te has enamorado de esa chica —dijo Farrelly, de buen humor—. Muy bien, me quitaré de enmedio.

Jacob se sintió molesto.

—No estoy enamorado de ella —dijo con calma—. Billy, me gustaría que la dejaras en paz.

—¡No faltaría más! La dejaré en paz —asintió inmediatamente—. No sabía que te interesara. Ella me dijo que no había podido seducirte.

—Lo importante es que a ti tampoco te interese —dijo Jacob—. Si pensara que de verdad os importáis, ¿crees que estoy tan loco como para inmiscuirme en el asunto? Pero Jenny no te importa en absoluto, y ella sólo está impresionada y un poco fascinada.

—Estoy de acuerdo —asintió Farrelly, ya un poco cansado—. No se me ocurriría tocarla.

Jacob se echó a reír.

—Claro que la tocarías, aunque sólo fuera por no quedarte quieto. Y eso es lo que me molesta: que por tontear le pasara algo.

—Te entiendo. La dejaré en paz.

Jacob tuvo que contentarse con eso. No confiaba en Billy Farrelly, pero creía que Farrelly lo estimaba y lo respetaría, a no ser que hubiera por medio sentimientos más fuertes. Pero que se cogieran las manos bajo la mesa aquella noche le había molestado. Jenny le mintió cuando se lo reprochó: le dijo que, si quería, la llevara a casa, que no volvería a hablar con Farrelly en toda la noche. Y Jacob se había sentido ridículo, como un tonto. Hubiera sido más fácil que, cuando Farrelly le dijo que estaba enamorado, hubiera sido capaz de responder simplemente: «Sí».

Pero no estaba enamorado. La apreciaba más de lo que nunca hubiera podido imaginar. Asistía, observándola, a la formación de un carácter muy personal. A Jenny le gustaban las cosas tranquilas y sencillas. Poco a poco desarrollaba su capacidad de discernimiento, y excluía de su vida lo trivial y lo superfluo. Había intentado que leyera, pero prudentemente se había dado por vencido y la había puesto en contacto con distintos tipos de hombres. Provocaba situaciones y luego se las explicaba, y se sentía satisfecho cuando ante sus ojos crecía el buen gusto y la buena educación de Jenny. Y también sabía apreciar la absoluta confianza que tenía en él y el detalle de que lo usara como punto de referencia para juzgar a otros hombres.

Antes del estreno de la película de Farrelly, a Jenny le ofrecieron un contrato de dos años por la fuerza de su interpretación: cuatrocientos dólares a la semana los seis primeros meses, y aumentos sucesivos hasta el final del contrato. Pero tendría que irse a California.

—¿No prefieres que espere? —dijo, una tarde que volvían del campo—. ¿No prefieres que me quede aquí, en Nueva York, cerca de ti?

—Debes ir a donde exija tu trabajo, y ser capaz de arreglártelas sola. Tienes diecisiete años.

Diecisiete años... Era tan vieja como él; no tenía edad. Sus ojos negros, bajo el sombrero de paja, seguían llenos de futuro, como si no acabara de ofrecer la posibilidad de tirar el futuro por la borda. Entonces dijo:

—Me pregunto si, de no haber aparecido tú, algún otro me hubiera... Me hubiera ayudado a hacer algo de provecho.

—Lo hubieras hecho sola. Quitate de la cabeza que dependes de mí.

—Dependo de ti. Te lo debo todo.

—No, en absoluto —dijo rotundamente, y no dio más razones. Le gustaba que Jenny creyera lo que acababa de decirle.

—No sé qué voy a hacer sin ti. Eres mi único amigo —y añadió—: el único que me interesa. ¿Me oyes? ¿Entiendes lo que quiero decir?

Se rió de ella: le divertía adivinar el nacimiento de una fuerte personalidad en aquel anhelo de ser comprendida. Aquella tarde estaba más hermosa que nunca, frágil, deslumbrante y, para él, más allá del deseo. Pero algunas veces Jacob se preguntaba si aquella ausencia de sexualidad no sería una faceta que, quizá a propósito, ella reservaba para él, sólo para él. Jenny se lo pasaba mejor con hombres más jóvenes, aunque fingiera despreciarlos. Billy Farrelly, amablemente, la había dejado en paz, y a ella le había dado un poco de pena.

—¿Cuándo vendrás a Hollywood?

—Pronto —prometió Jacob—. Y tú volverás a Nueva York.

Jenny estaba llorando.

—¡Te voy a echar tanto de menos! ¡Te voy a echar tanto de menos! —lagrimones de dolor le corrían por las mejillas de marfil tibio—. ¡Mierda! —se quejó, susurrando—. ¡Has sido bueno conmigo! ¿Dónde está tu mano? ¿Dónde está tu mano? Has sido el mejor amigo del mundo. ¿Dónde voy a encontrar un amigo como tú?

Estaba representando un papel, pero a Jacob se le hizo un nudo en la garganta y, durante un instante, le dio vueltas a una idea disparatada, como un ciego que tropezara contra muebles pesados: casarse con ella. Sabía que, con sólo sugerírselo, Jenny se pegaría a él y no conocería a nadie más, porque él la comprendería siempre.

En la estación, al día siguiente, disfrutaba con las flores, con el compartimento del tren y la perspectiva del viaje más largo que había hecho nunca. Cuando, para despedirse, lo besó, sus ojos profundos buscaron los suyos y se apretó contra él como si se rebelara contra la separación. Otra vez lloraba, pero Jacob sabía que aquellas lágrimas ocultaban la alegría de la aventura por territorios desconocidos. Cuando abandonó la estación, Nueva York estaba extrañamente vacía. Había vuelto a ver, a través de los ojos de Jenny, los colores de otro tiempo: ahora se desvanecían en el tapiz gris del pasado. Al día siguiente, en un alto edificio de Park Avenue, visitó la consulta de un especialista a quien no veía desde hacía una década.

—Quiero que vuelva a verme la laringe —dijo—. Aunque no haya muchas esperanzas, quizá haya cambiado la situación.

Se tragó un complicado sistema de espejos. Tomó y expulsó aire, emitió sonidos graves y agudos, tosió cuando se lo ordenaron. El especialista tocaba aquí y allá con mucha ceremonia. Luego se sentó y se quitó la lente con que lo había estado reconociendo.

—Todo sigue igual —dijo—. Las cuerdas vocales están sanas, pero gastadas por el uso. No hay tratamiento para eso.

—Es lo que yo pensaba —dijo Jacob, humildemente, como si hubiera cometido una impertinencia—. Es prácticamente lo mismo que me dijo hace años. No estaba seguro de que fuera definitivo.

Había perdido algo cuando salió del edificio de Park Avenue: casi la esperanza, amado fruto del deseo, de que algún día...

«Nueva York desolada —telegrafió a Jenny—. Cerradas todas las salas de fiestas. Crespones negros en la estatua de la Virtud Cívica. Por favor, trabaja mucho y sé inmensamente feliz.»

«Querido Jacob —decía el telegrama de respuesta—, te echo mucho de menos. Eres el hombre más adorable que he conocido, de verdad, querido. No me olvides, por favor. Con cariño, Jenny.»

Llegó el invierno. Se estrenó la película que Jenny había rodado en el Este, y aparecieron entrevistas y reportajes en las revistas de cine. Jacob no salía de su cuarto, ponía una y otra vez la Sonata a Kreutzer en su nuevo gramófono, y leía sus cartas, escasas y afectadas pero cariñosas, y los artículos que decían que era un descubrimiento de Billy Farrelly. En febrero Jacob se prometió en matrimonio con una vieja amiga, una viuda.

Fueron a Florida, y de repente estaban discutiendo en los pasillos del hotel y en las partidas de bridge, así que decidieron no seguir adelante con aquello. En primavera Jacob reservó un camarote en el París, pero tres días antes de zarpar anuló la reserva y se fue a California.

## IV.

Jenny lo esperaba en la estación. Lo besó y, durante el trayecto en coche hasta el Hotel Ambassador, no se soltó de su brazo.

—Bien, el hombre ha venido —exclamó—. Creía que nunca lo iba a convencer, nunca.

El tono de su voz la traicionaba: revelaba el esfuerzo que hacía para controlarse. Había desaparecido el categórico «¡Mierda!», con todo el asombro, horror, repugnancia o admiración que era capaz de expresar, y no lo habían reemplazado palabras más suaves, como «estupendo» o «magnífico». Si su estado de ánimo exigía alguna expresión extraordinaria no incluida en su repertorio, Jenny guardaba silencio.

Pero a los diecisiete, los meses son años, y Jacob se dio cuenta de que había cambiado: ya no era una niña. Ahora tenía ideas consistentes: nada de nociones vagas y confusas, pues, por instinto, era demasiado educada para eso, sino ideas. Los estudios de cine habían dejado de ser una casualidad divertida, divina, maravillosa; ya no decía: «Daría cinco centavos por no ir mañana a trabajar». El trabajo era parte de su vida. Las circunstancias eran cada vez más duras en una carrera que avanzaba sin respetar sus horas libres.

—Si esta película es tan buena como la otra, es decir, si vuelvo a tener éxito, Hecksher romperá el contrato. Todos los que han visto los copiones dicen que es la primera vez que tengo sex appeal.

—¿Qué son los copiones?

—Lo que se rodó el día anterior. Dicen que es la primera vez que tengo sex appeal.

—No lo había notado —Jacob le tomaba el pelo.

—Tú no lo has notado, pero tengo.

—Ya lo sé —y, movido por un impulso irreflexivo, le cogió la mano.

Jenny lo miró. Jacob sonreía, medio segundo demasiado tarde. Entonces Jenny sonrió, y su entusiasmo y afecto deslumbrantes disimularon el error de Jacob.

—Jake —exclamó—, ¡podría ponerme a dar gritos! ¡Estoy tan contenta de que estés aquí! Te he reservado una habitación en el Hotel Ambassador. Estaba completo, pero han echado a no sé quién porque yo les he dicho que quería una habitación. Te mandaré el coche dentro de media hora. Es estupendo que hayas llegado el domingo porque tengo el día libre.

Almorzaron en el apartamento amueblado que Jenny había alquilado para el invierno. Era de estilo morisco, muy a la moda de 1920, y estaba tal como lo había dejado alguna querida caída en desgracia. Un día que Jenny bromeaba sobre la decoración, alguien le había dicho que era horroroso, pero, cuando insistió sobre el asunto, descubrió que Jenny ni se había dado cuenta.

—Me gustaría que hubiera más hombres simpáticos por aquí —dijo mientras comían—. Es verdad que hay muchos hombres simpáticos, pero me refiero a hombres que... Ah, ya sabes, como en Nueva York: hombres que saben más que una chica, como tú.

Después de la comida, Jacob se enteró de que estaban invitados a tomar el té.

—Hoy, no —objetó—. Quiero estar contigo, solos.

—Muy bien —asintió Jenny, dudando—. Me imagino que podré llamar por teléfono. Creía que... Es una señora que escribe en muchísimos periódicos y, hasta ahora, nunca me había invitado. Pero, si tú no quieres...

Se le había ensombrecido la cara, y Jacob le aseguró que le apetecía mucho ir. Y poco a poco se fue enterando de que no irían a una fiesta, sino a tres.

—Creo que es parte de mi trabajo —le explicó Jenny—. Si no vas, terminas encontrándote sólo con la gente del trabajo de todos los días, y es un círculo muy reducido.

Jacob sonrió.

—Y además —concluyó Jenny—, sabelotodo, es lo que hace todo el mundo los domingos por la tarde.

En la primera fiesta Jacob se dio cuenta de que había muchas más mujeres que hombres, y más gente de segunda fila —periodistas, hijas de cámaras, mujeres de montadores— que personas importantes. Un joven de rasgos latinos, un tal Raffino, apareció un momento, habló con Jenny y se

fue; varias estrellas llegaron y se fueron, interesándose por la salud de los niños con una familiaridad un tanto arrolladura. Otro grupo de celebridades se plantó en una esquina, inmóviles como estatuas. Había un escritor un poco borracho, muy nervioso, que, según parecía, intentaba quedar con todas las chicas. Conforme la tarde languidecía aumentaba el número de personas ligeramente borrachas. Y el tono de voz de la reunión era más agudo y había subido de volumen cuando Jacob y Jenny se fueron.

En la segunda fiesta el joven Raffino —era un actor, uno de los innumerables aspirantes a Rodolfo Valentino— volvió a aparecer un instante, habló un poco más con Jenny, un poco más afectuoso, y se fue. Jacob dedujo que aquella fiesta no era tan elegante como la otra. Había más gente alrededor de la mesa de las bebidas. Y había más gente sentada.

Se fijó en que Jenny sólo bebía limonada. Le sorprendían y agradaban su distinción y buenos modales. Hablaba con una sola persona, no con todos los que tenía alrededor; y escuchaba, sin caer en la tentación de mirar a todas partes a la vez. Consciente o inconscientemente, en las dos fiestas, antes o después, acababa hablando con el invitado más importante. Su seriedad, el aspecto de estar pensando: «Ésta es mi oportunidad de aprender algo», atraía irremediabilmente la vanidad de los hombres.

Cuando cogieron el coche camino de la última fiesta, una cena fría, ya era de noche, y los anuncios luminosos de las agencias inmobiliarias brillaban con algún vago propósito sobre Beverly Hills. A las puertas del Teatro Grauman, bajo la lluvia suave y cálida, se había congregado una muchedumbre.

—¡Mira, mira! —estrenaban la película que había terminado hacía un mes.

Pasaron de largo ante el Rialto, en Hollywood Boulevard, y se adentraron en las sombras de una callejuela. Jacob le pasó el brazo por el hombro y la besó.

—Querido Jake —le sonreía Jenny.

—Eres tan preciosa. No sabía que eras tan preciosa.

Jenny miraba al frente, con expresión dulce y tranquila, y Jacob sintió una oleada de irritación, y la atrajo hacia él, apremiante, en el momento en que el coche se detenía ante una puerta iluminada.

Entraron en un bungalow lleno de gente y humo. El ímpetu de las formalidades con que había empezado la tarde se había extinguido hacía mucho; todo era a la vez confuso y estridente.

—Así es Hollywood —explicaba una señora pizpireta y locuaz, a quien habían visto en las tres fiestas—. Nada de arreglarse demasiado los domingos por la tarde —decía a la anfitriona—: Sólo es una chica normal, sencilla y simpática —elevó la voz—: ¿No te parece, querida, sólo una chica normal, sencilla y simpática?

La anfitriona respondió:

—Sí. ¿Quién es?

Y la informante de Jacob volvió a bajar la voz:

—Pero tu chiquilla es la más sensata de todas.

Todos los cócteles que Jacob se había bebido empezaban a hacerle efecto agradablemente, pero, aunque no dejaba de buscarlo, se le escapaba el secreto de la fiesta, la clave para sentirse cómodo y tranquilo. Había algo violento en la atmósfera, un clima de competencia, de inseguridad. Las conversaciones entre hombres eran vacías y falsamente juveniles o se iban apagando en un clima de recelo. Las mujeres eran más agradables. A las once, en la cocina, se dio cuenta de que llevaba una hora sin ver a Jenny. Al volver al salón, la vio entrar: era evidente que venía de la calle, pues se quitó un impermeable que llevaba sobre los hombros. Estaba con Raffino. Cuando se acercó, Jacob se dio cuenta de que le faltaba la respiración y le brillaban los ojos. Raffino le sonrió a Jacob amablemente, sin prestarle mucha atención; y, poco después, cuando se iba, se inclinó y murmuró algo al oído de Jenny y ella, sin sonreír, le dijo adiós.

—Tengo que estar en los estudios a las ocho —le dijo a Jacob de pronto—. Mañana pareceré un paraguas viejo si no me voy a casa. ¿Te importa, querido?

—¡No, por Dios!

El coche cruzaba una de las distancias interminables de la extensa y casi desierta ciudad.

—Jenny —dijo Jacob—, nunca te había visto así, como esta noche. Apoya la cabeza en mi hombro.

—Sí. Estoy cansada.

—¿Sabes que te has puesto guapísima?

—Soy igual que antes.

—No, no —su voz se volvió un murmullo, y temblaba de emoción—. Jenny, me he enamorado de ti.

—Jacob, no seas tonto.

—Me he enamorado de ti. ¿No es extraño, Jenny? Eso es lo que pasa.

—No te has enamorado de mí.

—Quieres decir que no te interesa —sentía una punzada de miedo.

Jenny se sentó muy derecha, liberándose de su brazo.

—Claro que me interesa; sabes que eres lo que más me importa del mundo.

—¿Más que el señor Raffino?

—¡Dios mío! —protestó desdeñosamente—. Raffino sólo es un crío.

—Te quiero, Jenny.

—No, no me quieres.

Jacob la apretó con fuerza. ¿Era su imaginación o había una resistencia débil, instintiva, en el cuerpo de Jenny? Pero ella se le acercó y él la besó.

—Sabes que lo de Raffino es una tontería.

—Me figuro que estoy celoso.

Intuía que estaba insistiendo demasiado, que casi era desagradable, y la soltó. Pero la punzada de miedo se había convertido en dolor. Aunque sabía que estaba cansada y extrañada por sus nuevos sentimientos, no podía detenerse.

—No me había dado cuenta de hasta qué punto eras parte de mi vida. No sabía qué era lo que me faltaba, pero ahora lo sé. Necesito que estés conmigo.

—Y aquí estoy.

Jacob tomó sus palabras por una invitación, pero esta vez Jenny se dejó caer fatigosamente en sus brazos. Así la llevó el resto del trayecto, con los ojos cerrados, y el pelo corto echado hacia atrás, como una ahogada.

—El coche te llevará al hotel —dijo Jenny cuando llegaron a su casa—. Acuérdate de que mañana comemos juntos en los estudios.

Entonces se pusieron a discutir, casi a pelear, sobre si era demasiado tarde para que Jacob entrara en la casa. Todavía no eran capaces de apreciar el cambio que la declaración de Jacob había provocado en ellos. De pronto se habían convertido en otras personas, y Jacob intentaba desesperadamente atrasar el reloj, volver a una noche de hacía seis meses, en Nueva York, y Jenny observaba cómo los nuevos sentimientos de Jacob, algo más que celos y menos que amor, sofocaban, una a una, las cualidades de Jacob que ella conocía tan bien, el respeto y la comprensión que tanto la animaban.

—Pero yo no te quiero así, como tú quieres —exclamó—. ¿Cómo puedes aparecer de repente y pedirme que te quiera así?

—¡A Raffino sí lo quieres así!

—¡Te juro que no! ¡Ni siquiera le he dado un beso!

—Hmmm —ahora era un pajarraco malhumorado. Casi no se creía su propia antipatía, pero algo tan ilógico como el amor propio lo obligaba a continuar—. ¡Un actor!

—Jake! —gritó Jenny—. Deja que me vaya. Nunca me he sentido tan mal ni tan ofendida.

—Me voy yo —dijo él de repente—. No sé lo que me pasa, salvo que estoy tan loco por ti que no sé lo que digo. Te quiero y tú no me quieres. Me quisiste, o creías que me querías, pero está claro que ya no.

—Pero te quiero —se quedó un instante pensativa; el resplandor rojo y verde de una gasolinera cercana iluminaba la lucha interior que expresaba su cara—. Si me quieres tanto, me casaré contigo mañana.

—¡Te casarás! —exclamó Jacob. Jenny estaba tan ensimismada en lo que acababa de decir que no lo oyó.

—Me casaré contigo mañana —repitió—. Me gustas más que nadie en el mundo y creo que te querré como tú quieres —casi se le escapó un sollozo—. Pero... No sabía que iba a pasar esto. Déjame sola esta noche, por favor.

Jacob no durmió. Hubo música en la terraza del Ambassador hasta muy tarde y una cadena de chicas recién salidas del trabajo rodeó la salida de coches para ver salir a sus ídolos. Luego, una pelea interminable entre un hombre y una mujer empezó en el pasillo, se trasladó a la habitación vecina y continuó como un profundo susurro a dos voces a través de la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Se asomó a la ventana hacia las tres de la madrugada y miró el fulgor claro de la noche de California. La belleza de Jenny se extendía sobre la hierba, en los tejados húmedos y relucientes de los bungalows, alrededor de él, por todas partes, y crecía como una música nocturna. Estaba dentro de la habitación, en la almohada blanca, movía ligeramente las cortinas como un fantasma. Su deseo volvía a crearla: perdía los rasgos de la antigua Jenny, incluso de la chica que había ido a esperarlo a la estación aquella mañana. Silenciosamente, mientras pasaban las horas de la noche, la moldeaba hasta hacer de ella una imagen del amor —una imagen que duraría tanto como el amor, y quizá más—, y que no se desvanecería hasta que pudiera decir: «Nunca la he querido de verdad». Lentamente la iba creando con esta y aquella ilusión de su juventud, este y aquel deseo antiguo y triste, hasta que apareció ante él, y de sí misma sólo conservaba el nombre.

Más tarde, cuando cayó en un sueño de pocas horas, la imagen que había forjado siguió a su lado, demorándose en la habitación, unida a su corazón en místico matrimonio.

## V.

—Sólo me casaré contigo si me quieres —dijo Jacob en el coche, cuando volvían de los estudios. Jenny esperaba, con las manos entrelazadas en el regazo—. ¿Crees que me gustaría estar contigo si fueras desgraciada y no me correspondieras, Jenny, sabiendo siempre que no me quieres?

—Te quiero, pero de otra manera.

—¿A qué manera te refieres?

Jenny titubeó, con la mirada perdida.

—No haces... no haces que me estremezca, Jake. No sé... Ha habido hombres que me han producido esa especie de estremecimiento cuando me tocaban, o cuando bailaban conmigo... Ya sé que es una tontería, pero...

—¿Y Raffino hace que te estremezcas?

—Algo así, pero no mucho.

—¿Y yo, no? ¿Nada?

—Cuando estoy contigo sólo me siento a gusto, feliz.

Entonces debería haber puesto todo su empeño en convencerla de que aquello era lo ideal, pero no pudo, ya fuera una vieja verdad o una vieja mentira.

—Pero te he dicho que me casaría contigo; quizá algún día hagas que me estremezca.

Jacob se echó a reír, y de pronto calló.

—Y, si no te estremecía, como tú dices, ¿por qué me demostrabas tanto cariño el verano pasado?

—No lo sé. Creo que era demasiado joven. Nunca se sabe lo que se sentía en el pasado, ¿no?

Se había vuelto esquiva, con esa habilidad para eludir las respuestas que les da un significado oculto a las palabras más insignificantes. Y, con las torpes herramientas del deseo y los celos, Jacob intentaba crear ese hechizo que es etéreo y delicado como el polvo del ala de una mariposa.

—Oye, Jake —dijo ella, de repente—. El abogado de mi hermana, ese tal Scharnhorst, ha llamado a los estudios esta tarde.

—Tu hermana está bien —dijo, ausente, y añadió—: Así que muchos hombres te estremecen.

—Bueno, si siento lo mismo con muchos hombres, no tendrá nada que ver con el amor de verdad, ¿no? —dijo con cierta ilusión.

—Pero tú tienes la teoría de que el amor no existe sin ese estremecimiento.

—Yo no tengo teorías ni nada por el estilo. Sólo te he dicho lo que siento. Tú sabes muchas más cosas que yo. —Yo no sé nada en absoluto.

Un hombre los esperaba en el vestíbulo del edificio de apartamentos. Jenny se le acercó y habló con él unos segundos; después se volvió hacia Jake y le dijo en voz baja:

—Es Scharnhorst. ¿Te importaría esperar abajo mientras habla conmigo? Dice que no tardará más de media hora.

Esperó, fumando un sinfín de cigarrillos. Pasaron diez minutos y la telefonista lo llamó.

—¡Oiga, oiga! —dijo—. La señorita Prince lo llama. La voz de Jenny transparentaba tensión y miedo. —Que no se vaya Scharnhorst —dijo—. Debe de estar bajando por las escaleras, o en el ascensor quizá. Dile que vuelva a mi apartamento.

Colgaba el teléfono, cuando el ascensor se detuvo con un chasquido. Jacob se colocó frente a la puerta, cerrándole la salida al hombre que llegaba en el ascensor.

—¿El señor Scharnhorst?

—¿Sí? —tenía una expresión suspicaz, desconfiada. —¿Puede volver al apartamento de la señorita Prince? Ha olvidado decirle algo.

—Ya la veré otro día —intentó apartar a Jacob, que, agarrándolo de los hombros, lo empujó a la cabina, cerró con violencia la puerta y apretó el botón del octavo piso—. ¡Lo denunciaré a la policía! —señaló Scharnhorst—. ¡Conseguiré que lo metan en la cárcel por agresión!

Jacob le sujetaba los brazos con firmeza. Arriba, Jenny, con mirada de pánico, esperaba con la puerta abierta. Después de un forcejeo, el abogado entró.

—¿Qué pasa? —preguntó Jacob.

—Digásele —dijo Jenny—. Jake, ¡quiere veinte mil dólares! —¿Para qué?

—Para que vuelvan a juzgar a mi hermana. —¡Pero si no tiene ninguna posibilidad! —exclamó Jacob, antes de dirigirse a Scharnhorst—: Usted debería saber que no tiene ninguna posibilidad.

—Hay ciertos detalles técnicos —dijo el abogado, incómodo—, cosas que sólo puede entender un abogado. Es muy desgraciada en la cárcel, y su hermana es muy rica y tiene mucho éxito... La señora Choynski cree que merece otra oportunidad.

—Ha ido usted a calentarle la cabeza, ¿no?

—La señora Choynski me mandó llamar.

—Pero la idea del chantaje se le ha ocurrido a usted. Me figuro que si a la señorita Prince no le apetece pagarle veinte mil dólares por sus servicios se sabrá que es hermana de la célebre asesina.

Jenny asintió:

—Eso me ha dicho.

—Espere un minuto —John se dirigió al teléfono—. Por favor, póngame con la Western Union. Quisiera poner un telegrama —dio el nombre y la dirección en Nueva York de un personaje de la política—. El texto del telegrama es éste:

«La presidiaría Choynski amenaza a su hermana, conocida actriz de cine, con descubrir su parentesco. Stop. Ruego consiga que el director de la cárcel le suspenda las visitas hasta que yo pueda volver al Este para explicar la situación. Stop. Telegrafieme si dos testigos de intento de chantaje son suficientes para suspender en el ejercicio de su profesión a un abogado de Nueva York si los cargos proceden de un bufete como Read, Van Tyne, Biggs & Company, o de mi tío y apoderado. Stop. Hotel Ambassador, Los Angeles. »

*Jacob C. K. Booth*»

Esperó hasta que el empleado le repitió el texto.

—Ahora, señor Scharnhorst —dijo—, los intereses artísticos seguirán su curso a pesar de semejantes alarmas e intromisiones. La señorita Prince, como usted sabe, está muy impresionada: mañana se notará en su trabajo y un millón de personas se sentirán un poco desilusionadas. Así que no le pediremos a la señorita Prince que tome ninguna decisión. Y usted y yo nos iremos de Los Angeles esta noche, en el mismo tren.

Pasó el verano. Jacob prosiguió su vida sin objeto: lo ayudaba saber que Jenny volvería al Este en otoño. Imaginaba que, cuando llegara otoño, ya habría habido muchos Raffinos, y Jenny se habría dado cuenta de que el estremecimiento que le producían las manos, los ojos —y los labios— de todos era muy parecido. Era el equivalente, en otro mundo, de los amores de las fiestas universitarias, de los amores estudiantiles de los veranos. Y si aún era verdad que lo que sentía por él no tenía nada que ver con el amor, la aceptaría igual, y dejaría que el amor viniera después del matrimonio, como —según había oído muchas veces— les ha ocurrido a tantas esposas.

Sus cartas lo fascinaban y lo desconcertaban. Entre la incapacidad para expresarse vislumbraba destellos de emoción: el agradecimiento omnipresente, la nostalgia de sus conversaciones, y una inmediata y casi asustada reacción que la empujaba a buscarlo —quizá sólo eran imaginaciones suyas— después de conocer a otro hombre. En agosto Jenny se fue a rodar exteriores: Jacob sólo recibió alguna postal desde algún perdido desierto de Arizona, y luego, durante semanas, nada, nada de nada. Y aquella interrupción lo alegró. Había estado pensando en todo lo que podía espantar a Jenny: las sospechas, los celos, su evidente desdicha. Ahora sería diferente. Controlaría la situación. Por lo menos, Jenny volvería a sentir admiración por él; lo vería como el ejemplo sin igual de una vida digna y organizada.

Dos noches antes de que llegara, Jacob fue a ver su última película en una inmensa y nocturna sala de Broadway. Era una historia de estudiantes. Jenny salía con el pelo recogido en una coleta —un símbolo familiar de falta de elegancia—, empujaba al héroe a realizar una hazaña deportiva y desaparecía, siempre en segundo plano, en las sombras de la tribuna de las animadoras. Pero había algo nuevo en su interpretación: por primera vez aquella cualidad impresionante que, hacía un año, Jacob había percibido en su voz, empezaba a notarse en la pantalla. Cada uno de sus movimientos, el menor gesto, era conmovedor, relevante. Y parte del público también se daba cuenta. Lo intuía por cierto cambio en la respiración de los espectadores, por el reflejo de la clara expresión de Jenny en los rostros despreocupados, indiferentes. Y los críticos también lo descubrieron, aunque la mayoría fueran incapaces de definir con precisión un temperamento.

Pero por primera vez tomó conciencia de la existencia pública de Jenny cuando observó la actitud de los viajeros que descendieron del tren con ella. Ocupados como estaban con el equipaje y los amigos que habían ido a recibirlos encontraron tiempo para mirarla detenidamente, para llamar la atención de sus amigos, para repetir su nombre.

Jenny estaba radiante. Una alegría contagiosa emanaba de ella y de todo lo que la rodeaba, como si su perfumista hubiera conseguido encerrar el éxtasis en una botella. Era, una vez más, una transfusión mística, y la sangre volvió a correr de nuevo por las venas endurecidas de Nueva York: era el placer del chófer de Jacob porque Jenny recordaba su nombre, el respetuoso nerviosismo juguetón de los botones del Hotel Plaza, la emoción del maitre en el restaurante donde cenaron. Pero Jacob había aprendido a controlarse. Se mostraba gentil, considerado, educado, como lo era por naturaleza, aunque ahora todo formaba parte de un plan. Sus modales prometían y sugerían habilidad para ocuparse de ella, voluntad para servirle de sostén.

Después de la cena el rincón donde estaban se fue quedando vacío poco a poco, la gente que iba al teatro se fue yendo, y empezaron a sentir que estaban solos. Se habían puesto serios, habían bajado la voz.

—Hace cinco meses que no te veo —Jacob se miraba las manos, pensativo—. No he cambiado, Jenny. Te quiero con todo mi corazón. Quiero tu cara, tus defectos, tu inteligencia: te quiero toda. Lo único que deseo en el mundo es hacerte feliz.

—Lo sé —murmuró—. ¡Dios mío, lo sé!

—No sé si todavía me tienes cariño. Si te casas conmigo, creo que te darás cuenta de que lo demás vendrá solo, llegará antes de que te des cuenta, y ese estremecimiento del que hablas te parecerá una broma, porque la vida no está hecha para chicos y chicas, sino para hombres y mujeres.

—Jacob —murmuró—, no tienes que decírmelo. Lo sé.

Por primera vez Jacob la miró.

—¿Qué quieres decir... con que lo sabes?

—Quiero decir que te entiendo. ¡Es terrible! Jacob, escúchame. Tengo que decírtelo. Escúchame, querido. No me mires. Escúchame, Jacob, me he enamorado.



—¿Cómo? —preguntó sin entender.

—Me he enamorado. Por eso te entiendo cuando dices que eso del estremecimiento es una tontería.

—¿Quieres decir que te has enamorado de mí?

—No.

El espantoso monosílabo se quedó flotando entre ellos, danzando, vibrando sobre la mesa: «¡No-no-no-no!»

—¡Es horrible! —exclamó Jenny—. Me he enamorado de un hombre a quien conocí este verano mientras rodábamos exteriores. No quería... Intenté evitarlo, pero inmediatamente me di cuenta de que me había enamorado y de que, aunque pusiera toda mi voluntad no podía evitarlo. Te escribí para pedirte que fueras, pero no te mandé la carta, y allí me tenías, loca por ese hombre y sin atreverme a decirle una palabra y hartándome de llorar por las noches.

—¿Es un actor? —Jacob oyó sus propias palabras, apagadas como si no tuvieran sentido—. ¿Es Raffino?

—¡No, no! Espera un momento, deja que te lo cuente. Aquella situación duró tres semanas y, de verdad, quería matarme, Jake. La vida no valía la pena si no podía estar con él. Y una noche, por casualidad, nos quedamos solos en un coche, y consiguió que le dijera que lo quería. El lo sabía, claro, era imposible que no lo supiera.

—Aquello... te arrastró—dijo Jacob, juicioso—. Lo entiendo.

—¡Sabía que lo entenderías, Jake! Tú lo comprendes todo. Eres la mejor persona del mundo, Jake. ¿Acaso no lo sé?

—¿Te vas a casar con él?

Asintió con la cabeza, despacio.

—Le dije que antes tenía que venir al Este, a verte —a medida que su miedo menguaba, Jenny percibía con mayor claridad el grado de dolor de Jacob, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Algo así, Jake, sólo pasa una vez. Era lo que tenía metido en la cabeza todas aquellas semanas, cuando me era imposible decirle una palabra: si pierdes una cosa así, la pierdes para siempre, y, entonces, ¿para qué quieres vivir? Era el director de la película, y sentía lo mismo que yo.

—Entiendo.

Como ya había ocurrido una vez, sus ojos se agarraban a él como manos.

—¡Ay Jake!

Con aquel repentino canturreo de piedad, profundo e íntimo como una canción, pasó la primera fuerza del golpe. Jacob apretó los dientes una vez más e intentó disimular su desdicha. Consiguió adoptar una expresión irónica, y pidió la cuenta. Parecía haber transcurrido una hora cuando tomaron un taxi para el Hotel Plaza.

Jenny lo abrazó.

—Jake, dime que está bien. Dime que lo entiendes. Querido Jake, mi mejor amigo, mi único amigo, ¡dime que lo entiendes!

—Claro que sí, Jenny —le palmeaba la espalda como un autómata.

—Ay, Jake, te sientes fatal, ¿verdad?

—Sobreviviré.

—¡Ay Jake!

Llegaron al hotel. Antes de apearse del taxi Jenny se miró en el espejo de la polvera y se subió el cuello del abrigo de pieles. En el vestíbulo Jacob tropezó con varias personas y pidió disculpas con una voz forzada y poco convincente. El ascensor esperaba. Jenny, con la cara llena de lágrimas, entró y extendió una mano hacia él con el puño cerrado, en un gesto de impotencia.

—Jake —dijo otra vez.

—Buenas noches, Jenny.

Jenny volvió la cara hacia la pared metálica del ascensor. La puerta se cerró con un chasquido.

«¡Espera!», estuvo a punto de decir Jacob. «¿Te das cuenta de lo que haces? ¿Te das cuenta del viaje que vas a emprender?»

Dio media vuelta y salió a la calle a ciegas.

—La he perdido —murmuraba, aterrorizado—. La he perdido.

Subió por la calle 59 hasta Columbus Circle y luego bajó por Broadway. No tenía cigarrillos — se los había dejado en el restaurante—( así que entró en un estanco. Hubo una equivocación con el cambio y alguien se echó a reír.

Cuando salió del estanco se detuvo, confundido, unos segundos. Entonces la marea de la conciencia de lo que acababa de pasar se abalanzó sobre él y lo arrastró, dejándolo aturdido y exhausto. Y volvió a abalanzarse sobre él y a arrastrarlo. Como cuando uno vuelve a leer una historia trágica con la insolente esperanza de que termine de otra manera, así volvía a aquella mañana, al principio de todo, al año anterior. Pero la marea regresaba, imponente, con la certidumbre de que en una habitación del Hotel Plaza Jenny lo había abandonado para siempre.

Bajó por Broadway. Con letras grandes, sobre la entrada del Teatro Capítol, cinco palabras resplandecían en la noche: «Cari Barbour y Jenny Prince».

El nombre lo sobresaltó, como si lo hubiera pronunciado alguien que pasaba por la calle. Se detuvo a mirarlo. Otras miradas se elevaban hacia aquel anuncio, y la gente pasaba deprisa a su lado y desaparecía.

Jenny Prince.

Ahora que ella no le pertenecía, el nombre adquiriría un significado absolutamente propio.

Allí estaba, en la cartelera, frío e impenetrable, en la noche, un desafío, un reto.

Jenny Prince.

«Ven y descansa en mi belleza —decía—. Haz realidad durante una hora tus sueños secretos de casarte conmigo.»

Jenny Prince.

Era falso: ella estaba en el Hotel Plaza, enamorada de otro Pero el nombre, con su luminosa insistencia, dominaba la noche.

«Adoro a mi querido público. Todos son muy buenos conmigo »

La ola apareció en la lejanía, fue aumentando, espumeando rodó hacia él con la fuerza del dolor, lo alcanzó. «Nunca más. Nunca más.» Rompió sobre él, lo derribó, le machacó los oídos con martillos de dolor. Orgullosa e impenetrable, el nombre desafiaba la noche desde la cartelera.

Jenny Prince.

¡Estaba allí! Toda ella, lo mejor de ella: el esfuerzo, el poder, el triunfo, la belleza. Jacob se adelantó entre la gente y sacó una entrada en la taquilla.

Confuso, miró a su alrededor en el vestíbulo inmenso. Entonces vio una puerta y entró, y ocupó una butaca en la vibrante oscuridad.

## Corto viaje a casa

Corto viaje a casa *apareció en el Saturday Evening Post el 17 de diciembre de 1927 y fue incluido en Taps at Reveille (1935). Fitzgerald lo describía como su «primer cuento de fantasmas auténtico», distinguiéndolo del género fantástico. El tema del cuento disgustó al Post; «pero el relato está tan bien escrito que no hemos podido rechazarlo». Este cuento olvidado es uno de los relatos en los que Fitzgerald trató con mayor eficacia el tema de la corrupción sexual, en este caso vinculada a la muerte.*

I.

Yo estaba cerca de ella porque me había rezagado a propósito para acompañarla a dar un breve paseo: desde el cuarto de estar a la puerta de la calle. Ya era bastante, pues ella había florecido de repente y yo, a pesar de ser un hombre y un año mayor, no había florecido en absoluto, y apenas si me había atrevido a acercarme a ella en la semana que habíamos pasado en casa. No pensaba decirle nada en aquel paseo de tres metros, ni tocarla; pero tenía la vaga esperanza de que ella hiciera algo, organizara una pequeña y alegre escaramuza del tipo que fuera, en cuanto nos quedáramos solos.

De repente era capaz de hechizarte con ese centelleo de cabellos cortos en la nuca, con esa tajante confianza en sí misma que alrededor de los dieciocho años empieza a intensificarse, a hacerse notar en cualquier chica guapa americana. La luz de la lámpara se abastecía en sus trenzas rubias.

Y ahora se deslizaba hacia otro mundo: el mundo de Joe Jelke y Jim Cathcart, que nos esperaban en el coche. Dentro de un año se olvidaría de mí para siempre.

Mientras esperaba y oía a los otros en la calle, en la noche de nieve, sintiendo la emoción de la Navidad y la emoción de que Ellen estuviera allí, sin dejar nunca de florecer, llenando la habitación de *sex appeal* —expresión despreciable para designar algo absolutamente distinto—, una criada salió del comedor, le dijo en voz baja algo a Ellen y le entregó una nota. Ellen la leyó y sus ojos perdieron el brillo, como cuando la electricidad baja de tensión en las zonas rurales, sin llegar a apagarse. Luego me dirigió una mirada extraña —aunque probablemente ni me veía— y, sin una palabra, siguió a la criada hacia el comedor y las profundidades de la casa. Yo me senté a hojear una revista durante un cuarto de hora.

Joe Jelke entró con la cara roja de frío y la bufanda blanca de seda reluciendo en el cuello de su abrigo de piel. Estaba en el último curso en New Haven, donde yo estudiaba segundo. Era todo un personaje, miembro de la más prestigiosa hermandad de estudiantes, y, a mi modo de ver, guapo y elegantísimo.

—¿No viene Ellen?

—No lo sé —respondí con prudencia—. Estaba lista.

—¡Ellen! —llamó—. ¡Ellen!

Jelke había dejado la puerta de la calle abierta y una gran nube de aire helado penetraba en la casa. Subió la mitad de las escaleras —era de confianza— y volvió a llamar a Ellen, hasta que la señora Baker se asomó a la baranda y dijo que Ellen estaba abajo. Entonces la criada, un poco nerviosa, apareció en la puerta del comedor.

—Señor Jelke —llamó en voz baja.

La cara de Jelke se ensombreció cuando se volvió hacia la criada, presintiendo malas noticias.

—La señorita Ellen dice que se vaya usted a la fiesta. Ella irá más tarde.

—¿Qué pasa?

—No puede ir ahora. Irá más tarde.

Jelke titubeó, confuso. Era el último gran baile de las vacaciones, y estaba loco por Ellen. Había querido regalarle un anillo en Navidad, y, como no había sido posible, logró que aceptara un bolso de malla dorada que le había costado doscientos dólares. Jelke no era el único —había tres o cuatro en el mismo estado de desesperación, y eso que Ellen sólo llevaba diez días en casa—, pero él era el que tenía mayores posibilidades, pues era rico y amable y, en aquel momento, el chico más deseable de Saint Paul. Para mí era imposible que Ellen pudiera preferir a otro, pero se rumoreaba que Ellen consideraba a Joe demasiado perfecto. Me figuro que Ellen lo encontraba falto de misterio, y cuando a un hombre se le presenta semejante problema con una chica que todavía no piensa en los aspectos prácticos del matrimonio... En fin...

—Está en la cocina —dijo Joe, enfadado.

—No, no está —la criada, un poco asustada, se comportaba de un modo insolente.

—Está.

—Ha salido por la puerta de servicio, señor Jelke.

—Voy a ver.

Lo seguí. Las criadas suecas que lavaban platos levantaron los ojos cuando nos acercamos y un estruendo de cacerolas acompañó nuestro paso por la cocina. La puerta abierta, sin el pestillo, se agitaba al viento, y cuando salimos al patio nevado vimos las luces traseras de un coche que doblaba la esquina al fondo del callejón.

—La voy a seguir —dijo Joe con calma—. No entiendo lo que pasa.

Yo estaba demasiado horrorizado por el desastre para discutir. Corrimos al coche y emprendimos un infructuoso y desesperado viaje zigzagueante a través de la zona residencial, mirando dentro de cada coche que encontrábamos por las calles. Joe tardó media hora en empezar a sospechar la futilidad del empeño —Saint Paul es una ciudad de cerca de trescientos mil habitantes—, y Jim Cathcart le recordó que había que recoger a otra chica. Como un animal herido, se hundió en una melancólica masa de piel en un rincón, y de vez en cuando se erguía de golpe y se balanceaba adelante y atrás, desesperado e irritado.

La chica de Jim estaba lista e impaciente, pero después de lo que había sucedido su impaciencia no parecía importante. Y estaba encantadora. Las vacaciones de Navidad tienen algo especial: una sensación excitante de crecimiento y cambio y aventuras exóticas que transforma a la gente que conoces de toda la vida. A Joe Jelke, que era demasiado educado para mostrar su aturdimiento ante la chica, le dio un ataque de risa —carcajadas cortas, ruidosas y estridentes fueron toda su conversación—, y continuamos en coche hacia el hotel.

El chófer se equivocó de dirección al acercarse al hotel —tomó la dirección contraria al aparcamiento para invitados— y, gracias a esto, nos vimos de repente frente a Ellen Baker, que se apeaba de un pequeño coche de dos puertas. Incluso antes de que nos detuviéramos, Joe Jelke, nerviosísimo, saltó del coche.

Ellen nos dirigió una mirada ligeramente inquieta —quizá de sorpresa, pero nunca de alarma—; de hecho, no parecía demasiado consciente de que fuéramos nosotros. Joe se le acercó con una dura, digna, ofendida y, a mi juicio, absolutamente justificada expresión de reproche. Yo lo seguí.

Sentado en el coche —no se había apeado para ayudar a salir a Ellen— había un hombre de cara afilada, endurecida, de unos treinta y cinco años, con aire de hombre marcado, una cicatriz y una leve sonrisa siniestra. Sus ojos eran una especie de insulto burlón al género humano: eran los ojos de un animal, soñolientos e indiferentes a la presencia de otras especies. Era una mirada de desamparo, pero brutal; desesperanzada, pero confiada. Era como si los ojos se consideraran a sí mismos impotentes para desarrollar una actividad propia, pero infinitamente capaces para aprovecharse del menor gesto de debilidad ajeno.

Vagamente lo catalogué dentro de esa clase de hombres que desde el principio de mi juventud me habían parecido haraganes, ésos que apoyan el codo en los mostradores de los estancos y observan, aunque Dios sabe a través de qué resquicio de la mente, a la gente que entra y sale deprisa. Cerca de los garajes, donde hacen en voz baja oscuros negocios, cerca de las barberías y las entradas de los teatros: en lugares así situaba al tipo de hombres, si era un tipo, que aquel individuo me recordaba. De vez en cuando su cara aparecía inesperadamente en uno de los tebeos más escalofriantes, y siempre, desde el principio de mi juventud, he lanzado una mirada nerviosa a la turbia zona fronteriza donde vive el personaje, y he visto cómo me observaba con desprecio. Una

vez, en un sueño, dio unos pasos hacia mí, echando hacia atrás la cabeza con un movimiento brusco y murmurando: «Mira, chaval», con lo que intentaba ser una voz tranquilizadora, y yo huí aterrorizado. Era de ese tipo de hombres.

Joe y Ellen se miraron en silencio; ella parecía, como ya he dicho, estar aturdida. Hacía frío, pero no se había dado cuenta de que el viento le abría el abrigo. Joe alargó la mano y se lo cerró, y automáticamente Ellen se lo sujetó con la mano.

De pronto el hombre del coche de dos puertas, que había estado observándolos en silencio, se echó a reír. Era una risa descarnada, pura respiración, apenas un gesto ruidoso con la cabeza, pero era un insulto —si alguna vez yo había oído un insulto— claro y categórico, imposible de pasar por alto. Así que no me sorprendió que Joe, que tenía el genio vivo, se volviera hacia él con rabia y dijera:

—¿Pasa algo?

El hombre esperó un instante, moviendo los ojos, pero con la mirada fija, al acecho. Y entonces volvió a reírse de la misma manera. Ellen parecía nerviosa, incómoda.

—¿Quién es ese... ese...? —la voz de Joe temblaba de irritación.

—Ten cuidado —dijo el hombre muy despacio.

Joe se volvió hacia mí.

—Eddie, llévate a Ellen y a Catherine, ¿quieres? —se apresuró a decir—. Ellen, vete con Eddie.

—Ten cuidado —repitió el hombre.

Ellen hizo un ruidillo con la lengua y los dientes, pero no se resistió cuando la cogí del brazo y la empujé hacia la puerta trasera del hotel. Y me chocó que fuera tan dócil, que incluso llegara a consentir, con su silencio, la pelea inminente.

—¡Vamonos, Joe! —grité, volviendo la cabeza por encima del hombro—. ¡Entra en el hotel!

Ellen, apretándose contra mi brazo, me obligaba a andar de prisa. Cuando nos tragó la puerta giratoria tuve la impresión de que el hombre se estaba apeando del coche.

Diez minutos después, mientras yo esperaba a las chicas en la puerta de los lavabos de señoras, Joe Jelke y Jim Cathcart salieron del ascensor. Joe estaba muy pálido, tenía la mirada turbia y vidriosa, y gotas de sangre oscura en la frente y en la bufanda blanca. Jim llevaba los sombreros de los dos en la mano.

—Le pegó a Joe con unos nudillos de hierro —dijo Jim en voz baja—. Joe perdió el conocimiento unos minutos. Haz el favor de pedirle al botones esparadrapo y desinfectante.

Era tarde y el vestíbulo estaba desierto; ráfagas de música de viento nos llegaban desde la fiesta en el piso de abajo como si corrieran y descorrieran pesados cortinajes. Cuando Ellen salió de los lavabos la llevé directamente hacia las escaleras. Bajamos, eludimos la entrada a la sala de baile y nos metimos en una habitación sombría adornada con palmeras donde las parejas descansaban entre pieza y pieza; allí le conté lo que había sucedido.

—La culpa la tiene Joe —dijo, sorprendentemente—. Le advertí que no se inmiscuyera.

No era verdad. Ellen no había dicho nada, sólo había chasqueado la lengua con impaciencia.

—Saliste corriendo por la puerta de servicio y estuviste perdida casi una hora —protesté—. Y luego apareciste con un tipo de aspecto patibulario que se rió de Joe en su cara.

—Un tipo patibulario —repitió, como si paladeara las palabras.

—¿Qué? ¿No lo es? ¿Dónde diablos lo has encontrado, Ellen?

—En el tren —contestó. Inmediatamente pareció arrepentirse de esta confesión—. Es mejor que no te metas en lo que no te importa, Eddie. Ya has visto lo que le ha pasado a Joe.

Me dejó sin habla, literalmente: verla, sentada a mi lado, inmaculada y radiante, mientras su cuerpo emitía ondas de lozanía y fragilidad, y oírla hablar así.

—¡Pero ese hombre es un criminal! —exclamé—. Ninguna chica estaría a salvo en su compañía. Le ha pegado a Joe con unos nudillos de hierro: ¡unos nudillos de hierro!

—¿Eso es muy malo?

Hizo la pregunta como podría haberla hecho unos años antes. Me miró por fin, y realmente esperaba una respuesta: fue como si, por un momento, intentara recobrar una actitud que casi ya no existía, e inmediatamente volvió a endurecerse. Digo «endurecerse», pues empecé a darme

cuenta de que cuando pensaba en aquel hombre sus párpados se cerraban un poco, impidiéndole ver otras cosas: todo lo demás.

Me figuro que en aquel momento yo hubiera podido decirle algo, pero, a pesar de todo, para mí era inexpugnable. Yo estaba muy por debajo de su fascinación, de su belleza, de su éxito. Incluso se me ocurrió alguna excusa para su conducta: quizá aquel hombre no fuera lo que aparentaba; o quizá, algo mucho más romántico, ella tenía un lío con él para proteger a alguien, contra su voluntad. Entonces la gente empezó a entrar en la habitación y a interrumpirnos. No pudimos seguir hablando, así que nos metimos en el baile, saludando a las señoras mayores que vigilaban a las parejas. Luego dejé que se entregara al mar turbulento y luminoso del baile, donde irrumpió como un remolino entre la viva admiración de quienes seguían la fiesta desde las mesas, islotes plácidos, y los aires del Sur de los indumentos de metal que gemían a través de la sala. Un instante después vi a Joe Jelke sentado en un rincón con un esparadrapo en la frente: miraba a Ellen como si ella misma le hubiera golpeado en la calle. No me acerqué a él. Me sentía raro como cuando me despierto después de dormir una larga siesta: extraño y maravillado, como si algo hubiera ocurrido mientras yo dormía, algo que hubiera cambiado el valor de todas las cosas, algo que yo no he podido ver.

La noche fue decayendo mientras se sucedían los bocinazos con trompetas de cartón, las actuaciones de aficionados y los flashes de las fotos para los periódicos del día siguiente. Luego llegó el gran desfile, y la cena, y, a eso de las dos, algunos de los organizadores disfrazados de inspectores de Hacienda irrumpieron en la fiesta y les sacaron el dinero a los asistentes, y repartieron un periódico humorístico que parodiaba los acontecimientos de la velada. Y, durante toda la noche, por el rabillo del ojo, no dejé de mirar la orquídea que resplandecía en el hombro de Ellen, mientras se movía por la sala como la pluma de un príncipe. Miraba la orquídea, y era como un presentimiento. Y entonces los últimos grupos soñolientos llenaron los ascensores y, envueltos hasta los ojos en grandes e informes abrigos de pieles, se dejaron arrastrar hacia la noche clara y seca de Minnesota.

## II.

En nuestra ciudad hay una zona en pendiente, entre el barrio residencial, en la colina, y la zona comercial, a orillas del río. Es una zona de la ciudad poco definida, atravesada por cuevas que forman triángulos y figuras extrañas y llevan nombres como Siete Esquinas, y no creo que mucha gente sea capaz de dibujar un plano exacto de la zona, aunque todo el mundo la cruza en tranvía, coche o zapato de piel dos veces al día. Y aunque era un barrio muy ajetreado, me sería difícil recordar el nombre de los negocios que abrían sus puertas en aquellas calles. Siempre había interminables filas de tranvías que esperaban partir hacia alguna parte; había un gran cine y muchos cines pequeños con carteles de Hoot Gibson y los Perros Fabulosos y los Caballos Fabulosos; había tienduchas con *Old King Brady* y *The Liberty Boys of '76* en los escaparates, y canicas, cigarrillos y caramelos; y, por fin, un lugar concreto, un fantástico sastre al que todos visitábamos por lo menos una vez al año. Y en mi juventud llegó a mis oídos que en cierta calle oscura había burdeles, y por todo el barrio había casas de empeños, joyerías baratas, minúsculos clubes de atletismo y gimnasios y bares que alardeaban de su decadencia.

A la mañana siguiente del Cotillón me desperté tarde y sin ganas de hacer nada, con la sensación feliz de que, durante un par de días más, no habría que ir a la iglesia, ni a clase: nada que hacer, salvo esperar la noche y otra fiesta. Era un día cristalino, luminoso, uno de esos días en que no te acuerdas del frío hasta que se te congela la cara, y los acontecimientos de la noche anterior me parecían borrosos y lejanos. Después de comer fui al centro dando un paseo, bajo una suave y agradable nevada de copos menudos que seguramente caería durante toda la tarde, y estaba más o menos en el centro de ese barrio de la ciudad —hasta donde puedo acordarme, aquel barrio no tenía nombre—, cuando de repente cualquier idea ociosa que en aquel momento me pasara por la cabeza voló como un sombrero y empecé a pensar en Ellen Baker. Empecé a preocuparme por ella como nunca me había preocupado por nadie, salvo por mí mismo. Empecé a dar vueltas, con ganas de volver a subir la colina para buscarla y hablar con ella; entonces recordé que había ido a una merienda, y seguí mi camino, pero pensando en ella, más intensamente que nunca. Comenzaba otra vez aquel asunto.

Ya he dicho que estaba nevando, y eran las cuatro de una tarde de diciembre, cuando hay una promesa de oscuridad en el aire y las farolas empiezan a encenderse. Pasaba ante una especie de

billares y restaurante mezclados, con un hornillo lleno de perritos calientes en el escaparate, y unos cuantos haraganes rondando por la puerta. Las luces del local estaban encendidas: no eran luces vivas, sólo unas pocas bombillas pálidas y amarillentas que colgaban del techo, y el resplandor que emitían y llegaba al crepúsculo helado no era lo suficientemente vivo para tentarte a que miraras con detenimiento hacia el interior. Cuando pasé, sin dejar de pensar en Ellen, miré de reojo al cuarteto de gandules que había en la puerta. No había dado tres pasos calle abajo cuando uno de ellos me llamó, no por mi nombre sino de una manera que sólo podía estar dirigida a mis oídos. Pensé que merecía aquel honor por mi abrigo de mapache, y no hice caso, pero inmediatamente quienquiera que fuera me llamó otra vez con voz imperiosa. Me molestó y me volví. Allí, entre el grupo, a menos de tres metros de distancia, mirándome con esa media sonrisa de desprecio con la que había mirado a Joe Jelke, estaba el hombre de la cicatriz y la cara afilada de la noche anterior.

Llevaba un estrafalario abrigo negro, abotonado hasta el cuello como si tuviera frío. Sus manos se hundían en los bolsillos y usaba sombrero hongo y botines altos. Yo estaba asustado y titubeé unos segundos, pero sobre todo estaba furioso, y sabiendo que yo era más rápido con los puños que Joe Jelke di un paso indeciso hacia él. Los otros hombres ni me miraban —no creo que se hubieran fijado en mí—, pero sabía que el de la cicatriz me había reconocido; su mirada no era fortuita, estaba claro.

«Aquí me tienes. ¿Cómo te las vas a arreglar?», parecían de cir sus ojos.

Di otro paso hacia él y se echó a reír, una risa que no se oía pero estaba llena de vigoroso desprecio, y se reunió con el grupo. Yo lo seguí. Iba a hablar con él. No estaba seguro de lo que iba a decirle, pero cuando le planté cara había cambiado de opinión y había dado marcha atrás, o quería que lo siguiera al interior del local, pues se había largado y los tres hombres observaban sin curiosidad cómo me acercaba. Eran del mismo tipo: unos golfos, pero, a diferencia del otro, más tranquilos que agresivos; no encontré ninguna animadversión personal en su mirada colectiva.

—¿Ha entrado?

Se miraron de aquella manera cautelosa; se guiñaron el ojo unos a otros, y, después de un perceptible instante de silencio, uno dijo:

—¿Quién ha entrado?

—No sé cómo se llama.

Volvieron a guiñarse el ojo. Irritado y decidido, los dejé y entré en los billares. Había unos cuantos comiendo en el mostrador y otros cuantos jugando al billar, pero aquel individuo no se encontraba entre ellos.

Volví a titubear. Si su intención era llevarme hacia alguna parte oscura del local —había al fondo algunas puertas entornadas—, yo quería guardarme las espaldas. Hablé con el hombre de la caja.

—¿Dónde se ha metido el tipo que acaba de entrar?

Se puso inmediatamente en guardia, ¿o era mi imaginación?

—¿Qué tipo?

—Uno con la cara afilada y sombrero hongo.

—¿Cuánto hace que entró?

—Ah, unos segundos.

Volvió a negar con la cabeza.

—No lo he visto —dijo.

Esperé. Los tres de la puerta entraron y se alinearon junto a mí en el mostrador. Me di cuenta de que los tres me miraban de una manera extraña. Sintíendome indefenso y cada vez más incómodo, de pronto di media vuelta y me fui. Apenas había empezado a bajar la calle cuando me volví y me fijé bien en el sitio: quería recordarlo, para poder volver. En la primera esquina eché a correr sin pensarlo dos veces. Tomé un taxi frente al hotel y me llevó de nuevo colina arriba.

Ellen no estaba en casa. La señora Baker bajó las escaleras y me lo dijo. Parecía completamente satisfecha y orgullosa de la belleza de Ellen, e ignoraba que hubiera sucedido algo malo o inusitado la noche anterior. Se alegraba de que las vacaciones estuvieran terminando: suponían un esfuerzo y Ellen no era demasiado fuerte. Y dijo algo que me tranquilizó enormemente.

Se alegraba de que yo hubiera vuelto, porque Ellen, por supuesto, querría verme, y ya quedaba muy poco tiempo. Ellen se iba a las ocho y media, aquella misma noche.

—¡Esta noche! —exclamé—. Creí que se iba pasado mañana.

—Va a Chicago, a ver a los Brokaw —dijo la señora Baker—. La han invitado a una fiesta. Lo hemos decidido hoy: se irá con las hijas de los Ingersoll esta noche.

Me puse tan contento que apenas pude dominar las ganas de estrecharle la mano a la señora Baker. Ellen estaba a salvo. Todo aquello sólo había sido una aventura sin importancia. Me sentía como un idiota, pero me daba cuenta de lo mucho que me importaba Ellen y de lo poco que podía soportar que le sucediera algo malo.

—¿Tardará en venir?

—Menos de un minuto. Acaba de llamar por teléfono desde el club universitario.

Dije que volvería más tarde: yo vivía prácticamente en la casa de al lado y necesitaba estar solo. Entonces, ya en el jardín, recordé que no tenía llave, así que seguí el camino de entrada de la casa de los Baker para tomar el antiguo atajo que usábamos cuando éramos niños, cruzando el patio. Todavía nevaba, pero ahora los copos eran más grandes y había oscurecido, e intentando encontrar el antiguo pasadizo me di cuenta de que la puerta trasera de la casa de los Baker estaba entornada. No sé muy bien por qué volví y entré en aquella cocina. Hubo un tiempo en que me sabía el nombre de las criadas de los Baker. Ya no era así, pero ellas me conocían, y me di cuenta de que cuando llegué se produjo un repentino silencio; no sólo dejaron de hablar: hubo un cambio de estado de ánimo, se creó una especie de expectación. Las tres se pusieron a trabajar demasiado deprisa; hacían movimientos innecesarios, daban voces. La camarera me miraba como con miedo, y de repente intuí que quería decirme algo. Le hice señas para que entrara en la despensa.

—Estoy enterado de todo —dije—. Es un asunto muy serio. Si no cierra esa puerta y le echa la llave, iré ahora mismo a hablar con la señora Baker.

—¡No le diga nada, señor Stinson!

—Pues que nadie moleste a la señorita Ellen. Y me enteraré, si alguien la molesta.

Hice alguna ultrajante amenaza de ir a todas las agencias de empleo y ocuparme de que no volviera a encontrar trabajo en la ciudad. Estaba absolutamente amedrentada cuando me fui. Le había echado la llave y el cerrojo a la puerta de servicio.

Y entonces oí que llegaba un coche grande a la puerta principal, el crujido de las cadenas en la nieve blanda: traía a Ellen a casa y fui a despedirme.

Joe Jelke y otros dos chicos estaban allí, y ninguno de los tres podía dejar de mirarla, ni siquiera para saludarme. Ellen tenía uno de esos cutis rosa y perfectos que son frecuentes en nuestra región, preciosos hasta que las venillas empiezan a romperse a eso de los cuarenta años; ahora, encendido por el frío, era todo un alarde de rosas adorablemente delicados, como ciertos claveles. Joe y ella habían llegado a una especie de reconciliación, o él estaba tan enamorado que ya no se acordaba de la noche anterior; pero me di cuenta de que, aunque Ellen no paraba de reírse, no les hacía ningún caso ni a Joe ni a los otros. Quería que se fueran: esperaba recibir un mensaje de la cocina, pero yo sabía que el mensaje no iba a llegar, que Ellen estaba a salvo. Hablamos del baile de New Haven y del baile de Princeton, y luego, de distinto humor, los cuatro chicos nos fuimos y nos separamos rápidamente en la calle. Volví a casa un poco deprimido y pasé una hora en el agua caliente de la bañera pensando que mis vacaciones ya habían terminado porque Ellen se iba; sintiendo, incluso con mayor intensidad que el día anterior, que ella no formaba parte de mi vida.

Algo se me escapaba, algo que tenía que hacer, algo que había perdido entre los acontecimientos de la tarde, y me prometía a mí mismo volver y buscar hasta encontrar lo que se me escapaba. Lo asociaba vagamente con la señora Baker, y ahora creía recordar que algo había estado flotando en el aire mientras hablábamos. Una vez tranquilo por la partida de Ellen, había olvidado preguntarle a su madre algo referente lo que me había dicho.

Eso era: la familia —los Brokaw— que había invitado a Ellen. Yo conocía bien a Bill Brokaw; estábamos en el mismo curso en Yale. Y entonces me acordé —y me incorporé de un salto en la bañera— de que los Brokaw no pasaban en Chicago las navidades. ¡Estaban en Palm Beach!

Salí inmediatamente, goteando, de la bañera, me puse algo de ropa interior y llamé enseguida por teléfono desde mi cuarto. Pude hablar pronto con la casa de los Baker, pero la señorita Ellen ya había salido hacia la estación.



Por fortuna nuestro coche estaba en casa, y mientras me introducía, todavía mojado, en la ropa, el chófer lo trajo a la puerta. La noche era fría y seca, y hacía buen tiempo para ser invierno, a pesar de la nieve endurecida y helada. Incómodo e inseguro al ponerme en camino, me sentí un poco más confiado cuando la estación, nueva y luminosa, surgió de la noche fría. Durante cincuenta años mi familia había sido propietaria del terreno en el que había sido construida, y aquel detalle parecía justificar mi temeridad. Puede que yo estuviera pisando terreno prohibido, pero la sensación de tener en el pasado un sostén sólido me empujaba a desear ponerme en ridículo. Todo aquel asunto era un disparate, una terrible equivocación. La idea de que el asunto era inofensivo caía por su base. Pero, entre Ellen y una catástrofe imprecisa e inevitable estaba yo, o la policía y un escándalo. No soy un moralista: había algo más, un elemento oscuro y aterrador, y no quería que Ellen lo afrontara sola.

Había tres trenes de Saint Paul a Chicago que salían pocos minutos después de las ocho y media. El de Ellen era el de la compañía Burlington, y, corriendo por la estación, vi cómo el tren se ponía en marcha. Pero yo sabía que Ellen viajaba con las hermanas Ingersoll, porque su madre me había dicho que había comprado los billetes, así que estaba, literalmente hablando, bien protegida y abrigada hasta el día siguiente.

La entrada al andén del siguiente tren para Chicago estaba en el otro extremo de la estación, y hacia allí corrí a toda velocidad para coger el tren y lo conseguí. Pero había olvidado una cosa, suficiente para quitarme el sueño y tenerme preocupado casi toda la noche: mi tren llegaba a Chicago diez minutos después que el otro. Ellen tendría tiempo de sobra para desaparecer en una de las ciudades más grandes del mundo.

Le di al revisor un telegrama para que se lo enviara desde Milwaukee a mi familia, y, a la mañana siguiente, a las ocho, me abrí paso a empujones a través de una inacabable fila de pasajeros que hablaban a voces entre las maletas que llenaban el pasillo y salí disparado por la puerta, casi saltando por encima del revisor. Por un instante la confusión de una gran estación —los ruidos y los ecos ensordecedores, las campanadas de aviso y el humo— me impresionó y anonadó. Pero inmediatamente me precipité hacia la salida, hacia la única posibilidad de encontrarla que se me había ocurrido.

No me había equivocado. Estaba en el mostrador de telégrafos, poniéndole un telegrama a su madre para contarle Dios sabe qué mentira podrida, y su expresión al verme fue una mezcla de sorpresa y terror. También había algo de astucia. Pensaba deprisa: le hubiera gustado alejarse de mí como si yo no existiera, para continuar ocupándose de sus asuntos, pero no podía. Yo le servía para muchas cosas. Así que nos quedamos mirándonos en silencio, pensando.

—Los Brokaw están en Florida —dije un momento después.

—Ha sido un detalle por tu parte hacer un viaje tan largo para decírmelo.

—¿No has pensado, desde que saliste, que sería mejor que te fueras al colegio?

—Por favor, Eddie, déjame en paz —dijo.

—Te acompañaré hasta Nueva York, ni más ni menos. Y tengo pensado volver pronto a casa.

—Lo mejor que puedes hacer es dejarme en paz.

Entornó los ojos preciosos y adoptó una expresión de resistencia animal: hacía un visible esfuerzo, en el que latía la astucia. Y de repente, en lugar de aquella expresión, lucía una sonrisa tranquilizadora, capaz de todo, excepto de convencerme.

—Eddy, tonto, ¿no crees que ya tengo edad para cuidarme sola?

No respondí.

—Ya sabes, he quedado con un hombre. Lo único que quiero es verlo hoy. Tengo billete para el Este en el tren de las cinco. Lo llevo en el bolso, si no me crees.

—Te creo.

—No lo conoces, y... francamente, me parece que estás siendo insoportable y terriblemente impertinente.

—Conozco a ese hombre.

Volvió a perder el control de la cara. Recuperó aquella expresión terrible y me dijo casi con un gruñido:

—Lo mejor que puedes hacer es dejarme en paz,

Le quité el impreso de la mano y redacté un telegrama aclaratorio para su madre. Y le dije con cierta aspereza:

—Tomaremos juntos el tren de las cinco para el Este. Y, mientras, pasaremos el día juntos.

El sonido de mi voz al pronunciar estas palabras bastó para darme valor, y hasta creí que la había impresionado; pareció resignarse en cierta medida —por un instante, al menos—, y me acompañó sin protestar mientras sacaba mi billete.

Cuando trato de juntar los fragmentos de aquel día, me siento confundido, como si mi memoria se negara a aceptar todo aquello, o mi conciencia no pudiera asimilarlo. Fue una mañana luminosa, intensa, durante la que nos paseamos en taxi y fuimos a unos grandes almacenes porque Ellen dijo que quería comprar algo, y donde intentó escabullirse por una puerta trasera. Durante una hora tuve la sensación de que alguien nos seguía en un taxi por la avenida que bordea el lago, e intenté sorprenderlo mirando por el espejo retrovisor o volviendo la cabeza deprisa, pero no descubrí a nadie, y entonces vi cómo la cara de Ellen se deformaba en una risa perversa y sin alegría.

Durante toda la mañana vino del lago un viento fuerte y desapacible, pero cuando fuimos a comer al Hotel Blackstone una nieve menuda caía tras las ventanas, y hablamos casi con naturalidad de nuestros amigos y de cosas sin importancia. De repente cambió el tono de Ellen; se puso seria y me miró a los ojos con expresión de sinceridad.

—Eddie, eres el amigo más antiguo que tengo —dijo—, y no debería ser demasiado difícil para ti confiar en mí. Si te prometo, bajo palabra de honor, que tomaré el tren de las cinco, ¿me dejarás sola unas horas después de comer?

—¿Por qué?

—Bueno —titubeó y bajó un poco la cabeza—, me figuro que todo el mundo tiene derecho a... a despedirse.

—Y tú te quieres despedir de ese...

—Sí, sí —dijo con impaciencia—; sólo unas horas, Eddie, y te prometo que tomaré el tren.

—Bueno, no creo que en dos horas se pueda hacer mucho daño. Si de verdad quieres despedirte...

La miré, y sorprendí aquella mirada de tensa astucia que ya me había asustado antes. Había fruncido los labios, y sus ojos eran otra vez como hendiduras; no había en su cara la menor huella de hermosura ni sinceridad.

Discutimos. La discusión fue vaga por su parte y un poco áspera y reticente por la mía. No me iba a dejar engatusar de nuevo, no iba a dar señales de debilidad ni me iba a dejar corromper por nada: se respiraba en el aire el mal contagioso. Ellen intentaba insinuar —sin ofrecer ninguna prueba convincente— que no había ningún problema. Aunque aquello, aquella cosa, fuera lo que fuera, la dominaba de tal modo que era incapaz de decir una sola verdad, y buscaba afanosamente, para sacarle el máximo provecho, alguna idea creíble y reconfortante que me pudiera impresionar. Me hacía una sugerencia tranquilizadora y me miraba con impaciencia, como si esperara que yo lanzara una agradable charla moral y la adornara, para rematarla, con la acostumbrada guinda, que en este caso sería su libertad. Pero empezaba a minar su resistencia. En dos o tres ocasiones hubiera bastado un poco más de presión para ponerla al borde de las lágrimas, que era, desde luego, lo que yo quería. No pude. Casi la tenía —casi había adivinado qué propósitos escondía—, cuando se me escapó.

A eso de las cuatro la metí sin piedad en un taxi y partimos hacia la estación. El viento volvía a soplar con fuerza, con ráfagas de nieve, y la gente en la calle, esperando autobuses o tranvías demasiado pequeños para acogerlos a todos, parecía tiritar de frío, inquieta y desdichada. Intenté pensar en la suerte que teníamos de no estar entre ellos, de estar cómodos y protegidos, pero el mundo cálido y respetable del que yo había formado parte hasta hacía veinticuatro horas se hallaba lejos de mí. Ahora nos acompañaba algo que era el enemigo, lo antagónico a todo aquello; iba dentro del taxi, a nuestro lado, y estaba en las calles que atravesábamos. Con una sombra de pánico me pregunté si no me estaba deslizando casi imperceptiblemente hacia la actitud moral de Ellen. La columna de viajeros que esperaba para tomar el tren me pareció tan remota como los habitantes de otro mundo, pero era yo quien se alejaba a la deriva y los dejaba atrás.

Mi litera estaba en el mismo vagón que el compartimento de Ellen. Era un vagón anticuado, de luces turbias y alfombras y tapicerías llenas del polvo de otra generación. Había media docena de

viajeros más, pero no me causaron ninguna impresión especial, si no fuera porque formaban parte de la irrealidad que yo empezaba a sentir a mi alrededor, por todas partes. Nos metimos en el compartimento de Ellen, cerramos la puerta y nos sentamos.

De repente la rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí con tanta ternura como era capaz, como si fuera una chiquilla. Y lo era. Se resistió un poco, pero pronto se rindió y se quedó tensa y rígida entre mis brazos.

—Ellen —dije, indeciso—, me has pedido que confíe en ti. Tú tienes muchas más razones para confiar en mí. ¿No te ayudaría a librarte de todo esto si me contaras un poco lo que te pasa?

—No puedo —dijo en voz muy baja—. Quiero decir que no tengo nada que contar.

—Conociste a ese hombre en el tren, cuando volvías a casa, y te enamoraste de él, ¿no es verdad?

—No lo sé.

—Cuéntamelo, Ellen. ¿Te enamoraste de él?

—No lo sé. Por favor, déjame en paz.

—Llámalo como quieras —continuó—. Ese hombre ejerce algún tipo de influencia sobre ti. Está intentando aprovecharse de ti; está intentando conseguir algo de ti. No te quiere.

—¿Y qué importa? —dijo con un hilo de voz.

—Importa. En lugar de intentar luchar contra esta situación estás intentando luchar conmigo. Y yo te quiero, Ellen. ¿Me oyes? Te lo digo de golpe, pero no es nada nuevo. Te quiero.

Me miró, tan dulce como siempre, con sarcasmo; era una expresión que yo había visto en hombres que estaban borrachos y no querían volver a casa. Pero era una expresión humana. Me estaba acercando a Ellen, casi imperceptiblemente, remotamente, pero más que antes.

—Ellen, me gustaría hacerte una pregunta. ¿Está en este tren?

Titubeó y un momento después, negó con la cabeza.

—Ten cuidado, Ellen. Ahora te voy a preguntar otra cosa, y me gustaría que pensaras bien la respuesta. Cuando volvías a casa desde el Este, ¿dónde tomó ese hombre el tren?

—No lo sé —dijo con esfuerzo.

Y en aquel momento fui consciente, con el indiscutible conocimiento que reservamos para lo que es real, de que el hombre estaba exactamente al otro lado de la puerta. Ellen también lo sabía; se puso pálida, y aquella expresión de animalesca perspicacia volvió a insinuarse. Hundí la cabeza entre las manos e intenté pensar.

Debimos quedarnos allí, sin pronunciar apenas palabra, una hora larga. Era consciente de que las luces de Chicago, y las de Englewood y las de suburbios inacabables iban pasando, hasta que no hubo luces y atravesamos la llanura oscura de Illinois. El tren parecía replegarse sobre sí mismo; cuajaba una atmósfera de paz. El revisor llamó a la puerta y preguntó si preparaba la litera, pero dije que no, y se fue.

Un instante después me convencí a mí mismo de que la lucha que inevitablemente se acercaba no estaba por encima de lo que quedaba de mi sensatez, de mi fe en la bondad esencial de las personas y las cosas. Que las intenciones de aquel individuo fueran lo que nosotros llamamos «criminales», lo daba por sentado, pero no había por qué atribuirle una inteligencia que perteneciera a un plano superior de la capacidad humana, e incluso inhumana. Yo seguía considerándolo un hombre, e intentaba descubrir su esencia, su egoísmo: qué tenía en vez de un corazón comprensible. Pero creo que yo sabía de sobra lo que iba a encontrarme cuando abriera la puerta.

Cuando me puse de pie, Ellen ni siquiera parecía verme. Estaba encorvada en una esquina, mirando hacia un punto fijo, con una especie de velo en los ojos, como si se encontrara en un estado de muerte aparente del cuerpo y el alma. La incorporé, le puse dos almohadas bajo la cabeza, y le eché mi abrigo de piel sobre las piernas. Luego me arrodillé ante ella y le besé las manos, abrí la puerta y salí al pasillo.

Cerré la puerta a mis espaldas y me quedé allí un momento, apoyado en la puerta. El vagón estaba a oscuras, salvo por las luces del pasillo y las salidas. No había ningún ruido que no fuera el crujir de los enganches, el uniforme click-clack de los raíles y la respiración ruidosa de alguien que dormía al fondo del vagón. Y un instante después empecé a ser consciente de que había un hombre parado junto al refrigerador del agua, a la puerta del compartimento de fumadores, con un sombrero hongo en la cabeza, el cuello del abrigo subido como si tuviera frío, las manos en los

bolsillos del abrigo. Cuando lo miré, se volvió y entró en el compartimento de fumadores y lo seguí. Estaba sentado en el último rincón del largo banco de cuero; yo me senté en un sillón junto a la puerta.

Cuando entré, lo saludé con la cabeza y él reconoció mi presencia con una de sus terribles risas sin ruido. Pero esta vez fue prolongada, parecía no acabar nunca, y, principalmente para cortarla en seco, pregunté, con una voz que intentaba ser despreocupada:

—¿De dónde es usted?

Dejó de reír y me miró con los ojos entornados, preguntándose cuál sería mi juego. Cuando decidió contestarme, su voz sonó apagada, como si hablara a través de un pañuelo de seda, y parecía venir de muy lejos.

—Soy de Saint Paul, Jack.

—¿De viaje a casa?

Asintió. Luego respiró hondo y habló con una voz áspera y amenazadora:

—Es mejor que te bajes del tren en Fort Wayne, Jack.

Estaba muerto. Estaba tan muerto como el demonio. Había estado muerto desde el principio, pero la fuerza que había fluído a través de él, como sangre en las venas, ida y vuelta a Saint Paul, lo estaba abandonado. Un nuevo perfil —su perfil de muerto— iba apareciendo a través de la figura palpable que había derribado a Joe Jelke.

Habló de nuevo con una especie de esfuerzo, como a sacudidas.

—Te bajas en Fort Wayne, Jack, o te borro del mapa.

Movió la mano dentro del bolsillo del abrigo y me enseñó el bulto de un revólver.

Negué con la cabeza.

—No puedes tocarme —contesté—. Lo sé, ya lo ves.

Sus ojos terribles me miraron de arriba abajo rápidamente, intentando averiguar si yo sabía o no. Entonces lanzó un gruñido, e hizo ademán de levantarse de un salto.

—Si no sales volando, me las pagarás —exclamó con voz ronca. El tren iba reduciendo la velocidad para entrar en Fort Wayne y su voz sonaba con más fuerza en aquella calma nueva, pero no se movió de su sitio —pensé que estaba demasiado débil—, y permanecimos sentados, mirándonos fijamente, mientras obreros iban y venían al otro lado de la ventanilla golpeando en frenos y ruedas, y la locomotora emitía jadeos ruidosos y lastimeros. Nadie entró en nuestro vagón. Un instante después el revisor cerró las puertas, y pasó de largo por el pasillo, y salimos suavemente de la luz turbia y amarilla de la estación y penetramos en la oscuridad interminable.

Lo que recuerdo que sucedió después debe de haberse prolongado durante cinco o seis horas, aunque me vuelve a la memoria como algo sin existencia en el tiempo: algo que podría haber durado cinco minutos o un año. Inició un ataque lento y premeditado contra mí, terrible, sin palabras. Sentía lo que sólo puedo llamar una extrañeza que iba poseyéndome poco a poco, semejante a la extrañeza que había sentido toda la tarde, pero más intensa y profunda. A lo que más se parecía era a la sensación de dejarse llevar por una corriente, y me agarraba convulsivamente a los brazos del sillón, como si me aferrara a un pedazo del mundo de los vivos. A veces me daba cuenta de que cedía ante una acometida, y encontraba casi un alivio cálido, una sensación de liberación; entonces, con un violento esfuerzo de voluntad, lograba mantenerme en el compartimento.

De pronto me di cuenta de que, desde hacía un rato, había dejado de odiarlo, había dejado de sentirme violentamente ajeno a él, y, al darme cuenta, sentí frío y la frente se me llenó de sudor. Se estaba apoderando de mi aborrecimiento, como se había apoderado de Ellen cuando volvía del Este en tren; y era precisamente aquella fuerza que extraía de sus víctimas la que lo había empujado a un acto concreto de violencia en Saint Paul, y la que, desvaneciéndose y apagándose, todavía le daba fuerzas para luchar.

Debía de haber percibido aquel desfallecimiento de mi corazón porque habló inmediatamente en voz baja, casi amable:

—Es mejor que te vayas.

—No, no me voy —contesté haciendo un esfuerzo.

—Como quieras, Jack.

Daba a entender que era mi amigo. Sabía cómo me afectaba aquella situación y quería ayudarme. Se compadecía de mí. Sería mejor que saliera del compartimento antes de fuera demasiado tarde. El ritmo de su ataque era dulce como una canción: Sería mejor que me fuera... y dejara a Ellen en su poder. Sofocando un grito, me incorporé de golpe.

—¿Qué quieres de esa chica? —dije, y la voz se me quebraba—. ¿Convertir su vida en una especie de infierno ambulante?

Su mirada adquirió un aire de estúpida sorpresa, como si yo estuviera castigando a un animal por una falta de la que no era consciente. Titubeé un instante; y enseguida continué a ciegas:

—La has perdido. Ella confía en mí.

La maldad le ensombreció el semblante, y con una voz que era como unas manos frías gritó:

—¡Eres un mentiroso!

—Ella confía en mí —dije—. Está fuera de tu alcance. Está a salvo.

Se controló. Su cara se suavizó, y sentí que aquella extraña debilidad e indiferencia volvían a apoderarse de mí. ¿Qué finalidad tenían? ¿Qué finalidad?

—No te queda mucho tiempo —me obligué a decir, y entonces, en un destello de intuición, averigüé la verdad—. ¡Estás muerto, o te asesinaron no muy lejos de aquí! —entonces vi algo que no había visto antes: su frente estaba perforada por un pequeño agujero redondo, como el que deja el clavo de un cuadro muy grande cuando se arranca de una pared de yeso—. Y ahora te estás apagando. Sólo tenías unas horas. ¡El viaje a casa ha terminado!

Su rostro se deformó, perdida toda apariencia de humanidad, viva o muerta. Simultáneamente la habitación se llenó de aire frío y, con un ruido que estaba entre un paroxismo de toses y un frenesí de horribles carcajadas, se puso de pie, apestando a deshonra y blasfemia.

—¡Ven y mira! —gritó—. ¡Te voy a enseñar...!

Dio un paso hacia mí, luego otro, y era exactamente como si una puerta permaneciera abierta a sus espaldas, una puerta que se abría a un inconcebible abismo de oscuridad y corrupción. Se oyó un grito de agonía, de muerte, suyo o de alguien que había a sus espaldas, y de repente el vigor se le fue en un suspiro largo y ronco y se derrumbó en el suelo...

Cuánto tiempo estuve allí, aturdido por el terror y la extenuación, no lo sé. Lo siguiente que recuerdo es al soñoliento revisor que iba limpiando zapatos de una parte a otra del vagón, y a través de la ventana los altos hornos de Pittsburg, que rompían la uniformidad del paisaje, y... algo demasiado débil para ser un hombre, demasiado pesado para ser una sombra, algo nocturno. Había algo extendido en el banco. E incluso mientras lo miraba seguía desvaneciéndose.

Pocos minutos después abrí la puerta del compartimento de Ellen. Seguía durmiendo donde yo la había dejado. Sus preciosas mejillas estaban pálidas, pero descansaba plácidamente: las manos relajadas y la respiración regular y tranquila. Lo que la había poseído había salido de ella, dejándola exhausta, pero otra vez dueña de su querida identidad.

La puse en una postura más cómoda, la arropé con una manta, apagué la luz y salí.

### III.

Cuando volví a casa para las vacaciones de Semana Santa, casi lo primero que hice fue ir los billares que había cerca de las Siete Esquinas. El hombre de la caja registradora, como cabía esperar, no recordaba mi apresurada visita de tres meses antes.

—Estoy buscando a un individuo que, según creo, venía mucho por aquí hace algún tiempo.

Describí al hombre lo más fielmente que pude, y, cuando terminé, el cajero llamó a un tipo con pinta de yóquey que se sentaba a la barra con aire de tener que hacer algo muy importante que no podía recordar con exactitud.

—Eh, Shorty, ¿quieres hablar con éste? Creo que está buscando a Joe Varland.

El hombrecillo me lanzó una mirada tribal, de recelo. Fui y me senté a su lado.

—Joe Varland está muerto, tío —dijo, de mala gana—. Murió el invierno pasado.

Volví a describirlo: el abrigo, la risa, la expresión habitual de sus ojos.

—No hay duda: estás buscando a Joe Varland, pero está muerto.

—Me gustaría saber algunos detalles sobre él.

—¿Qué te gustaría saber?

—A qué se dedicaba, por ejemplo.

—¿Y yo cómo voy a saberlo?

—Oye, no soy policía. Sólo busco alguna información sobre sus costumbres. Está muerto, así que eso no puede hacerle daño. Y no diré una palabra.

—Bueno —titubeó, mirándome de arriba abajo—, era un experto en trenes. Se metió en un lío en la estación de Pittsburg y un detective lo cazó.

Asentí. Las piezas separadas del rompecabezas empezaban a juntarse.

—¿Por qué viajaba tanto en tren?

—¿Y yo cómo voy a saberlo, tío?

—Si no te vienen mal diez dólares, me gustaría que me contaras cualquier cosa que hayas oído sobre el asunto.

—Bueno —dijo Shorty a regañadientes—, todo lo que sé es que decían que se dedicaba a los trenes.

—¿A los trenes?

—Había inventado una estafa sobre la que nunca dio muchos detalles. Se dedicaba a las chicas que viajaban solas en los trenes. Nadie sabía mucho del asunto... era un tipo que armaba poco ruido... pero algunas veces apareció por aquí con un montón de pasta y se preocupó de que nos enteráramos de que la sacaba de las tías.

Le di las gracias y diez dólares y me fui, pensativo, sin mencionar que una parte de Joe Varland había hecho su último viaje a casa.

Ellen no vino al Oeste durante la Semana Santa, e incluso si hubiera venido no le hubiera contado nada: la he visto casi a diario este verano y hemos conseguido hablar sobre todo lo demás. Pero a veces Ellen calla sin motivo y entonces quiere estar muy cerca de mí, y sé lo que está pensando.

Es verdad que ella se presenta en sociedad este otoño, y a mí me quedan dos cursos en New Haven; pero las cosas no parecen tan imposibles como hace pocos meses. Me pertenece de alguna manera: incluso si la perdiera, me pertenecería. ¿Quién sabe? De todas formas, siempre podrá contar conmigo.

## El estadio

El estadio (*Saturday Evening Post*, 21 de enero de 1928) fue concebido como «un sofisticado cuento sobre fútbol en dos partes», que Fitzgerald intentó terminar a tiempo para su publicación durante la temporada futbolística de 1927. Era un relato difícil, y lo abandonó para escribir *Corto viaje a casa*. Cuando el director literario del *Post*, Thomas Costain, leyó *El estadio*, le dijo a Harold Ober que Fitzgerald «había captado el espíritu del fútbol como nadie hasta entonces». Aunque Fitzgerald se sintió toda la vida desilusionado por su ineptitud para jugar al fútbol en el equipo de Princeton, *El estadio* es su único cuento sobre fútbol aparecido en una publicación comercial, si excluimos algunos fragmentos de la serie de *Basil*.

### I.

Había uno en mi curso, en Princeton, que nunca iba al fútbol. Pasaba las tardes de los sábados investigando minucias sobre los deportes en Grecia y los combates frecuentemente amañados entre cristianos y fieras salvajes bajo el imperio de los Antoninos. Recientemente —años después de la universidad— ha descubierto a los futbolistas, de quienes hace aguafuertes a la manera del George Bellows de la última época. Pero hubo un tiempo en que era insensible a todo espectáculo, por grande que fuera, que pasara ante su puerta, y dudo de la originalidad de sus juicios sobre lo que es bello, singular y divertido.

A mí me encantaba el fútbol, como espectador, especialista en estadísticas por afición y jugador frustrado. Jugué en el colegio, y la revista del colegio publicó una vez un titular que decía: «Deering y Mullins destacan en durísimo partido contra Taft». Cuando entré en el comedor después de la contienda, todo el colegio se levantó y me aplaudió, y el entrenador del equipo visitante me estrechó la mano y me profetizó —erróneamente— que se oiría hablar mucho de mí. Guardo el episodio entre lo más agradable de mi pasado: lavanda que lo perfuma. Aquel año me puse muy alto y muy delgado, y, cuando en Princeton, al otoño siguiente, lleno de ansiedad, les eché un vistazo a los estudiantes de primer curso candidatos a jugadores y capté la educada indiferencia con que me devolvían la mirada, comprendí que aquel ambicioso sueño había terminado. Keene dijo que él podía convertirme en un aceptable saltador de pértiga —y lo hizo—, pero aquello era un pobre sucedáneo; y la terrible desilusión de no poder convertirme en un gran futbolista fue probablemente la base de mi amistad con Dolly Harlan. Quisiera empezar este relato sobre Dolly con un breve refrito de la final contra Yale, en New Haven, cuando estudiábamos segundo curso.

Dolly había empezado a jugar de medio o corredor; aquél era su primer gran partido. Compartíamos habitación, y yo había percibido algo extraño en su estado de ánimo, así que no le quité ojo de encima durante el primer tiempo. Podía ver con los prismáticos la expresión de su cara: era la misma expresión de incredulidad y tensión que había tenido el día de la muerte de su padre, y no cambió, aunque había habido tiempo de sobra para dominar los nervios. Pensé que se sentía mal y me preguntaba cómo Keene no se daba cuenta y lo sustituía; y hasta mucho después no descubrí cuál era el problema.

Era el estadio de Yale. El tamaño o la forma cerrada o la altura de los graderíos había empezado a poner nervioso a Dolly desde la víspera, en los entrenamientos del equipo. Durante el entrenamiento falló un par de ensayos, casi por primera vez en su vida, y empezó a pensar que el estadio tenía la culpa.

Hay una nueva enfermedad llamada agorafobia —miedo a las multitudes— y otra llamada siderodromofobia —miedo a los viajes en tren—, y mi amigo el doctor Glock, afamado psicoanalista, seguramente podría describir sin ninguna dificultad el estado de ánimo de Dolly. Pero he aquí lo que Dolly me contó más tarde:

—El equipo de Yale golpeó el balón y miré hacia arriba. Mientras miraba hacia arriba, las gradas de aquella maldita olla parecieron salir disparadas también. Luego, cuando la pelota comenzó a caer, las gradas se inclinaron y se me echaron encima hasta que pude ver a la gente de las

localidades más altas gritándome y amenazándome con los puños. Al final no veía la pelota, sino sólo el estadio. Todas la veces que conseguí hacerme con la pelota, fue cuestión de suerte: yo estaba debajo.

Volvamos al partido. Yo estaba entre los hinchas, y tenía una buena localidad a la altura de la línea de cuarenta yardas: buena hasta que un antiguo alumno absolutamente despistado, que había perdido a sus amigos y el sombrero, empezó a levantarse de vez en cuando para gritar: «¡Hurra Ted Coy!», como si creyera que estábamos viendo un partido de hacía una docena de años. Cuando se dio cuenta por fin de que resultaba gracioso, empezó a actuar para la galería, y provocó un coro de silbidos y pateos hasta que, contra su voluntad, acabó bajo la tribuna. Fue un buen partido: lo que en las revistas de la universidad se conoce como un partido histórico. Hay colgada en todas las barberías de Princeton una fotografía del equipo que jugó aquel partido, con Gottlieb, el capitán, en el centro, vistiendo el jersey blanco, signo de haber ganado un campeonato. Yale llevaba una temporada mediocre, pero dominó durante el primer cuarto, que acabó con una ventaja de tres a cero a su favor.

En los descansos yo observaba a Dolly. Se paseaba, jadeando y bebiendo agua de una botella, siempre con aquella expresión tensa, de aturdimiento. Más tarde me diría que no paraba de repetirse: «Tengo que decírselo a Roper. Se lo diré en cuanto termine la primera mitad. Le diré que ya no puedo más». Ya había sentido varias veces el impulso casi irresistible de encogerse de hombros y salir del terreno de juego, pues no se trataba únicamente del miedo inesperado que le infundía el estadio: la verdad era que Dolly detestaba el fútbol con todas sus fuerzas, amargamente.

Detestaba el largo y aburrido periodo de entrenamiento, lo que el fútbol tiene de enfrentamiento personal, cómo le robaba el tiempo, la monotonía, la rutina y la angustiada sensación de desastre cuando el partido estaba a punto de acabar. A veces imaginaba que todos aborrecían el fútbol tanto como él, y, como él, reprimían su aversión, y la llevaban dentro como un cáncer que temieran reconocer. A veces imaginaba que un buen día alguien se arrancaba la máscara y decía: «Dolly, ¿tú odias tanto como yo este juego asqueroso?».

Aquella sensación se remontaba al colegio de Saint Regis, y Dolly había llegado a Princeton con la idea de que el fútbol se había terminado para siempre. Pero los alumnos mayores que procedían de Saint Regis lo paraban en la universidad para preguntarle cuánto pesaba, y en nuestro curso fue elegido vicedelegado de la clase por su extraordinaria fama como atleta: era otoño, y se olía ya el triunfo en el aire. Una tarde llegó casi por casualidad hasta donde se entrenaban los estudiantes de primero, sintiéndose extrañamente perdido e insatisfecho, y olió el césped y olió la pasión del campeonato. Y media hora después se estaba atando un par de botas prestadas, y dos semanas más tarde era el capitán del equipo de primero.

Y, cuando ya se había comprometido, se dio cuenta de que había cometido un error; incluso pensó en dejar la universidad. Porque, con la decisión de jugar, Dolly asumía una responsabilidad moral, personal. Perder o defraudar a alguien, o ser defraudado, simplemente le resultaba intolerable. Ofendía su sentido del despilfarro, muy escocés. ¿De qué valía sudar sangre durante una hora si al final te derrotaban?

Quizá lo peor de todo era que ni siquiera llegaba a ser un fuera de serie. Ningún equipo del país lo hubiera desechado, pero era incapaz de hacer nada superlativamente bien, nada espectacular, ni corriendo, ni pasando, ni pateando. Medía un metro y ochenta centímetros y pesaba poco más de setenta y dos kilos; buen corredor y defensa, seguro a la hora de interceptar pases, placaba y pateaba bien. Nunca perdía la pelota ni cometía fallos; su sangre fría, su constante y segura agresividad, producía un efecto decisivo sobre los otros jugadores. Era el líder moral de todos los equipos en los que jugaba y por eso Roper había dedicado tanto tiempo durante toda la temporada a mejorar la potencia de su patada: lo necesitaba en el equipo.

En el segundo cuarto Yale empezó a venirse abajo. Era un equipo mediocre, prepotente, mal conjuntado por el sistema de insultos y amenazas de cambio al que recurrían sus entrenadores. El *quarterback*, Josh Logan, había sido un fenómeno en Exeter —puedo atestiguarlo—, donde la furia y la confianza en sí mismo de un solo hombre pueden decidir un partido. Pero el altísimo nivel de organización de los equipos universitarios descarta tales ingenuidades infantiles y hace que se recuperen con menor facilidad de pérdidas de pelota y errores estratégicos detrás de la línea.

Así, sin escatimar energías, con mucho esfuerzo, apretando los dientes, Princeton empezó a adueñarse del campo. Las cosas se precipitaron en la línea de veinte yardas de Yale. Interceptaron un pase de Princeton, y el jugador de Yale, nervioso por su propio acierto, perdió la pelota, que lenta y sorprendentemente tomó el camino de la línea de gol de Yale. Jack Devlin y Dolly Harlan, de



Princeton, y un jugador —no recuerdo quién era— de Yale, estaban más o menos a la misma distancia de la pelota. Lo que Dolly hizo en el segundo que duró la disputa sólo obedeció al instinto: no tenía ningún problema. Era un atleta por naturaleza, y en situaciones críticas su sistema nervioso decidía por él. Podría haber echado a correr para adelantar a los otros dos en la disputa por el balón; pero, en lugar de eso, bloqueó con violenta precisión al jugador de Yale mientras Devlin robaba el balón, corría diez yardas y lograba un *touchdown*.

En aquel tiempo los comentaristas deportivos aún veían los partidos con los ojos de Ralph Henry Barbour. Las cabinas de prensa estaban exactamente detrás de mí, y cuando Princeton se disponía a pasar el balón entre los dos postes oí que el comentarista radiofónico preguntaba:

—¿Quién es el número veintidós?

—Harlan.

—Harlan va a patear la pelota. Devlin, autor del *touchdown*, procede del colegio de Lawrenceville. Tiene veinte años. ¡El balón ha pasado limpiamente entre los palos de la portería!

En el descanso, cuando Dolly se sentó en el vestuario temblando de fatiga, Little, uno de los ayudantes del entrenador, se sentó a su lado y dijo:

—Cuando se te echen encima los alas agarra bien el balón. Ese grandullón, Havemeyer, puede arrancártelo de las manos.

Era la ocasión de decirle: «Me gustaría que le dijeras a Bill que...»; pero las palabras se deformaron hasta convertirse en una pregunta trivial acerca del viento. Necesitaba explicar lo que sentía, y no había tiempo. Lo que él pudiera sentir no importaba mucho en aquel vestuario saturado por la respiración jadeante de cansancio, el esfuerzo definitivo, la extenuación de sus diez compañeros. Sintió vergüenza cuando estalló una violenta discusión entre un ala y un *tackle*; le molestó la presencia de antiguos jugadores en el vestuario, especialmente la del capitán de hacía dos temporadas, que estaba un poco borracho y protestaba con vehemencia excesiva contra el favoritismo del arbitro. Parecía inadmisibles añadir una pizca más de tensión e irritación. Pero hubiera acabado con aquello de todas formas si Little no le hubiera dicho en voz baja: «¡Qué bloqueo, Dolly! ¡Espléndido!», y si la mano de Little no se hubiera quedado allí, apoyada en su hombro.

## II.

En el tercer cuarto Joe Dougherty pateó desde la línea de veinte yardas, logró con facilidad pasar la pelota entre los dos palos de la portería y nos sentimos seguros, hasta que, cuando ya anoecía, gracias a una serie de ataques desesperados, Yale acertó distancias en el marcador. Pero Josh Logan había dilapidado sus recursos en pura bravuconería y la defensa había conseguido anularlo. Cuando los suplentes saltaron al campo, Princeton volvió a adueñarse del terreno de juego. Entonces, de pronto, el partido acabó y la multitud saltó al campo, y Gottlieb, abrazado a la pelota, fue lanzado al aire. Por un momento todo fue confusión, locura y alegría; vi cómo algunos estudiantes de primero intentaban coger a hombros a Dolly, pero les faltó decisión y Dolly se escabulló.

Todos sentíamos una gran euforia. Hacía tres años que no derrotábamos a Yale: ahora las cosas volvían a estar en su sitio. Aquello significaba un buen invierno en la universidad, algo agradable y ligero que recordar en los días fríos y húmedos después de las navidades, cuando una sensación desoladora de futilidad se apodera de la ciudad universitaria. En el terreno de juego un equipo improvisado y escandaloso jugaba al fútbol con un sombrero hongo, hasta que una serpiente humana, saltando y bailando, los envolvió y los hizo desaparecer. Fuera del estadio vi a dos alumnos de Yale, terriblemente abatidos y disgustados, meterse en un taxi y decirle al taxista con un tono de fatal resignación: «A Nueva York». No encontrabas a nadie de Yale: como suelen hacer los derrotados, se habían esfumado silenciosamente.

Empiezo la historia de Dolly con mis recuerdos de aquel partido porque aquella tarde apareció la chica. Era amiga de Josephine Pickman: íbamos a ir los cuatro a Nueva York, al Midnight Frolic. Cuando le insinué a Dolly que quizá se encontrara demasiado cansado se echó a reír: aquella noche iría a cualquier parte para quitarse de la cabeza la angustia y la tensión del fútbol. Entró en el recibidor de la casa de Josephine a la seis y media, y parecía haber pasado el día en la peluquería, si no fuera por un pequeño y atractivo esparadrapo en una ceja. Era uno de los hombres más guapos que he visto nunca; la ropa de calle resaltaba su altura y delgadez, tenía el pelo oscuro, y los ojos

marrones, grandes y penetrantes, y la nariz aguileña le daban, como el resto de sus facciones, cierto aire romántico. Entonces no podía ocurrírseme, pero supongo que era bastante vanidoso —no engreído, sino vanidoso—, pues siempre vestía de marrón o gris perla, con corbatas negras, y la gente no elige la ropa con tanto cuidado, tan a tono, por casualidad.

Sonreía ligeramente, satisfecho de sí mismo, cuando entró. Me estrechó la mano con entusiasmo y bromeó:

—Vaya, qué sorpresa encontrarlo aquí, señor Deering. Entonces descubrió a las dos chicas al fondo del recibidor, una morena radiante, como él, y otra con el pelo dorado, burbujeante y espumoso a la luz de la chimenea, y dijo con la voz más alegre que le había oído nunca:

—¿Cuál es la mía?

—Me figuro que la que tú quieras.

—En serio, ¿quién es Pickman?

—La rubia.

—Entonces la mía es la otra. ¿No era ése el plan?

—Creo que será mejor que las prevenga de cómo te encuentras.

La señorita Thorne, pequeña, ruborizada y encantadora, estaba de pie junto a la chimenea. Dolly se dirigió directamente a ella.

—Eres mía —dijo—, me perteneces.

Ella lo miró sin alterarse, examinándolo; de pronto, le gustó y sonrió. Pero Dolly no estaba satisfecho: quería hacer algo increíblemente tonto o sorprendente para expresar el júbilo fabuloso de ser libre.

—Te quiero —dijo. Le cogió la mano; sus ojos de terciopelo marrón la miraban con ternura, deslumbrados, convincentes—. Te quiero.

Por un momento se curvaron las comisuras de los labios de la chica, como si le pesara haber encontrado a alguien más fuerte, más seguro de sí mismo, más desafiante que ella. Entonces Dolly, mientras la señorita Thorne se retraía visiblemente, le soltó la mano: había acabado la escena en la que había liberado la tensión de la tarde.

Era una noche fría y clara de noviembre, y las ráfagas de aire contra el descapotable nos producían una vaga excitación, la sensación de que nos dirigíamos a toda velocidad hacia un destino extraordinario. Las carreteras estaban llenas de coches que confluían en largos e inexplicables atascos mientras los policías, cegados por los faros, iban y venían entre la hilera de vehículos impartiendo confusas órdenes. No llevábamos una hora de viaje cuando Nueva York empezó a perfilarse contra el cielo: un distante resplandor brumoso.

Josephine me dijo que la señorita Thorne era de Washington, y, después de pasar unos días en Boston, acababa de llegar.

—¿Para el partido?

—No. No ha ido al partido.

—Es una pena. Si me lo hubieras dicho, le hubiera conseguido una entrada.

—No hubiera ido. Vienna nunca va al fútbol —me acordé entonces de que ni siquiera le había dado la enhorabuena convencional a Dolly—. Detesta el fútbol. A su hermano lo mataron el año pasado en un partido del campeonato preuniversitario. No pensaba traerla esta noche, pero cuando volvimos a casa después del partido me di cuenta de que había pasado la tarde con un libro abierto siempre por la misma página. Ya te puedes figurar: era un chico maravilloso, y su familia estaba en el partido, y es natural que no hayan podido sobreponerse.

—¿Le molesta estar con Dolly?

—Claro que no. No le hace el menor caso al fútbol. Si alguien lo menciona, ella cambia de tema.

Me alegré de que fuera Dolly y no Jack Devlin, por ejemplo, quien la acompañara en el asiento trasero. Y lo sentí un poco por Dolly. Por sólidos que fueran sus sentimientos sobre el fútbol, habría esperado algún reconocimiento a su innegable esfuerzo.

Quizá consideraba aquel silencio una sutil muestra de respeto, pero, mientras las imágenes de la tarde relampagueaban en su memoria, hubiera recibido con agrado algún elogio al que responder: «¡Tonterías!». Desdeñadas por completo, las imágenes amenazaban volverse insistentes y molestas.

Miré hacia el asiento trasero y me sobresaltó un poco encontrar a la señorita Thorne en los brazos de Dolly. Rápidamente volví la cara y decidí dejar que se preocuparan de sí mismos.

Mientras esperábamos en un semáforo de Broadway vi los titulares de un periódico con el resultado del partido. Aquella página era más real que la propia tarde: sucinta, condensada y clara:

PRINCETON DERROTA A YALE 10-3  
 LOS TIGRES ESQUILAN A LOS BULLDOGS ANTE SETENTA  
 MIL ESPECTADORES  
 DEVLIN APROVECHA UN ERROR DE YALE

Si la tarde había sido desordenada, confusa, fragmentaria e inconexa, ahora los hechos se ordenaban apaciblemente en el molde del pasado:

PRINCETON, 10; YALE, 3

Pensé lo curioso que era el éxito. Y Dolly era en gran medida responsable de que se me ocurriera aquello. Me preguntaba si todo lo que vociferaban los titulares respondía exclusivamente a una elección caprichosa. Como si la gente preguntara:

—¿A qué se parece esto?

—A un gato.

—Pues entonces lo llamaremos gato.

Mi imaginación, avivada por las luces callejeras y el alegre tumulto, admitió de repente que cualquier éxito era cuestión de énfasis: meter en un molde, darle forma a la confusión de la vida.

Josephine se detuvo frente al Teatro New Amsterdam, donde nos esperaba su chófer para recoger el coche. Llegábamos demasiado pronto, pero se produjo un pequeño brote de entusiasmo entre los estudiantes que aguardaban en el vestíbulo —«Es Dolly Harlan»—, y cuando nos dirigíamos al ascensor algunos conocidos se acercaron a estrecharle la mano. Aparentemente ajena a tales ceremonias, la señorita Thorne me sorprendió mirándola y sonrió. Yo la miraba con curiosidad. Josephine nos había facilitado la información, más bien asombrosa, de que sólo tenía dieciséis años. Me figuro que la sonrisa que le devolví era un poco protectora, pero inmediatamente me di cuenta de que una sonrisa así no venía a cuento. A pesar de que su rostro transparentaba delicadeza y afecto, a pesar de su tipo, que me recordaba a una bailarina exquisita y romántica, tenía cierta cualidad, cierta dureza de acero. Se había educado en Roma, Viena y Madrid, con estancias relámpago en Washington; su padre era uno de esos embajadores norteamericanos llenos de encanto, que, con admirable obstinación, intentan recrear el Viejo Mundo en sus hijos, procurando que su educación sea más regia que la de un príncipe. La señorita Thorne era sofisticada. A pesar del desparpajo y libertad de la juventud norteamericana, la sofisticación sigue siendo un monopolio del viejo continente.

Entramos en la sala durante un número en el que coristas vestidas de naranja y negro cabalgaban a lomos de caballos de madera contra coristas vestidas con el color azul de Yale. Cuando se encendieron las luces, Dolly fue reconocido y algunos estudiantes de Princeton organizaron en su honor un escándalo con los martillos de madera que les habían dado para mostrar su aprobación; Dolly desplazó discretamente la silla hacia la sombra.

Casi inmediatamente apareció ante nuestra mesa un joven con la cara encarnada, muy abatido. En mejor forma habría resultado extremadamente atractivo; le dedicó a Dolly una sonrisa instantánea, deslumbrante y simpática, como si le pidiera permiso para hablar con la señorita Thorne, y dijo:

—Creía que no ibas a venir a Nueva York esta noche.

—Hola, Carl —lo miraba con frialdad.

—Hola, Vienna. Como debe ser: «Hola, Viena; hola, Cari». Bueno, dime, creía que no ibas a venir a Nueva York esta noche.

La señorita Thorne no hizo ademán de presentarnos al recién llegado, que, como todos podíamos apreciar, iba elevando la voz.

—Creía que me habías prometido que no ibas a venir.

—No pensaba venir, hijo. He salido de Boston esta mañana.

—¿Con quién has estado en Boston? ¿Con el fascinante Tunti?

—No he estado con nadie, hijo.

—Ah, claro que sí. Estuviste con el fascinante Tunti, y hablasteis de vivir en la Riviera —la señorita Thorne no respondió—. ¿Por qué eres tan falsa, Vienna? ¿Por qué me dijiste por teléfono que...

—Nadie me va a dar lecciones —dijo ella, y su voz había cambiado de repente—. Te dije que si te tomabas otra copa habíamos terminado. Soy persona de palabra y me alegraría mucho si te fueras.

—¡Vienna! —exclamó el joven, con la voz quebrada.

En aquel momento me levanté para bailar con Josephine. Cuando volvimos había gente en la mesa: los conocidos con los que pensábamos dejar a Josephine y la señorita Thorne, pues yo había previsto que Dolly se sentiría cansado, y algunos más. Uno de ellos era Al Ratoní, el compositor, que al parecer había estado invitado en la embajada de Madrid. Dolly Harlan había apartado su silla y miraba a las parejas que bailaban. Y, cuando las luces se apagaron para un nuevo número, un hombre salió de la oscuridad, se inclinó sobre la señorita Thorne y le murmuró algo al oído. Ella se sobresaltó e hizo ademán de levantarse, pero el hombre le puso la mano en el hombro y la obligó a sentarse. Empezaron a hablar entre ellos en voz baja y nerviosa.

Estaban muy juntas las mesas en el viejo Frolic. Un hombre se había reunido con los de la mesa de al lado y no pude evitar oír lo que decía:

—Un tipo ha intentado matarse en el lavabo. Se ha pegado un tiro en el hombro, pero le han quitado la pistola...

Y volví a oírlo hablar:

—Dicen que se llama Carl Sanderson.

Cuando el número terminó, miré alrededor. Vienna Thorne no apartaba la vista de Lillian Lorraine, a quien elevaban hacia el techo como una muñeca gigante. El hombre que había hablado con ella se había ido, y era evidente que nadie sabía lo que acababa de suceder. Le sugerí a Dolly que sería mejor que nos fuéramos, y, tras echarle a Vienna una ojeada en la que se mezclaban desgana, cansancio y resignación, Dolly aceptó. Camino del hotel, le conté lo que había sucedido.

—Sólo es un borracho —señaló tras unos segundos de fatigada reflexión—. Seguramente lo único que quería era dar un poco de pena. Me figuro que una chica verdaderamente atractiva está harta de aguantar cosas así.

No era ésa mi opinión. Podía imaginarme la pechera de la camisa blanca, estropeada, empapada de sangre jovencísima, pero no discutí. Y un momento después Dolly dijo:

—Quizá sea brutal lo que voy a decir, pero ¿no te parece una debilidad, una blandenguería? A lo mejor es mi estado de ánimo esta noche.

Cuando Dolly se desnudó, vi que estaba lleno de contusiones y cardenales, pero me aseguré que ninguno le quitaría el sueño. Entonces le conté por qué la señorita Thorne no había hablado del partido, y Dolly se incorporó en la cama: le había vuelto a los ojos el brillo de siempre.

—Ah, era eso. Ahora me lo explico. Creía que a lo mejor le habías dicho que no me hablara de fútbol.

Más tarde, cuando la luz llevaba apagada media hora, dijo de pronto en voz alta y clara.

—Ahora lo entiendo.

No sé si estaba despierto o dormido.

### III.

He transcrito en estas páginas, lo mejor que he podido, cuanto recuerdo del día en que se conocieron Dolly y la señorita Vienna Thorne. Al releerlas, todo parece fortuito e insignificante, pero fortuito e insignificante parece todo lo que ocurrió aquella noche, para siempre a la sombra del partido. Vienna volvió a Europa casi inmediatamente, y durante quince meses desapareció de la vida de Dolly.

Fue un buen año: y así perdura todavía en mi memoria. El segundo curso es el más dramático en Princeton, como el primer año lo es en Yale. No sólo tienen lugar las elecciones para los clubes de estudiantes de los cursos superiores, sino que empieza a labrarse el destino de cada uno. Puedes decir perfectamente quiénes saldrán adelante, no sólo por sus éxitos inmediatos, sino por la manera en que sobreviven a los fracasos. No faltaba nada en mi vida. Me comportaba como un típico alumno de Princeton, un incendio destruyó en Dayton la casa de mi familia, me peleé estúpidamente a puñetazos en el gimnasio con un tipo que más tarde se convertiría en uno de mis mejores amigos, y en marzo Dolly y yo ingresamos en el club de estudiantes al que siempre habíamos querido pertenecer. También me enamoré, pero sería una impertinencia hablar de eso ahora.

Llegó abril y el auténtico clima de Princeton, las tardes perezosas, verdes y doradas, y las noches vivas y apasionantes, hechizadas por las canciones de los alumnos de los últimos cursos. Yo era feliz, y Dolly hubiera sido feliz si no fuera porque se acercaba la nueva temporada de fútbol. Jugaba al béisbol, lo que lo libraba de los entrenamientos de primavera, pero las bandas de música empezaban a oírse débilmente a lo lejos. En el verano alcanzaron el nivel de concierto, y Dolly tenía que contestar veinte veces al día la misma pregunta: «¿Volverás pronto al fútbol?». A mediados de septiembre ya se arrastraba por el polvo y el calor del final del verano de Princeton, andaba a cuatro patas por el césped, trotaba al ritmo de la rutina de siempre para convertirse en esa clase de espécimen que yo soñaba ser: hubiera dado diez años de mi vida por serlo.

Dolly odiaba todo aquello, de principio a fin, incansablemente. Jugó contra Yale en otoño, cuando sólo pesaba menos de setenta y cinco kilos, aunque en el acta del partido constara otro peso, y Joe McDonald y él fueron los únicos que jugaron completo aquel desastroso partido. Hubiera sido capitán del equipo con sólo mover un dedo, pero en ese asunto hay cuestiones que conozco confidencialmente y no puedo revelar: le daba pánico la posibilidad de que, por alguna casualidad, tuviera que aceptar la capitania del equipo. ¡Dos temporadas! Ni siquiera hablaba de aquello. Se iba de la habitación o del club cuando la conversación se desviaba hacia el fútbol. Dejó de comentarme que no iba a aguantar el fútbol mucho tiempo. Y hasta Navidad no se le fue la tristeza de la mirada.

Y entonces la señorita Vienna Thorne volvió de Madrid para Año Nuevo, y en febrero un tal Case la invitó a la fiesta de los alumnos de último curso.

#### IV.

Incluso era más preciosa que antes, más suave, al menos por fuera, y tuvo un éxito extraordinario. La gente que pasaba a su lado en la calle volvía la cabeza para mirarla. Y la miraban con miedo, como si se dieran cuenta de que casi habían perdido algo. Me dijo que por el momento estaba cansada de los europeos, dándome a entender que había existido alguna especie de desdichado asunto amoroso. Se vestiría de largo el próximo otoño, en Washington.

Vienna y Dolly. Desaparecieron juntos durante dos horas la noche de la fiesta, y Harold Case estaba desesperado. Cuando volvieron a medianoche, pensé que formaban la pareja más atractiva que había visto nunca. Brillaban con esa luminosidad especial que envuelve algunas veces a quienes son morenos. Harold Case los miró de arriba abajo y arrogantemente se fue a casa.

Vienna volvió una semana después, sólo para ver a Dolly. Aquella noche tuve que ir al club, que estaba vacío, a recoger un libro, y me llamaron desde la tenaza., abierta al estadio fantasmal y a la noche desolada. Era la hora del deshielo, y el aire cálido traía ecos de primavera y, donde había luz suficiente, podías ver gotas que relucían y caían. Podías sentir cómo el frío se derretía y goteaba de las estrellas y los árboles desnudos y los arbustos y fluía hacia Stony Brook, brillando en la oscuridad.

Vienna y Dolly estaban sentados en un banco de mimbre, ebrios de sí mismos, románticos y felices.

—Teníamos que contárselo a alguien —dijeron.

—¿Me puedo ir ya?

—No, Jeff—insistieron—. Quédate aquí y envidianos. Estamos en un momento en que necesitamos que nos envidien. ¿Crees que hacemos una buena pareja?

¿Qué podía decirles?

—Dolly termina los estudios el año que viene —continuó Vienna—, pero lo haremos público el próximo otoño, en Washington, cuando acabe la temporada.

Me sentí más tranquilo cuando me enteré de que iba a ser un largo noviazgo.

—Me caes bien, Jeff—dijo Vienna—. Me gustaría que Dolly tuviera más amigos como tú. Tú lo animas: tienes ideas propias. Le he dicho a Dolly que seguro que encuentra otros como tú si busca en su curso.

Dolly y yo nos sentimos ligeramente violentos.

—Vienna no quiere que me convierta en un Babbitt —dijo Dolly alegremente.

—Dolly es perfecto —afirmó Vienna—. Es lo más precioso que ha existido nunca, y ya te darás cuenta, Jeff, de que soy lo mejor para él. Ya le he ayudado a tomar una decisión importante —me imaginé lo que iba a decirme—. Lo van a oír como el próximo otoño empiecen a darle la lata con el fútbol. ¿Verdad, hijo?

—Nadie me va a dar la lata —dijo Dolly, incómodo—. Tampoco es eso.

—Bueno, tratarán de presionarte moralmente. —No, no —respondió—. No se trata de eso. Es mejor que hablemos de otra cosa, Vienna. ¡Hace una noche tan espléndida!

¡Una noche tan espléndida! Cuando pienso en mis propios episodios amorosos en Princeton, siempre recuerdo aquella noche de Dolly, como si hubiera sido yo quien estaba allí, con la juventud, la esperanza y la belleza entre los brazos.

La madre de Dolly alquiló una casa en Ram's Point, en Long Island, para el verano, y a finales de agosto fui al Este a pasar unos días con él. Vienna había llegado una semana antes, y mis impresiones fueron éstas: primera, Dolly estaba muy enamorado; y, segunda, aquella era la fiesta de Vienna. Curiosos de todas las especies solían presentarse inesperadamente para verla. Ahora que soy más sofisticado no me extraña, pero entonces me parecían un fastidio: nos estropeaban el verano. Todos eran un poco famosos por una u otra cosa, y era cosa tuya descubrir por qué. Se hablaba mucho, y sobre todo se discutía mucho, sobre la personalidad de Vienna. Siempre que me quedaba a solas con otro invitado hablábamos de la vivísima personalidad de Vienna. Todos me consideraban un aburrimiento, y la mayoría consideraba a Dolly un aburrimiento. Dolly era, a su estilo, mejor que cualquiera de ellos en el suyo, pero el estilo de Dolly era la única variedad de la que jamás se hablaba. Yo tenía, sin embargo, la vaga sensación de que me estaba refinando, y al año siguiente me jactaba de conocer a todas aquellas personalidades y me molestaba que la gente ni siquiera hubiera oído sus nombres.

El día antes de mi partida Dolly se torció el tobillo jugando al tenis, lo que más tarde le permitiría hacerme, con humor negro, algún comentario jocoso.

—Una fractura me hubiera facilitado las cosas. Si me lo hubiera torcido medio centímetro más, se hubiera roto algún hueso. A propósito, mira.

Me lanzó una carta. Era una convocatoria por la que debía presentarse en Princeton el quince de septiembre para los entrenamientos y en la que se le recordaba que debía mantenerse en buena forma física.

—¿No vas a jugar este otoño?

Negó con la cabeza.

—No. Ya no soy un niño. He jugado dos temporadas y este año quiero tenerlo libre. Aguantar otro año sería un caso de cobardía moral.

—No te lo discuto, pero... ¿hubieras adoptado la misma actitud si no estuviera Vienna?

—Por supuesto. Si permitiera que me presionaran otra vez, sería incapaz de volver a mirarme a la cara.

Dos semanas más tarde recibí la siguiente carta:

«Querido Jeff:

»Cuando leas esta carta quizá te lleves una sorpresa. Ahora sí que me he roto de verdad el tobillo jugando al tenis. Ni siquiera puedo andar con muletas. Lo tengo en una silla, frente a mí, hinchado y vendado, grande como una casa, mientras te escribo. Nadie, ni siquiera Vienna, conoce nuestra conversación del verano sobre el mismo asunto, así que olvidémosla por completo. Una cosa: es condenadamente difícil romperse un tobillo, aunque yo no lo he sabido hasta hace poco.

»Hace años que no me sentía tan feliz: nada de entrenamientos de pretemporada, nada de sudor ni sufrimiento, un poco de incomodidad y molestias a cambio de ser libre. Me parece que he sido más listo que muchos, pero eso sólo le interesa a tu

«maquiavélico (sic) amigo,

»DOLLY

»P S. Te ruego que rompas esta carta.»

No parecía una carta de Dolly.

V.

Cuando llegué a Princeton le pregunté a Franz Kane —que tiene una tienda de artículos deportivos en la calle Nassau y puede decirte sin pensarlo dos veces el nombre del *quarterback* suplente en 1901— cuál era el problema del equipo que capitaneaba Bob Tatnall.

—Lesiones y mala suerte —dijo—. Y no sudaban la camiseta en los partidos difíciles. Fíjate en Joe McDonald, por ejemplo, el mejor *tackle* de Estados Unidos en la temporada pasada; era lento y estaba acabado, pero lo sabía y no le importaba. Es un milagro que Bill consiguiera que el equipo terminara la temporada.

Iba con Dolly a los partidos, y vimos cómo el equipo ganaba a Lehigh por tres a cero y empataba con Bucknell por chiripa. A la semana siguiente Notre Dame nos machacó por catorce a cero. El día del partido con Notre Dame, Dolly estaba en Washington con Vienna, pero cuando volvió al día siguiente mostró una terrible curiosidad por aquella derrota. Había reunido las páginas deportivas de todos los periódicos, y, mientras las leía, negaba con la cabeza. De repente las tiró todas juntas a la papelera.

—El fútbol es una locura en esta universidad —proclamó—. ¿Sabes que los equipos ingleses ni siquiera se entrenan?

No me lo pasaba demasiado bien con Dolly en aquel tiempo. No estaba acostumbrado a verlo desocupado. Por primera vez en su vida pasaba el día dando vueltas sin rumbo fijo —por la habitación, por el club, con el primer grupo de gente que encontrara—, él, que siempre, con dinámica indolencia, iba camino de algún sitio. Entonces, a su paso, se creaban grupos, grupos de compañeros de curso que querían estar con él, o de alumnos de los cursos superiores que lo seguían con la mirada como se sigue a una imagen sagrada. Ahora se había vuelto democrático, se mezclaba con todos, pero algo fallaba. Explicaba que quería conocer mejor a los compañeros de su curso.

Pero la gente desea que sus ídolos estén un poco por encima de ellos, y Dolly había sido una especie de ídolo íntimo, especial. Empezó a detestar la soledad, y yo, desde luego, lo noté. Si yo iba a salir y él no le estaba escribiendo a Vienna, me preguntaba, angustiado, adonde iba, e inventaba una excusa para pegarse a mí como una lapa.

—¿Te alegras de lo que hiciste, Dolly? —le pregunté un día de improviso.

Me miró con ojos desafiantes que ocultaban algo de reproche.

—Claro que me alegro.

—De todas formas, me gustaría verte otra vez en el campo de fútbol.

—¿Para qué? La temporada se decidirá en el estadio de Yale. Me echarían a patadas con toda seguridad.

La semana del partido con la Marina volvió de repente a los entrenamientos. Estaba preocupado. Aquel terrible sentido de la responsabilidad no lo dejaba en paz. Si una vez había odiado oír hablar de fútbol, ahora no pensaba ni hablaba de otra cosa. La noche anterior al partido con la Marina me levanté varias veces y siempre encontré encendida la luz de su habitación.

Perdimos siete a tres por un balón de la Marina que, en el último minuto, pasó sobre la cabeza de Devlin. Al final del segundo tiempo Dolly bajó de la tribuna y se sentó con los jugadores en el campo. Cuando más tarde volvió a reunirse conmigo, tenía la cara manchada, sucia, como si hubiera estado llorando.

El partido con la Marina se disputó aquel año en Baltimore. Dolly y yo íbamos a pasar la noche en Washington con Vienna, que había organizado una fiesta. Emprendimos el viaje en un clima de

malhumor sombrío y fue todo lo que pude hacer para evitar que Dolly se lanzara contra dos oficiales de la Marina que estaban colgándonos del coche una jubilosa esquila mortuoria.

A su baile Vienna lo llamaba su segunda presentación en sociedad. Sólo invitaría esta vez a las personas que le caían simpáticas. Resultaron ser de importación en su mayor parte, concretamente de Nueva York: no podían faltar los músicos, los dramaturgos, los comparsas del mundo artístico que entraban y salían en la casa de Dolly en Ram's Point. Pero Dolly, liberado de sus obligaciones como anfitrión, aquella noche no se empeñó torpemente en hablar su lengua. Apoyado en la pared, de mal humor, había recuperado algo del antiguo aire de superioridad que me había dado ganas de conocerlo. Más tarde, camino de la cama, pasé ante el cuarto de Vienna, que me pidió que entrara. Dolly y ella, un poco pálidos, estaban sentados en rincones opuestos de la habitación, y la atmósfera estaba cargada de tensión.

—Siéntate, Jeff —dijo Vienna, cansada—. Quiero que seas testigo de un derrumbamiento: de cómo un hombre se convierte en un colegial —me senté de mala gana—. Dolly ha cambiado de idea —continuó—. El fútbol le interesa más que yo.

—No es eso —dijo Dolly, imperturbable.

—No entiendo de qué habláis —respondí—. Dolly no puede jugar al fútbol.

—Él cree que puede. Jeff, por si piensas que soy una cabezona, quiero contarte algo. Hace tres años, la primera vez que volvimos a Estados Unidos, mi padre matriculó a mi hermano en un colegio. Una tarde fuimos todos a verlo jugar al fútbol. Nada más empezar el partido se lesionó, pero mi padre dijo: «No os preocupéis, se levantará en un minuto. Cosas así pasan en todos los partidos». Pero, Jeff, no se levantó. Estaba allí, sobre el césped, y por fin lo sacaron del campo en brazos y le echaron una manta encima. Cuando bajamos de la tribuna estaba muerto.

Nos miró a los dos y empezó a sollozar convulsivamente. Dolly se le acercó, frunciendo el entrecejo, y le echó el brazo por encima del hombro.

—Ay, Dolly —exclamó Vienna—, ¿no puedes hacerlo por mí? ¿No puedes hacer por mí algo tan insignificante?

Dolly negó con la cabeza, hundido.

—Lo he intentado, pero no puedo —dijo—. Es lo mío, lo que mejor sé hacer. ¿No lo entiendes, Vienna? La gente debería dedicarse a lo que mejor sabe hacer.

Vienna se había puesto de pie y ante un espejo se empolvaba la cara para disimular las lágrimas. Se volvió como un rayo, furiosa.

—Así que me equivocaba cuando daba por supuesto que teníamos los mismos sentimientos.

—Ya está bien. Estoy cansado de hablar, Vienna; me cansa mi propia voz. Creo que toda la gente que conozco lo único que hace es hablar y hablar.

—Gracias. Me figuro que te refieres a mí.

—Me parece que tus amigos hablan muchísimo. Jamás había oído tanta palabrería como esta noche. ¿Te repugna la idea de que alguien se dedique de verdad a algo, Vienna?

—Depende de si vale la pena a lo que se dedique. —Bueno, para mí esto vale la pena.

—Sé cuál es tu problema, Dolly —dijo con amargura—. Eres débil y necesitas que te admiren. Este curso no has tenido a un montón de niños revoloteando a tu alrededor como si fueras Jack Dempsey, y eso ha estado a punto de partirte el corazón. Te gusta exhibirte, montar tu número, oír los aplausos.

A Dolly se le escapó una carcajada.

—Si ésa es la idea que tienes de lo que siente un futbolista...

—¿Tienes decidido jugar? —lo interrumpió Vienna.

—Si puedo serle útil al equipo, sí.

—Entonces creo que los dos estamos perdiendo el tiempo.

Sus palabras no admitían réplica, pero Dolly se negó a aceptar que Vienna hablara en serio. Cuando salí de la habitación todavía intentaba «que fuera razonable», y al día siguiente, en el tren, me dijo que Vienna «se había puesto un poco nerviosa». Estaba profundamente enamorado de ella y era incapaz de imaginarse que pudiera perderla; todavía estaba bajo el dominio de la emoción repentina que le producía su decisión de volver a jugar, y la confusión y el agotamiento nervioso le



hacían creer vanidosamente que nada había cambiado. Pero yo había visto la misma expresión en la cara de Vienna la noche que habló con el señor Carl Sanderson en el Frolic, hacía dos años.

Dolly no se bajó del tren en la parada de Princeton, sino que siguió hasta Nueva York. Visitó a dos especialistas en ortopedia y uno de ellos le preparó un vendaje con una férula que debía llevar noche y día. Con toda probabilidad el vendaje se caería al primer choque fuerte, pero le permitiría correr y usar ese pie como punto de apoyo cuando pateara la pelota. Al día siguiente se presentó en el campo de fútbol de la universidad, equipado para el entrenamiento.

Su aparición causó sensación. Yo estaba en la tribuna viendo el entrenamiento con Harold Case y la joven Daisy Cary. Daisy empezaba entonces a ser famosa, y no sé quién provocaba mayor expectación, si ella o Dolly. En aquel tiempo todavía era un atrevimiento ir con una actriz de cine; si aquella misma damisela visitara hoy Princeton seguramente la recibirían en la estación con una banda de música.

Dolly dio un par de vueltas cojeando y todos dijeron: «¡Cojea!». Pateó el balón, y todos dijeron: «¡No está mal!». El primer equipo descansaba después del duro partido con la Marina y los espectadores estuvieron pendientes de Dolly toda la tarde. Lo llamé cuando acabó el entrenamiento, y se acercó y nos estrechamos la mano. Daisy le preguntó si le gustaría participar en una película sobre fútbol que iba a rodar. Sólo era hablar por hablar, pero Dolly me miró con una lacónica sonrisa.

Cuando llegó a la habitación tenía el tobillo hinchado, grueso como el tubo-chimenea de una estufa, y al día siguiente Keene y él arreglaron el vendaje para que pudiera aflojarse y apretarse, amoldándose a los distintos tamaños del tobillo. Lo llamábamos el globo. El hueso estaba prácticamente soldado, pero, en cuanto los forzaba, los tendones dañados volvían a resentirse. Vio el partido con Swarthmore desde el banquillo, y al lunes siguiente peleaba en el segundo equipo titular contra los suplentes.

Algunas tardes le escribía a Vienna. Mantenía la teoría de que aún eran novios, pero intentaba no preocuparse por el asunto, y creo, incluso, que le ayudaba el dolor, tan intenso que no lo dejaba dormir. Cuando terminara la temporada iría a verla.

Jugamos contra Harvard y perdimos por siete a tres. Jack Devlin se rompió la clavícula y, lesionado para el resto de la temporada, hizo casi inevitable que Dolly volviera al primer equipo. Entre los rumores y temores de mediados de noviembre la noticia provocó una chispa de esperanza en la comunidad estudiantil, por lo demás pesimista: esperanza que no guardaba proporción con la forma física de Dolly. Volvió al dormitorio el jueves anterior al partido con cara de cansancio, ojeroso.

—Me van a incluir en el equipo, y quieren que juegue de *punter*... Si supieran...

—¿Por qué no hablas con Bill?

Negó con la cabeza, y entonces sospeché que se estaba castigando a sí mismo por el «accidente» que había sufrido en agosto. Se echó en el sofá, en silencio, mientras yo le preparaba la maleta para el viaje con el equipo.

El día del partido era —siempre lo ha sido— como un sueño: irreal, extraordinario, con una multitud de amigos y parientes y la pompa superflua de un gigantesco espectáculo. Los once hombres que, empequeñecidos, saltaron por fin al terreno de juego parecían figuras hechizadas de otro mundo, un mundo extraño e infinitamente romántico, figuras diluidas en una nube vibrante de gente y ruido. Sufrimos intolerablemente cuando ellos sufren, temblamos cuando se enardecen, pero ellos no mantienen ningún trato con nosotros, más allá de cualquier ayuda, gloriosos e inalcanzables, vagamente sagrados.

El césped está en perfecto estado, terminan los prolegómenos del partido y los equipos ocupan sus posiciones. Los jugadores se ponen los cascos, dan palmadas, cada uno ensimismado en una breve danza solitaria. El público sigue hablando a tu alrededor, buscando sus localidades, pero tú guardas silencio, y tu mirada va de jugador en jugador. Ahí están: Jack Whitehead, alumno del último curso, ala; Joe McDonald, voluminoso y tranquilizador, *tackle*; Toole, de segundo, guardia derecho; Red Hopman, central; el guardia izquierdo es alguien a quien no puedes identificar, probablemente Bunker; ahora se vuelve y ves su número: Bunker; Bean Gile, que parece anormalmente solemne e importante, es el otro *tackle*; Poore, otro de segundo curso, ala; detrás de ellos está Wash Sampson, *quarter*. ¡Imagínate como se siente! Pero va de un lado a otro, a paso ligero, hablando con éste y con aquél, intentado transmitirles su ímpetu y su espíritu de victoria.

Dolly Harlan no se mueve, con las manos en las caderas, observando cómo el pateador de Yale coloca el balón para el saque; a su lado está el capitán, Bob Tatnall.

¡Suenan el silbato! La línea del equipo de Yale se agita pesadamente y una décima de segundo después oímos el golpe en el balón. El terreno de juego es un flujo de rápidas figuras en movimiento y todo el estadio se tensa como sacudido por la corriente de una silla eléctrica.

Creo que peleamos el primer balón con todas las de la ley.

Tatnall recoge el balón, retrocede diez yardas, es rodeado, desaparece. Spears avanza tres yardas por el centro. Sampson consigue pasar en corto a Tatnall, pero no ganamos terreno. Harlan pasa con el pie hacia Devereaux, que es cazado en plena carrera en la línea de cuarenta yardas de Yale.

Y ahora veamos lo que ellos hicieron.

Inmediatamente se demostró que tenían un gran conjunto. Gracias a un efectivo cruce y a un pase en corto al centro ganaron cuarenta y cuatro yardas y llevaron el balón hasta la línea de seis yardas de Princeton, donde lo perdieron, para que lo recuperara Red Hopman. Después de un intercambio de pases con el pie, Yale inició otro ataque, esta vez hasta la línea de quince yardas, donde, tras cuatro espeluznantes pases adelantados, dos de ellos cortados por Dolly, el balón terminó tras nuestra línea de gol. Pero Yale aún tenía fuerzas, y con un tercera embestida la línea más débil de Princeton comenzó a ceder terreno. Inmediatamente después del comienzo del segundo cuarto, Devereaux no culminó un *touchdown* y la primera mitad acabó con el balón en posesión de Yale, a la altura de nuestra línea de diez yardas. El resultado era: Yale, 7; Princeton, 0.

No teníamos la menor posibilidad. El equipo se estaba superando, estaba jugando el mejor partido de la temporada, pero no bastaba. Si no fuera el partido de Yale —en el que cualquier cosa puede suceder—, ya hubiera sucedido todo, y hubiera sido más densa la atmósfera de pesimismo, que entre los hinchas se podía cortar con un cuchillo.

En los primeros minutos del encuentro Dolly Harlan no había atrapado un balón pateado por Devereaux, pero pudo recuperarlo sin ganar terreno; hacia el final de la primera mitad otro balón enviado con el pie se le había escapado entre los dedos, pero lo había recogido rápidamente y, a pesar de que tenía cerca al ala, retrocedió doce yardas. En el descanso le dijo a Roper que era incapaz de controlar la pelota, pero lo mantuvieron en su puesto. Estaba pateando bien y era esencial en el único esquema de ataque en el que confiaban para marcar.

Cojeaba ligeramente desde la primera jugada del partido, y, para disimularlo, se movía lo menos posible. Pero yo sabía de fútbol lo suficiente para darme cuenta de que participaba en todas las jugadas: arrancaba con su peculiar paso más bien lento y terminaba con una rápida embestida lateral que casi siempre lo libraba de su marcador. Ningún ataque de Yale había terminado en su zona, pero hacia el final del tercer cuarto se le escapó de las manos otro balón, retrocedió entre un confuso grupo de jugadores, y lo recuperó en la línea de cinco yardas, justo a tiempo para evitar un nuevo *touchdown*. Era ya la tercera vez, y vio que Ed Kimball comenzaba a calentar en la banda.

Entonces nuestra suerte empezó a cambiar. Con el equipo en posición, Dolly pateó la pelota desde detrás de nuestra portería y Howard Bement, que había sustituido a Wash Sampson en el puesto de *quarter*, recogió el balón en el centro, burló a la segunda línea defensiva y avanzó veintiséis yardas antes de ser derribado. Tasker, el capitán de Yale, se había retirado con una lesión en la rodilla, y Princeton empezó a cargar el juego sobre su sustituto, entre Bean Gile y Hopman, con George Spears y a veces Bob Tatnall avanzando con el balón. Llegamos hasta la línea de cuarenta yardas de Yale, perdimos el balón en una melé y lo recuperamos en otra en el momento en que acababa el tercer cuarto. Una oleada de entusiasmo recorrió las filas de los seguidores de Princeton. Por primera vez habíamos llevado el balón a su terreno, con posibilidades de conseguir un *touchdown* y acortar distancias en el marcador. Podías oír crecer la tensión a tu alrededor, a la espera de que continuara el juego; la tensión se reflejaba en los movimientos nerviosos de los cabecillas de la hinchada y en el incontrolable murmullo, como una marea, que surgía de la multitud, al que se iban agregando voces y voces, hasta convertirse poco a poco en un rugido indisciplinado.

Vi cómo Kimball saltaba precipitadamente al terreno de juego y le decía algo al arbitro, y pensé que por fin Dolly iba a ser sustituido, y me alegré, pero el sustituido fue Bob Tatnall, que sollozaba mientras lo aclamaba la hinchada de Princeton.

Con la primera jugada el pandemónium se desencadenó y continuó hasta el final del partido. De vez en cuando el clamor se desvanecía hasta convertirse en un zumbido quejoso; e

inmediatamente alcanzaba la intensidad del viento, la lluvia y el trueno, y vibraba en el atardecer, de un extremo a otro del estadio, como una queja de almas en pena que se filtrara por algún hueco del espacio.

Los jugadores ocuparon sus puestos en la línea de cuarenta yardas de Yale, y Spears ganó seis yardas antes de ser placado por un contrario. Spears recuperó la pelota —era un sureño bravo y aborrecible con algún momento de inspiración— y aprovechó la brecha que había abierto para avanzar cinco yardas más. Dolly ganó dos más, esquivando a sus marcadores, y Spears apareció por el centro. Era el tercer intento, la última oportunidad: el balón estaba en la línea de veintinueve yardas de Yale, a ocho de la línea de gol.

Algo pasaba a mis espaldas; hubo empujones, gritos: un espectador se había puesto enfermo o se había desmayado. Nunca me enteré de quién fue. Entonces todo el mundo se puso de pie y durante un instante me impidió ver, y luego todo fue una locura. Los suplentes saltaban alrededor del campo, ondeando sus toallas; el aire se llenó de sombreros, almohadillas, abrigos, y un rugido ensordecedor. Dolly Harlan, que pocas veces había avanzado con el balón en toda su carrera en Princeton, había recogido en el aire un pase largo de Kimball y, arrastrando a un *tackle*, forcejeó cinco yardas hasta traspasar la línea de gol de Yale.

## VI.

Y el partido terminó. Pasamos un momento difícil cuando Yale inició un nuevo ataque infructuoso, y el once de Bob Tatnall había salvado una temporada mediocre empatando con un equipo de Yale claramente superior. Para nosotros aquel empate tenía el sabor de una victoria, la emoción, si no la alegría, del triunfo, y los seguidores de Yale salían del estadio con cara de derrota. Sería un buen año, después de todo, una lucha ejemplar que perduraría en la tradición, un ejemplo para futuros equipos. Nuestra promoción —aquéllos a los que nos importaban estas cosas— se iría de Princeton sin el sabor final de la derrota. El símbolo permanecía en pie, como nos lo habíamos encontrado; las banderas ondeaban orgullosamente al viento. ¿Son niñerías? Díganme otras palabras para celebrar el triunfo.

Esperé a Dolly en la puerta de los vestuarios hasta que hubieron salido casi todos; entonces, ya que no salía nunca, entré. Le habían dado un poco de coñac y, como no solía beber, se le había subido a la cabeza.

—Coge una silla, Jeff —sonreía, jovial y feliz—. Rubber, Tony, traedle una silla a nuestro distinguido invitado. Es un intelectual y quiere entrevistar a algún atleta tonto. Tony, te presento al señor Deering. En el estadio de Yale hay de todo, menos sillones. Tiene gracia este estadio. Adoro el estadio de Yale. Voy a hacerme una casa aquí.

Calló, mientras pensaba en algo alegre. Estaba contento. Lo convencí para que se vistiera: había gente esperándonos. Entonces insistió en volver al terreno de juego, ahora, a oscuras, y sentir bajo sus zapatos el césped machacado.

Cogió un puñado de tierra y la dejó caer, se echó a reír, pareció quedarse ensimismado unos segundos y abandonó el terreno de juego.

Con Tad Davis, Daisy Cary y otra chica, nos fuimos a Nueva York en coche. Se sentó al lado de Daisy, atractivo, un poco absurdo, seductor. Por primera vez desde que yo lo conocía, hablaba del partido con naturalidad, incluso con una pizca de vanidad.

—Hace dos años yo era bastante bueno y siempre me mencionaban al final de la crónica, en la alineación del equipo. Este año he desperdiciado tres pases y he estropeado todas las jugadas hasta que Bob Tatnall empezó a chillarme: «¡No entiendo por qué no te sustituyen!», pero me cayó en las manos un balón que ni siquiera estaba dirigido a mí y mañana saldré en los titulares.

Se echó a reír. Alguien le rozó el pie; Dolly hizo una mueca de dolor y palideció.

—¿Cómo te lesionaste? —preguntó Daisy—. ¿Jugando al fútbol?

—Me lesioné el verano pasado —respondió lacónicamente.

—Debe de haber sido terrible jugar así.

—Sí.

—Me figuro que no tienes más remedio.

—Eso es.

Se entendían. Los dos eran trabajadores; sana o enferma, había cosas que Daisy no tenía más remedio que hacer. Nos contó cómo, con un resfriado terrible, había tenido que lanzarse a un lago el invierno pasado, en Hollywood.

—Seis veces, con cuarenta grados de fiebre, pero al productor le costaba diez mil dólares un día de rodaje.

—¿No podían haber usado una doble?

—La usan cuando pueden. Era imprescindible que aquellas escenas las rodara yo.

Tenía dieciocho años y yo comparaba su fondo de coraje, independencia y éxitos, de corrección basada en la necesidad de colaboración, con la de la mayoría de las chicas de la alta sociedad que yo conocía. La mirara como la mirara, era incomparablemente superior a ellas. Si ella me hubiera mirado... Pero sólo miraba los ojos aterciopelados y brillantes de Dolly.

—¿Quieres salir conmigo esta noche? —oí que le preguntaba a Dolly.

Lo sentía mucho, pero no podía aceptar. Vienna estaba en Nueva York; había ido a verlo. Yo no sabía, y Dolly tampoco, si para reconciliarse o despedirse definitivamente.

Cuando Daisy nos dejó a Dolly y a mí en el Ritz, a los dos se les notaba el pesar en los ojos, un pesar verdadero y persistente.

—Es una chica maravillosa —dijo Dolly, y yo asentí—. Voy a subir a ver a Vienna. ¿Por qué no reservas para nosotros una habitación en el Madison?

Así lo dejé. No sé qué sucedió entre Vienna y él; nunca ha hablado de eso. Pero lo que sucedió más tarde, aquella noche, lo he sabido por varios testigos de los hechos, sorprendidos e incluso indignados.

Dolly llegó al Hotel Ambassador hacia las diez y preguntó en recepción por la habitación de la señorita Cary. Había una muchedumbre en recepción, entre la que se contaban estudiantes de Yale o Princeton que volvían de ver el partido. Algunos habían estado celebrándolo y evidentemente uno conocía a Daisy y había intentado llamarla por teléfono a la habitación. Dolly iba ensimismado y debió de abrirse paso entre ellos de una manera un tanto brusca para pedir que lo pusieran con la habitación de la señorita Cary.

Un joven retrocedió, lo miró con desagrado y dijo:

—Parece que tienes mucha prisa. ¿Quién te crees que eres?

Hubo un instante de silencio, y los que estaban cerca de recepción se volvieron para ver qué pasaba. Algo cambió dentro de Dolly; tuvo la impresión de que la vida había preparado esta escena, le había reservado este papel, para llegar a esta precisa pregunta, una pregunta que no tenía más remedio que contestar. El silencio se prolongaba. El público esperaba.

—Soy Dolly Harlan —dijo lentamente—. ¿Qué te parece?

Fue un verdadero escándalo. Hubo un silencio y luego un repentino frenesí, un griterío:

—¡Dolly Harlan! ¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

El recepcionista había oído su nombre; lo repitió cuando descolgaron en la habitación de la señorita Cary.

—Puede subir cuando lo desee, señor Harlan.

Dolly dio media vuelta, a solas con su éxito, que conquistaba por una vez su corazón. Descubrió de repente que no le pertenecería tan íntimamente durante mucho tiempo; el recuerdo sobreviviría al triunfo e incluso el triunfo sobreviviría a aquel calor que sentía en el corazón y que era lo mejor de todo. Alto, con la cabeza bien alta, imagen de la victoria y el orgullo, atravesó el vestíbulo, ajeno al destino que lo esperaba y a los murmullos que dejaba a su espalda.

## La sombra atrapada

*Los cuentos que tienen a Basil Duke Lee como protagonista fueron la serie de Fitzgerald que alcanzó mayor éxito: la vendió por un total de 31.300 dólares. Los ocho cuentos aparecieron en el Saturday Evening Post entre 1928 y 1929, y tratan de la adolescencia de Basil en el Medio Oeste y sus estudios en un colegio del Este antes de ingresar en Yale. La sombra atrapada, quinta entrega de la serie, fue publicada en el número del 29 de diciembre de 1928. Estos cuentos se diferencian en un aspecto de la mayoría de los relatos sobre adolescentes de la época: Fitzgerald traza la figura de Basil desde un punto de vista serio; no es un personaje cómico. Basil es, evidentemente, un personaje autobiográfico, y los acontecimientos de la serie están basados en experiencias de Fitzgerald. En 1912, cuando tenía quince años, escribió y dirigió en Saint Paul una comedia titulada La sombra atrapada.*

*Fitzgerald rechazó el proyecto de publicar los cuentos de Basil en forma de libro. En 1930 le escribía a Harold Ober, su agente: «Estos cuentos para el Post por lo menos no son, publicados en el Post, una mancha en mi reputación: son sinceros, y aunque su forma resulte estereotipada, la gente sabe lo que busca cuando coge el Post. Una novela es otra cosa. Si después de cuatro años publicara un libro con los cuentos de Basil, ya podría ir sacando los billetes para Hollywood». Pero en 1934 pensó en publicar un volumen con los cuentos de Basil y Josephine (véase La primera herida y Bancarrota emocional), junto a nuevos relatos que reunirían a los dos personajes. El proyecto fue abandonado.*

I.

Basil Duke Lee cerró la puerta de la calle a sus espaldas y encendió la luz del comedor. La voz de su madre le llegó soñolienta a través de las escaleras.

—Basil, ¿eres tú?

—No, mamá, es un ladrón.

—No creo que las doce sean horas de volver a casa para un chico de quince años.

—Hemos ido a Smith, a tomar un refresco.

Cuando una nueva responsabilidad recaía sobre Basil, entonces era «un chico de casi dieciséis años», pero, cuando se le discutía algún privilegio, sólo era «un chico de quince años».

Se oyeron pasos arriba, y la señora Lee, en kimono, bajó al rellano del primer piso.

—¿Os ha gustado el teatro a Riply y a ti?

—Sí, mucho.

—¿De qué trataba la obra?

—Bueno, trataba de un hombre. Era una obra vulgar y corriente.

—¿No tenía nombre?

—¿Es usted masón?

—Ah —titubeó, observando con avidez la cara alerta e impaciente de Basil, impidiéndole que se fuera—. ¿No te vas a la cama?

—Voy a comer algo.

—¿Más todavía?

No respondió inmediatamente. Estaba de pie ante una biblioteca con puertas de cristal que había en el cuarto de estar y examinaba los anaqueles con una mirada que también era vidriosa.

—Vamos a montar una obra de teatro —dijo de pronto—. La voy a escribir yo.

—Bueno... me parece magnífico. Pero, por favor, acuéstate pronto. Ayer también te acostaste tarde, y tienes ojeras.

Basil extrajo de la biblioteca el volumen *Van Bibber y Otros*, que leyó mientras se comía un gran plato de cereales blandados con un cuarto de litro de leche. Volvió al cuarto de estar y se sentó unos minutos al piano, mientras hacía la digestión y admiraba la cubierta en colores de la partitura de una de las canciones de *Los Hijos de la Medianoche*. Se veía a tres hombres con traje de etiqueta y sombreros de copa, que paseaban alegremente por Broadway, sobre el fondo resplandeciente de Times Square.

Basil hubiera negado, incrédulo, la sugerencia de que aquella fuese entonces su obra de arte preferida. Pero lo era.

Subió las escaleras. De un cajón de su escritorio sacó un cuaderno y lo abrió.

BASIL DUKE LEE  
COLEGIO ST. REGIS  
EASTCHESTER, CONN.  
QUINTO CURSO DE FRANCÉS

y en la página siguiente, bajo el título de Verbos Irregulares:

PRESENTE

*Je connais nous con*  
*tu connais*  
*il connait*

Pasó otra página.

EL SEÑOR WASHINGTON SQUARE  
Comedia musical de  
BASIL DUKE LEE  
Música de Victor Herbert

ACTO I

*Entrada del Club de los Millonarios, cerca de Nueva York, Coro Inicial, LEILIA y DEBUTANTES:*

*No cantamos ni bajo ni alto,  
pues nadie oye nunca el coro inicial.  
Somos la más alegre de las comparsas,  
pero nadie oye nunca el coro inicial.  
Sólo somos una comparsa de debutantes,  
tan alegres como podemos,  
nada nos aburre jamás.  
Somos las más chistosas, somos las más bonitas  
de la sociedad,  
pero nadie oye nunca el coro inicial.*

LEILIA (*dando un paso adelante*): Hola, chicas, ¿ha estado hoy por aquí el señor Washington Square?

Basil pasó otra página. Nadie había respondido a la pregunta de Leilia. Pero había un nuevo encabezamiento en letras mayúsculas:

¡HIC! ¡HIC! ¡HIC!

Farsa cómica en un acto

De

BASIL DUKE LEE

ESCENA

*(Un elegante apartamento cerca de Broadway, en Nueva York. Casi es medianoche. Al alzarse el telón llaman a la puerta, que segundos después se abre para que entre un hombre apuesto, en traje de etiqueta, con un acompañante. Es evidente que ha bebido, pues tiene la voz pastosa, la nariz roja, y apenas se tiene en pie. Enciende la luz y ocupa el centro del escenario.)*

STUYVESANT: ¡Hic! ¡Hic! ¡Hic!

O'HARA (*el acompañante*): Ya está bien, no has dicho otra cosa en toda la noche.

Basil pasó la página, y luego otra, leyendo deprisa, pero no sin interés.

PROFESOR CALABAZA: Ahora, si es usted un hombre culto, como pretende, quizá pueda decirme cómo se dice en latín «Este».

STUYVESANT: ¡Hic! ¡Hic! ¡Hic!

PROFESOR CALABAZA: Muy bien. Excelente, desde luego. Yo...

Aquí se terminaba *¡Hic! ¡Hic! ¡Hic!*, a mitad de la frase. En la página siguiente, con mano decidida, como si las dos obras anteriores no se hubieran malogrado en el camino, aparecía, subrayado con grueso trazo, un nuevo principio:

LA SOMBRA ATRAPADA

Farsa melodramática en tres actos

de BASIL DUKE LEE

ESCENA

*(Los tres actos tienen lugar en la biblioteca de la mansión de los Van Baker, en Nueva York. Está bien amueblada, con una lámpara roja en un lateral, y lanzas cruzadas y cascos, y cosas por el estilo, y un diván, y ambiente de gabinete oriental.)*

*Al alzarse el telón, la señorita Saunders, Leilia van Baker y Estella Carrage están sentadas a la mesa. La señorita Saunders es una solterona de unos cuarenta años, muy coqueta. Leilia es bonita, morena. Estella es rubia. Forman una combinación muy llamativa.)*

*La sombra atrapada* ocupaba el resto del cuaderno y continuaba en varias hojas sueltas. Cuando terminó de leer lo que llevaba escrito, Basil se quedó pensativo. Las comedias policíacas habían dominado la temporada en Nueva York, y la impresión, el ritmo, las imágenes precisas y vivas de las dos que había visto persistían en su memoria, en primer plano. Le habían parecido extraordinariamente sugestivas: lo habían introducido en un mundo mucho más rico y brillante que ellas mismas, un mundo que existía más allá de las butacas y las puertas del teatro, y era este mundo sugerido, más que el deseo consciente de imitar *Agente 666*, la inspiración de la obra que tenía ante sí. Trazó con letras de imprenta ACTO II en la primera página de un cuaderno nuevo y empezó a escribir.

Pasó una hora. Había recurrido varias veces a una colección de libros de chistes y a una vieja *Antología del ingenio y del humor*, que conservaba embalsamadas las bromas marchitas y victorianas del obispo Wilberforce y de Sydney Smith. En el instante en que en su obra una puerta se abría lentamente, oyó un fuerte crujido en las escaleras. Se levantó de un salto, temblando horrorizado, pero nada se movía; sólo una polilla chocaba y volvía a chocar contra la pantalla de la lámpara, un reloj daba la media en algún sitio de la ciudad, un pájaro aleteaba ruidosamente en algún árbol.

A las cuatro y media hizo una visita al cuarto de baño, y se llevó un susto cuando vio el azul de la mañana en la ventana. No se había acostado en toda la noche. Recordó que la gente que no se acuesta de noche se vuelve loca, y, completamente paralizado en el pasillo, intentó angustiado pensar en sí mismo, sentir si se estaba volviendo loco. Las cosas le parecían irreales y preternaturales, y corriendo frenéticamente a su dormitorio empezó a arrancarse la ropa, persiguiendo a la noche que se desvanecía. Ya desnudo, lanzó una última mirada de pesar a su manuscrito: tenía toda la escena siguiente en la cabeza. Como si quisiera llegar a un acuerdo con la incipiente locura, se acostó, y escribió en la cama una hora más.

A la mañana siguiente, lo despertó una de las implacables hermanas escandinavas que, en teoría, eran las criadas de la familia Lee.

—¡Las once! —gritó—. ¡Y cinco!

—Déjame —dijo entre dientes Basil—. ¿Por qué me despiertas?

—Te esperan abajo —Basil abrió los ojos—. Anoche te bebiste toda la leche —continuó Hilda—. No queda leche para el café de tu madre.

—¡Toda la leche! —exclamó—. Pero si había más.

—Estaba agria.

—Es terrible —exclamó, sentándose en la cama—. ¡Terrible!

Hilda disfrutó de la desesperación de Basil un instante. Luego dijo:

—Riply Buckner está abajo —y se fue, cerrando la puerta.

—¡Dile que suba! —le gritó Basil—. Hilda, ¿no puedes hacerme caso ni siquiera un minuto? ¿He recibido alguna carta?

No hubo respuesta. Un momento después entraba Riply.

—Dios mío, ¿todavía estás en la cama?

—Me he pasado la noche escribiendo la obra. Casi he terminado el segundo acto —señaló hacia su mesa.

—De eso quería hablarte —dijo Riply—. Mi madre dice que deberíamos llamar a la señorita Halliburton.

—¿Para qué?

—Pues para que eche un vistazo.

Aunque la señorita Halliburton era una profesora agradable que alternaba las obligaciones de profesora de francés con las de profesora de bridge, carabina oficiosa y amiga de los niños, Basil intuía que su supervisión le daría al proyecto un tono poco profesional.

—No se metería en nada —prosiguió Riply, que evidentemente repetía las palabras de su madre—. Yo seré el empresario y tú dirigirás la obra, tal como acordamos, pero sería bueno que ella fuera la apuntadora y mantuviera el orden en los ensayos. A las madres de las chicas les gustaría.

—Muy bien —aceptó Basil de mala gana—. Bueno, vamos a ver el reparto. Primero, el protagonista, ese ladrón de guante blanco a quien llaman La Sombra, aunque al final se descubre que en realidad es un joven que había hecho una apuesta, y no un ladrón de verdad.

—Ese papel es tuyo.

—No, tuyo.

—Venga, tú eres el mejor actor —portestó Riply.

—No, yo haré un pequeño papel; así puedo dirigir.

—Bueno, ¿no tengo yo que ser el empresario? Elegir a las actrices, teniendo en cuenta que todas querían actuar, resultó un asunto difícil. Decidieron por fin que Imogene Bissel fuera la actriz



principal; Margaret Torrence, su amiga, y Connie Davies, «la señorita Saunders, una solterona muy coqueta».

Cuando Riply sugirió que a algunas chicas les disgustaría no participar, Basil introdujo una criada y una cocinera, «que podrían asomarse, o algo así, desde la cocina». Rechazó terminantemente otra propuesta de Riply de que hubiera dos o tres criadas más, «una especie de costurera» y una enfermera diplomada. En una casa con tantas mujeres estorbando, hasta al más fantasmal de los ladrones de guante blanco le hubiera resultado difícil moverse.

—Te voy a decir dos que no van a actuar —dijo Basil, meditabundo—: Joe Gorman y Hubert Blair.

—Yo me iría si actuara Hubert Blair —afirmó Riply.

—Y yo.

Gracias a los éxitos casi milagrosos de Hubert Blair con las chicas, Basil y Riply conocían de sobra el tormento de los celos.

Empezaron a llamar por teléfono a los futuros intérpretes e inmediatamente el proyecto recibió el primer golpe. Imogene Bissel se iba a Rochester, en Minnesota, para operarse de apendicitis, y no volvería hasta dentro de tres semanas.

Estudiaron el asunto.

—¿Qué te parece Margaret Torrence?

Basil negó con la cabeza. Imaginaba a Leilia van Baker más extraordinaria y animosa que Margaret Torrence. No es que Leilia tuviera mucho carácter, ni siquiera para Basil: menos que las chicas de Harrison Fisher que tenía clavadas en la pared de su cuarto, en el colegio. Pero no era Margaret Torrence. No era nadie a quien pudieras ver sin el menor problema con sólo llamarla por teléfono media hora antes.

Descartó candidata tras candidata. Hasta que una cara empezó a relampaguear ante sus ojos, como una interferencia, pero tan insistente que Basil por fin pronunció el nombre:

—Evelyn Beebe.

—¿Quién?

Aunque Evelyn Beebe sólo tenía dieciséis años, sus precoces encantos la habían permitido ascender a la pandilla de las mayores, y a Basil le parecía de la misma generación que su heroína, Leilia van Baker. Era casi como requerir los servicios de Sarah Bernhardt, pero, en cuanto se le ocurrió su nombre, palidieron las otras posibilidades.

A mediodía tocaban el timbre de la casa de los Beebe. La turbación los paralizó cuando la propia Evelyn les abrió la puerta y, con una cortesía que disimulaba cierta sorpresa, los invitó a entrar.

De repente, a través de la puerta del cuarto de estar, Basil vio y reconoció a un joven en pantalones de golf.

—Creo que es mejor que no entremos —dijo rápidamente.

—Vendremos en otro momento —añadió Riply.

Se precipitaron hacia la puerta, pero Evelyn les cortó el paso.

—No seáis tontos —insistió—. Sólo es Andy Lockheart.

Sólo Andy Lockheart: ganador del campeonato de golf del Oeste a los dieciocho años, capitán del equipo de béisbol de la universidad, guapo, afortunado en todo lo que emprendía, símbolo viviente del espléndido y fascinante mundo de Yale. Basil llevaba un año imitando su manera de andar e intentaba sin éxito tocar el piano de oído, como Andy Lockheart.

Ni siquiera fueron capaces de huir, así que acabaron dentro del salón. Su proyecto parecía de repente presuntuoso y absurdo.

Evelyn, que se dio cuenta de cómo se sentían, intentó tranquilizarlos con una broma amable.

—Ya era hora de que vinieras a verme —le dijo a Basil—. Me he pasado las tardes esperándote. Llevo sin salir... desde la fiesta de los Davies. ¿Por qué no has venido antes?

La miró sin entender, incapaz hasta de sonreír, y murmuró entre dientes:

—Seguro que has estado esperándome.

—Pues sí. Siéntate y dime por qué te has olvidado de mí. Me imagino que los dos habéis estado persiguiendo a la maravillosa Imogene Bissel.

—Bueno, creo que... —dijo Basil—. He oído que ha ido a que le hagan... una especie de apendicitis... Quiero decir...

Su voz se fue apagando hasta hacerse inaudible, mientras Andy Lockheart comenzaba a tocar al piano una serie de reconcentrados acordes que acabaron convirtiéndose en una machicha, hijastra excéntrica del tango. Evelyn apartó la alfombra de un puntapié, se levantó un poco la falda y se puso a taconear y dar vueltas con mucha soltura.

Se sentaron en el sofá a mirarla, inmóviles como cojines. Era casi preciosa, de rasgos más bien pronunciados y una piel clara y fresca tras la que su corazón parecía temblar un poco de risa. Su voz y su cuerpo ágil siempre estaban imitando, caricaturizando cada sonido y cada gesto de quien anduviera cerca, e incluso aquéllos a los que no les caía simpática reconocían que «Evelyn siempre te hace reír». Remató su danza con un falso traspié, agarrándose al piano con expresión de horror, y Basil y Riply soltaron una risilla. Viendo que ya estaban menos nerviosos, se sentó a su lado, y volvieron a reírse cuando dijo:

—Perdonad que haya perdido el control.

—¿Quieres ser la protagonista de una comedia que vamos a representar? —preguntó Basil en un arrebatado de desesperación—. Será en el colegio Martindale, a beneficio de los niños pobres.

—Basil, me coge tan de sorpresa...

Andy Lockheart los miró desde el piano.

—¿Qué vais a representar, un espectáculo musical?

—No, una comedia policiaca que se llama La sombra atrapada. La señorita Halliburton será la directora —de pronto se había dado cuenta de que era conveniente escudarse detrás de aquel nombre.

—¿Por qué no montáis algo como ha secretaria particular! —lo interrumpió Andy—. Para vosotros estaría bien. La representamos en el colegio el último curso.

—No, no, ya lo hemos decidido —dijo Basil rápidamente—. Vamos a montar esa obra que he escrito yo.

—¿La has escrito tú? —exclamó Evelyn.

—Sí.

—¡Dios mío! —dijo Andy. Y empezó a tocar otra vez.

—Mira, Evelyn —dijo Basil—, sólo serán tres semanas, y tú serás la protagonista.

Evelyn se echó a reír.

—No, no puedo. ¿Por qué no habláis con Imogene?

—Ya te he dicho que está mala. Oye...

—¿Y Margaret Torrence?

—Sólo quiero que seas tú.

La rotundidad de la propuesta la conmovió, y titubeó un instante. Pero el héroe del Campeonato de Golf del Oeste los miraba desde el piano con una sonrisa burlona, y Evelyn dijo que no con la cabeza.

—No puedo, Basil. Tengo que ir al Este con mis padres.

Basil y Ripley se levantaron de mala gana.

—Dios mío, Evelyn, ojalá pudieras ser la protagonista.

—Qué más quisiera yo.

A Basil le costaba irse; pensaba deprisa, deseaba a Evelyn más que nunca: sin Evelyn parecía que no valía la pena representar la obra. Entonces un último recurso desesperado tomó forma en sus labios:

—Estarías maravillosa. ¿Sabes? El protagonista será Hubert Blair.

La miraba conteniendo la respiración: veía que estaba dudando.

—Adiós —dijo entonces Basil.

Los acompañó a la puerta y salió con ellos al porche, un poco preocupada.

—¿Cuánto has dicho que durarían los ensayos? —preguntó pensativa.

II.

Una tarde de agosto, tres días más tarde, Basil leía la comedia a los actores en el porche de la señorita Halliburton. Estaba nervioso y al principio lo hubieron de interrumpir con algún «Más alto» y «No vayas tan deprisa». Pero, cuando su auditorio empezaba a divertirse con el intercambio de agudezas y chistes entre los dos ladrones —agudezas y chistes que ya les habían sido útiles a Weber y Fields—, lo interrumpió Hubert Blair, que llegó tarde.

Hubert tenía quince años y era un muchacho más bien superficial, al margen de dos o tres virtudes que poseía en grado extraordinario. Pero una cualidad excepcional sugiere la presencia de otras, y las chicas siempre acababan cediendo a sus caprichos más insospechados, soportando la inconstancia de su corazón, sin convencerse jamás de que su profunda indiferencia era invencible. Las deslumbraba su escandalosa seguridad en sí mismo, su ingenuidad de querubín, que ocultaba un astuto talento para ganarse a la gente, y su extraordinario encanto físico. De piernas largas, maravillosamente proporcionado, tenía ese equilibrio de acróbata que suele caracterizar a los cortos de talla. Nunca se estaba quieto, y era una delicia mirarlo. Evelyn Beebe no era la única chica mayor que había descubierto en él una misteriosa promesa y lo observaba desde hacía tiempo con algo más que curiosidad.

Se quedó en la entrada con una expresión de afectada reverencia en la cara redonda e impertinente.

—Perdón —dijo—. ¿Es ésta la Primera Iglesia Metodista Episcopal? —todos se rieron, hasta Basil—. No estoy seguro. Puede que esté en la iglesia que busco, pero a lo mejor me he equivocado de banco.

Volvieron a reírse, pero con menos gana. Basil esperó a que Hubert se sentara al lado de Evelyn Beebe. Luego reanudó la lectura, mientras los demás, fascinados, miraban cómo Hubert hacía equilibrios para mantener la silla sólo sobre las patas traseras. Este chirriante experimento se convirtió en el ruido de fondo de la lectura. Hasta el desesperado «Aquí entras tú, Hube» de Basil, no volvieron a prestar atención a la comedia.

Basil leyó durante más de una hora. Cuando por fin cerró el cuaderno y levantó tímidamente la vista, estallaron espontáneos los aplausos. Había imitado escrupulosamente a sus modelos y, a pesar de los muchos detalles grotescos, el resultado final era interesante: era una verdadera obra de teatro. Después de charlar un rato con la señora Halliburton, volvió a casa radiante de emoción, y repitiendo en voz baja las mejores frases en la noche de agosto.

La primera semana de ensayos Basil no hizo otra cosa que ir y venir de la sala al escenario, gritando: «¡No! ¡Fíjate, Connie; tienes que entrar así!». Entonces empezaron a ocurrir ciertas cosas. La señora Van Schellinger fue al ensayo un día, y aguantó hasta el final para anunciar que no podía permitir que Gladys saliera en «una obra de criminales». Su teoría era que esta circunstancia podía ser eliminada; por ejemplo, los dos ladrones cómicos podrían convertirse en «dos divertidos labradores».

Basil la oyó horrorizado. En cuanto se fue, le aseguró a la señorita Halliburton que no cambiaría ni una letra. Por fortuna Gladys hacía de cocinera, un papel añadido a última hora que podía ser suprimido sin problemas, pero su ausencia se notó por otras razones. Era tranquila y dócil, «la chica mejor educada de la ciudad», y con su retirada el desorden hizo acto de presencia en los ensayos. Los que sólo tenían frases como «Se lo preguntaré a la señora Van Baker, señor», en el primer acto, y «No, señora», en el tercero, mostraron cierta tendencia a ponerse nerviosos entre una y otra intervención. Ahora se oían cosas así:

—¡Por favor, sujeta al perro o llévatelo a casa!

O también:

—¿Dónde está la criada? ¡Despierta, Margaret, por amor de Dios!

O:

—¿De qué mierda os reís tanto?

Pero el principal problema era cómo manejar con tacto a Hubert Blair. Dejando aparte su poca disposición a aprenderse el papel, era un protagonista satisfactorio, pero fuera del escenario se

convertía en un verdadero incordio. No dejaba de montar números, funciones privadas, para Evelyn Beebe, como perseguirla amorosamente por la sala o lanzar cacahuetes por encima del hombro para que aterrizaran misteriosamente en el escenario. Si se le llamaba al orden, refunfuñaba: «Anda, cállate tú», lo suficientemente alto para que Basil sospechara lo que había dicho, pero no lo oyera.

Pero Evelyn Beebe era todo lo que Basil había esperado. Cuando subía al escenario atraía de tal manera la atención que no se oía ni respirar, y Basil lo advirtió y alargó su papel. Envidiaba cómo Hubert y ella aprovechaban las escenas que tenían juntos para divertirse en plan romántico, y sentía unos celos vagos, impersonales, cuando después del ensayo, casi todas las noches, se iban juntos en el coche de Hubert.

Una tarde, cuando ya llevaban ensayando quince días, Hubert llegó una hora tarde, no dio golpe durante el primer acto y luego le dijo a la señorita Halliburton que se iba a casa.

—¿Por qué? —preguntó Basil.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Son importantes?

—¿Y a ti qué?

—¡Cómo que a mí qué! —dijo Basil indignado, de modo que tuvo que intervenir la señorita Halliburton.

—No hay motivos para enfadarse. Lo que Basil quiere decir, Hubert, es que si se trata de algo sin importancia... Ya sabes, todos estamos renunciando a alguna cosa para que la obra sea un éxito.

Hubert la escuchaba con evidente aburrimiento.

—Tengo que recoger con el coche a mi padre en el centro.

Miró a Basil con descaro, como si lo desafiara a rechazar esta explicación.

—Entonces ¿por qué has llegado con una hora de retraso? —preguntó Basil.

—Porque tuve que hacerle un recado a mi madre.

Se había ido formando un grupo, y Hubert miró a su alrededor con aire de triunfo. Era una excusa sagrada, y sólo Basil se daba cuenta de que era una mentira.

—¡Tonterías! —dijo.

—Eso lo dices tú... Tirano.

Basil dio un paso hacia él, con los ojos brillantes.

—¿Qué has dicho?

—He dicho «Tirano». ¿No te llaman así en el colegio?

Era verdad. Y también en casa. A la vez que palidecía de rabia, iba sintiendo una impotencia absoluta: se estaba dando cuenta de que el pasado siempre merodeaba cerca, al acecho. Las caras del colegio lo rodeaban, mirándolo, burlándose. Hubert se echó a reír.

—Vete —dijo Basil forzando la voz—. ¡Vamos! ¡Vete ahora mismo!

Hubert volvió a reírse, pero, cuando Basil dio un paso hacia él, retrocedió.

—De todas formas, no quiero actuar en tu obra. Nunca he tenido intención de actuar.

—Pues vete ya de esta sala.

—¡Vamos, Basil! —la señorita Halliburton se interponía entre los dos, angustiada. Hubert se rió de nuevo mientras buscaba su gorra.

—Ni se me ocurriría actuar en tu ridícula función —dijo. Se volvió despacio, airosamente, y se dirigió a la puerta con toda la tranquilidad del mundo.

Riply Buckner leyó el papel de Hubert aquella tarde, pero una sombra planeaba sobre el ensayo. A la interpretación de la señorita Beebe le faltó la fuerza de costumbre, y los demás se dedicaban a formar corrillos y murmurar, y se callaban en cuanto Basil se acercaba. Después del ensayo, la señorita Halliburton, Riply y Basil se reunieron para considerar la situación. Como Basil se negara terminante a hacer el papel principal, decidieron reclutar a un tal Mayall de Bec, a quien Riply conocía superficialmente, que había conseguido cierto renombre en las funciones teatrales del instituto.

Pero al día siguiente llegó el golpe irreparable. Evelyn, ruborizada y nerviosa, les dijo a Basil y a la señorita Halliburton que los planes de su familia habían cambiado: se irían al Este la próxima

semana y no podría actuar en la obra. Basil comprendió: sólo había aguantado tanto tiempo por la presencia de Hubert.

—Adiós —dijo con tristeza.

Ante su ostensible desesperación, Evelyn se sintió avergonzada y trató de disculparse.

—No puedo hacer nada. ¡ Ay, Basil, me da tanta pena!

—¿No te podrías quedar conmigo una semana cuando se vaya tu familia? —preguntó inocentemente la señorita Halliburton.

—Es imposible. Papá quiere que vayamos todos. Por eso me voy; si no, me quedaría.

—Muy bien —dijo Basil—. Adiós.

—Basil, no te has enfadado, ¿verdad? —se dejaba llevar por una oleada de remordimiento—. Os ayudaré. Vendré a los ensayos esta semana, hasta que encontréis a otra chica, y procuraré ayudarla en lo que pueda. Pero papá ha dicho que tenemos que irnos.

Riply intentó en vano elevar la moral de Basil después del ensayo de aquella tarde, sugiriéndole nombres que Basil desechó desdeñosamente. ¿Margaret Torrence? ¿Connie Davies? Ni siquiera podían con sus papeles. A Basil le parecía que el proyecto se derrumbaba ante sus ojos.

Era todavía temprano cuando volvió a casa. Desanimado, se sentó junto a la ventana de su dormitorio a mirar cómo jugaba solo en el jardín de la casa de al lado el hijo pequeño de los Barnfield.

Su madre llegó a las cinco, e inmediatamente se dio cuenta de su abatimiento.

—Teddy Barnfield tiene paperas —dijo, intentando distraerlo—. Por eso está ahí jugando solo.

—¿Paperas? —respondió con indiferencia.

—No son peligrosas, pero sí muy contagiosas. Tú las pasaste a los siete años.

—Hum...

Su madre titubeaba.

—¿Estás preocupado con la obra? ¿Ha pasado algo?

—No, mamá. Es que necesito estar solo.

Un rato después, salió a tomar un batido en la heladería de la esquina. Se le había ocurrido la vaga idea de hablar con el señor Beebe para preguntarle si no podía aplazar el viaje al Este. Pero ni siquiera estaba seguro de que Evelyn no le hubiera mentido.

La aparición del hermano de Evelyn, un niño de nueve años, que venía por la calle, interrumpió sus pensamientos.

—Hola, Ham. Me han dicho que os vais de viaje.

Ham asintió.

—La semana que viene. Nos vamos a la playa.

Basil lo miraba con aire pensativo, como si por su proximidad a Evelyn poseyera la clave para dominarla.

—¿Adonde vas ahora? —preguntó.

—Voy a jugar con Teddy Barnfield.

—¿Cómo? —exclamó Basil—. ¿No sabes que...?

Calló. Se le había ocurrido una idea criminal, disparatada. Recordaba las palabras de su madre: «No son peligrosas, pero sí muy contagiosas». Si el pequeño Ham Beebe cogiera las paperas, y Evelyn no pudiera irse...

Tomo una rápida y fría decisión.

—Teddy está jugando en el jardín trasero —dijo—. Si quieres verlo sin pasar por su casa, puedes seguir esta calle y torcer luego por el callejón.

—Estupendo, gracias —dijo Ham confiadamente.

Basil se quedó mirándolo un instante, hasta que dobló la esquina del callejón: era perfectamente consciente de que aquello era lo peor que había hecho en su vida.

III.

Una semana después la señora Lee preparó la cena antes de lo habitual —todos los platos preferidos de Basil: picadillo de ternera, patatas fritas a la francesa, melocotón con nata y tarta de chocolate.

Cada dos o tres minutos Basil decía: «¡Dios mío! ¿Qué hora será ya?», y salía al recibidor a mirar el reloj. Y, con repentina sospecha, preguntaba: «¿Ese reloj funciona?». Era la primera vez que se interesaba por semejante asunto.

—Perfectamente. Si comes tan deprisa, tendrás una indigestión y no podrás hacer bien el papel.

—¿Qué te parece el programa? —preguntó por tercera vez—. «Riply Buckner, hijo, presenta la comedia de Basil Duke Lee La som-

—Me parece precioso.

—En realidad, Riply no la presenta.

—Pero suena muy bien.

—¿Qué hora será ya? —preguntó.

—Acabas de decir que eran las seis y diez.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya.

—Cómete los melocotones, Basil. Si no comes, no podrás actuar.

—Yo no tengo que actuar —dijo con paciencia—. Mi papel es muy corto, y daría lo mismo... —era demasiada molestia dar explicaciones.

—Por favor, mamá, no me sonrías cuando salga al escenario —suplicó—. Haz como si no me conocieras.

—¿No puedo ni siquiera decir: «Encantada de conocerle»?

—¿Qué?

Había perdido el sentido del humor. Se despidió. Esforzándose en digerir, no la comida, sino su corazón, que parecía habersele bajado al estómago, se encaminó hacia el colegio Martindale.

Cuando las ventanas amarillas del colegio surgieron en la noche, el nerviosismo se hizo insoportable: aquel edificio no era el mismo en el que llevaba entrando con absoluta indiferencia tres semanas. Sus pasos resonaron simbólicamente, prodigiosamente, en el vestíbulo desierto; arriba sólo estaba el conserje, que colocaba las sillas en fila, y Basil esperó, dando vueltas por el escenario vacío, a que llegara alguien.

Fue Mayall de Bec, el joven alto, inteligente y no demasiado simpático que habían importado de la avenida de Lower Crest para que hiciera el papel principal. Mayall, lejos de estar nervioso, trató de entablar alguna trivial conversación con Basil. Le gustaría saber si, según Basil, a Evelyn Beebe le importaría que fuera a verla de vez en cuando después de la función. Basil suponía que no. Mayall dijo que el padre de un amigo suyo tenía una fábrica de cerveza y un coche de doce cilindros.

—¡Caramba! —dijo Basil.

A las siete menos cuarto empezaron a llegar los actores y los colaboradores: Riply Buckner, con seis chicos que había buscado para que hicieran de porteros y acomodadores; la señorita Halliburton, que trataba de aparentar calma y seguridad; Evelyn Beebe, que llegó como si estuviera haciéndole a alguien un gran favor, y que parecía decirle a Basil con los ojos:

—Bueno, parece que voy a hacerlo, después de todo.

Mayall de Bec iba a maquillar a los chicos y la señorita Halliburton a las chicas. Basil llegó inmediatamente a la conclusión de que la señorita Halliburton no tenía la menor idea sobre maquillaje, pero consideró diplomático, dado el estado de nervios de la dama, no decir una palabra: llevaría a cada chica a que Mayall la retocara, una vez que terminara la señorita Halliburton.

Una exclamación de Bill Kampf, que miraba a la sala por una rendija del telón, hizo que Basil corriera a su lado. Había llegado un hombre alto y calvo, con gafas; lo habían acomodado en un asiento del centro de la sala, donde examinaba el programa. Era el público. Tras aquellos ojos

expectantes, de repente insondables y misteriosos, se hallaba el secreto del fracaso o el éxito de la obra. Acabó de leer el programa, se quitó las gafas y miró a su alrededor. Entraron dos señoras de edad y dos niños, inmediatamente seguidos por una docena más.

—Eh, Riply —dijo Basil en voz baja—. Diles que pongan a los niños en las primeras filas.

Riply, que se debatía dentro de su uniforme de policía, miró hacia el escenario, y en el labio superior le tembló de indignación el largo bigote negro.

—Ya había pensado en eso.

La sala se iba llenando rápidamente y cobraba vida con el rumor de las conversaciones. Los niños de las primeras filas daban saltos en los asientos, y todo el mundo charlaba, y todos se llamaban y saludaban, menos las criadas y las cocineras, repartidas en parejas por la sala, calladas y muy tiesas.

Entonces, de pronto, todo estuvo listo. Era increíble. «¡Un momento! ¡Un momento», hubiera querido decir Basil. «Es imposible que esté todo en su punto. Debe faltar algo... Siempre ha faltado algo», pero la sala a oscuras, y el piano y el violín de la Orquesta Geyer interpretando *Te espero en las sombras*, desmentían aquellas palabras. La señorita Saunders, Leilia van Baker y la amiga de Leilia, Estella Carrage, estaban ya en escena, y la señorita Halliburton, la apuntadora, se encontraba entre bastidores con la obra en la mano. De pronto cesó la música y el parloteo de las primeras filas se apagó.

«Dios mío», pensó Basil. «Ay, Dios mío».

Se levantó el telón. Una voz clara salió de alguna parte. ¿Provenía de aquel extraño grupo que ocupaba el escenario?

—Lo leeré, señorita Saunders. ¡Le digo que lo leeré!

—Pero, señorita Leilia, no considero lectura apropiada para una señorita los periódicos de hoy día.

—No me importa. Quiero leer lo que dicen sobre ese maravilloso ladrón de guante blanco a quien llaman La Sombra.

Era verdad: había empezado la función. Casi antes de que se diera cuenta, se oyeron risas entre el público cuando Evelyn imitó a sus espaldas a la señorita Saunders.

—Prepárate, Basil —susurró la señora Halliburton.

Basil y Bill Kampf, los ladrones, cogían por los brazos a Victor van Baker, el disoluto primogénito, para ayudarlo a cruzar la puerta de la casa.

Era extraño y natural estar en el escenario con todos aquellos ojos que miraban alentadores. El rostro de su madre pasó como flotando, entre otros rostros que reconocía y recordaba.

Bill Kampf se equivocó en una frase, pero Basil respondió inmediatamente y continuó.

SEÑORITA SAUNDERS: Así que usted es concejal del sexto distrito.

SIMMONS EL CONEJO: Sí, señora.

SEÑORITA SAUNDERS (*moviendo la cabeza con coquetería*): ¿Qué es un concejal exactamente?

RUDD EL CHINO: Un concejal es un cruce de político y pirata.

Era una de las frases de las que Basil estaba más orgulloso, pero el público no se inmutó, ni siquiera hubo una sonrisa. Un instante después Bill Kampf, distraído, se secó la frente con el pañuelo, y miró sorprendido el pañuelo, asustado por las manchas rojas del maquillaje, y el público rió a carcajadas. El teatro era así.

SEÑORITA SAUNDERS: Entonces usted cree en los espíritus, señor Rudd.

RUDD EL CHINO: Sí, señora, creo firmemente en las bebidas espirituosas. ¿Tiene?

Y llegó la primera gran escena. En el escenario a oscuras se abría lentamente una ventana y por ella se deslizaba Mayall de Bec, «en estricto traje de etiqueta». Atravesaba de puntillas el escenario, cauteloso, y entonces entraba Leilia Van Baker. Parecía asustarse, pero enseguida el

caballero la convencía de que era un amigo de su hermano Victor. Charlaban. Leilia le contaba ingenuamente, con emoción, que admiraba a La Sombra: había leído sus hazañas en los periódicos. Pero esperaba que La Sombra no se presentara aquella noche, pues aquella caja fuerte, a la derecha, guardaba las joyas de la familia.

El desconocido tenía hambre. Se le había hecho tarde para la cena y no había comido nada aquella noche. Si pudiera tomar un poco de leche con galletas... Sería estupendo. No había terminado Leilia de salir de la habitación, y ya estaba el desconocido arrodillado ante la caja fuerte, tanteando la cerradura, sin dejarse desanimar por la palabra tan poco prometedor que habían escrito en la puerta de la caja: Pasteles. Ya se abrió cuando oyó pasos, y volvió a cerrarla en el preciso instante en que Leilia volvía con la leche y las galletas.

No se decidían a separarse porque, estaba claro, se atraían mutuamente. Entonces entraba la señorita Saunders, muy coqueta, y tenían lugar las presentaciones. Evelyn volvió a imitarla a sus espaldas y el público rió a carcajadas. Aparecían otros habitantes de la casa y todos eran presentados al desconocido.

¿Qué es eso? Se oye un portazo, y Mulligan, un policía, irrumpe en escena.

—Acabamos de recibir un mensaje de la comisaría central: ¡La famosa Sombra ha sido vista cuando entraba por la ventana! ¡Nadie puede abandonar la casa esta noche!

Cayó el telón. Las primeras filas —los hermanos pequeños de los intérpretes— derrocharon entusiasmo. Los actores hicieron una reverencia.

Y entonces Basil se encontró a solas con Evelyn Beebe en el escenario. Parecía, apoyada en una mesa, una muñeca maquillada y cansada.

—¡Ay, Basil! —dijo.

No acababa de perdonarle que la hubiera obligado a cumplir su promesa después de que las paperas de su hermano aplazaran el viaje al Este, y Basil la había rehuido con tacto, pero ahora los unía la emoción y el éxito, esa amable sensación.

—Has estado maravillosa —dijo—. ¡Maravillosa!

Se quedó con ella un instante. No le gustaría nunca a Evelyn, porque Evelyn necesitaba a alguien que fuera como ella, alguien que le entrara por los sentidos, como Hubert Blair. Su intuición le decía que Basil era un poco imprevisible; y, además, sus incansables intentos de obligar a la gente a pensar y a tener opiniones la molestaban y aburrían. Pero, de pronto, con las emociones de la noche, se besaron apaciblemente, y, a partir de aquel momento, puesto que no tenían nada en común sobre lo que pelearse, fueron amigos para toda la vida.

Cuando el telón se levantó para el segundo acto, Basil bajó unas escaleras, subió otras y apareció al fondo de la sala, desde donde se puso a ver la representación en la oscuridad. Se reía en silencio cuando el público se reía, divirtiéndose como si fuera una comedia que jamás hubiera visto.

Había dos escenas, en el segundo y el tercer acto, que eran muy parecidas: La Sombra, solo en el escenario, era interrumpido por la señorita Saunders. Mayall de Bec, que sólo había ensayado diez días, solía confundir las dos escenas, pero Basil no se esperaba lo que ocurrió. Entró en escena Connie, y Mayall dijo la frase del tercer acto, y Connie, sin darse cuenta de lo que pasaba, contestó como si estuvieran en el tercer acto.

Los que iban apareciendo en escena se dejaban llevar por el nerviosismo y la confusión, y, de pronto, todos estaban representando el tercer acto en medio del segundo. Sucedió tan rápidamente que, durante un instante, Basil sólo tuvo una confusa impresión de que algo no funcionaba. E inmediatamente se lanzó escaleras abajo y escaleras arriba hasta gritar entre bastidores:

—¡Bajad el telón! ¡Bajad el telón!

Los chicos que estaban allí tiraron asustados de la cuerda. Y, segundo después, Basil, jadeante, se dirigía al público.

—Damas y caballeros —dijo—, ha habido cambios en el reparto, y hemos cometido un error en la última escena. Si nos lo permiten, la repetiríamos con mucho gusto.

Se retiró entre bastidores acompañado por un clamor de risas y aplausos.



—Muy bien, Mayall —gritó, excitado—. Estás solo en el escenario y dices: «Sólo quiero comprobar si las joyas están a salvo». Y Connie te responde: «Adelante, no se preocupe por mí». ¡Venga! ¡Arriba el telón!

Y en un momento las cosas se arreglaron solas. Alguien le llevó un vaso de agua a la señorita Halliburton, que estaba a punto de sufrir un colapso, y, al terminar el acto, tuvieron que volver a saludar. Veinte minutos después, acabó la representación. El héroe abrazaba a Leilia y le confesaba que era La Sombra, «una Sombra atrapada ya». El telón subió y bajó, y volvió a subir y bajar. La señorita Halliburton fue sacada a rastras al escenario y los acomodadores aparecieron por el pasillo cargados de flores. Y entonces las cosas volvieron a ser familiares, sin ceremonia, y los actores se mezclaron con el público, muy contentos, riéndose, importantes, mientras los felicitaba todo el mundo. Un anciano a quien Basil no conocía se le acercó y le estrechó la mano, diciendo: «Eres un joven que dará que hablar algún día», y un periodista local le preguntó si era verdad que sólo tenía quince años. Lo que podría haber sido un auténtico desastre, desmoralizador, ya había pasado. Cuando la gente se dispersó y los pocos que habían ido quedando se despidieron con pocas palabras, sintió un gran vacío en el corazón. Ya había acabado todo, ya había pasado: tanto trabajo, interés y dedicación. Aquel vacío se parecía al miedo.

—Buenas noches, señorita Halliburton. Buenas noches, Evelyn.

—Buenas noches, Basil. Enhorabuena, Basil. Buenas noches.

—¿Dónde está mi abrigo? Buenas noches, Basil.

—Dejad los trajes en el escenario, por favor. Tenemos que devolverlos mañana.

Fue casi el último en irse: había subido un momento al escenario, a mirar la sala desierta. Su madre lo estaba esperando y volvieron juntos a casa, dando un paseo. Fue la primera noche fría del año.

—Bueno, creo que ha salido muy bien. ¿Estás contento? —Basil no respondía—. ¿No estás contento de cómo ha salido?

—Sí—dijo, y volvió la cara.

—¿Qué te pasa?

—Nada —calló un momento—. La verdad es que a nadie le importa, ¿no?

—¿Qué es lo que no les importa?

—Nada.

—A cada uno le importan cosas diferentes. A mí me importas tú, por ejemplo.

Instintivamente se apartó de la mano que iba a acariciarlo.

—No, por favor. No pensaba en eso.

—Lo que pasa es que estás cansado de tantas emociones, cariño.

—No estoy cansado. Es como si estuviera triste.

—No deberías estar triste. ¿Sabes? Después de la función todos me han dicho que...

—Bueno, ya ha terminado. No me hables de eso... No vuelvas a hablarme de eso.

—Pero ¿por qué estás triste?

—Por un niño.

—¿Un niño?

—Sí, por Ham... No puedes entenderlo.

—Cuando lleguemos a casa te voy a preparar un baño caliente para que te tranquilices.

—Muy bien.

Pero cuando llegó a casa se quedó profundamente dormido en el sofá. Su madre no sabía si despertarlo. Lo tapó con una manta y un edredón, le puso una almohada bajo la cabeza, que se resistió, y subió a su dormitorio.

Estuvo arrodillada junto a la cama mucho rato.

—Dios mío, ayúdalo, ayúdalo —rezaba—, porque la ayuda que necesita yo ya no puedo dársela.

## Basil y Cleopatra

Basil y Cleopatra (*Saturday Evening Post*, 21 de abril de 1929) fue el último relato de la serie dedicada a Basil Duke Lee. Fitzgerald no lo incluyó en *Taps at Reveille* aunque es uno de los cuentos dedicados a Basil más convincentes. Quizá pensaba que daba una imagen demasiado edulcorada de la juventud de Basil; al final del relato Basil, al contrario que Marco Antonio, antepone la disciplina al amor.

### I.

Cualquier sitio donde ella estuviera, para Basil se convertía en un lugar precioso y encantado, aunque él no lo considerara así. Pensaba que la fascinación era inherente al lugar, y mucho tiempo después la calle más corriente o el simple nombre de una ciudad destilarían un brillo especial, ciertas resonancias que encontraban alerta a su alma y la colmaban de goce. Pero, en su presencia, estaba demasiado absorto para percibir el paisaje; así que su ausencia no dejaba los lugares vacíos, sino que, más bien, lo obligaba a buscarla a través de habitaciones hechizadas y jardines que en realidad no había visto antes.

Esta vez, como siempre, sólo veía la expresión de su cara, los labios, que ofrecían una sugestiva traducción de cada emoción que sentía o fingía sentir —ah, labios impagables—, y todo lo demás, toda ella, nueva como un melocotón y vieja como sus dieciséis años. Basil apenas se daba cuenta de que estaban en una estación de ferrocarril y no se daba cuenta en absoluto de que ella acababa de echar una mirada por encima del hombro de Basil y se había enamorado de otro chico. Cuando dio media vuelta con los demás, camino del coche, ya estaba actuando para el desconocido, aunque modulara la voz para Basil y se pegara a él, apretándole el brazo.

Si Basil se hubiera fijado en el otro chico que acababa de apearse del tren, sólo le hubiera dado lástima, como le daban lástima todos los desgraciados de los pueblos por los que pasaba el tren y todos sus compañeros de viaje, que no iban a ingresar en Yale dentro de dos semanas ni iban a pasar tres días en la misma ciudad que la señorita Erminie Gilberte Labouisse Bible. Todos compartían la misma torpeza, el mismo desamparo un poco despreciable.

Estaba en aquella ciudad porque en aquella ciudad estaba Erminie Bible. En el Oeste, en su ciudad natal, un mes antes, en los días tristes que precedieron a la partida de Erminie, ella le había dicho con una voz apremiante en la que cabían todas las promesas imaginables:

—¿No conoces a algún chico en Mobile que te invite mientras yo estoy allí?

Siguió su sugerencia. Y ahora, con la suave y desconocida ciudad del Sur agitándose de verdad a su alrededor, su excitación le hizo creer que el coche de Fat Gaspar se elevaba en el aire cuando se montaron. Los sorprendió una voz desde la acera:

—Eh, Bessie Belle. Hola, William. ¿Qué tal?

El recién llegado era alto y flaco y tendría un año más que Basil. Vestía un traje de hilo blanco y un panamá bajo el que ardían unos ojos sureños, feroces e indomables.

—¡Littleboy Le Moyne! —exclamó la señorita Cheever—. ¿Cuándo has vuelto?

—Acabo de llegar, Bessie Belle. Estás tan guapa que he vuelto para verte más de cerca.

Le presentaron a Minnie y a Basil.

—¿Te dejo en alguna parte, Littleboy? —preguntó Fat, que en su pueblo se llamaba William.

—Pues... —Le Moyne dudaba—. Eres muy amable, pero ya debería estar aquí mi chófer.

—Móntate.

Le Moyne dejó caer su maleta encima de Basil y con ceremoniosa cortesía se sentó a su lado en el asiento trasero. Basil intercambió una mirada con Minnie, que le devolvió una sonrisa como si dijera: «Esto es insoportable, pero acabará pronto».

—¿Es usted por casualidad de Nueva Orleans, señorita Bible? —preguntó Le Moyne.

—Sí.

—Es que acabo de llegar de allí y me dijeron que una de sus más famosas rompecorazones pasaba unos días aquí, y mientras sus admiradores andaban a tiros por toda la ciudad. Es verdad: yo ayudaba a levantar los cadáveres cuando se amontonaban en las calles.

«Eso de la izquierda debe de ser la bahía de Mobile», pensaba Basil; «allí abajo está Mobile», y la luna del Sur y los estibadores negros, cantando. Las casas, a uno y otro lado de la calle, se desmoronaban apaciblemente tras emparrados altivos y protectores; una vez hubo miriñaques en aquellos balcones, y guitarras nocturnas en los jardines abandonados.

Hacía tanto calor... Las voces estaban tan seguras de que tendrían tiempo para decirlo todo... Hasta la voz de Minnie, cuando contestaba a las bromas del joven que tenía aquel apodo tan raro, parecía más lenta, más perezosa. Antes apenas había pensado en que era una chica del Sur. Se detuvieron ante una gran cancela: destellos de una casa amarilla se vislumbraban entre árboles frondosos. Le Moyne se apeó del coche.

—Espero que os divirtáis durante vuestra visita. Si me lo permitís, me pasaré a veros por si puedo hacer algo para que os divirtáis —se caló el panamá—. Que tengáis un buen día.

Cuando el coche reanudó la marcha, Bessie Belle se volvió y le sonrió a Minnie.

—¿No te lo había dicho? —preguntó.

—Me lo imaginé en la estación, antes de que subiera al coche —dijo Minnie—. Me figuré que era él.

—¿Te ha parecido guapo?

—Es divino —dijo Minnie.

—Pero siempre va con chicos mayores.

Esta conversación interminable le parecía a Basil un poco fuera de lugar. Después de todo, aquel joven sólo era un lugareño del Sur que vivía allí; si a eso se sumaba que salía con chicos mayores, parecía que le prestaban demasiada atención a su existencia.

Pero Minnie se volvió hacia él y se contoneó de modo provocador y unió las manos de una manera suplicante y humilde que invariablemente causaba un alboroto en su corazón.

—Basil, me encantaban tus cartas —dijo.

—Podrías haberme contestado.

—No he tenido ni un momento, Basil. Pasé unos días en Chicago y luego en Nashville. Ni siquiera he estado en casa —bajó la voz—. Mis padres van a divorciarse, Basil. ¿No es terrible?

Aquello lo impresionó. E inmediatamente unió aquella idea a Minnie, que se volvió doblemente conmovedora; y, a causa de su romántica conexión con ella, la idea del divorcio jamás volvería a escandalizarlo.

—Por eso no te he escrito. Pero me he acordado mucho de ti. Eres mi mejor amigo, Basil. Siempre eres comprensivo.

No: decididamente aquél no era el tono con el se habían despedido en Saint Paul. Un rumor espantoso que no había pensado mencionar le vino a los labios.

—¿Quién es ese tal Bailey que conociste en Lake Forest? —preguntó de pasada.

—¡Buzz Bailey! —sus grandes ojos se abrieron con sorpresa—. Es muy atractivo, y baila, pero sólo somos amigos —arrugó el entrecejo—. Seguro que Connie Davies ha ido chismorreando por Saint Paul. De verdad, estoy harta de chicas que, por envidia o porque no tienen nada mejor que hacer, se dedican a criticarte si te lo pasas bien.

Ahora estaba convencido de que había pasado algo en Lake Forest, pero disimuló ante Minnie la punzada de dolor.

—Y, además, tú no puedes hablar —sonrió de repente—. Me figuro que todo el mundo sabe lo voluble que es usted, señor Basil Duke Lee.

Generalmente una alusión así se considera un halago, pero la ligereza, casi la indiferencia, con que ella hablaba alarmó aún más a Basil, y entonces, de pronto, la bomba estalló.

—No tienes que preocuparte por Buzz Bailey. Por ahora tengo el corazón absolutamente intacto y sin compromiso.

Antes de que Basil llegara a asimilar la enormidad que acababa de soltar, se detuvieron ante la puerta de Bessie Belle Cheever y las dos chicas subieron corriendo las escaleras, volviéndose para decir:

—Hasta esta tarde.

Mecánicamente Basil se sentó en el asiento delantero, junto a su anfitrión.

—¿Vas a jugar en el equipo de fútbol de primero, Basil? —preguntó William.

—¿Cómo? Ah, sí, desde luego. Si se cumplen ciertas condiciones.

Pero su corazón no ponía condiciones: jugar al fútbol era la mayor ambición de su vida.

—Creo que no te costará mucho entrar en el equipo de primero. Ese tipo que acabas de conocer, Littleboy Le Moyne, va este año a la Universidad de Princeton. Jugaba de ala en el equipo de su colegio, la Escuela Militar de Virginia.

—¿Quién le ha puesto ese nombre absurdo?

—Bueno, su familia siempre lo ha llamado así y se le pegó a todo el mundo —y añadió, un momento después—: Las ha invitado al baile de esta noche en el Club de Campo.

—¿Cuándo las ha invitado? —preguntó Basil, sorprendido.

—Hace un momento. Era de lo que estaban hablando. Yo pensaba invitarlas, y estaba preparando el terreno poco a poco, pero se me adelantó antes de que se me presentara la ocasión —suspiró, echándose la culpa—. Bueno, ya las veremos en el baile.

—Claro que sí; no importa —dijo Basil.

Pero ¿se trataba de un fallo de Fat? ¿No podría haber dicho Minnie: «Basil ha venido a verme y tengo que salir con él la primera noche que pasa aquí»?

¿Qué había sucedido? Hacía un mes, en la estación de ferrocarril de Saint Paul, brumosa y ensordecadora, detrás de un furgón de equipajes, Basil la había besado, y ella le había dicho con la mirada: «Otra vez». Hasta el final, hasta que desapareció entre un remolino de vapor en la ventanilla del tren, había sido suya: y no eran cosas que uno se imaginara, eran cosas que se sabían. Estaba desconcertado. Minnie no era así: a pesar de su deslumbrante éxito entre los chicos, siempre era amable. Trató de recordar alguna cosa que hubiera podido molestarla en sus cartas, trató de encontrarse nuevos defectos. Quizá no le había gustado aquella mañana. La alegría con que había llegado se iba desvaneciendo en el aire.

Parecía la de siempre mientras jugaba al tenis aquella tarde. Ella admiró sus golpes y una vez, cuando se acercaron a la red, le tocó la mano de repente. Pero, más tarde, bebiendo limonada en la galería amplia y sombreada de los Cheever, tuvo la impresión de que no podría quedarse a solas con ella ni un minuto. ¿Fue una casualidad que, en el coche, al volver de la pista de tenis, se sentara delante con Fat? En el verano Minnie había buscado las ocasiones para quedarse a solas con él, incluso en los momentos más difíciles. En un estado que presagiaba algún terrible descubrimiento, Basil se arregló para el baile del Club de Campo.

El club estaba en un pequeño valle, casi oculto entre sauces, y a través de las siluetas negras de los árboles, en manchas y masas irregulares, goteaba la luz de una inmensa luna otoñal. Mientras aparcaban el coche, la canción preferida de Basil, Chinatown, surgía de las ventanas y se disolvía en notas que corrían en tropel como duendes por el claro del bosque. Su corazón se aceleró: lo ahogaba; la oscuridad tropical, palpitante, contenía una promesa de aventuras amorosas tal como había soñado; pero, frente a aquella promesa, se sintió demasiado pequeño e impotente para alcanzar la felicidad que anhelaba. Cuando bailaba con Minnie, se avergonzaba de imponerle su presencia de simple mortal en aquel país de las hadas donde figuras excepcionales alcanzaban proporciones altísimas de magnificencia y belleza. Para hacerlo rey de aquel país, tendría que haberlo abrazado, atraerlo con suaves palabras; pero sólo dijo:

—¿No es maravilloso, Basil? ¿Te lo has pasado mejor alguna vez en tu vida?

Cuando, entre baile y baile, habló un rato con Le Moyne, Basil se comportó con asombrosa timidez, celoso y titubeante. Le molestaba aquella larga figura que se cernía ávidamente sobre Minnie mientras bailaban, pero le resultaba imposible cogerle antipatía o no reírse con las bromas que, muy serio, les gastaba a las chicas. Basil y William Gasper eran los más jóvenes de la fiesta, y Bessie Belle y Minnie eran las más jóvenes, y por primera vez en su vida deseó apasionadamente tener más años, y ser menos impresionable, menos sensible. Estremeciéndose ante cada aroma, cada imagen, cada melodía, quería estar ya de vuelta de todo, tranquilo. Desesperado, sentía cómo

aquel mundo de belleza se derramaba sobre él como luz lunar, oprimiéndolo, convirtiendo su respiración en un suspiro, entrecortado, asfixiado, mientras nadaba indefenso en una superabundancia de juventud por la que el centenar de adultos presentes hubieran dado años de vida.

Al día siguiente, al encontrársela en un mundo que había vuelto a reducirse a la realidad, las cosas eran más naturales, pero algo había desaparecido y no tenía ánimo para ser ingenioso y alegre. Hubiera sido como ser valiente después de la batalla. Tendría que haberlo sido la noche anterior. Fueron al centro los cuatro, sin formar parejas, y recogieron unas fotografías de Minnie. A Basil le gustó una prueba que no le gustaba a nadie —tenía algo que le recordaba a Minnie tal como era cuando estuvo en Saint Paul—, y encargó dos copias, una para que la guardara ella y otra para que se la mandaran a Yale. Toda la tarde estuvo como ida, canturreando distraídamente, pero, cuando volvieron a casa de los Cheever, subió corriendo las escaleras al oír sonar el teléfono. Diez minutos después apareció, molesta, de mal humor, y Basil pudo oír cómo las chicas intercambiaban rápidamente algunas frases:

—No ha tenido más remedio.

—Lástima.

—Vuelve el viernes.

Sólo podía ser Le Moyne quien se había ido, y a Minnie le importaba. Entonces, incapaz de soportar la decepción de Minnie, se levantó, destrozado, y le sugirió a William que se fueran a casa. Para su sorpresa, lo detuvo la mano de Minnie en su brazo.

—No te vayas, Basil. Parece como si no nos hubiéramos visto ni un momento desde que llegaste.

Basil rió con tristeza.

—Como si eso te importara.

—Basil, no seas tonto —se mordió el labio como si la hubiera ofendido—. Vamos al columpio.

Y Basil, de repente, estaba radiante de felicidad y esperanza. La tierna sonrisa de Minnie, que parecía brotar de la pura lozanía, lo tranquilizó: se bebió sus mentiras a sorbos agradecidos como si fueran agua fresca. Los últimos rayos de sol le dieron a sus mejillas aquel resplandor misterioso que él ya había visto otras veces, mientras Minnie le contaba que no había querido aceptar la invitación de Le Moyne, y cuánto le había sorprendido y dolido que no se le hubiera acercado la noche anterior.

—Entonces haz una cosa, Minnie —imploró—. ¿Me dejas besarte una vez, sólo una vez?

—Pero no aquí—exclamó Minnie—. ¡Pareces tonto!

—Vamos al cenador, sólo un momento.

—No puedo, Basil. Bessie Belle y William están en el porche. Quizá en otra ocasión.

La miró confundido, incapaz de creerla o no creerla, y Minnie cambió de tema rápidamente.

—Voy a ir al colegio de la señorita Beecher, Basil. Sólo está a pocas horas de New Haven. Puedes venir a verme este otoño. Pero dicen que las visitas son en locutorios separados por un cristal. ¿No es terrible?

—Terrible —asintió Basil apasionadamente.

William y Bessie Belle habían abandonado la galería y estaban en la entrada, hablando con los ocupantes de un coche.

—Minnie, vamos al cenador, sólo un momento. Ahora están muy lejos.

Minnie, sin querer, puso mala cara.

—No puedo, Basil. ¿No te das cuenta?

—¿Por qué no? Mañana me voy.

—No, por favor.

—Me tengo que ir. Sólo me quedan cuatro días para preparar los exámenes. Minnie...

Basil le cogió la mano, que descansó tranquila en la suya, pero cuando intentó tirar de ella para que se levantara, Minnie se soltó con brusquedad. El columpio se movió con el forcejeo y Basil lo detuvo con el pie. Era terrible columpiarse estando en desventaja.

Minnie le puso la mano rescatada en la rodilla.

—Ya no doy besos, Basil. De verdad. Soy demasiado mayor. Cumpliré en mayo diecisiete años.

—Apuesto a que besaste a Le Moyne —dijo Basil con amargura.

—Eres un fresco...

Basil dejó el columpio.

—Me voy.

Levantando la vista, Minnie lo juzgó desapasionadamente, como nunca lo había hecho: su físico fuerte y agraciado, el color vivo y cálido que se adivinaba bajo la piel bronceada, el pelo negro y brillante que alguna vez le había parecido tan romántico. Y se daba cuenta —como se daban cuenta incluso aquellos a quienes no les caía simpático— de que había algo más en su rostro: una marca, un signo de destino, una perseverancia que era algo más que voluntad, que era más bien una necesidad de imponerle al mundo sus propias pautas, de lograr sus propósitos. Que muy probablemente triunfaría en Yale, que sería agradable ir a verlo a Yale como su chica, no significaba nada para ella. Nunca había sido calculadora: no le hacía falta. Indecisa, alternativamente se imaginaba aceptándolo y rechazándolo. Había tantos hombres y la deseaban tanto... Si Le Moyne hubiera estado allí, al alcance de la mano, no hubiera dudado en absoluto, pues nada podía empañar el incipiente y misterioso esplendor de aquella aventura; pero Le Moyne iba a estar de viaje tres días, y le costaba dejar que Basil se fuera.

—Quédate hasta el miércoles y haré... haré lo que quieras —dijo.

—No puedo. Tengo que preparar los exámenes. Me debería haber ido esta tarde.

—Estudia en el tren.

Minnie se contoneó, unió las manos en el regazo y le sonrió. Cogiéndole la mano de repente, Basil la obligó a levantarse e ir hacia el cenador, a la sombra fresca de la parra.

## II.

Basil llegó a New Haven el viernes siguiente y se puso a liquidar en dos días el trabajo de cinco. No había estudiado en el tren; en vez de estudiar, había entrado en trance, concentrado en Minnie, preguntándose qué sucedería ahora que Le Moyne había vuelto. Minnie había mantenido su promesa, pero sólo literalmente: lo besó una vez en el teatro, una vez, de mala gana, la segunda noche; pero el día de su partida había recibido un telegrama de Le Moyne, y ni siquiera se atrevió a darle un beso de despedida delante de Bessie Belle. A manera de compensación, le había dado permiso para que fuera a verla el primer día de visitas al colegio de la señorita Beecher.

Empezó el curso universitario compartiendo con Brick Wales y George Dorsey un apartamento de dos dormitorios y un estudio en Wright Hall. Hasta que no se publicaran las notas de su examen de trigonometría no podía formar parte del equipo de fútbol, pero, viendo en el campo de Yale los entrenamientos de los alumnos de primero, se dio cuenta de que el puesto de *quarterback* se lo disputaban Cullum, capitán del equipo de Andover el curso anterior, y un tal Danziger, de un instituto de New Bedford. Se rumoreaba que Cullum iba a jugar de medio o corredor. Los demás *quarterbacks* no parecían nada del otro mundo y a Basil lo devoraba la impaciencia por estar sobre el mullido césped, dirigiendo al equipo. Estaba seguro de que por lo menos jugaría algún partido.

Como una luz que se transparentaba a través de todas las cosas, estaba la imagen de Minnie: la vería dentro de una semana, de tres días, mañana. En vísperas de la ocasión se encontró con Fat Gaspar, que estaba en Sheff, junto a Haugthon Hall. Con el ajetreo de las primeras semanas, apenas se habían visto. Pasearon un rato juntos.

—Nos vinimos todos juntos al Norte —dijo Fat—. Fue una lástima que no estuvieras. Tuvimos algún jaleo. Minnie y Littleboy Le Moyne se metieron en un aprieto.

A Basil se le heló la sangre.

—Después nos hacía gracia, pero Minnie pasó un verdadero susto —continuó Fat—. Iba en un compartimento con Bessie Belle, pero Littleboy y ella querían estar solos, así que por la tarde Bessie Belle se vino a jugar a las cartas con nosotros. Bueno, unas dos horas después Bessie Belle y yo volvimos a su compartimento y nos encontramos a Minnie y Littleboy en el pasillo hablando con el revisor. Minnie estaba blanca como la pared. Parece que le echaron el cerrojo a la puerta y corrieron las cortinas, y me figuro que estarían besuqueándose. Cuando el revisor pasó a pedir los billetes y llamó a la puerta, pensaron que éramos nosotros que les queríamos gastar una broma, y no le

abrieron inmediatamente, y, cuando le abrieron, el revisor estaba verdaderamente irritado. Le preguntó a Littleboy si aquél era su compartimento, y, puesto que cerraban la puerta, si Minnie y él estaban casados, y Littleboy perdió los nervios intentando explicar que no habían hecho nada malo. Decía que el revisor había insultado a Minnie y quería pegarle. Pero aquel revisor podría habernos dado un disgusto y, créeme, me costó trabajo arreglarlo todo.

Con cada detalle imaginado, con las variedades más refinadas de los celos martilleándole en el cerebro, incluyendo la envidia por la desgracia compartida en aquel pasillo del tren, Basil fue al día siguiente al colegio de la señorita Beecher. Radiante y luminosa, más misteriosamente deseable que nunca, adornada por sus propios pecados, como si fueran estrellas, bajó a su encuentro en su sencillo uniforme blanco, y la bondad de su mirada provocó un vuelco en el corazón de Basil.

—Eres maravilloso por haber venido, Basil. Estoy tan emocionada por que haya venido a verme tan pronto un pretendiente. Todas me tienen envidia.

Las puertas de cristal giraron sobre sus goznes como postigos: estaban encerrados. Hacía calor. Tres compartimentos más allá Basil pudo ver a otra pareja —una chica con su hermano, dijo Minnie— que de vez en cuando se movía y gesticulaba sin ruido, tan irreales en aquellos minúsculos invernaderos humanos como el jarrón de flores de papel que había sobre la mesa. Basil paseaba arriba y abajo, nervioso.

—Minnie, quiero ser algún día un hombre importante y quiero hacerlo todo por ti. Creo que te has cansado de mí. No sé cómo ha sucedido, pero se ha cruzado otra persona... No importa. No hay prisa. Sólo quisiera que... que te acordaras de mí de un modo diferente. Intenta pensar en mí como antes, no como en uno más al que has abandonado. Quizá sería mejor que no me vieras durante algún tiempo... en el baile de este otoño, quiero decir. Espera hasta que yo realice alguna acción importante, una hazaña, ya sabes, y pueda brindártela y decirte que todo lo he hecho por ti.

Eran palabras totalmente fútiles, adolescentes, tristes. Hubo un momento en que, dejándose llevar por lo trágico que era todo, casi se echó a llorar, pero logró controlarse hasta cierto punto. Tenía la frente llena de sudor. Se sentó en un extremo de la habitación, frente a Minnie, que, sentada en el sofá, miraba al suelo y repetía:

—¿No podemos ser amigos, Basil? Siempre te he considerado uno de mis mejores amigos.

Por fin se levantó pacientemente.

—¿Quieres ver la capilla?

Subieron las escaleras, y Basil se asomó, muy triste, a un pequeño espacio oscuro, con la viva presencia de Minnie, con su suave aroma a pocos centímetros de su hombro. Casi se alegró cuando terminó aquel asunto fúnebre y salió del colegio, al aire fresco de otoño.

Cuando volvió a New Haven encontró dos cartas en su escritorio. Una era una nota del secretario comunicándole que había suspendido el examen de trigonometría y no podía formar parte del equipo de fútbol. La otra era una fotografía de Minnie: la foto que le había gustado, de la que había encargado dos copias en Mobile. Al principio no entendió la dedicatoria: «Para L.L., de E.G.L.B. Los trenes son malos para el corazón». De repente se dio cuenta de lo que había pasado, y se echó en la cama, retorciéndose de risa.

### III.

Tres semanas después, tras solicitar y aprobar un examen extraordinario de trigonometría, Basil empezó a mirar a su alrededor melancólicamente para ver si la vida aún le reservaba algo. Desde su desgraciado primer año en el colegio, no había pasado un periodo de desgracias como aquél; sólo ahora, por primera vez, empezó a conocer Yale de verdad. Su capacidad de especulación romántica volvió a despertar y, apáticamente al principio, luego con creciente determinación, se fundió con el espíritu que había alimentado sus sueños tanto tiempo.

«Quiero ser director del News o del Record», pensaba una mañana de octubre, volviendo a ser el de antes, «y quiero formar parte del equipo de fútbol y que me admitan en el club Calaveras y Tibias».

Y siempre que le venía la visión de Minnie y Le Moyne en el tren, repetía aquellas palabras como un conjuro. Se arrepentía y avergonzaba de haberse quedado en Mobile, y cada vez pasaba más horas sin apenas pensar dolorosamente en ella.

Se había perdido media temporada de fútbol, y con pocas esperanzas se unió al equipo en el campo de entrenamiento de Yale. Con la camiseta blanquinegra de Saint Regis, entre los muchos colores de cuarenta colegios, miraba con envidia a los veinticuatro que lucían con orgullo la camiseta azul de Yale. Cuatro días después, cuando trataba de acostumbrarse a la oscuridad para el resto de la temporada, la voz de Carson, ayudante del entrenador, lo escogió de improviso entre una multitud de suplentes.

—¿Quién ha dado esos pases?

—He sido yo, señor.

—Es la primera vez que te veo, ¿no?

—Hasta ahora no tenía permiso para jugar.

—¿Te sabes las señales?

—Sí, señor.

—Vale. Forma este equipo: alas, Krutch y Bispam; *tackles*...

Y un momento después, oía su propia voz que, enérgica y rápida, gritaba a los cuatro vientos:

—Treinta y dos, sesenta y cinco, sesenta y siete, veintidós...

Se oyeron risillas.

—¡Espera un momento! ¿Dónde has aprendido a gritar las señales así? —dijo Carson.

—Nuestro entrenador era de Harvard, señor.

—Pues olvida el énfasis del sistema Haughton. Nos vas a poner demasiado nerviosos.

Pocos minutos más tarde les dijeron que cogieran el casco.

—¿Dónde está Waite? —preguntó Carson—. ¿En un examen? Bueno, tú, ¿cómo te llamas? Tú, el de la camiseta blanca y negra.

—Lee.

—Tú darás las señales. Vamos a ver si sabes mover al equipo. Algunos, los guardas y los *tackles*, tenéis cuerpo para jugar el campeonato. No los dejes que se duerman, tú... ¿cómo te llamas?

—Lee.

Se alinearon en posición del balón en la línea de veinte yardas del equipo de primer curso. Les permitieron que hicieran cuantos intentos quisieron, pero cuando, una docena de jugadas después, seguían aproximadamente en el mismo sitio, le dieron el balón al equipo titular.

«Se acabó», pensó Basil. «Estoy quemado».

Pero, una hora después, al bajar del autobús, Carson le dijo:

—¿Te has pesado esta tarde?

—Sí. Ochenta y dos kilos.

—Permíteme que te dé un consejo. Sigues jugando fútbol de colegio. Todavía te contentas con frenar al contrario. Aquí la idea es que si los derribas con suficiente fuerza acabas liquidándolos. ¿Sabes patear?

—No, señor.

—Es una pena que no te hayan dejado jugar hasta ahora.

Una semana más tarde su nombre estaba en la lista de los que viajaban a Andover. Dos *quarterbacks* eran mejores que él, Danziger y un tal Appleton, pequeño y duro como una pelota de goma, y Basil vio el partido desde la banda, pero cuando, el martes siguiente, Danziger se fracturó el brazo entrenando, Basil recibió la orden de presentarse en el partido de entrenamiento.

En vísperas del partido con el equipo de primer curso de Princeton el campus se quedó casi desierto: todos iban al partido. El otoño estaba en su apogeo, y zumbaba el viento del oeste, y, camino de su cuarto después del último entrenamiento de los suplentes, Basil sintió cómo se apoderaban de él las viejas ansias de gloria. Le Moyne jugaba de extremo en el equipo de Princeton y era probable que Minnie estuviera en las gradas, pero ahora, frente a Osborne, mientras corría por el césped mullido, esquivando imaginarios placajes, ese detalle parecía menos importante que el partido. Como la mayoría de los americanos, rara vez era capaz de comprender verdaderamente el



tante que estaba viviendo, de decir: «Ésta, para mí, es la ecuación que dará la medida de todas las cosas; ésta es la ocasión de oro». Pero, por una vez, el presente bastaba. Iba a pasar dos horas en un país en el que la vida transcurría a la velocidad que él le exigía.

Fue un día frío y agradable; un público desapasionado, en su mayoría gente de la ciudad, se dispersaba por los graderíos. El equipo de primer curso de Princeton parecía fuerte y sólido bajo las camisetas a rayas diagonales, y Basil se fijó especialmente en Le Moyne, advirtiendo con frialdad que era excepcionalmente rápido, y más corpulento de lo que parecía en ropa de calle. Impulsivamente, Basil se volvió y buscó a Minnie entre el público, pero no la encontró. Un instante después sonó el silbato. Desde el banquillo, junto al entrenador, se concentró en el partido con los cinco sentidos.

La primera mitad se jugó entre las líneas de treinta yardas. A Basil le parecieron demasiado simples los principios tácticos fundamentales del ataque de Yale, menos eficaces que los fragmentos del sistema Haughton que había aprendido en el colegio, mientras que las tácticas de Princeton aún se desarrollaban a la sombra de Sam White y se basaban en los lanzamientos con el pie, al acecho de una oportunidad. Cuando se presentó la oportunidad, fue para Yale. Al principio de la segunda mitad Princeton perdió el balón y Appleton lo pateó desde la línea de treinta yardas.

Fue lo último que hizo aquel día. Se lesionó en el siguiente saque y, entre las ruidosas aclamaciones de los hinchas de primer curso, hubieron de ayudarlo a salir del campo.

Con el corazón en la boca, Basil saltó al terreno de juego. Tenía una abrumadora sensación de extrañeza, y era alguien que estaba dentro de su piel quien dio las primeras señales e inició una jugada fallida a través de la línea. Cuando trataba de tomarle poco a poco las medidas al campo, su mirada encontró a Le Moyne, y Le Moyne le sonrió, burlón. Basil dio la señal para un pase corto sobre la línea, lanzando la pelota para ganar siete yardas. Pasó a Cullum, que evitó el bloqueo y ganó tres más. En el segundo intento, en la línea de cuarenta yardas, con más libertad, su mente empezó a funcionar con seguridad y fluidez. Sus pases cortos preocupaban al corredor de Princeton, y, en consecuencia, estaban ganando cuatro yardas en lugar de dos, por término medio, en cada carrera.

En la línea de cuarenta yardas de Princeton, retrocedió a la formación para patear e intentó avanzar por el ala de Le Moyne, pero Le Moyne pasó bajo el medio que lo cubría y agarró a Basil por un pie. Con furia Basil se liberó de un tirón, pero demasiado tarde: el medio lo derribó. Le Moyne volvió a dedicarle una sonrisa que a Basil le pareció detestable. Dio la señal para cargar sobre el mismo ala y, con Cullum llevando el balón, avanzaron seis yardas más allá de Le Moyne, hasta la línea de treinta y dos yardas de Princeton. Ahora era más lento Le Moyne, ¿no? ¡Había que forzarlo más, destrozarlo! Tácticamente era aconsejable un pase, pero se oyó a sí mismo dando la señal para cargar de nuevo sobre el ala. Corrió paralelo a la línea, vio cómo se esfumaba el jugador que le salió al paso y vio cómo Le Moyne, apretando los dientes, se le echaba encima. En vez de buscar el choque, Basil giró ciento ochenta grados e intentó rectificar la jugada. Cuando lo cazaron había perdido quince yardas.

Pocos minutos después el balón cambió de dueño y Basil volvió a la posición de defensa pensando: «Ya me hubieran sustituido si tuvieran a alguien a quien poner en mi lugar».

Y de pronto despertó el equipo de Princeton. Ganó treinta yardas con un pase largo. Un nuevo corredor, rapidísimo, acertó a abrirse camino de un modo increíble hasta la línea de gol. Yale estaba a la defensiva, pero, antes de que se dieran cuenta, se produjo el desastre. Basil iba a recurrir a una jugada ensayada, y vio demasiado tarde que el balón salía disparado de la melé hacia un ala desmarcado, y vio, mientras lo bloqueaban limpiamente, cómo los suplentes de Princeton saltaban en loquecidos, ondeando las toallas. Princeton había marcado.

Cuando se levantó, tenía una sombra en el corazón, pero la cabeza fría. Las meteduras de pata podrían ser expiadas... si no lo quitaban del equipo. Sonó el silbato para que empezara el último tramo del partido, y, cuando se acuclilló en la hierba con el equipo, muy cansado ya, se hizo creer a sí mismo que no había perdido la confianza, tensos los músculos de la cara, firmes, sin evitar la mirada de nadie. Aquel día ya había cometido todos los errores posibles.

En el saque consiguió que el balón llegara a la línea de treinta y cinco yardas, y así empezó un avance constante e imparable. Pases cortos, un punto débil en el placaje, el ala que cubría Le Moyne. Le Moyne ya estaba cansado. Se le notaba en la cara el cansancio, el empecinamiento, cuando chocaba a ciegas con el jugador que le salía al paso. El jugador que avanzaba con el balón siempre lo esquivaba, fuera Basil u otro.

Treinta yardas, veinte, para alcanzar la línea de gol, siempre insistiendo sobre el flanco que cubría Le Moyne. Liberándose de la melé de jugadores, Basil encontró la mirada llena de cansancio del sureño y lo insultó con aspereza:

—Te has rajado, Littleboy. Deberían sustituirte.

Y empezó la siguiente jugada cargando sobre Le Moyne y, cuando Le Moyne, furioso, le salió al encuentro, Basil pasó el balón por encima de su cabeza, hacia la línea de gol. Yale, 10; Princeton, 7.

Y otra vez cruzar el terreno de juego, y Basil más fresco según pasaban los minutos y la línea de gol a la vista, y de repente había acabado el partido.

Al abandonar renqueante el campo, la mirada de Basil recorrió las gradas, pero no vio a Minnie.

«Me pregunto si sabe que me he portado como un canalla», pensaba; y, luego, con amargura: «Si yo no se lo digo, ya se lo dirá él».

Ya oía cómo Le Moyne le contaba todo con aquel suave acento del Sur, con la voz que tan persuasivamente había querido conquistarla aquella tarde en el tren. Cuando una hora después salió del vestuario del equipo visitante, se tropezó con Le Moyne, que salía de la puerta de al lado. Miró a Basil con una mezcla de duda y rabia.

—Hola, Lee —y, después de titubear un instante, añadió—: Buen trabajo.

—Hola, Le Moyne —masculló Basil.

Le Moyne hizo ademán de irse, pero volvió.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Dónde quieres ir a parar?

Basil no respondió. La cara amoratada y la mano vendada mitigaban algo su odio, pero no le salían las palabras. El partido había terminado, y ahora Le Moyne se reuniría con Minnie en alguna parte, y conseguiría que la victoria de la noche hiciera despreciable la derrota.

—Si es por Minnie, pierdes el tiempo enfadándote —estalló Le Moyne—. La invité al partido, pero no ha venido.

—¿No ha venido? —Basil estaba sorprendido.

—Así que era eso. No estaba seguro. Creía que sólo querías sacarme de quicio en el campo —entornó los ojos—. La señorita me dio la patada hace un mes.

—¿Te dio la patada?

—Me dejó. Estaba un poco harta de mí. No le duran mucho las cosas.

Basil se dio cuenta de que Le Moyne parecía muy desdichado.

—¿Con quién sale ahora? —preguntó en un tono más conciliador.

—Parece que es uno de tu curso, un tal Jubal, un verdadero pájaro, si me lo preguntas. Minnie lo conoció en Nueva York el día antes de empezar el colegio, y me han dicho que la cosa va en serio. Minnie va esta noche al baile del Club Hípico.

#### IV.

Basil había cenado en el Taft con Jobena Dorsey y su hermano George. El equipo había ganado en Princeton y en la universidad reinaban el júbilo y el entusiasmo; cuando entraron, saludaron a Basil desde una mesa de alumnos de primero que había cerca de la puerta.

—Te estás volviendo muy importante —dijo Jobena.

Basil había creído durante algunas semanas, hacía un año, que estaba enamorado de Jobena; pero cuando volvieron a verse se dio cuenta de que no lo estaba.

—¿Por qué? —le preguntaba ahora, mientras bailaban—. ¿Por qué se me pasó tan rápido?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Porque yo quise que se te pasara.

—¿Tú quisiste? —repitió Basil—. ¡Eso me gusta!

—Llegué a la conclusión de que eras demasiado joven.

—¿No fue cosa mía?

Jobena negó con la cabeza.

—Es lo que dice Bernard Shaw —admitió Basil, pensativo—. Pero yo creía que sólo lo decía por la gente mayor. Así que sois vosotras las que cazáis a los hombres.

—¡No, por favor! —indignada, se puso tensa entre los brazos de Basil—. Los hombres están ahí, y la chica les guiña un ojo o algo por el estilo. Es algo instintivo.

—¿Puede un hombre conseguir que una chica se enamore de él?

—Algunos pueden: los hombres a quienes en el fondo les da lo mismo.

Basil reflexionó un instante sobre aquel hecho terrible y lo dejó para estudiarlo en el futuro. Camino del Club Hípico se le ocurrieron nuevas preguntas. Si una chica que había estado loca por un chico de repente se encaprichara por otro, ¿qué debería hacer el primero?

—Dejarla—dijo Jobena.

—Suponiendo que no quisiera dejarla, ¿qué debería hacer?

—No hay nada que hacer.

—Vale. ¿Qué sería lo mejor que podría hacer?

Riendo, Jobena apoyó la cabeza en su hombro.

—Pobre Basil —dijo—. Imagínate que soy Laura Jean Libbey y cuéntame toda la historia.

Basil le resumió su aventura.

—Ya ves —concluyó—, si fuera otra cualquiera, podría superarlo, por mucho que la quisiera. Pero no es cualquiera: es la chica que tiene más éxito, la más guapa que he visto en mi vida. Quiero decir que es como Mesalina, Cleopatra, Salomé y compañía.

—Más alto —pidió George desde el asiento delantero.

—Es una especie de mujer inmortal —continuó Basil, bajando la voz—. Ya sabes, como Madame du Barry y ese tipo de mujeres. No es como...

—No es como yo.

—No. Bueno, sí, tú eres del mismo tipo: todas las chicas que me han interesado son más o menos del mismo tipo. Ay, Jobena, ya sabes lo que quiero decir.

Cuando surgieron las luces del Club Hípico de New Haven, Jobena empezó a hablarle con cariño, muy seria.

—No hay nada que hacer. Estoy segura. Ella es más sofisticada que tú. Lo organizó todo desde el principio, incluso cuando creías que era cosa tuya. No sé por qué se cansó, pero evidentemente se ha cansado, y, aunque quisiera, no podría volver al principio, ni tú tampoco porque estás...

—Sigue. ¿Por qué?

—Porque estás demasiado enamorado. Lo único que puedes hacer es aparentar ante ella que no te importa. Cualquier chica detesta perder un buen pretendiente; incluso puede que te sonría. Pero no vuelvas. Se acabó.

En los aseos, mientras se peinaba, Basil pensaba. Todo había terminado. Las palabras de Jobena le habían quitado las pocas esperanzas que le quedaban y, después del esfuerzo y la tensión de aquella tarde, se echó a llorar cuando tomó conciencia de que todo había terminado. Llenó deprisa el lavabo y se enjuagó la cara. Alguien entró y le palmeó la espalda.

—Has jugado estupendamente, Lee. —Gracias, pero he jugado fatal.

—Has hecho un partido extraordinario. Vaya final de partido... Entró en la sala de baile. La vio inmediatamente, y se sintió aturdido y trastornado por la emoción. Un reguero de hombres la perseguían allá adonde fuera, y a todos y cada uno de ellos los miraba con los ojos brillantes y la sonrisa apasionada que Basil conocía tan bien. Entonces descubrió a su acompañante, y advirtió indignado que era un caradura insignificante, un niño que venía de la Hill School, en quien ya se había fijado y que le había parecido insoportable. ¿Qué cualidad se ocultaba detrás de aquellos ojos lagrimosos? ¿Por qué le gustaba? ¿Cómo podía un temperamento tan grosero entender que Minnie era una de las sirenas inmortales que hay en el mundo?

Habiendo examinado sin esperanza e infructuosamente al señor Jubal, tratando de hallar respuesta a sus preguntas, aprovechó un cambio de pareja para bailar veinte pasos con ella, sonriéndole con cínica melancolía cuando dijo:

—Me siento orgullosa de conocerte, Basil. Todo el mundo dice que has estado maravilloso esta tarde.

Pero aquellas palabras tenían para él un valor incalculable, y permaneció mucho rato apoyado en la pared, repitiéndoselas, descomponiéndolas en partes, intentando extraerles algún significado oculto. Si mucha gente lo elogiaba, quizá aquello ejerciera alguna influencia sobre Minnie. «Me siento orgullosa de conocerte, Basil. Todos dicen que has estado maravilloso esta tarde».

Se produjo un revuelo en la puerta y alguien dijo: —¡Caramba! ¡Han conseguido colarse!

—¿Quiénes?

—Unos de Princeton, de primer curso. Se les ha acabado la temporada de fútbol, y tres o cuatro se han escapado del campo de entrenamiento.

Y entonces, de repente, el curioso espectro de un joven surgió de aquel revuelo, como un defensa atraviesa una línea de jugadores, y, desembarazándose limpiamente de un miembro del comité organizador de la fiesta, irrumpió en la pista dando traspies. Aunque vestía esmoquin, le faltaba el cuello de la camisa, y hacía mucho que la pechera había perdido los botones, y llevaba el pelo revuelto y la locura en los ojos. Miró alrededor un instante, como cegado por las luces, y entonces vio a Minnie Bibble y el amor, inconfundible, le iluminó la cara. Incluso antes de llegar a donde estaba, empezó a gritar su nombre con voz forzada, conmovedora, del Sur.

Basil se lanzó hacia él, pero otros llegaron antes, y Littleboy Le Moyne, luchando con todas sus fuerzas, desapareció en los lavabos entre un revuelo de piernas y brazos, muchos de los cuales no le pertenecían. Basil, en la puerta, se dio cuenta de que una monstruosa solidaridad mitigaba su repugnancia, pues Le Moyne, cada vez que su cabeza emergía de debajo del grifo, hablaba con desesperación de su amor rechazado.

Pero cuando volvió a bailar con Minnie, la encontró asustada y disgustada, tanto que parecía buscar apoyo en Basil, a quien pidió que se sentaran.

—¿No está loco? —exclamó, muy nerviosa—. Cosas así arruinan la reputación de una chica. Tendrían que meterlo en la cárcel.

—No sabía lo que hacía. Ha jugado un partido muy difícil y todavía no se ha recuperado, eso es todo.

Pero los ojos de Minnie se llenaron de lágrimas.

—Basil —se quejó—, ¿tan horrible soy? Nunca he querido hacerle daño a nadie; las cosas son así.

Quería abrazarla y decirle que era la persona más romántica del mundo, pero en sus ojos descubrió que ni siquiera lo veía: él era un maniquí, y ella podría estarle contando las mismas cosas a una amiga. Recordó lo que Jobena le había dicho: no había nada que hacer, salvo escapar con el orgullo intacto.

—Tú tienes más sentido común —su voz dulce lo envolvía como un río encantado—. Sabes que cuando dos personas ya no... ya no están locamente enamoradas, lo mejor es ser sensatos.

—Claro —dijo Basil, y, haciendo un esfuerzo, añadió como sin darle importancia—: Cuando algo se termina, se termina.

—Ay, Basil, siempre sabes lo que hay que hacer. Siempre eres comprensivo.

Y en aquel instante, de repente, por primera vez en meses, estaba pensando en él: sería una persona inestimable en la vida de cualquier chica, pensaba, si usaba su inteligencia, a veces tan fastidiosa, para ser tan comprensivo.

Basil miraba cómo bailaba Jobena, y Minnie siguió su mirada.

—Has traído a una chica, ¿no? Es preciosa.

—No tanto como tú.

—Basil.

Se negó resueltamente a mirarla: sospechaba que se había contoneado y había unido las manos en el regazo. Y, mientras se dominaba, sucedió algo extraordinario: el mundo, al margen de Minnie, se iluminó un poco. Ahora se le acercarían más estudiantes de primero para felicitarlo por el partido, y aquello le gustaría: las palabras y el elogio en sus miradas. Tenía bastantes posibilidades de jugar contra Harvard la próxima semana.

—¡Basil!

El corazón le dio un brinco vertiginoso en el pecho. Casi veía, de reojo, cómo Minnie lo miraba, esperándolo. ¿Estaba arrepentida? ¿Debería aprovechar la oportunidad, y mirarla, y rogarle: «Minnie, dile a ese idiota que se tire al río, y vuelve a mí»? Dudaba, pero le volvió a la cabeza una idea que le había ayudado aquella tarde: Aquel día ya había cometido todos los errores posibles. En lo más hondo de Basil el ruego expiró lentamente.

Jubal el insoportable se acercó con aire posesivo, y el corazón de Basil se fue girando por la pista de baile vestido de seda rosa. Perdido de nuevo en una nube de indecisión, salió a la terraza. El aire presagiaba las primeras nieves y las estrellas parecían heladas. Pero, mirándolas, vio que eran sus estrellas de siempre: símbolos de ambición, lucha y gloria. El viento soplaba a través de ellas, trompeteando esa nota limpia y aguda que siempre oía, y desfilaban las nubes sutiles, sin peso, listas para la batalla. La escena era de una brillantez y magnificencia incomparables, y sólo la mirada experta del capitán descubrió que faltaba una estrella.

## La última belleza

*Se puede decir que en La última belleza (Saturday Evening Post, 2 de marzo de 1929) Fitzgerald se ocupó por última vez de la protagonista de El palacio de hielo (1920). Como indica su título, La última belleza pertenece al grupo de cuentos que Fitzgerald escribió al final de los años veinte para hacer examen y balance del pasado: como si, igual que Andy, estuviera «buscando mi juventud en una tabla, unos restos de techumbre o una lata de tomate oxidada». Fitzgerald seleccionó La última belleza para Taps at Reveille, y es uno de sus cuentos más incluidos en antologías.*

I.

Después de la exquisita y teatral interpretación de los encantos del Sur que nos ofreció Atlanta, todos menospreciábamos Tarleton. Era un poco más caluroso que cualquiera de los sitios donde habíamos estado —una docena de reclutas se desmayó el primer día bajo el sol de Georgia—, y cuando veías manadas de vacas desfilar por las calles del centro arreadas por boyeros negros, la luz caliente te iba hipnotizando y querías mover una mano o un pie para asegurarte de que seguías vivo.

Así que me quedaba en el campamento y el teniente Warren me hablaba de mujeres. Hace ya quince años de aquello, y he olvidado qué sentía entonces, aparte de que los días pasaban, uno tras otro, mejor que ahora, y que tenía el corazón desolado, porque en el Norte se casaba aquélla de cuya leyenda yo había estado enamorado tres años. Había visto recortes y fotografías de periódicos. Era una «romántica boda de guerra», muy suntuosa y muy triste. Sentía en carne viva la oscura luminosidad del cielo bajo el que se celebraría la ceremonia y, como joven esnob, sentía menos dolor que envidia.

Y un día que fui a Tarleton a cortarme el pelo me encontré a un tal Bill Knowles, un antiguo compañero de Harvard, muy simpático. Había formado parte de la división de la Guardia Nacional que nos había precedido en el campamento; a última hora se había pasado a la aviación y se había quedado en Tarleton.

—Me alegro de verte, Andy —dijo con excesiva seriedad—. Te pasaré toda la información que tengo antes de irme a Texas. Sabes, en realidad aquí sólo hay tres chicas...

Me interesaba el asunto: era algo místico que sólo hubiese tres chicas.

—... y ahora mismo vas a conocer a una.

Estábamos frente a una heladería, y entramos y me presentó a una señora que inmediatamente me pareció detestable.

—Las otras dos son Ailie Calhoun y Sally Carrol Happer.

Supuse, por cómo había pronunciado el nombre, que le interesaba Ailie Calhoun. Le preocupaba lo que la chica haría cuando él se fuera: quería que llevara una vida tranquila y aburrida.

A mi edad no me duele confesar que acudió a mi mente un tropel de imágenes absolutamente poco caballerosas de Ailie Calhoun, nombre adorable. A los veintitrés años no se reconocen los derechos adquiridos, por decirlo así, sobre una belleza; pero, si Bill me lo hubiera pedido, me habría comprometido sin vacilación y con total sinceridad a cuidar de Ailie como si fuera mi hermana. No me lo pidió: sólo se quejaba de tener que irse. Tres días después me dijo por teléfono que se iba a la mañana siguiente, que lo acompañara aquella noche a casa de Ailie.

Nos encontramos en el hotel y fuimos dando un paseo hacia la zona residencial al calor de un atardecer que olía a flores. Las cuatro columnas blancas de la casa de los Calhoun miraban hacia la calle, y, protegida por las columnas, la galería era oscura como una gruta por donde trepaba y se enredaba una parra.

Cuando cruzábamos el jardín, una chica vestida de blanco salió corriendo de la casa, gritando:

—¡Perdón por llegar tarde! —y, al vernos, añadió—: Ay, me había parecido oírlos llegar hace diez minutos.

Calló de repente cuando crujió una silla y un hombre, un aviador del aeródromo Harry Lee, emergió de las sombras de la galería. —¡Canby! —exclamó la chica—. ¿Cómo estás? El aviador y Bill Knowles esperaban, tensos como enemigos declarados.

—Canby, tengo que decirte un secreto, cariño —dijo Ailie inmediatamente—. Perdónanos, Bill.

Se apartaron. Y unos segundos después el teniente Canby, terriblemente disgustado, dijo con voz torva:

—Entonces lo dejamos para el jueves, pero en serio. Apenas si nos saludó con un gesto, y se alejó por el jardín, y las espuelas, con las que presumiblemente espoleaba el avión, brillaban a la luz de las farolas.

—Entrad. Todavía no sé cómo te llamas. Allí estaba: la mujer del Sur en toda su pureza. Hubiera reconocido a Ailie Calhoun aunque nunca hubiese oído hablar de Ruth Draper ni hubiese leído a Marse Chan. Poseía desenvoltura, pero esa desenvoltura dulcificada con encanto y enérgica sencillez; un halo que sugería una historia de padres devotos, hermanos y admiradores, que hundía sus raíces en la época heroica del Sur; la infalible imperturbabilidad adquirida en la lucha sin fin contra el calor. Había en su voz notas que gobernaban a esclavos y fulminaban a capitanes yankis, pero también suaves notas mimosas que se disolvían en la noche con belleza sin igual.

Apenas si la veía en la oscuridad, pero cuando me levanté para irme —estaba claro que no debía quedarme mucho tiempo— se paró bajo la luz naranja de la puerta. Era pequeña y muy rubia; llevaba demasiado colorete en la cara, acentuado por una nariz empolvada de blanco, de payaso, pero, a través del maquillaje, brillaba como una estrella.

—Cuando Bill se vaya, pasaré las noches sentada aquí, sola,

noche tras noche. Quizá puedas llevarme a las fiestas del Club de Campo. La patética profecía hizo reír a Bill—. Espera un minuto —murmuró Ailie—. Tienes la insignia torcida.

Me arregló la insignia del cuello, mirándome a la cara un segundo con algo más que curiosidad. Fue una mirada indagatoria, como si preguntara: «¿Serás tú?». Como el teniente Canby, me adentré de mala gana en la noche que, de pronto, parecía demasiado corta.

Y dos semanas más tarde estaba sentado con ella en la misma galería, o, mejor, ella descansaba a medias entre mis brazos, aunque apenas si me tocaba: no recuerdo cómo lo conseguía. Yo, sin éxito, estaba intentando besarla: llevaba intentándolo casi una hora. Bromeábamos, o algo así, sobre mi poca sinceridad. Mi teoría era que, si me dejaba besarla, me enamoraría de ella. Ailie sostenía que, estaba claro, yo no era sincero.

Durante una tregua entre dos de estas batallas me habló de su hermano, que había muerto en Yale, en el último curso. Me enseñó la foto —era guapo, serio, con un bucle al estilo Leyendecker— y me dijo que, cuando encontrara a alguien a la altura de su hermano, se casaría. Aquel idealismo de familia me pareció desalentador; incluso mi descarada confianza en mí mismo no podía competir con los muertos.

Así pasaron aquella y otras tardes, que acababan cuando volvía al campamento con el recuerdo del aroma de las magnolias y una vaga insatisfacción. Nunca la besé. Fuimos al vodevil y al Club de Campo los sábados por la noche, donde Ailie rara vez conseguía bailar diez pasos seguidos con el mismo hombre, y me invitaba a barbacoas al aire libre y ruidosas meriendas con sandía, y nunca se le ocurrió que valiera la pena cambiar por amor lo que yo sentía por ella. Ahora me doy cuenta de que no hubiera sido difícil, pero Ailie, a sus diecinueve años, era sabia y debió de comprender que, en lo que se refiere a los sentimientos, éramos incompatibles. Y así me convertí en su confidente.

Hablamos de Bill Knowles. Pensaba en la posibilidad de casarse con él; porque, aunque no quisiera admitirlo, un invierno en un colegio de Nueva York y un baile estudiantil en Yale habían conseguido que mirara hacia el Norte. Me dijo que no creía que se casara con un sureño. Y poco a poco me di cuenta de que era, consciente y voluntariamente, distinta de aquellas chicas que cantaban canciones de negros y jugaban a los dados en el bar del Club de Campo. Por eso nos atraía a Bill, a mí, a tantos. Nos resultaba familiar.

Durante junio y julio, mientras el rumor de las batallas y los terrores de Europa nos llegaba debilitado, estéril, las miradas de Ailie revoloteaban por la pista de baile, buscando entre los jóvenes

oficiales. Conquistó a varios, eligiéndolos con infalible perspicacia —salvo en el caso del teniente Canby, a quien aseguraba despreciar, aunque se citara con él de vez en cuando, «porque era sincero»—, y pasamos el verano repartiéndonos sus tardes.

Un día canceló todas las citas: Bill Knowles estaba de permiso y volvía. Hablamos del acontecimiento con científica impersonalidad. ¿La obligaría Bill a tomar una decisión? El teniente Canby, por el contrario, no se tomó el asunto de un modo impersonal: se convirtió en un fastidio. Le dijo que si se casaba con Knowles ascendería dos mil metros en su aeroplano y apagaría el motor. La asustó. Tuve que cederle a Canby mi última cita con Ailie antes de que Bill volviera.

El sábado por la noche Ailie y Bill Knowles fueron al Club de Campo. Formaban una espléndida pareja y yo volví a sentir envidia y tristeza. Mientras bailaban en la pista, los tres músicos de la orquesta tocaban *Cuando te hayas ido* de una manera imperfecta y conmovedora que me parece estar oyendo ahora mismo, como si de cada compás brotara un precioso minuto de aquel tiempo. Entonces me di cuenta de que le había tomado cariño a Tarleton, y miré a mi alrededor casi temiendo descubrir que algún rostro venía a buscarme desde la oscuridad cálida y musical de la terraza, donde se fraguaban sin cesar parejas de organdí y verde oliva. Era una época de juventud y guerra, y nunca hubo tanto amor como entonces.

Cuando bailaba con Ailie, me sugirió súbitamente que fuéramos al coche. Quería saber por qué aquella noche no la sacaban a bailar. ¿Es que creían que ya se había casado?

—¿Te vas a casar?

—No lo sé, Andy. A veces, cuando Bill me trata como si fuera una diosa, me emociono —hablaba en voz muy baja, lejana—. Y entonces...

Se echó a reír. Me rozaba con su cuerpo, tan frágil y suave, levantaba la cara hacia mí, y allí, de pronto, con Bill Knowles a cinco metros, por fin hubiera podido besarla. Nuestros labios se rozaban experimentalmente. Entonces un oficial de aviación apareció en la esquina de la galería más próxima a nosotros y se asomó, dudando, a la oscuridad.

—Ailie.

—Sí.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado esta tarde?

—¿Qué? —se inclinó hacia delante, y ya se le notaba la inquietud en la voz.

—Horace Canby se ha estrellado. Ha muerto en el acto.

Se levantó despacio y bajó del coche.

—¿Estás diciendo que se ha matado? —dijo.

—Sí. No se sabe qué ha podido fallar. El motor...

Ahhh —un murmullo ronco brotó entre las manos con las que de repente se había cubierto la cara. La mirábamos sin poder hacer nada mientras apoyaba la cabeza en el coche, sofocando un llanto sin lágrimas. Un instante después fui a buscar a Bill, que, entre los hombres sin pareja, miraba a todas partes para ver por dónde andaba Ailie, y le dije que Ailie quería volver a casa.

Me senté en los escalones de la entrada. Canby nunca me había caído simpático, pero su muerte terrible y sin sentido me pareció más real entonces que los miles de muertos por los que cada día doblaban las campanas en Francia. Ailie y Bill se fueron enseguida. Ailie gimoteaba, pero, cuando me vio, se me acercó rápidamente.

—Andy... —hablaba de prisa, en voz baja—, nunca le digas a nadie lo que te conté sobre Canby ayer por la tarde. Me refiero a lo que me había dicho.

—Claro que no.

Me miró durante un segundo muy largo, como si quisiera estar segura. Y por fin estuvo segura. Entonces suspiró de una manera tan singular que yo no podía dar crédito a mis oídos y enarcó las cejas en un gesto que sólo podría ser descrito como una parodia de la desesperación.

—¡Andy!

Miré al suelo, incómodo, consciente de que quería llamar mi atención sobre los efectos desastrosos que involuntariamente causaba en los hombres.

—¡Buenas noches, Andy! —gritó Bill cuando se metían en un taxi.

—Buenas noches —dije yo, y estuve a punto de añadir—: Pobre tonto.



## II.

Es evidente que debería haber tomado una de esas magníficas decisiones morales que la gente toma en los libros, y despreciarla. Pero, por el contrario, no me cabe la menor duda de que Ailie me hubiera tenido a sus pies con sólo mover un dedo.

Pocos días más tarde, lo arregló todo diciendo tristemente:

—Ya sé que piensas que fue terrible que pensara en mí misma en una situación semejante, pero me pareció una coincidencia tan espantosa...

A los veintitrés años yo no estaba convencido de nada, excepto de que algunas personas eran fuertes y atractivas y podían hacer lo que quisieran, y otras habían nacido para la vergüenza, sin remedio. Yo esperaba ser de las primeras. Estaba seguro de que Ailie lo era.

Tuve que rectificar algunas de mis ideas sobre ella. En el curso de una larga discusión con alguna chica sobre los besos —en aquellos días la gente todavía empleaba más tiempo en hablar de los besos que en besarse—, le mencioné el hecho de que Ailie sólo había besado a dos o tres hombres, y sólo cuando creía estar enamorada. Para mi mayor desconcierto la chica, por hablar figuradamente, se cayó al suelo de risa.

—Pues es verdad —le aseguré, y en aquel mismo instante supe que no lo era—. Me lo ha dicho ella.

—¡Ailie Calhoun! ¡Dios mío! Pero si el año pasado, en la fiesta de primavera de la Escuela Técnica...

Eso fue en septiembre. Cualquiera día podíamos embarcar hacia Europa, y para sumarse a nuestro regimiento llegó del cuarto campamento de instrucción una nueva hornada de oficiales. El cuarto campamento no era como los otros tres: los aspirantes a oficiales provenían de la tropa, incluso de las divisiones de nuevos reclutas. Tenían extravagantes apellidos sin vocales, y, excepto algunos miembros jóvenes de la Guardia Nacional, era dudoso que hubieran recibido la menor formación. A nuestra compañía se sumó el teniente Earl Schoen, de New Bedford, en Massachusetts. Era, físicamente, el mejor ejemplar que he visto en mi vida. Medía un metro noventa, tenía el pelo negro, buen color y los ojos oscuros y vivos. No era muy inteligente y era claramente un analfabeto, pero era un buen oficial, con firmeza y dotes de mando, y con esa pizca justa de vanidad que sienta bien a los militares. Yo tenía la idea de que New Bedford era una aldea en el campo, y a eso atribuía sus cualidades y su engreimiento.

En los barracones tuvimos que dormir de dos en dos, y Schoen y yo compartimos dormitorio. Antes de que hubiera pasado una semana, había clavado brutalmente en la pared la foto de una chica de Tarleton.

—No es una cualquiera. Es una chica de la alta sociedad: se junta con lo mejor de la ciudad.

El domingo siguiente, por la tarde, conocí a la señorita en una piscina de las afueras. Cuando Ailie y yo llegamos, el cuerpo musculoso de Schoen se salía del bañador en el otro extremo de la piscina.

—¡Hola, teniente!

Cuando le devolví el saludo, me sonrió y guiñó un ojo, señalándome con la cabeza a la chica que estaba a su lado. Y luego, dándole un codazo en las costillas, también me señaló a mí con la cabeza. Era una manera de presentarnos.

—¿Quién es ése que está con Kitty Preston? —preguntó Ailie, y, cuando se lo dije, me respondió que parecía un tranviario y fingió buscar su billete.

Un momento después Schoen atravesaba la piscina nadando con fuerza y estilo, y salió del agua donde nosotros estábamos. Se lo presenté a Ailie.

—¿Qué le parece mi chica, teniente? —preguntó—. Ya le había dicho que era estupenda, no? —señaló con la cabeza a Ailie, esta vez para indicar que su chica y Ailie frecuentaban los mismos ambientes—. ¿Qué tal si comemos juntos en el hotel una de estas noches?

Los dejé solos un momento después, divertido, porque me daba cuenta de que Ailie había decidido ostensiblemente que aquél no era, en ningún caso, su ideal. Pero no era posible deshacerse del teniente Earl Schoen con tanta facilidad. Recorrió con la mirada, alegremente, sin ofender, la figura delgada, preciosa, de Ailie, y decidió que incluso estaba mejor que la otra. Diez minutos más tarde los vi juntos en el agua: Ailie huía nadando con su estilo mecánico y remilgado, y Schoen

alborotaba ruidosamente a su alrededor, y la alcanzaba, y a veces se detenía para mirarla, fascinado, como un niño miraría a una muñeca nadadora.

Pasó toda la tarde con ella. Por fin Ailie se me acercó y me dijo al oído:

—Me está siguiendo. Piensa que no he pagado el billete del tranvía.

Se volvió con rapidez. La señorita Kitty Preston, con evidentes signos de nerviosismo, estaba frente a nosotros.

—Ailie Calhoun, no te creía capaz de quitarle deliberadamente el hombre a otra —una expresión de angustia ante la escena inminente revoloteó por la cara de Ailie—. Creía que te considerabas por encima de esas cosas.

La voz de la señorita Preston era baja, pero tenía esa tensión que, más que oírse, se percibe a distancia, y vi cómo los ojos limpios y preciosos de Ailie miraban aquí y allá, aterrorizados. Pero, por suerte, el propio Earl se acercaba ya, despacio, alegre e inocente, hacia nosotros.

—Si te gusta, no deberías rebajarte delante de él —dijo Ailie como un relámpago, con la cabeza bien alta.

Era, frente a la ingenua y feroz ansia posesiva de Kitty, la familiaridad de Ailie con los modos tradicionales de comportamiento, o, si se prefiere, la educación de Ailie frente a la vulgaridad de la otra. Ailie dio media vuelta para irse.

—¡Espera un momento, niña! —exclamó Earl Schoen—. ¿No me das tu dirección? A lo mejor se me ocurre llamarte por teléfono.

Lo miró de una manera que debía hacerle entender a Kitty que Earl no le interesaba lo más mínimo.

—Tengo mucho trabajo este mes en la Cruz Roja —dijo, con una voz tan fría como su cabellera rubia—. Adiós.

Camino de casa se reía. Se había esfumado aquel aire de haberse visto envuelta sin querer en un episodio lamentable.

—No va a conservar a ese chico —dijo—. El quiere una nueva.

—Parece que quiere a Ailie Calhoun.

Mi sugerencia le hizo gracia.

—Podría regalarme, como si fuera la insignia de un club, el aparato para picar los billetes. ¡Es ridículo! Si mamá viera a alguien así en casa se moriría de repente.

Y, para no desmentir a Ailie, pasaron quince días antes de que Schoen fuera a su casa, aunque fue él quien insistió y le metió prisa, y, en el siguiente baile del Club de Campo, Ailie fingía sentirse molesta.

—Es un verdadero cabezón, Andy —me susurró—. Pero es tan sincero...

Usaba la palabra cabezón sin el tono de crítica que hubiera contenido si Schoen fuera un joven del Sur. La usaba intuitivamente: su oído no distinguía entre una palabra yanki y otra. Y el caso es que la señora Calhoun no expiró cuando Schoen apareció en la puerta de su casa. Los prejuicios supuestamente inextirpables de los padres de Ailie eran un fenómeno que desaparecía a su gusto y según convenía. Pero sus amigas se quedaron de una pieza. Ailie, que siempre había estado un poco por encima de Tarleton y siempre había elegido a sus acompañantes entre los oficiales más distinguidos del campamento... ¡Ailie y el teniente Schoen! Me cansé de asegurarle a la gente que sólo era un capricho de Ailie, y la verdad es que cada semana más o menos Ailie aparecía con alguien nuevo —un alférez de Pensacola, un antiguo amigo de Nueva Orleans—, pero siempre, entre uno y otro, estaba Earl Schoen.

Se recibió la orden de que un primer grupo de oficiales y sargentos se trasladara al puerto de embarque y zarpara hacia Francia. Mi nombre figuraba en la lista. Había pasado una semana en unas maniobras y en cuanto volví al campamento Earl Schoen me buscó.

—Vamos a celebrar una fiesta de despedida en el comedor de oficiales: sólo tú, yo, el capitán Craker y tres chicas.

Earl y yo nos encargaríamos de recoger a las chicas. Recogimos a Sally Carrol Happer y Nancy Lámar, y luego fuimos a casa de Ailie, y nos recibió el mayordomo con la noticia de que Ailie no estaba en casa.

—¿No está en casa? —repitió Earl, atónito—. ¿Dónde está?

—No ha dejado dicho nada. Sólo ha dejado dicho que no está.

—¡Pues sí que tiene gracia la cosa! —exclamó. Paseaba a la sombra de la galería que ya conocía bien mientras el mayordomo esperaba en la puerta, y algo se le ocurrió—. Oye —me dijo—, creo que se ha peleado conmigo.

Esperé. Y Schoen le ordenó secamente al mayordomo:

—Dígale que tengo que hablar con ella un momento.

—¿Cómo voy a decírselo si no está en casa?

Earl volvió a pasearse por el porche. Luego asintió varias veces con la cabeza y dijo:

—Está enfadada por algo que ocurrió en el centro.

En pocas palabras me resumió el asunto.

—Mira, espérame en el coche —le dije—. Quizá pueda arreglarlo —y, cuando de mala gana se fue, le dije al mayordomo—: Oliver, dile a la señorita Ailie que quiero verla a solas.

Tras una breve discusión, llevó el mensaje y un instante después volvió con la respuesta.

—La señorita Ailie dice que no quiere volver a ver al otro caballero nunca más. Dice que usted puede entrar, si quiere.

Estaba en la biblioteca. Yo esperaba encontrarme la fría imagen de la dignidad ofendida, pero tenía la cara descompuesta: estaba desesperada y confundida. Tenía los ojos enrojecidos como si hubiera pasado horas llorando, lenta, dolorosamente.

—Ah, hola, Andy —dijo con palabras entrecortadas—. Hace mucho que no nos vemos. ¿Se ha ido?

—Vamos, Ailie...

—¡Vamos, Ailie! —gritó—. ¡Vamos, Ailie! ¡Se atrevió a dirigirme la palabra! ¿Te das cuenta? Y se quitó el sombrero. Estaba a menos de tres metros de distancia con aquella horrible... con aquella horrible mujer cogida del brazo, hablando con ella, y me vio, y se quitó el sombrero. Andy, yo no sabía qué hacer. Me metí en la heladería y pedí un vaso de agua, y tenía tanto miedo de que me siguiera que le pedía al señor Rich que me dejara salir por la puerta de atrás. No quiero volver a verlo ni saber nada de él.

Hablé. Dije lo que se suele decir en casos semejantes. Estuve hablando media hora. No pude convencerla. Varias veces me interrumpió murmurando algo sobre que no era sincero, y por cuarta vez me pregunté qué significaría aquella palabra para ella. Constancia, no, desde luego; era, intuí a medias, la manera especial en que quería ser respetada.

Me levanté para irme. Y entonces, de manera increíble, el claxon del coche sonó tres veces con impaciencia. Era pasmoso. Decía, tan a las claras como si Earl hubiera estado en la habitación: «Muy bien, ¡al diablo! No voy a esperar aquí toda la noche».

Ailie me miró horrorizada. Y de repente una expresión singular apareció en su cara, se extendió, brilló y se apagó, convirtiéndose en una sonrisa al borde de las lágrimas, histérica.

—¿No es una persona terrible? —exclamó con inútil desesperación—. ¿No es horrible?

—Vamos —me apresuré a decirle—. Coge el abrigo. Es nuestra última noche.

Y todavía puedo revivir aquella última noche con la misma intensidad, la luz de la vela que parpadeaba sobre la basta mesa del comedor de oficiales y sobre los adornos de papel ajado que quedaban de la fiesta de despedida de la compañía de aprovisionamiento, la triste mandolina que por las calles del campamento seguía tocando *Mi hogar en Indiana* con la nostalgia universal del final del verano. Las tres chicas perdidas en aquella misteriosa ciudad de hombres también sintieron algo: una impresión de hechizada precariedad, como si estuvieran en una alfombra mágica que se había posado en los campos del Sur y que en cualquier momento podía ser empujada y arrastrada por el viento. Brindamos por el Sur y por nosotros. Luego dejamos las servilletas y los vasos vacíos y un poco del pasado sobre la mesa, y cogidos de la mano salimos a la luz de la luna. Ya había sonado el toque de silencio; no había ni un ruido, salvo el lejano relincho de un caballo, y un fuerte y persistente roncar que nos hizo reír, y el taconazo de un centinela que desfilaba en el puesto de guardia. Craker estaba de servicio; nosotros subimos al taxi que esperaba, fuimos a Tarleton y dejamos en casa a la chica de Craker.

Entonces Ailie, Earl, Sally y yo, de dos en dos en el amplio asiento trasero, cada pareja dándole la espalda a la otra, absortos y susurrantes, nos adentramos en la inmensidad de la noche.

Viajamos a través de bosques de pinos cargados de líquenes y musgo, entre algodonales en barbecho, por una carretera blanca como el confín del mundo. Nos detuvimos a la sombra informe de un molino donde sólo se oía el correr del agua y el gritar de los pájaros desvelados y donde sobre todas las cosas reinaba una claridad que intentaba filtrarse por todas partes: en la perdidas barracas de los negros, en el coche, en lo más hondo del corazón. Era la canción del Sur: me pregunto si los demás aún pueden recordarlo. Yo me acuerdo: la palidez de las caras frías, los ojos soñolientos, amorosos, y las voces:

—¿Estás cómoda?

—Sí. ¿Y tú?

—¿De verdad estás cómoda?

—Sí.

De repente nos dimos cuenta de que era tarde y estábamos solos. Volvimos.

Nuestro regimiento partió hacia Camp Mills al día siguiente, pero al final no llegué a ir a Francia. Pasamos un mes de frío en Long Island, embarcamos a paso de marcha a bordo de un transporte, con los cascos de acero colgando del correa, y a paso de marcha desembarcamos. Me había perdido la guerra. Cuando volví a Tarleton intenté conseguir que me licenciaran, pero mis obligaciones de oficial me retuvieron la mayor parte del invierno. Earl Schoen fue uno de los primeros en ser desmovilizado. Quería encontrar un buen empleo «antes de que hubiera demasiada competencia». Ailie no había querido comprometerse en matrimonio, pero los dos daban por sobreentendido que Earl volvería.

Para enero los campamentos, que durante dos años habían dominado la vida de la pequeña ciudad, iban desapareciendo. Sólo el persistente olor del incinerador aún recordaba toda aquella actividad y todo aquel bullicio. La poca vida que quedaba se centró amargamente en el puesto de mando de la división, lleno de irritados militares profesionales que también se habían perdido la guerra.

Y entonces los jóvenes de Tarleton empezaron a volver desde todos los rincones del planeta: unos con uniforme canadiense, otros con muletas o mangas vacías. Un batallón de la Guardia Nacional, que regresaba del frente, desfiló por las calles, y en sus filas estaban vacíos los puestos de sus muertos, e inmediatamente los soldados renunciaron para siempre a las historias románticas y empezaron a vender toda clase de mercancías en los mostradores de las tiendas de la localidad. Muy pocos uniformes se mezclaban con los esmoquines y los trajes de noche en el baile del Club de Campo.

Poco antes de Navidad, Bill Knowles llegó sin avisar un día para volver a irse al día siguiente: o le había dado a Ailie un ultimatum o ella había tomado por fin una decisión. Yo la veía algunas veces, cuando no estaba ocupada con los héroes que habían regresado de Savannah y Augusta, pero me sentía como un superviviente pasado de moda: y lo era. Ella estaba esperando a Earl Schoen con tanta incertidumbre que prefería no hablar del asunto. Earl llegó tres días antes de que me dieran la licencia definitiva.

Me los encontré por primera vez cuando paseaban por la calle principal, y no creo haber sentido tanta pena por una pareja en mi vida; aunque me figuro que la misma situación se repetía entonces en todas las ciudades en las que había habido campamentos militares. El aspecto de Earl era todo lo lamentable que pueda imaginarse. Llevaba un sombrero verde, con una pluma. Su traje seguía esa moda grotesca con la que han conseguido terminar la publicidad y las películas. Era evidente que había vuelto a su barbería de toda la vida, pues llevaba el pelo bien aplastado sobre la nuca rosa y afeitada. No es que tuviera la limpieza de los pobres, sino que su ostensible familiaridad con las salas de baile suburbanas y los clubes pueblerinos hacía daño a la vista, o, más bien, le hacía daño a Ailie. Pues Ailie nunca había podido imaginarse la realidad: con la ropa que Earl llevaba puesta, incluso la gracia natural de aquel magnífico cuerpo había desaparecido. Al principio Earl alardeó de su estupendo trabajo; les permitiría arreglárselas hasta que «empezara a ganar dinero fácil». Pero, desde el mismo momento en que volvió al mundo de Ailie con su verdadero aspecto, debería haberse dado cuenta de que no tenía esperanzas. No sé lo que ella le dijo, ni hasta qué punto el dolor pesó más que la estupefacción de Ailie. Ella reaccionó con rapidez: tres días después de su llegada, Earl y yo volvíamos al Norte en el mismo tren.

—Bueno, se acabó lo que se daba —dijo, de mal humor—. Era una chica maravillosa, pero demasiado intelectual para mí. Me figuro que se casará con algún ricachón que pueda asegurarle una buena posición social. Yo no soporto tanta tontería —y, poco después, me dijo—: Me ha pedido

que vuelva dentro de un año, pero no volveré jamás. Tanta aristocracia no está mal si te sobra el dinero, pero...

«Pero no era real», pensaba añadir. La sociedad provinciana en que se había desenvuelto con tanta satisfacción durante seis meses ahora le parecía amanerada, artificial, de petimetres.

—Oye, ¿has visto lo mismo que yo al subir al tren? —me preguntó un momento después—. Dos tipas maravillosas, solas. ¿Qué tal si vamos a su vagón y las invitamos a comer? Yo quiero la del traje azul —en mitad del pasillo del tren, se volvió de pronto y me preguntó, frunciendo el entrecejo—: Oye, Andy, una cosa, ¿cómo crees que se enteró de que yo era tranviario? Yo no se lo había dicho.

—No tengo ni idea.

### III.

Este relato llega a una de las grandes lagunas que más me llamaban la atención cuando empecé. Durante seis años, mientras acababa mis estudios de derecho en Harvard y construía aviones comerciales e invertía en un tipo de asfaltado que se resquebrajaba al paso de los camiones, Ailie Calhoun apenas fue algo más que un nombre en una felicitación de Navidad", apenas una brisa que soplaba en mi imaginación en las noches cálidas cuando recordaba las magnolias. Alguna vez un conocido de los días del ejército me preguntaba: «¿Qué fue de aquella rubia que tenía tanto éxito?», pero yo no lo sabía. Me encontré con Nancy Lámar en el Hotel Montmartre de Nueva York una tarde y me enteré de que Ailie se había comprometido con uno de Cincinnati, había ido al Norte a conocer a la familia y había roto el compromiso. Seguía siendo tan encantadora como siempre, y siempre tenía alrededor uno o dos pretendientes que la asediaban. Pero ni Bill Knowles ni Earl Schoen habían vuelto jamás.

Y por aquel entonces, no sé dónde, me enteré de que Bill Knowles se había casado con una chica que había conocido en un barco. Y eso es todo: poco remiendo para un agujero de seis años.

Aunque parezca extraño, una chica apenas entrevista a la luz del crepúsculo en una pequeña gasolinera de Indiana empezó a sugerirme la idea de volver al Sur. La chica, que llevaba un vestido de organdí rosa, abrazó a un hombre que se bajó de nuestro tren y lo empujó hacia un coche que estaba esperando, y yo sentí una especie de punzada. Me pareció que la chica arrastraba a aquel hombre al mundo veraniego y perdido de mis primeros veinte años, donde el tiempo se había detenido y chicas encantadoras, difuminadas como el pasado, todavía paseaban por las calles oscuras. Creo que la poesía es el Sur que sueña uno del Norte. Pero pasaron meses antes de que le mandara un telegrama a Ailie, e inmediatamente, tras el telegrama, partí hacia Tarleton.

Era julio. El Hotel Jefferson parecía extrañamente pobre, estropeado y agobiante: un grupo de pesados cantaba intermitente y escandalosamente en el comedor que mi memoria reservaba y consagraba a oficiales y chicas. Reconocí al taxista que me llevó a casa de Ailie, pero su «¿Cómo no voy a acordarme de usted, teniente?» me pareció poco convincente. Yo sólo era uno entre veinte mil.

Fueron tres días raros. Me figuro que algo del primer y juvenil esplendor de Ailie habría corrido la suerte de cualquier otro fulgor mortal, pero no me atrevería a jurarlo. Seguía teniendo tanto atractivo físico que te daban ganas de tocar la personalidad que le temblaba en los labios. No: el cambio era mucho más profundo.

De repente me di cuenta de que había cambiado de estilo. Las modulaciones del orgullo, las alusiones al hecho de que conocía los secretos de antes de la guerra, cuando los días eran más radiantes y mejores, habían desaparecido de su voz; ya no había tiempo para aquello, mientras divagaba con las bromas, entre risueñas y desesperadas, del Sur más moderno. Y todo cabía en aquellas bromas, para que nunca cesara el parloteo y no quedara tiempo para pensar: pensar en el presente, en el futuro, en ella, en mí. Fuimos a una ruidosa fiesta en casa de unos recién casados, y Ailie era el centro nervioso, resplandeciente, de la fiesta. Ya no tenía dieciocho años, pero incluso en el papel de payaso atolondrado estaba más atractiva que nunca.

—¿Has tenido noticias de Earl Schoen? —le pregunté la segunda noche, cuando íbamos al baile del Club de Campo.

—No —se puso seria un instante—. Me acuerdo mucho de él. Fue el... —dudó.

—Sigue.

—Iba a decir que fue el hombre a quien más he querido, pero no sería verdad. Nunca lo quise de verdad; si no, me hubiera casado con él a pesar de los pesares, ¿no? —me miró interrogante—. Por lo menos no lo hubiera tratado como lo traté.

—Era insoportable.

—Desde luego —reconoció sin mucha decisión. Su humor cambió; ahora parecía bromear—: ¡Cómo nos engañaron los yankis a las pobres chicas del Sur! ¡Qué tonta fui!

Cuando llegamos al club se confundió como un camaleón con la multitud, para mí, de desconocidos. Llenaba la pista de baile una nueva generación con menos dignidad que la que yo había tratado, pero la máxima representante de su esencia perezosa y febril era Ailie. Seguramente se había dado cuenta de que en su intento inicial de escapar del provincianismo de Tarleton se había quedado sola, miembro de una generación condenada a no tener sucesores. No sé en qué momento había perdido la batalla, librada tras las columnas blancas de la galería de su casa. Pero había calculado mal, en algún momento se había equivocado. Su desenfrenada animación, que seguía atrayendo al suficiente número de hombres como para rivalizar con las chicas más jóvenes y atrevidas, era el reconocimiento de la derrota.

Salí de su casa, como tantas veces en aquel perdido mes de julio, con una especie de insatisfacción. Horas después, dando vueltas en la cama del hotel, descubrí cuál era el motivo, cuál había sido siempre el motivo: yo estaba profundamente, incurablemente enamorado de ella. Más allá de toda incompatibilidad, Ailie era todavía, y para mí siempre lo seguiría siendo, la chica más atractiva que había conocido en mi vida. Y así se lo dije la tarde siguiente. Era uno de esos días calurosos que yo conocía ya a la perfección, y Ailie se sentaba en el sofá, a mi lado, en la biblioteca en penumbra.

—No, no puedo casarme contigo —dijo, casi asustada—. No te quiero de esa manera... Nunca te he querido así. Y tú tampoco me quieres. No pensaba decírtelo ahora, pero me caso el mes que viene. No lo hemos anunciado porque ya llevo anunciadas dos bodas —de pronto se le ocurrió que quizá me habían dolido sus palabras—: Andy, sólo ha sido una de tus tonterías, ¿verdad? Tú sabes que no me casaría nunca con un hombre del Norte.

—¿Quién es? —pregunté.

—Es de Savannah.

—¿Estás enamorada?

—Por supuesto —los dos sonreímos—. ¡Por supuesto que sí! ¿Qué estás intentando que diga?

No había ninguna duda, como no había habido dudas con los otros. No podía permitirse tener dudas. Lo sé porque hacía mucho que Ailie había dejado de fingir cuando estaba conmigo. Y sé que aquella naturalidad se debía a que no me consideraba un pretendiente. Bajo la máscara de buena crianza, instintiva, siempre había sido la misma y jamás había creído que pudiera quererla de verdad alguien que no hubiera alcanzado un estado de adoración ciega. A aquel estado lo llamaba «ser sincero»; se sentía más segura con hombres como Canby y Earl Schoen, que eran incapaces de juzgar a un corazón sólo en apariencia aristocrático.

—Me parece muy bien —dije, como si me hubiera pedido permiso para casarse—. Y, ahora, ¿me harías un favor?

—Lo que quieras.

—Vamos al campamento.

—Pero, cariño, allí no queda nada.

—No me importa.

Fuimos al centro dando un paseo. El taxista de la parada del hotel puso el mismo reparo:

—Allí no hay nada, capitán.

—Da igual. Vamos.

Veinte minutos después paró el taxi en una llanura polvorienta, desconocida, salpicada de algodonales nuevos y pinares aislados.

—¿Quiere que vayamos a donde se ve humo? —preguntó el taxista—. Es la nueva cárcel.

—No. Siga por esta carretera. Quiero buscar dónde estuve viviendo.

Un antiguo hipódromo, que ni siquiera llamaba la atención en los días gloriosos del campamento, erigía en la desolación su tribuna desmoronada. Intentaba en vano orientarme.

—Siga la carretera, pase aquellos árboles y gire a la derecha. No, no, a la izquierda.

Obedeció, con antipatía profesional.

—No encontrarás nada, querido —dijo Ailie—. Los contratistas lo demolieron todo.

Circulábamos despacio, entre algodones. Podría haber sido allí...

—Vale. Quiero bajar —dijo de pronto.

Dejó a Ailie en el coche: estaba preciosa, y la brisa cálida le agitaba el pelo largo y rizado.

Podría haber sido allí. Allí podrían haber estado las calles de la compañía y, un poco más abajo, el comedor de oficiales, donde cenamos aquella noche.

El taxista me miraba con indulgencia mientras yo tropezaba, hundido hasta las rodillas en la maleza, buscando mi juventud en una tabla, unos restos de techumbre o una lata de tomate oxidada. Intenté usar como orientación un grupo de árboles que me resultaba vagamente familiar, pero cada vez era más de noche, y no podía estar seguro de que aquéllos fueran los árboles que yo creía.

—Van a reconstruir el viejo hipódromo —gritó Ailie desde el coche—. Tarleton, a la vejez, se está volviendo presumida.

No. No parecían, pensándolo bien, los árboles que yo había creído. De lo único que podía estar seguro era de que aquel lugar, tan lleno una vez de vida y esfuerzo, había desaparecido, como si no hubiese existido nunca, y que, dentro de un mes, Ailie también habría desaparecido y el Sur, para mí, se quedaría vacío para siempre.

# Majestad

*Majestad apareció en el Saturday Evening Post el 13 de julio de 1929. Mereció los elogios de Harold Obery del director del Post Thomas Costain, y Fitzgerald lo seleccionó para Taps at Reveille. Aunque la trama es inverosímil, el relato se salva por la recreación que hace Fitzgerald de uno de sus personajes favoritos: la americana joven y valerosa, decidida a sacarle a la vida el máximo partido.*

I.

Lo extraordinario no es que la gente en el transcurso de su vida empeore o mejore tal como habíamos vaticinado; así es de esperar, sobre todo en América. Lo extraordinario es que la gente se mantenga siempre a un mismo nivel, se ajuste a lo que prometía y parezca mantenerse a flote gracias a un destino ineludible.

Uno de mis mayores orgullos es que nadie ha conseguido engañarme desde que cumplí los dieciocho años y aprendí a distinguir entre una cualidad auténtica y el talento para dar gato por liebre, e incluso la mayoría de las personas más descaradas que he conocido parecen haber sido hasta el final escandalosa y felizmente descaradas.

Emily Castleton había nacido en Harrisburg en una casa de tamaño medio; a los dieciséis años se trasladó a Nueva York a una casa grande, fue al colegio Briarly, se mudó a una casa inmensa, se mudó a una mansión en Tuxedo Park y se fue al extranjero, donde hizo algunas cosas a la moda y apareció en todos los periódicos. El año de su puesta de largo, uno de esos artistas franceses que son absolutamente dogmáticos acerca de las bellezas americanas la incluyó, junto a otras once celebridades públicas y semipúblicas, en la lista de los especímenes más perfectos de América. En aquel tiempo muchos hombres estaban de acuerdo con él. Era ligeramente alta, con las facciones más pronunciadas que delicadas, los ojos de un azul en el que era imposible no reparar cuando la mirabas y una buena mata de pelo rubio, luminoso e impresionante. Sus padres no sabían mucho del mundo nuevo que habían conquistado, así que Emily tuvo que aprenderlo todo sola, y se vio envuelta en las situaciones más diversas, y algo de su lozanía se perdió. Pero tenía lozanía de sobra. Hubo compromisos de boda y semicompromisos, breves y apasionados arrebatos, y un gran amor a los veintidós años que la dejó amargada y la llevó a vagabundear por los cinco continentes en busca de felicidad. Se convirtió en una persona «artística», como hacen casi todas las chicas solteras y ricas a esa edad, porque las personas artísticas parecen tener algún secreto, algún refugio interior, alguna vía de fuga. Pero la mayoría de sus amigas ya estaban casadas, y su vida le causaba a su padre una gran decepción; así, a los veinticuatro años, con el matrimonio en la cabeza pero no en el corazón, Emily volvió a casa.

Estaba atravesando una mala racha, y lo sabía. No lo había hecho bien. Era una de las chicas con más éxito, una de las chicas más bellas de su generación, con encanto, dinero y algo parecido a la fama, pero su generación estaba explorando nuevos campos. Ante el primer signo de condescendencia que percibió en una antigua compañera de colegio, convertida ya en una joven casada, se fue a Newport, donde la conquistó William Brevoort Blair. Inmediatamente, volvió a ser la incomparable Emily Castleton: el fantasma del artista francés volvió a asomarse una vez más a las páginas de los periódicos; el más comentado acontecimiento de la alta sociedad durante el mes de octubre fue el día de su boda.

«Esplendorosa boda de la alta sociedad... Harold Castleton organiza pabellones de cinco mil dólares decorados como las carpas intercomunicadas de un circo, en los que tendrá lugar la celebración, el banquete nupcial y el baile... Cerca de un centenar de invitados, muchos de ellos personalidades del mundo de los negocios, se mezclarán con las grandes figuras de la alta sociedad... El valor de los regalos se estima superior al cuarto de millón de dólares...»



Una hora antes de la ceremonia, que iba a ser solemnemente celebrada en la iglesia de San Bartolomé, Emily, ante el tocador, se miraba al espejo. Su cara reflejaba en aquel momento cierto cansancio, y de repente la asaltó el pensamiento desazonador de que aquel asunto requeriría cada vez más atención durante los próximos cincuenta años.

—Debería ser feliz —dijo en voz alta—, pero son tristes todas las ideas que me vienen a la cabeza.

Su prima, Olive Mercy, que estaba sentada en el borde de la cama, asintió.

—Todas las novias se ponen tristes.

—¡Qué inutilidad! —dijo Emily.

Olive frunció el ceño incómoda.

—¿Inutilidad? ¿Por qué? Las mujeres no están completas a menos que se casen y tengan niños.

Emily no contestó inmediatamente. Luego dijo despacio:

—Sí, pero niños ¿de quién?

Por primera vez en su vida, Olive, que adoraba a Emily, casi la detestó. Todas las chicas invitadas a la boda se hubieran sentido orgullosas de Brevoort Blair, incluida Olive.

—Tienes suerte —dijo Olive—. Tienes tanta suerte que ni siquiera te das cuenta. Te mereces una paliza por hablar así.

—Aprenderé a quererlo —anunció Emily con tono guasón—. El amor llegará con el matrimonio. Pero, por ahora, menudo porvenir,

¿no?

—¿Por qué te empeñas en ser tan poco romántica? —Al contrario, soy la persona más romántica que he conocido en mi vida. ¿Sabes lo que pienso cuando me abraza? Pienso que si levantara la vista vería los ojos de Garland Kane.

—Pero ¿cómo? Entonces...

—Ya que hablamos de ello, el otro día sólo podía acordarme del capitán Marchbanks y el pequeño biplaza con el que sobrevolamos el canal, rompiéndonos mutuamente el corazón y sin decirnos jamás una palabra a causa de su mujer. No me pesa haber conocido a hombres así, sólo me pesa lo que perdí preocupándome, apreciándolos. Lo único que ha quedado para Brevoort son las sobras en una papelera rosa. Ojalá hubiera quedado algo más; incluso yo pensaba en los momentos de mayor entusiasmo que estaba guardando algo para el hombre de mi vida. Pero parece ser que no guardé nada —se interrumpió e inmediatamente añadió—: Y todavía me asombro.

La situación no era para Olive menos irritante por ser comprensible, y, si no fuera por su condición de pariente pobre, hubiera dicho lo que pensaba. Emily era una niña mimada: ocho años de aventuras con los hombres le habían confirmado que ninguno se la merecía y ella había aceptado aquella idea como casi absolutamente cierta.

—Estás nerviosa —Olive intentaba que el fastidio no se le notara en la voz—. ¿Por qué no te echas una hora?

—Sí —contestó Emily, ensimismada.

Olive salió del dormitorio y bajó las escaleras. En el recibidor se encontró con Brevoort Blair, vestido de novio, clavel blanco incluido, y en un estado de considerable nerviosismo.

—¡Ah, perdona! —atinó a decir—. Me gustaría ver a Emily. Es por los anillos... Ya sabes... para que elija. Tengo cuatro anillos, pero ella nunca se ha decidido por ninguno y no puedo sacar los cuatro en la iglesia, y quiero que elija.

—Me consta que prefiere el de platino liso. Si de todas formas quieres verla...

—Ah, muchas gracias. No quiero molestarla.

Estaban cerca, muy cerca, e incluso en aquel momento, cuando ya lo había perdido, comprometido para siempre, Olive no pudo evitar pensar en lo mucho que ella y Brevoort se parecían. El pelo, el tono de la piel, los rasgos: podían ser hermanos; y compartían el mismo temperamento, la timidez y la seriedad, la misma honradez humilde. Todo esto le pasó por la cabeza como un relámpago, con la idea añadida de que la rubia y tempestuosa Emily, con su vitalidad y extraordinaria clase, era, a pesar de todo, mejor para él en todos los sentidos; y

entonces, por encima de estos pensamientos, una completa oleada de ternura, de pura piedad física mezclada con deseo, la inundó, y tuvo la sensación de que bastaría con dar un paso adelante para encontrar los brazos de Brevoort abiertos para recibirla.

Pero dio un paso atrás, renunciando a él, como si retirara la mano después de rozarlo con la punta de los dedos. Quizá alguna onda de su emoción se abrió paso hasta la conciencia de Brevoort, pues dijo de repente:

—Vamos a ser buenos amigos, ¿verdad? Por favor, no pienses que me estoy llevando a Emily. Sé que nunca podré ser su dueño... nadie podría... y tampoco lo pretendo.

Sin decir una palabra, mientras Brevoort hablaba, Olive se despidió de él, el único al que había deseado en su vida.

Le encantó la indecisión ensimismada con la que Brevoort cogió el abrigo y el sombrero y, lleno de entusiasmo, intentaba abrir la puerta girando el picaporte en sentido equivocado.

Cuando se fue, Olive entró en el salón, magnífico y portentoso; con pinturas de bacanales, con arañas impresionantes y retratos del siglo XVII que podían haber sido de los antepasados de Emily, pero no lo eran, y, por ello, le pertenecían mucho más. Y allí se tomó un respiro, a la sombra de Emily, como siempre.

Por la puerta que conducía a la inapreciable parcela de césped que daba a la calle 60, ahora cercada por los pabellones, apareció su tío, el señor Harold Castleton. Había estado probando su propio champán.

—Mi dulce y preciosa Olive —exclamó emocionado—. Olive, nena, por fin: Emily lo ha conseguido, porque, no me cabía la menor duda, nunca perdió el norte. Los buenos siempre triunfan, ¿verdad?, los auténticos purasangre. Empezaba a pensar que el Señor y yo, entre nosotros, le habíamos dado demasiado, que nunca estaría satisfecha, pero por fin ha puesto los pies en la tierra como un... —buscó infructuosamente una metáfora—, como un purasangre, y, después de todo, no la encontrará tan mal lugar —se acercó a la chica—. Tú has estado llorando, chiquilla.

—Un poco.

—No pasa nada —dijo, magnánimo—. Si yo no me sintiera tan feliz, también lloraría.

Más tarde, cuando salió con las otras dos damas de honor hacia la iglesia, el solemne estremecimiento de una gran boda pareció comenzar con la vibración del coche. A la entrada el órgano empezó a tocar, se mezcló palpitante con los chelos y violas de la orquesta y acabó disolviéndose en el ruido del coche que traía al novio.

La muchedumbre se había ido agolpando alrededor de la iglesia, y el aire, a tres metros de distancia, estaba cargado de perfume, de un débil olor a humanidad limpia y del aroma industrial de los vestidos recién estrenados. Más allá de los sombreros apilados a la entrada de la iglesia, las dos familias se sentaban, una frente a la otra, en bancos. Los Blair —su ligera expresión de condescendencia les daba un innegable aire de familia, tanto a los parientes políticos como a los verdaderos Blair— estaban representados por los Gardiner Blair, padre e hijo; lady Mary Bowes Howard, née Blair; la señora Potter Blair; la señora Princess Potowki Parr Blair, née Inchbit; la señorita Gloria Blair, el rector Gardiner Blair III, y las ramas emparentadas, ricas y pobres, de Smythe, Bickle, Diffendorfer y Hamn. A lo largo de la nave del templo los Castleton ofrecían un espectáculo menos impresionante: el señor Harold Castleton, el señor Theodore Castleton con su señora e hijos, Harold Castleton Júnior, y, de Harrisburg, el señor Carl Mercy, y dos ancianas tías, diminutas, apellidadas O'Keefe, ocultas en una esquina. Más bien por sorpresa y a la fuerza, las dos tías habían sido metidas en una limusina y vestidas de los pies a la cabeza por una elegante couturiere aquella misma mañana.

En la sacristía, donde las damas de honor revoloteaban como pájaros con sus grandes pamelas, hubo un último retoque de labios y un reajuste de alfileres antes de que llegara Emily. Representaban varias fases de la vida de Emily: una compañera del colegio Briarly, la única compañera de presentación en sociedad que aún no se había casado, una amiga del viaje a Europa y la chica que la había invitado a Newport cuando conoció a Brevoort Blair.

—Han contratado a Wakeman —dijo esta última, que, junto a la puerta, escuchaba la música—. Tocó en la boda de mi hermana, pero yo nunca contrataría a Wakeman.

—¿Por qué?

—Porque siempre toca lo mismo: Al amanecer. Lo ha tocado docenas de veces.

En aquel momento otra puerta se abrió y apareció la solícita cabeza de un joven:

—¿Estáis listas? —preguntó a la dama de honor que tenía más cerca—. A Brevoort está a punto de darle un ataque. Ahí aguanta, manchando de sudor la camisa.

—Tranquilo —contestó la joven damisela—. La novia siempre llega unos minutos tarde.

—¡Unos minutos! —protestó el testigo—. Yo no diría unos minutos. Ahí fuera están empezando a murmurar y a moverse como si estuvieran en un circo, y el organista lleva tocando la misma música desde hace media hora. Voy a decirle que toque algo de jazz.

—¿Qué hora es? —preguntó Olive.

—Las cinco menos cuarto... No, las cinco menos diez.

—A lo mejor ha habido un atasco —Olive calló cuando el señor Harold Castleton, seguido por un cura nervioso, se abrió paso a empujones, pidiendo un teléfono.

Y entonces empezó a producirse un curioso goteo de personas desde el interior de la iglesia, primero de una en una, y luego a pares, hasta que la sacristía rebose de parientes y confusión.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué diablos pasa?

Entonces apareció un chófer y, presa de los nervios, contó lo que había pasado. Harold Castleton lanzó una maldición y, echando chispas, se abrió camino brutalmente hacia la puerta. Hubo un intento de despejar la sacristía, y entonces, como para compensar el goteo, se elevó un murmullo de conversaciones en el fondo de la iglesia y comenzó a extenderse hacia el altar, cada vez más alto, más rápido y excitado, siempre en aumento, atrayendo a la multitud hacia el altar, y elevándose hasta convertirse en una especie de rugido apagado. Cuando anunciaron desde el altar que la boda había sido aplazada, apenas si lo oyó la multitud, porque para entonces todos sabían ya que estaban participando en un escándalo de primera página, que a Brevoort Blair lo habían dejado esperando al pie del altar y Emily Castleton había huido.

## II.

Había una docena de periodistas ante la casa de los Castleton en la calle 60 cuando Olive llegó, pero, en su estado de ensimismamiento, ni siquiera oyó sus preguntas; anhelaba desesperadamente consolar a un hombre a quien no debía acercarse, y, a manera de sucedáneo, buscó a su tío Harold. Atravesó los pabellones intercomunicados de cinco mil dólares, donde camareros y criados permanecían de pie en una respetuosa y funeral penumbra, esperando que sucediera algo, entre bandejas de caviar y pechugas de pavo, junto a la tarta nupcial en forma de pirámide. Olive encontró a su tío en el primer piso, sentado en un taburete ante el tocador de Emily. Los cosméticos se desparramaban ante él y, poniendo en evidencia el repertorio del acicalamiento femenino, eran una presencia singularmente inoportuna y un símbolo de aquella catástrofe disparatada.

—Ah, eres tú —su voz había perdido la fuerza; había envejecido en dos horas. Olive le echó el brazo por el hombro cansado.

—No sabes cómo lo siento, tío Harold.

De repente surgió de él un torrente de improperios, se apagó poco a poco, y una gran lágrima, una sola lágrima, le brotó lentamente de un ojo.

—Que venga mi masajista —dijo—. Dile a McGregor que lo busque.

Sofocó un largo suspiro, como un niño después de llorar, y Olive advirtió que el colorete le había manchado las mangas, como si hubiera tenido que apoyarse en el tocador, llorando, después de que su espléndido champán le hubiera hecho efecto.

—Había un telegrama —murmuró.

—Está ahí.

Y añadió despacio:

—Desde ahora tú eres mi hija.

—¡Ay, no, no diga eso!

Abriendo el telegrama, Olive leyó:

«No estoy a la altura Me sentiría como una estúpida si lo hiciera Esto pasará pronto Lo siento mucho por ti»

«EMILY»

Después de llamar al masajista y dejar un criado a la puerta de su tío, Olive fue a la biblioteca, donde una secretaria confundida no conseguía articular palabra ante un teléfono inquisitivo y persistente.

—Estoy tan trastornada, señorita Mercy —exclamó con voz atiplada, presa de la desesperación—. Confieso que estoy tan trastornada que me duele terriblemente la cabeza: llevo media hora creyendo que abajo hay música.

Pero también Olive se estaba poniendo histérica; entre el ruido del tráfico callejero se filtraba una melodía, perfectamente distinguible:

*¿Es bonita?*

*¿Es dulce?*

*No me importa porque*

*no puedo competir por ella.*

*¿Quién es la...?*

Bajó corriendo las escaleras y, mientras cruzaba el salón, oyó cómo crecía el volumen de la música. A la entrada del primer pabellón se detuvo paralizada por la sorpresa.

Al ritmo de una orquesta reducida pero innegablemente profesional, una docena de parejas jóvenes daban vueltas en la pista de baile. En un esquina del bar otro grupo de jóvenes y media docena de camareros se afanaban en preparar cócteles y abrir botellas de champán.

—¡Harold! —llamó, apremiante, a uno de los bailarines—. ¡Harold!

Un joven alto de dieciocho años cedió su pareja a otro bailarín y acudió a su encuentro.

—Hola, Olive. ¿Cómo se lo ha tomado mi padre?

—Harold, ¿se puede saber qué...?

—Emily está loca —dijo, tranquilizador—. Siempre te he dicho que Emily estaba loca. Loca como una cabra. Siempre lo estuvo.

—¿Y esto?

—¿Esto? —miró alrededor con aire inocente—. Ah, son unos cuantos amigos que han venido de Cambridge conmigo.

—Pero ¡ponerse a bailar!

—Bueno, no se ha muerto nadie, ¿no? He pensado que podríamos aprovechar este...

—Diles que se vayan —dijo Olive.

—¿Por qué? ¿Es que molestamos a alguien? Estos amigos han venido desde Cambridge y...

—No es decoroso.

—Pero a ellos les da lo mismo, Olive. La hermana de uno hizo lo mismo, sólo que el día después en vez del día antes. Hoy día lo hace muchísima gente.

—Dile a la orquesta que se vaya, Harold —<lijo Olive con firmeza—, o llamaré a tu padre.

Era obvio que Harold consideraba que un acontecimiento de semejante calibre no podía deshonorar a ninguna familia, pero obedeció de mala gana. El mayordomo, sumido en una tristeza abismal, asistió al saqueo del champán, y los jóvenes, algo ofendidos, fueron saliendo a regañadientes a la noche, que los acogió con más tolerancia. A solas con la sombra —la sombra de Emily— que se cernía sobre la casa, Olive se sentó en el salón a pensar. Y en aquel instante el mayordomo apareció en la puerta.

—Es el señor Blair, señorita Olive.

Olive se levantó de un salto.

—¿Con quién quiere hablar?

—No me lo ha dicho.

—Dígale que estoy aquí.

Brevoort entró, menos abatido que ensimismado, saludó a Olive con la cabeza y se sentó en el taburete del piano. Ella tenía ganas de decirle: «Ven aquí. Apoya la cabeza aquí, pobrecito. No te preocupes». Pero también tenía ganas de llorar, así que no dijo nada.

—Dentro de tres horas —señaló él con absoluta tranquilidad— podremos leer los periódicos de la mañana. Hay un quiosco en la calle 59.

—Es absurdo... —empezó a decir Olive.

—No soy una persona superficial —la interrumpió Brevoort—; sin embargo, ahora mismo lo que me asusta son los periódicos. Después la familia, los amigos y los conocidos de la profesión le dedicarán al asunto un diplomático silencio. La verdad es que estoy sorprendido de que eso no me preocupe en absoluto.

—Yo no me preocuparía de nada.

—Le agradezco a Emily que por lo menos lo hiciera en el momento apropiado.

—¿Por qué no te vas al extranjero? —Olive se inclinó para acercársele, muy seria—. Vete a Europa hasta que todo se olvide.

—Se olvide —se echó a reír—. Estas cosas nunca se olvidan. Una risilla disimulada me seguirá el resto de mi vida —se quejó—. El tío Hamilton se ha ido derecho a Park Row para visitar la redacción de todos los periódicos. Es de Virginia y es lo bastante imprudente para sacar el látigo, aunque ya no se lleve, ante el director de un periódico. Me gustaría ver qué periódico se atreve a desafiarlo —se interrumpió—. ¿Cómo está el señor Castleton?

—Te agradecerá que hayas venido a verlo.

—No he venido a eso —Brevoort titubeó—. He venido a preguntarte algo. Quiero saber si te casarías conmigo en Greenwich mañana por la mañana.

Durante un instante Olive flotó en el aire; emitió una especie de suspiro; se quedó boquiabierta.

—Sé que te gusto —se apresuró a continuar—. Incluso he llegado a imaginarme que me querías un poco, si me perdonas la presunción. De todas formas, te pareces mucho a una chica que una vez me quiso, tanto que podrías ser tú... —se había ruborizado, violento, pero luchó encarnizadamente por seguir—. De todas formas, tú me gustas muchísimo, y cualquier sentimiento que yo pudiera tener por Emily ha, por decirlo así, volado.

Eran tan fuertes el alboroto y el sobresalto en el interior de Olive que parecía que él podría percibirlos.

—El favor que me harías sería muy grande —continuó él—. Dios mío, sé que suena un poco disparatado, pero ¿puede haber mayor disparate que el de esta tarde? Verás, si te casas conmigo, los periódicos publicarían una historia bastante distinta; creerían que Emily se ha ido para dejarnos libre el camino, y ella sería, después de todo, la burlada. Los ojos de Olive se llenaron de lágrimas de indignación. —Me figuro que debería tener en cuenta tu amor propio herido, pero ¿no te das cuenta de que me estás haciendo una proposición insultante?

A Brevoort se le ensombreció la cara.

—Lo siento —consiguió decir por fin—. Me temo que ha sido un disparate el solo hecho de haberlo pensado, pero para un hombre es inadmisibles perder la dignidad por el capricho de una chica. Ya veo que es imposible. Lo siento.

Se levantó y cogió el bastón.

Ya se dirigía a la puerta, y a Olive le brincaba el corazón dentro del pecho y, a oleadas, irresistiblemente, se apoderó de ella algo que podría denominarse instinto de conservación, y barrió todos sus escrúpulos y su orgullo. Los pasos de Brevoort Blair resonaban en el vestíbulo.

—¡Brevoort! —gritó. Se levantó de un salto y corrió a la puerta. Brevoort se volvió—. Brevoort, ¿cómo se llama ese periódico al que ha ido tu tío? —¿Por qué?

—Porque todavía tienen tiempo de cambiar su crónica si los llamo por teléfono ahora mismo. Les diré que nos casamos esta noche.

III.

Hay un sector de la sociedad parisina que es simplemente una heterogénea prolongación de la sociedad americana. Sus miembros están conectados por múltiples lazos a la patria, y sus diversiones, excentricidades y altibajos son un libro abierto para amigos y parientes de Southampton, Lake Forest o Back Bay. Así, durante su anterior estancia en Europa, el paradero de Emily, cuando seguía el ritmo de las temporadas europeas, era de dominio público; pero desde el día en que, un mes después de la boda jamás celebrada, zarpó de Nueva York, desapareció del mapa. Su padre recibió una carta con el rumor de que andaba por El Cairo, Constantinopla o la menos frecuentada Riviera. Eso fue todo.

Una vez, un año más tarde, el señor Castleton la vio en París, pero, como le contó a Olive, el encuentro sólo sirvió para que se sintiera incómodo.

—Había algo en ella... —dijo, de un modo impreciso—, como si... Bueno, como si guardara mil cosas en lo más hondo de su mente que yo no pudiera alcanzar. Estuvo muy amable, pero de un modo mecánico, formal. Me preguntó por ti.

A pesar de que la respaldaban sólidamente un niño de tres meses y un hermoso piso en Park Avenue, Olive sintió que el corazón le fallaba.

—¿Qué te dijo?

—Estaba encantada con lo vuestro, contigo y con Brevoort —y añadió, para sí mismo, sin poder ocultar su disgusto—: Aunque le robaras el mejor partido de Nueva York cuando se quitó de en medio.

Había pasado más de un año, cuando la secretaria del señor Castleton le preguntó a Olive por teléfono si su jefe podía verlos aquella noche. Encontraron al anciano paseando por la biblioteca en un estado de gran agitación.

—Bueno, por fin sucedió —anunció con vehemencia—. La gente no lo consentirá. Nadie lo consentirá. En este mundo hay dos clases de personas: las que salen a flote y las que se hunden. Emily ha elegido hundirse. Parece que quiere tocar fondo. ¿Habéis oído hablar de un tal Petrocobesco, un hombre disoluto, según me lo describen? —se refería a una carta que tenía en la mano—. Se hace llamar príncipe Gabriel Petrocobesco, y al parecer es de... de ningún sitio. Me ha escrito Hallam, mi representante en Europa, y me adjunta un recorte del *Matin* de París. Parece que este caballero fue invitado por la policía a abandonar París, y entre el pequeño círculo que lo acompañaba iba una chica americana, la señorita Castleton, «según los rumores, hija de un millonario. Los gendarmes escoltaron al grupo hasta la estación» —le tendió a Brevoort Blair con dedos temblorosos la carta y el recorte de prensa—. ¿Qué harías tú? ¡Emily está metida en ese lío!

—Es un verdadero problema —dijo Brevoort, frunciendo el ceño.

—Es el fin. Me parecía que sus gastos habían ascendido mucho en los últimos tiempos, pero jamás sospeché que estuviera manteniendo a...

—A lo mejor es un error —sugirió Olive—. Quizá se trate de otra señorita Castleton.

—Es Emily, con toda seguridad. Hallam ha investigado el asunto. Es Emily, que jamás temió arrojarse a la corriente de la vida cuando las aguas bajaban limpias y tranquilas y ahora ha terminado nadando en las cloacas.

Conmovida, Olive tuvo una repentina e intensa sensación de fatalidad al ver cómo se iban separando su camino y el de su prima: ella se estaba construyendo una mansión en Westbury Hills, y Emily se veía mezclada con un aventurero, un deportado, en un escándalo vergonzoso.

—No tengo derecho a pedirte esto —continuó el señor Castleton—. No tengo derecho desde luego a pedirle a Brevoort nada que guarde relación con Emily. Pero tengo setenta y dos años y Fraser dice que no se hace responsable si continúo otras dos semanas sin seguir el tratamiento, y entonces Emily se quedará irremediablemente sola. Quiero que cojáis el barco, paséis dos meses en Europa, examinéis la situación y traigáis a Emily a casa.

—Pero ¿cree usted que podemos ejercer sobre ella alguna influencia? —preguntó Brevoort—. No veo ninguna razón para pensar que vaya a hacerme el menor caso.

—No queda otra salida. Si vosotros no vais, tendré que ir yo.

—No, no —se apresuró a decir Brevoort—. Haremos lo que podamos, ¿verdad, Olive?

—Por supuesto.

—Traedla a casa; no importa cómo, pero traedla a casa. Acudid a los tribunales si es necesario y jurad que está loca.

—Muy bien. Haremos lo que esté en nuestras manos.

Diez días después de esta conversación, los Brevoort Blair llamaban al representante del señor Castleton en París para recabar los datos que hubiera podido averiguar. Eran muchos, pero insatisfactorios. Hallam había visto a Petrocobesco en varios restaurantes: un tipejo gordo con una sonrisa impúdica y atractiva y una sed inapagable. Era de algún oscuro país y se veía obligado a vagabundear por Europa desde hacía varios años, viviendo Dios sabe de qué, probablemente a costa de los americanos, aunque Hallam creía entender que en los últimos tiempos incluso se le habían cerrado los círculos más marginales de la alta sociedad internacional. Sobre Emily, Hallam sabía muy poco. Se les había visto en Berlín hacía una semana y en Budapest el día anterior. Era probable que un individuo tan indeseable como Petrocobesco tuviera la obligación de presentarse a la policía allá adonde fuera, y ésta fue la pista que Hallam les recomendó seguir a los Blair.

Cuarenta y ocho días después, acompañados por el vicedéputa de Estados Unidos, fueron a ver al prefecto de la policía de Budapest. El funcionario habló en un húngaro rapidísimo con el vicedéputa, que inmediatamente les resumió lo esencial de sus palabras: los Blair habían llegado demasiado tarde.

—¿Adonde han ido Petrocobesco y los suyos?

—No lo sabe. Recibió órdenes de expulsarlos del país y partieron anoche.

Súbitamente, el prefecto escribió algo en un trozo de papel y se lo tendió al vicedéputa con un sucinto comentario.

—Dice que los busquen aquí.

Brevoort miró el papel.

—Sturmdorp. ¿Dónde está eso?

Otra rápida conversación en húngaro.

—A cinco horas de aquí si toman uno de los trenes locales que parten los martes y viernes. Hoy es sábado.

—Conseguiremos un coche en el hotel —dijo Brevoort.

Salieron después de cenar. Fue un viaje fatigoso, de noche, a través de la apacible llanura húngara. Olive se despertó después de una cabezada intranquila y encontró a Brevoort y al chófer cambiando un neumático; y volvió a despertarse cuando se pararon a orillas de un riachuelo turbio: más allá brillaban las luces dispersas de una ciudad. Dos soldados en un extraño uniforme echaron un vistazo al interior del coche. Cruzaron un puente y se adentraron en la calle principal, estrecha y sinuosa, hacia la única posada de Sturmdorp; los gallos ya estaban cantando cuando los Blair se acostaron en las humildes camas.

Olive se despertó con la certeza repentina de que habían encontrado a Emily, y recuperó la vieja sensación de infelicidad que le causaban los malos momentos de Emily; durante un instante el pasado interminable y Emily se impusieron, se apoderaron de ella. Le parecía casi una presunción estar allí. Pero la resolución y firmeza de Brevoort la reconfortaron, y había recuperado la confianza en sí misma cuando bajaron las escaleras para reunirse con el posadero, que hablaba un inglés fluido, aprendido en Chicago antes de la guerra.

—Ya no están en, Hungría —explicó el hombre—. Han atravesado ustedes la frontera de Czeck-Hansa, un pequeño país que sólo tiene dos ciudades: ésta y la capital. No pedimos visados a los americanos.

«Probablemente por eso vinieron aquí», pensó Olive.

—¿Podría usted por casualidad darnos información sobre unos extranjeros? —preguntó Brevoort—. Estamos buscando a una chica americana —describió a Emily, sin mencionar a su posible acompañante; y, mientras hablaba, la cara del posadero experimentó un curioso cambio.

—Déjenme ver sus pasaportes —dijo, y luego—. ¿Y por qué desean verla?

—Esta señora es su prima.

El dueño de la pensión dudó unos segundos.

—Creo que quizá pueda ayudarles a encontrarla —dijo.

Llamó al mozo; dio rápidas instrucciones en una jerga ininteligible. Y luego:

—Sigan a ese chico. Él los guiará.

El mozo los condujo, a través de calles inmundas, hasta una casa a punto de derrumbarse en los confines de la ciudad. Un hombre con una escopeta de caza, que holgazaneaba a la puerta, se puso en guardia y le dijo algo al mozo con voz áspera, pero, después de un intercambio de palabras, subieron las escaleras y llamaron a una puerta. Cuando se abrió, una cabeza se asomó al rellano; el mozo volvió a hablar, y entraron.

Estaban en una habitación grande y sucia que podría haber pertenecido a una pobre casa de huéspedes en algún barrio bajo del Oeste: con paredes desconchadas, tapicerías rotas, una cama deforme, y aspecto, a pesar de su desnudez, de estar atestada por un mobiliario fantasmal, que había dejado su huella en círculos polvorientos y manchas antiguas. En el centro de la habitación había, de pie, un hombrecillo gordo con ojos de huevo y una nariz inquisitiva sobre una boca pequeña y bonita, de niño mimado, que los miró fija e intensamente cuando abrieron la puerta, y de inmediato, con un simple «¡Cierren!», les dio la espalda con un gesto de impaciencia. Había otras personas en la habitación, pero Brevoort y Olive sólo vieron a Emily, echada en una *chaise longue* con los ojos entornados.

Cuando aparecieron Brevoort y Olive los ojos de Emily se abrieron con un ligero asombro; hizo un movimiento, como si fuera a levantarse, pero sólo alargó una mano, sonrió y pronunció sus nombres con una voz clara y educada, menos un saludo de bienvenida que una explicación dirigida a los presentes. Al sonido de sus nombres cierta amabilidad mezquina sustituyó a la hosquedad en la cara del hombrecillo.

Las chicas se besaron.

—¡Tutu! —dijo Emily, como si reclamara su atención—. Príncipe Petrocobesco, permítame presentarle a mi prima, la señora Blair, y al señor Blair.

—*Plaisir* —dijo Petrocobesco. Tras intercambiar una rápida mirada con Emily, añadió—: ¿Quieren sentarse? —e inmediatamente se sentó él en la única silla disponible, como si estuvieran jugando al juego de las sillas—. *Plaisir* —repitió.

Olive se sentó a los pies de la *chaise longue* de Emily y Brevoort cogió un taburete que había junto a la pared, mientras reparaba en los otros ocupantes de la habitación. Eran un joven verdaderamente feroz, envuelto en una capa, que permanecía de pie, con los brazos cruzados y los dientes brillantes, junto a la puerta, y dos harapientos barbudos, uno empuñando un revólver y otro con la cabeza sobre el pecho, abatido, sentado junto al otro en un rincón.

—¿Llevan aquí mucho tiempo? —preguntó el príncipe.

—Hemos llegado esta misma mañana.

Por un instante Olive no pudo resistirse a la tentación de comparar a los dos, el americano alto, imponente, y el europeo del Sur, poco atractivo, que apenas si llegaba a ser un candidato con posibilidades de superar el control de emigrantes de Ellis Island. Entonces miró a Emily: la misma cabellera luminosa, como la luz del sol, los ojos con aquel intenso sabor a mar. Su cara reflejaba cierto cansancio, alrededor de la boca le habían aparecido ligeras arrugas, pero era la Emily de siempre: dominante, radiante, imponente. Parecía sentir vergüenza de que toda aquella belleza y personalidad hubiera acabado en una casa de huéspedes barata en el fin del mundo.

El hombre de la capa respondió a un golpe de nudillos en la puerta y tendió una nota a Petrocobesco, que la leyó, exclamó: «¡Cierra! », y se la pasó a Emily.

—Ya lo ves, no hay carrozas —dijo en francés en tono trágico—. Han destruido las carrozas, todas excepto una, que está en un museo. Pero, de todos modos, prefiero un caballo.

—No —dijo Emily.

—¡Sí, sí! —gritó Petrocobesco—. ¿Quién tiene que decidir cómo vaya yo?

—No montes una escena, Tutu.

—¡Escena! —echaba chispas—. ¡Una escena!

Emily se volvió hacia Olive:

—¿Habéis venido en coche?

—Sí.

—¿Un gran coche de lujo? ¿Con puertas traseras?



—Sí.

—Ahí tienes la solución —dijo Emily al príncipe—. Podemos pintar en la puerta las armas de los Petrocobesco.

—Un momento —dijo Brevoort—. Ese coche es de un hotel de Budapest.

Emily pareció no oírlo.

—Janierka podría pintárnoslas —continuó Emily, pensativa.

En ese momento se produjo otra interrupción. El hombre que estaba abatido en un rincón se levantó de repente e hizo ademán de correr hacia la puerta; inmediatamente, el otro hombre sacó su revólver y le pegó un culatazo en la cabeza. El hombre se tambaleó, y se habría derrumbado si su agresor no lo hubiera llevado a rastras hasta la silla, donde lo sentó, semiinconsciente, mientras le manaba un hilo de sangre de la frente.

—¡Pueblerino asqueroso! ¡Espía asqueroso e inmundo! —gritó Petrocobesco, apretando los dientes.

—Ése es precisamente el tipo de comentario que no deberías hacer —dijo Emily, irritada.

—Entonces ¿por qué no recibimos noticias? —exclamó—. ¿Vamos a quedarnos para siempre en esta pocilga?

Sin prestarle atención, Emily se volvió a Olive y empezó a hacerle las convencionales preguntas sobre Nueva York. ¿Tenía más éxito la Ley Seca? ¿Qué estrenos había habido? Olive intentaba responder y al mismo tiempo captar la mirada de Brevoort. Cuanto antes abordaran su propósito, antes se llevarían a Emily.

—¿Podemos hablar a solas, Emily? —preguntó Brevoort bruscamente.

—Bueno, por ahora no disponemos de otra habitación.

Petrocobesco se había enzarzado con el hombre de la capa en una acalorada discusión, y, aprovechándose de ello, Brevoort habló rápidamente con Emily en voz muy baja:

—Emily, tu padre se está haciendo viejo; te necesita en casa. Quiere que abandones esta vida sin sentido y vuelvas a América. Nos ha enviado porque no podía venir él mismo y nadie más te conocía lo bastante bien para...

Emily se echó a reír.

—Para saber las barbaridades de las que soy capaz, ¿no es eso?

—No —se apresuró a decir Olive—. Para tenerte tanto cariño como el que nosotros te tenemos. Me faltan palabras para decirte lo terrible que es verte vagabundear por la faz de la tierra.

—Pero ahora no estamos vagabundeando —explicó Emily—. Éste es el país natal de Tutu.

—¿Adonde ha ido a parar tu orgullo, Emily? —dijo Olive con impaciencia—. ¿No sabes que aquel lío de París apareció en los periódicos? ¿Qué te imaginas que piensa la gente en Nueva York?

—El asunto de París fue un atropello —Emily la fulminó con sus ojos azules—. Alguien pagará por el asunto de París.

—Será lo mismo en todas partes. Cada vez caerás más bajo, hundida en el fango, y un día, sola y desamparada...

—¡Basta, por favor! —la voz de Emily era fría como el hielo—. No creo que hayas entendido...

Emily dejó de hablar cuando Petrocobesco volvió, se dejó caer en el sillón y ocultó la cara entre las manos.

—No puedo soportarlo —murmuró—. ¿Te importaría tomarme el pulso? Creo que no va bien. ¿Tienes el termómetro en tu bolso?

Emily le cogió la muñeca en silencio un instante.

—Estás bien, Tutu —ahora su voz era dulce, casi un tarareo en voz baja—. Ponte derecho. Y pórtate como un hombre.

El príncipe cruzó las piernas como si nada hubiera sucedido y bruscamente se dirigió a Brevoort:

—¿Cuál es la situación económica en Nueva York? —preguntó.

Pero Brevoort no estaba de humor para prolongar aquella escena absurda. De repente le vino a la memoria aquella hora terrible de hacía tres años. No era hombre dispuesto a hacer dos veces el ridículo, y, apretando los dientes, se puso de pie.

—Emily, recoge tus cosas —dijo lacónicamente—. Nos vamos a casa.

Emily no se movió; una expresión de asombro, mezclado con diversión, se extendió por su cara. Olive le echó el brazo por el hombro.

—Vamos, querida. Salgamos de esta pesadilla.

—Estamos esperando —dijo Brevoort entonces.

Petrocobesco le dijo unas palabras al hombre de la capa, que se acercó y agarró a Brevoort por el brazo. Brevoort se liberó, furioso, y el hombre retrocedió, llevándose la mano al cinto.

—¡No! —gritó Emily imperiosamente.

Se produjo una nueva interrupción. La puerta se abrió sin que nadie llamara y dos hombres gordos con levitas y sombreros de copa se precipitaron sobre Petrocobesco. Le sonreían y le daban palmadas en la espalda mientras parloteaban en un idioma extraño, y enseguida Petrocobesco les sonrió y les dio palmadas en la espalda y todos se besaron; entonces, volviéndose hacia Emily, Petrocobesco le habló en francés.

—Todo está en orden —dijo emocionado—. Ni siquiera han discutido el asunto. Seré coronado rey.

Con un prolongado suspiro Emily volvió a hundirse en su sillón y sus labios se entreabieron en una sonrisa tranquila y serena.

—Muy bien, Tutu. Nos casaremos.

—¡Ah, cielos, qué feliz! —daba palmadas y miraba en éxtasis al techo desconchado—. ¡Qué inmensamente feliz soy!

Cayó de rodillas ante Emily y le besó la parte interior del brazo.

—¿De qué rey habla? —preguntó Brevoort—. ¿Es que es...? ¿Es que es rey?

—Es rey. ¿Verdad, Tutu? —la mano de Emily acariciaba suavemente su cabello lustrado con brillantina, y Olive observó que los ojos de su prima tenían un fulgor extraordinario.

—Soy tu marido —gritó Tutu melodramáticamente—. El hombre más feliz de la tierra.

—Su tío fue príncipe de Czjeck-Hansa antes de la guerra —explicó Emily, y la voz delataba la alegría—. Desde entonces ha habido una república, pero el partido campesino quería un cambio y Tutu era el siguiente en la línea de sucesión. No me casaría con él si no hubiera luchado por ser rey en vez de príncipe.

Brevoort se pasó la mano por la frente sudorosa.

—¿Quieres decir que ya es cosa hecha?

Emily asintió.

—La Asamblea lo votó esta mañana. Si nos prestáis la limusina de lujo haremos nuestra entrada oficial en la capital esta tarde.

#### IV.

Unos dos años después el señor y la señora Brevoort Blair y sus dos hijos ocupaban un balcón del Hotel Carlton de Londres, lugar recomendado por la dirección para seguir el paso del cortejo real. El desfile comenzó con una fanfarria de trompetas que descendía por el Strand, e inmediatamente apareció una fila escarlata de guardias a caballo.

—Pero, mami —preguntó el niño—, ¿tía Emily es reina de Inglaterra?

—No, cariño; es la reina de un país pequeñísimo, pero cuando visita Inglaterra usa la carroza de la reina.

—Ah.

—Gracias a los yacimientos de magnesio —dijo Brevoort secamente.

—¿Y fue princesa antes de ser reina? —preguntó la niña.

—No, cariño; era una chica americana, y luego se convirtió en reina.

—¿Porqué?

—Porque ninguna otra cosa era lo suficientemente buena para ella —dijo su padre—. Piensa que una vez pudo casarse conmigo. ¿Qué harías tú, cielo, casarte conmigo o ser reina?

La niña dudó.

—Casarme contigo —dijo amablemente, pero sin convicción.

—Déjalo, Brevoort —dijo su madre—. Ahí vienen.

—¡Ya los veo! —gritó el niño.

La cabalgata se deslizaba suavemente por la calle abarrotada. Había más guardias a caballo, una compañía de dragones, motoristas de escolta, y entonces Olive se dio cuenta de que tenía un nudo en la garganta mientras apretaba la barandilla del balcón y, entre una doble fila de alabarderos de la Torre de Londres, pasaban dos carrozas escarlata y oro. En la primera iban los soberanos reales, con sus uniformes relucientes de lazos, cruces y estrellas, y en la segunda sus consortes reales, una anciana y una joven. Toda la escena estaba llena del hechizo que desprendía el viejo imperio sobre medio mundo, sus barcos y ceremonias, sus pompas y símbolos; y la multitud lo percibía, y un lento murmullo precedía a la carroza, y se elevaba hasta convertirse en un fuerte y uniforme estallido de vítores y aplausos. Las dos damas inclinaban la cabeza a izquierda y derecha, y, aunque pocos sabía quién era la segunda reina, también la aclamaban. En un instante aquel alegre esplendor había pasado bajo el balcón y había desaparecido.

Cuando Olive se apartó del balcón se le habían saltado las lágrimas.

—Me pregunto si le gustará todo esto, Brevoort. Me pregunto si es realmente feliz con ese terrible hombrecillo.

—Bueno, tiene lo que quería, ¿no? Y eso es importante.

Olive dejó escapar un largo suspiro.

—¡Ah, es tan maravillosa! —exclamó—. ¡Tan maravillosa! Siempre ha conseguido conmovirme, como hoy, incluso cuando más enfadada estaba con ella.

—Todo eso es una tontería —dijo Brevoort.

—Me figuro que sí—contestaron los labios de Olive. Pero su corazón, con las alas de una adoración sin remedio, seguía a su prima a través de las puertas de palacio a menos de un kilómetro de distancia.

## A tu edad

*A tu edad apareció en el Saturday Evening Post del 11 de agosto de 1929. El entusiasmo de Harold Ober ante «el relato más hermoso que jamás has escrito, y el más hermoso que he leído nunca» permitió que Fitzgerald elevara su cotización a 4.000 dólares, el precio más alto que obtuvo por un cuento. Los elogios de Ober son hiperbólicos; sin embargo, A tu edad muestra cómo Fitzgerald podía salvar un argumento gastado gracias a su perfecto dominio del arte de escribir. Fitzgerald no compartía la opinión de su agente sobre A tu edad y no volvió a darlo a la imprenta.*

I.

Tom Squires entró en la tienda a comprar un cepillo de dientes, una lata de polvos de talco, un elixir bucal, jabón Castile, sales de Epsom y una caja de puros. Después de muchos años viviendo solo, era un hombre metódico, así que, mientras esperaba a que lo atendieran, tenía en la mano su lista de compras. Era la semana de Navidad, y Minneapolis yacía bajo medio metro de nieve vivificante, incesantemente renovada; Tom se quitó con el bastón la nieve de los chanclos. Y entonces, al levantar la vista, vio a la chica rubia.

Era una rubia rara, incluso en aquella Tierra Prometida de los escandinavos, donde no son raras las rubias preciosas. Tenían un color cálido sus mejillas, sus labios, las pequeñas manos sonrosadas que envolvían cajas de cosméticos; su cabello, recogido en largas trenzas que contorneaban su cabeza, relucía lleno de vida. A Tom le pareció de repente la persona más limpia que había visto, y, sin atreverse a respirar, se acercó a ella y la miró a los ojos grises.

—Una lata de polvos de talco.

—¿De qué marca?

—Cualquiera... Esa está bien.

La chica le devolvió la mirada, aparentemente sin ninguna timidez, y, a medida que la lista se iba acabando, el corazón de Tom Squires latía más de prisa, alborotado.

«No soy viejo», hubiera querido decir. «A los cincuenta años estoy más joven que muchos de cuarenta. ¿No te intereso en absoluto?»

Pero la chica sólo dijo:

—¿Qué marca de elixir bucal?

Y él contestó:

—¿Cuál me recomienda?... Ése está bien.

Casi le dolió dejar de mirarla, salir de la tienda, subir a su coche.

«Si esa joven idiota supiera al menos lo que este viejo imbécil podría hacer por ella», pensó de buen humor. «¡Las puertas que yo podría abrirle!»

Y, mientras circulaba a la luz invernal del crepúsculo, siguió el razonamiento hasta llegar a una conclusión sin precedentes. Quizá tuvo la culpa la hora del día, pues los escaparates de las tiendas que resplandecían en el aire frío, las campanillas de un trineo, el rastro blanco y brillante de las palas en las aceras, la inmensa lejanía de las estrellas, le devolvían las sensaciones de otras noches de hacía treinta años. Por un instante las chicas que había conocido entonces se escabulleron como fantasmas de sus actuales y pesados cuerpos de matronas y revolotearon ante él entre risas escarchadas, seductoras, hasta que un agradable escalofrío le recorrió la columna vertebral.

«Juventud! Juventud! Juventud!», exclamó con consciente falta de originalidad, y, como cualquier hombre despiadado y tiránico, sin el menor sentido moral, pensó en volver a la tienda para pedirle a la rubia la dirección. Pero no era su estilo, así que el propósito, sin llegar a formarse, desapareció. Permaneció la idea.

«Juventud, ¡cielo santo! Juventud!», repetía en voz baja. «Me gustaría sentirla cerca, a mi alrededor, sólo otra vez antes de ser demasiado viejo para que me importe.»

Era alto, delgado y bien parecido, con la cara rubicunda y bronceada de un deportista y un bigote que empezaba a ser canoso. Una vez había figurado entre los principales galanes de la ciudad, organizador de cotillones y bailes de beneficencia, y había tenido éxito con los hombres y las mujeres a lo largo de varias generaciones. Después de la guerra había tenido la impresión de que le faltaba algo; se dedicó a los negocios y en diez años acumuló cerca de un millón de dólares. Tom Squires no era dado a la introspección, pero notaba que el timón de su vida había vuelto a girar, devolviéndole sueños y anhelos que había olvidado, pero que aún podía reconocer. Cuando llegó a su casa comprobó inmediatamente, examinando multitud de invitaciones a las que no había prestado la más mínima atención, si había alguna fiesta aquella noche.

Y mientras cenaba solo en el Club Ciudadano los ojos se le entornaban y casi sonreía: así se preparaba para ser capaz de reírse sin dolor de sí mismo en caso de necesidad.

«Ni siquiera sé de qué hablan», reconoció. «Se besuquean. Importante agente de bolsa va a un *petting-party* con una debutante. ¿Qué es un *petting-party*? ¿Sirven refrescos? ¿Tendré que aprender a tocar el saxofón?»

Aquellos asuntos, tan lejanos en los últimos tiempos como las alusiones a China en los noticiarios cinematográficos, le parecieron apasionantes: eran problemas serios. A las diez subió las escaleras del Club Universitario para asistir a un baile con la misma sensación de penetrar en un mundo nuevo que había experimentado al llegar al campamento de instrucción en 1917. Saludó a la anfitriona, que era de su generación, y a su hija, abrumadoramente de otra, y se sentó en un rincón para irse aclimatando.

No estuvo solo mucho tiempo. Un joven tonto, un tal Leland Jaques, que vivía frente a la casa de Tom, lo saludó amablemente y se acercó decidido a alegrarle la vida. Era tan sumamente necio aquel jovencuelo que, por un instante, Tom se sintió incómodo, pero enseguida se dio cuenta con astucia de que podría serle útil.

—Hola, señor Squires, ¿cómo está usted?

—Bien, gracias, Leland. Excelente fiesta.

Como un hombre de mundo que encontrara a un semejante, el señor Jaques se sentó, o se tumbó, en el sofá y encendió —o así le pareció a Tom— tres o cuatro cigarrillos a la vez.

—Tendría que haber estado aquí anoche, señor Squires. ¡Ah, eso sí que fue una fiesta! Como todas las de los Caulkin. ¡Hasta las cinco y media!

—¿Quién es esa chica que cambia de pareja a cada instante? —preguntó Tom—... No, la de blanco, la que ahora está junto a la puerta.

—Es Annie Lorry.

—¿La hija de Arthur Lorry?

—Sí.

—Parece que está muy solicitada.

—Es una de las chicas más solicitadas de la ciudad; por lo menos, en las fiestas.

—¿Sólo en las fiestas?

—Bueno, es que siempre anda por ahí con Randy Cambell.

—¿Qué Cambell?

—D.B.

En la última década habían llegado nuevos apellidos a la ciudad.

—Es una aventura de chico y chica —la frase le gustó a Jaques, e intentó repetirla—: La típica aventura de chico y chica, esas aventuras de chico y chica... —renunció y encendió varios cigarrillos más, apagando la primera tanda encima de las rodillas de Tom.

—¿Bebe?

—No mucho. Yo, por lo menos, nunca la he visto caerse redonda al suelo. Ése que ahora está bailando con ella es Randy Cambell.

Formaban una hermosa pareja. La belleza de Annie destacaba radiante junto a la estatura y fortaleza de Randy, y se deslizaban como suspendidos en el aire, delicadamente, como si flotaran en un sueño plácido y feliz. Pasaron muy cerca, y Tom admiró el sutil toque de polvos de tocador sobre

su lozanía, la dulzura cautelosa de su sonrisa, la fragilidad de un cuerpo calculado por la naturaleza al milímetro para sugerir un capullo que prometía una flor. Quizá los ojos, inocentes y apasionados, fueran oscuros, pero, a la luz plateada, casi eran violeta.

—¿Se ha puesto de largo este año?

—¿Quién?

—La señorita Lorry.

—Sí.

Aunque lo atraía la belleza de la chica, era incapaz de imaginarse a sí mismo como uno más en aquella cola atenta y efusiva que la perseguía por todo el salón. Ya se la encontraría cuando acabaran las vacaciones y la mayoría de aquellos jóvenes hubieran vuelto a la universidad, «al lugar que les correspondía». Tom Squires era lo suficientemente mayor para saber esperar.

Esperó quince días, mientras la ciudad se sumía en el interminable invierno del Norte, cuando el cielo gris era más benigno que el cielo azul metálico, y el crepúsculo, cuyas luces son un signo tranquilizador de la continuidad de la alegría humana, era más cálido que las tardes de sol mortecino. La nieve perdió su firmeza, pisoteada y sucia, y las calles se helaron; algunas de las grandes casas de Crest Avenue empezaron a cerrar cuando sus habitantes se fueron al Sur. Y en aquellos días de frío Tom pidió a Annie y a sus padres que fueran sus invitados en la última Fiesta de los Solteros.

Los Lorry eran una antigua familia de Minneapolis que con la guerra había sufrido algunos reveses económicos. A la señora Lorry, contemporánea de Tom, no le sorprendió que enviara orquídeas para la madre y la hija y les ofreciera en su apartamento una espléndida cena, con caviar fresco, codornices y champán. Annie apenas reparó en él —a Tom le faltaba vivacidad, o así ven los jóvenes a los mayores—, pero no le pasó desapercibido el interés de Tom, y para él representó el tradicional ritual de la belleza juvenil: sonrisas, buenos modales, miradas con los ojos desmesuradamente abiertos cuando él hablaba, poses de perfil a la luz oportuna de las lámparas. En la fiesta bailaron juntos dos veces y, aunque los amigos le gastaron bromas, Annie se sintió halagada por el hecho de que semejante hombre de mundo —en eso se había convertido Tom, y no en un simple anciano— la eligiera como pareja. Y aceptó su invitación al concierto de la semana siguiente, pues pensaba que rehusar hubiera sido una grosería.

Y hubo más «amables invitaciones» como aquella. Sentada a su lado, Annie dormitaba a la tibia sombra de Brahms y pensaba en Randy Cambell y en otras nebulosidades románticas que quizá aparecieran en el futuro. Y una tarde en la que por azar se sentía melosa provocó deliberadamente a Tom para que la besara camino de casa, pero apenas pudo contener la risa cuando le cogió las manos y le dijo apasionadamente que se estaba enamorando de ella.

—¿Cómo puede...? —protestó—. No debería decir esos disparates. Voy a tener que dejar de salir con usted, y entonces lo lamentaré.

Días después, mientras Tom la esperaba en el coche, su madre le preguntó:

—¿Quién es, Annie?

—El señor Squires.

—Cierra la puerta un momento. Estás saliendo demasiado con él.

—¿Y por qué no voy a salir?

—Porque tiene cincuenta años, cariño.

—Pero, mamá, si no queda nadie en la ciudad.

—Pues que no se te ocurra hacer ninguna tontería con el señor Squires.

—No te preocupes. En realidad, me aburre mortalmente casi siempre —de repente tomó una decisión—: No voy a salir más con él. Pero esta tarde no me queda otro remedio.

Y aquella noche, a la puerta de su casa, entre los brazos de Randy Cambell, ya no existían Tom y su beso.

—Dios mío, cómo te quiero —murmuró Randy—. Dame otro beso.

Las mejillas frías y los labios tibios se encontraron en la oscuridad vivificadora, y, al ver la luna helada por encima del hombro de Randy, Annie tuvo la certeza de que aquél era su hombre y, atrayendo su cara, volvió a besarlo, temblando de emoción.

—¿Cuándo nos casamos? —murmuró Randy.

—¿Cuándo tendrás...? ¿Cuándo tendremos dinero?

—¿No podrías anunciar nuestro compromiso? Si supieras lo triste que es saber que has salido con otro y después abrazarte y besarte...

—Pides demasiado, Randy.

—Es tan terrible la despedida... ¿No puedo entrar un momento?

—Sí.

Sentados cerca, muy juntos, en éxtasis ante el fuego que agonizaba, no sabían que su destino común estaba siendo decidido fríamente por un hombre de cincuenta años que meditaba en una bañera caliente a pocas manzanas de distancia.

## II.

Tom Squires había deducido aquella tarde, por la actitud exageradamente amable y despegada de Annie, que había dejado de interesarle. Se había prometido que, ante semejante eventualidad, abandonaría el asunto, pero ahora se daba cuenta de que no tenía ánimo suficiente. No quería casarse con ella; sólo quería verla, pasar de vez en cuando un rato juntos; y, hasta aquel beso dulcemente fortuito, casi ardiente y a la vez completamente desapasionado, renunciar a ella hubiera sido fácil, porque ya había pasado la edad romántica; aunque desde aquel beso, siempre que pensaba en Annie se le desbocaba el corazón.

«Pero ya es hora de que renuncie», se decía. «A mi edad no tengo ningún derecho a inmiscuirme en su vida.»

Se secó con la toalla, se peinó ante el espejo y, al dejar el peine en la repisa, se dijo tajantemente: «Está decidido». Y, después de leer una hora, apagó la lámpara y dijo en voz alta:

—Está decidido.

En otras palabras: no estaba decidido en absoluto. No se podía terminar con Annie Lorry con el clic de un interruptor, como se cierra un trato comercial golpeando un lápiz contra la mesa.

«Voy a seguir adelante, un poco más», se dijo a eso de las cuatro y media. Y, tras llegar a esta conclusión, dio media vuelta y se durmió.

Por la mañana Annie parecía algo más lejos, pero a las cuatro de la tarde volvía a estar en todas partes: el teléfono existía para que la llamara, los pasos de una mujer que pasaba cerca de su despacho eran los pasos de Annie, la nieve que caía al otro lado de la ventana quizá en aquel momento le rozaba la cara.

«Siempre queda la posibilidad que se me ocurrió anoche», se dijo. «Dentro de diez años habré cumplido los sesenta, y entonces se habrán acabado para siempre la juventud y la belleza.»

Con algo parecido al pánico cogió un papel y redactó, eligiendo cuidadosamente las frases, una carta para la madre de Annie, en la que le pedía permiso para cortejar a su hija. Él mismo fue a echar la cana, pero, antes de que se deslizara en el buzón, la rompió y tiró los trozos a una escupidera.

«A mi edad no puedo recurrir a semejantes triquiñuelas», se dijo. Pero se felicitó demasiado pronto, pues volvió a escribir la carta y la envió aquella misma noche, antes de dejar el despacho.

Al día siguiente llegó la respuesta que esperaba: podía adivinar las palabras exactas antes de abrirla. Era una negativa breve e indignada.

Terminaba así:

«Creo que lo mejor es que usted y mi hija no vuelvan a verse. »Le saluda atentamente,  
»MABEL TOLLMAN LORRY»

«Y ahora», pensó Tom con frialdad, «veremos lo que dice la chica.»

Escribió una nota a Annie. La carta de su madre lo había sorprendido, decía, pero quizá fuera mejor que no volvieran a verse, en vista de la actitud de su madre.

A vuelta de correo llegó la desafiante respuesta de Annie a la prohibición de su madre. «No estamos en la Edad Media. Te veré cuando me dé la gana.» Y fijaba una cita para la tarde siguiente.

La torpeza de la madre producía lo que él no había podido lograr; pues, si Annie había estado a punto de deshacerse de él, ahora estaba decidida a ni siquiera plantárselo. Y la clandestinidad engendrada por la desaprobación de la familia le añadió al asunto la emoción que le faltaba. Cuando en febrero cuajó el invierno profundo, solemne e inacabable, seguían viéndose con frecuencia, y de otra manera. A veces iban en coche a Saint Paul a ver una película o a cenar; a veces aparcaban en un paseo, mientras una implacable aguanieve esmerilaba el parabrisas hasta volverlo opaco y cubría de armiño los faros. A menudo Tom llevaba alguna bebida: lo suficiente para ponerla un poco alegre, pero nada más; pues con emociones de otro tipo se mezclaba cierto paternalismo.

Poniendo las cartas sobre la mesa, Tom llegó a decirle que había sido su madre la que involuntariamente la había empujado hacia él, pero Annie sólo se rió de aquella doblez suya.

Con él se lo estaba pasando mejor que con cuantos había conocido hasta entonces. En lugar de las exigencias egoístas de un hombre más joven, Tom le demostraba una consideración inagotable. Qué importaba que tuviera los ojos cansados y las mejillas apergaminadas y llenas de venas, si su voluntad era viril y fuerte. Su experiencia era además una ventana que daba a un mundo más ancho y más rico; y, al día siguiente, con Randy Cambell, se sentiría menos protegida, menos valorada, menos singular.

Ahora era Tom el que se sentía vagamente insatisfecho. Tenía lo que quería —la juventud de Annie a su lado—, y tenía la impresión de que ir más lejos sería un error. La libertad era preciosa para él, y a Annie sólo podría ofrecerle una docena de años antes de convertirse en un viejo, pero también Annie había llegado a serle preciosa, y era consciente de que aquel dejarse llevar por los acontecimientos no estaba bien. Entonces, un día de finales de febrero, el asunto se resolvió sin más.

Habían vuelto de Saint Paul y habían entrado un momento al Club Universitario para tomar el té, desafiando juntos la nieve que cubría la calle y atrancaba la puerta. Era una puerta giratoria; un joven acababa de cruzarla, y, al ocupar el espacio que el joven acababa de abandonar, percibieron un olor a cebolla y a whisky. La puerta volvió a girar a sus espaldas, y el joven volvió a entrar. Estaba frente a ellos. Era Randy Cambell; tenía roja la cara, la mirada perdida, embrutecida.

—Hola, preciosidad —dijo, acercándose a Annie.

—No te acerques —protestó ella en voz baja—. Hueles a cebolla.

—¿Te has vuelto delicada de pronto?

—Siempre. Siempre he sido delicada —Annie hizo ademán de retroceder hacia donde estaba Tom.

—Siempre, no —dijo Randy con voz de pocos amigos. Y añadió con mayor énfasis, después de mirar de reojo a Tom—: Siempre, no —con estas palabras pareció volver al mundo hostil de la calle—. Sólo quería avisarte —continuó—: tu madre está dentro.

Los celos mal controlados de otra generación apenas afectaban a Tom, como si fueran la queja de un niño, pero aquella impertinente advertencia lo irritó profundamente.

—Vamos, Annie —dijo bruscamente—. Entremos.

Preocupada, dejó de mirar a Randy y entró con Tom en el salón principal.

No había mucha gente; tres mujeres de mediana edad charlaban junto a la chimenea. Annie dio un paso atrás, pero inmediatamente se acercó.

—Hola, mamá... Señora Trumble... Tía Caroline...

Las dos últimas respondieron; la señora Trumble incluso hizo un leve gesto de saludo a Tom. Pero la madre de Annie, con los labios apretados y una mirada glacial, se levantó sin pronunciar palabra. Clavó la mirada en su hija; luego, de repente, dio media vuelta y abandonó el salón.

Tom y Annie eligieron una mesa en el otro extremo del salón.

—¿Cómo me puede tratar tan mal? —dijo Annie, respirando ruidosamente. Tom no contestó—. No me habla desde hace tres días. —Y de repente estalló—: ¿Cómo se puede ser tan mezquina? Iba a ser la cantante solista en el espectáculo de la Liga Juvenil, pero ayer la presidenta, Cousin Mary Betts, me dijo que yo no participaría en la función.

—¿Por qué no?

—Porque una representante de la Liga Juvenil no puede desobedecer a su madre. ¡Como si yo fuera una niña traviesa!



Tom se quedó mirando los trofeos que adornaban la repisa de la chimenea: dos o tres llevaban grabado su nombre.

—Quizá tenga razón tu madre —dijo de pronto—. Es hora de que lo dejemos, si he empezado a perjudicarte.

—¿Qué quieres decir?

Al oír la voz alterada, sorprendida, de Annie, el corazón derramó un líquido cálido en el cuerpo de Tom, que, sin embargo, respondió con tranquilidad.

—¿Te acuerdas de que te dije que tenía que ir al Sur? Me voy mañana.

Discutieron, pero Tom ya había tomado una decisión. En la estación, la tarde siguiente, Annie se echó a llorar y lo abrazó.

—Gracias por el mes más feliz que he vivido en muchos años —dijo él.

—Pero tienes que volver, Tom.

—Pasaré dos meses en México; luego tengo que ir un par de semanas al Este.

Quería parecer contento, pero la ciudad helada que iba a abandonar estaba en todo su esplendor. La respiración helada de Annie era una flor en el aire, y, cuando comprendió que algún joven la estaría esperando para acompañarla a casa en un coche adornado con flores, se le rompió el corazón.

—Adiós, Annie. ¡Adiós, mi vida!

Dos días después, estaba pasando la mañana en Houston con Hal Meigs, un antiguo compañero de Yale.

—Tienes más suerte de la que mereces, tío —dijo Meigs mientras comían—: Te voy a presentar a la compañera de viaje más linda que hayas visto en tu vida. También va a México.

La dama en cuestión se mostró verdaderamente complacida cuando se enteró en la estación de que no viajaría sola. Tom cenó con ella en el tren y luego jugaron al rummy una hora; pero, cuando, a las diez, a la puerta de su compartimento, ella lo miró de repente con unos ojos que no dejaban lugar a dudas —y lo miró un rato largo—, Tom Squires sintió una emoción absolutamente distinta. Necesitaba desesperadamente ver a Annie, hablar por teléfono con ella un segundo, y entonces dormirse, sabiendo que Annie era joven y pura como una estrella y descansaba feliz en su cama.

—Buenas noches —dijo, intentando que no hubiera repulsión en su voz.

—Ah, buenas noches.

Al día siguiente llegó a El Paso y cruzó en coche la frontera, camino de Juárez. Era un día luminoso, de mucho calor, y, después de dejar las maletas en la estación, entró en un bar para tomar algo frío; mientras daba un sorbo, oyó a su espalda la voz apagada de una chica que lo interpelaba desde una mesa.

—¿Norteamericano?

La había visto al entrar, apoyada pesadamente en los codos. Ahora, cuando se volvió, se encontró con una chica muy joven, de unos diecisiete años, evidentemente borracha, pero con cierta dignidad en la voz insegura y desmadejada. El camarero, un norteamericano, se acercó, confidencial, al oído de Tom.

—No sé qué hacer con ella —dijo—. Llegó a eso de las tres con dos tipos jóvenes. Uno era su novio, o algo así. Se pelearon y los tipos se fueron. Y ésa lleva ahí desde entonces.

Una punzada de repugnancia atravesó a Tom: las leyes de su generación habían sido violadas y vulneradas. Si una chica norteamericana podía estar borracha y sola, abandonada, en una inhóspita ciudad extranjera, si podían suceder cosas así, entonces también podían sucederle a Annie. Miró el reloj, titubeando.

—¿Debe algo? —preguntó.

—Cinco ginebras... ¿Y si vuelven sus amigos?

—Dígame que está en el Hotel Roosevelt de El Paso.

Se acercó y le puso la mano en el hombro. Ella lo miró.

—Eres como Papá Noel —dijo confusamente—. No puedes ser Papá Noel, ¿verdad?

—Te voy a llevar a El Paso.

—Bueno —reflexionó—, creo que puedo fiarme de ti.

Era muy joven: una rosa pequeña y empapada. Tom sintió ganas de llorar: llorar por la lamentable inconsciencia de la chica ante las cosas de la vida, ante las eternas penalidades de la vida. Batirse por nada y ante nadie en un torneo con una lanza herrumbrosa. El taxi avanzaba lento, muy lento, por la noche repentinamente envenenada.

Después de explicarle la situación al desconfiado recepcionista nocturno, fue a Telégrafos.

«Suspendo viaje a México», telegrafió. «Salgo esta noche. Te ruego tomes mi tren en la estación de Saint Paul para viajar conmigo a Minneapolis. No puedo estar sin ti. Muchos besos.»

Por lo menos podría estar pendiente de ella, aconsejarla, vigilar cómo vivía. ¡Con una madre tan estúpida!

En el tren, mientras las ardientes tierras tropicales y los campos verdes desaparecían, y el Norte volvía a extenderse entre manchas de nieve, campos nevados, fuertes vientos y granjas baldías y en hibernación, Tom recorría una y otra vez el pasillo con insoportable impaciencia. En cuanto entraron en la estación de Saint Paul, colgado de la puerta del vagón como si fuera un muchacho, buscó con la mirada a Annie por el andén, pero no pudo encontrarla. Había contado con cada minuto de viaje entre Saint Paul y Minneapolis: aquel espacio de tiempo había llegado a ser un símbolo de la fidelidad de Annie a la amistad que los unía, y, cuando el tren volvió a ponerse en marcha, Tom volvió a explorarlo desesperadamente, desde el último vagón al salón de fumadores. Pero no la encontró, y entonces se dio cuenta de que estaba loco por ella; y, ante la idea de que hubiera seguido sus consejos y hubiera entablado relaciones con otros, le temblaron las piernas.

En Minneapolis le temblaban de tal manera las manos que tuvo que llamar a un mozo para que recogiera su equipaje. Y empezó entonces una interminable espera en el pasillo mientras bajaban el equipaje y a él lo empujaban contra una chica que vestía un abrigo con adornos de piel de ardilla.

—¡Tom!

—Pero si...

Annie lo abrazó.

—Pero, Tom —dijo casi llorando—, ¡vengo en este vagón desde Saint Paul!

A Tom se le cayó de las manos el bastón: la apretó con mucha ternura y sus labios se unieron como corazones hambrientos.

### III.

La nueva intimidad que supuso el noviazgo le dio a Tom una sensación de felicidad juvenil. Se despertaba en las mañanas de invierno con la impresión de que una alegría inmerecida flotaba en el dormitorio; cuando se encontraba con jóvenes, le sorprendía comprobar que podía competir con ellos en ingenio y fortaleza física. De repente su vida tenía sentido y fundamento: había alcanzado la plenitud. En las nubladas tardes de marzo, cuando, con total familiaridad, Annie daba vueltas por su apartamento, volvían a inundarlo las confortables certezas de la juventud: éxtasis y pasión, lo mortal y lo eterno unidos en trágica e inmemorial yuxtaposición, y, perplejo, se descubrió paladeando exactamente la misma terminología que usaba en los amores juveniles. Pero era más considerado y solícito que cualquier amante más joven; y, a los ojos de Annie, parecía saberlo todo y ser capaz de abrirle las puertas de un mundo de oro puro.

—Primero iremos a Europa —dijo.

—Iremos muchas veces, ¿no? Pasaremos los inviernos en Italia y la primavera en París.

—Pero, Annie, hay que trabajar.

—Bueno, pero pasaremos fuera todo el tiempo que podamos. No soporto Minneapolis.

—No, no —aquellas palabras le habían molestado un poco—. Minneapolis no está mal.

—Cuando estás tú —dijo Annie.

La señora Lorry se rindió ante lo inevitable. Aceptó a regañadientes el compromiso, con la única condición de que la boda no se celebrara hasta otoño.

—Cuánto tiempo —suspiró Annie.

—Soy tu madre, después de todo, y no te estoy pidiendo mucho.

Fue un invierno muy largo, incluso para una región de largos inviernos. Marzo fue un mes de vientos huracanados, y, cuando por fin parecía que el frío iba a ser derrotado, se sucedieron las ventiscas, desesperadas como todos los esfuerzos finales. La gente esperaba; había agotado su capacidad de resistencia, y el ser humano, como el clima, se limitaba a aguantar. Había menos cosas que hacer y el desasosiego general salía a la luz en el mal humor que presidía la vida cotidiana. Entonces, a principios de abril, con un largo suspiro se resquebrajó el hielo, la nieve se derritió y regó los campos, y floreció la primavera impaciente.

Un día, mientras paseaban en coche por una carretera enfangada, entre una brisa fresca y húmeda que arrastraba famélicas briznas de hierba, Annie empezó a llorar. A veces lloraba sin motivo, pero aquella vez Tom detuvo el coche y la abrazó.

—¿Por qué lloras así? ¿No eres feliz?

—¡No! ¡No es eso! —protestó Annie.

—Pero ayer también lloraste así. Y no quisiste decirme por qué. Tienes que contármelo todo.

—Sólo es la primavera. Huele tan bien, y el aire trae tantos recuerdos y pensamientos tristes...

—Es nuestra primavera, mi vida —dijo Tom—. Annie, ¿a qué estamos esperando? Casémonos en junio.

—Se lo prometí a mi madre, pero, si quieres, podemos anunciar la boda en junio.

La primavera se dio prisa. Las aceras, que se habían anegado con el deshielo, se secaron, y los niños las recorrieron con sus patines y los chicos jugaron al béisbol en solares y descampados. Tom organizó exquisitas comidas campestres para los coetáneos de Annie y la animó a jugar al golf y al tenis con ellos. Y, de repente, con una triunfal pirueta final de la naturaleza, era verano.

Una preciosa tarde de mayo Tom cruzó el jardín de los Lorry y se sentó en el porche con la madre de Annie.

—Qué bien se está aquí —dijo—. He pensado que hoy, en vez de coger el coche, Annie y yo podríamos dar un paseo. Me gustaría enseñarle la casa donde nació.

—Está en Chambers Street, ¿no? Annie volverá enseguida. Ha ido a dar una vuelta después de cenar con algunos chicos.

—Sí, está en Chambers Street.

Tom miró el reloj con la esperanza de que Annie volviera antes de que oscureciera por completo. Eran las nueve menos cuarto. Frunció el entrecejo. Ya lo había tenido esperando la noche anterior; y la tarde anterior lo había tenido esperando una hora.

«Si yo tuviera veintiún años», se dijo, «montaría una escena y los dos sufriríamos.»

Estuvo charlando con la señora Lorry. La agradable temperatura de la noche se unió a la lasitud crepuscular de sus cincuenta años y los ablandó a los dos, y, por primera vez desde que Tom empezó a mostrar interés por Annie, desapareció la hostilidad entre ellos. De vez en cuando caían en largos silencios, que sólo rompían el roce de una cerilla o el crujir de la mecedora de la señora Lorry. Cuando el señor Lorry llegó a casa, Tom, extrañado, tiró la colilla de su segundo cigarro y miró el reloj. Eran más de las diez.

—Annie tarda demasiado —dijo la señora Lorry.

—Espero que no haya pasado nada —dijo Tom, preocupado—. ¿Con quién está?

—Eran cuatro cuando se fueron. Randy Cambell y otra pareja. No me fijé en quiénes eran. Sólo iban a tomar un refresco.

—Espero que no hayan tenido ningún problema. Quizá... ¿Cree que debería ir a buscarla?

—En estos tiempos a las diez no es tarde. Ya verá como...

Y, recordando que Tom Squires iba a casarse con Annie, y no a adoptarla, no añadió: «Ya se irá acostumbrando».

Su marido pidió disculpas y se acostó, y la conversación se hizo más forzada y deslavazada. Cuando el reloj de la iglesia empezó a dar las once, los dos dejaron de hablar y escucharon las campanadas. Veinte minutos más tarde, en el instante en que Tom apagaba con impaciencia su último cigarro, un automóvil bajó la calle y frenó ante la casa.

Durante un instante nadie se movió ni en el porche ni en el automóvil. Y entonces Annie, con un sombrero en la mano, se apeó y cruzó el jardín deprisa. Desafiando la noche tranquila, el coche se alejó entre bufidos.

—¡Hola! —dijo—. ¡Lo siento! ¿Qué hora es? ¿Llego muy tarde?

Tom no contestó. La farola de la calle proyectaba una luz de color vino sobre la cara de Annie y ponía una sombra en el encendido rubor de sus mejillas. Tenía el vestido arrugado y el pelo ligera aunque significativamente revuelto. Pero fue el extraño cambio en la voz de Annie lo que le hizo sentir miedo a hablar, lo que le hizo apartar la vista.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con naturalidad la señora Lorry.

—Ah, un pinchazo y no sé qué problema con el motor... Y nos perdimos. ¿Es que es muy tarde?

Y entonces, mientras Annie les hablaba, de pie, frente a ellos, con el sombrero aún en la mano, con el pecho que subía y bajaba casi imperceptiblemente, y los ojos muy abiertos y brillantes, Tom se dio cuenta, aterrorizado, de que su madre y él eran dos personas de la misma edad que escuchaban a otra de una edad muy distinta. Hiciera lo que hiciera, siempre sería igual que la señora Lorry. Y, cuando la señora Lorry se disculpó para acostarse, Tom tuvo que reprimir unas ganas frenéticas de decir: «¿Pero por qué se va ahora, si llevamos toda la noche aquí sentados?»

Se quedaron solos. Annie se le acercó y le cogió la mano. Tom nunca había sido tan consciente de su belleza: tenía las manos húmedas de rocío.

—Has salido con ese chico, con Cambell —dijo.

—Sí, pero no te enfades. Me siento... Me siento tan nerviosa esta noche...

—¿Nerviosa?

Annie se sentó, casi lloriqueando.

—No lo puedo evitar. Por favor, no te enfades. Me pidió con tantas ganas que diéramos un paseo, y hacía una noche tan maravillosa, que salí un rato. Y nos pusimos a hablar y perdí la noción del tiempo. Yo sentía... Me daba tanta pena de él...

—¿Y qué crees que sentía yo mientras? —se sintió ridículo, pero ya lo había dicho.

—No seas así, Tom. Ya te he dicho que estaba muy nerviosa. Quiero acostarme.

—Comprendo. Buenas noches, Annie.

—Por favor, no seas así, Tom. ¿No puedes comprenderlo?

Lo comprendía, y ése era el problema. Con una cortés reverencia propia de otro tiempo, bajó los escalones y se fue, a la luz purificadora de la luna. Ya era una sombra entre las farolas, y enseguida sólo unos pasos que se alejaban por la calle.

#### IV.

Durante todo aquel verano salió de paseo muchas noches. Le gustaba detenerse un momento frente a la casa donde había nacido y frente a la casa donde había pasado la niñez. En su camino acostumbrado había otros notables hitos de los años noventa, deformados habitáculos de placeres que habían desaparecido hacía mucho tiempo: los restos de las caballerizas de alquiler Jansen y la antigua pista de patinaje Nushka, donde todos los inviernos su padre giraba y giraba sobre la perfecta superficie de hielo.

—Es una lástima —murmuraba—. Una maldita lástima.

También lo atraían las luces de cierta tienda, porque le parecía que allí estaba contenida la semilla de otra, más próxima, rama del pasado. Una vez entró y preguntó, como por casualidad, por una dependienta rubia, y se enteró de que se había casado y se había ido unos meses antes. Se informó del nombre y le mandó sin pensarlo dos veces un regalo de bodas «de un admirador desconocido», pues sentía que le debía algo de su felicidad y su dolor. Había perdido la batalla contra la juventud y la primavera, y con su dolor redimía un pecado imperdonable y propio de su edad: negarse a morir. Pero no hubiera podido adentrarse desolado en la oscuridad sin haberse agotado un poco más; lo único que había querido, al fin y al cabo, era apaciguar su viejo y fuerte corazón. La lucha, la lucha en sí, valía más que la victoria o la derrota, y aquellos tres meses serían suyos para siempre.

## Los nadadores

Los nadadores apareció en el *Saturday Evening Post* del 19 de octubre de 1929, en vísperas del hundimiento de Wall Street. Fitzgerald se lo definió a Harold Ober como «el relato más difícil que he escrito en mi vida, demasiado denso para su extensión y, al final, poco satisfactorio. He pasado diez días horrorosos terminándolo, aunque pensaba que me bastaría una hora... Pero por fin está listo y no es malo...». Fitzgerald no volvió a editarlo, aunque Ober lo elogió como «tu cuento más hábil e inteligente». Los nadadores pertenece a un importante grupo de relatos en los que Fitzgerald compara Estados Unidos y Europa, para concluir con un elocuente análisis del idealismo norteamericano.

En la Place Benoît se cocía lentamente al sol de junio la nube de gasolina de los tubos de escape. Era algo terrible, pues, a diferencia del calor puro, no prometía ninguna fuga al campo: sólo sugería carreteras sofocadas por el mismo asma sucio. En la sucursal parisina de The Promissory Trust Company, frente a la plaza, un norteamericano de treinta y cinco años inhalaba aquel aire viciado, aquel olor que le dictó lo que debía hacer inmediatamente. Lo invadió de pronto una oleada de pánico y subió al cuarto de baño, donde, casi temblando, se encerró.

Por la ventana del lavabo vio al azar un letrero: 1.000 Chemises. Las camisas en cuestión llenaban el escaparate de una tienda, apiladas, con la corbata puesta, o en desordenado montón, o incluso colgadas con pésimo gusto en una vitrina. 1.000 Chemises: ¡Cuéntelas! A la izquierda leyó: Papeterie, Pâtisserie, Soldé, Reclame, Constance Talmadge en Déjeuner de Soleil; y su mirada, al huir hacia la derecha, encontró más anuncios sombríos: Vêtements Ecclésiastiques, Déclaration de Décès, Pompes Fúnebres. Vida y muerte.

El temblor de Henry Marston se convirtió en convulsiones; pensó que sería agradable que aquello fuera el final y no tener nada más que hacer, y con cierta esperanza se sentó en un taburete. Pero es raro que llegue de verdad el final, y, al cabo de un rato, cuando ya estaba demasiado exhausto para preocuparse, cesaron las convulsiones y se sintió mejor. Mientras bajaba la escalera, con la expresión de inteligencia y seguridad en sí mismo de cualquier otro empleado del banco, saludó a dos clientes conocidos, y con gesto severo clavó la vista en el mediodía.

—¡Pero si es Henry Clay Marston! —un anciano muy atractivo le estrechó la mano y se sentó ante su escritorio—. Henry, me gustaría que charláramos a propósito de lo que hablamos la otra noche. ¿Comemos juntos? En aquel sitio pequeño donde había tantos árboles.

—Imposible, juez Waterbury; tengo un compromiso.

—Entonces hablaremos ahora, porque me voy esta tarde. ¿Cuánto te pagan esos plutócratas por hacerte el importante aquí?

—Diez mil dólares más algún dinero para gastos —respondió.

—¿Te gustaría volver a Richmond y ganar más o menos el doble? Llevas aquí ocho años y no sabes las oportunidades que estás perdiendo. Mis dos chicos...

Henry escuchaba con agradecimiento, pero aquella mañana no podía concentrarse. Divagó sobre lo cómodo que era vivir en París y se abstuvo de manifestar su verdadera opinión sobre la vida en Estados Unidos.

El juez Waterbury hizo señas a un hombre alto y pálido que esperaba ante la ventanilla de la correspondencia.

—Te presento al señor Wiese —dijo—. Es del Sur. Se podría decir que es mi socio.

—Encantado de conocerle —el acento del señor Wiese era excesivo, casi deliberadamente sureño—. Creo que el juez le está haciendo una oferta.

—Sí —respondió escuetamente Henry. Reconoció al prototipo odioso del próspero explotador, presumiblemente fruto de un cruce entre aventurero llegado del Norte y blanco pobre del Sur. Cuando Wiese volvió a la ventanilla, el juez dijo como si pidiera disculpas:

—Es uno de los hombres más ricos del Sur, Henry —y añadió—: Vuelve a casa, a América, muchacho.

—Lo pensaré, juez.

Por un momento aquella rubicunda cabeza entrecana le había parecido el colmo de la amabilidad, pero inmediatamente se había transformado en algo unidimensional, acabado a máquina, una cabeza burda, lamentablemente nada europea. Henry Marston respetaba aquella franca amabilidad: formaba parte de su trabajo diario en el banco, como un objeto precioso arrancado de su época y lugar forma parte del trabajo del conservador de un museo; pero le servía de poco; los problemas vitales de Henry Marston sólo podían resolverse en Francia. Cada tarde, cuando volvía a casa, dejaba atrás definitivamente a siete generaciones de virginianos, sus antepasados.

Su casa era un precioso apartamento de techos altos, en un edificio de la *Rué Monsieur* que alguna vez había sido el palacio de un cardenal del Renacimiento: la típica cosa que Henry no se hubiera podido permitir en Estados Unidos. Chouquette, con algo más que el rígido tradicionalismo del gusto burgués francés, había embellecido el piso, donde se movía con elegancia, junto a los niños. Era una rubia latina, frágil, de rasgos pronunciados y distinguidos, y unos ojos franceses, vivos y tristes, que fascinaron a Henry en una pensión de Grenoble en 1918. Los dos niños se parecían a Henry, elegido el alumno más guapo de la Universidad de Virginia pocos años antes de la guerra.

Henry subió los dos amplios tramos de escaleras y se detuvo un instante ante la puerta, jadeando. Era un sitio tranquilo y fresco, pero parecía presagiar el hecho terrible que estaba a punto de suceder. Oyó la una en el reloj, dentro del piso, e introdujo la llave en la cerradura.

La criada, que llevaba treinta años con la familia de Chouquette, apareció ante él con la boca abierta a mitad de un suspiro.

—*Bonjour*, Louise.

—¡Monsieur! —Henry lanzó el sombrero a una silla—. Pero, monsieur... ¡Yo había entendido que monsieur dijo por teléfono que iba a Tours a recoger a los niños!

—He cambiado de opinión, Louise.

Dio un paso, y la última duda desapareció ante el terror que reflejaba la cara de la mujer.

—¿Está madame en casa?

Entonces vio el sombrero de hombre y el bastón en la mesa de la entrada y por primera vez en su vida pudo oír el silencio: un silencio estrepitoso, como un zumbido, agobiante como un cañonazo o un trueno. Y, cuando la criada interrumpió aquel momento inacabable con un gritito de espanto, Henry abrió las puertas correderas y entró en la habitación contigua.

Una hora más tarde el doctor Derocco, *de la Faculté de Médecine*, tocaba al timbre del apartamento. Chouquette Marston, muy seria y un poco ojerosa, abrió la puerta. Después de los habituales cumplidos franceses, dijo:

—Mi marido lleva semanas sintiéndose mal. Pero no se quejaba tanto como para preocuparme. Y de pronto ha sufrido un colapso; no puede hablar ni moverse. Tengo que decirle que esto podría deberse a cierta indiscreción mía. El caso es que ha habido una situación violenta, una discusión, y, a veces, cuando está nervioso, mi marido no entiende bien el francés.

—Lo reconoceré —dijo el médico; y pensó: «Hay cosas que se entienden inmediatamente en todas las lenguas».

Durante las cuatro semanas siguientes algunas personas oyeron extrañas frases que hablaban de mil camisas, y de cómo los habitantes de París estaban siendo anestesiados con gasolina barata: eran un psiquiatra, poco inclinado a creer que existiera algún problema mental importante; una enfermera del Hospital Americano; y Chouquette, asustada, desafiante y, a su manera, profundamente arrepentida. Un mes más tarde, cuando Henry despertó en su dormitorio de siempre, a la luz de una pantalla, la encontró sentada al lado de la cama y buscó su mano.

—Te quiero todavía —dijo—. Eso es lo raro.

—Duerme, tonto.

—Ante todo —continuó Henry con cierta ironía—, puedes contar con que me portaré como un verdadero europeo.

—¡Por favor! Me partes el corazón.

Cuando se incorporó en la cama, volvían a estar juntos otra vez, mucho más cerca que en los últimos meses.

—Vais a tener otras vacaciones —dijo Henry a los dos chicos cuando volvieron del campo—. Papá tiene que ir a la playa, a terminar de ponerse bien.

—¿Nadaremos?

—¿Queréis ahogaros, niños? —exclamó Choupette—. ¿Qué tonterías estáis diciendo? ¿A vuestra edad? ¡Ni hablar!

Así que en San Juan de Luz se sentaban en la orilla y miraban cómo los ingleses y los americanos y algunos atrevidos pioneros franceses de *le sport* surcaban las aguas entre el embarcadero y la torre de los trampolines, de la motora a la playa. Había barcos de paso, islas luminosas y admirables, y montañas que se extendían hasta zonas más frías, y villas amarillas y rojas, con nombres como Fleur des Bois, Mon Nid o Sans-Souci, y, a lo lejos, cansados pueblos franceses de argamasa y piedra gris.

Choupette se sentaba al lado de Henry, con una sombrilla para proteger del sol su piel de melocotón.

—¡Mira! —decía cuando veía a las bronceadas chicas americanas—. ¿Te parece bonito? A los treinta años tendrán la piel como el cuero: una especie de velo marrón para tapar todos los defectos, de manera que todo el mundo parezca igual. ¡Y esas mujeres de cien kilos con esos bañadores! ¿No sirve la ropa para disimular los errores de la naturaleza?

Henry Clay Marston era uno de esos virginianos que están más orgullosos de ser virginianos que de ser americanos. Esta poderosa palabra, que abarca a todo un continente, significaba menos para él que el recuerdo de su abuelo, que dio la libertad a sus esclavos en 1858, combatió desde Manassas a Appomattox, leía para entretenerse a Huxley y Spencer, y creía en la casta sólo si expresaba lo mejor de la raza.

Para Choupette todo aquello era confuso. Sus críticas más explícitas contra los norteamericanos iban dirigidas contra las mujeres.

—¿Cómo las clasificarías? —decía con vehemencia—. Grandes damas, burguesas, aventureras... Todas son iguales. ¡Mira! ¿Adonde iría yo a parar si tratara de comportarme como tu amiga, madame de Richepin? Mi padre era catedrático de una universidad de provincias, y hay cosas que yo no podría hacer porque no las aceptaría mi clase, mi familia. Y hay cosas que madame de Richepin no podría hacer por su clase y su familia —señaló de pronto a una chica americana que se metía en el agua—: Esa señorita bien puede ser una mecanógrafa, pero se cree obligada a disfrazarse, vistiéndose y comportándose como si tuviera todo el dinero del mundo.

—Puede que algún día lo tenga.

—Ése es el cuento que les cuentan. Puede que una lo consiga, pero no noventa y nueve. Por eso, en cuanto llegan a los treinta, tienen cara de insatisfechas y amargadas.

Aunque Henry, en general, estaba de acuerdo, no podía evitar reírse para sus adentros cuando veía el blanco que había elegido Choupette aquella tarde. La chica —quizá tuviera dieciocho años— evidentemente no usaba ningún disfraz: era lo que el padre de Henry hubiera llamado un purasangre. Tenía una cara inteligente, seria, que además era preciosa por la indiscutible e insoslayable perfección de sus rasgos, de los que podría prescindir sin perder aplomo ni distinción.

Llena de gracia, a la vez exquisita y consistente, representaba a la perfección ese tipo de chica americana que hace que uno se pregunte si no exigirán el sacrificio del hombre, como, en el siglo pasado, las clases bajas de Inglaterra fueron sacrificadas para producir la clase gobernante.

Los dos jóvenes que salieron del agua cuando ella se zambulló tenían la espalda ancha y la cara inexpresiva. La chica les sonrió: ni más ni menos de lo que se merecían, hasta que eligiera al futuro padre de sus hijos y se abandonara a su destino. Hasta entonces... Henry Marston disfrutaba mirándola: cómo sus brazos, peces voladores, cortaban el agua a estilo crol, y su cuerpo se doblaba y estiraba cuando se lanzaba desde el trampolín de cabeza o en un salto de carpa. Y cómo su cabeza emergía de las profundidades, y airosamente se echaba hacia atrás el pelo mojado.

Los dos jóvenes pasaron cerca.

—Salpican agua —dijo Choupette— y se van a otra parte y salpican más agua. Pasan meses en Francia y ni siquiera saben el nombre del presidente. Son unos parásitos: Europa no había visto cosa igual desde hace cien años.

Pero Henry se había puesto de pie bruscamente, y enseguida toda la playa se levantó. Algo había ocurrido en los cincuenta metros que separaban de la costa el embarcadero desierto. Una cabeza brillaba en la superficie. No nadaba, sino que gritaba con voz débil, asustada:

—*Au secours!* ¡Socorro!

—¡Henry! —dijo Choupette—. ¡No vayas! ¡Henry!

La playa estaba casi desierta al mediodía, pero Henry y algunos más corrieron hacia el agua; los dos jóvenes americanos oyeron los gritos, dieron media vuelta y se sumaron a la carrera. Fue un instante de frenesí, con media docena de cabezas que fluctuaban en el agua. Choupette, agarrada a su sombrilla, pero arreglándoselas para retorcerse las manos a la vez, corría por la playa gritando:

—¡Henry! ¡Henry!

Ahora había más manos que ayudaban, y dos grupos se formaron alrededor de los cuerpos que yacían a la orilla. El joven que había rescatado a la chica consiguió reanimarla en unos segundos, pero más difícil resultó sacar del agua a Henry, que no sabía nadar.

## II.

—Éste es el hombre que no sabía si sabía nadar porque nunca había hecho la prueba.

Henry se levantó de la tumbona sonriendo estúpidamente. Era la mañana siguiente, y la chica rescatada acababa de aparecer en la playa con su hermano. Le devolvió a Henry una sonrisa despreocupada, luminosa, más de admiración que de gratitud.

—Lo menos que puedo hacer es enseñarle a nadar —dijo.

—Me gustaría. Lo decidí ayer en el agua, antes de hundirme por décima vez.

—Puede confiar en mí. Nunca volveré a comer helado de chocolate antes de bañarme.

Mientras la chica se metía en el agua, Choupette preguntó:

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? Esta vida es un aburrimiento.

—Nos quedaremos hasta que yo aprenda a nadar. Y los niños también.

—Estupendo. He visto un bañador muy bonito, en dos tonos de azul, que vale cincuenta francos. Te lo compraré esta tarde.

Sintiéndose un poco barrigudo y pálido como un enfermo, Henry, llevando de la mano a sus dos hijos, se metió en el agua. Las olas rompían sobre él, le hacían tambalearse, mientras los chicos gritaban de alegría; con la resaca, el agua reflúa arremolinándose amenazadoramente a sus pies como apresurándose a volver al mar. Se adentró un poco más. Con el agua por la cintura, junto a otros tan asustados como él, mirando a la gente que saltaba desde los trampolines, esperaba a que la chica viniera a cumplir su promesa, y sintió algo de vergüenza cuando por fin llegó.

—Empezaré con el mayor. Usted mire, y trate de imitarlo.

Henry no sabía qué hacer en el agua. Se le introducía por la nariz, produciéndole un fuerte escozor; lo cegaba; se le quedaba después en los oídos, donde parecía moverse y resonar como arenilla durante horas. También lo descubrió el sol y le arrancó de los hombros tiras de pergamino: las ampollas de la espalda le hicieron pasar noches de fiebre e intenso dolor. Al cabo de una semana nadaba, de mala manera y jadeando, apenas unos metros. La chica le enseñó una modalidad de crol, pues Henry sabía que la braza era un estilo anticuado para ineptos y viejos. Choupette lo sorprendió mirando su cara bronceada en el espejo con una especie de fascinación, y el hijo menor contrajo en la playa una ligera infección en la piel que lo obligó a retirarse de la competición. Pero un día Henry luchó desesperadamente por mantenerse a flote y, esforzándose hasta el último aliento, lo consiguió.

—Ya está —le dijo a la chica cuando pudo hablar—, ya me puedo ir mañana de San Juan.

—Me da pena.

—¿Qué vais a hacer vosotros?

—Mi hermano y yo nos vamos a Antibes; allí se puede nadar durante todo el mes de octubre. Luego iremos a Florida.

—¿A nadar? —preguntó Henry, divertido.

—Exactamente. A nadar.



—¿Por qué nadas?

—Para limpiarme —contestó sorprendentemente.

—¿Para limpiarte qué?

La chica arrugó la frente.

—No sé por qué he dicho eso. Pero en el mar te sientes limpia.

—Los americanos son muy especiales con la limpieza —comentó Henry.

—¿Se puede ser de otra manera?

—Quiero decir que incluso nos molesta limpiar nuestra propia suciedad.

—No lo sé.

—Pero dime cómo...

Se interrumpió, sorprendido. Había estado a punto de pedirle que le explicara muchas cosas: que le dijera qué era limpio y qué era sucio, qué valía la pena saber y qué era sólo palabras. Había estado a punto de pedirle que le abriera una nueva puerta a la vida. Y, cuando la miró por última vez a los ojos, llenos de secretos inescrutables, se dio cuenta de cuánto iba a echar de menos aquellas mañanas, sin saber si lo que le interesaba era la chica o lo que representaba de su país siempre nuevo y siempre cambiante.

—Nos vamos mañana —dijo a Choupette aquella noche.

—¿A París?

—A América.

—¿Quieres decir que yo también me voy? ¿Y los niños?

—Sí.

—Pero eso es absurdo —protestó—. La última vez el viaje nos costó más que lo que gastamos aquí en seis meses. Y entonces sólo éramos tres. Ahora que por fin habíamos conseguido salir adelante...

—De eso se trata. Estoy cansado de salir adelante gracias a tus manías ahorrativas y a no tener qué ponerme. Quiero ganar más. A los americanos nos falta algo si no tenemos dinero.

—¿Me estás diciendo que nos vamos a quedar en Estados Unidos?

—Es muy posible.

Se miraron a los ojos, y, a su pesar, Choupette comprendió. Durante ocho años, a través de un continuo proceso de adaptación, Henry se había amoldado a su modo de vida, sustituyendo la confusión moral de su país, Estados Unidos, por la tradición, la sabiduría y la sofisticación de Francia. Después de lo que había ocurrido en París, comprender y olvidar parecía lo más importante, aferrarse al hogar como algo que está por encima de los caprichos del amor. Sólo ahora, rebosante de salud, con una sensación de bienestar que no disfrutaba desde hacía años, Henry había descubierto cuál era la reacción adecuada. Había conseguido liberarse. A cambio de una profunda sensación de pérdida, recuperaba la identidad masculina que le había confiado hacía ocho años a una juiciosa chica de Provenza.

Choupette se resistió.

—Tienes un buen trabajo y nos sobra el dinero. Y sabes que aquí la vida es más barata.

—Los niños se van haciendo mayores, y no sé si me apetece que se eduquen en Francia.

—Pero eso ya está decidido —Choupette estaba a punto de llorar—. Tú mismo has admitido que en Estados Unidos la educación es superficial y caprichosa, sujeta a modas ridículas. ¿Quieres que tus hijos sean como esos dos imbéciles de la playa?

—A lo mejor he pensado en mí ante todo, Choupette. Los que salieron de la universidad hace ocho años y presentaron entonces en el banco sus cartas de recomendación hoy viajan en coches de diez mil dólares. Y a mí me daba igual: me convencía a mí mismo de que yo tenía el mejor de los refugios, sólo porque nosotros sabíamos que la langosta a la armoricaine era en realidad langosta a la américaine. Puede que ya no tenga esa sensación.

Choupette se puso más seria.

—Si es eso...

—Piénsalo. Empezaremos de nuevo.

Choupette se quedó pensativa un instante.

—Mi hermana puede encargarse del apartamento, claro.

—Claro que sí —Henry estaba entusiasmado—. Y allí seguro que hay cosas que te chiflan. Tendremos un buen coche, por ejemplo, y una nevera eléctrica, y toda clase de máquinas increíbles que sustituirán a las criadas. Será estupendo. Aprenderás a jugar al golf y pasarás el día hablando de niños. Y están las películas.

Chouquette sollozó.

—Al principio será un poco terrible —admitió Henry—, pero todavía quedan algunas buenas cocineras negras, y seguramente tendremos dos cuartos de baño.

—Soy incapaz de usar más de uno a la vez.

—Ya aprenderás.

Un mes más tarde, cuando la hermosa isla blanca se les acercaba flotando en la bahía de Nueva York, a Henry, aliviado, se le hizo un nudo en la garganta. Hubiera querido gritar a Chouquette y a todos los extranjeros: «¡Ahora veréis!».

### III.

Casi tres años después, Henry Marston salió de su oficina en la Calumet Tobacco Company y atravesó el vestíbulo camino del despacho del juez Waterbury. Había envejecido: tenía una sombra de severidad en la cara, y el traje de lino blanco no disimulaba la leve pero irrefrenable pesadez del cuerpo.

—¿Está ocupado, juez?

—Pasa, Henry.

—Me voy mañana a la costa, a ver si adelgazo nadando. Me gustaría hablar con usted antes de irme.

—¿Los niños van también?

—Sí, claro.

—Me figuro que Chouquette se irá al extranjero.

—Este año, no. Creo que vendrá conmigo, a no ser que quiera quedarse aquí, en Richmond.

El juez pensó: «Está claro: lo sabe todo». Esperó.

—Quisiera decirle, juez, que voy a dejar el trabajo a finales de septiembre.

El sillón del juez chirrió cuando lo movió para ponerse de pie.

—¿Te vas de la empresa, Henry?

—No exactamente. Walter Ross quiere volver a América; yo quisiera ocupar su puesto en Francia.

—Pero, chico, ¿sabes cuánto le pagamos a Walter Ross?

—Siete mil.

—Y tú ganas veinticinco.

—Seguramente se habrá enterado usted de que he ganado un poco en la Bolsa —dijo Henry, algo molesto.

—He oído que entre cien mil y medio millón.

—Sí, una cantidad intermedia.

—¿Para qué necesitas entonces un trabajo de siete mil dólares? ¿Tiene Chouquette nostalgia del hogar?

—No. Me parece que a Chouquette le gusta estar aquí. Se ha adaptado de una manera asombrosa.

«Lo sabe todo», pensó el juez. «Quiere huir.»

Cuando Henry se fue, el juez miró el retrato de su abuelo. En aquel tiempo el asunto hubiera resultado más fácil: un duelo a pistola en el prado del viejo Wharton al amanecer. Habría sido una ventaja para Henry si las cosas no hubieran cambiado.

El chófer de Henry lo dejó en una nueva zona residencial, frente a una casa de estilo georgiano. Colgó el sombrero en el recibidor y salió a la galería de uno de los laterales de la casa.

Desde el columpio Choupette lo miró con una sonrisa de cortesía. Si no fuera por cierta viveza de rasgos y cierto gusto en el vestir imposible de definir habría pasado por americana. Los modismos del Sur le daban a su acento francés un singular encanto, y aún había en los bailes de Navidad estudiantes que la asediaban como a una debutante.

Henry saludó con la cabeza al señor Charles Wiese, que ocupaba un sillón de mimbre y tenía un gin fizz al alcance de la mano.

—Quiero hablar con vosotros —dijo mientras se sentaba.

Las miradas de Wiese y Choupette se cruzaron rápidamente antes de posarse en Henry.

—Eres libre, Wiese —dijo Henry—. ¿Por qué no os casáis Choupette y tú?

Choupette se levantó. Sus ojos echaban chispas.

—Espera —Henry se volvió hacia Wiese—. Llevo casi un año sin meterme en este asunto, porque estaba poniendo en orden mis negocios. Pero vuestra última y brillante idea ha conseguido que me sienta un poco incómodo, un poco sórdido, y no me gusta sentirme así.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Wiese.

—En mi último viaje a Nueva York habéis hecho que me sigan. Me figuro que con la intención de obtener pruebas contra mí para el divorcio. No lo conseguisteis.

—No sé cómo se te ha ocurrido semejante idea, Marston; tú...

—¡No mientas!

—Pero... —empezó a decir Wiese, pero Henry lo interrumpió con impaciencia:

—No me vengas con peros, y procura no ponerte nervioso. No estás hablando con un jornalero asustado y con solitaria. No quiero montar una escena: el asunto no me afecta tanto como para eso. Sólo quiero pactar un divorcio.

—¿Por qué sacas a relucir así estas cosas? —gritó Choupette, que había empezado a hablar en francés—. ¿No podemos hablar a solas, si tanto crees que tienes que echarme en cara?

—Espera un momento; también podemos dejar las cosas claras ahora mismo —dijo Wiese—. Choupette quiere divorciarse. La vida que lleva contigo no la satisface, y la única razón de que haya aguantado hasta ahora es que es una idealista. No parece que tú valores este hecho, pero es verdad: es incapaz de deshacer un hogar.

—Es muy conmovedor —Henry miró a Choupette con sorna y amargura—, pero pasemos a los hechos. Me gustaría acabar este asunto antes de irme a Francia.

Wiese y Choupette volvieron a intercambiar una mirada.

—Será muy fácil —dijo Wiese—. Choupette no quiere ni un céntimo tuyo.

—Lo sé. Quiere a los niños. Y la respuesta es ésta: no tendréis a los niños.

—¡Es indignante! —gritó Choupette—. ¿Cómo se te puede ocurrir que voy a renunciar a mis hijos?

—¿Qué has pensado, Marston? —preguntó Wiese—. ¿Volver con ellos a Francia y convertirlos en unos expatriados como tú?

—No. Irán al colegio de Saint Regis y después a Yale. Y no tengo la menor intención de impedirles ver a su madre siempre que ella lo desee: a juzgar por estos dos últimos años, no será con frecuencia. Pero a cambio quiero la custodia legal.

—¿Por qué? —preguntaron a la vez Choupette y Wiese.

—Por la familia.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Prefiero ponerlos a trabajar de aprendices a que se eduquen en la clase de familia que vais a formar Choupette y tú.

Hubo un instante de silencio. De pronto Choupette cogió su vaso, arrojó el contenido a Henry y se derrumbó en el columpio entre sollozos desgarrados.

Henry se secó la cara con el pañuelo y se levantó.

—Me temía algo así —dijo—, pero creo que he dejado mi postura lo suficientemente clara.

Subió a su cuarto y se echó en la cama. Hacía más de un año que, a lo largo de mil horas de insomnio, llevaba dándole vueltas al problema de conservar a sus hijos sin tomar medidas legales contra Choupette, a las que no deseaba recurrir. Sabía que ella quería a los niños sólo porque sin

ellos parecería sospechosa, incluso déclassée, a los ojos de su familia en Francia. Pero, con esa capacidad de ser objetivo propia de los linajes antiguos, Henry reconocía que era un motivo absolutamente legítimo. Además, ningún escándalo público debía afectar a la madre de sus hijos: esto era lo que había hecho tan inútil su de saño de aquella tarde.

Cuando los problemas se convertían en insuperables, ineludibles, Henry se entregaba al ejercicio. En aquellos tres años nadar había sido una especie de refugio, y a él volvía como otros vuelven a la música o a la bebida. Había un punto en el que automáticamente dejaba de pensar y se iba una semana a la costa de Virginia para que el agua le aclarara las ideas. Lejos de donde rompen las olas podía contemplar la línea verde y marrón de la antigua colonia con la agradable indiferencia de una marsopa. La carga de su lamentable matrimonio se aligeraba con los confiados vaivenes de su cuerpo entre el oleaje y entonces creía moverse en un ensueño infantil. A veces nadaban con él añorados compañeros de su juventud; a veces le parecía seguir, con sus dos hijos, el camino luminoso que lleva a la luna. Los americanos, le gustaba decir, deberían haber nacido con aletas, y quizá las tuvieran: quizá el dinero era una modalidad de aleta. En Inglaterra la propiedad engendraba un fuerte sentido de la tierra, pero los americanos, inquietos, de raíces poco profundas, necesitaban aletas y alas. Incluso se extendía por Estados Unidos la idea recurrente de una enseñanza que prescindiera de la Historia y del pasado: la educación sería una especie de equipamiento para una aventura aérea, aliviada del peso muerto de la herencia y la tradición.

Y, la tarde siguiente, mientras pensaba en estas cosas en el agua, Henry se acordó de sus hijos, y volvió hacia la orilla, nadando despacio y trabajosamente. Estaba desentrenado, cansado, y se tumbó, jadeante, en el embarcadero, pero, al levantar la vista, descubrió unos ojos conocidos. De pronto se encontró hablando con la chica a la que había intentado salvar cuatro años antes.

Estaba encantado. No se había dado cuenta de lo mucho que la recordaba. Era virginiana — debería haberlo adivinado en Francia—: aquella lasitud, la aparente despreocupación que enmascara una cortesía y una atención infalibles, la buena educación desprovista de formalismos, se basaban en la amabilidad y el respeto. Al oír por primera vez el apellido de la chica, Henry lo reconoció: un apellido de la costa Este, tan bueno como el suyo.

Tumbados al sol, hablaron como viejos amigos, no de razas y modos de comportarse y esas cosas sobre las que Henry y Choupette meditaban tristemente, sino como si, por naturaleza, estuvieran de acuerdo sobre tales asuntos. Hablaban de lo que les gustaba, de lo que les divertía. Ella le enseñó un complicado salto de trampolín, y él la emuló de una manera inexperta que les hizo reír. Hablaron de comer cangrejos, y la chica le contó cómo, gracias a la curiosa acústica del agua, podías, tumbado en el embarcadero, reírte con las conversaciones de la galería del hotel. Se pusieron a la escucha y oyeron a dos señoras que tomaban el té.

—Pues en el Lido...

—Pues en Asbury Parle...

—Ah, querida, se pasó la noche rascando, venga a rascar y rascar...

—Querida, en Deauville...

—...venga a rascar y rascar toda la noche.

Y un instante después el mar adquirió el azul intenso de las cuatro de la tarde, y la chica le contó que a los diecinueve años se había divorciado de un español que la dejaba encerrada en la habitación del hotel cuando él salía de noche.

—Cosas que pasan —dijo, sin darle al asunto mayor importancia—. Pero hablemos de cosas más alegres. ¿Cómo está tu preciosa mujer? ¿Y los niños? ¿Han aprendido a mantenerse a flote? ¿Por qué no cenamos todos juntos esta noche?

—Me temo que no podré —dijo Henry tras dudar un momento. No debía hacer nada, por insignificante que fuera, que diera armas a Choupette, y, con una sensación de repugnancia, se le ocurrió que quizá lo habían estado vigilando aquella tarde. Y se alegró de su prudencia cuando su mujer se presentó por sorpresa en el hotel a la hora de la cena.

Después de que los niños se acostaran, tomaron café, frente a frente, en la terraza del hotel.

—¿Me podrías explicar, si eres tan amable, por qué no tengo derecho a disfrutar de mis propios hijos en la parte que me corresponde? —comenzó Choupette—. No es propio de ti ser rencoroso, Henry.

A Henry le resultaba difícil explicarlo. Le repitió que podría tener a los niños siempre que quisiera, pero que él debía ejercer un control absoluto sobre ellos debido a ciertas convicciones

anticuadas. Cuando se dio cuenta de que la expresión de Choupette se endurecía por momentos, comprendió que las palabras eran inútiles y calló.

—Quiero darte la oportunidad de que entres en razón antes de que llegue Charles.

Henry se puso derecho, en tensión.

—¿Va a venir esta noche?

—Afortunadamente. Y puede que tu egoísmo empiece a resquebrajarse. Ya no estás tratando con una mujer.

Cuando Wiese entró en la galería una hora más tarde, Henry observó que sus labios sin color parecían de tiza; tenía la cara colorada y sus ojos rebosaban seguridad en sí mismo. Estaba listo para entrar en acción y no perdió el tiempo.

—Tengo ahí una lancha motora: quizá sea el sitio más tranquilo para decir lo que tengamos que decirnos.

Henry asintió con frialdad; cinco minutos más tarde los tres ponían rumbo hacia la rada de Hampton por el ancho sendero que trazaba la luz de la luna. Era una noche tranquila, y a menos de un kilómetro de la costa Wiese redujo la marcha del motor a una ligera vibración: parecían ir a la deriva, sin dirección precisa, a través de las aguas iluminadas. Y entonces la voz de Wiese rompió el silencio.

—Marston, te hablaré sin rodeos. Quiero a Choupette y no voy a pedir perdón por quererla. No es la primera vez que pasan cosas así. Me figuro que lo entiendes. El único problema es ese asunto de la custodia de los hijos de Choupette. Pareces decidido a apartarlos de la madre que los engendró y crió —Wiese pronunciaba ahora con mayor claridad, como si las palabras salieran de una boca más grande—, pero tus cálculos no han tenido en cuenta una cosa: a mí. ¿No se te ha ocurrido pensar que en estos momentos soy uno de los hombres más ricos de Virginia?

—Algo así he oído.

—Pues dinero es poder, Marston. Y te lo repito, sí: dinero es poder.

—Eso también lo he oído. Eres un pesado, Wiese, de verdad.

Incluso a la luz de la luna, Henry pudo ver cómo la cara se le ponía aún más roja.

—Volverás a oírlo, sí. Ayer nos cogiste por sorpresa, y no me esperaba la brutalidad con que tratas a Choupette. Pero esta mañana he recibido una carta de París que plantea el asunto desde un nuevo punto de vista. Es el informe de un especialista en enfermedades mentales, que te declara mentalmente incapacitado, no apto para hacerte cargo de la custodia de los niños. Es el especialista que te atendió hace cuatro años, cuando tuviste una crisis nerviosa.

Henry se echó a reír, incrédulo, y miró a Choupette, casi esperando que también riera, pero ella había vuelto la cara, respirando por la boca, nerviosa. Y de pronto se dio cuenta de que Wiese decía la verdad: gracias a algún extraordinario soborno, había conseguido aquel documento que no dudaría en utilizar.

Henry se tambaleó como si hubiera recibido un golpe, y oyó su propia voz:

—Es lo más ridículo que he oído en mi vida.

Y oyó la respuesta de Wiese:

—Los médicos no le dicen siempre a la gente que tiene problemas mentales.

Henry quería reírse: ya había pasado el terrible instante en que se preguntó si había algo de verdad en aquella acusación. Miró a Choupette, que volvió a apartar la mirada.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así, Choupette?

—Quiero a mis hijos —comenzó, pero Wiese se apresuró a interrumpirla.

—Si hubieras sido más razonable, Marston, no hubiéramos tenido que tomar esta medida.

—¿Me quieres hacer creer que has preparado esta trampa ruin desde ayer por la tarde?

—Creo que hay que estar preparado, pero si hubieras sido razonable... si fueras razonable, no habría necesidad de usar este diagnóstico —la voz de Wiese se había vuelto de pronto casi paternal, casi amable—: Ten sensatez, Marston. Tú te apoyas en un obstinado prejuicio; yo, en cuarenta millones de dólares. No te portes como un imbécil. Permíteme repetirte, Marston, que dinero es poder. Has estado tanto tiempo en el extranjero que a lo mejor se te olvida. El dinero levantó este país, construyó sus grandes y gloriosas ciudades, creó sus industrias, lo cubrió con una red de

ferrocarriles. El dinero domina las fuerzas de la naturaleza, crea las máquinas y las hace funcionar cuando dice «adelante» y parar cuando dice «alto».

Como si interpretara estas palabras como una orden, el motor lanzó un repentino ruido ronco y se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Choupette.

—Nada —Wiese apretó el arranque automático con el pie—. Te repito, Marston que el dinero... Se ha descargado la batería. Voy a tratar de arrancar el motor con la manivela. Es un momento.

Estuvo dándole vueltas a la manivela un cuarto de hora mientras la lancha oscilaba en un reducido y plácido círculo.

—Choupette, abre el cajón que hay detrás de ti y mira si hay bengalas.

Una sombra de pánico se insinuó en la voz de Choupette cuando respondió que no había bengalas. Wiese atisbo la costa sin gran confianza.

—Es inútil gritar. Debemos de estar a menos de un kilómetro. Tendremos que esperar a que pase alguien.

—Aquí no podremos esperar —observó Henry.

—¿Por qué no?

—Nos desplazamos hacia la bahía. ¿No os dais cuenta? Nos arrastra la marea.

—¡Es imposible! —dijo Choupette, irritada.

—Mira esas dos luces en la costa: ahora una pasa a la otra. ¿Lo ves?

—¡Haced algo! —lloriqueó, antes de estallar en un francés frenético—: *Ah, c'est épouvantable! N'est-ce pas qu'il y a quelque chose qu'on peut faire?*

Ahora la marea era más rápida, y la lancha, a la deriva por la rada, se adentraba en el mar. Dos barcos, como dos manchas difusas, pasaron a demasiada distancia: no respondieron a sus llamadas. Con el cielo del Oeste como fondo parpadeaba un faro, pero era imposible imaginar a cuántos metros pasaría la lancha.

—Parece que se van a resolver todos nuestros problemas.

—¿Qué problemas? —preguntó Choupette—. ¿Quieres decir que no se puede hacer nada? ¿Puedes quedarte ahí sentado mientras te arrastra la marea?

—Quizá, después de todo, sea un alivio para los niños —Choupette empezó a llorar amargamente y Henry se estremeció, pero no dijo nada. Una idea fantasmal iba tomando forma en su cabeza.

—Oye, Marston, ¿sabes nadar? —preguntó Wiese, arrugando la frente.

—Sí, pero Choupette no sabe.

—Yo tampoco. No lo digo por eso. Si pudieras nadar hasta la orilla y avisar por teléfono, el guardacostas nos rescataría.

Henry miró hacia la negrura de la costa, que iba disminuyendo. —Está demasiado lejos —dijo. —¡Puedes intentarlo! —dijo Choupette. Henry negó con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado. Además, existe la remota posibilidad de que nos recojan.

Pasaron el faro, lejos, a la izquierda: no oirían sus llamadas. Otro faro, el último, surgió a menos de un kilómetro de distancia.

—A la deriva podríamos llegar hasta Francia, como hizo ese tal Gerbault —observó Henry—. Pero entonces, claro, seríamos expatriados, y a Wiese no le gustaría. ¿No, Wiese?

Wiese, que se afanaba frenéticamente con el motor, lo miró. —Échale un vistazo, a ver si puedes hacer algo —dijo. —No entiendo de mecánica —respondió Henry—. Además, esta solución de nuestros problemas me gusta. Supongamos que sois un par de perros lo suficientemente asquerosos para utilizar ese informe y llevaros a los niños: en ese caso no me quedaría la fuerza suficiente para seguir viviendo. Los tres somos un fracaso: yo, como cabeza de familia; Choupette, como esposa y madre; y tú, Wiese, como ser humano. No importa que muramos juntos.

—No es el momento para sermones, Marston. —Sí, es el momento adecuado. ¿Qué tal sonaría una oración cantada con acompañamiento de órgano sobre el poder del dinero?

Choupette se sentó rígida en la proa; Wiese, de pie junto al motor, se mordía nerviosamente los labios.

—No pasaremos demasiado cerca del faro —se le ocurrió una idea—: ¿Podrías nadar hasta el faro, Marston?

—¡Claro que puede! —gritó Choupette. Henry miró hacia la costa. —Podría. Pero no quiero. — ¡Tienes que hacerlo!

Volvió a titubear ante los sollozos de Choupette; pero a la vez se daba cuenta de que su ocasión había llegado.

—Todo depende de una pequeña cuestión —dijo con rapidez—. Wiese, ¿tienes una estilográfica?

—Sí. ¿Para qué?

—Si escribes y firmas unas doscientas palabras que te voy a dictar, nadaré hasta el faro y conseguiré ayuda. Si no es así, bien lo sabe Dios, nos perderemos mar adentro, a la deriva. Y será mejor que os decidáis pronto.

—¡Lo que tú quieras! —Choupette lo interrumpió, frenética—. Haz lo que diga, Charles. Habla en serio. Siempre habla en serio. ¡Date prisa, por favor!

—Haré lo que quieras —a Wiese le temblaba la voz—. Vamos, por Dios, dime... ¿Qué quieres? ¿Un acuerdo sobre los niños? Te doy mi palabra de honor...

—No tenemos tiempo para chistes —dijo Henry, furioso—. Coge este papel y escribe.

Las dos páginas que Wiese escribió al dictado de Henry suponían la renuncia de Wiese y Choupette a cualquier derecho sobre los niños a partir de aquel momento y para siempre. Cuando estampaban sus firmas temblorosas, Wiese gritó:

—Vamos, ve, por amor de Dios, antes de que sea demasiado tarde.

—Sólo una cosa más: el certificado del médico.

—No lo tengo aquí.

—Estás mintiendo.

Wiese lo sacó del bolsillo.

—Escribe a pie de página lo que has pagado por él, y firma.

Un instante después, sólo con la ropa interior y con los papeles en una tabaquera de seda parafinada colgada del cuello, Henry saltó del barco y empezó a nadar a grandes brazadas hacia el faro.

Las aguas lo cubrieron un instante, pero, tras la primera impresión, todo era tibio, acogedor, y el murmullo de las olas le infundía ánimos. Nunca había nadado una distancia tan grande, y era un hombre de ciudad, pero lo mantenía a flote la felicidad que le colmaba el corazón. Estaba a salvo, por fin era libre. Cada brazada era más fuerte pues sabía que sus dos hijos, ahora dormidos en el hotel, se habían salvado de cuanto había temido. Divorciada de su propio país, Choupette había elegido las cosas de la vida americana que satisfacían mejor su propio egoísmo. Era insoportable pensar que, respaldada por un juez, hubiera contagiado a sus hijos aquel absurdo fárrago moral. Henry hubiera perdido a sus hijos para siempre.

Se volvió hacia la lancha motora y vio que estaba ya muy lejos, que la luz cegadora se acercaba. Estaba muy cansado. Si se dejara llevar —y, cuando descansaba del esfuerzo, sentía un alarmante impulso de dejarse llevar—, moriría rápidamente, sin dolor, y todos aquellos problemas de odio y amargura desaparecerían. Pero sentía el destino de sus hijos en la tabaquera de seda que le colgaba del cuello, y con un esfuerzo convulsivo se revolvió y concentró todas sus energías en alcanzar su meta.

Veinte minutos después esperaba, tiritando y chorreando en el puesto de radio, a que transmitieran al guardacostas que había en la bahía una lancha a la deriva.

—No corren demasiado peligro, si no hay una tormenta —dijo el farero—. Seguramente habrán tropezado con la contracorriente del río y la marea los arrastrará hasta Peyton Harbor.

—Sí —dijo Henry, que frecuentaba aquella costa desde hacía tres veranos—. Ya lo sabía.

IV.

En octubre Henry dejó a sus hijos en el colegio y zarpó hacia Europa en el *Majestic*. Había vuelto a su patria como a una madre generosa y había recibido más de lo que había pedido: dinero, liberarse de una situación intolerable y una nueva fuerza para luchar por lo que era suyo. Miraba desde la cubierta del *Majestic* cómo desaparecía la ciudad, cómo desaparecía la costa, y lo invadía una sensación de abrumadora gratitud y alegría porque América existiera, porque bajo los repugnantes escombros de las industrias aún empujara hacia arriba la tierra rica, incorregiblemente fértil y abundante, y porque en el corazón del pueblo sin caudillos la generosidad y las lealtades antiguas siguieran luchando, estallando a veces en fanatismo y excesos, pero siempre indómitas, invictas. Una generación perdida ostentaba el poder en aquel momento, pero Henry creía que la nueva generación, la generación de la guerra, era mejor; y que la vieja impresión de que Estados Unidos era un accidente estrambótico, una especie de juego de la historia, había desaparecido para siempre. Lo mejor de Estados Unidos era lo mejor del mundo.

Bajó a la oficina del contador del barco y esperó a que una pasajera dejara libre la ventanilla. Cuando la pasajera se volvió, los dos se sobresaltaron: Henry reconoció a la chica.

—¡Hola! —exclamó ella—. ¡Me alegro de que vayas en el barco! Acabo de preguntar cuándo abren la piscina. Lo mejor de este barco es que se puede nadar.

—¿Por qué te gusta nadar? —preguntó Henry.

—Siempre me preguntas lo mismo —se echó a reír.

—A lo mejor me lo dices si cenamos juntos esta noche.

Pero cuando la chica se fue, Henry se dio cuenta de que nunca podría decírselo: ni ella ni nadie. Francia era una tierra, Inglaterra era un pueblo, pero Estados Unidos, que conservaba aún cierta calidad de idea, era más difícil de definir; era las tumbas de Shiloh y las caras cansadas, ojeras, nerviosas, de sus grandes hombres y los chicos de pueblo que murieron en la Argonne por una frase que, antes de que sus cuerpos se secaran, ya estaba vacía. Era un deseo del corazón.



## Dos errores

*Dos errores (Sarturday Evening Post, 18 de enero de 1930) es uno de los relatos sobre peleas matrimoniales que Fitzgerald escribió durante 1929 y 1930, reflejo de sus propios problemas: en este caso, su alcoholismo y el fracaso de Zelda Fitzgerald en sus intentos de llegar a ser bailarina profesional. Fitzgerald temía que fuera «demasiado fuerte» para el Post, pero su agente, Harold Ober, le aseguró: «Es de lo mejor que has hecho». Fitzgerald incluyó Dos errores en el libro de cuentos Taps at Reveille.*

—Mírame los zapatos —dijo Bill—. Veintiocho dólares.

El señor Brancusi los miró.

—Chachi —dijo.

—Hechos a medida.

—Ya sabía que eras elegantísimo. No me habrás hecho venir sólo para enseñarme los zapatos, ¿verdad?

—No soy elegantísimo. ¿Quién ha dicho que yo era elegantísimo? —preguntó Bill—. Sólo porque tengo más educación que la mayoría de la gente que se dedica al negocio del espectáculo.

—Y además sabes que eres joven y guapo —dijo Brancusi con su especial sentido del humor.

—De eso no hay duda, sobre todo si me comparo contigo. Las chicas creen que soy actor, hasta que me conocen... ¿Tienes un cigarrillo? En fin, parezco un hombre... que ya es más que lo que hacen todos esos niñatos que rondan por Times Square.

—Atractivo. Un caballero. Buenos zapatos. Favorecido por la suerte.

—En eso te equivocas —objetó Bill—. Inteligencia. Tres años, nueve espectáculos, cuatro éxitos, un solo fracaso. ¿Dónde ves la suerte?

Un poco aburrido, Brancusi se limitaba a mirarlo. Lo que hubiera visto —si tuviera ojos en la cara y no estuviera pensando en otra cosa— era un joven irlandés de aspecto sano que transpiraba agresividad y confianza en sí mismo hasta saturar el aire de su despacho. Brancusi sabía que en cualquier momento Bill oiría el sonido de su propia voz y se avergonzaría y se refugiaba en su otra personalidad: la del hombre serenamente superior, sensible, protector de las artes, una imitación de los intelectuales del Theatre Guild. Bill McChesney aún no había terminado de decidirse entre sus dos caras: semejantes mezclas no suelen cuajar antes de los treinta años.

—Fíjate en Ames, en Hopkins, en Harris... Fíjate en quien te dé la gana —insistió Bill—. ¿En qué me superan? ¿Qué pasa? ¿Quieres una copa? —se había dado cuenta de que a Brancusi se le iban los ojos al armario de la pared de enfrente.

—Nunca bebo por la mañana. Sólo me preguntaba quién estará dando golpes en la pared. Deberías pararlo. Estas cosas me ponen nervioso, me sacan de quicio.

Bill se acercó rápidamente a la puerta y la abrió.

—Nadie —dijo—. ¡Ah, hola! ¿Qué quiere usted?

—Vaya, lo siento mucho —respondió una voz—. Lo siento muchísimo. Estoy tan nerviosa que no me había dado cuenta de que tenía este lápiz en la mano.

—¿Qué quiere usted?

—Quería verlo, y un empleado me ha dicho que está usted ocupado. Traigo una carta de Alan Rogers, el dramaturgo: quería dársela yo personalmente.

—Estoy ocupado —dijo Bill—. Vea al señor Cadorna.

—Ya lo he visto, pero no me ha servido de mucho, y el señor Rogers dice que...

Brancusi, impaciente, le echó una ojeada a través de la puerta. Era muy joven, con un precioso pelo rojo: su cara reflejaba más temperamento que el que indicaba su parloteo; no se le ocurrió al señor Brancusi que tenían la culpa sus orígenes en Delaney, en Carolina del Sur.

—¿Qué hago? —preguntó la chica, poniendo tranquilamente su futuro en las manos de Bill—. Tenía una carta para el señor Rogers, pero el señor Rogers sólo me ha dado esta carta para usted.

—Bueno, ¿qué quiere que haga yo? ¿Casarme con usted? —saltó Bill.

—Me gustaría que me diera un papel en una de sus obras.

—Entonces siéntese y espere. Estoy ocupado... ¿Dónde está la señorita Cohalan? —tocó un timbre, volvió a mirar, de mal humor, a la chica y cerró la puerta del despacho. Pero durante la interrupción había recuperado su otra personalidad y reanudó su conversación con Brancusi con el tono de alguien que hubiese compartido con Reinhardt, como uña y carne, sus anhelos por el futuro artístico del teatro.

A las doce y media había olvidado todo excepto que se estaba convirtiendo en el más grande director teatral del mundo y que tenía una cita para comer con Sol Lincoln y hablarle precisamente de aquello. Al salir del despacho, miró con expectación a la señorita Cohalan.

—El señor Lincoln no puede verlo —dijo—. Acaba de llamar.

—Acaba de llamar —repitió Bill, molesto—. Muy bien. Táchelo de la lista para el jueves por la noche.

La señorita Cohalan trazó una línea en un papel.

—Señor McChesney, no se habrá olvidado de mí, ¿verdad?

Se volvió hacia la pelirroja.

—No —contestó, pensando en otra cosa. Y dijo a la señorita Cohalan—: Da igual: invítelo el jueves. Que se vaya al infierno.

No quería comer solo. Ya no quería hacer nada solo: las relaciones con la gente son mucho más divertidas cuando uno tiene éxito y poder.

—Si me permite hablar con usted unos minutos... —empezó la chica.

—Me temo que ahora no puedo —y de repente se dio cuenta de que era la persona más bella que había visto en su vida.

La miró con asombro.

—El señor Rogers me dijo...

—Venga a comer algo conmigo —dijo, y, con aire de tener mucha prisa, le dio a la señorita Cohalan algunas órdenes rápidas y contradictorias y se fue sin cerrar la puerta.

Salieron a la calle 42 y Bill respiró el aire que le correspondía: en la calle 42 sólo hay aire para pocas personas a la vez. Era noviembre y había terminado el primer instante de euforia de la temporada teatral, pero Bill podía ver, si miraba al este, el anuncio luminoso de una de sus obras, y, si miraba al oeste, el anuncio de otra obra suya. Al volver la esquina, se anunciaba la obra que había montado con Brancusi: sería la última vez que trabajaba con otros.

Fueron al Bedford, donde se produjo un torbellino de camareros cuando Bill entró.

—¡Menudo restaurante! —dijo la chica, impresionada, queriendo ser sociable.

—Es el paraíso de los comicastro —Bill saludaba con la cabeza a unos y otros—. Hola, Jimmy... Bill... Qué pasa, Jack... Es Jack Dempsey... No suelo comer aquí. Normalmente, como en el Club de Harvard.

—Ah, ¿estudió usted en Harvard? Yo conocía...

—Sí —titubeó; había dos versiones sobre Harvard, y de repente decidió contarle la verdadera—. Y me trataron como a un palurdo. Ya se acabó aquello. Hace una semana estuve en Long Island en casa de los Gouverneur Haight, una gente muy distinguida, y un par de californianos que en Cambridge ni se dieron cuenta de que yo existía empezaron a tutearme y a llamarme su viejo amigo Bill —titubeó, y de repente decidió interrumpir la historia en aquel punto—. ¿Qué quiere usted? ¿Un trabajo? —preguntó. Recordó de repente que la chica tenía agujeros en las medias. Los agujeros en las medias siempre lo conmovían, lo ablandaban.

—Sí, o tendré que volver a casa —dijo la chica—. Quiero ser bailarina... Ya sabe... Ballet ruso. Pero las clases cuestan mucho dinero, así que tengo que buscar trabajo. Así, además, aprendería a moverme en el escenario.

—Corista, ¿no?

—No, no, bailarina clásica.

—Bueno, Pavlova es corista, ¿no?

—No, no —aquella irreverencia la escandalizó, pero continuó un instante después—: He estudiado con la señorita Campbell... Georgia Berriman Campbell... En mi ciudad... Quizá la conozca usted. Fue alumna de Ned Wayburn, y es verdaderamente maravillosa. Es...

—¿Sí? —dijo Bill, distraído—. Bueno, es un oficio difícil. Las agencias de actores están llenas de gente que sabe hacerlo todo, hasta que yo les hago una prueba. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Yo tengo veintiséis. Llegué aquí hace cuatro años sin un céntimo.

—¡Caramba!

—Podría retirarme ahora mismo y vivir bien el resto de mi vida.

—¡Caramba!

—El año que viene me tomaré un año de vacaciones. Me caso. ¿Has oído hablar de Irene Rikker?

—¡Por supuesto! ¡Es mi actriz favorita!

—Somos novios.

—¡Caramba!

Cuando poco después salieron a Times Square, Bill dijo despreocupadamente:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Pues... Voy a buscar trabajo.

—Quiero decir ahora mismo.

—Ah, nada.

—¿Quieres que tomemos café en mi apartamento? Está en la calle 46.

Sus miradas se encontraron, y Emmy Pinkard se convenció a sí misma de que sabría cuidarse sola.

El apartamento era un estudio amplio y luminoso con un diván que medía tres metros, y, en cuanto ella se tomó su café y él un whisky con soda, Bill le echó el brazo por el hombro.

—¿Por qué iba a darle un beso? —preguntó Emmy—. Apenas le conozco y además se va a casar con otra.

—¡Si es por eso! A ella no le importa.

—¿No?

—Eres una buena chica.

—La verdad es que no soy idiota.

—Muy bien, sigue siendo una buena chica.

Emmy se levantó, pero se entretuvo un poco más, muy tranquila y natural, en absoluto molesta.

Me figuro que esto significa que no me va a dar trabajo.—dijo con simpatía.

Bill estaba pensando ya en otra cosa —en una entrevista y un ensayo—, pero volvió a mirar a la chica y vio que seguía teniendo agujeros en las medias. Llamó por teléfono:

—Joe, soy el Novato... ¿Creías que no me había enterado de que me llamabas así? Muy bien... Dime, ¿has encontrado a las tres chicas para la escena de la fiesta? Bueno, óyeme; guarda un sitio para una niña del Sur que te voy a mandar hoy.

La miraba lleno de satisfacción, consciente de ser una buena persona.

—Bueno, no sé cómo darle las gracias. Y al señor Rogers —añadió con audacia—. Adiós, señor McChesney.

Bill no se dignó contestar.

## II.

Durante los ensayos acostumbraba a intervenir con frecuencia y a examinarlo todo con una expresión de sabiduría, como si adivinara los pensamientos de la gente, pero la verdad era que su

propia buena fortuna lo había sumido en un mar de confusión y era incapaz de ver las cosas con claridad, y ni siquiera le importaba. Pasaba la mayoría de los fines de semana en Long Island, invitado por gente distinguida. Cuando Brancusi lo llamaba «mariposón social», Bill contestaba: «Bueno, ¿y qué? Estudié en Harvard, ¿no? ¿Crees que me han encontrado en la calle vendiendo manzanas como a tí?». Los nuevos amigos lo apreciaban mucho por su atractivo y amabilidad, además de por su éxito.

Su compromiso con Irene Rikker era lo menos satisfactorio de su vida; se habían cansado el uno del otro, pero no se decidían a poner fin al asunto. Y, como muchas veces la propia riqueza une a los dos jóvenes más ricos de la ciudad, así Irene Rikker y Bill McChesney, arrastrados juntos por la marea del triunfo, no podían pasar sin el agradable reconocimiento mutuo de las razones de semejante éxito. A pesar de todo, daban rienda suelta a peleas feroces y cada vez más frecuentes, y el final se iba acercando. Estaba implicado un tal Frank Llewellen, un actor corpulento y bien parecido, que trabajaba con Irene. Cuando Bill se dio cuenta de la situación, se lo tomó con amargo sentido del humor; pero, después de dos semanas de ensayos, se respiraba la tensión.

Y, mientras, Emmy Pinkard, con dinero suficiente para galletas y leche, y un amigo que la invitaba a cenar, era feliz. El amigo, Easton Hughes, de Delaney, estudiaba en la Universidad de Columbia la carrera de dentista. A veces lo acompañaban otros jóvenes y solitarios futuros dentistas, y al precio, si se puede decir así, de unos pocos besos fortuitos en un taxi, Emmy cenaba cuando tenía hambre. Una tarde, cerca del escenario, le presentó a Easton a Bill McChesney, y desde entonces Bill convirtió sus celos de broma en base de su amistad.

—Ya veo que ese sacamuelas ha vuelto a jugármela. Te aconsejo que tengas cuidado, no vaya a administrarte una dosis de gas hilarante.

Se encontraban pocas veces, pero no hacían más que mirarse. Cuando Bill la veía, la miraba fijamente un instante, como si no la hubiese visto nunca y luego recordara de repente que tenía que gastarle una broma. Cuando Emmy lo miraba, veía muchas cosas: un día de sol, y multitudes que se apresuraban en las calles; una limusina espléndida y nueva, a la espera de una pareja con trajes espléndidos y nuevos que paseaba por alguna ciudad exactamente igual que Nueva York, pero lejana y más divertida. Había deseado muchas veces que Bill la besara, pero otras tantas veces se había alegrado de que no lo hubiera hecho; porque, según pasaban las semanas, parecía menos romántico, dedicado, como todos, a la trabajosa evolución de la comedia.

El estreno sería en Atlantic City. Un repentino malhumor, para todos evidente, se apoderó de Bill. Trataba con sequedad al director de escena, y con sarcasmo a los actores. Era, según se rumoreaba, porque Irene Rikker había llegado con Frank Llewellen en otro tren. Sentado junto al autor la noche del ensayo general, casi era una figura siniestra en la penumbra del teatro; pero no dijo nada hasta el final del segundo acto, cuando, con Irene Rikker y Llewellen solos en el escenario, gritó de repente:

—Vamos a repetir la escena. ¡Y fuera las sensiblerías!

Llewellen se acercó a las candilejas.

—¿Qué quieres decir con... fuera las sensiblerías? —preguntó.

—Es lo que está escrito en la obra, ¿no?

—Sabes lo que quiero decir: ceñíos a vuestro papel.

—No sé lo que quieres decir. Bill se levantó.

—Quiero decir que dejéis ya esos repugnantes susurros.

—¿Qué susurros? Sólo he preguntado...

—Ya basta. Repetimos.

Llewellen se volvió, furioso, y, cuando iba a continuar el ensayo, Bill añadió para que todos lo oyeran:

—Incluso un comicastro debe saberse el papel.

Llewellen reaccionó como un rayo.

—No tengo por qué soportar esta clase de insultos, señor McChesney.

—¿Por qué no? Eres un comicastro, ¿no? ¿Desde cuándo te avergüenzas de ser un comicastro? Estoy montando esta comedia y quiero que te ciñas a tu papel —se acercó al escenario a través del pasillo—. Y, cuando no te ciñas, te llamaré la atención igual que a cualquier otro.

—Vale, pero ten cuidado con tu tono de voz...

—¿Sí? ¿Qué vas a hacer?

Llewellen saltó a la platea.

—¡No permito que me hables así! —gritó.

Irene Rikker exclamó desde el escenario:

—¡Por Dios! ¿Os habéis vuelto locos?

Y entonces Llewellen le pegó a Bill un puñetazo seco y po tente. Bill cayó de espaldas sobre una fila de butacas, rompió una y se quedó allí, sin poderse mover. Hubo un momento de confusión, y al gunos sujetaban a Llewellen, y el ayudante de dirección gritaba: «¿Lo mato, jefe? ¿Le parto esa cara grasienta?», y Llewellen jadeaba e Irene temblaba de miedo.

—¡Volved al escenario! —gritó Bill, poniéndose un pañuelo en la cara y tambaleándose entre los brazos del autor, que intentaba sostenerlo—. ¡Todo el mundo a sus puestos! Repetimos la escena. No quiero oír una palabra. Llewellen, vuelve al escenario.

Antes de darse cuenta, todos estaban otra vez en el escenario, e Irene cogía del brazo a Llewellen y le decía algo deprisa. Alguien encendió todas las luces de la sala y volvió a apagarlas inmediatamente. Cuando a Emmy le tocó salir a escena, echó una mirada rápida a Bill y vio que se cubría la cara ensangrentada con una máscara de pañuelos. Detestaba a Llewellen. Temía que aquel incidente acabara con la compañía y tuvieran que volver a Nueva York. Pero Bill había salvado el espectáculo: lo había salvado de su propia locura, pues, si Llewellen hubiera decidido abandonar la obra, habría dañado su prestigio profesional. El acto terminó y, sin intervalo, comenzó el siguiente. Cuando acabó, Bill se había ido.

La noche siguiente, durante el estreno, se sentó en una silla entre bastidores, a la vista de quienes entraban y salían. Tenía la cara hinchada y amoratada, aunque no parecía darse cuenta, y no hubo comentarios. Bajó a la sala un instante, y, cuando volvió, corrió el rumor de que dos agencias de Nueva York habían hecho ofertas importantes. Había triunfado. Todos habían triunfado.

Y Emmy, al ver a aquel hombre a quien, según le parecía a ella,

todos debían tanto, se sintió inundada por una oleada de gratitud. Se acercó y le dio las gracias.

—Sé elegir bien, pelirroja —contestó Bill, imperturbable.

—Gracias por elegirme —y entonces se le escapó un comentario imprudente—. ¡Tiene la cara tan mal! —exclamó—. Creo que fue muy valiente anoche, cuando no permitió que todo se hundiera.

La miró un instante, de mal humor, y luego una sonrisa irónica intentó en vano insinuarse en su cara hinchada.

—¿Me admiras, chica?

—Sí.

—¿Y me admirabas también cuando me caí en las butacas?

—Dominó usted la situación con tanta rapidez...

—Lo tuyo es lealtad. Has encontrado algo digno de admiración en este estúpido desastre.

Y la felicidad de Emmy rebotó:

—Sea como sea, usted se ha comportado maravillosamente.

Parecía tan joven, tan viva, que Bill, que había pasado un día horrible, sintió deseos de que su cara hinchada descansara en la cara de Emmy.

Y a Nueva York se llevó, a la mañana siguiente, las moraduras y el deseo. Las moraduras desaparecieron, pero el deseo permaneció. Y, cuando estrenaron en la ciudad, en cuanto vio cómo otros hombres se agolpaban en torno a la belleza de Emmy, la comedia se convirtió en Emmy, y el éxito, y era a Emmy a quien quería ver cuando iba al teatro. Después de una temporada excelente retiraron la obra cuando Bill estaba bebiendo demasiado y necesitaba a alguien para los días grises que se avecinaban, acabadas las representaciones. Inesperadamente se casaron en Connecticut, a primeros de junio.

III.

Dos hombres esperaban, sentados en el Savoy Grill de Londres, el Cuatro de Julio, Día de la Independencia. Ya estaban a finales de mayo.

—¿Es un tipo simpático? —preguntó Hubbel.

—Muy simpático —contestó Brancusi—; muy simpático, muy guapo, con mucho éxito... —y, tras una pausa, añadió—: Quiero convencerlo para que vuelva a América.

—Eso es lo que no entiendo de este tipo —dijo Hubbel—. El teatro de aquí no tiene ni punto de comparación con el teatro de Estados Unidos. ¿Por qué quiere quedarse aquí?

—Se relaciona con una multitud de duques y damas de la nobleza.

—¿Sí?

—Cuando me lo encontré la semana pasada, iba con tres damas de la nobleza: lady Fulano, lady Zutano y lady Mengano.

—Creía que estaba casado.

—Desde hace tres años —dijo Brancusi—. Tienen un niño precioso, y esperan otro.

Dejó de hablar cuando entró McChesney, que miró descaradamente a todas partes con la cara innegablemente americana sobresaliendo del cuello de un abrigo que realizaba la anchura de sus hombros.

—Hola, Mac. Te presento a mi amigo, el señor Hubbel.

—Encantado —dijo Bill. Se sentó y siguió mirando quién había en el bar. Hubbel se fue minutos después, y Bill preguntó:

—¿Quién es ese pájaro?

—Apenas lleva un mes aquí. Todavía no ha conseguido un título nobiliario. Recuerda que tú llegaste hace seis meses.

Bill sonrió.

—Piensas que soy un esnob, ¿verdad? Bueno, no quiero engañarme a mí mismo. Me gusta la nobleza, me fascina. Me gustaría ser el marqués de McChesney.

—A lo mejor bebiendo lo consigues.

—Cierra la boca. ¿Quién ha dicho que bebo? ¿Es lo que ahora van contando por ahí? Mira, si puedes decirme un solo director americano en la historia del teatro que haya tenido tanto éxito como yo en Londres en menos de ocho meses, vuelvo contigo a América mañana mismo. Sólo tienes que decírmelo...

—Ha sido con tus espectáculos antiguos. En Nueva York has tenido dos fracasos.

Bill se levantó con el gesto agriado.

—¿Quién te crees que eres? —preguntó—. ¿Has venido para hablarme así?

—No te ofendas, Bill. Sólo quiero que vuelvas. Sería capaz de decirte cualquier cosa para conseguirlo. Monta tres temporadas como las de 1922 y 1923, y habrás resuelto tu vida.

—Nueva York me da náuseas —dijo Bill, de mal humor—. Hoy eres un rey y mañana tienes dos fracasos, y van por ahí diciendo que has pegado el patinazo.

Brancusi negó con la cabeza.

—No lo decían por eso. Fue por tu pelea con Aronstael, tu mejor amigo.

—¿Amigo? ¡Una mierda!

—Tu mejor amigo en los negocios, por lo menos. Y...

—No quiero hablar de eso —Bill miró el reloj—. Oye, Emmy no se encuentra bien y me temo que no voy a poder cenar contigo. Ve a verme al despacho antes de volver a Estados Unidos.

Cinco minutos después, desde el mostrador del tabaco, Brancusi vio cómo Bill volvía a entrar en el Savoy y bajaba las escaleras que conducían al salón de té.

«Se ha convertido en un perfecto diplomático», pensó Brancusi; «antes, cuando tenía una cita, lo decía abiertamente. Está cada día más refinado desde que va con duques y duquesas.»

Quizá se sentía un poco molesto, aunque no solía molestarse. En cualquier caso, tomó una decisión en el acto: McChesney estaba en decadencia. Y, en aquel instante, según era característico en él, lo borró de su pensamiento para siempre.

No había signos exteriores de que Bill estuviera en decadencia; un éxito en el New Strand, otro éxito en el Prince of Wales y enormes ingresos semanales, que casi alcanzaban las sumas de Nueva York hacía tres años. Es verdad que un hombre de acción tiene derecho a cambiar su base de operaciones. Y el hombre que una hora después, a la hora de la cena, volvió a su casa de Hyde Park, tenía toda la vitalidad de quien aún no ha cumplido los treinta. Emmy, muy cansada y pesada, estaba echada en el diván del salón del primer piso. Bill la abrazó.

—Ya queda poco —dijo—. Estás preciosa.

—No seas absurdo.

—Es verdad. Siempre estás preciosa. No sé por qué. Quizá porque tienes personalidad, y se te ve en la cara, incluso ahora.

Estaba encantada, y le pasó la mano por el pelo.

—La personalidad es lo más importante —dijo Bill—, y eres la persona con más personalidad que conozco.

—¿Has visto a Brancusi?

—Sí, he visto a ese mierda. Y he decidido no traerlo a cenar.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Se las da de listo... Habla de mi pelea con Aronstael como si yo hubiera tenido la culpa.

Emmy titubeó, cerró la boca con fuerza y luego dijo en voz baja:

—Te peleaste con Aronstael porque bebías demasiado.

Bill se levantó con impaciencia.

—Vas a empezar otra vez...

—No, Bill, pero estás bebiendo demasiado. Y lo sabes.

Consciente de que Emmy tenía tazón, eludió el asunto y se sentaron a cenar. Al calor de una botella de clarete decidió dejar de beber al día siguiente, hasta que naciera el niño.

—Siempre lo dejo cuando quiero, ¿no? Hago siempre lo que digo. Nunca me has visto no hacerlo.

—Nunca.

Tomaron café juntos, y después Bill se levantó para salir.

—Vuelve pronto —dijo Emmy.

—Claro, claro... ¿Qué te pasa, cariño?

—Sólo estoy llorando. No te preocupes. Anda, vete. No te quedes ahí como un tonto.

—Pues claro que me preocupo. No me gusta verte llorar.

—No sé adonde vas por las noches; no sé con quién estás. Y esa lady Sybil Combrinck que no deja de llamar por teléfono... Me figuro que no hay ningún problema, pero me despierto de noche y me siento tan sola, Bill... Porque siempre hemos estado juntos, ¿no?, hasta hace poco.

—Pero seguimos estando juntos... ¿Qué te pasa, Emmy?

—Ya lo sé... Estoy loca. Ninguno de los dos dejaría al otro, ¿verdad? Nunca hemos...

—Desde luego que no.

—Vuelve pronto, o cuando puedas.

Hizo una breve visita al teatro Prince of Wales; luego entró en el hotel de al lado y llamó por teléfono.

—Quisiera hablar con Su Señoría. Soy el señor McChesney.

Pasó un rato antes de que lady Sybil se pusiera al teléfono. —Es casi una sorpresa. Hace semanas que no tengo la suerte de oírte.

La voz era cortante como un látigo y fría como un refrigerador automático, a la manera que se había generalizado desde que las damas británicas se educaban imitando a las damas británicas de las novelas. Aquello había fascinado a Bill una temporada, pero sólo una temporada. No había perdido la cabeza.

—No he tenido ni un minuto libre —explicó con desenvoltura—. No estarás enfadada, ¿verdad?

—Enfadada no es la palabra.

—Temía que lo estuvieras. No me has invitado a la fiesta de esta noche. Creía que pensábamos lo mismo después de todo lo que hablamos...

—Después de todo lo que hablaste —dijo ella—; quizá hablaste demasiado.

Y, de pronto, para asombro de Bill, colgó.

«La auténtica británica», pensó. «Una parodia titulada *La hija de los mil duques*.»

El desaire lo reanimó, la indiferencia revivió el interés perdido. Las mujeres solían perdonarle su poca firmeza sentimental por la evidente devoción que demostraba hacia Emmy, y varias damas de la nobleza lo recordaban con un suspiro que no era de dolor. Pero ahora no detectó ningún suspiro semejante a través del teléfono.

«Me gustaría aclarar este lío», pensaba. Si se hubiera puesto el esmoquin, hubiera podido presentarse de improviso en la fiesta y hablar con lady Sybil; ahora no quería volver a casa a cambiarse. Pero le daba vueltas al asunto y le parecía importante solucionar la desavenencia de una vez, así que empezó a acariciar la idea de ir a la fiesta tal como estaba: a los americanos se les perdonaba la originalidad en el vestir. En cualquier caso, aún tenía tiempo, y, en compañía de varios whiskys estuvo considerando el asunto más de una hora.

A medianoche subía las escaleras de la mansión de lady Sybil Combrinck. Los encargados del guardarropa observaron con desaprobación su traje de tweed y un lacayo buscó en vano su nombre en la lista de invitados. Afortunadamente, su amigo sir Humphrey Dunn apareció en aquel instante y convenció al lacayo de que sin duda se trataba de un error.

En cuanto estuvo dentro, Bill buscó con la mirada a la anfitriona.

Era una mujer joven, muy alta, medio americana y, por esto mismo, absolutamente inglesa. En cierto modo, ella había descubierto a Bill McChesney, y respondía de sus encantos sin pulir; la retirada de McChesney había sido una de las más humillantes experiencias de lady Sybil desde que había empezado a echarse a perder.

Recibía a los invitados en compañía de su marido: Bill nunca los había visto juntos. Decidió elegir un momento menos ceremonioso para presentarse.

Seguían recibiendo a los invitados interminablemente, y Bill se sentía cada vez más incómodo. Vio a algunos conocidos, pero no demasiados, y se dio cuenta de que su ropa llamaba la atención; también sabía que lady Sybil lo había visto ya: una señal suya hubiera bastado para tranquilizarlo, pero no hizo el menor gesto. Bill se arrepentía de haberse presentado en la fiesta, pero irse en aquel momento hubiera sido absurdo y, acercándose al bufé, cogió una copa de champán.

Cuando se volvió, estaba sola por fin, y ya iba a acercarse a ella, cuando el mayordomo le dijo:

—Perdone, señor. ¿Tiene invitación?

—Soy un amigo de lady Sybil —dijo Bill, impaciente. Le dio la espalda, pero el mayordomo lo siguió.

—Lo siento, señor, pero le rogaría que me acompañara para aclarar la situación.

—No hace falta. Voy a hablar ahora mismo con lady Sybil.

—He recibido otras instrucciones, señor —dijo el mayordomo con firmeza.

Entonces, antes de que Bill se diera cuenta de lo que sucedía, discretamente le apretaron los brazos contra el cuerpo y lo empujaron a una pequeña antecámara que había detrás del bufé.

Se encontró frente a un hombre con impertinentes, en quien reconoció al secretario particular de los Combrinck.

El secretario le hizo una señal al mayordomo, que significaba: «Sí, es éste», y el mayordomo soltó a Bill.

—Señor McChesney —dijo el secretario—, ha creído conveniente venir sin invitación, y Su Señoría exige que salga de esta casa inmediatamente. ¿Tiene la amabilidad de darme el resguardo para que le recojan el abrigo?

Entonces Bill entendió lo que pasaba, y la única palabra que encontró aplicable a lady Sybil le vino a los labios; el secretario les hizo una señal a dos lacayos y Bill, debatiéndose con furia, fue arrastrado a través de una despensa, donde dos criados que trabajaban afanosamente miraron asombrados la escena, y a través de un largo pasillo, hasta que, por una puerta, lo arrojaron a la



noche. Se cerró la puerta; un instante después volvió a abrirse para que salieran volando su abrigo y su bastón, que rodó ruidosamente por las escaleras.

Se quedó parado, vencido, destrozado y horrorizado; un taxi frenó junto a él, y el chófer le dijo:

—¿Se siente mal, jefe?

—¿Cómo?

—Sé dónde puede tomar un buen tentempié, jefe. A cualquier hora.

La puerta del taxi se abrió a una pesadilla. Era un cabaré que no respetaba el horario de cierre; lo acompañaban extraños que había recogido en alguna parte; luego discutía, y quería pagar con un cheque, y de repente proclamaba a gritos, una y otra vez, que era William McChesney, el empresario teatral, pero no convencía a nadie, ni siquiera a sí mismo. Parecía importante ver inmediatamente a lady Sybil y exigirle una explicación, pero, un minuto más tarde, nada, absolutamente nada, parecía importante. Iba en un taxi, y, frente a su casa, el taxista lo sacudió para despertarlo.

El teléfono estaba sonando cuando entró, pero Bill pasó glacialmente junto a la criada. Sólo oyó la voz de la criada cuando ponía el pie en las escaleras.

—Señor McChesney, otra vez llaman del hospital Midland. La señora McChesney está hospitalizada y no dejan de llamar.

Todavía aturdido, se acercó el auricular a la oreja.

—Lo llamamos del hospital Midland, de parte de su mujer. Ha dado a luz un niño muerto esta mañana, a las nueve.

—Espere un momento —la voz se le quebraba—. No entiendo.

Y por fin entendió que el hijo de Emmy había nacido muerto, que Emmy lo necesitaba. Le flaqueaban las piernas y se tambaleaba cuando cruzó la calle en busca de un taxi.

La habitación estaba a oscuras; Emmy levantó los ojos y lo miró desde la cama en desorden.

—¡Eres tú! —exclamó—. ¡Creía que habías muerto! ¿Dónde has estado?

Bill cayó de rodillas junto a la cama, pero Emmy volvió la cara.

—Hueles fatal —dijo—. Me dan náuseas.

Pero le acarició el pelo, y Bill siguió de rodillas, sin moverse, mucho rato.

—Se acabó: no quiero saber más de ti —murmuró Emmy—. Pero ha sido horroroso pensar que habías muerto. Todo el mundo está muerto. Yo quisiera estar muerta.

El viento entreabrió las cortinas y, cuando Bill se levantó para volver a cerrarlas, Emmy lo vio a la luz del día, pálido y terrible, con la ropa arrugada y hematomas en la cara. Y esta vez lo odió, en lugar de odiar a quienes le habían hecho daño. Podía sentir cómo Bill se le salía del corazón, y sentía el espacio que dejaba, y de repente ya se había ido, e incluso podía perdonarlo y compadecerse de él. Todo en un instante.

Se había caído a la puerta del hospital, cuando intentaba apearse del taxi sola.

#### IV.

Cuando Emmy se puso bien, física y mentalmente, sólo tuvo una idea fija: aprender ballet. El viejo sueño que le había inculcado la señorita Georgia Berriman Campbell, de Carolina del Sur, persistía como una avenida iluminada que la conducía de nuevo a la primera juventud y a los días de esperanza en Nueva York. Para ella el ballet era aquella primorosa mezcla de posturas tortuosas y piruetas muy medidas que, desarrollada en Italia unos cientos de años atrás, había alcanzado su plenitud en Rusia, a principios de nuestro siglo. Quería dedicarse a algo en lo que pudiese creer y pensaba que el ballet era la interpretación femenina de la música. En lugar de dedos fuertes, una mujer tenía piernas para interpretar a Chaikovski y Stravinski; y los pies podían ser tan elocuentes en la Chopiniana como las voces en *El anillo*. El ballet, en su nivel más bajo, era algo entre los funámbulos y las focas amaestradas; en el nivel más alto, era la Pavlova y el arte.

En cuanto volvieron a instalarse en un apartamento de Nueva York, se lanzó a la tarea como una chica de dieciséis años: cuatro horas diarias de ejercicios en la barra, posturas, saltos, arabescos y piruetas. La danza se convirtió en su verdadera vida, y su única preocupación era si no

sería ya demasiado mayor. A los veintiséis años tenía que recuperar diez años perdidos, pero era una bailarina por naturaleza, con un cuerpo perfecto... y una cara adorable.

Bill la animaba; cuando estuviera preparada, formaría en torno a ella el primer y auténtico ballet americano. Incluso había momentos en que envidiaba su afanosa dedicación, pues, desde que habían vuelto a Estados Unidos, el trabajo en el mundo del teatro era cada vez más difícil. Además se había ganado muchos enemigos en los primeros tiempos de absoluta seguridad en sí mismo, y circulaban exageradas historias de sus borracheras y su dureza con los actores y lo difícil que era trabajar con él.

Tenía en su contra que nunca había sido capaz de ahorrar y debía mendigar apoyos para el montaje de cada obra. Además, poseía una inteligencia fuera de lo común, y tuvo el valor de demostrarlo en algunas aventuras poco comerciales, a su costa, pues no contaba con el respaldo de ningún Teatro Guild.

También tuvo éxitos, pero hubo de poner todo su empeño en conseguirlos, o así parecía, porque había empezado a pagar el precio de su vida desordenada. No dejaba de pensar en tomarse unas vacaciones o renunciar a los cigarrillos incesantes, pero había mucha competencia en aquellos días —aparecían hombres nuevos, con reputación, todavía intacta, de ser infalibles—, y además no estaba acostumbrado a la regularidad. Le gustaba trabajar, inspirado por el café solo, en medio de esos grandes agobios que parecen inevitables en el mundo del espectáculo, pero que agotaban a un hombre que había cumplido los treinta años. Terminó apoyándose en la buena salud y la vitalidad de Emmy. Estaban siempre juntos, y, aunque sentía una vaga insatisfacción por el hecho de que ahora necesitara a Emmy más de lo que ella lo necesitaba, no perdía la esperanza de que las cosas mejoraran el mes siguiente o la próxima temporada.

Una tarde de noviembre, cuando salía del estudio de ballet, Emmy, meciendo el bolso gris, se encasquetó el sombrero sobre el pelo todavía húmedo y se entregó a agradables conjeturas. Se había enterado, hacía más de un mes, de que ciertas personas iban al estudio especialmente para verla: ya estaba preparada para la danza. Una vez había trabajado con tanto empeño y durante tanto tiempo como ahora, pero pensando en otra cosa —sus relaciones con Bill—, y sólo había alcanzado un punto culminante de desesperación y desdicha; pero esta vez nada podría hacerla fracasar, excepto ella misma. Incluso se consideraba temeraria cuando pensaba: «Ha llegado el momento. Voy a ser feliz».

Apretó el paso: aquel día había sucedido algo de lo que debía hablar con Bill.

Lo encontró en la sala de estar, y lo llamó mientras se vestía. Y enseguida empezó a hablar sin mirar a su alrededor.

—Mira lo que ha pasado —hablaba a voces para competir con el ruido del agua que llenaba la bañera—. Paul Makova quiere que baile con él en el Metropolitan esta temporada; pero todavía no es seguro, así que es un secreto. Se supone que ni yo lo sé...

—Es sensacional.

—El único problema es si no sería mejor que debutara en el extranjero. Pero Donilof dice que estoy ya preparada para actuar en público. ¿Tú qué piensas?

—No lo sé.

—No pareces demasiado entusiasta.

—Estaba pensando en otra cosa. Ya hablaremos luego de eso. Dime más.

—Eso es todo, querido. Si todavía te apetece pasar un mes en Alemania, como me habías dicho, Donilof organizaría mi debut en Berlín, pero yo preferiría empezar aquí y bailar con Paul Makova. Imagínate que... —se interrumpió, sintiendo de repente, a través de la espesa piel de su alegría, hasta qué punto Bill estaba ensimismado—. Dime, ¿en qué estás pensando?

—He ido al doctor Kearns esta tarde.

—¿Qué te ha dicho?

Seguía sintiendo en su interior el murmullo de la felicidad. Los intermitentes ataques de hipocondría de Bill hacía mucho que habían dejado de preocuparla.

—Le he comentado la sangre de esta mañana, y me ha dicho lo mismo que el año pasado: que seguramente será alguna venilla rota en la garganta. Pero que, puesto que seguía tosiendo y estaba preocupado, quizá fuera mejor hacerme unas radiografías y salir de dudas. Y hemos salido de dudas. El pulmón izquierdo lo he perdido prácticamente.

—¡Bill!

—El derecho, por suerte, está limpio.

Emmy esperaba, terriblemente asustada.

—El problema se me presenta en un mal momento —continuó Bill con voz firme—, pero habrá que plantarle cara. El médico cree que me debería ir a los montes Adirondack o a Denver, y prefiere Denver. Me curaría en cinco o seis meses.

—Pues nos iremos —lo interrumpió Emmy.

—Tú no tienes que venir, sobre todo si se te ha presentado esta oportunidad.

—Claro que iré —se apresuró a decir ella—. Tu salud es lo primero. Siempre hemos ido juntos a todas partes.

—No, no.

—Claro que sí —la voz de Emmy era fuerte, terminante—. Siempre hemos estado juntos. No me podría quedar aquí sin ti. ¿Cuándo tienes que irte?

—Tan pronto como sea posible. He ido a ver a Brancusi para preguntarle si quería encargarse de la obra de Richmond, pero no ha parecido entusiasmarle demasiado —la expresión de Bill se endureció—: Está claro que no habrá otros ingresos, pero tendré bastante con lo que me deben...

—¡Si por lo menos yo pudiera ganar algún dinero! —exclamó Emmy—. Tú has trabajado tanto, y yo lo único que he hecho ha sido gastarme doscientos dólares a la semana en mis clases de ballet... Más de lo que seré capaz de ganar en años.

—Claro que dentro de seis meses estaré como siempre, según el médico.

—Claro que sí, cariño. Te pondrás bien. Nos iremos a Denver en cuanto estemos listos —lo abrazó y lo besó en la mejilla—. Sólo soy una parásita —dijo—. Debería haberme dado cuenta de que tú, lili vida, no estabas bien.

Bill, en un gesto automático, buscó un cigarrillo, pero inmediatamente se detuvo.

—Se me había olvidado: tengo que empezar a fumar menos —y entonces intentó mostrarse a la altura de las circunstancias—: No, pequeña, he decidido irme solo. Allí te volverías loca de puro aburrimiento, y yo no podría dejar de pensar que habías dejado el ballet por mi culpa.

—No pienses ahora en esas cosas. Lo importante es que te pongas bien.

Discutieron horas y horas durante la semana siguiente, y los dos dijeron toda clase de cosas, menos la verdad: que él quería que ella lo acompañara y que ella quería con toda su alma quedarse en Nueva York. Emmy habló en secreto con Donilof, su maestro, y así pudo saber que cualquier aplazamiento sería un terrible error. Cuando veía cómo las otras chicas de la academia de baile hacían planes para el invierno, Emmy prefería morirse antes que marcharse, y Bill advertía todos los signos involuntarios de su desdicha. Durante unos días pensaron en la posibilidad de un compromiso: los montes Adirondack, adonde Emmy podría ir en avión los fines de semana; pero ya Bill tenía un poco de fiebre, y el médico le ordenó terminantemente que se fuera al Oeste.

Bill lo resolvió todo una triste noche de domingo, con aquel áspero y generoso sentido de la justicia que en los primeros tiempos había despertado la admiración de Emmy, y que, en su adversidad, le daba cierto aire trágico, como en los días de su arrogante éxito lo había salvado de ser una persona insoportable.

—Esto es cosa mía, pequeña. Me he metido en este lío porque no he tenido sensatez..., parece que toda la sensatez de esta familia la tienes tú..., y a mí me toca arreglarlo. Llevas trabajando con todas tus fuerzas tres años y te mereces esta oportunidad. Si ahora me acompañaras, no me lo perdonarías nunca —sonrió tristemente—. Y yo no podría soportarlo. Y además no sería bueno para el niño.

Emmy cedió por fin, avergonzada de sí misma, sintiéndose despreciable... y feliz. Pues el mundo de su trabajo, donde existía sin Bill, ahora era más grande para ella que el mundo en que existían juntos. En aquel mundo había más espacio para ser feliz que para ser desdichada en el otro.

Dos días después, comprado ya el billete de Bill para el tren de las cinco, pasaron juntos las últimas horas, hablando de todo con optimismo; Emmy insistía aún, y era sincera: si Bill se hubiera mostrado débil un instante, ella lo hubiera acompañado. Pero la impresión de la enfermedad había afectado a Bill, que ahora demostraba más carácter que nunca. Quizá fuera mejor para él pasar aquel trago solo.

—¡En primavera! —dijeron.

Fueron a la estación con el pequeño Bill, y Bill dijo:

—Odio estas despedidas solemnes. Marchaos ya. Tengo que llamar por teléfono desde el tren antes de que salga.

Sin contar los días que Emmy había pasado en el hospital, en los últimos seis años sólo se habían separado una noche; exceptuando el periodo que vivieron en Inglaterra, podían recordar una historia de fidelidad y ternura mutua, aunque muchas veces, desde el principio, las bravatas llenas de inseguridad de Bill hubieran preocupado a Emmy, y la hubieran hecho desgraciada. Cuando Bill, solo, cruzó la puerta del andén, Emmy se alegró de que tuviera que telefonar e intentó imaginárselo mientras hablaba por teléfono.

Era una mujer de verdad: lo había querido con toda el alma. Por un momento, cuando salió a la calle 33, todo le pareció más muerto que un muerto, y el apartamento que Bill pagaba estaría vacío sin él, y ella estaba allí, a punto de dedicarse a algo que podía hacerla feliz.

Se detuvo, después de recorrer algunas manzanas, pensando: «Pero... ¡Es terrible lo que estoy haciendo! Lo dejo plantado como si fuera la peor persona de la que he oído hablar en mi vida. Lo dejo y me voy a cenar con Donilof y Paul Makova, que me gusta porque es guapo y tiene los ojos y el pelo del mismo color. Y Bill está en el tren, solo».

Obligó al pequeño Bill a dar la vuelta, como si fueran a volver a la estación. Podía verlo sentado en el tren, pálido y cansado, y sin Emmy.

«No puedo dejarlo plantado», se decía, mientras la inundaban oleadas de sentimiento. Pero sólo era sentimiento. ¿Acaso él no la había dejado plantada? ¿No había hecho en Londres lo que había querido?

«Ah, pobre Bill.»

Titubeó, indecisa, dándose cuenta, en un último instante de sinceridad, de lo rápido que olvidaría aquel momento e inventaría justificaciones para lo que estaba haciendo. Sólo tenía que recordar lo que había pasado en Londres, y dejaría de pesarle la conciencia. Pero, estando Bill solo en el tren, aquellas ideas parecían terribles. Aún quedaba tiempo: podía volver a la estación, decirle que quería acompañarlo, pero no se movió. La vida la empujaba con fuerza, luchaba por ella. La acera era estrecha en el lugar donde se encontraba: de pronto una oleada de gente, a la salida del teatro, inundó la acera, y Emmy y el pequeño Bill fueron arrastrados por la multitud.

En el tren, Bill siguió llamando por teléfono hasta el último momento, procurando volver lo más tarde posible a su compartimento porque sabía que era casi seguro que no la encontraría allí. Cuando el tren se puso en marcha, volvió al compartimento y, en efecto, sólo lo esperaban las maletas y algunas revistas en el asiento.

Entonces se dio cuenta de que la había perdido. Vio las cosas como eran, sin hacerse ilusiones: aquel Paul Makova, y los meses que pasarían cerca, y los meses de soledad. Nada volvería a ser lo mismo. Después de darle muchas vueltas al asunto mientras leía a ratos *Variety* y *Zit's*, empezó a parecerle, poco a poco, que, de alguna manera, Emmy había muerto.

«Era una chica extraordinaria, una de las mejores. Tenía carácter. » Se daba perfectamente cuenta de que él había provocado aquella situación, y de que en todo aquello intervenía la ley de la compensación o algo parecido. Y comprendía además que, yéndose solo, volvía a valer tanto como ella. Todo, por fin, volvía a recuperar el equilibrio.

Y más allá de todas las cosas, incluso más allá de su dolor, tuvo casi la agradable sensación de estar en manos de algo más grande que él, y de haber alcanzado un estado de cierto cansancio e inseguridad en sí mismo: dos cualidades que jamás había tolerado ni siquiera un instante. Y no le parecía tan terrible ir camino del Oeste para un final definitivo. Estaba seguro de que Emmy acudiría en el último momento, no importaba lo que estuviera haciendo ni lo maravillosos que fueran sus compromisos.

## La primera herida

*La favorable respuesta a los relatos de Basil llevó a Fitzgerald a emprender una serie paralela sobre Josephine Perry. Los cinco cuentos publicados en 1930 y 1931 estaban basados libremente en Ginevra King, la chica de Chicago de quien se había enamorado Fitzgerald cuando estudiaba en Princeton. Los relatos de Josephine son más duros que los relatos de Basil, quizá porque fueron escritos durante un periodo de angustia personal y profesional.*

*La primera herida (Saturday Evening Post, 5 de abril de 1930) fue el primer cuento de la serie y fue incluido en Taps at Reveille.*

I.

—¡Me acuerdo de cómo venías a buscarme desesperada cuando Josephine tenía unos tres años! —exclamó la señora Bray—. George estaba de mal humor porque aún no había decidido a qué dedicarse, y solía darle unos azotes a la pequeña Josephine.

—Sí, me acuerdo —dijo la madre de Josephine.

—Y aquí esta Josephine.

En efecto, allí estaba Josephine. Miró a la señora Bray y sonrió, y la mirada de la señora Bray se hizo imperceptiblemente más dura. Josephine siguió sonriendo.

—¿Cuántos años tienes, Josephine?

—Acabo de cumplir dieciséis.

—Ah. Hubiera dicho que eras mayor.

A la primera ocasión, Josephine preguntó a la señora Perry:

—¿Puedo ir al cine con Lillian esta tarde?

—No, hija; tienes que estudiar.

La señora Perry se volvió hacia la señora Bray dando por concluido el asunto, pero Josephine murmuró para que se oyera:

—Idiota de mierda.

La señora Bray se apresuró a decir algunas palabras para salvar la situación, pero, por supuesto, la señora Perry tenía que regañarle a su hija.

—¿Qué le has llamado a mamá, Josephine?

—No sé por qué no puedo ir al cine con Lillian.

Su madre se alegró de que el asunto tomara estos derroteros.

—Porque tienes que estudiar. Sales todos los días, y tu padre quiere que eso se acabe.

—¡Qué tontería! —dijo Josephine, y añadió con vehemencia—: ¡Es totalmente demencial! Me parece que papá debe de estar loco. Dentro de poco se tirará del pelo y se creará que es Napoleón o algo por el estilo.

—No —la interrumpió la señora Bray, mientras la señora Perry se ruborizaba—. Quizá tenga razón. Puede que George esté loco. Estoy segura de que mi marido está loco. Es por la guerra.

Pero la verdad es que aquello le hacía poca gracia. Creía que Josephine se merecía una buena paliza.

Estaban hablando de Anthony Harker, que tenía la misma edad que la hermana mayor de Josephine.

—Es divino —las interrumpió Josephine, pero sin mala educación, pues, a pesar de lo que acababa de pasar, Josephine no era maleducada; incluso era raro que hablara demasiado, aunque perdía la paciencia y a veces decía palabrotas cuando la gente no era razonable—. Es absolutamente...

—Tiene mucho éxito. Yo, personalmente, no le veo nada especial. Me parece más bien superficial.

—No, no, mamá —dijo Josephine—. Nada de eso. Todos dicen que tiene mucha personalidad: que es mucho más de lo que se puede decir de la mayoría de esos engreídos. Cualquiera se alegraría si le echara el guante. Yo me casaría con él ahora mismo.

Era la primera vez que se le ocurría semejante cosa. De hecho había inventado aquella frase para expresar sus sentimientos por Travis de Coppet. Cuando sirvieron el té, pidió disculpas y se fue a su cuarto.

Era una casa nueva, pero los Perry distaban mucho de ser unos advenedizos. Pertenecían a la alta sociedad de Chicago, y casi eran muy ricos y nada incultos para como estaban las cosas en 1914. Pero Josephine era, sin saberlo, una pionera de la generación que estaba destinada a salirse de madre.

En su cuarto se arregló para ir a casa de Lillian: pensaba en Travis de Coppet, que la noche anterior la había acompañado en coche a casa después del baile de los Davidson. Encima del esmoquin Travis se había puesto una ondeante capa azul heredada de un anticuado tío suyo. Era alto y delgado, y excelente bailarín, y las féminas de su edad solían describir sus ojos como «negrísimos»: a un adulto le parecían dos ojos morados en un sentido puramente traumático, color que, con toda justicia, probablemente era renovado cada noche; la zona que los rodeaba era tan púrpura, oscura o encarnada, que era lo primero que llamaba la atención en su cara, y, a excepción de sus dientes blanquísimos, lo último. Era, como Josephine, algo nunca visto, algo nuevo. Había muchas cosas nuevas en Chicago en aquel tiempo, pero, para no menguar el interés de esta historia, hay que subrayar que Josephine era lo más nuevo de todo.

Cuando terminó de arreglarse, bajó las escaleras, abrió con mucho cuidado la puerta trasera y salió a la calle. Era octubre y una fuerte brisa la empujaba bajo los árboles sin hojas: dejaba atrás casas de frías esquinas y bocacalles residenciales que eran como cuevas de las que salía el viento. Del mes de octubre al mes de abril Chicago es una ciudad para no salir de casa, donde cruzar una puerta es como entrar en otro mundo, pues el frío del lago es poco amigable, al contrario que el auténtico frío del norte: sólo sirve para realzar las cosas que suceden dentro de casa. No hay música en la calle, ni enamorados, e incluso en épocas de prosperidad la riqueza que viaja en limusina es menos motivo de fascinación que de resentimiento para los que miran desde la acera. Pero en las casas reina una tranquilidad profunda y tibia, o un fragor de canciones, como si los habitantes de la casa estuvieran inventando nuevos bailes o algo parecido. A esto, en parte, se refiere la gente cuando dice que le encanta Chicago.

Josephine iba a buscar a su amiga Lillian Hammel, pero sus planes no incluían ir al cine. En comparación con sus planes, sus madres hubieran preferido la más censurable, la más espeluznante de las películas. Se trataba nada menos que de dar un largo paseo en coche con Travis de Coppet y Howard Page, en el curso del cual se besarían no una vez, sino muchas. Lo llevaban planeando los cuatro desde el sábado anterior, cuando desagradables circunstancias se habían confabulado para impedirlo.

Travis y Howard ya estaban allí, aún de pie, con los abrigo puestos todavía, como símbolos de acción, empujando sin respiro a la chicas hacia el futuro. Travis llevaba un abrigo con el cuello de piel y un bastón con el puño de oro; le besó la mano a Josephine como en broma, pero en serio, y ella lo saludó: «Hola, Travis», con el calor de un político que saludara a un posible votante. Pero, durante unos segundos, las dos chicas se apartaron para intercambiar novedades.

—Lo he visto —murmuró Lillian—, ahora mismo.

—¿De verdad?

Los ojos de las dos despedían chispas, se derretían.

—¿No es divino? —dijo Josephine.

Se referían al señor Anthony Harker, que tenía veintidós años y desconocía su existencia, aunque en casa de la familia Perry a veces identificaba a Josephine como la hermana pequeña de Constance.

—Tiene la nariz más bonita del mundo —exclamó Lillian, echándose a reír de repente—. Es...

Con el dedo dibujó la nariz en el aire, y a las dos les dio un ataque de risa. Pero la cara de Josephine recuperó inmediatamente la calma cuando los ojos negros de Travis, relucientes como si acabaran de fabricarlos la noche anterior, aparecieron en el recibidor.

—¡Vamos! —dijo, tenso.

Los cuatro jóvenes salieron, atravesaron quince metros de viento implacable y se metieron en el coche de Page. Eran cuatro personas muy seguras de sí mismas y sabían exactamente lo que querían. Las dos chicas habían desobedecido expresamente a sus padres, pero no tenían mayor sentimiento de culpabilidad que un soldado que huye de un campo de prisioneros enemigo. En el asiento de atrás, Josephine y Travis se miraban; ella esperaba mientras él se consumía misteriosamente.

—Mira —dijo él, enseñándole la mano: temblaba—. Hasta las cinco de la mañana. Con coristas del Follies.

—¡Travis! —exclamó como una autómatas, pero por primera vez palabras como aquéllas no conseguían conmoverla. Le cogió la mano a Travis, preguntándose qué le pasaba.

Estaba muy oscuro, y él se inclinó sobre ella súbitamente, y súbitamente ella apartó la cara. Enfadado, Travis asintió varias veces con la cabeza, cínicamente, y se apartó a su rincón en el coche. Entonces se dedicó a mimar y proteger su oscuro secreto: el secreto que había hecho que Josephine suspirara por él. Y ella pudo ver cómo aquel secreto aparecía en sus ojos, y los colmaba, desde los pómulos a las cejas, pero no podía concentrar la atención en Travis. El romántico misterio del mundo había tomado posesión de otro hombre.

Travis esperó diez minutos a que se rindiera; luego volvió a intentarlo, y, ante aquella nueva aproximación, por primera vez Josephine lo encontró vulgar. Ya era suficiente. No era difícil explotar la imaginación y los deseos de Josephine, pero, sobrepasado cierto punto, la protegía su propio carácter impulsivo. Y, de repente, encontró algo real que reprocharle a Travis, y su voz sonó modulada por una tímida tristeza.

—Me he enterado de lo que hiciste anoche. Me he enterado con pelos y señales.

—¿Y qué pasa?

—Le dijiste a Ed Bement que pensabas pasártelo en grande porque me ibas a llevar a casa en tu coche.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó, con aire de culpabilidad, pero quitándole importancia al asunto.

—Me lo ha dicho Ed Bement, y me contó que estuvo a punto de pegarte cuando se lo dijiste. Apenas si pudo contenerse.

Travis volvió a refugiarse en su rincón. Aceptó que aquél fuera el motivo de su frialdad, y lo era en cierta medida. Según la teoría del doctor Jung que afirma que innumerables voces masculinas discuten en el inconsciente de una mujer, e incluso hablan por su boca, es posible que el ausente Ed Bement estuviera hablando a través de Josephine en aquel momento.

—He decidido no volver a besar a un chico; es que no me va a quedar nada para entregarle al hombre a quien quiera de verdad.

—¡Tonterías! —respondió Travis.

—Es verdad. Han contado muchas cosas de mí en Chicago. Está claro que un hombre no respeta a una chica a la que puede besar cuando le dé la gana, y yo quiero que me respete el hombre con quien me casaré algún día.

Ed Bement se hubiera sentido abrumado si hubiera sido consciente del dominio que ejercía sobre Josephine aquella tarde.

Cuando, desde la esquina donde sus amigos la habían dejado discretamente, se dirigía a su casa, Josephine sentía esa agradable ligereza que viene cuando se acaba un trabajo. Iba a ser una buena chica, ahora y siempre, saldría menos con chicos, como querían sus padres, intentaría ser lo que en el colegio de la señorita Benbower denominaban una alumna modelo del colegio Benbower. Y, al curso siguiente, en Breerly, sería la alumna modelo de Breerly. Pero habían aparecido las primeras estrellas sobre el lago, y Chicago giraba a su alrededor a ciento cincuenta kilómetros por hora, y Josephine sabía que sólo deseaba desear semejantes deseos por el bien de su alma. En realidad no anhelaba el éxito. Su abuelo sí lo había anhelado, y sus padres tenían conciencia de haberlo conseguido, pero Josephine se limitaba a aceptar el mundo arrogante en el que había nacido. Una cosa así resultaba fácil en Chicago, que, a diferencia de Nueva York, era una ciudad-Estado, donde las familias antiguas formaban parte de una casta —la inteligencia la representaban los profesores de universidad—, y no admitían intromisiones, aunque hasta los Perry estaban obligados a ser cuidadosos con media docena de familias más ricas y más importantes, incluso, que

ellos. A Josephine le encantaba bailar, pero el campo de batalla donde las mujeres alcanzan la gloria, la pista de baile, era algo de lo que una podía escabullirse con un hombre.

Cuando Josephine llegó a la cancela de su casa, vio cómo su hermana tiritaba en las escaleras mientras se despedía de un joven; entonces la puerta principal se cerró y el hombre bajó al jardín. Josephine lo conocía.

Iba ensimismado, pero la reconoció al pasar.

—Ah, hola —dijo.

Josephine se volvió por completo, para que pudiera verle la cara a la luz de la farola; sacó la cara por encima del cuello de piel del abrigo y le sonrió.

—Hola —dijo pudorosamente.

Se cruzaron. Josephine escondió la cabeza como una tortuga.

«Bueno, por lo menos ya sabe qué cara tengo», se dijo, excitada, y entró en la casa.

## II.

Pocos días después Constance Perry hablaba muy en serio con su madre:

—Josephine es tan presumida que estoy empezando a pensar que está un poco loca.

—Es muy presumida —admitió la señora Perry—. He hablado con papá, y hemos decidido que a primeros de año vaya a un colegio del Este. Pero no le digas una palabra hasta que no estemos más seguros.

—Gracias a Dios, mamá, ¡ya era hora! Josephine y ese horrible Travis de Coppet van por ahí con esa capa como si tuvieran un millar de años. Los vi entrar la semana pasada en el Hotel Blackstone y me llevé un verdadero susto. Parecían dos locos: Travis, con esos andares, como si estuviera escondiéndose, y Josephine, con la boca torcida, como si tuviera el baile de San Vito. La verdad es que...

—¿Qué ibas a decirme de Anthony Harker? —la interrumpió la señora Perry.

—Que Josephine está loca por él, aunque Anthony podría ser su abuelo.

—No exageres.

—Mamá, Anthony tiene veintidós años y Josephine tiene dieciséis. Cada vez que Jo y Lillian se lo encuentran, les entra la risa tonta y se quedan mirándolo.

—Ven aquí, Josephine —dijo la señora Perry.

Josephine entró en la habitación sin prisa, y apoyó la espalda en el filo de la puerta abierta, balanceándose, muy tranquila.

—¿Qué, mamá?

—Hija, no te gustaría que se rieran de ti, ¿verdad?

Josephine miró enfadada a su hermana.

—¿Quién se ríe de mí? Me figuro que tú. Tú eres la única que se ríe de mí.

—Eres tan presumida que ni siquiera te das cuenta. Cuando entrasteis Travis de Coppet y tú en el Blackstone la otra tarde, me llevé un verdadero susto. Todos los que estaban en nuestra mesa y los de casi todas las mesas se echaron a reír: los que no se habían quedado pasmados.

—Me figuro que la mayoría se quedó pasmada —aventuró Josephine, complacida.

—Vas a tener una bonita reputación cuando te vistas de largo.

—¡Cierra la boca! —dijo Josephine.

Hubo un instante de silencio. Luego la señora Perry murmuró solemnemente:

—Tendré que contarle esto a tu padre en cuanto llegue a casa.

—Muy bien, cuéntaselo —Josephine se echó a llorar—. ¿Por qué nadie me deja en paz? Ojalá estuviera muerta.

Su madre la abrazó, musitando:

—Josephine, ya está.. Josephine...



Pero Josephine seguía llorando, con sollozos hondos y entrecortados que parecían salir de lo más profundo de su corazón.

—Sólo son un montón... de... de chicas feas y envidiosas a quienes les da rabia que me miren... a mí... y se inventan toda clase de historias que son absolutamente mentira, y sólo porque yo puedo conseguir a quien me dé la gana. Me figuro que a Constance le da rabia que anoche, al llegar a casa, me sentara cinco minutos con Anthony Harker mientras la esperaba.

—Sí, estaba terriblemente celosa. Me pasé la noche sentada en la cama, llorando. Sobre todo porque Anthony vino a hablarme de Marice Whaley. ¡Vamos! En esos cinco minutos perdió de tal manera la cabeza por ti que no pudo parar de reír hasta que llegó a casa de los Warren.

Josephine respiró hondo y dejó de llorar.

—Por si lo quieres saber: he decidido olvidar a Anthony.

—¡Ja, ja! —estalló Constance—. Oye esto, mamá. Josephine va a olvidar a Anthony. Como si Anthony la hubiera mirado alguna vez o se hubiera dado cuenta de que existe. Entre todas las presumidas es...

Pero la señora Perry no aguantó más. Rodeó con su brazo a Josephine y se la llevó hacia su cuarto.

—Lo único que tu hermana quería decirte es que no le gusta que se rían de ti —explicó.

—Muy bien, pero voy a olvidar a Anthony —dijo Josephine melancólicamente.

Iba a olvidarlo, renunciando a mil besos que nunca le había dado, a cien largos y conmovedores bailes entre sus brazos, a cien noches que no recuperaría jamás. No mencionó la carta que le había escrito la noche anterior... y que no había mandado ni mandaría nunca.

—A tu edad no deberías pensar en esas cosas —dijo la señora Perry—. Sólo eres una niña.

Josephine se levantó y se miró al espejo.

—Le prometí a Lillian que iría a su casa. Ya llego tarde.

En su dormitorio la señora Perry pensaba: «Faltan dos meses para febrero». Era una mujer guapa que quería que la quisieran todos los que la rodeaban. No tenía autoridad. Envolvió sus pensamientos como si fueran un paquete bien hecho y listo para Correos, con Josephine en su interior, y dirigido con confianza al colegio Breerly.

Una hora más tarde, en el salón de té del Hotel Blackstone, Anthony Harker y otro joven charlaban sin prisas en una mesa. Anthony era un tipo alegre, perezoso, bastante rico, satisfecho de su éxito. Después de una breve estancia en una universidad del Este, había completado su educación a la sombra menos exigente de una famosa universidad de Virginia; había aprendido, por lo menos, ciertos modales y amaneramientos que las chicas de Chicago consideraban encantadores.

—Ahí está ese tal Travis de Coppet —señaló su compañero—. ¿Quién se cree que es?

Anthony miró sin ningún interés a los jóvenes que había en el otro extremo del salón, reconociendo a la hija pequeña de los Perry y a otras chicas con quienes, según le parecía, últimamente se encontraba por la calle con frecuencia. Aunque era evidente que estaban a sus anchas, parecían tontos y maleducados; dejó de mirarlos e intentó localizar al grupo con que se había citado para ir a la fiesta, pero seguía sentado a su mesa cuando el salón —tenía algo de crepuscular, a pesar de las lámparas encendidas y de la absoluta oscuridad que reinaba en la calle— se despertó a los sonos de una música despreocupada y excitante. Una multitud cada vez más numerosa desfiló ante él. Los trajes de calle de los hombres, como si acabaran de abandonar extraordinarios negocios, y los sombreros de las mujeres, sombreros que parecían a punto de salir volando, le daban a la escena un singular aire de precariedad. Dedujo que aquella reunión, algo más que improvisada y algo menos que clandestina, pronto se disolvería en grupos más ordenados, y se afaná en disfrutar los últimos minutos de aquel tumulto, mientras, cada vez con mayor atención, buscaba entre la multitud la cara de alguien conocido.

Entonces una cara emergió por encima de un brazo masculino a menos de dos metros de distancia, y por un instante Anthony fue el objeto de la mirada más triste y trágica que jamás le habían dirigido. Era y no era una sonrisa: un par de ojos grises y grandes, ribeteados por triángulos de un tono brillante, y una boca que se torcía en un gesto de conmiseración universal, conmiseración que parecía incluir a los dos, a él y a ella, pero no era la expresión de una víctima, sino la del verdadero demonio de la dulce melancolía; y, por primera vez, Anthony vio de verdad a Josephine.

Su primer impulso fue ver con quién estaba bailando. Era un joven a quien conocía, así que, con esta seguridad, se levantó, se arregló rápidamente la chaqueta y salió a la pista de baile.

—¿Me cedes la pareja, por favor?

Josephine se pegó a él cuando dieron los primeros pasos, lo miró a los ojos un instante y enseguida bajó la vista y miró a otra parte. No dijo nada. Anthony, que sabía que Josephine no debía de tener más de dieciséis años, confiaba en que el grupo con el que se había citado no llegara mientras estaban bailando.

Acabó la pieza, y ella volvió a mirarlo a los ojos, y Anthony tuvo la impresión de que se había equivocado, de que Josephine era mayor de lo que había pensado. Y, cuando ya la dejaba en su mesa, dijo:

—¿Bailaremos otra vez más tarde?

—Sí, claro.

Se unieron sus miradas: cada chispa era un clavo —quizá de los raíles del ferrocarril, fundamento del patrimonio de sus familias, del que sus vidas dependían—. Anthony se sentía desconcertado cuando volvió a su mesa.

Una hora más tarde, se fueron juntos del Blackstone, en el coche que había ido a recoger a Josephine.

Había sucedido de la manera más sencilla: Josephine había dicho, cuando terminaron su segundo baile, que tenía que irse, y le había pedido que la acompañara, y Anthony había atravesado con ella la pista vacía sintiéndose absolutamente inseguro. Le hacía un favor a la hermana mayor acompañando a Josephine a casa, aunque tenía esa inconfundible sensación de quien espera algo.

Pero, ya en la calle, cuando el choque cortante del frío le hizo pensar mejor las cosas, procuró precisar su responsabilidad en el asunto. Era difícil, con la juventud oscura y marfileña de Josephine apretándose contra él. En el coche intentó dominar la situación con una mirada varonil, pero los ojos de Josephine, con un brillo de fiebre, derritieron su fingida austeridad en un segundo fulminante.

Le acarició la mano, como por descuido, y de repente se encontró dentro del radio de su perfume, besándola, sin respiración.

—Y se acabó —susurró Josephine un momento después. Sorprendido, Anthony se preguntó si había olvidado algo, algo que quizá le había dicho a Josephine.

—Qué palabras tan crueles —dijo—, ahora que empezaba a parecerme interesante...

—Sólo quería decir que cada minuto que paso contigo puede ser el último —dijo ella con tristeza—. Mi familia me va a mandar a un colegio del Este. Creen que no me he enterado todavía.

—Es una pena.

—Y hoy, todos de acuerdo, querían convencerme de que tú ni siquiera te habías dando cuenta de que... existo.

Tras una larga pausa, Anthony añadió con escaso convencimiento:

—Espero que no te dejaras convencer.

Josephine soltó una risilla.

—Me reí y me vine al baile.

Su mano se abrió camino dentro de la mano de Anthony, como en una madriguera; cuando él se la apretó, los ojos de Josephine, que ahora brillaban, sin sombras, se elevaron, buscaron los suyos. Y un instante después él se decía: «Lo que estoy haciendo es una canallada».

—Eres tan dulce —dijo ella.

—Y tú eres una criatura adorable.

—Lo que más detesto son los celos —estalló Josephine—, y tengo que aguantarlos. Y mi propia hermana es la peor de todas.

—No me digas —protestó Anthony.

—No he podido evitar enamorarme de ti, aunque lo intenté. Me iba de casa cuando sabía que tú venías.

La fuerza de sus mentiras procedía de su sinceridad y de la simple y absoluta confianza en que la persona a quien quería debía quererla a su vez. Josephine nunca se avergonzaba ni se quejaba de nada. Ahora estaba a solas con un hombre, un mundo en el que se había movido con seguridad

desde que tenía ocho años. No planeaba nada; se dejaba llevar, y la vida irresistible que había en ella hacía el resto. Sólo cuando se nos ha ido la juventud, y la experiencia nos ha dotado de una especie de coraje de pacotilla, solemos darnos cuenta de lo simples que son las cosas.

«Es imposible que estuvieras enamorada de mí», quiso decir Anthony, pero no pudo. Luchaba con el deseo de volver a besarla, con ternura incluso, y empezó a decirle que no estaba siendo sensata, pero antes de emprender realmente aquel hermoso proyecto, se la encontró de nuevo entre los brazos, murmurando algo que tuvo que aceptar, pues venía envuelto en un beso. Y un momento después estaba solo, en el coche, alejándose de casa de Josephine.

¿En qué habían quedado? Todo lo que habían dicho le zumbaba en los oídos como en un ataque de fiebre: mañana, a las cuatro, en la esquina.

«¡Dios santo!», pensó, preocupado. «Todas esas tonterías sobre que me iba a olvidar. Está loca, y se meterá en un lío si se junta con alguno que vaya buscando líos. ¡Anda que voy a ir a la cita mañana!»

Pero ni en la cena ni en el baile al que fue aquella noche pudo Anthony quitarse de la cabeza lo que había pasado; se quedó mirando con pena a los que bailaban, como si echara de menos a alguien que debería estar allí.

### III.

Dos semanas más tarde, mientras esperaba a Marice Whaley en un lamentable e indefinible cuarto de estar, Anthony encontró en su bolsillo unas cartas de las que casi se había olvidado. Se guardó tres, pero una —tras comprobar que nadie venía— la abrió de prisa y la leyó de espaldas a la puerta. Era la tercera de una serie —porque una carta había seguido a cada uno de sus encuentros con Josephine— y era exactamente igual que las otras: la carta de una niña. Fuera cual fuera su capacidad para expresar sentimientos maduros, en cuanto cogía pluma y papel la ineptitud era manifiesta. Abundaban frases como «lo que siento por ti» y «lo que sientes por mí», y párrafos que empezaban: «Sí, ya sé que soy una sentimental», o, más torpes, «Siempre he sido apasionada, y no puedo evitarlo», y había, inevitablemente, muchas citas de letras de canciones de moda, como si aquellos versos expresaran el estado de ánimo de la escritora mucho mejor que los esfuerzos verbales de su propia cosecha.

La carta inquietó a Anthony. Cuando llegó a la posdata, que descaradamente fijaba una cita para las cinco de aquella tarde, oyó que Marice bajaba las escaleras, y se guardó la carta en el bolsillo.

Marice canturreaba por la sala de estar. Anthony fumaba.

—Te vi el martes por la tarde —dijo Marice de pronto—. Parecía que te lo estabas pasando muy bien.

—El martes —repitió Anthony, como si intentara acordarse—. Ah, sí. Me encontré por casualidad con unos chicos y fuimos a una fiesta. Me lo pasé bien.

—Cuando te vi, estabas casi... casi solo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Marice empezó otra vez a canturrear. Y dijo:

—Vamonos. Vamonos al cine.

Por el camino Anthony le explicó los motivos por los que estaba con la hermana pequeña de Connie, y la necesidad de dar explicaciones lo puso de malhumor. Cuando terminó, Marice dijo secamente:

—Si te gustan las niñas de pecho, ¿por qué has elegido a ese diablillo? Tiene ya tan mala fama que la señora McRae no quería invitarla este año a sus clases de baile. La ha invitado sólo por su hermana Constance.

—¿Por qué es tan terrible? —preguntó Anthony, molesto.

—Prefiero no hablar de eso.

En el cine no pudo dejar de pensar en la cita de las cinco. Aunque los comentarios de Marice sólo sirvieron para que sintiera una peligrosa lástima por Josephine, estaba decidido a que aquella cita fuera la última. Era embarazoso que lo hubieran visto con ella, aunque había hecho lo posible

por evitarlo. El asunto podía convertirse en un pequeño desastre más bien peligroso, que no beneficiaría a ninguno de los dos. La indignación de Marice no le importaba. Marice llevaba todo el otoño esperando que le propusiera matrimonio, pero Anthony no quería casarse. No quería compromisos de ninguna clase.

Ya era de noche cuando se quedó libre, a las cinco y media. Se dirigió en coche al Edificio Filantropilógico, en el laberinto de nuevas construcciones del parque Grant. La desolación del lugar y de la hora lo deprimió: hacía el asunto más penoso. Cuando se apeó del coche, pasó junto a un joven que esperaba en un descapotable —un joven que le parecía conocido— y encontró a Josephine en la penumbra del portal.

Lo saludó con un sonido indefinible y corrió decidida a sus brazos, levantando la cara.

—Sólo puedo quedarme un segundo —dijo, como si él le hubiera suplicado que se vieran—. Se supone que tengo que ir a una boda con mi hermana, pero quería verte.

Cuando Anthony habló, su voz se congeló en una nube blanca, visible en la oscuridad. Dijo cosas que ya le había dicho, pero esta vez con firmeza, definitivas. Era más fácil, porque apenas podía verle la cara y porque, cuando apenas había llegado a la mitad, Josephine lo puso de malhumor: se había echado a llorar.

—Había oído que eras un veleta —murmuró Josephine—, pero no me esperaba esto. Da lo mismo: soy lo suficientemente orgullosa para no volver a molestarte —titubeó—. Pero me gustaría que quedáramos otra vez para ver si las cosas pueden ser diferentes.

—No.

—Seguro que alguna envidiosa te ha estado hablando de mí.

—No —y entonces, desesperado, le apuntó directamente al corazón—: Y no soy un veleta. Nunca te he querido y nunca te he dicho que te quería.

Imaginándose la cara de desamparo que iba a poner, Anthony se volvió y dio un paso hacia ninguna parte; cuando, nervioso, fue a mirarla de nuevo, el portal acababa de cerrarse: Josephine se había ido.

—Josephine! —gritó con una pena inútil, pero nadie respondió. Esperó, con el ánimo por los suelos, hasta que oyó el motor de un coche que se alejaba.

Cuando llegó a casa, Josephine le dio las gracias a Ed Bement, a quien había utilizado, poniéndole la miel en los labios; entró por la puerta trasera y subió a su cuarto. La ventana estaba abierta: mientras se arreglaba de prisa para la boda, se acercó a la ventana para coger frío y morir.

Al verse la cara en el espejo del cuarto de baño, rompió a llorar, deshecha, y se sentó en el borde de la bañera. Dejaba escapar un sonido ahogado, como si luchara contra la tos, mientras se limpiaba las uñas. Podría llorar más tarde, en la cama, toda la noche, cuando todos durmieran; ahora aún era por la tarde.

Las dos hermanas y su madre no se separaron durante la boda de Mary Jackson y Jackson Dillon. Fue una boda triste y sentimental: el fin de la maravillosa y encantadora juventud de una chica querida y admirada por todos. Quizá un observador no percibiera en sus detalles el signo del fin de una época, pero, con la perspectiva que da una década, el polvo ridículo del ayer ha cubierto algunas cosas que ocurrieron entonces, manchadas incluso por el espliego del día anterior. La novia se levantó el velo, con aquella sonrisa dulce y solemne que la hacía tan... tan adorable, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, frente a docenas de manos amigas que se extendían hacia ella como si fuera a abrazar a todos por última vez. Luego se volvió hacia su marido, tan serio e inmaculado como ella, y lo miró como si dijera: «Ya está hecho. Todo lo que soy es tuyo para siempre».

En su asiento, Constance, que había ido al colegio Mary Jackson, lloraba de corazón, como si su alma recogiera el eco de otras almas. Pero, a su lado, la cara de Josephine merecía un estudio más complejo, si se la observaba con atención. Una o dos veces, sin que su mirada perdiera intensidad, se le escapó una sola lágrima, y, como sorprendida al notarla, endureció ligeramente el gesto, con los labios desafiantemente inmóviles, como una niña a la que han advertido que no haga el menor ruido. Sólo se movió una vez, al oír que, detrás de ella, una voz decía: «Es la pequeña de los Perry. ¿Verdad que es preciosa?». Entonces se volvió a contemplar una vidriera para que sus desconocidos admiradores no se perdieran la visión de su perfil.

La familia de Josephine fue luego a la celebración, así que ella cenó sola, o, más exactamente, aunque era lo mismo, con su hermano pequeño y la niñera.

Se sentía absolutamente vacía. Aquella misma noche Anthony Harker, «tan profundamente simpático, tan dulcemente simpático, tan profunda y dulcemente amable», estaría enamoriscando a alguna chica nueva, besando su cara fea y envidiosa; pronto desaparecería para siempre, junto a todos los hombres de su generación, en un matrimonio sin amor, y el mundo se reduciría a gente como Travis de Coppet o Ed Bement, gente tan fácil que apenas merecía el esfuerzo de una sonrisa.

Cuando subió a su dormitorio, se vio en el espejo del cuarto de baño y volvió a emocionarse. ¿Y si se muriera aquella noche mientras dormía?

—Qué pena —murmuró.

Abrió la ventana y, cogiendo el único recuerdo de Anthony que tenía, un gran pañuelo de lino con sus iniciales bordadas, se metió en la cama, muy triste. Aún estaban frías las sábanas, cuando llamaron a la puerta.

—Es una carta urgente —dijo la criada.

Encendió la luz, abrió la carta, le dio la vuelta para ver la firma, le dio la vuelta otra vez: su pecho subía y bajaba rápidamente bajo el camisón.

«Mi pequeña y querida Josephine: Es inútil, no puedo evitarlo, no puedo mentir. Estoy desesperadamente, terriblemente enamorado de ti. Cuando te fuiste esta tarde, me di cuenta de pronto: comprendí que no podía renunciar a ti. Fui a casa, y no podía comer ni estar quieto, sólo podía dar vueltas acordándome de tu cara preciosa y tus lágrimas preciosas, allí, en aquel portal. Y ahora me he sentado a escribirte esta carta...»

Tenía cuatro páginas. En algún sitio sentenciaba que la diferencia de edades era irrelevante, y las últimas palabras eran:

«Sé lo triste que debes de sentirte, y daría diez años de mi vida por estar contigo y darte las buenas noches besando tus dulces labios.»

Cuando acabó de leer la carta, Josephine no se movió durante unos minutos; el dolor desapareció de repente y, por un instante, tuvo tal sensación de plenitud que pensó que la alegría había ocupado el lugar de la pena. Un gesto risueño le fruncía el entrecejo.

«¡Cielos!», se dijo. Y volvió a leer la carta.

Su primer impulso fue llamar a Lillian, pero se lo pensó mejor. Inesperadamente, recordó la imagen de la novia en la boda: la novia sin tacha, inmaculada, adorable, santificada por una dulce luz. Una adolescencia modelo de rectitud, muchísimos amigos, y más tarde la aparición del perfecto enamorado, del Ideal. Haciendo un esfuerzo, logró que su imaginación desbocada regresara al presente. Estaba segura de que Mary Jackson jamás habría guardado una carta así. Se levantó de la cama, rompió la carta en mil pedazos y, con algunos problemas causados por una cantidad inesperada de humo, la quemó sobre el cristal de la mesa. Ninguna chica bien educada contestaría una carta semejante; lo apropiado era ignorarla sin más.

Limpió el cristal de la mesa con el pañuelo de hombre que tenía en la mano, lo tiró distraídamente a la cesta de la ropa sucia y se metió en la cama. De pronto tenía mucho sueño.

#### IV.

De lo que sucedió después, nadie, ni siquiera Constance, culpó a Josephine. Si un hombre de veintidós años se degradaba hasta el extremo de perseguir como un loco a una chica de dieciséis años, en contra de la voluntad de los padres y de ella misma, sólo había una respuesta: era un individuo que no merecía ser recibido en ninguna casa decente. Cuando Travis de Coppet se permitió en una fiesta un comentario polémico sobre el asunto, Ed Bement le pegó en los lavabos una tremenda paliza o, como suele decirse, lo hizo papilla, y la reputación de Josephine recuperó un nivel normal, en el que se estabilizó. Las historias sobre cómo Anthony había ido una y otra vez a la

casa, para que cada vez le negaran la entrada, sobre cómo había amenazado al señor Perry y había intentado sobornar a una criada para que diera unas cartas a Josephine, sobre cómo había acosado a Josephine a la salida del colegio: todas aquellas historias parecían indicar que Anthony había perdido la cabeza. Su propia familia insistía en que se fuera al Este.

Para Josephine fue una época difícil. Se dio cuenta de lo cerca que había estado del desastre, y, con respeto incondicional y obediencia absoluta, trató de resarcir a sus padres por los problemas que, sin querer, había causado. En un principio decidió no ir a los bailes de Navidad, pero la convenció de lo contrario su madre: esperaba que su hija se distrajera con los chicos y chicas que volvían de vacaciones a casa. La señora Perry la llevaría al Este a primeros de enero, al colegio Breerly, y, comprando ropa y uniformes, madre e hija pasaron muchas horas juntas, y la señora Perry estaba encantada con la madurez y el nuevo sentido de la responsabilidad que demostraba Josephine.

Y, a decir verdad, la nueva actitud de Josephine era sincera, y sólo una vez Josephine hizo algo que no hubiera podido contar en público. El día siguiente a la fiesta de Año Nuevo se puso su nuevo traje de viaje y su nuevo abrigo de pieles, salió de su casa por la acostumbrada puerta trasera y se subió al coche de Ed Bement. En el centro de la ciudad dejó a Ed esperándola en una esquina y entró en la heladería que había frente a la antigua Estación de la Unión, en la calle de LaSalle. Un individuo con un rictus de infelicidad y una mirada de perplejidad y desesperación la estaba esperando.

—Gracias por haber venido —dijo con tristeza.

Ella no respondió. Parecía seria, correcta.

—Sólo quiero que me digas una cosa —dijo Anthony—: ¿Por qué cambiaste de pronto? ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Hice yo algo? ¿Fue lo que te dije en el portal aquella noche?

Seguía mirándolo, intentando pensar, pero en lo único en que pensaba era en lo poco atractivo, en lo horrible que ahora le parecía Anthony, aunque procuró que él no se diera cuenta. No hubiera servido de nada decir la verdad: que no había podido evitar lo que había hecho, que la belleza excepcional tiene la necesidad, casi la obligación, de ponerse a prueba, que la amplia copa de sus emociones había rebotado de pronto y había sido un accidente que lo hubiera destruido a él en vez de a ella. La mirada de la piedad quizá siguiera a Anthony Harker en su viaje hacia el Oeste, pero es mucho más probable que la mirada del destino siguiera a Josephine cuando cruzó la calle, bajo la nieve, camino del coche de Ed Bement.

Mientras se alejaba en el coche, guardó silencio un instante, aliviada y horrorizada. Anthony Harker tenía veintidós años, y éxito, y era guapo y codiciado, y cómo la había querido: tanto que había tenido que irse de la ciudad. Estaba tan impresionada como si aquello les hubiera pasado a otra mujer y otro hombre.

Tomando su silencio por abatimiento, Ed Bement dijo:

—Bueno, todo esto ha servido para algo: por lo menos hizo que olvidaran el otro chisme que contaban sobre ti.

Josephine se volvió inmediatamente.

—¿Qué chisme?

—Es una tontería —titubeó—, pero en agosto empezaron a decir que Travis y tú os habíais casado.

—¡Por Dios! ¡Es espantoso! —exclamó Josephine—. Eso... —se contuvo cuando estaba a punto de decir la verdad: que, aunque Travis y ella se habían lanzado a la aventura de recorrer treinta kilómetros en coche hasta New Ulm, habían sido incapaces de encontrar un clérigo que quisiera casarlos. Aquello le parecía a siglos de distancia, infantil, olvidado—. ¡Es espantoso! —repitió—. Ese es el típico chisme que lanzan las chicas envidiosas.

—Lo sé —corroboró Ed—. Me encantaría que alguien se atreviera a repetírmelo. Pero, bueno, nadie se lo creyó.

Era un invento de las chicas feas y envidiosas. Ed Bement, que sentía la proximidad de su cuerpo, el fulgor de la cara de Josephine resplandeciendo como fuego en la penumbra, sabía que nadie tan hermoso podía hacer algo verdaderamente malo.

## Bancarrota emocional

Bancarrota emocional (*Saturday Evening Post*, 15 de agosto de 1931) fue el último relato de la serie dedicada a Josephine Perry, a la que ponía fin con un juicio terminante: Josephine había causado su propia ruina. El título alude a la convicción de Fitzgerald de que las personas poseen un capital fijo de emociones, y que su derroche hace a un individuo incapaz de generar nuevas emociones. Es, desde luego, significativo que Fitzgerald, para exponer una teoría del comportamiento, recurriera a una metáfora económica. Aunque Bancarrota emocional figura entre los mejores cuentos dedicados a Josephine, Fitzgerald no lo incluyó en *Taps at Reveille*, quizá porque consideraba que estaba desperdiciando una idea que hubiera querido desarrollar con mayor profundidad.

I.

—Ahí está otra vez ese idiota con el catalejo —señaló Josephine. Lillian Hammel, en el sofá, se liberó del cojín de encaje que tenía en la cintura y se acercó a la ventana—. Se esconde para que no lo veamos. Está mirando hacia el cuarto de arriba.

El mirón operaba desde una casa de la acera opuesta de la estrecha calle 68, sin darse cuenta en absoluto de que las alumnas del colegio de la señorita Truby conocían perfectamente sus actividades, aunque últimamente las seguían con indiferencia. Incluso lo habían identificado como el joven más bien mediocre pero correcto que salía de la casa con un maletín cada mañana a las ocho, aparentemente ajeno al colegio que había en la otra acera.

—¿Qué individuo tan horrible! —dijo Lillian.

—Todos son iguales —dijo Josephine—. Seguro que la mayoría de los hombres que conocemos harían lo mismo si tuvieran un telescopio y las tardes libres. Y, desde luego, seguro que Louie Randall lo haría.

—¿Es verdad que quiere ir contigo a Princeton? —preguntó Lillian.

—Sí, hija.

—¿No se da cuenta de que es un caradura?

—Hará lo que le dé la gana —le aseguró Josephine.

—Paul se pondrá frenético, ¿no?

—Me da lo mismo. Sólo conozco a media docena de chicos en Princeton, y con Louie sé que por lo menos tendré a alguien que baila bien. Paul es demasiado bajo para mí, y además baila fatal.

No es que Josephine fuera muy alta; tenía la estatura perfecta para sus diecisiete años y una belleza que florecía maravillosamente, cada día más exuberante y cálida. Ahora la gente se quedaba sin respiración, mientras que un año antes sólo se quedaba mirándola fijamente, y dos años atrás, apenas si le hubiera echado un vistazo. Era evidente que en la próxima temporada sería la debutante de Chicago más espectacular, a pesar de que era una monomaniaca que no buscaba la popularidad, sino conquistar a hombres aislados. Aunque Josephine siempre se recuperaba, a los hombres no les pasaba lo mismo: Josephine solía recibir una docena de cartas al día desde Chicago, New Haven y el destacamento fronterizo de Yale.

Esto sucedía en otoño de 1916, y el retumbar de lejanos cañones empezaba a atronar ya en el aire. Cuando las dos chicas partieron hacia la fiesta de los estudiantes de Princeton dos días después, llevaban consigo los poemas de Alan Seeger y algunos ejemplares de las revistas *Smart Set* y *Snappy Stories*, que habían comprado a escondidas en el quiosco de la estación. En comparación con una chica de diecisiete años de hoy, Lillian Hammel era una inocente, pero Josephine Perry pertenecía a los nuevos tiempos.

No leyeron nada durante el viaje salvo unos cuantos epigramas amorosos que comenzaban: «Una mujer de treinta años es...». El tren estaba abarrotado, y un incesante y acalorado parloteo

recorría los pasillos. Había chicas jovencísimas en un estado de pánico disimulado con valentía; había chicas que se aburrían en secreto y no volverían a cumplir los veinticinco; había chicas feas, piadosamente inconscientes de lo que les esperaba; y había algún minúsculo grupo de chicas seguras de sí mismas, que se sentían como si fueran a su propia casa.

—Dicen que no es como Yale —dijo Josephine—. En Princeton no cuidan tanto los detalles. No te llevan de acá para allá a toda prisa, de merienda en merienda, como en New Haven.

—¿A que nunca se te olvidará lo bien que nos lo pasamos la primavera pasada? —exclamó Lillian.

Las dos suspiraron.

—Por lo menos estará allí Louie Randall —dijo Josephine.

Sí, allí estaría Louie Randall, a quien Josephine había creído conveniente invitar, sin preocuparse de decírselo a su pareja en Princeton. Su pareja, que en aquel momento se paseaba arriba y abajo por el andén de la estación entre otros muchos jóvenes, probablemente tenía la impresión de que aquélla era su fiesta. Pero se equivocaba: era la fiesta de Josephine. Incluso Lillian iría con otro estudiante de Princeton, llamado Martin Munn, que Josephine había tenido la amabilidad de proporcionarle. «Por favor, invítala», le había escrito. «Si lo haces, podremos pasar juntos mucho tiempo, porque a mi pareja no le intereso demasiado, así que no le importará.»

Pero a Paul Dempster le importaba: le importaba mucho; tanto que, cuando el tren entró resoplando y echando humo en la estación, se tragó medio litro de aire, una manera suave de perder el sentido. Llevaba un año adorando a Josephine —aunque el interés de Josephine había disminuido hacía mucho tiempo— y había perdido la capacidad de juzgarla objetivamente; Josephine se había convertido en una proyección de sus propios sueños, una radiante y nebulosa masa de luz.

Pero Josephine vio a Paul con absoluta claridad cuando se apearon del tren. Se echó en sus brazos inmediatamente, como si quisiera acabar pronto y tener libre el terreno para acciones más importantes.

—¡Qué emoción! ¡Qué emoción! ¡Eres un encanto! ¡Mira que haberme invitado! —palabras inmemoriales que, quince años después, siguen siendo útiles.

Lo cogió del brazo, acurrucándose, acomodándose con una serie de pequeños reajustes, como si quisiera encontrar la postura perfecta porque se iba a quedar allí para siempre.

—Seguro que no te alegras de verme —murmuró—. Seguro que te has olvidado de mí. Sé cómo eres.

Material rudimentario, pero que hizo entrar en éxtasis a Paul Dempster, perplejo y feliz. A primera vista aparentaba los diecinueve años que tenía, pero, en su interior, continuaba fermentando la adolescencia.

Apenas si pudo decir:

—Seguro —y añadió inmediatamente—: Martin tenía prácticas de química en el laboratorio. Se reunirá con nosotros en el club.

Lentamente, la multitud de jóvenes se arremolinó en las escaleras, bajo el arco de Blair, flotando en un sueño de otoño y esparciendo con los pies las hojas amarillas. Lentamente avanzaban entre extensiones de césped, bajo los olmos y los claustros, respirando nubes de vaho en el atardecer vivificador, en pos de la esperanza que tenían al alcance de la mano, en pos de su meta, de la felicidad casi lograda.

Se sentaron ante una espléndida chimenea en el Club Witherspoon, la mayor de esas residencias para estudiantes que han hecho famoso a Princeton. Martin Munn, la pareja de Lillian, era un chico guapo y callado, con quien Josephine había salido algunas veces, aunque sin explorar su faceta sentimental. Ahora, mientras en el gramófono sonaba Bajo las palmeras y brillaba la luz naranja y suave del gran salón sobre los grupos dispersos, que parecían conservar la atmósfera de infinitas promesas llegadas del exterior, Josephine lo observaba, calibrando su valía. Le hervía dentro una curiosidad que conocía bien: cada vez respondía más distraída a las frases de Paul. Pero Paul seguía bajo el cálido hechizo del paseo desde la estación, y no se daba cuenta. No podía sospechar que ya había recibido toda la ración que le correspondía. Ya le habían asignado un papel diferente.

En el preciso instante en que alguien sugirió que fueran a arreglarse para la cena, el grupo reparó en un individuo que acababa de entrar en el club y permanecía junto a la entrada, mirando, no precisamente cómodo, pues parpadeaba como extrañado, pero de ninguna manera nervioso. Era



alto, con largas piernas de bailarín, y su cara era la de una comadreja vieja y experimentada para la que ningún gallinero era inexpugnable. —¡Vaya! ¡Louie Randall! —exclamó Josephine, como si estuviera muy asombrada.

Habló con él un momento, como de mala gana, y luego se lo presentó a los demás, mientras le susurraba a Paul:

—Es un chico de New Haven. No podía imaginarme que me iba a seguir hasta aquí.

Randall tardó unos minutos en formar parte del grupo. Era ingenioso y alegre. Ninguna sospecha ensombrecía el ánimo de Paul.

—Ah, por cierto —dijo Louie Randall—, ¿podría cambiarme de ropa en algún sitio? Tengo la maleta fuera.

Se produjo un silencio momentáneo. Josephine no demostraba el menor interés. El silencio se hizo más incómodo, y Paul se oyó decir:

—Si quieres, te puedes cambiar en mi habitación.

—No quiero molestarte.

—Nada de eso.

Josephine miró a Paul levantando las cejas, declinando toda responsabilidad en el atrevimiento de aquel individuo. Entonces Randall dijo:

—¿Vives cerca de aquí?

—Muy cerca.

—Es que tengo un taxi en la puerta y te podría llevar si quieres cambiarte, y así podrías enseñarme dónde es. No quiero molestarte.

La repetición de esta ambigua frase sugería que, en caso de que no lo acompañara, Paul podría encontrarse sus pertenencias en la calle. Se levantó de mala gana; no oyó cómo Josephine le susurraba a Martin Munn: «No te vayas todavía, por favor». Pero Lillian sí la oyó, sin que le importara en absoluto. Sus asuntos amorosos nunca chocaban con los de Josephine, y por eso eran íntimas amigas desde hacía mucho tiempo. Cuando Louie Randall y su involuntario anfitrión se fueron, Lillian se disculpó y subió a cambiarse.

—Me gustaría ver las instalaciones del club —sugirió Josephine. Sentía que la emoción de otras veces empezaba a correrle por las venas, sentía que las mejillas se le encendían como una estufa eléctrica.

—Éstos son los comedores privados —le explicaba Martin mientras daban una vuelta por el edificio—. Ésta es la sala de billar... Las pistas de squash... La biblioteca imita no sé qué biblioteca de un monasterio cisterciense que hay en... en la India o no sé dónde... Éste... —abrió la puerta y se asomó—. Éste es el despacho del presidente, pero no sé dónde está la luz.

Josephine entró en el despacho, soltando una risilla.

—Se está muy bien aquí —dijo—. No se ve nada. Ay, he tropezado con algo. ¡Ven a salvarme! Cuando salieron minutos después, Martin se alisaba el pelo apresuradamente.

—¡Eres preciosa! —dijo.

Josephine hizo un ruidillo extraño.

—¿Qué pasa? —preguntó Martin—. ¿Por qué pones esa cara?

Josephine no respondió.

—¿He hecho algo malo? ¿Estás enfadada? Parece como si hubieras visto un fantasma.

—No has hecho nada —contestó Josephine, y añadió con esfuerzo—: Has sido muy... muy dulce —se estremeció—. ¿Puedes acompañarme a mi habitación?

«Qué raro», pensaba. «Con lo guapo que es, y no he sentido nada en absoluto al besarlo. Por primera vez en mi vida, incluso con hombres que no me interesaban, no he sentido nada. A lo mejor me aburría después, pero en el momento siempre sentía algo.»

Aquella experiencia la había deprimido de una manera inexplicable. Sólo era su segundo baile en la universidad, pero jamás había disfrutado tan poco antes o después de una fiesta. Nunca la habían asediado con tanto entusiasmo, pero le parecía flotar permanentemente en una burbuja de sueño, aislada. Los hombres no eran hombres aquella noche, sino muñecos; hombres de Princeton, hombres de New Haven, hombres nuevos, pretendientes viejos: todos eran tan irreales como

maniqués. Se preguntó si su cara tenía esa expresión bovina que tantas veces había descubierto en las caras de las chicas estúpidas y apáticas.

«Es mi estado de ánimo», se dijo. «Sólo estoy cansada.»

Pero, al día siguiente, durante un animado y bullicioso almuerzo, se encontró más decaída que la docena de chicas que lánguidamente alardeaban de no haberse acostado en toda la noche. Después del partido de fútbol, Paul Dempster la acompañó a la estación. Josephine, arrepentida, se esforzaba en dedicarle el final del fin de semana, como le había dedicado el principio.

—Pero ¿por qué no venís al teatro con nosotros esta noche? —suplicaba Paul—. Ya te lo daba a entender en mi carta. Pensábamos llevaros a Nueva York para ir juntos al teatro.

—Porque —explicó Josephine con paciencia— Lillian y yo tenemos que estar en el colegio a las ocho. Con esa única condición nos dieron permiso para venir.

—¡Demonios! Seguro que habéis quedado esta noche con ese Randall.

Josephine lo negó con un gesto de desdén, pero de repente Paul había caído en la cuenta de que Randall había comido con ellos, había dormido en su propio sofá y, aunque durante el partido se hubiera sentado en el graderío de Yale, en cierto modo tampoco se había separado de ellos.

Y la cara de Randall fue la última que Paul vio cuando el tren se puso en marcha. Le había dado las gracias fervorosamente a Paul y lo había invitado a quedarse en su habitación si alguna vez iba a New Haven.

Pero, si el desdichado estudiante de Princeton hubiera presenciado una escena que tuvo lugar en la estación de Pensilvania una hora después, su dolor se hubiera mitigado, pues entonces era Louie Randall quien discutía con amargura:

—Pero ¿por qué no os arriesgáis? La señora que os acompaña no sabe a qué hora tenéis que estar en el colegio.

—Nosotras, sí.

Cuando por fin aceptó lo inevitable y se fue, Josephine suspiró y le dijo a Lillian.

—¿Dónde hemos quedado con Wallie y Joe? ¿En el Ritz?

—Sí, y será mejor que nos demos prisa —dijo Lillian—. El Follies empieza a las nueve.

## II.

Había sido así durante casi un año —una partida jugada con técnica magistral, pero con la pasión y el entusiasmo perdidos—, y a Josephine le faltaba todavía un mes para cumplir los dieciocho. Una tarde, en las vacaciones del Día de Acción de Gracias, mientras esperaban la hora de la cena en la biblioteca de la casa de Christine Dicer, en Gramercy Parle, Josephine le dijo a Lillian:

—No dejo de darle vueltas a lo emocionada que me hubiera sentido hace un año: un sitio nuevo, un vestido nuevo, conocer a hombres nuevos.

—Tienes ya mucho mundo, hija; estás de vuelta de todo.

Josephine se molestó:

—Odio esa expresión, y además no es verdad lo que dices. No me importa nada en el mundo, excepto los hombres, y tú lo sabes. Pero los hombres ya no son lo que eran. ¿De qué te ríes?

—¿Cuando tenías seis años eran diferentes?

—Sí. Eran más alegres cuando jugábamos a que se nos caía el pañuelo, incluso aquellos niños judíos que entraban por la verja de detrás de la casa. Y eran tan apasionantes los chicos que iban a la academia de baile. Yo me preguntaba qué sentiría al besar a cada uno, y a veces era maravilloso. Y luego llegaron Travis y Tony Harker y Ridge Saunders y Ralph y John Bailey, y por fin empecé a darme cuenta de que era yo la que lo hacía todo. La mayoría de los chicos no eran nada: ni héroes, ni hombres de mundo, ni nada de lo que me había imaginado. Sólo eran fáciles. Suena a engreimiento, pero es la verdad... —hizo una pausa—. Anoche, en la cama, estuve pensando en el tipo de hombre al que yo podría querer de verdad: sería diferente a todos los que he conocido. Tendría que cumplir ciertas condiciones. No tendría que ser necesariamente muy guapo, pero sí bien parecido, y con buen tipo, y ser fuerte. Además, tendría que tener una buena posición social, o no importarle si la tiene o no, no sé si me entiendes. Tendría que ser un líder, no un cualquiera. Y serio y digno, pero muy apasionado, y con mucha experiencia, para que yo creyera todo lo que dijera y

me pareciera bien lo que él pensara que está bien. Y yo, cada vez que lo mirara, tendría que sentir ese estremecimiento que a veces siento con un hombre que acabo de conocer; pero con él tendría que sentirlo siempre, siempre, cada vez que lo mirara, toda mi vida.

—Y te gustaría que estuviera muy enamorado de ti. Eso es lo primero que a mí me gustaría.

—Claro —dijo Josephine, abstraída—, pero ante todo me gustaría estar siempre segura de que lo quiero. Es más divertido querer a alguien que ser querida.

Se oyeron pasos en el corredor y un hombre entró en la habitación. Era un oficial con el uniforme de la aviación francesa: una guerrera azul horizonte que le quedaba como un guante, y botas y correaes que brillaban como espejos a la luz de la lámpara. Era joven, con ojos grises que parecían mirar a la lejanía y un bigote marcial, castaño, casi pelirrojo. Una banda de cintas de colores le adornaba el costado izquierdo, y lucía galones dorados en las mangas y las alas de la aviación en las insignias del cuello.

—Buenas noches —dijo cortésmente—. Me han ordenado que venga aquí. Espero no haberlas interrumpido.

Josephine no se inmutó. Lo miró de arriba abajo, y, mientras lo examinaba, el joven parecía acercársele, llenando todo el espacio. Oyó la voz de Lillian, y la voz del oficial, que decía:

—Me llamo Dicer; soy primo de Christine. ¿Les importa que fume?

No se sentó. Paseó por la biblioteca y hojeó una revista, no desdeñando su presencia, sino como si respetara su conversación. Pero, cuando vio que se había hecho el silencio, se sentó a una mesa, cerca de ellas, cruzó los brazos y les sonrió.

—Está en el ejército francés —aventuró Lillian.

—Sí. Acabo de volver y me alegro mucho de estar aquí.

No parecía alegrarse, advirtió Josephine. Parecía estar deseando irse, pero no tener un sitio adonde ir.

Por primera vez en su vida no se sentía segura de sí misma. No tenía absolutamente nada que decir. Confiaba en que no se le notara en la cara el vacío que había sentido desde que súbitamente su alma se había abierto ante la bella imagen del aviador. Se esforzó en sonreír mientras recordaba cómo una vez, hacía mucho tiempo, Travis de Coppet se había puesto la capa de su tío para ir a la academia de baile y parecía haberse transformado de repente en un hombre de mundo. Así, la guerra en Europa, que tanto duraba ya y tan poco nos afectaba, salvo para confinarnos en nuestras propias costas, cobraba tintes de leyenda, y la figura que tenía ante ella parecía haber salido de un gigantesco cuento de hadas.

Josephine se alegró de que llegaran los otros invitados a la cena y de que la habitación se llenara de gente, desconocidos con los que podía hablar o reír o bostezar, según sus méritos. Despreciaba a las chicas que revoloteaban alrededor del capitán Dicer, pero admiraba al capitán, que no daba la menor señal de si disfrutaba de aquella situación o le parecía detestable. A Josephine le desagradaba especialmente una rubia alta y posesiva que una vez se permitió cogerlo del brazo: el capitán Dicer debería haberse sacudido con el pañuelo aquella mancha sobre su pureza.

Se sentaron a cenar. Lo pusieron lejos de ella, y ella se alegró. Lo único que veía de él era su puño azul, en la otra punta de la mesa, cuando quería coger el vaso, pero tenía la sensación de que estaban solos los dos, y no importaba que él no lo supiera.

El hombre que se sentaba a su lado le facilitó la información superflua de que era un héroe:

—Es primo de Christine. Se educó en Francia y se alistó al comienzo de la guerra. Su avión fue derribado tras las líneas alemanas y se fugó saltando de un tren en marcha. Los periódicos hablaron mucho de eso. Creo que ha venido para colaborar en tareas de propaganda. Y es un gran jinete. Le cae bien a todo el mundo.

Después de la cena se sentó en silencio, mientras dos hombres charlaban a su lado. Deseaba con toda su alma que él se le acercara. Ah, ella sería amable, y evitaría cualquier signo de curiosidad o sensiblería sobre las experiencias de la guerra, evitaría todas las cosas que debían de haberlo aburrido e incomodado desde que había vuelto a su patria. Josephine oía lo que le estaban diciendo:

—Capitán Dicer... los alemanes crucifican a los soldados canadienses que caen prisioneros... ¿Cuánto tiempo cree que la guerra...? ...detrás de las líneas enemigas... ¿Tuvo usted miedo?

Y una voz vehemente, masculina, entre chupada y chupada a un puro, comentaba:

—A mi entender, capitán Dicer, no se está imponiendo ninguno de los dos bandos. Me da la impresión de que se temen mutuamente.

Parecía que había pasado mucho tiempo cuando se acercó a ella, en el momento preciso, cuando había una silla vacía a su lado para que él se sentara.

—Tenía ganas de hablar un rato con la chica más guapa. Llevo deseándolo toda la noche. Ha resultado difícilísimo.

Josephine tenía ganas de echarse sobre la piel reluciente del correa y, más aún, tenía ganas de apoyar la cabeza en su regazo. Toda su vida había estado orientada hacia aquel momento. Sabía lo que él quería, y se lo dio: no fueron palabras, sino una sonrisa de afecto y gozo, una sonrisa que decía: «Pídeme lo que quieras; me has conquistado». No era una sonrisa que devaluara a Josephine, porque, a través de su belleza, hablaba por los dos: expresaba toda la alegría en potencia que compartían.

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Una chica.

—Creí que eras una flor. Me preguntaba por qué te habían puesto en una silla.

—*Vive la France* —contestó Josephine en tono dulce y algo coqueta. Le miró el pecho—: ¿También coleccionas sellos, o sólo monedas?

Él se echó a reír.

—Es estupendo volver a estar con una chica americana. Esperaba que por lo menos me sentaran frente a ti en la mesa: no hubiera dejado de mirarte.

—Yo podía ver el puño de tu uniforme.

—Yo te podía ver el brazo. Por lo menos... Sí, me parecía tu pulsera verde... —y luego sugirió—: ¿Por qué no salimos juntos una de estas noches?

—No estaría bien. Todavía voy al colegio.

—Bueno, alguna tarde entonces. Me gustaría ir a alguna fiesta y oír las nuevas canciones de moda. Lo más moderno que conozco es *Esperando a Robert E. Lee*.

—Mi niñera me la cantaba para dormirme.

—¿Cuándo podrías?

—Me temo que tendrás que organizar una fiesta o algo así. Tu tía, la señora Dicer, es muy estricta.

—Se me había olvidado —asintió—. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —dijo, adelantándose un mes.

Y en este punto los interrumpieron y terminó la noche para Josephine. Los otros jóvenes en esmoquin parecían de luto al lado del estandarte de su uniforme. Algunos la atosigaron, pero Josephine se había sumergido en una ensoñación azul horizonte y quería estar sola.

«Por fin ha llegado», le murmuraba algo en su interior.

Durante el resto de la noche, durante todo el día siguiente, Josephine se movió en una especie de trance. Faltaba un día más para volver a verlo: cuarenta y ocho horas, cuarenta, treinta. Aquella expresión, «de vuelta de todo», le daba risa: jamás había sentido semejante emoción, tanta expectación. El día bienaventurado fue una nebulosa de música mágica y habitaciones invernales débilmente iluminadas, de automóviles donde le temblaba la rodilla contra el lazo de los cordones de la alta bota militar. Las miradas que los seguían mientras bailaban la hacían sentirse orgullosa; se sentía orgullosa de él hasta cuando bailaba con otra.

«Quizá piense que soy demasiado joven», pensaba angustiada. «Por eso no me dirá nada. Si lo hiciera, dejaría el colegio. Me fugaría con él esta noche.»

Al día siguiente volvieron a empezar las clases y Josephine escribió a casa:

«Querida mamá: ¿Podría pasar parte de las vacaciones en Nueva York? Christine Dicer quiere que pase una semana en su casa, así que aún me sobrarían diez días para pasarlos en Chicago. Uno de los motivos es que representan en el Metropolitan *El anillo de los nibelungos* de Wagner y si vuelvo a casa en cuanto me den las vacaciones sólo podré ver *El oro del Rin*. Y además no me han terminado todavía dos trajes de noche...»

La respuesta llegó a vuelta de correo:

«...porque, en primer lugar, tu decimoctavo cumpleaños cae en esas fechas, y tu padre se sentiría muy triste, porque sería el primer cumpleaños que no pasarías con nosotros; y, en segundo lugar, no conozco a los Dicer; y, en tercer lugar, he preparado una fiesta en tu honor y necesito que me ayudes; y, por último, no creo que sean verdad los motivos que me dices. Durante la semana de Navidad la Gran Ópera de Chicago representará...»

Entretanto, el capitán Edward Dicer había mandado flores y varias cartitas ceremoniosas que a Josephine le sonaban a traducciones del francés. Josephine se sentía cohibida al contestarlas, así que lo hacía en argot. La educación francesa del capitán Dicer y los años de guerra mientras América corría vertiginosamente hacia la Era del Jazz le hacían parecer, aunque sólo tuviese veintitrés años, de una generación más protocolaria y cortés que la suya. Josephine se preguntaba qué pensaría el capitán de gente tan lánguida y exótica como Travis de Coppet, Book Chaffee o Louie Randall. Dos días antes de las vacaciones Edward Dicer le escribió preguntándole cuándo salía su tren para el Oeste. Ya era algo, y durante setenta y dos horas aquella carta le dio sentido a su vida, incapaz de prestar atención a la multitud de invitaciones de Navidad y cartas desatendidas que se había propuesto contestar antes de volver a Chicago. Pero, cuando por fin llegó el día, Lillian le pasó un ejemplar subrayado de *Chismes de la ciudad* que, por su aspecto lamentable, parecía haber pasado por las manos de todo el colegio.

«Se rumorea que cierto elegante papá, que andaba algo irascible por la elección matrimonial de un vastago anterior, contempla con ecuanimidad que la única hija que le queda frecuente la compañía de un joven recién llegado después de sus hazañas en el ejército francés.»

El capitán Dicer no fue a despedirla a la estación. No le mandó flores. Lillian, que quería a Josephine como si fuera parte de sí misma, lloraba en su compartimento.

Josephine la consolaba, diciendo:

—Pero, querida, escúchame. Me da lo mismo. Estando en el colegio, no tenía la menor posibilidad. No importa.

Pero siguió despierta horas y horas después de que Lillian se durmiera.

III.

Dieciocho años: tenía que haber significado muchas cosas. Cuando cumpla los dieciocho podré... Hasta que una chica no llega a los dieciocho... Verás las cosas de otra manera cuando tengas dieciocho años.

Esto, por lo menos, era verdad. Josephine miraba las invitaciones para las vacaciones como si fueran facturas atrasadas. Las contaba distraída, como siempre había hecho: veintiocho bailes, diecinueve cenas y obras de teatro, quince meriendas con baile, una docena de almuerzos, unas cuantas invitaciones variadas, desde un desayuno en honor del coro de Yale hasta una fiesta con trineos en Lake Forest: setenta y ocho en total, y, con el pequeño baile que ella iba a organizar, setenta y nueve. Setenta y nueve promesas de diversión, setenta y nueve ofrecimientos de compartir con ella la alegría. Se sentó con paciencia para seleccionar y sopesar las invitaciones, consultándole a su madre los casos dudosos.

—Estás un poco pálida y pareces cansada —dijo su madre.

—Me estoy consumiendo. Me han dado calabazas.

—No te durará mucho. Conozco a mi Josephine. Esta noche, en el cotillón de la Liga Juvenil, conocerás a hombres maravillosos.

—No, mamá. Mi única esperanza es casarme. Aprenderé a querer a mi marido y a darle hijos y rascarle la espalda...

—Josephine!

—Conozco a dos chicas que se casaron por amor y me dijeron que su deber era rascarle la espalda a su marido y mandarle la ropa a la lavandería. Pero asumiré mi deber, y, cuanto antes, mejor.

—Todas las chicas se sienten así alguna vez —dijo su madre alegremente—. Antes de casarme tuve tres o cuatro pretendientes, y, sinceramente, todos me gustaban lo mismo. Cada uno tenía alguna cualidad que me gustaba, y aquello me preocupaba tanto que al final me daba igual; podría perfectamente haberlo rifado: a quien le toque, le tocó. Y entonces, un día que me sentía sola, tu padre me recogió para dar un paseo en coche, y desde ese día no volví a tener la menor duda. El amor no es lo que cuentan los libros.

—Claro que lo es —dijo Josephine con tristeza—. Por lo menos para mí siempre lo ha sido.

Por primera vez le parecía más agradable estar con un grupo que con un hombre a solas. En cuanto empezaban una frase se aburría. ¿Cuántas frases había oído en tres años? Le presentaban a hombres con fama de excitantes, y Josephine disfrutaba dejándolos helados, melancólicos, con lánguidas respuestas y miradas perdidas. Antiguos admiradores enjuiciaban favorablemente la metamorfosis, agradeciendo que por fin, aunque con atraso, les dedicara un poco de tiempo. Y Josephine se alegraba de que acabaran las vacaciones. Y una tarde gris, el día siguiente a Año Nuevo, al volver de un almuerzo, se dio cuenta de que, por una vez al menos, era agradable pensar que no tenía nada que hacer hasta la hora de la cena. Cuando se quitaba los chanclos en el recibidor, se sorprendió mirando fijamente algo que, encima de la mesa, le había parecido una proyección de su propia imaginación. Era una tarjeta que acababan de dejar: una tarjeta del señor Edward Dicer.

Instantáneamente, el mundo se estremeció, volvió a la vida, giró vertiginosamente y se detuvo en un mundo nuevo. El recibidor donde él había estado palpitaba lleno de vida: se imaginaba su figura, ante la luz que entraba por la puerta abierta, con el sombrero y el bastón en la mano. Fuera de la casa, Chicago se impregnaba de su presencia, latía con aquel placer que ya conocía Josephine. Oyó desde el salón el timbre del teléfono y, todavía con el abrigo de pieles, corrió a descolgarlo.

—¡Diga!

—Por favor, ¿la señorita Josephine?

—Sí, diga.

—Ah, soy Edward Dicer.

—He visto tu tarjeta.

—No nos hemos encontrado por muy poco.

¿Qué importaban las palabras cuando cada palabra aleteaba, vibraba?

—Sólo he venido a pasar el día. Desgraciadamente, no tengo más remedio que cenar esta noche con la gente que me ha invitado.

—¿Puedes venir ahora?

—Si tú quieres.

—Ven pronto.

Corrió escaleras arriba para cambiarse de vestido, cantando por primera vez desde hacía semanas. Cantaba:

*¿Dónde están mis zapatos?*

*¿Dónde están mis nuevos zapatos grises?*

*Me parece que los dejé aquí,*

*pero sospecho que... ¿Dónde narices...?*

Y, vestida ya, estaba en lo alto de las escaleras cuando sonó el timbre.

—No te preocupes —gritó a la criada—; yo abriré.

Les abrió la puerta al señor Warren Dillon y señora. Eran viejos amigos y todavía no los había visto aquellas navidades.

—Josephine! Habíamos quedado aquí con Constance, pero teníamos la esperanza de verte aunque sólo fuera un minuto: es que no paras ni un instante.

Espantada, los hizo pasar a la biblioteca.

—¿A qué hora habéis quedado con Constance? —preguntó en cuanto pudo.

—Dentro de media hora, si no se retrasa.

Trató de ser especialmente educada, para expiar por adelantado la falta de educación que quizá fuera necesaria más tarde. Cinco minutos después volvió a sonar el timbre, y en el porche estaba la figura romántica, recortándose nítidamente contra el cielo amenazador, y, detrás del héroe, subían los escalones Travis de Copet y Ed Bement.

—¡Quédate! —murmuró Josephine—. Toda esta gente se irá enseguida.

—Sólo tengo dos horas —dijo él—. Pero me esperaré, si quieres.

Hubiera querido abrazarlo, pero se dominó, incluso controló sus manos. Presentó a unos y otros, pidió el té. Los hombres le preguntaron a Edward Dicer sobre la guerra y él los esquivó con educación pero un poco incómodo.

Media hora más tarde preguntó a Josephine:

—¿Tienes hora? No puedo descuidarme y perder el tren.

Tenían que haber advertido que llevaba reloj, tenían que haber entendido la indirecta, pero Edward Dicer los fascinaba, como si hubieran aislado a un raro espécimen y estuvieran decididos a descubrirlo todo sobre él. Incluso, aunque se hubieran dado cuenta del estado de ánimo de Josephine, la hubieran considerado una egoísta por querer para ella sola algo de tan indiscutible interés general.

La llegada de Constance, su hermana casada, no mejoró la situación: Dicer volvió a ser víctima del fenómeno de la curiosidad humana. Cuando dieron las seis en el reloj del recibidor, le lanzó a Josephine una mirada de desesperación. Comprendiendo demasiado tarde la situación, el grupo se disolvió. Constance se llevó a los Dillon a la sala de estar del piso de arriba, y los dos jóvenes se fueron a sus casas.

Silencio, si no fuera por las voces que se iban apagando en las escaleras, por el automóvil que se alejaba aplastando la nieve. Antes de decir una palabra, Josephine llamó a la criada y le dio instrucciones: no estaba en casa. Cerró la puerta que daba al recibidor. Entonces se sentó en el sofá cerca de él y unió las manos con fuerza y esperó.

—Gracias a Dios —dijo Edward—. Mé parecía que si se quedaban un minuto más...

—Ha sido horroroso, ¿verdad?

—He venido por ti. La noche que te fuiste de Nueva York llegué diez minutos después de que el tren hubiera salido porque me entretuvieron en la oficina de propaganda francesa. Las cartas no se me dan demasiado bien. Desde entonces sólo he pensado en venir a verte.

—Me puse muy triste.

Pero no ahora: ahora pensaba que pronto estaría entre sus brazos, sintiendo los botones de la guerrera contra su cuerpo, haciéndole daño, sintiendo que aquel correa que le cruzaba el uniforme los unía, la hacía formar parte de él. No había dudas ni reservas de ninguna clase: él era lo único que ella quería.

—Me quedaré aquí seis meses más, quizá un año. Luego, si continúa esta maldita guerra, tendré que volver a Europa. Creo que no tengo ningún derecho a...

—¡Espera! ¡Espera! —exclamó Josephine. Quería saborear, sentir unos segundos más aquel instante de felicidad—. Espera —repitió, poniendo la mano en su mano. Sentía con intensidad cada uno de los objetos que había en la habitación; sentía cómo pasaba cada segundo, y cada uno transportaba al futuro una carga de belleza—. Muy bien, dime.

—Sólo que te quiero —murmuró. La tenía entre los brazos; sentía sus cabellos en la mejilla—. No hace mucho que nos conocemos, y sólo tienes dieciocho años. Pero he aprendido: esperar me da miedo.

Josephine, apoyada en su brazo, echó la cabeza hacia atrás para verle la cara. Su cuello se curvó con gracia, pleno y suave, y se inclinó sobre el hombro de Edward, como ella sabía, para que sus labios estuvieran cada vez más cerca de los suyos. «Ahora», pensó. Edward emitió una especie de suspiro, casi inaudible, y acercó la cara de Josephine a la suya.

Un instante después, Josephine se separó de Edward y se puso derecha.

—Querida mía, vida mía.

Josephine lo miraba, no dejaba de mirarlo. Y delicadamente él la volvió a atraer hacia sí y la besó. Esta vez, cuando se incorporó, se levantó y fue al otro extremo del salón, donde abrió una caja de almendras y se metió en la boca unas cuantas. Luego volvió y se sentó a su lado, mirando al frente, lanzándole una rápida mirada.

—¿En qué piensas, querida, querida Josephine?

No respondió, y él puso sus dos manos sobre las suyas.

—¿Qué sientes, querida?

Mientras él respiraba, Josephine oía el débil roce del correa de cuero contra su hombro; sentía cómo la miraban aquellos ojos preciosos, cariñosos, llenos de fuerza; sentía cómo el orgullo de Edward se alimentaba de gloria, como otros se alimentan de seguridad; oía un tintineo de espuelas en su voz fuerte, sonora, irresistible.

—No siento nada en absoluto.

—¿Qué quieres decir? —estaba sorprendido.

—¡Ayúdame, por favor! —exclamó Josephine—. ¡Ayúdame!

—No entiendo lo que quieres decir.

—Bésame otra vez.

La besó. Esta vez no la soltó. La miraba a la cara.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres decir que no me quieres?

—No siento nada.

—Pero me querías.

—No lo sé.

La soltó. Josephine fue a sentarse en el otro extremo del salón.

—No lo entiendo —dijo Edward un instante después.

—Creo que eres perfecto —dijo ella, y le temblaban los labios.

—Pero no... No te estremezco.

—Sí, mucho. Esta tarde ha sido un puro estremecimiento.

—Entonces ¿qué pasa, cariño?

—No lo sé. Me han dado ganas de reír cuando me has besado —le repugnaba decir aquello, pero la obligaba a hablar una franqueza profunda, desesperada. Vio cómo le cambiaba la mirada, se dio cuenta de que se separaba un poco de ella—. Ayúdame —repitió.

—¿Cómo puedo ayudarte? Tendrías que ser más clara. Te quiero; pensaba que a lo mejor tú también me querías. Nada más. Si no te gusto...

—Claro que me gustas. Eres todo... Eres todo lo que siempre había deseado.

Su voz continuó en su interior: «Pero ya lo he conseguido todo».

—Pero, sencillamente, no me quieres.

—No puedo darte nada. No siento nada en absoluto.

Edward se levantó de pronto. Notaba cómo la apatía inmensa y trágica de Josephine inundaba el salón y le contagiaba aquella indiferencia: súbitamente muchas cosas se disolvieron y desaparecieron de su corazón.

—Adiós.

—No vas a ayudarme —murmuró ensimismada.

—¿Cómo diablos puedo ayudarte? —contestó con impaciencia—. Te soy indiferente. Eso no lo podemos cambiar ni tú ni yo. Adiós.

—Adiós.

Se sentía muy cansada y se echó boca abajo en el sofá. Era terriblemente consciente de que todas las frases hechas son verdad: nadie puede gustar y poseer a la vez. Había tenido el amor de su vida al alcance de la mano, pero, cuando buscó en su cesta vacía, no encontró ni una flor que poder ofrecerle, ni una. Se echó a llorar.



—¿Qué me he hecho a mí misma? —sollozó—. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

## La boda

La boda (*Saturday Evening Post*, 9 de agosto de 1930) fue inspirado por la boda en París de Powell Fowler, el hermano de Ludlow Fowler (véase *El joven rico*). Meditación sobre la influencia del dinero en el carácter, es el primer relato de Fitzgerald que se ocupa del hundimiento de Wall Street. La boda rememora el final de la época en que los millonarios norteamericanos colonizaron París.

I.

Era la acostumbrada nota poco sincera: «Quería que fueras el primero en saberlo». Fue un doble golpe para Michael, pues anunciaba a la vez el compromiso y la boda inminente, una boda que, además, se celebraría, no en Nueva York, lejos y como debe ser, sino allí mismo, en París, en sus mismas narices, si podía decirse que le llegaban hasta la Iglesia Protestante Episcopal, en la Avenue George-Cinq. La boda tendría lugar dentro de dos semanas, en los primeros días de junio.

Al principio Michael se asustó y sintió un vacío en el estómago. Cuando salió del hotel aquella mañana, la *femme de chambre*, que estaba enamorada de su perfil perfecto y su simpático optimismo, adivinó el profundo ensimismamiento que se había apoderado de él. Fue a su banco como en sueños, compró una novela policiaca en Smith, en la Rué de Rivoli, se quedó mirando largo rato, como encantado, una desvaída fotografía de los campos de batalla en el escaparate de una agencia de viajes, insultó a un vendedor callejero, un griego que lo seguía con un abanico entreabierto de postales inocuas que con toda seguridad eran pura pornografía.

Pero el miedo no desaparecía, y al cabo de un rato se dio cuenta de que era miedo a no volver a ser feliz jamás. Había conocido a Caroline Dandy cuando ella tenía diecisiete años, y su joven corazón había sido suyo durante la primera temporada en que Caroline participó en la vida social de Nueva York, y luego la había perdido, poco a poco, trágicamente, fatalmente, porque él no tenía dinero ni posibilidad de tenerlo; porque, con toda la energía y buena voluntad del mundo, era incapaz de encontrarse a sí mismo; porque, aunque aún lo quería, Caroline había perdido la confianza en él y empezaba a mirarlo como a un ser patético, fútil y miserable, al margen del esplendoroso torrente de vida que la atraía inevitablemente.

Su único sostén era que ella lo quería, así que, con sus pocas fuerzas, en aquel amor se apoyaba; el sostén se rompió, pero había seguido aferrándose a él y se había dejado arrastrar por el mar que lo arrojó a las costas de Francia con los pedazos todavía en la mano. Los llevaba a todas partes bajo la forma de fotos y paquetes de cartas y una canción que le gustaba, una lacrimógena canción de moda titulada *Entre mis recuerdos*. No se acercaba a otras mujeres, como si Caroline hubiera podido enterarse de algún modo y hubiera estado dispuesta a corresponderle con un corazón fiel. La nota de Caroline le anunciaba que la había perdido para siempre.

Era una mañana espléndida. Frente a las tiendas de la Rué de Castiglione, propietarios y clientes ocupaban las aceras mirando hacia el cielo, porque el Graf Zeppelin, rutilante y glorioso, símbolo de evasión y destrucción —de evasión, en caso de necesidad, por medio de la destrucción—, se deslizaba por el cielo de París. Oyó cómo una mujer decía en francés que no se sorprendería en absoluto si el Graf Zeppelin empezaba a tirar bombas. Entonces oyó otra voz, impregnada de risas roncadas, y el vacío en el estómago se le congeló. Se volvió inmediatamente y se encontró, cara a cara, con Caroline Dandy y su novio.

—¡Michael! Qué casualidad. Ahora mismo nos estábamos preguntando por dónde andarías. Pregunté en el Guaranty Trust y en Morgan y Compañía, y por fin te mandé una nota al National City...

¿Por qué no retrocedían? ¿Por qué no retrocedían sin cesar, por qué no retrocedían Rué de Castiglione abajo, y cruzaban la Rue de Rivoli, a través del jardín de las Tullerías, y seguían retrocediendo lo más rápido posible, hasta desvanecerse y desaparecer más allá del río?

—Te presento a Hamilton Rutherford, mi prometido.

—Nos conocemos.

—¿Os habéis visto en el Pat?

—Y en el bar del Ritz la primavera pasada.

—¿Dónde te habías metido, Michael?

—Por ahí.

Qué tortura. Ante los ojos de Michael relampagueaban imágenes de Hamilton Rutherford: una rápida sucesión de imágenes y frases. Recordaba haber oído decir que en 1920 había comprado un paquete de acciones con un préstamo de 125.000 dólares, e inmediatamente antes del hundimiento de la Bolsa lo había vendido por más de medio millón. No era tan guapo como Michael, pero su vitalidad lo hacía atractivo, y, muy seguro de sí mismo, era autoritario y de la exacta estatura para Caroline: Michael había sido siempre demasiado bajo para Caroline cuando bailaban.

Rutherford estaba diciendo:

—Me gustaría mucho que vinieras a mi despedida de soltero. He reservado el bar del Ritz a partir de las nueve. Después de la boda habrá un desayuno en el Hotel George-Cinq.

—Ah, Michael —dijo Caroline—, George Packman da una fiesta pasado mañana en Chez Víctor y, por supuesto, quiero que vengas. Y también al té en casa de Jebby West; Jebby te hubiera invitado si hubiera sabido dónde estabas. Dime en qué hotel estás, que te mandemos la invitación. ¿Sabes? Hemos decidido casarnos en París porque mi madre ha estado internada aquí en una clínica, y por aquí anda todo el clan. Y como la madre de Hamilton está también en París...

Todo el clan: Michael siempre los había odiado a todos, excepto a la madre; siempre se habían opuesto a su noviazgo. ¡Qué pieza tan insignificante era él en aquel juego de familias y dinero! Empezó a sudar bajo el sombrero: era la humillación de merecer ser invitado a tantas fiestas y celebraciones precisamente a causa de su absoluta desdicha. Murmuró, muy nervioso, que tenía que irse.

Entonces sucedió: Caroline se asomó a lo más hondo del corazón de Michael, y Michael supo lo que había visto. Había visto su profunda herida, y dentro de Caroline había vibrado algo, algo que había muerto inmediatamente en la comisura de sus labios y en sus ojos. La había conmovido. Todos los inolvidables impulsos del primer amor afloraron una vez más, y sus corazones se habían tocado a través de medio metro de luz de París. De repente se cogió del brazo de su novio, como si esperara tranquilizarse al sentir su contacto.

Se despidieron. Durante un instante Michael caminó a paso rápido; luego se detuvo, fingiendo mirar un escaparate, para ver cómo se alejaban, deprisa, hacia la Place Vendôme, gente con mucho que hacer.

También él tenía cosas que hacer: tenía que ir a la lavandería a recoger la ropa.

«Nada volverá a ser lo mismo», se dijo. «Ella nunca será feliz en su matrimonio y yo nunca más seré feliz.»

Los dos años intensos de su amor por Caroline volvieron a girar a su alrededor como los años en la física de Einstein. Volvieron a surgir recuerdos intolerables: paseos en Long Island a la luz de la luna; unas horas de felicidad en el lago Placid, y Caroline con las mejillas heladas pero ardiéndole bajo la piel; una tarde de desesperación en un pequeño café de la calle 48 en aquellos últimos meses de tristeza cuando el matrimonio parecía algo imposible.

—Pase —dijo en voz alta.

Era la portera con un telegrama: antipática porque la ropa del señor Curly estaba un poco estropeada. Porque el señor Curly daba pocas propinas. Evidentemente, el señor Curly era *nonpetitclient*.

Michael leyó el telegrama.

—¿Quiere responder? —preguntó la portera.

—No —dijo Michael; y añadió impulsivamente—: Léamelo.

—Malas, muy malas noticias —dijo—. Su abuelo ha muerto.

—No son tan malas —dijo Michael—. Significa que me corresponde un cuarto de millón de dólares.

Llegaba, por un mes, demasiado tarde. Tras el calor inmediato de la noticia su desdicha se hizo más profunda que nunca. Aquella noche en la cama, despierto, estuvo oyendo

interminablemente cómo la larga caravana de un circo pasaba por la calle, de una feria de barrio a otra.

Cuando dejó de oír el estrépito del último camión y el alba pintó de azul pastel las esquinas de los muebles, todavía pensaba en la mirada de Caroline la mañana anterior, la mirada que parecía decir: «¿No pudiste hacer nada? ¿Por qué no tuviste la suficiente fuerza para que me casara contigo? ¿No te das cuenta de lo triste que estoy?».

Michael apretó los puños.

«No me rendiré hasta el último momento», murmuró. «He tenido muy mala suerte hasta ahora: a lo mejor cambia por fin la cosa. Uno coge lo que puede, hasta el límite de sus fuerzas, y, si no puedo conseguir a Caroline, por lo menos iré al altar llevando un poco de mí en el corazón.»

## II.

Así que dos días más tarde fue a la fiesta en Chez Victor, al pequeño salón superior donde los invitados iban a reunirse para los cócteles. Llegó con tiempo; el único invitado presente era un hombre alto y delgado, de unos cincuenta años. Hablaron.

—¿Viene a la fiesta de George Packman?

—Sí. Soy Michael Curly.

—Soy...

Michael no consiguió quedarse con el nombre. Pidieron una copa, y Michael sugirió que los novios se lo pasaban estupendamente.

—Demasiado —asintió el otro, frunciendo el entrecejo—. No sé cómo pueden soportarlo. Hicimos la travesía juntos: cinco días disparatados y después dos semanas en París. Ustedes... —titubeó e insinuó una sonrisa—. Perdona si te digo que vuestra generación bebe demasiado.

—Caroline no.

—No, Caroline no. Parece que se contenta con un cóctel y una copa de champán, gracias a Dios. Pero Hamilton bebe demasiado y toda esa pandilla de jóvenes bebe demasiado. ¿Vives en París?

—Por el momento —dijo Michael.

—No me gusta París. Mi mujer, es decir, mi antigua mujer, la madre de Hamilton, vive en París.

—¿Usted es el padre de Hamilton?

—Tengo ese honor. Y no niego que estoy orgulloso de su conducta. Sólo era un comentario.

—Por supuesto.

Michael, nervioso, miró al techo cuando entraron cuatro nuevos invitados. Recordó súbitamente que llevaba un esmoquin viejo y gastado. Había encargado uno nuevo aquella mañana. Los recién llegados eran ricos y se encontraban a sus anchas juntos, en su riqueza: una chica morena, preciosa, con una risilla histérica, a quien ya conocía; dos hombres llenos de seguridad en sí mismos, que sólo sabían bromear sobre el escándalo de la noche anterior y las posibilidades de la noche inminente, como si fueran los protagonistas de una comedia que se dilataba sin fin hacia el pasado y el futuro. Cuando Caroline llegó, Michael sólo pudo hablar con ella un momento, pero le bastó para notar que, como los otros, estaba tensa y cansada. Estaba pálida bajo el maquillaje; tenía sombras bajo los ojos. Con una mezcla de alivio y vanidad herida vio que lo habían colocado lejos de ella y en otra mesa; necesitó unos minutos para adaptarse a lo que lo rodeaba. No era como el grupo juvenil en el que se habían movido Caroline y él; los hombres habían cumplido ya los treinta y parecían compartir lo mejor de la buena vida. A su lado se sentaba Jebby West, a quien conocía; y enfrente tenía a un individuo jovial que inmediatamente empezó a hablarle de una broma extraordinaria para la despedida de soltero: contratarían a una chica francesa para que apareciera con un niño en brazos y gritara: «Hamilton, ¡no puedes abandonarme ahora!». La idea le pareció a Michael añeja y sin gracia, pero su inventor se retorció de risa por anticipado.

En la mesa también se hablaba de la Bolsa: había vuelto a bajar aquel día, el descenso más apreciable desde el hundimiento, y algunos le gastaban bromas a Rutherford:

—La cosa está fatal, chico. Quizá sea mejor que no te cases.

Michael le preguntó al individuo que se sentaba a su izquierda:

—¿Ha perdido mucho?

—Nadie lo sabe. Yo creo que le afecta bastante, pero es uno de los jóvenes más inteligentes de Wall Street. De todas maneras, nadie dice la verdad.

Fue una cena regada con champán desde el principio, y hacia el final alcanzó un agradable nivel de alegre compañerismo, pero Michael se dio cuenta de que aquella gente estaba demasiado aburrida y harta de todo para animarse con estimulantes corrientes; llevaban semanas bebiendo cócteles como americanos, vinos y brandys como franceses, cerveza como alemanes, whisky con soda como ingleses, y, como ya no tenían veinte años, aquel mélange absurdo, que era como el gigantesco cóctel de una pesadilla, sólo conseguía que temporalmente fueran menos conscientes de los errores de la noche anterior. Lo que es como decir que no era una fiesta alegre de verdad: la poca alegría que pudiera existir se manifestaba en los pocos que no probaban el alcohol.

Pero Michael no estaba cansado, y el champán le sirvió de estimulante y mitigó su desdicha. Llevaba lejos de Nueva York más de ocho meses y no conocía la nueva música de baile, pero a los primeros compases de *Muñeca pintada*, que el verano precedente había sido la música de fondo mientras Caroline y él se debatían entre la felicidad y la desesperación, cruzó el salón, se acercó a la mesa de Caroline y la invitó a bailar.

Estaba preciosa con un vestido de un azul etéreo y suave, y la proximidad de su pelo rubio y chispeante, de sus ojos grises, serenos y tiernos, hizo que se sintiera torpe y rígido; tropezó en cuanto dio los primeros pasos en la pista. Pareció, durante unos minutos, que no tenían nada que decirse; le hubiera gustado hablar de la fortuna que había heredado, pero la idea le pareció precipitada, fuera de lugar.

—Michael, qué agradable es volver a bailar contigo.

Michael sonrió con tristeza.

—Me siento tan feliz de que hayas venido —continuó ella—. Tenía miedo de que te portaras como un tonto y no aparecieras. Ahora podemos ser buenos amigos, sin afectación. Y me gustaría, Michael, que Hamilton y tú os tuvierais aprecio.

El compromiso matrimonial la estaba volviendo estúpida. Nunca le había oído una sarta semejante de frases hechas y obvias.

—Podría matarlo sin ningún remordimiento —dijo Michael, como bromeando—, pero parece una buena persona. Es un hombre admirable. Lo que me gustaría saber es qué le pasa a la gente que, como yo, no puede olvidar.

Mientras hablaba así, no pudo evitar que la tristeza le deformara la boca, y, al levantar la vista, Caroline se dio cuenta y se le aceleró el corazón, como cuando se encontraron en la calle.

—¿Tanto te duele, Michael?

—Sí.

Y, al responder así, con una voz que apenas le salía del cuerpo, dejaron de bailar un instante: se abrazaban, inmóviles. Entonces Caroline se separó un poco y sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Al principio no sabía qué hacer, Michael. Le hablé a Hamilton de ti: le dije que te tenía muchísimo cariño, pero no le importó, y tenía razón. Porque ya he superado lo nuestro, sí. Y tú te despertarás cualquier mañana de sol y también lo habrás superado.

Michael, muy seguro, negó con la cabeza.

—Ah, sí. No estábamos hechos el uno para el otro. Yo soy muy caprichosa y necesitaba a un hombre con decisión, alguien como Hamilton. No fue sólo por una cuestión de... de...

—De dinero.

Otra vez estuvo a punto de contarle lo que le había sucedido en las últimas horas, y otra vez algo le dijo que no era el momento.

—¿Cómo me explicas entonces lo que pasó el otro día cuando nos encontramos? —preguntó, indeciso—. ¿Cómo me explicas lo que está pasando ahora mismo, cuando nos fundimos el uno en el otro, como antes, como si fuéramos una sola persona, como si en nosotros corriera una única sangre?

—No, por favor —suplicó—, no hables así. Ya está todo decidido. Quiero a Hamilton con toda mi alma, aunque me acuerdo de algunas cosas del pasado y lo siento por ti... y por mí... por cómo éramos entonces.

Michael vio, por encima del hombro de Caroline, cómo otro invitado se acercaba para pedirle que le cediera la pareja. Para alejarse, aterrado, empezó a bailar de nuevo, pero el individuo continuó acercándose inevitablemente.

—Tengo que verte a solas, aunque sólo sea Un momento —dijo rápidamente Michael—. ¿Cuándo?

—Mañana iré al té que ha organizado Jebby West —murmuró, mientras apoyaba convencionalmente la mano en el hombro de Michael.

Pero no pudo hablar con Caroline en el té de Jebby West. Rutherford no se separó de ella: participaban juntos en todas las conversaciones. Se fueron pronto. A la mañana siguiente las invitaciones de boda llegaron en el primer reparto de correo.

Entonces Michael, que se desesperaba dando vueltas en su habitación, decidió dar un golpe de audacia: le escribió a Hamilton Rutherford, pidiéndole una cita para la tarde siguiente. En una breve conversación telefónica Rutherford aceptó, pero aplazando un día el encuentro. Y sólo faltaban seis días para la boda.

Se encontrarían en el bar del Hotel Jena. Michael tenía preparado lo que iba a decir: «¿Eres consciente, Rutherford, de la responsabilidad que contraes con este matrimonio? ¿Eres consciente de la cantidad de problemas y disgustos que estás sembrando al convencer a una chica para que haga algo contrario a los impulsos de su corazón?». Le explicaría que las barreras que habían existido entre Caroline y él habían sido falsas y ya habían desaparecido, y le pediría que, con la mayor franqueza, aclarara todo con Caroline antes de que fuese demasiado tarde.

Rutherford montaría en cólera, posiblemente habría una escena, pero Michael sabía que estaba luchando por su propia vida.

Encontró a Rutherford charlando con un individuo mayor que ellos, con el que Michael había coincidido en algunas bodas.

—He visto lo que les ha pasado a algunos amigos —decía Rutherford— y he decidido que a mí no me pase lo mismo. No es tan difícil: si eliges una mujer con sentido común y le hablas claro, y te comportas como Dios manda, y juegas limpio, entonces es un matrimonio de verdad. Pero si desde el principio consientes tonterías, entonces es un vulgar apaño: antes de que pasen cinco años el marido corta por lo sano, o ella lo engaña, y se repite el desastre de siempre.

—¡Exacto! —asintió entusiasmado el individuo que lo acompañaba—. Hamilton, chico, tienes toda la tazón.

A Michael empezó a hervirle la sangre.

—¿No le parece —preguntó con frialdad— que su postura pasó de moda hace unos cien años?

—No, en absoluto —dijo Rutherford en tono agradable, pero un poco incómodo—. Soy tan moderno como cualquiera. Y me casaría a bordo de un avión el sábado que viene si mi chica quisiera.

—No me refiero a esa manera de ser moderno. No puedes coger a una mujer sensible y...

—¿Sensible? Las mujeres no tienen ni una pizca de sensibilidad. Los tipos como usted son los que tienen sensibilidad; y las mujeres se aprovechan de los tipos como usted, de su devoción y consideración y todas esas cosas por el estilo. Leen un par de novelas y ven un par de películas porque no tienen otra cosa que hacer y luego presumen de ser más delicadas y puras que tú y para demostrártelo cogen la pieza entre los dientes y no vuelves a verles el pelo. Tienen la misma sensibilidad que el caballo de un bombero.

—Pues Caroline es sensible —dijo Michael con voz cortante.

En ese instante el otro hombre se levantó para irse; cuando acabó la discusión sobre quién pagaba la cuenta y se quedaron solos, Rutherford miró a Michael como si fuera a contestarle una pregunta.

—Caroline es más que sensible —dijo—. Es sensata —en sus ojos combativos, fijos en los de Michael, parpadeó una luz gris—. Todo esto le suena a usted demasiado ordinario, señor Curly, pero yo creo que hoy día el hombre medio lo único que quiere es ser el títere de alguna mujer que ni

siquiera se divierte haciéndole caer tan bajo. Quedan por desgracia muy pocos hombres que sean los verdaderos dueños de sus mujeres, pero yo voy a ser uno de ellos.

A Michael le pareció que había llegado el momento de hablar de su situación.

—¿Se da cuenta de la responsabilidad que va a contraer?

—Desde luego que sí —lo interrumpió Rutherford—. No le temo a la responsabilidad. Yo tomaré las decisiones, equitativamente, espero, pero en cualquier caso de modo inapelable.

—¿Y si el primer paso está mal dado? —dijo Michael con vehemencia—. ¿Qué pasaría si el matrimonio no se basara en el mutuo amor?

—Ya veo lo que quiere decir —dijo Rutherford, todavía con amabilidad—. Y ya que ha sacado el tema, permítame decirle que si Caroline y usted se hubieran casado, el matrimonio no hubiera durado tres años. ¿Sabe en qué se basaba la relación de ustedes? En la tristeza. La tristeza es un placer para muchas mujeres y para algunos hombres, pero a mí me parece que un matrimonio debe basarse en la esperanza —miró el reloj y se puso de pie—. He quedado con Caroline. Recuerde que está usted invitado a la despedida de soltero pasado mañana.

Michael se dio cuenta de que estaba perdiendo la ocasión.

—Entonces ¿para usted no cuentan los sentimientos de Caroline? —preguntó, irritado.

—Caroline está cansada y nerviosa, pero tiene lo que quiere y eso es lo importante.

—¿Se refiere a usted? —preguntó Michael con incredulidad.

—Sí.

—¿Puedo preguntarle desde cuándo lo quiere?

—Desde hace unos dos años.

Antes de que Michael pudiera responder, Rutherford se había ido.

Durante los dos días siguientes Michael flotó en un abismo de impotencia. Le obsesionaba la idea de que había dejado de hacer algo que hubiera podido cortar este nudo que cada vez se apretaba más ante sus ojos. Llamó por teléfono a Caroline, que insistió en que le era materialmente imposible verlo hasta la víspera de la boda, y para entonces le dio una cita provisional. Michael fue a la despedida de soltero de Rutherford, en parte por miedo a pasar solo la tarde y la noche en el hotel, y en parte por la sensación de que, asistiendo a aquella fiesta, estaba más cerca de Caroline, sin perderla de vista.

El bar del Ritz había sido adornado para la ocasión con banderas de Francia y Estados Unidos y con un gran telón que cubría una pared, contra la que los asistentes eran invitados a concentrar su inclinación a romper vasos.

Durante el primer cóctel, servido en la barra, muchas manos temblorosas dejaron caer un poco de bebida, pero, más tarde, con el champán, fue subiendo la marea de risas y aquí y allá brotaron las primeras canciones.

Michael se admiraba de hasta qué punto su nuevo esmoquin, el sombrero de seda nuevo, la nueva y soberbia ropa interior, contribuían a la estima que tenía de sí mismo: le provocaba menos resentimiento que aquella gente fuera tan rica y tuviera tanta seguridad en el futuro. Por primera vez desde que dejara la universidad, él también se sentía rico y seguro; se sentía parte de aquel mundo, e incluso ayudó a preparar la broma pesada de Johnson, la aparición de la mujer traicionada, que en aquel momento esperaba tranquilamente en el vestíbulo.

—No queremos exagerar demasiado —decía Johnson—, porque me imagino que Ham ya ha tenido hoy demasiadas preocupaciones. ¿Has visto que las acciones de la Fullman Oil han caído dieciséis puntos esta mañana?

—¿Le afecta? —preguntó Michael, procurando que no se le notara en la voz excesivo interés.

—Naturalmente. Había invertido mucho, como siempre. Y siempre había tenido suerte, por lo menos hasta hace un mes.

Ahora los vasos se llenaban y vaciaban a mayor velocidad y los invitados hablaban a voces a través de la estrecha mesa. Los testigos de la boda se fotografiaban ante la barra, y el fogonazo de las lámparas de magnesio llenó el salón de una humareda sofocante.

—Ahora es el momento —dijo Johnson—. Recordad: os quedáis junto a la puerta. Intentaremos impedirle la entrada hasta que haya llamado la atención de todo el mundo.

Salió al pasillo y Michael esperó obedientemente junto a la puerta. Pasaron unos minutos. Entonces Johnson volvió con una expresión extraña.

—Está pasando algo raro.

—¿No está la chica?

—Allí está, sí, pero también hay otra chica, y nosotros no la hemos traído. Quiere ver a Hamilton Rutherford, y parece muy convencida de lo que dice.

Salieron al vestíbulo. Plantada firmemente en una silla, cerca de la puerta, había una norteamericana un poco borracha, pero con un gesto de determinación. De repente levantó la cabeza y los miró.

—¿Qué? ¿Se lo habéis dicho? —preguntó—. Seguro que recuerda perfectamente mi nombre, Marjorie Collins. He hecho un viaje muy largo, así que quiero verlo ahora mismo, rápido, o vamos a tener lo que no habéis visto en vuestra vida.

Se puso de pie, tambaleándose.

—Ve a decírselo a Ham —le susurró Johnson a Michael—. Quizá sería mejor que saliera. Yo la entretendré aquí.

De vuelta a la mesa, Michael se inclinó y murmuró al oído de Rutherford, con cierta severidad.

—Hay una chica fuera, una tal Marjorie Collins, que dice que quiere verlo. Parece que quiere causar problemas.

Hamilton Rutherford parpadeó, casi se le abrió la boca; luego los labios volvieron a unirse en una línea recta y Rutherford dijo con tono resuelto:

—Haga el favor de entretenerla. Y mándeme al barman cuanto antes.

Michael habló con el barman, y luego, sin volver a la mesa, pidió su abrigo y su sombrero. De nuevo en el vestíbulo, pasó junto a Johnson y la chica sin dirigirles la palabra y salió a la Rue Cambon. Llamó a un taxi y le dio la dirección del hotel de Caroline.

Su puesto estaba ahora a su lado. No para darle la mala noticia, sino sólo para estar cerca de ella cuando el castillo de naipes que había construido se le derrumbara encima.

Rutherford le había insinuado que era un hombre débil, pero tenía la fuerza suficiente para no renunciar a la mujer que quería sin aprovecharse de cualquier ocasión dentro de los límites del honor. Si ella decidía separarse de Rutherford, lo encontraría a él a su lado.

Estaba en el hotel, y se sorprendió de que la llamara por teléfono, pero todavía estaba arreglada y bajaría inmediatamente. Apareció enseguida, en traje de noche, con dos telegramas en la mano. Se sentaron en los sillones del vestíbulo desierto.

—¿Ya ha terminado la cena, Michael?

—Quería verte, y me he ido.

—Me alegro —su voz era amistosa, pero impersonal—, porque acababa de llamarte por teléfono a tu hotel para decirte que mañana tenía todo el día ocupado por las pruebas del vestido y los ensayos de la ceremonia. Menos mal que hemos podido hablar.

—Estarás cansada —conjeturó Michael—. Quizá no debería haber venido.

—No. Estaba esperando a Hamilton. Hay telegramas que pueden ser importantes. Me dijo que iba a pasarse por aquí, pero puede venir a cualquier hora, así que me alegro de poder charlar con alguien.

A Michael le dolió la impersonalidad de la última frase.

—¿No te importa a qué hora vuelva?

—Naturalmente —dijo Caroline, riendo—, pero en eso tengo yo poco que decir, ¿no crees?

—¿Porqué no?

—No puedo empezar a decirle a Hamilton lo que debe y no debe hacer.

—¿Porqué no?

—Hamilton no lo aguantaría.

—Parece que lo único que quiere es un ama de llaves —dijo Michael con ironía.

—Cuéntame tus proyectos, Michael —se apresuró a decir ella.



—¿Mis proyectos? No consigo imaginarme el futuro más allá de pasado mañana. El único proyecto que he tenido en mi vida ha sido quererte.

Sus miradas se cruzaron y Michael vio brillar en los ojos de Caroline la expresión que conocía tan bien. Las palabras le brotaron del corazón:

—Deja que te diga por última vez cuánto te he querido, sin dudar un instante, sin pensar jamás en otra mujer. Y ahora, cuando pienso en todos los años que viviré sin ti, sin esperanza alguna, no quiero vivir, Caroline, mi vida. Me gustaba soñar en nuestra casa, en nuestros hijos, en abrazarte y acariciarte la cara y las manos y el pelo, que eran míos antes, y no me atrevo a despertarme.

Caroline lloraba suave, silenciosamente.

—Pobre Michael, pobre Michael —alargó la mano y rozó con los dedos la solapa del esmoquin—. Me dabas tanta pena la otra noche. Te veía tan delgado, como si necesitaras un traje nuevo y alguien que se preocupara por ti —sorbí por la nariz y miró más de cerca la chaqueta—. ¡Pero si es un traje nuevo! ¡Y un sombrero de seda nuevo! ¡Estás elegantísimo! —se echó a reír, alegre de repente a través de las lágrimas—. Tú has heredado, Michael. Nunca te había visto tan bien vestido.

Por un instante, ante aquella reacción, a Michael le pareció detestable su ropa nueva.

—Sí —dijo—. He heredado de mi abuelo un cuarto de millón de dólares más o menos.

—¡Michael! —exclamó—. ¡Es maravilloso! No puedo decirte lo contenta que estoy. Siempre he pensado que eras el tipo de persona que se merecía tener dinero.

—Sí, pero es demasiado tarde para que el dinero cambie las cosas.

La puerta giratoria que daba a la calle gimió y Hamilton Rutherford entró en el hotel. Tenía la cara encarnada, la mirada inquieta y llena de impaciencia.

—Hola, querida; hola, señor Curly —se inclinó para besar a Caroline—. He salido un momento de la cena para ver si había llegado algún telegrama. Veo que los has recibido tú —y, apartándose de Caroline, le dijo a Curly—: Vaya la que se ha formado en el bar, ¿no? Sobre todo porque me han dicho que usted había preparado una broma en la misma línea —abrió uno de los telegramas, lo cerró y se volvió a Caroline con la expresión dividida de quien piensa dos cosas a la vez—. Una chica a la que no veía desde hace dos años se ha presentado de improviso —dijo—. Parece ser alguna forma torpe de chantaje, porque no tengo ni he tenido jamás ninguna clase de compromiso con ella.

—¿Qué ha pasado?

—El barman ha hecho que un agente de la Sûreté Générale llegara en diez minutos y solucionara el asunto en el vestíbulo. Las leyes francesas contra el chantaje convierten a las nuestras en una bendición de Dios y creo que le darán un susto del que se va a acordar. Pero me parecía oportuno contarte lo que ha pasado.

—¿Está usted insinuando que yo le he contado algo? —dijo Michael fríamente.

—No —dijo Rutherford muy tranquilo—. No, usted sólo quería estar en el sitio oportuno en el momento oportuno. Y, ya que está aquí, le daré algunas noticias que puede incluso que le interesen más.

Le dio un telegrama a Michael y abrió el otro.

—Usa un código cifrado.

—Así es. Pero he tenido que aprenderme bien las claves esta última semana. Los dos telegramas vienen a decir que tengo que volver a empezar desde cero.

Michael se dio cuenta de que Caroline palidecía un poco, aunque permaneció callada como un ratón.

—Era una equivocación que yo me he obstinado en mantener demasiado tiempo —continuó Rutherford—. Ya ve que no siempre tengo suerte, señor Curly. A propósito, me han dicho que ahora es usted rico.

—Sí —dijo Michael.

—Así son las cosas —Rutherford miró a Caroline—. No creas, querida, que estoy bromeando o exagerando. He perdido casi hasta el último céntimo y tengo que volver a empezar de cero.

La miraban dos pares de ojos —los ojos de Rutherford, que a nada se comprometían ni nada pedían, y los ojos de Michael, ansiosos, trágicos, suplicantes—. Antes de que hubieran pasado unos segundos, Caroline se levantó del sillón y, con un sollozo, se arrojó en los brazos de Hamilton.

—Mi vida —exclamó—, ¿qué nos importa? Es mejor así. ¡Prefiero que sea así, de verdad! Prefiero empezar así. Por favor, no te preocupes. No te pongas triste, ni siquiera un momento.

—De acuerdo, pequeña —dijo Rutherford. Le acarició el pelo con ternura y la abrazó—. Había prometido que volvería a la fiesta —dijo—. Así que te deseo buenas noches: quiero que te acuestes pronto y que duermas bien. Buenas noches, señor Curly. Lamento haberlo mezclado en todos estos asuntos financieros.

Pero Michael ya había cogido su bastón y su sombrero.

—Me voy con usted —dijo.

### III.

Hacia una mañana espléndida. Michael no había recibido el traje que había encargado para la boda, así que iba algo disgustado cuando pasó ante los fotógrafos ambulantes y las cámaras de cine que se sitúan frente a la pequeña iglesia de la Avenue George-Cinq.

Era una iglesia tan limpia y nueva que parecía imperdonable no ir debidamente vestido, y Michael, pálido y tembloroso después de una noche sin dormir, decidió quedarse cerca de la puerta. Desde allí veía la espalda de Hamilton Rutherford y la espalda, cubierta de encaje transparente, de Caroline, y la espalda metida en carnes de George Packman, que parecía no poder tenerse en pie, como si necesitara apoyarse en los novios.

La ceremonia se dilató interminablemente bajo las alegres banderas y estandartes, bajo los densos rayos del sol de junio que a través de los altos ventanales caían oblicuamente sobre la gente impecablemente vestida.

Cuando el cortejo, encabezado por los novios, empezó a cruzar la iglesia, Michael se dio cuenta, alarmado, de que se encontraba precisamente en la zona donde los asistentes renunciarían a los formalismos de la ceremonia y empezarían a comportarse despreocupadamente y a hablar con él.

Así ocurrió, y Rutherford y Caroline fueron los primeros en hablarle; Rutherford serio por la tensión de la boda, y Caroline encantadora como nunca la había visto, deslizándose con suavidad entre parientes y amigos de la juventud, emergiendo del pasado, hacia el futuro, a través de la puerta iluminada por el sol.

Michael consiguió murmurar: «Maravillosa, sencillamente maravillosa», y luego pasaron otros invitados y hablaron con él: la anciana señora Dandy, apenas salida de su larga enfermedad y con un aspecto inmejorable, o con el aspecto de sobrellevar sus penalidades como la auténtica señora a la antigua usanza que era; y los padres de Rutherford, que llevaban divorciados diez años, pero iban del brazo y parecían hechos el uno para el otro, de lo que se enorgullecían. Y todas las hermanas de Caroline, con sus maridos, y los sobrinos con trajes de Eton, y un desfile interminable de gente, y todos hablaban con Michael porque, paralizado, aún no se había movido del lugar donde se disolvía el cortejo nupcial.

Se preguntó qué sucedería entonces. Las invitaciones señalaban que la celebración sería en el George-Cinq, un hotel carísimo, bien lo sabe Dios. ¿Respetaría Rutherford, después de aquellos desastrosos telegramas, el programa previsto? Evidentemente, pues los invitados se dirigían al hotel en grupos de tres o cuatro bajo el sol de junio. En la esquina los largos vestidos de las chicas, en columna de a cinco, se agitaban al viento, multicolores. Las chicas volvían a ser de gasa sutil, flores que habían salido de paseo: así se agitaban los vestidos a la brisa iluminada del mediodía.

Michael necesitaba una copa; no podría enfrentarse a aquella fiesta sin una copa. Entró al hotel por una puerta lateral, preguntó por el bar, y un *chasseur* lo guió a través de medio kilómetro de modernos corredores que parecían americanos.

Pero —¿cómo era posible?— el bar estaba lleno. Había unos diez o, mejor, unos quince hombres y dos o quizá cuatro chicas: todos eran invitados a la boda y todos necesitaban una copa. En el bar servían cócteles y champán; cócteles y champán que pagaba Rutherford, como resultó después, pues había reservado el bar y el salón de baile y las dos grandes salas para recepciones, y balcones desde los que mirar los tejados de París. Más tarde Michael se sumó a la larga y lenta procesión de invitados. Se abrió paso a través de una nube de floridas frases como «Qué boda tan maravillosa», «Querida, estás sencillamente maravillosa», «Eres un hombre de suerte, Rutherford». Cuando llegó junto a Caroline, ella se adelantó y lo besó en los labios, pero Michael no sintió el

contacto del beso: era irreal, y él siguió adelante, como flotando, alejándose. La anciana señora Dandy, que siempre le había tenido aprecio, mantuvo su mano entre las suyas un instante y le agradeció las flores que le había mandado cuando supo que estaba enferma.

—Me pesa no haberte escrito; ya sabes que las señoras como yo, a la antigua, agradecemos mucho...

Las flores, el hecho de que no le hubiese escrito, la boda: Michael se daba cuenta de que todas aquellas cosas tenían para la señora Dandy la misma importancia relativa; había casado a cinco de sus hijos y había visto cómo se deshacían dos de esos matrimonios, y esta escena, tan conmovedora, tan desconcertante para Michael, a la señora Dandy le parecía una simple farsa familiar en la que ya había tomado parte otras veces.

Se servía en pequeñas mesas un bufé frío con champán y una orquesta tocaba en el salón de baile desierto. Michael se sentó con Jebby West; aún se sentía un poco incómodo por no llevar el esmoquin apropiado, pero vio que no era el único, y se sintió mejor.

—Caroline iba divina, ¿verdad? —dijo Jebby West—. Y qué serenidad. Le pregunté esta mañana si no la ponía un poco nerviosa dar un paso así. Y me ha dicho: «¿Por qué me iba a poner nerviosa? Llevo esperando dos años, y ahora sólo me siento feliz. Nada más».

—Debe de ser verdad —dijo Michael melancólicamente.

—¿Qué?

—Lo que acabas de decir.

Había sido como una puñalada, pero, casi para su pesar, no sentía la herida.

Sacó a Jebby a bailar. En la pista bailaban juntos el padre y la madre de Rutherford.

—Mira, eso me pone un poco triste —dijo Jebby—. Hace años que esos dos no se ven; los dos volvieron a casarse y a divorciarse. Ella fue a esperarlo a la estación cuando llegó para la boda de Caroline, y lo invitó a quedarse en su casa de la Avenue du Bois con otra mucha gente, algo perfectamente apropiado, pero él tenía miedo de que su mujer actual se enterara y se disgustara, y se fue a un hotel. ¿No te parece un poco triste?

De repente, casi una hora después, Michael se dio cuenta de que ya era por la tarde. En un rincón del salón de baile habían montado una serie de telones, como en un estudio de cine, y los fotógrafos hacían las fotos oficiales de la boda. Los novios y sus familias, inmóviles como muertos y pálidos como la cera a la potente luz de los focos, parecían a los que bailaban en la penumbra modulada del salón de baile uno de esos grupos joviales o siniestros que surgen de repente en la barraca de los horrores de un parque de atracciones.

Una vez que fotografiaron a la familia y testigos de los novios, les tocó el turno a los amigos del novio, y a las damas de honor de la novia, a los familiares y a los niños. Luego, Caroline, vivaracha y emocionada, que había abandonado hacía mucho rato la serena dignidad que imponen el traje de tul y el ramo de flores, se acercó a Michael y lo sacó casi a empujones de la pista de baile.

—Ahora nos haremos una foto los viejos amigos —su tono de voz daba a entender que sería la foto mejor, la más íntima—. Venid aquí, Jebby, George... no, tú no, Hamilton; es una foto con mis amigos... tú, Sally...

Poco después desaparecieron las últimas formalidades y las horas corrieron sin sentir arrastradas por ríos de champán. Sentado a la mesa, Hamilton Rutherford, al estilo moderno, le echaba el brazo por encima a un antigua novia suya y les aseguraba a sus invitados, entre los que se contaban no pocos europeos, perplejos pero entusiasmados, que la fiesta no se acababa, ni mucho menos: volverían a reunirse en el Zelli después de medianoche. Michael vio cómo la señora Dandy, que, todavía convaleciente de su enfermedad, se había levantado para irse, se veía atrapada por los cumplidos de un grupo tras otro; se lo dijo a una de sus hijas, que inmediatamente secuestró a su madre y llamó a su coche. Michael se sintió encantador y orgulloso de sí mismo después de haber hecho esto, y bebió mucho más champán.

—Es increíble —le estaba diciendo George Packman con verdadero entusiasmo—. Este montaje le costará a Ham unos cinco mil dólares, y, por lo que yo sé, son los últimos que le quedan. Pero ¿se ha ahorrado una botella de champán o una flor? ¡Ni pensarlo! Aunque tiene suerte este muchacho. ¿Sabes que T. G. Vanee le ha ofrecido cincuenta mil dólares al año esta mañana, diez minutos antes de la boda? Dentro de un año volverá a ser millonario.

La conversación fue interrumpida por la propuesta de sacar a hombros a Rutherford: un plan que llevaron a cabo seis de los invitados, que, bajo el sol de las cuatro de la tarde, despidieron a los novios agitando la mano. Pero debían de haber cometido un error porque, cinco minutos después, Michael vio a los novios bajar a recepción, elevando, con aire de desafío, sus copas de champán.

«Ésta es nuestra manera de hacer las cosas», pensó. «Generosa, espontánea, sin ataduras; algo así como la hospitalidad de una plantación de Virginia, pero a un ritmo distinto en estos tiempos, un ritmo nervioso y trepidante como la cinta de cotizaciones de la Bolsa.»

Estaba, despreocupado, en el centro del salón, porque quería ver al embajador norteamericano, y de repente cayó en la cuenta, con un sobresalto, de que llevaba horas sin pensar en Caroline. Miró a su alrededor con una especie de alarma, y la vio en el extremo opuesto del salón, resplandeciente, joven, radiante de felicidad. Rutherford estaba a su lado, mirándola como si nunca pudiera cansarse de mirarla, y, mientras los observaba, parecieron retroceder como Michael había deseado que hicieran aquel día en la Rué de Castiglione: retroceder y desvanecerse en alegrías y pesares que sólo les pertenecían a ellos, a través de los años que mellarían el orgullo de Rutherford y la juventud y la belleza conmovedora de Caroline; desvanecerse en la lejanía, de tal manera que ya apenas si podía verlos, como si los hubiera envuelto una niebla tan blanca como el vestido blanco y vaporoso.

Michael estaba curado. La boda, con su pompa y su jolgorio, había sido como el principio de una vida en la que ni siquiera su dolor podía seguirlos. Toda su amargura se esfumó de repente, y el mundo se reconstruyó con la juventud y felicidad que rodeaban a Michael, despilfarradoras como el sol de primavera. Estaba intentando recordar a qué dama de honor había invitado a cenar aquella noche cuando se adelantó para decirles adiós a Hamilton y Caroline Rutherford.

## Un viaje al extranjero

Un viaje al extranjero *apareció por primera vez en el Saturday Evening Post (11 de octubre de 1930). Fitzgerald no incluyó en libro este brillante relato porque se inspiraba en gran medida en Suave es la noche. Un viaje al extranjero es uno de los cuentos en los que Scott Fitzgerald reflexiona sobre la experiencia de los expatriados —como en Los nadadores y en Regreso a Babilonia—. En contradicción con la opinión de moda en los años veinte de que la vida en el extranjero era enriquecedora, Europa perjudica a los norteamericanos de Fitzgerald: «Suiza es un país donde muy pocas cosas empiezan, pero muchas terminan». Este relato fue escrito durante la hospitalización en Suiza de Zelda Fitzgerald, después de su derrumbamiento nervioso. Pertenece a un grupo de relatos rememorativos, autocríticos, escritos durante los años treinta como respuesta a los problemas de salud, conyugales y profesionales de Fitzgerald. Un viaje al extranjero ha sido particularmente admirado por la eficaz adaptación que hace Fitzgerald del tema del Doppelgänger (la pareja que es un doble de los Kelly).*

I.

Por la tarde las langostas ennegrecieron el cielo, y algunas mujeres chillaron, arrojándose al suelo del autobús y cubriéndose el pelo con mantas de viaje. Las langostas venían del norte, y devoraban todo a su paso, aunque no era mucho en aquella región del mundo; volaban en silencio, en línea recta, como copos de nieve negra. Pero ninguna se estrelló contra el parabrisas ni entró en el vehículo, y al poco rato los bromistas empezaron a extender las manos intentando cazar alguna. Y diez minutos después la nube se había aclarado, pasó, y las mujeres emergieron de sus mantas, despeinadas, sintiéndose estúpidas. Y todos empezaron a hablar a la vez.

Todos hablaban. Hubiera sido absurdo no hablar después de atravesar una plaga de langostas en el confín del Sahara. La esmirnoamericana le comentaba a la viuda británica que se dirigía a Biskra para tener la última aventura amorosa de su vida con un jeque a quien no había visto nunca. Uno de los socios del San Francisco Stock Exchange hablaba tímidamente con el escritor. «¿Es usted escritor?», dijo. El padre y la hija de Wilmington hablaban con el aviador, un londinense de los barrios bajos, que iba a volar a Tombuctú. Incluso el chófer francés volvió la cabeza y habló en voz alta y clara: «Abejorros», lo que hizo que la enfermera diplomada de Nueva York irrumpiera en una sucesión de chillidos y risas histéricas.

Entre la torpe turbamulta de los viajeros hubo alguna conversación más sensata. El señor Liddell Miles y señora, volviéndose como si fueran una sola persona, le sonrieron y dirigieron la palabra a la joven pareja americana que iba en el asiento de atrás.

—¿Se le ha metido una en el pelo?

La joven pareja les devolvió la sonrisa educadamente.

—No. Hemos sobrevivido a la plaga.

Aún no habían cumplido los treinta, y conservaban todavía algo de pareja de novios. Una hermosa pareja: el hombre, más bien nervioso, sensible; la chica, con un sorprendente matiz luminoso en los ojos y el pelo, una cara sin sombras y la viva lozanía modulada por el encanto de la tranquilidad y la seguridad en sí misma. El señor y la señora Miles no repararon en su aire de buena crianza, de una educación manifiestamente esmerada que se reflejaba en su falta de sofisticación y su arraigada reserva, que no era frialdad ni afectación. Si guardaban las distancias era porque se bastaban el uno al otro, mientras que la frialdad del señor y la señora Miles hacia los demás pasajeros era una máscara consciente, una actitud social, esencialmente una pose, parecida a las omnipresentes insinuaciones de la señora esmirnoamericana, que se ofendía por cualquier cosa.

Los Miles habían decidido, en efecto, que la joven pareja era «aceptable» y, aburridos de sí mismos, intentaban abiertamente entablar conversación.

—¿Han estado antes en África? ¡Ha sido tan absolutamente fascinante! ¿Van a ir a Túnez?

Los Miles, aunque algo echados a perder después de quince años de vivir en París sin salir de su mundo, tenían un estilo innegable, incluso encanto, y, antes de llegar aquella tarde a la aldea del oasis de Bou Saada, los cuatro habían hecho cierta amistad. Descubrieron que tenían amigos comunes en Nueva York, y, tras reunirse para tomar un cóctel en el bar del Hotel Transatlantique, decidieron cenar juntos.

Cuando, más tarde, los jóvenes Kelly bajaban de su habitación, Nicole era consciente de que le pesaba un poco haber aceptado; se daba cuenta de que ahora se verían probablemente obligados a pasar el tiempo con sus nuevos amigos hasta que llegaran a Constantine, donde sus caminos se separaban.

En los ocho meses que llevaban casados Nicole había sido tan feliz que aquel encuentro parecía estropear algo. En el barco italiano que los había llevado a Gibraltar no se habían unido a los grupos que desesperadamente rivalizaban en el bar; en lugar de eso, estudiaron francés, y Nelson siguió ocupándose de las obligaciones normales que el medio millón de dólares que acababa de heredar le imponía. Además, estaba pintando un cuadro: una chimenea. Cuando uno de los miembros de la alegre pandilla del bar desapareció para siempre en el Atlántico, cerca de las Azores, los jóvenes Kelly casi se alegraron, pues así quedó justificada su actitud de reserva.

Pero había otra razón por la que Nicole lamentaba su compromiso con los Miles. Se lo comentó a Nelson:

—Acabo de cruzarme con esa pareja en el bar.

—¿Con quiénes? ¿Con los Miles?

—No, con esa pareja joven, más o menos de nuestra edad, los que iban en el otro autobús y nos parecieron tan simpáticos, en Bir Rabalou, después de la comida, en el mercado de camellos.

—Parecían simpáticos.

—Encantadores —dijo Nicole con énfasis—; los dos, el hombre y la chica. Estoy casi segura de haber conocido a la chica en alguna parte.

La mencionada pareja estaba sentada en el otro extremo del comedor, y Nicole descubrió que atraían su mirada irresistiblemente. También ellos habían encontrado compañía, y Nicole, que hacía dos meses que no hablaba con ninguna chica de su edad, volvió a sentir un ligero pesar. Los Miles, que eran remilgadamente sofisticados y francamente esnobs, eran otra cosa. Habían estado en una alarmante cantidad de sitios y parecían conocer todos las fantasmagorías y noticias de última hora que publican los periódicos.

Cenaron en la terraza del hotel, bajo un cielo sobre el que gravitaba la presencia de un Dios extraño y vigilante; en los aledaños del hotel la noche se estremecía con sonidos que conocían de sobra por los libros pero que, aun así, resultaban históricamente nuevos: tambores de Senegal, una flauta nativa, el ensimismado y afeminado quejido de un camello, las pisadas ligeras de los árabes que usaban zapatos hechos con viejos neumáticos de automóvil, el lamento de la oración del brujo.

En la recepción del hotel uno de los viajeros discutía monótonamente con el recepcionista sobre los tipos de cambio y la inadmisiblemente inflexibilidad con que iban aumentando conforme se dirigían hacia el sur.

La señora Miles fue la primera que rompió el prolongado silencio; con una especie de impaciencia los arrastró consigo de la noche a la mesa.

—Nos deberíamos haber puesto el traje de noche. Las cenas son mucho más divertidas en traje de noche, porque la gente se siente de otra manera cuando se viste de etiqueta. Los ingleses saben estas cosas.

—¿Vestirnos de etiqueta aquí? —objetó su marido—. Me sentiría como ese harapiento que hemos visto hoy con un rebaño de ovejas.

—Si no me pongo el traje de noche me siento como una turista.

—Bueno, somos turistas, ¿no? —preguntó Nelson.

—Yo no me considero una turista. Un turista es alguien que se levanta temprano y va a las catedrales y habla de los paisajes.

Nicole y Nelson, aunque habían visto todas las cosas oficialmente dignas de verse desde Fez a Argel, y filmado metros y metros de película, y reconocían haber aprendido muchas cosas, decidieron que sus experiencias durante el viaje no interesarían a la señora Miles.

—Todos los sitios son lo mismo —continuó la señora Miles—. Lo único que importa es con quién estés allí. Un nuevo paisaje es interesante durante media hora, y luego quieres ver lo que de verdad te apetece. Por eso algunos sitios se ponen de moda un tiempo y luego la moda cambia y la gente vuelve a emprender viaje a cualquier otra parte. El lugar en sí mismo jamás tiene la menor importancia.

—¿Y el primero que decidió que el lugar valía la pena? —objetó Nelson—. Los primeros que lo visitaron fueron allí porque les gustaba el sitio.

—¿Adonde van a ir esta primavera? —preguntó la señora Miles.

—Pensábamos ir a San Remo, o quizá a Sorrento. Es la primera vez que visitamos Europa.

—Hijos, yo conozco Sorrento y San Remo, y no soportaríais ninguno de los dos sitios ni una semana. Están llenos de los ingleses más horribles, siempre leyendo el *Daily Mail*, esperando una carta y hablando de las cosas más increíblemente aburridas. Mejor sería que fuerais a Brighton o Bournemouth y comprarais un caniche y una sombrilla y dierais vueltas por el paseo marítimo. ¿Cuánto tiempo vais a estar en Europa?

—No lo sabemos; unos años, quizá —Nicole titubeó—. Nelson heredó un poco de dinero y queríamos cambiar de aires. Cuando yo era joven, mi padre tenía asma y tuve que vivir con él durante años, por su salud, en los sitios más deprimentes; y Nelson trabajaba en Alaska, en el negocio de las pieles, y detestaba aquello. Así que, cuando nos vimos libres, nos vinimos al extranjero. Nelson va a dedicarse a la pintura y yo voy a estudiar canto —miró triunfalmente a su marido—. Hasta este momento, todo ha sido maravilloso.

La señora Miles dedujo, por la manera de vestir de la joven, que tenían un buen puñado de dinero, y se le contagió su entusiasmo.

—Debéis ir a Biarritz —les aconsejó—. O, si no, a Montecarlo.

—Me han dicho que hay un espectáculo estupendo —dijo Miles, pidiendo champán—: las Ouled Naíls. El conserje dice que son una especie de tribu de chicas que bajan de las montañas y aprenden a bailar hasta que, cómo no, recogen bastante oro para volver a sus montañas y casarse. Esta noche actúan.

Poco después, camino del café donde actuaban las Ouled Nails, Nicole lamentó no estar paseando a solas con Nelson en la noche infinitamente profunda, suave, clarísima. Nelson había correspondido con otra botella a la botella de champán de la cena, y ninguno de los dos estaba acostumbrado a beber tanto. Cuando percibieron las notas tristes de una flauta, Nicole no quería entrar: prefería subir a una pequeña colina donde una mezquita blanca relucía como un planeta en la noche. La vida era mejor que cualquier espectáculo; se acercó a Nelson, le cogió la mano.

Los pasajeros de los dos autobuses llenaban la pequeña bodega del café. Las chicas —de piel morena y brillante, con la nariz chata de los bereberes y preciosos ojos profundos y oscuros— ya estaban en el escenario. Llevaban vestidos de algodón que recordaban lejanamente a los de las niñeras negras del Sur; bajo aquellas ropas sus cuerpos se retorcían en un lento contoneo que culminaba en la danza del vientre, con cadenas de piara que se agitaban enloquecidamente y sartas de monedas de oro de ley tintineando en sus cuellos y brazos. El flautista era también humorista: bailaba, parodiando a las chicas. El que tocaba el tambor, envuelto en piel de cabra como un hechicero, era un auténtico negro de Sudán.

A través del humo de los cigarrillos las chicas bailaban, giraban moviendo los dedos como si tocaran un piano invisible, y la danza parecía fácil, pero, cuando pasaba un rato, resultaba evidente que exigía un extraordinario esfuerzo antes de desembocar en unos pasos lánguidos y sencillos, pero igualmente precisos: era la preparación para la salvaje sensualidad con que remataban la danza.

Luego hubo un descanso. Aunque el espectáculo parecía no haber terminado, la mayoría del público empezaba a levantarse para irse. Había un murmullo en el aire.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicole a su marido.

—Pues creo que... Parece que, si pagas un pequeño recargo, las Ouled Naíls bailan, más o menos, al estilo... oriental... prácticamente desnudas, salvo por las joyas.

—Ah.

—Nosotros nos quedamos —dijo el señor Miles a Nicole alegremente—. Al fin y al cabo, hemos venido para conocer las verdaderas costumbres del país; la mojigatería no nos va a detener.

Casi todos los hombres se quedaron, y algunas mujeres. Nicole se levantó de repente.

—Esperaré fuera—dijo.

—¿Por qué no te quedas, Nicole? La señora Miles se queda.

El flautista tocaba ya las primeras notas. Sobre la tarima dos niñas morenas de unos catorce años se quitaban los vestidos de algodón. Nicole titubeó un instante, desgarrada entre la repulsión y el deseo de no parecer una mojígata. Entonces vio cómo otra joven americana se levantaba y se dirigía rápidamente hacia la puerta. Cuando reconoció a la atractiva joven esposa que viajaba en el otro autobús, tomó inmediatamente una decisión y la siguió.

Nelson se apresuró a levantarse.

—Si tú te vas, yo también —dijo, pero con evidente desgana.

—Por favor, déjame. Esperaré fuera con el guía.

—De acuerdo —empezaba a sonar el tambor, y Nelson transigió—: Me quedaré sólo un minuto. Quiero ver cómo es.

Mientras esperaba en el frío de la noche, se dio cuenta de que el incidente le había dolido: que Nelson no la hubiera acompañado enseguida y que hubiera utilizado como argumento el hecho de que la señora Miles se quedara. Y, sintiéndose dolida, se puso de mal humor y le hizo señas al guía de que quería volver al hotel.

Nelson apareció veinte minutos más tarde, enfadado, tanto por la angustia de encontrarse con que Nicole se había ido, como para ocultar la culpa que le correspondía por haberla dejado marcharse. Sin apenas poder creérselo, de repente se estaban peleando.

Mucho después, cuando no se oía el menor ruido en Bou Saada y los nómadas de la plaza del mercado sólo eran bultos inmóviles envueltos en sus túnicas, Nicole dormía sobre el hombro de Nelson. La vida pasa, transcurre al margen de nuestras intenciones, pero el mal estaba hecho: se había establecido un precedente para futuras desavenencias. Era una pelea amorosa, sin embargo, y podía dar pie a un gran acuerdo. Nelson y ella habían pasado solos los años de la juventud, y anhelaban ahora el sabor y el olor de la vida y el mundo; y en aquellos momentos los encontraban el uno en el otro.

Un mes más tarde estaban en Sorrento, donde Nicole estudiaba canto y Nelson intentaba pintar de un modo nuevo la bahía de Nápoles. Era la vida que habían planeado y sobre la que habían leído tanto. Pero intuían, como tanta gente, que el placer de los intervalos idílicos dependía de lo que da de sí una persona, es decir, de su educación, experiencia y paciencia, junto a la que el otro parece volver a disfrutar del hechizo de tranquilidad bucólica que recuerda de la niñez. Nicole y Nelson eran de pronto demasiado mayores y demasiado jóvenes, y demasiado americanos, para sentirse inmediatamente en armonía con una tierra desconocida. Su vitalidad les hacía ser impacientes, y por eso la pintura de Nelson no tenía dirección y el canto de Nicole no tenía perspectivas inmediatas de convertirse en algo serio. Decían que de aquella manera «no iban a ninguna parte»: las tardes eran largas, así que empezaron a beber grandes cantidades de vin de Capri a la hora de la cena.

Los ingleses eran los dueños del hotel. Eran de edad avanzada y llegaban al Sur en busca de la tranquilidad y el buen tiempo; Nelson y Nicole no soportaban el curso apacible de sus días. ¿Podía la gente contentarse con hablar eternamente del tiempo, dar todos los días el mismo paseo, y sentarse noche tras noche, mes tras mes, ante el mismo plato de macarrones guisados siempre de la misma manera? Se aburrían, y los americanos, cuando se aburren, suelen ponerse nerviosos. Y todo cambió en una noche.

Después de beberse una botella de vino durante la cena, decidieron irse a París, instalarse en un apartamento y trabajar en serio. París les prometía las diversiones de una gran ciudad, amigos de su edad, una intensidad, en todos los sentidos, de la que carecía Italia. Ilusionados, con nuevas esperanzas, entraron al salón después de la cena y, por enésima vez, Nelson descubrió una antigua y enorme pianola y se le ocurrió ponerla en marcha.

En el otro extremo del salón se sentaban los únicos ingleses con quienes habían tenido alguna relación: sir Evelyne Fragelle y lady Fragelle. La relación había sido breve y desagradable: Los Fragelle los habían visto salir del hotel en albornoz para bañarse, y la señora había proclamado, a pocos metros de distancia, que aquello era inadmisibile y debería estar prohibido.

Pero eso no fue nada, comparado con su manera de reaccionar ante el primer estruendo terrorífico que surgió de la pianola. Cuando el polvo trémulo de los años saltaba del teclado por la



vibración, la señora saltó galvánicamente hacia delante con esa especie de convulsión que suele asociarse a la silla eléctrica. También algo aturdido por el súbito estrépito de *Esperando a Robert E. Lee*, Nelson no había hecho más que sentarse cuando la inglesa recorrió como un proyectil el salón, arrastrando la cola del vestido, y, sin dignarse mirar a los Kelly, apagó el aparato.

Fue uno de esos gestos que están plenamente justificados o resultan indignantes. Nelson titubeó unos segundos, indeciso; luego, recordando el arrogante comentario de lady Fragelle sobre su bañador, aprovechó la estela todavía agitada de la inglesa para volver a la pianola y encenderla otra vez.

El episodio se convirtió en un incidente internacional. Las miradas ansiosas de todo el salón cayeron sobre los protagonistas, a la espera del siguiente movimiento. Nicole corrió tras Nelson para pedirle que se olvidara del asunto, pero era demasiado tarde. De la ultrajada mesa de los ingleses se levantó inmediatamente el general sir Evelyne Fragelle, que se enfrentaba a la situación más crítica que se conoce desde la ruptura del cerco de Ladysmith.

—¡Es indignante! ¡Indignante!

—Le ruego que me perdone —dijo Nelson.

—¡Llevo viniendo quince años! —se gritó a sí mismo sir Evelyne—. Jamás, que yo sepa, nadie había hecho una cosa semejante.

—Yo pensaba que la pianola estaba aquí para entretener a los huéspedes.

Sin dignarse a responder, sir Evelyne se arrodilló y buscó el interruptor, pero lo movió de manera equivocada, con lo cual la velocidad y el volumen del aparato se triplicaron hasta envolverlos en un pandemónium de ruido: sir Evelyne, lívido ante tantas emociones militares; Nelson, a punto de sufrir un ataque de risa.

En unos segundos la firme mano del director del hotel apaciguó las cosas; el aparato, detenido por fin, todavía temblaba después de su desacostumbrada explosión, tras la que reinaba un profundo silencio en el que sir Evelyne se dirigió al director.

—Es lo más indignante que he conocido nunca. Mi mujer lo apagó y ése... —fue la primera vez que reconoció a Nelson como a un ente distinto del aparato—. ¡Ese individuo volvió a encenderlo!

—Estamos en el salón de un hotel —protestó Nelson—. Y parece que la pianola está ahí para que la usen los clientes.

—No discutas —susurró Nicole—. Son viejos.

Pero Nelson dijo:

—Si alguien merece que se le pidan disculpas, ése soy yo.

La mirada de sir Evelyne se clavó, amenazadora, en el director, a la espera de que cumpliera con su deber. El director consideró los quince años de estancia de sir Evelyne y se achicó.

—No es costumbre encender la pianola por las noches. Los clientes quieren tranquilidad en la sobremesa.

—¡El descaro de los americanos! —lo interrumpió sir Evelyne.

—Muy bien —dijo Nelson—. Mañana libraremos de nuestra presencia al hotel.

Después de este incidente, como una especie de protesta contra sir Evelyne Fragelle, no fueron a París, sino a Montecarlo. No volverían a estar solos.

## II.

Poco más de dos años después del primer viaje de los Kelly a Montecarlo, Nicole se despertó una mañana y descubrió que, aunque seguía llamándose igual, Montecarlo se había convertido para ella en un lugar absolutamente distinto.

A pesar de los ajetreados meses en París o Biarritz, ahora tenían una casa. Tenían una villa y, entre la primavera y el verano, una multitud de conocidos: una multitud que, por supuesto, no incluía a los grupos de los viajes organizados ni a los clientes de los cruceros por el Mediterráneo que se reunían en la playa, gente a la que consideraban turistas.

Les gustaba la Riviera en verano, cuando abundaban los amigos y las noches al aire libre se llenaban de música. Antes de que la criada corriera las cortinas para que no entrara la luz deslumbradora, Nicole vio desde la ventana el yate de T. F. Golding meciéndose en las olas de la

bahía de Monaco, como si hubiera emprendido un romántico e inacabable viaje al margen del movimiento real.

El yate se había adaptado al ritmo lento de la costa; pasaba el verano acercándose hasta Cannes, nunca más allá, y volviendo, aunque hubiera podido dar la vuelta al mundo. Los Kelly iban a cenar a bordo aquella noche.

Nicole hablaba un francés excelente; tenía cinco trajes de noche nuevos y había encargado cuatro más; tenía a su marido; tenía a dos hombres enamorados de ella, y uno de ellos le daba pena. Tenía su belleza. A las diez y media estaba citada con un tercer hombre, que empezaba a enamorarse de ella «sin sufrir». A la una había invitado a comer a una docena de personas encantadoras. Y mucho más por el estilo.

«Soy feliz», meditó tristemente frente a las persianas iluminadas. «Soy joven y guapa, y mi nombre aparece frecuentemente en los periódicos por haber estado aquí o allá, pero la verdad es que me dan lo mismo todos esos caprichos. Me parece terriblemente tonto, pero si quieres ver gente, lo mejor es que veas a la gente chic, a la gente divertida; y si la gente dice que eres una esnob, es por envidia, y además lo saben, como lo sabe todo el mundo.»

Y esto mismo fue lo que le dijo, en esencia, a Oscar Dañe en el campo de golf de Mont Agel dos horas más tarde. Y él la estuvo aguantando en silencio.

—Nada de eso —dijo—. Lo único que pasa es que te estás convirtiendo en una esnob típica. ¿Llamas gente divertida a esa pandilla de borrachos con la que sales? Ni siquiera son demasiado elegantes. Son tan bestias que han ido dando tumbos por Europa como clavos en un saco de trigo, hasta que han podido asomar un poco la cabeza a orillas del Mediterráneo.

Molesta, Nicole soltó de repente un nombre, pero Oscar le respondió:

—Tercera clase. Un artículo resistente, ideal para principiantes.

—¿Y los Colby, a pesar de ella?

—Tercera categoría.

—¿El marqués y la marquesa de Kalb?

—Si ella no se drogara y él no tuviera también sus manías...

—Entonces, ¿dónde está la gente divertida? —preguntó Nicole con impaciencia.

—En cualquier parte donde no estén éstos. Sólo muy de vez en cuando los buenos cazan en manada.

—¿Y tú, qué? Tú coges al vuelo cualquier invitación que te haga cualquiera de los que te he dicho. Me han contando cosas de ti mucho más disparatadas de lo que puedas imaginarte. No hay nadie que te conozca seis meses a quien no le hayas sacado diez dólares. Eres un sablista y un parásito y muchas cosas más.

—Cierra la boca —la interrumpió—. No quiero echar a perder este paseo. Lo único que me pasa es que no me gusta ver cómo te engañas a ti misma —continuó—. Lo que consideras alta sociedad internacional es más o menos hoy algo tan cerrado y exclusivo como las salas abiertas al público del Casino; y, si me dedico a sablearlos, les doy veinte veces más que lo que les saco. Los gorriones somos casi las únicas personas de la alta sociedad con ciertas cualidades, y aguantamos porque tenemos cualidades.

Nicole se echó a reír, apreciándolo inmensamente, preguntándose hasta qué punto se enfadaría Nelson cuando descubriera que Oscar se había llevado sus tijeras de las uñas y el New York Herald de aquella mañana.

«De todas formas», pensaba Nicole más tarde, mientras volvía a casa para el almuerzo, «nos iremos pronto de aquí, y nos volveremos formales y tendremos un hijo. Cuando acabe el verano.»

Se detuvo un momento en la floristería, y vio a una joven que salía con un ramo de flores. La joven la miró por encima del montón de colores, y Nicole observó que era extremadamente elegante, que su cara le era familiar. La había conocido en alguna parte, pero sólo superficialmente; había olvidado el nombre, así que no la saludó, y hasta aquella tarde no volvió a acordarse del encuentro.

Eran doce para comer: el grupo del yate de los Golding, Liddel y Cardine Miles, el señor Dañe... Nicole contó siete nacionalidades diferentes; entre los asistentes había una exquisita joven francesa, madame Delauney, a quien Nicole llamaba alegremente «la chica de Nelson». Noel Delauney era quizá la mejor amiga de Nicole; cuando formaban grupos de cuatro personas para

jugar al golfo para alguna excursión, Noel formaba pareja con Nelson; pero aquel día, cuando se la presentó a alguien como «la chica de Nelson», la frase graciosa disgustó a Nicole.

Y, durante la comida, dijo en voz alta: —Nelson y yo vamos a dejar todo esto. Y todos coincidieron: todos iban a dejar aquella vida. —Esta vida es perfecta para los ingleses —dijo uno—, porque están bailando una especie de danza de la muerte: ya sabéis, alegría en el fortín condenado, con los cipayos a las puertas. Es algo que se les nota en la cara cuando bailan: la intensidad. Y lo saben, y les gusta, y no ven ningún futuro ante sí. Pero vosotros, los americanos, estáis pasando una temporada horrorosa. Si os queréis poner el sombrero verde o el sombrero aplastado, o lo que sea, siempre tenéis que estar un poco bebidos.

—Vamos a dejar todo esto —dijo Nicole con firmeza, pero algo en su interior le replicó: «Qué pena... Este precioso mar azul, esta felicidad...».

¿Qué sucedería después? ¿Había que aceptar una pérdida de tensión? Era asunto de Nelson responder a eso. Su creciente descontento sin salida debía estallar en una nueva vida para ambos, o más bien en una nueva esperanza y una nueva manera de disfrutar la vida. Ese secreto sería su contribución como hombre. —Bueno, hijos, adiós. —Ha sido un almuerzo estupendo. —Y que no se os olvide lo de dejar esta vida. —Ya nos veremos entonces.

Los invitados bajaron el paseo en busca de sus coches. Sólo Oscar, con la cara un poco colorada por los licores, se quedó con Nicole en la terraza, sin parar de hablar sobre la chica a la que había invitado a ver su colección de sellos. Cansada de la gente, impaciente por estar sola, Nicole lo escuchó un momento y luego, cogiendo un jarrón de flores de la mesa en la que habían almorzado, abrió la puerta de cristales y entró en la casa a oscuras, y la voz de Oscar la siguió como si hablara y hablara en otra parte.

Y cuando cruzaba el salón principal, oyendo aún el monólogo de Oscar en la terraza, empezó a oír otra voz en el cuarto de al lado, que se imponía claramente sobre la voz de Oscar.

—Ah, bésame otra vez —dijo, y calló; Nicole se detuvo, rígida en el silencio, ahora sólo roto por la voz que sonaba en la entrada.

—Ten cuidado —Nicole reconoció el ligero acento francés de Noel Delauney.

—Estoy cansado de tener cuidado. Además, están en la terraza.

—No, no, mejor en el sitio de siempre.

—Mi amor, mi vida.

La voz de Oscar Dañe en la terraza se fue debilitando, cansada, hasta cesar, y, como si esto la hubiera librado de su parálisis, Nicole dio un paso: no se dio cuenta de si avanzaba o retrocedía. Y, con el ruido de sus tacones, oyó cómo se separaban deprisa las dos personas del cuarto de al lado.

Entonces entró. Nelson estaba encendiendo un cigarrillo; Noel, dándole la espalda, parecía buscar el sombrero o el bolso en una silla. Ciega de horror más que de rabia, Nicole arrojó, o más bien expulsó lejos de ella, el jarrón que llevaba en las manos: si lo arrojó a alguien, fue a Nelson, pero la fuerza de sus sentimientos se había comunicado al objeto inanimado. Pasó volando junto a Nelson y golpeó de lleno, en la cabeza y la cara, a Noel Dealuney, que acababa de darse la vuelta.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó Nelson. Noel se derrumbó lentamente en la silla que tenía más cerca, y lentamente se cubrió la cara con la mano. El jarrón, sin romperse, rodó por la gruesa alfombra, mientras se derramaban las flores.

—Ten cuidado —Nelson atendía a Noel, intentaba apartarle la mano para ver qué le había pasado.

—*C'est liquide* —murmuró Noel con voz entrecortada—. *Est-ce que c'est le sang?*

Nelson le apartó la mano, y exclamó, con la respiración alterada:

—No, sólo es agua —y añadió, dirigiéndose a Oscar, que acababa de aparecer en la puerta—: ¡Trae un poco de coñac! —y a Nicole le dijo—: Eres imbécil. ¡Debes de estar loca!

Nicole, respirando con fuerza, no respondió. Cuando llegó el brandy, reinaba un silencio persistente, como el de quienes esperan el final de una operación, mientras Nelson obligaba a Noel a beber una copa. Nicole le hizo una señal a Oscar para que le sirviera un trago, y, como si se sintieran incapaces de romper el silencio sin haber cumplido este requisito, todos se bebieron un coñac. Entonces Noel y Nelson hablaron a la vez:

—Si me das mi sombrero...

—Es la cosa más tonta que...

—...me iré inmediatamente...

—...he visto en mi vida; yo...

Y miraron a Nicole, que dijo:

—Tráele el coche a la puerta.

Oscar salió a buscarlo inmediatamente.

—¿De verdad que no quieres que te vea un médico? —preguntó Nelson, angustiado.

—Quiero irme.

Un instante después, cuando ya el coche se había alejado, Nelson se sirvió otra copa de coñac. Una oleada menos violenta de tensión se había apoderado de él, y se le reflejaba en la cara; Nicole se dio cuenta, y también se dio cuenta de cómo se preparaba para salir del paso de la mejor manera posible.

—Me gustaría saber por qué has hecho eso —preguntó—. No, no te vayas Oscar —ya veía cómo la historia empezaba a circular por todas partes—. Me gustaría saber por qué razón...

—¡Cierra la boca! —lo cortó Nicole.

—Que haya besado a Noel no es nada del otro mundo. No significa nada en absoluto.

Nicole emitió un sonido despectivo.

—He oído lo que le decías a Noel.

—Estás loca.

Pronunció estas palabras como si estuviera loca, y una rabia incontrolable se apoderó de Nicole.

—¡Embustero! Todo este tiempo fingiendo ser tan honrado y tan quisquilloso con lo que yo hacía, y todo el tiempo, a mis espaldas, has estado manoseando a esa pequeña...

Recurrió a una palabra dura, y, como si hubiera enloquecido al oírla, se lanzó contra la silla que ocupaba Nelson. Para protegerse contra este súbito ataque, él levantó rápidamente el brazo, y los nudillos de la mano abierta la golpearon de lleno en el ojo. Cubriéndose la cara con la mano como Noel había hecho diez minutos antes, Nicole se derrumbó en el suelo entre sollozos.

—¿No ha ido ya la cosa demasiado lejos? —exclamó Oscar.

—Sí —admitió Nelson—. Me temo que sí.

—Sal a la terraza a que te dé un poco el aire.

Llevó a Nicole al diván y se sentó a su lado, cogiéndole la mano.

—Ánimo, pequeña, ánimo —repitió varias veces—. ¿Te crees que eres Jack Dempsey? No puedes ir por ahí pegándoles a las francesas. Te llevarán a los tribunales.

—Le ha dicho que la quería —murmuró entrecortadamente, histérica—. Ella le dijo que se verían en el sitio de siempre. ¿Es adonde ha ido Nelson ahora?

—Está en la galería, dando vueltas, y sufriendo como un demonio porque te ha dado un golpe sin querer, y lamentando haber visto alguna vez a Noel Delauney.

—Sí, claro.

—Seguro que has oído mal, y de todas formas eso no prueba nada.

Veinte minutos después, Nelson entró de repente y se arrojó de rodillas ante su mujer. El señor Oscar Dañe, más convencido que nunca de que siempre daba mucho más de lo que recibía, se apartó con discreción y se dirigió de mala gana hacia la puerta.

Y, una hora más tarde, Nelson y Nicole, cogidos del brazo, salieron de su villa y fueron dando un paseo hasta el Café de París. Fueron dando un paseo, y no en coche, como si intentaran volver a la sencillez que una vez habían poseído, como si estuvieran intentando desenredar algo que se había enmarañado visiblemente. Nicole aceptó las explicaciones de su marido, no porque fueran creíbles, sino porque quería apasionadamente creer en ellas. Los dos estaban callados y pesarosos.

El Café de París era agradable a aquella hora, con el ocaso filtrándose a través de los toldos amarillos y las sombrillas rojas como a través de cristal de colores. Echando una mirada a su alrededor, Nicole descubrió a la joven con la que se había encontrado aquella mañana. Iba con un hombre, y Nelson los reconoció inmediatamente: eran la joven pareja que habían visto en Argelia, hacía casi tres años.

—Han cambiado —comentó—. Me figuro que nosotros también, pero no tanto. Es como si se hubiesen endurecido, y él parece un disoluto. La disipación se nota más en los ojos claros que en los oscuros. La chica es *tout ce qu'il y a de chic*, como dicen por aquí, pero también a ella se le ha endurecido la expresión.

—Me cae simpática.

—¿Quieres que vaya y les pregunte si son la misma pareja?

—¡No! Eso es lo que hacen los turistas solitarios. Tendrán sus amigos.

En ese momento un grupo se reunió con la pareja en su mesa.

—Nelson, ¿esta noche, qué? —preguntó Nicole un poco más tarde—. ¿Crees que podemos presentarnos en el yate de los Golding después de lo que ha pasado?

—No sólo podemos, sino que vamos a hacerlo. Si la historia empieza a circular y nosotros no estamos allí, lo único que haremos será darles un bonito y jugoso tema de conversación... ¡Vaya! ¿Qué demonios pasa?

Había estallado un escándalo en el otro extremo del café; una mujer chillaba y toda la gente de su mesa se había levantado, agitándose de acá para allá como un solo hombre. Y los clientes de las otras mesas se habían ido poniendo de pie y acercándose, apelotonándose alrededor; durante un brevísimo instante los Kelly vieron la cara de la chica a quien habían estado mirando, muy pálida de repente, desfigurada por la rabia. Destrozada, aterrorizada, Nicole tiró a Nelson de la manga.

—Vámonos. Hoy no aguanto más. Llévame a casa. ¿Se está volviendo loco todo el mundo?

Camino de casa, Nelson miró a Nicole y, sobresaltado, tuvo la certeza de que, después de todo, no irían a cenar al yate de los Golding: a Nicole había empezado a ponérsele, inconfundible e inequívocamente, el ojo morado: un ojo que a las once de la noche necesitaría algo más que la ayuda de todos los cosméticos del Principado de Monaco. Con el ánimo por los suelos, decidió no decirle nada a Nicole hasta llegar a casa.

### III.

El catecismo aconseja sabiamente evitar las ocasiones de pecado, y, cuando los Kelly llegaron a París un mes más tarde, hicieron una concienzuda lista de los lugares que no visitarían nunca más y de las personas que no querían volver a ver. Los lugares incluían algunos bares famosos, todos los clubes nocturnos excepto uno o dos que eran decorosísimos, cualquier tipo de club de madrugada y todos los locales que por sí mismos significaban aquel verano diversión, juergas triunfales y desenfrenadas, la principal atracción de la temporada.

La gente a la que no querían ver incluía a las tres cuartas partes de las personas con quienes habían pasado los dos últimos años. No hacían esto por esnobismo sino por instinto de conservación, y no sin cierto miedo en sus corazones a estar cortando para siempre sus vínculos con el género humano.

Pero el mundo siempre es extraño, y basta con que la gente sea inaccesible para que se vuelva valiosa. Descubrieron que había en París personas que sólo se interesaban por los que se habían apartado de la mayoría. El primer grupo que habían conocido estaba formado en su mayor parte por americanos, y sazonado por algunos europeos; en el segundo predominaban los europeos, y algunos americanos añadían la pimienta. Este último grupo formaba parte de la alta sociedad, y aquí y allá rozaba el *milieu* más elevado, formado por individuos de alta posición, grandes fortunas, ingenio y talento muy de vez en cuando, y siempre con poder. Sin llegar a intimar con los grandes, los Kelly hicieron nuevos amigos, más conservadores. Y Nelson volvió a pintar; tenía un estudio, y visitó con Nicole los estudios de Brancusi, Leger y Deschamps. Parecía que ahora formaban parte de algo, al menos más que antes, y, cuando alguien mencionaba cierta reunión escandalosa, los Kelly recordaban con desprecio sus dos primeros años en Europa, y hablaban de sus antiguos conocidos como de «aquella pandilla», «gente que te hacía perder el tiempo».

Así, aunque seguían manteniendo sus principios, con frecuencia recibían en casa e iban a las casas de sus amigos. Eran jóvenes, guapos e inteligentes; habían aprendido lo que era conveniente y lo que no lo era, y actuaban en consecuencia. Y además eran generosos por naturaleza y, dentro de los límites del sentido común, siempre estaban dispuestos a pagar la cuenta.

Cuando se salía, generalmente se bebía. Esto no significaba mucho para Nicole, a quien horrorizaba perder su aire soigné, perder una pizca de su perfección o un átomo de admiración, pero Nelson, más o menos frustrado, había descubierto que la bebida lo tentaba lo mismo en aquellas cenas elegantes que en los ambientes más ruidosos. No era un borracho, no hacía nada que llamara la atención ni estaba embrutecido por el alcohol, pero sin el estímulo de la bebida se sentía incapaz de desenvolverse en sociedad. Y, con la idea de que Nelson adquiriera una actitud seria y responsable, Nicole decidió, cuando llevaban un año en París, tener un hijo.

Coincidió con su encuentro con el conde Chiki Sarolai. El conde era una atractiva reliquia de la corte austríaca, sin patrimonio ni aspiraciones, pero con sólidas relaciones sociales y económicas en Francia. Su hermana se había casado con el marqués de la Clos d'Hirondelle, quien, además de pertenecer a la antigua nobleza, era un próspero banquero parisino. El conde Chiki iba de acá para allá, dando sablazos sin el menor pudor, a la manera quizá de Oscar Dañe, pero en una esfera social diferente.

Sentía predilección por los americanos; escuchaba con ansia patética cada una de sus palabras, como si antes o después hubieran de revelarles su misteriosa fórmula para ganar dinero. Después de un encuentro casual, los Kelly atrajeron su interés. En los meses del embarazo de Nicole estaba constantemente en su casa, incansablemente interesado en todo lo que concerniera al crimen, el argot, la economía y las costumbres de Estados Unidos. Se presentaba a comer o a cenar cuando no tenía otro sitio adonde ir, y con tácito agradecimiento convenció a su hermana para que fuera a ver a Nicole, que se sintió inmensamente halagada.

Acordaron que cuando Nicole ingresara en el hospital el conde se quedaría en el *appartement* y le haría compañía a Nelson, un acuerdo que Nicole no aprobaba, puesto que Nelson y él habían tomado la costumbre de beber juntos. Pero el día en que lo decidieron, el conde llegó con la novedad de que los Kelly habían sido invitados a una de las famosas fiestas en barco que un cuñado suyo organizaba en el Sena, fiesta que, muy oportunamente, se celebraría tres semanas después del nacimiento del niño. Así, cuando Nicole se trasladó al Hospital Americano, el conde Chiki se instaló en la casa.

Fue un niño. Durante algún tiempo Nicole olvidó todo lo que sabía sobre la gente, sobre su posición social y su categoría. Llegó a preguntarse si se había convertido en una esnob, puesto que todo le parecía insignificante comparado con el nuevo ser que, ocho veces al día, le acercaban al pecho.

Dos semanas después Nicole y el niño volvieron al piso, pero Chiki y su ayuda de cámara no se fueron. Se sobreentendía, con aquella sutilidad que los Kelly habían empezado a apreciar desde hacía muy poco tiempo, que el conde sólo se quedaría hasta la fiesta de su cuñado, pero en el piso no se podía dar un paso y Nicole deseaba que el conde se fuera. Pero su antigua idea —que si hay que ver a gente, la gente debe ser la mejor— había de cumplirse cuando la invitaran a casa de la marquesa de la Clos d'Hirondelles.

La víspera del acontecimiento, mientras Nicole descansaba en el diván, Chiki explicó los planes, en los que evidentemente había participado.

—Todo el que llegue debe beber dos cócteles al estilo americano antes de subir a bordo. Es el billete de entrada.

—Pero yo creía que los franceses verdaderamente distinguidos, los del Faubourg Saint Germain y cosas así, no bebían cócteles.

—Ya, pero mi familia es muy moderna. Hemos adoptado muchas costumbres americanas.

—¿Quién va a la fiesta?

—¡Todo el mundo! ¡Todo el que sea alguien en París! Grandes apellidos bailaron ante los ojos de Nicole. Al día siguiente no podría resistir la tentación de dejar caer el asunto cuando hablara con su médico. Pero se sintió muy ofendida ante la expresión de asombro e incredulidad que apareció en los ojos del conde Chiki. —¿La he entendido bien? —preguntó el conde—. ¿La he oído decir que va, piensa ir al baile mañana?

—Sí, claro —dijo titubeando—. ¿Por qué no? —Mi querida señora, usted no se moverá de la casa durante dos semanas más; y, durante otras dos semanas, no irá a bailar ni hará ningún esfuerzo.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Nicole—. ¡Ya han pasado tres semanas! Esther Sherman se fue a América después de sólo...

—No importa —la interrumpió el conde—. Cada caso es diferente. Han surgido dificultades que hacen estrictamente necesario que siga mis instrucciones.

—Pero el plan era que yo fuera sólo dos horas, porque, claro, luego tenía que volver a casa, con Sonny... —No irá ni siquiera dos minutos.

Nicole sabía, por la seriedad con que hablaba, que el conde tenía razón, pero, con astucia, no le mencionó el asunto a Nelson. En vez de eso, le dijo que estaba cansada, que quizá no fuera a la fiesta; y no pudo dormir aquella noche, comparando su desilusión y su miedo para ver cuál era más grande. Cuando se levantó para la primera toma de Sonny, pensó: «Pero si sólo daría diez pasos del coche a una silla y pasaría media hora sentada...».

Y, en el último instante, el vestido de noche verde pálido, de Callet, que reposaba sobre una silla en su dormitorio, la decidió. Iría a la fiesta.

En algún momento, mientras arrastraba los pies y esperaba en la pasarela entre los invitados que subían a bordo y eran desafiados a beber, y bebían sus cócteles con la alegría que se esperaba de ellos, Nicole se dio cuenta de que se había equivocado. No había ni siquiera recepción de invitados y, después de saludar a los anfitriones, Nelson le buscó una silla en cubierta, donde inmediatamente Nicole se recuperó de su desfallecimiento.

Entonces se alegró de haber ido a la fiesta. Frágiles faroles adornaban el barco, y se mezclaban con las luces en tonos pastel de los puentes y las estrellas que se reflejaban en el Sena, como el sueño de un niño que soñara con las Mil y una Noches. Una multitud de espectadores curiosos se había congregado en las orillas del río. Iban y venían regimientos de champán, un gran desfile de botellas, mientras la música, en lugar de ser estridente y molesta, descendía de la cubierta superior como azúcar glaseado que se derramara sobre un pastel. Nicole descubrió entonces que no eran los únicos americanos que habían sido invitados: al fondo de la cubierta estaban los Liddell Miles, a quienes no veía desde hacía años.

Otros miembros de aquella pandilla estaban presentes, y Nicole sintió una ligera decepción. ¿Y si no se encontraban allí los mejores amigos de los marqueses? Recordaba que su madre, en casa, tenía un segundo día, un día especial, para recibir a ciertos conocidos. Le preguntó a Chiki, que estaba a su lado, señalándole celebridades, pero cuando Nicole se interesó por ciertas personas que asociaba con la alta sociedad, Chiki contestó vagamente que se habían ido, o que llegarían más tarde o que no irían. Le pareció ver en el otro extremo de la sala a la chica que había montado la escena en el Café de París, en Montecarlo, pero no pudo asegurarse, porque al menor movimiento, casi imperceptible, del barco, se dio cuenta de que otra vez se estaba mareando. Le pidió a Nelson que la llevara a casa.

—Tú, por supuesto, puedes volver a la fiesta. No tienes que estar pendiente de mí: me iré derecha a la cama.

Nelson la dejó en manos de la enfermera, que la ayudó a subir las escaleras y a desnudarse.

—Estoy terriblemente cansada—dijo Nicole—. ¿Quiere guardar mis perlas?

—¿Dónde?

—En el joyero que hay en el tocador.

—No lo veo —dijo la enfermera unos segundos después.

—Entonces estará en un cajón.

Buscó minuciosamente en el tocador, revolviéndolo todo, sin resultado.

—Pues estaba ahí —Nicole intentó levantarse, pero se desplomó de nuevo, exhausta—. Vuelva a mirar, por favor. Todas mis joyas estaban ahí: las de mi madre y las de mi petición de mano, todas.

—Lo siento, señora Kelly. En esta habitación no hay nada que se le parezca a lo que me está diciendo.

—Despierte a la criada.

La criada no sabía nada; luego, después de un persistente y severo interrogatorio, resultó saber algo. El ayuda de cámara del conde Sarolai se había ido, con su equipaje, media hora después de que madame saliera de casa.

Retorciéndose de dolor, un dolor agudo y repentino, acompañada por un médico llamado a toda prisa, a Nicole le pareció que pasaban horas y horas antes de que volviera Nelson. Cuando llegó, estaba mortalmente pálido y tenía la mirada extraviada. Fue directamente al dormitorio.

—¿Qué te pasa? —dijo, furioso. Entonces vio al médico—. ¿Hay algún problema?

—Ay, Nelson, estoy malísima y mi joyero ha desaparecido, y ha desaparecido el ayuda de cámara de Chiki. He llamado a la policía... Quizá Chiki sepa dónde está ese hombre...

—Chiki no volverá a poner un pie en esta casa —respondió Nelson lentamente—. ¿Sabes de qué fiesta vengo? ¿Tienes la más mínima idea de qué fiesta se trataba? —rompió a reír como un loco—. Era nuestra fiesta: nuestra fiesta. ¿Lo entiendes? La dábamos nosotros. No lo sabíamos, pero la dábamos nosotros.

—*Maintenant, monsieur, il ne faut pas exciter madame* —empezó a decir el médico.

—Me pareció raro que los marqueses se fueran tan pronto, pero no sospeché nada hasta el final. Los marqueses sólo eran unos invitados: Chiki invitó a todo el mundo. Cuando acabó la fiesta, los camareros y los músicos se me acercaron y empezaron a pedirme que les pagara. Y ese condenado Chiki tuvo la sangre fría de decirme que creía que yo estaba al tanto de todo. Me ha dicho que todo lo que nos prometió fue que sería una especie de fiesta de su cuñado, y que su hermana asistiría. Me ha dicho que a lo mejor yo estaba borracho o no entendí bien el francés, como si alguna vez hubiéramos dejado de hablar en inglés con él.

—¡No pagues! ¡A mí no se me ocurriría pagar! —Eso le he dicho, pero van a presentar una demanda: el personal del barco, todos. Piden doce mil dólares.

De repente Nicole claudicó.

—¡Vete, vete! —exclamó—. ¡No me importa! ¡He perdido mis joyas y estoy enferma, enferma!

#### IV.

Ésta es la historia de un viaje al extranjero, y el elemento geográfico no debe ser menospreciado. Tras haber visitado el norte de África, Italia, la Riviera, París y algunos lugares de paso, no fue ninguna sorpresa que los Kelly fueran por fin a Suiza. Suiza es un país donde pocas cosas empiezan, pero muchas terminan.

Aunque siempre habían elegido por gusto los puertos en los que hacer escala, a Suiza fueron por obligación. Llevaban casados algo más de cuatro años cuando llegaron un día de primavera al lago que está en el centro de Europa: un lugar tranquilo y risueño con bucólicas laderas, un telón pintado con montañas y extensiones de agua de tarjeta postal, aguas que guardan algo siniestro bajo la superficie: toda la desdicha que se ha arrastrado hasta aquí desde todos los rincones de Europa. Cansancio del que recuperarse y muerte de la que morir. Hay también colegios, y jóvenes que chapotean en las playas soleadas; aquí están las mazmorras de Bonivard y la ciudad de Calvino, y los fantasmas de Byron y Shelley todavía navegan de noche por las aguas sombrías. Pero el lago de Ginebra al que llegaron Nelson y Nicole era el lago triste de los sanatorios y las casas de reposo.

Pues, como si mantuviera una profunda simpatía con el destino desgraciado que se había cebado en sus asuntos, la buena salud los había abandonado a los dos al mismo tiempo; Nicole descansaba en la terraza de un hotel, volviendo poco a poco a la vida después de dos operaciones sucesivas, mientras Nelson luchaba por su vida, contra la ictericia, en un hospital a tres kilómetros de distancia. A pesar de que la fuerza de sus veintinueve años lo había ayudado a recobrar la salud, debía pasar meses en absoluto reposo. Muchas veces se preguntaban por qué, entre todos los que buscaban placeres en Europa, les había caído encima esta desgracia.

—Ha habido demasiada gente en nuestras vidas —decía Nelson—. Nunca hemos sido capaces de resistirnos a la gente. Fuimos tan felices el primer año, cuando no conocíamos a nadie.

Nicole estaba de acuerdo.

—Si hubiéramos estado solos, solos de verdad, habríamos organizado la vida a nuestra manera. Lo tenemos que intentar, ¿verdad, Nelson?

Pero había días en que los dos necesitaban compañía desesperadamente, aunque disimularan ante el otro. Días en que miraban a los obesos, demacrados, lisiados y destruidos de todas las nacionalidades que llenaban el hotel, en busca de alguno que pudiera ser simpático. Era una nueva vida para ellos, cuando volvían de su visita diaria a sus respectivos médicos, la llegada del correo y los periódicos de París, el paseo a las aldeas de las colinas y, a veces, el descenso en funicular a la zona del lago, con su *kursaal*, sus playas con césped, sus clubes de tenis y sus turistas en autobuses. Leían libros de las ediciones Tauchnitz y novelas de Edgar Wallace con la cubierta



amarilla; a cierta hora del día se preocupaban de que bañaran al niño; tres noches a la semana una orquesta cansada y paciente tocaba en el salón del hotel después de la cena. Eso era todo.

Y a veces llegaba un estruendo desde las colinas cubiertas de viñas que había al otro lado del lago, lo que significaba que los cañones disparaban sobre nubes cargadas de granizo, para salvar las viñas de la tormenta que se aproximaba; y la tormenta llegaba repentinamente, cayendo primero de los cielos y volviendo a caer, más tarde, en torrentes desde las montañas, arrollando ruidosamente caminos y barreras de piedra; llegaba con un cielo negro, aterrador, y filamentos de relámpagos y truenos retumbantes que hendían el mundo, mientras nubes deshechas huían ante el viento, sobre el hotel. Las montañas y el lago desaparecían; el hotel se acurrucaba, solitario, entre el tumulto, el caos y la oscuridad.

Y, durante una tormenta así, cuando abrir una simple puerta bastaba para que un huracán de lluvia y viento penetrara en el vestíbulo del hotel, los Kelly, por primera vez desde hacía meses, vieron a alguien conocido. Sentados con otras víctimas que también tenían los nervios de punta, se dieron cuenta de que había dos nuevos huéspedes, un hombre y una mujer a quienes reconocieron como la pareja que, desde la primera vez que la habían visto en Argelia, se había cruzado en su camino varias veces. Nelson y Nicole, sin decir una palabra, compartieron un mismo pensamiento. Parecía obra del destino que por fin fueran a conocerlos allí, en aquel lugar desolado, y, a la espera del momento propicio, vieron cómo otras parejas los miraban con las mismas intenciones. Pero algo contuvo a los Kelly. ¿No habían estado quejándose, apenas un momento antes, de que había pasado demasiada gente por sus vidas?

Más tarde, cuando la tormenta se había apaciguado hasta convertirse en una lluvia silenciosa, Nicole se encontró junto a la chica en la galería acristalada. Simulando leer un libro, examinó de cerca su cara. Enseguida vio que era una cara perspicaz, probablemente astuta; los ojos, muy inteligentes, pero sin paz, recorrían a las personas con una única y rápida mirada, como si quisieran calcular su valor. «Es terriblemente egoísta», pensó Nicole, no sin disgusto. Por lo demás, tenía pálidas las mejillas, y ligeras bolsas, fruto de la mala salud, bajo los ojos; estos detalles se combinaban con cierta blandura en los brazos y las piernas para dar una sensación de insalubridad. Usaba ropa cara, pero vestía con descuido, como si no considerara importantes a los demás clientes del hotel.

En conjunto, Nicole decidió que no le gustaba; se alegraba de no haberle dirigido la palabra, pero se sorprendía de no haber notado estas cosas las otras veces que la chica se cruzó en su camino.

Durante la cena comentó sus impresiones con Nelson, que estuvo de acuerdo con ella.

—He coincidido con el marido en el bar, y he visto que los dos sólo tomábamos agua mineral, así que iba a decirle algo. Pero me he fijado en su cara, en el espejo, y me he arrepentido. Su cara expresa tanta debilidad y egoísmo, tanta falta de moderación, que da casi vergüenza: el tipo de cara que necesita media docena de copas para abrir los ojos y poner las comisuras de los labios en posición normal.

Después de la cena dejó de llover y afuera hacía una noche agradable. Con ganas de tomar el aire, los Kelly pasearon por el jardín en sombras, y se cruzaron con el hombre y la mujer de quienes habían estado hablando, que tomaron otro camino en cuanto los vieron.

—Me parece que tienen tan pocas ganas de conocernos como nosotros a ellos —se echó a reír Nicole.

Se entretuvieron entre los rosales silvestres y los lechos de flores sin nombre, húmedas y fragantes. Bajo el hotel, al final de trescientos metros de terraza hasta el lago, extendidas como un collar de luces estaban Montreux y Vevey, y, más allá, en una pendiente sombría, Lausanne; un borroso centelleo en la otra orilla del lago eran Evian y Francia. De algún sitio llegaba, probablemente del kursaal, el sonido de una contundente música de baile: americana, sospechaban, aunque ahora oían las melodías americanas con meses de retraso, ecos distantes de algo que sucedía muy lejos.

Sobre el Dent du Midi, sobre una banda de nubes negras que eran la retaguardia de la tormenta, la luna se impuso y el lago resplandeció; la música y las luces lejanas traían algo parecido a la esperanza, a la distancia encantada desde la que los niños ven las cosas. Nelson y Nicole, en sus corazones separados, volvieron la vista a un tiempo en el que la vida era así. Nicole se cogió del brazo de su marido y se pegó a él.

—Podemos recuperar todo eso —murmuró—. ¿Podemos intentarlo, Nelson?

Calló cuando dos figuras oscuras se acercaron en las sombras y se detuvieron a mirar el lago.

Nelson rodeó a Nicole con el brazo y la atrajo más hacia sí.

—Lo único que pasa es que somos incapaces de ver dónde está el problema —dijo Nicole—. ¿Por qué hemos perdido la paz, el amor y la salud, una cosa tras otra? Si lo supiéramos, si alguien pudiera decírnoslo, yo creo que podríamos intentarlo. Yo lo intentaría con todas mis fuerzas.

Las últimas nubes se deslizaban sobre los Alpes Berneses. Súbitamente, con la intensidad del fin, relámpagos blancos fulguraron hacia el oeste. Nelson y Nicole se volvieron y, a la vez, también se volvió la otra pareja, mientras por un instante la noche era tan luminosa como el día. Luego hubo oscuridad y un último y profundo trueno, y Nicole lanzó un grito de terror. Se abrazó a Nelson; incluso en la oscuridad había visto que estaba tan pálido y tenso como ella.

—¿Has visto? —exclamó, y apenas le salían las palabras—. ¿Los has visto?

—¡Sí!

—¡Esa pareja somos nosotros! ¡Somos nosotros! ¿No lo has visto?

Temblando, siguieron abrazados. Las nubes se fundieron con el oscuro macizo de montañas; cuando, un instante después, miraron a su alrededor, Nelson y Nicole vieron que estaban solos bajo la tranquila luz de la luna.

## La niña del hotel

La niña del hotel (*Saturday Evening Post*, 31 de enero de 1931) pertenece al grupo de relatos relacionados con *Suave es la noche*: vuelve a contrastar la corrupción de la sociedad europea y la inocencia norteamericana. Fitzgerald escribió a su agente Harold Ober: «La maldita historia es prácticamente verídica, por extravagante que parezca».

El director literario del *Post*, Thomas Constatin, señaló: «No es una historia directa» y «los personajes les parecerán sombríos, como mínimo, a los lectores americanos»; pero aceptóla, niña del hotel porque estaba excelentemente escrita; sin embargo, el *Post* consideró necesario expurgar el cuento. Fitzgerald contestó así a una carta de un admirador sobre *La niña del hotel*: «ha verdad es que los ingleses me han fastidiado bastante (eran personas reales y el *Post* suprimió la mejor escena, cuando le ofrecen hachís al pequinés)».

(Bopes se tendió en varias sillas y un sofá, sacó una pastilla de hachís de una caja de plata, les ofreció a los otros dos y llamó al camarero. Anunció que venía conduciendo desde París sin parar y que atravesaría el Simplón a la mañana siguiente para reunirse en Milán con la única mujer a quien había querido. No parecía en condiciones de reunirse con nadie...

El marqués Kinkallow miró hacia el bar con ojos cansados.

—¿Y ésa quién es? —preguntó, mientras ofrecía a hurtadillas una pastilla de hachís al pequinés—. La hermosa judía... ¿Y quién es ese individuo que está con ella?)

I.

Es un lugar en el que instintivamente explicas por qué estás allí—«Ah, sí, estoy aquí porque...»— y, si no surte efecto, resultas ligeramente sospechoso, porque este rincón de Europa no atrae a nadie; suele aceptarte sin demasiadas preguntas inconvenientes: vive y deja vivir. Es un cruce de caminos: gente que busca clínicas privadas o sanatorios antituberculosos en las montañas, gente que dejó de ser hace mucho persona grata en Italia o Francia. Y si eso fuera todo...

Pero una noche de fiesta en el Hotel des Trois Mondes un recién llegado apenas percibiría lo que se mueve bajo la superficie. Habría, observando a los bailarines, una galería de señoras inglesas de cierta edad, con cintas en el cuello, pelo teñido y caras empolvadas de un gris rosáceo; una galería de señoras americanas de cierta edad, con el pelo de un color falso, blanco de nieve, vestidos negros y labios rojo cereza. Y casi todas mirarían a derecha e izquierda incansablemente y, de vez en cuando, posarían la mirada en la omnipresente Fifi. Todo el hotel se había podido enterar de que Fifi cumplía dieciocho años aquella noche.

Fifi Schwartz. Una judía de belleza radiante y exquisita, con una frente despejada que ascendía elegantemente hasta donde el pelo, rodeándola como un escudo, estallaba en bucles, ondas y tirabuzones de un delicado rojo oscuro. Sus ojos eran grandes, vivos, transparentes, húmedos y brillantes; el color de sus mejillas y de sus labios era auténtico, y afloraba a la superficie desde el latir joven y fuerte de su corazón. Su cuerpo estaba tan estrictamente proporcionado que un cínico había difundido el comentario de que Fifi siempre aparentaba no llevar nada bajo el vestido; pero probablemente se equivocaba, pues Fifi había sido dotada de belleza con el mismo mimo por Dios y por los hombres. Qué vestidos... el cereza de Chanel, el malva de Molyneux, el rosa de Patou; docenas de vestidos, ceñidos a las caderas, cimbreantes, cayendo a diez milímetros justos de la pista de baile. Aquella noche era una mujer de treinta años, vestida de negro deslumbrante, con largos guantes blancos que le cubrían los antebrazos. «Qué mal gusto», cuchicheaban. «Es como un escenario, un escaparate, un desfile de modelos. ¿En qué estará pensando su madre? Pero, claro, fíjate en cómo va la madre.»

La madre estaba sentada con un amigo y pensaba en Fifi y en el hermano de Fifi, y en sus otras hijas ya casadas, de quienes pensaba que habían sido incluso más guapas que Fifi. La señora Schwartz era una mujer sencilla; era judía desde hacía mucho tiempo y oía con franca indiferencia

lo que comentaban los grupos del salón. Otro tipo de personas, muy abundante, al que no importaban las habladerías eran los jóvenes, docenas de jóvenes. Seguían a Fifi de la mañana a la noche dentro y fuera de las lanchas, los clubes nocturnos, los lagos interiores, los automóviles, los salones de té y los funiculares, y decían:

—¡Eh, mira, es Fifi!

Y se pavoneaban ante ella, o decían:

—¡Dame un beso, Fifi!

O incluso:

—¡Dame otro beso, Fifi!

Y hablaban mal de ella e intentaban que fuera su novia.

Pero la mayoría era demasiado joven, pues aquella pequeña ciudad, por algún ilógico razonamiento, se suponía que gozaba de un excelente clima para ser un centro educativo.

Fifi no criticaba a nadie, ni era consciente de que la criticaran. Aquella noche la galería de mirones en el gran salón de cristal en forma de herradura hacía comentarios sobre su fiesta de cumpleaños y se quejaba sobre todo de cómo había entrado Fifi. Habían servido la mesa en el último de una serie de comedores, a los que se accedía desde el salón central. Pero Fifi, con su vestido negro, llamando a gritos la atención, apareció en el primer comedor, seguida por un verdadero pelotón de jóvenes de todas las nacionalidades y razas posibles, y, a la carrera, moviendo sus preciosas caderas y agitando su preciosa cabeza, los guió entre vaivenes por todo el recinto, mientras los ancianos se atragantaban con espinas de pescado, y se aflojaban los músculos faciales de las ancianas, y las protestas se convertían en un rugido al paso del cortejo.

No deberían haberse ofendido tanto. Fue una fiesta espantosa porque Fifi pensaba que tenía que ser amable con todo el mundo y multiplicarse y ser una docena de personas, así que habló con toda la mesa e interrumpió todas las conversaciones, sin importarle a qué distancia se iniciaban. De modo que nadie se lo pasó bien, y la gente del hotel no debería haberse molestado tanto porque Fifi fuera joven y terriblemente feliz.

Más tarde, en el salón, muchos de los hombres que habían sido los comparsas de la fiesta merodeaban entre las mesas como si aquello no tuviera nada que ver con ellos. Entre ellos estaba el joven conde Stanislas Borowki con sus atractivos y brillantes ojos oscuros de ciervo disecado, y su pelo negro, marcado ya por distinguidas vetas que recordaban el teclado de un piano. Se acercó a la mesa de una familia de buena posición apellidada Taylor y se sentó con apenas un débil suspiro, que les hizo sonreír.

—¿No ha sido horrible? —le preguntaron.

La rubia señorita Howard, que viajaba con los Taylor, era casi tan guapa como Fifi y se vestía con mayor consideración hacia el prójimo. Había hecho lo posible para no conocer a la señorita Schwartz, aunque compartía con ella a algunos jóvenes. Los Taylor eran diplomáticos de carrera y se dirigían a Londres tras la conferencia de la Liga de las Naciones en Ginebra. Iban a presentar en la Corte aquella temporada a la señorita Howard. Eran americanos muy europeizados; de hecho, habían alcanzado una posición en la que era difícil decir que pertenecieran a ninguna nación; nunca desde luego a una gran potencia, si acaso a una especie de país que se pareciera a un Estado balcánico, compuesto por ciudadanos como ellos. Consideraban que Fifi era una vergüenza tan innecesaria como un nuevo color en la bandera.

La señora inglesa alta que fumaba en una larga boquilla e iba acompañada por un pequinés medio paralítico se levantó en aquel instante y les anunció a los Taylor que tenía una cita en el bar, y se fue, llevando en brazos a su pequinés paralítico y provocando, por donde pasaba, un silencio sobrecogido en el hervidero de voces y bromas infantiles que reinaba en la mesa de Fifi.

A eso de la medianoche, el señor Weicker, director del hotel, se asomó al bar, donde el gramófono de Fifi bramaba nuevos tangos alemanes entre el humo y el ruido. Tenía una cara pequeña que inmediatamente percibía el fondo de las cosas, y últimamente echaba un rápido vistazo al bar cada noche. Pero no había ido a admirar a Fifi; quería investigar por qué no iban bien las cosas en el Hotel des Trois Mondes aquel verano.

Se trataba, por supuesto, de la constante caída de la Bolsa en Estados Unidos. Con tantos hoteles mendigando clientela, los clientes se habían vuelto melindrosos, exigentes, quejumbrosos, y el señor Weicker había tenido que tomar últimamente demasiadas decisiones delicadas. Una familia numerosa había abandonado el hotel porque el gramófono de lady Capps-Karr estuvo sonando toda

la noche. También se sospechaba que había un ladrón en el hotel; habían recibido quejas por el robo de carteras, pitilleras, relojes y anillos. Algunas veces los clientes hablaban con el señor Weicker como si desearan registrarle los bolsillos. Había habitaciones vacías que no tenían por qué haber estado vacías aquel verano.

Su mirada cayó severa, de paso, sobre el conde Borowki, que estaba jugando al billar con Fifi. El conde Borowki llevaba tres semanas sin pagar la cuenta. Le había dicho al señor Weicker que estaba esperado a su madre, que lo arreglaría todo. Y estaba Fifi, que atraía a una pandilla de indeseables: jóvenes estudiantes que vivían del dinero que les mandaban sus padres y pedían a cuenta bebidas que nunca pagaban. Lady Capps-Karr, por el contrario, era una grande cliente; se podía contar con tres botellas de whisky al día para ella y su círculo, y su padre, desde Londres, pagaba hasta la última gota. El señor Weicker decidió darle un ultimátum al señor Borowki aquella noche, y se retiró. Su visita había durado unos diez segundos.

El conde Borowki dejó el taco de billar y se acercó a Fifi murmurando algo. Ella le cogió la mano y lo llevó a un rincón a oscuras cerca del gramófono.

—Mi sueño, mi chica americana —dijo él—: vamos a encargarnos que te pinten en Budapest como estás esta noche. Figurarás entre los retratos de mis antepasados en las paredes de mi castillo de Transilvania.

Podría pensarse que una chica americana normal, que hubiera visto un número normal de películas, habría detectado cierto tono conocido en el galanteo persistente del conde Borowki. Pero el Hotel des Trois Mondes estaba lleno de personas que eran verdaderamente ricas y nobles, gente que hacía delicados bordados o tomaba cocaína en apartamentos cerrados mientras aspiraban a tronos europeos y a media docena de principados alemanes, y Fifi prefería no dudar de quien rendía pleitesía a su belleza. Aquella noche nada la sorprendía: ni siquiera la precipitada proposición del conde de que se casaran aquella misma semana.

—Mamá no quiere que me case hasta el año que viene. Sólo le he dicho que nos íbamos a prometer.

—Pero mi madre quiere que me case. Tiene mucho carácter, como decís los americanos; está empeñada en que me case con la princesa tal o la condesa cual.

Mientras, lady Capps-Karr celebraba una reunión en el otro extremo de la sala. Un inglés alto y encorvado, manchado por el polvo del camino, acababa de abrir la puerta del bar, y lady Capps-Karr, al grito de «¡Bopes!», se había lanzado sobre él:

—¡Bopes! ¡Eh, Bopes!

—Capps, tesoro. ¿Qué tal, Rafe? —saludó al acompañante de lady Capps-Karr—... Qué casualidad, Capps.

—¡Bopes! ¡Bopes!

Sus exclamaciones y risas llenaron el salón, y el barman murmuró a un americano curioso que el recién llegado era el marqués Kinkallow.

Bopes se tendió en varias sillas y un sofá y llamó al camarero. Anunció que venía conduciendo desde París sin parar y que saldría a la mañana siguiente para reunirse en Milán con la única mujer a quien había querido. No parecía en condiciones de reunirse con nadie.

—Ay, Bopes, he estado tan ciega —dijo lady Capps-Karr lastimosamente—. Un día y otro día, siempre. Llegué en avión desde Cannes, con la idea de quedarme sólo un día, y me encontré aquí con Rafe y con otros americanos que conocía, y ya llevo aquí dos semanas, y mis billetes para Malta han caducado. ¡Quédate y sálvame! ¡Ay, Bopes! ¡Bopes!

El marqués Kinkallow miró hacia el bar con ojos cansados.

—¿Y ésa quién es? —preguntó—. La hermosa judía... ¿Y quién es ese individuo que está con ella?

—Es americana —dijo la hija de un centenar de condes—. El tipo es un sinvergüenza, pero por lo visto tiene pedigrí. Es camarada de Schenzi, el de Viena. La otra noche estuve jugando con él al chemin defer hasta las cinco aquí en el bar y me debe mil francos suizos.

—Tengo que hablar unas palabras con esa putilla —dijo Bopes veinte minutos más tarde—. Prepáramelo, Rafe; anda, pórtate bien.

Ralph Berry conocía a la señorita Schwartz, y, en cuanto se le presentó la ocasión de hacer las presentaciones, se levantó amablemente. La ocasión llegó cuando un cbasseur le rogó al conde

Borowki que se presentara en recepción. Rafe se las arregló para eludir a los dos o tres jóvenes que acompañaban a Fifi.

—El marqués Kinkallow desea conocerla. ¿Puede venir a nuestra mesa?

Fifi miró al otro extremo de la sala, frunciendo un poco las cejas finísimas. Algo le advertía que su noche ya estaba bastante completa. Lady Capps-Karr jamás le había dirigido la palabra; Fifi pensaba que tenía envidia de sus vestidos.

—¿No puedes traerlo aquí?

Un instante después Bopes se sentaba al lado de Fifi con una sombra de condescendencia en la cara. No podía evitarlo; de hecho, luchaba contra ello sin cesar, pero le pasaba siempre que estaba con americanos. «Es demasiado para mí», parecía decir. «Basta que comparéis mi seguridad con vuestra indecisión, mi sofisticación con vuestra ingenuidad, aunque el mundo entero haya caído en vuestro poder.» En los últimos años había descubierto que su tono, a no ser que lo vigilara, ocultaba un resentimiento latente.

Fifi lo miró radiante y le habló de su esplendoroso futuro.

—Dentro de poco me voy a París —dijo como si anunciara la caída del Imperio Romano—; quizá estudie en la Sorbona, y luego tal vez me case; nunca se sabe. Sólo tengo dieciocho años. Había dieciocho velas en mi pastel de cumpleaños esta noche. Me habría gustado que hubieras estado aquí... He recibido maravillosas ofertas para debutar en el teatro, pero, claro, una chica que se dedica al teatro da mucho que hablar.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó Bopes. —Ah, van a venir muchos más chicos, más tarde. Quédate por aquí: estás invitado a la fiesta.

—Estaba pensando que tú y yo podríamos hacer otra cosa. Me voy a Milán mañana.

En el otro extremo del salón, lady Capps-Karr estaba violenta, disgustada por la deserción.

—Después de todo, un amigacho es un amigacho y un íntimo es un íntimo —protestó—, pero hay cosas que no se hacen. Nunca he visto a Bopes en un estado tan lamentable.

No le quitaba ojo a la conversación que tenía lugar en el otro extremo de la sala.

—Ven a Milán conmigo —decía el marqués—. Ven al Tíbet o al Indostán. Asistiremos a la coronación del rey de Etiopía. Bueno, vamos a dar un paseo en coche ahora mismo.

—Todavía quedan demasiados invitados. Además, no me monto en el coche del primero que llega. Se supone que estoy prometida. Con un conde húngaro. Se pondría furioso y probablemente te desafiaría a un duelo.

La señora Schwartz, con cara de pedir perdón, atravesó la sala y se acercó a Fifi.

—John se ha ido —anunció—. Se ha vuelto a marchar. Fifi dio un grito de disgusto. —Me dio su palabra de honor de que no se iría. —Pero se ha ido. He mirado en su habitación y no estaba su sombrero. Ha sido el champán de la cena —miró al marqués—. No es que John sea un chico con vicios, pero es débil, muy débil.

—Me figuro que tendré que ir a buscarlo —dijo Fifi, resignada. —Me sabe fatal estropearte la noche, pero no sé qué otra cosa podríamos hacer. Quizá este caballero pueda acompañarte. Ya ve, Fifi es la única que puede manejarlo. Su padre murió y la verdad es que para manejar a un chico hace falta un hombre. —Así es —dijo Bopes.

—¿Me puedes llevar? —preguntó Fifi—. Sólo es a un café de la ciudad.

Bopes aceptó con la mayor prontitud. Fuera, bajo la noche de septiembre, la fragancia de Fifi se filtraba a través de la capa de armiño, mientras su dueña añadía algunas explicaciones:

—Una rusa lo tiene dominado; dice que es condesa, pero su única propiedad consiste en un abrigo de piel de zorro que se pone con todo. Mi hermano sólo tiene diecinueve años, así que en cuanto se bebe un par de copas de champán, dice que se va a casar con ella, y mamá sufre.

Bopes le echó con impaciencia el brazo por los hombros en cuanto empezaron a subir la colina que llevaba a la ciudad.

Quince minutos después el coche se detuvo varias manzanas más allá del café y Fifi se apeó. Un arazaño largo e irregular adornaba ahora la cara del marqués: le atravesaba en diagonal la mejilla, cruzaba la nariz con unas cuantas líneas superficiales e imprecisas, y acababa en una especie de terminal de ferrocarriles en la mandíbula inferior.

—No me gusta estar con alguien que se pone tan tonto —explicó Fifi—. No hace falta que esperes, podemos tomar un taxi.

—¿Que espere? —exclamó el marqués, furioso—. ¿A alguien tan insignificante y vulgar como tú? Ya me habían dicho que eras el hazmerreír del hotel, y ahora sé de sobra por qué.

Fifi atravesó deprisa la calle y entró en el café, deteniéndose en la puerta hasta que vio a su hermano. Era una reproducción de Fifi sin su extraordinario entusiasmo; en aquel instante compartía mesa con un frágil exiliado del Cáucaso y dos serbios tuberculosos. Fifi esperó a reunir el valor suficiente para enfrentarse al asunto; entonces cruzó la pista de baile: llamaba la atención como una nube que presagia tormenta, vestida de negro brillante.

—Mamá me ha mandado a buscarte, John; coge tu abrigo.

—¿Sí? ¿Qué bicho le ha picado? —preguntó, con la mirada perdida.

—Mamá dice que tienes que ir.

Se levantó de mala gana. Los dos serbios también se levantaron; la condesa no había movido un músculo; sus ojos, profundamente hundidos en los pómulos mongoles, no se apartaron ni un momento de la cara de Fifi; la cabeza se agazapaba en el abrigo de piel de zorro plateado que, como Fifi sabía, representaba la última asignación mensual que había recibido su hermano. Mientras John Schwartz, poco seguro sobre sus pies, se tambaleaba ligeramente, la orquesta acometía *Ich bin von Kopf bis Fuss*. Tras sumergirse en la confusión de aquella mesa, Fifi emergió agarrada del brazo de su hermano, lo empujó hacia el guardarropa y, ya en la calle, hacia la parada de taxis.

Era tarde; la noche de fiesta y su cumpleaños habían terminado y, mientras volvía en taxi al hotel, con John desplomado sobre su hombro, Fifi sintió de repente una pena profunda. Gracias a su excelente salud nunca había sido aprensiva, y era verdad que la familia Schwartz llevaba viviendo tanto tiempo en aquel ambiente que Fifi no se sentía insatisfecha entre el torbellino y la sociedad del Hotel des Trois Mondes, y, sin embargo, de repente la noche se había estropeado. ¿Por qué algunas veces terminan las noches en una nota aguda, y no se desvanecen suavemente como una música? Todas las noches, cuando daban las diez, tenía la sensación de que era el único ser real en una colonia de fantasmas, de que estaba rodeada por figuras absolutamente intangibles que retrocederían en cuanto ella alargara la mano.

El portero ayudó a su hermano a llegar al ascensor. Al entrar, Fifi vio demasiado tarde que había dos personas dentro. Antes de que pudiera sacar a John, las dos se apartaron de Fifi como si temieran contagiarse. Fifi oyó a la señora Taylor decir: «¡Dios nos asista!», y a la señorita Howard: «¡Qué asco!». El ascensor se puso en marcha. Fifi aguantó la respiración hasta que se detuvo en su planta.

Fue quizá el impacto de este último encuentro lo que provocó que se quedara muy quieta, junto a la puerta del apartamento, a oscuras. Entonces tuvo la sensación de que había alguien más en la oscuridad, frente a ella, y, una vez que su hermano, dando traspiés, se derrumbó en el sofá, siguió a la espera.

—Mamá —llamó, pero no hubo respuesta, apenas un ruido más débil que un susurro, como un zapato que rozara el suelo.

Pocos minutos después, cuando su madre subió, llamaron al *valet de chambre* y recorrieron juntos las habitaciones, pero no había nadie. Luego madre e hija se quedaron ante el balcón abierto, mirando el lago, y el racimo de las luces de Évian en la costa francesa, y la cofia de nieve en las montañas.

—Creo que llevamos aquí demasiado tiempo —dijo súbitamente la señora Schwartz—. Creo que me llevaré a John a Estados Unidos este otoño.

Fifi se quedó pasmada.

—Pero yo creía que John y yo íbamos a ir a París, a la Sorbona.

—¿Y cómo voy a fiarme de él, en París? ¿Y te voy a dejar sola?

—Es que ya nos hemos acostumbrado a vivir en Europa. ¿Para qué he aprendido a hablar francés? Mamá, ni siquiera conocemos a nadie en Estados Unidos.

—Siempre conoceremos a alguien. Siempre lo hemos hecho.

—Pero tú sabes que es distinto. Allí la gente es tan intolerante... En Estados Unidos una chica no tiene ocasión de conocer a hombres como los de aquí, si es que los hay. Y todo el mundo está pendiente de lo que hacen los demás.

—Igual que aquí —dijo la madre—. Ese señor Weicker acaba de pararme en el vestíbulo; te vio entrar con John, y me estuvo diciendo que sois demasiado jóvenes para ir al bar. Le dije que tú sólo bebes limonada, y me respondió que eso no importa; escenas como la de esta noche hacen que la gente se vaya del hotel.

—¡Qué miserable!

—Así que pienso que lo mejor es que volvamos a América.

Aquella frase vacía resonó desoladoramente en los oídos de Fifi. Se abrazó a la cintura de su madre dándose cuenta de que era ella y no su madre, pues su madre tenía un firme asidero en el pasado, quien estaba completamente perdida en el universo. En el sofá su hermano roncaba, parte del mundo de los débiles, de los que se apoyan unos en otros, satisfechos de su fétida y voluble calidez. Pero Fifi seguía mirando el cielo extranjero, segura de que podría abrir sus puertas y encontrar su propio camino a través de la envidia y la corrupción. Por primera vez pensó en serio casarse con Borowki inmediatamente.

—¿No quieres bajar a decirles buenas noches a tus amigos? —sugirió su madre—. Hay todavía muchos que siguen preguntando por ti.

Pero las Furias amenazaban a Fifi: amenazaban su falsa seguridad de niña y su inocencia, incluso su belleza, para derrumbarlo todo y arrastrarlo por el barro. Cuando negó con la cabeza y se fue de mal humor a su dormitorio, ya le habían arrebatado algo para siempre.

## II.

A la mañana siguiente la señora Schwartz fue al despacho del señor Weicker para denunciar la pérdida de doscientos dólares en moneda estadounidense. Había dejado el dinero encima de la cómoda antes de acostarse; cuando se despertó, ya no estaba. Había echado el cerrojo en la puerta del apartamento, pero por la mañana el cerrojo había sido corrido, aunque ninguno de sus hijos se había despertado todavía. Por fortuna se había llevado las joyas a la cama en una bolsa de gamuza.

El señor Weicker decidió que la situación debía ser tratada con delicadeza. No pocos huéspedes del hotel se encontraban pasando apuros económicos y eran partidarios de soluciones extremas, pero el señor Weicker debía proceder con pies de plomo. En América, o se tiene dinero o no se tiene; en Europa el heredero de una fortuna puede no tener ni para pelarse hasta la muerte de un primo lejano, y ser considerado públicamente un sablista sin ofenderse lo más mínimo. El señor Weicker abrió el ejemplar del almanaque de Gotha que tenía en el despacho, y comprobó que Stanislas Karl Joseph Borowki estaba entroncado con la última rama de un linaje más antiguo que la corona de San Esteban. Aquella mañana, con un traje de montar tan elegante como el uniforme de un húsar, había salido a caballo con la impoluta y correcta señorita Howard. Y, por otra parte, no cabía la menor duda sobre quién era la víctima del robo, y la indignación del señor Weicker empezó a concentrarse en Fifi y su familia, que podían haberle ahorrado este problema si se hubieran ido del hotel hacía mucho tiempo. Incluso era concebible que el hijo disoluto de la familia, John, hubiera sisado el dinero.

En cualquier caso, los Schwartz iban a volver a América. Llevaban tres años viviendo en hoteles, en París, Florencia, Saint Raphael, Como, Vichy, La Baule, Lucerna, Baden-Baden y Biarritz. En todas estas ciudades los niños habían ido al colegio —siempre a colegios nuevos— y ahora hablaban perfectamente francés y un poco, muy poco, de italiano. Fifi había dejado de ser una niña de catorce años demasiado desarrollada para convertirse en una belleza; John se había convertido en un lamentable caso perdido. Los dos sabían jugar al bridge, y en algún sitio Fifi había aprendido a bailar claqué. La señora Schwartz tenía la impresión de que todo aquello era poco satisfactorio, pero no sabía por qué. Así que, dos días después del cumpleaños de Fifi anunció que harían las maletas, irían a París para comprar ropa de otoño y volverían a América.

Aquella misma tarde Fifi fue al bar a recoger su gramófono, que llevaba allí desde la noche de la fiesta. Se sentó en un alto taburete y estuvo charlando con el camarero mientras se bebía un ginger-ale.

—Mi madre quiere que vuelva con ella a América, pero yo no pienso ir.

—¿Y qué piensa hacer?

—Tengo un poco de dinero y a lo mejor me caso —tomó unos sorbos de ginger-ale con cara de mal humor.



—He oído que les han robado algún dinero —señaló el camarero—. ¿Cómo ha sido?

—Pues el conde Borowki cree que el ladrón entró en el apartamento antes de que llegáramos y se escondió entre las dos puertas que separan nuestro apartamento del apartamento de al lado. Y, mientras dormíamos, cogió el dinero y se fue.

—¡Vaya!

Fifi suspiró.

—Bueno, a lo mejor es la última vez que vengo al bar.

—La echaremos de menos, señorita Schwartz.

El señor Weicker asomó la cabeza por la puerta, la retiró y se acercó despacio.

—Hola —dijo Fifi con frialdad.

—A usted quería yo verla, señorita —movía el dedo ante la cara de Fifi con burlón amaneramiento—. ¿No sabe que he hablado con su madre sobre sus visitas al bar? Sólo es por su bien.

—Me estoy tomando un ginger-ale —dijo Fifi, indignada.

—Pero nadie sabe lo que usted está tomando. Podría ser whisky o cualquier cosa. Y se quejan los clientes.

Fifi clavó los ojos en el director, indignada. Aquella visión del mundo era completamente distinta de la suya: Fifi, centro vital del hotel; Fifi, envuelta en los vestidos más seductores y elevándose espléndida e inalcanzable sobre sus adoradores. Y de repente la cara servil, pero hostil, del señor Weicker la enfureció.

—¡Nos vamos a ir de este hotel! —estalló—. Nunca había visto una pandilla de gente tan estrecha de miras; siempre están criticando a todo el mundo, inventándose las peores cosas de los demás, no importa lo que ellos hagan. Creo que sería estupendo que se prendiera fuego al hotel y ardiera hasta los cimientos con toda esa gentuza dentro.

Dejó el vaso ruidosamente sobre la barra, cogió la maleta del fonógrafo y salió del bar con paso airado.

En el vestíbulo un botones se apresuró a ayudarla, pero Fifi hizo un gesto de negación con la cabeza y atravesó corriendo el salón, donde se encontró con el conde Borowki.

—¡Estoy que me subo por las paredes! —gritó—. ¡Nunca había visto a tantas alimañas juntas! ¡Acabo de decirle al señor Weicker lo que pienso de ellos!

—¿Se ha atrevido alguien a faltarte al respeto?

—Me da lo mismo. Volvemos a América.

—¡Os vais! —el conde se había sobresaltado—. ¿Cuándo?

—Ya. Yo no quiero, pero mamá dice que tenemos que irnos.

—Tengo que hablar contigo muy en serio —dijo el conde—. Acabo de llamar por teléfono a tu habitación. Te he traído un pequeño regalo de compromiso.

Cuando Fifi cogió la preciosa pitillera de oro y marfil, con sus iniciales grabadas, recuperó la alegría.

—¡Es maravillosa!

—Óyeme un momento; lo que me has dicho hace más importante lo que voy a decirte. Acabo de recibir carta de mi madre. Me han buscado una novia en Budapest: una chica maravillosa, guapa, rica y de mi misma clase social, que sería inmensamente feliz si nos casáramos, pero yo estoy enamorado de ti. Jamás lo hubiera creído posible, pero he perdido la cabeza por una americana.

—¿Y por qué no? —dijo Fifi, indignada—. Aquí, para que digan que una chica es guapa, basta con que tenga algo que no esté mal. Y luego, aunque tenga el pelo o los ojos bonitos, tiene las piernas o los dientes torcidos.

—Tú eres perfecta.

—Ah, sí —dijo Fifi modestamente—. Tengo la nariz un poco grande. ¿No sabías que soy judía?

Un poco impaciente, Borowki volvió a lo suyo:

—Me están presionando para que me case. Es por cuestiones de herencia.

—Además, tengo la frente demasiado grande —observó Fifi, ensimismada—. Es tan ancha que me hace una especie de arruga. Conocí a un chico muy gracioso que me decía que yo sí que tenía cinco dedos de frente.

—Así que lo más sensato —prosiguió Borowki— es que nos casemos inmediatamente. Quiero decirte con toda franqueza que hay otras chicas americanas, no muy lejos de aquí, que no dudarían un momento.

—Mamá se volvería loca —dijo Fifi.

—También he pensado en eso —contestó el conde con vehemencia—. No le digas nada. Si cruzamos la frontera esta noche podríamos casarnos mañana por la mañana, luego volveríamos y le enseñarías a tu madre el escudo de armas, las coronas doradas pintadas en tus maletas. Mi opinión personal es que estaría encantada. Y tu disfrutarías, libre de ella, de una posición social sin igual en Europa. En mi opinión, probablemente tu madre ya lo haya pensado, y quizá se haya dicho: «¿Por qué estos dos no resuelven el asunto por su cuenta y me ahorran los trámites y el gasto de una boda?». Yo creo que le gustaría que tuviéramos carácter.

Dejó de hablar, impaciente, cuando lady Capps-Karr, saliendo del comedor con su pequinés, se detuvo por sorpresa junto a ellos. El conde Borowki se vio obligado a presentarlas. Como no se había enterado del desaire que el marqués Kinkallow le había hecho a lady Capps-Karr, ni de que Su Señoría se había ido a Milán aquella mañana con el corazón herido, no sospechaba lo que se avecinaba.

—Ya me había fijado en la señorita Schwartz —dijo la inglesa con una voz clara, seca—. Y por supuesto me había fijado en los vestidos de la señorita Schwartz.

—¿No se sienta? —dijo Fifi.

—No, gracias —se dirigió a Borowki—: Los vestidos de la señorita Schwartz nos hacen parecer a todas un poco anodinas. A mí no me gusta vestirme con demasiado detalle cuando estoy en un hotel. Me parece de pésimo gusto. ¿No lo ve usted así?

—Yo creo que la gente siempre debe ir bien vestida —dijo Fifi, ruborizándose.

—Por supuesto. Lo único que digo es que me parece de pésimo gusto vestir con demasiado detalle, si no es en casa de los amigos.

Lady Capps-Karr dedicó un sinuoso adiós a Borowki y siguió su camino, dejando a su paso una nube de humo de cigarrillo y una débil fragancia de whisky.

El insulto había sido tan mordaz como el chasquido de un látigo, y, a la vez que el orgullo que Fifi sentía por su guardarropa se derrumbaba de repente, Fifi oyó todos los comentarios que no había oído antes, en un murmullo redivivo e inmenso. Así que habían dicho que se ponía aquellos trajes porque no tenía otro sitio donde ponérselos. Este era el motivo por el que la hija de los Howard la consideraba vulgar y no tenía ningún interés en conocerla.

Por un instante su ira estalló, tomando como blanco a su madre, que no le había dicho nada, pero comprendió que su madre tampoco se había dado cuenta.

—Me parece que no es nada elegante —se obligó a decir en voz en alta, pero por dentro estaba temblando—. ¿Y quién es ésa? Quiero decir: ¿tiene un título muy importante?

—Es la viuda de un barón.

—¿Y eso es importante? —Fifi permanecía impasible—. ¿Más importante que una condesa?

—No. Una condesa es de mayor rangos infinitamente mayor —el conde Borowki acercó su silla hacia Fifi y empezó a hablarle con mucha atención.

Media hora después Fifi se levantó con la indecisión reflejada en la cara.

—A las siete espero una respuesta definitiva —dijo Borowki—, y a las diez tendré el coche listo.

Fifi asintió con un gesto. El conde la acompañó hasta la puerta del salón y vio cómo desaparecía en el espejo en sombras del vestíbulo, camino del ascensor.

Cuando volvió, lady Capps-Karr, sola en una mesa tomando café, le dijo:

—Me gustaría hablar un momento con usted. ¿Le ha dicho usted a Weicker, por equivocación, que si hubiera algún problema yo avalaría su cuenta?

Borowki se puso rojo.

—Quizá le haya dicho algo parecido, pero...

—Vale, yo le he dicho la verdad: que a usted no lo había visto en mi vida hasta hace quince días.

—Yo, como es natural, he recurrido a una persona de igual rango...

—¡Igual rango! ¡Qué caradura! Los únicos títulos que quedan son los ingleses. Debo rogarle que no vuelva a utilizar mi nombre.

Borowki hizo una reverencia.

—Semejantes inconvenientes pronto serán para mí agua pasada.

—¿Se va a fugar usted con esa niña americana y ordinaria?

—Le ruego que me perdone —dijo fríamente el conde.

—No se enfade. Tómese un whisky con soda. Me estoy preparando para recibir a Bopes Kinkallow, que acaba de llamar por teléfono para decir que vuelve tambaleándose.

Mientras, en el piso de arriba, la señora Schwartz le decía a Fifi:

—Me hace ilusión volver a casa. Será estupendo volver a ver a los Hirst y a la señora Bell, a Amy y a Marjorie, y a Gladys, y a su nuevo hermanito. Y tú también te pondrás contenta; se te ha olvidado cómo son. Gladys y tú erais grandes amigas. Y Marjorie...

—¡Ay, mamá, no me hables de eso! —exclamó Fifi, muy triste—. No quiero volver.

—No hay ningún motivo para que nos quedemos. Si John va a la universidad como quería su padre, nosotras podríamos irnos a California.

Pero para Fifi todas las aventuras de la vida se concentraban en los tres inolvidables años que había pasado en Europa. Recordaba a los altos guardias de Roma y al anciano español que por primera vez la había hecho consciente de su belleza en Como, en Villa d'Este, y al aviador de la armada francesa que en Saint Raphael le había lanzado una carta al jardín desde su areoplano, y la emoción que había sentido alguna vez bailando con Borowki, ataviado con botas relucientes y un dolmán de piel blanca.

Había visto muchas películas americanas y sabía que las chicas de allí siempre se casaban con un chico fiel de su ciudad y que después acababa la película.

—No pienso ir —dijo en voz alta.

Su madre se volvió con un montón de ropa en los brazos.

—¿Cómo se te ocurre hablar así, Fifi? ¿Crees que voy a dejarte aquí sola? —y, como Fifi no respondió, continuó en un tono terminante—: No me gusta oírte hablar así. Y ahora deja de quejarte y de decir tonterías, y ve a comprar a la ciudad. Aquí tienes la lista.

Pero Fifi había tomado una decisión. Estaba Borowki, la oportunidad de vivir de verdad, a la aventura. El conde podría ingresar en el servicio diplomático, y, cuando un día encontraran a lady Capps-Karr y a la señorita Howard en un baile en la embajada, podría hacer en voz alta el comentario que en aquel momento le parecía apropiado: «No soporto a la gente que siempre parece que va o viene de un funeral».

—Venga, corre —continuó su madre—. Y mira si está tu hermano en el café, y te lo traes a tomar el té.

Fifi cogió la lista de la compra con un gesto mecánico. Luego entró en su habitación y escribió una nota para Borowki, que le dejaría al conserje cuando saliera.

Cuando ya se iba, vio a su madre que luchaba con un baúl, y le dio una pena infinita. Pero en América estaban Amy y Gladys, y Fifi se sintió más fuerte.

Bajaba las escaleras cuando recordó que, distraída, había olvidado mirarse, como era obligatorio, al espejo; pero, precisamente a la entrada del gran salón, había un gran espejo en la pared, y frente a él se detuvo.

Era preciosa: volvía a comprobarlo, aunque ahora se pusiera triste. Se preguntó si el vestido que llevaba aquella tarde era de mal gusto, si alimentaría la sensación de superioridad de la señorita Howard y lady Capps-Karr. A ella le parecía un traje maravilloso, de corte elegante, sencillo, pero el color era un azul metálico claro, demasiado vivo.

Entonces, de repente, un ruido rompió la tranquilidad del vestíbulo en penumbra y Fifi se quedó sin respiración y paralizada.

## III.

A las once el señor Weicker estaba cansado, pero en el bar reinaba uno de sus habituales tumultos y el director estaba esperando a que la situación se tranquilizara. No había nada que hacer en su mohoso despacho ni en el vestíbulo vacío; y el salón, donde durante todo el día mantenía largas conversaciones con inglesas y americanas solitarias, estaba desierto, así que salió por la puerta principal y empezó a dar su acostumbrada vuelta alrededor del hotel. Ya fuera por su ronda, o por las miradas frecuentes a las luces titilantes de los dormitorios y a través de las humildes ventanas enrejadas de la planta de las cocinas, el paseo le dio la impresión de que el hotel estaba bajo su control, que él era el responsable idóneo, como si el hotel fuera un barco y lo contemplara desde el puente de mando.

Atravesó un torrente de ruido y música que llegaba del bar, dejó atrás una ventana en la que dos chicos sentados en una cama jugaban a las cartas junto a una botella de vino español. En el piso de arriba, en alguna parte, sonaba un gramófono, y una figura de mujer tapaba una ventana; luego recorrió el ala silenciosa del edificio y, al doblar la esquina, volvió al punto de partida y, frente al hotel, a la débil luz de la puerta del garaje, vio al conde Borowki.

Algo le hizo detenerse —algo que no parecía lógico— y vigilar a Borowki, que no podía pagar la cuenta, pero tenía un coche con chófer. Borowki le estaba dando al chófer órdenes precisas, y entonces el señor Weicker se dio cuenta de que llevaba una bolsa en el asiento delantero, y dio un paso hacia la luz.

—¿Nos deja usted, conde Borowki?

La voz sobresaltó a Borowki.

—Sólo por esta noche —contestó—. Voy a ver a mi madre.

—Ya.

Borowki lo miró con aire de reproche.

—Mi baúl y mi caja de sombreros están en mi habitación, puede comprobarlo. ¿Acaso cree que me doy a la fuga sin pagar la cuenta?

—Desde luego que no. Espero que tenga un buen viaje y que su madre esté bien.

Pero una vez dentro del hotel, tomó la precaución de enviar a un *valet de chambre* para ver si era verdad que el equipaje seguía en la habitación, e incluso le ordenó que comprobara el peso para evitar sorpresas.

Dio una cabezada. Cuando se despertó, más o menos una hora después, el conserje nocturno le tiraba del brazo y había un fuerte olor a quemado en el vestíbulo. Pasaron unos minutos antes de que entendiera que un ala del hotel estaba en llamas.

Mandó al conserje dar la alarma y bajó corriendo al vestíbulo del bar, y, a través del humo que salía por la puerta, vislumbró la mesa de billar envuelta en llamas, y las llamas que lamían el suelo y crecían en un éxtasis alcohólico cada vez que el calor hacía estallar una botella de las estanterías. Cuando retrocedía a toda prisa tropezó con una fila de *chasseurs* a medio vestir y mozos que desde las profundidades del hotel luchaban contra el fuego con cubos de agua. El conserje gritaba que los bomberos estaban en camino. El señor Weicker puso a dos hombres al teléfono para que despertaran a los huéspedes, y cuando corría para formar una cadena de cubos de agua en el lugar del peligro, se acordó de Fifi.

Estaba ciego de rabia: con crueldad precoz, propia de una piel roja, había cumplido su amenaza. Ah, ya arreglaría este asunto más tarde; aún había leyes. Y, mientras, un estruendo en el exterior anunció que los bomberos habían llegado, y Weicker volvió a recorrer el vestíbulo, lleno ahora de hombres en pijama con maletines en la mano, y mujeres en camisón con joyeros y perritos en los brazos; el número crecía incesantemente y la conversación transformaba su ritmo soñoliento en el zumbido irregular de una reunión a media tarde.

Un *chasseur* llamó al señor Weicker al teléfono, pero el director se lo quitó de encima con impaciencia.

—Es el comisario de policía —insistió el chico—. Dice que tiene que hablar con usted.

Con una exclamación el señor Weicker entró corriendo en su despacho.

—¡Diga!

—Llamo desde comisaría. ¿Hablo con el director?

—Sí, pero tenemos un incendio en el hotel.

—¿Hay entre sus clientes un individuo que dice llamarse conde Borowki?

—¿Cómo? Sí, sí...

—Vamos a llevarlo al hotel para que lo identifique. Lo hemos detenido en la carretera por cierta información que habíamos recibido.

—Pero...

—Hemos detenido con él a una chica. Vamos a llevarlos a los dos al hotel inmediatamente.

—Quería decirle que...

A través del auricular el señor Weicker percibió un brusco *clip* y volvió corriendo al vestíbulo, donde el humo empezaba a disiparse. Las mangueras habían funcionado cinco minutos y el bar era un montón de ruinas mojadas y carbonizadas. El señor Weicker empezó a pasear arriba y abajo, entre los huéspedes, tranquilizándolos; las telefonistas volvieron a llamar a las habitaciones, para advertir a los huéspedes que no habían bajado al vestíbulo que podían volver a la cama; y entonces, mientras le pedían una y otra vez que explicara el suceso, el señor Weicker volvió a acordarse de Fifi, y esta vez, por propia decisión, se dirigió al teléfono.

La voz angustiada de la señora Schwartz respondió: Fifi no estaba. Era lo que quería saber el señor Weicker. Colgó bruscamente. La historia estaba clara, y no se le hubiera podido ocurrir nada más sórdido: un incendio provocado y un intento de fuga con un individuo buscado por la policía. Había llegado la hora de pagar, y no serviría para nada todo el dinero de América. Si la temporada estaba perdida, por lo menos a Fifi se le habían acabado todas las temporadas. Iría a una institución para chicas donde el uniforme reglamentario sería mucho más sencillo que todos los vestidos que se había puesto en su vida.

Mientras el último de los huéspedes entraba en el ascensor, dejando sólo unos pocos curiosos entre los escombros empapados, otra procesión entraba por la puerta principal. Eran un hombre de paisano y una muralla de policías que rodeaba a dos detenidos. El comisario dio una orden y los policías se retiraron.

—Quiero que identifique a estos dos. ¿Ha estado este individuo hospedado aquí bajo el nombre de Borowki?

El señor Weicker lo miró.

—Sí.

—Desde hace un año estaba bajo orden de búsqueda y captura en Italia, Francia y España. ¿Y esta chica?

Estaba medio escondida tras Borowki, con la cabeza baja, y la cara entre sombras. El señor Weicker se inclinó y estiró el cuello con un gesto de impaciencia. A quien tenía delante era a la señorita Howard. Una oleada de horror se apoderó del señor Weicker. Volvió a estirar el cuello como si la intensidad de su asombro pudiera convertir a la señorita Howard en Fifi, como si, mirando a través de ella, pudiera encontrar a Fifi. Pero resultaba difícil, pues Fifi se encontraba muy lejos. Estaba a las puertas del café, ayudando a un tambaleante y poco dispuesto John Schwartz a subir a un taxi.

—Ya te he dicho que no puedes volver al café, mamá dice que tienes que ir al hotel inmediatamente.

#### IV.

El conde Borowki se tomó su encarcelamiento con cierta elegancia, como si, después de vivir tanto tiempo de su ingenio y artimañas, le causara cierto alivio que un organismo ajeno planeara sus días. Pero echaba de menos la falta de contactos con el mundo exterior, y se alegró muchísimo cuando, cuatro días después de su detención, recibió la visita de lady Capps-Karr.

—Después de todo —dijo la dama—, un amigacho es un amigacho y un íntimo es un íntimo, pase lo que pase. Afortunadamente, el cónsul es amigo de mi padre, si no, no me hubieran permitido verte; incluso he intentado pagar una fianza, porque les he dicho que estuviste en Oxford un año y hablas inglés perfectamente, pero estos salvajes no me hacen caso.

—Me temo que sea inútil —dijo el conde Borowki con pesimismo—. Cuando terminen de juzgarme, habré viajado gratis por toda Europa.

—Pero no es lo único indignante —continuó lady Capps-Karr—. Estos idiotas nos han echado a Bopes y a mí del Hotel des Trois Mondes, y las autoridades están intentando obligarnos a dejar la ciudad.

—¿Porqué?

—Quieren echarnos la culpa de ese latazo de incendio.

—¿Fuisteis vosotros?

—Prendimos fuego a una copa de coñac porque queríamos freír patatas en alcohol, y el camarero había ido a acostarse y nos había dejado solos. Pero, por las cosas que dice el muy canalla, se diría que habíamos ido allí con la única intención de quemar a todo el mundo mientras dormía. Es una barbaridad, y Bopes está furioso. Dice que no volverá aquí en su vida. He ido al consulado y están de acuerdo en que todo el asunto es una absoluta vergüenza, y han enviado un telegrama al Ministerio de Asuntos Exteriores.

Borowki se quedó pensativo unos segundos.

—Si volviera a nacer —dijo muy despacio—, creo, sin ningún género de dudas, que elegiría ser inglés.

—¡Yo elegiría ser cualquier cosa menos americana! A propósito, los Taylor ya no van a presentar a la señorita Howard en la Corte por el modo escandaloso con que los periódicos se han ocupado del asunto.

—Lo que no llevo a entender es por qué sospechó Fifi —dijo Borowki.

—Entonces, ¿fue la señorita Schwartz la que dio el soplo a la policía?

—Sí. Yo creía que la había convencido para que se fugara conmigo, y sabía que si no lo hacía me bastaría chasquear los dedos para que la otra chica... Aquella misma tarde Fifi fue a la joyería y descubrió que yo había pagado la pitillera con uno de los billetes de cien dólares que había cogido de la cómoda de su madre. Y fue directamente a la policía.

—¡Sin hablar antes contigo! Después de todo, un amigacho es un amigacho...

—Pero lo que me gustaría saber es qué la hizo sospechar e investigar, qué la volvió contra mí.

Fifi, en aquel mismo momento, sentada en un alto taburete del bar de un hotel de París, bebía limonada a sorbos y respondía aquella misma pregunta a un camarero que demostraba auténtico interés.

—Yo estaba en el vestíbulo mirándome al espejo —decía—, y le oí hablar con la señora inglesa, la que prendió fuego al hotel. Y le oí decir: «Después de todo, mi única pesadilla es que acabe pareciéndose a su madre» —Fifi echaba chispas de indignación—. Usted ha visto a mi madre, ¿no?

—Sí, y es una señora muy guapa.

—Desde aquel momento pensé que había algo raro, y me preguntaba cuánto le habría costado la pitillera. Y fui a enterarme. Y en la joyería me enseñaron el billete con que había pagado.

—¿Y ahora vuelven ustedes a América? —preguntó el camarero.

Fifi acabó de beberse su limonada; la pajita hizo un gorgoteo con el azúcar del fondo.

—Tenemos que volver para testificar en el juicio, y nos quedaremos unos meses más —se levantó—. Adiós, tengo que probarme un vestido.

No la habían atrapado, todavía no. Las Furias se habían apartado un poco y esperaban al fondo del escenario con cierto rechinar de dientes. Tenían tiempo de sobra.

Pero, mientras Fifi atravesaba el vestíbulo contoneándose, con la cara radiante de nuevas esperanzas, y salía a buscar su destino aunque pareciera que iba al *couturier*, la Furia de más edad y mayor experiencia tuvo ciertas dudas de que, después de todo, consiguieran atrapar a Fifi algún día.

## Regreso a Babilonia

Regreso a Babilonia (*Saturday Evening Post*, 21 de febrero de 1931) es uno de los cinco mejores relatos de Fitzgerald. Como sus mejores narraciones, era intensamente personal, pues expresaba sus emociones, sus impresiones sobre el alcoholismo, el derrumbamiento psíquico de su mujer y sus responsabilidades para con su hija. Forma pareja con *Un viaje al extranjero*, otro relato que considera los efectos de la expatriación y del dinero que no se gana, sino que se hereda, sobre el carácter de los norteamericanos.

Aunque Fitzgerald revisó *Regreso a Babilonia* para incluirlo en el libro *Taps at Reveille*, no resolvió algunos desajustes en la cronología y algún detalle sin importancia.

I.

—¿Y dónde está el señor Campbell? —preguntó Charlie.

—Se ha ido a Suiza. El señor Campbell está muy enfermo, señor Wales.

—Lamento saberlo. ¿Y George Hardt? —preguntó Charlie.

—Ha vuelto a América, a trabajar.

—¿Y qué ha sido del Pájaro de las Nieves?

—Estuvo aquí la semana pasada. De todas maneras, su amigo, el señor Schaeffer, está en París.

Dos nombres conocidos entre la larga lista de hacía año y medio. Charlie garabateó una dirección en su agenda y arrancó la página.

—Si ve al señor Schaeffer, déle esto —dijo—. Es la dirección de mi cuñado. Todavía no tengo hotel.

La verdad es que no sentía demasiada decepción por encontrar París tan vacío. Pero el silencio en el bar del Hotel Ritz resultaba extraño, portentoso. Ya no era un bar americano: Charlie lo encontraba demasiado encopetado: ya no se sentía allí como en su casa. El bar había vuelto a ser francés. Había notado el silencio desde el momento en que se apeó del taxi y vio al portero, que a aquellas horas solía estar inmerso en una actividad frenética, charlando con un *chasseur* junto a la puerta de servicio. En el pasillo sólo oyó una voz aburrida en los aseos de señoras, en otro tiempo tan ruidosos. Y cuando entró en el bar, recorrió los siete metros de alfombra verde con los ojos fijos, mirando al frente, según una vieja costumbre; y luego, con el pie firmemente apoyado en la base de la barra del bar, se volvió y examinó la sala, y sólo encontró en un rincón una mirada que abandonó un instante la lectura del periódico. Charlie preguntó por el jefe de camareros, Paul, que en los últimos días en que la Bolsa seguía subiendo iba al trabajo en un automóvil fuera de serie, fabricado por encargo, aunque lo dejaba, con el debido tacto, en una esquina cercana. Pero aquel día Paul estaba en su casa de campo, y fue Alix el que le dio toda la información.

—Bueno, ya está bien —dijo Charlie—, voy a tomarme las cosas con calma.

Alix lo felicitó:

—Hace un par de años iba a toda velocidad.

—Todavía aguanto perfectamente —aseguró Charlie—. Llevo aguantando un año y medio.

—¿Qué le parece la situación en Estados Unidos?

—Llevo meses sin ir a América. Tengo negocios en Praga, donde represento a un par de firmas. Allí no me conocen.

Alix sonrió.

—¿Recuerda la noche de la despedida de soltero de George Hardt? —dijo Charlie—. Por cierto, ¿qué ha sido de Claude Fessenden?

Alix bajó la voz, confidencial:

—Está en París, pero ya no viene por aquí. Paul no se lo permite. Ha acumulado una deuda de treinta mil francos, cargando en su cuenta todas las bebidas y comidas y, casi a diario, también las cenas de más de un año. Y, cuando Paul le pidió por fin que pagara, le dio un cheque sin fondos.

Alix movió la cabeza con aire triste.

—No lo entiendo: era un verdadero dandy. Y ahora está hinchado, abotargado... —dibujó con las manos una gorda manzana.

Charlie observó a un estridente grupo de homosexuales que se sentaban en un rincón.

«Nada les afecta», pensó. «Las acciones suben y bajan, la gente haraganea o trabaja, pero éstos siguen como siempre.»

El bar lo oprimía. Pidió los dados y se jugó con Alix la copa.

—¿Estará mucho tiempo en París, señor Wales?

—He venido a pasar cuatro o cinco días, para ver a mi hija.

—¡Ah! ¿Tiene una hija?

En la calle los anuncios luminosos rojos, azul de gas o verde fantasma fulguraban turbiamente entre la lluvia tranquila. Se acababa la tarde y había un gran movimiento en las calles. Los bistros relucían. En la esquina del Boulevard des Capucines tomó un taxi. La Place de la Concorde apareció ante su vista majestuosamente rosa; cruzaron el lógico Sena, y Charlie sintió la imprevista atmósfera provinciana de la Rive Gauche.

Le pidió al taxista que se dirigiera a la Avenue de L'Opéra, que quedaba fuera de su camino. Pero quería ver cómo la hora azul se extendía sobre la fachada magnífica, e imaginar que las bocinas de los taxis, tocando sin fin los primeros compases de *La plus que lent*, eran las trompetas del Segundo Imperio. Estaban echando las persianas metálicas de la librería Brentano, y ya había gente cenando tras el seto elegante y pequeño-burgués del restaurante Duval. Nunca había comido en París en un restaurante verdaderamente barato: una cena de cinco platos, cuatro francos y medio, vino incluido. Por alguna extraña razón deseó haberlo hecho.

Mientras seguían recorriendo la Rive Gauche, con aquella sensación de provincianismo imprevisto, pensaba: «Para mí esta ciudad está perdida para siempre, y yo mismo la eché a perder. No me daba cuenta, pero los días pasaban sin parar, uno tras otro, y así pasaron dos años, y todo había pasado, hasta yo mismo».

Tenía treinta y cinco años y buen aspecto. Una profunda arruga entre los ojos moderaba la expresividad irlandesa de su cara. Cuando tocó el timbre en casa de su cuñada, en la Rué Palatine, la arruga se hizo más profunda y las cejas se curvaron hacia abajo; tenía un pellizco en el estómago. Tras la criada que abrió la puerta surgió una adorable chiquilla de nueve años que gritó: «¡Papaíto!», y se arrojó, agitándose como un pez, entre sus brazos. Lo obligó a volver la cabeza, cogiéndolo de una oreja, y pegó su mejilla a la suya.

—Mi cielo —dijo Charlie.

—¡Papaíto, papaíto, papaíto, papi!

La niña lo llevó al salón, donde esperaba la familia, un chico y una chica de la edad de su hija, su cuñada y el marido. Saludó a Marion, intentando controlar el tono de la voz para evitar tanto un fingido entusiasmo como una nota de desagrado, pero la respuesta de ella fue más sinceramente tibia, aunque atenuó su expresión de inalterable desconfianza dirigiendo su atención hacia la hija de Charlie. Los dos hombres se dieron la mano amistosamente y Lincoln Peters dejó un momento la mano en el hombro de Charlie.

La habitación era cálida, agradablemente americana. Los tres niños se sentían cómodos, jugando en los pasillos amarillos que llevaban a las otras habitaciones; la alegría de las seis de la tarde se revelaba en el crepitar del fuego y en el trajín típicamente francés de la cocina. Pero Charlie no conseguía serenarse; tenía el corazón en vilo, aunque su hija le transmitía tranquilidad, confianza, cuando de vez en cuando se le acercaba, llevando en brazos la muñeca que él le había traído.

—La verdad es que perfectamente —dijo, respondiendo a una pregunta de Lincoln—. Hay cantidad de negocios que no marchan, pero a nosotros nos va mejor que nunca. En realidad, maravillosamente bien. El mes que viene llegará mi hermana de América para ocuparse de la casa. El año pasado tuve más ingresos que cuando era rico. Ya sabéis, los checos...



Alardeaba con un propósito preciso; pero, un momento después, al adivinar cierta impaciencia en la mirada de Lincoln, cambió <áe tema:

—Tenéis unos niños estupendos, muy bien educados.

—Honoría también es una niña estupenda.

Marion Peters volvió de la cocina. Era una mujer alta, de mirada inquieta, que en otro tiempo había poseído una belleza fresca, americana. Charlie nunca había sido sensible a sus encantos y siempre se sorprendía cuando la gente hablaba de lo guapa que había sido.

Desde el principio los dos habían sentido una mutua e instintiva antipatía.

—¿Cómo has encontrado a Honoría? —preguntó Marion.

—Maravillosa. Me ha dejado asombrado lo que ha crecido en diez meses. Los tres niños tienen muy buen aspecto.

—Hace un año que no llamamos al médico. ¿Cómo te sientes al volver a París?

—Me extraña mucho que haya tan pocos americanos.

—Yo estoy encantada —dijo Marion con vehemencia—. Ahora por lo menos puedes entrar en las tiendas sin que den por sentado que eres millonario. Lo hemos pasado mal, como todo el mundo, pero en conjunto ahora estamos muchísimo mejor.

—Pero, mientras duró, fue estupendo —dijo Charlie—. Éramos una especie de realeza, casi infalible, con una especie de halo mágico. Esta tarde, en el bar —titubeó, al darse cuenta de su error—, no había nadie, nadie conocido.

Marion lo miró fijamente.

—Creía que ya habías tenido bares de sobra.

—Sólo he estado un momento. Sólo tomo una copa por las tardes, y se acabó.

—¿No quieres un cóctel antes de la cena? —preguntó Lincoln.

—Sólo tomo una copa por las tardes, y por hoy ya está bien.

—Espero que te dure —dijo Marion.

La frialdad con que habló demostraba hasta qué punto le desagradaba Charlie, que se limitó a sonreír. Tenía planes más importantes. La extraordinaria agresividad de Marion le daba cierta ventaja, y podía esperar. Quería que fueran ellos los primeros en hablar del asunto que, como sabían perfectamente, lo había llevado a París.

Durante la cena no terminó de decidir si Honoría se parecía más a él o a su madre. Sería una suerte si no se combinaban en ella los rasgos de ambos que los habían llevado al desastre. Se apoderó de Charlie un profundo deseo de protegerla. Creía saber lo que tenía que hacer por ella. Creía en el carácter; quería retroceder una generación entera y volver a confiar en el carácter como un elemento eternamente valioso. Todo lo demás se estropeaba.

Se fue enseguida, después de la cena, pero no para volver a casa. Tenía curiosidad por ver París de noche con ojos más perspicaces y sensatos que los de otro tiempo. Fue al Casino y vio a Josephine Baker y sus arabescos de chocolate.

Una hora después abandonó el espectáculo y fue dando un paseo hacia Montmartre, subiendo por Rué Pigalle, hasta la Place Blanche. Había dejado de llover y alguna gente en traje de noche se apeaba de los taxis ante los cabarés, y había cocones que hacían la calle, solas o en pareja, y muchos negros. Pasó ante una puerta iluminada de la que salía música y se detuvo con una sensación de familiaridad; era el Bricktop, donde se había dejado tantas horas y tanto dinero. Unas puertas más abajo descubrió otro de sus antiguos puntos de encuentro e imprudentemente se asomó al interior. De pronto una orquesta entusiasta empezó a tocar, una pareja de bailarines profesionales se puso en movimiento y un *maitre d'hôtel* se le echó encima, gritando:

—¡Está empezando ahora mismo, señor!

Pero Charlie se apartó inmediatamente.

«Tendría que estar como una cuba», pensó.

El Zelli estaba cerrado; sobre los inhóspitos y siniestros hoteles baratos de los alrededores reinaba la oscuridad; en la Rué Blanche había más luz y un público local y locuaz, francés. La Cueva del Poeta había desaparecido, pero las dos inmensas fauces del Café del Cielo y el Café del Infierno seguían bostezando; incluso devoraron, mientras Charlie miraba, el exiguo contenido de un autobús

de turistas: un alemán, un japonés y una pareja norteamericana que se quedaron mirándolo con ojos de espanto.

Y a esto se limitaba el esfuerzo y el ingenio de Montmartre. Toda la industria del vicio y la disipación había sido reducida a una escala absolutamente infantil, y de repente Charlie entendió el significado de la palabra «disipado»: disiparse en el aire; hacer que algo se convierta en nada. En las primeras horas de la madrugada ir de un lugar a otro supone un enorme esfuerzo, y cada vez se paga más por el privilegio de moverse cada vez con mayor lentitud.

Se acordaba de los billetes de mil francos que había dado a una orquesta para que tocara cierta canción, de los billetes de cien francos arrojados a un portero para que llamara a un taxi.

Pero no había sido a cambio de nada.

Aquellos billetes, incluso las cantidades más disparatadamente despilfarradas, habían sido una ofrenda al destino, para que le concediera el don de no poder recordar las cosas más dignas de ser recordadas, las cosas que ahora recordaría siempre: haber perdido la custodia de su hija; la huida de su mujer, para acabar en una tumba en Vermont.

A la luz que salía de una *brasserie* una mujer le dijo algo. Charlie la invitó a huevos y café, y luego, evitando su mirada amistosa, le dio un billete de veinte francos y cogió un taxi para volver al hotel.

## II.

Se despertó en un día espléndido de otoño: un día de partido de fútbol. El abatimiento del día anterior había desaparecido, y ahora le gustaba la gente de la calle. Al mediodía estaba sentado con Honoria en Le Grand Vatel, el único restaurante que no le recordaba cenas con champán y largos almuerzos que empezaban a las dos y terminaban en crepúsculos nublados y confusos.

—¿No quieres verdura? ¿No deberías comer un poco de verdura?

—Sí, sí.

—Hay *épinards* y *chou-fleur*, zanahorias y haricots.

—Prefiero *chou-fleur*.

—¿No prefieres mezclarla con otra verdura?

—Es que en el almuerzo sólo tomo una verdura.

El camarero fingía sentir una extraordinaria pasión por los niños.

—*Qu'elle est mignonne la petite? Elle parle exactement comme une Française.*

—¿Y de postre? ¿O esperamos?

El camarero desapareció. Honoria miró a su padre con expectación.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Primero iremos a la juguetería de la Rué Saint-Honoré y compraremos lo que quieras. Luego iremos al vodevil, en el Empire.

La niña titubeó.

—Me gustaría ir al vodevil, pero no a la juguetería.

—¿Por qué no?

—Porque ya me has traído esta muñeca —se había llevado la muñeca al restaurante. Y ya tengo muchos juguetes. Y ya no somos ricos, ¿no?

—Nunca hemos sido ricos. Pero hoy puedes comprarte lo que quieras.

—Muy bien —asintió la niña, resignada.

Cuando tenía a su madre y a una niñera francesa, Charlie solía ser más severo; ahora se exigía mucho más a sí mismo, procuraba ser más tolerante; tenía que ser padre y madre a la vez y ser capaz de entender a su hija en todos los aspectos.

—Me gustaría conocerte —dijo con gravedad—. Permítame primero que me presente. Soy Charles J. Wales, de Praga.

—¡Papá! —no podía aguantar la risa.

—¿Y quién es usted, si es tan amable? —continuó, y la niña aceptó su papel inmediatamente:

—Honorina Wales, Rué Palatine, París.

—¿Casada o soltera?

—No, no estoy casada. Soltera.

Charlie señaló la muñeca.

—Pero, madame, tiene usted una hija.

No queriendo desheredar a la pobre muñeca, se la acercó al corazón y buscó una respuesta:

—Estuve casada, pero mi marido ha muerto.

Charlie se apresuró a continuar:

—¿Cómo se llama la niña?

—Simone. Es el nombre de mi mejor amiga del colegio.

—Estoy muy contento de que te vaya tan bien en el colegio.

—Este mes he sido la tercera de la clase —alardeó—. Elsie —era su prima— sólo es la dieciocho y Richard casi es el último de la clase.

—Quieres a Richard y Elsie, ¿verdad?

—Sí. A Richard lo quiero mucho y a Elsie también.

Con cautela y sin darle mucha importancia Charlie preguntó:

—¿Y a quién quieres más, a tía Marion o a tío Lincoln?

—Ah, creo que a tío Lincoln.

Cada vez era más consciente de la presencia de su hija. Al entrar al restaurante los había acompañado un murmullo: «...adorable», y ahora la gente de la mesa de al lado, cada vez que interrumpían sus conversaciones, estaba pendiente de ella, observándola como a un ser que no tuviera más conciencia que una flor.

—¿Por qué no vivo contigo? —preguntó Honorina de repente—. ¿Porque mamá ha muerto?

—Debes quedarte aquí y aprender mejor el francés. A mí me hubiera sido muy difícil cuidarte tan bien como aquí.

—La verdad es que ya no necesito que me cuiden. Hago las cosas sola.

A la salida del restaurante, un hombre y una mujer lo saludaron inesperadamente.

—¡Pero si es el amigo Wales!

—¡Hombre! Lorraine... Dunc...

Eran fantasmas que surgían del pasado: Duncan Schaeffer, Un amigo de la universidad. Lorraine Quarrles, una preciosa, pálida fubia de treinta años; una más de la pandilla que lo había ayudado a convertir los meses en días en los pródigos tiempos de hacía tres años.

—Mi marido no ha podido venir este año —dijo Lorraine, respondiéndole a Charlie—. Somos más pobres que las ratas. Así que me manda doscientos dólares al mes y dice que me las arregle como pueda... ¿Es tu hija?

—¿Por qué no te sientas un rato con nosotros en el restaurante? —preguntó Duncan.

—No puedo.

Se alegraba de tener una excusa. Seguía notando el atractivo apasionado, provocador, de Lorraine, pero ahora Charlie se movía a otro ritmo.

—¿Y si quedamos para cenar? —preguntó Lorraine.

—Tengo una cita. Dadme vuestra dirección y ya os llamaré.

—Charlie, tengo la completa seguridad de que estás sobrio —dijo Lorraine solemnemente—. Estoy segura de que está sobrio, Dunc, te lo digo de verdad. Pellízcalo para ver si está sobrio.

Charlie señaló a Honorina con la cabeza. Lorraine y Dunc se echaron a reír.

—¿Cuál es tu dirección? —preguntó Duncan, escéptico.

Charlie titubeó; no quería decirles el nombre de su hotel.

—Todavía no tengo dirección fija. Ya os llamaré. Vamos al vodevil, al Empire.

—¡Estupendo! Lo mismo que yo pensaba hacer —dijo Lorraine—. Tengo ganas de ver payasos, acróbatas y malabaristas. Es lo que vamos a hacer, Dunc.

—Antes tenemos que hacer un recado —dijo Charlie—. A lo mejor os vemos en el teatro.

—Muy bien. Estás hecho un auténtico esnob... Adiós, guapísima.

—Adiós.

Honoría, muy educada, hizo una reverencia.

Había sido un encuentro desagradable. Charlie les caía simpático porque trabajaba, porque era serio; lo buscaban porque ahora tenía más fuerza que ellos, porque en cierta medida querían alimentarse de su fortaleza.

En el Empire, Honoría se negó orgullosamente a sentarse sobre el abrigo doblado de su padre. Era ya una persona, con su propio código, y a Charlie le obsesionaba cada vez más el deseo de inculcarle algo suyo antes de que su personalidad cristalizara completamente. Pero era imposible intentar conocerla en tan poco tiempo.

En el entreacto se encontraron con Duncan y Lorraine en la sala de espera, donde tocaba una orquesta.

—¿Tomamos una copa?

—Muy bien, pero no en la barra. Busquemos una mesa.

—El padre perfecto.

Mientras oía, un poco distraído, a Lorraine, Charlie observó cómo la mirada de Honoría se apartaba de la mesa, y la siguió pensativamente por el salón, preguntándose qué estaría mirando. Se encontraron sus miradas, y Honoría sonrió.

—Está buena la limonada —dijo.

¿Qué había dicho? ¿Qué se esperaba él? Mientras volvían a casa en un taxi la abrazó, para que su cabeza descansara en su pecho.

—¿Te acuerdas de mamá?

—Algunas veces —contestó vagamente.

—No quiero que la olvides. ¿Tienes alguna foto suya?

—Sí, creo que sí. De todas formas, tía Marion tiene una. ¿Por qué no quieres que la olvide?

—Porque te quería mucho.

—Yo también la quería.

Callaron un momento.

—Papá, quiero vivir contigo —dijo de pronto.

A Charlie le dio un vuelco el corazón; así era como quería que ocurrieran las cosas.

—¿Es que no estás contenta?

—Sí, pero a ti te quiero más que a nadie. Y tú me quieres a mí más que a nadie, ¿verdad?, ahora que mamá ha muerto.

—Claro que sí. Pero no siempre me querrás a mí más que a nadie, cariño. Crecerás y conocerás a alguien de tu edad y te casarás con él y te olvidarás de que alguna vez tuviste un papá.

—Sí, es verdad —asintió, muy tranquila.

Charlie no entró en la casa. Volvería a las nueve, y quería mantenerse despejado para lo que debía decirles.

—Cuando estés ya en casa, asómate a esa ventana.

—Muy bien. Adiós, papá, papaíto.

Esperó a oscuras en la calle hasta que apareció, cálida y luminosa, en la ventana y lanzó a la noche un beso con la punta de los dedos.

### III.

Lo estaban esperando. Marion, sentada junto a la bandeja del café, vestía un elegante y majestuoso traje negro, que casi hacía pensar en el luto. Lincoln no dejaba de pasearse por la habitación con la animación de quien ya lleva un buen rato hablando. Deseaban tanto como Charlie abordar el asunto. Charlie lo sacó a colación casi inmediatamente:

—Me figuro que sabéis por qué he venido a veros, por qué he venido a París.

Marion jugaba con las estrellas negras de su collar, y frunció el ceño.

—Tengo verdaderas ganas de tener una casa —continuó—. Y tengo verdaderas ganas de que Honoria viva conmigo. Aprecio mucho que, por amor a su madre, os hayáis ocupado de Honoria, pero las cosas han cambiado... —titubeó y continuó con mayor decisión—, han cambiado radicalmente en lo que a mí respecta, y quisiera pedirlos que reconsideréis el asunto. Sería una tontería negar que durante tres años he sido un insensato...

Marion lo miraba con una expresión de dureza.

—...pero todo eso se ha acabado. Como os he dicho, hace un año que sólo bebo una copa al día, y esa copa me la tomo deliberadamente, para que la idea del alcohol no cobre en mi imaginación una importancia que no tiene. ¿Me entendéis?

—No —dijo Marion sucintamente.

—Es una especie de artimaña, un truco que me hago a mí mismo, para no olvidar la medida de las cosas.

—Te entiendo —dijo Lincoln—. No quieres que el alcohol sea una obsesión.

—Algo así. A veces se me olvida y no bebo. Pero procuro beber una copa al día. De todas maneras, en mi situación, no puedo permitirme beber. Las firmas a las que represento están más que satisfechas con mi trabajo, y quiero traerme a mi hermana desde Burlington para que se ocupe de la casa, y sobre todas las cosas quiero que Honoria viva conmigo. Sabéis que, incluso cuando su madre y yo no nos llevábamos bien, jamás permitimos que nada de lo que sucedía afectara a Honoria. Sé que me quiere y sé que soy capaz de cuidarla y... Bueno, ya os lo he dicho todo. ¿Qué pensáis?

Sabía que ahora le tocaba recibir los golpes. Podía durar una o dos horas, y sería difícil, pero si modulaba su resentimiento inevitable y lo convertía en la actitud sumisa del pecador arrepentido, podría imponer por fin su punto de vista.

«Domínate», se decía a sí mismo. «No quieres que te perdonen. Quieres a Honoria.»

Lincoln fue el primero en responderle:

—Llevamos hablando de este asunto desde que recibimos tu carta el mes pasado. Estamos muy contentos de que Honoria viva con nosotros. Es una criatura adorable, y nos alegra mucho poder ayudarla, pero, claro está, ya sé que ése no es el problema...

Marion lo interrumpió súbitamente.

—¿Cuánto tiempo aguantarás sin beber, Charlie? —preguntó.

—Espero que siempre.

—¿Y qué crédito se les puede dar a esas palabras?

—Sabéis que nunca había bebido demasiado hasta que dejé los negocios y me vine aquí sin nada que hacer. Luego Helen y yo empezamos a salir con...

—Por favor, no metas a Helen en esto. No soporto que hables de ella así.

Charlie la miró severamente; nunca había estado muy seguro de hasta qué punto se habían apreciado las dos hermanas cuando Helen vivía.

—Me dediqué a beber un año y medio poco más o menos: desde que llegamos hasta que... me derrumbé.

—Mucho es.

—Mucho es —asintió.

—Lo hago sólo por Helen —dijo Marion—. Intento pensar qué le gustaría que hiciera. Te lo digo de verdad, desde la noche en que hiciste aquello tan horrible dejaste de existir para mí. No puedo evitarlo. Era mi hermana.

—Ya lo sé.

—Cuando se estaba muriendo, me pidió que me ocupara de Honoria. Si entonces no hubieras estado internado en un sanatorio, las cosas hubieran sido más fáciles.

Charlie no respondió.

—Jamás podré olvidar la mañana en que Helen llamó a mi puerta, empapada hasta los huesos y tiritando, y me dijo que habías echado la llave y no la habías dejado entrar.

Charlie apretaba con fuerza los brazos del sillón. Estaba siendo más difícil de lo que se había esperado. Hubiera querido protestar, demorarse en largas explicaciones, pero sólo dijo:

—La noche en que le cerré la puerta...

Y Marion lo interrumpió:

—No pienso volver a hablar de eso.

Tras un momento de silencio Lincoln dijo:

—Nos estamos saliendo del tema. Quieres que Marion renuncie a su derecho a la custodia y te entregue a Honoria. Yo creo que lo importante es si puede confiar en ti o no.

—Comprendo a Marion —dijo Charlie despacio—, pero creo que puede tener absoluta confianza en mí. Mi reputación era intachable hasta hace tres años. Claro está que puedo fallar en cualquier momento, es humano. Pero si esperamos más tiempo perdería la niñez de Honoria y la oportunidad de tener un hogar —negó con la cabeza—. Perdería a Honoria, ni más ni menos, ¿no os dais cuenta?

—Sí, te entiendo —dijo Lincoln.

—¿Y por qué no pensaste antes en estas cosas? —preguntó Marion.

—Me figuro que alguna vez pensaría en estas cosas, de cuando en cuando, pero Helen y yo nos llevábamos fatal. Cuando acepté concederle la custodia de la niña, yo no me podía mover del sanatorio, estaba hundido, y la Bolsa me había dejado en la ruina. Sabía que me había portado mal y hubiera aceptado cualquier cosa con tal de devolverle la paz a Helen. Pero ahora es distinto. Estoy trabajando, estoy de puta madre, así que...

—Te agradecería que no utilizaras ese lenguaje en mi presencia.

La miró, estupefacto. Cada vez que Marion hablaba, la fuerza de su antipatía hacia él era más evidente. Con su miedo a la vida había construido un muro que ahora levantaba frente a Charlie. Aquel reproche insignificante quizá fuera consecuencia de algún problema que hubiera tenido con la cocinera aquella tarde. La posibilidad de dejar a Honoria en aquella atmósfera de hostilidad hacia él le resultaba cada vez más preocupante. Antes o después saldría a relucir, en alguna frase, en un gesto con la cabeza, y algo de aquella desconfianza arraigaría irrevocablemente en Honoria. Pero procuró que su cara no revelase sus emociones, guardárselas; había obtenido cierta ventaja, porque Lincoln se dio cuenta de lo absurdo de la observación de Marion y le preguntó despreocupadamente desde cuándo la molestaban expresiones como «de puta madre».

—Otra cosa —dijo Charlie—: estoy en condiciones de asegurarle ciertas ventajas. Contrataré para la casa de Praga a una institutriz francesa. He alquilado un apartamento nuevo.

Dejó de hablar: se daba cuenta de que había metido la pata. Era imposible que aceptaran con ecuanimidad el hecho de que él ganara de nuevo más del doble que ellos.

—Supongo que puedes ofrecerle más lujos que nosotros —dijo Marion—. Cuando te dedicabas a tirar el dinero, nosotros vivíamos mirando por cada moneda de diez francos... Y supongo que volverás a hacer lo mismo.

—No, no. He aprendido. Tú sabes que trabajé con todas mis fuerzas diez años, hasta que tuve suerte en la Bolsa, como tantos. Una suerte inmensa. No parecía que tuviera mucho sentido seguir trabajando, así que lo dejé. No se repetirá.

Hubo un largo silencio. Todos tenían los nervios en tensión, y por primera vez desde hacía un año Charlie sintió ganas de beber. Ahora estaba seguro de que Lincoln Peters quería que él tuviera a su hija.

De repente Marion se estremeció; una parte de ella se daba cuenta de que ahora Charlie tenía los pies en la tierra, y su instinto de madre reconocía que su deseo era natural; pero había vivido mucho tiempo con un prejuicio: un prejuicio basado en una extraña desconfianza en la posibilidad de que su hermana fuera feliz, y que, después de una noche terrible, se había transformado en odio contra Charlie. Todo había sucedido en un periodo de su vida en el que, entre el desánimo de la falta de salud y las circunstancias adversas, necesitaba creer en una maldad y un malvado tangibles.

—Me es imposible pensar de otra manera —gritó de repente—. No sé hasta qué punto eres responsable de la muerte de Helen. Es algo que tendrás que arreglar con tu propia conciencia.

Charlie sintió una punzada de dolor, como una corriente eléctrica; estuvo a punto de levantarse, y una palabra impronunciable resonó en su garganta. Se dominó un instante, un instante más.

—Ya está bien —dijo Lincoln, incómodo—. Yo nunca he pensado que tú fueras responsable.

—Helen murió de una enfermedad cardíaca —dijo Charlie, sin fuerzas.

—Sí, una enfermedad cardíaca —dijo Marion, como si aquella frase tuviera para ella otro significado.

Entonces, en el instante vacío, insípido, que siguió a su arrebatado, Marion vio con claridad que Charlie había conseguido dominar la situación. Miró a su marido y comprendió que no podía esperar su ayuda, y, de pronto, como si el asunto no tuviera ninguna importancia, tiró la toalla.

—Haz lo que te parezca —exclamó levantándose de pronto—. Es tu hija. No soy nadie para interponerme en tu camino. Creo que si fuera mi hija preferiría verla... —consiguió frenarse—. Decídselo vosotros. No aguanto más. Me siento mal. Me voy a la cama.

Salió casi corriendo de la habitación, y un momento después Lincoln dijo:

—Ha sido un día muy difícil para ella. Ya sabes lo testaruda que es... —parecía pedir excusas— : cuando a una mujer se le mete una idea en la cabeza...

—Claro.

—Todo irá bien. Creo que sabe que ahora tú puedes mantener a la niña, así que no tenemos derecho a interponernos en tu camino ni en el de Honoria.

—Gracias, Lincoln.

—Será mejor que vaya a ver cómo está Marion.

—Me voy ya.

Todavía temblaba cuando llegó a la calle, pero el paseo por la Rué Bonaparte hasta el Sena lo tranquilizó, y, al cruzar el río, siempre nuevo a la luz de las farolas de los muelles, se sintió lleno de júbilo. Pero, ya en su habitación, no podía dormirse. La imagen de Helen lo obsesionaba. Helen, a la que tanto había querido, hasta que los dos habían empezado a abusar de su amor insensatamente, a hacerlo trizas. En aquella terrible noche de febrero que Marion recordaba tan vivamente, una lenta pelea se había demorado durante horas. Recordaba la escena en el Florida, y que, cuando intentó llevarla a casa, Helen había besado al joven Webb, que estaba en otra mesa; y recordaba lo que Helen le había dicho, histérica. Cuando volvió a casa solo, desquiciado, furioso, cerró la puerta con llave. ¿Cómo hubiera podido imaginar que ella llegaría una hora más tarde, sola, y que caería una nevada, y que Helen vagabundearía por ahí en zapatos de baile, demasiado confundida para encontrar un taxi? Y recordaba las consecuencias: que Helen se recuperara milagrosamente de una neumonía, y todo el horror que aquello trajo consigo. Se reconciliaron, pero aquello fue el principio del fin, y Marion, que lo había visto todo con sus propios ojos e imaginaba que aquella sólo había sido una de las muchas escenas del martirio de su hermana, nunca lo olvidó.

Los recuerdos le devolvieron a Helen, y, en la luz blanca y suave que cuando empieza a amanecer rodea poco a poco a quien está medio dormido, se dio cuenta de que volvía a hablar con ella. Helen le decía que tenía razón en el problema de Honoria y que quería que Honoria viviera con él. Dijo que se alegraba de que estuviera bien, de que le fuera bien. Le dijo muchas cosas más, amistosas, pero estaba sentada en un columpio, vestida de blanco, y cada vez se balanceaba más, cada vez más deprisa, así que al final no pudo oír con claridad lo que Helen decía.

#### IV.

Se despertó sintiéndose feliz. El mundo volvía a abrirle las puertas. Hizo planes, imaginó un futuro para Honoria y para él, y de repente se sintió triste, al recordar los planes que había hecho con Helen. Helen no había planeado morir. Lo importante era el presente: el trabajo, alguien a quien querer. Pero no querer demasiado, pues conocía el daño que un padre puede hacerle a una hija, o una madre a un hijo, si los quiere demasiado: más tarde, ya en el mundo, el hijo buscaría en su pareja la misma ternura ciega y, al no poder encontrarla, se rebelaría contra el amor y la vida.

Volvía a hacer un día espléndido, vivificador. Llamó a Lincoln Peters al banco donde trabajaba y le preguntó si Honoria podría acompañarlo cuando regresara a Praga. Lincoln estuvo de acuerdo en que no había ninguna razón para aplazar las cosas. Quedaba una cuestión: el derecho a la custodia. Marion quería conservarlo durante algún tiempo. Estaba muy preocupada con aquel asunto, y se sentiría más tranquila si supiera que la situación seguía bajo su control un año más. Charlie aceptó: lo único que quería era a la niña, tangible y visible.

También estaba la cuestión de la institutriz. Charlie pasó un buen rato en una agencia sombría hablando con una bearnesa malhumorada y con una tetuda campesina bretona, a ninguna de las cuales hubiera podido soportar. Había otras candidatas a quienes vería al día siguiente.

Comió con Lincoln Peters en el Griffon, intentando dominar su alegría.

—No hay nada comparable a un hijo —dijo Lincoln—. Pero tú comprendes cómo se siente Marion.

—Ya no se acuerda de todo lo que trabajé durante siete años en América —dijo Charlie—. Sólo recuerda una noche.

—Eso es distinto —titubeó Lincoln—. Mientras tú y Helen derrochabais dinero por toda Europa, nosotros luchábamos por salir adelante. No he sido ni remotamente rico, nunca he ganado lo suficiente para permitirme algo más que un seguro de vida. Yo creo que Marion pensaba que aquello era una especie de injusticia... Tú ni siquiera trabajabas entonces y cada vez eras más rico.

—El dinero se fue tan rápido como vino —dijo Charlie.

—Sí, y mucho fue a parar a manos de los *chasseurs* y los saxofonistas y los *maitres d'hôtel*... Bueno, se acabó la gran fiesta. Te he dicho esto para explicarte cómo se siente Marion después de estos años de locura. Si pasas un momento por casa a eso de las seis, antes de que Marion esté demasiado cansada, acordaremos los últimos detalles sin ningún problema.

De vuelta al hotel, Charlie encontró un pneumatico que le habían enviado desde el bar del Ritz, donde Charlie había dejado su dirección para un antiguo amigo.

«Querido Charlie:

«Estabas tan raro cuando nos vimos el otro día, que me pregunté si había hecho algo que pudiera molestarte. Si es así, no me he dado cuenta. La verdad es que me he acordado mucho de ti durante el año pasado, y siempre he abrigado la esperanza de que nos viéramos de nuevo cuando yo volviera a París. Lo pasamos muy bien en aquella primavera disparatada, como aquella noche en que tú y yo robamos la bicicleta de reparto del carnicero, y aquella vez que intentamos hablar por teléfono con el presidente, cuando usabas bombín y bastón. Todos parecen haber envejecido últimamente, pero yo no me siento ni un día más vieja. ¿No podríamos vernos hoy, aunque sólo sea un rato, en honor de aquellos viejos tiempos? Ahora tengo una resaca miserable. Pero me sentiré mucho mejor esta tarde, y te esperaré a eso de las cinco en el Ritz, antro de explotación. «Siempre tuya,

»Lorraine»

La primera sensación de Charlie fue de espanto: espanto de haber robado, ya en edad madura, una bicicleta de reparto para pedalear, con Lorraine a bordo, por la plaza de L'Étoile, de madrugada. Al recordarlo, parecía una pesadilla. Haberle cerrado la puerta a Helen no armonizaba con ningún otro episodio de su vida, pero el incidente de la bicicleta, sí: sólo era uno entre muchos. ¿Cuántas semanas o meses de disipación habían sido necesarios para llegar a ese punto de absoluta irresponsabilidad?

Intentó recordar qué le había parecido Lorraine entonces: muy atractiva; a Helen le molestaba, aunque no dijera nada. Hacía veinticuatro horas, en el restaurante, Lorraine le había parecido vulgar, ajada, estropeada. No tenía ninguna, ninguna gana de verla, y se alegraba de que Alix no le hubiera dado la dirección de su hotel. Y era un consuelo pensar en Honoria, imaginar domingos dedicados a ella, y darle los buenos días y saber que pasaba la noche en casa y respiraba en la oscuridad.

A las cinco tomó un taxi y compró regalos para la familia Peters: una graciosa muñeca de trapo, una caja de soldados romanos, flores para Marion, pañuelos de hilo para Lincoln.

Cuando llegó al apartamento, comprendió que Marion había aceptado lo inevitable. Lo recibió como si fuera un pariente díscolo, más que una amenaza ajena a la familia. Honoria sabía ya que se iba con su padre, y Charlie disfrutó al ver cómo, con tacto, la niña procuraba disimular su alegría excesiva. Sólo sentada en sus rodillas le dijo en voz baja lo contenta que estaba y le preguntó, antes de volver con los otros niños, cuándo se irían.

Marion y Charlie se quedaron solos un instante y, dejándose llevar por un impulso, él se atrevió a decirle:



—Las peleas de familia son muy desagradables. No respetan ninguna regla. No son como el dolor ni las heridas: son más bien como llagas que no se curan porque les falta tejido para hacerlo. Me gustaría que tú y yo nos lleváramos mejor.

—Es difícil olvidar ciertas cosas —contestó Marion—. Es cuestión de confianza —Charlie no contestó y Marion preguntó entonces—: ¿Cuándo piensas llevártela?

—Tan pronto como encuentre una institutriz. Pasado mañana, espero.

—No, es imposible. Tengo que prepararle sus cosas. Antes del sábado es imposible.

Charlie cedió. Lincoln, que acababa de volver a la habitación, le ofreció una copa.

—Bueno, me tomaré mi whisky diario.

Se notaba el calor, era un hogar, gente reunida junto al fuego. Los niños se sentían seguros e importantes; la madre y el padre eran serios, vigilaban. Tenían cosas importantes que hacer por sus hijos, mucho más importantes que su visita. Una cucharada de medicina era, después de todo, más importante que sus tensas relaciones con Marion. Ni Marion ni Lincoln eran estúpidos, pero estaban demasiado condicionados por la vida y las circunstancias. Charlie se preguntó si no podría hacer algo para librar a Lincoln de la rutina del banco.

Sonó un largo timbrado: llamaban a la puerta. La *bonne à tout faire* atravesó la habitación y desapareció en el pasillo. Abrió la puerta después de que volviera a sonar el timbre, y luego se oyeron voces, y los tres miraron hacia la puerta del salón con curiosidad. Lincoln se asomó al pasillo y Marion se levantó. Entonces volvió la criada, seguida de cerca por voces que resultaron pertenecer a Duncan Shaeffer y Lorraine Quarrles.

Estaban contentos, alegres, muertos de risa. Por un instante Charlie se quedó estupefacto: no podía entender cómo habían podido conseguir la dirección de los Peters.

—Eeehhh —Duncan agitaba el dedo picaramente en dirección a Charlie.

Dunc y Lorraine soltaron un nuevo aluvión de carcajadas. Nervioso, sin saber qué hacer, Charlie les estrechó la mano rápidamente y se los presentó a Lincoln y Marion. Marion los saludó con un gesto de la cabeza y apenas abrió la boca. Retrocedió hacia la chimenea; su hijita estaba cerca y Marion le echó el brazo por el hombro.

Cada vez más disgustado por la intromisión, Charlie esperaba que le dieran una explicación. Y, después de pensar las palabras un momento, Duncan dijo:

—Hemos venido a invitarte a cenar. Lorraine y yo insistimos en que ya está bien de rodeos y secretitos sobre dónde te alojas.

Charlie se les acercó más, como si así quisiera empujarlos hacia el pasillo.

—Lo siento, pero no puedo. Decidme dónde vais a estar y os llamaré por teléfono dentro de media hora.

No se inmutaron. Lorraine se sentó de pronto en el brazo de un sillón y, concentrando toda su atención en Richard, exclamó:

—¡Qué niño tan precioso! ¡Ven aquí, cielo!

Richard miró a su madre y no se movió. Lorraine se encogió de hombros ostensiblemente, y volvió a dirigirse a Charlie:

—Ven a cenar. Estoy segura de que tus parientes no se molestarán. O te veo poco o te veo apocado.

—No puedo —respondió Charlie, cortante—. Cenad vosotros, ya os llamaré por teléfono.

La voz de Lorraine se volvió desagradable:

—Vale, vale, nos vamos. Pero acuérdate de cuando aporreaste mi puerta a las cuatro de la mañana y yo tuve el suficiente sentido del humor para darte una copa. Vamonos, Dunc.

Con movimientos pesados, con las caras descompuestas, irritados, con pasos titubeantes, se adentraron en el pasillo.

—Buenas noches —dijo Charlie.

—¡Buenas noches! —respondió Lorraine con retintín.

Cuando Charlie volvió al salón, Marion no se había movido, pero ahora echaba el otro brazo por el hombro de su hijo. Lincoln seguía meciendo a Honoria de acá para allá, como un péndulo.

—¡Qué poca vergüenza! —estalló Charlie—. ¡No hay derecho.

Ni Marion ni Lincoln le respondieron. Charlie se dejó caer en el sillón, cogió el vaso, volvió a dejarlo y dijo:

—Gente a la que no veo desde hace dos años y tiene la increíble desfachatez de...

Se interrumpió. Marion había dejado escapar un «Ya», una especie de suspiro sofocado, rabioso; le había dado de repente la espalda y había salido del salón.

Lincoln dejó a Honoria en el suelo con cuidado.

—Niños, id a comer. Empezad a tomaros la sopa —dijo, y, cuando los niños obedecieron, se dirigió a Charlie—: Marion no está bien y no soporta los sobresaltos. Esa clase de gente la hace sentirse físicamente mal.

—Yo no les he dicho que vinieran. Alguien les habrá dado vuestro nombre y dirección. Deliberadamente han...

—Bueno, es una pena. Esto no facilita las cosas. Perdóname un momento.

Solo, Charlie permaneció en su sillón, tenso. Oía comer a los niños en el cuarto de al lado: hablaban con monosílabos y ya habrían olvidado la escena de los mayores. Oyó el murmullo de una conversación en otro cuarto, más lejos, y el ruido de un teléfono al ser descolgado, y, aterrizado, se cambió a otra silla para no oír nada más.

Lincoln volvió casi inmediatamente.

—Charlie, creo que dejaremos la cena para otra noche. Marion no se encuentra bien.

—¿Se ha disgustado conmigo?

—Más o menos —dijo Lincoln, casi con malos modos—. No es fuerte y...

—¿Quieres decir que ha cambiado de opinión sobre Honoria?

—Ahora está muy afectada. No sé. Llámame al banco mañana.

—Me gustaría que le explicaras que en ningún momento se me ha pasado por la cabeza traer aquí a esa gente. Estoy tan ofendido como tú.

—Ahora no le puedo explicar nada.

Charlie dejó la silla. Cogió su abrigo y su sombrero y atravesó el pasillo. Abrió la puerta del comedor y dijo con una voz rara:

—Buenas noches, niños.

Honoria se levantó y corrió a abrazarlo.

—Buenas noches, corazón —dijo, ensimismado, y luego, intentando poner más ternura en la voz, intentando arreglar algo, añadió—: Buenas noches, queridos niños.

V.

Charlie se dirigió directamente al bar del Ritz con la idea furibunda de encontrarse con Lorraine y Duncan, pero no estaban allí, y cayó en la cuenta de que, en cualquier caso, nada podía hacer. No había tocado el vaso de whisky en casa de los Peters, y ahora pidió un whisky con soda. Paul se acercó para saludarlo.

—Todo ha cambiado mucho —dijo con tristeza—. Ahora el negocio no es ni la mitad de lo que era. Me han dicho que muchos de los que volvieron a América lo perdieron todo, si no en el primer hundimiento de la Bolsa, en el segundo. He oído que su amigo George Hardt perdió hasta el último céntimo. ¿Usted ha vuelto a América?

—No, trabajo en Praga.

—Me han dicho que perdió una fortuna cuando se hundió la Bolsa.

—Sí —asintió con amargura—, pero también perdí todo lo que quise cuando subió.

—¿Vendiendo a la baja?

—Más o menos.

El recuerdo de aquellos días volvía a apoderarse de Charlie como una pesadilla: la gente que había conocido en sus viajes, y la gente que era incapaz de hacer una suma o de pronunciar una frase coherente. El hombrecillo con quien Helen había aceptado bailar en la fiesta del barco, y que

luego la insultó a tres metros de su mesa; las mujeres y las chicas que habían sido sacadas a rastras de los establecimientos públicos, gritando, borrachas o drogadas...

Hombres que dejaban a sus mujeres en la calle, cerrándoles la puerta, en la nieve, porque la nieve de 1929 no era real. Si no querías que fuera nieve, bastaba con pagar lo necesario.

Fue al teléfono y llamó al apartamento de los Peters; Lincoln descolgó.

—Te llamo porque no me puedo quitar el asunto de la cabeza. ¿Ha dicho Marion algo?

—Marion está enferma —respondió Lincoln, cortante—. Ya sé que tú no tienes toda la culpa, pero no puedo permitir que esto la destroce. Me temo que tendremos que aplazarlo seis meses; no puedo arriesgarme a que pase otro mal rato como el de hoy.

—Ya.

—Lo siento, Charlie.

Volvió a su mesa. El vaso de whisky estaba vacío, pero negó con la cabeza cuando Alix lo miró, interrogante. Ya no le quedaba mucho por hacer, salvo mandar a Honoria algunos regalos; al día siguiente se los mandaría. Más bien irritado, pensó que sólo era dinero: le había dado dinero a tanta gente...

—No, se acabó —dijo a otro camarero—. ¿Cuánto es?

Algún día volvería; no podían condenarlo a estar pagando sus deudas eternamente. Pero quería a su hija, y al margen de eso ninguna otra cosa le importaba. No volvería a ser joven, lleno de las mejores ideas y los mejores sueños, sólo suyos. Estaba absolutamente seguro de que Helen no hubiera querido que estuviese tan solo.

## Vida nueva

Vida nueva (*Saturday Evening Post*, 4 de julio de 1931) quizá sea el mejor relato de Fitzgerald sobre los efectos del alcoholismo en el carácter. Sin embargo, Harold Ober le achacó —y probablemente repetía lo que le habían dicho en el *Post*— que, como en otros dos cuentos recientes, Fitzgerald «no había conseguido que el lector se interesara por ninguno de los personajes». Esta observación puede ser puesta en duda, particularmente en el caso de *Julia*. Parece que a Ober le preocupaba que el suicidio resultara un tema demasiado desagradable para el *Post*, cuyos responsables consideraban que los lectores de la Depresión querían evadirse de la dura realidad.

I.

Fue el primer día en que hizo el calor necesario para comer al aire libre en el Bois de Boulogne, mientras las flores de los castaños llovían oblicuamente sobre las mesas y caían con insolencia en la mantequilla y el vino. Julia Ross se comió algunas con el pan mientras oía cómo los peces se movían en el estanque y los gorriones aleteaban alrededor de una mesa que acababa de quedar vacía.. Volvías a ver a la gente: camareros con cara de camareros; mujeres francesas y perspicaces, sólo tacones y ojos; Phil Hoffman sentado en la silla de enfrente, con el corazón haciendo malabarismos sobre el tenedor, y el hombre extraordinariamente guapo que acababa de salir a la terraza.

*... la fuerza transparente del mediodía púrpura.  
No pesa el soplo de la brisa húmeda  
en los capullos sin abrir...*

Julia se estremeció con discreción; pudo controlarse. No saltó de alegría ni se puso a gritar: «¡Bien! ¿No es magnífico?», ni lanzó al *maitre d'hôtel* entre los lirios del estanque. Siguió sentada, una mujer muy formal, de veintiún años, y con discreción se estremeció.

Phil se levantaba en aquel momento con la servilleta en la mano.

—¡Eh, Dick!

—¡Phil!

Era el hombre guapo; Phil se le acercó y, lejos de la mesa, se pusieron a charlar.

—...visto a Cáster y Kitty en España...

—...abarrotado el Bremen...

—...así que iba a...

Luego el hombre siguió al jefe de camareros y Phil volvió a sentarse.

—¿Quién es? —preguntó Julia.

—Un amigo, Dick Ragland.

—Es, sin duda alguna, el hombre más guapo que he visto en mi vida.

—Sí, es guapo —asintió Phil con poco entusiasmo.

—¡Guapo! Es un arcángel, un puma. Está para comérselo. ¿Por qué no me lo has presentado?

—Porque es el americano con peor reputación de todo París.

—Tonterías. Deben de ser calumnias, una conjura infame:

una multitud de maridos celosos porque sus mujeres le han echado el ojo. Pero si ese hombre no ha hecho otra cosa en su vida que mandar cargas de caballería y salvar niños a punto de ahogarse.

—El caso es que no lo invitan a ninguna parte, y no por una, sino por mil razones.

—¿Qué razones?

—Todas. Alcohol, mujeres, cárceles, escándalos... Mató a uno con el coche. No da golpe, es una persona despreciable y...

—No me creo una palabra —dijo Julia con firmeza—. Apuesto a que es una persona tremendamente interesante. Y, cuando has hablado con él, parecías pensar lo mismo.

—Sí —dijo Phil de mala gana—, como muchos alcohólicos, tiene cierto encanto. Si por lo menos no hubiera complicado a nadie en sus líos... Y, precisamente cuando alguien lo ayuda y se toma por él las mayores molestias, entonces derrama la sopa en la espalda de su anfitriona, besa a la criada y pierde el conocimiento en la perrera. Y lo hace con frecuencia. Ha abusado de mucha gente y ya no le queda nadie. —Yo —dijo Julia.

Quedaba Julia, que era casi excesivamente buena y a veces se quejaba de ser demasiado perfecta. Hay que pagar todo lo que se añade a la belleza: es decir, las cualidades que funcionan como sustitutos pueden convertirse en un lastre cuando se añaden a la belleza. La mirada de Julia, luminosa, color avellana, era suficiente: no necesitaba el inquietante brillo de la inteligencia que la iluminaba; su irrefrenable sentido del ridículo le afeaba la suave línea de los labios, y su figura espléndida hubiera sido más evidente si se hubiera movido con un poco más de despreocupación y coquetería en vez de mantenerse, sentada y de pie, muy derecha, de acuerdo con la disciplina que le había inculcado un padre severo.

Jóvenes tan perfectos como Julia se habían presentado alguna vez cargados de regalos, pero, por lo general, con aire de saberlo ya todo, de no tener posibilidades de seguir evolucionando. Y además había descubierto que los hombres de más valía eran demasiado íntegros y cortantes en su juventud, y ella era demasiado joven para que le gustara aquello. Ahí tenía enfrente, por ejemplo, a aquel joven egocéntrico y desdeñoso, Phil Hoffman, que evidentemente llegaría a ser un brillante abogado y que prácticamente la había seguido hasta París. Le gustaba tanto como cualquier otro conocido, pero en aquel momento lucía toda la altivez propia del hijo de un jefe de policía.

—Esta noche me voy a Londres y el miércoles zarpo —dijo Phil—. Y tú pasarás en Europa todo el verano, con alguien nuevo cada dos o tres semanas que te rumie al oído.

—Tú sigue haciendo comentarios tan inteligentes como ése y llegarás lejos —dijo Julia—. Anda, aunque sea para quedar bien, preséntame a ese tal Ragland.

—¡Sólo me quedan unas horas!

—Pero durante tres días enteros te he concedido la oportunidad de que llegáramos a entendernos. Sé un poco civilizado e invítalo a tomar café.

Cuando el señor Dick Ragland se reunió con ellos, Julia dejó escapar un suspiro de placer. Era un hombre imponente, rubio y bronceado, con una luminosidad especial en la cara. Su voz transmitía fuerza y serenidad, y parecía temblarle un poco con una especie de alegre desesperación; su manera de mirar a Julia la hizo sentirse atractiva, interesante. Durante media hora, mientras sus palabras flotaban agradablemente entre el aroma de las violetas y las campánulas, los pensamientos y los nomeolvides, el interés de Julia fue en aumento. Incluso se alegró cuando Phil dijo:

—Me acabo de acordar de mi visado para Inglaterra. En contra de lo que me dicta la razón, tengo que dejaros solos como dos tortolitos a punto de enamorarse. ¿Os importaría ir a despedirme a la Gare Saint Lazare, a las cinco?

Miró a Julia con la esperanza de que dijera: «Te acompaño ahora». Julia sabía que no le convenía quedarse a solas con aquel hombre, pero la hacía reír, y últimamente no se había reído mucho, así que dijo:

—Me quedaré un rato; hace un día muy agradable. Cuando Phil se hubo ido, Dick Raglán sugirió tomar un buen champán.

—Me han dicho que tiene usted una terrible reputación —dijo Julia impulsivamente.

—Horrorosa. Ya nadie me invita. ¿Quiere que me ponga el bigote falso?

—Qué raro —continuó Julia—. ¿Es verdad que se ha cerrado usted todas las puertas? ¿Sabe que Phil se ha sentido en la obligación de prevenirme contra usted antes de presentarnos? Y yo podría haberle dicho perfectamente que no nos presentara. —¿Y por qué no se lo dijo?

—Pensé que sería una lastima porque parecía usted muy interesante.

La expresión de Dick se suavizó, pero Julia advirtió que había oído tantas veces aquella frase que lo dejaba indiferente.

—Me da igual lo que cuenten de usted —se apresuró a decir Julia.

No se daba cuenta de que el hecho de que fuera una especie de proscrito aumentaba la atracción que ejercía sobre ella: no por la disipación, que para ella, que no la conocía, sólo era una abstracción, sino por las consecuencias de la disipación, aquella soledad profunda. Algo atávico la empujaba hacia el extraño a la tribu, un ser de un mundo con costumbres diferentes a las suyas, que prometía lo inesperado, que prometía aventuras.

—Voy a decirle algo —dijo Dick de pronto—. El cinco de junio, día de mi veintiocho cumpleaños, dejaré de beber para siempre. Ya no me gusta beber. Evidentemente, no soy uno de los pocos que saben beber.

—¿Está seguro de que podrá dejar de beber?

—Lo que digo lo cumplo. Y voy a volver a Nueva York, a trabajar.

—Yo misma me sorprendo de la alegría que me está usted dando —fue una imprudencia, pero lo dijo.

—¿Quiere otro champán? —sugirió Dick—. Así se sentirá aún más alegre.

—¿Piensa seguir así hasta su cumpleaños? —Probablemente. El día de mi cumpleaños estaré en mitad del océano, en el *Olympic*.

—¡Yo también vuelvo en ese barco! —exclamó Julia. —Pues ya comprobará el cambio: dejaré de beber para el concierto del barco.

Estaban limpiando las mesas. Julia se dio cuenta de que había llegado el momento de despedirse, pero era incapaz de dejarlo allí sentado, con aquella expresión de infelicidad oculta bajo la sonrisa. Se sintió maternalmente obligada a decirle algo que lo ayudara a mantener su resolución.

—Dígame por qué bebe tanto. Probablemente, habrá algún motivo que ni siquiera usted conoce.

—Sé perfectamente por qué empecé a beber. Se les fue otra hora mientras se lo contaba. Se había ido a la guerra a los diecisiete años y, cuando volvió, la vida en Princeton, con la gorra negra de los estudiantes de primer curso, le resultó un poco aburrida. Así que se fue a la Escuela Técnica de Boston y luego al extranjero, a estudiar Bellas Artes. Y allí le pasó algo.

—Heredé algún dinero y descubrí que con unas copas me volvía expansivo, me convertía en alguien que tenía la habilidad de gustarle a la gente, y la idea me trastornó. Entonces empecé a beber mucho para animarme y que todo el mundo pensara que yo era maravilloso. Me emborrachaba continuamente y me peleé con casi todos mis amigos, pero entonces conocí a una pandilla absolutamente disparatada y durante cierto tiempo les caí simpaticísimo. Pero me sentía superior a ellos y un día pensé: «¿Qué hago yo con esta gente?». Y, claro, no les hizo mucha gracia. Y, cuando un taxi en el que yo iba mató a un hombre, acabé en los tribunales. Fue un chanchullo, pero salí en los periódicos y, cuando me soltaron, quedó la impresión de que al hombre lo había matado yo. Así que de lo único que he podido presumir durante los últimos cinco años es de una reputación que hace que las madres se lleven corriendo a sus hijas si yo estoy en el mismo hotel.

Un camarero impaciente daba vueltas cerca de la mesa y Julia miró el reloj.

—Vaya, habíamos quedado con Phil a las cinco. Hemos pasado aquí toda la tarde.

Mientras corrían hacia la Gare Saint Lazare, Dick preguntó:

—¿Nos veremos otro día o cree que es mejor que no nos veamos?

Julia le devolvió la mirada interminable. No había señales de disipación en la cara de Dick Ragland, en sus mejillas saludables, en su andar erguido.

—A la hora de comer me encuentro bien siempre —añadió, como un inválido.

—Estoy segura —Julia se echó a reír—. Invíteme a comer pasado mañana.

Subieron corriendo las escaleras de la Gare Saint Lazare, sólo para ver cómo el último vagón del *Flecha de Oro* desaparecía camino del Canal. A Julia le remordía la conciencia, porque Phil había venido a verla desde muy lejos.

Como si quisiera expiar su culpa, fue al apartamento donde vivía con su tía y escribió a Phil una carta, pero no podía dejar de pensar en Dick Ragland. A la mañana siguiente, los efectos de su atractivo físico habían disminuido, y Julia tuvo la tentación de escribirle una nota diciéndole que no podía verlo. Pero lo único que Dick había hecho era pedirle que comiera con él; lo demás eran imaginaciones suyas. A las doce y media del día señalado lo estaba esperando.

Julia no le había dicho nada a su tía, que tenía invitados para el almuerzo y podría preguntar por el nombre del acompañante de su sobrina: es raro salir con un hombre cuyo nombre no puede ser mencionado. Dick Ragland se retrasaba, y Julia esperó en el recibidor, mientras oía cómo parloteaban en el comedor los invitados de su tía. A la una abrió la puerta.

En el rellano de la escalera había un hombre a quien no recordaba haber visto antes. Estaba blanco como un muerto, y se había afeitado de un modo irregular; llevaba el sombrero aplastado contra la cabeza, como un moño; tenía sucio el cuello de la camisa, y todo, excepto la corbata, era impresentable. Pero, en el instante en que reconoció a Dick Ragland, advirtió un cambio que redujo a la nada todos los demás: un cambio en su expresión. Toda su cara era una absoluta mueca de burla y desprecio: le costaba trabajo conseguir que los párpados no se le cerraran sobre los ojos fijos; la mandíbula inferior, descolgada, se adelantaba a los dientes superiores; la barbilla le temblaba, como una barbilla postiza que se le estuviera despegando: era una cara que, al mismo tiempo, expresaba e inspiraba asco.

—Hola —murmuró.

Julia retrocedió, se apartó de él. Y entonces, en medio de un repentino silencio que llegaba al vestíbulo desde el comedor, inspirada por el propio silencio del vestíbulo, casi lo empujó al rellano de la escalera, salió del piso y cerró la puerta a sus espaldas.

—Ah —fue lo único que dijo, con un suspiro, espantada.

—No he ido a casa desde ayer. Me lié en una fiesta en...

Con repugnancia, lo cogió del brazo y le obligó a dar la vuelta y, tambaleándose, bajaron las escaleras y pasaron ante la mujer del portero, que los observó con curiosidad tras los cristales de la portería. Y por fin salieron a la radiante luz del sol, a la Rué Guynemer.

En contraste con la lozanía primaveral del Jardín du Luxembourg, resultaba mucho más grotesco. Le daba miedo; buscó desesperada un taxi, pero uno que doblaba la esquina de la Rué de Vaugirard no atendió a su señal.

—¿Dónde vamos a comer? —preguntó Ragland.

—Usted no está en condiciones de comer en ninguna parte. ¿No se da cuenta? Tiene que volver a casa, a dormir.

—Estoy perfectamente. En cuanto me tome una copa me pondré bien.

Un taxi que pasaba frenó al ver la señal de Julia.

—Tiene que ir a casa y dormir. No está en condiciones de ir a ninguna parte.

Cuando consiguió fijar la mirada en Julia, de pronto vio algo fresco, nuevo y hermoso, algo ajeno al mundo turbulento y cargado de humo en el que había pasado las últimas horas, y tuvo un atisbo de discernimiento. Julia vio cómo se le torcía la boca en una mueca de respeto y temor, y se dio cuenta de que vagamente intentaba mantenerse derecho. El taxista bostezó.

—A lo mejor tiene usted razón. Lo siento.

—¿Cuál es su dirección?

Le dio sus señas e inmediatamente se derrumbó en un rincón del coche, con expresión de seguir luchando para volver a la realidad. Julia cerró la puerta.

Cuando el taxi se alejó, cruzó corriendo la calle y entró en el Jardín du Luxembourg como si alguien la estuviera siguiendo.

## II.

Por casualidad Julia cogió el teléfono cuando Ragland llamó aquella tarde a las siete. Le temblaba la voz, forzada:

—Me figuro que no servirá de mucho pedir perdón por lo de esta mañana. No sabía lo que hacía, aunque eso no sea una excusa. Pero si me permite verla un momento mañana, sólo un minuto, donde le parezca, me gustaría tener la oportunidad de decirle en persona lo terriblemente arrepentido que...

—Mañana tengo muchas cosas que hacer.

—El viernes entonces, o cualquier otro día.

—Lo siento, tengo muchas cosas que hacer esta semana.

—¿Me está diciendo que no quiere volver a verme?

—Señor Ragland, no consigo entender qué utilidad tiene seguir dándole vueltas. La verdad es que lo que ha pasado esta mañana ha sido excesivo. Lo siento mucho. Espero que se encuentre mejor. Adiós.

Se lo quitó por completo de la cabeza. No se le había ocurrido relacionar la reputación de Ragland con semejante espectáculo: un bebedor empedernido era alguien que se levantaba tarde, bebía champán y quizá, de madrugada, volvía a casa cantando. Aquel espectáculo a plena luz del día era mucho peor. Para Julia era bastante.

Y hubo otros con quienes comer en *Ciro* y bailar en el *Bois*. Recibió una carta llena de reproches de Phil Hoffman, desde Estados Unidos. Ahora apreciaba más a Phil, que tanta razón llevaba en aquel asunto. Quince días después hubiera olvidado por completo a Dick Ragland, si no hubiera oído pronunciar su nombre con desprecio en varias conversaciones. Evidentemente, había hecho cosas parecidas en otras ocasiones.

Entonces, una semana antes de zarpar, se lo encontró en el despacho de billetes de la *White Star Line*. Era tan guapo... Julia apenas daba crédito a sus ojos. Apoyaba un codo en el mostrador, imponente y erguido, los guantes amarillos tan immaculados como sus ojos transparentes, luminosos. Su personalidad, tan llena de fuerza y alegría, había seducido al empleado que lo atendía con fascinada deferencia; las mecanógrafas levantaban la vista un instante e intercambiaban miradas. Entonces vio a Julia, que lo saludó con la cabeza, y, con un cambio de expresión repentino, casi una mueca de dolor, Ragland se quitó el sombrero.

Llevaban un buen rato juntos, cerca del mostrador, y el silencio era agobiante.

—¿No es una lata? —dijo ella.

—Sí —dijo él, nervioso, y añadió—: ¿Vuelve en el *Olympic*?

—Sí.

—Pensaba que a lo mejor había cambiado de barco.

—No, por supuesto que no —dijo Julia con frialdad.

—Yo pensaba cambiar; de hecho, estoy aquí para solicitarlo.

—Es absurdo.

—¿No le resulta insoportable mi presencia? ¿No se mareará cada vez que nos crucemos en cubierta?

Julia sonrió, y Ragland aprovechó su ventaja:

—He mejorado un poco desde la última vez que nos vimos.

—No hable de eso.

—Bueno, entonces ha mejorado usted. Lleva el vestido más bonito que he visto en mi vida —era un cumplido exagerado, pero casi logró estremecerla—. ¿No le apetecería tomar café conmigo en la cafetería de al lado, a ver si nos recuperamos de este martirio?

Qué debilidad hablar con él así, permitirle sus insinuaciones. Era como estar fascinada por una serpiente.

—Me temo que no me es posible —un asomo de terrible timidez y vulnerabilidad se insinuó en la cara de Dick Ragland, y tocó una fibra del corazón de Julia, que se sorprendió al oírse decir—: Vale,

muy bien.

Sentados a una mesa, en la acera, al sol, nada le recordaba a Julia lo que había pasado aquel día horroroso de hacía dos semanas. *Jekyll* y *Hyde*. Era cortés, era encantador, era divertido. ¡Y la hacía sentirse tan atractiva, tan interesante! Y él ni parecía darse cuenta.

—¿Ha dejado de beber? —preguntó.

—Hasta el cinco de junio, no.

—¡Ah!

—Hasta el día que tengo decidido, no. Entonces dejaré de beber.

Cuando Julia se levantó para irse y Ragland sugirió un futuro encuentro, ella negó con la cabeza.



—Nos veremos en el barco. Después de su veintiocho cumpleaños.

—De acuerdo. Otra cosa: es lógico que pague un alto precio por mi delito; le he hecho algo imperdonable a la única chica de la que he estado enamorado en mi vida.

Lo vio en el barco el primer día, y se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de hasta qué punto lo deseaba. No importaba cuál fuera su pasado, no importaba lo que hubiera hecho. Y eso no significaba que pensara decírselo algún día, sino sólo que él la enternecía, químicamente, más que nadie que hubiera conocido, y que el resto de los hombres palidecía a su lado.

Todo el mundo lo apreciaba en el barco; Julia se enteró de que iba a dar una fiesta la noche de su veintiocho cumpleaños. No estaba invitada. Cuando coincidían, pasaban charlando un rato agradable, nada más.

El día seis lo encontró tumbado en su silla de cubierta, blanco como la cera. Tenía arrugas en la frente y alrededor de los ojos, y la mano, cuando la alargó para coger una taza de caldo, le temblaba. Y allí seguía al final de la tarde, sufriendo visiblemente, visiblemente desdichado. Después de pasar tres veces a su lado, Julia no pudo resistirse y le dijo:

—¿Ha empezado la nueva era?

Ragland hizo un débil esfuerzo para levantarse, pero Julia lo detuvo con un gesto y se sentó con él.

—Parece cansado.

—Sólo estoy un poco nervioso. Es el primer día desde hace cinco años que no tomo una copa.

—Pronto se sentirá mejor.

—Ya lo sé —dijo, lúgubre.

—Sea fuerte.

—Lo seré.

—¿Puedo hacer algo para ayudarle? ¿Quiere un tranquilizante?

—No soporto los tranquilizantes —dijo, casi con mal humor—. No, de verdad, gracias.

Julia se levantó.

—Sé que se siente mejor solo. Mañana lo verá todo más claro.

—No se vaya, si es que puede soportarme.

Julia volvió a sentarse.

—Cánteme una canción. ¿Sabe cantar?

—¿Qué tipo de canción?

—Algo triste... Algo así como un blues.

Le cantó *Así termina la historia*, de Libby Holman, con una voz suave y profunda.

—Es buena. Cánteme otra. O vuelva a cantarme la misma.

—De acuerdo. Si quiere, me pasaré la tarde cantándole.

### III.

El segundo día en Nueva York la llamó por teléfono.

—Te he echado mucho de menos —dijo—. ¿Tú me has echado a mí de menos?

—Me temo que sí —respondió Julia, de mala gana.

—¿Mucho?

—Te he echado mucho de menos. ¿Estás mejor?

—Ya estoy perfectamente. Todavía me siento un poco nervioso, pero mañana empiezo a trabajar. ¿Cuándo nos veremos?

—Cuando quieras.

—Esta noche entonces. Y... dímelo otra vez.

—¿Qué?

—Que temas haberme echado de menos.

- Me temo que sí—dijo Julia, obediente.  
—Que sí me has echado de menos —añadió Dick.  
—Me temo que sí te he echado de menos.  
—Estupendo. Suenan como esas canciones que cantas.  
—Adiós, Dick.  
—Adiós, Julia, querida.

Julia se quedó en Nueva York dos meses en lugar de los quince días que había planeado, porque Dick no la dejaba irse. El trabajo ocupaba durante el día el lugar de la bebida, pero luego necesitaba ver a Julia. A veces ella sentía celos de su trabajo cuando él la llamaba por teléfono y le decía que estaba demasiado cansado para ir al teatro. Sin alcohol, la vida nocturna no significaba nada para él: era algo sin sentido ni interés. Para Julia, que nunca bebía, la noche por sí sola era estimulante: la música y el desfile de trajes de noche y la hermosa pareja de baile que formaban. Al principio veían a Phil Hoffman de vez en cuando; Julia pensaba que se había tomado aquello bastante mal, y luego dejaron de verlo.

Ocurrieron algunos incidentes desagradables. Una antigua compañera de colegio, Esther Cary, le preguntó si conocía la reputación de Dick Ragland. En lugar de enfadarse, Julia la invitó a conocer a Dick, y le encantó la facilidad con que cambiaron las convicciones de Esther. Hubo otros episodios fastidiosos, poco importantes, pero por fortuna las tropelías de Dick no habían salido de París, y en Nueva York parecían lejanas e irreales. Se querían profundamente: el recuerdo de aquella mañana se iba borrando poco a poco de la mente de Julia. Pero quería estar segura.

—Dentro de seis meses, si todo sigue igual, anunciaremos nuestro compromiso. Y, cuando pasen otros seis meses, nos casaremos.

—Es demasiado tiempo —se quejó Dick.

—Recuerda tus últimos cinco años —contestó Julia—. Confío en ti con la inteligencia y con el corazón, pero algo me dice que esperemos. Recuerda que también estoy decidiendo por mis hijos.

Aquellos cinco años... ¡ay!, tan desperdiciados, tan perdidos.

En agosto Julia fue a pasar dos meses a California, a ver a su familia. Quería saber cómo se las arreglaba Dick solo. Se escribían todos los días; las cartas de Dick eran sucesivamente alegres, pesimistas, hastiadas y esperanzadas. El trabajo le iba mejor cada día. A medida que iba recuperando el dominio de la situación, su tío había empezado a confiar en él de verdad, pero echaba permanentemente de menos a Julia. Y cuando un día en una carta apareció un signo de desesperación, Julia acortó su visita una semana y volvió al Este, a Nueva York.

—Gracias a Dios que estás aquí —exclamó Dick mientras salían de la estación central cogidos del brazo—. Ha sido tan difícil. He estado a punto muchas veces de echarlo todo a perder, y tenía que pensar en ti, y estabas tan lejos...

—Mi vida, estás tan cansado, estás tan pálido. Trabajas demasiado.

—No, lo único que pasa es que vivir solo es muy triste. Cuando me acuesto no puedo dejar de darle vueltas a la cabeza. ¿No podríamos adelantar la boda?

—No lo sé; ya veremos. Ahora ya tienes a tu Julia cerca, y lo demás no importa.

Una semana más tarde, Dick ya se había recuperado. Cuando se ponía triste, Julia lo trataba como a un niño, apretando su hermosa cabeza contra el pecho, pero prefería que Dick confiara en sí mismo, y la animara, que la hiciera reír y sentirse cuidada y segura. Había alquilado un apartamento con otra chica y seguía unos cursos de biología y economía doméstica en Columbia. Cuando llegó el otoño, iban juntos al fútbol y a los estrenos de teatro y paseaban por Central Park, donde habían caído las primeras nieves, y también pasaban tardes enteras frente a la chimenea del apartamento de Julia. Y el tiempo corría, y los dos se sentían impacientes. En vísperas de Navidad una visita inesperada —Phil Hoffman— se presentó en casa de Julia. Era la primera vez en muchos meses. Nueva York, con su característico laberinto de accesos y escaleras próximos pero independientes, es poco propicia incluso al encuentro con los amigos íntimos, pero, en el caso de unas relaciones tensas, es fácil evitar los encuentros.

Y ellos eran dos extraños. Phil, con su manifiesto escepticismo acerca de Dick, se había convertido automáticamente en un enemigo, aunque, por otra parte, Julia reconocía que había mejorado que se había desprendido de algunas de sus peores facetas; era ayudante del fiscal del distrito, y cada vez se movía en su profesión con mayor desenvoltura.

—Así que te vas a casar con Dick —dijo—. ¿Cuándo? —Muy pronto. Cuando mi madre venga al Este. Phil negó decididamente con la cabeza. —Julia, no te cases con Dick. No tengo celos, sé perder, pero me parece terrible que una chica tan maravillosa como tú se lance con los ojos cerrados a un lago lleno de rocas. ¿Qué te hace pensar que la gente cambia de rumbo? A veces se seca o incluso toma un canal paralelo, pero no conozco a nadie que haya cambiado de verdad. — Dick ha cambiado.

—Quizá. Pero ¿no es un quizá tremendo? Si no fuera atractivo y te gustara, te diría: adelante. A lo mejor estoy absolutamente equivocado, pero resulta evidente que lo que te fascina es su pinta imponente y esos modales encantadores.

—No lo conoces —respondió Julia con lealtad—. Conmigo es distinto. No sabes lo amable y lo sensible que es. ¿No estás siendo un poco mezquino?

—Hmm... —Phil se quedó pensativo—. Volveré a verte dentro de unos días. O a lo mejor hablo con Dick.

—Deja en paz a Dick —gritó Julia—. Ya tiene preocupaciones de sobra para que tú vayas a darle la lata. Si fueras su amigo, intentarías ayudarle en vez de hablar conmigo a sus espaldas. — Antes soy tu amigo. —Ahora Dick y yo somos una sola persona. Pero tres días más tarde Dick se presentó en casa de Julia a una hora en la que normalmente estaba en el despacho.

—He venido a la fuerza —dijo despreocupadamente—: Phil Hoffman me ha amenazado con desenmascaramme.

A Julia se le cayó el alma a los pies como una plomada. «¿Se ha rendido?», pensó. «¿Ha vuelto a beber?»

—Se trata de una chica. Me la presentaste el verano pasado y roe dijiste que fuera amable con ella. Es Esther Cary —el corazón de Julia latía ahora más despacio—. Cuando te fuiste a California me sentía solo y un día me la encontré. Le gusté y durante cierto tiempo nos vimos bastante. Entonces volviste y rompí la relación. Pero había un pequeño problema: no me había dado cuenta de que ella tuviera tanto interés.

—Entiendo —la voz de Julia transparentaba perplejidad e indefensión.

—Intenta comprenderlo. Aquellas terribles noches de soledad. Creo que, de no ser por Ésther, hubiera vuelto a beber. Nunca la he querido, nunca he querido a nadie excepto a ti, pero necesitaba ver a alguien que me quisiera un poco.

Fue a abrazarla, pero desistió, porque ella pareció sentir frío. —Así que cualquier mujer hubiera servido —dijo Julia despacio—. Daba lo mismo cuál.

—¡No! —exclamó Dick.

—Pasé fuera tanto tiempo para que volaras con tus propias alas y recuperaras la dignidad.

—Sólo te quiero a ti, Julia.

—Pero cualquier mujer puede ayudarte. Así que la verdad es que no me necesitas, ¿no? — ahora tenía la expresión de vulnerabilidad que Julia ya había visto otras veces. Se sentó en el brazo del sillón de Dick y le acarició la mejilla—. Entonces ¿qué me ofreces? —preguntó—. Pensaba que me ofrecías la fortaleza acumulada por haber vencido tu debilidad. ¿Qué me ofreces ahora? —Todo lo que tengo. Julia negó con la cabeza.

—Nada. Que eres guapo. Pero el camarero que anoche nos sirvió la cena también lo era.

Se pasaron dos días hablando y no resolvieron nada. A veces Julia se abrazaba a él y se acercaba a aquellos labios que tanto quería, pero parecía abrazar paja.

—Me voy, para que lo pienses mejor —dijo él, desesperado—. No puedo imaginarme la vida sin ti, pero me figuro que no puedes casarte con un hombre que no te merece confianza. Mi tío quiere que vaya a Londres a resolver un asunto...

La noche de su partida los muelles sombríos rezumaban tristeza. Lo único que la ayudaba a seguir adelante era que no despedía a una imagen de la fortaleza; ella sería lo mismo de fuerte sin él. Pero, cuando las luces turbias cayeron sobre la delicada estructura de las sienes y la barbilla de Dick Ragland, y Julia vio cómo la gente se volvía a mirarlo, cómo lo seguían con la mirada, una sensación tan terrible de vacío se apoderó de ella que hubiera querido decirle: «No te preocupes, vida mía; lo intentaremos juntos».

Pero intentar qué. Era humano jugarse a cara o cruz el éxito o el fracaso, pero probar suerte a la desesperada entre el desastre y lo que está bien...

—Dick, sé bueno y fuerte y vuelve a mí. ¡Cambia, Dick, cambia! —Adiós, Julia... Adiós.

Lo vio por última vez en la cubierta, perfilado como un camafeo contra la llama de una cerilla cuando encendió un cigarrillo.

#### IV.

Sería Phil Hoffman quien estuviera con ella al principio y al final. Fue Phil quien le dio la noticia lo más suavemente posible. Llegó al apartamento de Julia a las ocho y media y con disimulo quitó de en medio el periódico de la mañana. Dick Ragland había desaparecido en el mar.

Tras el primer arrebato de dolor de Julia, a Phil no le importó hablarle con cierta crueldad.

—Se conocía. No tenía voluntad; no quería seguir viviendo. Y, para que te des cuenta de que no puedes echarle en absoluto la culpa, te voy a contar una cosa: hacía cuatro meses que apenas aparecía por su despacho; desde que fuiste a California. No lo despidieron gracias a su tío; los asuntos por los que iba a Londres no tenían la menor importancia. En cuanto se le pasó el entusiasmo de los primeros días, se rindió.

Julia lo miró inquisitivamente.

—No bebía, ¿verdad? ¿Estaba bebiendo?

Phil titubeó una décima de segundo.

—No, no bebía; cumplió su promesa. Aguantó.

—Eso fue —dijo Julia—. Cumplió su promesa y se mató para mantenerla —Phil, incómodo, la dejó hablar—. Cumplió su palabra y se ha dejado la piel por cumplirla —continuó Julia, a punto de echarse a llorar—. ¡Qué cruel es la vida a veces! Tan cruel que no respeta a nadie. Era tan valiente... Murió por cumplir su palabra.

Phil se alegraba de haber quitado de en medio el periódico que insinuaba la alegre noche que Dick había pasado en el barco, una de las muchas noches alegres de las que Phil había tenido noticia en los últimos meses. Sentía alivio porque todo hubiera acabado, pues la debilidad de Dick había puesto en peligro la felicidad de la chica a quien quería; pero sentía una pena terrible por Dick, incluso comprendiendo hasta qué punto había necesitado convertir su inadaptación a la vida en una sucesión de disparates. Pero tuvo la suficiente sabiduría para dejar que Julia soñara que había salvado a Dick del naufragio.

Pasaron un momento delicado, un año más tarde, pocos días antes de su boda, cuando ella dijo:

—Deberías comprender lo que siento y siempre sentiré por Dick, ¿no crees, Phil? No era sólo por su belleza. Confiaba en él, y en cierto sentido no me equivocaba. Prefirió partirse en dos antes que doblegarse; era un hombre acabado, pero no un hombre malo. Me lo dijo el corazón la primera vez que lo vi.

Phil acusó el golpe, pero no dijo nada. Quizá había algo más que ellos no conocían. Era mejor que descansara en las profundidades del corazón de Julia y en las profundidades del océano.

## El desprecio

El desprecio (*Saturday Evening Post*, 19 de diciembre de 1931) fue el último relato que Fitzgerald escribió en Europa antes de regresar a América en septiembre de 1931. En respuesta a las reservas con que el *Post* había acogido sus últimas obras, Fitzgerald eligió un escenario norteamericano y olvidó la Depresión. El desprecio representa una vuelta al espíritu de sus primeros relatos, en los que la bondad y la buena crianza resuelven todos los problemas.

I.

Aquí y allá, en rincones donde no daba el sol, aún se ocultaban restos de nieve bajo una capa de carbonilla, pero los hombres, que desmontaban los postigos contra la tormenta, trabajaban en mangas de camisa y la hierba empezaba a ser fuerte bajo sus pies.

En las calles los vestidos de color de fruta y flores nuevas emergían de sombrías pieles de animales; sólo algunos viejos usaban gorras parduscas caladas hasta las orejas. Fue el día en que Forrest Winslow olvidó las molestias sin fin del invierno como uno olvida las desgracias inevitables, la enfermedad y la guerra, y miró hacia el verano con confianza ciega, preguntándose si reconocería en el nuevo verano todos los veranos del pasado: veranos para jugar al golf, navegar y nadar.

Forrest había pasado ocho años en el Este, los años de colegio y universidad; ahora trabajaba para su padre en una gran ciudad de Minnesota. Era guapo, tenía éxito entre las jóvenes, y, desde un punto de vista conservador, lo habían mimado en exceso, así que el año anterior le había parecido una humillación. La inteligencia, la capacidad de discernimiento que en New Haven había sabido elegir el mejor club universitario, ahora se dedicaba a clasificar pieles, y, como consecuencia, la mano que había firmado los cheques que pagaban las cuentas de su curso había pasado dos meses en cabestrillo con una dermatitis venenata benigna. Cuando salía del trabajo, Forrest no encontraba aliciente en las chicas con quienes había crecido. Por el contrario, la noticia de que había llegado a la tribu una forastera le infundió nuevos ánimos y, durante la estancia de la famosa visita, desplegó una actividad convulsiva. Así que no había pasado nada especial, excepto que había llegado el verano.

El día en que empezó la primavera y empezó el verano —no hay mucha diferencia en Minnesota— Forrest detuvo el coche frente a una tienda de música donde se presentó con su vanidad llena de simpatía. Al decirle a la dependienta: «Quisiera algunos discos», una minúscula bomba de excitación estalló en su laringe provocándole en el diafragma una desconocida sensación de vacío, casi dolorosa. La causa de la imprevista detonación había sido la visión de una chica del color del maíz a quien estaban atendiendo en el otro extremo del mostrador.

Era un tallo de maíz en pleno esplendor, pero no formaba parte de ninguna gavilla: era un ejemplar único, como el raro ejemplar de una primera edición en la que el encuadernador puso todo su arte. Era preciosa y cara, y tendría unos diecinueve años, y Forrest no la había visto antes. Ella se quedó mirándolo un instante innecesariamente largo, con tal seguridad en sí misma que Forrest tuvo la impresión de que la suya se le escapaba para sumarse a la de la chica: «Y a quien no tiene le será arrebatado incluso lo poco que tenga». E inmediatamente la chica inclinó la cabeza y volvió a concentrarse en la consulta de un catálogo.

Forrest miró la lista que le había enviado un amigo de Nueva York. Por desgracia el título era el siguiente: *Cuando el Vudú se encuentra al Babalú, pronto aparece el Chachachá*. Forrest lo leyó horrorizado. Apenas podía creer que pudiera existir un título tan repulsivo. Y, mientras, la chica preguntaba:

—¿No tendrían *El hijo pródigo* de Prokófiev?

—Voy a ver, señora —la vendedora se volvió hacia Forrest.

—*Cuando el Vu...* —empezó a decir Forrest, y repitió—: *Cuando el Vu...* —era inútil; no podía pronunciar aquellas palabras con aquella ninfa de la primavera al otro extremo del mostrador—. Déjelo —se apresuró a decir Forrest—. Déme *Te abrazaría y...* —se interrumpió de repente.

—¿*Te abrazaría y besaría?* —sugirió la dependienta amablemente, y la seguridad con que afirmó que era una canción estupenda sugirió también una humillante coincidencia de gustos.

—Yo quisiera *El pájaro de fuego* de Stravinski —dijo la otra cliente— y este disco de vals de Chopin.

Forrest echó un rápido vistazo al resto de la lista: *Moviéndote bien*, *Siempre tan quisquillosa*, *Tramposeando*.

«Cualquiera me tomaría por un imbécil», pensó. Estrujó la lista y boqueó en busca de aire: el aire que lo caracterizaba, aire de tranquila superioridad.

—Quisiera —dijo con frialdad— el *Claro de luna* de Beethoven. Ya tenía el disco en casa, pero no importaba. Aquello le dio derecho a mirar y mirar a la chica. La vida se volvía interesante; ella era el brebaje más rico. Sería fácil seguirle la pista. Con el *Claro de luna* envuelto en el mismo papel que *Te abrazaría y besaría*, Forrest salió de la tienda.

Habían abierto una librería nueva en la misma calle, donde también entró, como si los libros y los discos pudieran llenar el vacío que la primavera le hacía sentir en el corazón. Mientras miraba las palabras sin vida de los títulos, se preguntaba cuándo volvería a verla, qué pasaría entonces.

—Quisiera una novela policiaca —dijo.

Un joven que parecía aburrirse negó con la cabeza como si, lleno de paciencia, le estuviera regañando, y simultáneamente la brisa de la primavera atravesó la puerta: la luz ya conocida del pelo color cereal.

—Aquí no vendemos novelas policiacas ni nada que se le parezca —dijo el joven, elevando innecesariamente la voz—. Me figuro que podrá encontrarlas en unos grandes almacenes.

—Yo creía que vendían libros —dijo Forrest débilmente.

—Libros, sí, pero no de ese estilo.

El joven se volvió para atender a la otra cliente.

Camino de la puerta, indignado, una vez dentro del radio del perfume de la chica, Forrest la oyó preguntar:

—¿Tiene algo de Louis Aragón, traducido o en francés?

«Se está dando importancia», pensó, de mal humor. «En estos tiempos todo el mundo sustituye sin mayores problemas a Peter Rabbit por Marcel Proust.»

En la calle, aparcado exactamente detrás de su digno coche de dos puertas, descubrió un descapotable enorme, plateado, diseñado y fabricado en Inglaterra para el mercado de exportación. Molesto, incluso perturbado, volvió a casa, conduciendo a través de la tarde húmeda y dorada.

Los Winslow —los padres de Forrest, su bisabuela y su hermana Eleanor— vivían en Crest Avenue, en una casa antigua, rodeada de amplias galerías. Era gente de sólidas convicciones, como se decía después de la guerra. La anciana señora Forrest era persona de convicciones más que sólidas, basadas en un estilo de vida que llevaba funcionando ochenta y cuatro años. Era un personaje en la ciudad; se acordaba de la guerra contra los sioux y había estado en Stillwater el día en que los hermanos James habían sembrado el terror a tiros en la calle principal.

Sus hijos habían muerto y miraba a aquellos descendientes más remotos desde cierta distancia, como si no fuera consciente de las fuerzas que les habían dado forma. Entendía que la Guerra Civil y la Conquista del Oeste eran fuerzas conformadoras, mientras que apenas si consideraba noticias los problemas monetarios y la Guerra Mundial. Pero sabía que su padre, caído en Cold Harbor, y su marido, el comerciante, habían tenido más talla que su hijo y su nieto. Le parecía que la gente que intentaba explicarle los fenómenos contemporáneos hablaba en contra de lo que sus sentidos encontraban evidente. Pero no se había atrofiado; el verano anterior había recorrido media Europa acompañada sólo por una criada.

Los padres de Forrest también eran especiales. Andaban por la treintena, esa edad llena de susceptibilidades, cuando las fiestas con cócteles y todo lo que trajeron consigo se pusieron de moda en 1921. Se sentían divididos, avanzaban y retrocedían. Cuestiones que a la señora Forrest no le causaban el menor problema, a ellos les inquietaban e indignaban dolorosamente. Una de esas cuestiones surgió aquella noche cuando llevaban cinco minutos cenando.

—¿Sabíais que vuelven los Rikker? —dijo la señora Winslow—. Han alquilado la casa de los Warner —era una mujer llena de inseguridades que disimulaba, incluso ante sí misma, expresando sus opiniones muy despacio, pensándolas mucho, como si quisiera convencer a sus propios oídos—. No me explico cómo Dan Warner les alquila la casa. Me figuro que Cathy cree que todo el mundo se va a desvivir por ellos.

—¿Qué Cathy? —preguntó la anciana señora Forrest.

—Cathy Chase, antes de casarse. Su padre fue Reynold Chase. Su marido y ella están a punto de volver.

—Ah, sí.

—Apenas si la conozco —continuó la señora Winslow—, pero sé que cuando vivían en Washington trataban con grosería manifiesta a la gente de Minnesota: los evitaban. Mary Cowan pasó allí un invierno y varias veces invitó a Cathy a comer o a tomar el té. Cathy no apareció jamás.

—Yo podría batir ese récord —dijo Pierce Winslow—. Yo no iría aunque Mary Cowan me invitara cien veces.

—De todas maneras —prosiguió su mujer muy despacio—, en vista de todo el escándalo, se merecen que todo el mundo les dé la espalda.

—Es lo que se merecen, por supuesto —dijo Winslow. Era un auténtico hombre del Sur, muy apreciado en la ciudad, donde vivía desde hacía treinta años—. Walter Hannan ha venido a verme esta mañana al despacho y me ha pedido que avale el ingreso de Rikker en el Club Kennemore. Le he dicho: «Walter, antes avalaría a Al Capone». Y, lo que es más, para entrar en el Club Kennemore, Rikker tendría que pasar por encima de mi cadáver.

—Tiene valor Walter. ¿Qué tiene que ver Chauncey Rikker contigo? Será difícil encontrar a alguien que lo avale.

—¿Quiénes son los Rikker? —preguntó Eleanor—. ¿Unos impresentables?

Tenía dieciocho años y ya se había puesto de largo. Sus apariciones en el hogar eran tan breves y escasas que miraba aquellas tópicas conversaciones a la hora de la comida con la misma distancia y objetividad que su bisabuela.

—Cathy se crió aquí; era más joven que yo, pero me acuerdo de que siempre la consideraron una fresca. Su marido, Chauncey Rikker, es de algún pueblo del norte del estado.

—¿Y qué barbaridad hicieron?

—Rikker se arruinó y se fue de la ciudad —dijo su padre—. Se contaron historias inquietantes. Luego se fue a Whashington y estuvo complicado en el escándalo de las propiedades en el extranjero; y luego se metió en problemas en Nueva York, estaba metido en negocios inmobiliarios bastante dudosos, pero huyó a Europa. Pocos años después el principal testigo del caso murió, y Rikker volvió a América. Lo encarcelaron unos meses por desacato a la Justicia —se extendió con ironía elocuente—: Y ahora, con verdadero patriotismo, vuelve a su bella Minnessota, típico producto de sus bosques maravillosos y sus ondulantes campos de trigo...

Forrest preguntó con impaciencia:

—¿Adonde quieres ir a parar, padre? ¿Cuándo dos de Kentucky han ganado el premio Nobel el mismo año? ¿Y qué me dices de un chico del norte del estado que se llamaba Lind y...?

—¿Tienen hijos los Rikker? —preguntó Eleanor.

—Creo que Cathy tiene una hija más o menos de tu edad, y un chico que debe de tener dieciséis años.

Forrest profirió una exclamación imperceptible. ¿Sería posible? Libros franceses y música rusa: la chica de aquella tarde había vivido en el extranjero. Y, al contemplar aquella posibilidad, su resentimiento se agudizó: ¡la hija de un estafador dándose aquellos aires de reina! Apoyó apasionadamente la negativa de su padre a avalar el ingreso de Rikker en el Club Kennemore.

—¿Son ricos? —preguntó de repente la anciana señora Forrest.

—Deben tener dinero si alquilan la casa de Dan Warner.

—Entonces entrarán donde quieran.

—En el Club Kennemore, no —dijo Pierce Winslow—. Resulta que yo nací en un estado con ciertas tradiciones.

—He visto muchas veces en esta ciudad que lo que hoy es blanco mañana es negro —dijo con suavidad la anciana señora.

—Pero, abuela, ese hombre es un delincuente —explicó Forrest—. ¿Te das cuenta? No es una cuestión social. En New Haven discutíamos si le daríamos la mano a Al Capone en caso de que nos lo presentaran...

—¿Quién es Al Capone? —preguntó la señora Forrest.

—Es otro delincuente, de Chicago.

—¿También quiere ingresar en el Club Kennemore?

Se echaron a reír, pero Forrest llegó a la conclusión de que si Rikker solicitaba el ingreso en el Club Kennemore, su padre no sería el único en depositar una bola negra en la urna de los votos.

Y de repente el verano alcanzó su apogeo. Después de la última tormenta de abril alguien recorrió una noche las calles, infló los árboles como si fueran globos, esparció bulbos y arbustos como confeti, abrió una jaula de petirrojos y, tras echar un vistazo, ordenó levantar el telón que cubría un nuevo cielo de verano pintado.

Iba a echarles la pelota a unos chicos que jugaban al béisbol en un descampado, cuando las yemas de los dedos de Forrest, al contacto con las costuras del cuero manchado de la pelota, enviaron una oleada irrefrenable de recuerdos a su cerebro. Había que correr, alcanzar el objetivo: ahora su objetivo era el campo de golf, pero la sensación era la misma. Sólo cuando aquella tarde golpeó la pelota desde el tee en el hoyo dieciocho se dio cuenta de que no era lo mismo, de que nunca más se contentaría con aquella vida. La tarde y la noche se extendían ante él completamente vacías, si no fuera por lo mismo de siempre: una cena en alguna parte y la cama.

Mientras esperaba su turno para golpear la pelota, Forrest clavó la mirada en el tee número diez, exactamente frente a él, a unos ciento ochenta metros de distancia.

Una de las dos figuras que se movían en el recorrido de las mujeres estaba colocando la pelota; mientras Forrest la observaba, ella se movió con absoluta seguridad en sí misma y lanzó un poderoso drive.

—Debe de ser la señorita Horrick —dijo su amigo—. No hay otra con un drive como ése.

En aquel momento el sol brilló sobre el pelo de la chica y Forrest la reconoció; simultáneamente recordó lo que debía hacer aquella tarde. Aquella noche el nombre de Chauncey Rikker sería presentado a los miembros del comité del que formaba parte su padre, y, antes de volver a casa, Forrest pensaba pasar por el club para depositar una bola negra en la urna. Lo había meditado con detenimiento; amaba la ciudad donde su familia había llevado una vida honorable a lo largo de cinco generaciones. Su abuelo había sido uno de los fundadores del club en la década de los noventa, cuando, en vez de jugar al golf, se celebraban regatas, y cuando un caballo veloz tardaba al trote tres horas en llegar desde la ciudad. Estaba de acuerdo con su padre en que determinados individuos debían ser excluidos de la buena sociedad. Con expresión severa, lanzó la pelota a una distancia de ciento ochenta metros, para que, siguiendo una curva suave, cayera en la maleza.

El hoyo dieciocho y el hoyo número diez tenían recorridos paralelos y opuestos. Los tees estaban separados por una extensión de quince metros de anchura. Aunque Forrest no lo sabía, la anfitriona de la señorita Rikker, Helen Hannan, había caído en las mismas tinieblas, y cuando Forrest fue a buscar la pelota oyó voces femeninas a siete metros de distancia.

—Esta noche ya serás miembro del club —le oyó decir a Hannan—, y entonces podrás jugar el campeonato con Stella Horrick. —Puede que no —dijo una voz pronta, nítida—. Así que tendrás que venir a jugar conmigo a los campos de golf públicos.

—Alida, no seas absurda.

—¿Por qué? La primavera pasada me la pasé jugando en los campos públicos de Búfalo. No tenía otro sitio. Y me recordaban algunos campos de Escocia.

—Pero me sentiría tan ridícula... Ay, mira, yo no encuentro la pelota.

—Nadie viene detrás. Y lo de sentirse ridícula... Si yo me preocupara todavía de lo que piensa la gente, no saldría de mi cuarto —se echó a reír desdeñosamente—. Un periódico publicó una foto mía yendo a visitar a mi padre a la cárcel. Y en el barco había gente que se cambiaba de mesa cuando nosotros nos sentábamos, y una vez me negaron el saludo todas las alumnas americanas de un colegio francés... Aquí está tu pelota.

—Gracias... Ay, Alida, me parece horrible.



—Lo más horrible ya ha pasado. Te lo cuento para que no nos compadezcas demasiado si la gente no nos acepta en este club. A mí no me importaría; yo tengo mi vida y mi propio sistema de valores para saber lo que debe preocuparme. Y una cosa así no me afectaría en absoluto.

Salieron del claro y sus voces se perdieron en el aire, en el otro recorrido. Forrest dejó de buscar la pelota y se encaminó hacia el vestuario de los *caddies*.

«Vaya papeleta», pensó. «No admitir a una chica que no tiene ninguna culpa»: pero era lo que pensaba hacer en ese momento mientras se dirigía al club. «No», se dijo a sí mismo de repente, «yo no puedo hacer eso. Haya hecho su padre lo que haya hecho, ella es una verdadera dama. Papá puede hacer lo que crea conveniente, pero yo no participo en eso.» Al día siguiente, después del almuerzo, su padre apenas se atrevió a decirle:

—Creo que ayer no participaste en la votación de los Rikker en el Club Kennemore.

—No.

—No importa —dijo su padre—. El caso es que ya son socios. En los últimos cinco años el club ha admitido a gente de todas clases: hay muchos socios más bien sospechosos. Y, después de todo, en un club nadie te obliga a que conozcas a todo el mundo. El resto del comité opinaba lo mismo.

—Ya veo —dijo Forrest secamente—. Entonces, ¿no te pusiste en contra de los Rikker?

—Pues no. El caso es que tengo bastantes asuntos de negocios con Walter Hannan, y precisamente ayer me vi obligado a pedirle un favor importante.

—E hiciste un pacto con él, ¿no?

Para padre e hijo, la palabra «pacto» sonaba a traición. —No exactamente. No hablamos del asunto. —Ya entiendo —dijo Forrest.

Pero no entendía nada, y algo de la antigua confianza infantil en su padre murió en aquel momento.

## II.

Para despreciar a alguien de verdad hay que tenerlo cerca. A la admisión de Chauncey Rikker en el Club Kennemore y, más tarde, en el Club Ciudadano siguieron agrias discusiones y amenazas de romper el carné del club que simularon un fragor de pelea, bajo el que no parecía existir nada serio. Por otra parte, la antipatía se desarrolla mejor si es compartida entre muchos, y Chauncey Rikker se convirtió en un blanco fácil para los descontentos; además, el eco constante del escándalo financiero llegaba desde Nueva York, y los periódicos locales volvieron a ocuparse del asunto, por si alguien lo había olvidado. Sólo la liberal familia Hannan permaneció al lado de los Rikker, aunque su actitud despertó un notable resentimiento, y su tentativa de introducirlos en sociedad a través de una serie de pequeñas fiestas no tuvo ningún éxito. Si los Rikker se hubieran atrevido a «presentar a Alida en sociedad», sólo se hubieran convertido en el punto de mira de una abigarrada multitud, pero no lo hicieron.

Cuando en el verano, por casualidad, Forrest se encontraba con Alida Rikker, se miraban con la curiosidad de dos niños que no se conocen. Durante un tiempo, la cabeza rubia y ensortijada y el castaño desafiante de los ojos de Alida lo fascinaron; después se interesó por otra chica. No estaba enamorado de Jane Drake, aunque pensaba que podría casarse con ella. Jane era eso que se llama la chica del portal de enfrente; conocía sus cualidades, buenas y malas, así que no le importaban. En el fondo era como una prima hermana. El matrimonio gustaría a sus familias. Una vez, después de algunos cócteles y algún que otro besuqueo, Forrest estuvo a punto de responder en serio cuando ella lo provocó con un «yo en realidad no te importo»; pero no dijo una palabra, lo que fue un alivio a la mañana siguiente. Quizá en los días de aburrimiento de después de Navidad... Mientras, en los bailes de Navidad, encontraría el éxtasis y la desdicha entre chicas navideñas, el encaprichamiento que deseaba. En otoño tuvo la sensación de que la chica que le estaba predestinada ya estaba haciendo las maletas en alguna ciudad del Este o del Sur.

En uno de sus momentos de mayor desasosiego, un domingo de noviembre, lo invitaron a una pequeña fiesta. Incluso cuando hablaba con su anfitriona, era consciente de la presencia de Alida Rikker en el otro extremo del salón, a la luz de la chimenea; su belleza radiante, su novedad sin explorar lo atraían insistentemente, y fue un alivio que se la presentaran por fin. Forrest la saludó con una inclinación de cabeza y la dejó, pero fue bastante para establecer una especie de comunicación. La expresión de Alida quería decir que conocía el papel de la familia de Forrest como

testigo de cargo contra la suya, que no le importaba, y que incluso le daba pena verlo en una posición tan ridícula, pues no ignoraba que Forrest era su admirador. Y la expresión de Forrest decía: «Es natural que yo reconozca tu belleza, pero fíjate cómo son las cosas: nos separa el hecho de que tu padre sea un individuo despreciable, y yo no puedo renunciar a mi posición actual».

De repente, en un instante de silencio, la oyó hablar, y sus oídos se alejaron de la conversación en la que él estaba participando.

—...Helen llevaba más de un año con ese dolor raro y, claro, creyeron que era cáncer. Fue a que la vieran por rayos X; se desnudó detrás de una pantalla, y el médico la miró a través del aparato y dijo: «Te he dicho que te quites toda la ropa»; y Helen dijo: «Ya me la he quitado». El médico volvió a mirarla y dijo: «Oye, cariño, yo te traje al mundo, así que conmigo no tienes por qué sentir vergüenza. Quitátele todo». Así que Helen dijo: «Le juro que estoy completamente desnuda». Pero el médico dijo: «No. Estoy viendo por rayos X el broche de tu sostén». Así que descubrieron por fin que a lo mejor se había tragado un broche cuando tenía dos años.

La historia, flotando en su voz nítida y resuelta, en aquel ambiente de intimidad, desarmó a Forrest. No tenía nada que ver con lo que hubiera sucedido en Washington o Nueva York hacía diez años. De repente deseó sentarse a su lado, porque ella era la llama que mantenía vivo el fuego de la chimenea. Al salir de la fiesta, Forrest paseó una hora por una nieve que parecía hecha de plumas, preguntándose de nuevo por qué no podía conocerla mejor, por qué tenía la obligación de convertirse en representante de determinados principios.

«Bueno, quizá algún día me divierta de verdad haciendo lo que me parezca conveniente», pensó con ironía; «cuando tenga cincuenta años.»

El primer baile de Navidad se celebró con fines benéficos en el arsenal. Era un acontecimiento que congregaba a mucha gente. Los ricos se sentaban en una especie de palcos. Todo el que se creía algo en la ciudad asistía a la fiesta, sólo por curiosidad en la mayoría de los casos, y la atmósfera era tensa, impregnada de una arrogancia y frialdad inusuales.

Los Rikker tenían un palco. Forrest, al llegar con Jane Drake, miró de reojo al individuo de mala reputación y a la cualquiera que, cargada de joyas, casi paralizada por tanta joya, se sentaba a su lado. Eran los criminales de la ciudad, a quienes miraban atónitas las personas de vida circunspecta y mesurada. Ajenas a las miradas de espanto, Alida y Helen Hannan se dejaban cortejar por algunos jóvenes que no eran ¿e la ciudad. Sin discusión ni comparación, Alida era la más bella de la fiesta.

Y Forrest se enteró de la noticia: los Rikker darían una gran baile después de Año Nuevo. Habían repartido invitaciones, pero también podían invitarte de viva voz. Corría el rumor de que bastaba con que te presentaran a alguno de los Rikker para que te invitaran al baile.

Cuando Forrest cruzaba el vestíbulo, dos amigos lo pararon y, entre risillas, le presentaron a un joven de diecisiete años, el señor Teddy Rikker.

—Vamos a dar una fiesta —dijo el joven inmediatamente—. El tres de enero. Me alegraría mucho que vinieras. Forrest lamentaba tener un compromiso. —Bueno, puedes venir si cambias de idea. —Es un chico impresentable, pero listo —dijo más tarde uno de los amigos—. Le hemos estado trayendo gente y, cuando nos acercamos con una pareja de idiotas, los miró y no les dijo una palabra. Algunos rechazan su invitación y otros, pocos, la aceptan, y la mayoría responde con evasivas, pero él insiste, imperturbable; ha salido a su padre.

No se hablaba de otra cosa en todas partes. ¿Por qué su hermana no le paraba los pies? Le dio lástima de la chica cuando encontró ajane con un grupo de amigas deleitándose con la historia.

—Me han dicho que invitaron por equivocación a Bodman, el de la funeraria, y luego se arrepintieron.

—La señora Carleton se hizo la sorda. —Van a traer de Canadá un cargamento de champán. —Yo no voy a ir, por supuesto, pero me encantaría, aunque sólo fuera por ver qué pasa. Habrá cien hombres para cada chica. Para ella será estupendo.

Tanta malevolencia junta le pareció repugnante, y le molestó que Jane participara en ella. Se volvió y vio la sombra orgullosa de Alida deslizándose por una pared, y observó con desagradable resentimiento la devoción de sus cortejadores. No se había dado cuenta de que llevaba meses un poco enamorado de ella: como dos niños pueden enamorarse mientras se pelean por una pelota, habían ido tomando conciencia el uno del otro, y aquella sensación había alcanzado proporciones

sorprendentes. —Es bonita —dijo Jane—. No es que sea recargada en el vestir, no es eso; pero, considerando el conjunto, se viste de una manera un poco exagerada.

—Me figuro que debería llevar un hábito de tela de saco y ponerse ceniza en la cabeza o vestirse de medio luto.

—He tenido el honor de que me inviten, pero, por supuesto, no pienso ir.

—¿Por qué no?

Jane miró a Forrest, sorprendida.

—Tú no vas.

—Es distinto. En tu caso, yo iría. ¿Sabes? No debería importarte lo que hizo su padre.

—Claro que me importa.

—No te importa. Y me parece una vileza tanta mezquindad. ¿Por qué no la dejáis en paz? Es joven y bonita y no ha hecho nada malo.

Aquella semana vio a Alida en la fiesta de los Hannan y se dio cuenta de que muchos la sacaban a bailar. Se fijó en el movimiento de sus labios, oyó su risa, cogió al vuelo alguna de las palabras que dijo; sin poder resistirse, se sorprendió animando a algunos a seguir la estela de Alida. Le mandaba a gente que estaba de paso en la ciudad y no sabía quién era Alida Rikker.

La noche de la fiesta de los Rikker cenó con algunos amigos y, antes de sentarse a la mesa, descubrió que todos iban a ir a la fiesta. Hablaban del asunto como de una especie de aventura humorística; insistían en que los acompañara.

—Y, si no te han invitado, da lo mismo —le aseguraron—. Nos han dicho que podemos llevar a quien queramos. La entrada es libre, sin ningún compromiso. Norma Nash va a ir y no invitó a Alida Rikker a su fiesta. Además, Alida es muy simpática. Mi hermano está loco por ella. Mamá está enferma de preocupación porque mi hermano dice que quiere casarse con ella.

Con otro whisky con soda en la mano, Forrest adivinó que, si se lo bebía, probablemente iría a la fiesta. Todas las razones para no ir le parecían caducas y trilladas en aquel momento, y, fatalmente, había empezado a sentirse ridículo. Intentó en vano recordar qué propósito lo guiaba, y no encontró ninguno. Su padre había sido condescendiente en el asunto del Club Kennemore. Y de repente encontró razones para ir: los hombres pueden ir a donde a sus mujeres no les está permitido.

—Muy bien —dijo.

La fiesta de los Rikker era en el salón de baile del Hotel Minnekada. El dinero de la familia, de oscura procedencia, corrompido, había tomado la forma de un bosque de palmeras, emparrados y flores. Dos orquestas gemían en pérgolas iluminadas con luciérnagas, y una batería de reflectores de colores barría la pista y rozaba un bufé donde brillaban botellas oscuras. La recepción de invitados continuaba cuando Forrest y sus amigos llegaron, y Forrest hizo una mueca irónica ante la perspectiva de tener que darle la mano a Chauncey Rikkert. Pero, en cuanto vio a Alida, en cuanto miró los ojos que por fin se clavaban en él con toda franqueza, se olvidó de todo lo demás.

—Tu hermano tuvo la amabilidad de invitarme —dijo.

—Ah, sí —era educada, pero parecía distraída; no parecía en absoluto sorprendida por su presencia. Mientras esperaba poder saludar a los padres, Forrest se sobresaltó: su hermana estaba entre un grupo de bailarines. Y, entonces, uno tras otro, fue identificando a gente que conocía. Aquella podría haber sido una de las fiestas de Navidad: todos los jóvenes se encontraban allí. Descubrió de pronto que Alida y él se habían quedado solos. La recepción de invitados había terminado. Alida lo miró, inquisitiva, un poco divertida.

Así que la sacó a bailar, con la cabeza alta, aunque empezaba a darle vueltas. De todo cuanto existe en el mundo, lo menos que hubiera podido esperarse era abrir el baile en la fiesta de los Rikker.

### III.

A la mañana siguiente lo primero que le vino a la cabeza fue que la había besado; lo segundo fue una sensación de profunda vergüenza por su comportamiento la noche anterior. Bien lo sabía Dios: Forrest había sido el alma de la fiesta y había ayudado a montar el cotillón. Desde el momento

en que pisó la pista de baile, devolviéndoles a sus amigos con absoluta frialdad las miradas curiosas y sorprendidas, lo había invadido algo parecido a la desesperación. Tomó al asalto a Alida Rikker hasta que un amigo le preguntó si no le importaba lo que diría Jane.

—¿Y qué tiene que ver Jane con esto? —respondió, impaciente—. No somos novios.

Pero se sintió obligado a acercarse a su hermana y preguntarle si lo veía en perfectas condiciones.

—Aparentemente, sí —contestó Eleanor—, pero cuando hay dudas, lo mejor es no beber más.

No le hizo caso. Su aspecto seguía siendo el adecuado, pero su libido había alcanzado un estado de extraversión incontrolable. Se sentó con Alida Rikker y le dijo que la quería desde hacía meses.

—He pensado en ti todas las noches, en el momento en que te vas a quedar dormida —la voz le temblaba por la falta de sinceridad—. Me daba miedo encontrarme contigo, hablarte. Te he visto algunas veces, de lejos, como en una carroza dorada, y el mundo me ha parecido un buen lugar para vivir.

Tras soportar veinte minutos de semejante elocuencia, Alida empezó a sentirse extraordinariamente atractiva. Estaba cansada y algo contenta, y por fin dijo:

—Muy bien, puedes besarme si quieres, pero eso no significa nada. No tengo ganas de tonterías.

A Forrest le sobraban ganas para los dos. La besó como si estuvieran ante el altar. Y poco más tarde, con honda emoción, le dio las gracias a la señora Rikker por los momentos más felices de su vida.

Era mediodía, y, mientras hacía desesperados esfuerzos por incorporarse en la cama, Eleanor entró en bata en el dormitorio.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Fatal.

—¿Qué me dijiste en el coche, cuando volvíamos? ¿De verdad quieres casarte con Alida Rikker?)

—Esta mañana no.

—Eso está mucho mejor. Ahora, escúchame: toda la familia está furiosa.

—¿Por qué? —preguntó, aunque no hacía ninguna falta.

—Porque fuimos a la fiesta. Papá se ha enterado de que tú encabezaste el cotillón. Yo le he dicho que tuve que ir porque fue la gente que me había invitado a cenar. ¡Pero tú también fuiste!

Forrest se vistió para el almuerzo del domingo. Sobre la mesa flotaba una atmósfera de decepción paciente, perpleja, por encima de las cosas del mundo. Por fin Forrest se atrevió a hablar:

—Bueno, fuimos a la fiesta de Al Capone y lo pasamos estupendamente.

—Ya me he enterado —dijo lacónicamente Pierce Winslow. La señora Winslow no dijo nada.

—Fue todo el mundo: los Kaye, los Schwan, los Martin y los Black. Los Rikker se han convertido en uno de los pilares de nuestra sociedad. Se les han abierto todas las puertas.

—Las de esta casa, no —dijo su madre—. No pisarán esta casa. Y, tras una pausa, añadió—: ¿No vas a comer, Forrest?

—No, gracias. Bueno, sí, estoy comiendo —miró su plato con cautela—. La hija es muy simpática. No hay ninguna chica en la ciudad mejor educada, con tan buenas cualidades. Si las cosas siguieran siendo como antes de la guerra, estoy seguro de que...

No sabía exactamente lo que iba a decir; lo único que tenía claro era que no compartía en absoluto la posición de sus padres.

—Antes de la guerra esta ciudad apenas si era algo más que un pueblo —dijo la anciana señora Forrest.

—Forrest se refiere a la Guerra Mundial, abuelita —dijo Eleanor. —Hay cosas que no cambian —dijo Pierce Winslow. Forrest y él estaban pensando en el asunto del Club Kennemore y, sintiéndose culpable, el padre perdió la calma—: Cuando la gente empieza a ir a fiestas organizadas por un delincuente condenado por la Justicia, algo muy grave está pasando.

—Se acabó la discusión en la mesa —dijo inmediatamente la señora Winslow.

A eso de las cuatro, Forrest llamaba por teléfono desde su cuarto. Sabía desde hacía un rato que iba a llamar por teléfono.

—¿Está la señorita Rikker? Ah, hola. Soy Forrest Winslow.

—¿Cómo estás?

—Fatal. Fue una fiesta estupenda.

—¿De verdad?

—Magnífica. ¿Qué estabas haciendo?

—Han venido a verme dos que tienen una resaca terrible.

—¿Puedo ir a verte yo también?

—Me encantaría. Ven.

Lo único que los dos jóvenes atinaban a hacer era gemir y poner en el gramófono canciones románticas, pero se fueron pronto y de repente la chimenea ardió mejor, y el día se extinguió tras las ventanas, y Forrest le añadió ron al té.

—Así que por fin nos hemos encontrado —dijo.

—Tú tuviste la culpa del retraso.

—Malditos prejuicios —dijo Forrest—. Vivimos en una ciudad conservadora, y, claro, los problemas de tu padre...

—No voy a hablar de mi padre contigo.

—Perdona. Sólo quería decirte que últimamente me sentía un estúpido porque no me atrevía a conocerte, porque me privaba del placer de conocerte por un prejuicio ridículo —continuó metiendo la pata—. Así que decidí seguir mis propias inclinaciones.

Alida se levantó de repente.

—Adiós, señor Winslow.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque es absurdo que vengas a mi casa como si me estuvieras haciendo un favor. Y, después de haber aceptado nuestra hospitalidad, recordarme los problemas de mi padre sólo es mala educación. Forrest se había puesto de pie, terriblemente perturbado.

—No era eso lo que yo quería decir. Sólo he dicho cómo pensaba y cómo me despreciaba a mí mismo por pensar así. No te ofendas, por favor.

—Pues no te des aires de superioridad.

Alida volvió a sentarse. Su madre entró, se quedó un momento y, al salir, le echó a Forrest una mirada de resentimiento y recelo. Pero su fugaz aparición tuvo el efecto de unirlos, y pasaron hablando con verdadera confianza un buen rato.

—Debería haber subido a arreglarme.

—Debería haberme ido hace una hora, pero no puedo.

—Ni yo.

Aquella confesión los llevó muy lejos. En la puerta Forrest le besó los labios, que se le ofrecieron de buena gana, y volvió a casa dando un paseo y arrojando inútiles cubos de sensatez a aquel fuego incontrolable.

Y, antes de que pasaran dos semanas, por fin sucedió. En un coche aparcado en medio de una ventisca, Forrest expresó tumultuosamente cómo la adoraba, y Alida, suspirando, se apretó contra su pecho.

—Yo también te quiero... yo también...

La familia de Forrest ya sabía adonde iba por las noches. Y, en un ambiente de frialdad y crispación, su madre le dijo una mañana:

—Hijo, no pensarás sacrificar inútilmente tu vida por una chica que no está a tu altura. Yo creía que te interesaba Jane Drake.

—Deja ese tema. No voy a hablar de eso.

Pero sólo fue un aplazamiento, mientras los días de aquel febrero eran blancos y mágicos y las noches cristalinas se llenaban de estrellas. La ciudad yacía bajo un esplendor frío, y era de incienso el aroma del abrigo de pieles de Alida y sus mejillas encendidas eran llamas ofrecidas al altar del

Norte. En el corazón de Forrest brotó una fuente de panteísmo, extasiado ante aquella tierra y aquel clima. Se lo debía a Alida. Siempre viviría allí.

—Te quiero tanto que nada podrá separarnos —dijo a Alida—. Pero tengo una deuda con mis padres, algo que no puedo explicarte. No sólo han gastado dinero en mí; han procurado darme algo más intangible: algo que sus padres les habían dado a ellos, y que ellos consideraron que valía la pena conservar. No me afecta, evidentemente, pero tengo que hacer lo posible por facilitarles las cosas —se dio cuenta, por la expresión de Alida, de que le estaba haciendo daño—: Cariño...

—Me da miedo cuando hablas así —dijo ella—. ¿No me lo echarás en cara más tarde? Sería terrible. Tienes que quitarte de la cabeza que vas a hacer algo malo. Mis principios son tan sólidos como los tuyos, y no puedo cargar con los pecados de mi padre... —se quedó pensando unos segundos—. No podrás contentar a todo el mundo, como en un cuento infantil. Tendrás que elegir. Probablemente, tendrás que hacerle daño a tu familia o a mí.

Dos semanas más tarde la tormenta estalló en casa de los Winslow. Pierce Winslow se presentó un día indignado y silencioso y celebró con su mujer una sesión a puerta cerrada. Cuando acabó, la madre llamó a la puerta de Forrest.

—Tu padre ha pasado un mal rato hoy. Chauncey Rikker se le ha acercado en el Club Ciudadano y empezó a hablarle como si tuvieras algún compromiso con su hija. Tu padre se fue, pero nos gustaría saberlo: ¿te has tomado en serio lo de la señorita Rikker?

—Me quiero casar con ella.

—¡Forrest!

La madre estuvo hablándole mucho rato, recordando, como si fuera una cuestión de siglos, los ochenta años que su familia se había identificado con la ciudad; cuando empezó a hablarle de la salud de su padre, Forrest la interrumpió:

—Todo eso es irrelevante, mamá. Si existiera algo en contra de Alida, algo personal, podría tener algún peso todo lo que me estás diciendo, pero no hay nada.

—Es presumida; sale con el primero que se presenta...

—No se diferencia en nada de Eleanor. Es una dama en todos los sentidos. Incluso me siento ridículo cuando hablo de ella así. Lo único que temes es tener que relacionarte de alguna manera con los Rikker.

—A eso no le tengo ningún miedo —dijo su madre, irritada—. Es absolutamente imposible. Lo que me da miedo es que esta relación te separe de todo lo que vale la pena en estos momentos, de todos los que te quieren. No tienes derecho a alterar nuestras vidas convirtiéndolas en motivo de chismes y escándalo...

—No voy a renunciar a la chica que quiero sólo porque tú le tengas miedo a los chismes.

La controversia continuó al día siguiente, con la participación de su padre. Su argumento era que había nacido en la antigua Kentucky, que siempre lo había inquietado haber engendrado un hijo con la hija de una familia de colonos de Minnesota, y que no debería haberse esperado otra cosa distinta de lo que estaba ocurriendo. Forrest consideraba la actitud de sus padres trivial y falsa. Sólo cuando salía de casa en contra de los deseos de los suyos, sentía algún remordimiento. Pero nunca olvidaba que algo precioso se estaba destruyendo: la camaradería juvenil con su padre y el cariño y confianza hacia su madre. Hora tras hora era consciente del desmántelamiento irreparable del pasado y, salvo cuando estaba con Alida, se sentía profundamente desdichado.

Un día de primavera, cuando la situación era ya insostenible y las comidas familiares solían celebrarse en silencio, la bisabuela de Forrest lo paró un momento en el rellano de la escalera y lo cogió del brazo.

—¿Esa chica es verdaderamente buena persona? —preguntó, fijando en Forrest los ojos transparentes, viejos y hermosos.

—Claro que sí, abuela.

—Entonces cástate con ella.

—¿Por qué me lo dices? —preguntó Forrest con curiosidad.

—Así se acabarán todas estas tonterías y tendremos un poco de paz. He pensado que me gustaría ser tatarabuela antes de morirme.

El abierto egoísmo de su bisabuela le pareció más convincente que la rectitud de los otros. Aquella noche Alida y Forrest decidieron casarse el 1 de junio y comunicaron por teléfono la noticia a los periódicos.

Y entonces la tormenta estalló de verdad. Los chismes corrieron por Crest Avenue: que la señora Rikker había llamado por teléfono a la señora Winslow, pero que ésta no estaba en casa. Que Forrest se había ido a vivir al Club Universitario. Que Chauncey Rikker y Pierce Winslow habían tenido unas palabras en el Club Ciudadano.

Era verdad que Forrest se había mudado al Club Universitario. Una noche de mayo, cuando el rumor del verano ya se estrellaba contra la tela metálica de las ventanas, preparó sus maletas en el dormitorio donde había vivido cuando era un niño y un muchacho. Se le hizo un nudo en la garganta, y se manchó la cara al restregársela con una mano mientras recogía los polvorientos trofeos de golf que se alineaban en la repisa, y tuvo que contenerse para no decir en voz alta: «Si no aceptan a Alida, ya no son mi familia».

Estaba terminando de hacer las maletas, cuando su madre entró.

—No te vas, ¿verdad que no?

—Me mudo al Club Universitario.

—No es necesario. Aquí nadie te molesta y puedes hacer lo que quieras.

—No puedo traer a Alida.

—Papá...

—¡Que se vaya a la mierda! —dijo, sin poderse dominar.

Su madre se sentó en la cama, a su lado.

—Quédate, Forrest. Te prometo que no volveré a discutir contigo. Pero quédate.

—No puedo.

—¡Y yo no puedo dejar que te vayas! ¡Parece como si te estuviéramos echando, y no es verdad!

—Quieres decir que va a parecerles a todos que me habéis echado.

—No, no he querido decir eso.

—Sí. Eso es lo que has querido decir. Y yo quiero decirte que no creo que a papá y a ti os importe mucho la catadura moral de Chauncey Rikker.

—Eso no es verdad, Forrest. Aborrezco a la gente que se porta mal e infringe la ley. Mi propio padre jamás hubiera permitido que Chauncey Rikker...

—No estoy hablando de tu padre. Ni a papá ni a ti os importa en absoluto lo que Chauncey Rikker haya hecho. Apuesto a que ni siquiera sabes lo que hizo.

—Claro que lo sé. Robó no sé cuánto dinero y huyó al extranjero, y cuando volvió lo metieron en la cárcel.

—Lo metieron en la cárcel por desacato al tribunal.

—Y tú lo defiendes, Forrest.

—¡No! Detesto todo lo que significa. No hay duda de que es un estafador. Pero te diré que me impresionó descubrir que papá no tiene principios. Sus amigos y él se reúnen en el Club Ciudadano a despotricar contra Chauncey Rikker, pero cuando se presenta la ocasión de negarle el ingreso en el club, se vienen abajo.

—Eso no tiene ninguna importancia.

—Sí la tiene. Ningún individuo de la edad de papá tiene principios. No sé por qué. Me gustaría poder tomar en consideración alguna convicción sincera, pero no voy a permitir que venga a insultarme gente que no tiene principios aunque pretenda tenerlos.

Su madre, sin saber qué responder, no se inmutó: sabía que su hijo tenía razón. Ni ella ni su marido ni sus amigos tenían principios. Eran buenos o malos de acuerdo con su naturaleza; a menudo asumían actitudes que recordaban de los tiempos pasados, pero siempre les faltaba la seguridad que sus padres y abuelos habían tenido. Imaginó confusamente que alguna relación guardaba la religión con aquello. Pero ¿cómo se pueden conseguir unos principios sólo con deseárselos?

La criada anunció la llegada de un taxi.

—Dile a Olsen que suba a recoger mi equipaje —dijo Forrest, y añadió dirigiéndose a su madre—: No me llevo el coche; ahí dejo las llaves. Sólo he cogido mi ropa. Espero que papá no me eche del trabajo.

—No hables así, Forrest. ¿Crees que tu padre iba a desampararte, hicieras lo que hicieras?

—Cosas peores se han visto.

—Eres duro y difícil —sollozó su madre—. Por favor, quédate un poco más, y a lo mejor se solucionan un poco las cosas y papá se vuelve más flexible. Quédate, por favor, quédate. Hablaré otra vez con tu padre. Haré todo lo que pueda por arreglar las cosas.

—¿Me dejaréis traer a Alida?

—Por ahora no. No me pidas eso. No podría soportar...

—Muy bien —dijo Forrest, imperturbable.

Olsen llegó para bajar las maletas. Llorando, sujetándolo por la manga del abrigo, su madre lo acompañó a la puerta.

—¿No te despidas de papá?

—¿Para qué? Lo veré mañana en la oficina.

—Forrest, estaba pensando... ¿por qué no te vas a un hotel en lugar de al Club Universitario?

—He pensado que estaría más cómodo...

De repente cayó en la cuenta de que en un hotel llamaría menos la atención. Tragándose su amargura, torpemente le dio a su madre un beso y subió al taxi.

Inesperadamente, el coche se detuvo: alguien había hecho una señal desde la acera, junto a la farola de la esquina, y a la luz del crepúsculo de mayo apareció Alida, pálida, desdichada.

—¿Qué pasa? —preguntó Forrest.

—Tenía que venir —dijo ella—. No sigas adelante. He estado pensando en que dejas tu casa por mi culpa, en cómo quieres a tu familia: igual que a mí me gustaría querer a la mía; y he pensado en lo terrible que sería echar a perder todo eso. Escúchame, Forrest. Quiero que vuelvas. Sí, vuelve. Nosotros podemos esperar. No tenemos ningún derecho a causarles todo este dolor. Somos jóvenes. Me iré fuera algún tiempo, y luego ya veremos.

Forrest la abrazó, la apretó contra su pecho y dijo:

—Tienes más principios que todos ellos juntos. Ah, mi vida, me quieres... Dios mío, qué alegría que me quieras.

#### IV.

Sería una boda en familia: Forrest y Alida habían vetado la idea de Rikker de que la boda fuera una especie de venganza pública. Sólo invitaron a unos pocos amigos íntimos.

Durante la semana que precedió a la boda, Forrest dedujo, por una serie de llamadas telefónicas indecisas y ambiguas, que su madre quería asistir a la ceremonia, si era posible. A veces le hacía mucha ilusión que asistiera, y otras le parecía algo sin importancia.

La boda se celebraría a las siete. A las cinco. Pierce Winslow, en su casa, recorría una y otra vez, arriba y abajo, los dos cuartos de estar comunicados entre sí.

—Esta tarde —murmuraba— mi único hijo se casará con la hija de un estafador.

Hablaba en voz alta para oír las palabras, pero aquellas frases habían sido invocadas tan a menudo en los últimos meses, que habían perdido la fuerza y ahora se disolvían y morían en el aire.

Al pie de las escaleras gritó:

—¡Charlotte!

No hubo respuesta. Volvió a gritar, y luego entró en el comedor, donde la criada estaba poniendo la mesa.

—¿Ha salido la señora Winslow?

—Yo no la he visto entrar.



Volvió al cuarto de estar, volvió a su paseo; se paseaba, sin darse cuenta, como su padre, el juez, muerto hacía treinta años; recorriendo la habitación, arriba y abajo, era una parodia de su padre muerto.

—No puedes traer a esa mujer a esta casa para que conozca a tu madre. La mala sangre es mala sangre.

La casa parecía más tranquila que de costumbre. Subió las escaleras y se asomó al dormitorio de su mujer, pero su mujer no estaba allí; la anciana señora Forrest se encontraba ligeramente indisputa. Sabía que Eleanor había ido a la boda.

Le dio verdadera pena de sí mismo cuando volvió a bajar las escaleras. Conocía el papel que le correspondía —someterse, como si la boda no existiera, a la misma rutina de cada noche—, pero necesitaba apoyo, necesitaba a alguien que le suplicara que cediera, o, más aún, aceptara y alimentara sus sentimientos heridos. El aislamiento era otra cosa; podía decirse que era la primera vez en su vida que se sentía tan aislado, y, como todos los hombres que fundamentalmente pertenecen a un grupo, a la manada, era incapaz de adoptar una actitud firme con la inevitable soledad que ello implica. Lo suyo era gravitar alrededor de quienes sí son capaces.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —le preguntaba al cenicero—. ¿En qué no he cumplido, pudiéndolo hacer, mis deberes de padre?

Entró la criada.

—La señora Winslow le dijo a Hilda que no vendría a cenar, pero Hilda no me lo había dicho.

Era el colmo de la vergüenza. Su mujer había cedido: lo había dejado completamente solo. Creyó, durante un instante, que iba a indignarse, a enfurecerse con ella, pero no pudo: había derrochado la cólera exhibiéndose ante los demás. Ni siquiera se sentía más convencido y dispuesto a mantener sus ideas: sólo se sentía más ridículo.

—Ya está. Seré el cascarrabias, el aguafiestas. Forrest no me perdonará nunca, y Chauncey Rikker se reirá a mis espaldas.

Y seguía recorriendo la sala de estar, arriba y abajo, furioso. —Me ha tocado cargar con el mochuelo. Dirán que soy un viejo cascarrabias y me borrarán del mapa. Me han hecho polvo. Y me figuro que encima tendré que tomármelo con elegancia —horrizado, se dio cuenta de que había cogido el sombrero—. No puedo... No puedo hacerlo, pero es mi deber. Al fin y al cabo, es mi único hijo. No puedo soportar que llegue a odiarme. Ha decidido casarse con esa mujer, así que habrá que poner buena cara.

Con súbita alarma miró su reloj, pero todavía quedaba tiempo. Después de todo, estaba haciendo un gesto de generosidad, sacrificando sus principios de aquella manera. Nadie sabría cuánto le había costado.

Una hora más tarde, la anciana señora Forrest se despertó de la siesta y llamó a la criada.

—¿Dónde está la señora Winslow?

—No vendrá a cenar. Han salido todos.

La vieja dama recordó.

—Ah, sí, hoy era la boda. Tráeme las gafas y la guía de teléfonos. No sé cómo se escribirá Capone.

—Rikker, señora Forrest.

Pronto tuvo el número.

—Soy la viuda de Hugh Forrest —dijo con voz firme—. Quisiera hablar con la señora de Forrest Winslow... No, no con la señorita Rikker, con la señora de Forrest Winslow —como todavía no existía tal persona, fue imposible—. Entonces llamaré después de la ceremonia —dijo la vieja dama.

Cuando volvió a llamar una hora más tarde, se puso la novia al teléfono.

—Soy la bisabuela de Forrest. Te llamo para desearte mucha felicidad y para pedirte que vengas a verme cuando volváis del viaje de novios, si todavía estoy viva.

—Es usted muy amable, señora Forrest.

—Cuida bien a Forrest, y no dejes que se vuelva tan bobo como sus padres. Que Dios te bendiga.

—Gracias.

—Muy bien. Adiós, señorita Capo... Adiós, querida.

Y, habiendo cumplido con su deber, la señora Forrest colgó.

## Seis a uno

*Seis a uno fue publicado en Redbook (febrero de 1932); puesto que no se habla de este relato en la correspondencia entre Fitzgerald y Ober, es imposible determinar por qué, si fue así, el Post rechazó Seis a uno. Aunque la trama peca de efectista, Seis a uno merece atención por ser un nuevo intento de reflexionar sobre los efectos de los privilegios y la riqueza en el carácter, lejos del decaído estado de ánimo de los años treinta. Los pobres son mejores que los ricos; pero Fitzgerald renuncia a simplificar la situación: «Lo único que parecía fatal y demasiado americano era que todos aquellos desechos estuvieran en la cima...»*

Barnes miraba desde lo alto de las escaleras el amplio vestíbulo, el salón de la casa y aquel grupo de jóvenes. Su amigo Schofield les hacía algún comentario benévolo, y Barnes no quería interrumpirlo; en lo más alto de las escaleras, inmóvil, parecía dejarse llevar de repente por el ritmo de los ocupantes del salón: los miraba como si fueran estatuas, seres de otro mundo, cincelados en la luz crepuscular de Minnesota que poco a poco se apoderaba del gran salón.

Allí estaban los cinco, los dos jóvenes Schofield y sus amigos, todos bien parecidos, típicamente americanos, vestidos con cierta despreocupación, pero sin desaliño, perfectamente constituidos, con cara de entusiasmo y expresión de estar abiertos al mundo. Entonces se dio cuenta de que parecían ordenarse de acuerdo con un plan, perfil sobre perfil, rubios y morenos, mirando hacia el señor Schofield; erguidos, pero en actitud vagamente relajada; sin tensión pero alertas, con sus pantalones de franela y los jerséis de angora suave, y la mano en el hombro del compañero, como para integrarse en la sólida camaradería del grupo. Entonces, de repente, como un grupo de modelos que rompiera filas después de posar para un escultor, la composición se disolvió y todos se dirigieron hacia la puerta. Barnes se quedó con la sensación de haber visto algo más que cinco jóvenes entre los dieciséis y los dieciocho años a punto de navegar o jugar al tenis o al golf: le habían dejado la viva impresión de un estilo de vida, una manera de ser joven algo diferente a la de su propia generación, que fue menos segura, más torpe. Aquella generación estaba unida por principios que él desconocía. Se preguntó vagamente cuáles eran los principios predominantes en 1920, si seguían vigentes, y tuvo una sensación de futilidad, de demasiado esfuerzo para un triunfo puramente estético. Entonces Schofield le pidió que bajara al salón.

—¿No forman un buen quinteto? —preguntó Schofield—. Dime, ¿has visto alguna vez un quinteto mejor?

—Muy bueno —asintió Barnes, sin demasiado entusiasmo. Tenía de repente el presentimiento de que su generación, gracias a años de esfuerzo, había hecho posible una edad de Pericles, pero no había producido ningún futuro Pericles. Habían montado el escenario, pero ¿contaban con los actores adecuados?

—Y no es sólo porque dé la casualidad de que dos de ellos sean mis hijos —continuó Schofield—. Es evidente. No encontrarías un grupo igual en ninguna ciudad del país. En primer lugar, son fuertes. Los dos pequeños Kavanaugh no van a ser demasiado altos... algo más que su padre; pero el mayor podría formar parte del equipo de hockey de cualquier universidad ahora mismo.

—¿Qué edad tienen? —preguntó Barnes.

—Pues Howard Kavanaugh, el mayor, tiene diecinueve años: irá a Yale el año que viene. Le sigue mi hijo Wister, que tiene dieciocho y también irá a Yale el próximo curso. Te gusta Wister, ¿verdad? No conozco a nadie a quien no le caiga bien. Ese chico podría llegar a ser un gran político. Y hay un muchacho que se llama Larry Patt, que hoy no ha venido; también tiene dieciocho años, y es el campeón de golf del Estado. Tiene una voz bonita, y está intentando que lo admitan en Princeton.

—¿Y quién es el rubio que parece un dios griego?

—Es Beau Lebaume. También irá a Yale, si las chicas lo dejan salir de la ciudad. Luego está el otro Kavanaugh, que es bajo pero fuerte, y que llegará a ser mejor atleta incluso que su hermano. Y está por fin el más joven de mis hijos, Charley; tiene dieciséis años —Schofield suspiró, con aparente cansancio—. Pero me temo que ya estás harto de oír fanfarronadas.

—No, háblame más de ellos. Me interesa. ¿Sólo son buenos atletas?

—¿Qué dices? No hay ni un solo tonto en el grupo, salvo quizá Beau Lebaume; y, a pesar de eso, no puedes evitar que te caiga simpático. Y todos son líderes por naturaleza. Me acuerdo de que hace algunos años una pandilla de gamberros intentó meterse con ellos, llamándoles ricuras. Bueno, pues aquella pandilla podría estar corriendo todavía. Me recuerdan a los jóvenes caballeros medievales. ¿Y qué pasa con que sean atletas? Me acuerdo de que tú fuiste el primer remero en New London, y de cómo defendiste la ampliación de las líneas ferroviarias, y de cómo...

—Si empuñé el remo fue porque me mareaba —dijo Barnes—. A propósito, ¿esos chicos son ricos?

—Bueno, los Kavanaugh lo son, desde luego; y a mis chicos algo les dejaré.

Los ojos de Barnes brillaron.

—Me figuro que, ya que no tienen problemas de dinero, se formarán para servir al Estado —sugirió—. Me has dicho que uno de tus hijos tiene cualidades para la política y que todos son como jóvenes caballeros, así que me figuro que se dedicarán a la política o ingresarán en el Ejército o en la Armada.

—No sé —en la voz de Schofield había cierta inquietud—. Creo que a sus padres no les gustaría mucho que no se dedicaran a los negocios. Es natural, ¿no?

—Es natural, pero es poco romántico —dijo Barnes, de buen humor.

—Te has propuesto sacarme de quicio —dijo Schofield—. Bueno, si encuentras a alguien que los iguale...

—Realmente forman una especie de grupo escultórico —admitió Barnes—. Tienen lo que podríamos llamar un encanto especial. Parecen un anuncio de cigarrillos; pero...

—Pero tú eres un viejo amargado —lo interrumpió Schofield—. Ya te he explicado que todos esos chicos son perfectos. Mi hijo Wister ha sido este año el primero de su clase, y yo estaba repugnantemente orgulloso de que hubiera ganado la medalla al mejor alumno de la región.

Los dos hombres estaban frente a frente con la baraja del futuro, sin cortar, encima de la mesa. Habían ido juntos a la universidad, y eran amigos desde hacía muchos años. Barnes no había tenido hijos, y Schofield atribuía su falta de entusiasmo a esta circunstancia.

—El caso es que no me los imagino prendiéndole fuego al mundo, mejorando lo que hicieron sus padres —estalló Barnes de repente—. Y a sus padres les deben la mayor parte de su encanto. En el Este están empezando a darse cuenta de que los chicos ricos tienen problemas. ¿Es posible competir con ellos? Quizá, por el momento, no —se inclinó, los ojos le brillaban—. Pero podría escoger a seis chicos de algún instituto de Cleveland, educarlos, y creo que dentro de diez años superarían ampliamente a tus jóvenes camaradas. Se les exige demasiado poco, se espera demasiado poco de ellos... ¿Hay algo más cómodo que tener que preocuparse únicamente de seguir siendo un atleta encantador?

—Sé lo que piensas —objetó Schofield, burlón—. Vas a una escuela pública y eliges a los seis alumnos más brillantes...

—Te voy a explicar lo que haré... —Barnes advirtió que, de un modo inconsciente, había dicho *haré* en lugar de *me gustaría hacer*, pero no rectificó—. Iré al pueblo de Ohio donde nací: no creo que haya más de cincuenta o sesenta alumnos en el instituto, así que me sería difícil encontrar seis genios entre tan poca gente.

—¿Y bien?

—Les daré una oportunidad. Si fallan, perderán la oportunidad. Es una responsabilidad muy seria, y tendrán que tomársela en serio. Es lo que les ha faltado a estos chicos: sólo les han exigido ser serios en cosas sin importancia —se quedó pensativo unos segundos—. Voy a hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Voy a intentarlo.

Quittce días más tarde volvía al pueblo de Ohio donde había nacido, donde tuvo la sensación de que el torrente de emociones de su juventud aún habitaba las calles tranquilas. Se entrevistó con

el director del instituto, quien le hizo algunas sugerencias; y, tras el difícil, para Barnes, requisito de redactar las correspondientes peticiones y de asistir más tarde a una reunión, se puso en contacto con profesores y alumnos. Hizo una donación al instituto, que le dio oportunidad de observar a los chicos en horas de clase y en los recreos.

Le gustaba: volvía a sentirse joven. Había algunos chicos que le caían bien a primera vista, y entonces empezaba un proceso de selección, invitándolos en grupos de cinco o seis a casa de su madre, un poco a la manera en que los clubes universitarios eligen nuevos miembros. Cuando un chico le interesaba, Barnes estudiaba su historial y el de su familia. Y quince días después había seleccionado a cinco chicos.

El primero de los elegidos era Otto Schlach, hijo de un agricultor, que ya había demostrado extraordinarias aptitudes para la mecánica y las matemáticas. Schlach fue muy recomendado por sus profesores, y agradeció la oportunidad que se le ofrecía de ingresar en el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

James Matsko había sido la única herencia que un padre borracho había dejado al pueblo de Barnes. Desde los doce años James se había ganado la vida sin ayuda de nadie con un puesto de periódicos y caramelos que tenía una fachada de treinta centímetros; y a los diecisiete se decía que había ahorrado quinientos dólares. A Barnes le resultó difícil convencerlo para que estudiara Economía y Finanzas en Columbia, pues Matsko consideraba que ya sabía ganar dinero. Pero Barnes tenía el prestigio de ser el hijo del pueblo que más lejos había llegado, y convenció a Matsko de que, en caso de no ir a la universidad, sus posibilidades pronto se verían tan reducidas como la fachada de su negocio.

Luego estaba Jack Stubbs, que había perdido un brazo cazando, pero a pesar de esta desventaja jugaba en el equipo de fútbol del colegio. No estaba entre los primeros de la clase; no cultivaba ninguna inclinación en especial; pero el hecho de que hubiera superado aquel enorme handicap hasta el punto de jugar al fútbol, y placar y marcar puntos, convenció a Barnes de que no existían obstáculos que pudieran interponerse en el camino de Jack Stubbs.

El cuarto elegido fue George Winfield, que estaba a punto de cumplir veinte años. A causa de la muerte de su padre había dejado el colegio a los catorce, y había ayudado a mantener a su familia durante cuatro años, y luego, cuando la situación mejoró, había vuelto al instituto, a terminar sus estudios. Por esta razón Barnes consideraba que Winfield daría la talla en la universidad.

El siguiente fue un chico que a Barnes le cayó personalmente antipático. Louis Ireland era a la vez el alumno más brillante y el chico más difícil del instituto. Desaliñado, insubordinado y excéntrico, Louis pintaba caricaturas procaces parapetado tras el libro de latín, pero cuando el profesor lo llamaba recitaba perfectamente la lección. Era un talento en potencia: imposible prescindir de él.

La última elección fue la más difícil. Los chicos que quedaban eran mediocres, o hasta el momento no habían demostrado ninguna cualidad digna de aprecio. Barnes, recordando patrióticamente su antigua universidad, pensó durante algún tiempo en el capitán del equipo de fútbol, un depurado defensa central que hubiera sido bien recibido en cualquier equipo del Este; pero aquello hubiera desmentido la honradez de la idea.

Eligió por fin a un joven, Gordon Vandervere, de mejor posición social que los otros. Vandervere era el más guapo y el que tenía más éxito entre las chicas del instituto. Había pensado ir a la universidad, pero su padre, un clérigo lleno de preocupaciones, se alegró al ver que le facilitaban el camino.

Barnes estaba contento de sí mismo; se sentía una especie de dios que podía moldear los destinos de aquellos jóvenes. Tenía la sensación de que eran sus hijos, y le puso un telegrama a Schofield, que estaba en Minneapolis:

HE ELEGIDO A LOS OTROS SEIS Y LOS RESPALDO HASTA EL FIN.

Y ahora, después de tanta biografía, empieza la historia...

El friso se rompió. El joven Charley Schofield había sido expulsado de Hotchkiss. Fue una pequeña pero dolorosa tragedia: él y otros cuatro chicos, simpáticos, conocidos, atentaron contra el honor del colegio al fumar. El padre de Charley sintió profundamente aquel asunto, vacilando entre el disgusto con su hijo y la rabia contra el colegio. Charley volvió a Minneapolis desesperado y asistió a la escuela pública mientras decidían qué iba a hacer.

A mediados del verano no habían decidido nada todavía. Cuando terminó el curso, dedicó su tiempo a jugar al golf o a bailar en el Club Minnekada: era un guapo muchacho de dieciocho años que aparentaba más edad, de modales encantadores, sin ningún vicio serio, pero con cierta tendencia a dejarse influir fácilmente por las chicas que merecían su admiración. En aquel tiempo admiraba fundamentalmente a Gladys Irving, una recién casada que apenas le llevaba dos años. La perseguía en los bailes del club, y estaba prendado de ella, aunque Gladys, por su parte, estaba enamorada de su marido y sólo buscaba en Charley la confirmación de que era joven y atractiva, eso que a menudo necesita toda mujer bella después de tener su primer hijo.

Una noche, sentados en la terraza del Club Lafayette, Charley sintió la necesidad de fanfarronear ante ella, de presumir de tener más experiencia, de poder protegerla.

—He visto mucho mundo para la edad que tengo —dijo—. He hecho cosas que ni siquiera te podría contar.

Gladys no contestó.

—Por ejemplo, la semana pasada... —comenzó, pero lo pensó mejor—. De todas maneras, no creo que pueda ingresar en Yale el año que viene... Tendría que irme al Este enseguida y estudiar durante todo el verano. Me da igual: trabajaré en la oficina de papá; y, cuando Wister se vaya a la universidad en otoño, el descapotable será para mí solo.

—Yo creía que ibas a ir a la universidad —dijo Gladys con frialdad.

—Iba a ir. Pero lo he pensado mejor, y ya no estoy seguro. Salgo con chicos mayores que yo, y me siento mayor que los chicos de mi edad. Me gustan las chicas mayores que yo, por ejemplo.

Cuando Charley la miró, de repente le pareció a Gladys más atractivo que nunca: sería muy agradable tenerlo cerca, para que la sacara a bailar en las fiestas del verano. Pero Gladys dijo:

—Estarías loco si te quedaras aquí.

—¿Por qué?

—Empezaste algo, así que debes seguir adelante. Cinco años dando vueltas por la ciudad... y no servirás para nada.

—Eso es lo que tú crees —dijo Charley con indulgencia.

Gladys no quería molestarlo ni ahuyentarlo; pero quería decirle algo más contundente.

—¿Crees que me has impresionado cuando me dijiste que ya tienes mucha experiencia? No entiendo cómo alguien puede pretender ser tu amigo y animarte a seguir por ese camino. Si yo fuera tú, por lo menos haría el examen de ingreso en la universidad. Así nadie podrá decir que te viniste abajo porque te expulsaron del colegio.

—¿Eso es lo que piensas? —dijo Charley, imperturbable, con aquellos modales precoces y solemnes, como si pensara que hablaba con una niña. Pero Gladys lo había convencido, porque estaba enamorado de ella y la envolvía la luna. Tú, ¡caramba!, y yo era la última canción que habían bailado el miércoles anterior, y el título parecía apropiado para la ocasión.

Si Gladys hubiera aceptado la idea que Charley tenía de sí mismo de ser un hombre hecho y derecho, y hubiera ocultado su interés bajo la máscara de la camaradería, sin animarlo a cumplir los deseos de su padre, lo hubiera dejado fanfarronear. Pero no fue así, y Charley aprobó el ingreso en la universidad aquel otoño, gracias a las suaves reminiscencias de una chica y a sus propios recuerdos de lo dulces que son los triunfos juveniles en los campos de la juventud.

Y cumplió los deseos de su padre. Si no lo hubiera hecho, la catástrofe de su hermano mayor, Wister, aquel otoño hubiera destrozado a Schofield. La mañana siguiente al partido con Harvard los periódicos de Nueva York aparecieron con el siguiente titular:

ACCIDENTE DE COCHE DE CORISTAS Y ESTUDIANTES DE YALE. IRENE DALE Y, EN EL HOSPITAL DE GREENWICH, ANUNCIA PLEITO POR BELLEZA AMENAZADA. IMPLICADO HIJO DE MILLONARIO.

Los cuatro chicos comparecieron ante el decano dos semanas más tarde. Wister Schofield, que había conducido el coche, fue el primero en ser llamado.

—El coche no era suyo, señor Schofield —dijo el decano—. Era del señor Kavenaugh, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Y por qué lo conducía usted?

—Las chicas se empeñaron. No se sentían seguras.

—Pero usted también había bebido, ¿verdad?

—Sí, pero no mucho.

—Dígame —preguntó el decano—: ¿había conducido alguna otra vez después de haber bebido, e incluso de haber bebido más que aquella noche?

—Bueno, quizá una o dos veces, pero jamás había tenido un accidente. Y éste fue absolutamente inevitable...

—Es posible —reconoció el decano—; pero tenemos que verlo de esta manera: hasta ahora no había sufrido usted ningún accidente incluso mereciéndoselo. Y ahora, cuando no se lo merecía, ha sufrido uno. No quisiera que se fuera de aquí con la impresión de que la vida o la universidad o yo mismo hemos sido injustos con usted, señor Schofield. Pero los periódicos le han dado a este asunto gran relevancia, y lamento decirle que la universidad tendrá que prescindir de su presencia.

La siguiente figura del friso era Howard Kavanaugh, a quien el decano le dijo sustancialmente lo mismo.

—Su caso me resulta especialmente doloroso, señor Kavanaugh. Su padre ha hecho importantes donaciones a la universidad, y el pasado invierno fue un placer verlo jugar a usted al hockey con su acostumbrada brillantez.

Howard Kavanaugh abandonó el despacho sin poder contener las lágrimas.

Puesto que los demandados en el pleito de Irene Daley por haber perdido su belleza y su medio de ganarse la vida eran el propietario y el conductor del automóvil, las sentencias contra los otros dos ocupantes del coche fueron más benévolas. Beau Lebaume entró en el despacho del decano con el brazo en cabestrillo y su preciosa cabeza envuelta en vendas y fue expulsado el resto del curso. Se lo tomó con elegancia y se despidió del decano tan alegre y sonriente como le permitían los vendajes. El último caso, sin embargo, fue el más difícil.

George Winfield, que había empezado con retraso sus estudios en el instituto porque la necesidad de trabajar le había enseñado el valor de la educación, entró en el despacho sin levantar la vista.

—No puedo entender su participación en este asunto —dijo el decano—. Conozco personalmente a su benefactor, el señor Barnes. Me ha contado cómo tuvo usted que dejar la escuela para ponerse a trabajar, y cómo volvió a estudiar cuatro años más tarde para continuar su formación, y me parecía que su actitud hacia la vida era fundamentalmente seria. Y hasta ahora tenía usted un buen expediente aquí, en New Haven, pero, hace varios meses, me sorprendió que saliera usted con un grupo más bien alegre, chicos con demasiado dinero en el bolsillo. Usted ya es lo suficientemente mayor para darse cuenta de que esos muchachos no podían darle a usted, desde un punto de vista material, tanto como podían arrebatarse desde cualquier otro punto de vista. Tengo que expulsarlo de la universidad un año. Si vuelve, espero de todo corazón que justifique la confianza que el señor Barnes ha depositado en usted.

—No volveré —dijo Winfield—. No podría mirar al señor Barnes a la cara después de esto. Ni siquiera iré a mi casa.

En el juicio de Irene Daley los cuatro mintieron por lealtad hacia Wister Schofield. Dijeron que antes de estrellarse contra el surtidor de gasolina habían visto cómo la señorita Daley se agarraba al volante. Pero la señorita Daley estaba en la sala con la cara, ya habitual en los periódicos, llena de cicatrices; y su abogado presentó una carta en la que se rescindía el contrato de su última película. Para los estudiantes el caso se presentaba difícil; así, durante un descanso, por consejo de su abogado aceptaron pagar una indemnización de cuarenta mil dólares. Wister Schofield y Howard Kavanaugh fueron sorprendidos por una multitud de fotógrafos cuando abandonaban la sala del tribunal, y por un día gozaron de una celebridad flamante.

Aquella noche Wister, los tres chicos de Minneapolis, Howard y Beau Lebaume emprendieron regreso a casa. George Winfield los despidió en la estación de Pensilvania; y, no teniendo adonde ir, se adentró en Nueva York para empezar una nueva vida.

De todos los protegidos de Barnes, Jack Stubbs, con su único brazo, era el favorito. Fue el primero en alcanzar cierta fama: cuando formó parte del equipo de tenis de Princeton, los periódicos

incluyeron en sus páginas fotos de Jack golpeando la pelota en el momento del saque. Cuando terminó sus estudios\* Barnes le dio trabajo en su oficina: había hablado con frecuencia de un hijo adoptivo. Stubbs, junto con Schlach, hoy un prestigioso ingeniero, fue el más satisfactorio de sus experimentos, aunque James Matsko había merecido a los veintisiete años ser invitado a entrar como socio en un despacho de corredores de Bolsa de Wall Street. Económicamente hablando era el que había obtenido mayor éxito de los seis, pero Barnes se dio cuenta de que le asqueaban un poco su egoísmo y su dureza. Se preguntaba, incluso, si él, Barnes, había desempeñado algún papel real en la carrera de Matsko: importaba poco, a fin de cuentas, que Matsko fuera una figura de las finanzas en la metrópoli o un próspero comerciante del Medio Oeste, y era indudable que se hubiera abierto camino sin ningún tipo de ayuda.

Una mañana de 1930 Barnes le dio a Jack Stubbs una carta para que la añadiera al libro de contabilidad de los chicos.

—¿Qué opinas de esto?

La carta era de Louis Ireland, que estaba en París. Sobre Louis no se ponían de acuerdo, y, mientras Jack leía, se preparaba para interceder por él una vez más.

«Querido señor:

»Después de su última carta, recibida a través de su banco en esta ciudad, adjuntando cheque que por la presente le agradezco, no me siento obligado a volver a escribirle. Pero, puesto que el hecho concreto del valor comercial de un objeto parece ser capaz de impresionarle, mientras permanece absolutamente insensible al valor de una abstracción, le escribo para comunicarle que mi exposición ha tenido un éxito sin precedentes. Para adaptarme lo más posible a su nivel intelectual le diré que he vendido dos piezas —un busto de Lalette, la actriz, y un grupo de animales en bronce— por un total de siete mil francos (280 dólares). Además, tengo encargos que me ocuparán todo el verano. Le adjunto el recorte de un artículo que me dedica *Cahiers d'Art*, que le demostrará que, piense lo que piense de mi talento y mi carrera, su opinión no puede ser considerada unánime.

»Esto no quiere decir que yo no le agradezca su piadoso intento de proporcionarme una educación. Me figuro que Harvard no era peor que cualquier refinado colegio para señoritas: los años que desperdicié allí me proporcionaron un punto de vista agudo y bien documentado sobre la vida y las instituciones de Estados Unidos. Pero su sugerencia de que regrese a América y me dedique a esculpir ninfas estandarizadas para las fuentes de los especuladores era un poco excesiva...»

Stubbs dejó de leer con una sonrisa.

—Bueno —dijo Barnes—, ¿qué te parece? ¿Está loco o el hecho de que haya vendido algunas estatuas demuestra que el loco soy yo?

—Ninguno de los dos —se echó a reír Stubbs—. Tú nunca has puesto en duda el talento de Louis. Pero no has podido olvidar aquel año que intentó entrar en un monasterio y fue detenido en las manifestaciones a favor de Sacco y Vanzetti y acabó fugándose con la mujer de su profesor.

—Sólo se estaba formando —dijo Barnes, lacónico—; aprendiendo a volar por su cuenta.

—Bueno, a lo mejor ya se ha formado —dijo Stubbs despreocupadamente. Siempre había apreciado a Louis Ireland, y ya había pensado escribirle y preguntarle si necesitaba dinero.

—De todas maneras, a mí ya no me necesita —dijo Barnes—. Ya no puedo ni ayudarle ni perjudicarlo. Me figuro que podemos considerarlo un éxito, aunque parezca más bien dudoso. Veamos cómo van las cosas. Tengo que ver a Schofield en Minneapolis la semana que viene, y me gustaría ajustar cuentas. En mi opinión, habéis sido un éxito tú, Otto Schlach, James Matsko —pese a lo que tú y yo pensemos de él como persona—, y demos por supuesto que Louis Ireland va a ser un gran escultor. En total suman cuatro. Winfield ha desaparecido. Jamás he recibido una línea suya.

—A lo mejor le van bien las cosas en alguna parte.

—Si le fueran bien las cosas, creo que me lo hubiera hecho saber. Por el momento lo incluiremos en la columna de los fracasos. Y luego está Gordon Vandervere.

Los dos guardaron silencio un instante.



—No me explico lo de Gordon —dijo Barnes—. Es un tipo estupendo, pero desde que dejó la universidad no ha encontrado forma de levantar cabeza.. Era más joven que vosotros, y tenía la ventaja de haber pasado dos años en Andover antes de ir a la universidad, y en Princeton los dejó de piedra, como tú dices. Pero parece haber perdido las alas: hace cuatro años que no hace absolutamente nada; es incapaz de conservar un trabajo, incapaz de concentrarse en nada, y no parece que le importe mucho. He terminado con Gordon.

En aquel momento anunciaron por teléfono que Gordon había llegado.

—Me había pedido una cita —explicó Barnes—. Me figuro que quiere meterse en algún asunto nuevo.

Un joven bien parecido, con ademanes desenvueltos y agradables, entró airoso en el despacho.

—Buenas tardes, tío Ed. ¡Qué alegría verte, Jack! —Gordon se sentó—. Traigo muchas y buenas noticias.

—¿Sobre qué? —preguntó Barnes.

—Sobre mí.

—Ya sé. Te han llamado para que prepares la fusión entre J. P. Morgan y el puente de *Queensborough*.

—Es una fusión —asintió Vandervere—, pero no son esas las partes implicadas. Me he prometido.

La expresión de Barnes se iluminó.

—Mi novia se llama —continuó Vandervere— Esther Crosby.

—Permíteme felicitarte —dijo Barnes con ironía—. Me figuro que es familia de H. B. Crosby.

—Exactamente —dijo Vandervere sin inmutarse—. Su única hija.

Por un momento reinó el silencio en el despacho. Luego Barnes estalló.

—¿Tú, precisamente tú, te vas a casar con la hija de H. B. Crosby? ¿No sabe Crosby que el mes pasado tuvieron que prescindir de tus servicios en uno de sus bancos?

—Me temo que lo sabe todo sobre mí. Me lleva observando cuatro años. ¿Sabes, tío Ed? —continuó alegremente—, Esther y yo nos hicimos novios el último curso que estuve en Princeton: mi compañero de habitación la invitó a una fiesta, pero ella me prefirió a mí. Aunque, claro, el señor Crosby no ha querido oír hablar del asunto hasta que he demostrado mi valía.

—¡Demostrado tu valía! —repitió Barnes—. ¿Piensas que has demostrado tu valía?

—Bueno... Sí.

—¿Cómo?

—Esperando cuatro años. Entiéndelo, tanto Esther como yo podríamos habernos casado con cualquiera en ese tiempo, pero no lo hicimos. En vez de eso, nos propusimos vencer su resistencia, por decirlo así. Y por eso no he sido capaz de dedicarme seriamente a otra cosa. El señor Crosby es todo un carácter, y se necesita mucho tiempo y mucha energía para vencer su resistencia. Si Esther y yo no podíamos vernos durante meses, ella no comía, y, claro, cuando me acordaba de aquello yo tampoco podía comer, así que no podía trabajar...

—¿Y dices que por fin ha dado su consentimiento?

—Sí, anoche.

—¿Y va a permitir que sigas ganduleando?

—No. Esther y yo vamos a ingresar en el servicio diplomático. Esther considera que la familia ha superado la fase de la Banca —Gordon le hizo un guiño a Stubbs—. Vigilaré a Louis Ireland cuando vaya a París, y le mandaré un informe a tío Ed.

De repente a Barnes le dio un ataque de risa.

—Bueno, en el bombo de la lotería caben todos los números —dijo—. Cuando os elegí a los seis, podía imaginarme cualquier cosa... —le preguntó a Stubbs—: ¿En qué columna lo incluimos, en la de Éxitos o en la de Fracasos?

—Un éxito clamoroso —dijo Stubbs—. El primero de la lista.

Dos semanas después Barnes se reunía en Minneapolis con su viejo amigo Schofield. Recordaba la casa con los seis chicos, tal como la había visto por última vez: parecía conservar

cicatrices de los muchachos, como las huellas que los cuadros dejan en las paredes que han protegido durante años de la marca del tiempo. Puesto que no sabía qué había sucedido con los hijos de Schofield, evitó referirse a su conversación de hacía diez años hasta cerciorarse de que no era un terreno peligroso. Y se alegró de su reticencia cuando, por la noche, Schofield le habló de su hijo mayor, Wister.

—Parece que Wister no ha llegado a encontrarse consigo mismo. ¡Y era un chico tan animoso! Era el líder de todos los grupos de los que ha formado parte; siempre conseguía que las cosas marcharan. Cuando era más joven, nuestras casas en la ciudad y en el lago siempre rebosaban de gente joven. Pero después de dejar Yale perdió el interés por las cosas: sentía una especie de desdén por todo. Durante un tiempo pensé que se debía a que bebía demasiado, pero se casó con una chica preciosa, que se ocupó del asunto. Pero sigue sin tener ambiciones... Tenía proyectos de vivir en el campo, así que le compré un criadero de zorros plateados, pero no prosperó, y lo mandé a Florida cuando el crecimiento económico, pero tampoco fue mejor. Ahora parece interesarle un rancho para turistas en Montana; pero la depresión...

Barnes aprovechó la oportunidad para preguntar:

—¿Qué fue de aquellos amigos de tus hijos que conocí un día?

—Veamos... Sé a quiénes te refieres. Estaba Kavenaugh... ya sabes, el de las harinas, que venía mucho. Veamos... Se fugó con una chica del Este, y durante algunos años su mujer y él fueron los cabecillas de una pandilla de por aquí: lo único que hicieron fue beber en grandes cantidades y poco más. Me parece haber oído el otro día que Howard está intentando conseguir el divorcio. Y estaba el hermano menor, que nunca consiguió ingresar en la universidad. Acabó casándose con una manicura, y viven aquí con bastante desahogo. No he oído mucho más sobre ellos.

Los rodeaba una especie de hechizo, de fascinación, recordó Barnes; habían estado tan seguros de sí mismos, tanto individualmente como en grupo; animosos, un friso de jóvenes griegos, de cuerpos llenos de gracia, listos para vivir.

—Estaba también Larry Patt; si te apetece, podrías verlo. Un gran jugador de golf. No aguantó la universidad: parece que en la universidad no había suficiente aire fresco para Larry —y añadió a la defensiva—: pero supo sacar partido de lo que sabía hacer mejor: abrió una tienda de deportes y la convirtió en un buen negocio, según tengo entendido. Tiene una cadena de tres o cuatro tiendas.

—Creo recordar a un chico excepcionalmente guapo.

—Ah, Beau Lebaume. También anduvo metido en aquel lío de New Haven. Y, después de aquello, se destruyó: bebida y qué sé yo. Su padre lo intentó todo, y ahora ya no sabe qué hacer con él —la cara de Schofield se iluminó de repente; le brillaban los ojos—. Pero deja que te cuente, tengo un chico... ¡Mi Charley! No lo cambiaría por todos los otros juntos. Va a venir a verme dentro de un momento, así que podrás verlo. Tuvo un mal comienzo, en Hotchkiss se metió en problemas... Pero ¿se rindió? Jamás. Volvió a estudiar y consiguió un buen expediente en New Haven, miembro del mejor club de estudiantes y todas esas cosas. Luego viajó por el mundo con unos cuantos amigos y volvió y me dijo: «Muy bien, papá, estoy preparado. ¿Cuándo empiezo a trabajar?». No sé lo que haría sin Charley. Se casó hace pocos meses con una joven viuda de la que siempre había estado enamorado; y su madre y yo todavía lo echamos de menos, aunque los dos vienen a menudo.

Barnes se alegró de aquello y de repente se resignó a no haber tenido hijos. Sale bueno uno de cada dos y, aunque puedes esperar más, también puedes quedarte sin nada; y tener que envejecer solo cuando esperabas tanto de los hijos...

—Charley lleva los negocios —continuó Schofield—. Sí, él y un joven llamado Winfield que Wister me recomendó hace cinco o seis años. Wister se sentía responsable respecto a él, consideraba que lo había metido en aquel problema de New Haven, y el chico no tenía familia. Wister se portó bien en ese asunto.

¡Otro de los seis de Barnes que había respondido! Barnes sintió una oleada de triunfo, pero se dio cuenta de que debía disimular; poco después, cuando Schofield le preguntó si había llevado a cabo su intención de enviar a algunos chicos a la universidad, evitó contestar. Después de todo, cada instante tiene su valor; puede ser cuestionado a la luz de los acontecimientos posteriores, pero el instante permanece. El joven príncipe vestido de terciopelo, arropado por el calor de la familia y cerca de la reina, entre el silencio de los ricos tapices, puede convertirse en Pedro el Cruel o en Carlos el Loco, pero el instante de belleza existió. Diez años antes, Schofield había mirado a sus

hijos y a sus amigos como a samurais, radiantes, gloriosos y jóvenes, quizá como algo que él había echado de menos en su propia juventud. Y más tarde tuvieron que pagar un precio estos chicos, todos demasiado perfectos, con la balanza de la vida inclinada hacia la juventud, de manera que todo lo posterior habría de ser inevitablemente una decepción. ¡Aquellos jóvenes habían sido educados como príncipes sin tener ninguna de las responsabilidades de un príncipe! Barnes no sabía qué tendrían que haber hecho sus madres, qué les había faltado a sus madres.

Pero se alegraba de que su amigo Schofield tuviera un hijo de verdad.

En cuanto a su experimento, no se arrepentía, pero tampoco lo hubiera repetido. Quizá probara algo, pero no sabía exactamente qué. Quizá que la vida se renueva sin cesar, y el esplendor y la belleza le abren paso; y se alegraba de haber aprendido que la república podía sobrevivir a los errores de una generación entera, apartando los desechos, favoreciendo la vitalidad y la fortaleza. Lo único que parecía fatal y demasiado americano era que todos aquellos desechos estuvieran en la cima; y se daba cuenta de que no viviría lo suficiente para ver el final, para ver la Seriedad en la misma piel que la Oportunidad: para ver cómo la raza desarrollaba por fin todas sus posibilidades.

## ¡Qué hermosa pareja!

¡Qué hermosa pareja! (*Saturday Evening Post*, 21 de agosto de 1932) fue una respuesta — como *Dos errores*— al espíritu de competencia que surgió entre Fitzgerald y su mujer, cuando Zelda emprendió su propia carrera como bailarina, pintora y escritora. Este relato nació del resentimiento mutuo al que dio origen la publicación de la única novela de Zelda Fitzgerald, *Save Me the Waltz* (1932). Al parecer, el *Post* aceptó ¡Que hermosa pareja! sin demasiada convicción: los honorarios de Fitzgerald fueron rebajados a 2.500 dólares.

I.

A las cuatro de una tarde de noviembre de 1902, Teddy van Beck se apeó de un cabriolé frente a una casa de piedra caliza en Murray Hill. Era un joven alto, ancho de hombros, con una cara delicada en la que sobresalían la nariz aguileña y los ojos dulces y castaños. En sus venas competían la sangre de gobernadores de la época colonial y la sangre de famosos salteadores de caminos disfrazados de plutócratas; la síntesis había producido, allí y entonces, en Teddy Van Beck, algo nuevo y diferente.

Su prima, Helen van Beck, esperaba en el salón. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, pero era lo suficientemente joven para que aquel detalle no disminuyera su radiante belleza: una belleza que había llegado al extremo de parecer que contenía en sí misma el secreto de su plenitud, como si nunca fuera a dejar de crecer. Tenía diecinueve años y, en contra de las evidencias, era extremadamente feliz.

Teddy la abrazó, la besó en la mejilla, y, cuando quiso darse cuenta, estaba dándole un beso a una oreja, porque su prima le había vuelto la cara. La retuvo unos segundos, mientras el entusiasmo se enfriaba, y luego dijo:

—No parece que te alegres de verme.

Helen tenía el presentimiento de que iba a tener lugar una de las escenas más memorables de su vida, y con crueldad inconsciente no tardó en empezar a extraerle todo su valor dramático. Se sentó en una esquina del sofá, frente a una butaca.

—Siéntate ahí —ordenó, con lo que entonces se llamaban con admiración «modales regios», e inmediatamente, al ver que Teddy se montaba a horcajadas en el taburete giratorio del piano, añadió—: No, no te sientes ahí. No puedo hablar contigo si vas a estar dando vueltas.

—Siéntate en mis rodillas —sugirió Teddy.

—No.

Tecleando con una sola mano un arpegio en el piano, Teddy dijo:

—Te oigo mejor desde aquí.

Helen perdió la esperanza de comenzar con una suave nota de tristeza.

—Se trata de algo serio, Teddy. No creas que he tomado esta decisión sin meditarla a conciencia. Tengo que pedirte... Tengo que pedirte que me liberes de nuestro compromiso.

—¿Cómo? —Teddy se quedó pálido del susto y la consternación.

—Te lo explicaré desde el principio. Me vengo dando cuenta desde hace mucho tiempo de que no tenemos nada en común. A ti te interesa tu música y yo no sé tocar ni los palillos chinos.

Tenía voz de cansancio, como si sufriera, y con sus diente-cillos se mordía el labio inferior.

—¿Y qué? —preguntó Teddy, más tranquilo—. Con mi música tenemos bastante. No hace falta entender la Banca para casarse con un banquero, ¿no?

—Es distinto —respondió Helen—. ¿Qué podríamos hacer juntos? A ti no te gusta montar a caballo. Eso es importante. Me has dicho que te dan miedo los caballos.

—Pues claro que me dan miedo los caballos —dijo su primo, y añadió como si recordara—: Me muerden.

—Así que...

—Jamás he conocido a un caballo, desde un punto de vista social, claro está, que no intentara morderme. Solían hacerlo cuando iba a ponerles la brida; y, cuando renunciaba a ponerles la brida, empezaban a alargar y mover la cabeza a derecha e izquierda para morderme las pantorrillas.

Fríos y duros, eran los ojos de su padre, que le había regalado un caballo Shetland a los tres años, los que brillaban en los ojos de Helen.

—Y, prescindiendo de los caballos, ni siquiera te caen simpáticos mis amigos.

—Los aguanto. Los llevo aguantando toda mi vida.

—Bueno, sería absurdo empezar así un matrimonio. No veo que exista ningún fundamento para que en común... en común...

—¿Montemos a caballo?

—Ay, no, no es eso... —Helen titubeó, e inmediatamente añadió con escepticismo—: Probablemente, no soy lo bastante inteligente para ti.

—¡No me vengas con ésas! —Teddy exigía un poco de sinceridad—: ¿Quién es el afortunado?

Hellen necesitó tomarse un respiro para reponerse. Siempre le había molestado la tendencia de Teddy a tratar a las mujeres con menos ceremonia de la que era costumbre en aquel tiempo. A menudo Teddy le parecía un desconocido que casi le daba miedo.

—Sí, hay alguien —admitió—; alguien a quien conocía superficialmente, pero hace más o menos un mes, cuando fui a Southampton, me sentí empujada hacia él...

—¿Te empujó un caballo?

—Por favor, Teddy —protestó, muy seria—. Cada vez me sentía más desdichada contigo, pero, cuando estaba con él, todo parecía perfecto —una nota de exaltación se apoderó de la voz de Helen, que no trató de ocultarla. Se levantó y atravesó el salón: las sombras del vestido insinuaban unas piernas largas y rectas—. Montamos a caballo, nadarnos juntos y jugamos al tenis: hicimos lo que a los dos nos apetecía.

Teddy miraba al techo, hacia el espacio vacío en el que lo había envuelto Helen.

—¿Y eso es todo lo que te atrae de ese tipo?

—No, hay algo más. Conseguía estremecerme como nadie lo había hecho nunca —se echó a reír—. Creo que empecé a pensar en esto cuando un día, al volver de montar a caballo, todos comentaban en voz alta que formábamos una pareja estupenda.

—¿Lo has besado?

Helen titubeó.

—Sí, una vez.

Teddy se levantó del taburete del piano.

—Me siento como si tuviera una bala de cañón en el estómago —exclamó.

El mayordomo anunció al señor Stuart Oldhorne.

—¿Es él? —preguntó Teddy, violento.

De pronto Hellen parecía nerviosa, desconcertada.

—Debería haber llegado más tarde. ¿Prefieres irte sin que te lo presente?

Pero Stuart Oldhorne, a quien su nuevo sentido de la propiedad le había dado una gran seguridad en sí mismo, había seguido al mayordomo.

Los dos hombres se miraron con una curiosa impotencia para expresar la menor emoción. En una situación así, la comunicación entre hombres es imposible, pues mantienen una relación indirecta, que se basa en cuánto ha poseído o poseerá de la mujer en cuestión cada uno de ellos, de manera que sus sentimientos pasan a través de la mujer dividida como a través de una mala conexión telefónica.

Stuart Oldhorne se sentó al lado de Helen, aunque su mirada, rebosante de educación, no se apartó de Teddy. Tenía el mismo radiante vigor físico que ella. Había sido una estrella del atletismo en Yale y oficial de caballería en la guerra de Cuba, y era el mejor jinete de Long Island. Las

mujeres lo querían no sólo por sus buenas cualidades, sino por su temperamento y su amabilidad sincera.

—Has vivido tanto tiempo en Europa que apenas nos hemos visto —dijo a Teddy. Teddy no contestó, así que se dirigió a Helen—: He llegado demasiado temprano; no me había dado cuenta de que...

—Has llegado en el momento oportuno —dijo Teddy, poco amistoso—. Me he quedado para felicitaros con una canción.

Para alarma de Hellen, hizo girar el taburete y deslizó los dedos por el teclado. Luego empezó a tocar.

Lo que estaba tocando, aunque ni Helen ni Stuart supieran de qué música se trataba, Teddy lo recordaría siempre. Ordenó sus ideas con un breve resumen de la historia de la música, empezando por unos acordes de *El Mesías* y terminando con *La plus que lent*, de Debussy que para él tenía un tono especialmente sugerente y evocador: la había oído por primera vez el día en que murió su hermano. Luego, tras un momentáneo silencio, empezó a tocar con mayor atención, y los enamorados, en el sofá, tuvieron la impresión de que estaban solos —de que Teddy se había ido, de que ya no había ningún lazo entre ellos y Teddy— y la incomodidad de Helen disminuyó. Pero la fuga, el carácter esquivo de la música, le resultaba ofensivo, le provocaba una sensación de fastidio. Si Teddy hubiera tocado las canciones sentimentales de Erminie, tan de moda, y las hubiera tocado con sentimiento, ella habría comprendido y se habría sentido conmovida, pero la estaba sumergiendo inesperadamente en un mundo de emociones maduras, adonde su naturaleza ni podía ni quería seguirlo.

Tuvo un ligero estremecimiento antes de decirle a Stuart:

—¿Has comprado el caballo?

—Sí, y baratísimo... ¿Sabes que te quiero?

—Me da mucha alegría —murmuró Helen.

El piano calló de repente. Teddy lo cerró y giró en el taburete muy despacio:

—¿Os ha gustado mi felicitación musical?

—Muchísimo —dijeron al unísono.

—Ha sido muy bonita —admitió Teddy—. La última parte sólo se basaba en un contrapunto. ¿Sabéis? La idea que la ha inspirado es ésta: formáis una hermosa pareja.

Se echó a reír de manera poco natural; Hellen lo acompañó al recibidor.

—Adiós, Teddy —dijo—. Seremos buenos amigos, ¿verdad?

—¿Verdad? —repitió él. Hizo un guiño sin sonreír y, chasqueando la lengua, desesperado, se apresuró a salir de la casa.

Durante unos segundos Helen intentó en vano hacerse cargo de la situación, preguntándose cómo había terminado con él, dándose cuenta, a su pesar, de que en ningún momento había controlado la situación. Era vagamente consciente de que Teddy era una persona de mayor talla moral, y aquella superioridad le dio miedo y, con cierto alivio, empujada por una oleada de emociones agradables, corrió hacia el salón, al abrigo de los brazos de su enamorado.

El noviazgo llenó un verano feliz. Stuart visitó a la familia de Helen en Tuxedo, y Helen visitó a la familia de Stuart en Wheatley Hills. Antes del desayuno, los cascos de sus caballos salpicaban sosiego y rocío en sentimentales claros de bosque, o los cubrían de polvo mientras galopaban por caminos de tierra. Compraron un tándem y pedaleaban por todo Long Island, y la señora de Cassius Ruthven, Catón de los tiempos modernos, consideraba que iban demasiado aprisa para ser una pareja que aún no se había casado. No descansaban casi nunca, pero, cuando lo hacían, recordaban las ilustraciones de las revistas: artistas o aristócratas entre cojines Gibson.

El gusto de Helen por el deporte la ponía a la vanguardia de su generación. Montaba a caballo casi tan bien como Stuart, con quien podía competir con dignidad en el tenis. Stuart le dio algunas lecciones de polo, y eran dos fanáticos del golf, cuando el golf era considerado todavía un juego bufo. Les gustaba sentirse en forma y lozanos juntos. Imaginaban que eran un equipo, y solía comentarse lo cornpenetrados que estaban. Un coro de sana envidia seguía la estela de su fascinación natural.

Y hablaban.

—Es una pena que tengas que ir a la oficina —decía Helen—. Me gustaría que te dedicaras a algo que pudiéramos hacer juntos, como domar leones.

—Siempre he pensado que en caso de apuro podría ganarme la vida criando caballos de carreras.

—Estoy segura, cariño.

En agosto Stuart compró un automóvil Thomas y con tres compañeros de viaje llegó hasta Chicago. Fue un acontecimiento de interés nacional y aparecieron fotos en todos los periódicos. Helen quería ir, pero no hubiera sido decente, así que se limitaron a recorrer la Quinta Avenida una soleada mañana de septiembre, sintiéndose parte del día espléndido y de la multitud elegante, pero distinguiéndose por su unión y armonía, que los hacía ser individualmente tan fuertes como si fueran dos.

—¿Qué te parece? —preguntó Helen—. Teddy me ha mandado el regalo más raro del mundo: una vitrina para los trofeos.

Stuart se echó a reír.

—Está claro: piensa que lo único que vamos a hacer es ganar copas.

—A mí me ha parecido más bien una burla —rumió Helen—. He visto que estaba invitado a todas partes, pero no ha respondido a una sola invitación. ¿Te importaría mucho parar en su apartamento? Hace meses que no lo veo y no me gustaría dejar en el pasado nada desagradable.

Stuart no quiso acompañarla.

—Me quedaré en el coche y contestaré a las preguntas de los transeúntes sobre el automóvil.

Abrió la puerta una mujer con el pelo cubierto para hacer la limpieza, y Helen oyó la música del piano de Teddy, que surgía del fondo de la casa. La mujer parecía poco dispuesta a dejarla entrar.

—Me ha dicho que no lo interrumpiera, pero me figuro que siendo usted su prima...

Teddy le dio la bienvenida, evidentemente sorprendido y algo turbado, pero, al cabo de unos segundos, volvió a ser el de siempre.

—No voy a casarme contigo —le aseguró a Helen—. Perdiste tu oportunidad.

—Vale —se echó a reír ella.

—¿Cómo estás? —le tiró un cojín—. ¡Estás preciosa! ¿Eres feliz con ese... con ese centauro? ¿Te pega con la fusta? —la miraba con mucha atención—. Pareces un poco más apagada que cuando te conocí. Es que yo conseguía ponerte en un estado de excitación nerviosa que algo tenía que ver con la inteligencia.

—Soy feliz, Teddy. Y me gustaría que tú también lo fueras.

—Claro, soy feliz; trabajo. Estoy en tratos con McDowell y voy a montar algún tinglado en el Carnegie Hall el próximo septiembre —sus ojos se volvieron malévolos—. ¿Qué te parece mi chica?

—¿Tu chica?

—La chica que te ha abierto la puerta.

—Ah, yo creía que era la criada —y guardó silencio, enrojeciendo.

Teddy se echó a reír.

—¡Eh, Betty! —gritó—. ¡Te han confundido con la criada!

—Es lo malo de limpiar los domingos —respondió una voz desde la habitación contigua.

Teddy bajó la voz.

—¿Te gusta? —preguntó.

—¡Teddy! —Helen se columpiaba en el brazo del sofá, preguntándose si debería irse ya.

—¿Qué pensarías si me casara con ella? —preguntó en confianza.

—¡Teddy! —estaba escandalizada; le había bastado con echarle un vistazo a la mujer para considerarla una ordinaria—. Bromeas. Es mayor que tú... Tendrías que estar loco para desperdiciar tu futuro de esa manera.

Teddy no respondió.

—¿Entiende de música? —preguntó Helen—. ¿Te ayuda en tu trabajo?

—No sabe ni una nota. Tampoco tú sabías, pero tengo suficiente música dentro de mí como para veinte mujeres.

Imaginándose a sí misma como una de ellas, Helen se levantó incómoda.

—Lo único que te pido es que pienses cómo le sentaría a tu madre... Y a todos los que se preocupan por ti... Adiós, Teddy.

La acompañó a la puerta y bajó con ella las escaleras.

—El caso es que llevamos casados dos meses —dijo sin darle importancia—. Era camarera en un sitio donde yo solía comer.

Helen sentía que debería estar enfadada y distante, pero lágrimas de vanidad herida acudían a sus ojos.

—¿Y tú la quieres?

—Me gusta; es buena persona y es buena conmigo. El amor es algo más. Yo te quería, Helen, y por ahora ese asunto está muerto para mí. Quizá aparezca en mi música. Quizá algún día me enamore de otra... O a lo mejor no hay nadie más después de ti. Adiós, Helen.

Aquella declaración la conmovió.

—Espero que seas feliz, Teddy. Ven con tu mujer a la boda.

Teddy inclinó la cabeza, pero sin comprometerse a nada. Cuando Helen se fue, volvió pensativo al apartamento.

—Esa era la prima de la que estaba enamorado —dijo.

—¿Ésa? —el interés iluminó la cara de Betty, irlandesa y tranquila—. Es guapa.

—Una campesina tan simpática como tú me convenía más.

—Siempre pensando en ti, Teddy van Beck.

El se echó a reír.

—Por supuesto, pero me quieres de todas maneras, ¿verdad?

—Eso es una fanfarronada descomunal.

—Está bien. Me acordaré de esto cuando vengas mendigándome un beso. Si mi abuelo supiera que me he casado con una irlandesa, se revolvería en su tumba. Ahora vete y déjame terminar el trabajo.

Se sentó al piano, con un lápiz detrás de la oreja. Y su cara expresaba resolución, serenidad, pero su mirada se hacía más y más intensa, hasta que sus ojos tomaron un brillo de vidrio, tras el que parecían unirse el sentido de la vista y el sentido del oído. Y pronto no quedó en su cara rastro de que hubiera ocurrido algo que perturbara la paz de su mañana de domingo.

## II.

La señora de Cassius Ruthven y una amiga, con el velo de los sombreros retirado, estaban sentadas en su automóvil al borde del terreno de juego.

—Una joven que juega al polo en pantalones —suspiró la señora Ruthven—. La hija de Amy van Beck. Yo creía que cuando Helen organizó el equipo de las Amazonas no se atrevería a quitarles las faldas. Pero a su marido parece darle lo mismo, porque ahí lo tienes, animándola. Desde luego, siempre les han gustado las mismas cosas.

—Esos dos son un pareja de purasangres —dijo la otra con satisfacción, como si anunciara que los reconocía entre sus iguales—. Mirándolos, nunca hubieras pensado que algo iba a salirles mal.

Se refería al error de Stuart en el pánico de 1907. Había heredado de su padre una precaria situación económica y se había equivocado. Nadie dudó de su honor y sus amigos, leales, no lo abandonaron, pero había perdido sus inversiones en Wall Street y su pequeña fortuna.

Estaba entre los jugadores que disputarían el partido cuando acabaran de jugar las mujeres, tomando buena nota de todo para comentárselo después a Helen: Helen no acababa de dominar la técnica del juego y a veces era descalificada en momentos importantes. Sus ponis se resistían a obedecerla —es el inconveniente de jugar con monturas prestadas—, pero era, a pesar de todo, la mejor jugadora sobre el campo, y en el último minuto culminó una jugada que mereció aplausos.

—¡Helen! ¡Helen!



A Stuart le tocó la desagradable tarea de despejar de mujeres el campo. Habían empezado el partido con una hora de retraso y un equipo de New Jersey esperaba para jugar. Stuart percibió cierto disgusto en el ambiente cuando cruzó el campo para reunirse con Helen y acompañarla a las caballerizas. Estaba espléndida, con las mejillas encendidas y los ojos resplandecientes por el triunfo, y la respiración entrecortada por la excitación. Stuart intercambió algunas frases de circunstancias antes de hablar de lo que más le interesaba.

—Fue buena... la última jugada —dijo.

—Gracias. He estado a punto de romperme el brazo. Pero estoy jugando un buen partido, ¿no?

—Has sido la mejor.

—Lo sé.

Stuart esperó a que desmontara y un mozo se hiciera cargo del poni.

—Helen, creo que he encontrado trabajo.

—¿Dónde?

—No rechaces la idea antes de pensarlo. Gus Myers quiere que me encargue de sus caballos de carreras. Ocho mil al año.

Helen lo pensó.

—Es un buen sueldo, y estoy segura que les sacarás partido a sus caballos.

—Lo principal es que necesito el dinero; así tendría lo mismo que tú y las cosas serían más fáciles.

—Tendrías lo mismo que yo —repitió Helen. Casi lamentaba que él dejara de necesitar su ayuda—. Y Gus Myers ¿no quiere nada a cambio? ¿No pretenderá darse bombo a tu costa?

—Probablemente —respondió Stuart de modo terminante—, y si puedo ayudarle a situarse en sociedad, lo haré. De hecho, quiere que lo acompañe esta noche a cenar con unos amigos.

—Entonces, de acuerdo —dijo Helen, ausente.

Sin atreverse todavía a decirle que no podrían seguir jugando su partido de polo, Stuart siguió la mirada de Helen hasta el campo, adonde había llegado un cochecillo que estaba aparcando junto a las vallas.

—Ahí está tu viejo amigo, Teddy —señaló secamente—, o más bien tu nuevo amigo, Teddy. Está adquiriendo un repentino interés por el polo. Quizá piensa que los caballos no muerden este verano.

—No estás de muy buen humor —protestó Helen—. Ya lo sabes: basta con que me lo digas, y no lo volveré a ver. Lo único que deseo en este mundo es que tú y yo estemos juntos.

—Lo sé —admitió Stuart, con pesar—. Vender los caballos y darse de baja en los clubes lo ha complicado todo. Sé que Teddy vuelve locas a todas las mujeres, se está haciendo famoso, pero si intenta tontear contigo le romperé el piano en la cabeza... Ah, otra cosa —se apresuró a decir, al ver que los jugadores empezaban a tomar posiciones en el campo—. Es sobre la última parte de vuestro partido...

Le expuso la situación lo mejor que pudo. No estaba preparado para el ataque de furia de Helen.

—¡Pero eso es un escándalo! Yo he preparado el partido y ha estado expuesto en el tablón de anuncios tres días.

—Empezasteis con una hora de retraso.

—¿Y sabes por qué? —preguntó Helen—. Porque tu amigo Joe Morgan se empeñó en que Celie montara a caballo como una mujer. Le quitó los pantalones de montar tres veces, y para venir tuvo que escaparse por la ventana de la cocina.

—Yo no puedo hacer nada.

—¿Por qué no? ¿No fuiste una vez presidente del club? ¿Cómo van a mejorar su juego las mujeres si tienen que abandonar el campo cada vez que los hombre quieren? ¡Lo único que quieren los hombres es que las mujeres se les acerquen por la noche y les digan que han jugado un partido espléndido!

Todavía furiosa y culpando a Stuart de lo ocurrido, atravesó el campo y se acercó al coche de Teddy. Teddy se apeó y la recibió con exagerada cordialidad:

—He llegado al punto de no poder ni dormir ni comer pensando en ti. ¿Cuál es ese punto?

Tenía algo especial, conmovedor, que Helen nunca había advertido en los viejos tiempos; quizá las historias de sus flirteos lo habían vuelto más romántico a sus ojos.

—Bueno, no me recuerdes con esta pinta —dijo Helen—. Se me está curtiendo la cara y, con estos músculos, en traje de noche parezco un hombre vestido de mujer. La gente empieza a llamarme atractiva, en vez de guapa. Además, estoy de muy mal humor. Me parece que las mujeres siempre llevan desventaja.

Aquella tarde Stuart jugó un partido bárbaro. Antes de que hubieran transcurrido cinco minutos, notó que el coche de Teddy ya no estaba, y sus golpes poderosos empezaron a atinar desde todos los ángulos. Después galopó hasta su casa como un loco, a campo traviesa; y no lo tranquilizó la nota que le entregó la niñera:

«Querido:

»Ya que tus amigos no nos dejan jugar, no iba a quedarme sentada sudando la gota gorda; así que le he pedido a Teddy que me trajera a casa. Y, como vas a cenar fuera, me voy a Nueva York con él al teatro. Cogeré el tren que sale después del teatro o pasaré la noche en casa de mi madre.

»Helen»

Stuart subió a su dormitorio a ponerse el esmoquin. No sabía defenderse de las garras de los celos, desconocidas hasta entonces, que habían empezado a diseccionarle despacio las entrañas. No era raro que Helen fuera al teatro o a bailar con otros hombres, pero Teddy era diferente. Teddy le merecía esa especie de desprecio que los atletas sienten por los artistas, pero los últimos seis meses habían mermado su orgullo. Intuía la posibilidad de que Helen pudiera interesarse de verdad por otro.

Estuvo de mal humor durante la cena con Gus Myers: le fastidiaba que su anfitrión hablara con tanto desparpajo de su acuerdo. Cuando por fin se levantaron de la mesa, había tomado la decisión de que aquel asunto no funcionaba y llamó a Myers aparte.

—Mire, me temo que no es una buena idea.

—¿Por qué no? —su anfitrión lo miraba con preocupación—. ¿Se va a echar usted atrás? Mi querido amigo...

—Creo que es mejor que lo dejemos.

—¿Por qué, si me permite preguntárselo? Creo que tengo derecho a preguntarle por qué.

Stuart se quedó unos segundos pensativo.

—Muy bien, se lo diré. Cuando ha hecho ese pequeño discurso, me ha mencionado como si me hubiera poco menos que comprado, como si yo fuera una especie de chupatintas de su oficina. Pero en el mundo del deporte las cosas no funcionan así; las cosas son más... más democráticas. Yo me he criado con todos estos señores que han cenado con nosotros, y a ellos no ha debido gustarles más que a mí.

—Entiendo —el señor Myers reflexionaba, preocupado—. Entiendo —de repente le dio una palmada a Stuart en la espalda—. Ése es exactamente el tipo de cosas que quiero que me diga; me ayuda. Desde ahora no volveré a referirme a usted como si trabajara en mi... como si hubiéramos hecho un trato. ¿De acuerdo?

Después de todo, el sueldo era de ocho mil dólares.

—Muy bien —aceptó Stuart—. Pero tendrá que perdonarme esta noche. Voy a coger un tren para la ciudad.

—Pondré un automóvil a su disposición.

A las diez llamaba al timbre del apartamento de Teddy en la calle 48.

—Quisiera ver al señor Van Beck —dijo a la mujer que abrió la puerta—. Ya sé que ha ido al teatro, pero no sé si usted podría decirme... —de repente adivinó quién era la mujer—. Soy Stuart Oldhorne —explicó—. Estoy casado con la prima del señor Van Beck.

—Ah, entre —dijo Betty amablemente—. He oído hablar mucho de usted.

Le faltaba muy poco para cumplir los cuarenta, y era más bien gorda y basta, pero rebosaba una vitalidad avispada y despierta. Se sentaron en el cuarto de estar.

—¿Quiere ver a Teddy?

—Está con mi mujer y me gustaría reunirme con ellos después del teatro. Quizá usted sepa adonde han ido.

—Ah, así que Teddy está con su mujer —hablaba con un ligero y simpático acento irlandés—. Bueno, la verdad es que no me dijo exactamente adonde iba a ir esta noche.

—Entonces, ¿no lo sabe?

—Pues no, por mi vida que no —admitió alegremente—. Siento.

Stuart se levantó, y Betty vio en su cara el sufrimiento que apenas podía ocultar. Y súbitamente sintió una pena inmensa.

—Oí que decía algo del teatro —dijo, como recordando—.

Siéntese y deje que me acuerde. Teddy sale mucho y yo con una noche de teatro a la semana ya tengo bastante, así que todas las noches se confunden en mi cabeza. ¿No quedó con ellos en ningún sitio?

—No. Se me ocurrió venir cuando ya se habían ido. Helen me dijo que cogería el tren de Long Island al salir del teatro o que iría a casa de su madre.

—¡Eso es! —dijo triunfalmente Betty, entrechocando las manos como címbalos—. Eso es lo que Teddy me dijo cuando llamó: que iba a acompañar a una señora al tren de Long Island, y que luego volvería directamente a casa. Hemos tenido a un niño enfermo y las cosas se me olvidan.

—Lamento mucho molestarla en esta situación.

—No me molesta. Siéntese. Sólo son las diez.

Sintiéndose más cómodo, Stuart se relajó un poco y aceptó un cigarro.

—No, si intentara seguir el ritmo de Teddy, tendría ya el pelo blanco —dijo Betty—. Claro que voy a sus conciertos, pero casi siempre me quedo dormida, aunque él no lo sabe. A no ser que beba demasiado y se le olvide dónde vive, no me preocupo de por dónde anda —al ver que Stuart volvía a ponerse serio, cambió de tono—: Pero, a pesar de los pesares, es un buen marido y vivimos felices juntos, sin molestarnos el uno al otro. ¿Cómo iba a trabajar al lado del cuarto de los niños, quejándose al menor ruido? ¿Y cómo iba yo a acompañarlo a casa de la señora Ruthven, con toda esa gente que sólo habla de lo más selecto de la sociedad y del arte más selecto?

A Stuart le vino a la memoria una frase de Helen: «Siempre juntos... Me gustaría que lo hiciéramos todo juntos».

—Ustedes tienen hijos, ¿verdad, señor Oldhorne?

—Sí. Mi hijo ya casi tiene edad para sostenerse sobre el caballo.

—Ah, sí; a ustedes les apasionan los caballos.

—Mi mujer dice que, en cuanto tengan las piernas lo suficientemente largas para llegar a los estribos, volverán a interesarle los niños —aquello no le sonó demasiado bien a Stuart y rectificó—: La verdad es que siempre le han interesado, pero nunca se ha dejado acaparar por ellos, ni ha dejado que se interpongan entre nosotros. Siempre hemos pensado que el matrimonio debe basarse en la camaradería, en compartir los mismos gustos. A usted le gusta la música y ayuda a su marido...

Betty se echó a reír.

—Me encantaría que Teddy lo hubiera oído. Soy incapaz de leer una nota o aprenderme una melodía.

—¿No? —Stuart estaba confundido—. Yo tenía la impresión de que usted entendía de música.

—¿Es incapaz de imaginarse por qué, si no, se ha casado conmigo?

—En absoluto. Al contrario.

Minutos después, se despidió: Betty le caía simpática. Cuando se hubo ido, la expresión de Betty se transformó poco a poco en una expresión de desesperación. Cogió el teléfono y llamó al estudio de su marido:

—Así que estás ahí, Teddy. Ahora escúchame atentamente. Sé que tu prima está contigo y quiero hablar con ella... No me mientas. Pásale el teléfono. Su marido ha estado aquí, y si no me dejas hablar con ella, las cosas se van a poner serias.

Pudo oír un diálogo ininteligible, y luego la voz de Helen:

—Hola.

—Buenas noches, señora Oldhorne. Su marido ha estado aquí, buscándolos a usted y a Teddy. Le he dicho que no sabía a qué teatro habían ido, así que lo mejor es que vaya pensando uno. Y dígame a Teddy que la deje en la estación con el tiempo suficiente para coger el tren de después del teatro.

—Ah, muchísimas gracias. Nosotros...

—Vaya a buscar a su marido o tendrá problemas, o no conozco a los hombres. Y... espere un momento. Dígame a Teddy, si piensa volver muy tarde, que Josie tiene el sueño ligero, y que no se ponga a tocar el piano.

Betty, que oyó llegar a Teddy a las once, entró en el cuarto de estar oliendo a vapor de manzanilla. La saludó, ausente; su expresión era de sufrimiento y le brillaban los ojos, perdidos.

—Dices que eres un gran músico, Teddy van Beck —dijo ella—, pero me parece que las mujeres te interesan mucho más.

—Déjame en paz, Betty.

—Yo te dejo en paz, pero las cosas cambian si los maridos empiezan a venir a casa.

—Esto era diferente, Betty. Tiene una larga historia: es mi pasado.

—A mí me parece más bien el presente.

—No te equivoques con Helen —dijo Teddy—. Es una mujer buena.

—Pero sé que no por tu culpa.

Teddy ocultó la cara entre las manos, abatido.

—He intentado olvidarla. La he evitado durante seis años. Y, cuando me la encontré hace un mes, todo se me vino encima. Intenta comprenderme, Bet. Tú eres mi mejor amiga; tú eres la única persona que me ha querido.

—Te quiero cuando eres bueno —dijo ella.

—No te preocupes. Se acabó. Quiere a su marido; se vino a Nueva York conmigo porque se había enfadado un poco con él. Me sigue la corriente hasta cierto punto, como hace siempre, y después... Pero no voy a volver a verla. Anda, acuéstate, Bet. Quiero tocar el piano un rato.

Ya se había levantado, cuando Betty lo detuvo.

—Esta noche no puedes tocar el piano.

—Ah, no me acordaba de Josie —dijo con remordimiento—. Bueno, me tomaré una cerveza y me iré a la cama —se acercó y la abrazó—. Querida Bet, nada podrá separarnos.

—Eres un niño malo, Teddy —dijo—. Yo nunca sería tan mala contigo.

—¿Cómo lo sabes, Bet? ¿Cómo sabes lo que tú harías?

Le acarició el pelo castaño, basto, reconociendo por milésima vez que en ella, para él, no había el menor rastro de la oscura magia del mundo, y que no podría vivir sin ella seis horas seguidas.

—Querida Bet —murmuró—. Querida Bet.

### III.

Los Oldhorne estaban de visita, siempre invitados. En los últimos cuatro años, desde que Stuart había dejado de ser un esclavo de Gus Myers, formaban parte de esa gente que siempre está de visita. Los niños pasaban el invierno en casa de su abuela Van Beck e iban a un colegio de Nueva York. Stuart y Helen visitaban amigos en Asheville, Aiken y Palm Beach, y solían pasar los veranos en una casita de campo en algún lugar de Long Island. «Queridos, está vacía. Y no se nos ocurriría alquilarla, claro que no. Nos haríais un favor habitándola».

Casi siempre estaban invitados; ponían mucho de sí mismos en el entusiasmo y la complacencia permanentes que constituyen al perfecto invitado: había llegado a ser su profesión. En un mundo que se enriquecía con la guerra europea, Stuart había perdido el rumbo. Después de participar brillantemente dos veces en el campeonato nacional de golf aficionado, había aceptado un contrato como profesor y entrenador profesional en un club que su padre había ayudado a fundar. Estaba cansado y no era feliz.

Aquel fin de semana los habían invitado a casa de un alumno de Stuart. Después de jugar al golf por parejas, los Oldhorne subieron a su habitación a cambiarse para la cena, con el desagradable peso acumulado de muchos meses de insatisfacción. Por la tarde, Stuart había formado pareja con la anfitriona y Helen con otro hombre, una situación que Stuart siempre temía, porque lo obligaba a competir con Helen. E incluso había querido fallar aquel golpe en el hoyo dieciocho, para perder. Pero la pelota entró en el hoyo. Helen hizo los gestos típicos del buen perdedor, pero se dedicó abiertamente a su compañero de equipo el resto de la tarde.

La expresión de falsa alegría aún les duraba cuando entraron en su habitación.

En cuanto cerraron la puerta, la expresión simpática de Helen se esfumó y se acercó al tocador como si su propio reflejo fuera la única compañía agradable que podía encontrar. Stuart la observaba con el ceño fruncido.

—Sé por qué estás de tan mal humor —dijo—, aunque no creo que tú lo sepas.

—No estoy de mal humor —respondió Helen con voz cortante.

—Sí que lo estás; y sé perfectamente los motivos, aunque tú no los sepas. Estás de mal humor porque me entró la pelota en el hoyo dieciocho.

Helen, incrédula, dejó de mirarse al espejo y se volvió hacia él —Así que tengo un nuevo defecto. Resulta que ahora también soy una mala deportista.

—Nunca has sido mala deportista —admitió Stuart—, pero ¿por qué muestras tanto interés por otros y me miras como si yo... bueno, como si te hubiera hecho algo malo?

—No me he dado cuenta.

—Yo sí.

Y también se había dado cuenta de que ahora había siempre algún hombre en sus vidas: algún hombre con poder y dinero que cortejaba a Helen y le transmitía la sensación de fortaleza que él era incapaz de darle. No tenía motivos para sentir celos de ninguno en particular, pero la presión de tantos hombres conseguía irritarlo. Le dolía que, por una verdadera tontería, Helen le recordara con su comportamiento que ya no llenaba su vida por completo.

—Si a Anne le satisface tanto ganar, pues muy bien —dijo Helen de repente.

—¿No eres un poco quisquillosa? Anne no alcanza tu nivel; no superará la tercera ronda en Boston.

Dándose cuenta de que se había equivocado, Helen cambió de tono.

—No se trata de eso —estalló—. Estoy deseando que tú y yo volvamos a formar pareja como antes. Y ahora tú tienes que jugar con las más torpes, y sacarles la pelota de los peores sitios. Y encima... —titubeó—, encima eres galante sin ninguna necesidad.

El ligero desprecio que había en su voz, la caricatura de celos que ocultaba una creciente indiferencia no se le escapaban a Stuart. Hubo un tiempo en el que, si bailaba con otra, la mirada afligida de Helen lo seguía por todo el salón.

—Mi galantería es simplemente cuestión de trabajo —contestó—. Este verano hemos ganado trescientos dólares mensuales con las clases de golf. ¿Cómo podría ir yo a verte jugar a Boston la semana que viene, si no fuera entrenador de otras mujeres?

—Y vas a verme ganar —anunció Helen—. ¿Lo sabes?

—Por supuesto, y es lo único que quiero —dijo Stuart automáticamente. Pero el desafío innecesario que había en la voz de su mujer le repelía, y súbitamente se preguntó si de verdad le importaba que Helen ganara o perdiera.

Al mismo tiempo el humor de Helen cambió y por un instante adivinó la verdadera situación: que ella podía jugar en torneos de aficionados y Stuart no, que todas las nuevas copas que había en la vitrina las había ganado ella, que Stuart había renunciado a la deportividad y a la competición apasionada que había sido el motor de su vida para conseguir el dinero que necesitaban.

—¡Me da tanta pena de ti, Stuart! —tenía lágrimas en los ojos—. Es una vergüenza que no puedas hacer lo que te gusta y yo sí. Quizá no debería jugar este verano.

—Tonterías —dijo él—. No puedes quedarte en casa con los brazos cruzados.

Helen se agarró a eso:

—A ti no te gustaría que me quedara. No puedo evitar ser una buena deportista; tú me has enseñado casi todo lo que sé. Pero me gustaría poder ayudarte.

—Me basta con que no olvides que soy tu mejor amigo. A veces te comportas como si fuéramos rivales.

Helen titubeó: le dolía la verdad de aquellas palabras y no quería ceder un ápice; pero una oleada de recuerdos se apoderó de ella, y pensó con qué valor Stuart se las arrebataba para vivir al día, sin previsión. Se acercó y lo abrazó.

—Cariño, todo va a ir mejor. Ya lo verás, cariño.

La semana siguiente Helen ganó la final en el torneo de Boston. Stuart se sentía muy orgulloso de ella mientras la seguía mezclado con la multitud. Confiaba en que en lugar de alimentar el amor propio de Helen, aquel triunfo hiciera más fáciles las cosas entre ellos. No soportaba el enfrentamiento que había surgido del hecho de que los dos le pidieran a la vida los mismos dones y los mismos premios.

La siguió hasta la sede del club, contento y un poco celoso del gentío que quería felicitarla. Llegó al club entre los últimos, y un camarero lo detuvo.

—El comedor para entrenadores y *caddies* está en la planta baja, por favor —dijo el hombre.

—Muy bien. Soy Oldhorne.

Siguió andando, pero el hombre le cerró el paso.

—Lo siento, señor. Sé que la señora Oldhorne participa en el torneo, pero tengo órdenes de mandar a los entrenadores y a los *caddies* al comedor de abajo, y tengo entendido que usted es entrenador.

—Oiga... —empezó a decir Stuart, furioso, pero se detuvo. Había gente escuchando—. Está bien, no se preocupe —dijo bruscamente, y dio media vuelta.

El recuerdo de aquella experiencia no dejaba de dolerle; fue el factor determinante que lo condujo, algunas semanas después, a tomar una decisión trascendental. Llevaba mucho tiempo dándole vueltas a la idea de alistarse en las Fuerzas Aéreas canadienses para servir en Francia. Sabía que su ausencia no influiría demasiado en la vida de Helen y los niños; y, después de encontrarse con algunos amigos con quienes compartía el descontento de aquellos días de 1915, se decidió de pronto. Pero no había tenido en cuenta la reacción de Helen, que fue, más que de pesar o preocupación, la reacción de alguien que se siente engañado.

—¡Podías habérmelo dicho! —se quejó—. Me dejas colgada; te vas sin ni siquiera avisarme.

Helen volvía a verlo como el héroe insoportablemente deslumbrante, y se estremeció hasta el alma como el día en que lo conoció. Era un guerrero; para él, la paz sólo era un intervalo entre dos guerras, y la paz lo estaba destruyendo. Ahora lo reclamaba el deporte rey. A no ser que renunciara a la lógica que había gobernado su vida, Helen no tenía nada que alegar.

—Es lo mío —dijo, como si hiciera una confidencia, rejuvenecido por la excitación—. Si siguiera viviendo así, terminaría hecho pedazos, empezaría a beber. Creo que, en cierta medida, he perdido tu respeto, y lo necesito, aunque me encuentre muy lejos.

Y Helen volvía a sentirse orgullosa de él; le hablaba a todo el mundo de su inminente partida. Y, una tarde de septiembre, al volver de la ciudad, rebotante de novedades y de la antigua sensación de camaradería, lo encontró hundido, absolutamente desanimado.

—Stuart —exclamó—. Ya tengo el... —se interrumpió—. ¿Qué te pasa, mi vida? ¿Hay algún problema?

La miró, desesperado.

—No me han aceptado —dijo.

—¿Porqué?

—El ojo izquierdo —se echó a reír con amargura—. ¿Te acuerdas de la principiante aquella que me dio con el palo de golf? Casi no veo con ese ojo.

—¿No se puede hacer nada?

—Nada.

—¡Stuart! —lo miraba aterrorizada—. Stuart, ¡si supieras lo que iba a contarte! Era una sorpresa. Elsa Prentice ha organizado una unidad de la Cruz Roja para prestar servicio en Francia, y me he alistado porque me parecía maravilloso que estuviéramos juntos. Nos han tomado medidas para el uniforme y ya hemos comprado el equipo. Zarpamos a finales de la semana que viene.

## IV.

Helen era una figura borrosa entre otras figuras borrosas en la cubierta de un barco a oscuras para evitar la amenaza de los submarinos. Cuando el barco se adentró suavemente en las tinieblas del futuro, Stuart fue dando un paseo por la calle 57, hacia el este. El dolor por la ruptura de tantos lazos era un peso que debía soportar, y caminaba despacio, como si hubiera de adaptarse a aquel peso. En compensación, sentía una extraña liviandad interior. Por primera vez en doce años estaba solo, y tenía la sensación de que sería para siempre; conociendo a Helen y conociendo lo que es la guerra, podía imaginarse las experiencias por las que ella pasaría, pero no podía hacerse una idea de cómo podrían volver a vivir juntos después. El estaba descartado: ella había demostrado al final ser la más fuerte. Parecía muy extraño y triste que su matrimonio terminara así.

Llegó al Carnegie Hall, con las luces apagadas después del concierto, y vio el nombre de Theodore van Beck escrito con grandes letras en los carteles. Mientras lo miraba, una puerta lateral, pintada de verde, se abrió y un grupo de gente en traje de noche salió del teatro. Stuart y Teddy se vieron frente a frente antes de que pudieran reconocerse.

—¡Hola! —exclamó Teddy cordialmente—. ¿Ha salido ya Helen para Europa?

—Acaba de irse.

—Me la encontré ayer por la calle, y me lo dijo. Me hubiera gustado que vinierais a mi concierto. Está hecha toda una heroína, yéndose así... ¿Conoces a mi mujer?

Stuart y Betty se sonrieron.

—Nos conocemos.

—Y yo sin enterarme —protestó Teddy—. Las mujeres necesitan que las vigilen cuando empiezan a chochear... Oye, Stuart, hemos invitado a unos cuantos amigos a nuestra casa. Nada de música ruidosa ni nada parecido. Sólo la cena y algunas debutantes que me digan que he estado divino. Te lo pasarás bien. Me imagino que echarás de menos a Helen una barbaridad.

—No creo que...

—Vamos. A ti también te dirán que eres divino.

Dándose cuenta de que la invitación era sincera, Stuart aceptó. Era el tipo de reunión a la que no asistía casi nunca, y lo sorprendió encontrar a tanta gente conocida. Teddy asumía el protagonismo con una mezcla de escepticismo y resolución. Stuart lo oyó mientras abrumaba a la señora de Cassius Ruthven con uno de sus temas favoritos:

—La gente intenta formar matrimonios basados en la cooperación que terminan siendo matrimonios competitivos. Una situación inaguantable. Los hombres inteligentes terminarán huyendo de las mujeres decorativas. Un hombre debería casarse con alguien que se sintiera agradecido, como Betty.

—No hables tanto, Theodore van Beck —lo interrumpió Betty—. Ya que eres un músico tan exquisito, sería mejor que te expresaras con música en lugar de con palabras poco pensadas.

—No estoy de acuerdo con su marido —dijo la señora Ruthven—. Las mujeres inglesas salen de caza con su pareja y participan en política en términos de absoluta igualdad con los hombres, y eso ayuda a manter unida a la pareja.

—No lo creo —insistió Teddy—. Por eso la sociedad inglesa es la más desorganizada del mundo. Betty y yo somos felices porque no tenemos nada en común.

Su euforia molestaba a Stuart, y el éxito que irradiaba lo obligaba a pensar en su propio fracaso. No podía saber que su vida no estaba destinada al fracaso. No podía leer la honrosa leyenda que tres años después sería grabada con orgullo en su tumba de soldado, ni saber que su cuerpo sin sosiego, que siempre se entregó en el deporte y el peligro, estaba destinado a ofrecerle al final una última y heroica galopada.

—No me han aceptado —le decía a la señora Ruthven—. Tendré que seguir aguantando en mi escuadrón de caballería, a no ser que nos movilicen.

—Así que Helen se ha ido —la señora Ruthven lo miraba como si estuviera recordando algo—. Nunca olvidaré vuestra boda. Erais tan guapos, tan ideales... Estabais tan compenetrados el uno con el otro... Todo el mundo lo decía.

Stuart se acordaba; por un instante pensó que era de lo poco digno de ser recordado.

—Sí—asintió, moviendo la cabeza, como si recordara—, supongo que formábamos una hermosa pareja.



## Domingo loco

*Fitzgerald escribió Domingo loco (American Mercury, octubre de 1932) después de escribir en 1931 para la MGM el guión de La pelirroja, que nunca sería rodado. Estando en Hollywood, bajo la inspiración del alcohol, Fitzgerald interpretó una canción humorística en una fiesta que daban Irving Thalberg y Norma Shearer, y John Gilbert y Lupe Vélez lo abuchearon.*

*El Post no aceptó el relato porque «niprotenía ni probaba nada» y porque el final lo convertía en «difícil» para ellos, la revista de Hearst, Cosmopolitan, lo rechazó para evitar el riesgo de ofender a personalidades de Hollywood, aunque Fitzgerald insistía en que «había mezclado distintos personajes para que nadie pudiera ser reconocido, salvo, quizá, King Vidor, que se hubiera reído mucho con la historia». Harold Ober se vio impotente para colocar el relato en otra revista de gran difusión, debido a su contenido erótico y a su extensión. Fitzgerald se negó a escribir un final distinto y se lo vendió al American Mercury por 200 dólares. Lo incluyó en Taps at Reveille.*

I.

Era domingo, no un día, sino más bien un intervalo entre dos días. Y para todos quedaban atrás platos y secuencias, las largas esperas bajo la jirafa de la que pendía el micrófono, los ciento sesenta kilómetros al día en automóvil de acá para allá por carreteras comarcales, los comentarios envenenados e ingeniosos en las salas de juntas, los incesantes compromisos, el enfrentamiento y la tensión de muchas personalidades distintas que luchaban por sus vidas. Y de pronto llegaba el domingo, con la vida individual que volvía a empezar, con un fulgor de rescoldo en los ojos que había vidriado la monotonía de la tarde anterior. Y despacio, a medida que las horas menguaban, todos se despertaban como el soldadito de plomo de la tienda de juguetes: unas palabras apasionadas en un rincón, amantes que desaparecen para besuquearse en un pasillo. Y una sensación de «Vamos, deprisa, no es muy tarde, pero, por amor de Dios, deprisa, antes de que pasen las benditas cuarenta horas de descanso».

Joel Coles era guionista de cine. Tenía veintiocho años y Hollywood aún no lo había destrozado. Había tenido lo que se consideraban buenos encargos desde su llegada hacía seis meses y sugería escenas y secuencias con verdadero entusiasmo. Se definía con modestia como un escritorzuelo, pero en realidad no pensaba así. Su madre había sido una actriz de éxito; Joel había pasado la infancia entre Londres y Nueva York intentando separar lo real de lo imaginario, o mantener al menos la sospecha de que existía alguna diferencia. Era un hombre guapo, con los mismos ojos dulces, bovinos y de color marrón, que en 1913 habían contemplado los espectadores de Broadway en la cara de su madre.

Cuando recibió la invitación, tuvo la certeza de que estaba llegando a alguna parte. No solía salir los domingos, sino que procuraba no beber y se llevaba trabajo a casa. Hacía poco le habían confiado una obra de Eugene O'Neill, un proyecto para una dama verdaderamente importante. Todo lo que había hecho hasta entonces le había gustado a Miles Calman, y Miles Calman era el único director del estudio que trabajaba sin un supervisor y sólo era responsable ante los que ponían el dinero. La carrera de Joel empezaba a ser un éxito. («Soy la secretaria del señor Calman. ¿Vendrá a tomar el té de cuatro a seis el domingo?... El señor Calman vive en Berverly Hills, número...»)

Joel se sentía halagado. Sería una fiesta para lo más selecto de la sociedad: una fiesta en honor de la joven promesa. La inmensa camarilla de Marion Davies, los encopetados, la gente de mucho dinero, quizá incluso Dietrich y Garbo y la marquesa de..., toda esa gente a la que no se ve en todas partes, estarían probablemente en casa de Calman.

«No beberé», se dijo a sí mismo. Calman estaba manifiestamente harto de borrachos, y pensaba que era una pena que la industria no pudiera permitirse prescindir de ellos.

Joel estaba de acuerdo en que los escritores bebían demasiado... También él bebía, pero no esa tarde. Esperaba que Miles estuviera cerca cuando ofrecieran los cócteles y oyera su sucinto y discreto: «No, gracias».

La casa de Miles Calman había sido construida para momentos de profunda emoción: reinaba un aire de estar a la escucha, como si auditorio invisible atendiera al silencio remoto de sus vistas, pero aquel! tarde no había un alfiler, como si la gente, más que estar invitada, hubiera tenido la obligación de ir. Joel observó con orgullo que sólo otros dos guionistas del estudio estaban entre la multitud, un inglés con ínfulas de nobleza y, algo que le sorprendió, Nat Keogh, que había provocado vehementes comentarios de Calman contra los borrachos.

Stella Calman (Stella Walker, por supuesto) no se acercó a sus otros invitados después de hablar con Joel. No se decidía a irse: lo miraba con esa clase de mirada maravillosa que exige algún tipo de reconocimiento, y Joel recurrió rápidamente a la suficiencia dramática heredada de su madre:

—¡Pero bueno, si parece que tienes dieciséis años! ¿Dónde ha dejado tu cochecito?

Stella estaba visiblemente complacida; no se decidía a irse. Joel pensó que debería decir algo más, algo desenvuelto y lleno de naturalidad: la conocía de antes, de cuando ella se abría camino en Nueva York, luchando por conseguir algún pequeño papel. En aquel momento pasó a su altura una bandeja y Stella le puso un cóctel en la mano.

—Están todos asustados, ¿verdad? —dijo Joel, mirando distraído el vaso—. Todos esperan que alguien meta la pata, o procurar rodearse de gente que les dé prestigio. Claro que en tu casa no pasar esas cosas —se apresuró a cubrirse las espaldas—. Sólo hablaba de Hollywood en general.

Stella asintió. Le presentó a algunos invitados como si Joel fuera muy importante. Más tranquilo después de comprobar que Miles estaba en el otro extremo del salón, Joel se bebió el cóctel.

—Así que tienes un niño —dijo—. Es el momento de ponerse en guardia. Después de tener su primer hijo, una mujer guapa es muy vulnerable, pues quiere que le demuestren que sigue siendo atractiva. Tiene que conseguir la devoción incondicional de algún hombre nuevo para probarse a sí misma que no ha perdido nada.

—Nunca consigo la devoción incondicional de nadie —dijo Stella con cierto resentimiento.

—Le temen a tu marido.

—¿Crees que se trata de eso? —la idea le hizo arrugar la frente; y entonces la conversación se interrumpió en el momento preciso que Joel habría elegido.

Las atenciones de Stella le habían dado seguridad en sí mismo: no se trataba de reunirse con grupos poco peligrosos, ni de correr a refugiarse bajo las alas de algunos conocidos que veía por el salón. Se acercó a la ventana y miró el Pacífico, descolorido a la luz de una perezosa puesta de sol. Se estaba bien allí: la Riviera americana y todo eso, si es que había tiempo para disfrutarlo. La gente distinguida y bien vestida de la fiesta, las chicas adorables y... Bueno, las chicas adorables. No se puede tener todo.

Miró la cara de Stella, fresca, como de chico, con el párpado cansado que siempre le caía un poco sobre un ojo, yendo de acá para allá entre los invitados, y deseó sentarse con ella y hablar durante un buen rato, como si fuera una chica en vez de un nombre; la siguió para ver si le dedicaba a alguien tanta atención como la que le había dedicado a él. Se tomó otro cóctel: no porque necesitara más seguridad en sí mismo, sino porque Stella le había dado demasiada. Entonces se sentó junto a la madre del director.

—Su hijo ha conseguido convertirse en una leyenda, señora Calman... El Oráculo, el Hombre del Destino y todas esas cosas. Personalmente, yo estoy en contra de él, pero estoy en minoría. ¿Qué opina de él? ¿Está impresionada? ¿Está sorprendida de lo lejos que ha llegado?

—No, no estoy sorprendida —dijo con calma—. Siempre hemos esperado mucho de Miles.

—Bueno, eso es insólito —señaló Joel—. Siempre había creído que todas las madres eran como la madre de Napoleón. Mi madre no quería que me mezclara con el negocio del espectáculo. Quería que fuera a West Point y me buscara un trabajo seguro.

—Nosotros siempre hemos tenido una confianza absoluta en Miles...

Joel se reunió en el bar del comedor con el jovial, bebedor empedernido y muy bien pagado Nat Keogh.

—He ganado cien mil dólares este año y he perdido cuarenta mil en el juego, así que acabo de contratar a un administrador.

—Querrás decir un agente —observó Joel.

—No, ya tengo uno. Quiero decir un administrador. Yo le doy todo a mi mujer, y luego él y mi mujer se reúnen y me dan el dinero. Le pago cinco mil al año para que me dé mi dinero.

—Te refieres a tu agente.

—No, me refiero a mi administrador, y no soy el único... Muchos otros irresponsables también lo tienen.

—Bueno, si eres tan irresponsable, ¿cómo es que eres lo suficientemente responsable como para contratar a un administrador?

—Sólo soy irresponsable cuando juego. Mira...

Un cantante interpretaba una canción; Joel y Nat se adelantaron con los demás para oírla.

## II.

Joel no oía muy bien la canción; se sentía feliz, amigo de toda aquella gente, gente valerosa y trabajadora, superior a una burguesía que les ganaba en ignorancia e inmoralidad, y capaz de conquistar una posición de primera importancia en una nación que durante una década sólo había querido que la entretuvieran. Le gustaba... Le encantaba aquel mundo. Oleadas de buenos sentimientos recorrían a Joel.

Cuando el cantante terminó su número y los invitados empezaron a acercarse a la anfitriona para despedirse, Joel tuvo una idea. Podría cantarles *Dándole forma*, una composición suya. Era su único número para las fiestas, había alegrado más de una y quizá le gustara a Stella Walker. Dominado por aquel deseo, mientras le bullían en la sangre los glóbulos escarlata del exhibicionismo, buscó a Stella.

—Por supuesto —exclamó ella—. ¡Te lo ruego! ¿Necesitas alguna cosa?

—Alguien tiene que hacer de secretaria, se supone que le estoy dictando.

—Yo seré la secretaria.

Cuando llegó la noticia al vestíbulo, los invitados que ya se ponían los abrigos para irse se apresuraron a volver, y Joel se vio frente a las miradas de una multitud de desconocidos. Tuvo un ligero presentimiento, porque se había dado cuenta de que el hombre que acababa de actuar era un famoso artista de la radio. Entonces alguien dijo «Chissss» y Joel se quedó solo con Stella, en el centro de un siniestro semicírculo indio. Stella le sonrió con expectación, y él comenzó.

Su parodia se basaba en las limitaciones culturales del señor Dave Silverstein, un productor independiente; se suponía que Silverstein dictaba una carta esbozando el tratamiento de un guión que había comprado.

—...la historia de un divorcio, los generadores más modernos y la Legión Extranjera —oyó que decía su voz, con el acento del señor Silverstein—. Pero tenemos que darle forma, ¿sabe?

Una aguda punzada de incertidumbre lo atravesó. Las caras que lo rodeaban a la luz suavemente modulada reflejaban interés y curiosidad, pero no encontró ni la sombra de una sonrisa; exactamente delante de él, el Gran Amante de la pantalla le dedicaba una mirada feroz y tan penetrante como la mirada de una patata. Sólo Stella Walker lo contemplaba con una radiante sonrisa que nunca desfallecía.

—Si lo hiciéramos estilo Menjou, conseguiríamos una especie de Michael Arlen pero con ambiente de Honolulu.

En las primeras filas no se oía una mosca, pero del fondo llegaba un susurro, un perceptible desplazamiento hacia la izquierda donde estaba la puerta.

—...entonces ella dice que él le atrae, le atrae sexualmente, y él se calienta y dice: «Ah, sí, sí, sigue deshaciéndote...»

En algún momento oyó la risa contenida de Nat Keogh y aquí y allá le pareció ver alguna cara alentadora, pero al terminar tenía la desagradabilísima impresión de que había hecho el ridículo ante un importante sector del mundo del cine, de cuyos favores dependía su carrera.

Se encontró en medio de un confuso silencio, roto por la migración general hacia la puerta. Sentía la corriente de burla que resonaba entre los comentarios en voz baja; y entonces —todo en el espacio de diez segundos— el Gran Amante, con la mirada dura y vacía como el ojo de una aguja, le silbó, lo abucheó, y Joel sintió que aquel abucheo expresaba el humor de toda la sala. Era el resentimiento del profesional hacia el aficionado, de la comunidad hacia el extraño, los pulgares vueltos hacia abajo del clan.

Sólo Stella Walker seguía a su lado y le daba las gracias como si hubiera logrado un éxito incomparable, como si fuera inconcebible que a alguien no le hubiera gustado. Cuando Nat Keogh lo ayudaba a ponerse el abrigo, lo invadió una oleada de irritación consigo mismo, y se aferró desesperadamente a su principio de no revelar jamás una emoción inferior hasta que ya no la sintiera.

—Ha sido un fracaso —dijo a Stella, sin darle importancia—. No te preocupes, es un buen número si se sabe apreciar. Gracias por haberme ayudado.

La sonrisa no abandonó la cara de Stella. Joel hizo una especie de reverencia ebria y Nat lo arrastró hacia la puerta...

A la hora del desayuno se despertó en un mundo en ruinas. El día anterior había sido él mismo, el auténtico Joel, una flecha de fuego contra toda una industria: ahora tenía la sensación de haberse enfrentado en una situación de enorme desventaja a todas aquellas caras, al desprecio individual y a la burla colectiva. Y, peor aún, para Miles Calman se había convertido en uno de esos borrachos indignos a los que Calman lamentaba verse obligado a recurrir. En cuanto a Stella Walker, a quien había sometido a un verdadero martirio aprovechándose de que debía ser amable con los invitados, no se atrevía a imaginarse su opinión. Sus jugos gástricos cesaron de fluir y volvió a dejar los huevos escalfados en la mesa del teléfono. Escribió:

«Querido Miles:

»Ya puedes imaginarte la profunda irritación que siento conmigo mismo. Confieso que me tiente el exhibicionismo, pero ¡a las seis de la tarde, a plena luz del día! ¡Santo Dios! Mis excusas a tu mujer.

«Siempre tuyo,

»Joel Coles»

Joel sólo se atrevió a salir de su despacho para ir furtivamente, como un malhechor, al estanco. Tan sospechoso era su comportamiento, que uno de los guardas de seguridad del estudio le pidió su tarjeta de identificación. Había decidido almorzar fuera, cuando Nat Keogh, seguro de sí mismo y de buen humor, lo descubrió.

—¿Qué quiere decir que te has retirado para siempre? ¿Y qué importa que ese marica te abuchee? Oye —continuó, empujando a Joel hasta el restaurante de los estudios—. Una noche de estreno, en Grauman, Joe Squires le pateó la cola del frac mientras le hacía una reverencia al público. El payaso dijo que Joe recibiría noticias tuyas más tarde, pero cuando Joe lo llamó a las ocho del día siguiente y le dijo que estaba esperando recibir sus noticias, le colgó el teléfono.

La absurda anécdota animó a Joel, que se consoló sombríamente mirando a los ocupantes de la mesa vecina, las tristes y encantadoras hermanas siamesas, los desagradables enanos, el imponente gigante de la película del circo. Pero, más allá de las caras trigueñas de las chicas guapas, a quienes el rímel les ponía un toque de melancolía y sorpresa en los ojos, con sus llamativos trajes de fiesta a plena luz del día, más allá vio a un grupo que había estado en la fiesta de Calman y se estremeció.

—Nunca más —dijo en voz alta—. ¡Es mi última aparición en sociedad en Hollywood!

A la mañana siguiente un telegrama lo esperaba en su despacho:

«Fuiste una de las personas más agradables de la fiesta. Te esperamos en la cena fría de mi hermana June el próximo domingo.

»Stella Walker Calman»

La sangre le corrió vertiginosamente por las venas durante un instante febril. Incrédulo, volvió a leer el telegrama.

«¡Bueno, es la cosa más bonita que me han dicho en mi vida!»

III.

De nuevo el loco domingo. Joel durmió hasta las once y luego leyó el periódico para ponerse al día de lo que había pasado durante la semana. Almorzó en su habitación trucha, ensalada de aguacate y medio litro de vino de California. Cuando se vistió para el té, seleccionó un traje de pata de gallo, una camisa azul, una corbata de color naranja tostado. Tenía bajo los ojos dos semicírculos oscuros, fruto del cansancio. Fue a los apartamentos de la Riviera en su coche de segunda mano. Cuando él mismo se estaba presentando a la hermana de Stella, Miles y Stella llegaron vestidos con traje de montar: habían pasado casi toda la tarde discutiendo acaloradamente por los polvorientos caminos que rodean Beverly Hills.

Miles Calman, alto, nervioso, con un desesperado sentido del humor y los ojos más tristes que Joel había visto nunca, era un artista de pies a cabeza, una cabeza que tenía una curiosa forma y unos pies negroides sobre los que se apoyaba con firmeza. Nunca había hecho películas chabacanas, a pesar de que a veces había pagado caro el lujo de arriarse en experimentos que terminaban en fracasos. Aunque era una excelente compañía, bastaba pasar con él un rato para advertir que no era un hombre sano.

Desde que llegaron, la jornada de Joel se mezcló inextricablemente con la suya. Cuando se incorporó al grupo que los rodeaba, Stella se separó chasqueando impaciente la lengua, y Miles Calman dijo al individuo que tenía más cerca:

—Ten cuidado con lo de Eva Goebel. Por su culpa se ha armado un escándalo en casa —Miles se volvió a Joel—: Siento no haber podido verte ayer en la oficina. Pasé la tarde en el psicoanalista.

—¿Te estás psicoanalizando?

—Llevo meses. Al principio iba porque tenía claustrofobia, ahora estoy intentando poner en claro toda mi vida. Dicen que tardaré un año.

—No hay nada oscuro en tu vida —le aseguró Joel.

—¿Ah, no? Bueno, parece que Stella piensa que sí. Pregunta a cualquiera... Cualquiera te lo contaría todo —dijo con amargura.

Una chica se encaramó en el brazo del sillón de Miles; Joel se acercó a Stella, que, desconsolada, estaba de pie junto a la chimenea.

—Gracias por tu telegrama —dijo Joel—. Fue verdaderamente amable. No entiendo cómo una mujer tan guapa como tú puede ser tan simpática.

Incluso estaba un poco más maravillosa que nunca, y quizá la mirada de admiración inagotable de Joel la incitaba a desahogarse. No tardó mucho, porque evidentemente sus sentimientos estaban a punto de desbordarse.

—...y Miles lleva con eso dos años, y yo ni siquiera lo sabía. Cómo, si ella era una de mis mejores amigas y siempre estaba en casa. Pero, cuando la gente empezó a hacerme comentarios, Miles tuvo que admitirlo.

Se sentó con gesto vehemente en el brazo del sillón de Joel. Sus pantalones de montar eran del color del sillón y Joel vio que la masa de sus cabellos estaba hecha de hebras de oro viejo y hebras de oro pálido: el pelo no era teñido, y no llevaba maquillaje. Era tan guapa...

Temblando todavía por la impresión de su descubrimiento, Stella no podía soportar el espectáculo de una nueva chica mariposeando alrededor de Miles; llevó a Joel a uno de los dormitorios, y, sentados a los pies de una gran cama, se pusieron a hablar. Las personas que iban al baño les lanzaban miradas y hacían comentarios jocosos, pero Stella, que se quitaba de encima el peso de su historia, no prestaba atención. Entonces Miles asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—No tiene sentido intentarle explicar a Joel en media hora algo que incluso para mí es incomprendible, algo que según el psicoanalista tardaremos en comprender un año.

Stella siguió hablando como si Miles no estuviera. Quería a Miles, dijo, y con terribles dificultades siempre le había sido fiel.

—El psicoanalista le dijo a Miles que tenía complejo de Edipo. En su primer matrimonio le transfirió el complejo de Edipo a su mujer, ¿entiendes?, y entonces encauzó su sexualidad hacia mí. Pero cuando nos casamos la cosa se repitió: me transfirió el complejo de Edipo y toda su libido se encauzó hacia esa otra mujer.

Joel estaba convencido de que aquello quizá no fuera un galimatías, aunque sonara como tal. Conocía a Eva Goebel: era una persona maternal, mayor y probablemente más sensata que Stella, que era una criatura dorada.

Miles sugirió entonces, impaciente, que Joel los acompañara a casa, puesto que Stella tenía tanto que decirle, así que fueron en coche hasta la mansión de Beverly Hills. Bajo los techos altísimos la situación parecía más solemne y trágica. Era una noche misteriosa y transparente, con la oscuridad muy clara al otro lado de las ventanas, y Stella, rosa y dorada, gritando y llorando por la habitación. Joel no creía mucho en los sufrimientos de las actrices de cine. Tenían otras preocupaciones: eran maravillosas figuras rosa y oro, insufladas de vida por guionistas y directores, que después de gritar y llorar durante horas se sentaban y hablaban en susurros con risillas y sobreentendidos, contándose el final de muchas aventuras.

A veces fingía escuchar, pero estaba pensando en lo elegante que iba Stella: unos refinados pantalones de montar y unas piernas que no le iban a la zaga, un jersey de cuello alto en tonos italianos y una chaqueta de gamuza marrón. No podía decidir si Stella era una imitación de una dama inglesa o una dama inglesa era una imitación de Stella. Oscilaba entre la más real de las realidades y la más descarada de las imposturas.

—Miles es tan celoso que me pregunta todo lo que hago —exclamó con disgusto—. Cuando estuve en Nueva York le escribí que había ido al teatro con Eddie Baker. Miles estaba tan celoso que me telefoneó diez veces en un día.

—Estaba como loco —Miles resopló con fuerza, como acostumbraba hacer en momentos de tensión—. El psicoanalista no consiguió nada durante una semana.

Stella negó con la cabeza, desesperada.

—¿Esperabas que me quedara tres semanas sentada en el hotel?

—Yo no esperaba nada. Admito que soy celoso. Intento no serlo. He trabajado sobre ese asunto con el doctor Bridgebane, aunque sin resultados de ninguna clase. Esta tarde he sentido celos de Joel cuando te sentaste en el brazo de su sillón.

—¿Que has sentido celos? —se sorprendió Stella—. ¡Que has sentido celos! ¿Y no había nadie en el brazo de tu sillón? ¿Es que me has dirigido la palabra durante dos horas?

—Tú le estabas contando tus problemas a Joel en el dormitorio.

—Cuando pienso que esa mujer... —Stella parecía creer que omitiendo el nombre de Eva Goebel podría volverla menos real— solía venir aquí...

—Está bien, está bien —dijo Miles con voz cansada—. Lo he admitido todo y me siento tan mal como tú.

Empezó a hablarle de películas a Joel, mientras Stella se movía inquieta a lo largo de la habitación inmensa, con las manos en los bolsillos de los pantalones de montar.

—Trataron fatal a Miles —dijo, volviendo de pronto a la conversación como si nunca hubieran discutido de asuntos personales—. Querido, cuéntale cuando el viejo Beltzer intentó cambiar tu película.

Mientras Stella se acercaba a Miles con actitud protectora y chispas de indignación en los ojos por lo mal que lo habían tratado, Joel se dio cuenta de que se había enamorado de ella. Sofocado por la emoción, se levantó y se despidió.

El lunes la semana reanudó su ritmo rutinario, en agudo contraste con las discusiones teóricas, los chismorreos y escándalos del domingo; se sucedieron los interminables detalles de la revisión de un guión: «En vez de un fundido horroroso, podemos dejar su voz en la banda sonora y cortar a un plano medio del taxi desde el ángulo donde está Bell, o simplemente alejar la cámara, pata, que entre la estación, dejarla un momento y luego tomar una panorámica de la hilera de taxis...» El lunes por la tarde Joel había vuelto a olvidar que las personas que trabajan en la industria del entretenimiento también tienen derecho a entretenerse. Por la noche llamó por teléfono a casa de Miles. Preguntó por Miles, pero fue Stella quien se puso.

—¿Van mejor las cosas?

—No mucho. ¿Qué vas a hacer el sábado por la noche?

—Nada.

—Los Perry nos han invitado a cenar y luego iremos al teatro. Miles no estará... Va a South Bend en avión para ver el partido Notre Dame-California. He pensado que podrías acompañarme tú.

Después de una larga pausa Joel dijo:

—Claro, por supuesto. Si tengo alguna reunión ese día, no podré ir a cenar, pero sí al teatro.

—Entonces les diré que vamos.

Joel se paseaba por su despacho. En vista de las extrañas relaciones de los Calman, ¿se alegraría Miles de aquello, o Stella prefería que no lo supiera? No había ni que pensarlo: si Miles no mencionaba el asunto, lo haría Joel. Pero pasó una hora o más antes de que pudiera volver a su trabajo.

El miércoles hubo un trifulca de cuatro horas en una sala de juntas llena de planetas y nebulosas de humo de cigarrillos. Tres hombres y una mujer recorrieron la alfombra por turnos, proponiendo o rechazando, intentando ser persuasivos o hablando con dureza, seguridad o desesperación. Al final Joel esperó un momento para poder hablar con Miles.

El hombre estaba cansado, no con la exaltación del agotamiento físico, sino con el cansancio de vivir, con los párpados hundidos, la barba incipiente y sombras azules alrededor de los labios.

—Me he enterado de que vas al partido del Notre Dame.

Miles miró a un punto más allá de Joel y negó con la cabeza.

—No, ya no.

—¿Porqué?

—Por ti —seguía sin mirar a Joel.

—Pero ¿qué demonios estás diciendo, Miles?

—No voy por eso —se echó a reír sin ganas, como si estuviera solo—. No sé lo que Stella sería capaz de hacer por despecho... Te ha invitado a que la acompañes a casa de los Perry, ¿no? No vería el partido a gusto.

El fino instinto que lo guiaba, ágil y seguro de sí mismo, sobre el plato, en su vida personal se convertía en indecisión y debilidad.

—Escucha, Miles —dijo Joel, frunciendo el entrecejo—. Nunca he intentado nada con Stella. Si realmente vas a cancelar tu viaje por mi causa, no la acompañaré a casa de los Perry. No la veré. Puedes confiar en mí plenamente.

Miles lo miró entonces con atención.

—Quizá —se encogió de hombros—. Pero habría algún otro. No me divertiría mucho.

—No parece tener mucha confianza en Stella. Me dijo que siempre había sido sincera contigo.

—Quizá —en los últimos minutos algunos músculos más habían cedido alrededor de los labios de Miles—. Pero ¿cómo puedo pedirle nada después de lo que ha pasado? ¿Cómo puedo esperar que ella...? —se interrumpió bruscamente y su expresión se endureció cuando dijo—: Te diré una cosa, para bien o para mal, no importa lo que yo haya hecho, si Stella alguna vez me engañara, me divorciaría. No puedo ir por ahí con el orgullo herido... Sería el colmo.

Su tono irritó a Joel, pero dijo:

—¿No se le ha pasado lo del asunto de Eva Goebel?

—No —Miles resopló con pesimismo—. Y yo tampoco logro superarlo.

—Pensaba que se había acabado.

—Estoy tratando de no verme más con Eva, pero ya sabes que no es fácil desprenderse de alguien así como así... ¡No es una chica a la que haya besado una noche en un taxi! El psicoanalista dice que...

—Lo sé —lo interrumpió Joel—. Stella me lo contó —era deprimente—. Bueno, en lo que a mí respecta, si vas al partido no veré a Stella. Y estoy seguro de que Stella tiene la conciencia limpia.

—A lo mejor sí —repitió Miles, apático—. De cualquier modo, me quedaré y la llevaré a la fiesta. Escucha —dijo de pronto—, me gustaría que tú vinieras también. Así tendré a alguien comprensivo con quien hablar. Ese es el problema... He influido en Stella en todo. Especialmente he influido en esto: le gustan todos los hombres que a mí me caen bien... Es muy difícil.

—Debe serlo —asintió Joel.

IV.

Joel no pudo llegar a la cena. Un poco avergonzado bajo su sombrero de copa —había muchos parados en aquel tiempo—, esperó a los demás ante el Teatro Hollywood observando el desfile nocturno: oscuras imitaciones de estrellas de cine rutilantes y únicas, hombres que parecían caballos cojos con chaquetas de polo, un enérgico derviche con la barba y el báculo de un apóstol, un par de elegantes filipinos con el uniforme de la universidad, todos sugerían que aquella esquina de la República se abría a los siete mares, interminable carnaval fantástico de gritos juveniles que resultaron ser la ceremonia de iniciación de un club estudiantil. La hilera se rompió para dejar paso a dos elegantes limusinas que se detuvieron junto a la acera.

Allí estaba, con un vestido como aguanieve, hecho de miles de piezas azul pálido, con carámbanos que formaban gotas en el cuello. Joel se acercó.

—¿Qué? ¿Te gusta mi vestido?

—¿Dónde está Miles?

—Fue por fin a ver el partido. Se fue ayer por la mañana. Al menos eso creo... —se interrumpió—. Me acaba de llegar un telegrama de South Bend diciendo que en este mismo momento coge el avión para volver. Me había olvidado... ¿Conoces a toda esta gente?

El grupo de ocho entró en el teatro.

Al final Miles se había ido y Joel se preguntaba si debería haber ido al teatro. Pero durante la obra, con Stella de perfil bajo el trigo puro del pelo luminoso, dejó de pensar en Miles. Una vez se volvió a mirarla, y Stella lo miró, sonriendo y manteniendo los ojos fijos en él tanto como Joel quiso. Fumaban en el vestíbulo durante el entreacto, y ella susurró:

—Van a ir a la inauguración de la sala de fiestas de Jack Johnson. Yo no quiero ir, ¿y tú?

—¿Tenemos que ir?

—Supongo que no —Stella dudó—. Me gustaría hablar contigo. Supongo que podríamos ir a casa... Si estuviera segura de que...

Volvió a titubear, y Joel preguntó:

—¿Segura de qué?

—Segura de que... Ay, estoy loca, lo sé. Pero ¿cómo puedo estar segura de que Miles ha ido al partido?

—¿Quieres decir que piensas que está con Eva Goebel?

—No; tanto como eso, no. Pero... Supongamos que estuviera aquí, vigilando todo lo que hago. Sabes que Miles hace cosas raras algunas veces. Una vez le apeteció tomar el té con un hombre con barba, e hizo que le trajeran uno de una agencia de contratación de actores, y se pasó la tarde tomando el té con él.

—Eso es diferente. Te ha mandado un telegrama desde South Bend... Eso demuestra que ha ido al partido.

Después de la representación se despidieron de los demás en la acera, y les respondieron con miradas divertidas. Se dejaron llevar por el gentío que se había aglomerado alrededor de Stella, a la luz chillona y dorada de la calle.

—Sabes que podría haber amañado los telegramas —dijo Stella—. Sin ningún problema.

Era verdad. Y con la idea de que la preocupación de Stella podía estar justificada, Joel se puso de mal humor: si Miles los había enfocado con una cámara., se sentía libre de cualquier obligación hacia él. En voz baja dijo:

—Eso es una tontería.

Había ya árboles de Navidad en los escaparates de las tiendas y la luna llena sobre el paseo era sólo parte de un decorado, un efecto teatral, como las gigantescas lámparas de tocador de las esquinas. Bajo el oscuro follaje de Beverly Hills, que llameaba como los eucaliptos a plena luz del día, Joel vio sólo el destello de una cara blanca muy cerca de la suya, el arco de los hombros de Stella. Ella se apartó de pronto y lo miró. —Tienes los mismo ojos que tu madre —dijo—. Yo tenía un álbum con imágenes de sus películas.



—Tus ojos son iguales a los tuyos y no se parecen a ningunos —respondió Joel.

Algo hizo a Joel mirar hacia los jardines cuando entraron en la casa, como si Miles estuviera al acecho entre los arbustos. Un telegrama esperaba en la consola del recibidor. Stella lo leyó en voz alta:

«Chicago.

»Vuelvo mañana por la noche. Pienso en ti. Te quiero.

»Miles»

—Ya lo ves —dijo ella, arrojando el papel sobre la mesa—, fácilmente podría haberlo falsificado.

Pidió al mayordomo que trajera algo de beber y bocadillos, y subió corriendo las escaleras, mientras Joel paseaba por los salones desiertos. Y así vagabundó hasta el piano donde había hecho el ridículo dos domingos antes.

—Podríamos pegar el bombazo —dijo en voz alta—: la historia de un divorcio, los generadores más modernos y la Legión Extranjera.

Otro telegrama le vino a la cabeza de repente:

«Fuiste una de las personas más agradables de la fiesta...» Se le ocurrió una idea. Si el telegrama de Stella sólo había sido un gesto de cortesía, era probable que Miles lo hubiera inspirado, pues Miles era quien lo había invitado. Miles podía haber dicho: «Mándale un telegrama... Se siente mal... Cree que ha hecho el ridículo».

Y recordó una frase: «He influido en Stella en todo. Especialmente he influido en esto: le gustan todos los hombres que a mí me caen bien».

Una mujer podía hacer cosas así por lástima... Sólo un hombre podría hacerlas por sentirse culpable.

Cuando Stella volvió a la habitación, Joel le cogió las manos.

—Tengo la extraña sensación de ser una especie de peón en una partida de despecho que estás jugando contra Miles —dijo.

—Sírvelo tú mismo una copa.

—Y lo extraño es que, a pesar de todo, estoy enamorado de ti.

Sonó el teléfono y Stella se apresuró a responder.

—Otro telegrama de Miles —anunció—. Lo ha mandado, o eso dice, que lo ha mandado desde el avión en Kansas City.

—Supongo que te ha pedido que me des recuerdos suyos.

—No, sólo ha dicho que me quiere. Creo que es así. Es tan débil...

—Siéntate a mi lado —la apremió Joel.

Era temprano. Y faltaban pocos minutos para la medianoche cuando, media hora después, Joel se acercó a la chimenea fría y dijo bruscamente:

—¿Quieres decir que no sientes ningún interés por mí?

—No, no es eso. Me atraes mucho y tú lo sabes. Pero me parece que quiero a Miles de verdad.

—Eso está claro.

—Y esta noche me siento intranquila.

No estaba enfadado. Incluso sentía cierto alivio de que la posible aventura no hubiera llegado a tener lugar. Pero, mirándola, mientras el calor y la suavidad de su cuerpo deshacían el frío traje azul, Joel supo que ella siempre le dolería.

—Tengo que irme —dijo—. Llamaré a un taxi.

—Es una tontería... Hay un chófer de servicio.

Joel hizo una mueca porque le dolía que lo dejara irse, y Stella se dio cuenta y lo besó, y dijo:

—Eres un cielo, Joel.

Y súbitamente sucedieron tres cosas: Joel se bebió su copa de un trago, el teléfono resonó en toda la casa y un reloj de pared lanzó una catarata de notas de trompeta.

*Nueve, diez, once, doce.*

V.

Era domingo otra vez. Joel se dio cuenta de que había ido al teatro arrastrando todavía el trabajo de la semana como si fuera un sudario. Había tratado de enamorar a Stella como si acometiera un asunto urgente que deseara quitarse de encima antes de terminar el día. Pero era domingo: la maravillosa, perezosa perspectiva de las próximas veinticuatro horas se extendía ante él, y cada minuto se le ofrecía arruUadoramente vacío, sin objeto, cada momento contenía el germen de innumerables posibilidades. Nada era imposible. Todo acababa de empezar. Se sirvió otra copa.

Con un gemido, Stella se desplomó junto al teléfono. Joel la cogió y la tumbó en el sofá. Empapó en soda un pañuelo y lo aplicó en la cara de Stella. El auricular del teléfono seguía crepitando y se lo llevó al oído.

—...el avión se estrelló en esta zona de Kansas City. El cadáver de Miles Calman ha sido identificado y...

Colgó.

—Descansa, quédate así —dijo, inseguro, cuando Stella abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —susurró—. Llama por teléfono. ¿Qué ha pasado?

—Llamaré enseguida. ¿Quién es vuestro médico? —¿Han dicho que Miles ha muerto?

—No te muevas... ¿Hay algún criado despierto?

—Abrázame... Estoy asustada.

Joel la abrazó.

—Dime quién es vuestro médico —dijo muy serio—. Puede ser un error, pero me gustaría que viniera alguien.

—Es el doctor... ¡Ay, Dios mío! ¿Ha muerto Miles?

Joel corrió al piso de arriba y buscó en extraños botiquines un frasco de amoníaco. Cuando volvió abajo, Stella empezó a gritar:

—No está muerto... Sé que no está muerto. Forma parte de su plan. Está torturándome. Sé que está vivo. Puedo sentir que está vivo.

—Quiero que venga alguna amiga tuya, Stella. No puedes quedarte aquí sola esta noche.

—¡No, no! —gritó ella—. No quiero ver a nadie. Quédate. No tengo ningún amigo. Miles no está muerto... No puede estar muerto. Voy a ir ahora mismo a comprobarlo. Cogeré un tren. Tienes que venir conmigo.

—No puedes. No se puede hacer nada esta noche. Quiero que me digas el nombre de alguien a quien pueda llamar: ¿Lois? ¿Joan? ¿Carmel? ¿No hay nadie?

Stella lo miraba sin verlo.

—Eva Goebel era mi mejor amiga —dijo.

Joel pensó en Miles, en la cara de desesperación y tristeza que tenía en la oficina dos días atrás. En el horrible silencio de su muerte lá figura de Miles se aclaraba: era el único director americano que poseía a la vez conciencia artística y una personalidad interesante. Atrapado entre los engranajes de la industria del cine, sus nervios destrozados habían sido el precio pagado por no tener capacidad de adaptación, ni el necesario y saludable cinismo, ni siquiera un refugio: sólo una lamentable y precaria vía de fuga.

Se oyó un ruido en la puerta, que se abrió de repente, y pasos en la entrada.

—¡Miles! —chilló Stella—. ¿Eres tú, Miles? Ah, es Miles.

Un repartidor de telegramas apareció en el umbral.

—No podía encontrar el timbre. Y los he oído hablar...

El telegrama era un duplicado del que habían recibido por teléfono. Mientras Stella lo leía una y otra vez, como si fuera una funesta mentira, Joel hizo algunas llamadas. Era todavía temprano y le costó trabajo dar con alguien; cuando por fin consiguió encontrar a algunos amigos, le preparó a Stella una bebida fuerte.

—Quédate aquí, Joel —susurró, como si estuviera medio dormida—. No te vayas. A Miles le gustabas..., me dijo que tú... —se estremeció violentamente—. ¡Ay, Dios mío, no sabes lo sola que me siento! —sus ojos se cerraron—. Abrázame. Miles tenía un traje igual que el tuyo —se puso en pie, asustada, rígida—. Piensa en lo que debe de haber sentido. Bueno, le daba miedo casi todo —negó con la cabeza, aturdida. De pronto tomó la cara de Joel y la acercó a la suya—. No te irás. Yo te gusto... Me quieres, ¿no? No llames a nadie. Mañana habrá tiempo. Quédate aquí conmigo esta noche.

Joel la miró, primero con incredulidad, y después, escandalizado, comprendió. Con aquel oscuro acercamiento Stella intentaba mantener vivo a Miles, provocando una situación en la que él sería... Como si la mente de Miles no pudiera morir mientras las hipótesis que lo habían obsesionado continuaran existiendo. Era un angustioso y atormentado esfuerzo para no reconocer todavía que Miles había muerto.

Joel, sin más dilación, llamó por teléfono a un médico.

—¡No, no llames a nadie! —gritó Stella—. Vuelve aquí y abrazame.

—¿Está el doctor Bales?

—Joel —gritó Stella—. Pensaba que podía contar contigo. A Miles le gustabas. Estaba celoso de ti... Joel, ven aquí.

Ah, entonces... Si él traicionaba a Miles ella podría mantenerlo vivo..., porque, si estaba realmente muerto, ¿cómo podrían traicionarlo?

—...acaba de sufrir un ataque muy grave. ¿Puede venir enseguida y traer una enfermera?

—Joel!

Entonces el timbre y el teléfono empezaron a sonar intermitentemente, y empezaron a detenerse automóviles ante la casa.

—Pero tú no te vas —suplicó Stella—. Tú vas a quedarte, ¿verdad?

—No —respondió Joel—. Pero volveré, si me necesitas. ( \_

Se quedó en las escaleras, que ahora bullían y palpitaban con la vida que se agitaba en torno a la muerte como hojas protectoras, y se le hizo un nudo en la garganta.

«Todo lo que tocaba lo volvía mágico», pensó. «Incluso le dio vida a esa golfilla y la hizo una especie de obra maestra».

Y luego:

«¡Qué vacío tan inmenso deja en este maldito desierto! Bueno, ¡ya esta bien!»

Y, luego, con una cierta amargura:

«¡Ah, sí, volveré... volveré!»

## Algo más que una casa

Algo más que una casa (*Saturday Evening Post*, 24 de junio de 1933) mereció una elogiosa carta de John O'Hara:

«La señorita Jean Gunther, de la familia Gunther de Algo más que una casa, era una de esas chicas de las que usted tiene la exclusiva para escribir sobre ellas... Ya estaba dicho todo cuando ella le dice a Lew Lowrie: "Bueno, por fin has besado a una Gunther"... Lo segundo que le ha salido perfecto: Lowrie, el arribista; me pregunto cómo ha podido salir le tan bien la figura del arribista. ¿Espor el irlandés que lleva dentro...? Y otra cosa muy conseguida es recurrir a un fantástico detalle: la chica en zapatillas de andar por casa y pantalones de montar. Y el tiempo y el ritmo son perfectos.»

Fitzgerald respondió admitiendo sus «dos fundamentales complejos de inferioridad», resultado del conflicto entre sus raíces irlandesas y americanas.

La obra de Fitzgerald continuó apareciendo en el *Post* hasta 1937, pero Algo más que una casa es el relato más importante que escribió para la revista con la que su carrera estuvo más íntima y problemáticamente conectada.

I.

Era una de las costumbres de Lew... Y ya llevaba corrido lo suyo. Entrabas a un recibidor, a veces estrecho, estilo colonial de Nueva Inglaterra, a veces prudentemente espacioso. Una vez en el recibidor, el anfitrión decía: «Clare» —o «Virginia», o «Querida»—, «te presento al señor Lowrie». La mujer decía: «Cómo esta usted, señor Lowrie», y Lew contestaba: «Cómo esta usted, señora Mujer». Entonces el hombre sugería: «¿Un cóctel?». Y Lew arqueaba las cejas y decía: «Estupendo», en un tono que insinuaba: «¡Cuánta hospitalidad, consideración, atención!». Aquellos deliciosos canapés. «¡Mmm! Señora, ¿qué son...? ¿Gloria divina? Lo suficiente para saciar un apetito más fuerte que el mío».

Porque Lew se acercaba a la cumbre, con seis trajes nuevos, y empezaba a conocer el intríngulis de las cosas. Estaba a punto de ser admitido en un club de la ciudad y le tenía echado el ojo a un modernísimo piso de soltero lleno de puertas batientes de hierro forjado —como si fuera un niño con tendencia a caerse por las escaleras—, cuando salvó la vida a la hija de los Gunther y tuvo que cambiar todos sus gustos.

Sucedió en 1925, antes de la Exposición Hispanoamericana... No, antes de todo lo que ha sucedido desde entonces. Las hijas de los Gunther se habían apeado del tren donde no se tenían que haber apeado, y andaban cogidas del brazo cuando Amanda se interpuso en el camino de una locomotora que se acercaba. Amanda era más bien alta, rubia y orgullosa, y la locomotora era desproporcionadamente baja, oscura y tenaz. Lew no tuvo tiempo de hacer especulaciones sobre las respectivas oportunidades en el encuentro que se aproximaba; se avalanzó sobre Jean, que estaba más cerca, y, mientras las dos hermanas se abrazaban, sorprendidas, Lew empujó a Amanda fuera de las vías, salvándola por un pelo, hasta el punto de que un pistón le rozó el abrigo.

Y así cambió el gusto de Lew en lo que se refiere a arquitectura y decoración de interiores. En la casa de los Gunther se servía el té, caliente o helado, bollos azucarados, pan de jengibre y panecillos calientes a las cuatro y media. La primera vez que fue se sintió impresionado por el prestigio heroico de la familia, pero la impresión le duró cinco minutos. Más tarde sabría que durante la guerra civil la abuela de Amanda había sido rescatada por su propia abuela de una casa en llamas en el condado de Montgomery, que el padre había salvado en cierta ocasión a diez naufragos y había sido propuesto para la medalla Carnegie, que cuando Jean era niña un hombre la había salvado de las olas en Cape May, que todos los Gunther llevaban salvando vidas, o viendo

cómo les salvaban la vida, desde hacía cincuenta años y que su auténtica deuda con Lew respondía a que el joven había continuado la tradición.

Estaban en la amplísima galería cubierta de parras («Lo primero que yo echaría abajo es esa monstruosidad», dijo un invitado que era arquitecto), que casi rodeaba todo el perímetro de la casa, una especie de caja grande y cuadrada construida alrededor de 1880. Las hermanas, que eran tres, aparecieron y desaparecieron mientras Lew tomaba el té y hablaba con los mayores. Sólo tenía veintiséis años y le hubiera gustado que Amanda se dejara ver más, el tiempo suficiente para verla bien, pero sólo Bess, la hermana de dieciséis años, era verdaderamente visible; ante las otras dos hermanas se interponía una pantalla de jóvenes vestidos de franela blanca.

—Fue la rapidez —dijo el señor Gunther, paseándose preocupado sobre la estera—, aquel segundo de coordinación. Me figuro que ni siquiera intentaría avisarles. Su subconsciente adivinó que iban juntas: adivinó que si empujaba a una, empujaba a las dos. Un segundo, un pensamiento, un gesto. Me acuerdo de que en 1904...

—¿Quiere el señor Lowrie otro pedazo de pastel de jengibre? —preguntó la abuela.

—Papá, ¿por qué no le enseñas al señor Lowrie las cucharas con que comieron los apóstoles? —propuso Bess.

—¿Cómo? —el padre interrumpió su paseo—. ¿Le interesan al señor Lowrie las cucharas antiguas?

En aquel momento Lew se imaginaba a Amanda dando vueltas en alguna parte, entre la luminosidad de las pistas de tenis y la sombra de la galería, a través del calor y la gracia de la tarde.

—¿Cucharas? Ah, ya tengo cuchara, gracias.

—Las cucharas de los apóstoles —explicó Bess—. Papá tiene una de las mejores colecciones de América. Cuando alguien le cae verdaderamente simpático le enseña las cucharas. Y creo que, ya que le salvaste a Amanda la vida...

Vio poco a Amanda aquella tarde: habló con ella un momento junto a las escaleras mientras un joven, muy cerca, lanzaba al aire una raqueta de tenis y la recogía por el mango y, cada vez que la recogía, flexionaba impacientemente las rodillas. El sol se avituallaba en las hebras de su pelo, se derramaba sobre el bronceado rosa de sus mejillas y recorría los brazos que se miraba ensimismada mientras hablaban.

—Es difícil agradecerle a alguien que te haya salvado la vida, señor Lowrie. Quizá no debería haberlo hecho. A lo mejor no valía la pena.

—Ah, sí, claro que sí—dijo Lew, en un arrebató de vergüenza.

—Me gustaría pensar lo mismo —se volvió hacia el joven—. ¿Verdad, Alien?

—La vida está bastante bien —admitió Alien—, si te dedicas a las rubias intrépidas.

Durante unos segundos Amanda dirigió su sonrisa falsa a Lew, y luego la desvió un poco, como si fuera una linterna que pudiera deslumbrarlo.

—Siempre tendré la sensación de que le pertenezco, señor Lowrie; mi vida está a su disposición. Siempre tendrá derecho a volverme a dejar ante aquella locomotora.

La orgullosa expresión de los labios de Amanda reflejaba una amabilidad algo excesiva respecto a la cuestión del salvamento, aunque Lew no se daba cuenta; a Amanda le parecía que por lo menos podría haberla salvado alguno de sus amigos. Los Gunther eran una familia arrogante, arrogante más allá de toda lógica, porque el señor Gunther había sido presentado una vez en la corte de San Jacobo y desde entonces jamás se había recuperado del todo. Incluso Bess era arrogante, y casualmente fue a Bess a quien Lew llevó en su coche.

—Es un lugar agradable —asintió la chica—. íbamos a modernizar la casa, pero votamos y en vez de eso decidimos arreglar la piscina.

Lew dejó de mirarla —sería igual que Amanda, si no fuera por su delgadez y por el detalle infantil y poco favorecedor de unos alambres que llevaba en los dientes— para observar la casa con sus hermosos balcones, sus tejados irregulares, con una divisa grabada en letras de oro en la pared, a la manera de las casas suizas, y sus prominentes y numerosos miradores. La miraba sin sentido crítico; le pareció una de las casas más hermosas que había visto nunca.

—Es verdad que vivimos a kilómetros de la ciudad, pero la casa siempre está llena de gente. Mis padres se van al Sur después de las vacaciones de Navidad, cuando nosotras volvemos al colegio.

Era algo más que una casa, decidió Lew mientras se alejaba. Era un lugar donde una multitud de cosas diferentes podía suceder a la vez: la vida íntima de los mayores, las aventuras íntimas de cada una de las chicas. Para darse ánimos, eligió su rincón particular: un columpio que había detrás de una de las parras que dividían la galería en cuatro partes. Pero corría el año 1925, cuando los diez mil dólares anuales de los que disponía Lew no permitían un cruce indiscriminado de las fronteras sociales. Había sido recibido por los Gunther, que lo habían mantenido a distancia y habían ido tomándole simpatía gradualmente por las cualidades que su torpeza dejaba adivinar. Un hombre bien parecido, en plena ascensión, puede poner inmediatamente en práctica las cosas que aprende; a Lew nunca le habían impresionado tanto las casas de las afueras, donde los niños se pasan el día en la calle con sus patinetes.

Hasta septiembre no fue invitado a casa de los Gunther de un modo más íntimo, gracias, en gran medida, a que se empeñó la madre de Amanda.

—Te ha salvado la vida. Quisiera invitarlo a esta pequeña fiesta.

Pero Amanda no le había perdonado que le salvara la vida.

—Es un baile de amigos —se quejó—. Lo podemos invitar a la puesta de largo de Jean, en octubre: todo el mundo creerá que papá lo ha invitado por un compromiso de negocios. Al fin y al cabo, se puede ser amable con todo el mundo sin echarle en sus brazos.

La señora Gunther tradujo esta frase correctamente: se puede despreciar a todo el mundo sin que ellos se enteren; y corrigió a su hija con brusquedad:

—No puedes tener ventajas sin responsabilidades —dijo lacónicamente.

La vida se había abierto ante Lew tan deprisa que tenía un esmoquin negro en vez de uno de esos púrpura que usan los jóvenes. Invitado a cenar, llegó demasiado temprano; y, para prestarle la pizca de atención que merecía en el momento más oportuno, Amanda lo llevó dando un paseo a la parte escondida y más descuidada del jardín. Le hubiera gustado sentirse aburrída, pero la vitalidad y amabilidad de Lew la desarmaron, obligándola a fijarse en él casi por vez primera.

—En todas partes dicen que usted es un joven con futuro —dijo Amanda.

Lew lo admitió. Fanfarroneó un poco; no le dijo que había analizado la fascinación que la casa de los Gunther ejercía sobre él: su padre había sido jardinero en una propiedad de Maryland muy parecida cuando él era un niño de cinco años. Su madre le había ayudado a recordarlo cuando les habló de los Gunther. Y ahora aquel jardín tenía la luz irisada del crepúsculo y Amanda, con su vestido estampado, era una flor más; Lew le dijo en un arranque sentimental lo preciosa que era, y Amanda, excitada ya por la proximidad de una cita con otro, dejó que se animara. Lew nunca había sido tan feliz como en el momento en que ella se levantó del banco y apoyó la mano en su brazo suavemente.

—Usted me cae simpático —dijo—. Es muy guapo. ¿No lo sabía?

El baile de otoño se celebraba en un espacio en forma de ele formado por tres habitaciones. Eran treinta jóvenes y una docena de sus mayores, pero no había sensación de agobio, pues los ventanales se abrían a la galería y los invitados bailaban frente a la noche inmensa, ilimitada. Una orquesta del pueblo se alternaba con el gramófono. Habían elegido una sidra suave, de baja graduación, y un aire de seguridad envolvía los anaqueles llenos de libros de la biblioteca y los retratos al óleo del salón, como si aquél fuera uno de los muchos bailes interminables que habían tenido lugar en aquellos mismos salones en el pasado y seguirían teniendo lugar en el futuro.

—Pensaba que no se atrevería a bailar —dijo Bess a Lew—. Sería tonto si no lo hiciera. Yo soy la mejor bailarina de las tres, y la más elegante. A Jean le gusta el jazz, y es la más chic, pero yo creo que el jazz está tan pasado de moda como andar por ahí conquistando y besuqueando al primero que se presente. Y, desde luego, Amanda es la belleza de la familia. Pero yo seré Cenicienta, señor Lowrie. Ellas serán las dos hermanas malvadas, y poco a poco todos se irán dando cuenta de que yo soy la más atractiva y perderán la cabeza por mí.

Pasó mucho tiempo antes de que Lew pudiera arrastrar a Amanda a su rincón elegido en el porche. Amanda estaba radiante y deslumbrante. Más que alegrarse de estar con él, procuró descansar mientras crujía el columpio. Entonces adivinó por instinto que algo estaba a punto de suceder.

A Lew, que se acordaba de un comentario de Jean —«Me pidió que me casara con él, aunque nunca me había besado»—, no se le ocurría ningún modo airoso de lanzarse al asalto de Amanda; pero había decidido confesarle aquella misma noche que estaba enamorado de ella.

—Parecerá precipitado —se atrevió a decir Lew—, pero tengo que decírselo. Le ruego que me incluya en la lista de quienes desearían tener alguna oportunidad.

Amanda no estaba sorprendida, pero, al encontrarse profundamente ensimismada en aquel momento, se sentía un poco perpleja. Abandonando la idea del descanso, se sentó muy derecha.

—Señor Lowrie... ¿Podría llamarle por su nombre? ¿Podría contarle una cosa? No, no quisiera... Sí, porque me cae simpático. No me caía simpático al principio. ¿Le parece demasiada franqueza?

—¿Es eso lo que quería decirme?

—No. Escuche. ¿Conoce usted al señor Horton, el invitado de Nueva York, el hombre alto y un poco canoso?

—Sí —Lew sintió una punzada en el estómago, como una premonición.

—Es mi novio. Usted es el primero en saberlo, aunque mi madre se lo imagina. Ya le dije que, puesto que me había salvado la vida, en cierta medida usted era mi dueño. Mi prometido debería ser usted —la cara que puso Lew la sorprendió sinceramente—. Por favor, no ponga esa cara —lo miraba afligida—. No me diga que ha estado enamorado de mí en secreto todos estos meses. ¿Cómo no me he dado cuenta? Ahora es demasiado tarde.

Lew intentó reírse.

—Apenas la conozco —confesó—. No he tenido tiempo para enamorarme de usted.

—Quizá voy demasiado deprisa. De todas maneras, aunque esté enamorado, lo olvidará y será mi amigo —como si encontrara la mano por casualidad, se la apretó—. Es una gran noche para esta mujercita, señor Lew: una oportunidad única en la vida. Durante dos días he tenido miedo de que los cajones de la cómoda se atasgaran o de que se acabara el agua caliente y el señor Horton huyera a la civilización.

Hubo unos segundos de silencio; entonces Lew preguntó:

—¿Está muy enamorada de él?

—Por supuesto. Es decir, no lo sé. Verá... He estado enamorada de tanta gente que no sabría qué decirle. De cualquier manera, tengo que escapar de este caserón.

—¿De esta casa? ¿Quiere escapar de aquí? No lo entiendo. Es una casa antigua preciosa.

Estaba verdaderamente atónita, y súbitamente estalló:

—¡Esta vieja tumba! Es el principal motivo de que me case con George Horton. ¿No llevo aguantando aquí veinte años? ¿Es que no le he suplicado a mis padres de rodillas que nos mudáramos a la ciudad? Esta... choza, donde cualquiera puede oír lo que los otros dicen tres habitaciones más allá, y donde mi padre no permitió que entrara una radio, ni siquiera un teléfono, hasta el verano pasado. Me da reparo incluso invitar a las chicas del colegio: seguramente se volverían locas cuando oyeran crujir los postigos una noche de tormenta.

—Es una casa antigua magnífica —dijo Lew automáticamente.

—Magnífica y pintoresca —asintió Amanda—. Me alegro de que le guste. A la gente que no tiene que vivir aquí suele gustarle, pero debería darse cuenta de lo solas que estamos: cuando hay una pelea en la familia la tienes que soportar durante horas. Todo se reduce a que mi padre quiere vivir a setenta y cinco kilómetros de cualquier sitio, y nosotras estamos condenadas a pudrirnos. ¡Sería mejor vivir en la ciudad en un apartamento de tres habitaciones! —asombrada por su propia vehemencia, se interrumpió—. De todas maneras —insistió—, a usted la casa le parecerá magnífica, pero para nosotras es un fastidio.

Un individuo apartó las hojas de parra y los miró con curiosidad. Llamó a Amanda y la obligó a levantarse; cuando la chica se fue, Lew saltó la barandilla y se adentró en el jardín; se alejó lo suficiente para que las luces y la música de la casa se confundieran hasta formar una sola entidad, como un puerto que se va acercando en la noche mientras lo miras desde cubierta.

«Sólo la he visto cuatro veces», se decía a sí mismo. «Cuatro veces no es mucho. Pim, pam, pum, fuego. ¿Qué esperaba después de cuatro veces? No debería sentir nada en absoluto.» Pero estaba atenazado por el miedo. ¿Qué era lo que, cuando apenas lo había empezado a conocer, ya no conocería nunca? ¿Qué había sucedido en el jardín aquella tarde, cuál era la emoción que se había

extinguido en el mismo instante en que nacía? La imagen juvenil de Amanda, que apenas empezaba a desarrollarse: no quería que se le quedara grabada. Poco a poco fue descubriendo una verdad a través de su dolor: él había llegado demasiado tarde; cuando aún no la conocía, año tras año Amanda se le había ido escapando sin que él lo supiera. Con todo en su contra, él se las había arreglado para labrarse un futuro sobre cimientos sólidos... Y, entonces, al mirar alrededor, buscándola, descubrió que se había ido. «Lo siento, acaba de salir; acaba de marcharse; acaba de irse». Demasiado tarde en todos los sentidos: incluso en lo que se refería a la casa. Recordando la diatriba de Amanda, Lew cayó en la cuenta de que había llegado demasiado tarde a la casa; era la casa de una niñez de la que las tres chicas se estaban desprendiendo; la casa de una generación más vieja, de la que ya estaban cansadas. Para una generación más joven un aura de acabamiento y caducidad impregnaba la casa, por encima del poder de renovación de los más jóvenes. Era demasiado vieja.

Pero Lew recordaba el vacío de muchas mansiones más grandes, construidas según estilos más espectaculares: vacías, insignificantes para él, en cualquier caso, desde la primera vez que había visto la casa de los Gunther hacía tres meses. Algo humanamente valioso se desvanecería cuando aquella familia se deshiciera. La casa misma, proyectada para leer novelones decimonónicos junto a la chimenea al anochecer, ni siquiera pertenecía a un periodo arquitectónico digno de restauración.

Lew bordeó un paseo exterior y se detuvo en silencio a la sombra de un rosal mientras un par de siluetas se acercaban desde la casa; por la voz reconoció a Jean y a Alien Parks.

—Pienso irme a Nueva York —decía Jean—, me dejen o no... No, estáte quieto, ahora no; eres tonto. No tengo ganas.

—Entonces ¿de qué tienes ganas?

—De nada. Lo único que tengo es envidia de Amanda, porque ha cazado a ese caballero, y ahora se irá a Long Island y vivirá en una casa en vez de en una ratonera. Ay, Jake, las ventajas de ser tonta y bonita...

Ya no los oía. Era entre dos bailes, y Lew observaba los colores de los vestidos y el fognazo blanco de las pecheras de los esmoquines en las ventanas mientras los invitados afluían a la galería. Miró hacia el segundo piso en el momento en que una luz se encendía. Se imaginaba el segundo piso con las paredes llenas de fotos; debería de haber maletas llenas de cosas antiguas, y baúles de ropa y patrones para hacer vestidos, y viejas casas de muñecas, y en las paredes vacías multitud de libros para todas las generaciones, muchas infancias juntas vagabundeando por todos los rincones. Otra pareja atravesó el paseo, desde la casa, y, advirtiendo que sin darse cuenta había adoptado una posición demasiado estratégica, Lew se apartó; pero no antes de haber identificado a la pareja: Amanda y su invitado de Nueva York.

—¿Qué pensarías si te dijera que he tenido otra proposición esta noche?

—...sorprendería en absoluto.

—Un joven que verdaderamente vale la pena. Me salvó la vida... ¿Por qué no estuviste allí, Bubbles? Estoy segura de que tú me hubieras salvado la vida a lo grande.

Estaba exactamente frente a la casa, y Lew la observó con mayor perspicacia. Sentía cierta afinidad con aquel caserón: no, no era eso, pues la casa prácticamente había dejado de tener utilidad, y él acababa de empezar a ser útil; era más bien la sensación de unidad superior que un joven sensato siente ante lo viejo, una sensación de paternidad y ascendencia. Algo más que una casa. Le gustaría que siguiera consumiéndose antes de verse reducida por fin a un montón de cenizas. Y entonces, porque quería prestarle algún servicio cortés a la casa mientras le fuera posible, aunque sólo fuera bailar con la hermana pequeña y torpe, se pasó por el pelo un impetuoso peine de bolsillo y entró en la casa.

## II.

El hombre de la cicatriz a modo de sonrisa volvió a acercarse Lew.

—Probablemente sea ésta —anunció— la fiesta más grande que jamás se haya dado en Nueva York.

—Ya le había oído la primera vez que me lo dijo —asintió Lew alegremente.



—Pero, por otra parte —rectificó el hombre—, pensaba lo mismo de una fiesta que dieron hace dos años, en 1927. Seguramente las fiestas serán cada vez más grandes. Usted juega al polo, ¿no?

—Sólo en el patio de mi casa —aseguró Lew—. He dicho que me gustaría jugar. Soy un hombre de negocios serio.

—Me habían dicho que usted era la estrella del polo —el hombre parecía algo decepcionado—. Yo soy escritor. Partidario del huma... del humanitarismo. He estado intentando ayudar a una chica en el salón donde sirven el champán. Es una dama. Pero, bien lo sabe Dios, es la única persona que hay en esa habitación incapaz de cuidar de sí misma.

—No intente nunca cuidar de nadie —le aconsejó Lew—. O lo odiarán.

Pero aunque el apartamento, o más bien la serie de apartamentos y terrazas habilitados para el acontecimiento, cubría casi la entera superficie de los mejores áticos de Nueva York, era un territorio metropolitano limitado, y atravesando remolinos de bailarines, que se iban reduciendo conforme amanecía, Lew descubrió que había llegado por fin al salón del que el hombre le había hablado. Al principio no reconoció a la chica que había asumido el papel de alegrar las miradas vidriosas de la ciudadanía, de los elegidos por selección natural para personificar la disolución; pero inmediatamente, mientras la chica lanzaba una llamada general para formar un batallón de despampanantes bellezas que reconquistara en el Sur sus propiedades en Maryland, reconoció a Jean Gunther.

Era la morena de las hermanas Gunther: morena, radiante y dinámica. Lew, que vivía entonces en Nueva York, no había visto a nadie de la familia desde la boda de Amanda cuatro años antes. Un cuarto de hora después, cuando la acompañaba a casa en el coche, le sonsacó las novedades que pudo; y la dejó por fin, al amanecer, a la puerta de su apartamento, despeinada, con el vestido arrugado, pero todavía orgullosa, y tambaleándose, a punto de desplomarse entre absurdas formalidades, mientras le daba las gracias y le deseaba buenas noches.

La llamó el día siguiente por la tarde y la invitó a tomar el té en Central Park.

—Soy —informó a Lew— la hija del siglo. Hay otras que proclaman ser la hija del siglo, pero yo soy la verdadera hija del siglo. Y a ello dedico mi vida.

Recordando otra época —de jóvenes en pistas de tenis y pasteles a la caída de la tarde, y glicinas y yedra trepando por las rejas artísticas de una galería—, Lew era todo lo íntegro que cabía ser aquel memorable año de 1929.

—¿Y qué sacas de eso? ¿Por qué no inviertes en algún hombre digno de confianza...? ¿Por qué no inviertes tu educación, tu buena crianza, en un hombre así?

—Los hombres sirven para que inviertan dinero en ti —eludió hábilmente la cuestión—. El año pasado un encanto me ayudó un poquito y el dinero de mi familia me duró diez meses en lugar de tres.

—Pero ¿tienes algún pretendiente a la vista?

—No estoy enamorada—dijo—. Conozco a cuatro, a cinco... Conozco a seis millonarios con los que podría casarme. Yo, esta jovencita del condado de Carroll... No lo soporto. Pero si se presentara alguien perfecto... —miró a Lew, calculando su valor—. Tú has mejorado, por ejemplo.

—Sí, diría que sí —admitió Lew, riéndose—. Incluso me invitan a los estrenos. Pero lo mejor que tengo es que me acuerdo de los viejos amigos, y entre ellos están las maravillosas hijas de los Gunther, del condado de Carroll.

—Eres muy amable —dijo ella—. ¿No estabas terriblemente enamorado de Amanda?

—Eso creía yo, sí.

—La vi la semana pasada. Es una auténtica señora de Park Avenue y está muy ocupada criando niños de Park Avenue. Considera que tengo mala fama, y les habla a sus amigos de nuestra magnífica plantación en el viejo Sur.

—¿Nunca vas a Maryland?

—¿Nunca? Me voy el domingo por la noche, y pasaré allí dos meses ahorrando suficiente dinero para volver. Cuando murió mamá... —hizo una pausa—. Supongo que sabes que murió mamá... Bueno, heredé un poco de dinero, y todavía me queda, pero hay que estirarlo, ¿sabes? —estiró la servilleta—, para inversiones seguras. Creo que el próximo paso será un apacible verano en la granja.

Lew la invitó al teatro la noche siguiente, inusualmente nervioso por la cita. El salvaje fervor de la época la envolvía; Lew se daba cuenta de cómo el pulso de la chica alcanzaba una velocidad inusitada: casi todas las jóvenes que conocía solían ser febriles, salvo las que se habían sometido a la vida hogareña.

No la podía censurar, y a ello contribuía el hecho de que jamás se hubiera atrevido a criticarla. Habiendo escalando desde el peldaño más bajo, se había visto obligado a amoldar sus principios a lo que alcanzaba a ver desde donde se encontraba en cada momento. Nada más lejos de él que decirle a Jean Gunther cómo organizar su vida.

Al apearse del tren en Baltimore tres semanas después, notó ese especial calor que siempre precede a una tormenta eléctrica. Pasó de largo la parada de taxis y alquiló una limusina para el largo trayecto hasta el condado de Carroll, y mientras viajaba entre árboles exuberantes, moribundos en mitad del verano, entre vallas blancas que delimitaban la carretera, retrocedía muchos años y volvía a ser el joven que, suspirando por un hogar, había visto por primera vez la casa de los Gunther cuatro años atrás. Desde entonces había ocupado un piso de doce habitaciones en Nueva York y alquilado una mansión en Long Island para los veranos, pero su ánimo, pervertido por la soledad y el cambio permanente, volvía una y otra vez a aquella casa.

Inevitablemente, era más pequeña de lo que pensaba, una modesta casona, con más espacio que lujo. Mostraba cierto abandono intangible: la única pintura que había conocido la casa era un verde amarillento, mero vestigio del sol; y Lew siempre había visto las caballerizas inclinadas como la torre de Pisa, y el jardín rebelde y asilvestrado.

Jean estaba en el porche: no, como había profetizado, en el papel de reina vestida con una túnica de guinga o un traje de amazona rural, sino como una verdadera dama de la Rue-de-la-Paix entre los descoloridos cojines del columpio. Y allí estaba el mayordomo gordo y negro a quien Lew recordaba y que presumía, con astucia racial, de recordar a Lew con placer. Llevó el equipaje a la antigua habitación de Amanda, y Lew se detuvo un instante para mirar a su alrededor antes de subir las escaleras. Jean y Bess esperaban con un cóctel en el porche.

Le chocó que Bess hubiera saltado de la niñez a una edad a la que no se podía llamar juventud. Su belleza mostraba una especie de distanciamiento, casi de intolerancia, como si no hubiera pedido aquel don y lo considerara más bien una carga; a un joven, la gravedad de su cara le hubiera parecido formidable.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Lew.

—No bajará esta noche —respondió Bess—. No se siente bien. Ya sabes que tiene casi setenta años. La gente lo cansa. Cuando tenemos invitados cena arriba.

—Sería mejor que comiera siempre arriba —comentó Jean, sirviendo los cócteles.

—No —la contradijo Bess—. El médico ha dicho que no. Y no hay nada más que discutir.

Jean se volvió de pronto hacia Lew.

—Bess lleva un año sin salir apenas de casa. Podríamos...

—¡Qué tontería! —dijo su hermana, molesta—. Monto a caballo todas las mañanas.

—...podríamos contratar a una enfermera.

Fue una cena formal, con velas en la mesa y las dos jóvenes en traje de noche. Lew advirtió que se habían perdido muchas cosas: la sensación de que la casa bullía de actividad, rebosante de vida... Aquello se había perdido. Era difícil que el reducido clan hiciera algo más que habitar la casa. No se trataba de deslizarse hacia el vacío y la desolación, sino de mantenerse anacrónicamente entre el pasado que se desvanecía y el futuro imprevisible.

En mitad de la cena, Lew miró hacia arriba en una pausa de la conversación, pero lo que había confundido con un trueno que retumbaba a lo lejos había sido un largo gemido en la planta superior, seguido de una especie de letanía, interrumpida por el rápido ruido de la silla de Bess.

—Ya sabes cuáles son mis órdenes. Mientras yo sea la cabeza de...

—Es papá.

Por un instante, Jean miró a Lew como si la situación le pareciera más bien cómica, pero, con cara de preocupación, añadió muy seria:

—Me figuro que sabes lo que es. Demencia senil. No es peligroso. A veces vuelve a ser el que era. Pero a Bess le cuesta mucho...

Bess no volvió a bajar; después de la cena, Lew y Jean salieron al jardín, salpicado de gotas ligeras que anunciaban lluvia. A través de la luz verdosa y viva del crepúsculo Lew siguió la cola del vestido de Jean, estampado de rosas rojas: era la primera vez que veía un modelo así; en el silencio tenso sintió la ilusión de que existía entre ellos una intimidad especial, como si compartieran los secretos de muchos años, y cuando estalló un trueno y Jean se cogió de su brazo Lew la rodeó despacio con el brazo libre y le besó los labios altivos y perfectos.

—Bueno, por fin has besado a una Gunther —dijo Jean despreocupadamente—. ¿Cómo te has atrevido? ¿Crees que te vas a aprovechar de nosotras porque vivimos indefensas en el campo?

La miró para ver si estaba bromeando, y con una risa repentina Jean volvió a cogerlo del brazo. Llovía a cántaros y huyeron hacia la casa, donde encontraron a Bess de rodillas en la biblioteca, encendiendo la chimenea.

—Papá está bien —dijo—. No me gusta darle la medicina hasta el último momento. Está preocupado por un hombre que le prestó veinte dólares en 1892.

Bess se entretuvo un poco, consciente de estar de sobra, pero movida a asumir el papel de su madre y mostrar su solidaridad antes de irse. La tormenta estalló, tronando e iluminando las ventanas, y Bess encontró la oportunidad de subir a cerrar los postigos. Un momento después les avisó:

—Ha sonado el teléfono. ¿Crees que será peligroso descolgarlo con esta tormenta?

—No, en absoluto —contestó Jean—, o no hubieran llamado.

Se acercó a Lew, que estaba en el centro del salón, lejos de las ventanas iluminadas y vibrantes.

—Qué raro que estés aquí ahora. No me importa decir que estoy contenta de que estés aquí. Pero, si no estuvieras, me figuro que nos las arreglaríamos exactamente igual.

—¿Le ayudo a Bess a cerrar las ventanas? —preguntó Lew.

Y Bess, al mismo tiempo, dijo desde arriba:

—El teléfono no ha vuelto a sonar, y yo no me atrevo a descolgarlo.

El estallido de un trueno estremeció la casa y Jean se abrazó a Lew, separándose apresuradamente cuando Bess bajó corriendo las escaleras con un grito de consternación.

—Se ha ido la luz —dijo—. No me daban miedo las tormentas cuando era pequeña. Algunas veces papá nos obligaba a sentarnos en el porche. ¿Te acuerdas?

La luz fulguraba en las ventanas del primer piso, multiplicándose en los espejos, de manera que el resplandor iba invadiendo toda la casa; se produjo entonces un ruido, como si un millón de cerillas fueran encendidas a la vez, tan grande y terrible que importó menos el trueno que siguió; e inmediatamente el ruido de un resquebrajamiento y la voz de Bess:

—¡Qué tormenta!

Entonces volvió a estallar el relámpago angustioso, y a través de un pandemónium incesante de ruido fueron a tientas de ventana en ventana hasta que Jean gritó:

—¡Es la habitación de William! ¡Ha caído un árbol!

Lew abrió rápidamente de par en par la puerta de la cocina para ver, con el siguiente resplandor, lo que había sucedido: el gran árbol, al caer, había separado las caballerizas de la casa.

—¿Está dentro William? —preguntó.

—Seguramente.

Haciendo acopio de valor, Lew atravesó corriendo los siete metros del lodazal que se había formado, y con un hierro rompió la ventana más cercana. Empapado por la lluvia, bajo los truenos, se dio cuenta de que la tormenta empezaba a alejarse, y a gritos llamó:

—¡William! ¿Estás bien?

Nadie contestó.

—¡William!

Calló y llegó una respuesta tranquila:

—¿Quién está ahí?

—¿Estás bien?

—Quiero saber quién está ahí.

—Te ha caído el árbol encima. ¿Estás herido?

Surgió una repentina carcajada del cobertizo cuando William emergió mentalmente de su característico recelo, oscuro y atávico. Una y otra vez estallaba la carcajada.

—¿Herido? No estoy herido. No me pasa nada. Nunca me he sentido mejor, como dicen por ahí. No me pasa nada.

Al verse la ropa deshecha, Lew se irritó y dijo con brusquedad:

—Bueno, lo sepas o no, estás atrapado. Tienes que intentar salir por esa ventana. Ese árbol es demasiado grande para quitarlo esta noche.

Media hora más tarde, en su habitación, a la luz de una vela, Lew se despojó de la ropa que el agua había reducido a pulpa. Desnudo en la cama, se dolía de hallarse en tan triste condición, innecesariamente cansado después del esfuerzo excesivo de sacar por una ventana a un hombre gordo. Entonces, por encima del apagado rumor del trueno, volvió a oír el teléfono en el pasillo, y la voz de Bess: «No oigo una palabra. Espere a que las líneas estén mejor», y durante treinta segundos se quedó medio dormido, despertándose con un sobresalto al oír que abrían la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, cubriéndose con la colcha.

La puerta se abrió lentamente.

—¿Quién es?

Hubo una risilla; el último latido de un relámpago iluminó tres dedos tensos, de venas azules, y una voz de hombre susurró:

—Sólo quería saber si estabas aquí esta noche, querida. Estoy preocupado... Estoy preocupado.

La puerta se cerró despacio, y Lew comprendió que el viejo Gunther hacía su acostumbrada ronda nocturna. Desvelado, se deslizó en la única muda que tenía, y oyó por tercera vez que Bess hablaba por teléfono.

—...por la mañana —decía—. ¿No puede esperar? Las líneas están muy mal.

En el piso de abajo encontró a Jean con un sorprendente aire de hada ante el fuego. Jean le hizo una señal, como invitándolo a besarla, y él se acercó, indiferente de pronto. Intentando aclarar lo que sentía, le pasó la mano suavemente por el hombro.

—Tu padre está dando vueltas. Entró en mi cuarto. ¿No crees que deberías...?

—Siempre lo hace —dijo Jean—. Cada noche comprueba si estamos acostadas.

Lew clavó los ojos en ella; la sospecha que había ido cobrando forma en su subconsciente tomó cuerpo. Ella lo miraba con expresión suave, adorable; pero la atención de Lew se deslizó escaleras arriba, oyendo cómo Bess seguía luchando con el teléfono.

—Muy bien. Dígame a ver si lo entiendo... Efe-a-elle-e-... Sí, sí. Ce-i-de-a. ¿Fallecida? —su voz, al completar la palabra, se le quebró de pánico—. ¿Cómo dice? ¿Fallecida Amanda Gunther?

Jean le dirigió a Lew una mirada divertida.

—¿Por qué se empeña Bess en recibir ahora ese mensaje? ¿Porqué no...?

—¡Cállate! —ordenó Lew—. Es algo serio.

—No creo que...

Alarmado por el silencio que llegaba de arriba, Lew subió corriendo y encontró a Bess sentada junto a la mesa del teléfono, con el auricular en el regazo, suspirando, con la mirada perdida, suspirando. Lew cogió el auricular y tomó el mensaje: «Amanda falleció al dar a luz un niño».

Lew intentó levantar a Bess, pero estaba arrellanada en la silla, ahogada por sollozos sin lágrimas.

—No se lo digas a papá esta noche.

¿Qué importaba añadir aquello al viejo almacén de recuerdos confusos? Pero le importaba a Bess.

—Ve —susurró Bess—, ve a decírselo a Jean.

Jean había tenido algún presentimiento, y lo esperaba al pie de las escaleras.

—¿Qué pasa?

La condujo suavemente a la biblioteca.

—Amanda ha muerto —dijo, sin soltarla.

Jean hizo acopio de todas sus fuerzas para gritar, pero Lew le tapó la boca con la mano.

—¡Has estado bebiendo! —dijo—. Tienes que serenarte. No puedes añadir otra carga a tu hermana.

Jean se serenó visiblemente: controló primero sus labios orgullosos y luego todo el cuerpo, pero lo que hubiera parecido heroico en otra situación, a Lew sólo le pareció propio de un reptil, el sutil esfuerzo de un animal: lo que había empezado a sentir por ella se disolvió en un tic-tac del reloj.

Dos horas después la casa estaba en silencio bajo el cuidado de una antigua cocinera que Bess había mandado llamar; Jean se había dormido con la ayuda de un sedante recetado por un médico de Ellicott City. Sólo cuando estuvo en la cama, Lew pensó realmente en Amanda, un instante, sólo un instante. Se había ido del mundo, su segundo... no, su tercer amor... caída en combate. Pensaba más bien en el jardín goteante, en la naturaleza súbitamente inocente en la noche clara. Si no hubiera estado tan cansado se hubiera vestido y hubiera dado un paseo entre los largos tallos de las plantas trepadoras, para mirar una vez más desde lejos la casa y sus habitantes: el viejo destruido, la joven que se destruía y envejecía con la casa, y la otra joven, que había elegido la vía de escape de la disipación. Paseando a través de sueños destruidos, dejó que su imaginación volara a donde el árbol, al caer, había separado de la casa el dormitorio de William, y se detuvo allí en la tiniebla, intentando recomponer lo que pensaba sobre los Gunther.

«Hay algo de degeneración», decidió «en aferrarse así al pasado. Me he equivocado. Algunos seguimos adelante, y esta gente y el tejado que los cubre son pan comido para el tiempo. Me alegro de abandonar este lugar para siempre y volver mañana a un sitio fresco, nuevo y limpio en Wall Street.»

Sólo una vez se despertó por la noche, cuando oyó al anciano quejarse con voz trémula, recordando los veinte dólares que le habían prestado en 1892. Oyó la voz de Bess tranquilizándolo, y luego, inmediatamente antes de dormirse, la voz de la vieja cocinera negra, que apagó ambas voces.

### III.

Los negocios de Lew lo llevaban con frecuencia a Baltimore, que con los años parecía transformarse en el Baltimore que había conocido antes de encontrarse con los Gunther. Pensaba en ellos a menudo, pero desde la noche de la muerte de Amanda no había vuelto a la casa. Hacia 1933, el papel que la familia había jugado en su vida parecía tan lejano —si no fuera por el hecho inolvidable de que había conformado sus ideas sobre cómo vivir— que no podía recorrer la carretera de Frederick hasta donde desemboca en el condado de Carroll sin que lo invadiera una sensación de reconocimiento. Movido por una razón inexplicable, detuvo el coche.

Era pleno verano; un conejo cruzó la carretera y una ardilla hizo acrobacias sobre una rama. La casa de los Gunther se levantaba en el siguiente cruce, a cinco minutos de allí; media hora le bastaría para satisfacer su curiosidad sobre la familia; pero dudaba. Con dolorosas consecuencias, una vez había intentado repetir el pasado, y ahora lo normal hubiera sido seguir adelante con la sensación de dejarlo atrás para siempre; pero hacía poco que se había dado cuenta de que la vida no siempre es progreso, búsqueda de nuevos horizontes, avanzar. Los Gunther formaban parte de él; sería incapaz de darles a sus nuevos amigos exactamente lo mismo que les había dado a los Gunther. Si su recuerdo se extinguía, algo de sí mismo se extinguiría también.

El salto de la ardilla en la rama, el viento que agitaba las hojas, el gallo que hendía el aire en la distancia, el movimiento casi imperceptible de la luz del sol en la inmovilidad lo acunaban en un trance adolescente, así que, por un momento, se arrellanó en el asiento, ajeno a toda preocupación. Casi se adormiló durante diez minutos antes de oír el trote de un caballo que apareció en el recodo de la carretera. En el caballo iba una chica con pantalones de montar, y, en cuanto la vio, Lew reconoció a Bess Gunther.

Saltó del coche. El caballo dio un respingo cuando Bess lo refrenó al reconocer a Lew.

—¡Pero si es el señor Lowry! So, pequeña... ¿De dónde has salido? ¿Cómo es que se te ha ocurrido venir?

Era una cara preciosa, y una cara triste, pero a Lew le pareció que la hacía más joven alguna cualidad nueva..., como si Bess hubiera superado por fin el sentido de responsabilidad cósmico que la hacía parecer mayor cuatro años atrás.

—Precisamente estaba pensando en ti —dijo—. Estaba pensando en hacerte una visita —percibiendo una sombra de duda en la cara de la chica, y sacando conclusiones con excesiva rapidez, se echó a reír—. Bueno, no pensaba quedarme en la casa. Soy solvente... En estos tiempos hay que aclararlo algunas veces.

Bess rió también:

—Sólo estaba pensando en que la casa está llena y no sé dónde podría meterte.

—Voy a Baltimore. ¿Por qué no te bajas de ese caballo de juguete y te sientas en el coche un momento?

Bess ató la yegua a un árbol y se sentó a su lado.

Lew no se había dado cuenta de que la belleza deslumbrante pudiera durar tanto después de los veinte años: sólo cuando dejó de sonreír, tres pequeñas arrugas de preocupación le señalaron que Bess seguía siendo una chica seria. Le vino un rápido recuerdo de Amanda una tarde de agosto y, al mirar a Bess, vio todo lo que recordaba de Amanda.

—¿Cómo está tu padre?

—Papá murió el año pasado. Pasó en la cama el último año de su vida —su voz tenía el sonsonete de algo repetido muchas veces—. Fue lo mejor que podía pasar.

—Lo siento. ¿Y Jean? ¿Por dónde anda?

—Jean se casó con un chino; vaya, con uno que vive en China. Yo no lo he visto nunca.

—Entonces vives sola.

—No, con mi tía —titubeó—. De todas maneras, me caso la semana que viene.

Inexplicablemente, Lew notó en el diafragma la vieja sensación de pérdida.

—¡Enhorabuena! ¿Quién es el desafortunado?

—Es de Filadelfia. Todos los invitados irán a las carreras de caballos esta tarde. Quiero correr por última vez con Juniper.

—¿Viviréis en Filadelfia?

—No es seguro. Estamos pensando construir una casa nueva en el solar de la antigua, que echaríamos abajo. Claro que también podríamos restaurarla.

—¿Valdría la pena?

—¿Por qué no? —dijo ella, un poco molesta—. Los arquitectos piensan que podríamos aprovechar algo.

—Le tienes cariño a la casa, ¿verdad?

Bess lo pensó.

—No podría decir que sea precisamente mi idea de modernidad. Pero soy más bien una chica hogareña —recalcaba las palabras con ironía—. Nunca he visto en Baltimore nada del otro mundo; ya sabes, el fracaso de la familia. Nunca he tenido esa cosa que tenían Amanda y Jean.

—A lo mejor no te interesaba.

—Creo que, cuando era joven, sí.

La yegua relinchó perentoriamente y Bess se apeó del coche.

—Así que ésta es, Lew Lowrie, la historia de la más pequeña de las Gunther. Siempre has suspirado por nosotras, ¿verdad?

—¡No! Si me quedo en Baltimore, haré lo posible por ir a tu boda.

Ante su expresión de ensimismamiento, Lew se preguntó a quién se iría a entregar aquella criatura, aquel temperamento verdaderamente precioso. Ahora conocía mejor a las personas, y adivinaba el acero bajo la ternura de Bess, las vigas a través de las curvas suaves de las mejillas y la barbilla. Era un ser exquisito, y Lew confiaba en que su marido fuera un hombre bueno.

Cuando Bess se hubo alejado por un camino de hierba, Lew se dirigió sin demasiada seguridad hacia Baltimore. Aquél era el final de una experiencia humana y liberaba viejas imágenes que se ordenaban solas ante él: si se hubiera casado con una de las hermanas; suponiendo que... El rumor del pasado, escapándose bajo las ruedas del coche, despertaba su inteligencia.

«A lo mejor siempre fui un intruso en esa familia... Pero ¿por qué demonios esa chica montaba a caballo en zapatillas?»

Paró en el almacén del cruce para comprar tabaco. Un joven dependiente buscó el paquete con lentitud campesina.

—Tenemos boda en casa de los Gunther —comentó Lew.

—¿Cómo? ¿Se casa la señorita Bess?

—La semana que viene. Los invitados ya están allí.

—Procuraré no perdérmelo. ¿Y dónde van a dormir, si Mark H. Bourne se llevó todos los muebles?

—¿Cómo?

—Hace un mes Mark H. Bourne se llevó los muebles y todo lo demás mientras la señorita Bess montaba a caballo. Habían renovado la hipoteca poco antes de que Gunther muriera. Dicen que ella no tiene nada que ponerse más que la ropa de montar. Mark H. Bourne se molestó porque su oferta era buena y se quejaba de que habían vendido las mejores piezas del mobiliario sin avisarle. Bueno, aquí tiene la vuelta.

—¿De qué viven ella y su tía?

—Yo nunca he oído hablar de ninguna tía. Sólo llevo aquí un año. Ella misma trabaja el huerto; lo único que nos compra es azúcar, sal y café.

En aquellos tiempos todo era posible, pero Lew se preguntaba qué orgullo increíble y fantástico le había inspirado a Bess semejante mentira.

Dio la vuelta y se dirigió a casa de los Gunther. Llegó a una casa en desesperado estado de abandono y a un jardín que era como una jungla; un ala de la galería se había desprendido de los pilares de ladrillo y estaba a punto de desmoronarse; las tablas del tejado, que habían sido abandonadas a medio reparar, se pudrían sin pintura; había un cristal roto en la ventana de la biblioteca.

Lew entró sin llamar. Una voz lo interpeló desde el comedor, y hacia allí dirigió sus pasos, que resonaban sobre el suelo sin alfombra, a través de habitaciones vacías de muebles y libros, vacías de todo excepto de polvo. Bess Gunther, vistiendo la bata más barata, se levantó de la caja de embalar en la que estaba sentada, con el miedo en los ojos; una cuchara de estaño tamborileó en el cajón que usaba como mesa.

—¿Me\*has estado tomando el pelo? —preguntó Lew—. ¿Así vives ahora?

—Ah, eres tú —sonrió con alivio; luego, con esfuerzo visible, se animó a seguir bromeando—: Coja una caja, señor Lowrie. Coja una caja de conservas..., de primera calidad, de la mejor madera. Y bienvenido a los espacios abiertos. Sírvase un cigarro, una copa de champán, un poco de estofado de conejo y le presentaré a mi prometido.

—Ya está bien.

—De acuerdo —convino Bess.

—¿Por qué no te vas a vivir con algún pariente?

—No tengo parientes. Jean está en China.

—¿Qué haces? ¿Qué estás esperando?

—Supongo que te estaba esperando a ti.

—¿Qué quieres decir?

—Tú siempre parecías a punto de aparecer. Yo pensaba que cuando aparecieras me burlaría de ti. Y, cuando se presentó la ocasión, pensé que sería mejor mentir. Parece que me falta el sex appeal de mis hermanas.

Lew la levantó de la caja y la cogió de la cintura.

—Yo creo que no.

En la hora que había transcurrido desde que Lew se la encontrara en la carretera la vitalidad parecía habersele escapado; Bess levantó los ojos hacia él, muy cansada.

—Así que te gustaban las Gunther —murmuró—. Te gustábamos las tres.

Lew intentaba pensar, pero el corazón le latía tan deprisa que sólo pudo volver a sentarla en la caja y pasearse preocupado entre las paredes desnudas.

—Nos casaremos —dijo—. No sé si te quiero... Ni siquiera te conozco. Sé que la sola idea de que tengas problemas y necesidades me pone enfermo —de repente cayó de rodillas ante ella, para que no pareciera tan insoportablemente pequeña y desamparada—. Señorita Bess Gunther, mi destino ha sido siempre quererla a usted.

—No seas tan impaciente —Bess se echó a reír—. No estoy acostumbrada a que me quieran; no sabría qué hacer; nunca le he cogido el truco a esas cosas —lo miró, a sus pies, tímida y fatigada—. Pero aquí estamos. Ya te dije hace años que yo tenía madera de Cenicienta.

Lew le cogió la mano; ella la retiró instintivamente y luego volvió a ponerla en la mano de Lew.

—Perdona. Tampoco estoy acostumbrada a que me toquen. Pero no tengo miedo de ti, si estás callado y no haces movimientos bruscos.

Era la vieja, historia de discreción que Lew no podía entender, razones enraizadas en un pasado que no compartía. Con las tres chicas, los hechos parecían desencadenarse solos, precipitadamente, traspasando la liviana superficie de las cosas, siempre insospechados, obedeciendo a inclinaciones y predilecciones ajenas a un hombre que siempre había sido capaz de avanzar a toda velocidad en línea recta.

—Yo era la hermana conservadora —dijo Bess—. Yo no era menos aficionada a divertirme, pero, al ser tres chicas, alguna tenía que desempeñar el papel de chico, y poco a poco lo fui asumiendo... Sí, acaríciame así. Tócame la mejilla. Quiero que me acaricien; quiero que me abracen. Y me gusta que seas tú; pero despacio; tienes que tener cuidado. Creo que soy el tipo de persona que es para siempre. Viviré contigo y moriré por ti, pero nunca sabré lo que significan las medias tintas... Sí, es mi mano, mi muñeca. ¿Te gusta? Me he reído mucho viéndome a mí misma estos días, porque hay arriba un espejo inmenso que era demasiado grande para sacarlo de la casa.

Lew se levantó.

—Muy bien, vamos a empezar. Tendré tanta salud que te la contagiare enseguida.

—Muy bien —asintió Bess.

—Imagina que empezamos por pegarle fuego a la casa.

—¡Ay, no! —Bess se lo había tomado en serio—. En primer lugar está asegurada, en segundo...

—De acuerdo, entonces nos iremos. Nos casaremos en Baltimore, o en Ellicott City si lo prefieres.

—¿Y qué hago con Juniper? No puedo irme y abandonarla.

—La dejaremos con el joven de la tienda.

—La casa no es mía. Está todo hipotecado, pero me dejan vivir aquí... Me figuro que tienen remordimientos porque se llevaron incluso nuestras viejas partituras y nuestros álbumes de recortes. Y además no han encontrado a quién alquilarle la casa.

Poco a poco, Lew iba descubriendo más cosas de ella, y le gustaba lo que descubría, pero sabía que el amor de Bess seguía incrustado en los años de sacrificio, y que él tendría que cultivarlo durante un tiempo. La tarea parecía interesante.

—Eres preciosa —le dijo—. Preciosa. Sobreviviremos los dos, porque tú eres encantadora y yo estoy convencido de ello.

—¿Y Juniper...? ¿Sobrevivirá si nos vamos así?

—Juniper también.

Bess frunció las cejas y sonrió —esta vez sonrió de verdad— y dijo:

—Me parece que te estás enamorando.

—Habla por ti. Creo que esto va a ser lo mejor que haya sucedido nunca.

—Y yo voy a ayudar. Haré lo posible por...

Salieron juntos: Bess se había puesto el traje de montar, pero faltaba algo que le hubiera gustado llevarse. Entre las malas hierbas del jardín, que se le enredaban en los pies, Lew volvió la cabeza y miró hacia la casa por encima del hombro.

—La semana que viene decidiremos qué hacer con ella.



Era un atardecer luminoso: la luz rosada que se demoraba en los guardabarros azules del coche y en sus caras disparatadamente felices también se deslizó por la casa, por la puerta paralizada de la casa helada, los postigos desprendidos y con las bisagras oxidadas, el cemento cuarteado de la fachada, la basura de un año quemada detrás de la pista de tenis. Fuera cual fuera la historia que le esperara a todo aquello, todo el esfuerzo humano de colaboración ya estaba hecho. La casa había cumplido su propósito —terminado y liquidado—, un esfuerzo hacia algún bien común, un esfuerzo difícil de valorar, pues todavía nos impresiona demasiado.

## La tarde de un escritor

La tarde de un escritor (*Esquire*, agosto de 1936) ha sido catalogado como cuento y ensayo. Lo incluimos aquí como muestra del cambio de forma y contenido que la obra de Fitzgerald experimentó después de la acogida desfavorable de *Suave es la noche*. Sus mejores ensayos aparecieron en *Esquire*, fundamentalmente los ensayos de 1936, reunidos más tarde en *El crack-up*, de los que *La tarde de un escritor* es una prolongación.

I.

Cuando despertó se sentía mejor de lo que se había sentido en muchas semanas: simplemente no se sentía enfermo. Se apoyó un momento en el marco de la puerta que separaba su dormitorio y el baño hasta que estuvo seguro de que no se había mareado. Ni siquiera un poco, ni siquiera cuando se puso a buscar una zapatilla debajo de la cama.

Era una luminosa mañana de abril, no tenía ni idea de qué hora era porque su reloj llevaba mucho tiempo parado, pero cuando cruzó el apartamento y llegó a la cocina vio que su hija había desayunado y se había ido y que había llegado el correo, así que eran ya más de las nueve.

—Creo que saldré hoy —dijo a la criada.

—Le sentará bien, hace un día estupendo.

Ella era de Nueva Orleans, con las facciones y la tez de una árabe.

—Quiero dos huevos fritos como ayer y una tostada, zumo de naranja y té.

Se entretuvo un rato en el cuarto de su hija y leyó el correo. Eran cartas desagradables, sin una pizca de alegría, facturas en su mayor parte y el boletín del colegio masculino de Oklahoma con su asombroso álbum de autógrafos. Sam Goldwyn haría una película de ballet con Spessiwitza, o quizá no la hiciera: habría que esperar a que el señor Goldwyn volviera de Europa con media docena de ideas nuevas. La Paramount quería una autorización para usar un poema que había aparecido en uno de sus libros, aunque no sabían si era suyo o era una cita. Quizá lo usaran para el título de una película. De todos modos aquella obra ya no le pertenecía: había vendido los derechos para una película muda hacía muchos años y para la versión sonora hacía un año.

«Nunca tendrás suerte con las películas», se dijo a sí mismo. «Ya tuviste bastante con la última.»

Mientras desayunaba, miraba por la ventana a los estudiantes que cambiaban de clase en el campus de la universidad, al otro lado de la calle.

—Hace veinte años yo estaba cambiando de clase —dijo a la criada, que se rió con su risa de debutante.

—Necesitaré que me deje un cheque —dijo—, si va a salir.

—Ah, no voy a salir todavía. Tengo que trabajar dos o tres horas. Saldré por la tarde.

—¿A dar un paseo en coche?

—No volveré a conducir ese viejo cacharro. Lo he vendido por cincuenta dólares. Iré en el autobús, en el piso de arriba del autobús.

Después de desayunar se echó quince minutos. Y luego se puso a trabajar en su despacho.

El problema era un cuento para una revista que hacia la mitad le había parecido tan flojo que había estado a punto de romperlo. La trama era como subir por unas escaleras interminables, había agotado su repertorio de golpes de efecto, y los personajes, que tan airosamente habían dado sus primeros pasos hacía sólo dos días, no alcanzaban el nivel de un folletín.

«Sí, la verdad es que necesito salir», pensó. «Me gustaría llegar hasta el valle del Shenandoah, o ir a Norfolk en el ferry.»

Pero ambas ideas eran imposibles: requerían tiempo y energía, dos cosas que a él no le sobraban. Lo que le quedaba debía reservarlo para el trabajo. Repasó el manuscrito subrayando con lápiz rojo las frases acertadas y, después de guardarlas en una carpeta, rompió el resto muy despacio y lo tiró a la papelera. Luego se puso a pasear por la habitación mientras fumaba y hablaba consigo mismo de vez en cuando.

«Bueeeeno, veamos...»

«Ahora, lo siguiente sería...»

«Veamos, ahora...»

Un rato después se sentó, pensando:

«Estoy cansado. No debería haber tocado un lápiz durante dos días.»

Revisaba el apartado «Ideas para cuentos» de su cuaderno, cuando la criada lo interrumpió para decirle que la secretaria llamaba por teléfono, una secretaria que trabajaba por horas y le ayudaba desde que cayó enfermo.

—No hay nada —dijo—. Acabo de romper todo lo que había escrito. No valía nada. Voy a salir esta tarde.

—Le sentará bien. Hace un día muy bueno.

—Mejor será que venga mañana por la tarde. Tengo muchas cartas y facturas pendientes.

Se afeitó y, precavido, se dio un respiro de cinco minutos antes de vestirse.

La idea de salir lo inquietaba: no tenía ganas de que los ascensoristas le dijeran que se alegraban de verlo y decidió bajar en el montacargas, donde no lo conocía nadie. Se puso su mejor traje, el que tenía la chaqueta y los pantalones de distinto color. Sólo se había comprado dos trajes en seis años, pero eran los mejores trajes: sólo la chaqueta del que acababa de ponerse le había costado ciento diez dólares. Ya que debía tener un destino —no era bueno ir a ningún sitio sin haberse fijado un destino— se metió un tubo de champú en el bolsillo para que lo usara el barbero y también una ampolla de luminol.

«El perfecto neurótico» se dijo, mirándose al espejo. «Subproducto de una idea, escoria de un sueño.»

## II.

Fue a la cocina y se despidió de la criada como si se fuera a Little America. Una vez en la guerra había requisado por pura fanfarronería un vehículo y lo había conducido de Nueva York a Washington para estar en el cuartel a la hora de pasar revista. Ahora esperaba en la esquina de la calle a que cambiara el semáforo, mientras los jóvenes, con prisa, se le adelantaban, indiferentes al tráfico. En la esquina de la parada del autobús, bajo los árboles, hacía fresco y pensó en las últimas palabras de Stonewall Jackson: «Crucemos el río y descansemos a la sombra de los árboles». Los jefes de aquella guerra civil parecían haberse dado cuenta de repente de lo cansados que estaban: Lee, marchitándose hasta dejar de ser quien era; Grant, escribiendo desesperadamente sus recuerdos antes de morir.

El autobús era tal como se había imaginado: sólo había otro viajero en el piso de arriba y las ramas verdes golpeaban sin cesar en las ventanillas. Probablemente, tendrían que podar aquellas ramas, lo que le parecía una pena. Había mucho que mirar: intentó definir el color de una hilera de casas y sólo le vino a la cabeza el color de una capa de su madre que parecía de muchos colores y no era de ningún color: sólo reflejaba la luz. En algún sitio, las campanas de una iglesia tocaban Venite adoremus, y se preguntó por qué, pues hacía ocho meses que había terminado la Navidad. No le gustaban las campanas, pero se había emocionado mucho cuando tocaron *Maryland, mi Maryland* en el funeral del gobernador.

En el campo de fútbol de la universidad había hombres pasando el rastrillo y se le ocurrió un título: «El hombre que cuidaba el césped» o incluso «Crece la hierba», algo acerca de un hombre que trabaja cuidando el césped durante años y consigue que su hijo vaya a la universidad y juegue en el equipo de fútbol. Entonces el hijo muere en plena juventud y el hombre se va a trabajar al cementerio, a sembrar césped sobre su hijo en lugar de bajo sus pies. Sería el tipo de relato que aparece en todas las antologías, pero no era lo suyo: sólo era una antítesis hinchada, algo tan

estereotipado como un cuento de revista popular y tan fácil de escribir. Pero muchos lo considerarían excelente porque era melancólico, tenía envidia y era fácil de comprender.

El autobús pasó una desvaída estación de ferrocarril de estilo neoclásico a la que daban vida las camisetas azules y gorras rojas de los mozos. La calle se estrechaba al llegar a la zona comercial y de repente aparecieron chicas vestidas de colores chillones, todas bellísimas: pensó que nunca había visto tantas chicas guapas. También había hombres, pero todos parecían un poco ridículos, como él cuando se miró al espejo, y había viejas, más bien feas, y también, de repente, chicas vulgares y desagradables; pero en general eran bonitas, vestidas de todos los colores, entre los seis y los treinta años, y sus caras no transparentaban ningún proyecto, ningún conflicto, sólo un estado de dulce suspensión, provocativo y sereno. Durante un instante amó la vida con todas sus fuerzas, y no sintió el menor deseo de renunciar a ella. Pensó que quizá había cometido un error al salir a la calle tan pronto.

Se apeó del autobús, agarrándose cuidadosamente a la barandilla, y recorrió una manzana hasta la barbería del hotel. Pasó ante una tienda de deportes y miró el escaparate, pero sólo le interesó un guante de béisbol que ya estaba ennegrecido por la palma. Al lado había una camisería, y se paró un buen rato a mirar las camisetas de tonos intensos y las escocesas. Diez años atrás, durante un verano en la Riviera, el escritor y algunos más habían comprado camisetas de obrero de color azul oscuro, y probablemente habían creado aquella moda. Le gustaron las camisetas a cuadros, llamativas como uniformes, y deseó tener veinte años e ir a un club de playa con el cielo pintado como un ocaso de Turner o un amanecer de Guido Reni.

La barbería era espaciosa, llena de luz, perfumada: hacía meses que el escritor no iba al centro de la ciudad para semejante cometido y se encontró con que su barbero de siempre estaba enfermo, con artritis; así que le explicó a su compañero cómo usar el champú, rechazó el periódico y se sentó, casi feliz, sensualmente satisfecho al sentir los fuertes dedos en el cuero cabelludo, mientras le venía a la memoria el recuerdo agradable y entremezclado de todos los barberos que había conocido.

Una vez había escrito un cuento sobre un barbero. En 1929 el propietario de su barbería favorita en la ciudad donde vivía entonces había ganado una fortuna de 300.000 dólares gracias a las confidencias de un industrial de la zona y estaba a punto de retirarse. El escritor se despreocupó del asunto, porque estaba a punto de irse a Europa a pasar unos años con lo que tenía ahorrado, y aquel otoño, al oír cómo aquel barbero había perdido toda su fortuna, se decidió a escribir un cuento, disfrazando con cuidado los detalles pero girando siempre sobre la idea de un barbero que prospera para luego hundirse. Degó a sus oídos, sin embargo, que en la ciudad habían reconocido la historia y había provocado cierta irritación.

El lavado terminó. Cuando salió al vestíbulo, una orquesta empezó a tocar en el bar del otro lado de la calle y se detuvo un momento en la puerta para oírla. Hacía tanto que no bailaba, dos noches quizá en cinco años, aunque una reseña de su último libro había mencionado que era un fanático de los cabarés; la misma reseña decía también que era infatigable. Algo, cuando aquella palabra resonó en su mente, le hizo daño y sintió que le acudían a los ojos lágrimas de debilidad, y se fue. Era como al principio, hacía quince años, cuando decían que tenía «una facilidad terrible», y él trabajaba como un esclavo en cada frase para no darles la razón.

«Otra vez me estoy amargando», se dijo. «Y no es bueno, no es bueno. Tengo que volver a casa.»

El autobús tardó mucho tiempo en llegar, pero no le gustaban los taxis y todavía esperaba que le sucediera algo en el piso de arriba del autobús mientras pasaba entre los árboles de la avenida. Cuando por fin llegó el autobús le costó algún trabajo subir los escalones, pero valió la pena porque lo primero que vio fue a dos alumnos del instituto, un chico y una chica, sentados sin ninguna timidez en el pedestal de la estatua del general Lafayette, con toda la atención concentrada en sí mismos. El aislamiento de los dos chicos lo emocionó y pensó que debería aprovecharlo profesionalmente, aunque sólo fuera para compararlo con el creciente retraimiento de su vida y la necesidad cada vez mayor de cosechar en un campo ya muy cosechado. Necesitaba una reforestación y era absolutamente consciente de ello, y esperaba que el terreno soportara una nueva siembra. Nunca había sido el mejor terreno posible, pues había tenido un temprana debilidad por lucirse en lugar de escuchar y observar.

Ahí estaba el bloque de apartamentos. Miró hacia arriba, a las ventanas de su casa, en el último piso, antes de entrar.

«La residencia del escritor de éxito», se dijo. «Me gustaría saber qué libros maravillosos estará escribiendo. Debe ser magnífico disfrutar de un don semejante: pasar la vida sentado con un lápiz y un papel. Trabajar cuando quieres, ir a donde te dé la gana.»

Su hija todavía no había llegado, pero la criada salió de la cocina y dijo:

—¿Se lo ha pasado bien?

—Perfecto —dijo—. He estado patinando, he ido a la bolera, he jugado con el abominable hombre de las nieves y he terminado en un baño turco. ¿He recibido algún telegrama?

—Nada.

—¿Puede traerme un vaso de leche?

Atravesó el comedor y entró en su despacho, y por un momento lo cegó el reflejo del último sol de la tarde sobre sus dos mil libros. Estaba bastante cansado. Se echaría diez minutos y luego vería si se le ocurría alguna idea en las dos horas que faltaban para cenar.

## Financiando a Finnegan

Financiando a Finnegan (*Esquire*, enero de 1938) fue escrito en Hollywood. Después de que Fitzgerald entrara en la nómina de la MGM en verano de 1937, su trabajo en los estudios no le dejó ni tiempo ni energías para llevar a cabo otros proyectos literarios al margen del cine, y éste fue el único cuento que publicó en 1938. Siguió escribiendo para *Esquire* con el fin de que el público no olvidara su nombre y porque no le gustaba escribir guiones de cine. El agente y el editor que «se habían conjurado para animarse mutuamente en todo lo que se refería a Finnegan» está claro que son Harold Ober y Maxwell Perkins.

I.

Finnegan y yo tenemos el mismo agente literario para que venda nuestros libros, pero, aunque he estado muchas veces en el despacho del señor Cannon inmediatamente antes e inmediatamente después de las visitas de Finnegan, nunca he coincidido con él. También teníamos el mismo editor y muchas veces, cuando yo llegaba a la editorial, Finnegan acababa de irse. Yo deducía —por los suspiros y la manera meditabunda con que hablaban de él: «Ah, Finnegan...», «Ah, sí, Finnegan ha estado aquí»— que la visita del ilustre escritor no había transcurrido sin incidentes. Ciertos comentarios daban a entender que, al irse, se había llevado algo: manuscritos, pensaba yo, alguna de sus grandes novelas de éxito. Se lo llevaba para someterlo a una revisión final, para la versión definitiva, y se decía que escribía diez versiones para conseguir la fluidez fácil, la agudeza de ingenio que caracterizaba sus obras. Sólo con el tiempo llegué a descubrir que la mayoría de las visitas de Finnegan eran por asuntos de dinero.

—Lamento que se vaya —me decía el señor Cannon—; Finnegan viene mañana —y, tras reflexionar unos segundos, añadió—: Seguramente tendré que dedicarle un momento.

No sé qué había en su voz que me recordaba la conversación con un director de banco, presa de los nervios, que acababa de enterarse de la presencia de Dillinger en la región. Tenía la mirada perdida y hablaba solo.

—Claro, puede traer un manuscrito. Está trabajando en una novela, ¿sabe? Y también en una obra de teatro.

Hablaba como si estuviera refiriéndose a algunos interesantes pero remotos acontecimientos del Cinquecento; pero en sus ojos apareció una sombra de esperanza cuando añadió:

—O a lo mejor trae un cuento.

—Es muy versátil, ¿no? —dije.

—Ah, sí —el señor Cannon se repuso—. Es capaz de escribir cualquier cosa..., cualquier cosa cuando se lo propone. Su talento es incomparable.

—No he leído casi nada suyo últimamente.

—Pero está trabajando mucho. Algunas revistas tienen cuentos suyos, aunque no los publican.

—¿No los publican? ¿Por qué?

—Ah, están esperando un momento más propicio... Una subida de la cotización. Les gusta saber que tienen algo de Finnegan.

Su nombre era una verdadera mina de oro. El inicio de su carrera había sido brillantísimo, y, si no había conseguido mantener aquel elevado nivel, por lo menos volvía a empezar brillantemente cada cierto número de años. Era la eterna promesa de la literatura norteamericana; y lo que podía hacer con las palabras era sorprendente: las palabras resplandecían, chispeaban; escribía frases, párrafos, capítulos que eran obras maestras por su admirable urdimbre y textura verbal. Sólo cuando conocí a un pobre diablo, guionista de cine, que había intentado extraer un relato con lógica de una de sus novelas, me di cuenta de que Finnegan tenía enemigos.

—Es maravilloso cuando la lees —decía aquel hombre con cierta desazón—, pero resumirla con claridad es como pasar una semana en un manicomio.

Cuando salí del despacho del señor Cannon fui a mi editorial, en la Quinta Avenida, y también allí me dijeron inmediatamente que esperaban a Finnegan al día siguiente.

Proyectaba una sombra tan poderosa que el almuerzo en el que yo esperaba que habláramos de mi obra estuvo dedicado en su mayor parte a Finnegan. Y volví a tener la sensación de que mi anfitrión, el señor George Jagers, hablaba solo, en lugar de hablar conmigo.

—Finnegan es un gran escritor —dijo.

—Indudablemente.

—Y es todo un caballero, ¿sabe?

Como yo no lo había cuestionado, pregunté si había alguna duda al respecto.

—Ah, no —se apresuró a decir—. Es que como ha tenido últimamente esa racha de mala suerte...

Asentí con la cabeza, con aire comprensivo.

—Ya lo sé. Tirarse a una piscina medio vacía fue un auténtico mal paso.

—No, no estaba medio vacía. Estaba llena de agua. Llena hasta el borde. Debería oír cómo lo cuenta Finnegan. Es para morirse de risa. Parece que estaba un poco decaído y sólo se atrevía a saltar desde el borde de la piscina, ya sabe... —el señor Jagers señaló hacia la mesa con el tenedor y el cuchillo—. Y entonces vio a unas chicas que se tiraban desde el trampolín de cinco metros. Finnegan dice que se acordó de su juventud perdida, y subió al trampolín decidido a imitar a las nadadoras e hizo el salto del ángel y se rompió la clavícula cuando todavía estaba en el aire —me miró con impaciencia—. ¿Es que no ha oído hablar de casos así? ¿No ha oído hablar de cómo se lesionan el brazo los jugadores de béisbol?

En aquel momento no se me ocurría nada que se le pareciera a aquel caso ortopédico.

—Y entonces —continuó como si hablara en sueños— Finnegan tuvo que escribir en el techo.

—¿En el techo?

—Prácticamente, sí. No dejó de escribir: al tipo le sobran agallas, aunque usted no lo crea. Hizo que le construyeran y colgaran del techo no sé qué aparato y, sin levantarse de la cama, escribía en el aire.

Tuve que reconocer que había sido una solución valiente.

—¿Y afectó a su obra? —pregunté—. ¿No tuvieron ustedes que leer sus cuentos al revés, como en chino?

—Eran más bien confusos, sí, durante algún tiempo —admitió—, pero ya se ha recuperado. He recibido varias cartas tuyas donde ya se adivina al Finnegan de siempre: rebosante de vida y esperanza y proyectos para el futuro...

Recuperó la mirada perdida y yo encaucé la conversación hacia asuntos que me interesaban más. Sólo cuando regresamos a su oficina volvió a surgir el tema, y me sonroja escribir esto porque debo confesar algo que no suelo hacer: leer los telegramas ajenos. Pero entretuvieron al señor Jagers en el vestíbulo y, cuando entré en su despacho y me senté, me encontré el telegrama delante, abierto.

CON CINCUENTA PODRÍA AL MENOS PAGAR MECANÓGRAFA CORTARME EL PELO Y COMPRAR LÁPICES VIVIR ASÍ ES IMPOSIBLE SÓLO EXISTO PORQUE SUEÑO CON BUENAS NOTICIAS DESESPERADAMENTE FINNEGAN.

No podía creer lo que veían mis ojos: cincuenta dólares, y, según me constaba, el precio de un cuento de Finnegan rondaba los tres mil dólares. George Jagers me encontró todavía aturdido, con la mirada clavada en el telegrama. Lo leyó y clavó la mirada en mí, destrozado.

—No veo, en conciencia, manera de mandárselos —dijo.

Me sorprendió, y miré a mi alrededor para cerciorarme de que estaba en la próspera editorial de Nueva York. Y entonces comprendí: había interpretado mal el telegrama. Finnegan pedía un anticipo de cincuenta mil dólares: una petición que, al margen del escritor que la hiciera, hubiera asombrado a cualquier editor.

—Hace menos de una semana —dijo el desconsolado señor Jagers— le mandé cien dólares. Todos los años nos pone en números rojos, y yo ya no me atrevo a decírselo a mis socios. Le mando el dinero de mi bolsillo, lo que iba a gastarme en un traje y unos zapatos.

—¿Me está diciendo que Finnegan está en la ruina?

—¡En la ruina! —me miró y se echó a reír silenciosamente. La verdad es que no me gustó precisamente cómo se reía. Mi hermano tuvo una crisis nerviosa... Pero eso es otra historia. Se serenó—: No dirá una palabra de esto, ¿de acuerdo? La verdad es que Finnegan ha sufrido un bajón, ha recibido golpe tras golpe durante los últimos cinco años, pero está saliendo adelante y sé que recuperaremos hasta el último billete que le hemos... —buscaba qué palabra podía emplear, hasta que por fin se le escapó—: ... le hemos dado.

Esta vez fue el señor Jagers el que se apresuró a cambiar de tema.

No quiero dar la impresión de que los problemas de Finnegan acapararon mi atención durante toda la semana que pasé en Nueva York: era inevitable, sin embargo, que, al pasar mucho tiempo en las oficinas de mi agente y mi editor, no dejaran de salirme al paso. Por ejemplo, dos días después, al usar el teléfono en el despacho del señor Cannon, por casualidad, por una interferencia, oí la conversación que en aquel momento mantenía con George Jagers. Pero quiero aclarar que sólo fui un espía a medias, porque sólo llegué a oír el final de la conversación, lo que no es tan grave como oírla toda.

—Por lo menos me ha dado la impresión de que goza de buena salud... Me dijo algo acerca del corazón hace unos meses, pero me ha parecido entender que ya está mejor... Sí, me ha dicho algo de una operación que necesita hacerse. Creo que me ha dicho que era cáncer... Bueno, me han dado ganas de decirle que yo también tengo pendiente una pequeña operación, y que ya me hubiera operado si hubiera podido permitírmelo... No, no le he dicho eso. Parece que anda mejor de ánimo y hubiera sido imperdonable desmoralizarlo. Hoy va a empezar a escribir un cuento. Me ha leído un poco por teléfono...

—...Le he dado veinticinco porque me ha cogido sin nada en los bolsillos... Ah, sí, estoy seguro de que ahora mismo está estupendamente. Parece que tiene ganas de trabajar.

Y entonces lo entendí todo. Aquellos dos se habían conjurado para animarse mutuamente en todo lo que se refería a Finnegan. Habían invertido en él, en su futuro, una suma tan considerable que Finnegan les pertenecía. No podían permitir que nadie dijera una palabra en su contra, ni siquiera ellos mismos.

## II.

Le dije al señor Cannon lo que pensaba.

—Si ese Finnegan es un embustero, no deben seguir dándole dinero indefinidamente. Si está acabado, está acabado, y no hay nada que hacer. Es absurdo que usted no pueda ni siquiera operarse mientras Finnegan va por ahí tirándose a piscinas medio vacías.

—Estaba llena —dijo el señor Cannon con paciencia—. Llena hasta el borde.

—Bueno, llena o vacía, ese tipo me parece un desastre.

—Mire —dijo Cannon—, estoy esperando una llamada de Hollywood. ¿Por qué no le echa mientras un vistazo a esto? —dejó caer un manuscrito sobre mis piernas—. Quizá le ayude a comprender. Nos lo mandó ayer.

Era un relato breve. Lo empecé con escepticismo, pero antes de que hubieran pasado cinco minutos, me había absorbido por completo, fascinado y convencido totalmente, y le pedí a Dios poder escribir así. Cuando Cannon terminó de hablar por teléfono, tuvo que esperar a que terminara de leerlo, y, cuando lo hice, había lágrimas en estos ojos viejos y profesionales. Cualquier revista del país hubiera publicado aquel cuento en la mejor página, en cualquier número.

Pero nadie había negado jamás que Finnegan supiera escribir.

## III.



Pasé meses sin volver a Nueva York y, cuando lo hice, al menos en lo que concernía a las oficinas de mi agente literario y mi editor, aterricé en un mundo más tranquilo y estable. Por fin había tiempo para hablar de mis concienzudos aunque poco inspirados intentos literarios, para que el señor Cannon me invitara a su casa de campo y para matar las tardes de verano en compañía de George Jagers allí donde la luz de las estrellas de Nueva York, la ciudad vertical, cae como lentos relámpagos sobre las terrazas de los restaurantes. Me daba lo mismo que Finnegan estuviera en el Polo Norte o en..., pero casualmente estaba en el Polo Norte. Lo acompañaba una verdadera expedición, entre la que se contaban tres antropólogas de la universidad de Bryn Mawr, y parecía que iba a recoger muchísimos materiales. Pasarían en el Polo varios meses, y si la cosa me sonaba a una prometedora fiestorra en familia, seguramente se debía a mi temperamento cínico y envidioso.

—Estamos encantados —dijo Cannon—. Para él es un don de Dios. Finnegan ya no podía más, y lo que le hacía falta era precisamente...

—Hielo y nieve —completé la frase.

—Sí, hielo y nieve. Lo último que dijo fue característico de él: lo que escriba será de un blanco purísimo y despedirá un brillo cegador.

—Me figuro que será así. Pero, dígame, ¿quién lo financia? La última vez que estuve aquí me pareció entender que Finnegan era insolvente.

—Ah, en ese sentido se ha portado muy bien. Me debía algún dinero, y creo que a George Jagers también le debía algo... —el viejo hipócrita creía: lo sabía perfectamente—. Así que, antes de irse, nos hizo beneficiarios de la mayor parte de su seguro de vida. Por si se da el caso de que no vuelva... Estos viajes son siempre peligrosos.

—Ya lo creo —dije—, sobre todo si vas con tres antropólogas.

—De modo que Jagers y yo tenemos la espalda bien cubierta en caso de que ocurra algo. Así de simple.

—¿Fue la compañía de seguros la que financió la expedición?

Se alteró visiblemente.

—Ah, no. La verdad es que cuando supieron la razón del seguro de vida se inquietaron un poco. George Jagers y yo estábamos de acuerdo en que, puesto que tenía un proyecto serio del que al final saldría un libro, estaba justificado que siguiéramos respaldándolo un poco más.

—No lo entiendo —dije terminantemente.

—¿No? —sus ojos volvieron a reflejar preocupación—. Bueno, tengo que admitir que hemos dudado. Reconozco, de entrada, que es un error. Yo solía anticipar a los escritores pequeñas sumas de vez en cuando, pero últimamente he tomado por norma inviolable no hacerlo. Sólo en dos ocasiones no me he atenido a este principio durante los dos últimos años, y fue por una escritora que estaba pasando un mal momento: Margareth Trahill. ¿La conoce? A propósito: fue novia de Finnegan.

—Recuerde que ni siquiera conozco a Finnegan.

—Ah, sí. Tengo que presentárselo cuando vuelva... Si vuelve. Le caerá bien: es absolutamente encantador.

Volví a irme de Nueva York, rumbo a mis Polos Norte imaginarios, mientras el año seguía corriendo a través del verano y el otoño. Cuando llegaron los primeros fríos de noviembre me acordé de la expedición de Finnegan con una especie de estremecimiento y cierta envidia del hombre que se fue. Conseguiría algún botín, literario o antropológico, que traería consigo cuando regresara. Y entonces, cuando ni siquiera llevaba tres días en Nueva York, leí en el periódico que Finnegan y algunos miembros de la expedición se habían perdido en una tormenta de nieve después de agotar la reserva de víveres, y que el Ártico había exigido un nuevo sacrificio humano.

Lo sentí por él, pero con el suficiente sentido práctico como para alegrarme de que Cannon y Jagers se hubieran cubierto las espaldas. Claro que, puesto que Finnegan apenas empezaba a enfriarse —si la comparación no es demasiado horrenda—, no hablaban sobre el asunto, pero me figuré que la compañía de seguros había renunciado al *babeas corpus*, o como se llame en su jerga, y parecía bastante claro que el editor y el agente literario cobrarían la prima.

El hijo de Finnegan, un joven bien parecido, se presentó en la oficina de George Jagers cuando yo estaba allí, y por él pude adivinar algo del encanto de Finnegan: una franqueza tímida y

la impresión de que se desarrollaba en su interior una terrible batalla valiente y silenciosa, de la que no se atrevía a hablar, pero que se transparentaba, como vehementes relámpagos, en su obra.

—El chico también escribe bien —dijo George cuando se fue el hijo de Finnegan—. Nos ha traído algunos poemas notables. Todavía no está a la altura del padre, pero es una promesa segura.

—¿Puedo leer algo suyo?

—Por supuesto. Aquí hay un poema que nos acaba de dejar.

George cogió un papel de la mesa de despacho, lo desdobló y se aclaró la garganta. Entonces bizqueó, casi cerró los ojos y se hundió un poco en el sillón.

—Querido señor Jagggers —comenzó a leer—, *no me he atrevido a pedirselo en persona...*

Jagggers se detuvo, aunque sus ojos seguían leyendo rápidamente.

—¿Cuánto quiere? —pregunté.

Suspiró.

—Creía que era uno de sus poemas —dijo en tono afligido.

—Y lo es —traté de consolarlo—. Aunque es evidente que todavía no está a la altura del padre.

Más tarde me arrepentí de haber dicho esto, pues al fin y al cabo Finnegan había pagado sus deudas, y era agradable seguir vivo ahora que los buenos tiempos volvían y los libros habían dejado de ser considerados un lujo innecesario. Muchos escritores que yo conocía, y que habían pasado terribles apuros durante la Depresión, ahora estaban haciendo los viajes que habían aplazado durante años, o liquidando sus hipotecas, o publicando ese tipo de obras perfectamente terminadas que sólo son posibles si dispones de un poco de tiempo y cierta seguridad. Yo acababa de cobrar un anticipo de mil dólares por una aventura en Hollywood y estaba a punto de emprender el vuelo con toda la energía de los viejos tiempos de vacas gordas. Cuando fui a despedirme de Cannon y a recoger el dinero, fue una alegría descubrir que también él estaba aprovechando la ocasión: quería que lo acompañara a ver una lancha motora que iba a comprarse.

Pero uno de esos asuntos que se presentan siempre a última hora lo entretuvo, y yo perdí la paciencia y decidí largarme. Nadie me respondió cuando llamé a la puerta del santuario de Cannon, así que entré.

En el despacho parecía reinar cierta confusión. El señor Cannon atendía varios teléfonos a la vez y dictaba a una taquígrafa algo sobre una compañía de seguros. Una de las secretarías se apresuraba a ponerse el abrigo y el sombrero como si fuera a salir a hacer un encargo y otra contaba el dinero suelto que tenía en el monedero.

—Será sólo un minuto —dijo Cannon—. Es uno de los típicos líos de la oficina. Usted todavía no había visto ninguno.

—¿Es por el seguro de Finnegan? —no pude evitar la pregunta—. ¿No es válido?

—¿Su seguro? Ah, sí, está perfectamente en regla, perfectamente. Sólo estamos reuniendo doscientos o trescientos dólares. Los bancos están cerrados y estamos intentando reunirlos entre todos.

—Tengo aquí el dinero que usted acaba de darme —dije—. No lo necesito todo para volver a California —saqué rápidamente doscientos dólares—. ¿Es bastante?

—Claro que sí: esto nos soluciona el problema. No se preocupe, señorita Carlsen. Señora Mapes, ya no es necesario que salga.

—Bueno, yo también me voy —dije.

—Espere un par de minutos —me rogó—. Sólo me queda contestar este telegrama. Son noticias verdaderamente espléndidas. De las que te suben la moral.

Era un telegrama procedente de Oslo, Noruega, y antes de empezar a leerlo tuve un presentimiento.

MILAGROSAMENTE SANO Y SALVO AQUÍ PERO RETENIDO POR AUTORIDADES RUEGO ENVIAR TELEGRÁFICAMENTE DINERO Y PASAJES PARA CUATRO PERSONAS MÁS DOSCIENTOS EXTRA A CUENTA ANTICIPO DE VUELTA MANDO ENTRAÑABLES SALUDOS DEL DIFUNTO

FINNEGAN

—Sí, es espléndido —asentí—. Ahora sí que tiene una buena historia que contar.

—Eso parece —dijo Cannon—. Señorita Carlsen, póngales un telegrama a los padres de esas chicas. Y sería conveniente que informara al señor Jagers.

Y, minutos después, mientras caminábamos por la calle, me di cuenta de que el señor Cannon, como anonadado por la noticia maravillosa, se había sumido en oscuras cavilaciones: no quise molestarlo, pues a fin de cuentas yo no conocía a Finnegan y no podía compartir plenamente la alegría del señor Cannon. Su mutismo se prolongó hasta la puerta de la exposición de lanchas motoras. Se detuvo bajo el letrero y lo miró, como si sólo entonces se hubiera dado cuenta de adonde íbamos.

—¡Caramba! —dijo, retrocediendo—. Ya no tiene ningún sentido entrar ahí. Pensaba que íbamos a tomar una copa.

Nos la tomamos. El señor Cannon seguía ligeramente ido, como bajo el hechizo de la gran sorpresa. Rebuscó tanto en sus bolsillos para encontrar dinero con que pagar su ronda, que insistí en que aquella invitación también era mía.

Creo que aquel día estaba verdaderamente aturdido, porque, a pesar de ser un hombre meticuloso, casi puntilloso, los doscientos dólares que le di en su despacho jamás han aparecido en las cuentas y liquidaciones que me manda. Pero supongo que alguna vez los recuperaré, pues alguna vez Finnegan conseguirá escribir algo y sé que el público recibirá fervorosamente lo que Finnegan escriba. Últimamente me ha dado por investigar algunas de las historias que se cuentan sobre él y he descubierto que la mayoría son tan falsas como las de la piscina vacía. La piscina estaba llena hasta el borde.

Hasta el momento sólo ha aparecido un breve relato sobre la expedición polar, un cuento de amor: quizá el tema no era tan interesante como Finnegan esperaba. Pero la industria del cine se ha interesado por Finnegan: si consiguen controlarlo, y no tengo por qué pensar lo contrario, sobrevivirá. Le vendría bien.

## La década perdida

La década perdida (*Esquire*, diciembre de 1939) es el más notable de los últimos y elípticos esbozos de Fitzgerald, que consiguen los mismos efectos que un relato más elaborado. Ha sido descrito como obsesionante, un término más fácil de experimentar que de explicar. En poco más de mil palabras *La década perdida* desarrolla una estampa controlada y comedida de un hombre que intenta cambiar de actitud ante la realidad después de diez años de borrachera.

Personas de todo tipo entraban en la redacción del semanario y Orrison Brown mantenía toda clase de relaciones con ellas. Cuando acababa el horario de oficina era «uno de los redactores-jefe», pero durante el trabajo sólo era un hombre de pelo rizado que hacía un año había sido director del *Jack-O-Lantern* de Dartmouth y ahora se contentaba con asumir las tareas menos deseables de la redacción: desde corregir originales ilegibles a desempeñar las funciones de un botones sin serlo.

Había visto a aquel individuo entrar en el despacho del director: un individuo pálido y alto, de unos cuarenta años, con el pelo rubio impecablemente peinado, y ademanes que no eran ni huraños ni tímidos, ni sobrenaturales como los de un monje, pero que tenían algo de las tres cosas. El nombre que aparecía en su tarjeta, Louis Trimble, le traía vagos recuerdos, pero, al no encontrar un punto de referencia, Orrison se despreocupó, hasta que un timbre sonó en su escritorio y, por experiencias anteriores, adivinó que el señor Trimble iba a ser el primer plato del almuerzo del día.

—El señor Trimble... El señor Brown —dijo la fuente del dinero de todos los almuerzos—. Orrison, el señor Trimble ha estado ausente mucho tiempo. O por lo menos a él le parece que ha sido mucho tiempo: casi doce años. Mucha gente se consideraría afortunada si hubiera perdido la última década.

—Así es —dijo Orrison.

—Hoy no tengo tiempo ni para comer —continuó el jefe—. Llévalo a Voisin, o al Veintiuno o a donde quiera. El señor Trimble cree que se ha perdido muchas cosas.

Trimble objetó educadamente:

—Bueno, me las puedo arreglar.

—Lo sé, camarada. Nadie conocía esta ciudad como tú. Y si Brown se empeña en explicarte los carros sin caballo, me lo mandas inmediatamente. Y a las cuatro te vienes para acá, ¿de acuerdo?

Orrison cogió el sombrero.

—¿Ha estado fuera diez años? —preguntó mientras bajaban en el ascensor.

—Estaban empezando a construir el Empire State Building —dijo Trimble—. ¿En qué año fue?

—En 1928, poco más o menos. Pero, como ha dicho el jefe, ha tenido la suerte inmensa de perderse muchas cosas —y, como sondeándolo, añadió—: Seguramente usted tenía cosas más interesantes que ver.

—Creo que no.

Llegaron a la calle y, por la manera en que Trimble contrajo la cara ante el fragor del tráfico, Orrison hizo otra conjetura.

—¿Ha vivido lejos de la civilización?

—En cierto sentido —las palabras fueron pronunciadas de una manera tan comedida, que Orrison llegó a la conclusión de que aquel hombre sólo hablaría si se lo pedían, y al mismo tiempo se preguntó si habría pasado los años treinta en la cárcel o el manicomio.

—Éste es el célebre Veintiuno —dijo—. ¿Prefiere comer en otro sitio?

Trimble guardó silencio unos segundos, mientras miraba con atención el edificio de piedra caliza roja.

—Recuerdo cuando el nombre del Veintiuno empezó a hacerse famoso —dijo—, más o menos el mismo año que el Moriarity —inmediatamente continuó casi en tono de excusa—: Pensaba que

pasearíamos un rato por la Quinta Avenida y comeríamos donde nos apeteciera: en algún sitio donde pudiéramos ver gente joven.

Orrison le echó una mirada rápida y volvió a pensar en rejas y muros grises y más rejas; se preguntaba si entre sus deberes se incluiría presentarle al señor Trimble chicas complacientes. Pero al señor Trimble no parecía habersele ocurrido semejante posibilidad: tenía una expresión de absoluta y profunda curiosidad, y Orrison trató de relacionar su nombre con la expedición perdida en el Polo Sur del almirante Byrd o con los aviadores desaparecidos en la jungla brasileña. Era, o había sido, todo un personaje: era evidente. Pero la única pista definitiva para averiguar su procedencia — y a Orrison aquella pista poco le decía— era que, como hombre de ciudad, respetaba los semáforos y prefería ir por la acera y no por mitad de la calle. De pronto se paró a mirar el escaparate de una camisería.

—Corbatas de crespón —dijo—. No veía corbatas así desde que dejé la universidad.

—¿Dónde estudió?

—En el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

—Magnífico sitio.

—La semana que viene iré a hacerle una visita. Podemos comer algo en algún sitio de por aquí... —habían pasado la calle 50—. Elija usted.

Había un buen restaurante con una pequeña marquesina a la vuelta de la esquina.

—¿Qué prefiere ver? —preguntó Orrison cuando se sentaron.

Trimble se quedó pensativo un instante.

—Bueno... La nuca de la gente —sugirió—. El cuello... Cómo la cabeza se une al cuerpo. Me gustaría oír qué le están diciendo a su padre aquellas dos chicas. No exactamente lo que están diciendo, sino sólo si las palabras flotan o se hunden, y cómo se cierran sus labios cuando acaban de hablar. Sólo es una cuestión de ritmo: Colé Porter volvió a Estados Unidos en 1928 porque intuyó que había nuevos ritmos en el ambiente.

Orrison creyó haber encontrado por fin una pista segura, y, con amable delicadeza, no siguió por aquel camino ni un milímetro, incluso reprimió un repentino deseo de decirle que había un buen concierto en el Carnegie Hall aquella noche.

—El peso de las cucharas —dijo Trimble—, tan liviano. Un cuenco pequeño pegado a un mango. El ligero estrabismo de ese camarero. Lo conozco desde hace mucho tiempo, pero seguro que no se acuerda de mí.

Pero, al irse del restaurante, el camarero miró a Trimble como si dudara, como si estuviera a punto de reconocerlo. Cuando salieron a la calle, Orrison se echó a reír:

—Diez años bastan para olvidar.

—Estuve aquí en mayo —Trimble se interrumpió bruscamente.

Orrison llegó a la conclusión de que todo aquello era un poco descabellado, y de repente decidió convertirse en una especie de guía.

—Desde aquí puede ver el Rockefeller Center —señaló animosamente— y el edificio Chrysler y el Armistead, el padre de todos los nuevos edificios.

—El edificio Armistead —Trimble miró hacia aquella zona, obediente—. Sí, lo proyecté yo.

Orrison negó con la cabeza y sonrió. Estaba acostumbrado a tratar con toda clase de gente. Pero la broma de que había comido en el restaurante en mayo...

Se detuvo ante la placa de bronce que había en la piedra angular del edificio: «Construido en 1928».

Trimble hizo un gesto de asentimiento.

—Empecé a emborracharme aquel año, a emborracharme de verdad. Así que es la primera vez que lo veo.

—Ah —Orrison titubeó—. ¿Quiere entrar?

—He entrado muchas veces, muchas. Pero no lo he visto. Y ahora no es lo que me gustaría ver. Ahora mismo sería incapaz. Sólo quiero ver cómo camina la gente y cómo son los vestidos, los sombreros, los zapatos. Y los ojos y las manos. ¿Le importaría estrecharme la mano?

—En absoluto, señor.

—Gracias, gracias. Es muy amable. Me figuro que parecerá extraño, pero la gente creerá que nos estamos despidiendo. Voy a pasear un rato por la avenida, así que es verdad que nos tenemos que despedir. Diga en el semanario que volveré a las cuatro.

Orrison lo siguió con la mirada cuando empezó a alejarse, casi esperando ver cómo se metía en un bar. Pero no había nada en Trimble que sugiriera o hubiera sugerido alguna vez que bebiera.

«Jesús», dijo para sí, «diez años borracho.»

Súbitamente palpó el tejido de su abrigo y luego alargó la mano y apretó el pulgar contra el granito del edificio.

## Pongan agua a hervir, mucha, mucha

*Pongan agua a hervir, mucha, mucha (Esquire, marzo de 1940) fue el tercero de los diecisiete relatos sobre Pat Hobby. Estos cuentos han sido considerados autobiográficos erróneamente y son por consiguiente mal interpretados. Pat es un guionista de pacotilla, tramposo y sin talento; y los cuentos de Pat deben leerse como sátiras o parodias. Fitzgerald escribió esta serie de cuentos (por 250 y 300 dólares cada uno) para ganarse la vida mientras trabajaba en El último magnate, su novela inacabada sobre Hollywood.*

Pat Hobby estaba sentado en su despacho en el edificio de los escritores y repasaba el trabajo de la mañana, que acababa de devolverle el departamento de guiones. Se dedicaba a corregir el trabajo ajeno, prácticamente lo único que le confiaban por aquel entonces. Tenía que corregir a toda prisa secuencias mal resueltas, pero la palabra prisa ni le daba miedo ni le decía nada en absoluto, pues Hobby llevaba en Hollywood desde que tenía treinta años, y ya tenía cuarenta y nueve. Todo el trabajo que había hecho aquella mañana (excepto algún cambio aquí y allá para poder atribuirse unas cuantas líneas), todo lo que se le había ocurrido era una sola frase imperativa, pronunciada por un médico:

—Pongan agua a hervir, mucha, mucha.

Era una buena frase. Le había venido a la imaginación de golpe en cuanto leyó el guión. En los días lejanos del cine mudo le hubiera servido para un rótulo y se hubieran acabado momentáneamente sus preocupaciones, pero ahora necesitaba algunas palabras más para los otros personajes de la escena. No se le ocurría nada.

«Pongan agua a hervir», se repetía a sí mismo, «mucha, mucha.»

El verbo hervir le recordó inmediata y felizmente la cafetería. Eran recuerdos llenos de respeto, pues, para un veterano como Pat, la gente con quien compartías mesa en el almuerzo era más importante para hacer carrera que lo que escribías en tu despacho. Aquello no era un arte, como Pat repetía con frecuencia; aquello era una industria.

—Esto no es un arte —le comentó a Max Leam, que bebía tranquilamente un vaso de agua junto a la nevera del pasillo—. Esto es una industria.

Max le había echado aquel oportuno hueso de tres semanas a trescientos cincuenta dólares.

—Hombre, Pat, ¿has escrito algo?

—Mira, tengo algo que va a hacer que se... —mencionó una función biológica muy corriente con una certeza más bien pasmosa de que se llevaría a cabo en los cines.

Max intentó calibrar su sinceridad.

—¿Me lo puedes leer ahora? —preguntó.

—No, todavía no. Pero tiene eso que se llamaba fuerza, si sabes a lo que me refiero.

Max era un mar de dudas.

—Muy bien, adelante. Y si tropiezas con algún problema médico, ve al botiquín y consúltalo con el médico. No puede haber fallos. El espíritu de Pasteur iluminó la mirada de Pat. —Lo haré.

Se sentía perfectamente mientras cruzaba el edificio con Max. Se sentía tan bien que decidió pegarse al productor y comer con él en la mesa principal. Pero Max frustró sus intenciones con un cariñoso y cantarín «Hasta luego» antes de desaparecer en la barbería.

En otro tiempo Max había sido una figura familiar en la mesa principal; y a menudo, en aquella época dorada, había cenado en los comedores privados de los ejecutivos. Como pertenecía al Hollywood de los viejos tiempos, entendía sus chistes, sus vanidades, su sistema social con sus vertiginosas fluctuaciones. Pero ahora en la mesa principal había demasiadas caras nuevas, caras que lo miraban con ese recelo que en Hollywood es universal. Y en las otras mesas se sentaban los guionistas jóvenes, que parecían tomarse el trabajo demasiado en serio. Y, antes que sentarse en cualquier sitio, incluso entre las secretarías y los extras, prefería comerse un bocadillo en un rincón.

Dio una vuelta por la enfermería y preguntó por el médico. Una chica, una enfermera, le contestó desde un espejo ante el que se estaba pintando apresuradamente los labios.

—Ha salido. ¿Qué pasa?

—Ah, volveré más tarde.

Había terminado de pintarse, y se volvió, joven y vivaracha, con una sonrisa luminosa y reconfortante.

—La señorita Stacey lo atenderá. Estaba a punto de irme a comer.

Pat se dio cuenta de que volvía a sentir una emoción antigua, muy antigua, vestigio de los tiempos de casado: la impresión de que si invitaba a comer a aquella belleza podía complicarse la vida. Pero inmediatamente recordó que ya no estaba casado, que sus mujeres ni siquiera le reclamaban ya la pensión alimenticia.

—Estoy trabajando en una película de tema médico —dijo—. Necesito que me echen una mano.

—¿Tema médico?

—Estoy escribiendo... algo sobre un médico, un guión. Oye, te invito a comer. Me gustaría plantearte algunas cuestiones médicas.

La enfermera titubeó.

—No sé. Es el primer día que trabajo aquí.

—No hay ningún problema —le aseguró Pat—; los estudios son democráticos. Aquí todo el mundo se tutea: sólo eres Joe, o Mary... Desde los peces gordos a los claquetistas.

Y, camino del almuerzo, demostró rotundamente que lo que decía era verdad: saludó a una estrella masculina que, a cambio, lo llamó por su nombre de pila. En la cafetería, donde se sentaron muy cerca de la mesa principal, su productor, Max Leam, levantó la vista y lo saludó con un guiño cómplice.

La enfermera —se llamaba Helen Earle— miraba con curiosidad e ilusión a todas partes.

—No veo a nadie conocido —dijo—. Ay, sí, ahí está Ronald Colman. No me lo imaginaba así.

Súbitamente Pat señaló al suelo.

—¡Y ahí tienes al ratón Mickey!

La chica dio un brinco y Pat se rió de su propia broma, pero Helen Earle no podía apartar los ojos, entusiasmada, de unos extras en traje de época que acababan de llenar el local con los fastos del Primer Imperio. A Pat le molestó que malgastara su interés en aquellas nulidades.

—Los peces gordos se sientan en esa mesa —dijo solemnemente, meditabundo—, los directores y la gente por el estilo, menos los grandes ejecutivos. Si quisieran, Ronald Colman les plancharía los pantalones. Yo me suelo sentar con ellos, pero no admiten damas. Me refiero a los almuerzos: no admiten damas.

—Ah —dijo Helen Earle, con mucha educación, pero poco convencida—. Debe ser maravilloso ser guionista. Me parece muy interesante.

—Tiene su encanto, sí —dijo Pat, que pensaba desde hacía años que era una vida de perros.

—¿Qué quieres preguntarme sobre los médicos?

Volvió el agobio. Algo se rompía en la mente de Pat cada vez que pensaba en aquel guión.

—Bueno, Max Leam, que es ése de ahí enfrente, y yo estamos trabajando en un guión sobre un médico. Una película de hospitales. ¿Me entiendes?

—Sí, sí —y añadió al cabo de un momento—: Gracias a esas películas estudié para enfermera.

—Y, claro, no podemos cometer fallos, porque la película la verán cien millones de personas. Así que en el guión un médico ordena que pongan agua a hervir. Dice: «Pongan agua a hervir, mucha, mucha». Y nos estamos preguntando qué hará la gente a continuación.

—Pues... Probablemente pondrán a hervir agua —dijo Helen, e inmediatamente, algo confundida por la pregunta, añadió—: ¿De qué gente se trata?

—Bueno... La hija de no sé quién y el hombre que vive en la casa, y un abogado, y el herido.

Helen trató de digerir aquella información antes de responder,

—Y hay otro tipo, pero lo voy a suprimir —concluyó Pat.



Hubo una pausa. La camarera les trajo los bocadillos de atún.

—Cuando un médico da una orden la da de verdad —dijo Helen.

—Hmmm —el interés de Pat se había concentrado en una escena insólita que se desarrollaba en la mesa principal, pero le preguntó distraídamente—: ¿Estás casada?

—No.

—Yo tampoco.

Ante la mesa principal se había parado un extra: un cosaco ruso con un bigote feroz. Se apoyaba en el respaldo de una silla vacía, entre Paterson, el director, y Leam, el productor.

—¿Está ocupada? —preguntó con fuerte acento centroeuropeo.

Las miradas de todos los que se sentaban a aquella mesa se clavaron en él de repente. Habían creído que se trataba de un actor conocido. Pero no lo era: vestía uno de los abigarrados uniformes que salpicaban la sala.

Uno de los de la mesa dijo:

—Está ocupada.

Pero aquel individuo separó la silla de la mesa y se sentó.

—Para comer cualquier sitio es bueno —comentó con una mueca que podía ser una sonrisa.

Un estremecimiento recorrió las mesas más próximas. Pat Hobby, boquiabierto, no podía apartar la vista. Era como si alguien hubiera pintado al Pato Donald en *La última cena*.

—Fíjate, fíjate —advirtió a Helen—. Ya se puede ir preparando. ¡Qué barbaridad!

Ned Harman, el productor ejecutivo, rompió el silencio atónito de la mesa principal.

—Esta mesa está reservada —dijo.

El extra lo miró por encima de la carta.

—Me dijeron que me sentara en cualquier sitio.

Llamó con una seña a la camarera, que titubeó mientras buscaba una respuesta en las caras de sus superiores.

—Los extras no comen aquí —dijo Max Leam, sin perder todavía la compostura—. Ésta es la...

—Yo voy a comer —dijo el cosaco tenazmente—. He aguantado casi seis horas mientras rodaban esa basura repugnante y ahora voy a comer.

El silencio se había extendido: desde el ángulo de visión de Pat todos parecían flotar inmóviles en el aire.

El extra negó con la cabeza cansinamente.

—No sé a quién se le habrá ocurrido —dijo, y Max Leam se echó hacia delante sin levantarse de la silla—, pero es la estupidez más asquerosa que he visto rodar en Hollywood.

Pat meditaba en su mesa: ¿Por qué no hacían algo? Echarlo a puñetazos, sacarlo a rastras. Si eran unos cobardes, por lo menos podían llamar a los guardas de seguridad.

—¿Quién es? —Helen Earle miraba inocentemente a donde miraba Pat—. ¿Debería conocerlo?

Pat prestaba atención a Max Leam, que daba voces, furioso.

—Levántese, hijo, levántese. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

El extra frunció el entrecejo.

—¿Quién es usted para hablarme así? —preguntó.

—Se va a enterar enseguida —Max se dirigió a la mesa—. ¿Dónde está Cushman? ¿Dónde está el encargado de Personal?

—Intente moverme —dijo el extra, desenvainando la espada hasta que el puño asomó por encima de la mesa— y le cuelgo el sable en la oreja. Conozco mis derechos.

Los doce hombres de la mesa, con salarios que sumaban más de mil dólares a la hora, permanecían sentados, estupefactos. Al fondo, cerca de la puerta, un guarda de seguridad se olió lo que estaba sucediendo y se abrió paso a codazos a través del local atestado. Y Big Jack Wilson, otro director, se levantó de repente y se acercó rodeando la mesa.

Pero llegaron demasiado tarde. Pat Hobby se había cansado de aguantar: saltó de la silla, agarró una bandeja inmensa de la mesa de servicio que tenía más a mano, irrumpió de un brinco en escena y descargó la bandeja sobre la cabeza del extra con toda la fuerza de sus cuarenta y nueve

años. El extra, que había empezado a levantarse para hacer frente a la amenazadora embestida de Wilson, recibió de lleno el golpe en la cara y en la sien, y, mientras se desplomaba, el maquillaje se le llenó de rayas rojas. Se derrumbó entre las sillas.

Pat se mantenía en guardia, jadeando, con la bandeja en la mano.

—¡Rata asquerosa! —gritó—. ¿Dónde se habrá creído que...?

El guarda de seguridad se abrió paso a empujones, y también Wilson se abrió paso a empujones, y dos hombres aterrorizados se acercaron corriendo desde otra mesa para estudiar la situación.

—¡Era una broma! —gritó uno de ellos—. Es Walter Herrick, el guionista de la película.

—¡Dios mío!

—Le estaba gastando una broma a Max Leam. ¡Era una broma!

—¡Recogedlo! ¡Que venga un médico! ¡Rápido!

Helen Earle se acercó corriendo; arrastraron a Walter Herrick e hicieron un hueco para dejarlo en el suelo mientras gritaban:

—¿Quién ha sido? ¿Quién le ha roto la cabeza?

Pat dejó caer con disimulo la bandeja en una silla, y el ruido se perdió en la confusión.

Vio cómo Helen Earle aplicaba deprisa y corriendo servilleta tras servilleta a la cabeza de aquel hombre.

—¿Cómo han podido hacerle una cosa así? —gritó alguien.

La mirada de Pat coincidió con la de Max, que miró hacia otra parte inmediatamente: una sensación de injusticia se apoderó de Pat Hobby. En aquel momento crítico, real o imaginario, era el único que se había atrevido a actuar. Sólo él le había plantado cara a aquel individuo, mientras que todos aquellos estirados se dejaban insultar y avasallar. Y ahora tendría que cargar con las consecuencias, porque Walter Herrick era poderoso y tenía éxito: era de los que ganaban tres mil dólares a la semana y había estrenado comedias de éxito en Nueva York. ¿Quién podía figurarse que aquello era una broma?

Llegó el médico. Pat vio que le decía algo a la encargada de la cafetería y oyó cómo la voz chillona de la encargada mandaba a la cocina a las camareras, que volaban como hojarasca.

—¡Pongan agua a hervir, mucha, mucha!

Aquellas palabras, descabelladas e irreales, hicieron mella en el alma abrumada de Pat Hobby. Y, aunque se daba cuenta de que pronto sabría de primera mano lo que sucedía a continuación, era incapaz de imaginar cómo salir del paso después.

# Último beso

*Ultimo beso guarda estrecha relación con El último magnate; Pamela Knighton y Kathleen Moore se basaban en la amiga de Fitzgerald, Sheilah Graham. Cosmopolitan rechazó el cuento en 1940: «...no podemos añadirlo a nuestro abultado fondo de cuentos». Fitzgerald cambió el título por el de Escarcha plata y rosa y puede que lo enviara a otras revistas bajo el seudónimo de John Darcy. Luego retiraría el cuento y lo aprovecharía para El último magnate, anotando en el manuscrito: «Horrible, salvo el final. Para romperlo».*

*Collier (16 de abril de 1949) lo publicaría postumamente con el título de Ultimo beso. Mereció la bonificación de mil dólares otorgada al mejor cuento del número. Pero Collier no publicó la versión definitiva. El texto que aquí aparece por primera vez es la última versión que revisó Fitzgerald.*

I.

Era una sensación agradabilísima estar en la cima. Tenías la certeza de que todo era perfecto, de que las luces brillaban sobre bellas damas y hombres valientes, de que los pianos nunca desafinaban y de que los labios jóvenes cantaban para corazones felices. Todos aquellos rostros hermosos, por ejemplo, debían ser absolutamente felices.

Y entonces, al son de una rumba crepuscular, un rostro que no era suficientemente feliz pasó ante la mesa de Jim. Ya había pasado cuando Jim llegó a semejante conclusión, pero permaneció en su retina unos segundos más. Era la cara de una chica casi tan alta como él, de ojos opacos y castaños y mejillas tan delicadas como una taza de porcelana china.

—Ya ves —dijo la mujer que lo había acompañado a la fiesta, siguiendo su mirada y suspirando—. Yo lo llevo intentando años, y a otras sólo les cuesta un segundo.

Jim se quedó con la gana de responder: «Pero tú tuviste tu momento, tres maridos. ¿Qué me dices de mí? Treinta y cinco años y todavía sigo comparando a todas las mujeres con un amor perdido de la adolescencia, buscando todavía en cada chica las semejanzas y no las diferencias».

Cuando las luces volvieron a diluirse deambuló entre las mesas para salir al vestíbulo. Los amigos lo llamaban desde todas partes, más numerosos que nunca, porque la noticia de su contrato como productor la había publicado el *Hollywood Reporter* aquella mañana, pero Jim ya había escalado posiciones otras veces, y estaba acostumbrado. Era un baile benéfico y en la barra, preparado para su actuación, había un hombre con un traje hecho con papel pintado, y Bob Bordley, vestido de hombre anuncio, con un cartel que decía:

ESTA NOCHE A LAS DIEZ  
EN EL ESTADIO DE HOLLYWOOD  
SONJA HEINE PATINARÁ  
SOBRE SOPA CALIENTE

A su lado Jim vio al productor al que le quitaría el puesto al día siguiente, bebiéndose sin ningún tipo de suspicacia una copa con el agente que había contribuido a su ruina. Y con el agente estaba la chica cuya cara le había parecido triste mientras bailaba la rumba.

—Ah, Jim —dijo el agente—, Pamela Knighton, tu futura estrella.

La chica lo miró llena de ilusión profesional. Lo que el agente le había dicho era: «Atención. Este es alguien».

—Pamela se ha unido a mi cuadra —dijo el agente—. Quiero que cambie su nombre por el de Boots.

—Creía que habías dicho Toots —rió la chica.

—Toots o Boots. Es por el sonido de la doble o: el sonido doble o. Se te queda. Pamela es inglesa. Su verdadero nombre es Sybil Higgins.

Jim se dio cuenta de que el productor destituido lo miraba con algo infinito en la mirada. No era odio, no era envidia, sino un asombro profundo que parecía preguntar: «¿Por qué? ¿Por qué? Por Dios bendito, ¿por qué?». Más preocupado por aquella mirada que por su enemistad, Jim se sorprendió a sí mismo invitando a bailar a la chica inglesa. Y cuando se miraron en la pista de baile se sintió exultante.

—Hollywood está bien —dijo, como para anticiparse a alguna crítica—. Le gustará. A la mayoría de las chicas inglesas les gusta: no esperan demasiado. He tenido suerte al trabajar con inglesas.

—¿Es usted director?

—He hecho de todo... desde agente de prensa en adelante. Acabo de firmar un contrato para trabajar como productor a partir de mañana.

—Me gusta esto —dijo la chica al cabo de unos segundos—. Siempre se tienen esperanzas. Y si no se cumplen, siempre podré volver a dar clases en el colegio.

Jim se apartó un poco para mirarla: la impresión era de escarcha rosa y plata. Se parecía tan poco a una maestra de escuela, a una maestra de escuela del Oeste, que se echó a reír. Y otra vez notó que había algo triste y un poco perdido en el triángulo que formaban sus labios y sus ojos.

—¿Con quién ha venido? —preguntó Jim.

—Con Joe Becker —era el nombre del agente—. He venido con otras tres chicas.

—Tengo que salir media hora. Tengo que ver a alguien... No me lo estoy inventado. Créame. ¿Quiere acompañarme y tomar un poco el aire?

Ella asintió.

Camino de la puerta pasaron junto a la mujer que lo había acompañado a la fiesta: dedicó una mirada inescrutable a la chica y a Jim un gesto apenas perceptible con la cabeza. Fuera, en la noche clara de California, Jim apreció por primera vez su gran coche nuevo: le gustaba más que el hecho de usarlo. Las calles por las que pasaban estaban tranquilas a aquella hora y la limusina se deslizaba silenciosamente a través de la oscuridad. La señorita Knighton esperó a que Jim hablara.

—¿De qué daba clase en el colegio? —preguntó.

—Enseñaba a sumar. Dos y dos son cinco y todo eso.

—Es un buen salto, de la escuela a Hollywood.

—Es una larga historia.

—No puede ser muy larga: no debe de tener más de dieciocho años.

—Veinte. ¿Cree que soy demasiado mayor? —preguntó con ansiedad.

—¡No, por Dios! Es una edad estupenda. Yo lo sé: yo tengo veintiuno y la arterieesclerosis sólo está en sus comienzos.

Lo miró muy seria, calculando su edad, pero sin decirla.

—Me gustaría oír esa larga historia.

La chica suspiró.

—Bueno, todos los hombres mayores se enamoraban de mí. Mayores, muy mayores. Era la novia de un viejo.

—¿Vejestorios de veintidós años?

—Andaban entre los sesenta y los setenta. Es absolutamente cierto. Así que me convertí en una aventurera y los exprimí bien hasta que tuve el dinero suficiente para irme a Nueva York. El primer día, Joe Becker me vio en el Veintiuno.

—¿Así que nunca ha trabajado en el cine?

—Ah, sí; he hecho una prueba esta mañana.

Jim sonrió.

—¿Y no le remuerde la conciencia por haberles sacado el dinero a todos esos viejos? —inquirió.

—Pues no —dijo, con sentido práctico—. Disfrutaban dándomelo. Y ni siquiera era dinero. Cuando querían hacerme un regalo, los mandaba a un joyero que yo conocía y luego yo devolvía el regalo y el joyero me daba las cuatro quintas partes de lo que valía.

—¡Vaya, es usted una pequeña estafadora!

—Sí —admitió muy tranquila—; me enseñó una amiga. Y estoy dispuesta a conseguir todo lo que pueda.

—¿Y no les importaba... a los viejos, me refiero... que no se pusiera las joyas que le regalaban?

—Ah, me las ponía... una vez. Los viejos no ven muy bien, o se les olvidan las cosas. Por eso no tengo ninguna joya —calló—. Creo que aquí las puedes alquilar.

Jim volvió a mirarla y se echó a reír.

—Yo no me preocuparía por eso. California está llena de viejos. Habían torcido hacia una zona residencial. Al doblar la esquina Jim le avisó al chófer.

—Pare aquí —se volvió hacia Pamela—: Tengo que solucionar un asunto feo.

Jim miró su reloj, se apeó del coche y atravesó la calle hacia un edificio con la placa de un consultorio médico. Dejó atrás la placa, despacio, y entonces un individuo salió del edificio y lo siguió. En la oscuridad, entre dos farolas, Jim se le acercó, le dio un sobre y le dijo algo. El hombre se alejó en dirección contraria y Jim volvió al coche. —Voy a cargarme a todos los viejos —explicó—. Hay cosas peores que la muerte.

—Ah, pero ahora no estoy libre —le aseguró—. Tengo novio. —Ah... —y un momento después preguntó—: ¿Un inglés? —Claro, naturalmente. ¿No le parece que...? —se detuvo demasiado tarde.

—¿Que los americanos somos poco interesantes? —No, no... —su tono despreocupado lo empeoró. Y cuando sonrió, en el momento en que una luz voltaica la iluminó y envolvió su belleza en un fulgor blanco, resultó aún más impertinente—. Ahora cuéntemelo —dijo—. Cuénteme el misterio.

—Dinero —contestó Jim casi ausente—. Ese medicucho griego le ha dicho a cierta dama que tiene mal el apéndice... y nosotros la necesitamos para una película. Así que lo hemos comprado. Es la última vez que hago el trabajo sucio de otro. La chica frunció el entrecejo. —Pero ¿necesita que la operen de apendicitis? Jim se encogió de hombros.

—Probablemente no. Por lo menos esa rata no lo sabe. Es su cuñado y quiere el dinero.

Después de una larga pausa, Pamela sentenció: —Un inglés no haría eso.

—Algunos lo harían —respondió Jim lacónicamente—, y algunos americanos no.

—Un caballero inglés no lo haría.

—Me parece que está empezando con mal pie —sugirió Jim— si lo que quiere es trabajar aquí.

—Ah, los americanos me encantan, los civilizados. Por su manera de mirarlo, Jim dedujo que lo incluía en ese grupo, pero, lejos de tranquilizarlo, aquello le pareció un ultraje.

—Se la está jugando —dijo—. La verdad es que no sé cómo se ha atrevido a acompañarme. Podría llevar un penacho de plumas bajo el sombrero.

—No lleva sombrero —dijo la chica, muy tranquila—. Además, Joe Becker me lo dijo. Que a lo mejor conseguía algo.

Después de todo era productor, y jamás se llega a nada importante perdiendo la calma, salvo si es a propósito.

—Estoy seguro de que algo conseguiré —dijo, y mientras hablaba se daba cuenta de que un tono traidor y rastrero le cambiaba furtivamente la voz.

—¿De verdad? —preguntó la chica—. ¿Cree que destacaré, o sólo soy una del montón?

—Ya está destacando —continuó John en el mismo tono—. En el baile todo el mundo la miraba —se preguntaba si lo que estaba diciendo se acercaba a la verdad. ¿O era una invención suya que la chica era única?—. Usted es un nuevo tipo de mujer —continuó—. Una cara como la suya le daría a las películas americanas un... un aire más civilizado.

Había apuntado bien, pero para su inmensa sorpresa la flecha rebotó.

—¿Lo cree de verdad? —exclamó—. ¿Va a darme una oportunidad?

—Por supuesto —no podía creer que su ironía estuviera errando el blanco—. Pero, claro, después de esta noche tendré tantos competidores que...

—Ah, yo preferiría trabajar con usted —declaró—. Se lo diré a Joe Becker.

—No le diga nada —la interrumpió.

—Muy bien, no se lo diré. Haré lo que usted me diga.

Tenía los ojos muy abiertos, expectantes. Trastornado, Jim sentía que las palabras acudían a sus labios y se le escapaban sin querer. Cuánta inocencia y cuánto afán de rapiña podía cobijar aquella dulce voz inglesa.

—La desperdiciarían en papeles sin importancia —empezó a decir—. Se trata de conseguir un gran papel —se interrumpió y volvió a empezar—: Tiene usted una personalidad tan arrolladora que...

—¡No, por favor! —Jim vio un destello de lágrimas en la comisura de sus ojos—. Déjeme que lo consulte con la almohada. Llámeme por la mañana, o cuando me necesite.

El coche se detuvo ante la larga alfombra roja que conducía a la fiesta. Al ver a Pamela, la multitud se arremolinó grotescamente bajo el chorro de luz deslumbradora de los focos. Tenían los cuadernos de autógrafos preparados, pero, incapaces de reconocerla, volvieron a suspirar tras el cordón de seguridad.

A través de la pista, bailando, Jim acompañó a la chica hasta la mesa de Becker.

—No diré una palabra —murmuró. Sacó del bolso una tarjeta con el nombre de un hotel escrito a lápiz—. Si me llegan otras ofertas las rechazaré.

—No, por favor —se apresuró a decir Jim.

—Por favor, sí —le dedicó una sonrisa luminosa y, durante algunos segundos, Jim revivió lo que había sentido al verla por primera vez. En aquel momento la cara de la chica daba una impresión de cálida simpatía, de juventud y sufrimiento a la vez. Se preparó para asestarle una rápida cuchillada final que reventara la burbuja apenas inflada.

—Dentro de un año más o menos... —empezó. Pero la música y la voz de la chica lo acallaron.

—Esperaré su llamada. Usted es... Usted es el americano más civilizado que he conocido nunca.

Ella le dio la espalda como apurada por la magnificencia de aquel cumplido. Jim se dirigía a su mesa, pero, viendo que la mujer que lo había acompañado a la fiesta hablaba con alguien a través de su silla vacía, se desvió. La sala, la noche, le parecían de repente excesivamente ruidosas: la mezcla de música y voces era estridente, sin armonía, y cuando recorrió la sala con la mirada, sólo encontró envidias y odios, egos que redoblaban como tambores en una fanfarria. Y él, en contra de lo que había pensado, no estaba al margen de la batalla.

Iba hacia el guardarropa y pensaba en la nota que le mandaría con un camarero a su acompañante: «Estabas bailando, así que yo...». Entonces se dio cuenta de que estaba muy cerca de la mesa de Pamela Knighton y, desviándose de nuevo, se dirigió hacia la puerta por otro camino.

## II.

Un productor de cine puede actuar sin inteligencia creativa pero no sin tacto. En aquel momento el tacto absorbía a Jim Leonard, con exclusión de todo lo demás. Quizá el poder debería haberle permitido pasar la diplomacia a un segundo plano, dejándole actuar a su aire, pero en lugar de eso aumentó sus relaciones humanas: con los altos cargos, con los directores, guionistas, actores y técnicos asignados a su unidad, con los jefes de departamento, censores y, por fin, con los «hombres del Este». Pero mantener a raya a una solitaria chica inglesa, que no disponía de otras armas que el teléfono y una nota que le hizo llegar desde recepción, no tendría que haber supuesto ningún problema.

*Pasaba por el estudio y me he acordado de usted y de nuestro paseo en coche. He recibido algunas ofertas pero sigo dándole largas a Joe Becker. Si cambio de hotel, le avisaré.*

Una ciudad llena de juventud y esperanza pronunciaba aquellas palabras, con sus dos mentiras transparentes y la valiente falsedad de su tono. A la chica no le importaban ni el dinero ni la gloria que protegían los muros inexpugnables. Pasaba por allí simplemente. Simplemente pasaba por allí.

Eso fue dos semanas después. A la semana siguiente, Joe Becker se dejó caer por su despacho.

—¿Te acuerdas de la chica inglesa, Pamela Knighton? ¿Qué te pareció?

—Muy agradable.

—No sé por qué no quiere que hable contigo —Joe miraba por la ventana—. Así que me imagino que no lo pasasteis demasiado bien aquella noche.

—Claro que lo pasamos bien.

—La chica tiene novio, ¿sabes?, un inglés.

—Me lo contó —dijo Jim, molesto—. No intenté ligármela, si es lo que estás insinuando.

—No te preocupes, yo entiendo esas cosas. Sólo quería decirte algo sobre ella.

—¿No le interesa a nadie?

—Sólo lleva un mes aquí. De los comienzos nadie se libra. Sólo quería decirte que cuando entró en el Veintiuno aquel día todos los clientes acudieron como... como moscas. ¿Sabes?, inmediatamente se convirtió en el tema de conversación de todo el restaurante.

—Fantástico, ¿no? —dijo Jim secamente.

—Sí. Y LaMarr también estaba allí ese día. Fíjate: Pam estaba completamente sola, imagino que vestida a la inglesa, nada que llamara la atención: pieles de conejo. Pero brillaba como un diamante.

—No me digas.

—Mujeres duras derramaban lágrimas en su vichysoisse. Elsa Maxwell...

—Joe, tengo que trabajar.

—¿Verás su prueba?

—Las pruebas se hacen para los maquilladores —dijo Jim, impaciente—. De las pruebas que salen bien no me fío. Y de las malas tampoco.

—Tú tienes tus ideas, ¿no?

—A ese respecto, sí. Se han cometido muchas equivocaciones en las salas de proyección.

—Y en los despachos también —dijo Joe poniéndose de pie.

Una semana después llegó otra nota.

*Ayer llamé por teléfono y una secretaria me dijo que había salido, y otra que estaba reunido. Si me está dando largas, dígamelo. No voy a rejuvenecer. Es evidente que tengo veintiún años, y parece que usted se ha cargado a todos los viejos.*

La cara de la chica se había difuminado. Jim recordaba las mejillas delicadas, los ojos atormentados, como si los hubiera visto en una película hacía mucho tiempo. Sería fácil dictar un carta que hablara de un cambio de planes, de una futura prueba, de imprevistos que harían imposible...

No se sentía satisfecho, pero por lo menos había terminado con aquel asunto. Aquella noche, mientras se tomaba un bocadillo en un bar cercano a su casa, le pareció que su primer mes en el trabajo había sido satisfactorio. Le sobraba tacto. Su equipo funcionaba como la seda. Las sombras que decidían su destino no tardarían en apreciarlo.

Había pocos clientes en el bar. Pamela Knighton era la chica que leía el periódico. Lo miró, sorprendida, por encima del Illustrated hondón News.

Recordando la carta que tenía en la mesa de su despacho a la espera de firma, Jim pensó hacer como que no la había visto. Dio media vuelta conteniendo la respiración, con el oído atento. Pero nada sucedió, aunque la chica lo había visto, y, avergonzado de su cobardía típica de Hollywood, de nuevo dio media vuelta y la saludó levantando el sombrero.

—Se acuesta tarde, ¿no? —dijo.

Pamela dejó de leer inmediatamente.

—Vivo a la vuelta de la esquina —dijo—. Acabo de mudarme: le he escrito hoy.

—Yo también vivo cerca de aquí.

Ella dejó la revista en el anaquel de los periódicos. El tacto de Jim desapareció. Se sintió repentinamente viejo y agobiado, e hizo la pregunta equivocada.

—¿Cómo van las cosas?

—Ah, muy bien —dijo—. Trabajo en una comedia, una auténtica comedia en el teatro Nuevos Valores de Pasadena. Para ir cogiendo experiencia.

—Me parece muy sensato.

—Estrenamos dentro de dos semanas. Esperaba que viniera.

Salieron juntos y se detuvieron bajo el resplandor del luminoso rojo. En la otra acera de la calle otoñal los vendedores de periódicos gritaban los resultados del fútbol.

—¿Hacia dónde va? —preguntó la chica.

«En dirección contraria a la tuya», pensó Jim, pero cuando ella le indicó hacia dónde iba, la acompañó. Hacía meses que no pisaba Sunset Boulevard, y la mención de Pasadena le recordó la primera vez que llegó a California, hacía diez años. Era el recuerdo de algo nuevo y fresco.

Pamela se detuvo ante unas casitas minúsculas en torno a un patio central.

—Buenas noches —dijo—. No se preocupe si no puede ayudarme. Joe me ha explicado cómo están las cosas, con la guerra y todo eso. Sé que a usted le gustaría ayudarme.

Jim asintió solemnemente, despreciándose a sí mismo.

—¿Está casado? —preguntó la chica.

—No.

—Entonces déme un beso de buenas noches —como Jim dudaba, añadió—: Me gusta que me den un beso de buenas noches. Duermo mejor.

La abrazó tímidamente y se inclinó para acercarse a sus labios, apenas rozándolos... y pensó de pronto que ya no podría mandar la carta que tenía sobre la mesa... y le gustó abrazarla.

—Ya ve que no es nada —dijo ella—, sólo como amigos. Para darnos las buenas noches.

Camino de la esquina Jim dijo en voz alta:

—Bueno, me condenaré.

Y siguió repitiéndose la siniestra profecía hasta después de haberse acostado.

### III.

Tres noches después del estreno de la obra de Pamela, Jim fue a Pasadena y sacó una entrada para la última fila. Entró en un teatro diminuto y fue el primero en llegar, prescindiendo de los acomodadores que revoloteaban por la sala y el parloteo que se mezclaba con los martillazos entre bastidores. Pensó en emprender una discreta retirada, pero lo tranquilizó la llegada de un grupo de cinco personas, entre las que se encontraba el ayudante de Joe Becker. Las luces se apagaron; sonó un gong; para un público de seis personas comenzó la obra.

Jim observaba a Pamela; delante de él, los otros cinco espectadores juntaban sus cabezas y cuchicheaban después de cada escena en la que aparecía la chica. ¿Era buena? No le cabía la menor duda. Pero, entre tantas películas como se exhiben en medio mundo, el don natural del talento era una rareza. Existía alguna remota posibilidad, y suerte. Él era la suerte. Quizá fuera la suerte para esa chica, si confirmaba que lo que ella le hacía sentir por dentro era universal. Las estrellas ya no se creaban por el capricho de un hombre, como en los días del cine mudo, pero seguía habiendo aspirantes, pruebas, oportunidades. Cuando cayó el telón, con el aire doméstico de una persiana, fue a los bastidores por el simple procedimiento de atravesar una puerta lateral. Ella lo estaba esperando.

—Hubiera preferido que no viniera esta noche —dijo—. Ha sido un fracaso. La noche del estreno hubo lleno, y estuve mirando a ver si lo veía.

—Ha estado usted muy bien —dijo Jim tímidamente.

—No, no. Tendría que haberme visto el otro día.

—He visto suficiente —dijo—. Le voy a dar un pequeño papel. ¿Puede venir al estudio mañana?

Observaba la expresión de Pamela. En su mirada, en la curva de los labios, brilló una pena repentina y abrumadora.

—Ay —dijo—. Lo siento muchísimo. Joe invitó a alguna gente y al día siguiente firmé un contrato con Bernie Wise.

—¿De verdad?

—Sabía que usted estaba interesado y al principio no me di cuenta de que usted sólo era una especie de supervisor. Creí que tenía más poder... —se interrumpió antes de asegurarle con



fastidio—: Usted me cae mejor. Es mucho más civilizado que Bernie Wise.

Sintió una punzada de dolor y contrariedad. Muy bien, por lo menos era civilizado.

—¿Puedo llevarla hasta Hollywood? —le preguntó.

Atravesaron una noche de octubre suave como si fuera de abril. Al cruzar un puente, Jim hizo un gesto señalándole las alambradas que coronaban el pretil, y Pamela asintió.

—Sé lo que es —dijo—. ¡Qué estupidez! Los ingleses no se suicidan si no consiguen lo que quieren.

—Lo sé. Se vienen a América.

Pamela se echó a reír y lo miró, como apreciando su valor. Sí, podría hacer con él lo que quisiera. Apoyó la mano en la mano de Jim.

—¿Hay beso esta noche? —sugirió Jim un rato después.

Pamela miró al chófer, aislado en su compartimento.

—Hay beso esta noche —dijo ella.

Al día siguiente viajó al Este en avión, en busca de jóvenes actrices que fueran exactamente igual que Pamela Knighton. Tenía tanto interés, que cualquier mirada que sugiriera melancolía, cualquier voz con claro acento inglés, lo predisponían. Parecía un intento desesperado encontrar a alguien exactamente igual que aquella chica. Entonces, cuando un telegrama reclamó que volviera urgentemente a Hollywood, se encontró con que Pamela caía en sus manos.

—Tienes una segunda oportunidad, Jim —dijo Joe Becker—. No la desaproveches.

—¿Qué ha pasado?

—No tenían un papel para ella. Aquello es un desastre. Así que rompimos el contrato.

Mike Harris, el jefe de los estudios, investigó el asunto. ¿Cómo un cineasta inteligente como Bernie Wise quería prescindir de ella?

—Bernie dice que no sabe actuar —le informó Harris a Jim—. Y además crea problemas. Sigo pensando en Simone y en las dos chicas austríacas.

—La he visto actuar —insistió Jim—. Y tengo trabajo para ella. No pretendo darle nada importante todavía. Me gustaría probarla en un pequeño papel para que la vieras.

Una semana después Jim empujaba la puerta acolchada y entraba preocupado en el plato III. Los extras, en traje de noche, lo miraron en la penumbra; las pupilas se dilataban.

—¿Dónde está Bog Griffin?

—En ese camerino, con la señorita Knighton.

Estaban sentados en un sofá a la luz de una lámpara de tocador, y por el gesto de contrariedad de Pamela, Jim dedujo que el problema era serio.

—No pasa nada —insistía Bob, todo amabilidad—. Somos como una pareja de gatitos. ¿A que sí, Pam?

—Hueles a cebolla —dijo Pamela.

Griffin volvió a intentarlo.

—Hay una manera inglesa de hacer las cosas y una manera americana. Estamos buscando un feliz término medio, eso es todo.

—Hay una manera correcta y una manera estúpida —resumió Pamela—. No quiero empezar pareciendo una imbécil.

—¿Te importa dejarnos solos, Bob? —dijo Jim.

—Claro. Todo el tiempo del mundo.

Jim no la había visto aquella agotadora semana de pruebas, pruebas de vestuario y ensayos, y ahora se daba cuenta de lo poco que sabía acerca de ella, y ella de ellos.

—Parece que estás de Bob hasta la coronilla —dijo.

—Quiere que diga cosas que no diría una persona en su sano juicio.

—De acuerdo, quizá sea así—asintió—. Pamela, ¿desde que estás trabajando aquí has exagerado alguna vez tu papel?

—Bueno... Todo el mundo lo hace alguna vez.

—Escucha, Pamela, Bob Griffin gana casi diez veces más que tú. Por una sencilla razón. No porque sea el director más brillante de Hollywood, que no lo es, sino porque jamás exagera su papel.

—Él no es actor —dijo, confundida.

—Me refiero a su papel en la vida real. Lo escogí para esta película porque de vez en cuando yo exagero mi papel. Pero Bob, no. Firmó un contrato por una suma desproporcionada, que no se merece, que nadie se merece. Pero cobra eso porque tener mano izquierda es la cuarta dimensión de este negocio y Bob ha aprendido a no pronunciar nunca la palabra «yo». Gente que le triplica en talento, productores, actores y directores, se van a pique porque no llegan nunca a aprender eso.

—Sé que me estás echando un sermón —dijo Pamela, insegura—. Pero creo que no te entiendo. Una actriz tiene su propia personalidad...

Jim asintió.

—Y nosotros le pagamos cinco veces lo que podría conseguir en cualquier otro sitio: con tal de que sea capaz de no estorbar al resto del equipo. Tú nos estás estorbando a todos, Pamela.

«Creí que eras mi amigo», dijeron los ojos de Pamela.

Le habló durante algunos minutos más. Todo lo que dijo lo decía de corazón, pero como había besado esos labios dos veces, supo que era ayuda y protección lo que esperaban de él. Todo lo que había conseguido era sorprenderla por no estar de su parte. Sintióse un poco desconcertado, y triste al verla sola, se asomó a la puerta del camerino y gritó:

—¡Eh, Bob!

Jim fue a resolver otros asuntos. Volvió a su despacho, donde Mike Harris lo estaba esperando.

—Esa chica vuelve a crear problemas.

—Acabo de estar allí.

—Me refiero a hace cinco minutos —gritó Harris—. Desde que te fuiste ha estado causando problemas. Bob Griffin ha tenido que suspender el rodaje por hoy. No podía más.

Bob entró.

—Hay gente con la que no parece haber manera de..., con la que no encuentras cómo...

Se produjo un momento de silencio. Mike Harris, disgustado por la situación, sospechó que Jim tenía un lío con la chica.

—Dadme de plazo hasta mañana por la mañana —dijo Jim—. Creo que puedo resolver el asunto.

Griffin titubeó pero vio en la mirada de Jim una petición personal, un ruego tras el que había diez años de relaciones.

—De acuerdo, Jim —dijo.

Cuando se fueron, Jim llamó a Pamela por teléfono. Sucedió lo que casi había esperado, pero el alma se le cayó a los pies cuando le contestó una voz de hombre.

#### IV.

A excepción de las enfermeras, una actriz es la presa más fácil para un hombre sin escrúpulos. Jim había aprendido que en el fondo de los problemas o fracasos de una actriz muchas veces existía un timador bien hablado pero indigno de confianza, que hacía valer su masculinidad por la vía del entrometimiento, las regañinas a medianoche y los malos consejos. La técnica del individuo consistía en empequeñecer el trabajo de la mujer y en poner en cuestión incesantemente las razones y la inteligencia de las personas para quienes ella trabajaba.

Cuando Jim llegó al hotel de Beverly Hills al que Pamela se había mudado, eran más de las seis. En el patio, una fuente fresca salpicaba agua estúpidamente entre la niebla de diciembre, y Jim oyó la fuerte voz del mayor Bowes que sonaba en tres radios distintas.

Cuando se abrió la puerta del apartamento, Jim se quedó asombrado. El hombre era viejo: un inglés encorvado y mustio, con la cara colorada, un color invernal que se iba apagando. Iba en bata —una bata vieja— y zapatillas, e invitó a Jim a sentarse con aire de estar en su casa. Pamela llegaría enseguida.

—¿Es usted familia? —preguntó Jim, perplejo.

—No. Pamela y yo nos hemos conocido aquí, en Hollywood, extranjeros en tierra extraña. ¿Trabaja usted en el cine, señor..., señor...?

—Leonard —dijo Jim—. Sí, actualmente soy el jefe de Pamela.

La mirada del hombre cambió: los ojos lagrimosos se aguzaron, los párpados viejos se endurecieron al entornarse. La boca se curvó hacia abajo, se tensó: Jim contemplaba una expresión de absoluta perversidad. Inmediatamente, las facciones volvieron a suavizarse, a ser los rasgos de un anciano.

—Espero que traten a Pamela como se merece.

—¿Usted ha trabajado en el cine? —preguntó Jim.

—Hasta que me falló la salud. Pero sigo en la lista de actores de los estudios y conozco perfectamente el mundo del cine y el alma de sus dueños y...

Calló de repente. La puerta se abrió y entró Pamela.

—Vaya, hola —dijo, sorprendida—. ¿Se conocen? El honorable Chauncey Ward... El señor Leonard.

Su radiante belleza, que apareció como arrebatada al clima y al viento, le cortó la respiración a Jim unos segundos.

—Pensaba que ya me habías recordado mis pecados esta tarde —dijo Pamela, con cierto tono de desafío.

—Quería hablar contigo fuera de los estudios.

—No aceptes que te bajen el salario —dijo el viejo—. Es un truco muy viejo.

—No es eso, señor Ward —dijo Pamela—. El señor Leonard ha sido amigo mío hasta ahora. Pero hoy el director pretendía que yo hiciera el ridículo y el señor Leonard lo ha apoyado.

—Están todos de acuerdo —dijo el señor Ward.

—Me pregunto si... —empezó a decir Jim—. ¿Podríamos hablar a solas?

—El señor Ward es de confianza —dijo Pamela, frunciendo el ceño—. Lleva aquí veinticinco años y se puede decir que es mi representante.

Jim se preguntó de qué profunda soledad habría surgido aquella relación.

—Me han dicho que ha vuelto a haber problemas en el plato —dijo.

—¡Problemas! —Pamela abrió mucho los ojos—. El ayudante de Griffin me insultó y yo lo oí. Y me fui. Y si Griffin me manda disculpas contigo, no las acepto. A partir de ahora nuestra relación será estrictamente profesional.

—Griffin no te pide disculpas —dijo Jim, incómodo—. Te da un ultimátum.

—¡Un ultimátum! —exclamó Pamela—. Tengo un contrato, y tú eres su jefe, ¿no?

—Hasta cierto punto —dijo Jim—; pero está claro que las películas se hacen en equipo y...

—Déjame entonces que pruebe con otro director. —Lucha por tus derechos —dijo el señor Ward—. Es lo único que les impresiona.

—Se ha empeñado usted en destruir a esta chica —dijo Jim sin levantar la voz.

—No nos asusta —gritó Ward—. Conozco bien a la gente como usted.

Jim volvió a mirar a Pamela. No podía hacer nada. Si estuvieran enamorados y le pareciera aquel momento la ocasión de avivar la chispa de pasión que compartían, habría podido influir sobre ella. Pero era demasiado tarde. Era como si sintiera que, fuera de aquellas cuatro paredes, los rápidos engranajes de la industria giraban en la oscuridad de Hollywood. Sabía que, cuando el estudio abriera a la mañana siguiente, Mike Harris tendría nuevos proyectos en los que Pamela no figuraba.

Titubeó unos minutos más. Era un hombre apreciado, joven todavía, respetado por todos. Podría responsabilizarse de aquella chica, ponerle un profesor de arte dramático. Le dolía verla cometer semejante error. Y, por otra parte, temía que ciertas personas le hubieran aguantado demasiadas cosas, echándola a perder para una carrera como la que había elegido.

—Hollywood no es un lugar demasiado civilizado —dijo Pamela.

—Es una jungla —ratificó el señor Ward—. Es un nido de alimañas al acecho.

Jim se levantó.

—Bueno, uno que se va a acechar a otra parte —dijo—. Pam, lo siento mucho. Si piensas así, creo que lo más sensato sería que volvieras a Inglaterra y te casaras.

Hubo un destello de duda en los ojos de Pamela. Pero la confianza en sí misma y la egolatría juvenil pesaban más que la razón: no se daba cuenta de que en aquel preciso momento se le presentaba una oportunidad que iba a perder para siempre.

Porque ya la había perdido cuando Jim dio media vuelta y se fue. Aquello sucedió semanas antes de que llegara a darse cuenta de lo que había pasado. Recibió el salario de varios meses —Jim se preocupó de que así fuera—, pero no volvió a pisar aquel plato. Ni ningún otro. Sin mediar palabra, había sido incluida en la lista negra que no está escrita en ningún papel pero que funciona durante las partidas de backgammon que siguen a la cena o camino de las carreras de caballos. Hombres influyentes la miraban con interés, se fijaban en ella en algún restaurante, pero todas las averiguaciones que hacían terminaban en el mismo punto muerto.

Resistió durante meses: incluso mucho después de que Becker se desinteresara de sus asuntos y ella desapareciera de esos lugares a los que la gente va para que la vean. Y ni el dolor ni el desaliento la mataron: murió en junio de muerte natural.

V.

Cuando Jim se enteró no podía creerlo. Supo por casualidad que estaba en el hospital con neumonía, llamó por teléfono y le dijeron que había muerto. Sybil Higgins, actriz, inglesa, de veintiún años.

Había dado el nombre del viejo Ward como la persona que debía ser informada y Jim le mandó dinero para cubrir los gastos del entierro, con el pretexto de algún salario retrasado. Temiendo que Ward sospechara la procedencia del dinero, no fue al funeral, pero visitó la tumba una semana después.

Era un espléndido e interminable día de junio, y se quedó una hora. La ciudad estaba llena de jóvenes que se contentaban con respirar y ser felices y era un sinsentido que la chica inglesa no estuviera entre ellos. Seguía dándoles vueltas y vueltas a las cosas, en busca de algo que hubiera podido salvarla, pero era demasiado tarde. Aquella escarcha rosa y plata se había disuelto. Dijo adiós en voz alta y prometió volver.

En el estudio reservó una sala de proyección y pidió las pruebas que Pamela había hecho y los metros de película que le había dado tiempo de rodar. Se acomodó en la oscuridad en un sillón de piel y apretó el botón para que empezara.

En la prueba Pamela vestía el traje de noche que llevaba en el baile donde la conoció. Parecía muy feliz, y Jim se alegró de que por lo menos hubiera gozado de aquella felicidad. Llegaron las imágenes de la película, entrecortadas, con la voz de Bob Griffin al fondo y las claquetas que señalaban el número de cada secuencia. Entonces llegó la última toma y Jim se sobresaltó: Pamela dejaba de mirar a la cámara y murmuraba:

—Preferiría morirme antes que hacer eso.

Jim se levantó y volvió a su despacho, y buscó y leyó una vez más las tres notas que ella le había mandado.

...Pasaba por el estudio y me he acordado de usted y de nuestro paseo en coche.

Pasaba por el estudio. En primavera lo había llamado dos veces por teléfono, lo sabía, y le hubiera gustado verla. Pero no podía ayudarla, y le hubiera dolido decírselo.

«No soy muy valiente», se dijo Jim. Incluso en aquel momento tenía metido el miedo en el corazón, miedo de que aquello acabara obsesionándolo, poseyéndolo, como aquel recuerdo de la juventud. No quería ser desdichado.

Y unos días después se quedó trabajando hasta muy tarde en la sala de doblaje, y luego fue a tomar un bocadillo al bar que había cerca de su casa. Era una noche de calor y había muchos jóvenes bebiendo refrescos. Estaba pagando cuando vio a alguien en la estantería de los periódicos, que lo miraba por encima de una revista abierta. Se detuvo. No quería volverse a mirar, para llevarse la desilusión de un simple parecido. Pero tampoco quería irse.

Oyó cómo pasaban una página, y vio por el rabillo del ojo la portada de la revista, *The Illustrated London News*.

No sintió miedo: pensaba con demasiada rapidez, con demasiada desesperación: si aquello fuera real y pudiera asirse a ella para recuperarla, y volver a empezar desde aquel mismo instante, desde aquella noche.

—Aquí tiene la vuelta, señor Leonard.

—Gracias.

Sin atreverse a mirar, se dirigió a la puerta y entonces la revista se cerró, y la dejaron en la estantería, y oyó la respiración de alguien a su lado, muy cerca. Los vendedores de periódicos voceaban un número extra en la acera de enfrente, y entonces tomó la dirección contraria a su casa, el camino de ella, y oyó cómo ella lo seguía: las pisadas eran tan claras que aminoró el paso con la sensación de que a ella le costaba seguirlo.

Frente al patio de los apartamentos la abrazó para sentir más cerca su radiante belleza.

—Dame un beso de buenas noches —dijo ella—. Me gusta que me den un beso de buenas noches. Duermo mejor.

«Duerme entonces», pensó mientras daba la vuelta y se alejaba. «Duerme. Fue imposible: cuando me encontré con tu belleza, no quise malgastarla, pero la malgasté, no sé cómo. Duerme. Es lo único que te queda.»

## Tiernamente adorables

*Tiernamente adorables fue rechazado por la revista Esquire en 1940: uno de los pocos errores de apreciación de Arnold Gingrich. Al margen de la interesante circunstancia de ser uno de los pocos cuentos de Fitzgerald en el que un personaje negro es tratado en profundidad, Tiernamente adorables está escrito con delicadeza y emoción. Es evidente que Chico Lindo guarda una estrecha relación con el filosófico pescador negro de El último magnate. Este apunte de 850 palabras apareció por primera vez en el Fitzgerald/Hemingway Annual de 1969, veintinueve años después de la muerte de Fitzgerald.*

¡Ah, mi Chico Lindo, tan divino lector de Platón! ¡Ah, oscuro, leal, campeón de golf de los negros de Chicago! Siguiendo la vía se adentra en la noche, camarero del vagón restaurante, para, más tarde, entre el humo que enturbian una única lámpara y el olor rancio de las escupideras, escribir a la Costa Oeste, a la Hermandad de los Rosacruz. Siempre a la busca.

Ah, Chico Lindo, aquí tienes a tu chica, no hay nadie que llegue más alto que tú, salvo una afilada serpiente veloz que tan rápida como tú recorrerá la tierra y te protegerá desde el cielo.

Lilymary lo quería, lo convidaba a menudo y se habían casado en la iglesia de Saint Jarvis, al norte de Englewood. Durante años prosperaron, superando las rutinas de su raza, haciéndose un poco más viejos pero no mejores que antes. La mujer del director de publicidad de un periódico de Chicago le había prestado el *Manifiesto Comunista*, aunque prefería a Platón, el *Fedón* y la *Apología*, o la propaganda de la Hermandad de los Rosacruz de Sacramento, en California, que le zumbaba en los oídos mientras los raíles trepidaban y crujían al pasar de noche por Alton, Springfield y Burlington.

Amantes de bronce, nunca jamás tendréis un niño de bronce, o así pareció durante años. Entonces llegó la hora, el gong sonó y el doctor Edwin Burch, de la avenida de Michigan, se prestó a solucionar el problema a cambio de doscientos dólares. Eran tan agradables, tan delicadamente agradables, que ninguno ofendió jamás al otro, elegantemente hábiles para evitar las ocasiones. Chico Lindo se preocupó mucho por ella durante el embarazo: le pagó a su hermana para que la cuidara mientras él trabajaba por partida doble en el ferrocarril y en la ciudad como camarero en comidas y fiestas particulares. Y un día el niño de bronce nació.

Ah, Chico Lindo, dijo Lilymary, aquí tienes a tu chico lindo. Compartía en el hospital una habitación de cuatro camas con las mujeres de un boxeador, el dueño de una funeraria y un médico. La cara de Chico Lindo se iluminó de tal forma, y sus dientes brillaban tanto mientras sonreía, y había en su mirada tanta bondad, que parecía que nada ni nadie podría...

Chico Lindo se sentó junto a la cama mientras Lilymary dormía, y se puso a leer el *Walden* de Thoreau por tercera vez. Entonces la enfermera le dijo que tenía que irse. Volvió al tren aquella noche y en Alton, al ir a echar al correo la carta de un pasajero, resbaló y cayó bajo el tren en marcha, que le cortó una pierna por encima de la rodilla.

Chico Lindo pasó un año en el hospital. Lilymary volvió a trabajar como cocinera. Las cosas no iban bien, incluso tuvo problemas con la indemnización, pero siempre encontraba en sus libros alguna frase que los animaba un poco cuando todos los seres humanos parecían estar en contra.

El niño creció rápidamente pero no era tan hermoso como sus padres; no tanto como habían imaginado en sus sueños dorados. Sólo podían demostrarle el cariño de las horas libres, así que la hermana fue haciéndose cargo del niño poco a poco, cada día más. Y ellos querían volver a ser lo que fueron, y querían que la pierna de Chico Lindo creciera de nuevo, para que todo volviera a ser como antes. Así descubriría otra vez el placer de los libros, y Lilymary descubriría el placer de esperar un niño.

Pasaron los años. Se habían dejado llevar de tal modo por la rutina, que ya no había remedio. Ahora Chico Lindo era vigilante nocturno, pero había sufrido seis operaciones en el muñón y todas las prótesis le dolían. Lilymary trabajaba incansablemente de cocinera. Ya se habían convertido en

personas vulgares. Incluso la hermana había olvidado hacía mucho que Chico Lindo fue una vez campeón de golf de los negros de Chicago, y un día, limpiando, tiró todos los libros, la *Apología* y el *Fedón* de Platón, y las obras de Thoreau y Emerson y todos los folletos y la correspondencia de la Hermandad de los Rosacruz. Chico Lindo tardó en darse cuenta de que los libros habían desaparecido. Y entonces se limitó a clavar la vista en el rincón donde habían estado, y dijo: «Qué barbaridad, chico... Qué barbaridad».

Porque las cosas cambian y llegan a ser tan distintas que apenas podemos reconocerlas y parece que sólo nuestros nombres siguen siendo los mismos: no tenía sentido que se siguieran llamando Chico Lindo y Lilymary cuando hacía tanto tiempo que el placer había desaparecido.

A los pocos años los dos murieron en una epidemia de gripe y fueron al cielo. Creían que a partir de entonces todo iría bien, y, es verdad, las cosas empezaron a ser exactamente como les habían contado de niños. Volvió a crecerle la pierna a Chico Lindo, que llegó a ser campeón absoluto del cielo, de los blancos y de los negros, y lanzaba con fuerza la pelota de nube en nube a través de los celestes campos de golf. Los pechos de Lilymary se hicieron firmes y jóvenes. Merecía el respeto de los otros ángeles y volvió a estar tan orgullosa como antes de su Chico Lindo.

Se sentaban al atardecer e intentaban recordar lo que echaban de menos. No eran los libros, pues allí todo el mundo sabía todas las cosas de memoria, ni era el niño, pues nunca había sido realmente suyo.

No podían recordar, así que, tras un periodo de perplejidad, renunciaron a los recuerdos, y hablaban de lo maravilloso que era el otro, o de las victorias que Chico Lindo conseguiría al día siguiente.

Y así van las cosas.

FIN